



# UN TAL JESÚS

La Buena Noticia contada  
al Pueblo de América Latina

María y José Ignacio López Vigil

UN TAL JESÚS  
María y José Ignacio López Vigil


 Todos los derechos compartidos. Los capítulos de esta publicación y los audios que la acompañan pueden ser copiados, reproducidos, almacenados, distribuidos y transmitidos en todas las formas y por todos los medios sin solicitar permiso a los autores. La libertad de cultura es universal y gratuita.

Foto de portada: Artesano actual de Nazaret.

<http://www.untaljesus.net>

## **ÍNDICE DE CAPÍTULOS**

Cap 1 La cosa empezó en Galilea

Cap 2 Camino al Jordán

Cap 3 Una voz en el desierto

Cap 4 La justicia de Dios

Cap 5 Las cañas rotas

Cap 6 El hacha en la raíz

Cap 7 Bautismo en el Jordán

Cap 8 La última noche en Betabara

Cap 9 Bajo el sol del desierto

Cap 10 En la cárcel de Maqueronte

Cap 11 Hacia la Galilea de los gentiles

Cap 12 Hoy es un día alegre

Cap 13 En el barrio de los pescadores

Cap 14 Los cinco primeros

Cap 15 El vendedor de baratijas

Cap 16 Debajo de la higuera

Cap 17 Los novios de Caná

Cap 18 Un loco quiere entrar

Cap 19 La suegra de Pedro

Cap 20 Un leproso en el barrio

Cap 21 La calle de los jazmines

Cap 22 La buena noticia

Cap 23 Un profeta en su casa

Cap 24 Como una semilla de mostaza

Cap 25 El cobrador de impuestos

Cap 26 En casa del publicano

Cap 27 La oveja perdida

Cap 28 Dios está de nuestra parte

Cap 29 El trigo de los pobres

Cap 30 Las manos secas

Cap 31 La historia del sembrador

Cap 32 Dicen que está loco

Cap 33 A cada día le basta lo suyo

Cap 34 Los hijos de Efraín

Cap 35 Descolgado por el techo

Cap 36 Tan pequeño como Mingo

Cap 37 El grito de Lázaro

Cap 38 Sucedió en Naim

Cap 39 Una tormenta en el lago

Cap 40 En tierra de gerasenos

Cap 41 Ésta es una casa decente

Cap 42 El capitán romano

Cap 43 El trigo y la mala hierba

Cap 44 La vendedora de higos

Cap 45 Una pregunta desde la cárcel

Cap 46 El ayuno que Dios quiere

Cap 47 Nuestro pan de cada día

Cap 48 Los trece

Cap 49 En la ciudad del rey David

Cap 50 La taberna de Betania

Cap 51 Dos moneditas de cobre

Cap 52 Las diez dracmas

Cap 53 Junto a la Puerta de las Ovejas

Cap 54 La cabeza del profeta

Cap 55 Ojo por ojo, diente por diente

Cap 56 El gemido del viento

Cap 57 Cinco panes y dos peces

Cap 58 Frente a la sinagoga de Cafarnaum

Cap 59 El fantasma del lago

Cap 60 De dos en dos

Cap 61 Un denario para cada uno

Cap 62 La levadura de los fariseos

Cap 63 Una piedra de molino

Cap 64 Árboles que caminan

Cap 65 Los perros extranjeros

Cap 66 Con el poder de Belcebú

Cap 67 El bastón del Mesías

Cap 68 En la cumbre del Tabor

Cap 69 Las preguntas de Ismael

Cap 70 Con las lámparas encendidas

Cap 71 Lo que Dios ha unido

Cap 72 Por distintos caminos

Cap 73 La muerte del viejo avaro

Cap 74 El juez y las viudas

Cap 75 La fiesta de las tiendas

Cap 76 La primera piedra

Cap 77 Como un río de agua viva

Cap 78 Un samaritano sin fe

Cap 79 El ciego de nacimiento

Cap 80 El piadoso y el granuja

Cap 81 Junto al pozo de Jacob

Cap 82 En una aldea de Samaría

Cap 83 Los invitados al banquete

Cap 84 La astucia de un capataz

Cap 85 El patrón se fue de viaje

Cap 86 La sangre de los galileos

Cap 87 En la rama de un sicomoro

Cap 88 A la salida de Jericó

Cap 89 Los leprosos de Jenín

Cap 90 El milagro de Jonás

Cap 91 La hora de Jerusalén

Cap 92 Por el ojo de una aguja

Cap 93 Los que matan el cuerpo

Cap 94 A la derecha y a la izquierda

Cap 95 Setenta veces siete

Cap 96 Las prostitutas van delante

Cap 97 El fuego de la Gehenna

Cap 98 Con las manos sucias

Cap 99 La viña del Señor

Cap 100 El juicio de las naciones

Cap 101 Con Dios o con el César

Cap 102 El amigo muerto

Cap 103 Con perfume de nardo

Cap 104 El pastor y el lobo

Cap 105 Un cielo nuevo y una nueva tierra

Cap 106 ¡Viva el Hijo de David!

Cap 107 Con el látigo en la mano

Cap 108 Un hombre por el pueblo

Cap 109 Cordero y panes ázimos

Cap 110 La cena de Pascua

Cap 111 La nueva alianza

Cap 112 En el huerto de Getsemaní

Cap 113 Como si fuera un ladrón

Cap 114 Antes de cantar los gallos

Cap 115 La sentencia del Sanedrín

Cap 116 El interrogatorio del Gobernador

Cap 117 Libertad para los presos

Cap 118 Bajó a los infiernos

Cap 119 Una corona de espinas

Cap 120 Éste es el hombre

Cap 121 El camino del Gólgota

- Cap 122 Hasta la muerte de cruz
- Cap 123 En un sepulcro nuevo
- Cap 124 El gran sábado
- Cap 125 El primer día de la semana
- Cap 126 Una risa conocida
- Cap 127 Por el camino de Emaús
- Cap 128 Lo que hemos visto y oído
- Cap 129 Ciento veintitrés peces grandes
- Cap 130 Sobre las nubes del cielo
- Cap 131 Un niño va a nacer
- Cap 132 De visita en Ain Karem
- Cap 133 Una noche de dudas
- Cap 134 En medio del campamento
- Cap 135 Fiesta con los pastores
- Cap 136 Un nombre de libertad
- Cap 137 Sangre de inocentes
- Cap 138 Un viejo con esperanza
- Cap 139 Lo de todos los días
- Cap 140 Perdidos en el templo
- Cap 141 Un hombre justo
- Cap 142 Fuego en la tierra
- Cap 143 Todo en común
- Cap 144 Ni en todos los libros del mundo

*Al final del libro existe un índice temático.*



# UN TAL JESÚS

## 1- LA COSA EMPEZÓ EN GALILEA

Lo que yo vi con mis ojos, que ya están viejos, lo que escuché, lo que mis manos de pescador llenas de callos tocaron de Aquel que vivió entre nosotros, eso es lo que quiero contarles. Mi nombre es Juan. Desde Patmos, una islita verde perdida en el mar de Grecia, no dejo de recordar a Jesús de Nazaret, el hijo de María, a quien conocí tan de cerca. Junto a él viví los mejores años de mi vida, que ya se está acabando. La buena noticia que él nos trajo, se la anuncio yo ahora a ustedes para que todos nos sintamos unidos en un mismo esfuerzo y alegres por una misma esperanza. Verán, la cosa empezó en Galilea.

Galilea es la provincia del norte de Palestina. Los judíos del sur nos despreciaban a nosotros. Decían que los galileos éramos chismosos, sucios y alborotadores. Y tenían razón. Pero también lo decían por envidia, porque nuestras los olivares y las datileras, y el lago de Tiberíades, azul y redondo, se llena tierras son las más hermosas del país. Sobre todo en primavera, Galilea parece un inmenso jardín. El valle de Esdrelón se cubre de flores, crece el trigo y la uva, se despiertan de peces. En Galilea hay algunas ciudades importantes: Séforis, Cafarnaum, Magdala misma... Pero la cosa empezó en un caserío pequeño, muy pequeño, llamado La Flor. Bueno, La Flor que, en nuestro idioma arameo, se dice Nazaret.(1)

*Susana* - Comadre María, ¿ya te dijeron que se ha ido el hijo de la Raquel?

*María* - Sí, Susana, ya me enteré.

*Susana* - Cuando una palmera nace torcida, no hay Dios que la enderece. Ese muchacho comenzó mal.

*María* - Y terminará peor, Susana.

*Susana* - Pero la madre tiene la culpa, eso digo yo. Muchacho bien criado, sigue buen camino. Pero ese mal ejemplo de la Raquel...

*María* - No son los malos ejemplos, Susana. Es que la juventud de ahora no sabe ni lo que quiere. Mira al mío cómo está: sin trabajo fijo, sin... sin porvenir.

*Susana* - No hables así de Jesús. Ese moreno hijo tuyo es un tesoro de muchacho.

*María* - Será un tesoro, pero míralo: treinta años ya... y nada. Todos sus amigos están ya casados, criando hijos...

*Susana* - Lo que pasa, comadre María, es que tu hijo no se conforma con poco. Seguro que anda buscando novia fuera de Nazaret. A ver, dime, ¿qué porvenir tiene Jesús en este puebluchito, eh?

*María* - Sí, también es verdad.

*Susana* - ¡Oye, niña, que ahora es mi turno para el agua!

*Muchacha* - ¡Pues no chacharees tanto y date prisa!

*Susana* - ¡No empujes, muchacha! ¡Caramba con esta mocosa! Oye, María, antes que se me olvide, dile a tu hijo que se dé una vuelta por mi casa, que tengo otra vez el muro derrumbándose. ¡No te olvides, María!

*María* - ¡Está bien, Susana, se lo diré!

Nazaret era eso: un pueblito de campesinos perdido en un oscuro rincón de Galilea. Tenía unas veinte casas solamente y una pequeña sinagoga. De aquel caserío no había salido nadie importante. *De Nazaret no sale nada bueno*, así decían los vecinos del pueblo de Caná. Los nazarenos eran muy pobres. Andaban descalzos y casi ninguno sabía de letras. Construían sus casas aprovechando las cuevas que se formaban en la ladera de la colina. En una de aquellas chozas vivía una campesina viuda, todavía joven: se llamaba María.(2) Vivía con su único hijo, un hombretón alto y simpático, con el rostro moreno quemado por el sol y la barba bien negra. Se llamaba Jesús.(3)

*María* - Deja ya ese martillo y ven, que se va a enfriar la comida... ¡Jesús!

*Jesús* - ¿Qué pasa, mamá?

*María* - ¿Pero es que tú no oyes? Deja ya de clavetear y ven a comer, anda.

*Jesús* - Está bien, está bien... ¡uff! ¿Quién me habrá metido a hacer estas malditas herraduras? En mala hora le dije a ese romano que sabía fabricar herraduras. Una me sale más larga que otra...

*María* - ¡Ay, Jesús, hijo, es que tú quieres meter las narices en todo! Que si van a sembrar trigo, allá vas tú. Que si la cría de carneros, para allá también. Y a pegar ladrillos y a clavar puertas. Y ahora, lo que faltaba, inventando herraduras!

*Jesús* - No te quejes, que estas lentejas las vamos a comer gracias a las herraduras. El romano me pagó un denario por adelantado.

*María* - Pobre romano y, sobre todo, pobre caballo...

*Jesús* - ¿No decías que se enfriaba la comida? ¡Pues a comer! Ah... esto huele bien.

*María* - Anda hijo, reza la bendición. Y hazla corta.

*Jesús* - ¿Por qué corta?

*María* - Porque la comida está corta también. Pan y lentejas, nada más. Vamos, reza, que ya tengo

hambre.

*Jesús* - Está bien... Bendice, Señor, este pan y estas lentejas, amén. Bueno, dame un poco de vino que tengo la garganta más caliente que el martillo.

*María* - No hay vino, hijo. Confórmate con agua fresca.

*Jesús* - Acabaré como las ranas con tanta agua fresca.

*María* - ¿Sabes, hijo? La mujer de Neftalí está enferma. Esas fiebres que le dan. Ahora por la tarde voy a hacerle un caldo. Pobre mujer, con tanto muchacho... ¿No tienes apetito, Jesús? ¿Estás enfermo?

*Jesús* - ¿Enfermo yo? ¿Por qué?

*María* - No estás comiendo nada. Te encuentro un poco raro desde hace unos días. Vamos, cuéntame lo que te pasa.

*Jesús* - No me pasa nada, de verdad.

*María* - Tú te traes algo entre manos.

*Jesús* - ¡Claro, me traigo las herraduras ésas que me tienen fastidiado!

*María* - No, no seas mentiroso. Mira, yo sé lo que te pasa. Que el Benjamín ése se fue al Jordán, a ver al profeta. Y tú ya tienes un hormigueo en el cuerpo por irte también, ¿no es eso?

*Jesús* - Pues sí, adivinaste. No quería decírtelo para no ponerte triste.

*María* - No, yo no me pongo triste. Pero me preocupo. Hay muchos bandidos por esos caminos.

*Jesús* - Pues poca cosa pueden robarme a mí. Si es por eso...

*María* - Oye, Jesús, antes que se me olvide: la comadre Susana me dijo que te des una vuelta por su casa, que se le está cayendo el muro.(4)

La vida en el caserío de Nazaret era siempre igual: comer, trabajar y dormir. Las mujeres se entretenían conversando y chismeando cuando sacaban agua del pozo. Los niños siempre se escapaban de las lecciones que intentaba darles el viejo rabino, que ya estaba ciego, y se iban a robar frutas por los alrededores. Los hombres esperaban en la pequeña plaza de la sinagoga a que el tacaño Ananías los contratara para sembrar o cosechar. Cuando no había trabajo, mataban el tiempo jugando a los dados y apostando el dinero que no tenían. O inventándose alguna manera de ganarse el pan, como Jesús.

*Jesús* - Bueno, Susana, esta pared está más firme que las murallas de Jerusalén.

*Susana* - ¿Ya lo acabaste? Ay, moreno, eres un encanto... (5) Ven, llévale a tu madre esta gallina.

*Jesús* - Gracias, Susana, ¡hasta la vista!

*Susana* - Adiós, Jesús. ¡Salúdame a mi comadre María!

Cuando caía la tarde, todos regresaban a sus chozas, a calentarse junto a los fogones de piedra, tomar alguna sopa y acostarse sobre las esteras de paja que les servían de cama.

*Jesús* - Susana me pagó con esta gallina. Ya tenemos algo para mañana.

*María* - Amárrala a ese palo, anda. Y vamos a cenar, que ya es tarde. Bendice la comida, hijo.

*Jesús* - Pero, mamá, ¿no son las mismas lentejas que sobraron al mediodía?

*María* - ¿Y qué pasa?

*Jesús* - ¡Que ya están benditas!

*María* - ¿Cuántos días vas a estar fuera?

*Jesús* - No lo sé...

*María* - Pero, hijo, ¿qué tienes que ir a buscar a un sitio tan lejos? ¿Se te ha perdido algo por allá?

*Jesús* - Nada. Pero toda la gente quiere ver y escuchar al profeta Juan. Yo también quiero ir. Además, ¿no me dijiste que era medio pariente tuyo?

*María* - Sí, Isabel era tía mía. Pero ya sabes que en Galilea todos somos parientes de todos.

*Jesús* - ¡Pues yo quiero saludar a ese primo! Es un hombre famoso ya. Me dicen que la gente viaja desde Jerusalén para que él los bautice. Y que Juan habla, grita, echa fuego por la boca.

*María* - Cuidado no te quemes. Eso es peligroso.

*Jesús* - ¿Qué es peligroso?

*María* - Lo que está haciendo Juan. Agitando a la gente. Que siga soltándose de la lengua y acabarán cortándole el pescuezo como a todos los que se meten a profetas.

*Jesús* - Ojalá hubiera mil lenguas como la de Juan, mil valientes que le dijeran la verdad al pueblo.

*María* - Habría entonces mil pescuezos cortados y mil madres llorando a sus hijos. Acuérdate de la matanza de Séforis. Bien cerca la tuvimos.

*Jesús* - O sea, que a ti la vejez te ha dado por ser cobarde.

*María* - Lo primero, que no soy cobarde. Y lo segundo... que tampoco estoy tan vieja. Vamos, come... Pero, Jesús, ¿por qué quieres ir allá?

*Jesús* - Volveré pronto, te lo prometo.

*María* - No me lo creo. Llegas, empiezas a contar chistes, te haces amigo de todos los locos que encuentres y te quedas por allá.

*Jesús* - Mamá, quiero ir. ¿Cómo te diré? No estoy conforme con esto. Arreglar una puerta hoy, pegar tres ladrillos mañana, ganar cuatro denarios pisando uvas... Sí, pero luego, ¿qué?

*María* - Ahí quería llegar yo. Y luego, ¿qué? Eso mismo digo yo. ¿Qué es lo que quieres, Jesús? Pasa un año, pasa otro y tú no te decides por nada.

*Jesús* - Yo quiero poner también un granito de arena para que esto cambie, ¿no? ¿O es que tú no tienes ojos? Nos están pisoteando los romanos, el pueblo cada vez más hambriento, los impuestos cada vez más altos... Y para colmo, los sacerdotes de Jerusalén echándole la bendición a todo este abuso. Entonces, ¿qué? Los israelitas jóvenes, ¿nos vamos a cruzar de brazos?

*María* - Sí, hijo, ya lo sé. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros, los pobres? Hazme caso. Olvida los sueños y sé realista. Tienes treinta años. Ya es hora de que pongas los pies en la tierra. Yo estoy sola. Si tu padre estuviera con nosotros... Ay, si buen José que en paz descansa. Jesús, hijo, ¿qué va a ser de mí si a ti te pasa algo?

*Jesús* - Lo que dije antes. Te has puesto cobarde con los años. A ver, ¿no eres tú la que dice siempre: Dios va a tumbar del trono a los orgullosos y levantará a los humildes, Dios dará de comer a los hambrientos y dejará a los ricos con las manos vacías?

*María* - Sí, Jesús, lo digo y lo creo. Y todos los días le rezo al Señor para que los pobres al fin salgamos de esta miseria.

*Jesús* - No basta rezar, mamá. Hay que arriesgarse. Hay que hacer algo como Juan.

*María* - Ya sacaste las orejas. Eso es lo que quieres. Irte al Jordán y unirte a esos revoltosos. Y no me extraña que un día vengan a decirme: María, tu hijo se metió a profeta. Tu hijo anda predicando también.

*Jesús* - ¿Profeta yo? No, no te preocupes por eso. Me saldrían las palabras más torcidas que estas herraduras. No, no, yo no sirvo para eso. ¡Y ahora, vamos a terminar las lentejas, que mañana hay que comerse esta gallina!

Y a los pocos días, Jesús se levantó bien temprano, se echó encima su vieja túnica, tomó una rama seca como bastón y se puso en camino rumbo al río Jordán, donde estaba Juan, el profeta.

---

**1. Nazaret** era un oscuro y desconocido rincón de la tierra de Israel, nunca mencionado en el Antiguo Testamento. Allí empezó la vida de Jesús, "la cosa" (Hechos 10, 37). En los tiempos de Jesús, Nazaret, que en hebreo significa "la

flor", era una pequeña aldea del interior de Galilea en la que vivían apenas unas 20 familias. Por estar la aldea asentada en una colina, los campesinos usaban como casas las grutas excavadas en las laderas. La pobreza era extrema. Las "propiedades" de aquellas familias no pasaban de un par de esteras de paja, algunas vasijas de barro en las que se guardaba el grano y el aceite, y algún que otro animal.

Actualmente, por la influencia de la historia cristiana, Nazaret se ha convertido en la capital de Galilea, con unos 30 mil habitantes, en su mayoría de raza árabe y de religión cristiana. El mayor edificio del actual Nazaret es la basílica de la Anunciación. En su interior, se conservan lo que fueron las "paredes" -parte trasera de la cueva- en donde vivía la familia de María, madre de Jesús. Una inscripción de principios del siglo II fue hallada allí y en ella se puede leer "Xe María" (Dios te salve, María), acreditando la autenticidad histórica del lugar. Se conserva también la fuente que ha abastecido desde siempre la aldea, y a la que María iría a buscar agua. Se pueden ver también los restos del cementerio de Nazaret en tiempos de Jesús y en donde, sin duda, fueron enterrados sus antepasados.

2. **María** tendría unos cuarenta y tantos años cuando Jesús comenzó a destacar entre sus paisanos. Como todas las campesinas, sería a esa edad una mujer gastada por duros trabajos, pero llena de la sabiduría que da el contacto con los dolores y las alegrías más elementales de la vida. Sus manos tendrían callos, vestiría humildemente y, como todas las mujeres de su clase en Israel, sería analfabeta. Era una mujer pobre que, como el pueblo fiel de los "pobres de Yavé", tenía puesta toda su esperanza en Dios. No existen datos que prueben que María fuese viuda en este momento de la vida de Jesús, pero todo lo hace suponer. En Israel, tanto los hombres como las mujeres se casaban muy jóvenes. Por eso, el hecho de que Jesús, a los treinta años, estuviera aún soltero, sería algo chocante para sus vecinos y para su propia madre. La soltería o la virginidad no eran valores en la sociedad en la que vivió Jesús.

3. Tradicionalmente, se ha limitado el oficio de **Jesús**, como el de José, al de carpintero. Sin embargo, la palabra original que emplea Marcos tiene como exacta traducción algo así como "hacelotodo" (Marcos 6, 3). Jesús trabajaría la madera, haría herraduras o arreglaría puertas. También sembraría y recogería los frutos de la cosecha como jornalero eventual.

4. **Susana** fue una mujer cuyo nombre conserva el evangelio de Lucas al hablar de las mujeres que acompañaron a Jesús en su predicación por las aldeas y pueblos de Israel (Lucas 8, 3). Pudo ser la comadre de María. Las relaciones de vecindad en un pueblo tan pequeño como Nazaret eran estrechas, y prácticamente todos eran familia o todos conocían la vida y los problemas de sus paisanos.

5. **Moreno** es el apodo cariñoso que se da a Jesús en este relato. El origen semita de Jesús sugiere una piel oscura y unos rasgos que, como los de los hombres de sangre árabe, no tendrían nada que ver con los de esas imágenes que lo hacen pasar por un hombre de tez blanca, cabellos rubios u ojos claros.

## 2- CAMINO AL JORDÁN

En aquellos tiempos, eran muchos los que iban al Jordán buscando a Juan el Bautista.(1) La poderosa voz del profeta había llenado de gente los caminos secos y polvorientos de Judea. Y también, aunque un poco menos, los caminos de Galilea que con la primavera se bordeaban de flores, de espigas nuevas y de yerba verde, tan alta que a veces llegaba hasta la cintura.

*Felipe* - ¡Me muero de ganas de verle las melenas a ese profeta! Unos me han dicho que es el tipo más santo que ha pisado esta tierra desde hace muchos años. ¡Y otros dicen que tiene un mal genio que no hay quien lo aguante!

*Natanael* - ¡Uff!... Felipe, estoy cansado... Yo lo que me muero es de ganas de tumbarme un rato sobre esta yerba y echar un sueñecito. Hoy hemos madrugado demasiado.

*Felipe* - Nada de dormir, Natanael, tenemos que llegar a Magdala para la comida. Y tenemos el tiempo justo. Jasón, el de la taberna, tiene los mejores pescados a primera hora. Si llegamos tarde, nos dará esos dorados ya podridos. Siempre hace lo mismo. Yo me lo conozco bien. Estuve por allá la semana pasada y me tocó comer las sobras de los que llegaron primero.

Felipe y Natanael eran viejos amigos. Se conocían desde siempre. Habían jugado juntos y, a temporadas, habían trabajado también juntos. Hacía ya varios años que habían separado sus negocios. Felipe iba de pueblo en pueblo vendiendo un poco de todo: amuletos, peines, tijeras, anzuelos, ollas... de todo. Natanael tenía un taller en Caná de Galilea. Allí trabajaba la lana y de vez en cuando hacía también cosas de cuero.

*Natanael* - ¡Pues alégrate, hombre!

*Felipe* - Y claro que me alegro, Nata, claro que me alegro. Es lo que yo digo: si este Juan el bautizador es, como dicen, un profeta, es que viene ya la hora de la esperanza para nosotros los muertos de hambre... Y eso yo lo he notado ya. Nunca he vendido tantas cosas como ahora. Vas por los caminos, te encuentras con gente que va para allá, para el Jordán y, sin darte cuenta, les vendes algún cachivache para el viaje, ¿ves? Por eso, yo digo que Juan es un profeta. El me ha traído suerte.

*Natanael* - No seas animal, Felipe. Yo todavía no me



explico cómo de ese cabezón tan grande salen ideas tan pequeñas... Pero, ¿qué te piensas tú que es un profeta?

*Felipe* - Esta no es una idea pequeña, Nata. ¿El Mesías no va a empezar un mundo mejor que éste, eh?(2) ¿No va a hacer justicia? Pues hacer justicia es que yo meta más monedas en mi saco. He pasado ya mucha hambre. La hora de Dios tiene que ser mi hora también. Mira, Nata, he traído esto, a ver si lo vendo. Aprovecho el viaje, ¿comprendes?

*Natanael* - Pero, ¿qué tienes tú ahí? ¿Collares?

*Felipe* - ¿Qué te parecen? ¿No son preciosos? ¡Mira éste!

*Natanael* - Pero, Felipe, ¿a quién le vas a vender tú esos collares?

*Felipe* - Uy, dicen que el Jordán está lleno de mujeres... ju, ju, ju... ¡Ya sabes tú! Esas pican fácil, las muy bobas. Y yo les hago un favor vendiéndoles estos chirimbolos tan bonitos. Les ayudo a mejorar su negocio.

*Natanael* - ¿Van muchas rameras a ver al profeta?

*Felipe* - ¡A montones! Eso dice la gente que viene de allá.

*Natanael* - ¡Bendito sea el Altísimo! ¿Quién me habrá mandado a mí venir contigo? Ya te dije yo que ese profeta...

*Felipe* - Ese profeta, ¿qué? Ese es un profeta de los pobres.(3) Anuncia grandes cambios para la tierra, Natanael. Hay que escucharlo. La voz de Dios hay que escucharla siempre.

A mediodía, llegaron Felipe y Natanael a Magdala.(4) Magdala era una ciudad que olía a vino, a mujeres y a pescado. Estaba a las orillas del gran lago de Tiberíades. Por aquella ciudad entraban muchas caravanas de viajeros y camellos desde los montes del norte. Descansaban en Magdala y seguían el viaje por tierras galileas.

*Jasón* - ¡A las muy buenas, Felipe! ¡Hacía mucho que no te veíamos por esta taberna, buen sinvergüenza! ¿Qué nos vienes a vender hoy? Te advierto que cuando empieza la luna llena, y ayer empezó, el tiempo es malo para los negocios!

*Felipe* - No vengo a vender, Jasón. Vamos de camino, este amigo y yo.

*Jasón* - ¿Y quién es tu amigo? No lo había visto antes por aquí.

*Felipe* - Bah, viene poco por esta parte. Tiene bastante con su mujer, sus hijos, su suegra y su taller. Es de Caná. Y no sale casi de allí. Mucho trabajo, tú sabes...

*Jasón* - ¿Y qué has venido a buscar a Magdala, amigo?

¿Estás aburrido de tu mujer? Ja, ja, aquí en nuestra ciudad hay hembras para quitar todas las penas. Oye, tú pareces un hombre serio. ¿Cómo te llamas?

*Natanael* - Natanael.

*Jasón* - Natanael. Muy bien. ¿Y qué quieren Felipe y Natanael? Van a pasar la noche aquí? Les puedo buscar dos buenas camas...

*Felipe* - Nada de dormir, Jasón. Tenemos que seguir de camino.

*Natanael* - Yo tengo sueño, pero... bueno, ya nos tumbaremos un rato bajo algún árbol.

*Jasón* - ¿Y a dónde van los amigos que tanta prisa llevan?

*Felipe* - Vamos al Jordán, a ver al profeta ése.

*Jasón* - ¡Por las barbas de Moisés!... ¡Otros que pican el anzuelo! Pero, Felipe, ¿también tú? ¡El profeta!... Pero, ¿qué se te ha perdido a ti en el fondo del río para que vayas a meter tu cabezón en esa agua sucia? ¡Seguro que este calvito con cara de buena persona te habrá metido esa locura en el cuerpo! ¡Caminar más de cien millas para ver a ese melenudo!

*Felipe* - Mira, Jasón. No empecemos a discutir. Lo que tenemos es hambre.

*Jasón* - ¡Pues donde el profeta van a pasar más! Dicen que ese Juan está en los huesos, que sólo come grillos y que obliga a la gente a ayunar y a hacer penitencia... ¡Así que les voy a preparar una olla que les llene la tripa para una semana!

*Felipe* - ¡Oye, Jasón, que el pescado esté fresco, eh!

La taberna de Jasón comenzó a abarrotarse de gente. El olor a pescado y a vino de pasas era cada vez más fuerte. La gente comía en el suelo o sobre algunas piedras. Los que llegaron primero aprovecharon los pocos bancos de madera que había. Felipe y Natanael se metieron en una esquina con sus dorados recién asados, sus aceitunas y la salsa picante. Al rato de estar allí, cuando ya sólo quedaban las espinas en el plato, vieron entrar por la puerta a uno que conocían...

*Felipe* - ¡Oh, pero mira quién asoma las orejas!

*Natanael* - ¿Quién es ése?

*Felipe* - Jesús, el hijo de María, el de Nazaret... ¿Qué buscará por aquí? ¡Eh, tú, Jesús!... ¡Jesús! ¡Ven para acá!

Saltando por encima de los platos y cuidando de no tirar alguna jarra de vino, Jesús se abrió paso hasta la esquina donde estaban Felipe y Natanael.

*Jesús* - ¿Qué hay, Felipe? ¿Cómo estamos, Natanael? La verdad es que no pensaba encontrar por aquí a ningún conocido.

*Felipe* - ¿Y qué? ¿Vienes a hacer algún trabajo en Magdala?

*Jesús* - No, voy de viaje al Jordán.

*Felipe* - ¿Que vas al Jordán? ¿También tú vas para allá?

*Jesús* - Pero, ¿ustedes van a ver a Juan, el profeta?

*Felipe* - ¡Pues claro que sí! ¡Maldita sea, qué buena suerte!

*Natanael* - A éste se le metió en la cabeza la idea y me enredó a mí también.

*Jesús* - ¿Y qué has hecho entonces, Natanael? ¿Has cerrado tu taller?

*Natanael* - Bah, tengo poco trabajo ahora. Dejé a la mujer allí por si se presenta algo. Yo creo que no tardaremos mucho por el Jordán...

*Felipe* - ¡Eh, Jasón, trae otro par de dorados y una jarra de vino! ¡Ahora somos tres los que vamos a ver al profeta!

*Natanael* - ¡No grites tanto, Felipe! ¿Todos tienen que enterarse de nuestro viaje? Se van a reír de nosotros...

*Felipe* - Pues que se rían. A lo mejor algunos de aquí van también para el Jordán, digo yo. ¡Eh, amigos, ¿alguno de ustedes va para el Jordán?

*Natanael* - ¡Cállate de una vez, Felipe, por favor! ¡Qué hombre!

*Felipe* - Este profeta ha puesto en movimiento a todo el pueblo de Israel. Yo que ando para arriba y para abajo, lo veo. Poner en danza a tanta gente es una señal de que la cosa viene de Dios, ¿tú no crees, Jesús?

*Jesús* - Yo creo que sí. Por eso voy para allá.

*Jasón* - ¡Ajajá! ¿Así que tú también vas para el río? ¿De dónde eres?

*Jesús* - De Nazaret.

*Jasón* - ¿De Nazaret? Pues de ese lugar de mala muerte no creo que hayan ido muchos al Jordán. ¡Si en ese caserío hay más ratas que hombres!

*Jesús* - No creas, hace unos días se fue Benjamín, el hijo de Raquel. Ese es amigo mío.

*Jasón* - ¿Y ahora te vas tú? ¡Qué gente ésta! ¡Son como las ovejas, a donde va una van todas! ¡Ah, qué hombres más locos! Soñando con profetas y con señales de Dios pudiendo quedarse por aquí a darse la gran vida! Tú, nazareno, ¿no te animas? Tengo muy buen vino y unas mujeres que están... Allá en tu pueblo no hay nada de esto. ¿Por qué no te pasas aquí unos días y dejas que estos dos

locos sigan para el sur?

*Jesús* - Mira, ahora quiero conocer al profeta. Otro día conoceré Magdala, te lo prometo.

*Jasón* - ¡Ay, qué cabezas más duras y llenas de cuentos! ¡Ea, nazareno, échate en la tripa estos dorados y ya después me dirás! ¡A ver si cambias de idea! ¡Y ahora me voy, que tengo mucho que hacer!

*Felipe* - ¡Están muy buenos, Jesús, los mejores del lago!

*Jesús* - ¡Ya lo estoy viendo, Felipe, porque tú te los tragas con cabeza, cola y espinas!

*Felipe* - La mujer de Jasón tiene manos de ángel para cocinar...

*Natanael* - Pero Jasón es un granuja. Se burla de los profetas. Y esto es algo muy serio, lo más serio del mundo.

*Felipe* - Oye, Jesús, ¿tú crees que Juan será el liberador de Israel? Hay mucha gente que dice que sí... y otros que no.

*Jesús* - Pues yo no sé, Felipe. Primero hay que verlo y oír lo que dice...

*Natanael* - El liberador de Israel tendrá que limpiar a este país de todas sus porquerías. Dicen que Juan mete a la gente de cabeza en el río y luego te saca como nuevo.

*Felipe* - ¡Caramba, eso me gusta! ¡Llevo siete meses sin bañarme!

*Jesús* - Yo de lo que estoy seguro es que Juan es un profeta. Hacía mucho tiempo que no aparecía en este país un hombre que dijera tantas verdades juntas!

*Natanael* - Pues yo no estoy seguro de nada. Yo nunca he visto a un profeta. Eso de los profetas pasaba antes, cuando Dios se acordaba de su pueblo y lo gobernaba.

*Jesús* - Pues a mí me parece, Natanael, que Dios ha vuelto a acordarse de nosotros y nos ha mandado a Juan.

*Felipe* - ¡Dios o el diablo, me da lo mismo! Yo lo que quiero es que el bautizador ése dé de una vez el grito.

*Natanael* - ¿Qué grito, Felipe?

*Felipe* - ¡El grito que hace falta aquí, caramba! ¡Que los pobres estamos con el moco para abajo, y necesitamos que venga uno y nos diga: ¡Espabídense, alelados, que llegó la hora!

*Natanael* - ¡Cállate la boca, Felipe!

*Felipe* - ¡Amárrense los calzones, que ahora sí que va en serio!

*Natanael* - ¡Felipe, por Dios!

*Felipe* - ¡Todos juntos, como un solo hombre, a echar pa'lante!

Natanael - ¡No hagas tanta bulla, Felipe! ¡En vez de ir para el Jordán vamos a ir para la cárcel! ¡Y de cabeza! ¡Ea, Jesús, acaba de chupar esas espinas y vámonos de aquí!

Jesús - Sí, vámonos ya, Felipe. Deja los discursos para otro momento, que todavía nos quedan dos días de camino para verle las barbas a Juan el bautizador!

Juan bautizaba en Betabara de Perea, al sur de la vieja ciudad de Jericó, cerca del Mar Muerto. Y eran muchos los que en aquellos días se acercaban a escuchar sus palabras, buscando en él al Liberador de Israel.

Mateo 3,5-6; Marcos 1,5; Lucas 3,7.

---

1. El **Jordán** es prácticamente el único río que riega la tierra de Israel. Nace en el norte, cerca del monte Hermón, y desemboca en las aguas salobres del Mar Muerto, el lugar más bajo del planeta, una fosa de casi 400 metros bajo el nivel del mar. Lo forman tres manantiales, uno de ellos la fuente de Dan, que da nombre al río: Jor-Dan (el que baja de Dan). En lenguaje bíblico, para precisar los límites geográficos de la Tierra Prometida por Dios a Israel, es frecuente la expresión: “desde Dan hasta Bersheba”. Desde el norte, donde estaba la fuente de Dan, hasta el punto situado más al sur, la ciudad beduina de Bersheba. El valle del Jordán es una prolongación del gran valle del Rift, de 6 mil 500 kilómetros de longitud, que atraviesa Africa Oriental y llega hasta el Mar Rojo.

2. **Mesías** es una palabra aramea que significa “ungido”. La palabra griega equivalente es “cristo”. En Israel, los reyes, al ser elevados al trono, eran ungidos con aceite en señal de la bendición de Dios. (1 Samuel 10, 1). A lo largo de su historia, el pueblo de Israel, que había sufrido fracasos, derrotas y esclavitudes, esperó de Dios un liberador definitivo que le trajera una paz duradera. Unos cien años antes del nacimiento de Jesús se empezó a llamar “Mesías” a ese liberador esperado, que en la creencia del pueblo sería un rey poderoso que haría de Israel una gran nación, expulsaría de sus tierras a los dominadores extranjeros y haría por fin justicia a los pobres. La venida más o menos cercana del Mesías, lo que haría este personaje, el modo de reconocerlo, su procedencia –algunos esperaban que fuera un ángel, otros un gran sacerdote– eran tema de las conversaciones populares en tiempos de Jesús.

3. Para el pueblo de Israel, los **profetas** eran hombres de Dios que hablaban en su nombre. Interpretaban lo que sucedía, denunciaban las injusticias, anunciaban los planes de Dios, y eran temidos por reyes y gobernantes. Después de muchos años sin tener ningún profeta en el país, el pueblo reconoció en Juan a un gran profeta. Y algunos llegaron a ver en él al Mesías esperado. Esto explica la movilización de gentes que despertó la palabra del Bautista.

4. **Magdala** era una ciudad situada a orillas del lago Tiberíades, en el camino de las caravanas que entraban a Galilea desde las montañas de Siria. Como ciudad de paso, prosperaban en ella las tabernas y los prostíbulos. De la Magdala evangélica no quedan restos.

### 3- UNA VOZ EN EL DESIERTO

El año 15 del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes virrey de Galilea, su hermano Filipo virrey de Iturea y Traconítide, y Lisania virrey de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, Dios le habló a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.(1) Juan había pasado muchos años en el monasterio del Mar Muerto. Pero cuando sintió la llamada de Dios, se fue a predicar recorriendo las orillas del río Jordán y proclamando un bautismo de conversión.(2)

*Bautista* - ¡Lo dijo el profeta Isaías y lo repito yo!  
¡Abran el camino, dejen pasar al Señor! ¡El Liberador de Israel viene, viene pronto! ¿No escuchan ya sus pisadas?... ¡Abran paso, dejen libre el camino para que pueda llegar hasta nosotros!

Los gritos de Juan resonaron en Betabara y en la ciudad vecina de Jericó y su eco llegó a Jerusalén y se extendió como fuego en paja seca por todo el país de Israel. Estábamos ansiosos de escuchar una voz que reclamara justicia y anunciara la liberación del yugo romano. Y vinimos del norte y del sur para conocer al profeta del desierto.

Mi hermano Santiago y yo habíamos viajado desde Cafarnaum. Vinimos con nuestros compañeros de siempre, Pedro y Andrés, también hermanos, también pescadores del lago de Tiberíades y, como nosotros, simpatizantes del movimiento zelote.

*Santiago* - ¡Este es el hombre que necesitamos, Pedro!  
¡Diablos, este profeta no tiene pelos en la lengua y les escupe la verdad lo mismo a los de arriba que a los de abajo!

*Pedro* - ¿Qué hacemos aquí, Santiago? Llama a tu hermano y vamos a oírlo de cerca. ¡Eh, tú, Andrés, vamos para allá aunque tengamos que abrirnos paso a codazo limpio! ¡Que viva el movimiento!

Hacía setenta años que nuestro país era una colonia del imperio romano.(3) El pueblo estaba desesperado por aquella esclavitud, por el hambre y por los enormes impuestos que nos obligaban a pagar. Por eso, muchos mirábamos con simpatía al movimiento zelote que conspiraba contra el poder romano y tenía a sus guerrilleros extendidos por todo el país.

*Pedro* - ¡Que viva el movimiento!  
*Todos* - ¡Viva! ¡Viva!  
*Santiago* - ¡Mueran los romanos!  
*Todos* - ¡Mueran! ¡Mueran!

Los zelotes estaban bien organizados, sobre todo en nuestra provincia, en Galilea.(4) Pedro y Andrés, y mi hermano Santiago y yo formábamos un pequeño grupo de apoyo en Cafarnaum. Les hablábamos a todos del movimiento y, por supuesto, nos metíamos en cuanta protesta y lío se armaba. Bueno, alguno lo armábamos nosotros. Yo creo que cuando fuimos a ver al profeta Juan fue por eso. Después, al oírlo hablar, nos dimos cuenta de que la cosa iba también con nosotros.

*Bautista* - Los de arriba gritan: ¡paz, paz, que haya paz! Pero, ¿cómo puede haber paz si no hay justicia? ¿Qué paz puede haber entre el león y el cordero, entre el rico y el pobre? Los de abajo gritan: ¡violencia, violencia! Pero ellos lo dicen por ambición, porque también quieren subir y abusar de los que queden abajo. ¡Tienen un león escondido bajo la piel de cordero! Así dice Dios: ¡todos, todos tienen que cambiar de actitud! ¡Todos tienen que convertirse!

El calor era agobiante. Los mosquitos formaban una nube sobre nuestras cabezas. Gentes de todas partes, campesinos, artesanos de los pueblos, comerciantes de lana, cobradores de impuestos, mendigos y enfermos, prostitutas y soldados, todos estábamos allí. Tampoco faltaban los vendedores que empujaban sus carretones entre la gente pregonando rosquillas y dátiles.

*Bautista* - ¡Arrepiéntanse antes de que sea demasiado tarde! Los que quieran escapar de la cólera de Dios, ¡métanse en el agua, que este río limpia el cuerpo y limpia el alma! ¡Métanse en el agua antes de que llegue el Fuego y los convierta en cenizas!

En la arena gris de la orilla se amontonaban las sandalias y los mantos. Juan, apoyado en una roca y con el agua hasta la cintura, iba agarrando por los pelos a los que se querían bautizar. Los hundía en el río y cuando ya creían ahogarse, el brazo del profeta los sacaba a flote y los empujaba hacia la orilla. Fuimos centenares los que recibimos este bautismo de purificación.

*Pedro* - ¡Mira, Andrés, fíjate cómo le brillan los ojos, como dos carbones encendidos!



*Andrés* - ¡Este profeta es el mismo Elías que ha bajado del cielo en su carro de fuego! ¡Elías en persona!

*Pedro* - ¡Esto es el fin del mundo!

*Santiago* - ¡Quítense de ahí, zoquetes! ¡Déjenme ver al profeta!

El profeta Juan era un gigante tostado por el sol del desierto. Se vestía con una piel de camello amarrada con una correa negra. Nunca se había cortado el pelo y ya le llegaba hasta la cintura. Cuando el viento soplaba, parecía la melena de una fiera salvaje. Era el profeta Elías el que hablaba por su boca. Bueno, en realidad, Juan no hablaba: gritaba, rugía, y sus palabras rebotaban como pedradas en nuestras cabezas.

*Bautista* - ¡Abran el camino, un camino recto, sin curvas ni desvíos, para que el Liberador llegue más pronto! ¡Rellenen los baches para que su pie no tropiece! ¡Tumben las montañas si hace falta para que no tenga que dar ningún rodeo y se demore! ¡No, no se demora, viene ya! ¿No escuchan sus pisadas? ¿No sienten ya su olor en el aire? ¡Ya viene el Mesías, el Liberador de Israel!

*Pedro* - ¡Puaf! Aquí el único olor que se siente es a orines. Ya estoy mareado.

*Andrés* - ¡Qué puerco eres, Pedro! ¡Cállate y oye lo que dice el profeta!

*Pedro* - Pero si es la verdad, Andrés. Yo no sé ni para qué vine aquí. Esta gente se mete en el río y hacen de todo ahí dentro. Y luego va uno y sale más sucio de como entró. ¡Y dice el profeta que el río limpia y purifica, puaf!

*Santiago* - Tienes razón, Pedro. El agua parece ya una sopa. Y las cabezas de la gente, los garbanzos.

*Pedro* - Ea, vámonos a otro lado, compañeros, esto me da asco.

*Andrés* - Oigan a mi hermano haciéndose el fino... ¡Pero si el que más apesta eres tú mismo, Pedro!

*Pedro* - ¡Vete al cuerno, Andrés! Ahora mismo te vas a tragar esas palabras...

*Juan* - ¡Déjalo ya, Pedro! Vámonos un poco fuera, aquí hay un calor que no hay quien aguante.

Nos fuimos de allí para poder respirar. Pedro estaba molesto con Andrés y Andrés molesto conmigo y Santiago molesto con todos. Los cuatro éramos buenos amigos, pero siempre estábamos peleando.

*Santiago* - Bueno, en fin de cuentas, ¿con quién está el profeta? ¿No oyeron lo que dijo? Que todos, los

de arriba y los de abajo, teníamos que convertirnos.

*Juan* - Esas son palabrerías, Santiago. Que diga claramente con quién está. ¿Apoya a los zelotes o no? Eso es lo que tiene que decir.

*Pedro* - ¡Bien dicho, Juan! ¡Que viva el movimiento!

*Andrés* - ¡Ay, cállate ya, Pedro, pareces una cotorra repitiendo siempre lo mismo!

*Pedro* - Y tú, parece que te has dejado embobar por el bautizador.

*Andrés* - Yo estoy con él. Diga lo que diga y apoye a quien apoye, estoy con el profeta.

*Juan* - Pero, ¿el profeta apoya al movimiento o no? Eso es lo que yo quiero saber, Andrés.

*Andrés* - Pues anda tú mismo y pregúntaselo, Juan. Métete en el río y pregúntale de qué lado está. Tú te llamas Juan como él, eres tocayo suyo. A lo mejor te responde.

*Juan* - Pues sí. A mí no me da miedo ese profeta ni nadie. Si está con los zelotes, bienvenido sea. Si está con los romanos, ¡ojalá se ahogue en ese río mugriento!

*Andrés* - No grites tanto, Juan. La cosa no es tan fácil.

*Santiago* - La cosa es muy fácil, Andrés: darle una patada en el trasero a todos los romanos. Y se acabó.

*Pedro* - Cualquiera que te oye hablar, Santiago, piensa que tú eres uno de los siete cabecillas. A ver, pelirrojo, ¿qué has hecho tú por el movimiento, dime? ¿dar cuatro gritos en cuatro pueblos?

*Santiago* - ¿Y qué has hecho tú, Pedro, eh? ¿Tirar piedras desde los tejados? ¡Y no me saques otra vez cuando le escupiste al capitán romano porque aquí hasta los niños escupen a los soldados!

*Pedro* - ¡Eres un fanfarrón, Santiago, y te voy a cerrar el pico!

*Juan* - ¡Basta ya de discusión, maldita sea! A ver quién de nosotros se atreve a preguntarle a Juan de qué lado está. Eso es lo que yo propongo.

*Pedro* - Y yo lo que propongo es que nos vayamos un poco más lejos. Hasta aquí llega el tufo. Les digo que estoy mareado. Anda, vamos.

Los cuatro nos alejamos para comer algunas aceitunas. Pero cuando salimos al camino tuvimos una gran sorpresa.

*Pedro* - Oye, pero ese cabezón que viene hacia acá, ¿no es nuestro amigo Felipe, el vendedor? ¡Felipe! ¡Demonios, ya se puso bueno esto!

*Felipe* - ¡Caramba, Pedro! ¡Pedro tirapiedras! ¿Cómo va esa vida? ¡Y tú, Santiago, bocagrande! ¡Y Juan, el buscapleitos! ¿Qué lío estarán armando por

aquí los hijos del Zebedeo? Y mira también al flaco Andresito... ¡Por las pantorrillas de Salomón, me alegro de encontrarme con ustedes!

*Juan* - ¡Y nosotros también, Felipe, el charlatán más grande de toda la Galilea!

*Santiago* - Oye, Felipe, no seas maleducado. ¿Quiénes son estos dos que vienen contigo?

*Felipe* - Pero si es verdad. Todavía no he hecho las presentaciones. Nata y Jesús... ejem... Aquí les presento a estos cuatro bandidos, pescadores de cangrejos en Cafarnaum. Y éstos... ¡son dos granujas peores que ustedes! Este se llama Natanael, un israelita de buena marca, vive en Caná, trabaja con lana, es más tacaño que una rata y tiene una mujer que ni el rey David la aguantaría. Y este otro, un moreno simpático de Nazaret. Se llama Jesús. Lo mismo te arregla una puerta que te hace una herradura. Un hacelotodo, ¿entiendes? ¡Ah, y cuando presta dinero nunca te cobra los intereses! ¡Lo malo es que nunca tiene y hay que prestarle a él! Señores, ya está dicho todo.

*Pedro* - Pues entonces, como si nos conociéramos de toda la vida. ¡Y ahora, a llenar el buche, que para luego es tarde!

Y nos fuimos los siete a comer y a conversar entre aquella maraña de gente. Cuando caía la noche, todo el mundo se desparramaba por la orilla del río. Buscaban ramas secas y encendían fogatas para calentarse. Otros cortaban hojas de palmera y hacían tiendas para no dormir al raso. El Jordán estaba repleto de gente. Todos veníamos buscando al profeta Juan y Juan seguía buscando al Mesías, el Liberador que él anunciaba.

Mateo 3,1-6; Marcos 1,1-8; Lucas 3,1-6.

---

*1. Juan el Bautista, hijo del sacerdote Zacarías y de Isabel, predicó y bautizó en el desierto, en las orillas del río Jordán, en un vado llamado Betabara. Actualmente, este lugar es zona fronteriza entre Israel y Jordania. Las largas melenas que usó Juan eran una costumbre entre los que se comprometían a un servicio total a Dios y hacían el llamado voto de los nazireos (Jueces 13, 5; 1 Samuel 1, 11). Tanto el evangelio de Marcos como el de Juan inician los relatos de la vida de Jesús con la predicación del Bautista en las orillas del Jordán. Es una forma de destacar la estrecha relación que une los mensajes de*

ambos.

2. Juan el Bautista usaba un rito, que se hizo muy popular entre sus contemporáneos, principalmente entre los más pobres: el **bautismo**. La gente que venía a escucharlo, confesaba sus pecados y Juan los hundía en las aguas del Jordán. Era un símbolo de limpieza: el agua purifica lo sucio. Y también de renacimiento, de empezar de nuevo: del agua nace la vida. Eran bautismos colectivos. Las masas populares se adhirieron al mensaje de Juan, con la convicción de que así preparaban la llegada del Mesías.

3. En la época de Jesús, el **imperio romano** era el más poderoso de la tierra. Desde hacía unos 70 años, Palestina era una de las colonias de Roma. La mayoría de las naciones conocidas entonces eran provincias sometidas al poder romano. Esto significaba en los países dominados: gobiernos dependientes, ocupación del territorio por ejércitos extranjeros y explotación del pueblo, al que se cobraban altos impuestos, y al que se controlaba impidiéndole la participación en las decisiones políticas o económicas. Roma fue destruida casi 500 años después del nacimiento de Jesús.

4. La palabra **zelote** viene de "celo": celosos, apasionados, del honor de Dios. Tanto en Galilea como en Judea existía un gran descontento ante el dominio de los romanos sobre el país. Entre los opositores destacaba el grupo o partido de los zelotes, una escisión radicalizada del grupo de los fariseos. Actuaban en la clandestinidad, algunos como guerrilleros, especialmente en la región norteña, en Galilea, en donde el control de Roma era más débil. Los zelotes eran nacionalistas, predicaban a Dios como único rey y se oponían a todo poder extranjero. Se negaban, por esto, al pago de los impuestos y a los censos ordenados por el imperio. Los campesinos y los pobres de Israel, agobiados por los tributos, simpatizaban con el movimiento y encubrían a sus miembros.

Los zelotes tenían un programa de reforma agraria: proclamaban que la propiedad debía ser redistribuida justamente, pues las diferencias sociales eran extremas. Proponían la cancelación de las deudas inspirándose en la ley mosaica del Año de Gracia. El grupo más radical dentro del partido zelote era el de los sicarios, que llevaban siempre bajo la túnica pequeños puñales ("sicas") y cometían con frecuencia atentados contra los romanos.

#### 4- LA JUSTICIA DE DIOS

A Juan el Bautista venían a oírle gentes de la tierra de Judea y de la ciudad de Jerusalén y de la lejana Galilea. Cuando se arrepentían y confesaban sus pecados, el profeta los bautizaba en las aguas del río Jordán. Mi hermano Santiago y yo, Pedro y su hermano Andrés, Felipe, Jesús y Natanael también estábamos allí.

*Bautista* - Y es el Señor quien me dijo: levanta tu voz como trompeta y denuncia a mi pueblo sus pecados y sus rebeldías. ¡Grita en los campos y en las ciudades las injusticias que se cometen contra los pobres! ¡Conviértanse al Señor! ¡Conviértanse de corazón y él les devolverá la vida!

*Felipe* - Este profeta siempre dice lo mismo. No sé cómo no se cansa. Hace dos horas que estamos aquí y dale que dale con la misma canción.

*Natanael* - ¡Shss! Cállate ya, Felipe, y déjame oír.

*Felipe* - Pero, Nata, es que ya me estoy aburriendo...

*Santiago* - No seas estúpido, Felipe. A la gente hay que gritarle para que le entren las cosas en la mollera.

*Felipe* - "Conviértanse, conviértanse"... Pero, ¿qué diablos es convertirse? No entiendo eso.

*Juan* - Convertirse es cambiar. Y cambiar es tumbar a los romanos y sacarlos de nuestra tierra.

*Andrés* - Anda, Felipe, pregúntale al profeta lo que tienes que hacer tú para convertirte. El te lo dirá. A Juan le gusta que la gente le haga preguntas.

*Felipe* - ¿Tú crees, Andrés?

*Andrés* - Que sí, hombre. Anda, pregúntale algo.

*Felipe* - ¡Eh, profeta de Dios! ¡Profeta Juan!

*Natanael* - ¡Felipe, por tu mamá de Betsaida, cállate! No armes tanto alboroto.

*Felipe* - Es que necesito preguntarle al profeta... ¡Eh, profeta Juan!

*Natanael* - Vas a meter la pata como siempre.

*Bautista* - ¿Quién me ha llamado?

*Pedro* - ¡Este cabezón de aquí, que quiere averiguar una cosa!... ¡Aquí!

*Bautista* - ¿Qué quieres saber, hermano?

*Felipe* - Juan, tú hablas mucho de convertirse, de cambiar, de prepararle el camino a ése que va a venir. Pero, dime, ¿cómo se lo puedo preparar yo? Nosotros que somos unos muertos de hambre, ¿qué podemos hacer? ¿Qué tenemos que hacer?

*Bautista* - Lo primero de todo es la justicia, ¿me oyes? ¡La justicia!(1)

*Felipe* - Explicáte mejor, profeta. Soy un hombre torpe y...

*Bautista* - ¿Cuántos mantos tienes tú?

*Felipe* - ¿Cómo dices?

*Bautista* - ¿Qué cuántos mantos tienes tú?

*Felipe* - Bueno, me da vergüenza pero... sólo tengo uno en casa y éste otro que llevo puesto.

*Bautista* - Tienes dos. Te sobra uno. Dáselo al que no tiene ninguno. ¡En Israel hay muchos desnudos que no tienen ni un trapo para cubrirse! ¿Quieres que hable más claro? Tú, el de al lado... Sí, no te escondas... Tú, ¿cuántos pares de sandalias tienes? ¿Dos? ¿Tres? Te sobran las que no tienes puestas. En Israel hay muchos descalzos que no tienen ni un par de sandalias. Reparte las tuyas con ellos. ¿Tienes dos panes? Dale uno al que pasa hambre. Que a nadie le sobre para que a nadie le falte. Eso es lo que quiere Dios. Eso es convertirse: compartir. ¡Justicia, hermanos, justicia! Yo preparo los caminos del Señor. Y el Señor grita por mi boca: que todos coman, que todas tengan con qué cubrirse, que todos puedan vivir. ¡Ay de quien que da la espalda a su hermano, porque le está dando la espalda al mismo Dios! ¡Ay de quien cierra la puerta al que va de camino, porque ese caminante es el Mesías, que viene a tocar a tu casa!

*Santiago* - ¡Bien dicho! ¡Eso mismo pedimos los zelotes! ¡Justicia!

*Felipe* - Bueno, Pedro, ya puedes ir dándome ese manto que llevas encima. El profeta dice que hay que repartir lo que uno tiene. Y hay que empezar por los amigos, digo yo. La buena justicia comienza por los de casa, ¿no es eso, Andrés?

*Andrés* - Este hombre es un profeta de verdad. Todos los profetas de antes hablaban de justicia. La voz de los profetas es siempre la misma voz.

*Natanael* - Pues yo digo que eso de dar la mitad de lo que uno tiene... Yo, por ejemplo, tengo un taller y cuatro herramientas, pero eso... eso no es ser rico... yo tengo lo justo para...

*Santiago* - No te preocupes, Natanael. Los ricos son otros. Mira a éstos que vienen por ahí. ¡Traidores!

Por entre la gente se abrían paso hasta la orilla dos hombres con turbantes de seda. Uno era alto con la cara picada de viruelas. A ése lo conocíamos menos. De quien sabíamos muchas cosas era del otro. Se llamaba Mateo y cobraba los impuestos en nuestra ciudad, en Cafarnaum. Cojeaba un poco y tenía una barba gris muy corta y llena de calvas. Como siempre, habría estado bebiendo. Todos

odiábamos a Mateo porque era un colaborador de los romanos.

*Santiago* - ¡Vendepatrias! ¡Fuera, fuera de aquí!

*Todos* - ¡Fuera! ¡Abajo los traidores! ¡Váyanse de aquí, gusanos!

*Jesús* - Ese hombre lo que parece es borracho.

*Juan* - Claro, sin vino en las tripas no se hubiera atrevido a meterse aquí. Lo conocemos bien, Jesús. Te aseguro que en todo el país no encuentras a un tipo más cobarde que ese Mateo.

*Felipe* - Oye, Santiago, ya me están zumbando las orejas. ¡Deja ya de gritar, caramba! Que yo sepa este lugar es para los pecadores, ¿no? Mateo será el bandido más grande de todos, pero también tiene derecho a ver al profeta.

*Santiago* - ¡Ese publicano sólo tiene derecho a que lo ahorquen!

Mateo y su compañero lograron acercarse a la orilla. En aquel momento Juan estaba bautizando a unas rameritas muy repintadas. Mateo esperó un rato a que salieran del agua.

*Mateo* - ¡Profeta del Altísimo! ¡Hemos oído a aquel galileo preguntándote qué tenía que hacer!

*Todos* - ¡Fuera! ¡Vendepatrias! ¡Traidores!

*Bautista* - ¡Silencio! ¡Quiero escuchar lo que dice este hombre! ¡Y Dios también quiere escucharlo! ¡Habla!

*Mateo* - ¡Profeta del Altísimo! ¿Qué tenemos que hacer nosotros?

*Bautista* - ¿Quiénes son ustedes?

*Mateo* - Somos judíos pero... cobramos los impuestos de los romanos. ¿Qué tenemos que hacer?

*Bautista* - ¡No se manchen las manos cobrando más de lo que las leyes mandan! Los romanos han echado una dura carga sobre las espaldas de nuestro pueblo. No aumenten ustedes esa carga robándole al pueblo lo poco que le queda. Los romanos han pisoteado nuestras tierras. No hagan ustedes más pesado el yugo ni más opresora la mano de los extranjeros.

*Mateo* - ¿Y habrá salvación para nosotros?

*Bautista* - ¡Hay salvación para el que busca la salvación! El que viene detrás de mí, separará el trigo de la paja. El trigo lo guardará en su granero y la paja la quemará en un fuego que no se apaga. ¡Pero todavía es tiempo de cambiar! ¡Conviértanse, déjense lavar con el agua que purifica!

Los dos publicanos se acercaron al agua.(2) Mateo iba tambaleándose. Era por miedo y también por lo que había

bebido. Entonces el profeta Juan los agarró por los pelos y los hundió en las aguas sucias y calientes del Jordán, en las que flotaban revueltos los pecados de las prostitutas, de los pobres y los usureros, los grandes pecados y los pequeños pecados, todas las culpas de nuestro pueblo.

*Soldado* - ¡Maestro! ¡Juan! ¡Queremos hablar contigo!

*Bautista* - ¿Qué quieren ustedes?

*Soldado* - Has hablado antes de los romanos. Somos soldados romanos. Hemos venido a verte porque tu palabra ha llegado también a nuestros oídos. Llevamos el escudo de los que se han hecho dueños de esta tierra, pero también queremos bautizarnos. ¿Qué tenemos que hacer nosotros para salvarnos en el día malo?

*Bautista* - ¡El único dueño de esta tierra y de todos los pueblos de la tierra es Dios! Ustedes ahora son los fuertes y golpean a los débiles. Mañana Vendrán otros más fuertes que los golpearán a ustedes. Porque los reyes y los gobiernos de este mundo son como la hierba que hoy está verde y mañana se seca y se quema. ¡El único rey es Dios! ¡La única ley es la de Dios! ¡Y la ley de Dios es la justicia!

*Pedro* - ¡Ten cuidado, profeta! ¡Si sigues hablando así, van a ir con el soplo a Pilato!

*Bautista* - ¡El dueño de todas las vidas es Dios! ¡No es Pilato, ni Herodes, ni el ejército romano! Ustedes, soldados; no amenacen a la gente ni acusen a nadie de lo que no ha hecho. No digan palabra falsa en el tribunal. No usen la mentira ni abusen de la espada. Confórmense con la paga que les den y no le roben al pobre su techo ni su pan. ¡Eso es lo que tienen que hacer ustedes, soldados romanos!

*Felipe* - Me está gustando este profeta. Me grita a mí, pero también grita a los romanos. Este Juan es un valiente.

*Pedro* - Bueno, vámonos ya. Por hoy hemos oído bastantes gritos de este Juan el bautizador.

*Jesús* - Espérate, Pedro. Me gustaría preguntarle algo al profeta...

*Pedro* - ¿Quién? ¿Tú? Pero, Jesús, ya sabes lo que te va a contestar: justicia, justicia y justicia. Yo me voy.

*Jesús* - Espera un momento, Pedro. ¡Juan! ¡Quería preguntarte una cosa!

*Bautista* - ¡Habla, galileo, yo te escucho!

*Jesús* - Profeta Juan, yo... yo no sé si me estoy metiendo en lo que no sé, pero...

*Felipe* - ¡Habla más alto tú, que no se te oye nada!



*Jesús* - Yo decía que... Bueno, que tú dices: den limosna a los hambrientos. Tú dices: no roben al cobrar los impuestos. Tú dices: no abusen de la espada. Y eso está muy bien, pero... esas son las ramas, ¿no? ¿Y el tronco, qué?

*Bautista* - ¿Qué quieres decir con eso?

*Jesús* - Es que yo creo que si las ramas dan frutas malas y uno las poda y las poda y las siguen dando malas, es que el tronco está malo. Son las raíces las que están podridas.(3) Profeta Juan, ¿qué tenemos que hacer para arrancar estas raíces, para que no haya hambrientos que necesiten limosna, para que no haya soldados que utilicen espadas, para que no haya gobernantes que nos aplasten con impuestos?

*Bautista* - ¿Quién eres tú?

*Jesús* - Me llamo Jesús. Vine ayer con dos amigos del norte. Te he escuchado hablar y te pregunto.

*Bautista* - Yo no te puedo responder a eso que me preguntas. Te responderá otro. Yo bautizo con agua, pero detrás de mí viene uno que bautizará con fuego. Con fuego y con el Espíritu Santo. A mí me toca podar las ramas. A él le corresponde arrancar el árbol de cuajo, quemar las raíces malas y limpiar toda la huerta.

*Jesús* - ¿Y quién es éste que ha de venir? ¿De quién estás hablando?

Pero Juan no contestó ya nada más. El viento empezaba a soplar en las orillas del Jordán. Las cañas se inclinaron y las aguas formaron remolinos grandes y pequeños. Juan, en lo alto de una roca, se quedó mirando a lo lejos. Sus ojos quemados por el sol y ardientes de esperanza buscaban en el horizonte a Aquel que había de venir.

Lucas 3,7-18

---

1. La **justicia** es un tema mayor a lo largo de toda la Biblia. Que Dios sea justo, como repiten una y otra vez los profetas, quiere decir que es liberador, que toma partido por los pobres y exige que se respete el derecho de los oprimidos, que es recto, que no se deja sobornar por la palabra engañosa o por el culto vacío. Conocer a Dios -en lenguaje bíblico es lo mismo que amarlo- es obrar la justicia (Jeremías 22, 13-16). La religión verdadera es reconocer el derecho de los pobres y establecer relaciones de justicia entre los hombres (Isaías 1, 10-18; Jeremías

7, 1-11).

2. Los **publicanos** eran funcionarios del imperio romano o de las autoridades locales que recaudaban los impuestos. Desde ese puesto extorsionaban a los pobres.

3. Se pueden podar las ramas viejas de un árbol, pero si las **raíces** están podridas no hay nada que hacer. La pregunta que Jesús hizo a Juan Bautista plantea el tema del pecado estructural y el pecado personal. El pecado, la injusticia, no es sólo un mal individual, que tenga remedio por una conversión entendida individualmente. Hay situaciones y estructuras de pecado. Un régimen económico que produce pobres cada vez más pobres y ricos cada vez más ricos es una estructura de pecado. Un régimen político que no da participación al pueblo, que se sostiene sobre el crimen y la corrupción, es también un pecado institucional. El mensaje de Jesús, como el de Juan el Bautista, no llamó sólo a la conversión personal. Esbozó un proyecto de transformación de la sociedad.

## 5- LAS CAÑAS ROTAS

La voz del profeta Juan estremecía el desierto de Judá y resonaba en el corazón de la multitud que se reunía para escucharlo en las orillas del Jordán. Juan anunciaba un mundo nuevo con el que todos nosotros soñábamos.

*Bautista* - ¡El fuego del Señor limpiará los crímenes y los abusos que cubren esta tierra como una lepra! Y Dios hará entonces cosas maravillosas, nunca oídas. Creará unos cielos nuevos y una tierra nueva y en ellos reinará por fin la justicia. No se escucharán más llantos ni quejidos...

Mientras Juan hablaba, Jesús se apartó de nosotros y echó a caminar. Se fue alejando de la orilla abarrotada del Jordán hacia donde ya no había tanta gente. Andrés y yo nos miramos y nos pusimos a seguirlo. Recuerdo que eran las cuatro de la tarde.

*Juan* - ¿Y a dónde irá éste ahora, Andrés?

*Andrés* - Y yo qué sé, querrá tomar el aire. Ahí abajo no hay quien respire, Juan. Oye, ¿qué dijo Felipe que hacía éste? ¿En qué dijo que trabajaba?

*Juan* - Bah, dijo que era un arreglatodo, imagínate, en ese caserío de Nazaret poco trabajo tendrá. Allá hasta los ratones se morirán de hambre. ¡Ah... ah... atchís!

Cuando estornudé, Jesús miró hacia atrás y vio que Andrés y yo lo seguíamos.

*Jesús* - Caramba, no los había sentido.

*Juan* - ¡Atchís!... ¡Maldita sea!... Este catarro lo atrapé yo cuando me metí en el río para bautizarme... Ah... Ah... Al salir había un aire que... ¡Atchís! ¡Maldición!

*Jesús* - ¿Y a dónde van ustedes?

*Andrés* - ¿Y a dónde vas tú?

*Jesús* - No, yo a ningún lado. Hay demasiado calor ahí. Y los mosquitos acaban con uno. Salí a dar una vuelta...

*Andrés* - Pues nosotros lo mismo..

*Juan* - Pedro tiene razón. Ese tufo del río te marea. Aquí por lo menos se puede respirar.

*Andrés* - Sí, la verdad es que está haciendo un calor...

*Juan* - No, si es lo que yo digo, que esto es como el horno de Babilonia.

*Andrés* - Bueno... es un calor que... ejem...

*Jesús* - Oigan, ¿por qué no nos sentamos un rato allá,

debajo de aquellas palmeras?

*Juan* - Buena idea, Jesús, porque... con este calor...

Nosotros dos queríamos conversar con Jesús. Pero, claro, no sobre el calor. No sé, aquel moreno de Nazaret nos había caído simpático desde que lo vimos llegar con Natanael y Felipe. Queríamos saber más cosas de él.

*Juan* - Así que dice Felipe que tú eres un arreglatodo...  
¿Qué? ¿Como un albañil, no?

*Jesús* - Albañil no... bueno, albañil sí... y herrero y carpintero... Un poneparches, vamos. Lo que se presente. En Nazaret es difícil tener un trabajo fijo. ¿Ustedes han estado allá? Aquello es muy chiquito. Hay que tener el ojo abierto y tomar lo que venga.

*Andrés* - Pero tú... ¿con quién vives? ¿Estás casado?

*Jesús* - No, yo no. Yo vivo con mi madre.

*Andrés* - ¿Y tu padre?

*Jesús* - Bueno, él murió hace tiempo, cuando yo tenía unos dieciocho años.

*Juan* - ¿Y qué? ¿No te piensas casar?

*Jesús* - Pues, mira, yo conocí a una muchacha... Pero, cómo te diré... no lo veía claro.

*Juan* - Ya me imagino. Allá en Nazaret con cuatro mujeres feas que habrá de ser difícil encontrar algo que valga la pena. Tú lo que tienes que hacer es venir a Cafarnaum. Allá la vida es muy distinta. Hay buen trabajo, hay más ambiente.

*Jesús* - Ustedes cuatro son pescadores, ¿verdad?

*Andrés* - Sí, tenemos un negocio con Zebedeo, el padre de éste, ¡que tiene un genio más malo, el condenado!

*Juan* - ¡Oye, tú, flaco, a meterte con el padre de otro.  
¡Deja al mío tranquilo!

*Andrés* - Bueno, Jesús, pero tú... ¿tú, qué? Trabajando en cualquier cosa y... ¿y nada más?

*Jesús* - ¿Cómo que nada más? ¡Nada menos! Oye, pero tú sabes lo que es salir todos los días a buscar trabajo... Eso no es fácil.

*Andrés* - No, claro, no digo que... bueno, ya sabes tú... el movimiento... ¿allá en Nazaret no funciona?

*Jesús* - ¿Ustedes son zelotes?

*Juan* - No, nosotros no. Bueno, sí... es decir... ¡El movimiento es la única esperanza que nos queda de quitarnos de encima a estos malditos romanos! ¿Tú no lo crees así, Jesús?

*Jesús* - Pues no lo sé, francamente, no lo sé.

*Juan* - ¿Cómo que no lo sabes? ¡Eso hay que saberlo!

*Jesús* - Sí, Juan, pero...

*Juan* - Pero nada. Eso hay que saberlo.

*Jesús* - Está bien. También hay que saber cuál es el

animal que tiene las patas en la cabeza, y tú no lo sabes.

*Juan* - ¿Cómo?

*Jesús* - Que cuál es el animal que tiene las patas en la cabeza.

*Juan* - No lo sé... ¿cuál es?

*Jesús* - ¡El piojo!

*Juan* - ¿Cómo que el piojo? ¡Ah, sí, las patas de él en la cabeza mía! ¡Está buena ésa, sí!

*Jesús* - ¿Y a qué tú no sabes, Andrés, en qué se parece un piojo a un romano, eh?

*Andrés* - ¿Un piojo... a un romano?

*Jesús* - ¡Claro, hombre, que los romanos también nos tienen puestas las patas en la cabeza!

*Juan* - ¡Y que son unos animales también! ¡Está bueno, está bueno! Cuéntate otro, Jesús.

Recuerdo aquel día como si fuera hoy. Cierro los ojos y aún veo delante a Jesús con aquella sonrisa ancha que tantos amigos le ganaba. Bastaron cuatro chistes, unas historias bien contadas, la confianza que tuvo en compartir con nosotros las preocupaciones que le hacían cosquillas por dentro y que le habían traído hasta Juan el bautizador, y ya era como si nos conociéramos desde siempre. No sé, el moreno era un hombre de ésos con el que uno se tropieza una vez y que después ya no olvida nunca en la vida.

*Juan* - ¡Cuando yo le cuente estos chistes a Pedro!

*Andrés* - ¿Y de dónde te sacas tú todos esos cuentos, Jesús?

*Jesús* - Bah, como en Nazaret las noches son muy largas, nos juntamos un grupo de amigos y uno se inventa una historia, él otro cuenta una leyenda... Para matar el tiempo, ¿comprendes?

*Andrés* - Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Te vuelves a Nazaret para seguir matando el tiempo?

*Jesús* - Bueno, eso es lo que no sé. Por un lado me gusta la vida allá. Y tengo que preocuparme por mi madre que está sola. Pero, por otro lado, no sé, a veces siento ganas de echar a correr, de escapar...

*Andrés* - ¿Escapar de quién?

*Jesús* - No, escapar no... No sé, viajar, ir a Jerusalén, conocer el mundo, ¿entiendes?

*Juan* - Pues haz lo que Felipe. Cómprate un carretón y una corneta y te pones a vender amuletos y chucherías por todas las ciudades.

*Jesús* - Pero eso debe ser pesado, ¿no? No sé, yo quisiera hacer otra cosa. Cuando oigo al profeta Juan, me digo: Esto sí que vale la pena, este hombre está ayudando a la gente. Pero yo, ¿qué

hago yo por los demás?

*Juan* - ¿Y qué hago yo? ¿Y qué hace este flaco? Bah, aquí todos somos una calamidad. Pero, mira, tú que tienes tan buena lengua, podías buscarte una piel de camello y te pones a bautizar en la otra orilla del río... Eso, ¡métete a profeta!

*Jesús* - No hables bobadas, Juan. ¿Tú me has visto a mí cara de profeta? Un campesino como yo que no ha estudiado las Escrituras y que le tiemblan las rodillas cuando le toca leer en la sinagoga.

*Juan* - Bah, eso es al comienzo. Uno se acostumbra a todo. A mí al principio el mar me daba miedo. ¡Y ya llevo más de quince años tirando la red en el lago!

*Andrés* - ¿No te gustaría ser pescador como nosotros, Jesús?

*Jesús* - Sí, pero... resulta que yo no sé nadar. ¡A la primera, me sacan ahogado!

*Juan* - No, hombre, ven a Cafarnaum. Sólo los gatos tienen miedo al agua.

*Jesús* - Pues si supieras... anoche soñé con el mar.

*Andrés* - ¿Ah, sí? Cuenta, cuenta ese sueño.

*Jesús* - Fue un sueño raro. Me tiene preocupado. Fíjense, yo estaba así, como ahora, frente al mar. Y entonces, del agua salió el profeta Juan. Me miró, señaló unas cañas en la orilla y se alejó hacia el desierto. Y ya no lo vi más.

*Andrés* - ¿Y qué pasó entonces?

*Jesús* - Después vino un viento muy fuerte que zarandeaba las cañas de la orilla, las rompía, las partía... Y se armó un remolino con el viento y yo sentí que el viento me agarraba por los pelos, como cuando Juan agarra a los que se van a bautizar, y me levantó y me llevó hasta las cañas que estaban rotas y partidas.

*Juan* - ¿Y tú qué hiciste?

*Jesús* - Me agaché, me puse a enderezarlas. Eran muchas las cañas rotas. Yo las iba levantando una a una. Era un trabajo difícil, pero me gustaba, me sentía contento. Y entonces me desperté.

*Juan* - ¡Vaya, hombre! ¿Y por qué te preocupa ese sueño?(1) Es un sueño de lo más aburrido, digo yo. Tus chistes son mejores.

*Jesús* - Pero yo estaba contento enderezando las cañas rotas, me sentía feliz, nunca me había sentido así.

*Juan* - Bueno, claro, cada uno se divierte con lo que puede...

*Jesús* - No, lo que pasa es que cuando el profeta Juan estaba hablando hace un momento del cielo nuevo y de la tierra nueva, volví a sentir la misma alegría. Por eso me acordé del sueño.

*Juan* - Yo creo que de tanto oír a Juan el bautizador que si el Mesías y que si la liberación, todos nos hemos puesto a soñar con eso. ¡Y por las melenas de este Juan, que ese Liberador va a ser un gran tipo! Ese sí que fabricará la tierra nueva. ¿Saben ustedes cómo me imagino yo la tierra nueva del Mesías? Lo primero de todo, sin romanos. Esos fuera. Sin ellos se acabaron los impuestos y los abusos. Fuera también Herodes y los suyos... ¡sabandijas! ¡A esos hay que aplastarlos! ¡Fuera también los publicanos vendepatrias!

*Jesús* - Oye, oye, que en la tierra nueva tienen que caber muchos. Y tú no haces más que echar gente fuera.

*Juan* - Ya lo dijo el profeta: el Mesías quemará toda la basura y arrancará de cuajo las ramas viejas.

*Jesús* - ¿Y las cañas que quedan dobladas, casi rotas?

*Juan* - ¿Para qué sirve una caña rota? No creo yo que el Mesías se ponga a enderezarlas como tú en el sueño.

*Andrés* - Oye, Jesús, ¿cómo te imaginas tú que será esa tierra nueva?

*Pedro* - ¡Eh! ¿Dónde están?! ¿Dónde se han metido?

*Andrés* - Es mi hermano Pedro. Ya anda dando voces por ahí.

*Pedro* - ¡Eh, los de Cafarnaum! ¿Dónde andan?

*Juan* - ¡Aquí, Pedro!

*Pedro* - Pero ¿dónde se han metido todo este rato?

*Andrés* - Hemos estado hablando del Mesías...

*Juan* - Mira, narizón, ¡este moreno Jesús sabe unos chistes!

*Pedro* - ¡Bah, chistes! Aquí hay que aprovechar el tiempo. Nosotros bajamos por el río y descubrimos un rincón lleno de cangrejos. Natanael ha hecho una sopa que está... ¡hummm! ¿No tienen hambre? Vamos, vengan.

*Jesús* - Oye, Pedro, ¿y tú te llamas así, Pedro? Lo estuve pensando ayer. Yo nunca había oído ese nombre.

*Juan* - ¡Qué va, éste se llama Simón!

*Jesús* - ¿Y por qué le dicen Pedro?

*Pedro* - Ah, Jesús, es una historia... ¿Le han hablado a Jesús del movimiento?

*Juan* - Bueno, ya sabes tú. Este se mete en todos los líos y alborotos. No hace más que gritar y tirar piedras. Por eso le pusimos lo de Pedro: pedro-piedra, piedra-pedro, ¿tú ves?

*Jesús* - Ah, así que tú eres Simón y por eso te llaman Pedro.

*Pedro* - Bueno, déjense ya de estar murmurando de mí y vamos con los demás a tomar la sopa de cangrejos... ¡hasta aquí me llega el olor!

Hummm... ¡Al ataque, compañeros!

La noche caía sobre Betabara. La orilla del río empezaba a salpicarse de hogueras y todo el campo olía a comida recién hecha. La verdad es que Andrés y yo no entendimos entonces mucho del sueño que le había impresionado tanto a Jesús. Ahora, ya viejo, recordando aquel día en que Jesús empezó a ser mi amigo y lejos de aquella tierra en la que conocí al moreno, todo está claro. Los antiguos escritos de Isaías ya lo anunciaban: él enderezó las cañas rotas y no apagó ni una sola de las mechas que todavía daban una chispa de luz.

Juan 1,35-39

---

*1. Todos los pueblos de la antigüedad atribuyeron gran importancia a los **sueños**, creyendo que éstos permitían al hombre ponerse en contacto con Dios y anunciaban el futuro. En Israel estaba extendida esta creencia y se le daba una significación especial a determinados sueños. En las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se cuentan algunos sueños reveladores del porvenir o de los planes de Dios sobre determinados hombres y mujeres (Génesis 27, 5-10; Daniel 7, 1-28; Mateo 1, 18-25). El sueño que Jesús contó a Juan y Andrés recoge una hermosa profecía mesiánica (Isaías 42, 1-4).*



## 6 EL HACHA EN LA RAÍZ

En aquel tiempo era sumo sacerdote en Israel José Caifás. (1) El sumo sacerdote era el jefe religioso de todo el país. Caifás vivía en un palacio muy lujoso en Jerusalén. Todos lo odiábamos, porque sabíamos los negocios sucios en los que andaba y porque era un vendido a los romanos que ocupaban nuestra tierra.

*Sacerdote* - Excelencia, hemos venido a hablarle de un asunto delicado.

*Caifás* - Sí, ya lo sé, lo de los nuevos impuestos. Está bien. Doy mi aprobación. De cualquier manera, no soy yo el que va a pagarlos. Díganle de mi parte al gobernador Pilato que haga lo que considere más conveniente para mantener el buen orden y la paz en nuestro país. Ah, y díganle también que no se me olvida la invitación que me hizo. Que iré mañana por la Torre Antonia para saborear ese famoso vino que le han mandado de Roma.

*Sacerdote* - Se lo diremos, excelencia, pero el asunto es otro. Verá usted...

*Caifás* - Óiganme bien, si mi suegro Anás les ha mandado otra vez a cobrarse los corderos del día de Pascua, díganle que lo siento, que ahora no puedo pagarle ni un denario. He tenido muchos gastos con la construcción de mi palacio en el campo. Además, no veo por qué tiene tanta prisa. Sí, al fin y al cabo, todo queda en familia.

*Sacerdote* - No hemos venido a cobrar nada, excelencia. Se trata de Juan, el hijo de Zacarías.

*Caifás* - Ah, era eso...

*Sacerdote* - Ya estará usted al tanto del alboroto que viene armando ese loco por allí por el Jordán.

*Caifás* - Sí, desgraciadamente, estoy bien enterado.

*Sacerdote* - La gente va en masa a escuchar sus fanfarronadas. Dicen que es un profeta de Dios. Otros dicen que es el mismísimo Mesías, el Liberador que espera nuestro pueblo.

*Caifás* - ¡Mesías ese melenudo! ¡Profeta!(2) Un piojoso, eso es lo que es, tan piojoso y tan mugriento como toda esa chusma que va a verlo.

*Sacerdote* - Pero hay que hacer algo, excelencia. La enfermedad puede ser contagiosa.

*Caifás* - Pues vayan ustedes mismos. Sí, vayan al Jordán y averíguenme lo que hay detrás de todo esto. Pregúntenle qué demonios pretende con ese griterío y esos bautismos. Y quién le dio permiso para agitar al pueblo. Y díganle de mi parte que

se ande con cuidado, que digo yo que se ande con mucho cuidado...

Los ojos de Caifás, grandes y vigilantes como los de una lechuza, se quedaron fijos en la puerta de cedro de su palacio mientras los dos sacerdotes salían. Después, se sentó pesadamente en un gran sillón forrado de seda. En los próximos días le traerían noticias directas de aquel profeta, molesto y rebelde, que tantos problemas le estaba creando a él, el sumo sacerdote de Jerusalén.

Cada día venía más gente al Jordán para escuchar a Juan y bautizarse. Aquella misma mañana, y antes de que llegaran los sacerdotes de Jerusalén enviados por Caifás, se acercaron a Betabara cuatro fariseos. Los fariseos se creían santos y puros porque iban al templo, rezaban tres veces al día y ayunaban cuando lo mandaba la ley de Moisés. (3) Ellos nos despreciaban a nosotros y nosotros nos reíamos de ellos.

*Fariseos* - Líbrame, Señor, de los hombres malos, guárdame de los impíos, tienen lenguas mentirosas y en su corazón sólo esconden pecado, no me contamines con ellos, Dios de Israel, no permitas que la sombra de mi manto se ensucie con las impurezas de los hombres sin ley, hombres malos que no conocen tus mandamientos ni respetan el decoro de tu santo templo, líbrame, Señor...

Cuatro fariseos, envueltos en sus mantos de rayas negras y blancas, se abrieron paso entre la gente. Miraban al suelo y rezaban sin parar. No querían mancharse con nosotros.

*Santiago* - ¿Y éstos qué vienen a buscar aquí? ¡Fariseos! ¡Puaf! ¡Al diablo con estos pajarracos!

*Felipe* - Déjalos tranquilos, Santiago, a ver lo que quieren. Aquí todo el mundo tiene derecho.

*Santiago* - ¡Esos vienen a espiar lo que dice el profeta Juan! ¡Asco de tipos! ¡Se creen los santos!

*Fariseo* - ¡Juan, hijo de Zacarías, hemos viajado desde Betel para conocerte y recibir el bautismo de purificación.

*Fariseo* - Somos cumplidores de la Ley, profeta Juan. Respetamos el sábado. Damos la limosna al templo, cumplimos la oración diaria y el ayuno. Obedecemos a Dios. ¿Qué más nos pides?

*Bautista* - Yo no pido nada. Es Dios el que pide justicia.

*Fariseo* - Te digo, profeta Juan, que siempre hemos cumplido esa justicia. Nuestras manos están limpias. Nosotros también queremos preparar el camino del Mesías.

*Bautista* - Pues nadie prepara el camino del Liberador de Israel diciendo que está limpio. ¡Las manos de ustedes estarán limpias de tanto lavarlas y lavarlas, pero el corazón lo tienen sucio! ¡Está lleno de orgullo y de presunción! ¡Hipócritas! ¡Ustedes no son mejores que estos campesinos que andan aquí, y que estas prostitutas que lloran sus pecados y piden perdón a Dios!

*Fariseo* - ¿Con quién nos estás comparando? ¡Nosotros somos hijos de Abraham!

*Bautista* - ¡No! ¡Ustedes son hijos de serpiente! ¡Ustedes son como las culebras: llevan el veneno escondido en el buche! ¡No presuman diciendo que son hijos de Abraham! Miren estas piedras... ¡Dios tiene poder para convertir estas piedras en hijos de Abraham! Los hijos de Abraham son los que obran con justicia y no se ponen por encima de sus hermanos. ¡Fariseos ciegos, lávense el corazón y no las manos! ¡Obren con rectitud y no anden rezando tantas oraciones! Y oíganme bien: si no lo hacen, no escaparán al fuego que se acerca.

*Santiago* - ¡Bien, Juan, bien! ¡Duro con ellos! Este hombre le canta las verdades al que sea. ¡Malditos fariseos! ¡Tienen que meter sus narices en todas partes!

*Felipe* - Pues oigan, que yo conozco a un fariseo, el Benjamín, que es muy buena persona. A mí me ayuda y...

*Santiago* - ¡Vamos, Felipe, no me vengas defendiendo a esa gente ahora!

*Felipe* - Yo lo que decía era que el Jacobito...

*Santiago* - ¡Oye, animal, no empujes, que aquí hay sitio para todos!

*Sacerdote* - ¡Déjame pasar, galileo!

*Santiago* - ¡Oye! ¿pero qué te traes tú?

*Sacerdote* - ¡Ábrete paso como sea, tenemos que volver pronto a Jerusalén!

Entonces, cuando Juan gritaba contra la hipocresía de los fariseos en lo alto de una roca, llegaron a la orilla los sacerdotes que venían desde Jerusalén con el encargo de Caifás. Llevaban unas vestiduras amarillas y olían a sándalo y a incienso.

*Bautista* - ¡Juro por mi cabeza, dice Dios, que los voy a pescar a todos con anzuelo! ¡Como se pescan los peces en las aguas del río, así voy a atraparlos a todos y ni uno solo escapará en el día de la Cólera!

*Sacerdote* - ¡Juan, hijo de Zacarías! ¿Quién te ha dado autoridad para decir estas cosas? ¿Quién te crees

que eres?

*Bautista* - ¿Y quiénes son ustedes?

*Sacerdote* - Caifás, el sumo sacerdote, que tiene su trono en Jerusalén y en sus manos las leyes de Dios, nos manda a preguntarte: ¿con qué derecho hablas de esta forma? ¿Quién te crees tú que eres? No contestas, ¿eh? Has alborotado a éstos con tus gritos y tus bravatas y ahora te quedas callado. ¿Quién te has creído que eres? ¿El liberador de Israel?

*Bautista* - Yo no soy el Liberador de Israel.

*Sacerdote* - Entonces, ¿con el permiso de quién andas aquí hablando a esta gente del fuego de Dios que viene a purificar a los hombres? ¿Acaso te crees el profeta Elías que hacía arder la tierra con sus palabras?

*Bautista* - ¡Yo no soy Elías! ¡Elías fue el mayor de los profetas! ¡Yo no soy Elías! Yo sólo anuncio al que viene y preparo su camino.

*Sacerdote* - ¿Y cómo preparas su camino? ¿Bautizando a estos desgraciados y llenándoles la cabeza de historias? ¿Quién eres tú para bautizar? Nosotros ya tenemos nuestras purificaciones. Están escritas en la Ley y el sumo sacerdote es el custodio de esa Ley. ¿Quién eres tú para venir a empezar modas nuevas? ¿Te crees como Moisés, con derecho a dar nuevas leyes a este pueblo?

*Bautista* - ¡No! ¡Yo no soy ningún Moisés!

*Sacerdote* - ¿Qué le diremos entonces a Caifás, el sumo sacerdote? Tenemos que llevarle una respuesta. ¿En nombre de quién haces lo que haces?

*Bautista* - Díganle a Caifás esto: ¿en nombre de quién haces tú lo que haces? ¡En nombre de Dios te manchas las manos en los negocios sucios de tu suegro Anás! ¡En nombre de Dios te sientas a la misma mesa que los opresores romanos!

*Sacerdote* - ¡Cállate! ¡Ofendes al sumo sacerdote! ¡Ofendes a Dios!

*Bautista* - ¡No, es el sumo sacerdote el que ha ofendido a Dios con sus injusticias y sus crímenes! ¡No me callaré! ¡No puedo callarme! ¡Yo soy la voz que grita en el desierto: hay que abrirle un camino derecho al Señor! Díganle a Caifás que su trono se tambalea. Ya lo dijo ayer un galileo que estaba entre ustedes: no es una rama la que está podrida, es el tronco, es el árbol entero. Y cuando está podrida la raíz, hay que arrancar el árbol de cuajo. ¡Miren esto! ¿Qué cosa tengo en la mano?

*Felipe* - ¡Yo desde aquí veo un bastón!

*Bautista* - ¡No, ustedes ven un bastón, pero mírenlo bien!

¡Es el hacha del Mesías! ¡Mírenla también ustedes y cuéntenle a Caifás lo que han visto. Dios puso un hacha en mis manos y yo debo ponerla en las manos de otro que viene detrás de mí. Yo sólo arrimo el hacha a la raíz del árbol para que el que viene detrás acabe más pronto. Cuando él venga, levantará el hacha y de un solo tajo cortará el árbol podrido. ¡Ha llegado el día de la cólera de Dios!(4) El hacha ya está lista y afilada. Sólo falta quien la empuñe. Pero él ya viene, no se demora, está ya entre nosotros... ¿Dónde estás, Mesías? ¿Dónde te escondes, Liberador de Israel? La mano se me cansa levantando el hacha. Si no vas a venir, dímelo y yo descargaré el golpe. ¡Ven pronto, Liberador, date prisa! ¡Ábrase ya la tierra y brote el Liberador! ¡Rómpanse ya los cielos y que nos llueva la salvación de nuestro Dios!

Unos días después, los sacerdotes regresaron a Jerusalén...

*Sacerdote* - Sumo sacerdote Caifás: ése hombre es un loco furibundo.

*Caifás* - Si es un loco, no es peligroso. Ya se le pasará la locura.

*Sacerdote* - Se mete en el río rodeado de toda esa gentuza y allí grita y vocifera. Tiene en la mano un bastón y dice que es un hacha, el hacha del Mesías, para cortar las raíces podridas de un árbol.

*Caifás* - ¡A ése lo que hay que cortarle es la melena!

*Sacerdote* - Pero no es sólo eso: es un agitador. Ha hablado con palabras muy duras de su excelencia.

*Caifás* - ¿No me digas? ¿Y qué ha dicho de mí?

*Sacerdote* - Ha dicho que el trono de su excelencia se tambalea, porque llega el día de la cólera de Dios. Dice que él es la voz que grita en el desierto.

*Caifás* - Pues que siga gritando, que los agitadores duren poco en este país. Que siga, que siga hablando... Le queda poco a ese Juan. Le queda muy poco.

Juan seguía bautizando a la gente que acudía al Jordán. Tenía prisa. Sabía mejor que nadie que sus días estaban contados. Tenía prisa pero no tenía miedo. Llevaba dentro el valor que habían tenido todos los profetas, desde Elías, el mayor de ellos, hasta Zacarías, que murió asesinado entre el templo y el altar.

---

1. La máxima autoridad religiosa de Israel era el **sumo sacerdote**. Desde el Templo de Jerusalén, controlaba todo el sistema teocrático que vinculaba estrechamente a la religión con la política. Del sumo sacerdote dependía el personal del templo, formado fundamentalmente por los sacerdotes y los levitas. Si en algún momento histórico los sumos sacerdotes representaron los sentimientos religiosos del pueblo de Israel, en tiempos de Jesús esta institución estaba totalmente corrompida. El sumo sacerdote no era más que un colaborador del imperio romano y el máximo representante de un sistema religioso basado en rigurosas leyes y prohibiciones, obteniendo por esto grandes beneficios económicos. A los pocos años de nacer Jesús, era sumo sacerdote Anás. En el cargo le sucedieron sus cinco hijos y, finalmente, su yerno José Caifás.

2. Un **profeta** no es un adivinador del futuro. Es un cuestionador del presente. El profeta nace fuera de la institución o, precisamente por serlo, va quedando cada vez más al margen de ella. La institución representa la ley, la norma, la seguridad, el poder. El profeta representa el riesgo, la audacia, la libertad, la imaginación. Para cualquier institución, religiosa, política, social o cultural, siempre resultan peligrosos los profetas. En todos los tiempos y en todas las culturas existe el conflicto institución-profetismo.

3. La palabra **fariseo** quiere decir "separado". Los fariseos no eran sacerdotes. Formaban un movimiento laico dirigido por los letrados y los escribas. Su práctica religiosa estaba centrada obsesivamente en el estricto cumplimiento de la Ley y, por esto, despreciaban al pueblo, que no compartía ni entendía su rigor legalista, y se separaban de él.

4. La **cólera de Dios** es un tema bíblico del que hablaron la mayoría de los profetas. No se trata de una ira caprichosa ni arbitraria, ni tampoco de una forma de venganza pasional que Dios toma contra los que le ofenden "personalmente". Cuando los profetas hablan de la cólera de Dios se refieren especialmente al día en que Dios agote su paciencia frente a los opresores e intervenga de una vez, con todo su poder, en favor de los oprimidos. Tampoco debe entenderse que el Dios del Antiguo Testamento sea un Dios vengativo y colérico superado por el Dios de Jesús, sólo amor y misericordia. Los textos del Nuevo Testamento, tanto en los evangelios como en otros libros, recogen el tema de la cólera de Dios (Romanos 2, 5-8; Apocalipsis 6,

12-17), del mismo modo que los antiguos profetas hablaron también de la ternura ilimitada de Dios (Éxodo 34, 6-7; Isaías 49, 13-16).

## 7- BAUTISMO EN EL JORDÁN

Aquella mañana amaneció radiante en Betabara, donde Juan bautizaba. Como siempre, el cielo estaba abierto, despejado, sin una nube, y el viento del desierto soplando con fuerza sobre nuestras cabezas, agitando las aguas del Jordán. Aunque ninguna señal lo indicara, aquella fue una mañana muy importante. Todos la recordaríamos unos años después.

*Bautista* - ¡Yo soy solamente una voz, una voz que grita en el desierto! ¡Abran paso, dejen libre el camino para que el Señor llegue más pronto! ¡Ya viene, no tarda en llegar! ¡Conviértanse, purifíquense, cambien el corazón de piedra por uno de carne, un corazón nuevo para recibir al Mesías de Israel!

Fue aquel día cuando Felipe, Natanael y Jesús decidieron por fin bautizarse.(1) Los tres se pusieron en la cola, apiñados entre aquella multitud de peregrinos, y entraron en las lodosas aguas del río.

*Bautista* - Vamos, decídetes, ¿quieres o no quieres bautizarte?

*Felipe* - Bueno, yo...

*Bautista* - ¿Quieres o no quieres empujar el Reino de Dios para que haya justicia en la tierra?

*Felipe* - Sí, eso sí, lo que pasa...

*Bautista* - ¿Qué es lo que pasa entonces contigo, galileo?

*Felipe* - Nada, que el agua y yo no somos buenos amigos, sabes? Hace muchos meses que... ¡espérate, espé...! ¡Glup!

*Bautista* - ¡Que el Dios de Israel te saque la mugre del cuerpo y del alma y que puedas ver con tus ojos el día grande del Señor! Y ahora, a ver, ¿quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

*Natanael* - Soy Natanael, de Caná de Galilea.

*Bautista* - ¿Quieres bautizarte? ¿Quieres estar limpio para cuando el Mesías venga?

*Natanael* - Sí, Juan, quiero. Yo también quiero prepararle el camino y... y colaborar con el Liberador de Israel.

*Bautista* - Bien. Has dicho que sí. Esa palabra tuya quedará colgando sobre tu cabeza. Cuando el Mesías venga, síguelo a él. No lo traiciones porque Dios te traicionará a ti por la palabra que acabas de pronunciar. ¿Estás decidido?

*Natanael* - Sí, profeta, yo... yo quiero...

*Bautista* - Acércate y arrepiéntete de todas tus faltas.

*Bautista* - Aunque tus pecados fueran rojos como la sangre,



quedarán blancos como la nieve; aunque fueran negros como el carbón, quedarán limpios como agua de lluvia.

El profeta hundió en el río la cabeza calva de Natanael, como antes había hecho con nuestro amigo Felipe y con tantos otros. Le tocaba el turno a Jesús.

*Bautista* - Y tú, ¿de dónde eres?

*Jesús* - Soy galileo, como estos dos. Vivo en Nazaret.

*Bautista* - ¿En Nazaret? ¿En ese caserío que está entre Naím y Caná?

*Jesús* - Sí, allá mismo vivo. ¿Conoces aquello?

*Bautista* - Tengo familiares allá... ¿Cómo dijiste que te llamabas?

*Jesús* - Me llamo Jesús.

*Bautista* - Pero, ¿no serás tú el hijo de José y María?

*Jesús* - El mismo, Juan. Mi madre me dijo que éramos primos lejanos.

*Bautista* - Sí, así es. ¡Caramba, qué pequeño es el mundo! ¿Te quedarás algún tiempo por aquí, por el Jordán?

*Jesús* - Sí, un par de días más.

*Bautista* - ¿Quieres bautizarte?

*Jesús* - Sí, Juan, a eso he venido. Tú predicas la justicia. Yo también quiero cumplir toda la justicia de Dios.

*Bautista* - ¿Estás arrepentido de tus pecados? ¿De verdad, de corazón?

*Jesús* - Sí, Juan. Me arrepiento de todo... especialmente... del miedo.

*Bautista* - ¿Del miedo? ¿A qué tienes miedo?

*Jesús* - Si te soy sincero, Juan... le tengo miedo... le tengo miedo a Dios. Sí, Dios es exigente y a veces quiere cosechar donde no ha sembrado. Me asusta que me pida lo que yo no pueda darle.

*Bautista* - Si te bautizas, te comprometes a preparar el camino del Mesías. Piénsalo bien antes. Con Dios no valen las excusas. Si dices sí, es sí. Si dices no, es no. Decídetes, Jesús: ¿quieres bautizarte?

*Jesús* - Sí, Juan, quiero que me bautices.

*Bautista* - Está bien. Serás uno más de los que colaboren con el Liberador de Israel.

*Jesús* - Tú hablas siempre de ese Liberador, Juan. Pero, ¿dónde está? ¿Quién es? A los mensajeros de Jerusalén les dijiste que no eras tú el Mesías que esperamos.

*Bautista* - Claro que no soy yo. Viene detrás de mí y es más fuerte que yo. Viene después de mí pero es primero que yo. Te lo aseguro, Jesús: si lo

tuviera delante, no me atrevería ni a desatarle la correa de su sandalia.

*Jesús* - Pero, ¿quién es, Juan? ¿Cuándo vendrá?

*Bautista* - Ya ha venido. Me dice el corazón que ya está entre nosotros el Liberador de Israel. Pero yo no lo he visto todavía.

*Jesús* - ¿Y cómo podremos reconocerlo cuando aparezca?

*Bautista* - El Espíritu Santo se posará sobre él como una paloma, suavemente, sin hacer ruido. El Espíritu de Dios nunca hace ruido. Es como una brisa ligera. El Mesías Liberador llegará así, sin meter ruido. No partirá la caña medio rota, ni apagará la mecha que todavía da un poco de luz. ¿No has leído lo que dice el profeta Isaías: "Este es mi Hijo amado, en él me complazco"? Ese será el Mesías, el hijo predilecto de Dios.

*Bautista* - Jesús, ¿qué te pasa? Estás temblando.

*Jesús* - No... no me pasa nada.

*Bautista* - Tiembles como los juncos del río cuando el viento del desierto sopla sobre ellos.

*Jesús* - Es que... tengo frío.

*Bautista* - ¿Frío? No hace frío. ¿Cómo vas a sentir frío si tienes la cara ardiendo?

*Jesús* - Estoy nervioso, Juan. Por favor, bautízame antes que el miedo sea más fuerte y me haga cambiar de parecer. Bautízame, te lo suplico.(2)

El profeta Juan, aquel gigante tostado por el sol, levantó energicamente su brazo, agarró a Jesús por los cabellos y lo hundió en las revueltas aguas del Jordán.

*Bautista* - Danos, Señor, libertad; envíanos al Liberador. ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

A los pocos segundos, el profeta sacó a Jesús del agua...

*Jesús* - Gracias, Juan. Ya estoy más tranquilo. Me siento... estoy contento, no sé, ¡estoy muy contento! Pero, Juan, ¿qué te pasa? ¿Eres tú ahora el que tiembles? Juan, ¿me oyes?

Pero el profeta no escuchaba. Tenía los ojos clavados en el cielo como buscando algo, escudriñando las formas de las nubes y el vuelo de los pájaros.

*Bautista* - ¡La voz del Señor sobre las aguas! ¡El Dios de la gloria truena! ¡La voz del Señor con fuerza, la voz del Señor como una llamarada!

*Jesús* - ¿Qué estás diciendo, Juan?

*Bautista* - Nada, nada... por un momento creí escuchar... ¿Sabes? En el desierto los pájaros hablan un

lenguaje misterioso y se ven espejismos en el horizonte. No es nada, no te preocupes.

*Hombre* - ¡A ver si ese tipo acaba de una vez! ¡Qué tanto hablaría para remojarse la cabeza!

*Mujer* - ¡Cállate, zoquete!, ¿no te da vergüenza hablar de esa manera?

*Viejo* - ¡No empuje, paisana, que ahora me toca a mí!

*Jesús* - Juan, me gustaría hablar contigo cuando haya menos alboroto. Necesito hablar contigo.

*Bautista* - Soy yo el que necesito hablar contigo, Jesús. Ahora vuelve a la orilla. La gente se impacienta con este calor.

A1 poco rato, Jesús volvió a la orilla...

*Pedro* - ¿Qué pasó, Jesús? ¿Por qué te demoraste tanto?

*Jesús* - Aproveché para hacerle unas preguntas a Juan.

*Felipe* - ¡Yo pensé que te habías ahogado en el río, ja, ja, ja! Fíjate, a mí todavía me chorrea agua por las greñas... Demonios, ese profeta tiene los brazos como dos tenazas. Te atrapa, te empuja, te mete de narices en el río y ¡zas!, bautizado.

*Pedro* - ¿Y qué le preguntaste, Jesús?

*Jesús* - ¿Cómo dices, Pedro?

*Pedro* - Que qué le preguntaste al profeta Juan.

*Jesús* - Lo que todos le preguntan, que quién es el Mesías, que cuándo viene el Liberador de Israel.

*Santiago* - ¿Y qué te respondió? ¿Te dijo algo nuevo?

*Jesús* - No, Santiago, lo de siempre...

*Natanael* - Tú tienes un brillo raro en los ojos...

*Pedro* - ¡Háblanos claro, Jesús! ¿Qué te dijo el profeta? Estuviste mucho tiempo ahí cuchicheando con él.

*Jesús* - Nada, Pedro, me dijo... bueno, que el Espíritu de Dios no hace ruido cuando viene. Que es como una brisa suave: la sientes en la cara, pero no sabes de dónde ha salido ni a dónde va.

*Santiago* - ¿A qué viene eso ahora? ¿No es Juan el que ha estado hablando del fuego, del hacha, de la cólera de Dios? ¡Una brisa suave! El Mesías no será una brisa suave, ¡será un huracán, una tormenta de rayos!

*Jesús* - Yo no estoy tan seguro de eso, Santiago, porque mira estas cañas... Un huracán rompería las cañas quebradas y apagaría las mechas que todavía tienen un poquito de luz. ¿Y todos los que estamos aquí no somos cañas débiles y mechas medio apagadas? ¿Qué sería de nosotros si Dios soplara como el huracán? ¿Quién se aguantaría en pie ante él?

*Natanael* - Pero, ¿qué te pasa a ti hoy, Jesús? Estás

hablando muy raro. ¿Qué más te ha dicho el profeta?

*Jesús* - Me dijo que el Liberador... ha venido ya. Que está en medio de nosotros.

*Pedro* - ¡Pues que salga de su escondite! ¿No te dijo dónde está metido? ¡Iremos a buscarlo, lo subimos en hombros y que comiencen las pedradas!

*Santiago* - Compañeros, lo único que yo veo claro es que aquí, en este río apestoso, no tiene nada que buscar el Mesías. Vean a todos éstos en la orilla... ¿Qué va a hacer con ellos el Mesías? ¿A formar un ejército de piojosos y rameras?

*Felipe* - ¡Mira quién habla! ¡El hijo del Zebedeo que tiene más pulgas que pelos en la barba!

*Santiago* - Sigue riéndote, Felipe... ¡Cuando venga el Mesías te encontrará con la boca abierta y te la cerrará de un buen puñetazo! ¡Piojosos, rameras y ahora tontos! ¡Buena tropa para el Mesías!

*Jesús* - Son cañas rotas, Santiago. El Mesías viene a enderezar, no a dar puñetazos.

*Santiago* - Mira, nazareno, eso suena muy bonito, pero aquí lo que hace falta es...

*Felipe* - ¡Basta ya de peleas, muchachos! Me acabo de bautizar y no puedo ensuciarme la boca con maldiciones. Les propongo ir a comer rosquillas. Ya se está haciendo tarde, maldita sea, y hay que echarle algo a la tripa.

*Pedro* - Sí, es mejor. Comer primero y discutir después. ¡Andrés, Juan, Natanael! ¡Vamos, compañeros! ¿Vienes, Jesús?

*Jesús* - Claro que sí, Pedro, vamos allá.

El sol estaba colgado en la mitad del cielo y envolvía con su calor la tierra reseca. El río, el viento y los pájaros del desierto habían visto cómo Dios se asomaba a las aguas del Jordán aquella mañana.(3) Dios buscaba a Jesús y Jesús escuchó su voz. Algo grande había sucedido entre nosotros, pero entonces no nos dimos cuenta de nada.

Mateo 3,13-17; Marcos 1,9-11; Lucas 3,21-22; Juan 1,29-34.

---

1. El rito del **bautismo** que Juan popularizó significaba un reconocimiento público de estar dispuesto a cambiar de vida para preparar el camino al Mesías. Al igual que entonces, en la cultura cristiana, el bautismo no tiene el sentido de llegar a una meta, sino de iniciar un camino. El bautismo cristiano es un rito por el que se reconoce en

público, delante de la comunidad, que se rompe con el pasado y se acepta el camino de Jesús.

2. El **bautismo de Jesús** fue el punto de partida de su vida pública. Jesús, como todo hombre, fue comprendiendo a lo largo de su vida, en contacto con los demás, y partiendo de distintas experiencias, lo que Dios quería de él. Todo esto fue un proceso que los relatos evangélicos concentran en el momento del bautismo de Jesús, cuando él, sensible ante la personalidad y el mensaje de Juan, tendría una decisiva experiencia interior. Para describir este importante momento, los que escribieron los evangelios lo relatan usando símbolos exteriores. Se abre el cielo: esto quiere decir que Dios está cercano a Jesús. Desciende una paloma: algo nuevo va a comenzar y, así como el Espíritu volaba sobre las aguas el primer día de la creación del mundo, aletea ahora sobre Jesús, el hombre nuevo. Se oye la voz de Dios: Jesús se siente elegido para una misión.

3. Los primeros cristianos que vivieron en tierras de Israel se bautizaban sumergiéndose en las aguas del río **Jordán**, donde Juan bautizó a sus compatriotas. Los de otros lugares, lo hacían bañándose en un río o en un estanque. Con los siglos, esta costumbre se fue perdiendo y hoy sólo ha quedado ese poco de agua que el sacerdote derrama sobre la cabeza del nuevo cristiano. Los cristianos de rito ortodoxo y algunos cristianos evangélicos siguen practicando el bautismo por inmersión.

## 8- LA ÚLTIMA NOCHE EN BETABARA

Andrés y Pedro, Santiago y yo, Felipe, Natanael y Jesús, habíamos sido bautizados por el profeta Juan. Ya nos sentíamos preparados para la llegada del Liberador de Israel. Ya teníamos también que regresar a nuestra provincia. Recuerdo que aquella noche, la última que pasamos en el recodo de Betabara, nos reunimos en una tienda para despedirnos.

*Pedro* - ¡Esta jarra va en honor de Felipe, que hacía tres años que no se remojaba el pellejo!

*Felipe* - ¡Pues la mía va en honor de mi amigo Nata, que con la zambullida que se dio le está retoñando el pelo! ¡Vean, señores, vean una calva floreciendo gracias al agua del Jordán!

*Natanael* - Déjame quieto, Felipe, no seas pesado.

*Santiago* - Hablando en serio, compañeros, ¿no se han fijado cómo está el profeta Juan? Desasosegado, dando vueltas de un lado para otro, como un sabueso cuando ya huele la presa pero no sabe por dónde viene.

*Juan* - Es verdad. El profeta anda raro desde ayer. Tiene los ojos así, aguzados, como acechando algo que se acerca, algo que nosotros no vemos todavía.

*Santiago* - Algo no. Alguien. Dicen que dijo que el Mesías nos está pisando los talones.

*Natanael* - Eso lo ha dicho siempre y nadie asoma el pelo.

*Felipe* - ¿Y no será él mismo el Mesías? A ver, díganme ustedes, ¿quién tiene en este país un galillo más duro que el bautizador para decir las cuatro verdades que hacen falta? ¡Para mí que Juan es el hombre!

*Pedro* - Y para mí que no, que es otro más fuerte que él. Todavía está callado, pero cuando abra la boca, ¡va a temblar hasta la diosa Lilit!

*Juan* - Aquí el único callado es el de Nazaret. Eh, Jesús, ¿qué pasa contigo? Arrímate acá, hombre.

*Jesús* - Lo que pasa es que tengo que salir a darle un recado a un paisano que me espera. Ea, sigan ustedes festejando, que yo vuelvo enseguida...

*Felipe* - No te demores, que ya el flaco Andrés fue a buscar vino.

El paisano a quien Jesús quería ver aquella noche era el profeta Juan. Jesús sabía donde dormía: en el hueco de un peñasco que caía a pico sobre el río. Y hasta allí fue para conversar con él.

*Bautista* - Pues así es, Jesús. Somos primos lejanos.(1) Mi madre siempre recordaba con mucho cariño a la tuya y me hablaba de cuando estuvo un par de meses con ella, allá en Ain Karem, cuando yo iba a nacer... ¡Ah, caramba, cómo corre el tiempo! Luego yo me fui de casa y no volví a saber de los míos. Fui al monasterio de los esenios, no sé si lo conoces.(2)

*Jesús* - No, nunca he estado por ese sitio.

*Bautista* - No queda lejos de aquí. Pues mira, estando en el monasterio me avisaron de la muerte de mi padre Zacarías. El nunca estuvo de acuerdo con que yo me fuera allá. Claro, era sacerdote y ya sabes que los del Templo de Jerusalén están peleados a muerte con los esenios del desierto.

*Jesús* - ¿Y tu madre Isabel?

*Bautista* - Murió al año siguiente. José y María pudieron acompañarnos en el entierro. Tú entonces serías un muchacho, ¿no?

*Jesús* - Sí. Recuerdo que me quedé en Nazaret cuidando la choza y a la vuelta se armó el lío en Séforis. La ciudad quemada, no sé cuántos crucificados... Algo espantoso.

*Bautista* - Y entonces fue cuando murió tu padre José, ¿verdad?(3)

*Jesús* - No, eso fue unos años después. En Séforis siempre había problemas y como nosotros vivíamos tan cerca... A él lo delataron por ayudar a unos que escapaban de allá. Lo golpearon tanto que... bueno, después duró muy poco. Un crimen.

*Bautista* - Desde luego, estos romanos son crueles. Hay que tenerles miedo.

*Jesús* - Pues tú no les tienes mucho miedo que digamos. Les gritas en la cara todo lo que se te antoja.

*Bautista* - ¿Y por qué les voy a tener miedo? ¿Qué me pueden quitar ellos? Nada. Yo no tengo nada que perder. No tengo dinero, ni casa, ni familia. No dejo nada atrás. Mira, lo único que me pueden quitar: esta voz. Pero ya lo que iba a decir lo he dicho. Bah, hablemos mejor de ti. Cuéntame de tu vida. ¿Qué haces? O mejor, ¿Qué quieres hacer?

*Jesús* - Para eso quería hablar contigo, Juan. Échame una mano. Estoy desorientado.

*Bautista* - No sabes qué hacer. Sientes que Dios te da vueltas alrededor de la cabeza como un mosquito y ni te pica ni te deja tranquilo, ¿no es eso?

*Jesús* - Sí, algo así. Llevo varios meses inquieto. Ahora te veo a ti y pienso: caramba, este Juan sí está dando en el clavo. Está abriendo los ojos al pueblo, está ayudando a la gente, haciendo algo. Pero yo, ¿qué hago yo?

*Bautista* - Muy bien. ¿Quieres trabajar? Quédate aquí conmigo. Me ayudas a bautizar. Como has visto, hay trabajo para dos y para doscientos. Vienen muchas caravanas, cada día más, y uno acaba ronco de tanto hablar y gritar. Te lo digo, estoy cansado. Quédate conmigo, Jesús. Me parece que tú tienes buena madera de predicador, ¿verdad?

*Jesús* - ¿Predicador yo? No, no, no me hables de eso. Déjame en Nazaret con mis herraduras y mis ladrillos. Yo no sirvo para hablar a la gente.

*Bautista* - Moisés era un tartamudo y Jeremías un niño cuando Dios los llamó. Decían lo mismo que tú. Yo también temblaba cuando abrí la boca por primera vez. Y ahora me da lo mismo tener delante a mil a diez mil. Vamos, hombre, decídetelo. Quédate aquí. Ya nos arreglaremos para vivir los dos.

*Jesús* - Es que... tengo mucho trabajo pendiente en Nazaret... y yo...

*Bautista* - Está bien. No quieres ser predicador, te asusta la gente. Pues vete al monasterio. Sí, ahí pasé yo más de diez años. ¿Ves aquellas rocas al fondo, aquellos montes? Detrás de ellos está el Mar Muerto. Los peces arrastrados por la corriente del Jordán mueren al llegar a sus aguas saladas. Es un lugar sin animales, sin árboles. Ahí está el monasterio. Lejos del mundo y cerca de Dios.

*Jesús* - ¿Y quién dijo que para estar cerca de Dios hay que alejarse del mundo?

*Bautista* - Eso dicen los monjes del desierto. Por eso se han escondido en el monasterio.

*Jesús* - Y por eso tú te escapaste de allá, porque tú querías estar con el pueblo.

*Bautista* - Sí, tienes razón. Dios y el pueblo me caben juntos aquí adentro. No tengo que sacar a uno para dar el sitio al otro.

*Jesús* - No me hables entonces de los monjes ni de la soledad. Yo no quiero alejarme de la gente. A mí me gusta tener amigos, me gusta la fiesta, me gusta la vida. ¿Dios no está en todo eso, en la alegría?

*Bautista* - Yo creo que sí, Jesús.

*Jesús* - ¿Entonces?

*Bautista* - Entonces, digo yo. ¿Qué más buscas? Cástate, lleva bien tu familia, ten muchos hijos a ver si alguno de ellos es el Mesías, y vive tus años en paz.

*Jesús* - Sí, eso es lo que me dice siempre mi madre, pero yo no sé, no lo veo claro.

*Bautista* - No quieres irte con los monjes al desierto. No quieres llevar una vida normal como la mayoría de



la gente. Tampoco quieres quedarte conmigo que tengo una pata entre la gente y la otra en el desierto. ¿Qué quieres entonces? Pues pelea. Únete a la guerrilla de los zelotes. En Galilea están bien organizados los grupos.

*Jesús* - Sí, pero... No sé, tal como están las cosas, con la fuerza tan grande que tienen los romanos, ¿no será una locura empujar la espada contra ellos? ¿Qué precio de sangre habría que pagar, dime?

*Bautista* - Te comprendo. Yo también me hago esas preguntas.

*Jesús* - ¿Entonces?

*Bautista* - Entonces tampoco te vas con los zelotes.

*Jesús* - Ayúdame, Juan, estoy desorientado. No quiero ser tacaño con Dios. Pero que él tampoco sea tacaño conmigo. ¿Qué quiere él de mí?

*Bautista* - Pues haz lo que han hecho todos los buscadores de Dios: vete al desierto, vete solo por esas montañas de arena y allá, entre el cielo y la tierra, grítale, grítale a Dios. Y él te responderá.

*Jesús* - En el desierto también se escuchan otras voces, no sólo la de Dios. Se oye la voz de la tentación.

*Bautista* - Sí, también la oirás. Pero el Espíritu te hablará más fuerte. EL Espíritu de Dios estará sobre ti y... Jesús, ¿quién eres tú?(4)

*Jesús* - ¿Como dices, Juan?

*Bautista* - No, perdóname, por un momento me pareció... ¿Eres tú, verdad, eres tú el nazareno que yo bauticé esta mañana?

*Jesús* - Claro que sí, Juan. ¿Qué te pasa?

*Bautista* - Nada, no me hagas caso... A veces, de noche, paso el tiempo imaginando cómo será la cara del Mesías... ¿Será rubio o moreno? Y su barba, ¿Abierta o muy cerrada? Y sus ojos, ¿cómo mirarán? ¿Cómo me mirarán cuando yo los mire? Llevo tanto tiempo esperando ese momento, que a veces me parece que no llegará nunca. Moriré sin verlo.

*Jesús* - No digas eso, Juan. Está cansado, eso es lo que te pasa. Bueno, voy a regresar a la tienda con los compañeros. Seguiré tu consejo. Mañana iré al desierto. ¿Nos volveremos a ver algún día?

*Bautista* - Espero que sí. Saluda a tu madre María cuando la veas. Buena suerte, Jesús. Y sé valiente.

*Jesús* - Gracias, Juan. ¡Adiós!

Jesús volvió un poco tarde a la tienda donde estábamos todos reunidos, riendo, jugando dados y, sobre todo,

bebiendo vino a chorros.

*Juan* - ¡Al fin llegó el que faltaba! Vamos, Jesús, cuéntanos algunos chistes buenos...

*Felipe* - Nosotros celebrando la venida del Mesías... ¡hip! Y en ese momento llegas tú... ¡hip!... ¡Pues tú serás nuestro Mesías! ¡Hip!

*Jesús* - ¿Cuántos litros de vino hacen falta para marear un cabezón tan grande, Felipe?

*Pedro* - Pues si yo fuera el Mesías... metía en una red a todos los romanos con sus capas y sus escudos, los amarraba bien, los llevaba al medio del lago y ¡zas!, comida para los peces.

*Santiago* - Tú no sirves para Mesías, Pedro. Si yo fuera el Mesías lo que hacía era poner la capital en nuestra provincia, ¿qué les parece? Con quinientos elefantes arrastraba el Templo de Jerusalén y lo sembraba allí, en Galilea. Allí estaría mejor cuidado que acá en el sur.

*Pedro* - Y tú, Jesús, ¿qué harías si fueras el Mesías? ¿No oyes lo que te digo? ¡Que qué harías si tú fueras el Mesías?

*Jesús* - Déjate de bromas ahora, Pedro...

*Pedro* - No estoy bromeando. Te hablo en serio, Jesús. Todos podemos ser el Mesías. A ver, ¿por qué no? Juan dice que está entre nosotros. Pues a lo mejor es este calvo, o aquel flaco o... o tú mismo, Jesús. Eso no es cosa de uno sino de Dios. Si Dios dice: "éste", ése es. Si Dios dice: "aquél", aquél es. Cualquiera puede ser el Mesías. ¡Tú mismo puedes ser el liberador de Israel, Jesús!

*Juan* - ¡Yupi! Que mañana me voy a Galilea a bailar con la más fea, la, la, la...

*Natanael* - ¡Brindo porque mañana vuelvo a mi taller! Ay, Jesús, hermanito mío, qué contento estoy...

*Santiago* - Jesús, hemos decidido volver mañana a Galilea.

*Jesús* - Me parece muy bien. Yo... yo iré un poco más tarde.

*Juan* - ¿No vienes con nosotros mañana?

*Jesús* - No, es que tengo que ir primero a Jericó.

*Pedro* - Bah, si es por eso, yo voy contigo a Jericó y luego nos reunimos con estos bandidos por el camino.

*Jesús* - No, Pedro, es decir... no es a Jericó exactamente. Es... al desierto.

*Pedro* - ¿Al desierto? ¿A buscar qué? ¿Y piensas ir solo al desierto?

*Jesús* - Sí.

*Pedro* - Pero... ¿tú estás loco?

*Jesús* - Bueno, un poco sí.

Felipe - ¡Pues brindo por este moreno loco y por todos los chiflados que estamos aquí!

Bueno, si les digo la verdad, teníamos demasiado vino en la cabeza... no recuerdo qué más pasó aquella noche, la última en Betabara.

---

1. El parentesco de **primos** entre Juan el Bautista y Jesús, al que se refiere únicamente el evangelio de Lucas, debe entenderse como expresión de la estrecha relación que existió entre el mensaje de ambos profetas. Juan tuvo que tener una influencia decisiva sobre Jesús, que diría un día de él que era "el mayor de entre los nacidos de mujer" (Mateo 11, 11).

2. Es muy posible que Juan el Bautista viviera durante algún tiempo en el monasterio de los **esenios**, en las orillas del Mar Muerto, cerca del lugar donde después bautizaría. Los esenios fueron un grupo similar a una congregación religiosa, que comenzó a formarse unos 130 años antes de nacer Jesús. Eran muy críticos de las prácticas religiosas del Templo de Jerusalén y en rechazo de ellas se retiraron al desierto para no contaminarse con el mundo. Vivían en comunidad, guardaban el celibato -aunque había grupos de casados-, rezaban oraciones especiales, no hacían sacrificios de animales, practicaban una pobreza rigurosa y compartían los bienes. Esperaban el fin de los tiempos como un acontecimiento inminente. Se consideraban perfectos y predilectos de Dios.

Entre sus ocupaciones estaba la copia de las Escrituras. Cuando en los años 70 de nuestra era los romanos devastaron las ciudades Israel hasta y arrasaron Jerusalén, los esenios huyeron del monasterio y dejaron enterrados en ánforas de arcilla algunos de sus manuscritos. Estos pergaminos, los llamados "rollos del Mar Muerto", han llegado hasta nosotros después de los descubrimientos hechos en Qumram en 1947. Son los manuscritos más antiguos que se conocen de algunos libros de la Biblia. El más importante es el rollo del profeta Isaías. Actualmente, se pueden visitar las ruinas del monasterio esenio, del que se conservan paredes, algunas escaleras, las piscinas de purificación. En el Museo del Libro, en Jerusalén, están los objetos encontrados en las ruinas: vasijas, sandalias, monedas, mesas.

3. No se tiene ninguna referencia histórica sobre cuándo y cómo murió **José**, el esposo de María. De lo que sí existen

datos históricos es del saqueo y destrucción de la ciudad de Séforis, cercana a Nazaret y entonces capital de Galilea, en los años de la juventud de Jesús. Los romanos la incendiaron como escarmiento de la rebelión zelote que allí se produjo.

4. **Jesús** no fue un monje esenio, de los que había en su tiempo. Vivió mezclado con sus paisanos, participando de todos sus problemas y realidades. Fue un laico, no entró en ninguna estructura religiosa, no fue sacerdote ni levita, no formó parte del movimiento seglar fariseo. Hasta el final de su vida vivió y actuó de forma independiente, sin apartarse de la clase social en la que había nacido.

## 9- BAJO EL SOL DEL DESIERTO

Aquella mañana, bien temprano, vi a Jesús salir de la tienda donde dormíamos los galileos; tomó su bastón y echó a andar solo, alejándose del río, hacia el desierto de Judá.(1) Al poco tiempo, desapareció en un remolino de arena.

*Jesús* - ¿Qué quieres, Señor? ¿Qué esperas de mí? ¿Qué me pides? ¡Háblame claro para que pueda vencer el miedo y responderte! ¡Háblame, Señor!

Pero eran otras voces las que escuchaba en su interior...

*Voz de María-* ¿Qué es lo que quieres, Jesús? Pasa un año, pasa otro y tú no te decides por nada. Hazme caso, hijo. Olvida los sueños y sé realista. Tienes treinta años. Ya es hora de que pongas los pies en la tierra...

*Voz del Tabernero-* ¡Ah, qué hombres más locos! ¡Soñando con profetas y señales de Dios pudiendo quedarse por aquí a darse la gran vida! Tú, nazareno, ¿no te animas? ¡Tengo muy buen vino y unas mujeres que están...! Allá en tu pueblo no hay nada de esto.

*Voz de Pedro-* Te hablo en serio, Jesús. Todos podemos ser el Mesías. ¿Por qué no? Juan dice que está entre nosotros. Pues a lo mejor es este calvo o aquel flaco o... o tú mismo, Jesús. ¡Tú mismo puedes ser El Liberador de Israel! ¡Tú mismo puedes ser el Liberador de Israel!

Jesús caminó y caminó a través del desierto. Subía y bajaba las colinas, bordeaba las grandes montañas y, cuando llegaba la noche, se tumbaba en la arena, con la cara vuelta al cielo, como esperando una respuesta.

*Jesús* - ¿Qué quieres, Señor, de mí? ¿Qué puedo hacer yo por mi pueblo? Juan es un profeta, sabe hablar, pero yo... yo...

¿Cuántos días pasaron? ¿Hacia dónde quedaba el pueblo más cercano? El hambre y la sed fueron apoderándose de él. Nada, ni una yerba, ni una gota de agua se veía por ninguna parte. Jesús, con los labios resecaos y azulosos se sentó sobre una roca. El sol hervía sobre su cabeza y sintió un mareo. Después no recordó nada más. Rodó sobre la arena y se perdió en un profundo sueño...

*Tentador*(2)- ¡Psst! ¡Psst! ¡Pobre muchacho! ¿A quién se le ocurre venir al desierto así, sin comida y sin camello? En el desierto sólo viven los escarabajos y los lagartos...

*Jesús* - ¿Quién eres tú?

*Tentador* - Qué más da eso. Digamos que soy un sueño.

*Jesús* - Bah, entonces no me sirves para nada.

*Tentador* - No lo creas. A veces los sueños son más reales que la misma realidad. ¡Pobre muchacho! Estás mareado por el hambre y el cansancio... Yo te ayudaré. Pero primero tienes que decirme claramente: ¿Qué has venido a buscar aquí?

*Jesús* - Busco a Dios. Necesito que Dios me hable y me señale el camino que debo seguir.

*Tentador* - En el desierto no hay caminos. Y en la vida tampoco. Uno se fabrica su camino con un poco de suerte y otro poco de ambición. Yo puedo ayudarte, Jesús de Nazaret.

*Jesús* - ¿Cómo sabes mi nombre?

*Tentador* - Por aquí pasan tan pocos visitantes que uno enseguida sabe quién es quién.

*Jesús* - Y tú, ¿cómo te llamas?

*Tentador* - No te preocupes por eso. Escúchame: puedo darte un buen consejo. ¿No has oído que los gatos tienen siete vidas y los cocodrilos cuatro? Y tú, tú que eres un pobre hombre, ¿cuántas vidas tienes, infeliz?

*Jesús* - Una... una sola, por supuesto.

*Tentador* - ¡Pues disfrútala, amigo! ¿No andabas buscando un camino? Ese es el camino que sigue la mayoría de los hombres y las mujeres y... y les va bastante bien.

*Jesús* - ¿Qué debo hacer para disfrutar la vida?

*Tentador* - Lo primero, no pensar mucho. El pensamiento es la madre de la tristeza.

*Jesús* - Eso es fácil de decir, pero... ¿Y nuestro pueblo? ¿Y tantas injusticias que hay que arreglar? ¿Cómo puedo yo dejar de pensar en esas cosas?

*Tentador* - Bah, idealismos de juventud. El mundo seguirá igual contigo o sin ti. Pasarán dos mil años y los pobres seguirán siendo pobres, y los ricos, ricos. Y los abusos que se cometieron ayer se repetirán mañana.

*Jesús* - Tal vez tengas razón, pero...

*Tentador* - Escúchame, Jesús de Nazaret. Mira estas piedras... Imagínate que esta piedra fuera un pan, un sabroso pan sacado del horno. Ah, mi buen amigo: comer es la primera norma para disfrutar la vida.

*Jesús* - Pero no sólo de pan vive el hombre.

*Tentador* - ¡Claro que no! Buena comida para la tripa, buen vino para la garganta y ¡buenas mujeres para la cama!

*Jesús* - ¿Y la palabra de Dios? También el hombre vive de la palabra de Dios.

*Tentador* - Uff, olvídate de Dios. El tiene sus problemas en el cielo y tú los tuyos en la tierra. ¿Sabes lo que tú necesitas? ¡Dinero! El dinero, amigo, es la llave de la felicidad. Con dinero lo puedes comprar todo. Hazme caso: consigue dinero, mucho dinero, y tendrás una vida cómoda y feliz.

*Jesús* - Pero, ¿dónde voy a encontrar yo ese tesoro de monedas? No es fácil llegar a ser rico.

*Tentador* - Para ti, sí. Tienes buena cara para los negocios. Estoy seguro que si te mudas a Jerusalén y comienzas, por ejemplo, con una pequeña casa de préstamos... o un comercio de púrpura. Tú progresarás, muchacho. Tú podrás cambiar las piedras en pan. ¡Y el pan en dinero! ¡Y el dinero lo da todo! Disfruta la vida y no pienses. Vamos, decídate. ¿Qué esperas?

*Jesús* - No sé, pero... Yo busco otra cosa... Dinero, lujos, seguridad... Y luego, ¿qué?

*Tentador* - Me lo imaginaba, muchacho. No eres de los del montón que se conforman con hacer lo que todos hacen. Todos quieren dinero. Todos quieren gozar la vida. Tú quieres algo más. ¡Tú quieres dominar la vida! Llevar tú el timón del barco, ¿no es eso?

*Jesús* - No te entiendo.

*Tentador* - Ven, dame la mano y acompáñame...

*Jesús* - ¿A dónde me llevas?

*Tentador* - Mira, observa desde esta montaña. Desde aquí puedes elegir bien. Mira todos los reinos y los gobiernos de este mundo: Jerusalén, Egipto, Babilonia, Atenas, Roma... ¿Cuál te gusta más? ¿Cuál prefieres?

*Jesús* - Pero, ¿de qué me estás hablando?

*Tentador* - Que si tú quieres, puedes llegar a ser el dueño de cualquiera de estos imperios. O, si eres muy ambicioso, como el gran Alejandro, de todos juntos.

*Jesús* - Pero eso es imposible. Yo... yo soy un campesino con las sandalias rotas. No tengo ni cuatro palmos de tierra míos y tú me hablas de ser dueño de...

*Tentador* - Todo es cuestión de proponérselo. Poco a poco, irás subiendo la escalera del poder. Convéncete, muchacho: la política es el arte de pisarle la cabeza al que está en el escalón más bajo.

*Jesús* - Precisamente, ése soy yo. Estoy en el escalón

más bajo. ¿A quién puedo pisar? ¿Qué tendría que hacer para ir subiendo?

*Tentador* - Yo te ayudaré. Confía en mí.

*Jesús* - Pero, ¿quién eres tú? Dímelo, por favor.

*Tentador* - Yo soy la ambición de poder que llevas escondida en tu alma, Jesús. No te conformas con dinero y lujos porque quieres gobernar y tener poder sobre otros hombres. Y es natural. Ya te dije que los hombres como tú no se contentan con disfrutar la vida. Además, quieren tener las riendas. ¡Mira! Ése va a armar la guerra contra su vecino. Y ganará, no lo dudes, porque es ambicioso. Ya tiene a cientos de miles bajo sus botas y bajo su látigo. Y tendrá muchos más. Todos le obedecen. Todos están a su servicio.

*Jesús* - No sé, pero... yo prefiero servir y no ser servido.

*Tentador* - Eres un soñador, Jesús. A ver, dime, ¿a quién quieres servir?

*Jesús* - No sé... servir a Dios, servir a mi pueblo Israel...

*Tentador* - Ah, ya entiendo, ¿cómo no lo pensé antes? Tu soberbia es mayor de lo que yo sospechaba. Hablemos claramente, Jesús de Nazaret: tú quieres ser el Mesías que todos los judíos esperan desde hace siglos. Sí, no pongas esa cara... Tú sabes muy bien de lo que estoy hablando. El dinero es vulgar. El poder es también aburrido, lo reconozco. Tú quieres algo especial. Tú quieres ser el Mesías de Israel, el Salvador del mundo. Que se hable de ti por los siglos de los siglos, que se escriban bibliotecas enteras contando tus palabras, tener muchos seguidores, una organización poderosa, con dinero y con influencias, por supuesto...

*Jesús* - ¿Cómo puedes hablar así? Nunca he pensado nada de eso...

*Tentador* - Ven, lo que hace falta para comenzar tu carrera es un buen golpe de efecto, ¿comprendes? Vayamos a Jerusalén, al templo, a la punta más alta de las murallas...

*Jesús* - Déjame, no quiero ir, déjame...

*Tentador* - Mira... ¡400 codos de altura! Mira hacia abajo... Fíjate en ese rebaño humano... Todos se han reunido para ver el milagro.

*Jesús* - ¿Qué milagro?

*Tentador* - ¡El tuyo! Cierra los ojos y tírate desde aquí arriba.

*Jesús* - ¿Estás loco? ¡Me mataría!

*Tentador* - No, qué va. Yo me pondré abajo y no permitiré que tus pies se rocen siquiera con una piedra.



Confía en mí.

*Jesús* - Pero, ¿qué gano yo tirándome?

*Tentador* - Éste será el primer milagro. Luego vendrán otros mayores. La gente te aplaudirá. Y tú dirás: ¿A quién buscan? ¿Al Mesías, al liberador? ¡Yo soy! Y todos se arrodillarán ante ti y tú serás grande. ¡Tu fama llenará el mundo!

*Jesús* - Pero...

*Tentador* - Pero nada. No lo pienses más. ¿No oyes a la gente que espera? ¡Vamos, tírate va de la muralla! ¡Yo me ocuparé del resto!

*Jesús* - Espérate... no sé, esto es tentar a Dios. No se debe tentar a Dios.

*Tentador* - ¡Dios! ¡Dios! ¡Deja a Dios tranquilo, imbécil!

*Jesús* - ¡Déjame tú tranquilo también! ¡Vete! ¡Vete!

*Tentador* - ¡Qué pena me das, Jesús de Nazaret! Vas por mal camino, muchacho. Está bien, cabeza dura. Ya te arrepentirás de no haberme hecho caso. Nos volveremos a encontrar. ¡Hasta la vista!

*Jesús* - Espera, dime quién eres... ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

*Camellero* - Me llamo Nasim. Soy samaritano y hago esta ruta del desierto para llegar antes a Jericó...

Un viejo camellero pasaba por aquel lugar y, al ver a Jesús tirado en la arena, se le acercó para ayudarlo.

*Camellero* - ¿Cómo te llamas tú, eh? ¿Has perdido tu camello? ¿Te han asaltado los bandidos? Ay, hermano, este desierto es traicionero... Hasta los demonios tiemblan cuando tienen que atravesarlo. Tú estabas gritando mucho... y me acerqué a ver qué pasaba. Vamos, sube... ¡uff!, ya está... Estás medio muerto, hermano... anda, bebe esta leche de cabra. Vámonos, que todavía nos falta un buen trecho hasta Jericó. ¡Camello, vamos, camellooo!

¿Cuántos días había estado Jesús en aquellas montañas grises y peladas? No lo podía saber. En el desierto, durante cuarenta años, Dios puso a prueba a su pueblo y permitió que fuera tentado.(3) También el profeta Elías atravesó el desierto y durante cuarenta días y cuarenta noches buscó el rostro de Dios. Y Juan el Bautista había aprendido a gritar en aquellas soledades que el Liberador de Israel ya se acercaba.

---

Mateo 4,1-11; Marcos 1,12-13; Lucas 4,1-13.

---

1. Así como Galilea, la región norte de Israel, es fértil y siempre verde, Judea, la región sur, es zona seca, de escasa vegetación y, en algunos lugares, un auténtico **desierto**. En la actualidad, se puede ver, cerca de la ciudad de Jericó, en pleno desierto de Judea, el llamado Monte de las Tentaciones, donde la tradición cristiana fijó desde hace siglos el lugar en que Jesús fue tentado por el diablo. En la ladera de este monte hay un antiguo monasterio ortodoxo.

El pueblo de Israel creía que el desierto era terreno maldito por Dios y que por esto era estéril y allí sólo podían vivir animales salvajes y demonios. Lo consideraba un lugar extremadamente peligroso, donde el ser humano era puesto a prueba y podía sucumbir a la tentación. Pero el desierto no era sólo un lugar terrible. La larga peregrinación de los israelitas por el desierto a lo largo de 40 años hasta llegar a la Tierra Prometida, hizo que la tradición de Israel lo considerara también como lugar privilegiado para el encuentro con Dios y para conocer mejor sus planes, en la soledad y el riesgo. Entre estos dos sentidos -lugar de enfrentamiento con el mal y de revelación de Dios- se mueve el relato de las tentaciones de Jesús.

2. La cultura religiosa y el estilo literario del tiempo en que se escribieron los evangelios obligaba a usar en el relato de Jesús en el desierto la figura de un **Tentador** exterior a Jesús, la persona tentada. La Biblia menciona frecuentemente al demonio con diversos nombres: el Adversario, Luzbel, Satanás, Belcebú.

3. El relato evangélico de las tentaciones en el desierto no debe ser leído como una narración histórica, sino como un esquema teológico, en tres momentos, de las **pruebas** que Jesús tuvo que superar a lo largo de toda su vida. La clave para entender el relato está en las tres frases con las que Jesús responde al Tentador. Las tres aparecen en la narración del peregrinaje del pueblo hebreo por el desierto (Deuteronomio 8, 3; 6, 16; 6, 13). Entonces, Israel falló y cayó en la tentación de la desconfianza, la acumulación y la prepotencia. Jesús se mantuvo fiel. Los evangelistas quieren expresar que en la historia personal de Jesús se rescata la historia colectiva del pueblo de Israel.

## 10- EN LA CÁRCEL DE MAQUERONTE

La voz del profeta Juan, clamando por la justicia y anunciando la llegada del liberador de Israel, era cada día más firme y más apremiante. Los que iban a escucharle sentían como si el profeta tuviera prisa, como si supiera que sus días estaban contados.

*Bautista* - ¡Tengan bien abiertos los ojos! ¡Tengan las manos a punto, para que cuando venga el que ha de venir lo reconozcan y salgan a su encuentro! Nadie debe pensar: ya me he bautizado, ya me purifiqué en el río, eso me basta. ¡Bautizarse no es final de camino sino principio! Cuando venga el Mesías habrá comenzado la liberación de Israel. ¡Y todos tendremos que seguirle y colaborar con él! Cuando él llegue..

*Mujer* - ¡Ay, caramba, pero si ya estoy oyendo yo las trompetas del Mesías! ¿No oye usted, paisano, ese ruido?

*Hombre* - Déjese de cuentos, señora, y atienda lo que dice el profeta.

*Mujer* - Oiga, paisano, que yo no estoy sorda. ¡Le digo que por ahí se acerca la caravana del Mesías!

*Muchacha* - ¡Miren allá! ¡Es el Mesías que ya viene!

*Todos* - ¡El Mesías! ¡Profeta Juan, ahí viene el Mesías!

Por el camino que bajaba de Jericó, venía una larga caravana de camellos, muy adornados y muy lujosos. Abrían la marcha un grupo de esclavos con trompetas y vestidos de seda. Pero no, no era el Mesías quien se acercaba. Era el rey Herodes y su corte que se trasladaban al palacio de Maqueronte, a la otra orilla del Jordán, junto al Mar Muerto.(1) Para llegar hasta allá tenían que pasar cerca de Betabara.

*Hombre* - Señora, si ése es el Liberador que esperamos, ya podemos morirnos. ¡Es Herodes y su gente!

*Mujer* - ¡Mira cómo se bambolea la carroza! ¡Así está de gordo!

*Viejo* - ¡Y así reviente!

Herodes Antipas era el gobernador de Galilea, el último de los hijos de Herodes el Grande. Su padre se había hecho odiar del pueblo por los impuestos tan fuertes con que nos había oprimido. Y como de tal palo tal astilla, este Herodes, su hijo, era también un hombre sin escrúpulos, un hombre injusto y lleno de vicios, que vivía de espaldas a Dios y de espaldas a los sufrimientos de su pueblo.

*Hombre* - ¡Eh, profeta Juan, por ahí viene el rey Herodes!  
*Mujer* - ¡Yo no creo que ese tipo se atreva a acercarse!  
*Hombre* - Déjelo, señora. A ver si le da por bautizarse y con lo gordo que está se hunde en las aguas del río.  
*Vieja* - ¡O lo hundimos entre todos!

EL profeta Juan se había quedado extrañamente callado mirando el paso de la caravana. Pero la carroza en la que iba Herodes no se acercó. Herodes era un hombre muy supersticioso y tenía miedo de aquel profeta de pelos largos y de palabra como espada del que había oído contar tantas cosas. La caravana siguió su camino hacia el palacio de Maqueronte.(2) Pero cuando todavía los camellos se veían a lo lejos, Juan salió de su silencio y, con la fuerza de un rayo, se volvió a todos los que llenaban las orillas del río.

*Bautista* - ¡Hasta aquí llega su hedor! ¡Huele a podrido! El pescado cuando se pudre empieza a apestar por la cabeza. Las injusticias en este país son ya demasiado grandes. ¡Apestan! ¡Y apestan más que nada las cabezas de este país! ¡Herodes apesta! Su reino está corrompido. Está edificado sobre la sangre de los inocentes y sobre el sudor de los pobres. ¡Pero su trono no es firme! ¡Está comido por la carcoma! Como yo rompo este bastón viejo, ¡así Dios romperá el trono del rey Herodes! ¡Caerá, caerá el trono de Herodes! ¡Se derrumbará entre gritos de alegría cuando llegue el Liberador de Israel! ¡Ustedes lo verán con sus ojos! ¡Ustedes lo verán y se alegrarán!

Juan siguió hablando al pueblo de todos los crímenes y los abusos de aquel rey injusto. Pero había allá en el Jordán, entre la gente, partidarios de Herodes, espías suyos. Y pasó lo que era de esperar...

*Herodes* - ¿Así que ha dicho todo eso de mí? ¡Qué lástima, me hubiera gustado oírlo! De la forma que sea, me gusta que hablen de mí.  
*Sirviente* - También dijo que... sss... sss...  
*Herodes* - ¿Cómo? ¡Insolente!  
*Sirviente* - Y que usted no puede vivir con... sss... sss...  
*Herodes* - Pero, ¿cómo se ha atrevido ese peludo a decir eso? ¡Y delante de tanta gente!  
*Sirviente* - La reina está que se la llevan los mil demonios.  
*Herodes* - ¡Ese hombre conspira contra mi gobierno! ¡Es un peligro que ande suelto!

*Sirviente* - Dicen que es un gran profeta, ¡un enviado del Dios Altísimo!

*Herodes* - ¡Bah, tonterías! Los profetas se acabaron hace tiempo. Y si no se acabaron, ¡se van a acabar ahora! ¡Tráiganmelo inmediatamente a ese Juan, el hijo de Zacarías!

*Sirviente* - ¿Y si el pueblo que está con él se resiste?

*Herodes* - ¡El pueblo! ¡Me río yo del pueblo! El pueblo ladra mucho y muerde poco. Que la tropa vaya armada, por si acaso.

*Sirviente* - ¿Cuándo deben salir, rey Herodes?

*Herodes* - Ahora mismo. Cuanto antes. Ya estoy impaciente por ver de cerca al famoso profeta del desierto.

Y así fue. Herodes hizo apresar a Juan y lo llevó amarrado hasta la cárcel que tenía en su palacio de Maqueronte. La gente que se amontonaba en las orillas del Jordán, que vio cómo se lo llevaban, trató de impedirlo pero no pudo nada contra los soldados de Herodes. Las mujeres lloraban a grandes voces y se lamentaban: una vez más los dueños del poder y de la fuerza habían callado el grito de los profetas.

A los pocos días, las orillas del Jordán volvieron a quedar vacías y silenciosas, como estaban antes de que la poderosa voz de Juan se acercara a ellas, para llenarlas de vida y esperanza. Herodes mandó encerrar a Juan en los sótanos del palacio de Maqueronte. Allí, en calabozos estrechos y oscuros, muchos otros presos consumían su vida en interminables condenas.

*Herodes* - Tenía muchas ganas de verte la melena, Juan, hijo de Zacarías.

*Bautista* - Yo también tenía muchas ganas de verte, Herodes Antipas, hijo del malvado Herodes el Grande.

*Herodes* - Ya ves qué cosas tiene la vida. Hasta ayer eras el Profeta... y ahora no eres más que un ratón en mi ratonera. ¿Qué andas diciendo por ahí de mí, eh? ¡Responde!

*Bautista* - Yo he dicho lo que todo el mundo sabe. Que eres un rey injusto y que Dios echará abajo tu trono. Y dije también lo último que has hecho: que estás viviendo con tu cuñada, con la mujer de tu hermano Felipe.

*Herodes* - ¡Herodías es mi mujer!

*Bautista* - Herodías, que es tan sinvergüenza como tú, es la mujer de Felipe. Tú le robaste a tu hermano esa mujer. ¡Devuélvesela!

*Herodes* - Y tú, ¿cómo te atreves a hablarme así?

*Bautista* - ¿Cómo te atreves tú a jugar con las leyes de Dios?

El rey Herodes comenzó a morderse las uñas. Estaba muy nervioso. Los ojos de fuego del profeta Juan lo asustaban.

*Herodes* - Juan... Profeta Juan... ¿quién eres? ¿Quién te enseñó a hablar así a la gente? ¿Eres tú... eres tú el Mesías? ¡Habla! ¡No te quedes callado!

*Bautista* - Yo no soy el Mesías. Yo anuncio al Liberador de Israel. Él viene ya. Y cuando venga, te arrancará la corona y te dejará en cueros delante del pueblo y te echará en la cara tus injusticias y tus vicios.

*Herodes* - ¿Y dónde está ese Mesías? ¿Quién es ese Liberador de Israel? ¡Quiero conocerlo!

*Bautista* - No lo verás. Tus ojos están sucios para verlo.

*Herodes* - ¡Haré que te arranquen la lengua y se la echen a los perros!

*Bautista* - Tú eres el que tiene miedo, Herodes. Los abusos que has cometido contra este pueblo te pesan sobre las espaldas. Y tienes miedo. Sabes que Dios lleva la cuenta de todos tus crímenes.

*Herodes* - ¡Yo no tengo miedo! ¡Yo no tengo miedo! ¿A quién voy a tener miedo? ¿A ti, que eres un charlatán embustero?

*Bautista* - Tienes miedo a la verdad.

*Herodes* - ¡No, no, mis soldados me defienden! ¡Tengo ejércitos, tengo palacios, tengo el poder! ¡Ahora tengo también un profeta! ¡Ja, ja! ¿Por qué no me dices nada?

*Bautista* - Ya te lo he dicho todo. Devuélvele su mujer a tu hermano Felipe. Y entonces hablaremos.

*Herodes* - ¡Herodías es mi mujer! ¡Quiero a Herodías! ¡Quiero a Herodías! ¡Es mía!

*Bautista* - No es tuya. ¡No tienes derecho a vivir con la mujer de tu hermano!

*Herodes* - ¡Ni tú tienes derecho a levantarme la voz! Habrase visto... pero, ¿ante quién te crees que estás? ¡Yo soy el rey de Galilea y tienes que respetarme!

*Bautista* - ¿Respetarte? ¿A ti? Ahora soy yo el que me río. Un hombre repleto de todos los vicios, que se trepó en el trono a fuerza de intrigas y de sobornos y que mantiene su gobierno sobre un charco de sangre... ¿Y tú me hablas de respeto?

*Herodes* - ¡Yo soy la autoridad! ¡Tienes que obedecerme!

*Bautista* - La única autoridad que yo obedezco está en el cielo. A ti te parió una mujer, como a todos. Naciste desnudo, como todos. Y te comerán los mismos gusanos que a todos.

*Herodes* - ¡Cállate ya, cállate!

*Bautista* - Mi único rey es el de arriba. ¡A ése es al

único que obedezco!

*Herodes* - Juan... ¿No te gustaría salir de aquí y volver a hablar a la gente? Podemos llegar a un arreglo. ¿No quieres volver al Jordán y seguir haciendo de profeta? Sabes que estás en mis manos. Si quiero, puedo dejarte en libertad.

*Bautista* - No, Herodes. Te equivocas. No estoy en tus manos. Estoy en las manos de Dios. Las tuyas están vacías... manchadas y vacías. Y pronto estarán amarradas. Tu poder se acaba, Herodes. Viene el Liberador de Israel y tu poder se acaba.

Para consolarse de las duras palabras del profeta Juan, el rey Herodes corrió a refugiarse en los tibios brazos de Herodías...

*Herodes* - Dame otra copa de vino, Herodías...

*Herodías* - Bebes mucho hoy, Herodes. ¿Te pasa algo?

*Herodes* - Nada, nada. ¿Qué me va a pasar a mí?

*Herodías* - Te conozco muy bien. A mí no me engañas. A ti te tiene preocupado ese "profeta" Juan que tienes abajo en el calabozo.

*Herodes* - No hables de profetas. Tú no sabes nada de eso. Los profetas son sagrados.

*Herodías* - ¡Ja! ¡Sagrados! ¡A esos gritones lo que les hace falta es cortarles el pescuezo de un solo tajo! ¿Por qué no haces eso, Herodes, por qué no le cortas el pescuezo a ese Juan?

*Herodes* - ¡Cállate!

*Herodías* - Si me quisieras lo harías... Pero es que tú no me quieres... ¿Ya no te gusto?

*Herodes* - Me gustas mucho, Herodías... me gustas mucho... ¡hummm!

*Herodías* - ¿Es que le tienes miedo? No le tengas miedo. El día que le cortes el pescuezo a ese hombre volverás a ser el mismo de antes. Un rey poderoso y fuerte que no tiene enemigos porque los quita a todos de en medio.

El rey Herodes quería matar a Juan, quitar de en medio aquella voz que le resultaba tan molesta. Pero tenía miedo de la gente porque todos en Israel sabían que Juan era un profeta que hablaba de parte de Dios.

Mateo 14,1-2; Marcos 6,14-20; Lucas 9,7-9.

---

1. Los evangelios hablan de dos **Herodes**: Herodes el Grande y su hijo, Herodes Antipas. El primero, aliado con los romanos, gobernó tiránicamente el país desde el año 37 antes de Jesús, y a él se atribuyó la matanza de los inocentes. A su muerte, cuatro años después del nacimiento de Jesús, el país se dividió entre sus tres hijos. Herodes Antipas, el menor de ellos, contemporáneo de Juan Bautista y de Jesús, fue puesto por Roma como gobernador de Galilea y de la zona de Perea, en la orilla oriental del Jordán. El título que Roma le dio fue el que daba a los gobernantes de territorios pequeños: tetrarca. Pero el pueblo le llamó siempre "rey" Herodes. Aunque estaba casado con una princesa árabe, Herodes Antipas se hizo amante de Herodías, esposa de su hermano Filipo. Estas relaciones llegaron a provocar una guerra fratricida.

Los datos históricos que se tienen de Herodes Antipas lo caracterizan como un derrochador, cruel con todos los que se le oponían y supersticioso. Colaboraba estrechamente con los romanos, dueños del país, que lo mantenían en el trono a cambio de una fuerte suma de dinero. En nombre de Roma, Herodes Antipas cobraba los impuestos en el territorio de Galilea y de Perea. Por las fiestas, cumplía con las normas religiosas judías y se trasladaba a sus palacios de Jerusalén, para acudir al Templo.

2. **Maqueronte** fue una de las varias fortalezas que construyó Herodes el Grande para controlar a sus súbditos y defender su reino de los árabes nabateos que habitaban en las fronteras de su territorio. Maqueronte fue levantada en la orilla oriental del Mar Muerto, en la región de Perea. El rey la fortificó ampliamente y unos 20 años antes de nacer Jesús la enriqueció con un magnífico palacio. Su hijo Herodes Antipas celebraba allí grandes fiestas. En el año 70, la fortaleza fue destruida por el ejército romano. Hoy sólo se conservan ruinas.



## 11- HACIA LA GALILEA DE LOS GENTILES

Cuando Jesús salió del desierto, tenía los pies hinchados, unas ojeras enormes y el pelo y la barba llenos de arena. A pesar del cansancio y el hambre, llevaba el corazón contento. Y llevaba prisa. Se despidió del viejo samaritano que lo había recogido en su camello y volvió al Jordán...

*Jesús* - Tengo que ver a Juan... Tengo que hablarle... Le diré: Juan, estoy decidido a servir a mi pueblo. ¿Por dónde debo comenzar? ¿Qué tengo que hacer? ¿Quieres que me quede contigo bautizando? Estoy dispuesto a todo... Ya no tengo miedo... bueno, sí, tengo miedo, pero estoy dispuesto todo. Dios me ha llenado de valor en el desierto.

Pero cuando Jesús llegó a Betabara, al recodo del río donde Juan bautizaba, vio que en la orilla del Jordán no había nadie. Todo estaba vacío. Ya no había bautismos ni caravanas de peregrinos. Ya no estaba Juan. A lo lejos, Jesús vio un par de mujeres y corrió a preguntarles...

*Jesús* - ¡Eh, ustedes dos, esperen! No huyan, no quiero hacerles ningún mal... ¡Esperen!

*Magdalena* - ¡Tienes cara de loco o leproso! ¿Quién eres tú?

*Jesús* - Lo que pasa es que vengo del desierto y... bueno, así estoy de sucio y... Pero no se asusten. Espérenme...

*Vieja* - ¿Qué te pasa, muchacho? ¿También a ti te busca la policía de Herodes?

*Jesús* - No, abuela, vengo a buscar al profeta Juan y... pero, ¿qué ha pasado aquí?

*Vieja* - Igual que ésta. Ésta también llegó cuando se acabó el negocio. Así es la vida.

*Jesús* - Pero, díganme, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Juan? ¿Dónde está la gente?

*Magdalena* - El rey Herodes se llevó al profeta. Y el Jordán se quedó vacío.

*Jesús* - ¿Que Herodes metió preso a Juan?

*Vieja* - ¿No lo sabías? Esa noticia ha corrido como candela por todo el país. ¡Ay, qué desgracia tan grande, Dios mío!

*Jesús* - Pero, ¿cómo se ha atrevido ese zorro? ¿Con qué derecho?

*Magdalena* - Con el derecho de la fuerza. Mandó a sus soldados con látigos y con espadas... y se llevaron al profeta amarrado a la cola de un caballo.

*Jesús* - ¿Y a dónde se lo llevaron?

*Vieja* - A la cárcel peor de todas, a Maqueronte, allá

por los montes de Moab.

*Magdalena* - ¡Ojalá se lo coman los gusanos como a su padre, maldito Herodes!

*Jesús* - ¿Y la gente no hizo nada para defenderlo?

*Vieja* - ¿Y qué íbamos a hacer, muchacho? Salir corriendo, eso fue lo que hicimos todos. ¿Quién se atreve a levantar la mano contra Herodes? ¿Quién puede abrir la boca en este país?

*Magdalena* - Aquí él único que no tenía pelos en la lengua era Juan. ¡Eso sí era un hombre, caramba, ése no le tenía miedo ni a Herodes ni al diablo que se le pusiera delante!

*Vieja* - Y ya lo metieron preso y un día de estos lo matarán. ¡Qué calamidad, Dios mío! Bueno, hay que resignarse. Ya se acabó el profeta.

*Magdalena* - Di mejor que ya se acabó tu negocio de rosquillas, vieja Rut. Eso te duele más que las cadenas del bautizador.

*Vieja* - ¡Oye a ésta!... Contéstame tú, muchacho: soy una pobre viuda que se ganaba la vida vendiendo rosquillas a los penitentes que se bautizaban...

*Magdalena* - Y que salían del río con más hambre que arrepentimiento.

*Vieja* - Está bien, pero si yo podía vender mis cositas gracias a la gente que venía a escuchar a Juan, ¿qué hay de malo en eso?

*Jesús* - Claro que sí, abuela. A unos el profeta los ayudaba con sus palabras y a ti te ayudó mejorándote el negocio.

*Magdalena* - Pues a mi sí que no me ayudó en nada. Viaje perdido.

*Jesús* - ¿Tú viniste a bautizarte con Juan?

*Magdalena* - Bueno, sí... sí, eso...

*Vieja* - Ésta se ríe porque ella... bueno, ya le ves las pinturas que tiene en los cachetes... Los hombres de Cafarnaum corrieron a ver al profeta y ésta corrió detrás de los hombres de Cafarnaum, ja, ja...

*Magdalena* - ¿Y qué quieres que haga? Cada uno vive de lo que puede, ¿verdad, paisano?

*Vieja* - Y llegó aquí y ya se le habían espantado los clientes... Y ahora se quedó esto vacío. ¡Qué mala suerte, María!

*Jesús* - ¿Te llamas María?(1)

*Magdalena* - Sí. ¿Y tú?

*Jesús* - Jesús. Y a pesar de esta mala facha que tengo, soy buena persona. Te lo aseguro.

*Vieja* - Tú hablas como los galileos. ¿Eres de allá como ésta?

*Jesús* - Sí, soy de Nazaret, un caserío de tierra adentro.

*Magdalena* - Pues yo soy de Magdala, junto al lago.  
*Vieja* - No hace falta que lo digas. A las magdalenas se les conoce por el perfume.  
*Jesús* - Pero, ¿no hablaste antes de Cafarnaum?  
*Magdalena* - Bueno, yo nací en Magdala, pero luego mi madre murió, quedé sola. Ahora vivo en Cafarnaum. Y trabajo en lo que puedo.  
*Vieja* - ¡Trabaja de ramera para todos esos pescadores sinvergüenzas que hay en los muelles!  
*Jesús* - ¡Mira qué casualidad! Hace unos días conocí a un grupo de amigos que son de allá. A lo mejor tú los conoces...  
*Magdalena* - Seguro que sí. Conozco a todos los hombres de Cafarnaum. Dime cómo se llaman.  
*Jesús* - Pedro, Santiago, Juan, Andrés...  
*Magdalena* - ¡Demonios, si los conoceré yo! Andrés es un poco serio, pero esos dos "hermanitos" Santiago y Juan... Si los ves por una esquina, vete por la otra... Y ese Pedro... bueno, de ése mejor ni hablar.  
*Jesús* - Pues a mí me cayeron muy simpáticos.  
*Magdalena* - Pues a mí me cayeron atrás y empezaron a buscarme la lengua. ¡Caramba con esos tipos! Pero yo se lo dije clarito: Váyanse con sus morondangas a otra parte, que yo con ustedes no quiero nada de nada. Ah, y para otra vez, antes de hablar conmigo, ¡enjuáguese la boca primero!  
*Vieja* - ¡Cualquiera que te oye te toma por una gran señora!  
*Magdalena* - Yo no. Pero este paisano tiene cara de persona decente. Mira, aquí entre tú y yo: no te juntes con esa calaña ni te arrimes por su casa. ¡Si yo te cuento las que sé!  
*Vieja* - Ay, el que tenía cara de persona decente era el profeta Juan. ¡Qué mirada, qué manera de hablar! Era un enviado del mismísimo Dios, eso digo yo. Pero ahora... ya se hundió este país. Israel se ha quedado como un niño huérfano. Ya no hay profeta que le dé la mano y lo guíe y le enseñe a caminar. Estamos perdidos.  
*Jesús* - No hables así, abuela. Juan abrió el camino. Nosotros tenemos que continuarlo.  
*Vieja* - No, muchacho, ya esto se acabó. Juan era la voz de nosotros, los pobres. ¿Tú no lo oíste nunca? ¡El gritaba, gritaba fuerte! ¿Y sabes por qué? ¡Porque tenía en su garganta miles de voces, las voces de todos nosotros, los infelices, los que nunca hemos tenido derecho a hablar... ¿Quién va a reclamar ahora justicia para nosotros, dime?  
*Jesús* - Nosotros mismos, abuela. Sí, ¿por qué no? Ahora nosotros tenemos que hacer sonar nuestra propia

voz, la voz de los que no tenemos nada. Sí, sí tenemos: ¡tenemos a Dios de nuestro lado! Dios pelea con nosotros.

*Vieja* - Juan hablaba siempre de un liberador grande y fuerte que vendría detrás de él. Pero, fíjate: él está preso y el otro no llega.

*Jesús* - Pero llegará, abuela. Llegará el Mesías y llegará el Reino de Dios. Ahora lo que hace falta es no perder la esperanza.

*Vieja* - No, muchacho, lo que hace falta es que otro recoja el bastón del profeta y siga su ejemplo y siga hablándole al pueblo como Juan.

*Magdalena* - Pero, ¿dónde está ese valiente, eh?, ¿quién se atreve? Bah, en este país ya no quedan hombres como Juan, maldita sea.

*Jesús* - Pues yo creo que sí. Yo creo que hay muchos que estarían dispuestos a dar su vida por la justicia. Pero están esperando una señal para empezar. Están esperando a uno que les diga: ¡Ya es la hora, compañeros, ya está cerca El reino de Dios! ¡Y con él viene nuestra liberación!... Juan está preso. Pero el Mesías anda suelto. ¡Ya viene! ¿No lo sienten en su corazón? Alégrate, abuela, y tú también, María. ¡Pronto seremos libres!

*Magdalena* - ¿Qué estás diciendo? Hummm... Me parece que a ti el sol del desierto te quemó la mollera.

*Vieja* - Ven, muchacho, debes estar muy cansado. Tengo mi choza cerca de aquí. María y yo te prepararemos alguna comida, vamos...

Después de comer con María y la vieja Rut...

*Jesús* - Gracias por todo, abuela. Ya tengo que irme. Me esperan en Galilea.

*Vieja* - ¿Te gustaron mis rosquillas?

*Jesús* - Son muy ricas, de veras.

*Vieja* - Pues toma éstas...

*Vieja* - Llévale unas cuantas a tu madre. Y dile que van de parte de una vieja que vive junto al Jordán y que la quiere mucho.

*Jesús* - ¡Pero si tú no conoces a mi madre!

*Vieja* - No importa. Te he conocido a ti. Me has caído muy simpático, muchacho. Tu madre será igual que tú.

*Magdalena* - Adiós, Jesús. Yo viajaré a Galilea la próxima semana. Si alguna vez pasas por Cafarnaum... bueno, ven visitarme si no te da vergüenza entrar en mi casa.

*Jesús* - Claro que iré, María. ¡Adiós abuela! Cuando llegue el Mesías, recíbanlo con estas rosquillas

de miel. Le alegrarán el corazón como me lo han alegrado a mí.

*Vieja* - ¡Adiós, muchacho, adiós! ¡Buen viaje!

Y Jesús emprendió el largo camino de regreso hacia el norte, hacia la Galilea de los gentiles.(2) Iba cansado, con las sandalias destrozadas y la túnica medio rota. Pero la fatiga no le impedía avanzar. Al contrario, iba más de prisa que nunca...

*Jesús* - Alguien tiene que recoger la voz de Juan... Alguien tiene que darle esperanza al pueblo. ¡Señor, envíanos ya el Liberador! ¿Dónde está ese otro que vendrá? ¿No podemos empezar a trabajar mientras lo esperamos? Las espigas ya están maduras y hay que cosechar. Yo no puedo seguir esperando más. Tengo que hacer algo ya. Tengo que seguir el ejemplo de Juan...

Jesús caminó muchas horas por la cuenca del río. Al segundo día, antes de oscurecer, llegó a la altura de Gadara. Desde allí se divisaba, redondo como un anillo de novia, el lago de Tiberíades. ¡Estaba en tierra galilea! De pronto, empezó a llover. El agua del cielo le devolvía a la tierra su frescura y su fecundidad. Jesús sintió una alegría inmensa en su corazón. Era como si viera por primera vez a su querida tierra norteña. Y como si Galilea, mojada y a oscuras, le diera secretamente su bienvenida.

*Jesús* - ¡Ya estoy otra vez aquí Galilea, mi patria, mi hermana!

¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí!  
Camino del mar, al otro lado del Jordán,  
¡Galilea de los gentiles!(3)  
El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz.  
Sobre los que vivían en sombras de muerte  
brilló una luz grande.  
Aumentaste el gozo, hiciste inmensa la alegría  
y se alegran al verte  
como los que cantan el día de la cosecha.  
Porque has roto el yugo que pesaba sobre ellos  
y has quebrado la vara del tirano  
y la bota que taconeaba con soberbia  
y el manto manchado de sangre  
serán arrojados al fuego.  
¡Porque un Liberador nos ha nacido  
y la paz que él nos trae no tendrá fin!

---

1. **María** era un nombre de mujer muy frecuente en tiempos de Jesús. Magdalena hace referencia a Magdala, probable lugar de nacimiento de esta mujer. María Magdalena es mencionada varias veces en los evangelios. Era una prostituta y, seguramente, de la más baja clase social. Sería muy joven, pues la prostitución estaba muy extendida entre muchachas de trece y catorce años.

2. Desde las orillas del Jordán, Jesús se puso en **camino** hacia el norte. Es un trayecto largo, de unas tres o cuatro jornadas a pie, que puede recorrerse siguiendo la cuenca del río a través de Perea y la Decápolis, o tomando la ruta de las montañas a través de Samaria.

3. **Galilea de los gentiles** es un apelativo que el profeta Isaías dio a las tierras del norte de Israel unos 700 años antes de Jesús. Expresaba con él que aquella zona, fronteriza con la actual Siria, la que en los orígenes del pueblo perteneció a Zabulón y a Neftalí, hijos del viejo patriarca Jacob, parecían como abandonadas de Dios, entregadas a los "gentiles", sinónimo de paganos y extranjeros. Eran tiempos en que los galileos eran hechos prisioneros y deportados. Sufrieron mucho y el futuro parecía cerrado para ellos. Isaías les anunció una luz en medio de su oscuridad. Galilea fue la patria de Jesús de Nazaret y cuando él comenzó a anunciar el Reino de Dios en tierras galileas, después de su bautismo en el Jordán, Mateo recordó esta profecía de Isaías y la incluyó en su evangelio.

## 12- HOY ES UN DÍA ALEGRE

*María* - Pero no se crea usted, vecina, no se crea, que yo no las tengo todas conmigo. Jesús se fue preocupado y con ese hormigueo de ideas raras. Pero no se piense usted que es cosa de amores... ¡qué más quisiera yo! Ay, Jesús, muchacho... Tengo miedo de que se equivoque, vecina... Son tiempos tan malos estos... No, vecina, no se levante, recuéstese bien, así, ya verá usted qué bien le va a sentar este caldo, calienta hasta los huesos. Mi madre preparaba siempre este remedio, verá qué bueno...

Desde que Jesús dejó Nazaret para ir al río Jordán a ver a Juan, el profeta, los días se le habían hecho muy largos a María. Las tardes se las pasaba acompañando a su vecina, la mujer de Neftalí, que estaba medio enferma.

*María* - Yo le digo, vecina, que en estos días yo siento como si me hubieran caído siete años encima. Imagínese, comiendo yo sola... Y luego, al acostarme, ese silencio en la choza... Porque Jesús ronca mucho, usted sabe. Pero a mí ese runrún me acompaña. Fíjese, yo creo que eso es lo que me hacía dormir, porque ahora me despierto así en lo oscuro, con ese sobresalto... La otra noche, bueno, un ruido... Lo oigo, y empiezo: ¿quién anda ahí? ¿quién anda ahí? Y hasta encendí la lámpara. Ay, vecina, a las madres sin los hijos nos falta media vida. Espere, que le voy a echar en el caldo unas hojitas de esta menta de ahí del patio. Eso le va a caer a usted como maná del mismísimo cielo. ¿Y si Jesús se me queda por allá por el Jordán, eh, vecina? Yo tengo esa idea clavada aquí, en mitad del pecho, como una aguja. Bueno, Dios conoce a cada uno y sabe también la madera de cada uno para qué sirve. Y él sabrá por qué camino quiere que ande Jesús. Lo que yo le pido es que me lo guarde de todos los peligros, pero mi hijo es tan testarudo... En eso salió a su padre, ¿no cree, vecina? Bueno, ya usted se quedó dormida. Entonces, me voy... y que tenga un buen sueño.

María dejó a la mujer de Neftalí y caminó hasta su casa. Al entrar, mordisqueó sin muchas ganas un trozo de pan negro y se echó en la estera. Aquel día estaba muy cansada, y el sueño llegó pronto para ella.

EL sol empezaba a asomar por el horizonte borrando del cielo las últimas estrellas que aún quedaban encendidas. El aire fresco de la mañana puso a bailar las espigas y la yerba del campo. Amanecía en Nazaret. Jesús, cansado pero contento por todo lo que habla visto y oído en el Jordán y en la soledad del desierto, estaba de regreso.

*Jesús* - Eh, pero, ¿qué haces tú aquí tan temprano, Tonín, muchacho?

*Tonín* - Vine a buscar caracoles. Ayer llovió y han salido muchos. Mira...

*Jesús* - A ti te gustarían los lagartos que he visto en el desierto. Así de grandes...

*Tonín* - ¿Tú estabas en el desierto?

*Jesús* - Sí, de allá vengo.

*Tonín* - ¿Y por qué te fuiste allá?

*Jesús* - Nada, buscando...

*Tonín* - ¿Buscabas lagartos?

*Jesús* - No, lagartos, no. Buscaba otra cosa.

*Tonín* - ¿Y la encontraste?

*Jesús* - Sí, la encontré. ¡Adiós, Tonín, llévame después los caracoles para verlos!

*Tonín* - ¡Hasta luego, Jesús!

María, como siempre, estaba despierta desde muy temprano. Había puesto a calentar agua en el fogón para preparar las lentejas de la comida y se había sentado en el suelo a machacar trigo para hacer la harina del pan.

*Jesús* - Doña María, ¿no tendría un poquito de leche para un pobre caminante?

*María* - Sí... pero, ¿quién es? ¡Jesús, hijo, si eres tú, si ya estás aquí!

*Jesús* - ¡Ya estoy aquí, mamá!

*María* - Ay, gracias, Señor, gracias. Todos los días rezándole a Dios para que te llevara bien y te trajera mejor. ¡Por el Dios Bendito, que ya estaba muy preocupada, Jesús! Has tardado mucho y... y con lo de Juan... Dicen que se lo llevaron preso. ¿Tú estabas allá cuando pasó eso?

*Jesús* - No, yo había salido ya. Sí, lo agarraron. Ya le cerraron la boca al profeta.

*María* - Lo que te dije, Jesús, lo que te dije... ¿Y tú crees que lo matarán?

*Jesús* - No, no lo creo. Herodes no se atreverá. Acabará soltándolo. Pero mientras tanto, alguien tendrá que ocupar su puesto. Juan encendió un fuego y no debemos dejar que se apague.

*María* - Eso de que venga otro profeta es cosa de Dios. Pero bueno, ¿no tienes hambre? ¿No tienes sed? ¿Qué quieres comer?



*Jesús* - ¿Qué tienes por ahí?

*María* - Pues mira, hijo, cuando te fuiste estuve en Caná y compré vino del de allá, que es tan bueno. Dije: cuando vuelva, lo tomamos. ¡Y ya has vuelto! ¡Aquí está! Mira, y unos dátiles...

*Jesús* - ¡Ahhh! Muy bueno... Bebe tú también. Hoy es un día alegre.

*María* - Jesús, te veo muy contento. Estás más flaco, pero tienes mejor cara.

*Jesús* - Tú siempre aciertas. ¡Cualquiera te esconde algo a ti! Sí, estoy contento, no lo puedo negar. Bueno, preocupado ahora con esto de Juan. Es un gran tipo ese primo mío... La verdad, mamá, es que detrás de este viaje estaba la mano de Dios.

*María* - Te fuiste muy nervioso. Me quedé pensando en todo lo que me dijiste, que estabas inconforme, que no sabías por dónde ir. Le he dado vueltas y más vueltas en el corazón a todo aquello y... ¿y ahora qué, ya sabes?

*Jesús* - Juan me ayudó a ver claro. ¿Sabes una cosa, mamá? Me bauticé en el Jordán. Fue... fue algo grande. Te tengo que contar tantas cosas. Estuve también por el desierto.

*María* - ¿Por el desierto? Pero, ¿qué fuiste a hacer tú allí? Ay, mi hijo, con razón estás así de flaco. Dicen que ese calor del desierto sólo lo aguantan los escarabajos.

*Jesús* - Bah, eso son cuentos. Allí también encontré yo un lugar. Y pensé mucho. Mamá, ¿tú te imaginas lo que sería decirles a los pobres que Dios nos regala su Reino, anunciar a todos los infelices que lloran en nuestra tierra que ya pronto vamos a ser consolados? ¿Te imaginas lo que sería luchar por la justicia sabiendo que Dios va a la cabeza, junto a nosotros, codo a codo con nosotros?

*María* - Sería algo grande, Jesús, algo muy grande. No habría en Caná bastante vino para celebrar el día en que eso sucediera. Te veo tan contento que me contagias. Pero hijo, mira, hay que poner los pies en la tierra. Ese día llegará. Pero ni tú ni yo lo veremos. Falta mucho para ese día.

*Jesús* - Juan dice que el Liberador de Israel ya viene.

*María* - Sí, y los zelotes dicen también que viene. Y que les cortará el pescuezo a todos los romanos. Pero a quien se lo cortan es a ellos. Ten cuidado con lo que hablas, hijo. Hay más soldados que nunca en Galilea. Con eso de que metieron preso al profeta tienen miedo de que la gente se alborote. Todo está vigilado.

*Jesús* - Pues mira quién viene por ahí... ¡La comadre

Susana!  
*Susana* - ¿Dónde está ese moreno que ya volvió del Jordán? ¡Ay, muchacho, qué ganas tenía ya de verte! Estábamos aquí tu madre y yo y todos más asustados que conejos con eso que nos contaron del profeta Juan. Dicen que lo sacaron del río arrastrado, como si fuera un animal malo. ¡Ay, moreno!, ¿qué va a pasar ahora en este país?

*Jesús* - Pero está muy nerviosa esta Susana. ¿Qué es eso de estar asustados como conejos? La voz de los profetas no la calla ni Herodes ni nadie. Nosotros todos tenemos que seguir gritando con la voz de Juan.

*Susana* - Te lo dije, comadre María, te lo dije. Mira cómo ha vuelto. Hecho un revolucionario... ¡desafiando al rey Herodes!

*Jesús* - Pero, Susana, tranquilícese. Vamos, ¿por qué no prueba un poco de este vino? Yo creo que lo necesita para ponerse alegre.

*Susana* - ¡Alegre, alegre!... ¿Qué ha pasado por el Jordán, Jesús? Cuéntanos lo que viste por allá.

*Jesús* - Vi cosas grandes. Hacía tiempo que en Israel no se oían verdades mis verdaderas. Hacía tiempo que la gente no miraba al cielo con tanta esperanza.

*Susana* - ¿Y qué es lo que va a venir del cielo que tengamos que mirar para arriba? A la tierra es a donde hay que mirar, moreno. Y en la tierra manda Herodes y manda Pilato y todos esos abusadores. A ese profeta Juan lo van a matar y si tú sigues metido con esos buscapietos también te matarán a ti.

*María* - Bueno, Susana, deja eso ahora. Hoy es un día alegre, hay que estar contentos, no vengas tú a aguarnos ahora la fiesta con lo de...

*Susana* - Mira, María, no te me pases al otro bando, que tú eras la primera que tenías el corazón en la boca cuando trajeron la noticia de lo de Juan. Y no es para menos, muchacho. ¿Cómo no vamos a preocuparnos? Nos acordábamos de tu padre, José...(1) ¡Cómo lo apalearon, Dios mío! Y todo por defender a aquellos escapados que andaban escondiéndose.

*Jesús* - Mi padre fue un hombre justo que no se echó atrás cuando llegó el momento. Yo estoy orgulloso de él. Y Dios también está orgulloso. ¿Usted sabe lo que sería, Susana, que pudiéramos anunciar a los cuatro vientos de esta Galilea que él y todos los que mueren por la justicia son los que preparan El Reino de Dios?

*Susana* - ¡Ay, mi hijo, al que se ponga a gritar eso lo matan también. Tú no grites nada, moreno. Tú, a

lo tuyo. A trabajar y a estar tranquilo, que eso es lo que Dios quiere, la paz y la tranquilidad.

*Jesús* - Diga mejor que eso es lo que algunos quieren, que sigamos durmiendo como Noé dentro de la tienda para dejarnos en cueros.

*Susana* - No hables así, Jesús. Y tú, María, aconséjalo, que este muchacho te va a dar un día un disgusto con ese empacho de política. Hazme caso, moreno, echa fuera esas ideas raras y quédate aquí tranquilo con tu martillo y tus clavos. Aprende eso de tu padre, José, caramba, que buen ejemplo te dio.

*Jesús* - Y dale con mi padre. Pero parece que usted no lo conoció, Susana. ¿Ya no se acuerda cuando Boliche y él fueron a protestar a Naím por lo del precio de la harina, eh? ¿Ya no se acuerda? ¿Y quién se levantó en la sinagoga cuando el zorro de Ananías quería correr los postes de la finca y quedarse con las tierritas de Baltasar?

*Susana* - Pero eso pasó hace mucho tiempo...

*Jesús* - Mucho tiempo, pero a la gente no se le ha olvidado.

*Susana* - Si yo no digo que se le haya olvidado...

*María* - Bueno, bueno, dejen las discusiones para mañana, que ya por hoy tenemos bastante. Ustedes siempre andan como perro y gato. Ea, ¿dónde está la jarra?

*Jesús* - Eso mismo. Vamos, Susana, otro poco de vino a ver si se anima y se le pasan esos miedos de una vez.

*Susana* - ¿Y qué, María? ¿Este fue el vino que trajiste de Caná?

*María* - Este mismo. Allá lo venden barato y es muy bueno.

*Jesús* - Si le gusta, puedo conseguir algunos litros cuando pase por allá.

*María* - ¿Vas a viajar a Caná, Jesús?

*Jesús* - Sí, dentro de un par de días quiero acercarme a Cafarnaum. Pasaré por Caná.

*María* - Pero aquí tienes trabajo pendiente. Tengo tres encargos para ti. ¿Sabes que volvió el romano y quiere que le hagas más herraduras?

*Jesús* - ¡No me digas que le parecieron bien! Bueno, pues ya tendremos otro denario para lentejas y aceite.

*María* - Tienes que hacérselas pronto.

*Jesús* - Sí, ya se las haré. Pero es que he conocido por el Jordán a unos de Cafarnaum. Son pescadores del lago y nos hicimos muy amigos. Y quería volver a verlos.

*Susana* - Estoy segura que quieren meterte en sus

conspiraciones. ¿No será uno de ellos ese Simón, al que le dicen Pedro?

*Jesús* - Sí, es uno de ellos. ¿Usted lo conoce, Susana?

*Susana* - ¡Qué si lo conozco! Es el hijo del viejo Jonás. Yo hasta soy medio pariente de su madre, que en paz descanse. ¡Ay, moreno, ése desde niño era más peleón que un gallo en celo!

*Jesús* - Es un gran tipo ese Pedro. Y también su hermano.

*Susana* - Andresito el flaco, le decían.

*Jesús* - Sí, Andrés. Y otros más que conocí por allá.

*María* - ¿Y había mucha gente por el Jordán, Jesús? Cuéntanos.

*Jesús* - Mamá, aquello parecía un hormiguero. Mucha gente, mucha. El río estaba lleno de gente y, lo mejor de todo, es que eran hombres y mujeres con esperanza, con ganas de que las cosas cambien en nuestra tierra. Y yo también creo que podemos cambiar las cosas en este país. ¡Tenemos que hacerlo!

*María* - Me alegra verte tan contento, Jesús. ¿Verdad, Susana, que tiene muy buena cara?

*Susana* - Yo lo que veo es que este hijo tuyo ha vuelto con la cabeza muy caliente y...

*Jesús* - Vamos, Susana, déjese de eso y siéntese por ahí que con este viaje tengo historias para un buen rato.

*Susana* - Espérate, moreno, voy corriendo a avisarle a Simeón y a la vieja Sara y también a Neftalí y a los muchachos.

*Jesús* - Sí, dígales a todos que vengan, que tengo muchas cosas que contarles.

Y todos los vecinos se reunieron en la casa de María para escuchar las noticias del profeta Juan. Como unos treinta años había pasado Jesús en el caserío de Nazaret viviendo con aquellos paisanos suyos, trabajando la madera, el hierro, la tierra o lo que se presentara, como uno más, como uno de tantos. Ahora, para él habla llegado el momento de ir a abrir los surcos del Reino de Dios allá en Cafarnaum, junto al lago de Galilea. Aquella mañana de primavera todo parecía nuevo. Las espigas prometían pan y los árboles, frutos. Una gran esperanza estaba llegando para Israel.

---

1. Con apenas una frase, el evangelio caracteriza a **José**: un hombre justo (Mateo 1, 19). Partiendo de lo que significa ser justo en la Biblia (recto, honesto, sincero), se puede reconstruir su personalidad. José tuvo que tener una decisiva influencia sobre Jesús. No hay

*ningún fundamento -histórico ni teológico- para las imágenes que presentan al esposo de María como un hombre anciano, callado, sin vitalidad.*

### 13- EN EL BARRIO DE LOS PESCADORES

El gran lago de Galilea estaba bordeado de llanuras y colinas sembradas de frutales y de trigo, de viñedos y de huertas.(1) En sus orillas se apiñaban muchos pueblos de pescadores. Tiberíades, la ciudad maldita, donde el rey Herodes tenía su palacio. Magdala, famosa por sus mujeres. Betsaida, que quiere decir "la casa de los pescados", donde habíamos nacido todos nosotros. Y la más bulliciosa, Cafarnaum, "la ciudad del consuelo", donde ahora vivíamos y trabajábamos a las órdenes de mi padre, Zebedeo.(2)

*Zebedeo* - ¡Por hoy ya está bien, caramba! ¡Y muy requetebién! Santiago, dile a tu madre que separe los dorados más grandes para la sopa. Hace tiempo que no teníamos una pesca tan buena. ¡Y por las tripas de la ballena del profeta Jonás, que esto hay que celebrarlo!

*Santiago* - Me dejarás probar esa sopa, ¿no, viejo?

*Zebedeo* - Sí, hombre, ven con tu mujer. Y le dices a ese granuja de Pedro que se aparezca también. ¡Si entre todos lo pescamos, entre todos lo comemos, sí señor!

Mi padre, el viejo Zebedeo, aprendió a remar antes que a caminar. Toda su vida la había pasado pescando en el lago de Galilea. Se conocía aquellas aguas mejor que la palma de su mano. A veces, pienso que mi viejo tenía escamas en la piel y espinas en vez de huesos. Con Jonás, el padre de Andrés y Pedro, y otros dos pescadores, habían formado como una cooperativa. Zebedeo era el jefe. Teníamos en común las barcas y las redes. Todos trabajábamos juntos y, al final de cada jornada, nos repartíamos las ganancias, que no eran muchas.

*Zebedeo* - ¡Ya llegará el día, y estos ojos lo verán, en que haya sopa de pescado para todos y trabajo para todos y justicia para los pobres! ¡Ea, vamos para casa, Juan, que ya tengo más hambre que Adán junto al arbolito!

Cuando El sol se escondía detrás del monte Carmelo, el lago se quedaba en silencio. Las gaviotas que durante todo el día revoloteaban sobre el agua, volvían a sus nidos. Las barcazas se apretujaban con sus velas ya dobladas en el embarcadero de Cafarnaum, esperando la nueva mañana de faena. Y en todas las casas de los pescadores, amontonadas junto a la orilla, empezaban a encenderse los fogones.

*Zebedeo* - ¿Cómo va esa sopa, mujer?

*Salomé* - ¡Ya no tarda mucho, viejo, no seas impaciente!  
*Zebedeo* - ¡No te olvides de echarle algún erizo! ¡Eso le da buen sabor!  
*Salomé* - Déjame tranquila. Yo no me meto en tus barcos, no te metas tú en mis cacharros.

Mi madre Salomé era una mujer bajita y flaca. Fuerte como la raíz de un árbol y tostada por el sol. Ya estaba vieja, pero aún no tenía una sola cana. Esa era su única vanidad. Le gustaba el trabajo de la casa tanto como el irse a chismear con las vecinas. Sabía hacerlo todo muy de prisa para poder estar en todas partes. Me recordó siempre a esos peces voladores que a veces brincan en el lago: rápidos como una centella. Y astutos. Nunca lográbamos atraparlos.

*Zebedeo* - Oye, Andrés, y tu hermano Pedro, ¿qué? ¿No va a venir hoy por aquí?  
*Andrés* - Vendrá más tarde. Ése no se pierde un guiso de Salomé así como así. Lo que pasa es que la suegra sigue enferma y Rufina fue a buscar unas hierbas donde Jairo. Y Pedro se quedó con los muchachos. Ya vendrá.

Mientras mi madre cocinaba, el olor a pescado iba llenando la casa. Andrés, Santiago y yo jugábamos a los dados.

*Santiago* - ¡Y van cinco! Te toca, Andrés.  
*Andrés* - ¡Cuatro y dos!  
*Santiago* - Tú, Juan...  
*Juan* - Sigo en siete.  
*Santiago* - ¡Gano yo otra vez! Vamos, Juan, paga, que me debes dos vueltas. Y tú también, Andrés.  
*Andrés* - ¡Caray con este suertudo! No me queda nada, ni un céntimo. Estoy pelado.  
*Juan* - Santiago, yo creo que tú has hecho trampas.  
*Santiago* - ¿Tramposo yo? ¡Vete al infierno, yo he jugado limpio!  
*Juan* - Pelirrojo, tú has hecho trampas.  
*Andrés* - Déjalo, Juan. Siempre las hace.  
*Santiago* - Pero, ¿qué dices tú, flaco? Yo he jugado limpio, ¿me oyes?  
*Zebedeo* - Vamos, muchachos, no gasten los puños peleando entre ustedes, guárdenlos para los romanos. Por cierto, ya hace mucho que nadie del movimiento viene por acá. Algo raro pasa. Demasiada tranquilidad.  
*Juan* - Desde que agarraron a Juan el bautizador, la gente tiene miedo. Nadie saca las uñas.  
*Andrés* - Los zelotes estarán esperando a ver qué le hacen.  
*Santiago* - ¡A ver qué le hacen, a ver qué le hacen! ¡A ver

lo que hacemos nosotros! Si esto sigue así y nadie se mueve, nos vamos a mover nosotros sin esperar órdenes, qué demonios. No vamos a quedarnos mirando las musarañas.

*Zebedeo* - ¿Y qué podrían hacer ustedes, muchachos?

*Juan* - Nada, ahora hay romanos por todos los rincones. Galilea entera está tomada. Y en el cuartel hay más soldados que nunca.

*Santiago* - Pues mejor entonces. Sí hay tantos pájaros sueltos, alguno caerá en la red. ¿Por qué no aprovechamos y les damos un buen susto?

*Andrés* - Pedro también hablaba de eso el otro día. Pero...

*Santiago* - Pero, qué, flaco, tú siempre estás poniendo peros.

*Andrés* - Santiago, ahora es el tiempo de mejor pesca en el lago. Si hacemos algo tendríamos que escondernos después. ¿O ya no te acuerdas de cómo fue cuando el lío de Pascua? Y entonces, ¿el trabajo?

*Juan* - El flaco tiene razón. Nosotros, los muertos de hambre, siempre tenemos que pensar en la tripa antes que en nada.

Jesús llegó a Cafarnaum cuando ya la noche se había cerrado sobre el lago. Atravesó el barrio de los artesanos y caminó hacia el embarcadero. De todas las casas salía un olor penetrante a comida recién hecha que se mezclaba en las calles con la peste a pescado podrido. Aquella era la hora más viva y ruidosa de Cafarnaum. Después de preguntar aquí y allá, encontró nuestra casa.

*Jesús* - ¿Se puede pasar?

*Zebedeo* - Adelante, amigo. ¿Quién eres?

*Juan* - ¡Jesús! Pero, ¿qué haces tú por aquí?

*Jesús* - Ya ves, vengo a hacerles una visita.

*Santiago* - ¡El moreno de Nazaret por Cafarnaum!

*Jesús* - Santiago, qué alegría verte... ¡Andrés, flaco!

*Zebedeo* - Bueno, ya veo que se conocen ustedes mucho.

*Juan* - ¡Oye, que desde aquella mañana que te fuiste al desierto, no habíamos vuelto a saber de ti! ¡Pensábamos que ya te habían comido los escorpiones!

*Santiago* - ¿Cuándo supiste lo de Juan? ¡Tenemos que hacer algo, Jesús!

*Andrés* - Ahora mismo estábamos hablando de eso y...

*Zebedeo* - ¡Maldita sea! Pero, ¿quién es este hombre? Viene un tipo, se cuela en mi casa y yo aquí como un pasmarote.

*Santiago* - No te pongas así, viejo, es un amigo que conocimos por el Jordán.



*Andrés* - Es de Nazaret. Se llama Jesús.  
*Zebedeo* - ¿De Nazaret? Bah... Basura de pueblo. ¿Y qué, un campesino que quiere conocer el mar?  
*Jesús* - Sus hijos me dijeron que viniera por aquí. Dicen que en Cafarnaum hay mucho trabajo. Por Nazaret las cosas andan difíciles.  
*Juan* - Jesús, este es Zebedeo, nuestro padre. Cuéntale los pelos que tiene en la barba y sabrás todos los líos en que ha estado metido. Ahí lo tienes: un viejo revolucionario con cicatrices y todo.  
*Salomé* - ¡Y aquí está la madre de este par de sinvergüenzas!  
*Santiago* - Esta es Salomé, nuestra madre.  
*Salomé* - Sé bienvenido, muchacho. Llegas a tiempo de tomar con nosotros una buena sopa de pescado. Estarás cansado, ¿no? Ven, ven, siéntate.

Al poco rato, llegó Pedro, alborotando más que todos juntos. Estaba Feliz de volver a ver a Jesús. Con él vino Rufina, su mujer, y Simoncito, uno de sus cuatro hijos. Querían saludar al que había llegado de Nazaret. Mi madre tuvo que echarle más agua a la sopa para que nos alcanzara a todos.

*Juan* - ¿Te acuerdas de aquella tarde que estuvimos el flaco y yo conversando contigo? ¡Oye, Jesús, cuéntales el chiste de la pulga, es muy bueno!  
*Santiago* - Déjate ahora de chistes, Juan. Pareces bobo. ¿No estábamos hablando de hacer algo? Pues, vamos a discutirlo con Jesús.  
*Pedro* - Yo digo lo mismo que Santiago. ¡Y que viva el movimiento!  
*Rufina* - Pedro, te lo pido por el Dios Altísimo, ¡no te metas más en ningún guirigay! Mi madre se está muriendo. No me echés otra pena encima. ¡Qué hombre más loco éste, Dios santo!  
*Pedro* - Bueno, Rufi, tampoco es para tanto...  
*Santiago* - Y qué, Jesús, ¿qué hay por Nazaret? Judas, el de Kariot estuvo por allí hace poco y nos contó que...  
*Simoncito* - Oye, ¿tú sabes que yo voy a tener una hermanita?  
*Santiago* - Parece que por el valle todo está muy vigilado.  
*Jesús* - Sí, es por lo de Juan. En Cafarnaum vi muchos soldados.  
*Simoncito* - Oye, ¿tú sabes que yo voy a tener una hermanita?  
*Santiago* - Ay, cállese ya, mocoso, que no hace más que estorbar. ¿No ve que estamos hablando los mayores?  
*Rufina* - Simoncito, hijo, ven acá, no molestes.

*Simoncito* - ¡Es que yo voy a tener una hermanita!  
*Jesús* - ¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú que va a ser una hermanita y no un hermanito, eh? ¿Cómo lo has adivinado?  
*Simoncito* - ¡Es que yo lo adivino todo!  
*Rufina* - Cállese ya, muchacho, y venga acá.  
*Jesús* - ¿Anjá? ¿Con que lo adivinas todo, eh? Pues oye, adivíname esto: ¿cuál es el único pez que usa collares?  
*Simoncito* - El único pez...  
*Juan* - Eso, ¡un chiste!  
*Zebedeo* - Calla, Juan... Pero, ¿qué has dicho tú? ¿Cuándo se ha visto un pez que use collares?  
*Jesús* - Sí, señor, hay uno que los usa, y también se pone pañuelos y...  
*Pedro* - Pero, ¿qué pez tan raro es ése, Jesús? ¿Cuál es? Dilo.  
*Jesús* - ¡El pez-cuezo, caramba, el pes-cuezo! A ver este otro: "todos lo compran para comer y nadie se lo come".  
*Andrés* - ... para comer y nadie se lo come...  
*Jesús* - ¡El plato!  
*Todos* - ¡Es verdad!  
*Juan* - ¡Esto se está poniendo bueno!  
*Zebedeo* - ¡Cállense, y dejen oír, el que viene lo saco yo! Vamos, di otro.  
*Jesús* - Oye bien: "un matrimonio muy unido, cuando sale la mujer, se queda el marido".  
*Salomé* - ¡Esos seremos tú y yo, Zebedeo!  
*Zebedeo* - Cierra el pico, tonta... deja pensar... ¿Cómo dijiste?... un matrimonio unido... sale la mujer y se queda el marido... uff, me rindo.  
*Jesús* - ¡La llave, hombre, la llave y el candado!  
*Todos* - ¡Otro, otro!  
*Simoncito* - Oye, ¿tú sabes muchas adivinanzas?  
*Juan* - Este moreno empalma una historia con otra. ¡Ea, Jesús, cuéntales una larga, aquella de los camellos, ¿te acuerdas? ¡Psst! cállense para oír.  
*Jesús* - Pues, miren ustedes... Resulta que un hombre tenía tres camellos. Y uno de los camellos se fue al pozo a beber. Y cuando llegó al pozo...

Jesús empezó a contarnos historias.(3) Una detrás de otra. La sopa se había acabado y todos teníamos sueño, pero lo seguíamos escuchando. ¡Qué buena lengua tenía para decir las cosas! Lo entendían todos, desde la abuela Rufa hasta el mocoso Mingo. Después, cuando empezó a hablar del Reino de Dios siguió haciendo lo mismo, contando historias y parábolas. Lo entendieron en Cafarnaum y en Jerusalén. Ahora sus palabras corren de boca en boca y nosotros las proclamamos en las calles y en las plazas, seguros de que

lo que comenzó en un barrio de pescadores es buena noticia para todos los hombres en cualquier rincón de la tierra.

Mateo 4,13

---

1. Por su gran extensión, el **lago de Galilea** es llamado "mar" de Galilea. En los evangelios se le llama también lago de Tiberíades o de Genesaret, haciendo referencia a dos de las ciudades que se encontraban en sus orillas. En el Antiguo Testamento se le llama mar o lago de "Kinneret" -de "kinnor" que, en hebreo, significa arpa-. La leyenda dice que el lago tiene esta forma y que la suave voz de sus olas recuerda el sonido de las cuerdas del arpa. De norte a sur, el lago mide 21 kilómetros. Su mayor anchura es de 13 kilómetros. Está situado, como el Mar Muerto, bajo el nivel del mar, a 212 metros, y llega a tener una profundidad de 48 metros. Sus aguas son dulces y ricas en varias clases de peces. Se conocen hasta 24 especies distintas.

2. Junto al lago de Galilea había varias ciudades. En tiempos de Jesús, una de las más importantes era **Cafarnaum** ("ciudad del consuelo" o "ciudad de Nahum"), nunca mencionada en el Antiguo Testamento. La ciudad tenía un puesto de aduanas, pues era fronteriza entre la Galilea que gobernaba Herodes y la zona de Iturea y Traconítide, que correspondía a su hermano Filipo. Estaba, además, junto a la gran calzada romana que unía Galilea con Siria, la llamada "via maris". Por su importancia estratégica había también en la ciudad una guarnición romana con un centurión a su mando. En Cafarnaum se desarrollaron gran cantidad de episodios de la vida y predicación de Jesús en Galilea. Allí vivió al dejar Nazaret y Mateo la llamó "la ciudad de Jesús" (Mateo 9, 1).

En tiempos evangélicos, Cafarnaum era una ciudad de unos tres kilómetros de extensión y pocos miles de habitantes. Además de la pesca, la población se dedicaba a la agricultura: aceitunas, trigo y otros granos. Las casas estaban construidas en piedra negra de basalto con techos de lodo y paja, que hicieran más soportable el calor, muy fuerte en verano, por la gran depresión que forma el mar de Galilea. Unos cuatro siglos después de Jesús, Cafarnaum quedó destruida, y no fue hasta finales del siglo XIX cuando se hallaron sus ruinas. Éstas -cimientos de algunas casas, trazados de barrios y calles de la antigua ciudad- son uno de los mayores tesoros arqueológicos de Israel.

En el Cafarnaum actual se conservan restos de una gran sinagoga edificada sobre la de tiempos de Jesús, y muchos objetos de la época: lámparas de aceite, prensas de aceite, piedras de molino. De todos los recuerdos, el más importante es, sin duda, el basamento o cimiento de la casa de Pedro, cercana al embarcadero. Las inscripciones encontradas demuestran que los primeros cristianos se reunían allí desde el siglo I a celebrar la eucaristía.

3. En todas las culturas campesinas predomina la tradición oral. La gente se reúne para escuchar a uno de sus paisanos una **historia** mil veces repetida y adornada. El padre transmite a sus hijos el saber acumulado durante generaciones valiéndose de cuentos o acertijos. El abuelo o abuela, expertos relatores de historias antiguas, las cuentan a los más jóvenes. Jesús, un campesino, fue heredero de esta cultura. Por otra parte, el Oriente ha sido siempre cuna fértil de historias con moralejas, fábulas, leyendas, parábolas. Los evangelios muestran que a todo esto Jesús uniría una maestría personal como conversador y narrador. De su mundo familiar y campesino nacieron todas sus parábolas. Se explicaba con imágenes mucho mejor que con ideas abstractas y es un error creer que lo hacía por "adaptarse" a oyentes poco inteligentes para que lo entendieran mejor.

## 14- LOS CINCO PRIMEROS

Cuando los gallos de Cafarnaum todavía dormían, nos levantábamos los pescadores.(1) Uno a uno, con los ojos pegados de sueño, íbamos saliendo de nuestras casas. Descolgábamos las redes y nos reuníamos en el pequeño muelle de la ciudad, donde anclaban nuestras barcas de pesca y donde cada día los más viejos del grupo nos distribuían el trabajo.

*Zebedeo* - ¡Buen madrugón, muchachos! ¡Y qué frío que hace! Vamos, vamos, espabilense, que hay viento de las montañas y la pesca será buena. Jonás, camarada, vete allá con tu gente. Mellizo, tú y yo nos alejaremos hasta aquel recodo. ¡Eh, ustedes, a las barcas! ¡Ánimo, muchachos, que hoy será un día de suerte!

Los remos se hundían en las aguas tranquilas del lago y el viento norte se ocupaba de hinchar las velas de nuestras barcas. Allí, en lo profundo, lanzaban la red grande para capturar los mejores peces. Otro grupo nos quedábamos en la orilla, con canastos y cordeleras, para atrapar los peces chicos, los dorados y las agujetas.

*Jonás* - ¡Esa red! ¡Estírala, animal! ¡Entra más, Pedro, no te desvíes! ¡Hacia allá, hacia allá!... ¡Tenemos un banco de dorados a la izquierda! ¡Ánimo, muchachos!

Desde hacía una semana, Jesús estaba con nosotros en Cafarnaum. Por el día buscaba trabajo en el pueblo y por la noche nos juntábamos en mi casa para beber vino y contar historias. Era un buen amigo este Jesús. Pronto le tomamos confianza, como si fuera uno más de la familia. Aquella mañana, cuando se despertó, ya nosotros llevábamos un buen rato batallando con las olas del lago. Jesús atravesó el barrio de los pescadores, dejó atrás las palmeras que rodeaban el embarcadero y echó a andar por la orilla.

*Jonás* - ¡Andrés, ven a darle una mano a Pedro! ¡Y tú también, cara de sapo! ¡Vamos, muchachos, todos juntos! Uno, dos, tres... ¡Yaaa!

*Marineros* - ¡Yaaa!

*Jonás* - ¡Otra vez!

*Marineros* - ¡Yaaa!

*Jonás* - ¡Arriba esos marineroos!

*Marineros* - ¡Yaaa!

*Jonás* - ¡Arriba los bravos de Tiberíades!

*Marineros* - ¡Yaaa!

*Jonás* - ¡Ololay los forzudos de Betsaida!  
*Marineros* - ¡Yaaa!  
*Jonás* - ¡Ololay los machos de Cafarnaum!  
*Marineros* - ¡Yaaa!  
*Jonás* - ¡Ya, ya, ya, ya!  
*Marineros* - ¡Ya, ya, ya, ya!  
*Pedro* - ¡Maldita sea con esta red, tiene los nudos podridos! ¡Uff!  
*Andrés* - Oye, tú, Pedro, ¿ése que viene por la orilla es Jesús, verdad? Allá, fíjate...  
*Pedro* - Ah, sí, ése mismito es. ¡Al fin asoma las orejas el moreno de Nazaret! Por lo que se ve, a estos campesinos del interior no les gusta madrugar mucho. ¡Eh, tú, el de Nazaret! ¡Espérate ahí, que ya salimos del agua!  
*Jonás* - Pedro, ¿a dónde vas? ¡Andrés, zoquete, no sueltes ahora la cuerda!  
*Andrés* - ¡La red viene vacía, ni dorados ni babosos!  
*Pedro* - ¡Tenemos un huésped, vamos a atenderlo!  
*Jonás* - ¡Al diablo con ustedes y con el huésped! Desde que ese tipo llegó no hacen más que darle a la lengua, ¡charlatanes!

Jesús, aún bostezando, se acercó al embarcadero en busca de Andrés y Pedro..

*Jesús* - Pues sí, oye, dormí como un tronco. Voy ahora mismo donde la comadre de Rufina que tiene la casa medio derrumbada. Si le levanto el muro y le pego el techo, me gano un par de denarios.  
*Pedro* - Deja eso para luego. Para trabajar siempre hay tiempo. Mira, vamos a aquel recodo, buscamos a los hijos del Zebedeo y nos asamos unos buenos dorados en el muelle, ¿qué te parece? ¿De acuerdo?  
*Jesús* - Espérate, Pedro, ustedes ahora están trabajando y...  
*Pedro* - Bah, no te preocupes por eso, Jesús. Ya estoy hasta las narices de lanzar la red en esta ensenada.  
*Andrés* - Ese es Jonás, nuestro padre, que tiene la cabeza más dura que una piedra de molino.  
*Pedro* - "¡Un banco de dorados, un banco de dorados!"... Y luego, te cansas de tirar la red y no sacas ni un cangrejo.  
*Jesús* - Eso de tirar la red debe ser difícil, ¿no? En estos días me estaba fijando cómo lo hacen ustedes.  
*Andrés* - Qué va, no creas. Todo es cuestión de acostumbrarse y de trabajar en grupo. Mientras uno estira las boyas, el otro jala los nudos, el

otro con los canastos... y así. Ya irás aprendiendo.

*Pedro* - ¡Flaco, a éste le tendremos que enseñar primero a nadar, que los campesinos no saben ni eso!

*Jesús* - Tienes razón, Pedro, ¡el agua y yo no nos llevamos muy bien que digamos!

*Andrés* - Bueno, Jesús, ¿y... y te piensas quedar muchos días más por Cafarnaum?

*Jesús* - Oye, pues... no sé... depende.

*Pedro* - ¿Depende de qué?

*Jesús* - Depende de ustedes.

*Pedro* - Por nuestra parte no hay problema, ¿verdad, Andrés? En casa de los Zebedeos o en mi casa te puedes quedar el tiempo que quieras. No te faltará ni un pan ni un rincón para dormir.

*Andrés* - Y como has visto, trabajo siempre aparece. Que si un muro aquí, que si unas tablas allá...

*Jesús* - No, si no es por eso. No estoy pensando en eso ahora.

*Pedro* - ¿Y qué pasa entonces?

*Jesús* - Nada, que... Verás, cuando estuve en el desierto, después que nos despedimos allá en el Jordán, ¿se acuerdan?, le di muchas vueltas a la cabeza.

*Pedro* - ¿Y qué? ¿Te mareaste con tantas vueltas, no?

*Jesús* - Escucha, Pedro. EL profeta Juan sigue preso. Ya no hay nadie que reclame justicia. Y mientras tanto, nosotros, ¿qué? ¿Qué hacemos nosotros, eh? Hablamos mucho, sí, pero con los brazos cruzados.

*Pedro* - Eso mismo estaba diciendo yo ayer: mucho cuento, mucho bautismo y mucha palabrería. Pero, a la hora de la verdad todos dejamos solo al profeta. A ver, ¿qué está pensando el movimiento? ¿Por qué los zelotes no planean un rescate?

*Andrés* - La cárcel de Maqueronte está muy aislada entre montañas. Asaltar aquello sería muy difícil.

*Pedro* - ¡Qué difícil ni difícil! Lo que no podemos permitir es que la voz de Juan se la lleve el viento. Ya es hora de actuar por nuestra cuenta, ¡qué caray!

*Andrés* - ¿Y qué has pensado tú, Jesús? ¿Tienes algún plan?

*Jesús* - Nada especial, Andrés, pero... No sé, viéndolos a ustedes echar las redes, se me ocurrió que... (2) Oigan, ¿por qué no hacemos lo mismo que hacen ustedes para pescar? Tiran la red juntos, la recogen juntos. ¿Por qué no comenzamos a hacer algo, pero unidos?

*Pedro* - Eso digo yo. Hablar menos y hacer más. Para partirle la cabeza a los romanos no hacen falta palabras sino pedradas. Me gusta esa idea, Jesús:

trabajar por nuestra cuenta sin esperar órdenes del movimiento. ¡Nosotros ponemos las leyes!

*Jesús* - Deja las pedradas y las leyes, Pedro. Lo importante ahora es unirnos. Formar un grupo o algo así.

*Pedro* - Te digo que me gusta la idea, sí señor. A donde va uno, vamos todos. Y el peligro lo corremos juntos y la victoria la celebraremos juntos. Eso está bien planeado: formar un grupo y atacar por sorpresa.

*Andrés* - Espérate, Pedro. Esto no está claro. Un grupo... ¿para hacer qué, Jesús?

*Jesús* - Bueno, Andrés, para... para continuar el trabajo del profeta Juan, para hablar a la gente y decirle: Ahora sí, ahora le llegó el turno a Dios. Dios va a echar las redes por estos mares y hay que estar alerta. Porque a Dios no le gusta cómo van las cosas. Llegó El tiempo en que el pez grande ya no se comerá al pez chico.

*Pedro* - ¡Bien dicho! ¿Cuándo comenzamos?

*Andrés* - Con calma, Pedro. Eso que dice Jesús está bien, pero... pero hay que ir con cuidado. Aquí huelen cualquier conspiración desde lejos. Si organizamos algo tenemos que medir bien los pasos.

*Jesús* - ¿Tienes miedo, Andrés?

*Andrés* - Miedo no, Jesús. Pero tampoco quiero que me cacen como un ratón.

*Jesús* - Y tú, Pedro, ¿tienes miedo?

*Pedro* - ¿Miedo yo? ¡Tú no me conoces todavía a mí, moreno! ¿Miedo? ¡Yo no conozco a ese señor!

*Jesús* - Pues yo sí. En el desierto comprendí que lo que yo tenía era miedo. Miedo a arriesgar el pellejo, ¿comprenden? Pero Dios nos irá dando la fuerza necesaria para echar pa'lante, ¿no les parece?

*Pedro* - Claro que sí, hombre. De los cobardes no se ha escrito nada. Epa, vamos a hablar con Santiago y con Juan, ¡A ver qué dicen esos bandidos!

Pedro, Andrés y Jesús echaron a andar por la orilla del lago hasta el recodo donde estaban las barcas de Zebedeo. Mi hermano Santiago y yo estábamos con nuestro padre remendando unas redes viejas.

*Pedro* - Allá están. Aquel que está medio en cueros es Santiago.

*Jesús* - ¡Eh, tú, Santiago, ven, corre, pelirrojo, queremos hablar contigo!

*Pedro* - ¿No está por ahí ese trueno de Juan?

*Jesús* - ¡Ven, Juan! ¡Deja las redes y ven un momento!

*Juan* - ¡Allá vamos, espérense!



*Zebedeo* - ¡Eh, eh, muchachos, no se vayan! Todavía no es la hora de la sopa! ¡Maldición con esta juventud! ¡Les juro que hoy se acuestan con la tripa vacía, par de vagos!

Por fin, Andrés, Pedro, Santiago, Jesús y yo nos reunimos. Sobraban cosas para hablar...

*Santiago* - Compañeros, hoy sería un buen día para enseñarle a nuestro amigo la ciudad. Desde que llegó no hace más que pegar ladrillos y clavar clavos. No, señor, hoy vamos a divertirnos. Mira, Jesús, Cafarnaum tiene fama de ciudad alegre. Y es verdad. Aquí nunca falta un baile ni una jarra de vino... ni buenas mujeres tampoco. Ahora en el barrio se nos ha colado una tal María, de Magdala es que viene ésa... ¡ajajay!

*Andrés* - Oye, pelirrojo, deja ahora eso y vamos a hablar de cosas serias. Jesús tiene un plan. Estuvimos hablando de formar un grupo sin contar con el movimiento.

Los cinco fuimos caminando hacia el muelle, discutiendo sobre el grupo y lo que íbamos a hacer. Allá, en el embarcadero, juntamos leña, hicimos fuego y pusimos sobre las brasas unos cuantos dorados.

*Santiago* - Yo digo que lo que necesitamos son armas.

*Jesús* - ¿Armas para qué, Santiago?

*Santiago* - ¿Cómo que para qué? Para matar romanos. ¿Tú no acabas de decir que el pez grande se come al chico, y que hay que acabar con eso? ¡Pues vamos a liquidar a unos cuantos peces grandes!

*Jesús* - Espera, Santiago. Ustedes mismos me han dicho que un buen pescador no hace mucha bulla porque se espantan los peces. Y eso es lo que hay que hacer ahora: comenzar reuniendo a los peces chicos para que se hagan fuertes y no se dejen comer por los peces grandes, ¿no les parece? Dios también comenzó así cuando le dijo a Moisés que organizara a todos aquellos israelitas desperdigados para que juntos desafiaran al Faraón y escaparan de sus dientes.

*Pedro* - Bien dicho, Jesús. Y yo creo que hay muchos que se unirán a nosotros si sabemos tirar bien las redes.

*Andrés* - Podemos avisarle a Felipe, el vendedor.

*Juan* - Y a Natanael, el de Caná.

*Jesús* - Entonces, ¿qué? ¿Nos decidimos a hacer algo? ¿Tú qué opinas, Santiago?

*Santiago* - Está bien, Jesús. Me uno al grupo. Ya veremos

por dónde empezamos. ¡Mano con mano!  
 Jesús - Y tú, Juan, buscapleitos, ¿estás de acuerdo?  
 Juan - Yo también. Cuenten conmigo.  
 Jesús - ¿Y qué dice el flaco Andrés?  
 Andrés - Lo que dije antes. Que sí. Pero con los ojos bien abiertos. ¡Mano con mano!  
 Jesús - Y tú, Pedro, Pedro-tirapiedras, ¿qué hay contigo?  
 Pedro - ¿Me preguntas a mí, Jesús? ¡Yo no doy un paso atrás ni para impulsarme! Yo digo tres veces sí: ¡sí, sí y sí! ¡Venga esa mano! Y ahora faltas tú, moreno. ¿Qué dices tú? ¿Te enganchas en el grupo, Jesús?  
 Jesús - Sí. Yo también pongo la mano en este arado y ya no vuelvo a mirar hacia atrás. ¡Mano con mano, compañeros!

Y así, en aquel muelle de Cafarnaum, todos en cuclillas junto al fuego y esperando a que se asaran los dorados, comenzamos nuestro grupo. Éramos sólo cinco.

Mateo 4,18-22; Marcos 1,16-20; Lucas 5,1-11.

---

1. La pesca era el principal medio de vida en todas las ciudades o pequeñas aldeas que rodeaban el lago de Tiberíades en Galilea. En los tiempos de Jesús, el oficio de **pescador** era propio de gentes de las clases más bajas, sin apenas cultura, que no cumplían los deberes religiosos y estaban al margen de muchas otras pautas sociales de la "buena educación". Junto con los campesinos y otros estratos sociales pobres, formaban los llamados "amhaares", palabra cuyo significado original fue el de "pueblo de la tierra" o paisanos. Luego empezó a significar "pecadores" y "malditos sin ley".

Los pescadores de las orillas del lago de Galilea eran trabajadores dependientes de un patrón, al que tenían que entregar buena parte de las ganancias, o estaban independizados por grupos familiares formando pequeñas cooperativas con las que intentaban aliviar la gran estrechez económica en la que vivían. Quedan aún restos de pequeños embarcaderos de tiempos de Jesús en distintos puntos del lago. El más conservado es el de Tabgha, a unos 3 kilómetros de Cafarnaum, con escalones de hace dos mil años. El muelle de Cafarnaum está en parte reconstruido.

2. Jesús invitó a su grupo a  **echar las redes**  y habló de un

*Dios pescador. Recogió esta imagen en la parábola de la red barreada, en la que habla del juicio de Dios sobre el mundo, separando los peces buenos de los malos (Mateo 13, 47-50). En aquel tiempo se entendía por "peces malos" los que no tenían escamas ni aletas, del tipo de las anguilas. Se consideraba que no eran buenos para comer.*

## 15- EL VENDEDOR DE BARATIJAS

El tercer día de la semana la plaza de Cafarnaum se llenaba de colores y de gritos. Era día de mercado. La gente de los pueblos vecinos venía a comprar y a vender frutas, telas, tortas de miel...

*Felipe* - ¡Peines y peinetas, sortijas, gargantillas, collares y pastillas! ¡Anillos de novia, aretes de casada, pulseras de viuda! ¡Amuletos contra el mal de ojo y contra todos los enojos! ¡Zapatos, zapatillas, zapatillas, zapatos! ¡Me voy dentro de un rato!

Nuestro amigo Felipe venía siempre al mercado de Cafarnaum cargado de cosas.(1) Llevaba en la cabeza un turbante viejo y deshilachado de rayas amarillas y empujaba un carretón destartado lleno de cachivaches. Con una corneta chillona, Felipe hacía más ruido que nadie en la plaza. Las mujeres de Cafarnaum eran buenas clientas suyas. Aunque engañaba siempre en los precios, se las ingeniaba para traer todas las semanas mil baratijas nuevas. Alrededor de él había siempre una nube de mujeres, regateando y revolviéndolo todo.

*Felipe* - ¡Mírese, mírese, doña, en este espejo! ¡Si está usted más bonita que un pimpollo de tomate! ¡Cinco monedas, cinco monedas nada más! ¡Espejitos, espejos, cambio uno nuevo por dos viejos! María, María, te he traído los coloretos, muchacha. ¡Aquí están! Está bien, está bien, me los pagas la semana que viene! ¡Oiga, oiga, traiga acá eso, no me lo manosee tanto, que esa es mercancía delicada! ¡Yerbas, a las buenas yerbas! ¡Un cocimiento caliente con estas yerbas de Oriente!

*Salomé* - ¡Felipe, muchacho! ¡Felipe!

*Felipe* - ¿Qué hay, doña Salomé? ¿Quiere algún peine, un perfume? Vamos, meta aquí la nariz, huelo éste nuevo que me han traído de Arabia.

*Salomé* - Déjate de perfumes, que ya estoy muy vieja para eso. Mira, cuando quieras puedes ir por casa a tomarte la sopa.

*Felipe* - ¡Caray, no me falla usted nunca, doña Salomé! La verdad es que ya tengo un hambre!

*Salomé* - Claro, rediablitos, con todo lo que gritas, acabas más gastado que una moneda en la mano de un avaro.

*Felipe* - ¡Mire, doña Salomé, a cambio de esa sopa,

llévese estas agujas!

*Salomé* - Pero, Felipe, hombre, si sabes que lo hago de buena gana. No me tienes que dar nada. Cuando necesite algo ya te lo pediré. ¿Y qué? La María ésa, la magdalenita, ha venido a comprarte unos coloretos, ¿no? ¡Vaya perla!

*Felipe* - Bueno, doña Salomé, para mí todos los clientes son iguales, yo tengo que servir a todo el mundo.

*Salomé* - Desde que llegó aquí tiene alborotados a todos los hombres en el barrio. ¡Con esos contoneos! ¡Con esos olores! ¡Que los malos vientos se la lleven!

Semana tras semana, el vendedor Felipe saboreaba las sopas de pescado que hacía mi madre.

*Felipe* - ¡Y buena que está la sopa, doña Salomé! Oiga, ¿y dónde están Juan y Santiago?

*Salomé* - Pues ¿dónde quieres que estén? Sudando y ganándose el pan. Para los pescadores no hay días de mercado. Todos los días son iguales: los barcos, las velas, las redes, y vuelta a empezar la misma canción.

*Felipe* - Así que, ¿ninguna novedad, doña Salomé?

*Salomé* - Bueno, novedad sí hay. Está por aquí uno de Nazaret, que parece que lo conocieron mis hijos por allá por el Jordán. ¿Tú no estuviste también donde Juan el profeta? A lo mejor lo conoces.

*Felipe* - ¿De Nazaret? ¿Será Jesús, un moreno un poco cuentista?

*Salomé* - Ese mismito. Sabe contar unas historias muy divertidas. Estas noches nos ha tenido embobados a todos hasta las tantas. Parece un buen tipo. Está viviendo aquí con nosotros.

*Felipe* - ¿Y por dónde anda ahora ése?

*Salomé* - Debe estar en casa de una comadre de la Rufina, arreglándole el techo.

*Felipe* - Caray, me gustaría saludarlo. Ahora mismo voy allá.

*Salomé* - Pero acaba primero con la sopa, hombre. Tengo también unas aceitunas y un poco de pan. Toma.

*Felipe* - Es verdad, doña Salomé. La tripa primero, los amigos después. Además, tengo que enseñarle a usted unos collares de piedras rojas que le van a gustar. ¡Y los doy muy baratos, ya verá!

Al salir de casa de mi madre, Felipe se topó con Jesús que regresaba de dónde Rufina, todavía con la paleta de albañil...

*Felipe* - ¡Eh, Jesús! ¡Jesús!

*Jesús* - ¡Caramba, si es Felipe!

*Felipe* - Jesús, moreno, qué alegría verte!

*Jesús* - Yo también tenía muchas ganas de saludarte, cabezón. Me dijeron que vendrías hoy por Cafarnaum.

*Felipe* - Hoy es día de mercado. Vine a vender, como siempre.

*Jesús* - ¿Y dónde dejaste el carretón?

*Felipe* - En casa de la Salomé. Ella fue la que me dijo que andabas por aquí. ¡Si aún no he visto a los muchachos del Zebedeo, ni a Andrés, ni a Pedro. Pero, bueno, ¿y eso? ¿Qué haces por aquí?

*Jesús* - Ya lo ves, ahora le estoy techando la casa a esta comadre de la mujer de Pedro y así me gano un par de denarios. Mira cómo estaban de podridas estas tablas. Si se descuidan les caen encima.

*Felipe* - Me dijo la Salomé que venías a quedarte por aquí. ¿Qué? ¿Aburrido de Nazaret? No, no me digas más. Yo te entiendo, Jesús. Aquello es demasiado tranquilo. Yo nunca voy por allá. Nadie compra nada.

*Jesús* - Hay poco dinero, ya sabes.

*Felipe* - ¿Así que te has pasado al bando de los de Cafarnaum? ¡Te felicito, Jesús! Y me alegro. Así nos veremos más a menudo. Yo vengo por aquí todas las semanas.

*Jesús* - Bueno, Felipe, la verdad es que no he venido porque esté aburrido de Nazaret. A mí aquello me gusta. También me gusta esto, pero... vine porque...

*Felipe* - ¡Porque te enamoraste de alguna muchacha de Cafarnaum! No, no me digas más. Yo te entiendo, Jesús. El tiempo pasa, uno se va haciendo viejo y eso de tener una casita, una mujer y unos hijos... Me alegro, hombre. Me alegro de verdad.

*Jesús* - Que no, Felipe, que no es eso. Oye, tú cuando vienes a vender ya llegas con el impulso y no paras de hablar. Espera que te diga.

*Felipe* - Bueno, pues dime entonces.

*Jesús* - Mira, ayer estuvimos hablando los del Zebedeo, Andrés, Pedro y yo. Queremos hacer algo. A Juan el profeta le han callado la voz, pero nosotros tenemos lengua todavía. Podemos seguir hablando a la gente como él lo hacía, podemos seguir anunciando el Reino de Dios., Pero hay que hacerlo todos juntos.

*Felipe* - Oye, ¿qué estás diciendo tú? Eso lo sabía hacer Juan. Con aquellas melenas y aquella voz que atronaba. Pero, nosotros... ¡ustedes se han vuelto locos!

*Jesús* - No, Felipe, no estamos locos. Tenemos que hacer

algo. Y no vamos a esperar a que lo hagan los demás. Vamos a empezar a hacerlo nosotros. Dentro de poco tiempo seremos muchos. Dios está de nuestra parte.

*Felipe* - Bueno, moreno, pues también me alegro de eso. Si has venido a revolucionar, me alegro. Y te deseo suerte.

*Jesús* - Felipe, pero la cosa es que contamos contigo.

*Felipe* - ¿Conmigo?

*Jesús* - Sí, hombre, contigo. ¿Por qué te extrañas tanto?

*Felipe* - Pero si yo no sirvo para eso, Jesús. Yo sólo sé pregonar peines y espejos. Yo sólo sé de mi negocio. Claro que quiero que haya justicia en este país. ¡Y primero que nadie conmigo, que soy un muerto de hambre! Pero si ni yo mismo puedo salir adelante, ¿cómo voy a empujar a los demás?

*Jesús* - Algo haremos, Felipe, ya verás que sí.

*Felipe* - Yo soy un burro en dos patas, Jesús, un ignorante. Juan el bautizador había estudiado las Escrituras santas y sabía lo que tenía que decir. Pero, ¿cómo vamos a hacer nosotros lo mismo que él? Bueno, dejo a los demás. En lo que digan ellos yo no me meto. Pero yo... Yo no sé hablar ni leer. Oí las Escrituras cuando era chiquito en la sinagoga, pero me aburría mucho y no aprendí nada. Yo no sirvo para esas prédicas de la justicia. Tú déjame a mí con mi corneta y mi carretón.

*Jesús* - Pero, Felipe, todos nosotros somos también unos ignorantes, como tú. ¿Quién es Pedro, eh? ¿Quién es Santiago? ¿Y quién soy yo? Pero, mira, me acuerdo de un salmo que dice: "con los más pequeños, con los niños de pecho, Dios hace cosas grandes".

*Felipe* - Pues estás mejor que yo, porque te acuerdas de algo de la Escritura. Bueno, ¿y qué me quieres decir con esas palabras?

*Jesús* - Pues que delante de Dios la gente que más vale son éstos: los que son poca cosa. Como nosotros, como tú. Tú sirves para nuestro grupo por eso mismo.

*Felipe* - Bueno, eso suena bien. ¡Pero a mí déjame con mi negocio! ¡Yo no me meto en ningún lío! Te digo que no sirvo para eso.

*Jesús* - Felipe, ¿y Moisés? ¿No formó Moisés nuestro pueblo con una pandilla de esclavos zarrapastrosos que no tenían ni un trozo de tierra que fuera suyo?

*Felipe* - Bueno, eso sí, eso es cierto. Aunque algo tendrían, digo yo.

*Jesús* - Tenían esperanza y ganas de luchar. Nada más, Felipe. Lo mismo que tenemos nosotros ahora: esperanza y ganas de luchar.

*Felipe* - Bueno, ahí tengo que darte la razón. ¡Pero no me has convencido todavía! ¡Yo tengo la cabeza muy grande y muy dura!

*Jesús* - Felipe, ¿quién fue el rey David? Un pastor de ovejas, un pobretón. ¿Y quién fue Jeremías el profeta? Un niño que no sabía ni hablar. ¿Y el profeta Amós? Un campesino que estaba arando la tierra cuando Dios lo llamó. ¿Y Judit, la heroína? Una viuda a quien le temblaban las manos. Dios escoge a los débiles, a los pobres, para que así a los sabios no se les suban los humos a la cabeza. Escucha, cabezón, queremos que estés en nuestro grupo. Sí, nosotros somos unos ignorantes y unos desarrapados, ¡pero entre todos podemos hacer algo!

*Felipe* - Pero, Jesús, si me meto en eso... ¿y mi negocio, qué? ¿Cómo me voy a ir yo al Jordán a bautizar a la gente en el río? ¿Qué hago con mi carretón, eh?

*Jesús* - Pero si no nos vamos a ir tan lejos, hombre. La gente ya fue al Jordán y se bautizó para prepararle el camino al Liberador de Israel. Ahora tenemos que hacer otra cosa, no sé.

*Felipe* - Yo lo único que sé hacer es ir de pueblo en pueblo pregonando cachivaches. A mí de ahí no me sacas.

*Jesús* - Pues podemos ir de pueblo en pueblo pregonando lo que Dios se trae entre manos. Sí, no es mala idea la tuya.

*Felipe* - Hombre, si es así, entonces si me meto en ese grupo. A lo mejor hasta levanto el negocio. Nos ponemos a anunciar esos planes de Dios y... y yo aprovecho y vendo algunos collares! ¡Ahora sí que me convenciste, moreno!

*Jesús* - Pues mira, voy a dejar este techo un rato y vamos a buscar a los demás para hablar con ellos.

*Felipe* - ¿Tú sabes dónde estarán ahora?

*Jesús* - Deben andar por el embarcadero. Ven, Felipe, sígueme...

Al poco rato, en el embarcadero...

*Pedro* - Entonces, Felipe, ¿te metes en esto?

*Felipe* - Este Jesús me ha llenado la cabeza con palabras bonitas y he picado el anzuelo.

*Juan* - ¡Pues para llenar una cabeza tan grande, tiene que haber hablado mucho!

*Santiago* - Óyeme bien, Felipe, nos estamos metiendo en un



lío muy serio. Vamos a empezar a trabajar por nuestra cuenta, sin contar con los zelotes, ¿comprendes? Aquí hay que ser valiente, ¿me oyes?

*Felipe* - Bueno, Santiago, yo haré lo que pueda. No vengas tú ahora a meterme miedo. Ya le dije a Jesús que... que eso de ir de pueblo en pueblo me gusta. Yo llevo mi corneta y mi carretón y aprovecho para...

*Santiago* - Pero, ¿qué tiene que ver tu corneta con lo que estamos planeando?

*Juan* - Déjalo, Santiago, Felipe es medio tonto.

*Felipe* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que tonto yo? Atrévete a repetir eso, anda.

*Pedro* - Bueno, basta ya, Felipe. ¿Te quieres meter en el grupo o no?

*Felipe* - Ya estoy metido, Pedro. Y de aquí no me salgo. Sí me llegan a dejar fuera, los despanzurro a todos. Arriba, ¡mano con mano!

Felipe, de Betsaida de Galilea, se unió a nuestro grupo. No sabíamos entonces muy bien por dónde empezar ni qué hacer. Éramos sólo seis. Y sólo teníamos esperanza y ganas de luchar.

Juan 1,43-44

---

*1. Pocos datos hay en los evangelios sobre el apóstol **Felipe**. Se le menciona sólo cinco veces. Era de Betsaida, donde también habían nacido los hermanos Andrés y Pedro. Felipe pudo ser un buhonero, un vendedor ambulante, oficio frecuente en la época, clasificado como "despreciable" junto a otros muchos oficios populares que rebajaban socialmente a quienes los ejercían. Una de las razones para considerar despreciable al buhonero era que, por su trabajo, tenía que relacionarse con mujeres, lo que lo hacía sospechoso de inmoralidad. Los que ejercían éste u otros oficios clasificados en listas públicas como despreciables no podían acceder a ningún cargo de responsabilidad comunitaria.*

## 16- DEBAJO DE LA HIGUERA

Por aquellos días, le encargamos a Felipe, el vendedor de baratijas, que hablara con Natanael, el de Caná de Galilea, para que lo animara a entrar en nuestro grupo.(1) Y Felipe, sin que se lo repitieran dos veces, se puso en marcha por el camino de las caravanas que atraviesa el valle de Esdrelón.

Llegó a Caná de Galilea cerca del mediodía. El pueblo olía a vino y a membrillo. Felipe empujó su carretón de baratijas hasta la puerta del pequeño taller de lana donde trabajaba Natanael. Pero el taller estaba vacío. Allá, en el patio, a la sombra de una higuera, estaba tumbado Natanael, durmiendo a pierna suelta. Felipe entró de puntillas y se acercó en silencio a su amigo...

*Felipe* - Natanael... Nata... Psst... despiértate, Nata... ¡Natanael!

*Natanael* - ¡¿Qué pasa?! ¿Quién es?! ¡Demonios, Felipe, eres tú! ¿Qué haces tú aquí? ¿Por dónde has entrado?

*Felipe* - ¿Por dónde voy a entrar? Por la puerta. Te quería dar una sorpresa y te encuentro roncando como un puerco.

*Natanael* - ¡Qué estúpido eres, Felipe! Lo has dañado todo. Lo estropeaste en el mejor momento.

*Felipe* - Pero, Natanael, yo...

*Natanael* - No te lo perdonaré nunca, ¿me oyes?, nunca. Y ahora vete de aquí. ¡Vete y no vuelvas!

*Felipe* - Pero, Nata, ¿qué te pasa? ¿Te van mal los negocios? No te desesperes. ¿Se te ha muerto un pariente? Te acompaño en el sentimiento. ¿Te duele el hígado? Malagueta con sal. ¿Te ha pegado con un palo tu mujer? Pégale tú con un garrote para que aprenda a respetar al marido, qué caramba, uno no puede permitir que...

*Natanael* - ¡Ya, cállate ya, Felipe! ¡Uff, cuando te pones pesado no hay quien te gane!

*Felipe* - ¿Qué estabas soñando, Nata? Cuando te vi dormido bajo esta higuera, me acerqué y tenías la sonrisa de un ángel... como si te hubieran regalado la yegua blanca de Salomón.

*Natanael* - Mejor que eso, Felipe. Era... ¡era algo!

*Felipe* - Vamos, Natanael, desembucha. Cuéntame ese sueño. Soy tu amigo, ¿no?

*Natanael* - Imagínate, Felipe, soñé que me había ganado una fortuna jugando a los dados.

*Felipe* - Eso está bien. Te lo mereces, amigo Nata. Nunca haces trampa cuando pierdes.

*Natanael* - Tenía mucho dinero, un saco lleno de monedas de plata. Voy y le digo a mi mujer: Vieja, nos mudamos a Jerusalén. Se acabó el andar descalzo y el comer cebollas. ¡Somos ricos, ¿comprendes?, somos ricos! Y nos fuimos a Jerusalén. Y allá levanté un taller inmenso. El negocio prosperaba. Montañas de lana, montañas de pieles, escardadoras, ruecas, lanzaderas, una docena de telares, tejidos de cuatro hilos, tapices de colores. ¡Y yo era el dueño de todo, Felipe! ¡Todo era mío! Y el negocio subía como la espuma del vino cuando fermenta. Y el dinero entraba a chorros en mi casa. Y los sábados yo iba al templo del brazo de mi mujer, caminando despacito por las calles, ¿te imaginas? Yo con una túnica de lino blanco, ella con muchos collares y un par de brazaletes de oro. Y a todos les saltaban los ojos de envidia y decían: Allá va Natanael, no hay quien pueda con él!. Y entonces... entonces...

*Felipe* - ¿Entonces, qué?

*Natanael* - Entonces llegaste tú, idiota. Y todo se acabó.

*Felipe* - Pero, Nata, eso es magnífico. Oyéndote se me ha puesto la carne de gallina, mira. ¡Te felicito, amigo, la buena suerte ronda tu casa!

*Natanael* - No, Felipe, era sólo un sueño. Y ya ves, los infelices como nosotros no podemos ni soñar.

*Felipe* - Al revés, Nata. Precisamente de eso vengo a hablarte. Te traigo una buena noticia.

*Natanael* - Pues suéltala pronto a ver si arreglas el daño que has hecho despertándome.

*Felipe* - Nata, ya vino.

*Natanael* - ¿Quién vino?

*Felipe* - ¡Shsss! No grites... Nata: ¡hemos encontrado al hombre!

*Natanael* - Pero, ¿de quién me estás hablando?

*Felipe* - ¿Cómo que de quién? ¡Del tipo que necesitamos para que tu sueño se convierta en realidad. Tendrás no un taller de lana, sino un palacio de mármol más grande que el de Caifás! ¡Serás el comerciante más rico de la capital! Y no sólo tú. Yo también, Nata. ¿Ves este carretón con peines y amuletos? ¡Jajá! Pronto estará lleno de perlas, ¿me oyes?, más collares de perlas que los que tenía la reina de Saba en su pechuga. ¡Vendedor de perlas finas, ¿qué te crees?, unas perlas así de grandes, como este puño!

*Natanael* - Te has vuelto loco, Felipe.

*Felipe* - No, amigo Natanael, te digo que con este hombre la cosa va a cambiar. Es un tipo listo. Yo creo que es el que esperábamos.

*Natanael* - El que esperamos es el Mesías. Pero tú no estarás hablando del Mesías, ¿verdad?

*Felipe* - Mira, Nata, yo no sé si es El Mesías, o si es otro bautizador como Juan, o quién es. Es más, me da lo mismo quién sea. Pero tiene buenas ideas. Se sabe las Escrituras de pe a pa. Se conoce los salmos al dedillo. Te habla igual de Moisés que de los profetas. Te lo digo, Nata, con este tipo progresaremos.

*Natanael* - Pero acaba de una vez, Felipe, ¿de quién me estás hablando?

*Felipe* - No te lo digo. Descúbrelo tú mismo.

*Natanael* - ¿Te estás burlando de mí?

*Felipe* - Que no, Nata, te hablo en serio. Vamos, adivínalo.

*Natanael* - Bueno, pero dime al menos de dónde es. Seguramente de... de Jerusalén.

*Felipe* - No, te equivocaste. De Jerusalén no.

*Natanael* - No es de Jerusalén... pues será... no sé... ¿de Cesarea?

*Felipe* - Frío, frío. Te fuiste muy lejos. Sube más al norte.

*Natanael* - ¿Es de aquí de Galilea?

*Felipe?* - Sí, señor, de Galilea. Pero, ¿de dónde, eh? Adivínalo. Te regalo un peine si lo descubres.

*Natanael* - ¿Y para qué necesito yo un peine, Felipe?

*Felipe* - Anda, anda, adivínalo. ¿De dónde?

*Natanael* - De Tiberíades.

*Felipe* - No.

*Natanael* - De Séforis.

*Felipe* - Tampoco.

*Natanael* - De Betsaida.

*Felipe* - Frío, friísimo. Parece mentira, Natanael, teniéndolo tan cerca y no adivinarlo. Es casi vecino tuyo: ¡Es un nazareno!

*Natanael* - ¿De Nazaret? ¿Del caserío éste de Nazaret?

*Felipe* - Sí, Nata, de allí mismo.

*Natanael* - Vamos, Felipe, ve a tomarle el pelo a otro que yo soy calvo. ¡De Nazaret! ¿Y cuándo se ha visto que de Nazaret pueda salir algo que valga la pena? De ese pueblucho sólo salen chismosos y bandidos.

*Felipe* - Pues te digo que ése es el hombre que necesitamos.

*Natanael* - Pero todavía no me has dicho quién es.

*Felipe* - ¡Jesús! ¿No te acuerdas? Jesús, el hijo de José, el moreno ése que viajó con nosotros al Jordán y que contaba tantos chistes!

*Natanael* - Y ahora éste es el último chiste, ¿no? ¿Ese campesino va a ser nuestro liberador? Pero, ¿en qué cabeza cabe eso, Felipe? Sólo en la tuya, la

más grande y la más hueca de todas.

*Felipe* - Está bien, está bien, di lo que quieras. Pero mañana mismo vienes conmigo.

*Natanael* - ¿Ir contigo? ¿A dónde?

*Felipe* - A Cafarnaum. Allí está el hombre. Estamos formando un grupo, Nata, y tú tienes que meterte en él.

*Natanael* - No, no, no, a mí tú déjame tranquilo, que con el viajecito al Jordán ya me salieron bastantes callos en los pies. De aquí no me muevo.

*Felipe* - Sí, sí, sí, tú vienes mañana conmigo a ver a Jesús.

*Natanael* - No, no, no, te digo que me dejes tranquilo, que tengo mucho trabajo y mi mujer no para de hostigarme.

Felipe, como siempre ocurría, acabó ganando y convenciendo a Natanael. Y al día siguiente, muy temprano, los dos se pusieron en camino hacia Cafarnaum. Natanael iba al lado de Felipe, ayudando a empujar el destartado carretón de chucherías.

*Felipe* - ¡Uff! Bueno, ya hemos llegado. Ya se ven las palmeras de Cafarnaum. Cuando pasemos junto a la mesa de los impuestos, donde está ese asqueroso de Mateo, no te olvides de escupir, Nata.

*Natanael* - Demonios, ¿para qué me habré metido yo en este lío? Siempre me enredas, Felipe.

*Felipe* - Vamos enseguida a casa del Zebedeo. Segurito que allá está el nazareno.

Y así era. Allá estaba Jesús.

*Jesús* - ¡Caramba, Natanael! ¡Tanto tiempo desde que viajamos juntos al Jordán!

*Natanael* - Me alegro de volver a saludarte, Jesús. ¿Cómo te ha ido desde aquella última noche en Betabara cuando nos despedimos?

*Jesús* - A mí bien, oye. ¿Y a ti? ¿Cómo va ese taller de lana?

*Natanael* - Más o menos, ya tú sabes. Uno va empujando la vida igual que este carretón de Felipe.

*Jesús* - Qué bueno que has venido, Natanael. Te necesitamos.

*Natanael* - ¿Cómo?

*Jesús* - Que te necesitamos.

*Natanael* - ¿Qué me necesitan a mí?

*Jesús* - Sí, a ti. ¿Felipe no te dijo nada?

*Natanael* - Bueno, yo... Pero, ¿de qué me estás hablando tú?

*Jesús* - Estamos formando un grupo, Natanael. Y contamos

contigo. Necesitamos gente como tú, que no le importe el dinero ni la comodidad. Gente que esté dispuesta a dejarlo todo por la causa.

*Natanael* - ¿Qué causa?

*Jesús* - La de la justicia. Lo que decía Juan el profeta.

*Natanael* - Bueno, yo... ¿quién te dijo a ti que yo sirvo para eso?

*Jesús* - En los ojos se te ve, Natanael. Eres un israelita de buena marca. Apuesto a que si te ganas una fortuna jugando a los dados se la regalas a los que son más pobres que tú. Y si tuvieras un gran taller de lana en Jerusalén, repartirías la tela para que nadie anduviese desnudo en Israel, ¿no es verdad? Tú no permitirías que tu mujer llevara brazaletes de oro cuando hay tanta miseria en este país.

*Natanael* - Sí, sí, claro... bueno, no sé...

*Jesús* - ¿Tú no sueñas con ser rico, Natanael?

*Natanael* - ¿Yo? No, yo nunca he soñado con eso.

*Felipe* - Vamos, Nata, no disimules, que ya te descubrieron. ¿No te acuerdas cuando estabas debajo de la higuera?

*Natanael* - Cállate, Felipe, que a ti nadie te dio cuchara en esta sopa.

*Felipe* - Está bien, esté bien, Nata, yo me callo, pero...

*Jesús* - Estoy seguro, Natanael, que tú sueñas con ser rico para poder repartirlo todo entre los que viven desamparados. Porque, ¿cómo puede uno ser feliz viendo que los demás sufren y pasan hambre?

*Felipe* - Eso mismo digo yo, Jesús, que esto no puede seguir así. Dios tiene que meter su mano para arreglar esta situación.

*Jesús* - La tenemos que meter nosotros, Felipe. Nosotros somos esa mano de Dios. Bueno, quiero decir, que Dios cuenta con nosotros. ¿Tú no crees, Natanael?

*Natanael* - ¿Que Dios cuenta con nosotros para qué?

*Jesús* - Para que las cosas cambien. Para que tú y todos nosotros, los pobres de este mundo, tengamos un respiro. Para que a nadie le sobre y a nadie le falte. En el Reino de Dios no habrá desigualdades.

*Felipe* - ¿No te lo dije, Nata? ¡Los de arriba pa'bajo y los de abajo pa'riba! Con este tipo progresaremos.

*Jesús* - ¿Quieres unirme a nuestro grupo, Natanael?

*Natanael* - Bueno, déjame pensarlo un poco... Yo, a la verdad, no sé hacer mucho, pero...

*Jesús* - Veremos cosas grandes, Natanael. Dios no nos fallará, estoy seguro.

*Felipe* - Ea, Nata, ánimo. ¿Tú no querías ganarte la rifa? ¡Pues apuesta en este número! ¿No oyes lo que dice? ¡Que no falla!

*Jesús* - Sí, veremos la promesa de Dios cumpliéndose en la tierra. Y el sueño de los pobres se convertirá en realidad.

Con Natanael, el de Caná de Galilea, éramos ya siete en el grupo.

Juan 1,45-51

---

1. De **Natanael**, uno de los discípulos de Jesús, se tienen muy pocos datos. El evangelio de Juan lo menciona sólo dos veces. En las listas de los doce apóstoles se le ha identificado siempre con Bartolomé. Natanael era de Caná, una pequeña aldea a 6 kilómetros de Nazaret. Existía una cierta rivalidad entre los vecinos de uno y otro lugar. La actual Caná es una ciudad pequeña y de población árabe, con una de sus iglesias dedicada al recuerdo del apóstol Natanael.

Natanael pudo ser curtidor de cuero y tejedor. Ambos oficios estaban considerados en las listas oficiales como despreciables. Para los que se consideraban puros y dedicados a trabajos superiores representaban una mancha social. El oficio de curtidor se clasificaba como doblemente despreciable por el mal olor que producía el cuero al ser curado. Lo repugnante del oficio daba derecho a las mujeres de los curtidores a divorciarse de sus maridos.

El oficio de tejedor era rechazado porque se consideraba un trabajo exclusivo de mujeres. En Jerusalén, el barrio de los tejedores era marginal y estaba situado junto al basurero público. En Galilea se cultivaba un lino de excelente calidad, que servía a los telares de la zona. En Judea se tejía especialmente la lana. Los telares más habituales eran verticales, trabajando los tejedores de pie.

## 17- LOS NOVIOS DE CANÁ

Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea, el pueblo de donde era Natanael. Se casaba su vecino, el leñador Sirim, con Lidia, una muchacha pobre de una aldea cercana. A la fiesta invitaron a María, la madre de Jesús. Y también nos invitaron a todos nosotros.

*Felipe* - ¡Ya viene la novia!

*Todos* - ¡Ya viene! ¡Ya viene!

El momento más importante de la celebración era la llegada de la novia. Traía la cara cubierta con un velo azul y en la cabeza una corona de azahares. El novio salió a recibirla y todos entramos con ellos al patio de la casa donde empezaban a chisporrotear muchas lamparitas de aceite.

*Jesús* - Oye, mamá, yo no pensé que viniera tanta gente a la fiesta. Somos muchos.

*María* - Sí, Jesús. Los padres de Sirim siempre han sido muy pobres pero muy generosos también. Si tienen dos panes te darán uno. Y si tienen uno, la mitad. Ya ves, nosotros no los conocemos tanto y enseguida nos invitaron.

En Caná de Galilea conocimos a María, la madre de Jesús. Era una campesina bajita, con la piel tostada y el pelo muy negro. Tendría unos cuarenta y cinco años. Sus manos eran grandes y callosas, como las de quien ha trabajado mucho. No era una mujer bonita, pero su mirada era viva y simpática. Cuando hablaba, tenía el cantar de los galileos. Al sonreír, se parecía mucho a Jesús.

*Jesús* - ¡Bueno, mamá, a divertirnos! ¡Que las fiestas hay que aprovecharlas bien!

*Pedro* - ¡Ya están sacando las frituras! ¡Al ataque, compañeros!

*Juan* - Espérate un poco, Pedro, deja que las sirvan.

*Pedro* - Es que tengo un hambre que me muero, Juan.

*Juan* - ¡Ahora hay que llenarse bien la panza, que después viene el baile!

*Pedro* - Hacía mucho tiempo que no estaba yo en una boda. ¡Esto es lo más grande de la vida! ¡Baile, comida y vino! ¿Qué más se puede pedir?

Para celebrar la boda de Sirim y Lidia, sus padres habían hecho un gran esfuerzo.(1) Asaron algunos cabritos y algunas gallinas y compraron dátiles y aceitunas en cantidad. También compraron vino, el vino de Caná, que era



famoso en toda Galilea, y que se subía muy pronto a la cabeza.

*Juan* - ¡Por los novios!

*Felipe* - ¡Para que vivan más años que Matusalén!

*María* - ¡Por la novia!

*Mujer* - ¡Para que le dé más hijos a Sirim que los que Lía le dio a Jacob!

*Pedro* - ¡Por el novio!

*Juan* - ¡Para que de su familia nazca el Mesías que aplaste a los romanos!

Después de brindar varias veces con las jarras rebosando vino, empezó el baile en el patiecito de la casa. Los hombres formaron una rueda. Y las mujeres, otra. Todos nos olvidamos de las pequeñas y grandes penas que teníamos. Con el vino, la alegría de la fiesta se nos había metido en el corazón.

*Juan* - ¡Ahora tú, Felipe, al medio!

*Felipe* - ¡A los novios de Caná  
yo les tengo que decir  
que esta fiesta está tan buena  
que yo no me quiero ir!

*Pedro* - ¡Te toca a ti, Jesús, te toca!

*Felipe* - ¡Vamos, al medio!

*Jesús* - ¡Qué bonita está la novia  
y qué honrado su marido  
y qué sabroso es el vino  
que los dos nos han servido!

*Todos* - ¡Bien! ¡Bien!

*Muchacha* - Estas son las bodas, leré  
Que viva el novio, leré, leré  
Viva la novia, leré  
que sean felices, leré, leré  
Si las bodas duraran, leré  
toda la vida, leré, leré  
la vida entera, leré  
no me cansaría, leré, leré  
de estar en ella.

*Vecina* - ¡Ea, María, que hacía mucho tiempo que no bailábamos tanto!

*María* - ¡Uff! ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más!

María dejó de bailar un rato y se fue a la cocina. Quería ver cómo la madre de Sirim preparaba las tortas de miel.

*María* - ¿Cómo van esas tortas, Juana? ¡Desde fuera huelen!

*Juana* - Uff, yo no me imaginaba que casar a un hijo diera tanto trabajo. Ya verás, María, cómo es la cosa cuando le toque al tuyo.

*María* - ¡Uy, ése! ¡Lo que falta para que yo vea ese día! ¡Y por el Dios de los cielos, que entonces sí que iba a bailar con más gusto que nunca!

*Juana* - Nada de eso. Te tocaría estar en la cocina, como a mí.

*María* - Bueno, ¿te puedo echar una mano en algo?

*Juana* - Samuel ha ido a buscar más vino al patio. Cuando venga, le ayudas a llenar las jarras. Está quedando bien la fiesta, ¿verdad, María?

*María* - De veras que sí, Juana. Hay mucha alegría.

*Juana* - Hemos hecho de todo para poder darle una fiesta así a los muchachos. Ya iremos saliendo de las deudas poco a poco, ¿no te parece? ¡Un día es un día, qué caray! Ah, mira, ahí viene ya Samuel.

*Samuel* - Mujer, la gente está bebiendo demasiado y sólo nos quedan tres cuartas de barril. Si esto sigue así, dentro de un rato no tenemos una gota de vino.

*Juana* - Pero, ¿qué dices? No puede ser, viejo. ¿Y los otros barriles? ¿Has mirado bien?

*Samuel* - Claro que he mirado bien. Los otros dos barriles están más secos que el desierto de Judea. Se lo han bebido todo.

*Juana* - Seguro que no has mirado bien, viejo. Tiene que haber más.

*Samuel* - ¡Ay, qué mujer más desconfiada! Te digo que sólo hay un tanto así. Y que dentro de una hora ya no habrá más.

*Juana* - Pero, Samuel, ¿y qué hacemos entonces? Dime, María, ¿qué vamos a hacer ahora? ¡Ay, Dios mío, qué vergüenza, cómo le decimos a la gente que no hay vino para brindar, que se vayan ya... Si esto estaba empezando... ¡Cómo se va a acabar la fiesta así! ¡Ay, Dios mío!

*Samuel* - Pues no sé lo que vamos a hacer. Yo no puedo ir a comprar más vino. Debemos esos tres barriles. No me van a fiar ninguno más.

*Juana* - ¡Tú tuviste la culpa por invitar a todo el barrio! ¡Los pobres no podemos tener fiestas, viejo, ya ves qué pronto se nos acaba el vino!

*Samuel* - Vamos, mujer, no grites tanto que te van a oír allá en el patio.

*María* - ¡Jesús, ven acá un momento! ¡Jesús!

*Vecino* - Eh, Jesús, mira a tu madre en la puerta. Te está llamando.

*Jesús* - ¡Vuelvo enseguida!

*María* - Oye, Jesús, mira lo que ha pasado.

*Jesús* - ¿Qué pasó? ¿Te cansaste ya de bailar? ¿Te

sientes mal?

*María* - No, hijo, es otra cosa.

*Jesús* - Pero, ¿por qué tienes esa cara de velorio, mamá? Esto es una boda.

*María* - Jesús, no tienen vino.(2) Nos lo hemos bebido todo. Ya se les acaba.

*Jesús* - Bueno, ¿y qué? ¿Quieres que vaya yo a comprarlo? No tengo dinero, la verdad.

*María* - No, hijo, no es eso.

*Jesús* - Y entonces, ¿qué? ¿Por qué me lo dices a mí?

*María* - ¿Y a quién se lo voy a decir, Jesús? ¿No se te ocurre nada?

*Jesús* - No sé, así de repente... ¿Estás segura que se les acabó el vino?

*María* - Ve y pregúntale a la madre de Sirim, que está llorando ahí en la cocina como una plañidera... ¡se les acabó la fiesta!

*Jesús* - ¿Qué es lo que pasa, Samuel?

*Samuel* - Nada, muchacho, que el vino se acabó. ¡Qué le vamos a hacer! Paciencia y resignación. Y esta mujer que no para de llorar... ¡Maldita sea, cállate de una vez, me pones más nervioso!

*María* - No le grites así, Samuel. Ella también está nerviosa, la pobre.

*Jesús* - Pero, ¿estás seguro que no hay vino? ¿Se acabó todo?

*Samuel* - Ve a verlo, Jesús. Queda una cuarta en el barril. No hay más. ¿Y qué voy a hacer yo? Yo no puedo hacer milagros. No hay vino. Ustedes se lo han bebido todo. Pues no vengan ahora a protestar.

*Juana* - ¡Tan linda que estaba quedando la fiesta, tan bonita! ¡Y cómo va a terminar!

*Samuel* - ¡Y otra vez con lo mismo!

*Jesús* - ¿Se te ocurre algo, Samuel?

*Samuel* - Sí, decirle a la gente que se vayan, que esto se acabó. ¿Que no se quieren ir? Que beban agua. Yo no tengo otra cosa que ofrecer: que beban agua como las ranas.

*Jesús* - Yo no tengo ni un cobre, Samuel, no te puedo ayudar a comprar más vino.

*Samuel* - Ya lo sé, Jesús. Y los que están bailando tampoco. Todos los que han venido a mi casa son unos muertos de hambre como yo. ¿A quién le voy a pedir? Bueno, que se conformen entonces. Yo les di lo que tenía. No puedo hacer más. ¿Quieren seguir bailando y divirtiéndose? Que beban agua y que la endulcen con un poco de miel, si no les gusta. ¿Qué más puedo hacer yo, Jesús, dime?

*Jesús* - Pues eso mismo que estás diciendo, Samuel, claro que sí. Ea, vamos a sacar agua del pozo y a

llenar unos cuantos barriles... Y si no, traemos las tinajas de lavarse las manos. Son grandes y hay como cinco o seis junto a la puerta, ¿no?

*Juana* - Pero, ¿qué van a hacer ustedes, viejo? ¿Están locos los dos? ¿Cómo van a repartir agua? ¡Ay, María, qué vergüenza, qué vergüenza!

*Samuel* - ¿Qué te parece a ti, María?(3)

*María* - Sí, haz lo que dice Jesús. ¡Qué remedio queda! Y explícale a la gente lo que ha pasado.

*Juana* - ¡Ay, Dios mío, no me hagas pasar esta vergüenza!

Jesús y Samuel, el padre del novio, fueron a llenar las tinajas con agua del pozo. La casa estaba repleta de gente. El baile había terminado. El olor a sudor y a vino se mezclaba con el perfume de las mujeres y el aceite quemado de las lámparas. Todos estábamos esperando que nos sirvieran otras jarras de vino para brindar.

*María* - Ay, Jesús, hijo, no sé lo que va a pasar cuando la gente vea que sólo hay agua en las jarras.

*Jesús* - ¡La fiesta seguirá, mamá! ¡No te preocupes, que la fiesta seguirá!

Y la fiesta siguió. Con más alegría, con más bailes y hasta con mejor vino.

*Juan* - ¡Caramba, hombre, este vino es de primera, está mejor que el otro! ¡Mira qué guardadito se lo tenían! ¡Arriba otra copa!

*Pedro* - Este Samuel es un tipo especial, hace las cosas al revés. ¡Cuando ya estamos medio borrachos, saca el mejor vino!

*Felipe* - ¡Vivan los novios! ¡Vivan Sirim y Lidia!

*Samuel* - Pero, ¿a dónde fuiste a buscar este vino, muchacho? ¿A quién se lo compraste?

*Jesús* - Usted no se preocupe, Samuel. ¿No ve que la fiesta sigue? ¡Eso es lo que importa!

*Samuel* - Prueba un poco, mujer.

*Juana* - ¡Ay, qué cosa más buena, qué rico está! ¡Ya sabía yo que lo tenías escondido, viejo! Pero, ¿por qué me has hecho pasar un mal rato tan grande? ¡Ay, qué viejo éste!

*María* - Jesús, pero, ¿qué es esto?

*Jesús* - ¡Que la fiesta sigue, mamá, que Dios quiere que la fiesta de los pobres dure para siempre!

En casa de Sirim, la alegría siguió aquella noche y la otra y la otra. Aquel vino alegró nuestro corazón. Y una jarra iba y otra venía. Mucho tiempo después supimos que aquel vino nuevo había sido antes agua del pozo de la casa de

Sirim. Fue María la que nos lo contó. Nos contó también que aquel día se dio cuenta por primera vez que Jesús se traía algo entre manos, algo muy difícil de entender para ella, pero tan alegre como una fiesta de bodas.(4)

Juan 2,1-11

---

1. En Israel, las **bodas** duraban siete días. El vino era elemento fundamental en la fiesta. En Israel, el vino era la bebida más usada y era también un símbolo de amor. Se tomaba, sobre todo, vino tinto. En las bodas se comía, se bebía, se bailaba y se convivía durante toda una semana. Había que preparar bastante comida y suficiente vino para no defraudar a los invitados que esperaban los días de boda como los más señalados del año.

2. Solamente el evangelio de Juan narra las bodas de Caná. La estructura propia de su evangelio y su estilo, hacen del relato una síntesis teológica y simbólica del mensaje de Jesús. Los escritos de los profetas habían pintado el día de la llegada del Mesías como un día de boda. En el festín mesiánico correría el **vino** en abundancia (Isaías 25,6). En Caná, el agua se transforma en vino. El agua simboliza las purificaciones que ordenaban las leyes judías y que hacían de la religión un estricto cumplimiento de normas externas. El vino es símbolo de fiesta, de libertad interior.

3. La presencia de **María** pidiéndole a Jesús que haga "algo" en las bodas de Caná ha dado pie para reforzar la idea de algunos cristianos, especialmente católicos, de que es necesaria la mediación o intercesión de María para obtener favores de Dios. María se los pediría a Jesús y Jesús a Dios. La tradición cristiana, sin embargo, insiste con vigor en que el único mediador entre Dios y los hombres es Jesús. La presencia de María en las bodas de Caná y su intervención ante Jesús es un elemento simbólico en el relato. María representa al pueblo fiel de Israel, que reconoce que "ya no hay vino" en las vasijas de piedra, símbolo de la ley mosaica escrita en tablas de piedra. Con esta imagen, el evangelio de Juan quiso decir que la Ley antigua ha perdido su valor, que está vacía de sentido, y que Jesús la supera.

4. Para referirse a los **milagros de Jesús**, el evangelista Juan emplea siempre la palabra griega "semeion" (signo). Usando esta palabra, evita equiparar el hecho del que da

*cuenta a un prodigio espectacular, y lo presenta como un signo de que Dios libera a los seres humanos. Los libera de la enfermedad, del miedo, de la tristeza, de la muerte. En cada uno de los relatos de los signos que Jesús hizo en su vida existiría, más que la narración de un hecho extraordinario, una señal de liberación.*

## 18- UN LOCO QUIERE ENTRAR

Pasó una luna y luego otra. Jesús seguía con nosotros en Cafarnaum. Todas las noches, después del trabajo, nos reuníamos en casa de Pedro para conversar y hacer planes. Cada día que pasaba crecía nuestra amistad. Iba madurando como maduran los frutos en los campos de Galilea al llegar su tiempo. Un sábado fuimos con Jesús a la sinagoga. A la puerta estaba Bartolo, el loco.

*Bartolo* - ¡A rezar a Dios! ¡A rezar a Dios! ¡Míralooooos! ¡Míralooooos! ¡Gori, gori, gori, gori, uuuuu! ¡Yo quiero entrar a rezar a Dios! ¡Yo quiero entrar a rezar a Dios! ¡Gori, gori, gori, uuuuu!

Bartolo siempre estaba sucio y olía a vino rancio. Tenía los ojos amarillentos y su voz era como la de las cornejas cuando chillan atravesando el cielo. Daba palmadas y lloraba pidiendo que lo dejaran entrar en la sinagoga. Todos en Cafarnaum nos burlábamos de él.

*Bartolo* - ¡Yo quiero entrar! ¡Gori, gori, gori, gori, uuuu!

*Pedro* - Mira, Jesús, ahí está otra vez Bartolo, el que vimos en el mercado el otro día.

*Jesús* - Ah, sí, ya me acuerdo.

*Pedro* - ¡Maldición de hombre, cuando se pone pesado no hay quien lo aguante!

*Jesús* - ¿Y si lo dejaran entrar en la sinagoga? ¿Se quedaría tranquilo?

*Santiago* - Pero, ¿cómo van a dejar entrar a ese loco aquí? Es un tipo peligroso, Jesús. Un día dejó en cueros a una mujer en la calle. Le arrancó la ropa de un tirón.

*Pedro* - Pues mira que aquella vez que se quiso ahogar en el lago.

*Santiago* - No sé ni por qué lo salvaron. ¡Mejor se hubiera ido al fondo! ¡Para lo que sirve un hombre así! ¡Para nada!

Después de conversar un rato en el patio, todos entramos a la sinagoga.(1) La sinagoga era nuestro templo. Allí nos reuníamos todos los sábados a dar culto a Dios, a rezar los salmos, a pedirle al Señor de los cielos que no olvidara a su pueblo. Las mujeres se quedaban a un lado, detrás de una rejilla de madera. Los hombres, en el centro. Todos mirábamos hacia el lugar donde estaba colocado el Libro santo de la Ley. Y aquel lugar miraba hacia Jerusalén, la ciudad santa de Dios.

*Rabino* - Señor, ¿quién entrará en tu casa? ¿Quién habitará en tu monte santo? El que no tiene mancha, el que es puro, el que tiene limpio su corazón y limpias sus manos, el que no ensucia su lengua con engaños...

Después de las lecturas y las oraciones, uno de los hombres se levantaba a explicar el texto de la Escritura que habíamos escuchado. Aquel sábado le tocó hacerlo a Saúl, un viejo comerciante del barrio de los artesanos, que no faltaba nunca a la sinagoga.

*Saúl* - Hermanos, hemos oído claramente lo que dice el salmo, que para entrar en la casa de Dios hay que ser limpio y puro. Por eso tenemos que recordar que en la casa de Dios no pueden entrar los esclavos ni los hijos de padre desconocido. Tampoco entrarán los leprosos ni los cojos con cojera notable. No pueden entrar en la casa de Dios las prostitutas ni las adúlteras, ni las mujeres en el tiempo de sus reglas. Sólo los limpios, sólo los puros. No pueden entrar en la casa de Dios los hijos bastardos, ni los niños expósitos, ni los pastores con reconocida fama de ladrones. Tampoco entrarán los castrados ni los locos ni los endemoniados. El salmo 10 dice claramente: el que no tiene mancha, ése, solamente ése, podrá entrar en la casa de Dios...

El sermón de Saúl era bastante largo y aburrido. Cuando miré a los lados, vi que Santiago daba cabezadas y Pedro ya estaba roncando. A otros les había pasado lo mismo. Fuera, el loco Bartolo no dejaba de gritar. Llegó un momento en que sus alaridos envolvieron la voz gangosa de Saúl y apenas podíamos entender lo que decía el predicador.

*Mujer* - ¡Ay, pero qué tipo más impertinente ése, díganle que se calle!

*Hombre* - ¡Manda callar a ese loco, Jairo, aquí no hay quien oiga nada!

*Saúl* - Como íbamos diciendo, la casa de Dios es solamente para los limpios y los puros, para los que están purificados de alma y de cuerpo y...

*Pedro* - ¡Dejen entrar a ese hombre a ver si se calla de una vez!

*Santiago* - ¡Cállate tú la boca, Pedro!

*Rabino* - ¡Ese hombre que grita fuera es un impuro!(2) No puede entrar aquí de ninguna manera. Es el diablo el que lo envía para que no podamos alabar al Señor. ¡Pero no se saldrá con la suya!

*Mujer* - ¡Pues con esos gritos aquí no hay quien alabe a



nadie, rabino!

*Pedro* - ¡Yo creo que si entra se quedaría tranquilo!

*Jesús* - ¡Yo también creo lo mismo! ¿Por qué no lo dejamos entrar?

*Rabino* - ¡Basta de discusión! Ese hombre no está limpio. Es un loco que no sabe distinguir la mano derecha de la izquierda. ¿Cómo va a conocer a Dios para poder alabarlo?

*Jesús* - ¡Pero Dios sí lo conoce a él!

*Rabino* - ¡Dios sólo quiere en su presencia a los hombres puros!

*Mujer* - ¡En eso sí tiene razón el rabino!

*Jesús* - ¡Pues yo creo que Dios quiere en su presencia a todo el mundo! El ya se encargará después de limpiarlos. Pero nos quiere a todos juntos.

*Pedro* - ¡Bien dicho, Jesús! ¡Dejen entrar a Bartolo!

*Santiago* - No gastes saliva por ese loco, Jesús. Ese tipo no merece la pena. ¡Y tú no te metas tampoco, Pedro!

*Pedro* - Cállate, Santiago. Lo que dice Jesús está bien dicho.

Cuando llevábamos un rato discutiendo si el loco Bartolo podía o no podía entrar, la puerta de la sinagoga se abrió de repente como si la empujara un huracán. Rodando como un ovillo, entró Bartolo, todo bañado en sudor y riéndose a carcajadas.

*Bartolo* - ¡Ja, ja, ja! ¡Ya entré! ¡Gori, gori, gori, uuuuu!

Las mujeres empezaron a dar gritos y se armó la algarabía en la sinagoga...

*Bartolo* - ¡Yo quiero rezar! ¡Yo quiero rezar! ¡Gori, gori, gori, uuuuu!

Los ojos le brillaban a Bartolo como si llevara un tizón encendido dentro de ellos.

*Hombre* - ¡Saquen a ese loco de aquí! Maldita sea, ¿pero es que nadie se atreve?

*Santiago* - Ea, fuera de aquí. ¡Fuera de aquí!

*Bartolo* - ¡Yo quiero rezar, yo quiero! ¡Gori, gori!

*Vieja* - ¡Pero, esto es el colmo! ¡Traigan una cuerda para amarrarlo!

*Hombre* - ¡Qué cuerda ni cuerda! ¡Tú, gordinflón, ayúdame! ¡Vamos a echar fuera esta piltrafa!

*Bartolo* - ¡Gori, gori, gori, uuuuuuu!

*Santiago* - ¿Piltrafa? ¡Este desgraciado tiene más fuerza que Sansón!

*Mujer* - ¡Pues córtense la melena entonces!  
*Hombre* - ¡Agárralo fuerte, caramba!  
*Santiago* - ¡Las mujeres no se acerquen, es peligroso!  
*Hombre* - ¡Dale un pescozón para que se esté quieto!  
*Herrero* - ¡Quítense ustedes, flojos, y déjenmelo a mí!

El herrero Julián, que tenía los brazos negros y duros como tenazas, agarró a Bartolo por el cogote y comenzó a arrastrarlo hacia la puerta. El loco forcejeaba tirando patadas a todos lados.

*Vecino* - ¡Fuera de aquí, entrometido, pedazo de demonio, fuera!  
*Jesús* - ¡Oye tú, suelta a ese hombre! ¡Sí, suéltalo, déjalo ya!

Al fin, Jesús pudo abrirse paso entre aquel tumulto de gente...

*Jesús* - ¿No ves que es un infeliz? Suéltalo. Vamos, dejen sitio para que respire.

La gente se fue separando un poco. Bartolo jadeaba como un caballo después de una carrera y lloriqueaba con la cabeza pegada al suelo.

*Rabino* - ¡Que nadie lo toque! ¡Ese hombre es un impuro, está manchado! ¡Sepárense de él! ¡Aléjense! ¡He dicho que nadie lo toque!

Pero Jesús no hizo caso de las amenazas del rabino y se quedó allí, junto al loco.

*Jesús* - ¿Y por qué no voy a tocarlo, rabino?  
*Rabino* - ¡Porque es un impuro! ¡Y la impureza se pega como la sarna!  
*Jesús* - No es ningún impuro. Es un pobre hombre. Está cansado de que la gente se ría de él y lo echen de todas partes. Por eso se porta así. Pero Dios no quiere echarlo de su casa.

Jesús se inclinó sobre él...

*Jesús* - Bartolo... Bartolo, ¿qué te pasa? ¿No me oyes?

Entonces el loco abrió los ojos y miró a Jesús desafiante...

*Bartolo* - ¡No te metas conmigo! ¡No te metas conmigo!  
*Jesús* - Oye, Bartolo, quieres quedarte a rezar con nosotros, ¿verdad que sí?  
*Bartolo* - ¡Yo te conozco! ¡Tú quieres matarme! ¡Yo te

conozco!

*Jesús* - Pero, cállate de una vez, caramba.

*Bartolo* - ¡Yo te conozco! ¡Gori, gori, uuuu! ¡Yo te conozco! ¡Tú eres amigo de Dios! ¡Tú eres amigo de Dios!

*Jesús* - Y Dios es amigo tuyo, Bartolo.

*Bartolo* - ¡Uuuuu! ¡Uuuuu!

*Jesús* - Vamos, hombre, tranquilízate.

Bartolo lloraba y temblaba en el suelo. Jesús se agachó y le dio la mano para ayudarlo a levantarse.

*Jesús* - A ver, ven conmigo, anda... levántate... así...

Pero Bartolo, cuando ya estaba de pie, dio un grito muy grande... y se cayó sin sentido.

*Hombre* - ¡Eh, se murió Bartolo!

*Pedro* - ¡No se mueve! Jesús, ¿qué le ha pasado? ¿Qué le pasó?

*Mujer* - ¡Ay, el pobrecito, miren cómo se ha quedado! ¡Más tieso que una vela!

*Rabino* - ¡Dios lo castigó por atreverse a entrar en su casa! ¡Era un hombre pecador! ¡Era un impuro! Aléjense de él. Atrás, atrás, vamos, sepárense...

El loco Bartolo estaba tirado en el suelo, blanco como la harina. No movía ni un dedo.

*Jesús* - No está muerto, Pedro, qué va a estar muerto.

*Pedro* - Que sí está muerto, Jesús, mírale la cara. Ése ya se fue para el otro lado. Cuando dio el grito, se le salió el alma del cuerpo.

*Mujer* - Oye lo que dice el rabino, que Dios lo mató.

*Hombre* - Y bien dicho está. Dios lo castigó por atrevido.

*Jesús* - Dios no lo ha castigado. Y él no está muerto.

Jesús se acercó a Bartolo y lo zarandeó...

*Jesús* - Vamos, hermano, levántate, que ya nos has pegado un buen susto y tenemos que seguir rezando... ¡Bartolo!

El loco se levantó del suelo. Le había vuelto el color a la cara. Parecía muy cansado, pero se reía enseñando sus dientes partidos y sucios.

*Jesús* - Vamos, Bartolo, ven, que hay un sitio para ti entre nosotros.

El loco Bartolo se sentó entre Pedro y yo, y cantó y rezó con todos. Desde aquel día pudo ir a la sinagoga y al mercado y a la plaza. Estaba más tranquilo. Poco a poco, fuimos comprendiendo que aquel hombre, del que todos nos habíamos reído y al que todos habíamos puesto a un lado, tenía también su sitio entre nosotros. Que aquel pobre loco, alborotador y sucio, era hermano nuestro.

Marcos 1,21-28; Lucas 4,31-37.

---

1. *Unos 500 años antes de Jesús, cuando fue destruido el Templo de Jerusalén y el pueblo de Israel fue deportado, los judíos comenzaron a construir **sinagogas**, casas de oración, donde reunirse a rezar y a leer las Escrituras, en las que no se ofrecía ningún sacrificio. En tiempos de Jesús, aunque ya había un nuevo Templo en Jerusalén, existían muchísimas sinagogas por todo el país. En Cafarnaum había una pequeña, sobre la que fue construida, cuatro siglos después, otra mayor, de la que se conservan ruinas de gran valor histórico.*

*En la sinagoga se reunía todo el pueblo los sábados para asistir a la oración y escuchar al rabino o a cualquier paisano que quisiera hacer comentarios a los textos de la Escritura que se habían leído. La sinagoga no es el equivalente exacto de los actuales templos cristianos. Era un lugar más familiar, más popular y más laico, en el que se podía hablar libremente, sin que fuera necesaria la presencia de ningún ministro sagrado. El rabino era un maestro-catequista, no un sacerdote.*

2. *En los tiempos de Jesús, como durante muchísimos siglos en la antigüedad, la falta de conocimientos científicos y la ignorancia sobre el funcionamiento del cuerpo humano, hacía que se atribuyera a la acción de los demonios algunas enfermedades. Sobre todo las enfermedades mentales, ya que los gritos, ataques y falta de control de los movimientos del enfermo, resultaban llamativos y enigmáticos. Decir "loco" equivalía a decir "endemoniado" y por esto, era lo mismo que decir **impuro**: dominado o poseído por un "espíritu impuro", el diablo.*

*La mayoría de las religiones antiguas consideraron que en el mundo hay personas, cosas o acciones impuras y, como contrapartida, personas, cosas o acciones puras. Unas y otras "contagian". Esa impureza no tiene nada que ver con la suciedad exterior. Ni la pureza con la limpieza.*

Tampoco tiene que ver con lo moral, "lo bueno" o "lo malo". Lo "impuro" es lo que está cargado de fuerzas peligrosas y desconocidas y lo "puro" es lo que tiene poderes positivos. Quien se acerca a lo impuro, no puede acercarse a Dios. La pureza-impureza es una idea fundamentalmente "religiosa".

Desde muy antiguo, la religión de Israel había asimilado esta forma de pensamiento y existían multitud de leyes para resguardarse de la impureza referidas a la sexualidad (la menstruación y la blenorragia eran formas de impureza); a la muerte (un cadáver era impuro); a algunas enfermedades (la lepra, la locura hacían impuro); a algunos alimentos y animales (el buitre, la lechuza, el cerdo eran, entre otros muchos, animales impuros). La mayoría de estas leyes se conservan en el libro del Levítico. A medida que el pueblo fue evolucionando de una religión mágica a una religión de responsabilidades personales, estas ideas fueron cayendo en desuso. Sin embargo, algunos grupos las observaban escrupulosamente, y de ahí los prolongados y minuciosos lavatorios o purificaciones para hacerse agradables a Dios. Jesús echó por tierra todas estas ideas y costumbres y con su palabra y sus actitudes borró la frontera entre lo puro y lo impuro, idea central en la antigua religión.

## 19- LA SUEGRA DE PEDRO

A1 salir de la sinagoga, Santiago, Jesús y yo fuimos a casa de Pedro.(1) Rufina, su mujer, nos estaba preparando una buena olla de lentejas.

*Pedro* - Vengan, camaradas, siéntense aquí en esta sombrita, que en menos de 10 que canta un gallo está la comida. Y les juro por mis bigotes que a cada uno le alcanzará un buen pedazo de tocino. Ven, Jesús, vamos a buscar unas aceitunas mientras Rufina sopla el fogón.

Simón Pedro era un tipo especial.(2) Pedro-tirapiedras, como todos le llamábamos. Tenía la barba muy rizada y la nariz gorda como un higo. Era el mejor remero del lago y el más alborotador también. Pedro siempre olía a pescado y siempre estaba de buen humor. Tenía cuatro muchachos. Se mataba trabajando por ellos. Y por Rufina, su mujer. La quería mucho, aunque siempre estaban peleando.

*Pedro* - Pero, Rufina, mujer, ¿cuándo van a estar esas lentejas? ¡Esta gente tiene hambre! ¡Por la cola de Satanás, date prisa!

*Rufina* - Con prisas ahora, ¿verdad? ¿Y por qué no me diste el dinero antes, so tacaño? Pero, ¿qué te piensas, tú, eh? ¿que las lentejas llueven del cielo? ¡Hay que pagarlas, narizón, hay que pagarlas!

*Pedro* - ¿Y esa bruja del mercado no te las puede fiar?

*Rufina* - ¡Esa bruja, como dices tú, lleva tres semanas fiándonos la comida, y dice que si tú no le pagas antes del sábado, no me da ni una cebolla más!

*Pedro* - ¿Y qué le respondiste tú?

*Rufina* - ¡Que me parece muy bien, que ella tiene la razón!

*Pedro* - Ah, ¿con que ella tiene la razón?

*Rufina* - ¡Sí, ella tiene la razón!

*Pedro* - ¡Mira, Rufina, no me levantes la voz, no me levantes la voz!

*Rufina* - ¡Ni tú a mí tampoco, hombre escandaloso! ¡Yo creo que mi madre se ha enfermado por cuenta de tus gritos!

*Pedro* - ¡No, qué va, la suegra está enferma por cuenta de tu haraganería, que si ella estuviera aquí en el fogón estas lentejas ya estarían listas!

*Rufina* - Pedro... Pedrito...

*Pedro* - ¿Qué... qué pasa?

*Rufina* - No me digas haragana que no es verdad.

*Pedro* - Ni tú me digas tacaño a mí que no me gusta.

*Rufina* - Pedrito, ¿qué haría yo sin ti?  
*Pedro* - Humm... Eso digo yo, ¿qué haría yo sin ti, Ruffi?

Pedro y Rufina habían tenido cuatro hijos: Simoncito, el primer varón. Luego estaba Alejandro, de cinco años; Rubén, de tres; Efraín, de dos y otro que venía de camino y que todos esperábamos que fuera niña. Con Pedro vivía su hermano Andrés, el flaco, todavía soltero. Y el padre de ellos dos, Jonás, un abuelo cascarrabias. Y la vieja Rufa, la mamá de Rufina, que estaba enferma desde hacía dos meses.

*Santiago* - Bueno, Pedro, ¿qué pasa con esas lentejas? ¿Vienen o no vienen? ¡Me está pareciendo que el chivo se las comió antes de llegar a la mesa!

*Pedro* - Camaradas, no se desesperen. Ya casi casi comemos. No se impacienten, es que... en esta temporada, con la suegra enferma todo se complica.

*Simoncito* - Jesús, abuelita está enferma.

*Jesús* - ¿Ah, sí? ¿Y dónde está, Simoncito?

*Simoncito* - Allá en el rincón.

*Pedro* - La vieja Rufa, Jesús, mi suegra. Una pena, tú sabes. Una fiebre mala de estas que hay ahora. Oye, ¿y por qué no la saludas y le cuentas una historia de las tuyas en lo que mi mujer acaba de ablandar estas malditas lentejas? Sí, ven, entra, Jesús, la vieja está tumbada ahí dentro. Ven, no te fijes en el desorden que hay, ya sabes cómo vive uno aquí con tanta gente en un solo cuarto.

*Jesús* - ¿Cómo está usted, abuela? ¿Cómo se siente?

*Rufa* - ¿Que me siente? Yo no puedo sentarme porque me estoy muriendo.

*Jesús* - ¿Que cómo se siente?

*Pedro* - Está un poco sorda, Jesús. No le hagas mucho caso.

*Rufa* - ¿Y quién eres tú?

*Pedro* - Mire, suegra, este es un amigo de Nazaret, ¿usted oye? De Nazaret. Se llama Jesús y ha venido a pasarse unos días con nosotros. Un tipo chistoso, suegra. Dígale que le cuente una historia y verá cómo se ríe.

*Rufa* - ¡Pa'reírme estoy yo! ¡Mejor me pongo a llorar!

*Jesús* - Vamos, abuela, no sea tan ceniza. ¿Qué enfermedad es la que tiene? Cuénteme.

*Rufa* - Ay, mi'jo, ¿y qué sé yo? ¡Yo no soy médica!

*Pedro* - Bueno, Jesús, te dejo con la vieja. Yo voy a meterle prisa a Rufina. Vengo a avisarte después.

*Rufa* - Yo me encuentro raro este quebranto, hijo, porque,

mira, por dentro yo siento como si un fuego se me hubiera colado en los huesos, ¿tú me oyes bien?

*Jesús* - ¡Sí, abuela, la oigo bien!

*Rufa* - Pero entonces por fuera tengo como un frío, un frío tan grande que se me engurruña el pellejo.

*Jesús* - Eso no es nada grave, abuela. Es una fiebrequita.

*Rufa* - Pero, mi'jo, ¿cómo lo frío y lo caliente van a estar juntos?

*Jesús* - ¿Y qué tiene eso de raro, abuela? También el cariño y los pleitos van juntos. ¿Usted no oyó hace un momento la gritería entre su hija y su yerno?

*Rufa* - Yo estoy sorda, no oigo ná. Oigo las campanas pero no sé dónde repican.

*Jesús* - Pues estaban repicando en la cocina. Pedro y Rufina peleando.

*Rufa* - Ah, sí, esos dos se dan un beso hoy y un mordisco mañana. Yo no entiendo cómo es la juventud de ahora. Porque dicen que se quieren muchísimo y no se cansan de pelear.

*Jesús* - Bueno, así pasa siempre. Usted habrá dado sus besos y sus mordiscos también, ¿verdad abuela?

*Rufa* - Ay, mi'jo, pero eso era antes. Ahora ya ni dientes me quedan. Mira cómo tengo la boca... Yo estoy como esas redes viejas que por donde quiera que las agarres se rompe el nudo. Ya no sirvo pa'ná.

*Jesús* - No venga con mentiras, abuela. Yo estoy seguro que si usted se levanta, se arregla un poco, sale a dar una vuelta por el pueblo y todavía le echan un piropo.

*Rufa* - ¿Que me echan un qué?

*Jesús* - Un piropo, abuela, una palabra bonita.

*Rufa* - ¿Un piropo a mí? Ji, ji... Ay, caramba, mi'jo, yo ya no sirvo pa'ná. Antes sí. Antes yo tenía todos mis dientes y un pelo muy suave y...

*Jesús* - Y le decían muchas cosas lindas cuando iba caminando por Cafarnaum, ¿verdad que sí?

*Rufa* - Cuando el último piropo que me dijeron por la calle, tenía yo cuarenta años, imagínate. Yo me conservé mucho tiempo.

*Jesús* - ¿Anjá? ¿Y qué fue lo que le dijeron, eh, abuela? Cuénteme.

*Rufa* - Bah, ya no me acuerdo. Ha llovido mucho desde entonces.

*Jesús* - No, no, vieja, ya usted me picó la curiosidad. A ver, dígamelo en secreto para que nadie se entere.

*Rufa* - Tonterías de ustedes los hombres. Mira tú, iba yo caminando por el mercado con una rosa en el pelo. Y va y me dicen: Cuando yo te veo pasar, le digo



a mi corazón: qué bonita piedrecita para darme un tropezón... Ji, ji... Así me dijo un frutero, oyes...

*Jesús* - Usted tiene un pelo muy bonito, abuela.

*Rufa* - Dentro de poco se me caerá también. A los viejos se nos va cayendo todo, como las hojas secas a la higuera.

*Jesús* - A la higuera se le caen las hojas en invierno, pero luego viene la primavera y retoña otra vez y vuelven las hojas nuevas y las flores.

*Rufa* - Pero para los viejos no hay más primavera. Tú me ves hoy aquí. Vuelves mañana y a lo mejor ya no me encuentras.

*Jesús* - El cuerpo se nos va gastando, abuela. Pero el corazón, no. El espíritu no se pone viejo. Lo importante es tener el espíritu joven. Fíjese en Dios... ¡los años que ha vivido Dios desde que creó el mundo! Pero Dios es joven, tiene joven el corazón. Como usted también, abuela.

*Rufa* - Dios no se acuerda de nosotros los viejos.

*Jesús* - No diga eso, abuela. Dios se ocupa de todos sus hijos: de los grandes y de los chicos, de los niños y de los viejos.(3) Él no nos abandona nunca.

*Rufa* - Pues yo a veces me siento abandonada, mi'jo, como esos troncos secos que las olas del lago empujan pa'aquí y pa'allá, así estoy yo.

*Jesús* - Qué va, mi vieja. Usted tiene buenas raíces todavía. Usted tiene fuerza para unos cuantos años más. Y después, cuando Dios la llame, no se asuste tampoco. No nos quedamos en la tierra, abuela. Vamos junto a Dios, a seguir viviendo en su casa, una casa grande y alegre donde cabemos todos.

*Rufa* - Tú hablas bonito, muchacho. Que Dios te bendiga la lengua.

*Jesús* - Y que a usted le bendiga los huesos para que se le salga ese fuego que tiene dentro.

*Rufa* - Gracias, mi'jo. Pero, ya pa'qué... no hace mucha falta. A mí nadie me necesita ya en este mundo.

*Jesús* - ¿Cómo va a decir eso usted? Sus nietos la necesitan. Su yerno Pedro estaría más tranquilo ahora si usted fuera a echarle una mano a su hija que está pasando un mal rato con esas lentejas que no se quieren ablandar.

*Rufa* - Ah, eso sí te digo, mi'jo, en el fogón no hay quién me gane. Porque así como tú me ves, hasta hace dos lunas yo estaba amasando el pan y recogiendo leña y lavando ropa. Coser no, ya tengo los ojos cansados. Pero todos los demás oficios los hago

igual que una recién casada.

*Jesús* - ¿Anjá? Y usted me decía que no servía para nada...

*Rufa* - Sí, pero con esta enfermedad me derrumbé. Ya no tengo ganas ni de cantar.

*Jesús* - ¿Usted también sabe cantar, abuela?

*Rufa* - Ay, sí mi'jo, mucho. Yo era muy alegre.

*Jesús* - Mi abuelo Joaquín siempre nos cantaba allá en el campo las tonadas antiguas, las de su tiempo.

*Rufa* - ¿A ti te gustan esas canciones viejas?

*Jesús* - Mucho, abuela. Oiga, ¿usted no se sabe esa de "Los lirios del rey David"?

*Rufa* - Claro que sí. Esa me la enseñó una comadre mía cuando viajamos a Jerusalén en la fiesta de las tiendas.

*Jesús* - ¿Y por qué no la canta, abuela?

*Rufa* - Yo estoy enferma, muchacho. ¿Cómo voy a cantar?

*Jesús* - Sí abuela, sí, anímese y cántela. ¿Por qué no se sienta y está más cómoda? Vamos, deme la mano. Anímese.

*Rufa* - Espérate, muchacho, que me derriengo...

*Jesús* - No, mi vieja, usted tiene buena cara. Vamos, póngase de pie, sí, claro que sí... upa, levántese... despacito, abuela...

*Rufa* - Espérate, muchacho... que estos huesos... ay...

*Jesús* - ¿Ya ve usted que puede? ¿No se siente un poco mejor ahora?

*Simoncito* - Abuelita, ¿ya te curaste?

*Pedro* - Pero, suegra, ¿qué hace usted de pie? ¡Acuéstese inmediatamente!

*Jesús* - Déjala tranquila, Pedro, que ella va a cantar "Los lirios del rey David", ¿verdad, abuela?

*Pedro* - Los lirios de... Pero, ¿quién tiene aquí la fiebre mala, ella o tú? ¿Se han vuelto locos los dos? ¡Ven a ver esto, Rufina!

*Rufa* - Déjame quieta, Pedro, que ya me siento de lo más bien.

*Niños* - ¡Abuelita se curó, abuelita se curó!

*Rufina* - Pero, mamá, ¿qué hace usted de pie? ¡Échese en la estera!

*Rufa* - Échate tú si quieres y a mí no me jeringues, que yo me siento bien. Es más, voy ahora mismito al fogón a ayudarte con la comida para que vean que la vieja Rufa todavía sirve pa'algo, ¡caramba! ¡Y que sabe hacer unos guisos, que hasta el más desabrido se rechupetea los dedos!

Jesús le dio a la vieja Rufa muchas ganas de vivir. Y la suegra de Pedro se levantó aquel día y muchos días más. Y ayudaba en la cocina, y lavaba la ropa y servía la mesa... y cantaba los cantares antiguos, los que sus abuelos le

enseñaron a ella, y ella ahora le enseñaba a sus nietos.

Mateo 8,14-15; Marcos 1,29-31; Lucas 4,38-39.

---

1. Los cimientos de la **casa de Pedro**, en las ruinas de Cafarnaum, son uno de los lugares con mayor autenticidad histórica entre los recuerdos materiales de la vida de Jesús. De la casa de Pedro se conserva el basamento original y en él, el dintel de entrada. Con toda certeza, Jesús lo cruzaría cientos de veces. Estos cimientos dejan ver un espacio de vivienda reducidísimo donde la familia de Pedro viviría muy pobremente. Las casas se construían unas junto a otras, de forma que varias casas y varias familias compartían una especie de patio común, cuyo trazado puede apreciarse en las ruinas.

2. Simón **Pedro** es el discípulo de Jesús de quien más información nos dan los evangelios. Son abundantes los datos sobre su carácter apasionado y espontáneo. Además, los evangelios recuerdan que tenía suegra y, por lo tanto, estaba casado.

3. En los tiempos de Jesús había menos **viejos** que hoy en día. La vida de las personas era más corta porque se tenían muy pocos conocimientos médicos. La mayoría de los hombres y mujeres moría joven según los criterios actuales. Los ancianos eran muy queridos en Israel y su presencia inspiraba respeto en la familia. Eran también los responsables de transmitir la historia familiar y las tradiciones culturales.

## 20- UN LEPROSO EN EL BARRIO

*Pedro* - ¡Eh, Juan! ¡Santiago! ¡Dejen las redes y vengán para acá, corran!

Una mañana, mientras limpiábamos las redes, Pedro nos llamó a voces desde la casa de Caleb, un pescador del barrio. Cuando llegamos, aquello parecía un velorio: las mujeres gritaban, la gente se apretujaba en la puerta y la casa empezaba a oler a eucalipto, las hojas que se queman cerca de los enfermos. La mujer de Caleb, vestida de negro, lloraba sin parar golpeándose la cabeza contra la pared.

*Ana* - ¡La maldición de Dios! ¡La maldición de Dios!

*Eliazar* - ¡Es lepra! ¡Eso es lepra! ¡Y ahora mismo vamos a llamar al rabino para que te examine!

*Caleb* - ¡No me toques! Mentira, esto no es lepra... ¡no me toques!

*Eliazar* - Lo has estado escondiendo todo este tiempo, desgraciado. Quitate esos vendajes y enseña los brazos.

*Caleb* - ¡Son sólo unas llagas, déjame! ¡Esto no es lepra, no!

*Juan* - Pedro, pero ¿es que Caleb está leproso?

*Pedro* - Eso es lo que dicen. Fíjate el alboroto que ha armado este Eliazar. Dice que tiene unas manchas debajo de los vendajes y que son la lepra.

*Santiago* - ¡Caleb es un embustero! ¡A nosotros nos dijo que una araña lo había picado, que por eso iba con esos trapos en el brazo!

*Pedro* - Eliazar ha corrido la cosa por todo el barrio y quiere llevarlo con el sacerdote para que diga si es o no es...

*Santiago* - ¡Bien dicho, qué caramba! ¡Que venga el rabino y si ese tipo tiene lepra que se largue de aquí! ¿Qué quiere? ¿Pegarnos a todos esa enfermedad?

*Ana* - ¡La maldición de Dios! ¡La maldición de Dios!

Todos temíamos la lepra.(1) Se iba extendiendo por la carne como las enredaderas se extienden por las paredes devorando el cuerpo hasta dejarlo convertido en una llaga. Además, como aquellas manchas podían ser contagiosas, la ley mandaba que los enfermos fueran alejados de su familia y de la comunidad, que no pudieran acercarse a ninguna persona sana. La lepra era la más terrible de las enfermedades.

*Eliazar* - ¿Lo ves? ¿Lo ves? Esas llagas son la lepra. Tienen el color de la arena.

*Caleb* - ¡Esto no es lepra, Eliazar, te lo juro por el

trono del Dios Altísimo!

*Eliazar* - ¡No jures, sinvergüenza! ¡Tenías que haberlo avisado! ¡Esa porquería se pega, y tú lo sabes bien!

*Ana* - ¡La maldición de Dios! ¡La maldición de Dios!

*Vecina* - Pobre mujer, no hace más que darse golpes contra la pared...

*Salomé* - Si es lepra lo de Caleb, es como si se hubiera quedado viuda. ¡Y con tres muchachos que tiene!

*Vecina* - Algo habrá hecho este tipo para que Dios lo castigue. A mí, Caleb nunca me gustó del todo. Algo sucio tendría por dentro y ahora le salió fuera.

En la casa de Caleb ya no cabía nadie más. La noticia de que estaba leproso había corrido como candela por el barrio de los pescadores. El viejo Eliazar, después de quitarle los vendajes que llevaba amarrados en el brazo y examinar las llagas, fue a la sinagoga a buscar al sacerdote. El era quien tenía que decir la última palabra. Al poco rato, llegó el rabino a casa de Caleb.

*Rabino* - ¡Vamos, váyanse de aquí! ¡Todo el mundo fuera!

*Ana* - ¡Ay, rabino, nos cayó la maldición de Dios!

*Rabino* - Ten un poco de paciencia, mujer, y no hables de maldiciones hasta que no veamos lo que es.

*Caleb* - ¡No es lepra, rabino! ¡No es lepra! ¡El viejo Eliazar es un mentiroso!

*Rabino* - ¡Todos fuera digo! A ver el brazo... enséñamelo.

*Caleb* - ¡Yo no quiero irme de mi casa! ¡Esto no es lepra! ¡Yo estoy limpio!

*Rabino* - Pues, ¿qué son estas manchas, Caleb?

*Caleb* - Son llagas, rabino. Son llagas que se curan.

*Rabino* - ¿Has puesto algo sobre ellas para curarlas?

*Ana* - Rabino, yo le unté aceite mezclado con semillas de girasol y tripa de pez rojo bien aplastada.

*Rabino* - Humm... ¿Desde cuándo tienes estas úlceras?

*Caleb* - No me acuerdo. Hace cuatro lunas... ¡Yo no quiero irme, no quiero irme!

*Rabino* - Pues tendrás que dejar tu casa, Caleb. Tus llagas están hundidas en la piel. Y el pelo se ha vuelto blanco. Es lepra.

*Ana* - ¡La maldición de Dios, la maldición de Dios!

*Caleb* - ¡No! ¡No, no, no quiero irme, no quiero irme!

Entonces, Eliazar y otros hombres echaron a Caleb fuera de la ciudad. Por miedo a tocarlo, lo amarraron con sogas y lo sacaron de su casa a rastras como si fuera un animal. Caleb se resistía, daba manotazos y patadas y lloraba desconsoladamente. Su mujer y sus niños vieron cómo se lo

llevaban por el camino ancho de Cafarnaum hacia la colina de las cuevas, donde los leprosos vivían y morían solos.

*Ana* - Ay, Salomé, qué habrá hecho mi marido para que Dios lo haya castigado así.

*Salomé* - No me hables, mujer, no me hables, que llevo dos noches sin dormir desde que me enteré de lo que había pasado. ¡Y yo qué sé por qué Dios lo ha castigado de esta mala manera!

*Ana* - Y ahora, ¿qué voy a hacer yo?

*Salomé* - Mira, hija, ya le he dicho a Zebedeo, mi marido, que te dé unas monedas por remendarle las redes. Con ese trabajito ya tendrás para ir tirando. Y si algo necesitas, me lo pides, que donde comen cuatro pueden comer ocho.

*Ana* - ¿Y qué comerá él, mi pobre Caleb? Allá en esas cuevas... Viviendo de la limosna que le quieran dar.

*Salomé* - Bueno, mujer, pero no llores, que tus muchachos te necesitan. No te pongas así, vamos...

Ya habían pasado dos semanas desde que se llevaron a Caleb de Cafarnaum. Una noche, mientras jugábamos a los dados en casa, mi madre Salomé entró con una olla llena de pedazos de pescado salado y unos panes.

*Santiago* - ¡Y van cuatro! Ganas tú, Jesús.

*Pedro* - ¡Seis y tres! Te toca, Santiago.

*Salomé* - A ver, muchachos, hay que llevarle esta comida al pobre Caleb. Su mujer no puede ir. Está mala y yo tengo que cuidarle los niños. Le dije que estuviera tranquila, que nosotros nos encargáramos.

*Santiago* - No seré yo el que vaya, vieja. ¿No querrás que me lleven a mí leproso para esas cuevas, ¿no? Eso se pega.

*Salomé* - Ya lo sé, Santiago, pero no hay que acercarse mucho. Das unos gritos para que él salga y se lo dejas ahí en el camino.

*Juan* - Uff... Con todo y eso...

*Salomé* - ¿Y tú, Pedro?

*Pedro* - Bueno, doña Salomé, a mí los leprosos me revuelven las tripas. Se me pone una cosa aquí que... ¡Creo que no me arrimo por allá ni aunque me den cien denarios!

*Salomé* - Muy valiente, narizón, muy valiente.

*Pedro* - Diga usted lo que quiera, que a todos nos pasa lo mismo. ¿No está viendo que aquí nadie se atreve?

*Santiago* - A ti, Jesús, ¿también te asustan los leprosos?

*Jesús* - A mí no es que me asusten, Santiago, pero...

*Salomé* - Bueno, pues a ver quién se decide de aquí a mañana. ¡Me he pasado un buen rato preparando este pescado y no es para que nos lo comamos después nosotros, caramba!

Después de mucha discusión, Jesús y yo nos decidimos a llevar la comida a Caleb. Cuando el sol aún no había salido, echamos a andar hacia las cuevas de los leprosos. Estaban a la salida de Cafarnaum, a la izquierda del camino que lleva a Corozaim.

*Jesús* - Llámalo, Juan. Si oye que eres tú, saldrá con más confianza.

*Juan* - ¡Eh, Caleb! ¡Caleb! ¿Dónde te has metido, caramba? Soy Juan, el de Zebedeo... ¡Caleb!

A1 poco rato, salió de una de las cuevas un hombre con el cuerpo todo cubierto de trapos y el pelo revuelto. Era Caleb, el pescador de Cafarnaum.

*Juan* - Míralo ahí, Jesús. Pero, me da no sé qué tirarle aquí la comida, como si fuera un perro.

*Jesús* - ¿Qué hacemos entonces?

*Juan* - Podríamos acercarnos un poco más. Se pondrá contento de vernos, pero... puede ser peligroso, esto se pega. No sé, si tú no quieres...

*Jesús* - Sí, Juan, vamos.

Jesús y yo nos fuimos acercando hacia el descampado en donde se había quedado Caleb. Cuando ya estábamos como a un tiro de piedra, nos detuvimos. Caleb lloraba.

*Caleb* - Juan, ¿cómo está mi mujer? ¿Y los niños?

*Juan* - No te preocupes por ellos, Caleb. Ana está remendando redes en el embarcadero. Trabaja y se gana sus denarios. Los muchachos tienen qué comer. Están bien.

*Jesús* - Y tú, ¿cómo estás, Caleb?

*Caleb* - ¿Y cómo voy a estar? ¡Muriéndome de asco! Con estos trapos... Hay muchos leprosos que ya están podridos. ¡Si no tenía esa maldita enfermedad, aquí voy a terminar agarrándola! ¡Yo quiero volver al lago a pescar, yo quiero estar con todos!

*Jesús* - Pero, ¿tienes todavía aquellas llagas en el brazo?

*Caleb* - ¡Sí, pero eso no es lepra! ¡Eso no es lepra! ¡Si Dios quisiera limpiarme! Pero Dios nunca viene por estas cuevas.

*Jesús* - Caleb, mira, doña Salomé se ha acordado de ti y te ha preparado este pescado y estos panes.

Jesús se acercó más, para darle la comida...

*Juan* - ¡Ten cuidado, moreno!

*Jesús* - A ver cómo están esas manchas, Caleb, déjame verlas.

Jesús le ayudó a quitarse los vendajes sucios que tenía enrollados en el brazo.

*Caleb* - Yo quiero volver a Cafarnaum...

*Jesús* - Pero, déjame ver las manchas, hombre...

*Caleb* - Mira cómo estoy... mira... ¡Mira! ¡No tengo nada! ¿Dónde están las llagas? Pero, ¡si estoy limpio! ¡Las manchas se fueron, estoy limpio!

*Juan* - Jesús, ¿qué pasó, ¿qué pasó?

*Caleb* - ¡Estoy curado, estoy curado!

*Juan* - ¿Qué le hiciste, Jesús?

*Jesús* - Pero, Juan, si yo...

*Caleb* - ¡Estoy limpio, estoy curado! ¡Ayúdenme a quitarme estos trapos! ¡Estoy curado!

*Jesús* - Caleb, no grites tanto, que van a salir todos de las cuevas. Ven, vamos a Cafarnaum. Tienes que presentarte al sacerdote para que él asegure que estás limpio.

*Caleb* - ¡Estoy limpio, estoy curado!

Al día siguiente, el rabino purificó a Caleb con la sangre de un pájaro ofrecido en sacrificio. Lo roció siete veces, lo declaró limpio y soltó en el campo otro pájaro como señal de la curación.

*Rabino* - Sí, es verdad, la carne está limpia y no hay ninguna señal blanca en ella. La lepra se ha ido. Estás curado, Caleb. Puedes volver a tu casa.

Caleb volvió a ser libre y a vivir con todos. Aquella noche hicimos una fiesta en el barrio de los pescadores para celebrarlo. Llorando de alegría, Caleb contaba lo que había pasado: decía que Jesús, el de Nazaret, era quien le había curado.(2) Y tanto corrió la noticia que Jesús tuvo que alejarse durante un tiempo de Cafarnaum.

Mateo 8,1-4; Marcos 1,40-45; Lucas 5,12-16.

---

1. La **lepra**, que en la Biblia engloba muchas otras enfermedades de la piel (erupciones, ronchas, manchas,



granos), era una enfermedad muy temida. Se la consideraba siempre como un castigo de Dios y se obligaba al leproso a separarse de su familia y de la comunidad y a vivir aislado. El leproso era, además de un enfermo repugnante, un impuro desde el punto de vista religioso y, por eso, eran los sacerdotes los que tenían que dictaminar tanto la enfermedad como la curación, si ésta se producía. En el Antiguo Testamento es muy extensa y pormenorizada la legislación sobre la lepra. Por ser una enfermedad tan horrible, era creencia popular que la lepra desaparecería cuando llegara el Mesías.

Los leprosos debían vivir apartados, en cuevas. No podían acercarse a las ciudades y, cuando iban por un camino, tenían que gritar para prevenir a los sanos de su impureza. El aislamiento al que se les sometía no estaba basado únicamente en el contagio que producía la enfermedad, sino en razones religiosas: estos enfermos eran "malditos de Dios". El hecho de que Jesús se acercara a los leprosos y los tocara fue, más que un gesto de compasión, una voluntaria violación de la ley religiosa que hacía culpable al que tocara a un impuro (Levítico 5, 3).

2. En los cuatro evangelios se le atribuyen a Jesús hasta 41 milagros. Mateo es el que cita mayor cantidad: 24. Y Juan, el que menos: 9. Las narraciones de milagros están estrechamente ligadas a toda la actividad de Jesús. La mayoría de los hechos milagrosos consignados son **curaciones** de distintas enfermedades. Aun los críticos más severos admiten que Jesús debió ser un hombre con poderes para sanar a los enfermos, para aliviarlos o para fortalecer su fe en que podían curarse. Poderes que son difíciles de precisar hoy a dos mil años de distancia. Desde un punto de vista teológico, los evangelios proponen que se vea en cada hecho milagroso no un portento extraordinario, sino un signo de liberación.

## 21- LA CALLE DE LOS JAZMINES

Al otro lado del embarcadero de Cafarnaum, estaba la calle de los jazmines. La gente le había puesto ese nombre porque en aquel rincón del barrio, en casas muy sucias con puertas pintarrajeadas, todo olía a jazmín. Era el perfume que usaban las prostitutas.(1) Jesús había conocido a una de ellas cuando estuvo en el Jordán. Se llamaba María. Había nacido en Magdala y desde hacía unos meses había venido a hacer negocio con los marineros del pueblo... Una noche, Jesús salió de la casa de Pedro y Andrés. Iba solo. Pasó frente al embarcadero, dejó atrás la sinagoga y el mercado y se fue a la calle de los jazmines.

*Prostituta*- ¡Eh, tú, forastero, entra aquí! Ven, ven... ¡No soy la más joven pero sí la más barata!

Jesús buscó una casucha de adobe y piedras negras, donde le dijeron que vivía María, la magdalena.(2) Empujó la puerta y se encontró en un patio estrecho y húmedo. Varios hombres, en cuclillas, esperaban allí. Todos tenían los ojos clavados en la cortina de cañas tras la cual la joven ramera forcejeaba con un mal cliente.

*Magdalena* - ¡Lárgate de aquí, qué caray, lárgate y no vuelvas si no tienes dinero! ¡Basura de hombre!  
¡Vete con tus porquerías donde otra!

*Hombre* - ¡Que el infierno te trague, sarnosa!

*Magdalena* - ¡Que te trague a ti primero, so asqueroso!  
¡Puah! ¿A quién le toca ahora?

Un viejo de dientes amarillos se levantó del suelo y avanzó hacia la prostituta. María estaba con la túnica desabrochada y el pelo todo revuelto. La lámpara del patio le iluminaba la cara: una cara muy joven y muy pintada. El viejo la empujó y se enredó con ella detrás de la cortina de cañas.

*Hombre* - Es una mala perra. ¡Si te descuidas, te muerde!

*Viejo* - Pero está de una sola pieza. ¡Una hembra que ni el mismo diablo la fabrica mejor!

*Hombre* - Oye, forastero, ¿cómo te llamas tú?

*Jesús* - Jesús.

*Hombre* - ¿Es la primera vez que vienes donde ésta?

*Jesús* - Sí, es la primera vez.

*Hombre* - Mira, te doy un consejo: como eres nuevo, te va a pedir cuatro. Págale dos. Si te grita, saca el cuchillo. Estas se aprovechan de los que vienen de fuera, ya sabes. Abre el ojo y no dejes tu

ropa al alcance de su mano.

Uno tras otro fueron entrando y saliendo. Jesús se quedó para el final. Al cabo de una hora, no había nadie más en el patio.

*Magdalena* - Eh, tú, ¿qué te pasa a ti? ¿Entras o no entras? Vamos, vamos, que quiero acabar por hoy, ¡maldita sea con estos marineros!

*Jesús* - ¡María!

*Magdalena* - ¿Qué? Oye, ¿quién eres tú?

*Jesús* - María, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas cuando hablamos junto al Jordán, en casa de la vieja que me dio aquellas rosquillas?

*Magdalena* - ¡Jesús! ¿Tú eres Jesús?

*Jesús* - Yo mismo. Acerca la lámpara...

*Magdalena* - Es que una conoce a tantos hombres... Y... ¿y qué haces tú por aquí?

*Jesús* - Llevo unos días en Cafarnaum. Vine a visitar a los amigos.

*Magdalena* - Ah, claro, me hablaron de un tipo nuevo que había llegado al pueblo, un campesino medio albañil o medio carpintero... pero lo más lejos que tenía yo era que fueras tú. Ven, entra, no te quedes ahí en el patio. ¡Caramba, me alegro de volver a verte!

*Jesús* - Yo también, María. Ayer me dijeron donde vivías y por eso vine.

*Magdalena* - ¿Y qué? ¿Trabajando en el muelle, en el mercado o dónde?

*Jesús* - Bah, haciendo algún trabajito aquí y otro allá. Si se te hunde el techo o se te rompe la escalera, avísame. Si necesitas herraduras, también.

*Magdalena* - ¿Y dónde estás viviendo, oye?

*Jesús* - Ahí, en el barrio de los pescadores. Con los amigos que conocí en el Jordán, ¿te acuerdas?

*Magdalena* - ¿Con Pedro, Santiago y esos tipos?

*Jesús* - Sí, somos buenos amigos.

*Magdalena* - ¡Pues qué amigos te has echado! Ya te lo dije: si los ves por esta esquina, dobla por la otra. Si te ofrecen cuatro, te dan dos. Y si te ofrecen dos, nada. Hablar mucho, eso es lo que saben. ¡Yo los conozco bien a todos!

*Jesús* - Bueno, déjalos tranquilos a ellos. Yo vine a saludarte a ti. Me dijeron que vivías por acá.

*Magdalena* - Sí, bueno, disculpa, con la sorpresa me olvidé del trabajo. Me voy quitando la ropa, espera...

*Jesús* - No, no, María, no vine a eso.

*Magdalena* - ¿Cómo?

*Jesús* - Que no vine a eso. Vine a saludarte.

*Magdalena* - Claro, no tienes dinero. Lo que dicen todos. Está bien, no te preocupes. Ya me lo pagarás después.

*Jesús* - No, María, te digo que no vine a eso.

*Magdalena* - Está bien, está bien. Me caíste simpático desde que te vi allá en el río. Por esta vez no te cobraré nada. Pero para la próxima, lo siento. Yo vivo de esto, ¿sabes? Si me pongo a hacer rebajas con todos, no gano ni para el sebo de la lámpara. El negocio es el negocio, ¿no te parece?

*Jesús* - Pero, María, te digo que he venido a saludarte simplemente. A conversar un rato contigo. ¿No me crees?

*Magdalena* - Ningún hombre entra por esa puerta a "saludarme simplemente". ¿Qué es lo que quieres tú? ¿Qué has venido a buscar?

*Jesús* - Nada, mujer, a conversar un rato.

*Magdalena* - Oye, paisano, ¿qué pasa contigo, eh?

*Jesús* - Eso digo yo. ¿Qué pasa contigo, María? Vengo a visitarte y me recibes peor que a un policía de la escolta de Herodes.

*Magdalena* - Vamos, vamos, ponte claro y desembucha. ¿Qué es lo que quieres de mí?

*Jesús* - Bueno, si te molesta que haya venido... me voy.

*Magdalena* - No, no te vayas, pero... es que no sé...

*Jesús* - Vamos, abróchate la túnica de una vez y siéntate. Dime, ¿cómo te ha ido desde que nos vimos allá en el Jordán? ¿Qué pasa, María, te has quedado muda? ¿O es que tienes miedo? Mira, no traigo puñal ni tampoco sé donde escondes tus monedas. María...

*Magdalena* - ¿Qué?

*Jesús* - No, nada. Lará, lará, larí... ¿Conoces esa música? Es lo que cantan en mi pueblo cuando van a cortar el trigo y... Ya veo que no la conoces. Escucha esta otra: lará la, lalaá, lá... Esta la cantan en la vendimia cuando están pisando la uva. Tampoco te suena mucho, ¿verdad? Oye, tú que llevas más tiempo en la ciudad, ¿dónde puedo yo encontrar un zapatero, barato pero bueno, que me haga un par de sandalias? Porque estas mías ya tienen las correas podridas y... Mira, fíjate qué agujeros... ¡por ahí pasa un camello con joroba y todo! Por eso te preguntaba si tú conoces a un... ¿Sabes una cosa, María? A mi madre le gustaron muchísimo las rosquillas de miel que me dio aquella paisana de Betabara, ¿te acuerdas? Sí, hombre, aquella vieja amiga tuya... ¿cómo se llamaba? Espérate, que lo tengo en la punta de la lengua... Sinforiana. No, Sinforiana no... ¡Sinforosa!

*Magdalena* - Qué Sinforiana ni Sinforosa. Se llamaba Rut.  
*Jesús* - Rut, eso, Rut. Ya decía yo que comenzaba con erre...  
*Magdalena* - ¡Ay, caramba, el río Jordán! Qué lástima, ¿verdad?  
*Jesús* - ¿El qué, María?  
*Magdalena* - Eso, que todo haya acabado como acabó. ¿Has sabido algo del profeta Juan?  
*Jesús* - No, no se sabe nada nuevo. Que sigue preso. Que Herodes no se atreve a soltarlo por miedo a su mujer ni tampoco se atreve a matarlo por miedo al pueblo.  
*Magdalena* - ¡Qué asco de vida! Los profetas en la cárcel y los canallas sentados en el trono.  
*Jesús* - Era un buen tipo ese Juan, ¿verdad?  
*Magdalena* - ¿Un buen tipo? Di mejor: un buen tonto. "Viene el Reino de Dios, viene el Mesías". Y los que vinieron fueron los soldados y se lo llevaron preso y le taparon la boca.  
*Jesús* - Él tiró una semilla. Detrás viene otro a regarla. Y detrás, otro a cosecharla.  
*Magdalena* - Tú debes ser medio tonto como el profeta, ¿verdad?  
*Jesús* - ¿Qué crees, María? ¿Habrá algún día justicia en esta tierra?  
*Magdalena* - ¿Cómo dices?  
*Jesús* - Que si llegará algún día esa justicia que el profeta Juan anunciaba.  
*Magdalena* - No lo sé ni me interesa. De cualquier manera, nosotras seremos las últimas de la cola.  
*Jesús* - ¿De qué cola?  
*Magdalena* - Para entrar en ese Reino del Mesías que hablan ustedes. Dicen que Dios se tapa la nariz cuando una, como yo, pasa frente a la sinagoga. Oye, espérate, que se me está apagando la luz del patio. Déjame echarle un poco más de aceite.  
*Jesús* - ¿Te pasas la noche con la lámpara encendida?  
*Magdalena* - ¿Y qué remedio? Si ven la casa oscura no entran. Y como está de cara la vida, no se le puede decir que no a los clientes ni aunque vengan de madrugada. Ya ves, toda la noche esperando a que venga un asqueroso a babearte encima. ¿Por qué te quedas callado?  
*Jesús* - No, estaba pensando... Quizás tú estás mejor preparada que nadie.  
*Magdalena* - ¿Preparada para qué?  
*Jesús* - Nada, tonterías mías. Escucha, María, cuando yo era muchacho, allá en Nazaret, le tenía miedo a los ladrones. Imagínate, ahora me río: ¿qué nos iban a robar a mis padres y a mí en aquella choza? Nada, dos cacharros viejos. Pero yo les

tenía miedo. Y a veces me pasaba la noche con un ojo abierto, vigilando al ladrón.

*Magdalena* - ¿Y a qué viene eso?

*Jesús* - Que una noche pensé: Dios debe ser como un ladrón, que llega cuando uno menos uno lo espera. Lo importante es que la casa no esté oscura para que él pueda encontrar la puerta. Y aquel día le dije a mi madre que no apagara la lámpara en toda la noche, por si acaso Dios llegaba.(3)

*Magdalena* - ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

*Jesús* - No apagues la lámpara, María. A lo mejor, en el momento menos pensado, viene alguien que no esperabas.

*Magdalena* - Pues mira, tú has venido hoy y no te esperaba.

*Jesús* - Y ya voy despidiéndome. Se me hace tarde.

*Magdalena* - No te vayas. Es temprano todavía.

*Jesús* - Para ti siempre es temprano. Pero yo tengo que madrugar para arreglar una reja de arado.

*Magdalena* - ¿De verdad que... que sólo viniste a... a hablar conmigo?

*Jesús* - Sí. ¿Qué tiene eso de malo? ¿Te molesta que haya venido?

*Magdalena* - No, no... Lo que pasa es que... Desde que llegué a esta cochina ciudad nadie...

*Jesús* - ¿Nadie qué?

*Magdalena* - Eso, que nadie había venido a hablar conmigo... a saludarme.

*Jesús* - Bueno, será que no te conocen todavía.

*Magdalena* - O que ya me conocen demasiado.

*Jesús* - Adiós, María. Que puedas descansar un poco.

*Magdalena* - Espera, Jesús. ¿Te vas a quedar mucho tiempo en Cafarnaum?

*Jesús* - No lo sé todavía. A lo mejor...

*Magdalena* - ¿Volverás por aquí?

*Jesús* - Claro que sí, mujer. Y cuando vuelva, espero que tengas la lámpara encendida. ¡Adiós, María, hasta otro rato!

María vio cómo Jesús se alejaba por la oscura callejuela, la calle de los jazmines, como la gente decía. Después, regresó al cuarto, se arregló las pinturas de la cara y se tumbó en la estera del suelo, esperando. Aquella noche no vino nadie más. Pero la lámpara quedó encendida hasta que los gallos de Cafarnaum anunciaron el nuevo día.

---

1. No sólo por la "impureza" de su oficio, sino por su condición, una de las más bajas en la sociedad de tiempos de Jesús, las **prostitutas** eran mujeres marginadas y despreciadas por todos. No por Jesús, que habló de ellas

poniéndolas por modelo de apertura al mensaje liberador y, por esto, primeras destinatarias del Reino de Dios (Mateo 21, 31). Las palabras de Jesús y su actitud positiva hacia las prostitutas -María Magdalena formó incluso parte del grupo de sus seguidores-, constituyeron un gravísimo escándalo para las personas religiosas de su tiempo.

2. Jesús no sólo dijo que Dios abre privilegiadamente las puertas de su Reino a las prostitutas, sino que se acercó especialmente a una de ellas, a **María, la magdalena**. La condición de María y la relevancia que le dan los evangelios han dado origen en algunas novelas y películas a una interpretación de su relación con Jesús como la de un enamoramiento frustrado. Sin entrar o salir de esta hipótesis -sin más base que la imaginación literaria-, lo más importante es la enorme capacidad que tendría Jesús para hacerse amigo y dar esperanza a unas mujeres que, al ser objeto del desprecio de todos, se menospreciaban también a sí mismas. Al actuar así, Jesús cumplía la promesa de los profetas: Dios sale a buscar a los perdidos (Ezequiel 34, 16).

3. En tiempos de Jesús las casas se iluminaban con **lámparas** de aceite. Se hacían habitualmente de arcilla y tenían dos aberturas, una para colocar la mecha y otra para echar el aceite. Las lámparas ardían con frecuencia toda la noche, con el fin de alejar los malos espíritus. Se han encontrado muchas de estas lámparas en el interior de las sepulturas de la época.

## 22- LA BUENA NOTICIA

Llegamos a Nazaret, el pueblo donde Jesús se había criado. Yo hice el viaje con él desde Cafarnaum. Era sábado, día de descanso. A primera hora de la mañana, los nazarenos se apretujaron en la pequeña y desvencijada sinagoga.(1) Los hombres venían envueltos en sus mantos de rayas negras y blancas. Algunos entraban mascando dátiles para matar el hambre, aunque eso estaba prohibido. Las mujeres se quedaban a un lado, según la costumbre, detrás de la reja trenzada. Allí, entre las demás aldeanas, estaba también María, la madre de Jesús.

*Todos* - Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, sólo el Señor.(2) Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas estas palabras que Yo te mando hoy...

Comenzábamos la ceremonia rezando a coro la oración de la mañana. Después venían las dieciocho plegarias rituales. Cuando llegó el momento de la lectura, el viejo rabino le hizo una señal a Jesús, que estaba a mi lado. Jesús se abrió paso entre sus vecinos y se acercó a la tarima donde estaban guardados los libros santos. Un muchacho joven abrió la caja de madera de sándalo y sacó los pergaminos. (3) En aquellos folios estaba escrita, en letras rojas y negras, la Ley de Dios. Era la Santa Escritura donde los sabios de Israel, a lo largo de mil arios, habían escudriñado detrás de cada palabra, detrás de cada sílaba, la voluntad del Señor. Jesús tomó el libro del profeta Isaías. Desenrolló el pergamino, lo levantó en alto con las dos manos y comenzó a leer a tropezones, como leen los campesinos que no han tenido mucha escuela.

*Jesús* - El espíritu del Señor está sobre mí.  
El espíritu del Señor me ha llamado  
y me envía a los pobres para darles  
la buena noticia que tanto esperan: ¡su  
liberación!  
Los corazones rotos van a ser vendados,  
los esclavos saldrán libres,  
los presos verán la luz del sol.  
Vengo a pregonar el Año de Gracia del Señor,  
el Día de Justicia de nuestro Dios:  
para consolar a todos los que lloran,  
para poner sobre sus cabezas humilladas  
una corona de triunfo,  
vestidos de fiesta en vez de ropa de luto,  
cantos de victoria en vez de lamentaciones.



Jesús acabó de leer.(4) Enrolló el pergamino, se lo devolvió al ayudante de la sinagoga y se sentó en silencio. Todos teníamos los ojos clavados en él, esperando el comentario de aquellas palabras. Jesús también parecía esperar algo. Con la cabeza entre las manos, se le notaba muy nervioso. Estuvo así unos momentos. Después se puso en pie y comenzó a hablar.

*Jesús* - Vecinos... yo... Vecinas... yo... la verdad, yo no sé hablar delante de tanta gente... perdonen que... que no sepa hablar como los sacerdotes o los doctores de la Ley. Bueno, yo soy un campesino como ustedes y no tengo mucha palabra. De todas maneras, yo le agradezco al rabino que me haya invitado a comentar la Escritura...

*Rabino* - ¡No te pongas nervioso, muchacho! Di cualquier cosa, lo que se te ocurra. Y después, cuéntanos un poco lo que ha pasado en Cafarnaum, lo del leproso. La gente anda diciendo muchas cosas raras.

*Jesús* - Bueno, vecinos, yo quisiera decirles que... que estas palabras del profeta Isaías son... son algo muy grande. Estas mismas palabras se las escuché al profeta Juan allá en el desierto. Juan decía: "Esto va a cambiar, el Reino de Dios se acerca". Y yo pensaba: sí, Dios se trae algo entre manos, pero... pero, ¿qué? ¿Qué es lo que tiene que cambiar? ¿Por dónde comienza el Reino de Dios? No sé, pero ahora, cuando acabo de leer estas palabras de la Escritura, me parece que ya he comprendido de qué se trata.

El olor a sudor de los nazarenos se mezclaba con el incienso quemado y apenas se podía respirar. El aire caliente de la sinagoga comenzó a llenarlo todo. Jesús también sudaba muchísimo.

*Jesús* - Vecinos... escúchenme... yo... yo... les anuncio una alegría muy grande: nuestra liberación. Nosotros, los pobres, nos hemos pasado la vida doblados sobre la tierra, como animales. Los grandes nos han puesto un yugo muy pesado sobre los hombros. Los ricos nos han robado el fruto de nuestro trabajo. Los extranjeros se han adueñado del país y hasta los sacerdotes se pasaron al bando de ellos y nos amenazaron con una religión hecha de leyes y de miedo. Y así estamos, como nuestros abuelos en Egipto, en tiempos del Faraón. Hemos comido un pan amargo, hemos bebido ya muchas lágrimas. Y tantos palos nos han dado, que hemos llegado

hasta a pensar que Dios ya se olvidó de nosotros. No, vecinos, no, comadres, el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, cerquísima.

El viejo Ananías, dueño del lagar y del molino de aceite, dueño de las tierras que bordeaban la colina de Nazaret y se extendían hacia Caná, levantó su bastón como si fuera un larguísimo dedo acusador.

*Ananías* - Oye tú, muchacho, hijo de María, ¿qué locuras estás diciendo? ¿Quieres explicarme qué es lo que tiene que cambiar? ¿A quién te estás refiriendo?

*Jesús* - Todo tiene que cambiar, Ananías. Dios es un padre y no quiere ver a sus hijos ni a sus hijas tratados como esclavos ni muertos de hambre. Dios toma el nivel como un albañil para nivelar el muro: ni ricos ni pobres, todos iguales; ni faraones ni esclavos, todos hermanos. Dios baja de su andamio del cielo y se pone del lado de nosotros, los pisoteados de este mundo. ¿No hemos oído siempre que Dios ordenó el Año de Gracia?(5) ¿No lo acabamos de escuchar? Dios quiere que cada cincuenta años haya un año de tregua. Que cada cincuenta años se rompan todos los títulos de propiedad, todos los papeles de deudas, todos los contratos de compra y venta. Y que la tierra se divida a partes iguales entre todos. Porque la tierra es de Dios, y de Dios también todo lo que hay en ella. Que no haya diferencias entre nosotros. Que a nadie le sobre ni a nadie le falte. Eso fue lo que ordenó Dios a Moisés hace mil años y todavía está esperando, porque ninguno lo cumplió. Ni los gobernantes, ni los terratenientes, ni los usureros quisieron cumplir el Año de Gracia. ¡Y ya es hora de que se cumpla!

Todos estábamos en silencio, con la boca abierta, asombrados de lo bien que se expresaba el hijo del obrero José, el hijo de la campesina María.

*Vecino* - Esas palabras suenan bonitas, Jesús. Pero con palabras no se come. "¡Liberación, liberación!" Pero, ¿para cuándo, dime, para la otra vida, para después de la muerte?

*Jesús* - No, Esaú. En la otra vida sería muy tarde. El Año de Gracia es para esta vida. El Reino comienza en esta tierra.

*Vieja* - ¿Cuándo, entonces? ¿Cuando a los ricos se les ablande el corazón y nos repartan el dinero que tienen amontonado?

*Jesús* - Las piedras no se ablandan por dentro, Simeón. Hace falta un martillo.

*Susana* - ¿Cuándo entonces, Jesús, cuándo se va a cumplir esa profecía que acabas de leer?

*Jesús* - Hoy, Susana. Hoy mismo. Hoy vamos a comenzar. Claro que no es lucha de un día. Una roca no se rompe de un solo martillazo. A lo mejor nos pasamos otros mil años como Moisés. O dos mil. Pero nosotros también cruzaremos el Mar Rojo y seremos libres. ¡Hoy nos ponemos en marcha!

*Jesús* ya no temblaba. Con sus dos manos, grandes y callosas, se agarró fuertemente al borde de la tarima y respiró hondo como el que toma impulso cuando va a dar un salto. Iba a decir algo importante.

*Jesús* - Yo quisiera decirles... Yo siento en mi garganta, apretujadas como flechas en la mano de un arquero, las voces de todos los profetas que hablaron antes de mí, desde Elías, aquel valiente del Carmelo, hasta el último profeta que hemos visto entre nosotros: Juan, el hijo de Zacarías, al que el zorro Herodes tiene preso en Maqueronte. Vecinos: ¡Ya se acabó la paciencia de Dios! Esta Escritura que les acabo de leer no es para mañana: es para hoy. ¿No se dan cuenta? Se está cumpliendo ante los ojos de ustedes.

El viejo rabino se rascó la coronilla con aire preocupado...

*Rabino* - ¿Qué quieres decir con eso de que se está cumpliendo ante nuestros ojos? Delante de mis ojos tengo el Libro Santo de la Ley, bendito sea el Altísimo. Y junto al Libro, estás tú, comentando lo que has leído en él.

*Jesús* - Yo hago más esas palabras que están escritas en este Libro. Perdonen que les hable así, vecinos, pero...

*Jesús* se detuvo. Nos miró a todos lentamente como pidiendo permiso para decir lo que iba a decir.

*Jesús* - Cuando el profeta Juan me bautizó en el Jordán, yo sentí que Dios me llamaba para proclamar esta buena noticia. Y por eso, yo quiero hoy...

*Vecino* - ¡Ten cuidado con lo que dices, Jesús! ¿Quién te crees que eres? ¡Tal como hablas, te estás comparando con el profeta Elías y con Juan el bautizador!

*Jesús* - Yo no me comparo con nadie. Yo sólo anuncio la

liberación para nosotros los pobres!

Un anciano con doble joroba como los camellos soltó una carcajada...

*Viejo* - ¡Médico, cúrate a ti mismo!

*Jesús* - ¿Por qué me dices eso de médico cúrate a ti mismo?

*Viejo* - ¿Que por qué? ¡Porque nosotros estamos mal, pero tú peor! ¿De qué miseria nos vas a sacar tú, si tú eres el mayor harapiento de Nazaret? Mira a tu madre ahí, detrás de la reja. Vamos, doña María, no se esconda, que todos la conocemos aquí. Y tu padre José, que en paz descanse, ¿quién fue? Un pobre diablo, como todos nosotros. Y mira aquí a tus primos y a tus primas. Por los pelos de Abraham, ¿de qué nos vas a librar tú que no tienes ni un cobre en el bolsillo?

*Vecina* - ¡Yo creo que a este moreno se le ha subido el humo a la cabeza!

*Rabino* - ¡Esperen, hermanos, déjenlo hablar ¡Déjenlo hablar!

*Vecino* - ¡Basta ya de palabrerías! ¡Haz un milagro!

*Vecina* - ¡Eso, eso, un milagro!

*Vecino* - ¡Cuéntanos lo que pasó en Cafarnaum! ¡Si aprendiste alguna brujería para limpiar leprosos y curar a las viudas con fiebres malas!

*Vecina* - Eh, usted, doña María, ¿quién le enseñó a su hijo esos trucos?

*Rabino* - ¡Un momento, un momento! Jesús, ¿oyes lo que dicen? Tienen razón, hijo. ¿Tú no hablas de liberación? Pues comienza aquí en tu pueblo, que la buena caridad empieza por casa.

*Vecino* - ¡Si curaste a los leprosos de Cafarnaum, cura a los de aquí!

*Vecina* - Vamos, ¿qué esperas? ¡Mira cómo tengo las piernas: ¡llenas de úlceras!

*Jesús* - La historia se repite, vecinos. La historia se repite. En tiempos del profeta Elías había muchas viudas necesitadas, pero Elías fue enviado a la ciudad de Sarepta, en tierra extranjera. Y en tiempos de Eliseo había muchos leprosos en Israel y el profeta curó a Naamán el sirio, que también era un extranjero.

*Vecino* - Oye, tú, ¿qué quieres decir con eso?

*Jesús* - Nada, que pasa lo de siempre. Que ningún profeta es bien recibido en su tierra. Está bien, me voy otra vez a Cafarnaum.

Los nazarenos comenzaron a patear y a silbar contra Jesús...

Vecino - No, tú no te vas a Cafarnaum: ¡tú te vas al cuerno! ¿Habrás visto un charlatán mayor que éste?

Todos - ¡Charlatán! ¡Embustero! ¡Sáquenlo de ahí!  
¡Fuera, fuera!

Los hombres, con los puños apretados, se lanzaron sobre la tarima donde estaba Jesús, mientras las mujeres chillaban detrás de la reja. La pelea había comenzado y las viejas piedras de la sinagoga retemblaron con el griterío de los nazarenos.

Mateo 13,53-58; Marcos6,1-6; Lucas 4,16-28.

---

1. En Nazaret se conserva una pequeña **sinagoga** edificada sobre los restos de la del tiempo de Jesús. Aquella debió ser una construcción aún más pequeña que la actual, por tener tan pocos vecinos la aldea. Como todas las sinagogas, estaba orientada de tal forma que, al rezar, el pueblo miraba hacia el Templo de Jerusalén, centro religioso del país. En la sinagoga, los varones se cubrían la cabeza con un manto y las mujeres no se mezclaban con ellos. Se les destinaba un lugar apartado, separado por una rejilla. Tampoco en la sinagoga las mujeres podían leer en público las Escrituras ni comentarlas.

2. Cuando el pueblo se reunía los sábados en la sinagoga, comenzaba siempre la oración con la recitación del "Shema" ("**Escucha Israel**") (Deuteronomio 6, 4-9.). Es una de las plegarias preferidas de la piedad judía, que tiene hasta el día de hoy la costumbre de escribirla y colocarla en el marco de la puerta de las casas. Después de esta oración seguían otras 18 plegarias rituales que precedían a la lectura de las Escrituras.

3. El lugar más sagrado de la sinagoga se encontraba en la pared que se orientaba hacia Jerusalén. Allí se guardaban los **pergaminos** de la Torá (Ley), donde estaban escritos los libros sagrados, los que hoy se conocen como Antiguo Testamento. No eran libros como los actuales, sino pergaminos enrollados. Se guardaban en cajas de madera artísticamente labradas. Era costumbre que cualquiera de los hombres presentes en la sinagoga leyera un fragmento de la Escritura y después lo comentara a sus paisanos según su inspiración. Esta misión no era exclusiva de los rabinos y participaban en ella los laicos varones. El texto que Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret, momento

con el que dio comienzo a su actividad pública, lo tomó del capítulo 61 del libro del profeta Isaías en los versos 1 al 3.

4. Jesús, como todos los israelitas de su tiempo, hablaba en arameo, pero al **leer** tenía que emplear el hebreo. El arameo es una lengua del mismo tronco lingüístico que el hebreo, hablada aún en algunos pueblos de Siria. Se usaba en todo el país como lenguaje familiar y popular desde unos cinco siglos antes de nacer Jesús. A partir de aquella época, el hebreo se limitó a ser la lengua de los doctores de la Ley. En hebreo se escribían las Escrituras. El rollo en el que leyó Jesús en la sinagoga de Nazaret estaba escrito en hebreo. Jesús, un campesino nada familiarizado con esa lengua culta y además hombre de pocas letras, titubearía al leer en público.

5. El **Año de Gracia** era una institución legal muy antigua que se remontaba a los tiempos de Moisés. Se llamaba también Año del Jubileo, porque se anunciaba con el toque de un cuerno llamado en hebreo "yobel". El Año de Gracia debía cumplirse cada 50 años. Al llegar esa fecha, las deudas debían anularse, las propiedades adquiridas debían volver a sus antiguos dueños con el fin de evitar la excesiva acumulación y los esclavos debían ser dejados en libertad. La ley era expresión y proclamación de que el único dueño de la tierra es Dios. Desde el punto de vista social ayudaba a mantener unidas a las familias en torno a un patrimonio suficiente para garantizar una vida digna. Era también un memorial de la igualdad original que existió al llegar el pueblo de Israel a la Tierra Prometida cuando nada era de nadie y todo era de todos (Levítico 25, 8-18). En el mismo sentido existía también la institución del Año Sabático, que debía cumplirse cada siete años. Estas instituciones legales se entendían como leyes de liberación. Así fueron proclamadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret, donde se presentó el cumplimiento del Año de Gracia como el punto de partida para iniciar un cambio urgente en el país dada la gran diferencia que existía entre pobres y ricos.

### 23- UN PROFETA EN SU CASA

Aquella mañana, cuando Jesús leyó las palabras del profeta Isaías en la pequeña sinagoga de Nazaret, sus vecinos se enfurecieron contra él. Enseguida se alzaron gritos de protesta y maldiciones. La algarabía creció tan rápido que, cuando el rabino quiso poner orden en aquel avispero, era ya demasiado tarde.

*Vecino* - ¿Profeta tú?(1) Ja, ja, ja... ¡Un profeta con harapos!

*Vecina*- Dice que viene a liberarnos. Pero, ¿qué se habrá creído este lechuguino? ¿Quién rayos te pidió nada a ti, hijo de María? ¡Lárgate y déjanos en paz!

*Viejo* - Saquen fuera a ese enredador, vamos, échenlo fuera, que aquí nada se le ha perdido.

Los nazarenos se abalanzaron sobre Jesús con los puños en alto. Cuatro brazos cayeron sobre él y lo bajaron de la tarima donde se explicaban las Escrituras. A empujones lo sacaron por la estrecha puerta del fondo. Todos salieron detrás, chillando y silbando.

*Vecino* - ¡Al basurero! ¡Tírenlo por el basurero!

*Vecina* - ¡Sí, sí, al basurero!

Los vecinos empujaban a Jesús hacia un barranco de poca altura donde las mujeres quemaban la basura todos los viernes.

*Ananías* - ¡Llegar a viejo para oír tantas estupideces!

Don Ananías, el más rico del caserío, alzó en el aire su bastón y lo descargó con toda su furia sobre Jesús.

*Ananías* - ¡Por meterte donde no te llaman!

La cosa se estaba poniendo fea. Yo traté de calmarlos, pero...

*Juan* - ¡Paisanos, por favor, escuchen un momento, no sean...

No pude acabar lo que iba a decir. Un nazareno gordísimo se quitó una de las sandalias y me la disparó con toda su fuerza...

*Vecino* - ¡Chúpate ésa, compadrito!

La sandalia me dio en mitad de la cara y comencé a sangrar por la nariz. Jesús también sangraba y tenía la túnica hecha trizas.

*Vecina* - ¡Al basurero! ¡Al basurero! ¡Los charlatanes al basurero!

Me acuerdo bien de aquella refriega. Ahora me río, pero en aquel momento pasamos un buen susto. Los vecinos de Jesús estaban muy furiosos y no querían saber nada de él. Bueno, eso ya se sabe. Cuando Moisés fue a hablarles a los suyos, allá en Egipto, también lo tildaron de entrometido y lo echaron fuera. Y otro tanto le pasó a David, perseguido por sus mismos compatriotas. Y a José, que lo vendieron sus propios hermanos. Así pasa siempre. Ningún profeta es bien recibido en su casa.

*Vecino* - ¡No necesitamos que nadie venga a resolvernos los problemas! ¡Y menos tú, cuentista!

*Viejo* - ¡Oye, pedazo de animal no me empujes!

*Vecino* - ¡¿Qué dijiste tú?!

*Viejo* - ¡Lo que oíste tú: que eres un pedazo de animal!

*Vecino* - ¡Atrévete a repetir eso y te saco el bofe!

*Viejo* - ¡Pedazo de animal, oyes, pedazo de animal y animal entero!

*Vecino* - ¡Ahora vas a saber!

Nazaret era un caserío violento y de mala fama. El sol no se acostaba sin que los nazarenos escupieran siete maldiciones y se enredaran a puñetazos por cualquier malentendido. A los pocos segundos, sus vecinos se olvidaron de Jesús y de las palabras que había dicho en la sinagoga. La pelea era de todos contra todos.

*Vecino* - ¡Imbécil, raca, te vas a tragar esa lengua asquerosa!

*Viejo* - ¡Págame lo que me debes o te degüello ahora mismo!

Los niños también se metieron en el barullo. Algunos recogían piedras para los viejos que no podían usar los puños. Las mujeres, por su lado, se arrancaban los pañuelos de la cabeza, se agarraban por los moños y se arañaban la cara.

*Susana* - ¡A ti te voy a desmigajar yo, greñuda del demonio!

Susana estaba revolcada por el suelo, peleando con la novia del carnicero Trifón. Vi también a María, la madre de



Jesús, con los ojos enrojecidos y todos los pelos revueltos, tratando de acercarse a nosotros. Fue entonces cuando se oyó aquel grito estentóreo detrás de nosotros...

*Judas* - ¡Basta ya de pelear! ¡Basta ya!

Eran dos hombres, uno encaramado sobre las espaldas del otro, como un jinete sobre un caballo. El de abajo era un gigantón rubio y pecoso. Se llamaba Simón. El de arriba era también joven y fuerte. Llevaba atado al cuello un pañuelo amarillo. En su mano derecha brillaba la hoja de un puñal. Era Judas, el de Kariot.(2) Los dos zelotes se acercaron a los nazarenos.(3)

*Judas* - Basta ya, compañeros. ¿Qué es lo que quieren? ¿Matarse entre ustedes, destruirse unos a otros? Esta pelea se acabó.

*Vecino* - ¿Y quién eres tú, si se puede saber?

*Judas* - Uno igual que tú, amigo. Igual que éste, igual que aquel otro.

*Vecino* - ¿Y quién te mandó meterte donde no te llaman?

*Judas* - Eso digo yo: ¿quién me manda meterme? Nadie. Pero me meto. ¿Y saben por qué? Porque me duele ver a los ratones mordiéndose mientras el gato se sonríe y se relame tranquilamente los bigotes.

*Vecino* - ¿Qué quieres decir con eso?

Judas guardó el cuchillo bajo la sudada túnica y de un salto bajó de los hombros de Simón. Los nazarenos olvidaron el motivo de la pelea y se pusieron a oír al recién llegado.

*Judas* - Escuchen, amigos: había una vez un gato con hambre. Y había tres ratones, uno blanco, uno negro y otro manchado, los tres bien escondidos en sus cuevas. El gato pensó: ¿qué puedo hacer para comérmelos? Las patas no me caben en la cueva. ¿Qué haré? Entonces, el gato se acercó en silencio al primer agujero donde dormía el ratón blanco y susurró: ratoncito blanco, dice el ratoncito negro que tú eres un bribón. Y luego se arrimó a la cueva del negro y dijo: ratoncito negro, dice el ratoncito blanco que tú eres un cobarde. Y luego fue donde el tercer ratón: ratoncito manchado, dicen los otros dos que tú eres el más imbécil de los tres.

*Vecina* - ¿Y qué hicieron entonces los ratones?

*Judas* - Lo mismo que nosotros. Salieron de sus cuevas y comenzaron a pelear entre ellos. Y acabaron tan cansados que ni fuerzas tenían para correr y esconderse. Entonces vino el gato risueño, los

agarró uno a uno por la cola, y ¡zas!, se los tragó. Eso es lo que quieren estos romanos invasores: echarnos a pelear entre nosotros para tragarnos después. Compañeros, nos quieren dividir. Divide y vencerás, así dice el águila romana que tiene dos cabezas. ¿Ven este pañuelo que llevo al cuello? Me lo regaló Ariel, nieto legítimo de los Macabeos.(4) Aquellos sí fueron buenos patriotas. Aquellos no gastaron su fuerza peleando contra sus hermanos.

*Vecina* - ¡Eso que dice Judas el de Kariot es verdad! ¡Los enemigos son otros!

*Judas* - Tú lo has dicho, mujer. Guarden el cuchillo para el pescuezo de los extranjeros. Guarden las piedras para la cabeza de Herodes y su gente. Guarden la fuerza para pelear contra ellos cuando llegue la hora.

Entonces Judas sacó el cuchillo. Con una mano se agarró un mechón de pelo y con la otra lo cortó de un tajo. Luego echó al aire los cabellos, con un juramento...

*Judas* - ¡Libres como estos pelos que me corto, así queremos ser! ¡Que el Dios de los Ejércitos me corte a mí por medio si no lucho por la libertad de los míos! ¡Por la libertad del pueblo de Israel!

Los nazarenos ya tenían bastante para conversar y entretenerse aquella tarde. Cada uno volvió a su choza sacudiéndose el polvo de los mantos. La pelea les había abierto el apetito. Judas y Simón, los dos zelotes, se acercaron a nosotros.

*Judas* - ¿Cómo está ese trueno, el hijo del Zebedeo?

*Simón* - ¡Te conocimos la barba desde lejos, Juan!

*Juan* - ¡Y yo también a ustedes! ¡Vaya sorpresa de encontrarte por estos rincones, Judas! ¡Caramba, Simón, tanto tiempo sin verte!

*Simón* - ¿Qué tal, Juan? ¿Y los demás muchachos? ¿Todavía echando redes para sacar cangrejos?

*Juan* - Miren, les presento a un amigo: este moreno es nacido aquí mismo, en Nazaret. Pero ahora está viviendo con nosotros en Cafarnaum. Se llama Jesús y tiene buenas ideas en la mollera, sí señor. Mira, Jesús, este gigante lleno de pecas es Simón, el zelote más fanático de todo el movimiento. Le pega un puñetazo a un guardia romano y, antes que él guardia voltee la mejilla derecha, ya le pegó otro en la izquierda. Y este del pañuelo amarillo es Judas, un patriota como

no hay dos. Nació lejos de aquí, en Kariot, pero ya sabe escupir entre los dientes como nosotros los galileos.

*Jesús* - Me alegro de saludarte, Judas, y... y también te doy las gracias.

*Judas* - Las gracias, ¿por qué?

*Jesús* - ¿Cómo que por qué? Porque nos salvaste la vida, compañero. Si no llegan a venir ustedes, a Juan y a mí nos habrían madurado a palos.

*Simón* - Pero, ¿no dice Juan que son vecinos tuyos?

*Jesús* - Por eso mismo. ¿No has oído aquello de que el que come en tu mismo plato es el que primero levanta el calcañar contra ti?

*Simón* - Tienes razón, así es. Bueno, Judas, se nos hace tarde. Vámonos ya.

*Juan* - ¿Van hacia Caná?

*Judas* - No, a Séforis. Ha habido un soplón en el grupo de allá y queremos averiguar quién es. No podemos permitir ninguna traición entre los zelotes.

*Juan* - Bien dicho, Judas. Duro con los traidores.

*Judas* - Oye, Jesús, me gustaría hablar más largo contigo. A lo mejor puedes colaborar en nuestra lucha.

*Jesús* - Y a lo mejor, Simón y tú pueden echarnos una mano a nosotros. También tenemos planes.

*Judas* - Claro que sí, compañero, para eso estamos, para ayudarnos unos a otros. Bueno, Juan, hasta la vista. Jesús, te veré en Cafarnaum.

*Juan* - Hasta pronto, Judas. ¡Que el pañuelo de los Macabeos te de suerte!

*Simón* - ¡Adiós, muchachos, hasta otro rato!

*Jesús* - ¡Adiós, adiós! Ven, Juan, vamos pronto donde mi madre, que a esta hora debe estar más preocupada que los albañiles de la torre de Babel.

Jesús y yo fuimos andando hacia la casa de María. Mientras tanto, ningún nazareno tenía quieta la lengua.

*Viejo* - ¡Esto sí tiene canela, compadre! Mira que venir aquí a dárselas de profeta! ¡Ja! ¡Profeta ese moreno que yo vi nacer y que le he limpiado los mocos más de 40 veces!

*Vecina* - ¡A mí es que me dan rabia estos agitadores de medio pelo! ¡Hablan de paz y lo que traen es la espada! ¡Mucho amor y mucho cuento y mira la que arman!

*Vecino* - ¡Caramba con el hijo de María! Tan buena persona siempre, tan complaciente... y míralo por dónde salió. Bueno, ya se veía venir. Malas compañías, tú sabes, la madre demasiado blanda...

María - ¡Ay, hijo, por Dios, qué vergüenza, qué vergüenza!

Susana - Di mejor qué atrevimiento. ¡Parece mentira, Jesús!

María - Ay, hijo, ¿y qué vas a hacer ahora?

Jesús - Nada, mamá. Vuelvo a Cafarnaum. No te angusties por mí.

Susana - Yo te lo advertí, María. Dime con quién andas y te diré quién eres. Mira este peludo que vino con él...

Juan - Oiga, señora, yo no...

Susana - Tú eres uno de ellos, de esos agitadores de Cafarnaum. Que si Pedro tirapiedras, que si el flaco Andrés, que si Santiago el pelirrojo... ¡Vaya amiguitos que te has echado! ¿Y no viste a esos dos que vinieron encaramados como caballos? ¡Ay, qué juventud más alborotadora ésta!

Jesús - Vamos, Susana, déjese de eso, que usted también alborota cuando tiene oportunidad. ¡Yo la vi cuando tenía a la novia de Trifón agarrada por los moños!

María - Jesús, hijo, te lo suplico, hazlo por mí, no te metas en más líos.

Jesús - Pero, mamá, si yo no hice más que explicar lo que decía la Escritura y comenzaron las pedradas. ¿Qué culpa tengo yo? Dile a Dios que no hable tan claro. Me parece que es Dios el que tiene ganas de meterse en líos.

Al día siguiente, bien temprano, Jesús y yo hicimos el camino de regreso a Cafarnaum. Volvíamos golpeados y con moretones en el cuerpo. Pero estábamos contentos. Habíamos estrenado la voz para proclamar la buena noticia de la liberación de los pobres.

Lucas 4,28-30

---

1. En la sinagoga de Nazaret, Jesús dio un paso importante en la maduración de su conciencia. Aplicarse a sí mismo la frase de Isaías "El Espíritu está sobre mí" era una forma de reconocerse **profeta**, en la tradición de todos los profetas que le habían precedido. Después de su muerte y de dar testimonio de su resurrección, la iglesia primitiva acumuló sobre Jesús títulos para describir su misión: Señor, Hijo de Dios, Cristo. La historia que recogen los evangelios deja ver, sin embargo, que el título con que fue aclamado unánimemente por el pueblo y por sus discípulos fue el de profeta. El profeta se define en

oposición a la institución. A Jesús no debemos considerarlo como un teólogo o un maestro religioso más radical que otros, aunque dentro de la institución. No podía serlo. Le faltaba lo que hacía a los maestros de su tiempo: los estudios teológicos. La formación de los maestros era rigurosa, duraba muchos años, comenzaba desde la infancia. Cuando a Jesús le llamaron "rabí" (maestro, señor), le estaban aplicando un tratamiento que en su tiempo era habitual y que no debe traducirse como maestro en sentido de teólogo. Más bien, a Jesús lo acusaron los maestros de enseñar sin tener autorización (Marcos 6, 2).

2. **Judas** fue uno de los doce discípulos de Jesús. Llamarlo el Iscariote o el de Kariot puede hacer referencia a su lugar de origen: Keriot, pequeña aldea de la región de Judá. Especialistas en el tema de los zelotes, movimiento clandestino y armado de oposición a la ocupación romana, ven en el apelativo "iscariote" una deformación de "sicario". Los sicarios eran el grupo más fanáticamente nacionalista entre los zelotes. Se llamaban así porque usaban "sicas" (puñales o dagas) para cometer atentados terroristas contra los romanos.

3. Simón, uno de los doce discípulos del grupo de Jesús es apodado en el evangelio como "el cananeo" o "el **zelote**" (Lucas 6, 15). El apodo que Jesús dio a los hermanos Santiago y Juan, al llamarlos "boanerges" (hijos del trueno), y el sobrenombre que dio a Simón Pedro, llamándolo "barjona", parecen ser nombres de lucha relacionados con el movimiento zelote.

4. Los hermanos **Macabeos**, héroes de la resistencia judía contra la dominación griega en Israel, vivieron unos 160 años antes de Jesús. Organizaron una auténtica lucha guerrillera y lograron importantes victorias contra el poderoso imperio heleno. En la memoria del pueblo eran un símbolo de valentía, patriotismo y libertad.

## 24- COMO UNA SEMILLA DE MOSTAZA

A1 día siguiente de la pelea en Nazaret, bien temprano, Jesús y yo emprendimos viaje al norte, rumbo a Cafarnaum. El sol comenzó pronto a calentar la llanura galilea, dorada por los trigales ya maduros que prometían una espléndida cosecha. El campo estaba alegre. Nosotros también, a pesar de los puñetazos recibidos el día anterior, íbamos contentos.

*Juan* - Yo es que me acuerdo y me río... Mira que cuando ese viejo Ananías levantó el bastón... Estaba furioso. Se puso colorado como... como...

*Jesús* - ¡Como tu nariz, Juan! La tienes que parece un pimiento.

*Juan* - La verdad, Jesús, y no es porque sean vecinos ni parientes tuyos, pero esa gente de Nazaret se las trae... ¡caramba con ellos! Son unos muertos de hambre igual que nosotros y uno les dice que viene el Año de Gracia y que habrá liberación para todos, y en vez de alegrarse te sacan a patadas. ¡Ni el diablo los entiende!

*Jesús* - Las leyes de Moisés son muy antiguas, Juan, pero como nunca se cumplieron, parecen nuevas. Y el vino, cuando es muy nuevo, revienta los pellejos.(1) Eso es lo que pasa. Claro, siempre nos han dicho que unos tienen más y otros menos porque así es la vida y así lo quiere Dios, y que paciencia y más paciencia. Y, de repente, cuando se grita que no, que si se cumplieran las leyes de Dios el mundo alcanzaría para todos, son los mismos pobres los que se asustan y se tapan las orejas. ¡Bueno, dicen que también nuestros abuelos se le quejaban a Moisés y suspiraban por los ajos y las cebollas de Egipto!

*Juan* - No me hables de comida ahora, moreno, que tengo la tripa pidiendo auxilio. ¡Ea, apura el paso, a ver si llegamos a tiempo para la sopa!

Aunque veníamos cansados y golpeados, el camino se nos hizo corto. Teníamos ganas de contarles a nuestros compañeros todo lo que había pasado en Nazaret. Después de unas cuantas horas atravesando el valle, cuando ya era mediodía, divisamos las palmeras de Cafarnaum.

*Zebedeo* - ¡Pero, miren los tunantes que por ahí se asoman! ¡A buen tiempo, muchachos!

*Juan* - ¡Ya estamos de vuelta, viejo!

*Jesús* - ¿Cómo va esa vida, Zebedeo?

*Zebedeo* - Muy bien, Jesús, mejor que la de ustedes,

seguramente. ¡Ah, caray, por acá pensábamos que los soldados les habían echado mano!

*Juan* - Los soldados, no. ¡Los vecinos de este moreno que son más ariscos que una gata parida!

*Zebedeo* - ¡Salomé, mujer, deja el fogón y ven acá, corre, que llegó tu hijo Juan y el nazareno! ¿Y qué, cómo andan las cosas por tu tierra, Jesús?

*Jesús* - Ahí, ahí, Zebedeo. ¡Nos pasó lo que al rey Nekao, que fue por lana y volvió trasquilao!

*Salomé* - Ay, Juan, mi hijo... Y tú, Jesús... Pero, ¿qué les ha pasado a ustedes? Parece que vienen de una guerra.

*Juan* - La guerra de los sopapos, vieja. ¡Allá en Nazaret nos han dado una paliza de las buenas!

*Salomé* - ¿Anjá? ¿Y se puede saber por qué motivo?

*Juan* - Por nada, mamá. En realidad, nosotros...

*Salomé* - ¿Por nada? ¡Jum! Por algo sería, digo yo.

*Jesús* - Nos invitaron a hablar, doña Salomé... y hablamos.

*Zebedeo* - ¿Y qué demonios fue lo que dijeron?

*Jesús* - Nada. Dijimos que si hay pobres es porque hay ricos. Y que para subir a los de abajo hay que bajar a los de arriba.

*Salomé* - ¡Y dice que nada! Pero, ¿dónde se habrá visto una lengua más larga que la tuya, nazareno?

*Jesús* - Pero si eso ya lo anunciaron Isaías y Jeremías, y Amós y Oseas, y todos los profetas.

*Salomé* - Lo que te dije, Zebedeo, que a éste cualquier día me lo cuelgan de un gancho como un pernil de cordero. Y mira también a este hijo tuyo... Mira cómo tienes la nariz, Juan, muchacho...

*Juan* - No te preocupes, mamá, ya no me duele.

*Jesús* - Fue una sandalia que nos zumbaron, doña Salomé. Yo me agaché a tiempo, ¡pero este zoquete casi se la traga!

*Salomé* - ¡Bendito sea Dios, ahora mismo voy a buscar un pedazo de carne cruda, a ver si se te baja la hinchazón!

*Zebedeo* - ¡Que no sea la carne que me tenga que comer yo luego, mujer!

*Salomé* - Vamos, vamos, adentro, a lavarse los pies y a curarse los moretones.

*Zebedeo* - ¡Y a contarnos esa trifulca en tu aldea! ¡Caracoles, si lo hubiera sabido, voy con ustedes!

Aquella noche nos reunimos para conversar de las mil cosas de siempre. Pero no estábamos sólo los del grupo. Por el barrio corrió que Jesús había vuelto y como era ya muy conocido también se colaron en casa algunos pescadores y otros vecinos del mercado.

*Santiago* - ¿Entonces qué, Jesús? ¿Te vienes a quedar fijo en Cafarnaum?

*Jesús* - ¡Bueno, si no me echan, aquí me quedo!

*Zebedeo* - ¡Yo creo que este moreno le cogió el gustico a la ciudad!

*Jesús* - No es eso, Zebedeo. Allá en Nazaret hay poco trabajo ahora y...

*Rufa* - ¡Poco trabajo y muchos pescozones! ¡Pobres muchachos, me los han madurado a palos!

*Salomé* - No les tenga lástima, vieja Rufa, que ya dicen que la sarna con gusto no pica. ¿Quién les mandó a meterse en ese lío, eh? Así que, ¡ahora que se aguanten!

*Pedro* - Pero, Salomé, ya su hijo le explicó que él y Jesús no hicieron nada.

*Salomé* - ¡Cállate tú también, Pedro, que ninguno de ustedes tiene cara de inocente! Díganlo, vecinos, ¿a quién se le ocurre en una sinagoga, delante de tanta gente, decir así, claro y pelado, que el mundo está al revés y que vamos a enderezarlo?

*Jesús* - ¿Y cómo hay que decirlo entonces, Salomé?

*Salomé* - No hay que decirlo. Eso no se puede decir, Jesús, porque en este país al que abre la boca le ponen bozal.

*Juan* - ¿Anjá? Entonces, según tú, vamos a dejar que unos cuantos sigan haciendo de las suyas y nosotros como la escoba, metidos en un rincón...

*Salomé* - ¿Y qué quieres hacer tú, Juan? Para que el mundo sea mundo tiene que haber ricos y pobres. ¡Hasta el rabino lo dice en la sinagoga!

*Pedro* - No, doña Salomé, no tiene que haberlos. Ese es el cuento que nos han hecho tragar para tenernos dormidos. Sí, sí, no ponga esa cara de pasmo. A ver, ¿qué decían las leyes de Moisés? Cada cincuenta años, un año de tregua. Romper los títulos de propiedad, olvidar las deudas, soltar los esclavos. Borrón y cuenta nueva. Todo como al principio. Todo de todos y de nadie. Eso era el Año de Gracia que quería Moisés, ¿me oye?, el Año de Gracia.

*Salomé* - ¡Pues qué gracia me da ese año! Mira, tirapiedras, desengáñate, desde que Eva dio el mordisco, las cosas son como son y así seguirán siendo. Eso es lo único que yo sé.

*Santiago* - Y yo lo que sé es que decir eso es muy cómodo. Claro, siempre es más fácil quejarse de que está oscuro que ponerse a encender un candil. Eso es lo que pasa.

*Salomé* - ¡No, lo que pasa no es eso, lo que pasa es que a ustedes se les ha metido últimamente un



hormigueo en el cuerpo que a mí no me está gustando nada. Y la fiebre subió desde que llegó acá el de Nazaret. Sí, sí, no pongas esa cara, Jesús, que tú sabes de sobra que es verdad. Miren, muchachos, háganme caso, espanten esas ideas locas de la cabeza, que si esta vez les rompieron el hocico, para la próxima les desbaratan todos los huesos!

*Jesús* - Lo que te decía antes, Juan, que este vino es un vino muy nuevo.

*Salomé* - ¿De qué vino estás hablando tú ahora, so condenado?

*Jesús* - ¡Del Reino de Dios, Salomé, del Reino de Dios que ha llegado a la tierra y que revienta los odres viejos!

La luna había atravesado ya la primera guardia de la noche. Afuera comenzaba a soplar el viento cálido del sur. Los ojos de todos brillaban de curiosidad iluminados por la luz temblorosa de las lamparitas que colgaban de la pared. Jesús, sentado en el suelo, en medio de todos, con la piernas cruzadas, sudaba y sonreía.

*Jesús* - Amigos, a pesar de los golpes, Juan y yo vinimos muy contentos de Nazaret. Los dos tenemos dentro una alegría muy grande. Y no la queremos esconder ni guardar para nosotros solos. Es la buena noticia que escribió hace tantos años el profeta Isaías y que leímos allá en mi aldea y que se cumple ahora: ¡El Reino de Dios ha llegado! Sí, vecinos, sí, vecinas, el tiempo se ha cumplido. Cuando se cumple el tiempo de que la oveja tenga sus crías, los corderos nacen. Es su hora, no pueden esperar. Esta es la hora de Dios. Dios no espera más. ¡Aunque ahora estamos achicados, Dios nos irá abriendo camino y saldremos adelante si empujamos todos juntos!

*Pedro* - ¡Bien dicho! ¡Apoyo a Jesús!

*Santiago* - ¡Así se habla, moreno!

*Salomé* - ¡Un momento, un momento, escandalosos! Esa flauta suena muy bonita. Todo eso está muy bien. Y yo soy la primera que arrimo el hombro si hace falta, que si hay que pelear ya estoy entrenada con todos los sartenazos que le he tenido que dar al granuja de mi marido.

*Zebedeo* - Oye, oye, qué estás diciendo tú ahora que...

*Salomé* - No, viejo, es que hay que poner los pies en la tierra. ¿Quiénes van a enderezar el mundo? ¿Ustedes? ¿Con un agujero en cada sandalia y dos parches en el trasero? ¡Vamos, hombre, no suban tan alto que se les va a ver lo que no hay que

ver!

*Pedro* - Bueno, doña Salomé, por algo hay que comenzar, ¿no?

*Salomé* - ¡Pues comiencen por estarse tranquilos, caramba, y no se metan donde no los llaman!

*Zebedeo* - No, vieja, tampoco así. Los muchachos tienen su razón. Nos pasamos todo el día y la mitad de la noche diciendo que las cosas van mal y que van peor, pero no meneamos ni el dedo chiquito para mejorarlas. Entonces, ¿qué?

*Salomé* - Pero, hombre de Dios, abre los ojos, que tú vas a acabar también tirado en el hoyo. Dime tú, ¿cuándo se ha visto a un pichoncito desafiando a un águila, dime? Los ricos siempre nos sacan ventaja. Métense eso en la mollera, muchachos.

*Felipe* - Yo, por lo menos, ya me lo metí en la mía.

Felipe, el vendedor, que no había abierto la boca en todo el rato, se rascó su gran cabeza y nos miró a todos con cara de mal agüero.

*Felipe* - No es que yo quiera echar el barco a pique pero, siendo sincero... acá doña Salomé tiene más razón que un juez. ¿Qué diablos podemos hacer nosotros que somos los últimos de la cola, eh? Opino que lo mejor es dejar este negocio y que cada ratón vuelva a su cueva. Así que, si no mandan otra cosa...

*Jesús* - Espera, Felipe, no te vayas todavía. Ven acá, cabezón.

*Felipe* - ¿qué es lo que quieres ahora, Jesús?

*Jesús* - Que me digas una cosa que sea pequeña.

*Felipe* - No, no me vengas con tus cuentos, moreno, que ya nos conocemos.

*Jesús* - Que no, Felipe, que me digas una cosa que sea bien pequeña.

*Felipe* - Bueno, pues... ¿Una cosa pequeña? A ver... pues un peine.

*Jesús* - No, más pequeña todavía.

*Felipe* - ¿Más pequeña que un peine? Pues... qué sé yo... una sortija.

*Jesús* - Más pequeña aún.

*Felipe* - Bueno, entonces... ¡un alfiler! De todas las cosas que yo cargo en mi carretón es la más chiquita.

*Jesús* - Todavía es muy grande, Felipe. Piensa en algo que sea del tamaño de la cabeza de ese alfiler. ¿Qué es lo más pequeño que puede tener un campesino en su mano?

*Felipe* - Lo más pequeño...

*Rufa* - ¡Una semilla de mostaza!(2)

Jesús - Eso mismo, abuela Rufa, usted lo ha dicho. Una semilla de mostaza.

Rufa - Pero es que esa adivinanza estaba fácil, Jesús. La mostaza es la cosa más gurruminosa que hay en el mundo. Una semillita así, de nada, casi ni se ve.

Jesús - Pero cuando esa semillita cae en la tierra y prende, se convierte en un árbol grande, de la altura de dos hombres. Un árbol tan grande que los pájaros vienen hasta él buscando sombra y alimento.

Salomé - Ya te vi la oreja, moreno. Un grupo muy pequeñito, pero que puede hacer cosas muy grandes.

Jesús - Así mismo, Salomé. El Reino de Dios es como una semillita de mostaza.

Pedro - ¡Bien dicho! ¡Y aquí estamos nosotros, los sembradores, dispuestos a lo que sea! Y los cobardes, los que se quieren ir como Felipe, ¡que se queden un rato más, caramba, que ya bastante pocos somos!

Todavía seguimos hablando y discutiendo hasta muy tarde. Fuera, el viento de la noche removía las aguas del lago y hacía vibrar las hojas rugosas de los árboles de mostaza sembrados en sus orillas.

Mateo 13,31-32; Marcos 4,30-32; Lucas 13,18-19.

---

1. *El concepto de Reino de Dios es uno de los más frecuentes en las palabras de Jesús conservadas en los evangelios. Jesús hizo varias comparaciones para dar a entender qué era el Reino que él anunciaba. Entre otras cosas, dijo que el Reino de Dios era un **vino nuevo** que rompía los odres viejos, una nueva forma de entender a Dios, una nueva forma de vivir. Esta comparación la hizo Jesús en los comienzos de su actividad pública, rescatando la importancia de las leyes sociales del tiempo de Moisés -el Año de Gracia entre ellas- que buscaban la igualdad entre los seres humanos y evitar que unos acumularan en exceso a costa de otros que se morían de hambre. Eran leyes antiguas que no se habían cumplido y que Jesús quiso rescatar con el vino nuevo del Reino de Dios. Jesús anunció que el Reino de Dios debe comenzar en la tierra borrando las diferencias entre pobres y ricos, entre hombres y mujeres, repartiendo equitativamente los bienes de la tierra, viviendo todos los seres humanos como hermanos y como hijos e hijas de un mismo Padre, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. En la*

concepción de Jesús, cuando esto sucede, ha llegado el Reino de Dios.

2. La **mostaza** es una planta que crece de forma silvestre en toda Palestina. En las orillas del lago llegaba a alcanzar hasta tres metros de altura. La imagen de un árbol que sirve de cobijo a los pájaros y que da sombra a los que se acercan es un símbolo de la bondad y la generosidad de Dios (Ezequiel 17, 22-24). En los antiguos dichos de los rabinos judíos, la semilla de mostaza era considerada la más pequeña de las simientes conocidas. Y aunque el arbusto de la mostaza no llega a ser un árbol, Jesús lo llamó así, exagerando, para resaltar cómo los planes de Dios sorprenden a los seres humanos y superan toda imaginación.

## 25- EL COBRADOR DE IMPUESTOS

A la salida de Cafarnaum, en el camino que viene de Damasco, estaba el puesto de aduanas en el que Mateo, el publicano, el hijo de Alfeo, cobraba los impuestos. Todas las mercancías que las caravanas de comerciantes entraban por esa ruta en Galilea pagaban allí su contribución.

*Mateo* - ¡A ver, tú, el del turbante rojo! Sí, sí, no te hagas el despistado. ¡Suelta siete denarios!

*Mercader* - ¿Siete denarios? ¿Siete denarios por dos cajas de pimienta? ¡Eso es demasiado!

*Mateo* - Eso es lo que toca. Y sin discutir, amigo, que llamo a uno de los soldados.

*Mercader* - ¡Desgraciado! ¡Ladrón! ¡El impuesto no es tan alto!

*Mateo* - ¡Te he dicho que sueltes las monedas y que sigas! Hay muchos esperando.

*Mercader* - Toma... ¡Y así te pudras!

*Mateo* - Otro. A ver tú... ¿Cuántos sacos de lana llevas?

*Mercader* - Llevo diez, señor.

*Mateo* - ¿Diez, verdad? ¡Embustero! ¿Y esos cuatro más que tienes escondidos allá detrás de los camellos?

*Mercader* - Pero es que esos no son de...

*Mateo* - Cállate, tramposo. Ahora vas a pagarme cuatro más para que aprendas a respetar la ley. A mí no me engañas, amigo.

*Mercader* - Pero yo no quería...

*Mateo* - Diez y cuatro son catorce y cuatro más dieciocho. Vamos, afloja dieciocho denarios. ¡Y ve a meterle mentiras a tu abuela!

Mateo mojó la pluma en el cacharro lleno de tinta y garrapateó algunos números.(1) Inclinado sobre la mesa de impuestos, parecía más jorobado aún de lo que era. Su barba y sus uñas estaban manchadas de tinta. Junto a sus papeles había siempre una jarra de vino. Cuando Mateo veía venir a lo lejos alguna caravana o a los comerciantes de paso, se frotaba las manos, se metía en el cuerpo un par de tragos y se preparaba a sacarles una buena tajada de dinero... En todo Cafarnaum no había tipo que fuera más odiado. Los hombres escupíamos al pasar delante de su caseta. Las mujeres lo maldecían y nunca vimos a un niño que se le acercara.

*Mercader* - No me cobre usted tanto, señor. Mire que con este aceite no gano ni para dar de comer a mis hijos.

*Mateo* - ¿Y a mí qué me cuentas? Yo no doy limosnas.

*Mercader* - Pero, ¿no me podría rebajar un poco? Lo

necesito...

*Marco* - Vete con tus lloriqueos a otra parte y saca las monedas de la bolsa. Yo hago lo que está mandado.

*Mercader* - ¡Te aprovechas de nosotros porque no sabemos leer, hijo de mala madre! ¡Esas cuentas no están claras!

*Mateo* - Oye tú, maldito bizco, ¿y a ti quién te manda meter el hocico en esto? Lo dicho, dame veinte. ¡Y andando!

Los impuestos eran la pesadilla de nosotros los pobres.(2) Roma cobraba impuestos en toda Judea. En nuestra tierra, en Galilea, era el rey Herodes, un vendido a los romanos, a quien teníamos que pagárselos. Sus funcionarios, los cobradores de impuestos, a los que llamábamos publicanos, estaban en las entradas de todas las ciudades galileas cobrando los derechos de aduana que el rey ordenaba.(3) Los publicanos cargaban todavía más estos impuestos y se quedaban con la diferencia. Se enriquecían pronto. Y muy pronto también se ganaban el odio y la antipatía de todos.

*Mateo* - Bueno, a ver tú, el último... ¿qué declaras?

*Mercader* - Dos sacos de trigo y tres barriles de aceitunas.

*Mateo* - Abre ese saco, a ver si llevas algo escondido.

A media mañana, Mateo había acabado con las caravanas de la primera hora. Era el momento que aprovechaba para contar las monedas. Separaba lo que tenía que entregar a los soldados de Herodes y lo que guardaba para él. Entonces, se sentaba a la mesa con su jarra de vino y su libro de cuentas. No sabía vivir sin ninguno de los dos. Cerca de la caseta, los soldados que vigilaban la aduana, jugaban a los dados, esperando que llegaran nuevos mercaderes. Fue a esa hora cuando Jesús pasó por delante de la mesa de impuestos de Mateo.

*Mateo* - Eh, tú, ven acá.

*Jesús* - ¿Qué pasa?

*Mateo* - ¿Qué llevas en ese saco?

*Jesús* - Herraduras.

*Mateo* - ¿Herraduras, verdad? ¿A dónde vas tú, si se puede saber?

*Jesús* - Voy a Corozaim.

*Mateo* - ¿A hacer qué, si se puede saber?

*Jesús* - Voy a herrar unos mulos. He estado haciendo las herraduras y voy allá a venderlas. Me ha salido este trabajito.

*Mateo* - Tres denarios. Paga y sigue. ¿Eres sordo? He dicho tres denarios.

*Jesús* - Pero, ¿cómo que tres denarios? Si no voy a

salir fuera de Galilea. Te digo que voy a Corozaim.

*Mateo* - Y yo no te creo. No soy tonto. ¡Tú eres de esos que andan metidos en el contrabando con los sirios!

*Jesús* - ¿Qué contrabando? Yo voy a Corozaim a herrar unos mulos, te digo.

*Mateo* - ¡Y yo te digo que tú vas fuera de Galilea y estás en el contrabando! Métete en el lío que más te guste. Pero a mí me tienes que soltar los tres denarios.

*Jesús* - Pero, ¿de qué me estás hablando? Además, no te los puedo pagar. No tengo nada encima.

*Mateo* - Pues entonces me das las herraduras y con eso me pagas.

*Jesús* - Pero, ¿cómo te voy a dejar las herraduras? Si no las llevo, no hay trabajo y si no hay trabajo, ¿para qué voy a ir a Corozaim?

*Mateo* - Ah, amigo, eso es problema tuyo. O los tres denarios o el saco de herraduras.

*Jesús* - Pero, ¿qué es este enredo?

*Mateo* - Esta es la ley, amigo. Y la ley agarra por el gañote a los contrabandistas como tú. Así te quería yo atrapar.

*Jesús* - Lo siento, Mateo, pero ni hago contrabando con los sirios ni tengo los tres denarios ni te puedo dejar las herraduras. Tengo que trabajar. Por favor, déjame seguir.

*Mateo* - No me hables de favores cuando te estoy hablando de ley. Y además, no quiero gastar más saliva contigo. ¡Puah, tengo la garganta seca! Tú eres un contrabandista. No creas que me engañas. Esas herraduras no salen de la aduana. Ya está dicho todo. Ahora, haz lo que quieras.

*Jesús* - ¡Uff! ¡Vaya tipo éste! Pues tendré que esperar, a ver si con el fresco de la mañana se te aclara la cabeza y entras en razones. ¿Me puedo sentar por aquí?

*Mateo* - Por mí pon el trasero donde te dé la gana. Y no me fastidies más. ¡Al diablo con estos contrabandistas!

Jesús se sentó en el suelo, apoyó la espalda en una de las paredes de la caseta de Mateo y se quedó mirando el camino que se perdía a lo lejos como una cinta. El sol empezaba a calentar con fuerza la tierra y al poco rato se quedó adormilado. Mientras tanto, Mateo siguió contando sus monedas y emborronando papeles con números y más números.

Cuando Jesús se despertó, la jarra de vino del cobrador de impuestos estaba seca y los ojos del publicano rojos y

brillantes. Como cada día, antes de que el sol llegara a la mitad del cielo, Mateo ya estaba borracho.

*Jesús* - Hummm... Me he quedado dormido. Bueno, Mateo, ¿ya has resuelto mi asunto? ¿Qué? ¿Me dejas seguir a Corozaim con las herraduras?

*Mateo* - ¡De aquí no sales! ¡Lo digo yo! ¡Hip! ¡Y déjame trabajar en paz!

Jesús se levantó y estiró los brazos bostezando. Después, inclinado sobre la mesa de los impuestos, se puso a seguir con atención los movimientos de la pluma que manejaba Mateo con sus manos manchadas de tinta.

*Jesús* - Eso... eso sí debe ser difícil, ¿eh, Mateo?

*Mateo* - Hummm...

*Jesús* - Digo, lo de escribir.(4) Yo sé escribir algunas letras solamente. Me gustaría aprender más. Tú lo haces muy rápido.

*Mateo* - Para eso tuve un maestro. Y en este oficio, sin escribir, no sirves para nada.

*Jesús* - Si me quedo más tiempo en Cafarnaum, ¿me podrías enseñar?

*Mateo* - Hummm... ¡Yo sé escribir, pero no sé enseñar, caramba!

*Jesús* - Oye, Mateo, ¿cuántos años llevas en esto?

*Mateo* - Bah, muchos. Ya ni me acuerdo. Uno, dos, tres, cuarto... No me acuerdo.

*Jesús* - ¿Y te gusta el trabajo?

*Mateo* - Pues claro que me gusta, amigo. ¿A quién no le gusta tener siempre dinero para comprar lo que quiere? A mí no me falta nada. Claro que me gusta esto. ¡Hip! Maldita sea, me estás confundiendo las cuentas. ¡Cállate de una vez y déjame trabajar!

*Jesús* - Pero, ¿te ha costado un poco caro, no?

*Mateo* - ¿Caro, qué?

*Jesús* - Digo que para tener todo lo que quieres te has quedado sin ningún amigo.

*Mateo* - ¿Y para qué quiero yo los amigos, eh? Nadie es amigo de nadie. Si alguien va detrás de ti, desconfía, que algo te quiere sacar. ¡Yo no creo en eso!

*Jesús* - Bueno, pero no me vas a decir que estás acostumbrado a que la gente escupa cuando pasa por aquí.

*Mateo* - Por mí, que escupan. Como si se quieren sonar las narices. Ellos escupen, yo los maldigo. Ellos me insultan, pero no pueden hacerme nada. Yo sí. Yo les saco el dinero. Eso es más importante. ¡Yo puedo más que ellos! ¿Qué? ¿Te parece que no



tengo razón? Pues me da lo mismo.

Mateo dejó por un momento los números y la tinta, y se volvió hacia Jesús con los ojos hinchados por el alcohol.

*Mateo* - Oye, ¿y quién eres tú y a qué viene tanta pregunta? No creas que no te conozco... Ya sé con qué tipos andas tú por aquí desde que llegaste a Cafarnaum. El flaco ése y el pelirrojo y...

*Jesús* - Y Juan y Pedro...

*Mateo* - Sí, una pandilla de bandidos. Contrabandistas, eso es lo que son. Y tú, que eres forastero, debes ser el jefe.

*Jesús* - ¡Y dale con los contrabandistas! Somos un grupo de amigos, Mateo. Los conocí en el Jordán, cuando fuimos a ver a Juan, el profeta.

*Mateo* - ¡Otro agitador! A saber qué conspiraciones se traerán ustedes entre manos. Ya me encargaré yo de enterarme. Tengo mis maneras.

*Jesús* - Si quieres enterarte, la manera es que vengas tú mismo un día con nosotros.

*Mateo* - Sí, sí, todo eso es para disimular. Conozco bien a los tipos como tú. Son como los camaleones, cambian el color de la piel, ¡zas!, así de rápido.

*Jesús* - Te hablo en serio, Mateo. Ven un día a casa de doña Salomé y podemos conversar de...

*Mateo* - ¿Y por qué no eres tú el que vienes a mi casa, eh? A que tú y tus amigos no se atreverían a poner un pie en mi casa, ¿eh?

*Jesús* - A mí no me importaría nada. Si me invitas, acepto ahora mismo. Se lo diré a los demás...

*Mateo* - ¿Tú vendrías a comer a mi casa?

*Jesús* - Sí, Mateo. Voy cuando me digas.

*Mateo* - Reconozco que sabes disimular muy bien, forastero. Pero... hace mucho tiempo que no tengo invitados.

*Jesús* - Pues aquí tienes el primero. ¿Cuándo comemos en tu casa? ¿El sábado? O esta noche misma, si quieres.

*Mateo* - ¿Estás hablando en serio?

*Jesús* - Pues claro que sí, Mateo. Con el tiempo que he pasado detenido en esta dichosa aduana, tengo un hambre que no me aguanto. Les avisaré a los demás. Iremos a tu casa esta noche. ¿De acuerdo?

*Mateo* - De acuerdo. ¡Hip! Pero... hará falta vino para tantos. ¡Yo no puedo comer sin vino!

*Jesús* - Sí, ya lo veo.

*Mateo* - Bueno, pues, acompáñame a comprarlo.

*Jesús* - Trato hecho. ¡Vamos!

Jesús dejó las herraduras junto a la mesa de los impuestos y caminó hacia la taberna de Joaquín, el tuerto, la que está a la salida de Cafarnaum. Mateo, dando tumbos, se levantó y lo siguió.

Mateo 9,9; Marcos 2,13-14; Lucas 5,27-28.

---

1. De **Mateo**, uno de los doce discípulos de Jesús, sabemos por los datos que nos dan los evangelios, que era hijo de un tal Alfeo y que su oficio era cobrar impuestos en la aduana de Cafarnaum, ciudad de paso de las caravanas que llegaban a Palestina procedentes de Damasco. El evangelio de Lucas y el de Marcos le llaman también Leví. Desde el siglo II se le consideró autor de uno de los cuatro evangelios.

2. Desde la época de la dominación persa, Israel conoció el pago de **impuestos** a una potencia extranjera. Pero sólo hasta los tiempos del imperio romano empezaron a cobrarse tributos de forma sistemática. Toda provincia romana debía contribuir al fisco de Roma, aunque algunas ciudades y príncipes aliados del imperio podían cobrarlos para su propio provecho. Era el caso del tetrarca Herodes Antipas, que los recaudaba en distintas ciudades de Galilea, entre ellas Cafarnaum. Los impuestos eran una dura carga para el pueblo y una importante arma de control político en manos de los gobernantes. A las sumas ya establecidas se añadían todo tipo de prebendas y sobornos que había que ofrecer a las autoridades y a los servicios administrativos. La corrupción se extendía desde los más bajos hasta los más altos puestos del poder.

3. Los cobradores o recaudadores de impuestos, llamados **publicanos**, formaban parte de la categoría social más despreciable del país, junto a usureros, cambistas, jugadores de azar y pastores. En su oficio, además del estricto cobro del tributo -suficiente motivo para hacerse acreedores del odio del pueblo-, realizaban todo tipo de trampas. Por estar basado en el fraude y por ser imposible de conocer el número de todos los estafados o engañados, ser publicano era una mancha social que suponía la pérdida de todos los derechos civiles y políticos. En el lenguaje popular, los cobradores de impuestos se asociaban siempre con ladrones, paganos, prostitutas, asesinos y adúlteros, con la hez de la sociedad. Todo esto pone de relieve el fuerte escándalo que constituyó el que Jesús llamase a un publicano a formar parte de su grupo y el que dijese en

varias ocasiones que su mensaje estaba destinado a "publicanos y pecadores".

4. En tiempos de Jesús se **escribía** usualmente en papiros. El papiro era un arbusto acuático, que crecía cerca de los pantanos. Se cosechaba al norte del lago de Tiberíades. Con sus fibras se hacían cestas, barcas y una especie de papel que podía enrollarse con facilidad. La tinta con la que se escribía sobre el papiro era un colorante negro, formado principalmente de hollín, bastante espeso. Muchos escribientes llevaban el tintero colgado a la cintura. Los recaudadores de impuestos tenían que dominar la escritura. Y debían tener también nociones de griego, porque en su oficio se relacionaban con comerciantes de otros países. Frente a los conocimientos que tendría un hombre como Mateo, la cultura de Jesús resultaba notablemente inferior.

## 26- EN CASA DEL PUBLICANO

*Jesús* - Entonces, ¿qué? ¿Ustedes no vienen?  
*Santiago* - ¡Primero me matan que entrar en esa casa, Jesús! Pero, ¿es que te has vuelto loco? ¿Cómo vamos a ir a comer con ese granuja?

Los gritos de Santiago resonaron en el embarcadero de Cafarnaum. Jesús había ido hasta allá para hablarnos de Mateo y para preguntarnos si queríamos acompañarlo a comer a su casa. Pero odiábamos al cobrador de impuestos desde hacía muchos años y ninguno de nosotros quiso ir.

*Mila* - ¿Y viene a comer, dices?  
*Mateo* - Sí, mujer. Es un forastero de Nazaret. Yo tengo entre ceja y ceja que es un tipo raro. Me sospecho algo, pero...  
*Mila* - ¿Y no será peligroso ese hombre, Mateo? ¿Quién va a venir a comer a esta casa así porque sí?  
*Mateo* - Ya te digo que es un tipo raro. La verdad es que no parece mala persona, pero debe de serlo.  
*Mila* - Hace tanto tiempo que no viene nadie del pueblo a comer con nosotros... Sólo alguna vez esos capitanes romanos... ¡estoy hasta el último pelo de ellos!  
*Mateo* - No te quejes, Mila. De ellos vivimos.

La mujer de Mateo era una pobre mujer. El oficio de su marido, uno de los más despreciados en nuestro país, la había ido alejando de todos en Cafarnaum. Vivía encerrada en su casa. No le gustaba salir. Cuando iba al mercado, las otras mujeres le canturreaban a la espalda y se burlaban de ella. No tenía amigos. Tampoco había tenido hijos. Y casi nunca preparaba la comida para ningún invitado. Por eso, aquella noche, por más sospechas que tuviera Mateo, su mujer estaba contenta.

*Vecina* - Eh, Salomé... ¡Salomé!  
*Salomé* - ¿Qué pasa, Ana?  
*Vecina* - ¿Es cierto lo que me han dicho de ese forastero que está viviendo en tu casa?  
*Salomé* - Dime lo que te han dicho y te diré si es cierto.  
*Vecina* - Ha venido por aquí Mila, la mujer de ese sinvergüenza de Mateo, que el infierno se lo trague, y le ha dicho a Noemí que el de Nazaret iba a cenar esta noche en casa de ellos.  
*Salomé* - Pero, ¿qué dices? ¿Que Jesús va a ir a comer en casa del publicano? ¡No me fastidies! Eso es una mentira más grande que los elefantes de Salomón. ¿A quién se le ha ocurrido?

*Vecina* - ¿No lo crees? Pues pregunta por el mercado, pregunta. Todo el mundo anda con el cuento en la boca. A mí me habían dicho que ese tal Jesús era un tipo decente... Entonces, ¿cómo es que va a comer con un publicano?

Al atardecer, cuando el lucero mayor ya se había encendido en el cielo, Jesús fue hacia la casa de Mateo. Iba solo. El publicano vivía a la salida del barrio de los fruteros.(1) En siete metros a la redonda, no había ninguna otra casa. Nadie quería vivir junto a él. Tanto era el odio que sentíamos en Israel contra los cobradores de impuestos.

*Mateo* - Entra, entra, forastero. Esta que se asoma es Mila, mi mujer.

*Jesús* - Buenas noches, Mila.

*Mila* - Bienvenido a nuestra casa, señor... digo... Bueno, mi marido me dijo que vendría, que... También hemos invitado al capitán Cornelio para que esté con nosotros. Supongo que no le importará... ya sabe, lo conocemos...

*Mateo* - ¡Basta de cáchara, mujer! ¡A la cocina! ¡Termina de preparar las berenjenas de una vez!

*Mila* - Ya voy, ya voy...

*Mateo* - ¿Y qué? ¿Has venido solo, no? Tus amigos no quisieron ensuciarse las sandalias pisando mi casa.

*Jesús* - Sí, la verdad es que... no han querido venir. Yo les dije, pero... pero...

*Mateo* - Pero nada. Está bien. Peor para ellos. A menos bocas, a más nos toca. Ea, vamos para dentro.

Mientras tanto, nosotros nos habíamos reunido a discutir en casa del viejo Zebedeo. Todos estábamos furiosos. Mi madre Salomé, que llevaba la voz cantante, ni siquiera había preparado la sopa aquella noche.

*Salomé* - ¡Hasta el rabino lo sabe! ¡Es una vergüenza! ¡Estamos en la boca de todos! ¡Ay, Jesús, cuando te agarre!

*Santiago* - No hubo forma de quitarle la idea de ir a comer con ese perro de Mateo.

*Pedro* - ¡A mí no me cabe en la mollera! ¿Qué quiere Jesús de ese apestoso publicano?

*Santiago* - ¿O qué quiere ese publicano de Jesús? Eso no es agua clara. Aquí hay algo raro.

*Salomé* - Eso sí es verdad. Esto huele mal. Como cuando el queso se pudre.

*Santiago* - Pero, ¿es que no vamos a hacer nada? Jesús comiendo donde Mateo y nosotros aquí, cruzados de brazos...

*Pedro* - ¿Por qué no vamos por allá y cuando sale le cantamos unas cuantas verdades a ese moreno? ¡Ése va a tener que aclararse! Eh, ¿qué les parece? ¿Nos acercamos por casa de Mateo?

En casa de Mateo, Jesús ya estaba sentado a la mesa comiendo y riendo con los chistes del publicano...

*Mateo* - Entonces, Jesús, va la mujer y le dice al tipo: ¡así te quería yo agarrar, cebollino! Ja, ja, ja... ¡Y el tipo se asustó y salió corriendo! Ja, ja, ja... ¿qué te parece, eh? Ja, ja, ja...

*Mila* - Ay, por Dios santo, Mateo, no cuentes más historias de ésas.

*Mateo* - Vamos, mujer, sírvele más carne a Jesús. Y más berenjenas también. Tiene el plato vacío. Aquí has venido a comer bien, ¿me entiendes? ¡En mi casa no se pasa hambre!

*Jesús* - Bueno, otra más, pero ya es la última. Estoy repleto. Cocina usted muy bien, doña Mila.

*Mateo* - Es una gran cocinera, sí, señor. Acá Cornelio siempre se lo dice, pero ella no termina de creérselo. Claro, el que está acostumbrado a que le escupan cuando pasa por la calle... pues, ¿cómo se va a creer que hace algo bueno? Esta mujer mía está encerrada en la casa como un caracol. Le tiene miedo a la gente. Yo le digo yo que se eche el mundo a la espalda. Que digan lo que quieran, ¿verdad amigo? Cada uno a lo suyo. Pero ella tiene la cabeza más dura que una piedra de molino. Ja, ja, ja...

*Mila* - No es eso, Mateo, es que...

*Mateo* - ¡Tú te callas! Mira, Jesús, con esto del oficio nuestro pasa como con la tinta. Si se te hace un borrón en el papel cuando estás con las cuentas, ahí se queda. No hay quien lo quite. Ahí tienes la mancha para siempre. Con nosotros, los cobradores de impuestos, pasa igual. Te metes en esto y te cae la mancha. ¡Ya no se quita nunca! ¡Por eso yo digo que hay que acostumbrarse y no sufrir tanto como esta mujer! ¡Si no echa veinte lagrimones cada día no está contenta! ¡Qué plañidera! ¡Bueno, aquí no se llora, aquí se ríe! Sírvale más a Jesús, mujer. Mira, te voy a contar otro: Esta era una mujer altísima que se había enamorado de un enano...

Andrés y Pedro, Santiago y yo, nos acercamos a la casa de Mateo. Sentados en la calle, oíamos a lo lejos las risas del publicano y veíamos con rabia las luces encendidas allá dentro. No podíamos soportar que Jesús estuviera tras esas

paredes comiendo con aquel lamepatas de Herodes. Cuando llevábamos un rato allí, pasó el rabino Eliab y nos vio.

*Rabino* - Anjá, mira qué mochuelos andan por aquí...

*Pedro* - Hummm...

*Rabino* - ¿Así que ese amiguito de ustedes se va ahora con el publicano? ¿Cómo es eso? Le vieron esta mañana bebiendo con ese tipo en la taberna y ahora ha venido a comer a su casa.(2) Eh, ¿qué dicen ustedes? ¿O es que también están esperando para entrar?

Aquello era lo que faltaba. Entonces Pedro se levantó de un salto y agarró unas piedras de la calle. Sin pensarlo dos veces, empezó a tirarlas contra la ventana de la casa de Mateo.

*Pedro* - ¡Maldita sea con este publicano del infierno y con Jesús y con todo el mundo!

*Mila* - Ay, Dios santo, y ¿ese ruido qué es? ¡Mateo, corre!

*Mateo* - Pero, ¿quién anda ahí? ¡Desgraciados!

*Jesús* - Espérate, Mateo, no salgas tú. Vamos, Cornelio.

Jesús salió al portal de la casa. Detrás de él, vimos al capitán romano. En ese momento una piedra pasó zumbando entre los dos.

*Jesús* - ¿Qué hacen ustedes aquí?

*Pedro* - Eso decimos nosotros: ¿qué haces tú ahí comiendo con ese traidor chupatinta?

El rabino Eliab, envuelto en su manto negro, se acercó desafiante a Jesús...

*Rabino* - ¿Cómo te atreves a partir el pan con los pecadores? Todo Cafarnaum está murmurando de ti, forastero.

*Jesús* - ¿Ah, sí? Pues que sigan gastando saliva, si quieren.

*Rabino* - No puedes sentarte a la mesa con un hombre que está manchado.

*Jesús* - ¿Y quién me lo prohíbe?

*Rabino* - La Ley santa de Moisés y las santas costumbres de nuestro pueblo. ¿No sabes que el que se junta con un hombre impuro se vuelve impuro igual que él?

*Jesús* - Oye, rabino, y tú, estás limpio?

*Rabino* - ¿Cómo dices?

*Jesús* - Digo que si tú estás limpio. Has levantado el dedo contra Mateo. Ten cuidado Dios no levante su dedo contra ti.

*Rabino* - ¡Y tú ten cuidado con lo que dices, maldito! ¡Me estás llamando pecador a mí, que soy el que enseño la Ley!

*Jesús* - No, eres tú el que primero llamaste pecador a Marco y a todos los que estamos sentados en su mesa. ¿Mateo es un pecador? Muy bien. Dios no necesita convertir a los justos sino a los pecadores.(3) Que yo sepa no son los sanos los que necesitan al médico. Son los enfermos. Mateo está enfermo y lo sabe. Necesita que entre todos lo curemos.

*Rabino* - ¡Qué pamplinas estás diciendo, campesino ignorante! Así que tú eres médico, ¿no? ¡Y has venido a curar al "pobrecito" de Mateo! Tú estás tan enfermo como él. Oye lo que te digo: el que se arrima a un puerco, se le pega su porquería. Tú entraste en esta pocilga. Ahora estás manchado igual que el asqueroso publicano que vive en ella. ¿No sabes lo que dice la Escritura en estos casos? No te acerques por la sinagoga si no ofreces antes un sacrificio de purificación por tus pecados.

*Jesús* - ¿Y tú no sabes lo que dice en otra parte la misma Escritura? "Quiero amor y no sacrificios". Dios prefiere el amor a las penitencias.

*Rabino* - ¡Insolente! ¡Maldito sin ley! ¡Algún día te tragarás esas palabras que acabas de decir!

El rabino escupió a Jesús en la cara. Tenía las venas del cuello enrojecidas, a punto de estallar. Sacudió con rabia las sandalias delante de él y se alejó por la oscura calleja.

*Pedro* - Jesús, nos has traicionado. No esperábamos esto de ti.

*Santiago* - Ponte claro de una vez. ¿De qué lado estás?

*Pedro* - Mucha palabrería: "las cosas van a cambiar, las cosas van a cambiar". Y ahora vienes tú a comer con un vendepatrias y con un soldado romano. Entonces, ¿qué?

*Jesús* - Entonces es lo que llevamos diciendo hace mucho tiempo. Para que las cosas cambien, la gente tiene que cambiar. Mateo es el hombre más odiado en Cafarnaum. Entre todos podemos echarle una mano.

*Santiago* - ¡Vete al diablo, Jesús! Está bien, haz lo que te dé la gana. Pero ten cuidado con ese tipo. Puede llevarnos a todos a la cárcel.

*Pedro* - Ea, vámonos de aquí. Y tú, sigue comiendo, sigue comiendo... ¡Ojalá se atraganten todos, maldita sea!



Jesús y el capitán Cornelio entraron de nuevo en casa de Mateo. Y continuaron comiendo con él. Nosotros volvimos al barrio, sin decir una palabra más. Que yo recuerde, aquella fue la primera pelea fuerte que tuvimos con Jesús. No comprendimos por qué había hecho aquello. No entendíamos entonces que en el Reino de Dios hubiera sitio para un hombre tan despreciable como Mateo, el publicano.

Mateo 9,10-13; Marcos 2,15-17; Lucas 5,28-32.

---

1. El **publicano** o recaudador de impuestos, además de ser aborrecido por el pueblo, era un ciudadano proscrito civilmente. Su testimonio no tenía ningún valor jurídico y de alguna forma se le equiparaba al esclavo, por la inferioridad en la que se encontraba ante el resto de sus compatriotas. Como "pecador", se le rechazaba moralmente y esto llegaba al extremo de que el dinero proveniente de las cajas del cobro de impuestos no podía aceptarse como limosna para los pobres por considerarlo dinero injusto. El desprecio popular se extendía también a la familia de los publicanos.

2. Entre los orientales, **comer** con una persona en la misma mesa es muestra de respeto, de fraternidad y de perdón. Compartir la mesa era compartir la vida. Que Jesús no sólo se relacionara con publicanos, sino que compartiera con ellos la mesa resultó un gran escándalo. Al escándalo moral se unía el escándalo político por ser los publicanos colaboradores de Roma. Las comidas de Jesús con "publicanos y pecadores" tuvieron también significación teológica. En los evangelios son presentadas como una anticipación del banquete final del mundo, en el que Dios sentará a su mesa en los primeros puestos a los que los "buenos" rechazaron como los últimos.

3. Separarse de los **pecadores** era el máximo deber de un hombre que quisiera agradar a Dios. La religión que practicaban los piadosos en tiempo de Jesús sostenía que Dios rechazaba al pecador y sólo lo acogía si se arrepentía y cambiaba de conducta. Sólo entonces, el pecador era objeto del amor de Dios: cuando se transformaba en justo. Jesús revolucionó esta arraigada idea religiosa proclamando, con palabras y acciones que para Dios no cuenta la moral, que Dios demuestra un amor especial a los considerados inmorales. Esta idea era escandalosa, representaba la disolución de toda "moral".

*Hasta el final de su vida Jesús fue acusado por las personas decentes de una conducta inmoral, porque “bebía y comía con publicanos y pecadores”.*

## 27- LA OVEJA PERDIDA

*Pedro* - Pero, Jesús, por favor, ¡abre los ojos! ¿No te das cuenta? ¡Mateo es un vendido a los romanos, un lamepatas de Herodes!

*Jesús* - Mateo es un hombre, Pedro. Un hombre como tú y como yo.

*Santiago* - ¡Maldita sea con ese hombre y contigo también! Mateo es un traidor. Los publicanos son traidores. ¡Y a los traidores hay que aplastarles la cabeza como a las culebras!

Pedro, Santiago y yo estábamos con Jesús en la taberna del embarcadero, junto al lago. La noche anterior, Jesús había entrado en casa de Mateo, el cobrador de impuestos de Cafarnaum, y había comido con él.

*Juan* - ¿Tú no has visto que ese Mateo siempre va solo, como si fuera un leproso? Nadie en la ciudad quiere juntarse con él. Nadie se le arrima.

*Pedro* - ¿Y sabes por qué? Porque apesta. El tufo de los traidores se huele a siete leguas a la redonda.

*Juan* - ¿Y a un tipo así tú lo invitas al grupo, Jesús? Pero, ¿qué es lo que quieres? ¿Que vaya con el soplo donde el capitán romano?

*Santiago* - Yo digo lo mismo que Andrés. Si esa carroña viene con nosotros, yo me voy. Yo no me junto con traidores.

*Pedro* - Ni yo tampoco. ¡Que el que está en el cielo me reviente las tripas si algún día reniego de los míos!

*Jesús* - Yo no digo que no sea un traidor, Pedro. Sí, es un traidor. Es un vendepatria, ¿quién no sabe eso? Pero, a lo mejor, podemos lograr entre todos que Mateo cambie.

*Juan* - "A lo mejor, a lo mejor"... ¡Y "a lo peor" se va de la lengua y nos queman el pellejo a todos por la imprudencia tuya! Lo siento, Jesús. No tienes madera política. No tienes olfato. A nadie se le ocurre meter un lobo en medio de las ovejas.

*Jesús* - ¿Y quién dijo que Mateo es un lobo? Los lobos son otros, Juan. Mateo era de los nuestros. Ahora es un sinvergüenza, claro que sí. Ahora le está haciendo el juego a los de arriba, sí, de acuerdo. Pero los dientes de Mateo no son de lobo.

*Pedro* - ¿Ah, no? ¿Y de qué son entonces?

*Jesús* - No sé, pero cuando yo vi a Mateo sentado en aquella caseta, solo, manchado de tinta, medio borracho... me acordé de una historia antigua,

una historia que me contó el viejo Yoyaquim, allá en Nazaret, cuando yo era muchacho.

*Yoyaquim* - Había una vez un pastor(1) que tenía cien ovejas.(2) Por la mañana, al levantarse el sol, se levantaba también el pastor y salía con su rebaño hacia el monte, donde la yerba es más verde y el agua más fresca. Todas las ovejas estaban sanas y fuertes, limpias y cuidadas. Todas menos una. La de siempre. La que nació enferma, con una pata más corta que las otras. La oveja que siempre iba atrás, cojeando. Desde pequeña, las demás la despreciaron. Ninguna le hacía caso. Ni jugaban ni comían con ella. Ninguna se le arrimaba. Siempre iba sola aquella oveja. Y sucedió que un día iban por el monte el pastor y el rebaño. Y comenzó a llover. El pastor echó a correr y las ovejas corrieron detrás del pastor, de regreso al redil.

La oveja enferma trataba de imitar a sus compañeras pero no podía alcanzarlas. Tropezaba, se levantaba, se volvía a caer... El rebaño y el pastor se perdieron en un recodo del camino. La niebla y los rayos le cerraron el paso. Y la oveja enferma se perdió. Arrastraba su pata coja buscando la huella de sus compañeras. Pero el agua borró el camino y no supo dónde estaba ni por dónde seguir. Dio muchas vueltas, anduvo de aquí para allá chapoteando en la lluvia. Pero cada vez se alejaba más de las otras. Y comenzó a oscurecer.

Mientras tanto, el pastor había llegado al redil seguido de su rebaño. Como siempre, las hizo pasar por la puerta de aguja para contarlas una a una...

*Pastor* - ... 94... 95... 96... 97... 98... 99... ¿qué ha pasado? Me falta una. No puede ser. Seguramente conté mal.

*Yoyaquim* - Y comenzó otra vez la cuenta...

*Pastor* - ...95... 96... 97... 98... 99... ¡99 solamente! ¡Se me ha perdido una oveja! Seguramente es la enferma, la de la pata coja. Caray, ¿dónde se habrá metido esa desgraciada?

*Yoyaquim* - "Bah, no te preocupes por ella. Está enferma. No sabe caminar. No sirve para nada. Que duerma al raso. O que se la coman los lobos...", le dijeron otros pastores. Se hizo noche cerrada. La oveja de la pata coja seguía dando vueltas por el monte, sola y perdida. Gritó, pero nadie respondía. Gritó más fuerte, pero sólo escuchó, allá a lo lejos, sobre las montañas, los aullidos de los lobos hambrientos. La oveja perdida sintió miedo. Un miedo muy grande. Entonces echó a correr a ciegas y se cayó por un barranco. Rodó sobre piedras afiladas, dio mil volteretas sobre las espinas, resbaló hacia abajo, hacia el fondo, donde la tierra era fangosa. Y empezó a hundirse. El pastor estaba acostado en su estera de paja, bien caliente. Intentaba dormir, pero no podía. Pensaba en la oveja que se le había perdido.

*Pastor* - Humm... ¡Mira que perderse así, en una noche tan mala! ¿Por qué tiene que ser siempre la última? ¿Por qué tiene que andar siempre sola? Uff... Bueno, qué le vamos a hacer. Ella se lo buscó. Que se las arregle como pueda. Yo voy a dormir.

*Yoyaquim* - La oveja de la pata coja tenía todavía una chispa de vida. Hizo un último esfuerzo por salir de aquel barranco, pero se hundió más. El lodo se la iba tragando poco a poco. El pastor, allá en su cabaña, bien caliente, por fin consiguió dormirse. Y mientras él dormía tranquilamente, la oveja perdida se hundió más y más en el barranco oscuro. El lodo le fue cubriendo toda la lana, le subió a la boca, le entró por el hocico... Ya no podía gritar ni moverse. Estaba muerta.

*Pedro* - ¿Y qué pasó entonces?  
*Jesús* - Nada. Se acabó la historia.  
*Juan* - ¿Cómo que se acabó la historia?  
*Jesús* - Sí, ya se terminó.  
*Pedro* - Pero, ¿cómo se va a terminar así, Jesús? Y el pastor, ¿no hizo nada? ¿La dejó morir?  
*Jesús* - Bueno, el pastor hizo lo que pudo.  
*Pedro* - ¡Lo que pudo! ¿Por qué no salió a buscarla, a ver, dime?  
*Jesús* - Eso se dice fácil, Pedro, pero también salir a medianoche y lloviendo a cántaros.  
*Juan* - Pues se hubiera echado un manto encima, ¡qué caray!  
*Jesús* - Y las otras, ¿qué, eh? El se quedó vigilando el rebaño.  
*Pedro* - El se quedó durmiendo, ¡buen haragán!  
*Jesús* - Tenía que cuidar a las noventa y nueve ovejas.  
*Juan* - Bah, éstas se cuidan solas. ¿No dijiste tú que estaban sanas y fuertes? Pero la otra era una infeliz.  
*Jesús* - Bueno, Juan, tampoco es para tanto. Una más, una menos...  
*Juan* - No, no, no, eso no está bien así, Jesús. Esa historia me ha dejado un torozón aquí en la garganta. Tiene un final que no me gusta.  
*Pedro* - Ni a mí tampoco.  
*Jesús* - Pues yo no los entiendo a ustedes porque... ese es el final que ustedes mismos han querido ponerle.  
*Pedro* - ¿Nosotros? ¡Pero si esa historia la has contado tú, caramba!  
*Jesús* - No, ustedes se lo han puesto. Tú, Juan, y tú, Pedro, y tú, pelirrojo. Pero, por suerte, Dios le pone otro final. Sí, Dios cuenta la historia de otra manera. Escuchen, sucedió que el pastor, cuando llegó al redil y se puso a contar las ovejas...  
  
*Pastor* - ... 95... 96... 97... 98... 99...  
Vaya, hombre, se me ha perdido una.  
¡Voy a buscarla ahora mismo!  
  
*Yoyaquim* - Pero sus compañeros le decían: "¿Cómo vas a salir así?... Está lloviendo mucho. Es de noche. No podrás encontrarla. Ella es una sola. ¿Vas a dejar a las otras noventa y nueve?" Pero el pastor no hizo caso, tomó el bastón, se echó el manto encima y salió de prisa, en medio de aquella oscuridad, a buscar la oveja enferma

que se le había perdido...

*Pastor* - ¡Estrellita! Estrellita, ¿dónde estás? ¡Estrellitaaa!

*Yoyaquim* - La llamó por su nombre. Corrió de un lado a otro, subió y bajó la colina, gritó hasta desgañitarse. No le importaba la lluvia, ni el frío de la noche ni el cansancio. Sólo su oveja, que estaba en peligro. Tenía que encontrarla antes de que fuera demasiado tarde.

*Pastor* - ¡Estrellitaaa!... ¿Dónde te has metido? ¡Estrellitaaa!

*Yoyaquim* - Después de buscar por todos lados, cuando apenas le quedaba al pastor un filo de esperanza, oyó a lo lejos un balido. Sí, él conocía aquella voz... ¡claro que la conocía!

*Pastor* - ¡Estrellita! ¡Estrellita!

*Yoyaquim* - Era su oveja. ¡Y aún estaba con vida! El pastor echó a correr hacia el barranco, bajó hasta el fondo y la sacó de allí. ¡Estaba salvada! Después, la cargó sobre los hombros, la cubrió con su manto y se lanzó a campo traviesa, de vuelta al redil. Y cuando llegó, le vendó las heridas y la acostó junto a sus hermanas, sobre la paja caliente. Y el pastor estaba tan contento aquella noche que salió a despertar a sus vecinos.

*Pastor* - ¡Amigos, la encontré, la encontré! Estaba perdida, estaba casi muerta... ¡Y la encontré! ¡Alégrese conmigo, camaradas! Vengan, vamos a bebernos un par de jarras de vino. Invito yo. ¡Quiero que todo el mundo esté alegre esta noche!

*Juan* - Bueno, así ya está mejor, caramba, pero...

*Santiago* - ...pero, en fin de cuentas, Jesús, ¿a qué viene esta historia, eh?

*Jesús* - No sé, Santiago, a veces... a veces yo pienso que Dios se pone más contento viendo a un perdido

como Mateo que vuelve y quiere cambiar de vida, que cuando ve a los noventa y nueve que nos creemos buenos y justos.

Seis siglos antes, el profeta Ezequiel había escrito en su libro: "Así dice Dios: mi rebaño anda suelto y no hay quién se ocupe de él. Por eso, aquí estoy yo.(3) Yo mismo cuidaré del rebaño y velaré por él. Las recobraré de todos los lugares donde se dispersaron en el día de nubes y bruma. Buscaré la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y sanaré a la enferma. Y a todas las encaminaré en la justicia."

Mateo 18,12-14; Lucas 15,3-7.

---

1. En la parábola del **pastor** y la oveja perdida Jesús quiso explicar cómo es Dios. Resultó sorprendente que Jesús comparara los sentimientos y la actitud de Dios con los de un pastor. Junto con los publicanos y otros oficios despreciables (usureros, cambistas), los pastores habían llegado a ser en tiempos de Jesús gente de muy mala fama, contados sin discusión entre los "pecadores".

2. El pastor de la historia de Jesús tiene cien **ovejas**. Para lo acostumbrado en aquel tiempo, resultaba un rebaño de mediana importancia. Entre los beduinos, los rebaños tenían ordinariamente entre 20 y 200 animales, tratándose de ovejas o cabras. Un rebaño de cien ovejas era cuidado exclusivo de un solo pastor que, por su baja posición económica, no podía permitirse contratar ningún asalariado para ayudarlo. En Palestina, los pastores tenían la costumbre de contar su rebaño al atardecer, antes de guardarlo en el redil, para tener la seguridad de no haber perdido ningún animal.

3. En la parábola de la oveja perdida, Jesús comparó a **Dios** con un pastor. Y en otra ocasión se comparó a sí mismo con un buen pastor. Estas comparaciones tienen varios antecedentes en el Antiguo Testamento. El texto del profeta Ezequiel (34, 1-31), en el que se anunciaban los tiempos mesiánicos, es la fuente más directa en la que Jesús se inspiró para su comparación. Y tanto impresionó a los discípulos esta imagen, que el pastor con la oveja perdida sobre sus hombros fue, con el pez y los panes, el símbolo más frecuentemente usado en el arte de los primeros cristianos. Se halla la imagen del buen pastor en esculturas, sepulcros, altares y en las paredes de las catacumbas romanas donde los cristianos perseguidos se



*reunían para orar y celebrar su fe.*

## 28- DIOS ESTÁ DE NUESTRA PARTE

Amaneció lloviendo sobre Galilea. Las nubes negras avanzaban desde el Líbano y cubrían la llanura de Esdrelón. Como flechas de fuego, los rayos cruzaban el cielo y estallaban en las copas de las palmeras. Eran las tormentas del verano. Encerrados en nuestras casas y tapando las goteras del techo, esperábamos el final de aquel interminable diluvio. Toda la mañana estuvo lloviendo. La tierra, empapada, no podía tragar más agua. Pero las nubes reventaban cada vez con más furia.

*Hombre* - ¡Maldita sea, es granizo, es granizo!

Era mediodía cuando escampó. Los cormoranes salieron de sus escondites y volvieron a revolotear sobre el lago que ahora tenía el color de la ceniza. Los pescadores fuimos de prisa a sacudir las velas mojadas de nuestras barcas y a estirar las redes que chorreaban agua. Al salir, escuchamos un rumor de voces chillonas en el campo. Las mujeres corrían alocadamente, lamentándose y tirándose de los pelos. Los hombres iban detrás, con la cabeza gacha, silenciosos.

*Hombre* - ¿Qué pasa? ¿Por qué lloran las mujeres? ¿Quién se ha muerto?

*Mujer* - ¡El trigo! ¡Murió el trigo!

Los campesinos salían de sus casas corriendo hacia los campos donde tenían sus sembrados. La granizada había destrozado el trigo a punto de cosechar. Las espigas casi maduras estaban ahora partidas en el suelo, machacadas por la violencia de la tormenta.

*Mujer* - ¡Murió el trigo! ¡Murió el trigo!

*Viejo* - ¡No habrá pan este año para los pobres!

Cafarnaum entera salió a llorar el trigo perdido como si fuera un hijo muerto. Los artesanos, los mercaderes, los pescadores del lago y hasta las prostitutas de la calle de los jazmines, todos fuimos a los sembrados a lamentarnos con los campesinos. Si ellos no cosechaban el trigo, nadie comería pan.

*Hombre* - ¡Maldito aguacero, ¿qué va a ser ahora de nosotros?

*Mujer* - ¡A pasar hambre otra vez, a tocar en la puerta de los usureros y salir a los caminos pidiendo limosna!

*Hombre* - ¡Y a venderle el alma al diablo a ver si nos da cuatro céntimos por ella!

Pedro, Santiago, Jesús y yo íbamos juntos en medio de aquel griterío, chapoteando entre las espigas destrozadas. Poco a poco, nos fuimos alejando de la ciudad. Los campesinos subían por la colina de las Siete Fuentes.(1) Desde aquella altura, se podía ver todo el campo inundado, confundido con el lago de Tiberíades.

*Mujer* - Ay, vecina, pero, ¿qué pecado habremos cometido nosotros para merecer esta desgracia?

*Vieja* - Tienen que ser muchos pecados juntos, comadre, porque cuando no es el granizo es la sequía y cuando no, la subida de impuestos o un muchacho que se te enferma. ¡Vaya, que siempre perdemos nosotros!

*Hombre* - Miren, miren mi trabajo de todos estos meses... todo perdido, todo arruinado... ¡Maldita sea, y ni siquiera la tierra es mía para enterrarme de una vez en ella!

*Mujer* - Murió el trigo y morimos también nosotros. ¡Ay, caramba, como Dios no meta su mano!

*Hombre* - ¿Dios? ¿Para qué mienta usted a Dios? No, déjelo tranquilo por allá arriba que tendrá mucho trabajo contando estrellas. ¡Dios no se acuerda de nosotros!

*Vieja* - ¡Resignación, paisano! ¿Qué otro remedio nos queda?

*Hombre* - Resignación, sí, pero mañana cuando mis muchachos rompan a llorar pidiendo un pan, ¿qué les digo, que coman resignación?

*Vieja* - Así es la vida, mi'jo. Para nosotros los pobres no hay más que eso: bajar la cabeza y aguantar lo que venga.

*Hombre* - Pues yo no aguanto más, porque llevo toda la vida aguantando, ¿me entiende? Un año y otro, y otro más, y siempre lo mismo. ¿Hasta cuándo quieren que aguante, hasta cuándo?

*Jesús* - ¡Paisanos, paisanas, miren hacia arriba! ¡Levanten la cabeza, miren!

En aquel momento apareció en el cielo, en un derroche de colores, el arco iris. Jesús fue el primero en verlo.

*Jesús* - ¡Miren el arco de Dios! ¡Es la señal de la paz después del diluvio!

*Mujer* - ¡Déjate tú de historias, forastero! En el cielo habrá paz, pero lo que es en la tierra, hay hambre. Y donde hay hambre, hay maldición y llanto.

*Jesús* - No, mujer, se acabó la lluvia y se acabaron también las lágrimas. ¿Qué resolvemos llorando y

tirándonos de los pelos?

*Vieja* - ¿Y qué otra cosa podemos hacer, eh? Teníamos poco, ahora no tenemos nada. ¡Sólo nos quedan los ojos para llorar!

*Jesús* - ¡No, abuela, nos quedan los ojos para ver al Mesías!

*Hombre* - ¿A quién dijiste tú? ¿Al Mesías? ¡Ja! ¿Y dónde está ese señorito tan escondido que nunca asoma los bigotes? ¡El Mesías! ¡Que se dé un poco de prisa en venir porque al paso que vamos nos sacarán a recibirlo con los pies pa'lante!

*Jesús* - ¡Pero él llega, sí, llega pronto! ¡Miren el arco, paisanos, Dios viene bajando por él! ¡Nuestra liberación ya se acerca!

La gente se fue juntando a nuestro alrededor. Jesús estaba a mi lado, con los pies descalzos hundidos en el fango y la barba chorreando las últimas gotas de lluvia... Allá arriba, atravesando el aire lavado, el arco iris unía el cielo con la tierra.

*Jesús* - ¡Vecinos, escúchenme! La lluvia ha sido fuerte. Llovió de noche y de mañana y nos parecía que el diluvio no iba a terminar nunca. Eso mismo pensó Noé después de cuarenta días soportando el aguacero. Pero acabó saliendo del arca. Eso mismo se creían nuestros abuelos en Egipto, después de cuatrocientos años soportando el látigo de los capataces. Pero pasaron el Mar Rojo y salieron libres. Nosotros también llevamos cuatrocientos años aguantando y bajando la cabeza. Los faraones de siempre nos han tenido machacados como estas espigas de trigo. Nos molieron, nos trituraron, nos hicieron harina y el pan se lo han comido ellos. Pero se acabó, paisanos. Dios ya no espera más ¡Y nosotros tampoco!

*Hombre* - Oigan, pero ¿qué está diciendo este tipo? Mira, tú, ¿a ti se te ablandó el seso con tanta agua, o qué?

*Jesús* - ¡Vecinos! ¡Paisanas! A pesar de esto que ha pasado, a pesar del trigo perdido, podemos alegrarnos!

*Vieja* - Pero, tú estás chiflado, muchacho? ¿De qué demonios vamos a alegrarnos si lo hemos perdido todo, si hemos quedado con una mano delante y otra atrás?

*Jesús* - Tenemos a Dios, abuela, nos queda Dios. ¡Y Dios está de nuestra parte! ¡Dios nos ha regalado su Reino a nosotros, ¿comprendes?, a nosotros los muertos de hambre, las derrotadas, los perdedores, a nosotros!

Cada vez se apretujaba más gente para oír a Jesús. Las mujeres dejaron de llorar y se exprimieron las faldas empapadas de agua y lodo. Los hombres meneaban la cabeza desconfiados y burlones, pero también se acercaban a escuchar.

*Jesús* - ¡Sí, de veras, podemos alegrarnos! ¡Felices nosotros los pobres, porque de nosotros es el Reino de Dios!(2)

Un viejo apoyó la barbilla en su bastón con aire triste...

*Viejo* - Me parece que tú nos estás tomando el pelo, muchacho. Ser pobre es una desgracia, no una felicidad. ¿Quién entra en un velorio a felicitar al muerto?

*Jesús* - Pero, viejo, escúchame. Dios no te felicita por ser pobre, sino porque vas a dejar de serlo.(3) Tú y todos nosotros. ¡Empieza un mundo nuevo! ¡Ha llegado el Reino de Dios! Para nosotros, los que lloramos viendo a nuestros hijos flacos y enfermos, para nosotros que hemos inundado la tierra con nuestras lágrimas... ¡para nosotros será la Alegría de Dios! Ahora tenemos hambre.(4) Pero cuando llegue el día de nuestra Liberación, a nadie le faltará el trigo ni el vino. Pronto comeremos y beberemos en el Reino de Dios, muy pronto... ¡para nosotros los hambrientos, la Justicia de Dios!

*Mujer* - Pronto, pronto... ¿Cuándo será eso? ¿Allá en el cielo? ¿En la otra vida, cuando nos hayamos muerto de hambre en ésta?

*Jesús* - No, paisana, en la otra vida ya no hace falta el pan ni las lentejas. ¡Esto es para ahora, para aquí abajo! ¡Es el Reino de Dios que viene a la tierra!

Jesús se agachó y cogió del suelo unos terrones mojados. Los ojos le brillaban como si tuviera en las manos un tesoro.

*Jesús* - ¡Esta tierra será nuestra! ¡Para los humildes es la herencia de Dios, la tierra, el trigo y el vino!

*Vieja* - Tú di lo que quieras, mi'jo, pero yo tengo ochenta años, y todavía estoy por ver que una rana críe pelos y que un pobre le gane a un rico.

*Jesús* - ¡Lo veremos, vieja, con estos mismos ojos lo veremos! Ten confianza. ¡Felices los que tengan los ojos limpios para ver llegar el Reino de Dios

a la tierra!

Algunos hombres se pusieron en cuclillas para escuchar mejor. El sol empezaba a asomarse entre las nubes y se reflejaba en los charcos que la tormenta había dejado sobre el suelo. A pesar del trigo muerto, nos pareció que todo no estaba perdido.

*Jesús* - El Mesías viene a nivelar la tierra. Ni colinas ni barrancos. Nadie encima, nadie abajo. Todos iguales. Todos hermanos. Todas hermanas. Que a ninguno le sobre para que a ninguno le falte. ¡Felices los que comparten lo que tienen con sus hermanos: Dios compartirá su Reino con ellos!

*Mujer* - Eso es lo que yo he dicho siempre, que si fuéramos menos tacaños todos podríamos vivir tranquilos y sin tanta zozobra, ¡caramba! Pero es el grupito ése que se ha creído que el mundo es sólo para ellos, y así estamos como estamos, todos nosotros peleando por cuatro espigas de trigo y ellos con el granero repleto. ¿Tú crees que hay derecho a eso, forastero, dime?

*Jesús* - Por eso, nunca hay paz ni puede haberla mientras no se abran las puertas de todos los graneros y nadie pase necesidad. Hay muchos que hablan de paz, y se llenan la boca con lindas palabras, pero con sus manos roban y matan. Hablan de paz, pero son hijos de la guerra. No, a éstos no. Dios felicita a los verdaderos artesanos de la paz, a quienes trabajan por la justicia. ¡Esos son los hijos y las hijas de Dios!

*Todos* - ¡Bien, bien!

*Jesús* - Los ricos son ciegos. Un ciego no puede ver los colores de este arco iris y ellos tampoco ven el sufrimiento de nosotros. No quieren verlo. ¡Ambiciosos! Ellos sí que van a arruinarse cuando llegue el momento. Ellos van a dar gritos pronto, los mismos gritos que nosotros ahora damos. Ellos ahora se ríen, pero muy pronto van a llorar, sí, a llorar y a dar alaridos cuando Dios les vacíe las arcas, cuando el Mesías les arranque la ropa y los anillos y los deje sin pan y sin dinero para comprarlo, igual que ellos hicieron con sus trabajadores. ¡Sí, paisanos, las cosas van a cambiar y los últimos serán los primeros y los primeros los últimos!

*Todos* - ¡Bien, así se habla!

*Juan* - Jesús, ten cuidado. Aquí hay mucha gente. Siempre sale un soplón. Después dicen que estamos alborotando y...

*Jesús* - Que digan lo que quieran, Juan. ¡Vecinos!

Cuando los grandes nos odian, cuando nos persigan de pueblo en pueblo y nos arrastren ante los tribunales, ¡alegrémonos también! Así pasó siempre con los que reclamaron justicia. Así persiguieron a Elías y a todos los profetas. Y por eso el profeta Juan está ahora en la cárcel. Pero no importa. Dios felicita a los que hablan claro y arriesgan su vida por defender la de los demás. Sí, amigos, hay que gritarlo al descampado para que estas palabras las escuchen también los campesinos de Corozaim y los artesanos de Betsaida y los pescadores de Tiberíades y las prostitutas de Magdala. Para que esta noticia corra como una liebre suelta por el valle y la oigan todos, desde la fuente de Dan hasta la tierra seca de Bersheba. ¡Dios se ha puesto de nuestra parte! ¡Dios está con nosotros, los pobres, y lucha a nuestro lado!

Todo esto lo dijo Jesús en la colina de las Siete Fuentes, la que mira hacia el lago, cerca de Cafarnaum.

Mateo 5,1-12; Lucas 6,20-26.

---

1. El Monte de las Bienaventuranzas o **Colina de las Siete Fuentes** está situado a unos tres kilómetros de Cafarnaum. Es de poca altura, unos 100 metros, y desde allí se contempla una vista muy hermosa del lago de Galilea. En su cima se construyó una iglesia de forma octogonal, en recuerdo de las ocho bienaventuranzas que menciona el evangelio de Mateo.

2. El texto de las **bienaventuranzas** -uno de los más conocidos del evangelio- condensa como ninguno lo esencial de la predicación y la actividad de Jesús. Resume el anuncio liberador que Jesús hizo a los pobres. Las bienaventuranzas no son una colección de normas de conducta: "se debe" ser pobre, "se debe" ser misericordioso. Son una buena noticia ("evangelio" quiere decir "buena noticia") que tiene por destinatarios a los pobres, a los que siempre pierden. Tampoco son las bienaventuranzas una fórmula de consuelo para el más allá, como si el Reino de Dios que Jesús anunció fuera equivalente al "reino de los cielos" en la otra vida. Si Jesús llamó dichosos a los pobres, si les dijo que se alegraran, fue porque iban a dejar de serlo, porque para ellos llegaba la justicia aquí en la tierra.

3. Aunque el evangelio de Mateo recoge ocho bienaventuranzas -Lucas sólo cuatro con sus correspondientes "malaventuranzas" contra los ricos-, en ambos textos Jesús habló de una sola realidad: los **pobres**. "Felices los pobres": en ésta bienaventuranza se resumen todas. Jesús llamó feliz al pobre anunciando que Dios se ponía de su parte e iba a dejar de serlo. No lo llamó feliz por portarse bien, sino porque era pobre. Dijo que Dios no prefiere al pobre porque sea bueno, sino porque es pobre.

Se ha especulado mucho sobre quiénes son los pobres a los que se refirió Jesús en las bienaventuranzas. El texto de Lucas habla de "pobres" y el de Mateo de "pobres de espíritu". La tradición de Lucas es la más primitiva. Los pobres a los que se dirigió Jesús son los que realmente no tienen nada, los que tienen hambre. El "espíritu" que más tarde añadió Mateo recoge las fórmulas empleadas por los profetas del Antiguo Testamento, que hablaron del "espíritu humilde" de los "anawim" (pobres). La palabra "anawim" es sinónimo de desgraciados, indefensos, desesperanzados, hombres y mujeres que saben que están en manos de Dios porque son rechazados por los poderosos.

Lucas acentúa el aspecto de opresión exterior. Mateo, el aspecto de la necesidad interior que padecen los que sufren esa opresión exterior. Mateo y Lucas escribieron para públicos distintos. Las comunidades para las que escribió Lucas estaban compuestas mayoritariamente por hombres y mujeres oprimidos dentro de la poderosa estructura del imperio romano: esclavos, habitantes de ciudades en las que existían enormes diferencias sociales, gente explotada por duras condiciones de vida. Mateo escribió a comunidades judías que tenían aún la tentación del fariseísmo: considerar buenos sólo a los decentes, a los que cumplen las leyes. Los "pobres de espíritu" de Mateo son el equivalente de los inmorales, los pecadores, los de mala fama. A pesar de esta diferencia de matiz, ambos evangelistas quisieron dejar bien claro el sentido profético de las palabras de Jesús: Dios regala su Reino a los pobres del mundo. El mensaje de Jesús en las bienaventuranzas resultó revolucionario en la historia de las religiones. Además de expresar que la norma moral como criterio de la benevolencia de Dios no contaba para nada, anunció de qué lado estaba Dios en el conflicto histórico: del lado de los de abajo.

En la Biblia, la pobreza, como situación de opresión, es un escándalo que va contra la vida y por tanto, contra la voluntad de Dios. Esa pobreza debe ser rechazada, combatida, eliminada. No es una fatalidad, es la



consecuencia del abuso de unos seres humanos sobre otros. Las antiguas leyes mosaicas no se contentaron con la denuncia de la pobreza injusta. Eran leyes sociales que trataban precisamente de evitar la pobreza y de defender al pobre. Todo intento de combatir la pobreza, de suprimirla es, en la teología bíblica y en el mensaje de Jesús, un paso que hace avanzar el Reino de Dios aunque los que así actúen no crean ni en Dios ni en Jesús.

4. Al proclamar las bienaventuranzas, Jesús no dijo: "Dichosos ustedes, los pobres", sino: "Dichosos **nosotros**, los pobres". "Nosotros los que lloramos, nosotros los que tenemos hambre". Jesús fue pobre, tan pobre como sus vecinos de Cafarnaum a los que anunció las bienaventuranzas. Jesús no fue una especie de maestro religioso que se "hizo pobre", que se disfrazó de pobre, para que los pobres lo entendieran mejor, como un signo de la condescendencia divina con los miserables. Esta idea falsea la esencia misma del mensaje cristiano, que afirma que Dios quiso revelarse de forma definitiva en un campesino pobre de Nazaret y que sigue revelándose en la vida y en las luchas de los pobres.

## 29- EL TRIGO DE LOS POBRES

El día en que el granizo arruinó el trigo a punto de segar era sábado.(1) Todo Israel descansa en sábado. Las mujeres no encienden el fogón ni los hombres van al campo. El séptimo día de la semana está consagrado a Dios. Pero aquel sábado no fue para nosotros un día de descanso. Estábamos reunidos en la colina de las Siete Fuentes, la que mira hacia el lago, con los campesinos de Cafarnaum que habían perdido su cosecha.

- Hombre* - Este año será malo, sí. Será un año de hambre.  
*Vieja* - ¡Todo se ha perdido, el granizo acabó con todo!  
*Mujer* - Con todo no, vieja. En la finca de Eliazín hay mucho trigo que no se ha dañado.  
*Hombre* - Y en la del terrateniente Fanuel lo mismo.(2) Esos granujas tienen tanta tierra y tantos graneros que ni el cielo puede arruinarlos.  
*Mujer* - Los ricos siempre caen de pie, como los gatos. Esos nunca pierden. Ahora subirán los precios. ¡Venderán la harina como polvo de oro!  
*Hombre* - Y a nosotros que nos parta un rayo, ¿no?  
*Muchacho* - ¿Y qué remedio nos queda? ¡Apretarnos más la correa! ¡Contra el cielo nada se puede hacer!  
*Vieja* - Contra el cielo no, pero contra esos acaparadores, sí.  
*Hombre* - ¿Anjá? ¿Y qué podemos hacer? ¿Meternos en su finca?  
*Vieja* - ¿Y por qué no? ¿Qué decían las leyes antiguas? Que los pobres recojan lo que sobra en la finca de los ricos para que nadie pase necesidad en Israel.  
*Hombre* - La vieja Débora tiene razón. Moisés mandó a los ricos que dejaran los rastrojos para que los infelices podamos comer.  
*Mujer* - ¿Cómo? ¿Eso dijo Moisés? ¡Pues vamos a cumplir la ley de Moisés, qué caray!

Cuando la mujer del campesino Ismael dijo aquellas palabras todos nos miramos indecisos. Los hombres nos rascábamos la cabeza y las mujeres cuchicheaban unas con otras.

- Mujer* - ¿A qué esperamos? ¿No dijo el forastero de Nazaret y todos ustedes que Dios está de nuestra parte y que las cosas van a cambiar? ¡Pues vamos a darle un empujoncito para que cambien más pronto! ¡Ea, vamos a arrancar espigas en la finca de Eliazín!  
*Hombre* - ¡Sí, sí, vamos allá, vamos!

*Vieja* - ¡Un momento, un momento! Vamos allá, sí, pero sin correr y sin alborotar, que eso también lo mandó Moisés cuando llevó a los israelitas por el desierto en orden de campaña. ¡Y la justicia, cuando se reclama con buena forma, es más justa todavía!

*Todos* - ¡Bien dicho, abuela! ¡Andando, compañeros!

Con la mujer de Ismael y la vieja Débora a la cabeza, todos nos pusimos en movimiento, colina abajo, hacia la enorme parcela que comenzaba al norte de las Siete Fuentes. Muchas millas de tierra fértil, propiedad del poderoso Eliazín.

*Hombre* - Pero, ¿ustedes se han vuelto locos? ¿A dónde vamos? ¡Eso no se puede hacer!

*Mujer* - ¿Quién dijo que no?

*Hombre* - Pero, ¿cómo vamos a colarnos en la finca de ese señor, así por las buenas, y ponernos a cortar espigas?

*Mujer* - El avaro de Eliazín todavía tiene los graneros llenos de la cosecha anterior.

*Hombre* - Sí, pero...

*Mujer* - ¡Ningún pero! ¡A ése le sobra!

*Hombre* - ¡Y a nosotros nos falta! ¡Vamos, vamos todos juntos! ¡En el nombre de Dios!

Éramos un ejército de harapientos. Chapoteando por el campo, resbalando en la ladera lodosa, nos fuimos acercando a los postes que marcaban la propiedad de Eliazín. El granizo había arruinado los sembrados, pero la finca era tan grande que quedaban, salpicadas aquí y allí, muchas espigas que no se habían estropeado.

*Hombre* - ¡Miren, todavía queda bastante trigo!

*Vieja* - ¡Pues vamos a arrancarlo! ¡Y no se preocupen, que Rut comenzó así mismo y miren lo bien que le fue al final!

Nos desperdigamos por los trigales inundados, igual que un hormiguero se desparrama después de la tormenta. Enfangados hasta las rodillas comenzamos a cortar las espigas fuertes que habían soportado la violencia del temporal. Los hombres sacaron los cuchillos y empezaron a segar. Detrás de ellos, las mujeres iban echando en sus faldas el trigo mojado.

*Vieja* - ¡Recojan todo lo que puedan, todo lo que les quepa en el regazo! ¡Llévense una medida llena, repleta hasta el borde del vestido!

*Hombre* - Oye, vieja, ¿y no estaremos haciendo algo malo?

*Vieja* - ¡Ay, mi hijo, yo no sé, pero dicen que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón!

*Hombre* - Y tú, el de Nazaret, ¿qué piensas de todo esto?  
*Jesús* - Pues yo lo que pienso es que tenemos que...  
¡ay!  
*Hombre* - ¡Cuidado, Jesús!

Jesús resbaló y cayó sentado sobre un charco de agua. Cuando lo vimos en el suelo, enfangado hasta las narices, nos echamos a reír a carcajadas.

*Hombre* - ¡Oye, que la tierra no se come!  
*Mujer* - ¡Miren cómo se ha puesto el forastero, como Adán cuando Dios lo fabricó en el paraíso!

Jesús también se reía como si le hicieran cosquillas. Al fin, con la túnica empapada y apoyándose en unas piedras, logró levantarse de aquel lodazal.

*Jesús* - Lo que es la vida, vecinos. Hace un rato estábamos llorando, ahora nos reímos. Las cosas cambian, caramba. Las podemos cambiar nosotros con estos brazos nuestros, con el brazo de Dios que nos apoya. ¡Sí, los pobres saldremos adelante! Mañana todo será distinto. Los dolores de ahora los exprimiremos como pañuelos y ya no habrá más lágrimas ni gritos. Y entonces nos alegraremos, sí, y Dios también estará contento, porque Dios está de nuestro lado, porque él va a arrimar el hombro y nos va a ayudar a fabricar un mundo nuevo con esta arcilla vieja.

Y seguimos arrancando espigas. Jesús recogía a mi lado y recuerdo que iba riéndose todavía de su caída. Pedro, Santiago y Andrés ayudaban a un grupo de campesinos que se habían adentrado más en la finca. Cuando ya habíamos cortado mucho trigo, llegaron los capataces de Eliazín. Venían corriendo hacia nosotros con palos y perros de caza.

*Capataz* - ¡Ladrones, ladrones!

Hubo una gran confusión. La mayoría pudo brincar entre los postes con los brazos y las faldas llenos de espigas. Otros dejaron abandonado el trigo y las sandalias y huyeron como conejos asustados brincando entre los charcos de lodo.

*Eliazín* - ¿Se puede saber quién organizó esta fechoría en mi finca? ¿Con qué derecho se meten a robar en mi propiedad?(3)

*Mujer* - ¡Con el derecho de Dios! ¡Todos vinimos en el nombre de Dios!

*Eliazín* - En el nombre de Dios, ¿verdad? ¡En el nombre del diablo! ¡El que roba es un hijo del diablo!

*Hombre* - ¡Y el que le chupa la sangre a sus jornaleros como tú es el padre del diablo!

*Eliazín* - ¡Cierra el pico o te mandaré azotar con varas! ¡Así aprenderán a respetar las leyes, ladrones!

*Hombre* - ¡Nosotros no estábamos robando! ¿Por qué nos llamas ladrones?

*Eliazín* - ¿Ah, no? ¿Y cómo tengo que llamarlos, entonces? Los atrapo con las manos en mi trigo, arrancando las pocas espigas que quedan después del diluvio de esta mañana, ¿y no son ladrones?

*Mujer* - No. Estábamos cumpliendo la Ley de Dios.

*Abiel* - ¡Cállate, lengua larga! No vuelvas a mencionar a Dios con tu asquerosa boca!

Los capataces de Eliazín nos habían llevado a uno de los patios de la casa del terrateniente. Con él estaban dos escribas amigos suyos, el maestro Abiel y el maestro Josafat.

*Abiel* - Digo yo, don Eliazín, que debe usted averiguar quiénes andan detrás de esta conspiración, quiénes son los responsables.

*Eliazín* - ¿Dónde están los cabecillas, eh? ¿Quién les aconsejó que vinieran a robarme?

*Vieja* - ¡El hambre! ¡Nos aconsejó el hambre! ¡Necesitamos trigo para nuestros hijos!

*Eliazín* - El hambre, ¿verdad? Si no fueran tan haraganes no pasarían hambre. ¡El hambre viene de la holgazanería!

*Mujer* - ¡El hambre viene de la avaricia de la gente como tú!

*Eliazín* - ¡Si vuelves a gritarme, te haré cortar la lengua y las dos manos! Pero, ¿qué se han creído ustedes? ¿Que voy a permitir que me roben descaradamente en pleno día? Le avisaré al capitán romano y no saldrán de la cárcel hasta que me hayan pagado todos los destrozos, ¿lo oyen bien?

Jesús, que había estado callado hasta entonces, fue quien respondió al terrateniente.

*Jesús* - ¿No te basta con el trigo que se pudre en los graneros? ¿Quieres también quitarnos unas pocas espigas que a ti te sobran?

*Eliazín* - ¿Anjá? ¿Con que este gato también saca las uñas? Pues oye lo que te digo, forastero: tú y todos ustedes irán de un puntapié a la cárcel!

*Jesús*  
*David.*

*Josafat* - ¿Qué ha dicho ese maldito?

*Jesús* - Dije que David hizo una cosa peor que nosotros y David fue un gran santo.

*Abiel* - ¿Qué pamplinas estás diciendo tú? ¿qué tiene que ver el rey David con esto?

*Josafat* - ¿Con quién te crees que estás hablando, campesino? Somos maestros de la Ley, de la escuela de Ben Sirá.

*Jesús* - Pues si son tan maestros, se acordarán de lo que hizo el rey David cuando llegó a Nob con sus compañeros.(4) Tenían hambre y entraron, no en una finca, sino en el mismísimo templo, en la casa de Dios. Y comieron el pan del altar, consagrado al Señor... ¿Te das cuenta? ¡Le robaron al mismo Dios! ¡Y Dios no los castigó porque tenían hambre! ¡Y un hombre hambriento es más sagrado que el santo templo del Altísimo!

*Josafat* - Maldita sea, pero, ¿qué está diciendo este insolente? Por tu propia lengua te delatas. Tú debes ser el agitador de toda esta chusma. ¡Ve, ve ante el tribunal con ese cuentecito del rey David, para que te den la tunda de palos que te mereces!

*Mujer* - ¡Nosotros hemos cogido los rastrojos que nos pertenecen según Moisés!

*Eliazín* - ¡Cállate tú, ramera! Esto es mío, ¿entiendes? ¡Mío y de nadie más! ¡Desde aquí hasta la laguna de Merón, toda esta tierra es mía! ¡Y ninguno de ustedes puede entrar en ella a arrancar un solo grano de trigo!

*Jesús* - Nosotros nos robamos unas cuantas espigas, pero tú te has robado la tierra, que es peor. Porque la Escritura dice que la tierra es de Dios y nadie puede adueñarse de ella. Tú eres más ladrón que nosotros.

*Eliazín* - ¡Me están acabando la paciencia, charlatanes. ¡Me quitan lo mío y encima tengo que aguantarles las impertinencias!

*Abiel* - Todavía hay algo peor, don Eilazín. No se olvide usted del día que es hoy.

*Josafat* - Hoy es sábado, día santo.(5) Estos hombres han violado doblemente la Ley robando y faltando contra el descanso. Ustedes, sinvergüenzas, ¿reconocen el delito que se han echado encima quebrantando la sagrada Ley de Dios?

*Jesús* - El hombre no es para la Ley, sino la Ley para el hombre. Si ustedes comprendieran la Ley, no nos condenarían a nosotros, que no hemos cometido ninguna falta. Porque la primera ley que manda Dios es que todos tengamos lo necesario para vivir.

*Todos* - ¡Bien dicho, caramba! ¡Así se habla!

*Eliazín* - ¡Basta ya de palabrerías! ¡Ahora mismo iremos ante el rabino en la sinagoga! ¡Y el tribunal verá lo que hace con ustedes! ¡Vamos, de prisa!

EL alboroto fue muy grande. Fuera de la finca, nos esperaban muchos campesinos, hombres y mujeres, que se juntaron a nosotros, camino de la ciudad. El terrateniente y los escribas avisaron a los soldados romanos para que pusieran orden y nos custodiaran hasta la sinagoga. Allí, los maestros de la Ley iban a juzgar lo que habíamos hecho.

Mateo 12,1-8; Marcos 2,23-28; Lucas 6,1-5.

---

1. *La cultura mediterránea -la zona en la que está enclavada Palestina- es una cultura del **trigo**. El trigo era el cultivo principal en los campos de Palestina y constituía el grueso de las importaciones de víveres del campo a las ciudades. El que se cosechaba en Galilea era considerado de primera calidad. Las épocas de hambre se caracterizaban por la escasez de trigo.*

2. *En los campos de los alrededores del lago de Galilea, también en Cafarnaum, había extensos sembrados de trigo, muchos de los cuales pertenecían a unos pocos **terratenientes**. Los latifundios eran frecuentes en el norte de Israel y una de las reivindicaciones de los zelotes era una reforma agraria que distribuyera justamente la tierra. Esto les ganaba simpatías entre los campesinos y los pequeños propietarios, mientras que los grandes terratenientes colaboraban con el poder romano, que les garantizaba la tenencia ilimitada de propiedades.*

3. *Cuando las primeras tribus de pastores llegaron a la tierra de Israel comenzaron a distribuirse los terrenos por familias, según las iban ocupando. La **propiedad** de la tierra era herencia familiar y desde un punto de vista religioso se consideraba que Dios era el único dueño de toda la tierra (Levítico 25, 23) y que superar los límites del patrimonio familiar era contrario a la voluntad de Dios. Sin embargo, en tiempos de Jesús y también antes, ya existían terratenientes, dueños de grandes extensiones de terreno, que en algunas ocasiones adquirían por el simple recurso de correr fraudulentamente los postes de las fincas (Job 24, 2). Los profetas condenaron repetidamente la economía latifundista (Isaías 5, 8; Oseas 5, 10). El dominio imperial de Roma acentuó aún más el injusto acaparamiento de tierras. Desde un punto de vista*

económico, la consecuencia más visible de la ocupación romana fue el proceso de extensión de la propiedad latifundista a costa de la propiedad comunal, que terminó por venirse abajo, empobreciendo aceleradamente a los campesinos, que de pequeños propietarios pasaron a ser mano de obra barata, trabajadores jornaleros al servicio de los grandes propietarios.

4. Jesús justificó el robo de trigo en día de sábado en tierras de un gran propietario recordando el derecho fundamental de toda persona a vivir y a no morir de hambre, según las antiguas leyes de Moisés. Además, evocó el episodio del rey **David** en el santuario de Nob (1 Samuel 21, 1-7), donde, al sentir hambre, tomó para comer los panes de la proposición, panes sagrados dedicados al culto.

5. Al aparecer en el cielo las primeras estrellas de la noche del viernes, se iniciaba en todo Israel el Sabbath, el solemne descanso del **sábado**, y se interrumpían todos los trabajos y estaba prohibido cualquier esfuerzo. Después de la cena no se volvía a comer hasta terminado el culto del sábado en la sinagoga. La ley del sábado era el quicio de todo el sistema legal vigente en Israel en tiempos de Jesús. Violar esa ley voluntariamente y después de una primera advertencia, era razón suficiente para ser condenado a muerte.



### 30- LAS MANOS SECAS

El terrateniente Eliazín nos había atrapado arrancando espigas en su finca después de la gran tormenta que destruyó los sembrados de los campesinos de Cafarnaum. Los escribas amigos suyos nos llevaron a empujones hasta la sinagoga para juzgarnos por aquello. Era día de sábado.

*Abiel* - ¡Andando, pandilla de granujas!  
*Josafat* - ¡A ver, a ver qué dicen ahora delante del rabino, ladrones, sinvergüenzas, bandoleros!  
*Abiel* - ¡Vamos, de prisa, que el que la hace la tiene que pagar!

Aunque la sinagoga tenía las puertas bastante amplias, muchos vecinos se colaron a saltos por las ventanas. No querían perderse nada de aquella trifulca. Medio Cafarnaum estaba allí. El rabino, impaciente, se movía de un lado a otro, sin levantar los ojos para mirarnos.(1)

*Abiel* - Rabino Eliab, estos hombres que ves aquí han alborotado al pueblo para que vaya a robar trigo en la finca de don Eliazín.  
*Josafat* - ¡Han entrado por la fuerza en unas tierras que no son tuyas!  
*Abiel* - ¡Pero si sólo fueran unos vulgares ladrones, no te los hubiéramos traído! ¡Han robado en el día de descanso! ¡Han profanado la Ley de Moisés!  
*Rabino* - ¿Anjá? ¿Con que esas tenemos? ¿Y se puede saber por qué motivo han hecho eso?  
*Hombre* - ¡Porque tenemos hambre!  
*Todos* - ¡Sí, sí!  
*Rabino* - ¡Silencio! ¡Que hable uno sólo!  
*Hombre* - ¡Hemos perdido la cosecha, rabino! ¡Necesitamos trigo!  
*Mujer* - ¡Nuestros hijos se nos mueren de hambre!  
*Rabino* - ¡Cállense! ¡He dicho que hable uno sólo! ¡A ver, tú, ven acá! ¡Sí, tú mismo!

El rabino agarró por la manga de la túnica a Nito, el hijo de doña Ana, un muchacho bonachón y algo atontado.

*Rabino* - Responde: ¿tú entraste en la finca de don Eliazín a arrancar trigo?  
*Nito* - ¡Sí, rabino!  
*Rabino* - Esa finca es propiedad de don Eliazín, ¿lo sabías?  
*Nito* - ¡Sí, rabino!  
*Rabino* - Si una finca tiene dueño, lo que está sembrado

en ella le pertenece al dueño, ¿lo sabías?

*Nito* - ¡Quién no sabe eso, rabino!

*Rabino* - Y si lo sabes, ¿por qué fuiste a arrancar trigo ajeno?

*Nito* - ¡Porque tengo hambre, rabino!

*Rabino* - ¡Pero el trigo de Eliazín es de Eliazín!

*Nito* - Y el hambre mía es mía.

*Rabino* - Pero, ven acá, zoquete, ¿con qué derecho se meten ustedes en una propiedad que no es suya a apropiarse de lo que no es suyo? ¡Vamos, responde!

*Nito* - Bueno, porque... Perdone, rabino, ¿cómo dijo usted?

*Rabino* - Disculpas, disculpas, eso es lo de ustedes. Nadar y esconder la ropa. Primero muy valientes y luego "yo no fui".

*Nito* - No, no, yo sí fui, rabino. Yo y todos nosotros nos colamos en la finca para arrancar espigas. ¡Yo arranqué muchas!

*Rabino* - ¿Ah, sí? ¿Con que reconoces descaradamente que has cogido lo que no es tuyo?

*Nito* - Pues claro, ¡y ahora cuando salga vuelvo pa'llá a seguir cogiendo! ¡Con la falta que me hace!

*Mujer* - ¡A Eliazín le quedó mucho trigo en sus tierras y nosotros no tenemos nada!

*Juan* - ¡Dios no puede querer que la gente se muera de hambre mientras otros andan con la panza llena!

*Rabino* - Pero, ¿qué alboroto es éste? ¡Estamos en la sinagoga! ¡Este es un lugar sagrado! ¡Y hoy es sábado, día santo! ¿Qué pasa aquí?

*Abiel* - Rabino Eliab, son estos hombres... Este grupito del barrio de los pescadores. Ellos fueron los que revolucionaron a la gente. Y parece que este forastero de Nazaret ha sido el que les ha llenado la cabeza de ideas locas.

Uno de los escribas nos señaló extendiendo su brazo huesudo, con un largo dedo acusador.(2) Después, se quedó mirando fijamente a Jesús, que parecía tranquilo, como si nada estuviera pasando.

*Rabino* - ¿Qué dices a eso, nazareno? ¿Eres tú el que calentó la cabeza a estos desdichados?

*Jesús* - Cuando la tripa está fría, la cabeza se calienta sola.

*Rabino* - Óyeme bien, campesinito engallado, nuestro pueblo tiene unas leyes y esas leyes hay que cumplirlas, ¿me oyes? ¿Qué dice la Ley, eh? ¡No robarás! ¿Has oído?

*Jesús* - Y el que acapara trigo, ¿no es ladrón también, rabino?

*Rabino* - La Ley dice: ¡No robarás! ¿Entendido? ¡No ro-

ba-rás!

*Jesús* - ¿Y el que paga jornales de hambre no roba también al jornalero?

*Rabino* - ¡Basta ya! Tú y todos ustedes son culpables. Han faltado gravemente contra el mandamiento. Y para colmo, lo han hecho en día de sábado. ¿Qué dice la Ley? "Guardarás el sábado para santificarlo. Seis días trabajarás, pero el día séptimo es día de descanso para tu Dios". Eso dice la Ley. ¿Está claro, no?

*Jesús* - Pero Dios hizo la ley para el hombre y no al hombre para la ley.

*Juan* - ¡Bien dicho! ¡Así se habla!

*Rabino* - ¡Cállate tú, maldito, y habla cuando se te pregunte!

*Hombre* - Es mejor que te calles, Juan, que esto se está enredando y tú lo vas a poner peor.

*Rabino* - ¿Qué quieren ustedes? ¿Acabar con todo? ¿Destruir las sagradas leyes que nos dio Moisés?

*Jesús* - Al contrario, rabino. No queremos destruirlas sino darles su verdadero sentido.

Al rabino se lo llevaban los mil demonios. Pero apretó los puños e hizo un gran esfuerzo para contenerse.

*Rabino* - Hermanos, no presten oídos a la palabrería de este forastero que ha venido a nuestra ciudad a alborotar y a confundir las mentes de ustedes. Hermanos, lo que han hecho está muy mal hecho. No se puede volver a repetir. Han violado el sábado y el sábado es obra de Dios. Ustedes saben bien que cuando la sombra cubre los muros de la ciudad la víspera del sábado, la ley ordena que se cierren las puertas en todos los pueblos de Israel y no se abran de nuevo hasta que pasa el día santo. El sábado es el día sagrado del descanso. Está prohibido comprar, está prohibido vender, está prohibido caminar más de una milla. Está prohibido acarrear trigo, acarrear vino, acarrear uvas o higos o cualquier otra mercancía. Está prohibido levantar pesos, está prohibido llevar camillas. Está prohibido cocinar, está prohibido.

La ley del sábado era tan pesada, las prohibiciones para el día de descanso eran tantas, que cuando el rabino empezó a hacer aquella interminable lista todos sentimos como si nos pusieran sobre los hombros el yugo de los bueyes.(3) Cuando el rabino Eliab terminó, respiramos aliviados. Entonces, Jesús rompió el silencio.

*Jesús* - Me gustaría preguntar una cosa a ustedes que son maestros de la Ley: supónganse que tienen una sola oveja y que se les cae en un pozo un sábado. ¿No la sacarían de allí aunque estuviera prohibido? ¿Qué es lo que se puede hacer en día de sábado: el bien o el mal? ¿Salvar la vida o quitarla? ¿Qué les parece a ustedes?

Un murmullo de aprobación salió de las gargantas de todos y empezó a subir como cuando sube la marea.

*Mujer* - ¡Jesús tiene razón! ¡Él explica las cosas mejor que el rabino!

*Abiel* - ¿Ve como no adelantamos nada, rabino Eliab? Este hombre es peligroso. Hay que darle un escarmiento a esta gente.

Entonces uno de los escribas, el huesudo, abrió sus brazos como un pájaro que fuera a echar a volar y clavó sus ojos sobre nosotros.

*Josafat* - ¡Ladrones! ¡Charlatanes! ¡Dios les va a castigar por lo que han hecho en el día de descanso! ¡Ladrones! ¡Dios les va a secar las manos! ¡Esas manos con las que ofendieron a Dios robando van a quedar tiesas! ¡La maldición de Dios vendrá sobre los que no cumplen la Ley! ¡A los ladrones se les secarán las manos!

Los gritos del escriba hicieron temblar la sinagoga y nos hicieron temblar a todos. Entonces, en uno de los rincones, hacia el fondo, se armó un revuelo. Todo el mundo se volvió a mirar lo que pasaba.

*Hombre* - ¡Oye, rabino, aquí hay uno que ya tiene la mano seca, pero ése no es ladrón!

*Asaf* - ¡Yo soy un hombre honrado! ¡Yo no estaba metido en ese lío!

*Mujer* - ¡Esa enfermedad es ya vieja! ¡El escriba está hablando de una maldición para ahora!

Asaf, el frutero, tenía la mano derecha paralizada desde hacía años. Cuando vio que todo el mundo se fijaba en él, quiso esconderse y salir de la sinagoga, pero el escriba huesudo no se lo permitió.

*Josafat* - ¡Eh, tú, el de la mano seca! ¡No te escondas, ven acá! ¡Ven acá, al centro!

Empujado por todos los que tenía alrededor, Asaf apareció en medio de la sinagoga. Tenía la cara más roja que la

túnica.

*Josafat* - ¿Ven a este hombre? ¿Lo ven bien? ¡Pues Dios secará del mismo modo las manos de los que han robado las espigas que no eran suyas! ¡La maldición de Dios sobre ustedes!

La voz del escriba retumbó como un trueno. Después se hizo el silencio. Todos esperábamos que un rayo rompiera el techo de la sinagoga y nos fulminara con fuego las manos. Pero lo que oímos fue la voz de Jesús.

*Jesús* - Es sábado, doctor Josafat: también está prohibido maldecir en sábado. No pidas la maldición de Dios. Dios no hace el mal nunca, ni el sábado ni ninguno de los días de la semana. Dices que conoces muy bien las Escrituras, pero te equivocas. Dios no ha puesto las leyes para que pesen sobre nosotros y nos aplasten. Dios quiere que los hombres y las mujeres seamos libres y que no seamos esclavos de las leyes. No, Dios no va a secar nuestras manos. Al contrario, las va a liberar para seguir luchando y trabajando, así como libera la mano de este hombre. Asaf, ¡extiende tu mano!

Asaf, el frutero, extendió el brazo y empezó a moverlo. ¡Qué alboroto se armó! Todos nos abalanzamos sobre él para tocarle la mano y comprobar si lo que hablamos visto era verdad.

*Mujer* - ¡Bendito sea Dios! ¡Hoy hemos visto lo nunca visto!

*Hombre* - ¡Si esto no es el fin del mundo, es la víspera!

El rabino, encolerizado, rompió a gritar sobre la tarima...

*Rabino* - ¡Fuera de la sinagoga! ¡Han profanado el templo de Dios! ¡Fuera de aquí, fuera!

Ni los escribas ni el rabino consiguieron echarnos de la sinagoga. Éramos muchos y el revuelo era tan grande que ni a empujones podían sacarnos. La buena noticia de la curación de Asaf corrió por el valle de Galilea como corre el viento entre los árboles. Y desde aquel día, los maestros de la Ley empezaron a preguntarse qué podían hacer contra Jesús.

Mateo 12,9-14; Marcos 3,1-6; Lucas 6,6-11.

---

1. El **rabino** no era un sacerdote, sino una especie de catequista. En la comunidad constituía la autoridad religiosa. En la sinagoga, presidía el culto de los sábados. La sinagoga también servía como tribunal donde juzgar las acciones violatorias de la ley del sábado, día de estricto descanso.

2. Los **escribas** fueron inicialmente quienes ordenaban y copiaban las Escrituras santas, por lo que tenían gran autoridad como doctores o teólogos. Su misión era interpretar las leyes y vigilar su cumplimiento. En tiempos de Jesús estaban muy identificados con los fariseos.

3. La ley del **sábado** la remontaban los israelitas, más allá de Moisés, al mismo designio del Dios creador. Según la tradición de este pueblo, Dios creó al hombre en el día sexto. Y después descansó, estableciendo el día séptimo como día de reposo. Generaciones de rabinos y doctores de la Ley habían hecho del sábado un yugo insoportable. La tradición sobre el sábado había llegado a ser en extremo minuciosa, especificándose en detalle todo lo que se podía y lo que no se podía hacer en las horas de ese día. Hubo un famoso debate entre los fariseos que discutían si estaba permitido o no comer el huevo puesto por una gallina en sábado. En tiempos de Jesús los fariseos habían catalogado 39 trabajos estrictamente prohibidos en ese día. Sólo el salvar la vida en un caso extremo liberaba del cumplimiento del precepto. Jesús violó en varias ocasiones esta ley, la principal de su tiempo.

### 31- LA HISTORIA DEL SEMBRADOR

Por aquellos días, Jesús era ya muy conocido en Cafarnaum. La gente lo buscaba para oírlo hablar del Reino de Dios. Yo creo que también venían a escucharlo porque él tenía muy buena lengua para hacer historias. Nosotros, los del grupo, estábamos cada día más animados.

*Pedro* - ¡Esto marcha, compañeros! ¡El pueblo está abriendo los ojos!

*Santiago* - Te lo dije, Pedro, este moreno de Nazaret habla muy derecho. Tiene de tonto lo que yo de limpio. Siempre pensé que con el íbamos a llegar lejos. ¡Y creo que no me equivoco!

*Pedro* - Eh, muchachos, ¿por qué no vamos para el muelle? ¡Aquí dentro nos estamos achicharrando! ¡Vamos, Jesús!

Salimos de casa de Pedro cuando el sol estaba hundiéndose en el lago. El calor de aquel día había sido insoportable. Aún no corría ni un soplo de aire. Nos sentamos en la orilla, junto al embarcadero, esperando el viento fresco del atardecer. Y al momento, sin que nadie los llamara, aparecieron por allí el viejo Gaspar y su mujer, y los mellizos de la casa grande, y mi padre Zebedeo, y el cojo Samuel y muchos pescadores más.

*Mujer* - Oye, tú, el de Nazaret, tú hablaste bien duro el otro día en la sinagoga. Pues ponte claro, que aquí estamos en confianza. A ver, ¿qué lío te traes tú entre manos?

*Jesús* - Yo no, paisana. El lío se lo trae el de arriba.

*Mujer* - ¿Cómo que el de arriba?

*Jesús* - Sí, Dios que ya se cansó de esperar y dijo: Prepárense ustedes, que ahora me toca a mí!

*Hombre* - ¿Eso dijo Dios?

*Jesús* - Sí, eso dijo. Y echó al aire la semilla.

*Hombre* - ¿Qué semilla, tú?

*Jesús* - La del Reino, hombre, ¿cuál va a ser?

*Mujer* - Como no te expliques mejor, ni Salomón te entiende.

*Jesús* - ¡Que llegó el Reino de Dios, vecinos! ¡Que no hay que esperar más! ¡Ya está entre nosotros!

*Mujer* - Pues si está, ¿dónde se mete? Yo, al menos, no lo he visto por ningún lado.

*Jesús* - El viento tampoco se ve, pero sopla. Y el sol todavía no ha salido por detrás de la montaña, pero ya alumbrá. Así pasa con el Reino de Dios. No, no hay que mirar hacia arriba ni hacia abajo, ni salir a buscarlo lejos porque está cerca.

¡Está aquí entre nosotros! Tú, mellizo, y tú también, y usted abuela, y yo. ¡Donde hay dos o tres que queremos cambiar las cosas, ahí está el dedo de Dios!

*Hombre* - Si es así, aquí está el dedo y la mano entera. ¡Mira cuántos somos!

*Jesús* - Sí, ahora somos un buen puñado. Pero luego, a lo mejor, nos pasa lo que a un tío mío de allá de Nazaret.

*Vecina* - ¿A quién le pasó qué?

*Jesús* - A un tío mío que se llamaba Jonatán y...

*Vecino* - ¡Aquí atrás no se oye nada! ¡Habla más fuerte, caramba!

Cada vez se reunía más gente en la orilla. Venían de sus casas sudados, después de un largo día de trabajo. Hasta algunos hombres que estaban bebiendo en la taberna se acercaron también por allí.

*Jesús* - Les decía que a mi tío Jonatán...

*Pedro* - Qué va, ni con la trompeta de Josué se callan. Hay demasiada gente.

*Santiago* - ¡Y demasiado calor también, maldita sea!

*Pedro* - Oye, pelirrojo, tengo una idea. Mira, en la barca de Gaspar... la empujamos un poco y desde el agua podemos ver mejor a la gente y todos podrán oír. ¿Qué te parece, Jesús?

*Jesús* - ¿Estás loco, Pedro? ¿Meternos ahora en el lago?

*Pedro* - No me digas que tienes miedo, moreno.

*Jesús* - No, bueno... pero... esa agua está ya un poco oscura.

*Santiago* - ¡Al cuerno con estos campesinos! ¡Le tienen más respeto al agua que los gatos!

*Pedro* - Vamos, Jesús, déjate de melindres y vamos a la barca... ¡Ea, muchachos, suelten la sogá unos cuantos codos!

Santiago, Pedro y yo nos metimos con Jesús en la barca de Gaspar y nos separamos un poco de la orilla.

*Mujer* - Eh, ustedes, ¿a dónde diablos se van ahora?

*Pedro* - ¡No nos vamos, mujer, es para que todos puedan oír! En ese batiburrillo no hay quien se entere de nada. Oye, Jesús, arranca otra vez con el dichoso tío Jonatán.

*Jesús* - Pues sí, amigos, resulta que, cuando llegaba la primavera, un tío mío que se llamaba Jonatán salía, como todos los campesinos, a sembrar su pequeña parcelita de tierra. Yo era muy muchacho cuando eso, pero me acuerdo que un día, cuando lo vi cruzar la aldea con su saco de semillas al



hombro, me fui corriendo tras él.

*Niño* - ¡Tío Jonatán! ¡Tío Jonatán! Espéreme, tío...

*Jonatán* - ¿Y a dónde va este mocoso con tanta prisa?

*Niño* - Con usted, tío, para que me enseñe a sembrar.

*Jonatán* - ¿Anjá? ¿Con que quieres aprender a trabajar la tierra en vez de la madera, como tu padre? Muy bien, pues yo te enseñaré a ser un buen agricultor. Muchacho, vamos a comenzar por aquella punta. Te voy a enseñar a echar la semilla y a cantar las canciones de la siembra. Escucha... La, la, larará...

*Jesús* - Llegamos a la pequeña finquita. Tío Jonatán y yo cruzamos los postes que marcaban el terreno. Entonces él metió su mano grande de labrador en el saco, cogió un buen puñado de semillas y las echó a voleo.

*Jonatán* - ¡Esta semilla es buena, muchacho! ¡Quiera Dios que llueva pronto y prendan bien las matas!

*Jesús* - Volvió a sacar otro puñado y las esparció al aire...

*Niño* - Oiga, tío, que se le están saliendo fuera.

*Jonatán* - ¿Qué dices tú, mocoso?

*Niño* - Que algunas semillas le están cayendo fuera. Mire, tío... ¡allí!

*Jonatán* - Claro, mi hijo, siempre pasa eso. Unas cuantas caen del otro lado de los postes, en el camino.

*Niño* - ¿Las recojo, tío?

*Jonatán* - No, muchacho, no pierdas tu tiempo en eso. Déjaselas a los gorriones y así tienen algo que meter en el buche, los infelices. De prisa, camina, que dentro de poco el sol levanta y vamos a sudar la gota gorda... La, la, larará...

*Jesús* - Después, cuando fui mayor, yo pensé que hay gente que se parece a esas semillas que caen en los bordes de la finca. Uno les habla de que hay que trabajar para que este mundo sea más justo y por una oreja les entra y por la otra les sale.

Son esas gentes que no se preocupan por nada ni por nadie. Sólo van a lo suyo. Tienen el corazón duro y cerrado como la tierra de los caminos. El Reino de Dios no puede nacer en ellos.

*Jonatán* - Ahora tú, Jesús. Vamos, sobrino, mete tu mano en el saco y coge todas las semillas que puedas y lánzalas al aire como hago yo. ¡Con fuerza, caramba, como si hubieras comido!

*Niño* - Yo comí, tío. Tomé un jarro de leche antes de venir.

*Jonatán* - Pues no se nota. ¡Vamos, tira lejos la semilla! ¡Eso es! ¡No, pero no hacia allá! ¿Qué estás haciendo?

*Niño* - ¿Por qué no hacia allá, tío?

*Jonatán* - Pero, zoquete, ¿no estás viendo aquellos espinos? Si siembras en esa parte, las matitas crecen, pero como los espinos siempre crecen más alto que ellas, acaban ahogándolas. Apréndete bien eso, mocoso. Vamos, no te duermas, que tenemos trabajo para rato... La, la, larará...

*Jesús* - Cuando fui mayor, pensé que el dinero y la vida cómoda son las espinas que crecen a nuestro lado. Hay gente que oye hablar de justicia y enseguida dicen que sí, que quieren hacer muchas cosas y cambiar el mundo y se llenan la boca con palabras bonitas. Bueno, hasta que les tocan el bolsillo. Hasta que les dicen que tienen que compartir lo suyo con los demás. Entonces, se desinflan. Sí, vecinos, el dinero es la mala hierba que ahoga el Reino de Dios.

*Niño* - ¡Aquí, tío, mire! Aquí no hay espinas. Deme un buen puñado para sembrar por esta parte.

*Jonatán* - Sí, muchacho, esta tierra es buena. Pero no te engañes. Después dicen que uno es desconfiado, pero es que uno ha visto mucho ya, y hay que andar con el ojo alerta. Ven, mete una estaca ahí.

*Niño* - ¿Dónde, tío?

*Jonatán* - Ahí, remueve esa tierra... escarba un poco...

*Niño* - Espérese, tío. ¡Uy, aquí lo que hay es muchas piedras! ¡Mire, tío, mire cuánto cascajo!

*Jonatán* - Ya tú ves, muchacho, hay que andar

espabilado. Esas semillas que tiraste nacerán y crecerán un tanto así, pero luego, con los calores del verano, como no tienen para donde echar raíces por entre ese pedregal, se les irán quemando las hojitas y acabarán secas. Vamos, sobrino, deja eso, que si no andamos ligeros, el sol nos va a quemar la coronilla a nosotros también... La, la, larará...

*Jesús* - Con el tiempo, yo pensé que aquellas semillas que cayeron en terreno pedregoso se parecen a los que comienzan a trabajar por sus hermanos y ponen manos a la obra con entusiasmo, y se esfuerzan. Pero luego, cuando vienen los líos, cuando los grandes empiezan a molestar y a meter gente en la cárcel, cuando está en peligro el pellejo, estos se echan para atrás, se acobardan y se secan. No tenían buenas raíces.

*Niño* - ¿Y en esta parte, tío?

*Jonatán* - Aquí sí, muchacho, mira... Mira esta tierra, fíjate... Negra y fértil, como aquella morenita del Cantar de los Cantares. ¡Esta sí que dará buena cosecha!

*Niño* - ¿Riego semillas, tío?

*Jonatán* - ¡Pues claro, hombre! ¡Y a dos manos! ¡Vamos, sobrino, no seas flojo! ¡Siembra, siembra con ganas, caramba, que esta tierra sabrá ser agradecida, te lo aseguro! La, la, larará...

*Jesús* - Esa es la tierra buena y la gente buena. Los que tienen corazón grande, los que se meten en líos, aunque tengan miedo, los que arriesgan su bolsillo y su pellejo, los que trabajan sin cansarse para dejar a sus hijos y a sus nietos un mundo distinto a éste. ¡Esos son los que Dios necesita para levantar su Reino!

*Jonatán* - Uff... Ya no hay más, muchacho. Ya la tierra tiene su semilla. Ahora hay que cuidarla para que no se malogre. Dentro de unos días, si Dios quiere y la lluvia también, todo estará cubierto de hojitas verdes. Y dentro de unos meses, ya estarán de este alto las matas, y el sol y el agua irán madurando las espigas. Ya verás tú, mocoso, cómo se

pone el campo de bonito. Unas matas echan espigas de treinta granos y otras de sesenta y otras hasta de cien, ¡sí señor!

Niño - Yo voy a venir con usted ese día, tío.

Jonatán - Pues claro que sí. Salimos bien temprano, nos tomamos un buen trago de vino para tomar fuerzas, y adelante, ¡a meter la cuchilla y a cosechar como Dios manda!

Niño - ¿Y usted me va a enseñar a cortar, tío?

Jonatán - ¡A cortar y a cantar, que te veo muy dispuesto para el trabajo, pero la música como que no se te da muy bien que digamos! Vamos, límpiame las orejas, ábrelas bien y entona conmigo... La, la, larará...

Jesús - ¡Sí, amigos, vamos a abrir bien las orejas y a entender la historia del sembrador!(1) ¡Y que cada cual se mire por dentro a ver cómo es el terreno suyo!

Cuando Jesús acabó de hablar ya era de noche. La marea empezaba a subir y movía suavemente la barca donde estábamos. Los vecinos regresaron a sus casas cuchicheando por el camino. Nosotros volvimos al embarcadero y nos quedamos todavía un rato hablando y discutiendo con Jesús. Al término de un largo día de calor, empezaba a soplar la brisa de la noche sobre el ancho y redondo mar de Galilea.

Mtaeo 13,1-23; Marcos 4,1-9; Lucas 8,4-8.

---

1. La parábola del **sembrador** describe el modo de sembrar habitual en Palestina. Los campos se araban después de las lluvias de otoño, roturándolos en todas las direcciones para después esparcir la semilla al viento o arrojarla en surcos. Esta parábola pertenece -como la de la semilla de mostaza- a los comienzos de la predicación de Jesús. En ella, al referirse a la generosidad de Dios con quienes cumplen su trabajo, Jesús exageró notablemente los frutos de la buena tierra. Habló de un treinta, un sesenta y un ciento por uno sobre lo sembrado. En Palestina se consideraba que si se obtenía un siete y medio por uno en la cosecha ya era suficiente. Un diez por uno se consideraba una buena cosecha.



### 32- DICEN QUE ESTÁ LOCO

Lo de las espigas arrancadas en la finca de Eliazín, corrió de boca en boca por toda Galilea. Nuestro grupo era ya conocido en Cafarnaum y la gente murmuraba de nosotros en el mercado y en la plaza. Los chismes andaban por todas las ciudades del lago y, por supuesto, llegaban también a Nazaret.

- Susana* - ¡María, María... comadre María!
- María* - ¿Qué pasa, Susana? ¿Y ustedes? Pero díganme, ¿qué ha pasado? ¿Se te ha enfermado algún muchacho, primo Simón?(1)
- Simón* - El mío no. El tuyo. ¿No te has enterado todavía?
- María* - ¿Enterarme de qué? ¿Qué le ha pasado a Jesús? ¿Qué le han hecho a mi hijo?
- Susana* - ¡Lo que le van a hacer si tú no lo atas con sogas cortas!
- María* - Pero, por Dios santo, díganme de una vez qué ha pasado.
- Simón* - Él y ese grupo de haraganes que anda con él se colaron en la finca de Eliazín, el terrateniente más poderoso de todo el norte. ¿Ves al viejo Ananías, el de aquí? ¡Pues ése es un gato manso junto a un león, si lo comparas con Eliazín!
- María* - Se metieron en su finca, ¿para hacer qué?
- Simón* - Pues ya te puedes imaginar, prima María. Para arrancar espigas. Para robar. Tu hijo es un ladrón.
- María* - Pero, ¿qué dices? ¿Cómo va a ser?
- Simón* - Como lo oyes. Y lo peor no es eso. Para colmo, lo hicieron el día de sábado.
- Susana* - ¡Y Jesús dijo en el tribunal que él no cumple el sábado porque no le da la gana y que las leyes son para él y no él para las leyes y que él se limpia las narices con las dos tablas de Moisés!
- María* - No puede ser, no puede ser...
- Simón* - Está loco, María, tu hijo se ha vuelto loco. Yo creo que desde aquella pedrada que le zumbó el hijo de la Raquel, a Jesús se le aflojó algo en la mollera.
- Susana* - No, hombre, no. La cosa comenzó cuando fue al Jordán a ver al melenudo ése que bautizaba en el río. Ahí fue que dio el resbalón. Yo te lo advertí, María, ese moreno vino muy cambiado de allá.
- Simón* - Dicen que dijo que los de arriba van para abajo y los de abajo para arriba. Está agitando a los pobres contra los ricos.
- Vecina* - ¡Entonces no está loco, qué caray! Eso es lo

que hace falta aquí, ¡darle la vuelta a la tortilla!

*Simón* - Pero, ¿a quién se le ocurre gritar eso a los cuatro vientos, eh? Eliazín fue al cuartel de Cafarnaum a denunciarlo. Ya lo tienen fichado.

*Susana pronto!*

*María* - Pero, yo no puedo creer eso que ustedes dicen, yo nunca le enseñé esas cosas a mi hijo.

*Vecina* - Pues entonces las aprendió todas juntas cuando salió de aquí.

*Susana* - Dicen que lo vieron por la calle de los jazmines, ya sabes tú, donde están esas tipitas... ¡Ejem!

*Simón* - Y lo han visto emborrachándose en la taberna del muelle con Mateo, el publicano, ¡maldito él y maldito el que se le arrime!

*Vecina* - Y algo debe tener con la mujer del tal Mateo porque a mí me dijeron que va mucho por su casa y se está hasta las tantas de la noche, y que un día le dijo...

*María* - Basta ya, basta ya. No puede ser, Jesús no es así. Estará enfermo.

*Vecina* - ¿Enfermo? ¡Ja! ¡Yo no sabía que la sinvergüencería era nombre de enfermedad!

*Simón* - Lo que tiene es mucho cuento y mucha vagancia. Darle a la lengua y no trabajar, eso es lo único que ha hecho desde que salió de Nazaret. A ver, ¿cuánto dinero te ha traído a ti, eh María? ¿Diez denarios para lentejas? ¡No se preocupa ni de su madre!

*Susana* - Tampoco así, Simón, lo que pasa es que...

*Simón* - Lo que pasa es que el río suena. Y cuando el río suena, piedras trae. Prima María, tu hijo está sospechoso. Si no ha perdido el juicio, ha perdido la vergüenza. Y si él no es un granuja, se ha juntado con una banda de granujas, que para el caso es igual. ¿Quieres un consejo? Ve a buscarlo ahora mismo.

*Susana* - Eso, María, ve a buscarlo y tráelo contigo a Nazaret. Que no salga de aquí. Aquí se crió, que aquí se quede. Ya verás qué pronto se le baja esa fiebre del Mesías y de la liberación y vuelve a tomar sus herraduras y sus ladrillos. Eso es lo suyo. Tú eres su madre, ¿no? A ti te respetará. Ve a buscarlo a Cafarnaum.

*María* - Pero, Susana, ¿cómo voy a ir yo sola por esos caminos?

*Susana* - Que tus primos te acompañen. ¿Verdad, Simón?

*Simón* - Por supuesto, María. Iremos contigo. Le avisaré a mi hermano Jacobo.

*Susana* - Yo también voy. Y cuando vea a ese moreno, le voy a ajustar las cuentas, ¡qué caray! Ese se va a acordar de mí toda la vida, porque le voy a decir tres cosas y una más. Que no, que no hay derecho a portarse de esa manera...

A la mañana siguiente, antes de que el sol calentara la llanura de Esdrelón, el grupo de nazarenos se puso en camino hacia Cafarnaum para buscar a Jesús. Iban sus primos. Iba Susana, la comadre. Iba también algún vecino que no quería perderse detalle de aquel pleito. Y, entre todos, tragándose las lágrimas, iba María, la madre de Jesús, aquella campesina pequeña de rostro moreno.

*María* - Pero, ¿por qué? ¿Por qué mi hijo me hace pasar esta vergüenza, Dios mío, por qué?

*Simón* - No te preocupes, prima María. ¡Por las buenas o por las malas lo haremos volver a Nazaret! Tú, tranquila. Déjalo de nuestra cuenta. Ahora ese presumido va aprender a obedecer a su familia, ¡demonios! ¡Ea, apura el paso, María!

El camino se les hizo corto por la rabia que los impulsaba. Cuando llegaron a Cafarnaum y atravesaron la Puerta del Consuelo, preguntaron en la primera casa del barrio.

*Simón* - Oiga, doña, por favor... ¿dónde está viviendo un moreno alto y barbudo, medio albañil y medio carpintero... uno que vino del interior hace unos meses?

*Vecina* - ¿Quién dicen ustedes? ¿Jesús, el de Nazaret?

*María* - Ese mismo. ¿Usted lo conoce, señora?

*Mujer* - ¡Pues claro! ¿Y quién no conoce aquí a Jesús? Vive allá, en casa del Zebedeo, junto al embarcadero. La Salomé lo cuida mejor que una madre.

*María* - Pues su madre soy yo.

*Mujer* - ¡No me diga! ¿Y qué? ¿Lo viene a visitar?

*Simón* - Lo venimos a buscar. Nuestro primo está chiflado.

*Mujer* - Chillado no. Lo que pasa es que ese moreno no tiene pelos en la lengua y le dice la verdad al rabino y al terrateniente y al mismo gobernador romano si se le pone delante. Yo digo que es un profeta.

*Viejo* - ¿Un qué? ¿Un profeta? ¿Profeta ese campesino?

*Vecina* - ¡De profeta a loco sólo falta un poco, como dicen! Si son familia suya, mejor que se lo lleven. Desde que ese brujo llegó han pasado cosas muy raras en la ciudad.

*Vieja* - Pero, ¿qué dices tú, entrometida? Jesús es una



buena persona. ¿No curó a Bartolo, eh? ¿Ya no te acuerdas?

*Muchacha* - ¿Que lo curó? ¡Di mejor que lo ensalmó! El nazareno debe tener un trato con el diablo.

*Vecina* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Y a Caleb, el pescador? ¿No le limpió la lepra? ¿Y no le estiró la mano al frutero Asaf, eh? ¡Por las cuatro alas de los querubines, ese Jesús es un buen curandero!

*Hombre* - ¿Curandero? Ahora no me río: ¡me carcajeo! Por las ocho patas de esos querubines que juraste, te digo que la única medicina que ése sabe es robar trigo en campo ajeno. ¡Y si no, ve y pregúntaselo al viejo Eliazín!

*Mujer* - ¡Al cuerno contigo! El de Nazaret es una persona decente.

*Simón* - Decente o indecente, nosotros somos su familia y vamos a sacarlo de aquí ahora mismo y llevarlo a su casa. A ver, uno de ustedes, que nos diga dónde está.

*Vecina* - ¡Vengan conmigo, yo les guiaré hasta la casa del Zebedeo!

*Hombre* - ¡Eh, muchachos, no se lo pierdan! ¡Corran, corran, que esto se va a poner caliente!

La voz corrió de puerta en puerta. Las mujeres dejaron el fogón y la escoba y se unieron a los nazarenos. Los hombres que esperaban sin trabajo en la plaza, se levantaron y también fueron hacia allá. Los niños, como siempre, iban delante, brincando y alborotando por la estrecha calle que olía a cebolla y a pescado podrido.

*Juan* - Pero, ¿qué bulla es esta, maldita sea? ¿Habrán matado al rey Herodes?

*Mujer* - ¡Oye tú, Juan, que buscan al forastero!

*Juan* - ¿Qué ha pasado? Seguro que son los soldados que vienen con ese cogotudo de Eliazín.

*Hombre* - Ningún soldado. Es su madre que viajó a pie desde Nazaret. Y sus primos. ¡Viene toda la familia!

*Jesús* - ¿Qué pasa, Juan? ¿Quién es?

*Juan* - ¿No oyes lo que están gritando, Jesús? Que allá fuera están tu madre y tus familiares.

*Jesús* - ¿Mi madre? Pero, ¿qué habrá pasado?

*Mujer* - ¡Sal fuera, nazareno, aquí te buscan!

*Jesús* - Pero, ¿qué griterío es éste? ¿Se ha muerto alguien en Nazaret?

*Susana* - Tú eres el que nos vas a matar a disgustos, Jesús. Parece mentira que le hayas hecho esto a tu madre.

*Jesús* - Pero, ¿de qué me estás hablando, Susana? Mamá, ¿a qué viene este alboroto? ¿Se han vuelto locos?

*Susana* - El loco eres tú. ¿Se puede saber quién te enseñó a robar trigo, ¿eh? Y a andar agitando a la gente, ¿eh? Y a andar revolucionando a los pobres contra los ricos, ¿eh? Y a andar emborrachándote con publicanos y visitando mujeres de esas, ¿eh? ¿quién te enseñó a vivir como un haragán y un perdulario, eh? Dime, habla.

*Simón* - Deja eso para luego, Susana. Los trapos sucios de la familia se lavan en casa. Vamos, María, dile a tu hijo que recoja sus cosas, que ahora mismo regresamos a Nazaret.

*María* - Jesús, hijo, vamos. Vuelve con nosotros a Nazaret. Tu primo tiene razón. Desde que saliste de casa no has hecho más que locuras. Ven, vámonos.

Pero Jesús no dio un paso. Ni siquiera pestañeó.

*Susana* - ¿Estás sordo? ¿Tú no oyes lo que te está diciendo tu madre?

*Jesús* - ¿Mi madre? Lo siento, Susana. Esta mujer que dice que lo que estamos haciendo es una locura, ésa no puede ser mi madre. La cara se le parece, sí, pero no puede ser ella. Mi madre nunca le hizo caso a los chismes. Mi madre fue siempre valiente y me habló siempre de un Dios que quiere ver a todos sus hijos de pie, con la frente bien alta. Ella me enseñó a ser responsable sin preocuparme de lo que dijeran los demás. Esta mujer no es mi madre. Estos tampoco son familia mía.(2) A ninguno de ellos los conozco.

*Simón* - ¿No te lo dije yo, prima María? ¡Está desvariando! ¡Ahora dice que no nos conoce!

*Jesús* - No, de veras, no sé quiénes son. Mi madre y mis hermanos y mi familia son otros, los que luchan por la justicia y no ustedes que vienen a estorbar esa lucha.

*Simón* - ¡Basta ya de estupideces! A ver, alguno de ustedes que me preste unas cuerdas. Nuestro pariente se ha vuelto loco. Y a los locos no queda otro remedio que amarrarlos.

*Jesús* - Estás perdiendo tu tiempo, primo. La verdad no se amarra con sogas. La palabra de Dios es como el viento, no hay cadenas ni cuerdas para detenerla. Y los mensajeros de esa palabra deben ser libres también, libres como el viento. Lo que hay que decir, lo diremos sobre los tejados. Y lo que hay que hacer, lo haremos en pleno día.

Ni una sola de aquellas palabras convenció a los nazarenos. Rabiosos y despechados se quedaron allí, frente a nuestra

casa, decididos a continuar la pelea. La verdad es que en aquellos meses y también después a Jesús le llamaron de todo. Le llamaron loco. Y también borracho, comilón y buscapleitos. Muchos no llegaron a entenderlo nunca. Y es que cuando el remiendo es de paño nuevo no vale ponérselo al vestido viejo. Y cuando el vino es tan reciente no puede echarse en odres ya pasados.

Mateo 12,46-50; Marcos 3,20-21 y 31-35; Lucas 8,19-21.

---

1. Marcos y Mateo hablan en sus evangelios de los "hermanos y hermanas" de Jesús. Incluso dan los nombres de cuatro de estos hermanos: **Simón**, José, Judas y Santiago, también llamado Jacobo (Mateo 13, 55). La palabra griega empleada por los evangelistas es "hermano", una traducción literal del arameo. Pero, en la lengua de Jesús "hermano" sirve también para designar a parientes más lejanos: sobrinos, primos segundos, etc. Tan es así que cuando el evangelio de Juan quiere decir que Pedro era hermano de Andrés -hijo de los mismos padres- lo especifica añadiendo a "hermano" la palabra "carnal", para que no quede duda del parentesco (Juan 1, 41). Una cantidad de datos de los evangelios y la tradición cristiana, de forma unánime, han transmitido que Jesús era el hijo único de María.

2. La **familia** era la base de la sociedad judía, una institución de grandísima importancia para el pueblo de Israel. Abundaban los núcleos familiares numerosos, porque se tenían muchos hijos y porque en un mismo espacio convivían varias generaciones. El varón era el jefe indiscutible. Los parientes estaban obligados a ayudarse, los vínculos familiares eran muy fuertes y duraban toda la vida. La veneración y el respeto que los hijos debían a sus padres pertenecían a la tradición más arraigada en el pueblo. En su tiempo, resultó novedoso que Jesús antepusiera el compromiso con la justicia a los vínculos familiares.

### 33- A CADA DÍA LE BASTA LO SUYO

*Simón* - ¡Amárrenlo, amárrenlo! ¿No lo han oído? ¡Ha perdido el juicio! ¡Está loco de remate!

El barrio de los pescadores parecía un avispero revuelto el día en que los parientes de Jesús vinieron a buscarlo diciendo que estaba loco. Los nazarenos, agolpados frente a la puerta, preparaban cuerdas para amarrar a Jesús mientras los vecinos de Cafarnaum gritaban y se reían viendo aquel pleito familiar.

*María* - No hagas eso, primo Simón, espérate. Yo hablaré con él. Déjenme pasar, soy su madre.

María fue abriéndose paso entre todos, hasta llegar a la puerta de nuestra casa, donde estaba Jesús.

*María* - ¡Por favor, no le hagan mucho caso! Mi hijo está enfermo y no sabe lo que dice. Está enfermo.

*Jesús* - No, mamá, sé muy bien lo que digo. Dije que perdieron el tiempo y perdieron el viaje. Yo no regreso con ustedes.

*María* - Jesús, no me faltes al respeto delante de la gente. ¿No te da vergüenza hablarme así?

*Jesús* - Está bien, mamá, perdóname. Pero escúchame: te han llenado la cabeza de habladurías. Aunque sean vecinos míos tengo que decirlo: en Nazaret crecen los chismes como las moscas. Yo no sé qué te habrán dicho de mí, pero a lo que te hayan dicho, quítale la mitad, y la mitad de la mitad, y todavía te sobra.

*Simón* - ¿Anjá? ¿Con que además de todos los disparates que dijiste antes, ahora nos llamas mentirosos, no?

*Jesús* - Primo Simón, la verdad... uff, la verdad es que tú especialmente tienes la lengua más larga que un remo.

*María* - Hijo, por Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo le hablas así a tus parientes? Ya no eres el mismo de antes, Jesús. Has cambiado.

*Jesús* - A lo mejor eres tú la que has cambiado, mamá. Antes tú me decías: Uno hace lo que tiene que hacer y que digan lo que digan. ¿Qué te ha pasado ahora?

*María* - Tengo miedo, hijo, mucho miedo. Hay muchos soplones y muchos soldados. La situación está cada vez peor.

*Jesús* - Por eso mismo tenemos que hacer algo. Y pronto. ¿O qué prefieres? ¿Que las cosas sigan como van?

¿Que sigamos viendo cómo la gente se muere de hambre a nuestro alrededor hasta que nos llegue el turno a nosotros?

*María* - No es eso, Jesús, pero... Las cosas se complican. Y mañana vendrán a decirme que te han llevado preso y...

*Jesús* - No te preocupes de lo que vaya a pasar mañana. A cada día le basta lo suyo, ¿no te parece?

*María* - En estos días me he acordado mucho de tu padre, José...

*Jesús* - Pues, que yo recuerde, en la familia de mi padre no eran cobardes. Él escondió a aquellos infelices cuando los soldados venían persiguiéndolos. Y les salvó la vida.

*Susana* - Sí, y perdió la suya. ¿Qué es lo que quieres, moreno? ¿Que tu madre te pierda a ti también?

*María* - No me des ese dolor, Jesús, te lo pido. ¿Es que no puedes quedarte quieto en Nazaret, trabajando, fabricando herraduras, pegando techos, ganándote el pan como los demás? Cásate, ten hijos, que yo pueda ver algún día a mis nietos. ¿Por qué no puedes ser como todo el mundo, Jesús, por qué?

María se restregó los ojos con el pañuelo de rayas que llevaba en el pelo. No quería que la vieran llorar. Se sentía humillada y avergonzada en medio de aquella gente que la rodeaba. Los nazarenos se burlaban de Jesús, los de Cafarnaum se burlaban de los nazarenos. Y las dos cosas le dolían a ella.

*Simón* - No llores por este haragán, prima María. Lo que pasa es que tu hijo no quiere trabajar, eso es todo. Andar metiéndose en política para no trabajar. Palabrerías. Muchas palabras y pocas lentejas. A ver, ¿de qué va a vivir tu madre si tú no ganas ni para comprar leña? ¿Tienes ahorrado algo, dime? ¿Tienes algún negocio entre manos? ¡Qué va, tú no tienes ni siete pies de tierra propios para caerte muerto! Pero te voy a advertir una cosa, Jesús: después no vengas a tocar a mi puerta y pedirme prestado. No te daré ni un céntimo, me oyes, ni un céntimo.

*Jesús* - Nunca te he pedido nada, primo Simón. Trabajo con mis manos igual que tú. Ni me debes ni te debo. Y mi madre no come tu pan ni viste con tus ropas. Mira, yo también te voy a decir una cosa a ti: me parece que te preocupas demasiado por el plato de lentejas... por el plato tuyo, se entiende. Sí, está bien, hay que ganarse el pan con el sudor de la frente. Pero, fíjate en las aves del cielo, los gorriones, las gaviotas del

lago, los pintados... Ninguno de ellos siembra ni siega ni tiene nada ahorrado y a ninguno le falta de comer. Cuando los veo, yo pienso: ¿no valemos nosotros más que los pájaros?

*Simón* - Sí, sigue con tus cuentos y tus palabras bonitas. Pero con palabras no se come, ¿me oyes?

*Jesús* - Fíjate en las flores, primo, esos lirios blancos y pequeñitos que crecen en el campo sin que nadie los cuide. No cosen ni tejen. Y cuando yo los veo, pienso: caramba, ni el rey Salomón con sus trajes de lino y su elegancia, se vistió mejor que una hierbita de éstas. Si Dios cuida hasta de la hierba que hoy nace y mañana se quema, ¿cómo no va a cuidar también de nosotros que somos sus hijos y sus hijas?

Cuando Jesús dijo aquello, Simón, su primo, agarró el pequeño saco de monedas que llevaba atado a la cintura y lo hizo sonar con orgullo. La gente se apretujó aún más para verle bien la cara.

*Simón* - Mira, soñador, mira... Esto es lo que vale. Y de lo demás, me río. ¿Lirios del campo? ¿Pajaritos? ¡Basura! Ponte, ponte a mirar al cielo, con la boca abierta, a mirar los gorriones cuando pasan. ¡No te lloverá pan del cielo, sino otra cosa! No, primo, no. Vete a cantarle a otro esa música. La vida hay que tomarla en serio.

*Jesús* - Pero no tanto, Simón.

*Simón* - ¿Qué quieres tú? ¿Que le pidamos a Dios la comida con los brazos cruzados?

*Jesús* - No, Simón. Hay que trabajar. Pero hay que tener confianza también. Dios ya sabe que necesitamos casa y ropa y lentejas. Si ponemos de nuestra parte, él no nos fallará. Pero hay que pensar también en la casa y la ropa y las lentejas de los otros, de los que tienen menos que uno. Yo creo que si nos preocupáramos de lo que necesitan los demás más que de lo nuestro, lo nuestro vendría por añadidura.

*María* - Ay, hijo, eso se dice fácil. Pero luego, cuando la vida aprieta...

*Jesús* - Pero, mamá, si tú misma me lo enseñaste. Tú me decías: más feliz es el que da que el que recibe. ¿Ya no te acuerdas? Ayuda a tus hermanos y Dios te ayudará a ti, eso me lo repetías un día y otro. Pues yo quiero ayudar a mi pueblo a ser libre, aunque tenga que pagar el precio que pagaron todos los profetas.

*María* - No hables así, hijo, me da miedo. Jesús, te lo suplico, no te metas en más líos.

*Jesús* - Mamá, te lo suplico, no trates de torcerme el camino que tú misma me abriste. Con el miedo no se resuelve nada. Por más que te angusties, no puedes hacerte un palmo más alta, ¿verdad? Tampoco puedes resolver los problemas que no han llegado todavía. A cada día le basta lo suyo.

Mi hermano Santiago y yo nos habíamos quedado dentro de casa para no provocar más a los nazarenos.

*Santiago* - ¡Vaya primo que tiene Jesús! ¡Parece que lo mordió un perro por la rabia que se gasta!

*Juan* - ¡Pues mira que la Susana ésa también se las trae!

*Santiago* - ¡Y la madre, ni se diga, con más quejumbre que Jeremías!

*Salomé* - ¿Y qué otra cosa puede hacer, la infeliz? Es su hijo. Tiene que preocuparse y velar por él.

*Juan* - ¡Pero, vieja, por Dios, un hombrón como Jesús con treinta años en las costillas!

*Salomé* - Aunque tuviera sesenta. Para una madre los años de sus hijos no cuentan.

*Santiago* - Claro, y ahí está el problema, que para ustedes nosotros no crecemos y quieren tenernos toda la vida bajo las faldas.

*Salomé* - Bajo las faldas no, pero al lado sí, porque una tiene corazón, caramba, y se angustia por las cosas que pueden pasar. Yo hasta ahora he tenido suerte con ustedes dos que me han salido buenos y los tengo cerca. Pero, ¿quién sabe un día de estos?

*Juan* - Mira, mamá, no empecemos...

*Salomé* - No, si los que empiezan son ustedes. Ustedes que se están meneando más de la cuenta desde que llegó el dichoso moreno de Nazaret. Pero, óiganme bien, par de locos, el que se pone a jugar con fuego, acaba achicharrado. Así que ya saben, déjense de andar politiqueando, ¿me oyeron? ¡Sálganse de eso, muchachos, miren que...

*Santiago* - Bueno, bueno, mamá, una pelea fuera y otra dentro es demasiado. Ea, vamos a ver qué rayos está pasando en la calle.

Cuando nos asomamos, la trifulca de los nazarenos continuaba. Simón, el primo de Jesús, había comenzado a impacientarse.

*Simón* - No pierdas tiempo, María. Está trastornado, está loco. ¿No lo estás oyendo con tus propios oídos?

*María* - Jesús, por favor, vuelve con nosotros a

Nazaret.

*Jesús* - No, mamá, me quedo aquí. Estamos tratando de hacer algo para que tú y nosotros y todos los pobres de Israel tengamos la herencia que Dios nos prometió.

*María* - No lo hagas por mí si no quieres. Hazlo por la memoria de José, que en paz descansa. ¿No respetas tampoco los huesos de tu padre?

*Jesús* - Mi padre se alegraría de ver todo esto, mamá, ¿no crees? El no se achicaba ante los peligros, al contrario.

*María* - ¿Me desobedeces? ¿Desobedeces a tu madre? ¡Jesús! Te lo digo por última vez. Te lo suplico: ven conmigo a Nazaret.

*Jesús* - No, no voy.

María se mordió los labios en un gesto desesperado. Luego se echó a llorar desconsoladamente.

*Susana* - Vamos, María, cálmate. No te pongas así...

*María* - ¿Y qué quieres que haga, Susana? ¿Qué me queda ya? Tenía un marido y lo perdí. Tenía un hijo, uno solo. También lo he perdido. ¿Qué me queda ya?

*Susana* - Tranquilízate, mujer, no pienses en eso ahora.

*María* - No lo entiendo, Susana. No entiendo por qué Jesús me hace esto... ¿por qué?

*Simón* - Porque no tiene vergüenza. Porque es un rebelde y un deslenguado. Acabemos este asunto de una vez. ¡Jacobo, las cuerdas! ¡Si no quiere venir por sus pies, habrá que arrastrarlo como a una mala bestia!

*María* - No, Simón, no hagas eso. Déjalo si no quiere...

*Simón* - ¿Dejarlo, prima María? ¿Dejarlo que siga haciendo de las suyas y que siga metiéndose en política poniéndonos en ridículo y buscándonos un peligro a todos nosotros, que somos sus parientes, y los que después tendremos que pagar por todas sus bellaquerías? ¡No, nada de eso! ¡Este vuelve con nosotros a Nazaret quiera o no quiera!

Simón y Jacobo, con dos vueltas de cuerda en la mano, se acercaron a Jesús que seguía de pie, junto a la puerta de nuestra casa.

*Jesús* - Yo me estaré metiendo en política, primo Simón, pero tú te estás metiendo en lo que no te importa. ¡Y hazme el favor de no seguir llenándole la cabeza a mi madre con tus chismes y tus enredos, que eso es lo único que has sabido



hacer toda tu vida, enredar y darle a la lengua!  
¡Ni vives tú ni dejas vivir a nadie, caramba!

*Simón* - ¡Atrévete a repetir eso, anda, atrévete!

*Jesús* - Digo que te estás metiendo en lo que no te...

Simón perdió la paciencia y le soltó un puñetazo en plena cara. La gente que nos rodeaba se arremolinó aún más. Jesús, tambaleándose, se secó la sangre que comenzaba a brotarle de la nariz.

*Simón* - ¡Vamos, pelea como un hombre! ¿O es que ni eso eres? Anda, devuélvemelo... Tú que te las das de tan machito... ¡Defiéndete, cobarde! ¿O qué quieres, ganarte otro pescozón? ¡Ven, marica, ven, que te voy a madurar bien madurado!

Jesús cruzó los brazos y se acercó a Simón...

*Jesús* - Primo, yo no tengo nada en contra tuya. ¿Por qué no me dejas en paz?

*Simón* - ¡Que pelees te digo!

*Jesús* - No, no te voy a dar ese gusto. Si quieres, pégame tú. Yo no voy a responderte.

Simón, con los puños y los dientes apretados, esperaba. Jesús permanecía tranquilo, sin dejar de mirar a su primo que, una vez más, fue quien perdió la paciencia.

*Simón* - Imbécil... Requeteimbécil... Siempre pensé que eras poca cosa. Pero eres todavía menos de lo que pensaba. ¡Puah! ¡Vámonos, Jacobo! ¡Y que este monigote se quede donde le dé la gana! ¡Andando, que tenemos mucho camino por delante!

Los nazarenos emprendieron el camino de regreso a su aldea. Simón y Jacobo iban al frente del grupo, dando bastonazos contra las piedras, repletos de ira. María, la madre de Jesús, iba junto a Susana, apoyada en su brazo, dándole vueltas y más vueltas en su corazón a lo que había pasado aquella tarde en Cafarnaum.

Mateo 6,25-34; Lucas 12,22-34.

### 34- LOS HIJOS DE EFRAÍN

Un par de lamparitas alumbraban la casa de Pedro llenando de sombras las paredes. Aquella noche, como casi todas, nos quedamos conversando después de la cena y Jesús nos contó una historia, la historia del viejo Efraín.

*Jesús* - Sí, aquel hombre tenía un corazón del tamaño de este lago. Se llamaba Efraín y había tenido seis hijos. Las cuatro primeras fueron muchachas y los otros dos, varones. Su mujer se le murió cuando nació el último. Efraín se quedó viudo y tuvo que trabajar muy duro para sacar adelante a sus seis muchachos. Tenía una parcelita de tierra a la derecha de la colina de Nazaret. Allí sudaba desde la mañana hasta la noche, arando y sembrando. Trabajaba como un mulo viejo para que sus hijos tuvieran todos los días garbanzos y pan... Pasaron los años, las hijas se fueron casando y Efraín se quedó con sus dos hijos varones, con Rubén, el mayor, y con Nico, el más pequeño de todos.

*Vecino* - ¡A los buenos días, Efraín! ¿Cómo va esa vida, vecino?

*Efraín* - Pues ya usted ve, vecino. ¡Aquí como siempre, sudando la gota gorda!

*Vecino* - Pero los muchachos ya le ayudarán, ¿no es eso?

*Efraín* - Claro que sí. El mayor está ahora metiendo el arado por aquella vereda. Ya casi estamos en tiempo de siembra, vecino.

*Vecino* - Ah, ese hijo tuyo Rubén es un gran muchacho, sí señor. Con ése sí que se puede contar. Pero lo que es el otro... ¡Vaya mala pieza que te ha salido!

*Efraín* - Bueno, el pobre Nico...

*Vecino* - No lo defiendas, Efraín, no lo defiendas, que aquí todos sabemos de qué pata cojea ese otro hijo tuyo. Ese no piensa más que en ir detrás de las faldas. Un vago y un sinvergüenza, eso es lo que es. Le debías hablar claro un día, Efraín. Endereza ese árbol a tiempo. Te está creciendo muy torcido.

*Efraín* - Ese muchacho se crió sin madre, vecino. Yo he tenido que hacerle de padre y de madre, ¿comprende? Lo

conozco bien. No es un sinvergüenza, no. Lo que pasa es que anda un poco desorientado.

*Jesús* - Aquella noche, Nico, el hijo pequeño de Efraín, tardó mucho en llegar a casa.

*Efraín* - ¿Y dónde estará metido? Es extraño, tu hermano llega siempre para comer.

*Rubén* - Sí, claro, para eso sí sabe llegar a tiempo. Tiene la cara más dura... No dobla el lomo para trabajar y viene aquí a comer de balde. Ea, papá, ya acabé. Me voy a dormir.

*Efraín* - Yo no puedo dormir si él no ha vuelto, hijo. Me quedaré a esperarlo.

*Jesús* - Nico llegó pasada la medianoche. Y su padre, el viejo Efraín, lo estaba esperando.

*Nico* - ¡Viva la vida, viva el amor! ¡Hip! Eh, papá, ¿pero estás despierto todavía? ¡Hip!

*Efraín* - Hijo, ¿por qué has llegado tan tarde? Estaba preocupado.

*Nico* - Ah, viejo... ¡La vida hay que vivirla! ¡Hip! Mira, andaba con unos amigos... Tenemos planes, ¿sabes? Nos vamos a ir de este poblacho. Esto es muy aburrido, papá, muy aburrido, aburridísimo... Yo no aguanto más.

*Efraín* - Pero, muchacho, ¿qué estás diciendo?

*Nico* - Que me voy. Que mañana mismo me largo. Yo no me quedo aquí sembrado como un árbol. Yo quiero conocer el mundo.

*Efraín* - Nico, hijo, has tomado mucho vino. No sabes lo que estás diciendo.

*Nico* - Oye, papá, tú tienes ahí guardado un dinerito de la cosecha anterior. Dame la parte que me toca. Me voy a gozar la vida... ¡Viva la vida, viva el amor!

*Jesús* - A la mañana siguiente, el viejo Efraín sacó de un agujero del patio las monedas que había ido ahorrando desde la última cosecha y separó las que le tocaban por derecho a su hijo, que ya tenía edad para reclamarlas. Las envolvió en un pañuelo y se las dio. Hasta el último momento, confiaba en que Nico no se iría.

*Efraín* - Bueno, hijo, si eso es lo que tú has decidido...

*Nico* - Vamos, viejo, no te me pongas sentimental. El dinero no es para tenerlo escondido sino para gozar con él.

*Efraín* - ¿Y a dónde vas a ir?

*Nico* - ¡A donde sea! ¡A donde haya ambiente!

*Efraín* - Hijo, mándame alguna noticia tuya con los comerciantes que vienen por aquí.

*Nico* - Pero si nadie viene por aquí, papá, si éste es un pueblo muerto. Ya yo estoy hasta las narices de esto y de ti y de todos. ¡Me voy, viejo, adiós!

*Jesús* - Efraín vio alejarse a su hijo por el camino sin que volviera ni una sola vez la cabeza. Lo siguió con los ojos llenos de lágrimas hasta que se perdió en el horizonte, entre los olivos del camino.

*Rubén* - ¡Maldita sea, papá! ¡Le has dado a ese haragán un dinero que él no trabajó!

*Efraín* - Tu hermano es libre, hijo. Si él se quería ir... Yo no lo voy a tener aquí amarrado como un buey. El no es mi esclavo. Es mi hijo.

*Jesús* - En el puerto de Jafa, Nico empezó a gastar el dinero que su padre le había dado. Así pasaron los meses. Cuando no eran mujeres, eran borracheras y, cuando no, apuestas a los dados. Todo el dinero que Efraín había ahorrado trabajando como un mulo viejo, lo despilfarró su hijo en muy poco tiempo. Mientras tanto, en Nazaret, su padre no dejaba de pensar en él.

*Vecino* - ¿Y qué, Efraín? ¿Como cada día?

*Efraín* - Sí, vecino, aquí andamos, esperando... A esta hora pasan las caravanas del sur. Si mi hijo viniera en una de ellas.

*Vecino* - Ése no vuelve, Efraín. Le soltaste un buen puñado de dinero.

*Efraín* - No sé nada de él. Es como si se hubiera muerto.

*Vecino* - Eso mismo. Dalo por muerto y no sufras más. Olvídate de ese muchacho. Te quedan otros cinco y son buenos. Olvídate de ese tarambana.

*Jesús* - Pero, ¿puede una madre o un padre olvidarse del niño que ha criado? ¿Puede dejar de preocuparse del que nació de sus entrañas? Efraín no olvidaba a su hijo, aunque su hijo sí se había olvidado de él.

*Nico* - ¡Oye tú, panzudo, echa otra jarra para acá, que tengo el gznate que ya me está haciendo cosquillitas! ¡Hip! Y acá la prójima también quiere seguir empinando el codo, ¿verdad que sí, preciosa? ¡Ja, ja, ja!

*Jesús* - Pasó otro mes y otro y otro. A Nico se le fue acabando el dinero que había llevado de Nazaret. Un día, apostó a los dados las últimas monedas que le quedaban y lo perdió todo.

*Nico* - ¡Maldita sea mi suerte! ¿Y qué diablos voy a hacer yo ahora, eh?

*Jesús* - Entonces buscó trabajo, pero no lo encontró. En Jafa las cosas no andaban bien. La cosecha había sido mala por la sequía de aquel año. Había poco dinero y mucha hambre... Al fin, después de muchos días, un hombre lo contrató para cuidar puercos a cambio de un jornal miserable.

*Nico* - ¡Asco de vida! De buena gana me comería las algarrobas que les dan a los puercos. Pero si el dueño me ve, me muele a palos. ¡Por los cuernos de Belcebú, nunca había tenido las tripas tan vacías!

*Jesús* - Y así pasaron varias semanas. Nico se moría de hambre mientras los puercos engordaban. Estaba sucio, olía peor que los cerdos y no hacía otra cosa que lamentarse.

*Nico* - Yo aquí, hecho un zarrapastroso, y ahora mismo en casa estarán comiéndose un buen plato de garbanzos. Allá son pobres, pero no les falta la comida. Tendría que volver. Yo no aguanto más esto. Le diré al viejo: mira, papá, lo siento, me equivoqué, las cosas me han ido mal. Dime lo que quieras, grítame, haz lo que quieras, pero... ayúdame. Seguro que el viejo se ablandará y me

dará algún dinerito. Sí, tengo que volver...

*Jesús* - Y se decidió a volver...

*Efraín* - Hoy hace cuarenta lunas que se fue tu hermano.

*Rubén* - Mira, di mejor tu hijo. Ése no es mi hermano. Por mí, como si hiciera cuatrocientas lunas.

*Efraín* - Si supiera dónde estaba, lo iba a buscar.

*Rubén* - Gastarías diez sandalias y no darías con él. Ese hijo tuyo se murió. Olvídate de él, papá, olvídate de una vez.

*Jesús* - Aquella mañana, como todas las otras desde hacía cuarenta lunas, Efraín salió al camino, a la hora en que vienen las caravanas del sur, esperando noticias de su hijo. Y cuando el sol asomó por el horizonte, iluminando la ruta, el pobre padre vio algo que se movía a lo lejos. Alguien se acercaba. El corazón le avisó que aquel era su hijo, y el viejo Efraín, como si fuera un chiquillo, echó a correr para recibirlo.

*Efraín* - ¡Hijo, hijo!

*Jesús* - Cuando llegó a donde estaba, lo abrazó y lo besó.

*Efraín* - ¡Hijo, hijo, has vuelto!

*Nico* - Papá, mira, yo... te voy a explicar...

*Efraín* - No me tienes que explicar nada. ¡Has vuelto y eso es lo único que importa! ¡Ven, vamos! Vecino, ayúdeme, tráigame la mejor ropa que haya en el arcón y búsqueme por ahí el anillo de bodas de su madre para ponérselo también, y sandalias nuevas.(1) Viene todo hecho un harapo. Tú, muchacho, ve a matar el becerro que está engordando. Y ásalo pronto. Tiene hambre. Viene muy flaco, tiene que comer bien. ¡No estaba muerto! ¡Está vivo! ¡Estaba perdido y lo he encontrado!

*Jesús* - Al poco rato, todo Nazaret estaba en casa de Efraín. El viejo había corrido por el pueblo avisándoles que Nico, su hijo, había vuelto, que

estaba otra vez allí.

*Vecina* - ¿Y por dónde has estado, sinvergüenza? Aquí creíamos que te habías ido fuera del país.

*Comadre* - ¿Cuántas novias te habrás echado por ahí? ¡Pero, mira a tu padre qué feliz está hoy, míralo Serapia, si está bailando con doña Susana!

*Nico* - La verdad es que nunca había visto a papá tan contento.

*Muchacha* - Te ha esperado todos los días que estuviste fuera. Decía siempre que volverías.

*Vecina* - ¡Y has vuelto, muchacho, has vuelto! ¡Vamos, vamos a bailar tú y yo!

*Jesús* - A mediodía, Rubén, el hermano mayor, volvió de trabajar en el campo. Cuando se acercó a su casa, oyó la música y se extrañó.

*Rubén* - ¡Eh, tú! ¿Qué es lo que está pasando en mi casa con tanto alboroto?

*Vecino* - ¿No lo sabes? ¡Tu hermano Nico ha vuelto! Hay una fiesta grande. Tu padre hasta mandó matar el becerro cebado para celebrarlo. ¡Ven, corre!

*Jesús* - Pero el hermano mayor se molestó mucho al oír aquello y no quiso entrar en la casa. Y entonces le fueron a avisar al viejo Efraín de lo que pasaba y Efraín salió corriendo a buscar a su hijo mayor.

*Efraín* - ¡Rubén, hijo, Rubén, tu hermano ha vuelto! ¡Ha vuelto sano y salvo! Ven, entra, todos te estamos esperando.

*Rubén* - Pero papá, sabes que ese haragán ha gastado tu dinero con rameras y emborrachándose por ahí y hasta le das el becerro cebado para que se lo coma y haces una fiesta. ¡Estás loco, papá!

*Efraín* - Sí, hijo, estoy loco. Loco de alegría. Me decían que tu hermano estaba muerto y, ya ves, está otra vez en casa. Lo habíamos perdido y lo hemos encontrado. ¿Cómo no vamos a estar alegres? ¡Y si tuviera tres becerros los habría matado también para celebrarlo mejor!

*Rubén* - Claro, y a mí que me he pasado la

vida junto a ti, trabajando y obedeciéndote en todo, nunca me has dado ni un chivito para comerlo con mis amigos.

*Efraín* - ¿Y por qué no me lo pediste, hijo? Tú sabes que todo lo mío es tuyo. Tú sabes que yo los quiero a los dos.

*Jesús* - Y el viejo Efraín abrazó a su hijo mayor con la misma alegría con la que antes había abrazado a Nico. Y entraron en la casa. Y Rubén abrazó a Nico y sonrió. Hacía mucho tiempo que no sonreía. Y pocos días después, cuando sus hermanas y sus cuñados vinieron de visita a Nazaret, Efraín tuvo a todos sus hijos alrededor de la mesa, sin que le faltara uno solo. Esa es la historia del viejo Efraín, aquel padre que tenía el corazón del tamaño de este lago. Quien la entiende, entiende cómo es Dios.(2)

Fue Jesús quien nos enseñó a llamar a Dios con el nombre de Padre.

Lucas 15,11-32

---

*1. Cuando el padre de la parábola del hijo pródigo lo recobra, prepara una gran fiesta. Para ella, lo viste con una túnica nueva. En Oriente regalar un vestido era señal de gran aprecio y en lenguaje bíblico el vestido nuevo es símbolo de que ya ha llegado el tiempo de la salvación. Le da también a su hijo un **anillo** y le pone sandalias. El anillo es señal de que se entrega a otro toda la confianza. Las sandalias son señal del hombre libre porque los esclavos iban siempre descalzos. Lo principal es el banquete. En Israel sólo se comía carne en días muy especiales, cuando se mataba un cabrito, un ternero o un cordero. Las leyes indicaban que el cordero debía ser asado en leña de vid. Comer juntos a la misma mesa era señal de que el pasado estaba del todo olvidado.*

*2. Jesús comparó a **Dios** con el padre del hijo pródigo. También enseñó a sus discípulos a llamar a Dios con el nombre de "Padre", y así lo llamó él. En todos los libros del Antiguo Testamento se dice que Dios es Padre y que actúa con sus hijos los seres humanos como un padre, pero en ninguna ocasión alguien se dirige a él llamándole "Padre mío". Sí existe la invocación "Padre nuestro", pero*



*en oraciones colectivas, hechas en nombre de todo el pueblo. Los sentimientos del corazón del padre del hijo pródigo son, según la parábola de Jesús, la mejor imagen de los sentimientos del corazón de Dios. Por eso, esta parábola debería más bien llamarse la "del buen padre", porque es el padre su protagonista.*

### 35- DESCOLGADO POR EL TECHO

Por aquellos días, la casa de Pedro era la más visitada de Cafarnaum. Cuando el sol se escondía detrás del Carmelo, nos juntábamos en ella todos los del grupo y muchos otros del barrio para conversar de nuestros problemas.

*Rufa* - Sí, está bien, mucha justicia y que las cosas cambien y todos iguales, sí... pero, ¿y el espíritu, eh?

*Pedro* - ¿Qué espíritu, suegra?

*Rufa* - ¿Cómo que qué espíritu? El tuyo, Pedro. El mío. El alma del hombre.(1) Si después de todo el lío resulta que nos morimos y va y nos condenamos, ¿eh? Entonces, ¿qué?

*Juan* - Pero, vieja Rufa, ¿por qué vamos a condenarnos?

*Rufa* - Porque somos malos y tenemos pecados, qué caray. Y hay que preocuparse de tener limpia el alma!

*Hombre* - ¡Aquí lo que tenemos limpia es la tripa, con esta hambre que nos está matando!

*Pedro* - Claro que sí, suegra. Deje el alma para luego, que lo primero es echarle algo a la panza, ¿no cree? ¡Yo digo que el Mesías viene con un saco de garbanzos para repartir entre todos!

*Rufa* - Pues yo digo, Pedro, que lo primero es tener las cuentas claras con Dios y después ya habrá tiempo para los garbanzos. Eh, Jesús, ¿tengo o no tengo razón?

*Jesús* - Yo no sé, abuela, pero a mí me parece que una paloma necesita las dos alas para volar. Si tiene un ala rota, no vuela. Y si tiene la otra, tampoco.

*Rufa* - ¿Qué quieres decir con eso, Jesús?

*Jesús* - Yo creo que Dios no separa las cosas. Todo va junto, el alma y el cuerpo, el cielo y la tierra, lo de ahora y lo de después.

Aquella noche soplaba el viento frío del Hermón, y Rufina, la mujer de Pedro, se puso a preparar un caldo de raíces. Todos los vecinos sintieron el aroma y todos vinieron a beber del cacharro. Al poco rato, la casa estaba repleta de gente.

*Hombre* - ¿Qué es lo que están diciendo, que aquí no se oye nada?

*Mujer* - ¡Y qué sé yo, que si una paloma que tiene dos alas para volar y... Oye tú, no empujes que... Anda, pero mira quiénes son, los hijos de Floro. ¡Y traen al viejo también!

*Vecino* - ¿Y para qué sacaron a este zorro de su madriguera, eh?

*Muchacho* - Queremos entrar. Lo traemos cargado desde la otra punta del pueblo.

*Mujer* - ¡Pues váyanse por donde vinieron! ¿No ven la cantidad de gente que hay?

Cuatro muchachos jóvenes cargaban una improvisada camilla hecha con una red de pescar y dos remos de barco. Sobre ella venía un viejo flaquísimo con los ojos rojos y saltones, como los sapos. Era Floro, el paralítico.

*Muchacho* - ¡Por favor, déjenos entrar!

*Hombre* - Pero, ¿cómo van a meter a este tullido ahí dentro? ¡Aquí no cabe ya ni una pulga de lado! ¡Váyanse, váyanse de aquí!

Los hijos de Floro intentaron colarse por la puerta, por la cocina, por el patio. Imposible. Había demasiada gente. Pero Floro no estaba dispuesto a regresar sin verle la cara a Jesús. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea.

*Muchacho* - La cosa está mala, papá. Mejor nos vamos.

*Floro* - De ninguna manera. Yo no me voy sin ver al forastero.

*Muchacho* - Pero, papá, ¿qué podemos hacer? Aquí no hay quien entre.

*Floro* - Pues tírenme por arriba.

*Muchacho* - ¿Cómo que por arriba?

*Floro* - ¡Que me descuelguen por el techo, caramba! Esos tejados son fáciles de levantar... ¡si lo sabré yo!

Los cuatro muchachos quitaron los remos, envolvieron al viejo Floro en la red que les servía de camilla, lo treparon al techo de la casa y comenzaron a levantar los palos cubiertos de barro amasado.(2) Mientras tanto, Jesús continuaba hablando del Reino de Dios.

*Jesús* - Sí, sí, pasa con la paloma y pasa lo mismo con una barca, que hacen falta dos remos, y los dos tienen que ir al compás para que la barca vaya pa'lante derecha. Con el Reino de Dios es igual, todo va junto, todo.

*Rufina* - Pero, ¿qué está pasando aquí? ¡Pedro, por Dios, ven a ver esto! ¡Nos están abriendo un boquete en el techo! ¡Pedro!

*Pedro* - ¿Qué te ocurre, mujer escandalosa?

*Rufina* - ¡Mira, Pedro, hay gente trepada en el techo!

*Pedro* - ¿Cómo que en el techo? ¿Qué rayos hacen ahí? ¡Oigan, ustedes, apéense inmediatamente si no quieren que...! Pero, ¿están locos? Alcánzame la escoba, Rufi, que se la voy a partir en la crisma

si no se bajan de...  
*Rufina* - ¡Ay, Pedro, aaay!

Fue cuestión de segundos. Los hijos de Floro resbalaron, la viga del centro se partió y el techo de arcilla se hundió sobre nuestras cabezas. Junto con los palos y la polvareda del derrumbe, apareció en medio de todos, como un pulpo atrapado en una red, el paralítico Floro.

*Pedro* - Pero, ¿qué han hecho ustedes? ¡Animales, bellacos, zopencos, hijos de la perra de Jezabel! ¡Me han arruinado el techo! ¿quién va a arreglarlo ahora, eh?

*Muchacho* - Es que el viejo se nos resbaló y...

*Pedro* - ¡Maldita sea, les juro que van a pegar el barro con la lengua!

*Muchacho* - Es que los palos del techo de su casa están medio podridos y por eso...

*Pedro* - ¡Eso es asunto mío y no de ustedes, recuernos! A ver, ¿quién les mandó encaramarse en un techo ajeno, eh, eh?

*Muchacho* - Fue papá el que nos dijo.

*Pedro* - ¡Papá! ¡Papá! Y a este ripio de la piel del diablo, ¿le llaman ustedes papá? ¡Crápula, calamidad de hombre!

*Jesús* - Cálmate ya, Pedro, no es para tanto.

*Pedro* - ¿Que no es para tanto? Pero, ¿cuándo se ha visto que la gente caiga del cielo como una plasta de pájaro, eh? ¡Capaz de haberle venido encima a la suegra Rufa y me la mata!

*Jesús* - Está bien, pero no le cayó.

*Pedro* - ¡Mira, mira, todo roto, techo, ventana, escalera, todo roto!

*Jesús* - Yo te lo arreglaré mañana, Pedro, tranquilízate. Tengo experiencia en pegar techos.

*Rufina* - Y este viejo tiene experiencia en desbaratarlos, ¿verdad, Floro? Es que tú no sabes a quién tienes delante, Jesús. El tullido Floro. No, no le tengas compasión a este viejo zorro. ¿Sabes cómo se rompió las piernas? Saltando tapias y colándose por los techos para robar. ¡Buen sinvergüenza, te voy a moler a palos!

*Pedro* - ¿Y se puede saber por qué demonios te tiras por el techo si hay una puerta para entrar, eh? Habla, no te quedes callado ahora. Que las piernas las tienes rotas, pero la lengua no.

*Floro* - Yo soy un tullido.

*Pedro* - Un tullido, sí, un tullido... ¡un bandido!, eso es lo que eres. Y estos cuatro hijos tuyos, son todavía peores que tú. Vamos, vamos sáquenme

fuera a este granuja.

*Jesús* - Espérate, Pedro, no seas así. Déjalo hablar primero. ¿Qué te pasa, Floro, a qué has venido? ¿Por qué has hecho esto?

*Floro* - Porque yo quería entrar. Entonces una vieja en la puerta me dijo: fuera, fuera de aquí, no hay sitio. Y yo quería entrar. Y otro me empujó y me dijo: fuera, fuera de aquí, la casa está atiborrada. Pero yo quería entrar.

*Pedro* - ¿Y por qué no te quedaste escuchando por la ventana, como los otros?

*Floro* - No, en la ventana no. Yo quería ver de cerca a ese tal Jesús que ha venido a la ciudad y que cura a los enfermos. Tengo las piernas tullidas.

*Rufina* - ¡La enfermedad tuya está en las manos, pedazo de ladrón! ¡A ti no te cura ni Dios, desgraciado!

*Pedro* - Mira, Jesús, este viejo, así como lo ves, es un ladrón de siete manos. Ahora ya no puede hacer mucho, pero antes, cuando podía andar... ¡si yo te cuento no te lo crees!

*Juan* - ¡El viejo Floro se robó el candelabro de la sinagoga sin apagar las velas!

*Pedro* - Si te faltaba un denario, a buscarlo en el bolsillo de Floro. Si te faltaba el pan o las aceitunas, a buscarlo en la panza de Floro o en la de los hijos.

*Mujer* - ¡Ladrón y borracho!

*Hombre* - ¡Y jugador!

*Rufa* - ¡Y pendenciero!

*Juan* - ¡Al diablo con el Floro, las maldades de este viejo son tantas como los hijos que tiene!

*Jesús* - Eso que dicen, ¿es cierto, Floro?

*Floro* - Sí, señor. Eso es cierto. Yo soy un sinvergüenza. Pero con mis hijos que no se metan. Mis hijos son buenos.

*Vecino* - ¿Buenos? ¡Mira tú, cuando el Floro y sus hijos iban por el mercado era como si pasara una plaga de langostas! ¡Arrasaban con todo!

*Floro* - ¡Mentira! Mis hijos son honrados y decentes.

*Jesús* - ¿Estos cuatro son hijos tuyos, Floro?

*Floro* - Sí, señor. Son los mayores. Dos parejas de mellizos.

*Jesús* - ¿Tienes más hijos?

*Floro* - ¡Uhhh! Diez más en casa. Tengo catorce.

*Jesús* - ¿Catorce? ¡Caramba, más que las tribus de Israel!

*Floro* - Es que mi mujer los pare de dos en dos. Siempre mellizos.

*Jesús* - ¿Y por qué robabas? ¿No tenías trabajo?

*Floro* - Sí, pero no me alcanzaba. Catorce hijos, catorce bocas. Se mueren de hambre, decía mi

mujer. Yo trabajaba de día y robaba de noche. ¡Y ni así alcanzaba! Entonces me desesperé y maldije a Dios. Sí, señor, he cometido todos los pecados que prohíbe la Ley. Yo no tengo perdón. Soy un sinvergüenza. Pero mis hijos no. Yo los crié y los saqué adelante. Son buenos y trabajadores.

*Hombre* - ¡Tus hijos son tan sinvergüenzas como tú, viejo mentiroso!

*Floro* - No, no, no. No digan eso. Ellos no son como su padre.

*Vecina* - ¡De tal palo, tal astilla!

*Floro* - No, no, ellos... ellos son buenos. ¡Ellos son buenos! Créeme, forastero, mis hijos tienen buen corazón, no son como éstos dicen.

*Jesús* - Vamos, Floro, no te pongas así. Cálmate. Mira, tú tienes confianza en tus hijos. Y Dios tiene confianza en ti. En el Reino de Dios todos tienen un sitio, aunque se cuelen por el techo. Anímate, Floro: Dios te perdona tus pecados. De veras te lo digo: Dios te perdona tus pecados.

EL paralítico miró a Jesús sorprendido, con los ojos saltones y una sonrisa grande, de oreja a oreja. Todos nos quedamos extrañados de aquellas palabras que Jesús acababa de pronunciar.

*Hombre* - ¿Cómo has dicho tú, forastero?

*Jesús* - Dije que Dios ha perdonado a Floro.

*Hombre* - ¿Y quién eres tú para decir eso? Ese viejo es un canalla. No hay perdón para él.

*Jesús* - ¿Estás seguro?

*Hombre* - ¡Tan seguro como que tiene las piernas rotas!

*Jesús* - Escuchen esto: ¿qué cosa será más fácil: decir "tus pecados quedan perdonados", o decir "tus piernas quedan curadas"?

*Hombre* - Ninguna de las dos. La primera es una blasfemia. La segunda es imposible.

*Jesús* - Creo que te equivocas, amigo. Para Dios nada es imposible. ¿No lo estábamos diciendo antes, que en el Reino de Dios va todo junto, el alma y el cuerpo? Vamos, Floro, levántate y vuelve a casa con tus hijos.

Entonces, pasó algo increíble. El viejo Floro se levantó del suelo, estiró las piernas, y se echó al hombro la red y los remos que le habían servido de camilla. Nos miró a todos radiante de alegría y empezó a andar. Hasta que salió de casa de Pedro, seguimos sus pasos con miedo y con asombro, maravillados de lo que había ocurrido. Nunca habíamos visto una cosa así.

---

Mateo 9,1-8; Marcos 2,1-12; Lucas 5,17-26.

---

1. En el pensamiento religioso tradicional se cree que el hombre tiene por una parte el **alma** (espiritual, elevada, digna de estima) y por la otra, el cuerpo (material, de bajos instintos, al que hay que dominar). En las religiones tradicionales están muy arraigados los dualismos: existen cosas, personas y lugares sagrados, y cosas, personas y lugares profanos. El futuro que aguarda al ser humano después de la muerte también se opone al presente. Se contraponen la tierra y el cielo, el más acá y el más allá. Ninguna de estas parejas de contrarios encontró base en el mensaje de Jesús. El signo que Jesús realizó con el paralítico de Cafarnaum expresó que para Dios no existe diferencia ni contradicción entre lo material y lo espiritual, entre alma y cuerpo.

2. En tiempos de Jesús, los **techos** de las casas eran planos, como azoteas. Descansaban sobre una base de vigas cubiertas con ramas, sobre la que se colocaba una capa de barro apisonado. En las casas corrientes esta armazón de vigas se hacía con madera de sicómoro. En edificios mayores había que emplear una madera mucho más fuerte. La del cedro, por ejemplo. La gente gustaba de comer en los techos de las casas, buscando el aire libre. El techo servía también como almacén y era habitual que, si no había lugar dentro de las casas, los huéspedes durmieran en el techo. Esta forma de construcción ligera y provisional -el techo se levantaba en el tiempo de mayor calor- explica cómo el paralítico de Cafarnaum pudo ser descolgado por arriba en el interior de la casa de Pedro.

### 36- TAN PEQUEÑO COMO MINGO

- Canilla* - ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Espérate!  
*Jesús* - ¿Qué pasa, Canilla?  
*Canilla* - Jesús, hazme el truco de los tres dedos.  
*Jesús* - ¿Otra vez? Pero si ya te lo hice ayer.  
*Canilla* - Se me olvidó.  
*Jesús* - Te lo hago mañana.  
*Canilla* - No, no, ahora.  
*Jesús* - Bueno, pero fíjate bien, para que lo aprendas. El gordo lo escondes así. El meñique lo tuerces hacia acá y...  
*Canilla* - ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Mira... ¿lo hago bien?  
*Jesús* - Mejor que yo. Anda, ve y enséñaselo a Nino, que él no lo sabe.  
*Canilla* - Sí, se lo voy a enseñar a Nino.  
*Jesús* - Y por la tarde, ven con él a casa de Pedro, que hoy me voy a enterar yo si ustedes están aprendiendo a juntar las letras en la sinagoga.  
*Canilla* - ¡Adiós, Jesús!  
*Jesús* - ¡Adiós, Canilla!

Yo creo que en poco tiempo los muchachos de Cafarnaum se hicieron amigos de Jesús. Andaban siempre tras él para que les enseñara algún truco o les contara una historia. Allá los niños se pasaban casi todo el día correteando en la calle.(1) El rabino los reunía sólo una vez a la semana para enseñarles a leer, y el resto del tiempo se les iba en jugar y hacer diabluras. En casa de Pedro y Rufina ocurría lo mismo.

- Mingo* - ¡Peludo, cochino, peludo, cochino, peludo, cochino...!

Sus cuatro muchachos alborotaban desde la mañana hasta la noche y nunca faltaban los llantos, las risas y los pescozones. Rufina se pasaba el día del fogón al patio y del patio al fogón, batallando con ellos. La vieja Rufa también andaba en esos trajines. Y cuando Pedro volvía de la pesca, siempre se encontraba con alguna sorpresa.

- Pedro* - ¿Qué, mujer? ¿Cómo se han portado hoy?  
*Rufina* - Muy mal. Como siempre. Simoncito le abrió la cabeza a Mingo con el hierro ése.  
*Pedro* - ¿Que le abrió la cabeza? Y tú, ¿qué hiciste?  
*Rufina* - ¿Y qué voy a hacer? Pues echarle agua del lago y ponerle encima una telaraña. Ay, Pedro, yo no sé cómo estos muchachos no se matan.  
*Pedro* - Ellos no se matan, no, pero nos van a matar a nosotros. Maldita sea con estos mocosos. ¡Sito!



¡Sito, ven acá!  
*Rufina* - No le hagas nada, Pedro. La abuela ya le dio una buena tunda. Déjalo ya.  
*Pedro* - Tienen que aprender, Rufina. Si no los enderezamos a tiempo.  
*Rufina* - Pero si todavía son tan pequeños... Da igual que vayan derechos o torcidos.  
*Pedro* - ¡Sito, te dije que vinieras acá!  
*Rufina* - Mira, mejor que pegarle, sácale los piojos, que a mamá no le ha dado tiempo y debe tener la cabeza llenita.

Un día, como muchos otros días, las tres niñas de mi hermano Santiago habían ido a jugar con los muchachos de Pedro y Rufina. Cuando se juntaban los siete, el patio de la casa del viejo Jonás parecía el lago de Galilea cuando hay tormenta.

*Simoncito* - ¡Ahora yo me río y todos ustedes lloran! ¡Ja, jo, ja, jo!  
*Niña* - ¡Ahora, al revés! ¡Yo lloro y ustedes se ríen! ¡Buuuh... Buuuh!  
*Mila* - Ya estoy aburrida. ¡Vamos a jugar a otra cosa, Sito!  
*Mingo* - ¡A los soldados!  
*Simoncito* - ¡Sí, vamos a jugar a los soldados!  
*Niña* - ¿Y nosotras?  
*Simoncito* - Mila y tú son leones. ¡Vamos a buscar las espadas!  
*Niña* - ¿Y yo, qué soy?  
*Simoncito* - ¡Otro león! ¡Las espadas, las espadas!

Al cabo de un rato, a media tarde, Jesús llegó a casa de Pedro.

*Jesús* - ¿Cómo estamos, Rufina?  
*Rufina* - Aquí Jesús, en el fogón. Como siempre.  
*Jesús* - ¡Hummm! ¡Qué bien huele esta sopa!  
*Rufina* - Si quieres quedarte a comer, enseguida estará. Con estos muchachos todo se retrasa. Ahora Rubén está con diarreas y me tiene todo embarrado, mira...  
*Jesús* - Deben ser lombrices.  
*Rufina* - Sí, qué va a ser si no. Pero, cuando no son las lombrices son las vomiteras. ¡No se acaba nunca! Bueno, ¿qué, Jesús?, ¿te quedas a cenar?  
*Jesús* - No, Rufina, gracias. Yo venía a buscar unas varas que Pedro me guardó por aquí. Voy a hacer un trabajito con ellas. ¿Usted sabe dónde me las puso?  
*Rufina* - Ay, Jesús, si yo no sé ni dónde tengo puesta la cabeza. Yo las vi ayer, pero... qué sé yo dónde

andarán ahora. Pregúntale a Pedro.

Jesús encontró a Pedro, buscando y rebuscando las varas, en un rincón del patio...

*Pedro* - ¡Pero si estaban por aquí! ¡Si yo las puse aquí!

*Jesús* - Quería aprovechar ahora para hacer el arreglito ése que me pidió la comadre de al lado. Antes que se haga de noche...

*Pedro* - Sí, claro... Pero, ¿dónde diablos están esas varas? ¡Rufina!

*Rufina* - ¡A mí no me preguntes, Pedro, yo no sé!

*Niña* - ¡Ay, ay, ay!

*Simoncito* - ¡Te maté, te maté!

*Niña* - ¡Ay, ay, tío Pedro, mira a Sito! ¡Tío Pedro!

*Pedro* - ¡Maldita sea con estos niños! ¡Simoncito!

*Jesús* - Le sale sangre, Pedro, mira...

*Pedro* - ¡Rufina! ¡Rufina, corre! ¡Simoncito, ven inmediatamente! ¡Mira dónde estaban tus varas, Jesús! ¡Y las han roto todas! A ver, ¿quién le dio permiso a usted para agarrar esas varas, eh, quién le dio permiso?

*Simoncito* - Eran las espadas, papá...

*Pedro* - Las espadas, ¿eh? ¿Y para qué quería usted esas espadas?

*Simoncito* - Para matar leones. Ella era el león.

*Pedro* - ¡Esas varas no eran de ustedes, maldita sea! Eran de Jesús y las necesita para trabajar. ¡A ver, bájese el calzón enseguida! ¡Y usted también, Mingo, las nalgas al aire!

*Rufina* - No le pegues, Pedro, es muy pequeño...

*Pedro* - Sí, muy pequeño para pegarle, pero mira las sinvergüencerías que hace. Rufina, llévate las niñas a casa de Santiago. ¡Al diablo con estos muchachos! ¡Toma! ¡A ver si aprenden a respetar lo que no es suyo, caramba!

*Jesús* - Pedro...

*Pedro* - ¡Condenado! ¡Desobediente! ¡Atrevido!

*Jesús* - Pedro, déjalo ya...

*Pedro* - ¡Mala hierba! ¡Empedernido!

*Jesús* - Pedro, por Dios, yo puedo buscar otras varas...

*Pedro* - ¡Tú, cállate también, Jesús! ¡A estos muchachos hay que enseñarles!

*Mingo* - ¡Ay, ay, ay, ayyy!

*Pedro* - Y ahora se van a quedar aquí los dos, de rodillas sobre estas piedras hasta que yo les diga. ¿Me oyeron? ¿Me oyeron bien?

*Simoncito* - Papá, perdónanos... Me da miedo... Está oscuro... Perdónanos...

*Pedro* - ¿Les da miedo, eh? ¡Pues ya se pueden orinar de

miedo, que ahí se van a quedar hasta que les diga! ¡Y prepárense, que si se mueven, va a venir la bruja Culeca con un pincho que tiene, miren bien, un pincho así de largo, y los engancha a los dos por la rabadilla y se los lleva al fondo del lago!

*Rufina* - ¡No los asustes, Pedro! ¡Caramba contigo, también tú tienes cada cosa!

Pedro dejó a Simoncito y a Mingo en el patio, castigados de rodillas sobre las piedras, y entró en la casa. Jesús estaba junto a Rufina en el fogón.

*Pedro* - ¡Uff! Lo siento, Jesús, te han estropeado tu trabajo. Yo te conseguiré otras varas.

*Jesús* - No te preocupes, Pedro. Yo lo siento más por ellos. Les has pegado muy duro. Y son niños.

*Pedro* - Sí, son niños, pero mira lo que hacen. Nada, nada, no los defiendas.

*Jesús* - Perdónalos, hombre. Si no lo hicieron por malo...

*Pedro* - No lo harán por malo, pero lo hacen, que es lo que importa.

*Rufina* - Sí, Pedro, hazle caso a Jesús y diles que entren. Ahí fuera van a agarrar un resfrío. Anda, perdónalos. Diles que vengán a tomarse la sopa ya.

*Jesús* - Vamos, Pedro, ablándate. No seas tan duro con los muchachos.

Pedro terminó ablandándose y los perdonó. Era la hora de la sopa y Simoncito no paraba de reír contándole a su padre el juego de los leones...

*Simoncito* - Y entonces, papá... Mila hizo "grrr"... y Mingo la agarró por el rabo y...

*Jesús* - ¿Ves, Pedro? Ya se les olvidó el castigo que les pusiste. Los muchachos son así, olvidan. Y también perdonan enseguida. Eso es lo bueno que tienen.

En mi país, los niños y las niñas apenas contaban para nada, ésa es la verdad. Les enseñaban cuatro cosas, les pegaban por todo y los mayores casi nunca conversábamos con ellos ni les pedíamos su opinión. Los niños sólo valían porque iban a crecer y entonces podrían trabajar. Para Jesús no. Él supo ver algo muy grande en los pequeños.

Cuando Jesús iba por casa de Pedro le gustaba conversar con los muchachos. Se sentaba en el patio, debajo del limonero y al poco rato, los niños de Pedro y los de los vecinos y las niñas de Santiago venían corriendo a que les hiciera

cuentos. Aquel día, Jesús les estaba enseñando trabalenguas.

*Jesús* - Y éste es más difícil todavía. Oigan bien: No hay quien ayude a Moncho a decir tres veces ocho: ocho, corcho, troncho y caña, caña, troncho, corcho y ocho.

*Simoncito* - ¡Uy, qué difícil! ¡Jesús, dilo otra vez!

*Niña* - Ese no es difícil. Yo me lo sé ya. No hay quien ayude a Moncho a decir... ¿A decir qué, Jesús?

*Jesús* - Lo voy a repetir despacio. Atiendan bien: No hay quien ayude a Moncho a decir tres veces ocho...

Yo no sé de qué mañas se valía Jesús para ganarse a los muchachos. Me parece que él se hacía un poco como ellos y jugaba con aquellos mequetrefes como si fuera uno más. Cuando aquel día Pedro y Andrés volvieron de pescar y se asomaron por la ventana, el patio de la casa parecía un enjambre de abejas. Los niños eran tantos que no les dejaban ver dónde estaba Jesús.

*Rufina* - Digo yo que por qué este Jesús no se habrá casado para tener muchachos suyos. Tiene muy buena mano con ellos. Mira, hace un buen rato que andan ahí embobados. ¡Les cuenta cada cosa!

*Pedro* - Pues se van a desembobar ahora mismo. Tenemos que ir a arreglar un asunto a casa del viejo Zebedeo. Y Jesús tiene que venir con nosotros. ¡Eh, eh, los muchachos! ¡Vamos, fuera de aquí todos! ¡No molesten más! Que hay mucho que hacer, ¡vamos, fuera!

*Jesús* - Pero, Pedro, si los muchachos están tranquilos. Déjalos aquí conmigo.

*Simoncito* - ¡Papá, papá! A que tú no sabes decir esto: No hay quien ayude a Moncho a decir tres veces ocho: ocho, corcho, tronco y caña, caña, troncho, corcho y ocho.

*Pedro* - ¿Y para qué voy a decir eso, eh?

*Simoncito* - ¡No sabes, no sabes! ¡Papá no sabe!

*Pedro* - ¿Que no sé? Pero si es muy fácil. Verás: No hay quien ayude a Moncho a decir tres veces ocho: concho, ocho caña y coño...

*Jesús* - ¡No sabes, Pedro, no sabes!

Y cuando cayó la noche...

*Pedro* - ¡Demonios, tú tienes más paciencia con los niños que el santo Job!

*Jesús* - La verdad es que me gustan los muchachos, Pedro.

*Pedro* - Sí, claro, porque no son tuyos. Si los tuvieras que soportar hoy y mañana y pasado mañana, otro gallo cantarí.

*Jesús* - Pero, Pedro...

*Pedro* - Sí, ya lo sé, son unos mocosos todavía y...

*Jesús* - Y eso es lo mejor que tienen. Que son pequeños y no se hacen más grandes de lo que son y están contentos siendo pequeños. Los mayores no somos así. Nos creemos importantes, nos ponemos serios, nos rompemos la cabeza discutiendo los grandes problemas del mundo. Y mientras tanto, mira a éste, durmiendo a pierna suelta...

*Rufina* - Es que está rendido, Jesús. Se ha quedado dormido mamando.

*Jesús* - Míralo qué bien está con su madre, Pedro. Ahí en sus brazos no tiene miedo a nada, ni siquiera a tus regaños. A veces, me digo que la puerta del Reino de Dios debe ser también pequeña, una puertecita así, para que sólo los niños y las niñas puedan entrar por ella. Y nosotros, los mayores, tendremos que doblar el pescuezo y agacharnos y dejar fuera el orgullo, el rencor, el miedo, todas esas cosas. Sí, tendremos que hacernos pequeños como Mingo... o como Simoncito... o como Mila para que nos dejen pasar por esa puerta.(2)

Antes de irse a dormir, Jesús acarició a Mingo, lo cargó un momento en sus brazos y le dio un beso. Y Mingo, sin enterarse, siguió durmiendo en el regazo de su madre.

Mateo 19,13-15; Marcos 10,13-16; Lucas 18,15-17.  
 Mateo 18,1-5; Marcos 9,33-37; Lucas 9,46-48.

---

1. *En el ambiente en que vivió Jesús, los niños valían muy poco y las niñas aún menos. De las niñas se decía que eran "un tesoro ilusorio". Los hijos se consideraban como una bendición de Dios, pero su importancia no era real hasta que no llegaban a la mayoría de edad. Desde el punto de vista de las leyes y de las obligaciones y derechos religiosos, el poco valor de los pequeños se describía incluyendo a los niños en esta fórmula, habitual en los escritos de la época: "sordomudos, idiotas y menores de edad". También aparecían citados junto a los ancianos, enfermos, esclavos, mujeres, tullidos, homosexuales y ciegos. Al igual que Jesús tuvo una actitud auténticamente revolucionaria con las mujeres, su actitud con los niños*

resultó sorprendente en su sociedad y en su tiempo. Los hizo destinatarios privilegiados del Reino de Dios en cuanto niños, dando a entender que los pequeños están más cerca de Dios que los adultos. Para él tuvieron valor no por lo que iban a ser de mayores, sino por lo que ya eran. La actitud de Jesús no tiene precedente en las tradiciones de sus antepasados.

2. Cuando Jesús habló a los adultos y les dijo que para entrar en el Reino de Dios tenían que **hacerse como niños**, no se estaba refiriendo a recobrar la pureza de los niños, entendiendo la pureza como castidad. La idea de que el niño es más puro que el adulto era ajena al pensamiento israelita. Jesús se refería a la actitud de confianza que se debe tener ante Dios, que es Padre.

### 37- EL GRITO DE LÁZARO

Aquel año fue un año malo en toda Galilea. Las tormentas del verano habían arruinado las cosechas. El trigo perdido, el centeno perdido, los olivares dañados. El hambre llegó a caballo y tocó a todas las puertas. Y con el hambre, llegaron las epidemias y la desesperación. Los campesinos vendían a cualquier precio los frutos de las próximas cosechas que aún no habían sembrado. Los usureros hacían de las suyas y prestaban dinero a interés del ochenta y del noventa. Y cada día aparecían más mendigos en las ciudades. También en Cafarnaum.

*Jesús* - Mira, Juan, allá van otra vez.

*Juan* - Sí, Jesús, a sentarse frente a la casa del terrateniente Eliazín. Así se pasan el día, esperando a que echen la basura, para buscar después una cáscara de melón o alguna piltrafa.

*Jesús* - ¡No, no, esto no puede seguir así!

*Juan* - Hoy son ellos, Jesús, los campesinos. Mañana nos tocará a nosotros, los pescadores del lago. Y después, a los artesanos. Esto no se acaba.

*Jesús* - Vamos con ellos, Juan, vamos frente a la casa de Eliazín.

Cuando Jesús y yo nos encontramos con los mendigos...

*Mendigo* - Pero, ¿qué dices tú, nazareno? ¿Dios? Qué va, Dios no nos oye. Tiene tupidas las orejas.

*Jesús* - No, lo que pasa es que ustedes no han gritado bastante duro, ¿verdad, Juan?

*Juan* - Eso mismo. ¡Ea, vamos todos juntos, a gritar fuerte hasta que las piedras se rompan!

*Jesús* - Hasta que el Dios del cielo escuche el alarido de los hambrientos y meta su mano por nosotros.

*Mendigo* - ¡Pues vamos a gritar, sí señor!

*Todos* - ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

Nos sentamos entre los mendigos y el moreno empezó a contarles esta historia...

*Jesús* - Una noche, Dios estaba descansando allá arriba, en su casa del cielo y Abraham pasó frente a su puerta.

*Dios* - ¡Ah, amigo Abraham, ven acá!

*Abraham* - A la orden, mi señor.

*Dios* - Abraham, ¿qué pasa en la tierra que oigo tanto ruido? ¿No lo oyes tú? Escucha bien...

*Mendigos* - ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

*Abraham* - Es como el rumor de muchos truenos que presagian tormenta. O como el rugido de un terremoto que se acerca.

*Dios* - Te equivocas, Abraham. No es nada de eso. Escucha bien...

*Mendigos* - ¡Aaah! ¡Aaah! ¡Aaah!

*Dios* - Son llantos y gritos de hombres y mujeres. Y de niños también. ¿No lo oyes? ¡Son mis hijos, Abraham! Algo grave les debe estar pasando. Vamos, baja inmediatamente a la tierra y averíguame lo que sucede. Te esperaré impaciente.

*Abraham* - A la orden, mi señor. Voy enseguida.

*Jesús* - Y el viejo Abraham se calzó las sandalias, tomó el bastón y se puso en camino tan rápido y obediente como aquella vez, cuando salió de Ur de Caldea, rumbo a una tierra desconocida. Y al poco rato, Abraham volvió sudando a la presencia de Dios.

*Dios* - ¿Ya has vuelto Abraham?

*Abraham* - Sí, mi señor. Estuve sólo unos segundos y casi se me revientan los oídos. El alarido de los hombres es como una caldera hirviente, como un volcán a punto de reventar. Los gritos se oyen desde las cuatro puntas de la tierra.

*Dios* - Pero, dime, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué gritan mis hijos y mis hijas?

*Abraham* - Tienen hambre. Por eso gritan.

*Dios* - ¿Hambre? No puede ser. Cuando yo creé la tierra, al principio de todo, planeé bien las cosas. ¿O qué te piensas tú? ¿Que soy un irresponsable? No, yo puse muchos árboles frutales, sembré muchas semillas que dan alimento abundante, eché a volar muchas aves en el cielo y eché a nadar muchos peces en los ríos y puse muchos animales de carne sabrosa en la tierra. Todo lo creé para alimento del hombre. Eso, sin contar las riquezas que escondí en las entrañas del mundo y de los mares. No pueden tener hambre. Hay comida suficiente para alimentar a todos los



hombres que crecen y se multiplican sobre la tierra. Todo estaba previsto, todo estaba bien hecho. ¿Por qué pasa esto ahora?

*Abraham* - Se te olvidó un detalle, Señor.

*Dios* - ¿Cuál, Abraham?

*Abraham* - Los mismos hombres. Resulta que ellos se han puesto a repartir la tierra, ¿comprendes?

*Dios* - Creo que sí. El que parte y bien reparte, se guarda la mejor parte, ¿no es eso?

*Abraham* - Exactamente. Eso es lo que ha hecho un grupito. Se han quedado con todo. Tienen toda la comida acaparada en sus graneros.

*Dios* - Y los demás, ¿qué hacen?

*Abraham* - Los demás son los que gritan sentados a la puerta de las casas de los ricos, esperando que arrojen por la ventana la basura, para recoger los desperdicios y comérselos. Tienen mucha hambre.

*Dios* - No puedo creer lo que me dices, amigo Abraham. ¿Eso hacen mis hijos en la tierra?

*Abraham* - Así mismito como lo oyes, Señor.

*Dios* - Cuando oigo estas cosas, Abraham, pierdo la paciencia. Me pongo tan furioso que siento ganas de llamar a todas las nubes del cielo, como ya hice una vez en tiempos de Noé, y darles orden de diluvio, que llueva sin parar hasta ahogar la tierra. Porque me avergüenzo de tener unos hijos así, que no tienen un corazón de carne, sino una piedra escondida en el pecho.

*Abraham* - ¿Y qué podemos hacer, mi Señor?

*Dios* - ¿Que qué podemos hacer? ¿Acaso no soy yo el juez del cielo y de la tierra? ¡Miguel, Rafael, Gabriel y Uriel, vengan ahora mismo!

*Jesús* - Y los cuatro arcángeles se presentaron en un pestañear de ojos...

*Dios* - Pongo juicio contra la tierra. Bajen ahora mismo y tráiganme a uno de esos que gritan de hambre para tomarle declaración. Tráiganme también a uno de ese grupito que está banqueteadose, de esos que tienen la tripa llena y los

graneros llenos también. Voy a interrogarlos a los dos. ¡Vayan de prisa!

*Jesús* - Y los cuatro arcángeles dieron media vuelta y bajaron ligeros a la tierra. Y se acercaron a donde estaba el griterío. Miguel y Rafael agarraron por los hombros a uno de aquellos que se morían de hambre. Gabriel y Uriel hicieron lo mismo con el rico que también se moría, pero de repletura. Y los dos fueron llevados ante el tribunal de Dios.(1)

*Dios* - Se abre la sesión. A ver, tú, el primero, ¿cómo te llamas?

*Lázaro* - Lázaro, Señor.

*Dios* - ¿Eres uno de los que estaban gritando allá abajo, ¿verdad?

*Lázaro* - Sí, Señor.

*Dios* - ¿Y se puede saber por qué tú y tus compañeros daban esos alaridos?

*Lázaro* - Porque nuestros hijos se mueren de hambre, porque nuestras mujeres tienen los pechos secos, sin una gota de leche para alimentarlos. Porque a nuestros hombres les tiemblan las rodillas después de siete días sin comer. Por eso gritamos. Gritamos día y noche hasta que se nos haga justicia. Mírame a mí, Señor, mírame cómo estoy... me puedes contar una a una las costillas. Se me forman llagas aquí y allá donde los huesos no encuentran carne y revientan la piel estirada. Entonces vienen los perros a lamerme y yo los dejo porque la saliva del perro alivia la herida del hombre.

*Dios* - No digas más, hijo. Es suficiente. Tú, Abraham, ¿quieres hacer alguna pregunta?

*Abraham* - Dices que tienes hambre. Pero algunos opinan que eso te pasa porque no te gusta trabajar. Porque eres un haragán.

*Lázaro* - No, padre Abraham, no te creas ese cuento. Toda nuestra vida no ha sido más que sudor y trabajo, doblar el lomo como los animales. Pero son éstos, los ricos, los que se beben nuestro sudor y nos chupan la sangre. Nos exprimen como las uvas en el lagar. Nos estrujan como las aceitunas bajo la piedra del

molino. Son éstos los que tienen todo acaparado y ni las migajas de su mesa nos dejan comer.

*Jesús* - Dios tenía los ojos aguados oyendo la declaración del pobre Lázaro. Cuando acabó de hablar, Dios se levantó, avanzó unos pasos, y se encaró con el rico.

*Dios* - Y tú, ¿quién eres?

*Epulón* - Me llamo Epulón.

*Dios* - ¿Qué dices a esto que ha declarado mi hijo Lázaro?

*Epulón* - Bueno, francamente, yo no sabía nada de esto, yo no...

*Dios* - ¡Tú sí sabías! ¿O es que eres sordo? No, tú oyes perfectamente. ¿Por qué no escuchaste los gritos de todos los que estaban sentados frente a tu puerta, chillando de hambre, pidiendo que compartieras con ellos lo que a ti te sobraba? Los oí yo desde el cielo, ¿y no los ibas a oír tú que estabas junto a ellos?

*Epulón* - Señor, yo... ¿Sabes? En la fiesta había mucho ruido y... y no me dejaban oír.

*Dios* - ¡Mentiroso! Ahora sí que vas a oír. Abre las orejas porque voy a dar mi sentencia: se te acusa de asesinato, rico Epulón; se te acusa de haber matado de hambre a tus hermanos o de haberlos dejado morir, que viene siendo lo mismo.

*Epulón* - Pero, Señor, la finca era mía, el trigo era mío, los graneros eran míos, de mi propiedad. ¿Por qué tenía yo que dar de lo mío a éste del que no sabía ni el nombre?

*Dios* - ¡Mío, mío, mío! ¿Con qué derecho llamas tuyo a lo que no es tuyo? El mundo y todo lo que hay en él lo hice yo. Lo creé yo desde el principio. Es mío. Y yo se lo alquilo a quien quiero. ¿Quién eres tú? ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Desnudo saliste del vientre de tu madre y desnudo volverás al vientre de la tierra. Lo único tuyo es la ceniza, ésa es tu única propiedad.

*Epulón* - Ten piedad de mí, Señor, ten piedad

de mí.  
*Dios* - Tú nunca tuviste piedad de tus hermanos. Has querido quedarte solo, y te quedarás solo para siempre.(2)

*Epulón* - Pero...  
*Dios* - Ningún pero. Y tú, Lázaro, ven a descansar. Ya sufriste bastante.

*Lázaro* - No puedo, Señor. ¿Cómo voy a descansar sabiendo que mis compañeros siguen gritando allá abajo? ¿No los oyes?

*Dios* - Tienes razón, hijo. Mira, lo he pensado mejor. ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a bajar contigo a la tierra. ¡Abraham!

*Abraham* - A la orden, mi Señor.  
*Dios* - Abraham, préstame tus sandalias.  
*Abraham* - Sí, mi Señor.  
*Dios* - Tú te quedarás aquí arriba, Abraham. Aquí hay paz y gloria. Pero la tierra es un infierno por el egoísmo de unos contra otros. Yo hago más falta allá abajo, en medio del griterío de mis hijos y de mis hijas.

*Abraham* - Pero, Señor, ¿estás loco? ¿Cómo se va a quedar vacía tu casa del cielo?

*Dios* - No importa. Mi casa está abajo, con los que no tienen casa, con los miles de lázaros como éste que no tienen ni dónde reclinar la cabeza. Adiós, Abraham. Cuida de todo hasta mi vuelta. Vamos, Lázaro, de prisa. Vamos a comenzar un Reino de Justicia para los pobres del mundo. Yo estoy con ustedes desde hoy y para siempre, todos los días, hasta que las cosas cambien.

*Mendigo* - Pero las cosas no han cambiado, paisano. Nos cansamos de gritar y mira... la puerta del terrateniente sigue cerrada. Don Eliazín es tacaño y cruel como el rico de tu historia.

*Jesús* - Bah, de él y de la gente como él no hay mucho que esperar. Pero, miren, otras puertas se han abierto. ¡Eh, doña Ana, venga acá un momento!

*Vecina* - ¿Qué pasa? ¿Qué griterío se traen ustedes, eh? ¡Me tienen reventadas las orejas!

*Mendigo* - Tenemos hambre.  
*Vecina* - Bueno, la verdad es que yo tampoco tengo mucho, pero... ¡Vamos a ver si le echamos un poco más de agua a la sopa!

EL viejo Samuel también abrió su puerta. Y Juana, la mujer de Lolo. Y Débora. Y el jorobado Simeón. Las puertas de los pobres se abrían para recibir a otros más pobres que ellos. Sí, el Reino de Dios estaba cerca de nosotros.

Lucas 16,19-31

---

1. *En todas las culturas existen cuentos en los que se describe el cambio de suerte que experimentarán los seres humanos en el más allá, ante el **Tribunal de Dios**. Expresan la rebelión popular ante las injusticias de la historia. Basándose en narraciones de este tipo, Jesús contó la parábola del pobre Lázaro y el rico Epulón, donde Dios escucha las razones de ambos y toma partido por el pobre. Los nombres de los protagonistas son simbólicos: Lázaro significa "Dios ayuda" y Epulón significa "opulento".*

2. *La parábola de Lázaro y Epulón se ha utilizado comúnmente para hablar del **infierno** y de un Dios cruel que niega hasta una gota de agua al rico, casi arrepentido al ver los castigos que le esperan. Jesús no trató, ni en esta parábola ni nunca, de asustar a sus oyentes con las llamas del infierno ni jamás habló de un Dios vengativo. Lo que sí mostró es la radicalidad del juicio de Dios, que no se deja engañar por las excusas del rico.*

### 38- SUCEDIÓ EN NAÍM

En aquellos tiempos, fue grande la miseria en todo Israel. Como una mancha de aceite que se extiende, el hambre llegó a todas las ciudades de las orillas del lago y a todos los pueblos del campo, entró en las casas de los pobres y se quedó allí como amarga compañera de cada día y de cada noche.

*Noemí* - Toma, hijo. Confórmate con este pan y...

*Abel* - ¡Confórmate, confórmate! ¡Maldita sea, trabajar de sol a sol como un animal para esto, un pedazo de pan duro!

*Noemí* - Ay, hijo, ¿y qué hago yo si no hay más? Le debemos a todo el mundo, nadie quiere prestarnos un céntimo, yo no puedo.

*Abel* - No eres tú, mamá, no te lo digo a ti. Es que esto no hay quien lo aguante... Y mañana, vuelta a empezar, a seguir llenándole el granero a ese avaro de Eliazín, y volver aquí de noche a mascar un mendrugo. ¡Esto no es vida, maldita sea, esto no es vida!

*Noemí* - Abel, hijo, no maldigas así, que Dios nos puede castigar.

*Abel* - ¡Y encima eso! ¡Se pasa uno la vida reventado y atrás viene Dios a castigarnos! ¡Pues que nos castigue o que haga lo que le dé la gana, a mí qué me importa! ¡Al diablo con Dios y con Eliazín y con todos! ¡Ay! ¡Ay... este dolor!

*Noemí* - Hijo, hijo, ¿qué te pasa?

*Abel* - Nada... no es nada, mamá. Deja, me voy a acostar.

*Noemí* - ¿Te sientes mal, hijo?

*Abel* - Estoy cansado, como si me hubieran molido a palos... y un frío por todo el cuerpo...

*Noemí* - ¡Ay, Dios mío, Señor! ¿Cuándo te acordarás de nosotros, cuándo?

Al caer la tarde, Abel empeoró...

*Vecina* - Déjemelo ver, vecina. Ay, sí, este muchacho está ardiendo de fiebre... y tiene mala cara.

*Noemí* - ¡Ay, Dios santo! ¿Y qué hago yo? ¿Qué hago?

*Vecina* - No se desespere, vecina. Mire, ahora mismo voy y le preparo un cocimiento de limón agrio y ya usted verá cómo se mejora.

*Noemí* - ¿Usted cree, vecina?

*Vecina* - Ya verá que sí. Bueno, y si no, ¿qué le vamos a hacer? Usted no se angustie, Noemí, que lo que está para uno ni Dios lo quita ni el diablo lo pone.

Aquella noche vino el médico...

*Médico* - El muchacho está grave, mujer. Estas fiebres negras le han agarrotado todo el cuerpo.

*Noemí* - Hace dos días que no dice una palabra, doctor. Ya no sabe ni quién soy... ¡Ay, mi hijo, mi hijo!

*Médico* - No puedo hacer nada por él.

*Noemí* - ¿Y... se morirá?

*Médico* - Saber de la muerte es cosa de Dios y no de nosotros los médicos.

*Noemí* - Si se me muere, ¿qué voy a hacer yo? Él es lo único que tengo, lo único.

Lo único que tenía Noemí era aquel muchacho. Hacía varios años que su marido había muerto. Desde entonces, para criar a su hijo, Noemí había trabajado en el campo sacando fuerzas de donde podía. Sus manos estaban llenas de callos y su cara todavía joven, llena de arrugas. Aquel año, como en tantas otras casas de Israel, el hambre había llegado a casa de Noemí. Y con el hambre, la enfermedad. A la madrugada de aquel día, llegó la muerte.

*Noemí* - ¡Abel, hijo! ¡Abel!... ¡Abel!

*Vecina* - No lo llames, Noemí. El muchacho ha muerto.

*Noemí* - ¡No puede ser! ¡No puede ser!

*Vecina* - Resígnate, mujer: Dios te lo dio, Dios te lo quitó.

*Noemí* - ¡Pero yo lo necesitaba! Era lo único que tenía... Yo vivía para él! Ahora, ¿para qué quiero vivir ya, para qué?

*Vecina* - Confórmate, Noemí, ten paciencia.

Noemí cerró los ojos de su hijo Abel y, ayudada por sus vecinas, lavó su cuerpo y lo envolvió en un lienzo blanco y limpio. Al poco rato, aparecieron por allí las plañideras, aquellas mujeres que lloraban a nuestros difuntos y avisaban a todos con sus cantos tristes la llegada de la muerte. En todas las casas del pequeño pueblo de Naím, se oyeron sus gritos de dolor.(1) Y los amigos de Noemí fueron a consolarla y a preparar el entierro de su hijo.

*Vecina* - Ay, Noemí, pero si tu Abel estaba hasta hace una semana trabajando contigo en el campo... ¡Así, tan de repente!

*Noemí* - Fueron las fiebres negras. Hace cuatro días cayó en cama y ya no se levantó más. ¡Ay, ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Noemí se revolvía los cabellos y se arañaba la cara, llorando sin consuelo. Junto al muerto, las plañideras

hacían lo mismo.(2) Algunos hombres tocaban con sus flautas viejas la música triste de los velorios. Mientras tanto, otros preparaban la camilla donde iban a colocar al muchacho para llevarlo a enterrar.

*Vecina* - Es el destino, Noemí. El destino de cada uno está escrito en el libro del cielo. Por más que llores, tus lágrimas no lo podrán borrar. Confórmate.

*Noemí* - ¡Me quedo sola! ¡Me he quedado sola! ¡No tengo marido que me dé otros hijos! ¡Ni tengo otros hijos que me den nietos! ¿Para qué me sirven mi vientre y mis pechos y mis manos? ¡Para nada!

*Vecina* - Resígnate, mujer, es el destino.

*Noemí* - ¿Por qué? ¿Por qué a mi? ¡Era lo único que yo tenía!

*Vecina* - Las fiebres negras son malas fiebres.

*Noemí* - Pero él era muy joven. ¡No tenía que morir! ¡No tenía que haber muerto!

*Vecina* - Confórmate, mujer, confórmate...

Por aquellos días de hambre, Pedro y yo fuimos con Jesús hasta Nazaret. Jesús quería llevarle a María, su madre, un poco de dinero y ver cómo estaba. Antes de regresar a Cafarnaum, pasamos por Naím. Allí vivía un primo de Jesús, y María nos había dado un encargo para él. Naím es un pueblo pequeño, pegado a las faldas del monte Gabial y custodiado muy de cerca por la altura del Tabor. Cuando nos acercábamos a Naím, oímos a lo lejos la música triste de las flautas y los lamentos de las mujeres.

*Pedro* - ¡Maldición! Ya es el tercer muerto que nos encontramos por estos caminos. Desde que salimos de Cafarnaum, no hacemos otra cosa que toparnos con entierros.

*Juan* - Habrán sido otra vez esas fiebres negras. Debe ser una epidemia.

*Jesús* - ¡Qué epidemia! Es el hambre, Juan, el hambre. Los pobres nos estamos muriendo de hambre. No ha habido cosecha, los precios han subido, los impuestos también. ¿Cómo no se va a morir la gente? ¡Y a eso lo llamamos fiebres negras!

Por el camino que sale del pueblo, el entierro se acercaba a nosotros. Delante de todos, las plañideras, vestidas de saco, se golpeaban con fuerza el pecho desnudo y se tiraban de los pelos mientras gritaban angustiosamente. Detrás, sostenido en una camilla por cuatro hombres, venía el muerto. Iba envuelto en un lienzo blanco. Entonces, lo vimos. Era un muchacho joven. No había aún barba en su rostro. Al lado, la que debía ser su madre, con la cara



llena de arañazos, lloraba y se rasgaba los vestidos levantando sus brazos al cielo. La acompañaban muchos hombres y mujeres del pueblo. Cuando el cortejo pasó cerca de nosotros, nos unimos a él.

*Vecina* - ¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Noemí! ¡Pobre Noemí!  
*Juan* - ¿Quién es el muerto, mujer?  
*Vecino* - Abel, el hijo de Noemí. Su madre es viuda desde hace seis años. Este era el único hijo que tenía. ¡Qué desgracia! ¡Morir tan joven!  
*Jesús* - Este muchacho no tenía que morir.  
*Vecina* - ¡Claro que tenía que morir! Fueron las fiebres negras. Esa enfermedad no perdona. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Señor!

El cortejo iba por el camino estrecho y polvoriento que bordea la colina de Naím y sale al fondo, donde quedaba el pequeño cementerio.

*Vecina* - ¡Murió esta mañana, cuando salía el sol!  
*Jesús* - No murió, mujer. No digas que murió. Di mejor que lo mataron. ¡Sí, sí, a este muchacho lo han matado los que subieron los precios del poco trigo que nos dejaron las lluvias! ¡Lo han matado los que siguen enriqueciéndose mientras los hijos de Israel se mueren de hambre!

Los que iban al final del cortejo, se volvieron a mirar a Jesús, que había dicho aquellas palabras alzando su voz por encima de los lamentos y de las flautas. Al momento, el revuelo se fue extendiendo entre aquella caravana y los que llevaban al muerto se detuvieron también. Todos nos miraban.

*Vecino* - Pero, ¿qué están gritando esos forasteros ahí atrás? ¡Más respeto, caramba!  
*Vecina* - Este hombre dice que a Abel lo han matado, que no han sido las fiebres negras ni ninguna otra fiebre, sino que se murió de hambre.  
*Comadre* - ¿Y ya qué importa? El muerto, muerto está.  
*Noemí* - ¡Mi hijo! ¡Ay, mi hijo!  
*Vecino* - ¡Sigán adelante! ¡Basta de palabrerías! ¡A ver! ¡Sigán tocando las flautas!  
*Noemí* - Dios mío, ¿por qué me lo quitaste, por qué?

Jesús, sin decir una palabra más, empezó a abrirse paso entre los tañedores de flauta y los campesinos de Naím. Pedro y yo lo seguimos. Cuando llegamos junto a la madre del muchacho, Jesús se detuvo y empezó a rezar en voz baja la plegaria por los muertos de Israel. A su lado, las plañideras seguían llorando, cumpliendo con su oficio.

*Noemí* - ¡Mi hijo! ¡Se me ha muerto mi hijo! ¡Y era lo único que tenía!

*Vecina* - Y ustedes, ¿qué pasa con ustedes que vienen a estorbar el entierro?

Jesús se acercó a la madre del muchacho...

*Jesús* - Vamos, mujer, no llores más.

Los ojos de Noemí, arrasados de lágrimas, dejaron de mirar al cielo cerrado y oscuro y se volvieron hacia Jesús.

*Noemí* - ¡He perdido todo lo que tenía! ¡Todo!

*Vecina* - Vamos, Noemí, confórmate.

*Noemí* - ¡No quiero que haya muerto! ¡No quiero, no quiero!

*Jesús* - Dios tampoco quiere que tu hijo haya muerto. Dios tampoco se conforma.

*Juan* - Vamos, Jesús, vámonos de aquí ya. No podemos hacer nada.

*Jesús* - No, Juan, déjame verlo...

Entonces Jesús se acercó a la camilla donde llevaban al muchacho muerto y se quedó mirándolo. También él tenía lágrimas en los ojos. Las plañideras rodearon el cadáver, con sus pelos revueltos y sus gritos de dolor. No dejaban de lamentarse.

*Jesús* - ¿Cómo se llamaba tu hijo?

*Noemí* - Abel, se llamaba Abel...

*Jesús* - Claro, Abel... La historia sigue repitiéndose. Abel... ¿Dónde están los caínes que te mataron? ¿Hasta cuándo, Dios de Israel? ¿Hasta cuándo estarás sordo al grito de tantos hijos y de tantas hijas tuyas que se mueren de hambre? ¿Hasta cuándo nuestras madres llorarán a sus hijos que mueren antes de tiempo? La sangre de este Abel clama a Dios desde la tierra. Este muchacho no tenía que morir, no puede morir. ¡Abel, levántate, Abel!

Jesús se inclinó sobre el muchacho muerto, lo tomó por un brazo y lo incorporó. Y Abel abrió los ojos, unos ojos muy grandes y asustados, como si se despertara de una larga pesadilla.

*Noemí* - ¡Hijo, hijo mío!

Al ver aquello, los hombres que llevaban la camilla la dejaron caer en el suelo y echaron a correr enloquecidos.

Detrás de ellos, corrieron también las plañideras y los tocadores de flauta y los vecinos de Naím. Corrían y gritaban espantados. Pedro estaba blanco como el polvo del camino y a mí me temblaban las piernas. Con nosotros sólo quedó la madre que miraba a su hijo con los ojos todavía llenos de lágrimas, sin atreverse a tocarlo.

Noemí - ¡Abel, Abel, hijo mío!

Jesús parecía cansado, como el que acaba de pelear una dura batalla. En toda Galilea se supo muy pronto lo que había pasado en Naím. Y la gente decía: "Tenemos un profeta entre nosotros. Dios ha venido a ayudar a su pueblo".

Lucas 7,11-17

---

1. **Naím** es una pequeña ciudad situada a 15 kilómetros de Nazaret, en las faldas del monte Gabial y custodiada de cerca por la altura del monte Tabor. Su nombre significa "Bonita". Actualmente, una pequeña iglesia franciscana recuerda el paso de Jesús por esta aldea.

2. No sólo lloraban al difunto sus vecinos y parientes. También acudían las **plañideras**, que tenían por profesión llorar a los muertos e incluso recibían dinero por hacerlo. Los israelitas expresaban su dolor ante la muerte con distintos gestos: se rasgaban los vestidos, se dejaban sueltos los cabellos, se daban golpes de pecho, se echaban ceniza en la cabeza. Desde que se tenía noticia de la muerte de alguien hasta el entierro del cadáver, que solía hacerse ocho horas después del fallecimiento, se lloraba al muerto con un llanto ritual, a menudo escandaloso. El velorio y el entierro lo acompañaban generalmente tañedores de flauta. Los familiares varones cargaban el cadáver en un féretro o en parihuelas, precedidos por las mujeres. Las plañideras lloraban, gritando o cantando las lamentaciones, que casi siempre comenzaban con un "ay". Aún después del entierro, estos lamentos se repetían a lo largo de siete días, tiempo que duraba el duelo en Israel.

### 39- UNA TORMENTA EN EL LAGO

- Jesús* - ¡Y entonces llegó el samaritano con su camello!
- Zebedeo* - Bueno, bueno, muchachos, ya está bien por hoy, ¿no? Se acabaron los cuentos y las historias, que mañana hay que madrugar. ¡Vamos! A dormir todo el mundo.
- Juan* - Ah, viejo, no seas pesado. Acuéstate tú, si quieres, y déjanos tranquilos. ¿Y qué le pasó entonces al samaritano, Jesús?
- Jesús* - Bueno, pues resulta que el hombre va y...
- Zebedeo* - Pero, ¿están sordos? ¡Dije que a la cama! Claro, se acuestan tarde y después se duermen en las barcas. Y tú, el de Nazaret, guárdate la lengua para otro rato.
- Juan* - Pero, deja que acabe ésta, viejo. La tiene por la mitad. Y dime, ¿qué le pasó al samaritano?
- Zebedeo* - No, no, no. Si quieres acabar la historia, madruga tú también y ven a pescar con nosotros y en la barca haces todos los cuentos que quieras. Pero, por hoy se acabó la cháchara.

Unas veces en casa de Pedro y Rufina, otras donde mi padre, el viejo Zebedeo, nos reuníamos con Jesús a jugar dados, a contar cuentos, a reírnos con cuatro chistes repetidos. A olvidarnos del cansancio de la jornada. Y nos daban las tantas de la noche sin enterarnos.

- Pedro* - Sí, hombre, Jesús, ven mañana a pescar con nosotros. Desde que llegaste a Cafarnaum no has metido ni el dedo gordo en el agua del lago.
- Jesús* - ¿A pescar yo? Qué va, eso es cosa de ustedes, los de la costa. Yo no sé nada de eso.
- Zebedeo* - Pues aprende, caramba. Aprender no ocupa lugar, así decía mi difunto padre.
- Salomé* - Así decía, pero él nunca aprendió nada. ¡Era más bruto que un burro de carga!
- Jesús* - No, no, Pedro, déjame a mí con mis ladrillos y mis herramientas. Los de tierra adentro no somos muy amigos del agua.
- Juan* - Vamos, moreno, ánimo, alguna vez tiene que ser la primera.
- Pedro* - Y mañana será un buen día de pesca, sí señor.
- Santiago* - No sé, Pedro. Dicen que el Gran Cofre retumba...
- Salomé* - Pues no se vayan muy lejos entonces. Hoy el sol estaba rojo como un tomate. Es mala señal.
- Pedro* - Pero, ¿qué están diciendo ustedes? ¡Si el lago está más quieto que la quijada de un pobre!
- Santiago* - Este lago es traicionero, Pedro. Todo está muy

tranquilo y el viento del Carmelo cae como un puñetazo sobre el agua.

*Pedro* - No seas agorero, Santiago. Te digo que el tiempo está bueno.

*Santiago* - ¡Sí, agorero le decían al cojo Filemón y mira dónde está, en el fondo del lago!

*Pedro* - ¡Al diablo contigo, pelirrojo! ¡Hoy ha hecho buen tiempo y mañana será mejor!

*Santiago* - ¡Te digo que puede haber tormenta! ¡El Gran Cofre retumba!

*Zebedeo* - ¡Ya basta, caramba! Cuando no son las historias son las peleas. ¡A acostarse todo el mundo! ¡Mañana saldremos bien temprano para que rinda el día!

El Gran Cofre era el nombre de unas rocas situadas entre Betsaida y Cafarnaum. Los marineros viejos decían que allí se oían retumbar las olas del Mar Grande cuando una tempestad se acercaba.

*Zebedeo* - ¡Epa, remolones, levántense! ¿No lo dije yo? ¡Pónganse ahora a contar historias! ¡Arriba todo el mundo!

Eran como las cuatro de la madrugada cuando ya mi padre Zebedeo estaba despertándonos a todos.

*Zebedeo* - Eh, tú, el de Nazaret, ¿no dijiste que venías también? ¡Pues date prisa! Vamos, límpiate las legañas y espábilate, vamos...

Nos tomamos un caldo de raíces que Salomé había preparado y echamos a andar, como todos los días, hacia el embarcadero.

*Zebedeo* - ¡A las barcas, muchachos, que hay buen tiempo y tenemos que aprovechar la mañana! ¡Hoy será un día de suerte!

Y salimos en dos barcas, con las redes grandes, lago adentro. En la primera barca íbamos Pedro, Santiago, mi padre, Zebedeo, Jesús y yo. En la otra, Andrés con los mellizos y el viejo Jonás. Todavía estaban encendidas las últimas estrellas. Poco a poco, al compás de los remos, nos fuimos alejando de la costa. El viento apenas soplaba y la vela colgaba junto al mástil.

*Zebedeo* - Oye, Juan, ¿y qué le pasa a ése? Mírale qué cara tiene...

*Juan* - Está más blanco que la leche.

*Pedro* - Los del campo no tienen costumbre. Se marean con el triquitraque del agua.

*Santiago* - ¡O con el triquitraque del miedo!

*Juan* - ¡Eh, tú, moreno, échate ahí, a ver si se te pasa el susto!

*Santiago* - Con una buena vomitera se le pasará. Déjalo quieto.

*Zebedeo* - ¡La red, muchachos, la red! ¡Por acá hay un banco de dorados, me lo dice mi nariz! Asegura bien las boyas, Pedro. ¡Tú, Santiago, afloja un poco! ¡Eh, ustedes, los de la otra barca, vamos a echar la red!

Mientras nosotros preparábamos la red grande, Jesús se arrimó a la borda y se agarró con las dos manos. Estaba muy mareado. Luego, se tiró en el cabezal de popa y se hizo un ovillo sobre él. Al poco rato, se durmió.

*Santiago* - ¡Uff! No me gusta ni un pelo este viento. Está soplando recio.

*Juan* - Sí, se ha levantado de repente.

*Zebedeo* - ¡Vamos, muchachos, recojan un poco más la vela si no quieren que el viento nos arrastre como al profeta Habacuc! ¡Tú, Pedro, no sueltes la red que viene cargada de agujetas! ¡Hala duro!

*Santiago* - ¡Por las pezuñas de Satanás, este viento sopla cada vez más fuerte! ¡Viene tormenta!

*Zebedeo* - ¡Maldita sea, saca ya los remos y volvamos a la costa! ¡Estas olas nos van a tragar!

*Pedro* - ¡Eh, ustedes, los de la otra barca! ¡Jonás! ¡Recojan la red y vámonos! ¡Viene tormenta!

*Jonás* - ¡Está bien! ¡Nosotros vamos delante! ¡Buena suerte!

*Zebedeo* - Caracoles, pero ése todavía está durmiendo? Míralo ahí acurrucado como un sapo!

*Juan* - ¡Jesús, moreno, despiértate! Tenemos tormenta.(1) ¡Y de las malas! Que te despiertes... Este tipo no se mueve. ¡A lo mejor se ha muerto!

*Pedro* - ¡Muerto de espanto es lo que está! ¡Pobre hombre, para ser la primera vez que viene a pescar!

*Jesús* - ¿Para qué me habré metido yo en esto, eh?

*Zebedeo* - Ya resucitó nuestro hombre. ¿Qué está diciendo?

*Juan* - ¿Qué dices, moreno?

*Jesús* - ¡Que para qué me habré metido yo en esto!

*Pedro* - ¿Qué te pasa, Jesús? ¿Tienes miedo?

*Jesús* - Pues, claro, ¿y qué voy a tener?

*Zebedeo* - ¡Ponte a contar ahora la historia de anoche, anda!

*Santiago* - ¡Maldición, estas olas nos van a partir la vela!

EL mástil crujió de pronto con un estruendo terrible. Una

ola enorme nos levantó en el aire y nos dejó caer con toda su fuerza. Después, una columna de agua nos empapó hasta los huesos. Pedro y yo fuimos rápido a amarrar la vela, pero se nos escapaba de las manos, hecha jirones. EL viento soplaba de frente y zarandeaba nuestra barca cada vez con más violencia.

*Santiago* - ¡Te lo dije, Pedro, te dije que no saliéramos hoy, que el Gran Cofre retumbaba!

*Pedro* - ¡Al cuerno, Santiago! ¿Y qué iba a saber yo?

*Santiago* - ¡Es que tienes la cabeza más dura que un yunque! Te lo advertí: ¡no te separes de la costa! ¡Pero eres tan estúpido que has metido más gente que nunca en la barca! ¡Nos vamos a hundir con tanto peso!

*Juan* - ¡Pues tírate tú al agua para aligerar!

*Santiago* - ¡No te apures mucho, que dentro de un rato le haremos compañía al cojo Filemón, allá en el fondo! Y tú tendrás la culpa, ¿me oyes?

*Pedro* - ¡Escúchame, pedazo de animal: nadie podía imaginar esto!

*Santiago* - ¿Ah, no, verdad? ¿Y no se puso ayer el sol rojo, más rojo que mis pelos?

*Pedro* - ¿Y por qué viniste tú entonces, buen imbécil? ¡Te hubieras quedado!

*Santiago* - ¿Con que el imbécil soy yo, verdad? ¡Te mereces que te parta el hocico de un puñetazo!

*Pedro* - ¡Atrévete, zampaboñigas, atrévete y vas a saber quién soy yo!

*Santiago* - ¡Te dije que el Gran Cofre retumbaba!

*Pedro* - ¡Y yo me limpio el trasero con el Gran Cofre!

*Jesús* - ¡¡Basta ya, Santiago!!... ¡Cállate ya, Pedro! Al diablo con ustedes, ¿por qué en vez de pelearse no se ponen a hacer algo? Estamos ahogándonos todos y ustedes perdiendo el tiempo en discutir y ver quién tiene la razón.

*Zebedeo* - ¡Bien dicho, Jesús! ¡A éstos se les va la fuerza por la boca! ¡Yo no sé qué es peor: si aguantar la tormenta o aguantar a estos charlatanes! Ea, muchachos, vamos a torcer hacia allá, a estribor. ¡Epa, remando todos juntos con fuerza, a ver si salvamos el pellejo! ¡Cada uno a su remo y todos a la vez! ¡Duro, muchachos, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡A Dios rogando y con el remo dando, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Aprieten, aprieten, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Como si fuera el cogote de Belcebú, vamos

yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡No aflojen, caramba, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Todos a una, a estrujar la aceituna!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Todos a la vez, como pisa el ciempiés!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡No tengan miedo, muchachos, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Hombres de poca fe, vamos yaaa!

*Todos* - ¡Yaaa!

*Zebedeo* - ¡Arriba la fe y abajo los remos, vamos yaaa!

EL viejo Zebedeo nos marcaba el golpe de los remos. Y, poco a poco, uniendo todos los brazos, con las venas del cuello a punto de reventar, fuimos avanzando en medio de aquel mar negro y revuelto. A Jesús, como no sabía remar, le dimos un balde para que achicara el agua que entraba en la barca.

Después de mucho batallar con las olas, cuando la tormenta había amainado, vimos las rocas negras de la costa. Despacio, tanteando el fondo con un remo, fuimos acercándonos al pedregal que formaba una brecha entre los acantilados. No lejos de allí se divisaba una pequeña ciudad.

*Pedro* - Pero, ¡miren a dónde hemos salido! ¡Si estamos en la otra orilla del lago! Esto es Gerasa.

*Santiago* - ¿Gerasa? ¡Que el diablo me agarre por los sobacos! ¡Esto es tierra de puercos!

*Zebedeo* - ¡Alégrate de estar pisando tierra firme, aunque sea la de los gerasenos! ¡A estas horas podrías tener la boca llena de cangrejos!

*Juan* - Es verdad, viejo. ¡Uff, vaya susto!

*Zebedeo* - Susto grande el que habrá pasado acá el de Nazaret.

*Pedro* - Cuando aquel golpe de viento nos reventó por el costado, a ti casi se te mojaron los calzones, ¿eh, Jesús?

*Jesús* - Bueno, la verdad es que... sin el casi. ¡Nunca en mi vida había pasado tanto miedo!

*Santiago* - ¡No te rías, Pedro, que tú también hueles a orines!

*Pedro* - Pues mira que, cuando el moreno nos gritó a ti y a mí, parecía el capitán del barco: ¡¡Basta ya, cállenseeee!! Yo creo que hasta el mar se asustó con aquel grito tuyo y se quedó más tranquilo.

*Zebedeo* - Vamos, muchachos, vamos a echarnos algo caliente en la tripa. ¡A ver si estos paganos son hospitalarios con unos náufragos de Cafarnaum!



Muchos años después, cuando recordábamos aquella tormenta en el lago, Pedro decía que no había sido así, que las olas fueron más grandes y se calmaron cuando Jesús gritó.(2) No sé, tuvimos tanto miedo que se me confunden las cosas en la memoria. Lo cierto es que el moreno nos parecía cada día más un tipo extraordinario. De él aprendimos aquel día a arrimar todos el hombro para vencer cualquier dificultad.

Mateo 8,23-27; Marcos 4,35-41; Lucas 8,22-25.

---

1. *La geografía del lago de Galilea, flanqueado al norte por el cauce del Jordán y por altas montañas, facilita la formación en sus aguas de aparatosas y sorprendidas **tormentas**, con vientos huracanados y olas de gran altura.*

2. *En los evangelios se narran seis milagros de Jesús "sobre la naturaleza". El signo que Jesús habría realizado en estas ocasiones, no fue la curación de una persona, sino una acción sobre los elementos físicos. En uno de estos relatos, Jesús **calma una tempestad** con sólo alzar la voz. En estos textos, los evangelistas elaboraron esquemas de catequesis para transmitir ideas teológicas. En el relato de la tempestad calmada, parten de la mentalidad israelita, que veía en el mar -el lago de Tiberíades se consideraba mar- el lugar donde estaban escondidos los espíritus malignos, los demonios, las fuerzas ocultas que representan un peligro para los seres humanos. El hecho de que Jesús calmara las olas era un signo del poder que Dios le había dado, una forma de proclamar que era el Mesías.*

#### 40- EN TIERRA DE GERASENOS

Después de la tormenta, desembarcamos en Gerasa, a la otra orilla del lago.(1) Nuestra barca, con la vela hecha jirones, quedó amarrada en una de las rocas negras y puntiagudas que se alzaban junto al acantilado. El viejo Zebedeo, Pedro y Jesús, mi hermano Santiago y yo echamos a andar por el pedregal de la costa hacia el pequeño poblado que se divisaba allá al fondo, a un par de millas de distancia.

*Zebedeo* - A esos paganos les debe gustar mucho la carne de puerco.(2) ¡Miren cuántos hay! Es una piara muy grande.

*Juan* - ¿Y quién será el tipo que viene corriendo hacia acá? Nos está haciendo señas.

*Andrónico* - ¡Eh, ustedes, los forasteros! ¿De dónde vienen?

*Pedro* - ¡De Cafarnaum amigo, de la otra punta del lago!

*Andrónico* - ¿De tan lejos? ¿Y han hecho el viaje con un tiempo tan malo?

*Zebedeo* - Bah, nos cogió la tormenta de sorpresa. ¡Salimos a pescar y casi nos pescan a nosotros!

*Juan* - ¡Por un pelo no estaríamos hablando contigo ahora!

*Andrónico* - No me extraña. Ya Trifón lo había anunciado.

*Pedro* - ¿Cómo dijiste? ¿Quién anunció qué?

*Andrónico* - Trifón salió ayer por la tarde dando gritos, anunciando por toda Gerasa que venía tormenta, que el sol se había puesto rojo como una bola de candela.

*Juan* - ¿Y quién diablos es ese tipo?

*Andrónico* - El consejero de Gerasa, el adivinador seguro, amigo de dioses y demonios: el brujo Trifón. Forasteros: ¿quieren hacerme caso? ¿Quieren un buen consejo?

*Zebedeo* - Bueno, el que oye consejos, muere de viejo, así dicen en mi tierra. Y tú, ¿qué nos recomiendas?

*Andrónico* - Si quieren atravesar de nuevo el lago, consulten primero con el poderoso Trifón. El les dirá si pueden o no pueden. El les descubrirá los misterios del mar y de la tierra y también los del cielo.

*Pedro* - Pues si sabe tanto, que nos diga dónde se puede comer una buena cabeza de cordero, ¡que ya tenemos telarañas aquí en la tripa!

*Andrónico* - Ríanse, ríanse ahora... Cuando estén delante de Trifón no tendrán ganas de reír. Vengan, forasteros, vengan conmigo.

*Jesús* - Oye, no nos has dicho aún cómo te llamas.

*Andrónico* - Me llamo Andrónico. Trabajo de porquero a las órdenes de don Esculapio. Todas estas piaras que ven son de él. Vamos, síganme.

Andrónico, el porquero, nos llevó a campo traviesa, rodeando la ciudad de los gerasenos. Atrás, junto a un frondoso encinar, estaba el cementerio del pueblo. Y al fondo del cementerio había una cueva abierta.

*Zebedeo* - ¿A dónde nos llevas tú, amigo? ¡Todavía no necesitamos pedir sitio en esta posada!

*Pedro* - Uff, pues al paso que vamos... Si no me echo algo caliente en la panza, aquí mismo me entierran.

*Trifón* - ¡Ahh... Ahh... Ahh!

*Juan* - Oye, tú, Andrónico, ¿quién es ése que grita?

*Andrónico* - Ahí es donde vamos, forasteros. En esa cueva es donde el gran Trifón se comunica con los vivos y con los muertos. ¡Ea, síganme!

Y seguimos al geraseno a través de las piedras y los sepulcros hasta llegar frente a la cueva maloliente. Al entrar, nos tapamos la nariz. Entonces vimos al famoso brujo: tenía un corpachón enorme y velludo, apenas cubierto por un trapo sucio en la cintura. Y una cadena le sujetaba los brazos y los pies. Era un loco.

*Andrónico* - ¡Trifón!... ¡Kumi kerti!

*Trifón* - ¡Ah, ah, ahhh!

*Juan* - ¿Qué le estará diciendo, Pedro?

*Pedro* - ¿Y qué sé yo, Juan? La jerigonza de los gerasenos no la entiende ni el diablo. Oye, tú, Andrónico, ¿qué tenemos que hacer nosotros, eh?

*Andrónico* - Estarse quietos. El brujo Trifón está invocando ahora a los espíritus de los sepulcros.

*Trifón* - ¡Ah, ah, ahhh!

*Andrónico* - El brujo Trifón dice: ¿qué quieren saber ustedes?

*Jesús* - Nada. Dile que vinimos a saludarle y...

*Zebedeo* - Y que ya nos vamos antes que este loco nos suelte un cadenazo.

Andrónico tomó un palo y le hizo una señal a Trifón. Entonces, el brujo se acercó a nosotros, con los dos puños en alto, como si fueran dos martillos.

*Trifón* - ¡Ah, ah, ahhh!

*Andrónico* - Dicen los espíritus: Pregunten y tendrán respuesta.

*Juan* - Vamos, Pedro, pregúntale algo...

*Pedro* - ¿Y qué le voy a preguntar yo, Juan?

*Juan* - No sé, pregúntale quién va a ganar mañana en los dados o si vas a tener buena suerte este año. Que te lea la mano.

*Pedro* - Humm... Yo creo que éste no lee la mano ni los pies.  
*Andrónico* - Decídanse. Los muertos no pueden esperar por los vivos.  
*Juan* - Y a ti, Jesús, ¿no se te ocurre nada?  
*Jesús* - Bueno, sí... yo le voy a preguntar una cosa.  
*Andrónico* - Pregunta lo que quieras, forastero. Trifón tiene muchos poderes, una legión de poderes. Lo sabe todo. Lo descubre todo.  
*Jesús* - Oye, pues si sabe tanto, pregúntale esto de mi parte: ¿Qué puedo hacer con Clotilde? Cuando la tengo delante, me tiemblan las rodillas. Cuando estoy sobre ella, me mareo.  
*Andrónico* - ¡Marratina!

Cuando el loco Trifón oyó aquella orden del porquero, se agachó, tomó una piedra del suelo y comenzó a golpearse con ella. Después fueron los alaridos. De un zarpazo se arrancó los trapos y así, medio en cueros y sangrando, se revolcaba por el suelo de la cueva, enredado en sus mismas cadenas. Al cabo de un rato, Trifón se quedó quieto, como un animal herido.

*Trifón* - ¡Ah, ah, ahhh!  
*Andrónico* - ¡Shsss! Los muertos responden a tu pregunta, forastero: Esa mujer no te conviene. No podrás tener hijos con ella. Déjala y búscate otra.  
*Juan* - ¡Ja, ja, ja!  
*Andrónico* - Oye tú, imbécil, ¿de qué te ríes? ¿Que de qué te ríes, te digo?  
*Juan* - ¡Ja, ja, ja! Es que... es que Clotilde se llama la barca del viejo Zebedeo. ¡Es que este moreno le tiene miedo al agua y se marea cuando está sobre la barca! ¡Ja, ja, ja! ¡Esos difuntos tuyos están fallando!  
*Andrónico* - Si no tienen fe, lárquense y no me molesten. ¿A qué han venido? ¿A provocarme? No te metas conmigo si no quieres que yo me meta contigo, dice el poderoso Trifón.  
*Pedro* - Jesús, vámonos. Este hombre no adivina nada. Es un chiflado.  
*Jesús* - Sí, es lo mejor. Vámonos de aquí.  
*Andrónico* - Un momento, forasteros. EL brujo Trifón no trabaja de balde. Un denario por cada consulta.  
*Zebedeo* - ¿Un qué? Amigo, el naufragio nos limpió los bolsillos, No tenemos ni un cobre. A mal árbol te fuiste a arrimar.  
*Andrónico* - Tienen que pagar. Si no pagan, la maldición de los muertos caerá sobre ustedes antes de la noche.  
*Jesús* - Oye, tú, Andrónico, ¿para quién me dijiste

antes que trabajabas?

*Andrónico* - Para don Esculapio. EL propietario más rico de Gerasa. Tiene el comercio de la púrpura con Damasco. Tiene piaras enormes de cerdos. Tiene vacas y asnos y camellos.

*Jesús* - Ya entiendo. Y tiene también a este infeliz trabajando para él, ¿no? Y a ti, administrándole el negocio, ¿verdad?

*Andrónico* - ¿Qué quieres decir con eso?

*Jesús* - Digo que el tal don Esculapio y tú están sacando una buena tajada con los gritos de este pobre hombre.

*Andrónico* - Yo no sé nada de eso. Paguen su denario y lárguense de aquí.

*Jesús* - No, amigo, ahora no nos vamos. Ven, quiero hacerle una segunda consulta al "gran Trifón".

*Andrónico* - Ahora no puede responder. Está descansando.

*Jesús* - Sí, sí puede, claro que puede. ¡Trifón, hermano, escúchame! ¡Están abusando de ti!

*Trifón* - ¡Ah, ah, ahhh!

*Andrónico* - ¡Marratina!

*Pedro* - El otro con el a-a-á y éste con la marratina...

*Andrónico* - ¡Marratina!

Cuando el porquero dio nuevamente la orden, el loco Trifón se abalanzó sobre Jesús. Pero al llegar frente a él, se le doblaron las rodillas y se desplomó en el suelo. De su boca salía a borbotones una saliva espesa y blanca. EL ataque le duró unos minutos. Después Jesús se agachó sobre aquel desgraciado y le dijo algo al oído.

*Jesús* - Trifón, hermano, ya han abusado demasiado de ti. Utilizan tu enfermedad para sacar dinero a los infelices. Utilizan la ignorancia de los infelices para esclavizarte más a ti. No, Dios no quiere verte de esta manera. Vamos, Trifón, levántate. Santiago, Juan, ayúdenme a quitarle estas cadenas. Con alguna piedra afilada y un cuchillo, a lo mejor podemos abrirlas. ¡Y tú, Andrónico, sal de aquí, vete!

*Pedro* - ¡Pero, Jesús, estás más loco que él! Ese tipo es peligroso, te puede dar un mal golpe.

*Jesús* - No, ya verás que no. Ven, Trifón, acércate a esta piedra y quédate tranquilo. No te vamos a hacer daño.

*Trifón* - Ah, ah, ah...

Y Trifón se acercó a Jesús como un perro manso y se dejó cortar las cadenas. Ya era libre. Mientras tanto, Andrónico, el porquero, había ido corriendo a avisar a su patrón, don Esculapio. Y le contó lo que habían hecho los

forasteros de Cafarnaum. La noticia corrió como candela. Los gerasenos salieron de sus casas y fueron al cementerio, a ver lo que estaba pasando allá.

*Mujer* - ¿Y qué le preguntaste tú al brujo, dime?  
*Jesús* - Yo le pregunté: ¿A dónde van a parar los denarios de los tontos que vienen a consultarte?  
*Mujer* - ¿Y qué? ¿Qué te respondió Trifón?  
*Jesús* - Trifón se puso de pie y me dijo: ¡Al bolsillo de don Esculapio! Créanme, paisanos: ésa fue la única adivinanza que acertó este adivino. Con el dinero de ustedes se engordaban los puercos de Esculapio.

Mientras Jesús hablaba con los gerasenos, Trifón se quedó sentado sobre unas rocas, con la cabeza hundida entre las manos. Las mujeres le habían lavado las heridas y los moretones y le habían puesto una túnica vieja sobre los hombros. Ya íbamos a dar media vuelta para volver a la barca, cuando Trifón se levantó y miró a Jesús con una sonrisa de niño.

*Trifón* - Déjame ir contigo...  
*Jesús* - No, Trifón. Tu sitio está aquí. Cuanto te vean trabajando y viviendo como todo el mundo, la gente dirá: No hay brujos ni brujerías. Sólo Dios es poderoso. Anda, vete y cuéntale a tus vecinos lo bueno que ha sido Dios contigo.  
*Trifón* - ¡Sí, sí, se lo contaré a todos! ¡Sí, lo contaré!

Trifón se fue y comenzó a contar en todos los pueblos de la Decápolis lo que Jesús había hecho por él. Don Esculapio, al perder su negocio, le dijo a la gente que los forasteros de Cafarnaum le echaron mal de ojo a sus puercos y que una piara entera se había arrojado por el acantilado ahogándose en el lago. Desde entonces, corre esa leyenda en la tierra de los gerasenos.(3)

Mateo 8,28-34; Marcos 5,1-20; Lucas 8,26-39.

---

1. **Gerasa** era una ciudad situada en la orilla oriental del lago de Galilea. Formaba parte de la llamada Decápolis o Liga de las Diez Ciudades, un territorio de costumbres griegas, habitado casi completamente por extranjeros. Por esto, los israelitas la consideraban zona pagana, tierra de gentiles. Las actuales ruinas que se conservan son de

200-300 años después de Jesús.

2. El **cerdo** era para los israelitas un animal impuro. Comer su carne estaba estrictamente prohibido y hacerlo era expresión de renegar de la religión judía. El rechazo del cerdo hacía que se considerara un oficio degradante el apacentar piaras de puercos. En un lugar como Gerasa, territorio extranjero habitado por no judíos, no existían estos escrúpulos religiosos.

3. La narración de la curación del endemoniado de Gerasa es un caso típico de relato en el que se ha "adornado" la historia para hacerla más espectacular, más dramática. Con el correr del tiempo, los hechos que impresionan a la gente se van aumentando y exagerando cuando se vuelven a contar, haciéndolos cada vez más maravillosos. Seguramente detrás de los cientos de cerdos que se precipitaron en el mar llenos de demonios, tal como cuentan los evangelios, hay muchas **leyendas** populares que corrieron de boca en boca y que después los evangelistas, sin posibilidad de comprobarlas ni preocuparse mucho por ello, pusieron por escrito para sacar de ellas un mensaje religioso.

#### 41- ESTA ES UNA CASA DECENTE

- Salomé* - ¿Y qué? ¿Ustedes no van a ir?  
*Juan* - ¿A dónde, vieja?  
*Salomé* - ¿Cómo que a dónde? A la casa de Simón el fariseo. Hoy presenta a su hijo en la sinagoga y da una fiesta para celebrarlo.  
*Juan* - ¡Para fiestas estoy yo! ¡Y menos en casa de ese tipo!  
*Santiago* - Vamos, Juan, ámate. Donde Simón siempre hay buenos pasteles. ¿Y tú, Pedro? ¿Tampoco quieres venir?  
*Pedro* - ¿Y qué se me ha perdido a mí en casa de ese viejo roñoso?  
*Salomé* - Tú dirás que es un tacaño, Pedro, pero mira, ha invitado a toda la familia. Y como aquí en Cafarnaum, el que no es nieto es sobrino del viejo, imagínate, media ciudad irá hoy a comer allá.  
*Santiago* - Sí, hombre, vamos, no sean desabridos. Pedro, avísale a Rufina. Y tú, Andrés, no te quedes ahí como un espantapájaros. Jesús, ¿qué pasa contigo? ¿No vienes?  
*Jesús* - Yo iría, Santiago, pero ni soy nieto ni sobrino de ese tal Simón.  
*Santiago* - Bah, eso da lo mismo, moreno. Tú eres amigo nuestro y los amigos de la familia son familiares también. Te digo que la casa va a estar más llena de gente que un barril de aceitunas. ¡Ea, muchachos, a divertirnos!

El pelirrojo nos animó a todos. Y al poco rato, estábamos en la calle de los prestamistas, frente a la casa de Simón, el fariseo.(1) Mientras esperábamos a que abrieran la puerta, vimos allí, junto al muro, a dos mujeres que todos conocíamos.(2) Una de ellas, la más joven, empezó a hacerle señas a Jesús.

- María* - ¡Psst! ¡Eh, tú, el de Nazaret! ¡Psst! ¿Qué tal? Este es un amigo mío, Selenia, no te metas con él.  
*Selenia* - ¿Y quién es, tú?  
*María* - Bah, un chiflado.  
*Jesús* - ¡Caramba, María! Ya tenía ganas de saber de ti. ¿Cómo te va la vida?  
*María* - En el negocio, paisano. ¡Hay que aprovechar las oportunidades! ¿Verdad, Selenia?  
*Jesús* - ¡Y ustedes las aprovechan bien porque desde la otra calle vengo oliendo el perfume!  
*Selenia* - ¡Ay, sí, paisano, como nosotras trabajamos de noche, no nos ven, pero nos huelen!



*María* - Sí, riéte ahora, tonta, que después a lo mejor te tienes que pasar tres horas aquí, arrimada al muro. Y total, para nada.

*Selenia* - Bueno, no te quejes, que con este moreno ya tú resolviste la noche.

*María* - No metas el hocico, Selenia. Ya te dije que esto es otra cosa.

*Jesús* - Es que María y yo somos amigos, ¿sabes?

*Selenia* - Sí, ya lo estoy viendo. Lo que pasa es que María se echa encima mucho colorete y muchos potingues y me saca ventaja. Está bien, colega, me ganaste, me rindo.

María y Selenia llevaban colgado al cuello un frasco pequeño lleno de aceite de jazmín. Era el perfume que usaban siempre las prostitutas.

*Juan* - ¡Eh, tú, Jesús, ven, ya van a abrir la puerta!

*Jesús* - ¡Ya voy, Juan, espérate!

*María* - Tú siempre con esos tipos, vaya manía que tienes con ellos. ¡Vete, vete con tus amigos, que si no empujas, te dejan fuera!

*Jesús* - ¿Y qué? ¿Ustedes no entran?

*María* - ¿Nosotras? ¡Ja! ¿No te lo dije, Selenia? ¡Este tipo está tururú!

*Jesús* - No, María, te hablo en serio. ¿Por qué no entran con todos?

*María* - ¡Qué más quisiera una! ¡Al menos para comer pasteles! Pero nuestro sitio está aquí afuera. ¿Cómo vamos a entrar? Esta es una casa muy honrada y muy limpia, la casa del fariseo Simón... ¡Que el diablo se lo trague de un bocado, maldito viejo!

*Jesús* - ¿Por qué hablas mal de él? ¿Te ha hecho algo a ti?

*María* - A mí, no. Pero a todos los desgraciados que le deben dinero! ¡Así se ha hecho rico pronto: prestando diez y cobrando veinte, y agarrando por el gañote a los infelices que no pueden pagarle a tiempo!

*Juan* - ¡Eh, Jesús!, ¿qué pasa contigo? ¿No vienes?

*Jesús* - Oye, Juan, ¿y estas muchachas no pueden entrar también a la fiesta?

*Juan* - ¿Quiénes? ¿Estas dos mariposas?

*María* - Sí, hombre, cuélanos. Ya ves, el negocio está malo... ¡Y ahí dentro por lo menos nos zampamos algo caliente!

*Jesús* - ¿Qué te parece, Juan? ¿Las podremos pasar?

*Juan* - Sí, hombre, nadie se va a dar cuenta. Ea, vengan con nosotros y se disimulan en medio del grupo.

*María* - ¡Ay, caramba, esto sí que tiene gracia! ¡Bueno,

ya dicen que más vale llegar a tiempo que ser convidado! ¡Vamos, Selenia, movilízate!

*Selenia* - No, no, María. Yo mejor me quedo fuera por si cae algún cliente. Ve tú. Y cuando te aburras, sales y te cambias conmigo.

*María* - Bueno, colega, tú te lo pierdes. ¡Hasta pronto!

*Selenia* - Hasta pronto, ¡Y no te olvides de traerme un pastelito!

Nos juntamos con Pedro y los demás y ya estábamos cruzando la puerta de entrada cuando uno de los sirvientes con cara muy seria le cortó el paso a María, la magdalena.

*Sirviente* - Eh tú, buena zorra, ¿y por dónde te piensas colar, eh? Esta es una casa decente, ¿lo oyes? ¡Vete, vete, fuera!

*Jesús* - Oye, amigo, ¿esta mujer te ha molestado en algo a ti? No la molestes tú tampoco a ella.

*Sirviente* - Mira, nazareno... Claro, tú no eres de aquí y no sabes. Pero esta tipa que tienes al lado es una fulana. Entonces...

*Jesús* - Entonces, nosotros que estamos con ella seremos también unos fulanos. ¿Tienes algo más que decir?

*Sirviente* - ¡Al cuerno contigo, forastero! Está bien, entren con ella. Pero te lo advierto, descarada: no armes ningún lío. ¡Y ustedes, límpiense cuando salgan para que no apesten a jazmín!

*María* - Hijo de mala perra... ¡Puah! Esta es una casa decente... Sí, sí, ahora no se mancha los ojos mirándome. ¡Pero ve mañana a mi casa y será el primero aporreándome la puerta! ¡Asco de tipo!

*Jesús* - Déjalo, María. Si no quieres que se metan contigo, no te metas tú tampoco con ellos. ¡Ven, vamos dentro!

El patio de la casa era muy grande y cabía mucha gente en él. A los del barrio nos sentaron hacia el fondo, sobre esteras de paja, y nos dieron dátiles para entretener el estómago. Las mesas de delante, muy adornadas, y con la mejor comida, eran para los comerciantes y los parientes ricos de Simón, el fariseo. Uno de éstos se acercó a donde estábamos.

*Hombre* - ¡Vaya, María, buena pieza en el anzuelo! ¿Cómo conseguiste al de Nazaret?

*María* - ¡Condenado asqueroso! ¡Vete, vete de mi lado, que ahora no estoy trabajando!

*Hombre* - Está bien, muchacha, no te pongas así. Era una broma...

*María* - ¿No te lo dije, Jesús? Nuestro sitio es afuera.

*Jesús* - Tú te lo buscas, María. ¿Quién te manda a

echarte tanto perfume encima? ¡Ni con un cepillo de carpintero se te raspa! Anda, olvídate de eso y come algo.

Entonces llegó el cojo Benito, haciendo eses y con una jarra de vino a medio terminar.

*Benito* - ¡Pero mira la sirena que se asoma en esta playa! ¡Hip! ¡Mariíta de mi alma, tanto tiempo buscándote y al fin te encuentro! ¡Hip!

*María* - ¡Sigue tu ruta, viejo verde, y lárgate a dormir la mona!

*Benito* - No me trates así, preciosa. A mí me sobra vino... y a ti te sobra ropa! ¡Hip! ¿No es cierto, amigo? ¡Esta está mejor sin tanto traperío!

EL cojo Benito se lanzó sobre María. De un tirón, le rompió el vestido. Entonces Jesús empujó al borracho y éste resbaló y cayó de espaldas. Enseguida se armó el revuelo en aquel rincón del patio. Para colmo, el frasco de jazmín que María llevaba al cuello, rodó por el suelo, se hizo añicos y aquello comenzó a oler como una feria.

*Sirviente* - ¿Qué diablos pasa aquí? ¡Te lo avisé, ramera, que no quería líos!

*Jesús* - El lío lo han armado ustedes.

*Sirviente* - ¡Tú, forastero, cállate! ¡Y tú, maturranga, ahora vas a saber quién soy yo!

El sirviente levantó el cacharro que llevaba en las manos con un gesto de amenaza. María se agachó y se tiró a los pies de Jesús buscando protección.

*Sirviente* - ¡Quítate, que a ésta la voy a enseñar yo a respetar las casas decentes!

*Jesús* - ¡Santiago, Juan, ayúdenme!

Mi hermano y yo caímos sobre el sirviente, pero otros vecinos cayeron sobre nosotros...

*Un hombre* - ¡Toma, por entrometido!

La cosa se hubiera complicado, si en ese momento no llega a aparecer, alarmado por el alboroto, Simón el fariseo, el dueño de la casa.

*Simón* - ¿Pero, qué pasa aquí? ¿No podemos tener la fiesta en paz?

*Jesús* - Aquí no pasa nada. Conversando solamente.

*Simón* - ¿Conversando? Y ésa que está en el suelo, ¿está

conversando también?

*Sirviente* - Esa es una tipeja de la calle de los jazmines.

*Simón* - ¿Anjá? ¿Y qué hace una fulana aquí en mi casa?  
¿Quién la dejó entrar?

*Jesús* - Fui yo, Simón. Entró conmigo.

*Simón* - ¿Y quién eres tú para ensuciar mi casa?

*Sirviente* - Este es el forastero de Nazaret, seguramente ya habrá oído hablar de él. Tiene fama de profeta.

*Simón* - ¡Pues vaya profeta! Yo no sabía que los profetas de ahora se dejaban sobar por las rameras. ¡Vamos, vamos, saquen a esta fulana de mi casa! ¡Prefiero oler los orines de gato que los perfumes de pecadoras!

María continuaba en el suelo. Lloraba avergonzada a los pies de Jesús con todo el pelo revuelto.

*Simón* - ¡He dicho que saquen a esta fulana! ¡Mi casa es una casa decente!

*Jesús* - Simón, con tu permiso, ¿me dejas preguntarte una cosa?

*Simón* - ¿Qué quieres tú, forastero? Habla pronto. Este perfume me da náuseas.

*Jesús* - Oye esta historia, Simón: dos hombres le debían dinero a un prestamista. Uno le debía cincuenta denarios y el otro quinientos. Pero los dos perdieron la cosecha y ninguno tenía un céntimo para pagarle.

*Simón* - Y el prestamista los metió en la cárcel, como se merecían.

*Jesús* - No, al revés, sintió lástima y perdonó a los dos la deuda. Ahora, dime, Simón: ¿Cuál de los dos hombres tendrá más agradecimiento al prestamista?

*Simón* - ¡Vaya pregunta! El de los quinientos denarios. Le perdonó más, le agradece más. ¿Qué tiene que ver eso con esta fulana?

*Jesús* - Tiene mucho que ver. Pero no sé si tú lo entenderás. Porque tú nunca has perdonado a nadie ni nunca tampoco has necesitado perdón. Esta sí. Y por eso, sabe agradecer.

*Simón* - ¿Qué es lo que tiene que agradecer?

*Jesús* - A ti, desde luego, nada. Cuando entramos nosotros, los del barrio, nos pusiste aquí atrás, no viniste a saludarnos y ni siquiera nos diste agua para lavarnos las manos. A ti, nada. A Dios, sí. A Dios le tiene que dar las gracias, porque le ha perdonado toda la deuda que tenía con él.

Entonces Simón, el fariseo, apretó la empuñadura de su bastón y miró a Jesús con una mueca de desprecio...

*Simón* - ¡Charlatán! Saquen a esta fulana de aquí. Y al nazareno también. Y a todo el que apeste a jazmín. ¡Prefiero oler los orines de gato que el perfume de las pecadoras!

Jesús levantó del suelo a María y salió con ella a la calle. Nosotros también nos fuimos de allí. Y otros más del barrio. Yo creo que fue desde aquella fiesta en casa de Simón, cuando María, la de Magdala, empezó a cambiar.

Lucas 7,36-50

---

1. Los **fariseos** no eran solamente hombres de la clase alta. Abundaban entre la clase media y los había también entre las clases más sencillas. Con sus enseñanzas, los fariseos habían ganado muchos adeptos entre la población rural. Lo que los caracterizaba a todos era la soberbia con la que se creían la comunidad de los elegidos de Dios por cumplir escrupulosamente las leyes y las costumbres religiosas. Por eso despreciaban a los inmorales y los consideraban malditos de Dios. A lo largo de todo el evangelio Jesús les echó en cara su hipocresía.

2. Un viejo proverbio de los rabinos en tiempos de Jesús decía: "No debe hablarse mucho con una **mujer** en la calle". No sólo con una prostituta -que ya era el colmo-, sino con cualquier mujer. Jesús rompió en multitud de ocasiones las costumbres de su pueblo con respecto a la relación con las mujeres. Y dentro de esta libertad suya frente a las tradiciones, trató con especial preferencia a las "malas mujeres", con lo que escandalizó profundamente a las "buenas" mujeres y hombres de su tiempo.

## 42- EL CAPITÁN ROMANO

Cornelio era el capitán que mandaba la tropa romana en Cafarnaum.(1) Su casa, muy grande, estaba siempre vigilada por soldados. Allí iba a verlo con frecuencia Mateo, el publicano, que era amigo suyo.(2)

*Cornelio* - ¿Más vino, Mateo?

*Mateo* - Sí, un poquito más. Está muy bueno. ¿De Caná, verdad?

*Cornelio* - Sí, de Caná.

*Mateo* - Oye, pero tú no has bebido nada. ¿Qué te pasa hoy?

*Cornelio* - Estoy preocupado, Mateo.

*Mateo* - ¿Qué pasa? ¿Esos zelotes preparan alguna conspiración?

*Cornelio* - No, no es cosa política.

*Mateo* - ¿Qué te ocurre entonces? ¿Necesitas que te preste algún dinero? Si quieres...

*Cornelio* - No es eso, Mateo. Se trata de... de Marco.

*Mateo* - ¿Y quién es Marco?

*Cornelio* - Uno de mis criados. Lleva diez años conmigo.

*Mateo* - ¿Y qué le pasa? ¿Se quiere ir a servir a otro?

*Cornelio* - No, está enfermo. Desde hace unos días no se mueve ni come nada. Tiene unos dolores horribles. He mandado llamar a todos los médicos de Cafarnaum y dicen que es grave, que va a morir. No hago más que pensar en eso, Mateo.

*Mateo* - Por el trono del Altísimo, pero ¿cómo puedes preocuparte tanto por un criado, Cornelio? Ea, echa más vino, que tengo la jarra seca.

*Cornelio* - Lo quiero como a un hijo, ¿sabes? Confío en él más que en mi propia sombra. No quiero que Marco se muera.

*Mateo* - Pues, no sé... Si es mala la enfermedad esa que tiene... No sé... Oye... A lo mejor...

*Cornelio* - ¿A lo mejor qué?

*Mateo* - Nada, este vino me ha metido una idea en la cabeza. No sé, he oído decir que Jesús, el de Nazaret, bueno, tú lo conoces también. Dicen que es curandero. He oído decir que le limpió la carne a un leproso y que curó a un loco y dicen... Bueno, dicen también que allá en Naím hasta levantó a un muerto de la camilla cuando lo llevaban a enterrar. Esto yo creo que son cuentos de la gente. Pero parece que el nazareno ése tiene algo en las manos para curar. Hay campesinos que conocen mucho de hierbas...

*Cornelio* - ¿Y... y qué?

*Mateo* - Dile que venga a ver a tu criado. Con probar no pierdes nada. Eh, ¿qué te parece? ¡No me digas

que mi idea es mala, caramba!

*Cornelio* - También yo pensé en eso anoche, Mateo, pero...

*Mateo* - Pero, ¿qué?

*Cornelio* - Ese Jesús es un gran tipo, pero... ha hablado duro contra los romanos. Nosotros lo sabemos bien. Hay espías en todos los rincones. Y éstos con los que anda... Bueno, ya sabemos en lo que están.

*Mateo* - Son unos agitadores y Jesús tampoco se queda atrás. Pero eso es harina de otro costal. ¿No dices que te preocupa tanto ese criado? Pues dile que venga a verlo.

*Cornelio* - Y él... ¿él querrá venir, Mateo? Yo soy un soldado romano. Ustedes los judíos son muy fanáticos, no sé.

*Mateo* - ¡Bueno, si tú no te atreves a pedirle que venga por aquí, se lo pido yo, qué caramba! Él es amigo mío. Lo invité a comer en mi casa y allá fue. Yo creo que puede ayudarte, Cornelio.

*Cornelio* - Sí, Mateo. Yo también lo creo.

Al mediodía, cuando Mateo terminó de cobrar los impuestos a las caravanas del norte, se fue al barrio de los pescadores, junto al embarcadero, a buscar a Jesús en casa de mi padre, Zebedeo.

*Vecinos* - ¡Publicano del diablo! ¡Vete con los tuyos, asqueroso! ¡Traidor!

Como siempre, el alcohol que llevaba encima le hacía andar tambaleándose. Y como siempre también, la gente escupía a su paso y le insultaba. Pero el cosquilleo del vino le tapaba las orejas. Cuando Mateo llegó a nuestra casa, estábamos comiendo.

*Juan* - Eh, tú, asqueroso, ¿qué andas buscando por aquí?

*Mateo* - Busco al de Nazaret.

*Juan* - ¿Y para qué, si se puede saber?

*Mateo* - Eso es cosa mía. ¿Está ahí?

*Jesús* - Aquí estoy, Mateo. ¿Qué pasa?

Detrás de Jesús, salieron mis padres y Santiago y su mujer. En la estrecha calle empezó a arremolinarse la gente. Querían saber qué buscaba Mateo por el barrio. Mi padre, el Zebedeo, fue el primero en levantar la voz. Después, el griterío creció como la espuma.

*Zebedeo* - ¿Qué haces tú aquí, hijo de perra? ¡No te atrevas a poner un pie en mi casa!

*Santiago* - ¡Aquí no se te ha perdido nada, borracho! ¡Vete

a vomitar en otra esquina!

*Vecinos* - ¡Fuera, fuera!

*Mateo* - ¡Al infierno con todos ustedes! ¡He dicho que venía a buscarte, nazareno!

*Zebedeo* - Jesús, ¿qué tienes que ver tú con este tipo, eh?

*Jesús* - No sé lo que quiere, Zebedeo. Ustedes no lo han dejado hablar todavía. ¿Dices que venías a buscarme a mí, Mateo?

*Mateo* - ¡Sí, a ti! ¡Y éstos, que se vayan al cuerno todos juntos!

*Jesús* - Bueno, ¡basta ya! ¿Qué es lo que pasa, Mateo?

*Mateo* - Cornelio, el capitán romano, quiere que vayas a su casa.

*Jesús* - ¿Para qué quiere que vaya?

*Juan* - Esto es una encerrona, Jesús. No te fíes de este tipo.

*Mateo* - Tiene un criado enfermo. Quiere que vayas a verlo.

*Santiago* - ¡Al diablo con el capitán romano y con su criado y contigo!

*Mateo* - Sí, sí, mucho grito ahora, pelirrojo, pero cuando hubo que construir la sinagoga, bien que se acordaron del capitán ustedes todos los que están aquí para que les consiguiera el permiso pronto.

*Juan* - ¡Eso pasó hace mucho tiempo!

*Mateo* - Sí, y el año pasado, cuando lo de los presos... Entonces, a buscar al capitán para que les sacara las tortas de la candela, ¿eh?

*Zebedeo* - ¡Cállate ya, asqueroso! ¡No haces más que abrir la boca y ya estás lamiéndole las patas a los romanos! ¡Vete, vete de aquí antes que te retuerza el pescuezo como a las gallinas! ¡No quiero ni verte pasar frente a mi puerta! ¡Lárgate de aquí! ¡Puah!

Pero Mateo no se fue. Se limpió el salivazo con la manga de la túnica y miró a Jesús.

*Mateo* - Entonces, ¿qué? ¿Vienes o no vienes?

*Santiago* - ¡Pues claro que no va a ir!

*Jesús* - Oye, Santiago, yo tengo boca para contestar, ¿no? Sí, voy contigo, Mateo.

*Zebedeo* - ¡Jesús, si te atreves a poner un pie en casa de ese perro romano, no lo volverás a poner en mi casa! ¡No vuelves a entrar aquí! ¿Me oyes? ¿Me has oído bien?

*Jesús* - Con esos gritos, Zebedeo, tendría que estar muy sordo para no oírte. Vamos, Mateo.



Jesús y Mateo se abrieron paso entre la gente y se alejaron calle abajo. Mi padre, rojo de ira, golpeó con el puño cerrado la pared y entró en casa de nuevo. Detrás de él, entramos todos. Afuera, el barrio entero se quedó dando lengua a lo que había pasado. El chisme apenas tardó unos minutos en dar la vuelta al barrio de los pescadores.

La casa del capitán Cornelio estaba a las afueras de Cafarnaum, junto al cuartel. Jesús y Mateo, seguidos muy de cerca por un montón de curiosos, salieron de la ciudad y se encaminaron hacia allí.

*Mateo* - Detesto a tus amigos, nazareno.

*Jesús* - Y ellos te detestan a ti, Mateo. Odio saca odio. Así pasa siempre.

*Mateo* - Pues ya ves, eso que dices no vale con Cornelio. Esos amigos tuyos lo odian a él, pero él siempre que ha podido los ha ayudado.

Cuando ya estaban llegando a la casa del capitán, Cornelio salió al camino. La gente se apretujó junto a Jesús y Mateo procurando no perder ni una sola de las palabras que se iban a decir.

*Cornelio* - ¡Saludos, Jesús! Has conseguido que viniera, Mateo.

*Mateo* - Mi trabajo me ha costado, señor capitán. Ese viejo Zebedeo le ha echado siete maldiciones porque iba a venir a tu casa. Dice que no lo dejará entrar otra vez en la suya.

*Cornelio* - ¿Zebedeo ha dicho eso?

*Mateo* - Eso, más un escupitajo que me gané yo por tocar a la puerta.

*Cornelio* - ¿Y toda esta gente que viene con ustedes?

*Mateo* - Los mirones de siempre. Como aquí en Cafarnaum no hay teatro, tienen que entretenerse con algo.

*Cornelio* - Disculpa, Jesús, no pensé que esto te trajera tantas molestias.

*Jesús* - No te preocupes, Cornelio. Y menos por Zebedeo. Perro que ladra no muerde.

*Cornelio* - También dicen: más vale precaver que remediar. Mira, Jesús, no vale la pena que te busques ningún problema por entrar en mi casa. Yo no valgo tanto, como para eso. Ya ves, ni siquiera me atreví yo a ir a buscarte.

*Jesús* - Mateo me dijo que tenías un criado enfermo.

*Cornelio* - Sí, Marco. Tú has curado a muchos enfermos. Lo he oído decir. No puedo hacer ya nada por él. Está hirviendo de fiebre. Y pensé que...

*Mateo* - Cornelio quiere que tú lo cures. Digo, si puedes...

*Jesús* - Pero... me gustaría ir a verlo. Vamos.  
*Cornelio* - No, Jesús. Ya te he dicho que no quiero buscarte problemas. Mira, el Dios en quien tú crees, así dicen ustedes, los judíos, es el dueño de la vida y de la muerte. Si él da una orden a la enfermedad, Marco quedará sano.

*Jesús* - ¿Tú lo crees así, Cornelio?

*Cornelio* - Bueno, cuando a mí me dan una orden, yo tengo que obedecer. Y yo también, cuando digo a uno de mis soldados: ven acá, él viene. Y cuando digo que vaya, él va. ¿Tu Dios no es el jefe de todos nosotros? Entonces, no hace falta que entres. Da una orden en el nombre de ese Dios en quien tú crees y la enfermedad te obedecerá.

Cuando Jesús oyó lo que decía el capitán Cornelio, se quedó admirado y se volvió hacia la gente que le había seguido.

*Jesús* - ¡Caramba, este hombre que es extranjero tiene más fe en nuestro Dios que todos los que estamos aquí!(3)

*Mujer* - ¿Cómo dijiste, nazareno?

*Jesús* - Digo que un día muchos vendrán de fuera, como Cornelio, y se sentarán a comer en la misma mesa de nuestro padre Abraham.

*Hombre* - ¡Oye a éste ahora! ¡Cuánto te habrá pagado el capitán para que le echés esos piropos!

*Jesús* - Sí, de veras lo digo: entrarán ellos. Y muchos de los que están dentro y se creen muy seguros, se quedarán fuera.

*Mujer* - Pero, ¿qué está diciendo éste? ¡Habrás visto!

*Hombre* - ¡Te pasaste al otro bando, Jesús!

*Mateo* - ¡Al diablo con esta gente! Si no arman una algarabía no están conformes. ¡Váyanse de aquí, gritones y chismorreros, fuera de aquí todos!

*Mujer* - ¡Fuera tú, borracho vendepatrias!

*Jesús* - Déjalos, Mateo. Vámonos ya. Y tú, Cornelio, no te preocupes más por tu criado. Dios te dará lo que esperas de él.

*Cornelio* se volvió a su casa entre los silbidos y el griterío de la gente. Entonces, Jesús alzó la voz muy molesto.

*Jesús* - Ustedes tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen.

*Hombre* - ¿Qué diablos es lo que hay que ver? Que ese capitán es un perro romano. Y los romanos son nuestros enemigos. ¡Y el que alaba a los romanos es tan perro como ellos!

*Jesús* - Ustedes tienen ojos y no ven, tienen orejas y

no oyen.  
*Mujer* - ¡Y dale con lo mismo! ¡Tú eres el que estás ciego, nazareno, tú!  
*Hombre* - ¡Ciego no, vendido! ¡A ver, enseña el bolsillo, a ver cuánta plata te soltó el capitancito!  
*Mujer* - ¡Abajo Roma y abajo los traidores!

El alboroto duró un buen rato. Cuando la gente se cansó de gritar, regresó a Cafarnaum llevando el cuento de lo que allí había pasado. Jesús volvió más tarde, por otro camino, al barrio de los pescadores. Allá le estábamos esperando. Mientras tanto, en casa del capitán Cornelio, a Marco le había bajado la fiebre.

Mateo 8,5-13; Lucas 7,1-10; Juan 4,43-54.

---

1. *Por la importancia estratégica de Cafarnaum, había en la ciudad una guarnición romana con un centurión al frente. El centurión, equivalente a un **capitán** o comandante, era la autoridad militar que mandaba sobre la centuria, la unidad más pequeña de la infantería romana, compuesta por cien soldados. Seis centurias formaban una cohorte. Y diez cohortes formaban una legión. Los soldados romanos usaban cascos de bronce y cotas de malla y entre sus armas contaban con jabalina, espada y puñal. El escudo era curvo, de madera forrada de piel con refuerzos de metal.*

2. *Aunque **Mateo**, como cobrador de impuestos, no era funcionario del imperio romano, sino del rey Herodes - porque su puesto de aduanas estaba en Galilea, territorio bajo el control de Herodes- tendría muy buenas relaciones con los soldados romanos. Era el poder de Roma quien mantenía en su trono a Herodes.*

3. *El pueblo israelita ha sido y es un pueblo excesivamente nacionalista. Su convicción de ser el pueblo elegido por Dios está en la raíz de ese sentimiento, excluyente de los otros pueblos y discriminador de los **extranjeros**. En el tiempo de Jesús, era creencia bastante generalizada que cuando llegara el Mesías sería la hora del gran juicio de Dios a todas las naciones y entonces habría venganza contra ellas. Jesús rompió radicalmente con estas ideas y sustituyó el nacionalismo por el universalismo. Y aunque se relacionó sólo en ocasiones aisladas con extranjeros, los trató sin prejuicios, como un signo de que Dios no pertenece a ninguna raza ni a ninguna nación.*



#### 43- EL TRIGO Y LA MALA HIERBA

Aquella tarde, después de la pesca, nos reunimos todos en casa. La visita de Jesús a Cornelio, el capitán romano de Cafarnaum, nos había puesto a hervir la sangre. Durante un par de horas no habíamos hecho otra cosa que darle y darle a la lengua hablando sobre aquello. Mi padre, Zebedeo, era quien llevaba la voz cantante.

*Zebedeo* - Déjalo, déjalo que llegue, que me va a tener que oír, qué caray, porque le voy a decir las siete cosas que nadie le dijo, porque esta vergüenza no la aguanto yo, y no la aguanto porque no me da la gana, porque no estoy dispuesto a dar cobijo en mi casa a los que van a lamer las patas a los perros romanos, que son tan perros como ellos porque apoyan sus perrerías, ¡maldita sea!

*Juan* - Toma un poco de resuello, viejo. Vamos, cálmate.

Cuando ya era noche cerrada, Jesús se asomó a la puerta...

*Jesús* - Zebedeo... Zebedeo... ¿se puede pasar?

Nadie le contestó.

*Jesús* - Digo, si se puede entrar.

*Zebedeo* - ¡Al diablo contigo, nazareno!

*Jesús* - Como aquí se sabe todo, supongo que ya le habrán contado que no puse un pie en la casa del capitán. No llegué a entrar. "No he manchado mis sandalias pisando el patio de un romano"...

*Zebedeo* - Pero, ¿qué te has creído tú, moreno del diablo? ¿Que puedes ir y venir sin que nadie te pida cuentas? ¿Es que no sabes quién es ese Mateo, publicano chupatinta? ¿Y no sabes quién es Cornelio, ese capitancito, que Satanás se ocupe de él y de todos los suyos? Llevas seis meses viviendo en Cafarnaum, ¿y no conoces todavía a esas sabandijas, eh? Dime, respóndeme.

*Jesús* - Creo que las conozco mejor que usted, Zebedeo.

*Zebedeo* - Mejor que yo, ¿verdad? ¡Pues vete a dormir en su guarida y a roer huesos con los traidores del pueblo! ¡Yo no doy cobijo en mi casa a los camaleones como tú que cambian de color según el palo al que se arriman!

*Jesús* - Entonces... ¿no puedo entrar?

*Zebedeo* - Entra, condenado, entra. No te vas a quedar ahí como un mendigo. De todas formas, ya tengo reventadas las entrañas desde el mediodía cuando ese puerco de Mateo vino a buscarte.

Jesús entró en la casa y nos miró a todos. Después, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Nosotros esperábamos que nos diera una explicación. Pero él no dijo nada.

*Zebedeo* - Maldita sea, Jesús, ¿es que te has tragado la lengua?

*Santiago* - Jesús, ponte claro: estamos todos los días aquí discutiendo qué se puede hacer para quitarnos de encima a estos romanos, y tú vas nada menos que a casa del jefe de ellos, de ese Cornelio, ¡que un rayo lo parta por mitad!

*Juan* - Un día dices que los romanos nos tienen puesta la espada en el gañote y que las cosas tienen que cambiar, y hoy todo el barrio te ha visto junto a ese vendepatrias de Mateo yendo a visitar al romano... ¿Eh, qué pasa contigo?

*Zebedeo* - ¡Que el infierno te trague, Jesús! ¡A ti no hay quien te entienda!... Pero, bueno, ¿es que no vas a abrir la boca?

*Jesús* - Zebedeo, ese capitán Cornelio no es mal tipo. De veras.

*Santiago* - ¡No será un mal tipo, caramba, pero es un romano! ¡Y eso basta!

*Jesús* - Sí, es romano. ¿Y qué?

*Juan* - ¿Cómo que y qué? Los romanos son nuestros enemigos.

*Jesús* - Cornelio es romano. Nosotros somos judíos. Y los otros son griegos. ¿Y qué? De la fruta tú no te comes la cáscara, sino lo de adentro, ¿verdad? Este capitán tiene cáscara de romano. Pero hay buena fruta dentro de él.

*Santiago* - ¡Pues ten cuidado y no te atragantes con esa fruta!

*Zebedeo* - Pamplinas, Jesús, pamplinas. Me está pareciendo a mí que tú tienes demasiados pájaros en la mollera. ¡Si decimos que hay que acabar con los romanos, es que hay que acabar con ellos! ¡No le des más vueltas a esa hoja!

*Jesús* - Pues mire, viejo Zebedeo, a mí lo que me está pareciendo es que a usted le va a pasar como a Tito y a Abdón.

*Zebedeo* - ¿Qué Tito y qué Abdón? ¿Quiénes demonios son esos?

*Jesús* - Esos eran los compañeros de Renato.

*Zebedeo* - Pero, ¿de quién me estás hablando, cuernos?

*Jesús* - De Renato, de un campesino que tenía una parcelita de tierra por allá, detrás de la colina de Nazaret. Cuando llegó el tiempo de las lluvias, Renato sembró todo su terreno de trigo...

*Mujer* - ¿Qué, viejo? ¿Cansado?  
*Renato* - Sí, mujer, estoy cansado. Pero contento. Espero una buena cosecha este año, ya verás.

*Mujer* - Podremos comprar una oveja, ¿verdad, Renato?  
*Renato* - ¿Una oveja? No una, mujer, sino cuatro. Y también una chiva. Será una buena cosecha, ya verás, ya verás.

*Jesús* - Pero Renato tenía un vecino pendenciero que sentía mucha envidia cuando a los demás les iban las cosas bien. Y este vecino se levantó a media noche y se coló en el terreno donde Renato había sembrado el trigo.

*Vecino* - ¡Je! Voy a sembrarle mala hierba en el campo y le estropearé la cosecha. Y después me reventaré de risa viéndole la cara al imbécil de Renato, ¡ja, ja, ja!

*Jesús* - Y mientras todos dormían, aquel malvado se dedicó a echar semillas de cizaña en el terreno del pobre Renato.(1) A los pocos días, brotaron las semillas y la tierra comenzó a vestirse de verde con las hojitas nuevas. El trigo y la mala hierba empezaron a crecer juntos. Entonces, pasaron por allí Tito y Abdón, los compañeros de Renato, y vieron aquel desastre. Y fueron corriendo a decírselo a su amigo.

*Renato* - ¿Qué pasa, qué pasa?  
*Tito* - ¡Abre, Renato, somos nosotros!  
*Renato* - Pero, ¿qué alboroto se traen ustedes?  
*Abdón* - ¿Te has dado cuenta, Renato?  
*Renato* - ¿Cuenta de qué?  
*Abdón* - ¡Hay mala hierba en tu parcela! Nos hemos fijado bien y está saliendo mucha cizaña.

*Renato* - ¿Cómo? ¿Cizaña? No puede ser. Yo escogí bien la semilla. Sembré trigo de buena calidad.

*Tito* - Pues el campo está plagado de mala hierba.

*Renato* - ¡Demonios! ¿Quién me habrá querido hacer este daño?

*Abdón* - Pues ya te lo puedes imaginar. El que todos conocemos.

*Renato* - ¿Lo crees capaz de hacer una cosa

así?

*Abdón* - Pues claro, hombre. Es capaz de eso y de mucho más. Ese vecino tuyo es un malvado.

*Renato* - ¡Me dan ganas de agarrarlo por los bigotes y...!

*Tito* - Aguántate, Renato. Deja eso. Mira, no te preocupes. Mañana mismo venimos Abdón y yo y te echamos una mano. Entre los tres limpiaremos bien la parcela. Arrancaremos toda la cizaña que te está naciendo en el terreno, y asunto terminado.

*Renato* - Gracias, amigos, gracias. Cuento con ustedes.

*Jesús* - Y a la mañana siguiente...

*Renato* - Oye, espérate, ¿qué estás arrancando tú? Deja ver.

*Tito* - Esta hierba es cizaña, mira.

*Renato* - No, hombre, no, eso es trigo.

*Tito* - ¡Es cizaña, Renato, mírala bien!

*Renato* - ¡No seas imbécil, Tito, te digo que esa hoja es de trigo!

*Tito* - ¿Qué dices tú, Abdón?

*Abdón* - Deja ver. No sé, es que se parecen mucho una y otra.

*Tito* - ¡Por los callos de Abraham, te digo que esta hierba es mala, Renato!

*Renato* - ¡Y yo te digo que es buena, Tito, y que me estás arrancando el trigo! ¡Uff! Un problema sobre otro. Aquel vecino me dañó el terreno y ahora ustedes me van a dañar la cosecha.

*Abdón* - Bueno, Renato, ¿y qué quieres que hagamos entonces?

*Renato* - Miren, compañeros, ustedes perdonen. Yo les agradezco que hayan venido... pero, vamos a dejar esto para otro día, ¿no creen? Porque mientras no se ve el fruto, es muy difícil saber cuál es trigo y cuál es cizaña. Vamos a dejar que crezcan juntos, ¿no les parece? Y luego, ya habrá tiempo para separarlos. No importa, la cosecha no se estropeará. Solamente que, al final, tendremos más trabajo para escoger las espigas buenas y tirar las malas.

*Tito* - Tienes razón, Renato. Peor sería arrancar el trigo pensando que es mala



hierba. Ahora es demasiado pronto para saberlo.

*Renato* - Cuando llegue el tiempo de la siega, ya les avisaré. Entonces se verá bien cuál es trigo y cuál cizaña. La cizaña, la quemaremos. Y el trigo, lo guardaremos en el granero. ¿De acuerdo?

*Abdón* - De acuerdo, Renato.

*Jesús* - Y pasaron los días y los días, y el trigo y la mala hierba crecían juntos. Y cuando llegó la cosecha, Renato y sus compañeros separaron fácilmente las espigas de trigo y las espigas de cizaña. Esta vez no se equivocaron. Supieron tener paciencia y no se equivocaron.

*Zebedeo* - ¿Así que yo me parezco a Tito y a Abdón, los compañeros del Renato ése?

*Jesús* - Yo creo que sí, Zebedeo. Usted ha dicho: Cornelio es cizaña, ¡fuera con él! ¡Hay que arrancarlo!

*Zebedeo* - ¡Lo dije y lo vuelvo a decir, recuernos!

*Jesús* - Pues ya ve usted: Dios no es así. Dios tiene un poco más de paciencia, porque sabe que los hombres somos como las matas: se nos conoce por el fruto. Si un árbol da buen fruto, ese árbol es bueno, aunque tenga la corteza fea. Pero si el fruto es malo, el árbol es malo, aunque tenga muy buena apariencia. Lo que cuenta es el fruto, Zebedeo. A ver, dígame, ¿usted ha visto alguna vez una mata de espinas echando uvas?

*Zebedeo* - ¡No!

*Jesús* - ¿Y ha visto alguna mata de cardos con higos en las ramas?

*Zebedeo* - ¡Tampoco!

*Jesús* - Entonces...

*Zebedeo* - ¡Entonces sigo diciendo que Cornelio es un perro romano, y dime con quién andas y te diré quién eres!

*Jesús* - Claro, así es más fácil. Nosotros señalamos con el dedo, pegamos un letrero en la frente a los demás y listo: ustedes son los malos, nosotros los buenos. ¡Dios mío, que llueva fuego del cielo y les queme la coronilla a todos estos granujas! Pero Dios se sonríe y dice: oye, ¿y cómo sabes tú cuál es trigo y cuál cizaña? "¡Porque éste es romano, y aquél es judío, y éste fariseo piadoso y aquél un revolucionario zelote, y éste un saduceo vendido, y este otro, un sacerdote del templo!" Y Dios toma todos esos letreros que llevamos colgados y los quema en la basura.

Enséñame los frutos. Enséñame los frutos, y luego hablamos. ¿No le parece, Zebedeo, que hay que fijarse más en lo que uno hace que en el nombre que lleva puesto?

Zebedeo - ¡A mí sólo me parece una cosa, Jesús!

Jesús - ¿Qué cosa, Zebedeo?

Zebedeo - ¡Que ese capitán es romano! ¡Y que sólo de verlo se me revuelven las tripas! ¡Así que me parece muy mal que hayas ido a su casa! ¡Y me seguirá pareciendo mal hasta el día en que me cierren los ojos y esté en el fondo del lago comido por los cangrejos!

Juan - Vamos, papá, tranquilízate... te va a dar un patatús... tómalo con calma.

Jesús - Cuando llegue ese día, a lo mejor ya entenderá todo, Zebedeo. Sólo al final es cuando se ven las cosas claras. Eso de separar el trigo de la cizaña es asunto de Dios, no de nosotros.

Mi padre, Zebedeo, siguió refunfuñando. Y mi hermano Santiago también. Y Pedro. Y yo. Nos dieron las tantas de la noche discutiendo con Jesús. Ninguno de nosotros entendió entonces aquella historia del trigo y de la mala hierba.

Mateo 13,24-30

---

*1. En Palestina crece una variedad de **cizaña**, la llamada "cizaña venenosa", que es una hierba mala muy parecida al trigo. Cuando está creciendo, apenas se distingue de éste. Si hay mucha de esta hierba mala en el campo resulta peligroso escardar la cizaña antes de tiempo, porque sus raíces podrían estar enredadas bajo la tierra con las del trigo. Los campesinos acostumbran aprovechar la cizaña dejándola secar y usándola después para hacer fuego. Palestina es una tierra muy pobre en bosques y escasea el material combustible. Cuando el trigo estaba listo, se segaba con hoces y se trillaba con ayuda del ganado o de tablas de madera con dientes de pedernal en su parte inferior. Después, se aventaba el grano con horquillas de madera para separarlo de la paja.*

#### 44- LA VENDEDORA DE HIGOS

Aquel día, al caer la tarde, estábamos Santiago, Pedro y yo con Jesús en la taberna de Joaquín, cerca del embarcadero. Sentados en el suelo, jugábamos a los dados.

*Santiago* - ¡Cinco y tres! ¡Esta vuelta es mía también!

*Pedro* - ¡Un momento, pelirrojo, que todavía falto yo! Trae acá ese cubilete.

*Jesús* - ¡Vamos, Pedro, que no se diga, defiende el honor del hijo de Jonás!

*Pedro* - Aguanten la respiración, compañeros, que aquí voy yo... ¡Cinco y cuatro! ¡Gano yo!

*Juan* - ¡Caray con el tirapiedras éste! ¡Se las saca de la manga!

*Tabernero* - A ver, a ver, ¿qué pasa en este rincón? ¿Quién va ganando?

*Juan* - Por ahora, el pelirrojo y este narizón. Pero dicen que no van lejos los de adelante...

*Tabernero* - ¡Si los de atrás beben bien! ¡Ea, ustedes, los perdedores, no se me desanimen! ¡Enseguida les traigo una jarra llena con el mejor vino galileo y se echan un buen brindis! ¡Para tener suerte con los dados en el juego, y con los peces en el lago, y con las mujeres en la cama!

*Juan* - Ah, caramba, este tabernero, siempre con su relajajo...

*Melania* - ¡Higo, higo! ¡Rico higo! ¡Dulce como la miel, higo, higo!

*Santiago* - ... y aquélla con el suyo.

Era Melania, la vendedora de higos, la que llegó en ese momento.

*Melania* - ¡Higo, higo, rico higo!

*Santiago* - ¡Otra vez esa tipa por aquí!

*Jesús* - ¿Quién, Santiago?

*Santiago* - La tipa ésa de los higos.

*Jesús* - La veo mucho por el mercado.

*Pedro* - ¡Y por las calles y por todas las esquinas! ¡Si te descuidas se te mete hasta la letrina para venderte sus malditos higos!

Melania empezó a dar vueltas por la taberna con su vieja y sucia cesta de higos en la cabeza. Era una mujer muy flaca que vestía siempre de negro. Pregonaba su mercancía con voz chillona de pájaro y sonreía a un lado y a otro tratando de buscar compradores para sus higos maduros.

*Santiago* - ¡Basura de mujer! Con lo mal hecha que está...

*Jesús* - ¿Por qué, Santiago? ¿Qué le pasa?

*Juan* - Bah, si lo sabe el pueblo entero... ¡Algo increíble, Jesús! Mira, ésa no es como las otras mujeres, que cada mes están con sus achaques. Ella desde hace años y años está con el mismo asunto.

*Pedro* - Eso, que está mal hecha. Fíjate que ningún médico la ha podido curar. Parece que la mujer tenía su dinerito hace tiempo, pero se lo ha ido gastando yendo de médico en médico. ¡Y nada!

*Juan* - La conocen todos los curanderos de Galilea. ¡Pero ninguno le acierta con el remedio!

*Pedro* - Pero ella, dale que dale con los higos, para conseguir más dinero y más médicos.

*Melania* - ¡Higo, higo! ¡Rico higo! ¡Dulces como la miel, higo, higo!

*Santiago* - No, no queremos higos. Nos dan asco tus higos.

*Melania* - Están buenos, muchacho. Mira... Llenos de miel. Mira...

*Santiago* - ¡Vete con tus higos a otra parte! No queremos.

*Melania* - Y tú, forastero, ¿no quieres probarlos?

*Jesús* - No llevo ni una moneda encima, mujer.

*Melania* - Oye, ¿tú no eres ése que...?

*Santiago* - ¡Que te largues te dijimos! ¡Vamos, ahueca el ala, vamos!

La vendedora de higos siguió dando vueltas por la taberna. Y nosotros seguimos riéndonos de ella y de sus males.(1)

*Jesús* - ¿Y no tiene marido?

*Santiago* - Pero, Jesús, ¿qué hombre va a cargar con esa calamidad? Esa no es hembra ni es nada. Ni siquiera sirve para parirte un hijo.

*Jesús* - Pero, lo que es trabajar, sí trabaja. Por lo que veo, se pasa el día de allá para acá con su cesta de higos.

*Pedro* - Sí, claro, chismeando y metiendo las narices en todas partes. Ése es el único trabajo que hacen las mujeres: conversar. ¡Yo creo que Dios no las fabricó de una costilla sino de la lengua de Adán! ¡Ay, las mujeres!(2) Es que son demasiado flojas, eso es lo que digo yo, se cansan enseguida.

*Jesús* - Rufina no es floja, Pedro. Si no fuera por ella, ¿qué sería de tu casa, eh?

*Pedro* - Eso sí, Rufi trabaja, pero... pero siempre se anda quejando. Siempre hay que andarle haciendo cariñitos, tú sabes. Si no, no funciona. ¡Ah, te lo digo, las mujeres son paja que lleva el viento!

*Jesús* - No dirás eso por Salomé... Salomé es una mujer fuerte y lista.

*Juan* - Bueno, moreno, ésa es mi madre. Eso es cosa aparte.  
*Santiago* - Las mujeres son débiles, caramba. Mira ahora a la muchacha de Jairo...  
*Jesús* - ¿Qué le pasa a la hija de Jairo?  
*Santiago* - Pues, hombre, esa muchacha ya estaba muy pollita. Se estaba desarrollando muy bien, la condenada. Pero, mira tú, el caso es que hace unos días parece que la muchacha pescó un frío... y ahí la tienes: ¡muriéndose ya! ¡Por un catarro de nada! Es que son flojas, te lo digo.  
*Jesús* - ¿Cómo que muriéndose? ¿Tan mal está?  
*Santiago* - Por la mañana me dijeron que de hoy no pasaba.  
*Pedro* - ¡Si es que las mujeres se parten más pronto que los cordones de las sandalias! Bah, si hay que dar gracias a Dios por algo, es porque nacimos hombres, ¡qué caray!, ¿no es así?  
*Juan* - ¡Oigan, ya no queda nada en la jarra! Vamos a la taberna de al lado. Allí es mejor el vino.  
*Santiago* - Sí, eso. Vamos a hacer otro brindis. ¡Porque tuvimos la suerte de nacer machos!  
*Pedro* - Buena idea, que este vino de pasas ya me tiene quemado el gaznate.  
*Juan* - ¿Vienes, Jesús?  
*Jesús* - No, vayan ustedes si quieren. A mí me gustaría ir a ver a esa muchacha.  
*Juan* - ¿A cuál muchacha?  
*Jesús* - A la hija de Jairo. Conozco a su padre. Es buena gente. Él y su mujer deben andar muy preocupados. Si la niña está tan mala...  
*Santiago* - Bah, deja eso para otro momento, moreno. Estamos cansados.  
*Jesús* - ¿Cansados? Ah, yo pensé que los hombres no se cansaban nunca... No vayan ustedes si no quieren. Yo sí voy.  
*Pedro* - Está bien, está bien, vamos allá.

Bastante a regañadientes, nos decidimos a acompañar a Jesús. Cuando salimos de la taberna, Melania, la vendedora de higos, estaba otra vez allí.

*Melania* - ¡Higo, higo, rico higo, dulce como la miel!  
*Santiago* - ¡Y dale con los higos! ¿No oíste que tus higos nos dan asco? ¡Vete de aquí!

Los ojos de Melania, hundidos y brillantes, se volvieron hacia Jesús.

*Melania* - ¿Y tú, forastero?  
*Jesús* - Ya te dije que no tengo un céntimo. Otro día te los compraré.  
*Melania* - Forastero, espérate, a mí me han dicho que tú

tienes manos de médico, que has curado a algunas personas. Yo... yo estoy mala... yo quisiera que...

*Juan* - ¡Vamos, Jesús, no le hagas caso! ¡Lárgate con tus higos y déjanos en paz!

*Pedro* - Oye, ¿pero qué gritos son éstos?

Las plañideras de Cafarnaum, aquellas mujeres que tenían por oficio llorar a nuestros muertos, atravesaron la calle corriendo y lamentándose, con sus cabellos revueltos y al aire. Al oír sus gritos, la gente salió de las casas y fue llenando la calle.

*Mujer* - ¡Es Jairo! ¡Se ha muerto su hija! ¡Se ha muerto su hija! ¡Se le ha muerto la hija a Jairo!

Jairo era uno de los encargados de la sinagoga de Cafarnaum. Todos lo apreciábamos y, al saber lo que había pasado, el barrio entero echó a correr hacia su casa. Nosotros también fuimos. Y muy cerca de nosotros, iba también Melania, la vendedora de higos. Frente a la casa de Jairo, la gente se apretaba para entrar.

*Santiago* - Esa mujer nos viene siguiendo desde la taberna, Jesús, ¿has visto?

*Jesús* - Sí, ya he visto.

*Santiago* - ¡Es más pesada que una mosca en la nariz, caramba con ella!

*Jesús* - Es vállente, Santiago. No le asusta que se le ríen en la cara. Sabe lo que quiere.

*Santiago* - ¿Y qué es lo que quiere?

*Jesús* - Quiere estar sana. Sólo eso. No tiene marido, no tiene hijos. Quiere, al menos, tener salud.

Mientras esperábamos para entrar en casa de Jairo, Melania se fue abriendo paso a empujones, y por detrás empezó a llamar a Jesús.

*Jesús* - Oye, pero, ¿quién me está tirando de la túnica?

*Santiago* - ¿Quién va a ser? Mírala ahí... ¡so asquerosa!

Melania había conseguido por fin acercarse a Jesús. Lo miraba con esperanza.

*Melania* - ¡Tú puedes curarme! ¡Tú puedes curarme!

*Jesús* - ¿Cómo te llamas, mujer?

*Santiago* - ¡Le dicen la "measangre"! ¡Ja, ja! Así es como todo el mundo la conoce.

*Jesús* - Ya nadie te volverá a llamar con ese nombre, Melania.

Hacía años que aquella mujer no oía su nombre dicho con tanto respeto y cariño. Hacía también muchos años que no sentía tanta vida en su cuerpo, cansado por la enfermedad y el sufrimiento. Cuando se levantó del suelo, parecía como un árbol que despierta de su invierno y se dispone a echar sus flores.

*Jesús* - Vete tranquila, mujer.

La vimos alejarse por el camino lleno de gente, con la cabeza alta y firme, de prisa, como si llevara alas.

*Juan* - ¿Y qué le pasó a ésa ahora, Jesús? ¿Está loca o qué?

*Jesús* - No, Juan, los locos somos nosotros. La vida de la mujer pesa tanto como la del hombre en la balanza de Dios, pero nosotros hemos desnivelado esa balanza.(3) ¡Vamos! ¡Vamos a ver a esa muchacha!

Entramos en la casa de Jairo. Los lamentos de las plañideras y el humo del incienso recién quemado, llenaban el poco aire que había para respirar.

*Hombre* - ¡Al fin y al cabo, tuvo suerte Jairo! Le quedan todos los varones. Si alguno tenía que morírsele, que fuera la muchacha, ¿verdad?

*Santiago* - Así mismo. Del mal, el menos.

*Pedro* - Vámonos de aquí, Jesús. Aquí se ahoga uno. Y el muerto, muerto está. Ya no se puede hacer nada, sino llorar. Y hay bastantes mujeres llorando.

*Jesús* - No sé por qué lloran, Pedro. Esa muchacha no está muerta, sino dormida.

La gente que estaba cerca de nosotros y oyó a Jesús decir esto, se echó a reír.

*Hombre* - ¡Oye, mira lo que dice éste! ¡Que la niña está dormida!

Poco a poco, Jesús se abrió paso hasta el cuarto en donde estaba tendida la hija de Jairo. Pedro, Santiago y yo, fuimos con él. Al lado de la muchacha, su madre lloraba, arañándose la cara y rasgándose la ropa. Jairo, recostado contra la pared, levantó los ojos del suelo cuando vio entrar a Jesús.

*Jairo* - Jesús... Ya ves... Ahí la tienes. Empezaba a vivir y se nos ha ido...

*Jesús* - No llores, Jairo.

*Jairo* - No me importa llorar. Los hombres también lloran. La gente me dice para consolarme que me

quedan otros tres hijos varones, que son las mujeres las que lloran a las mujeres, que no vale la pena por una niña... pero yo... yo la quería mucho.

Jesús - Dios también la quería mucho. Dios te comprende, Jairo. Él también llora, lo mismo cuando se le muere un hijo que cuando se le muere una hija.

Jesús se acercó entonces a la estera y miró despacio a la muchacha. Parecía dormida. Nadie hubiera dicho que estaba muerta. Se agachó y la tomó de la mano.

Jesús - Vamos, muchacha, despierta, levántate.

Y como si saliera de un largo sueño, la hija de Jairo se levantó y sonrió.

Mateo 9,18-26; Marcos 5,21-43; Lucas 8,40-56.

---

1. El evangelio relata el caso de una mujer curada por Jesús a la que llama "hemorroísa". Los **males** de esta mujer eran la **menorragia**: una menstruación irregular, que le hacía padecer un continuo flujo de sangre. Aparte de las incomodidades y debilitamiento que produce una dolencia así, esta mujer era permanentemente "impura", ya que durante los días de su menstruación cualquier mujer era considerada impura (Levítico 15, 19-30). El caso de esta mujer era de extrema marginación social: por ser mujer, por su enfermedad, por su esterilidad y por su soledad.

2. En las leyes civiles y religiosas y en las costumbres de Israel, la **mujer** era considerada como un ser inferior al hombre. Las leyes civiles la asimilaban al esclavo y al niño menor de edad ya que, como ellos, debía tener a un varón como dueño. Su testimonio no era válido en un juicio, pues se la consideraba mentirosa. En el plano religioso también estaba marginada. No podía leer las Escrituras en la sinagoga, no bendecía la mesa. El mismo lenguaje era discriminador: las palabras hebreas "piadoso", "justo" y "santo" no tienen femenino. Se suponía que una mujer nunca podía ser lo que estas palabras indican. Existía una oración que se recomendaba rezar todos los días a los varones: "Alabado sea Dios por no haberme hecho mujer". La exclusión de la mujer de la vida social era mucho mayor entre las clases altas y en las ciudades grandes, que en el campo y pueblos pequeños. La escasa importancia que se daba a la mujer se le



concedía exclusivamente por su habilidad en los oficios de la casa. Se la apreciaba fundamentalmente por su fecundidad. Una mujer incapaz de tener hijos apenas valía nada. En este contexto, se apreciaba más dar a luz un varón que una niña. El nacimiento de una niña producía en ocasiones indiferencia o tristeza: "Desdichado aquel cuyos hijos son niñas", afirmaba un dicho popular.

3. En la **balanza de Dios** no existe diferencia de sexos. Hombre y mujer valen lo mismo. El evangelio es feminista al reivindicar la igualdad fundamental de la mujer respecto al hombre y la igual dignidad de ambos ante Dios (Gálatas 3, 28). Este fue uno de los aspectos más revolucionarios del mensaje de Jesús. Sólo teniendo en cuenta el arraigado machismo de la sociedad de su tiempo se logra dimensionar la sorpresa que tuvo que causar la actitud de Jesús hacia las mujeres.

#### 45- UNA PREGUNTA DESDE LA CÁRCEL

Juan, el profeta del desierto, seguía preso en la cárcel de Maqueronte. El rey Herodes no se atrevía a matarlo por miedo a una sublevación popular. Tampoco se atrevía a dejarlo en libertad por miedo a Herodías, su mujer. Y así, Juan llevaba meses sin ver la luz del sol, pudriéndose en una oscura y húmeda mazmorra, cerca de las montañas de Moab.

*Matías* - ¡Psst! ¡Carcelero!

*Carcelero* - ¿Otra vez ustedes?

*Matías* - Queremos ver al profeta.

*Carcelero* - Pero, ¿qué se han creído, eh? ¡Váyanse al infierno y déjenme en paz!

*Tomás* - Que-que-queremos llevarle algo de comida al pro-pro-profeta Juan.

*Carcelero* - Está prohibido. La ley es la ley.

*Matías* - ¿Cinco?

*Carcelero* - ¡Cinco! ¡Puah! ¡Arriesgar mi vida por cinco cochinos denarios!

*Tomás* - Uff... Te-te-te daremos siete. ¿De acuerdo?

*Carcelero* - Maldición con ustedes. Está bien, vengan las monedas. ¡Y tú, infeliz, ándate con cuidado! ¡Cualquier día te cortan la media lengua que te queda! ¡Y dense prisa, eh! ¡No quiero problemas!

Los dos discípulos de Juan caminaron por un estrecho y maloliente pasillo hasta llegar al calabozo...

*Matías* - Juan, Juan, ¡qué alegría verte!

*Bautista* - Tomás... Matías... ¡qué sorpresa! ¿Cómo pudieron entrar?

*Matías* - Bah, no te preocupes, siempre se encuentra un alma generosa.

*Tomás* - ¿CÓ-co-mo te sientes, Juan?

*Bautista* - No muy bien, Tomás. La enfermedad sigue mordiéndome por dentro. Escupo mucha sangre.

*Matías* - Te hemos traído algo de comer. Mira... No es mucho, pero... Y este jarabe de hojas de higuera, que dice una comadre mía que es muy bueno para aflojar los pulmones.

*Bautista* - Gracias. Si no fuera por ustedes, ¿qué sería de mí? Yo creo que hasta Dios se olvida de los presos.

*Tomás* - No hables así, Juan. Di-di-dinos lo que necesitas y haremos lo po-po-posible por conseguirte.

*Bautista* - Sí, quiero pedirles un favor. Algo muy importante para mí. Necesito... necesito saber si puedo morir tranquilo.

*Matías* - ¿Qué estás diciendo, Juan? Ten confianza. Herodes te soltará pronto. Tiene que hacerlo. La gente ha protestado mucho y...

*Bautista* - La gente se olvida de lo que no ve. Y a mí hace mucho tiempo que no me ven.

*Matías* - Pronto saldrás de aquí, estoy seguro. Volverás al río y la gente vendrá a escucharte y tú seguirás bautizando al pueblo de Israel.

*Bautista* - No, Matías, no. Esta enfermedad acabará antes conmigo. Me siento mal. Tengo los días contados.

*Tomás* - No di-di-digas eso, Juan.

*Bautista* - La muerte no me asusta, Tomás. Cuando empecé a hablar de justicia, ya sabía yo que esto acabaría... así. Ningún profeta muere en la cama. Pero no me importa. Hice lo que tenía que hacer.

*Matías* - Habla, Juan. ¿Qué es lo que quieres pedirnos?

*Bautista* - Allá en el Jordán, conocí a un galileo que vino a bautizarse. Quiero saber qué ha sido de él. Se llama Jesús. Y es de Nazaret. ¿Han oído algo de él?

*Matías* - Sí. Los rumores sobre ese tipo han llegado a Judea y hasta Jerusalén.

*Tomás* - Unos di-di-dicen que es un curandero.

*Matías* - Otros dicen que es un brujo. O un agitador.

*Tomás* - Algunos di-di-dicen que es un nuevo profeta.

*Bautista* - A mí no me importa lo que diga la gente, sino lo que diga él. Necesito saber lo que está haciendo, lo que piensa.

*Matías* - ¿Quieres que lo vayamos a ver y te traigamos noticias tuyas?

*Bautista* - Sí, eso es lo que quiero. Vayan a Galilea. Pero que nadie se entere. Sería peligroso para él y también para ustedes.

*Tomás* - Creo que-que-que es en Cafarnaum donde vive.

*Bautista* - Pues vayan allá. Y díganle esto de mi parte: Juan, el hijo de Zacarías, te pregunta: Tengo los días contados. ¿Puedo morir tranquilo? Sembré una semilla. ¿Alguien la regará? Tenía un hacha en las manos. ¿Alguien dan con ella el golpe necesario? Prendí una luz. ¿Alguien soplará la llama y encenderá el fuego? Díganle que estoy enfermo, que apenas tengo ya fuerzas ni voz para hablar. Grité, grité anunciando al Liberador... ¿Se ha perdido mi grito en el desierto?

*Matías* - ¿Algo más, Juan?

*Bautista* - Sí. Pregúntenle si tenemos que seguir esperando o... o si ya vino el que tenía que venir. ¡Ojalá no me haya ilusionado en vano!

*Tomás* - Hoy mismo vi-vi-viajaremos a Galilea.

*Juan* - Vayan pronto. Les prometo no morirme antes de que

ustedes regresen.

Tomás(1) y Matías(2) habían sido del grupo de los discípulos de Juan, cuando el profeta del desierto gritaba allá, en la orilla del río. Ahora vivían en Jericó y siempre que podían iban a Maqueronte a visitarlo. Aquella misma mañana se pusieron en camino hacia el norte, hacia la Galilea de los gentiles, a cumplir el deseo del profeta encarcelado.

*Tomás* - Te-te-tenemos que andar con cautela, Matías. Las cosas van mal.

*Matías* - Y dilo. La verdad, no quisiera acabar como Juan y que mis huesos se pudrieran en un calabozo como ése.

*Tomás* - Ni yo tam-tam-tampoco. Debemos hablar po-po-poco con ese Jesús. Lo necesario solamente.

*Matías* - Bueno, por ese lado tú no vas a tener problemas.

Hicieron noche en Perea y luego en la Decápolis. Y al tercer día, llegaron a Tiberíades. Bordearon el lago y subieron hasta Cafarnaum.

*Matías* - Psst... Amigo, por favor, ¿sabe usted donde vive un tal Jesús, uno de Nazaret?

*Un hombre* - ¿Qué-que-que dicen?

*Matías* - No tengas miedo. Somos de confianza.

*Tomás* - Queremos saber dón-dón-dónde está el nazareno?

*Hombre* - Yo-yo-yo-yo...

*Matías* - Vámonos, Tomás. Este está peor que tú.

Preguntando aquí y allá, encontraron nuestra casa. Y mi madre Salomé les dijo que Jesús estaba por el embarcadero, como todas las tardes, esperando a que nosotros volviéramos de pescar. Tomás y Matías se acercaron por la espalda.

*Matías* - Psst... Oye tú...

*Jesús* - ¿Qué? ¿Es conmigo?

*Tomás* - Sí, es con-con-contigo.

*Jesús* - ¿Y qué pasa conmigo?

*Tomás* - ¿Quién eres tú?

*Jesús* - Eso digo yo: ¿quiénes son ustedes?

*Matías* - Venimos buscando a un tal Jesús, de Nazaret.

*Jesús* - Pues ya lo encontraron. Soy yo.

*Tomás* - ¿Seguro que-que-que eres tú?

*Jesús* - Hasta hoy estoy seguro. No sé si mañana cambiaré de idea.

*Matías* - Al fin te encontramos. Venimos del Sur.

*Tomás* - De-de-de Jericó.

*Matías* - Es decir, venimos de Maqueronte.

Jesús - ¿De Maqueronte?  
 Matías - ¡Shhh! No grites. Pueden oírnos. La situación está muy mala. Como la Pascua está cerca, hay más vigilancia que nunca.

Jesús - Pero, ¿es verdad que vienen de Maqueronte?  
 Matías - Sí, de allá mismo.

Jesús - ¿Son del grupo de Juan, amigos suyos?  
 Tomás - Sí. Hemos visto al pro-pro-profeta Juan en la cárcel.

Jesús - ¿Y cómo está él?  
 Matías - Está bien. Bueno, está mal. Está más blancuzco que un gusano después de tantos meses sin ver la luz del sol. Un hombre que era alto y fuerte como un cedro y ahora se ha vuelto un guiñapo. Han acabado con él.

Jesús - ¿Está enfermo?  
 Matías - Sí, muy enfermo. Escupe mucha sangre. No va a durar mucho.

Jesús - Necesito verlo antes que muera. ¿Hay alguna manera de ir allá y hablar con él?  
 Matías - Tú no podrías entrar. Enseguida te conocen que eres galileo. Y los galileos están muy fichados.

Tomás - Nosotros le damos unos denarios al car-car-carcelero y él nos deja pasar y conversar unos minutos con el pro-profeta.

Jesús - Yo tengo que ir allá. Necesito hablar con Juan y preguntarle algunas cosas.  
 Matías - Juan también quiere preguntarte algo a ti.

Jesús - ¿Me traen algún mensaje suyo?  
 Tomás - Sí. Juan nos manda a de-de-decirte: Tengo los días contados. ¿Pu-pu-puedo morir tranquilo?

Matías - Grité anunciando al Liberador. ¿Se ha perdido mi grito en el desierto? ¿Tenemos que seguir esperando o ya vino el que había de venir?

Jesús se quedó pensativo, con la mirada perdida en las piedras negras del embarcadero.

Tomás - ¿Qué le po-po-podemos decir a Juan de tu parte?  
 Jesús - Díganle que... que la cosa va bien. Lenta, pero bien. Hemos comenzado acá en Cafarnaum. Somos pocos todavía pero... pero anunciamos el Reino de Dios, luchamos contra las injusticias y tratamos de hacer algo para que las cosas cambien.

Tomás - Y la gente, ¿có-co-como reacciona?  
 Jesús - La gente va despertando. Los que estaban ciegos, han ido abriendo los ojos. Los que estaban sordos, han ido abriendo las orejas. Las que estaban derrotadas, sin esperanza, se levantan y echan a andar. Y los más pobres, los muertos de hambre, comparten lo poco que tienen y

se ayudan unos a otros. El pueblo se va poniendo en pie, sí, el pueblo resucita.

*Matías*

- ¿Quiénes se han unido a ustedes?

*Jesús*

- Muchos. De éstos que siempre estuvieron atrás, claro. Díganle a Juan que en el Reino de Dios los últimos son los primeros que entran. Los que no tienen sitio en ninguna parte, los enfermos, las prostitutas, los publicanos, los leprosos, las más humilladas, los más pisoteados... éstos tienen un lugar con nosotros.

*Tomás*

- ¿No han tenido pro-pro-problemas con la gente gorda?

*Jesús*

- Sí, claro. Eso ya se sabe. El que los busca, los encuentra.

*Matías*

- ¿Y entonces?

*Jesús*

- Entonces, nada. Seguiremos adelante. Seguiremos anunciando a los pobres la buena noticia de la liberación. Que Dios está de nuestra parte. Que a Dios se le revuelve el corazón viendo cómo va este mundo de torcido y quiere enderezarlo.

*Matías*

- Juan se alegrará de oír todas estas cosas. Se pondrá muy contento.

*Jesús*

- Díganse de mi parte. Díganle que el hacha no ha perdido el filo, que el fuego no se ha apagado, que su semilla dará el fruto a su tiempo. Juan entenderá. Juan es de los que sabe comprender el camino de Dios. Tiene buen olfato para eso. Estoy seguro que él no se desilusionará de lo que hemos hecho hasta ahora. Ni de lo que nos falta por hacer.

*Pedro*

- ¡Eh, moreno, ya estamos aquí!

*Matías*

- ¿Quiénes son éstos?

*Jesús*

- Son de los del grupo que les dije.

*Pedro*

- Caramba, ¿Y estos amigos? ¿quiénes son, Jesús?

*Jesús*

- Oye, pues a la verdad, ni el nombre les he preguntado todavía.

*Matías*

- Yo me llamo Matías.

*Tomas*

- Y yo me llamo To-to-tomás.

*Jesús*

- ¿Sabes, Pedro? Vienen de hablar con el profeta Juan, allá en la cárcel.

*Pedro*

- ¿De veras? ¡Eh, muchachos, corran, hay noticias del profeta Juan!

*Matías*

- Por Dios santo, no grites, mira que los guardias...

*Pedro*

- ¡Al cuerno con los guardias! Ea, vámonos a tomar una buena sopa de pescado para que nos cuenten lo que saben del profeta Juan. ¡Que viva el movimiento!

Llegó Andrés. Llegó Santiago. Llegamos los de la otra

barca, con el viejo Zebedeo. Y todos nos fuimos con Tomás y Matías a que nos contaran cómo estaban las cosas por el sur y por allá, por la cárcel de Maqueronte.

Mateo 11,2-6; Lucas 7, 18-23.

---

*1. Del apóstol **Tomás** hablan poco los evangelios. Juan es el que lo nombra en más ocasiones, le da el sobrenombre de "el mellizo", y lo presenta como un incrédulo.*

*2. De **Matías** se sabe por el libro de los Hechos de los Apóstoles que fue elegido en lugar de Judas para completar el grupo de los doce, después de la muerte de Jesús.*

## 46- EL AYUNO QUE DIOS QUIERE

Tomás y Matías, los mensajeros enviados por el profeta Juan desde la cárcel de Maqueronte, se hospedaron en mi casa. Aquella tarde vino mucha gente. Todos estábamos ansiosos de escuchar sus noticias. Después, cuando se hizo de noche, nos quedamos los del grupo para comer. En el suelo, con las piernas cruzadas sobre la estera, esperábamos que Salomé apareciera con la sopa...

*Pedro* - ¡Humm! ¡Qué bien huele esto!

*Salomé* - ¡Metan el cucharón hasta el fondo, que hay buenos trozos de pescado!

Salomé puso en medio de todos un caldero grande y humeante. El aroma de la sopa llenó toda la casa.

*Salomé* - ¡Zebedeo, viejo, un poco más de educación! ¡Deja que los huéspedes se sirvan primero!

*Zebedeo* - Tienes razón, mujer. ¡Es que tengo un hambre que no espero ni por Dios!

*Salomé* - Vamos, muchachos, Tomás y Matías, no tengan vergüenza.

*Matías* - No, ustedes primero. Ustedes empiezan y nosotros seguimos.

*Tomás* - ¿No se va a ben-ben-bendecir el pan?

*Zebedeo* - Rediablo, es verdad. Vamos, Santiago, echa tú la bendición.

*Santiago* - Dios de Israel, tú nos das al mismo tiempo la comida y las ganas de comer. Bendice entonces esta mesa, amen.

*Todos* - ¡Amén!

*Zebedeo* - Adelante, muchachos, hínquenle el diente a una buena cola de pescado para que puedan decir en Judea lo que todos saben en Galilea: ¡que no hay mejores dorados que los de Cafarnaum!

*Matías* - Mejor comience usted, don Zebedeo.

*Zebedeo* - Que no, que no, Matías. Comienza tú. No es que haya mucho, pero al menos está caliente.

*Tomás* - No, no, usted pri-pri-primero...

*Santiago* - A lo mejor es que a los huéspedes no les gusta el pescado.

*Tomás* - Sí nos gusta, pe-pe-pero no po-po-podemos comerlo.

*Salomé* - ¿Que no pueden comerlo? ¿Se sienten mal de la barriga?

*Matías* - No, no es eso, sino que... que no podemos comerlo.

*Pedro* - Pero, ¿por qué? ¿Quién les ha dicho que no pueden?



*Matías* - Nosotros mismos.  
*Santiago* - ¿Ustedes?  
*Matías* - Bueno, resulta que Tomás y yo hemos hecho un voto de no comer pescado ni nada que venga del mar si volvemos sanos y salvos a Judea, después del viaje.  
*Tomás* - Hay que hacer pe-pe-penitencia.(1)  
*Pedro* - Ah, claro, claro... ya entiendo... caramba...  
*Zebedeo* - Bueno, hombre, no hay problema por eso. ¡En mi casa los huéspedes mandan! Salomé, mujer, ve a matarles una gallina. Ea, date prisa... Y saca algunas aceitunas para que vayan entreteniendo la quijada...  
*Salomé* - Ya voy, viejo, ya voy.  
*Zebedeo* - No se impacienten. ¡En un momento ya está desplumada y en otro hervida!  
*Matías* - ¡No, no, no haga eso, doña Salomé! No se moleste. Espérese...  
*Tomás* - Tan-tan-tan-tan...  
*Zebedeo* - ¿Cuál es el tan-tán de ahora?  
*Tomás* - Tan-tampoco po-podemos comer carne.  
*Pedro* - ¿Y... y por qué no pueden comer carne?  
*Matías* - Porque estamos ayunando. Hasta que pase la fiesta de la Pascua, hemos prometido no probar un bocado de carne.  
*Tomas* - Hay que hacer pe-pe-penitencia.

Todos nos quedamos en silencio, con los ojos clavados en el caldero humeante que nos tenía la boca hecha agua. Pero ninguno se atrevió a alargar la mano para servirse.

*Santiago* - Bueno, camaradas... Entonces... entonces vamos a pasar de la comida a la bebida, ¿no les parece? ¡Eso, vieja, trae un par de jarras de vino para celebrar este encuentro y... ¿Tampoco toman vino ustedes?  
*Tomas* - Hemos jurado no pro-pro-probar una gota de vino hasta que el pro-pro-profeta Juan salga libre de la cárcel. Hay que hacer pe-pe-pe...  
*Zebedeo* - Penitencia, claro. Hay que hacer penitencia. Ahora entiendo por qué a este muchacho se le quedó seca la lengua, ni come ni bebe.  
*Salomé* - Cállate, Zebedeo, no seas maleducado. Son nuestros huéspedes.  
*Zebedeo* - Claro, claro... y en mi casa los huéspedes mandan.

El ambiente se puso muy tenso. Todos bajamos los ojos y comenzamos a jugar con los dedos entre las manos, o a rascarnos los pelos de la barba, o a comernos las uñas. Fue Jesús el que rompió aquel pesado silencio.

*Jesús* - Oiga, Salomé, esta sopa se va a enfriar, ¿verdad? Humm... ¡Huele riquísimo! A ver cómo sabe... "Los mejores dorados, los de Cafarnaum"... ¡Está bueno, sí, sabroso, caramba, muy sabroso!

Jesús había metido el cucharón en el caldero, había sacado del fondo un par de colas de pescado y se había llenado un plato de sopa hasta los bordes. Luego tomó una rueda de pan y empezó a comer como si tal cosa. Todos nos quedamos asombrados. Mi padre Zebedeo, desde la otra punta de la estera, miraba el plato de Jesús con la boca abierta y los ojos amarillos de envidia.

*Jesús* - Salomé, ¿me puede servir un poco de vino?

Jesús se estiró hacia el rincón donde estaba Salomé, que esperaba como una estatua, con una jarra de vino en cada mano.

*Jesús* - Tengo la garganta más seca que una teja. Ahhh... "El mejor vino, el de Cafarnaum", hay que decir eso también. Sírvame un poco más, Salomé. Gracias...

Aquello acabó con la paciencia de mi padre...

*Zebedeo* - ¡Al diablo con todos ustedes! ¿Qué es lo que está pasando esta noche aquí, eh? ¿Se come o no se come?

*Jesús* - ¿Tú tienes hambre, Zebedeo?

*Zebedeo* - ¡Pues claro que tengo hambre! Siento ya unas agujas en la tripa. Punzadas, pinchazos, retortijones... ¡Y tú ahí, comiendo de lo más tranquilo, chupando hasta las espinas!

*Jesús* - Pues come tú también, hombre. ¿Quién te lo prohíbe?

*Zebedeo* - Nadie, pero como este tipo vino con lo de que hay que hacer "pe-pe-penitencia"...

*Salomé* - ¡Zebedeo, no seas grosero con los invitados!

*Zebedeo* - Claro, claro, los invitados... claro. Todos estamos invitados a hacer penitencia para que el profeta Juan pueda salir del calabozo, ¿no es eso?

*Jesús* - Tomás, ¿y tú crees que el zorro Herodes lo va a soltar más pronto porque tú dejes de comer una cola de pescado?

*Tomás* - Herodes no, pe-pe-pero Dios...

*Jesús* - ¿Dios? Dios ya está contento cuando los ve a ustedes yendo y viniendo a la cárcel para visitar

al profeta y llevarle lo que necesita.

*Tomás* - Eso no basta. Dios también manda castigar el cuerpo para pu-pu-purificar el espíritu.

*Jesús* - ¿Estás seguro que él manda eso? No sé, me parece que tú te imaginas a Dios muy... muy serio.

*Salomé* - ¿Y tú, Jesús, cómo te imaginas tú a Dios?

*Jesús* - No sé, más alegre. ¿Cómo te diré? Sí, eso, alegre. Muy alegre. Dígame, Salomé: ¿qué es lo más alegre que hay en el mundo?

*Salomé* - Para mí lo más alegre es una boda.

*Jesús* - Pues entonces Dios se parece a un novio. Al novio de esa boda. Y él nos invita a su fiesta. Y tú llegas y dices: no bailo, no como, no bebo, no río. Oye, ¿y para qué vino éste a la boda? ¡Qué invitados tan aburridos han venido a mi casa!

*Zebedeo encima!* - ¡Bien dicho, Jesús! ¡Me quitas un peso de encima!

*Pedro* - Entonces, compañeros, ¡al ataque!

*Tomás* - ¡Un momento, un momento! La cosa no es tan-tan-tan sencilla.

*Zebedeo* - ¿Qué pasa ahora? Por el ombligo de Adán que no lo tuvo, ¿qué pasa ahora?

*Matías* - Ustedes hagan lo que quieran. Pero Juan el bautizador lo dijo bien claro, tan claro como el agua del río: ¡hay que convertirse, hay que arrepentirse, hay que sacrificarse!

Todos nos quedamos tiesos. Pedro, con el cucharón levantado. Andrés y Santiago, con las manos en el aire, alargadas hacia el caldero de la sopa. El viejo Zebedeo, que ya había mordido una cola, y se disponía a tragarla de un solo bocado, sintió un nudo en la garganta.

*Tomás* - Si no hacemos sacrificios, no po-po-podemos elevarnos hasta Dios.

*Jesús* - ¿Tú crees, Tomás? ¿Y cómo es que entonces los árboles crecen y se elevan hasta el cielo?

*Tomás* - No te-te-te entiendo, Jesús.

*Jesús* - Mira, te voy a contar una cosa que me pasó cuando era muchacho. Yo había sembrado frente a mi casa unas semillitas de naranja. Las semillas prendieron bien y la matita empezó a crecer. Pero yo tenía prisa. Yo quería ver pronto la flor blanca del azahar y arrancar ya las naranjas maduras.

*Rabino* - Pero Jesús, chiquillo, ¿qué estás haciendo?

*Niño* - Tirando de la mata.

*Rabino* - Pero ¿no ves que es una matita muy

pequeña?

*Niño* - Por eso mismo, rabino. Yo la estoy ayudando a crecer.

*Rabino* - Lo que estás es haciéndole daño. Con esos tirones la secarás. Déjala quieta. La naranja no necesita que pienses en ella ni que le tires de las ramas para crecer. Anda, ve a acostarte, que ya es tarde y la noche la hizo Dios para descansar.

*Jesús* - Y mientras yo dormía y mientras yo trabajaba, la matita se fue convirtiendo en árbol y el árbol dio flores y frutos a su tiempo.

*Pedro* - Entonces...

*Jesús* - Entonces, yo pienso que el Reino de Dios se parece a una semilla que crece y crece sin que nosotros estemos encima de ella dándole tirones: ayunos, promesas, penitencias... ¿No les parece que se puede acabar secando la matita?

*Salomé* - A mí lo que me parece, Jesús, es que la vida ya tiene bastantes sacrificios para que nos pongamos a inventar otros más.

*Zebedeo* - Sí, señor. Háblenle de ayuno a Don Eliazín y a todos esos ricachones. Que nosotros ya nos pasamos ayunando todo el año por cuenta de ellos. ¡Ea, muchachos, metan el cucharón antes de que esto se enfríe!

*Tomás* - ¡Un momento, un momento! Todavía no estoy con-con-convencido...

*Zebedeo* - Mira, lengua de trapo, acabemos de una vez, porque ya me tienes hasta el último pelo. ¿Nos dejas o no nos dejas comer? ¿Qué diablos pasa contigo, eh?

*Tomás* - Yo digo que-que-que...

En ese momento, el ciego Dimo se asomó por la puerta.

*Dimo* - ¡Que Dios bendiga la mesa y a todos los que están en ella! Doña Salomé, ¿no ha sobrado algún trozo de pan para este pobre infeliz?

*Salomé* - Hoy ha sobrado todo, viejo Dimo. ¿Qué quiere usted? ¿Pan, vino, pescado? Lo que usted prefiera.

*Dimo* - Bueno, pues si usted tiene a bien darme alguna cosita.

*Salomé* - Vamos, Dimo, entre y siéntese a la mesa con nosotros. Ya le voy a servir un buen plato de sopa.

*Dimo* - Gracias, gracias. ¡La verdad, mis hijos, que tengo un hambre!

Zebedeo - No será más grande que la mía, viejo. Pero de todas formas, que le aproveche.

Dimo - Gracias, mi'jo, gracias.

Zebedeo - Vaya, que los de fuera vienen, se sientan y comen. Y nosotros aquí, esperando a que este condenado tartamudo suelte su sermón. Se acabó, señores. Yo me largo a la taberna.

Jesús - No, Zebedeo, espérate. No hace falta que te vayas. ¿No te das cuenta? Tú ya cumpliste con el ayuno. Mira al viejo Dimo: éste es el ayuno que le gusta a Dios: compartir tu pan con el hambriento y recibir en tu casa a los que no tienen techo. Porque Dios no quiere que pasemos hambre, sino que luchemos para que otros no la pasen. Eso fue lo que predicó el profeta Juan y todos los profetas. ¿Verdad que sí, Tomás?

Tomás - Bueno, es que-que-que...

Pedro - ¡Que mientras éste arranca nosotros nos vamos sirviendo!

Y esta vez todos metimos el cucharón en el caldero grande. Jesús se llenó nuevamente el plato porque aquel día habla trabajado muy fuerte y tenía mucha hambre.(2) Y Matías y Tomás comieron pescado y bebieron vino y se rieron mucho con el viejo Dimo que empezó a hacer historias de cuando era pescador en el lago.

Mateo 9, 14-17; Marcos 2,18-22 y 4,26-29; Lucas 5,33-39.

---

*1. En Israel, la **penitencia** de ayunar aparece como una forma de humillación del hombre ante Dios. Se practicaba para dar más eficacia a la oración, en momentos de peligro o de prueba. Había días de ayuno, en los que la ley religiosa determinaba que todo el pueblo debía abstenerse de comer, en recuerdo de grandes calamidades nacionales o para pedir la ayuda divina. También se podía ayunar por devoción personal. En tiempos de Jesús, se había ido dando cada vez una mayor importancia a esta práctica. Los fariseos tenían costumbre de ayunar dos veces por semana, los lunes y los jueves. Juan el Bautista, por sus orígenes esenios, inculcaría seguramente en sus discípulos la necesidad del ayuno.*

*El ayuno, como otras devociones religiosas, fue criticado duramente por los profetas de Israel. Había llegado a convertirse en una especie de chantaje espiritual por el que los hombres injustos pensaban ganarse el favor de*

Dios, olvidando lo esencial de la actitud religiosa: la justicia. Con el culto, con incienso y oraciones, con duras penitencias, buscaban hacer méritos ante Dios y así salvarse. Los profetas clamaron contra esta caricatura de Dios y de la religión y dejaron bien claro cuál era "el ayuno que Dios quiere": liberar a los oprimidos, compartir el pan, abrir las puertas de las cárceles (Isaías 58, 1-12). Jesús consagró definitivamente el mensaje de los profetas. En la primera comunidad cristiana se aceptó la práctica del ayuno como una preparación para la elección de los dirigentes de la Iglesia (Hechos 13, 2-3), pero en ninguna de las cartas de los apóstoles se menciona el ayuno.

2. **Jesús** fue un hombre alegre, a quien los que ayunaban acusaron de borracho y de glotón (Mateo 7, 33-34). Y comparó varias veces el Reino de Dios con un banquete, con una boda, con una fiesta. Ninguna de las prácticas tradicionales de penitencia de algunos grupos cristianos tiene sus raíces en Jesús de Nazaret.

#### 47- NUESTRO PAN DE CADA DÍA

Tomás y Matías se quedaron toda aquella noche hablándonos del profeta Juan, de los malos tratos que recibía allá en la cárcel de Maqueronte y de la enfermedad que le iba reventando los pulmones. La sangre nos hervía contra Herodes, el tirano que mantenía preso al profeta desde hacía tantos meses y que oprimía a nuestro pueblo desde hacía tantos años. Cuando ya pasaba de la medianoche.

*Pedro* - Bueno, compañeros, es muy tarde. ¿Qué les parece si nos vamos a dormir?

*Juan* - Oye, Pedro, hazme un sitio allá en tu casa. Así Tomás y Matías pueden quedarse aquí.

*Pedro* - Por supuesto, Juan, ven. Donde duermen ocho, duermen nueve... ¡o noventa y nueve! ¿Vamos, Jesús?

Jesús y yo fuimos con Pedro y Andrés a dormir en su casa. Por el camino, Jesús no habló una palabra. Parecía muy preocupado.

*Pedro* - Buenas noches a todos. ¡Que descansen mucho y ronquen poco!

Como la casa era pequeña y había mucha gente en ella, Jesús y yo nos echamos sobre un par de esteras, junto a la puerta.(1)

*Jesús* - Uff...

*Juan* - ¿Qué te pasa, moreno?

*Jesús* - Nada, Juan. Que no logro dormirme.

*Juan* - Debe ser el calor...

*Jesús* - Sí, a lo mejor es eso. ¿Sabes qué? Voy a tomar un poco de aire fresco.

Jesús salió fuera de la casa.(2) Toda la ciudad estaba silenciosa y oscura. Sobre su cabeza, miles de estrellas chispeaban, como pequeñas lamparitas colgadas del techo negro del cielo... Jesús respiró profundamente el aire de la noche y bajó por la callejuela que salía al embarcadero. Sólo se escuchaba el ir y venir de las olas, la respiración lenta y rutinaria del agua, como si el lago de Tiberíades también estuviese dormido. Jesús tanteó una piedra y se sentó sobre ella. Y se quedó allá un buen rato, con la mirada perdida en la oscuridad.

*Jesús* - Padre, tú estás en el cielo y también aquí en la tierra, con nosotros. Bendito seas tú. En tu nombre ponemos nuestra esperanza. Que venga pronto el día de nuestra Liberación. Que tu

Justicia del cielo se cumpla también en la tierra. Danos mañana el pan que tenemos hoy. Danos hoy hambre de luchar para que mañana todos tengamos pan. Perdónanos y enséñanos a perdonar. No nos dejes vencer por el miedo. Libéranos de nuestros opresores. Libera al profeta Juan de la cárcel. Libera a nuestro pueblo. ¡Haznos libres, Padre nuestro!

Después de un buen rato, Jesús volvió a casa de Pedro. Se tumbó sobre la estera, junto a la puerta, y se durmió enseguida. Al amanecer...

*Rufina* - ¡Arriba, muchachos, que ya cantaron los gallos! Vamos, abuela Rufa, despiértese ya. Pedro, ¡ya se acabó el manoseo, vamos, levántate! Jonás, suegro... ¡Jonás! Hágase el dormido, sí, ¡ja! Simoncito, mi'jo, ponte los calzones, anda. ¡Shhh!, que vas a despertar a Mingo. ¡Andrés, caray! ¡Eh, ustedes dos, espabídense!

*Juan* - ¡Hummm! ¡Rayos, me quedaría durmiendo toda la mañana!

*Rufa* - Hija, ¿dónde habré dejado yo mis sandalias, eh? ¿Tú las has visto?

*Mingo* - ¡Mamá, dame leche, tengo hambre!

*Rufina* - ¡Pedro, por Dios, levántate ya y ve a ordeñar la chiva!

*Pedro* - Ya voy, mujer, ya voy...

*Rufina* - Juan, muévete. Y despierta a Jesús, que no se puede abrir la puerta con él ahí tirado.

*Juan* - Déjalo, Rufina, ése se pasó la noche fuera y ahora está rendido como un tronco.

*Pedro* - Oye, tú, Jesús, córrrete, no hay quien pase por aquí... ¡Jesús!

*Jesús* - Hummm... No me fastidies, Pedro... tengo sueño.

*Rufina* - Claro, se pasa la noche dando vueltas por Cafarnaum y ahora no quiere levantarse.

*Pedro* - ¿Y qué demonios estaría haciendo éste por ahí de noche, eh? ¿Cazando murciélagos? Eh, Rufi, pásame la escoba para darle dos buenos escobazos a este dormilón... ¡ya verás qué pronto se levanta!

*Jesús* - Está bien, Pedro, está bien, ya me levanto.. Pero prepárate mañana, ¡te voy a echar un jarro de agua fría en la boca!

*Pedro* - Bueno, ¿y se puede saber qué se te perdió en la calle que saliste a buscarlo a medianoche?

*Jesús* - No se me perdió nada, Pedro. Tenía calor, salí un rato a tomar aire fresco. Y me puse a rezar.

*Pedro* - ¿A rezar? ¿A esas horas?

*Rufina* - ¿Cómo? ¿Pasa algo malo, Jesús?



*Jesús* - No, mujer. Simplemente estuve rezando.  
*Rufina* - Pero uno reza cuando tiene algún problema, ¿no?  
*Jesús* - Bueno, el mayor problema lo tiene el profeta Juan allá en la cárcel, ¿no les parece? Estuve rezando por él.(3) Para que Dios lo ayude y le dé fuerzas. ¿Ustedes no han rezado por el profeta Juan?  
*Pedro* - Sí, sí... Bueno, no. A la verdad, no se me había ocurrido. ¿Y a ti, Rufi?  
*Rufina* - Ay, Pedro, es que tengo tantas cosas en la cabeza...  
*Pedro* - Lo que pasa, Jesús, es que...  
*Rufa* - Lo que pasa es que en esta casa se han perdido ya todas las buenas costumbres y nadie reza nada. Yo no sé qué tiene esta casa que todo se pierde. Mira ahora mis sandalias, ¿dónde diablos están mis sandalias, eh?  
*Rufina* - Aquí están, abuela Rufa, no proteste más. Segurito fue Mingo que se las escondió ahí en el fogón.  
*Rufa* - ¡Estos muchachos del demonio!

Aquel fue un día de mucho trabajo, como tantos otros. Cuando ya estaba oscuro, nos fuimos juntando en casa de Pedro y Rufina.

*Pedro* - Oye, Jesús, dime una cosa, ¿esta noche vas a rezar también por el profeta Juan?  
*Jesús* - ¿Y por qué no?  
*Pedro* - Es que yo había pensado que podíamos rezar todos juntos por él. ¿Eh, qué les parece a ustedes?  
*Rufa* - A mí me parece muy bien, mi'jo, que por algo dicen que si se reza en la casa, la bendición de Dios pasa.  
*Rufina* - ¡Eh, los hombres, échense para acá, vengan a rezar!

A todos nos pareció bien la idea y nos fuimos sentando uno a uno, formando un pequeño círculo, sobre el suelo de tierra de la estrecha casa de Pedro. En un hueco de la pared, una lamparita quemaba el último resto de aceite.

*Jesús* - Ea, abuela, vamos a rezar todos juntos por el profeta Juan para que Dios lo libere pronto de la cárcel. Comience usted.  
*Rufa* - ¿Cómo dijiste, mi'jo?  
*Jesús* - Que tire pa'lante con alguna oración de esas que usted debe saberse.  
*Rufa* - Ah, sí, mi'jo, yo me sé muchas oraciones que me enseñó mi madre.(4) A ver, déjame pensar... una

oración para sacar a un preso... Yo creo que la mejor será el salmo 87. Sí, voy con ése. Ejem... Señor-Dios-mío-día-y-noche-clamo-a-ti-llegue-mi-oración-a-tu-presencia-inclina-tu-oído-a-mi-clamor-a-ti-te-invoco-Dios-mío-mis-manos-levanto-hacia-ti-¿por-qué-Señor-me-rechazas-por-qué-me-escondes-tu-rostro...

*Pedro* - Un momento, suegra, un momento. Vaya más despacio, caramba, que no hay fuego para correr tanto.

*Rufa* - Es que a mí se me olvidan las oraciones, mi'jo, y tengo que soltarlas de un tirón para llegar al final.

*Juan* - Pues yo me quedé en el principio. No me he enterado ni del número del salmo.

*Rufa* - Salmo 87, el de los presos. Bueno, si ustedes quieren, puedo rezar también el 78, pero ésa es una oración muy fuerte. Hay que tener cuidado con ella.

*Jesús* - ¿Cómo que es una oración muy fuerte? ¿Qué es eso, abuela?

*Rufa* - Bueno, que... que es fuerte. Que no falla, porque le pide a Dios siete maldiciones contra el enemigo, ¿comprendes? De siete, si no le cae una, le cae la otra. Mi madre me enseñó que cada oración tiene su asunto. Si quieres ganar dinero, reza el salmo 64. Cuando vayas de viaje, el 22. Para el dolor de pecho, la oración de los cuatro ángeles. Cuando hay tormenta, salmo 28. Los comerciantes, la oración de Salomón... Y así.

*Juan* - Y las parturientas, el salmo 126 pero al revés, ¡porque si no, el niño sale con los pies por delante!

*Rufa* - Oye, ¿y de qué se ríen ustedes?

*Jesús* - De nada, abuela. Que usted habla de las oraciones como si fueran recetas de cocina.

*Mingo* - ¡Papá, dame un pan!

*Pedro* - Pero, niño ¿otra vez? ¿Usted no comió ya?

*Mingo* - Pero tengo hambre.

*Pedro* - Cállese la boca, que estamos rezando.

*Rufina* - Vamos, abuela Rufa, siga la oración.

*Rufa* - No, mi'ja, sigue tú. Ya perdí el hilo.

*Juan* - Entonces, tú, Rufina, reza ahora tú.

*Rufina* - Es que yo... yo no me sé ninguna oración de memoria. Yo voy inventando las oraciones como me van saliendo.

*Jesús* - Pues mejor así, Rufina. Comience usted.

*Rufina* - Bueno, déjenme pensar... ¡Oh, Dios, oh Rey, oh Altísimo y santísimo Señor, oh admirabilísimo y poderosísimo Juez del alto cielo...!

*Pedro* - ¡Si sigues subiendo tan alto, Rufi, luego te

vas a dar una caída!

*Rufina* - Oye, Pedro, más respeto, que estamos hablando con Dios.

*Jesús* - Sí, Rufina, pero tampoco hay que exagerar. A Dios le deben gustar las cosas sencillas, ¿no crees? Háblale como a un amigo, como si estuvieras cara a cara con él.

*Rufa* - Ten cuidado no te quemes, muchacho. Mira que Dios es como el sol: no se puede mirar de frente. Uno no puede verle la cara a Dios porque se le achicharran los ojos y... ¡se muere!

*Jesús* - ¿Usted cree eso, abuela?

*Rufa* - Bueno, al menos así dicen los libros santos.

*Jesús* - Yo no sé, pero para mí que el que escribió eso no conocía mucho a Dios, porque... con Dios se puede tener confianza.

*Rufina* - Sí, pero tampoco hay que abusar de la confianza. Al fin y al cabo, Dios es Dios.

*Jesús* - Al fin y al cabo, Dios es Padre. Y con un padre, la confianza nunca es demasiada.

*Mingo* - Mamá, tengo hambre, dame un pan.

*Rufina* - ¡Cállese, Mingo! ¿No oyó que estamos rezando?

*Juan* - Vamos, Pedro, reza tú ahora, que a este paso, vamos a oír los gallos sentados aquí en el suelo.

*Pedro* - Está bien. Pues a rezar. Ejem...

*Mingo* - ¡Papá, tengo hambre!

*Pedro* - ¡Que se calle le digo!

*Juan* - Vamos, Pedro, arranca de una vez.

*Pedro* - Espérate, Juan. Es que no sé por dónde empezar. No se me ocurre nada.

*Mingo* - ¡Papaíto, dame un pan, tengo hambre!(5)

*Pedro* - ¡Caramba con estos mocosos! ¡No le dejan a uno ni rezar! Toma el pan y cállate de una vez. ¡Estos muchachos le acaban la paciencia a cualquiera!

*Jesús* - Pues mira, Pedro, me está pareciendo que Mingo sabe rezar mejor que todos nosotros.

*Pedro* - ¿Cómo dices, Jesús?

*Jesús* - Que Mingo no se cansa. Que pide y pide y tú y Rufina acaban dándole el pan, aunque sólo sea por quitárselo ya de encima. Lo mismo pasa con Dios. Si nosotros, que tenemos un corazón pequeño, más pequeño que este puño, les damos lo mejor a nuestros hijos y a nuestras hijas, ¿cómo Dios no nos va a dar también lo mejor a nosotros, él que tiene un corazón más grande que el mar?

*Pedro* - Entonces...

*Jesús* - Entonces podemos rezar con confianza y decirle: Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu Reino...

Aquella noche, junto al lago de Galilea, Jesús nos enseñó a rezar.

Mateo 6,5-15; Lucas 11,1-4.

---

1. En Israel los pobres dormían en **esteras** de paja, extendidas sobre la tierra y se cubrían con sus mantos. Usar cama para dormir era un lujo. Sólo los ricos disponían de una especie de camas, no exactas a las actuales, que en algunas ocasiones les servían durante el día como mesas para comer. Las esteras solían hacerse a partir de una tira larga de fibra que después se cosía en espiral.

2. En varias ocasiones el evangelio se refiere a la costumbre de **Jesús** de rezar en el silencio de la noche (Lucas 5, 16). Jesús cumpliría con las oraciones tradicionales en su pueblo: al amanecer, al atardecer, antes de las comidas y los sábados en la sinagoga. Pero lo que llamó la atención de sus contemporáneos fue su forma personal, confiada y constante, de hablar con Dios, al margen de las leyes litúrgicas.

3. En su oración, Jesús **rezaba por otros** y así consta varias veces en los evangelios (Lucas 22, 31-32; Juan 14, 15-16). Esto fue muy significativo. En Israel no era frecuente la costumbre de que unos pidieran por otros. Interceder por los demás era propio del profeta, del hombre que sentía responsabilidad y preocupación por los problemas de su pueblo.

4. En las **oraciones** de las gentes sencillas de Israel Dios era visto como un rey lejano. Rezar se entendía como una forma de rendirle homenaje. Y así como ante los reyes había que cumplir con un ceremonial, igual en la oración. Por eso existía la tendencia a usar fórmulas fijas, solemnes, establecidas por antiguas tradiciones. La oración estaba también ligada a la idea del mérito. Se entendía que rezando se conseguían favores de Dios. Y si se recomendaba la oración comunitaria era porque así llegaba con más fuerza al cielo.

5. Al enseñar a sus discípulos la oración del Padrenuestro, Jesús se apartó de las costumbres religiosas de su pueblo y de su tiempo. Las oraciones que rezaban los israelitas se recitaban en hebreo. El Padrenuestro es, en cambio, una oración en arameo, la lengua que hablaba la gente. En la lengua materna de Jesús, el Padrenuestro

suenan así: "Abba, yitqaddás semaj, teté maljutáj..." Jesús llamó a Dios "Abba" y enseñó a sus amigos a invocar a Dios con esta palabra tan familiar de la lengua aramea. "Abba" significa papá, **papaíto**. "Abba" e "imma" (papá, mamá) son las palabras de los primeros balbuceos infantiles. Para los contemporáneos de Jesús era inconcebible e irrespetuoso dirigirse a Dios con tanta espontaneidad. Así, Jesús sacó la oración del ambiente litúrgico y sagrado en donde la había colocado la tradición de Israel, para situarla en el marco de lo cotidiano. En toda la extensa literatura de oraciones del judaísmo antiguo no se encuentra ni un solo ejemplo en el que se invoque a Dios como "Abba", ni en las plegarias litúrgicas ni en las privadas.

En el Padrenuestro, más que una fórmula fija para la oración, Jesús propuso una nueva relación de confianza con Dios. De las dos versiones que dan los evangelios del Padrenuestro (Mateo 6, 9-13 y Lucas 11, 2-4), la de Lucas es la más antigua y conserva las palabras más originales de Jesús.

## 48- LOS TRECE

Estaba ya cerca la fiesta de la Pascua.(1) Como cada año, al llegar la luna llena del mes de Nisán, los hijos de Israel volvíamos los ojos hacia Jerusalén, deseando celebrar dentro de sus muros la fiesta grande de la liberación de nuestro pueblo. En todas las provincias del país se organizaban caravanas. En todos los pueblos se formaban grupos de peregrinos que se reunían para viajar a la ciudad santa.

*Jesús* - ¿Por qué no vamos este año juntos, compañeros?

*Pedro* - Apoyo la idea, Jesús. ¿Cuándo salimos?

*Jesús* - Dentro de dos o tres días estaría bien, ¿no, Pedro? Juan, Andrés, ¿qué les parece a ustedes?

*Juan* - No hay más que hablar. Vamos con los ojos cerrados.

*Pedro* - ¿Y tú, Santiago?

*Santiago* - Seremos muchos galileos en la capital para la fiesta. Algún lío podremos armar, ¿no? ¡En la Pascua es cuando las cosas se ponen calientes!

*Jesús* - Entonces, ya somos cinco.

Al día siguiente, era día de mercado, y Pedro fue a ver a Felipe el vendedor.

*Felipe* - Bueno, bueno, pero ustedes van a Jerusalén ¿a qué? ¿A meterse en líos y hacer revolución... o a rezar? Aclárame eso, que yo entienda bien.

*Pedro* - Felipe, vamos a Jerusalén y eso basta. ¿Vienes o no?

*Felipe* - Está bien, está bien, narizón. Voy con ustedes. A mí no me pueden dejar fuera.

*Pedro* - ¡Contigo ya somos seis!

Y Felipe avisó a su amigo...

*Felipe* - ¡Natanael, tienes que venir!

*Natanael* - Pero, Felipe, ¿cómo voy a dejar el taller así? Además, todavía tengo callos de la otra vez, cuando fuimos al Jordán.

*Felipe* - Aquel fue un gran viaje, Nata. Y éste será todavía mejor. Decírete, hombre. Si no vienes, te arrepentirás en todo lo que te resta de vida.

*Natanael* - Bueno, Felipe, iré. ¡Pero entérate de que lo hago por Jerusalén, no por ti!

*Felipe* - ¡Entonces seremos siete!

En aquellos días, pasaron por Cafarnaum nuestros amigos del movimiento zelote, Judas, el de Kariot, y su compañero Simón. También se animaron a viajar a Jerusalén para la fiesta. Con ellos dos, ya éramos nueve.

*Juan* - Oye, Andrés, me dijeron que Jacobo, el de Alfeo, y Tadeo, pensaban ir a la capital en estos días. ¿Por qué no les decimos que vengan con nosotros?

Con Tadeo y con Jacobo, los dos campesinos de Cafarnaum, ya éramos once.

*Jesús* - Oye, Mateo, ¿tú vas a ir a Jerusalén para la fiesta?

*Mateo* - Sí, eso voy a hacer, Jesús. ¿Por qué me lo preguntas?

*Jesús* - ¿Con quién vas, Mateo?

*Mateo* - Conmigo.

*Jesús* - Vas solo, entonces.

*Mateo* - Me basto y me sobro.

*Jesús* - ¿Por qué no vienes con nosotros? Estamos pensando en ir un grupo para allá.

*Mateo* - ¡Puah! ¿Y quiénes son ese grupo?

*Jesús* - Andrés, Pedro, los hijos de Zebedeo, Judas y Simón, Felipe... Ven tú también.

*Mateo* - Esos amigos tuyos no me gustan nada. Y yo no les gusto nada a ellos.

*Jesús* - Mañana salimos, Mateo. Si te decides, ven por la casa de Pedro y Rufina al amanecer. Te estaremos esperando.

*Mateo* - Pues espérenme sentados para no cansarse. ¡Bah, eres el tipo más chiflado que me he topado en toda mi puerca vida!

Tomás, el discípulo del profeta Juan, fue el último en enterarse del viaje. Su compañero Matías había regresado ya a Jericó mientras él se quedaba unos días más por Cafarnaum.

*Tomás* - Yo tam-tam-también voy con ustedes. Me-me-me gusta mucho la idea.

Aquel primer viaje que hicimos juntos a Jerusalén fue muy importante para todos. Pero, ¡qué ideas tan distintas teníamos entonces de lo que Jesús se traía entre manos, de lo que era el Reino de Dios!

El sol todavía no asomaba por los montes de Basán, pero ya nosotros estábamos alborotando a todo el vecindario. Nos íbamos a Jerusalén a celebrar la Pascua. De nuestro barrio ya habían salido unos cuantos grupos de peregrinos. Y en los próximos días viajarían muchos más. Uno tras otro, con las sandalias bien amarradas para el largo camino, fuimos reuniéndonos aquella madrugada en casa de Pedro y Rufina.

*Pedro* - Miren el que faltaba, compañeros... ¡Felipe! Oye, cabezón, ¿tú no venías a Jerusalén con nosotros?

*Felipe* - Claro que sí, Pedro. Aquí me tienen. Uff, si me he demorado un poco, échenle la culpa a éste. No tiene grasa en las ruedas.

*Santiago* - ¿Y para qué lo has traído? ¿No me digas que piensas ir a Jerusalén con ese maldito carretón?

*Felipe* - Pues sí te lo digo, pelirrojo. Yo soy como los caracoles que viajan con todo lo suyo encima.

*Pedro* - Pero, Felipe, ¿tú estás loco?

*Felipe* - Estoy más cuerdo que ustedes. En estos viajes es cuando más se levanta el negocio, amigos. La gente lleva sus ahorritos a Jerusalén. Muy bien. Yo llevo mercancía. Ustedes rezando. Yo vendiendo. Un peine por acá, un collar por allá. A nadie le hago daño, que yo sepa.

*Santiago* - No, no, no, Felipe. Quítatelo de la cabeza. No vamos a ir contigo empujando ese basurero. Ese carretón se queda.

*Felipe* - ¡El carretón va!

*Santiago* - ¡El carretón se queda!

*Felipe* - ¡Si él se queda, me quedo yo también!

*Juan* - Jesús, dile algo a Felipe a ver si lo convences. Tú te las entiendes bien con él.

Entonces Jesús nos guiñó un ojo a todos para que le siguiéramos la corriente...

*Jesús* - Felipe, deja el carretón y las baratijas. La perla vale más.(2)

*Felipe* - ¿La perla? ¿De qué perla me estás hablando, Jesús?

*Jesús* - ¡Shhh! Una perla grande y fina, así de gorda. Tú tienes buena nariz de comerciante. ¿Te interesa formar parte del negocio, sí o no?

Felipe se rascó su gran cabeza y nos miró a todos con aire de cómplice.

*Felipe* - Habla claro, moreno. Si hay que reunir dinero, yo vendo el carretón. Vendo hasta las sandalias si hace falta. Luego negociamos con ella y sacamos una buena tajada. ¿Cuánto piden por esa perla?

*Jesús* - Mucho.

*Felipe* - ¿Y dónde está? ¿En Jerusalén?

*Jesús* - No, Felipe. Está aquí, entre nosotros.

*Felipe* - ¿Aquí? ¡Ya entiendo, claro! Contrabando. ¿Tú la llevas, Juan? ¿Tú, Simón? Está bien, está bien. Juro silencio. Siete llaves en la boca. Ya está. Pueden confiar en mí. Pero, díganme, ¿cómo la



consiguieron?

*Jesús* - Escucha: Tadeo y Jacobo estaban trabajando en un campo. Metieron el arado para sembrarlo. Y de repente, se tropezaron con un tesoro escondido en la tierra.

*Felipe* - ¿Un tesoro? ¿Y qué hicieron con él?

*Jesús* - Lo volvieron a esconder. Fueron al dueño del campo y se lo compraron. Vendieron todo lo que tenían y compraron el campo. Así, el tesoro quedaba para ellos.

*Felipe* - Pero, ¿cuál fue el tesoro que encontraron?

*Jesús* - ¡La misma perla que te dije antes! Ellos la descubrieron.

*Felipe* - ¿La perla? Las perlas se encuentran en el mar, no en la tierra. ¿Qué lío me estás armando tú, nazareno?

*Jesús* - Escucha, Felipe: en realidad, la cosa comenzó en el mar, como tú dices. Pedro y Andrés echaron las barcas al agua. Y tiraron la red. Y la sacaron cargada de peces. Y cuando estaban separando los peces se llevaron una gran sorpresa porque...

*Felipe* - ...porque ahí fue donde encontraron la perla.

*Jesús* - Sí. Y lo dejaron todo, la red, las barcas, los peces. ¡Y se quedaron con la perla, que valía más!

*Felipe* - Pero entonces, el tesoro del campo... Ah, claro, ya entiendo. Y entonces... Espérate. No entiendo nada. Cabeza grande, Jesús, pero poco seso. Aclárame el negocio.

*Jesús* - El negocio, Felipe, es que todos nosotros hemos dejado nuestras cosas, nuestros campos, nuestras redes y nuestras casas por la perla. Deja tú también el carretón.

*Felipe* - Está bien, está bien. Pero por lo menos enséñame la perla para...

*Jesús* - La perla es el Reino de Dios, Felipe. Anda, deja tus cachivaches y ven a Jerusalén con las manos libres. Olvídate por unos días de tus peines y tus collares y celebra la Pascua con la cabeza despierta.

*Felipe* - Así que, ni contrabando ni carretón. Pandilla de granujas, ¡si me siguen tomando el pelo, acabaré más calvo que Natanael! Está bien, está bien, lo dejaré al cuidado de doña Salomé hasta la vuelta.

Cuando ya nos íbamos, llegó Mateo. Aunque todavía era muy temprano, ya andaba medio borracho.

*Santiago* - ¿Qué se te ha perdido por aquí, apestoso?

*Jesús* - Bienvenido, Mateo. Sabía que vendrías.  
*Juan* - ¿Que vendría a qué?  
*Jesús* - Mateo también viene con nosotros. ¿No se lo había dicho?  
*Santiago* - ¿Dices que este tipo viene con nosotros o es que he oído mal?  
*Jesús* - No, Santiago, oíste bien. Yo le dije a Mateo que viniera con nosotros.  
*Santiago* - ¡Al diablo contigo, moreno! ¿Y esto qué quiere decir?  
*Jesús* - Quiere decir que la fiesta de Pascua es para todos. Y que las puertas de Jerusalén, como las puertas del Reino de Dios, se abren para todos.

Las palabras de Jesús y la presencia de Mateo nos sacaron de quicio. Santiago y yo estuvimos a punto de caerle a puñetazos. En medio del alboroto, Simón y Judas nos llevaron aparte.

*Judas* - Cállate, pelirrojo. No grites más. ¿Es que no entiendes?  
*Santiago* - ¿Entender qué? Aquí no hay nada que entender. Jesús es un imbécil.  
*Judas* - Los imbéciles son ustedes. Jesús ha planeado la cosa demasiado bien.  
*Juan* - ¿Qué quieres decir con eso?  
*Judas* - La frontera de Galilea está muy vigilada, Juan. Temen un levantamiento popular. A todos nosotros nos tienen fichados. Y a Jesús, el primero. Yendo con Mateo, la cosa cambia. Llevamos más cubiertas las espaldas, ¿comprendes? Mateo conoce a todos esos marranos que controlan la frontera.  
*Juan* - ¿Y tú crees que Jesús lo haya invitado por eso?  
*Judas* - ¿Y por qué si no, dime? El tipo es astuto. Piensa en todo.  
*Juan* - Pero, Mateo, ¿por qué se presta al juego?  
*Judas* - Mateo es un borracho. Dale vino y te sigue como un carnero.  
*Santiago* - Tienes razón, Iscariote. Cada vez me convenzo más que con éste de Nazaret iremos lejos. ¡Es el hombre que necesitamos! ¡Ea, muchachos, vámonos ya!  
*Tomás* - No, no, espérense un po-po-poco.  
*Juan* - ¿Qué pasa ahora, Tomás? ¿Has olvidado algo?  
*Tomás* - No, no, no es eso. ¿Se han fi-fi-fijado ustedes cuántos somos?  
*Santiago* - Sí, somos trece. Con este puer... quiero decir, con este Mateo somos trece.  
*Tomás* - Di-di-dicen que ese número trae ma-ma-mala suerte.  
*Pedro* - Bah, no te preocupes por eso, Tomás. Cuando le

corten el gañote a alguno de nosotros, seremos doce, número redondo, como las tribus de Israel. ¡Ea, compañeros, andando, Jerusalén nos espera!

Éramos trece. Pedro, el tirapiedras, iba delante, con la cara curtida por todos los soles del lago de Galilea y la sonrisa ancha de siempre. A su lado, Andrés, el flaco, el más alto de todos, el más callado también. Mi hermano Santiago y yo, que soñábamos con Jerusalén como un campo de batalla en el que todos los romanos serían destruidos por la fuerza de nuestros puños. Felipe, el vendedor, llevaba en la cintura la corneta con que anunciaba sus mercancías y de vez en cuando la hacía sonar. No quiso separarse de ella. A su lado, como siempre, Natanael. El sol de la mañana relucía en su calva. Caminaba despacio, cansado antes de empezar la marcha. Tomás, el tartamudo, mirando a un lado y a otro con ojos curiosos. No hacía más que hablar con su media lengua del profeta Juan, su maestro. Mateo, el cobrador de impuestos, con los ojos rojos por el alcohol y el paso vacilante. Jacobo y Tadeo, los campesinos de Cafarnaum, caminaban juntos. Simón, aquel forzudo lleno de pecas, iba con Judas, el de Kariot, que llevaba al cuello su pañuelo amarillo, regalo de un nieto de los macabeos. Éramos doce. Trece con Jesús, el de Nazaret, el hombre que nos arrastró a aquella aventura de ir por los caminos de nuestro pueblo anunciando la llegada de la justicia de Dios.

Mateo 10,1-4; Marcos 3,13-19; Lucas 6,12-16.

---

48.1. *Tres veces al año, con ocasión de las fiestas de **Pascua**, Pentecostés y las Tiendas, los israelitas tenían costumbre de viajar a Jerusalén. También viajaban hacia la capital multitud de extranjeros de los países vecinos. La fiesta de la Pascua era la que atraía el mayor número de peregrinos cada año. Como era en primavera, esto facilitaba el viaje, porque para febrero o marzo terminaba ya la época de las lluvias y los caminos estaban más transitables. Formaba parte esencial de los preparativos del viaje buscar compañía para el camino. Había muchos asaltantes de caminos y nadie se atrevía a hacer solo un viaje tan largo. Por eso se formaban siempre grandes caravanas para las fiestas.*

48.2. *Las **perlas** fueron un artículo muy codiciado en los tiempos antiguos. Simbolizaban la fecundidad: eran un fruto precioso de las aguas y crecían y se desarrollaban ocultas, como sucede con el embrión humano. Las pescaban*

buceadores en el Mar Rojo, en el Golfo Pérsico y en el Océano Índico y eran muy usadas en collares. Los tesoros escondidos son tema predilecto de los cuentos orientales. En el tiempo de Jesús tenían una base histórica. Las innumerables guerras que sacudieron Palestina a lo largo de siglos hicieron que mucha gente, en el momento de la huida, dejara escondido en la tierra sus posesiones más valiosas, hasta un posible retorno que no siempre ocurría.

48.3. El número **doce** tenía una significación especial en el antiguo Oriente. Seguramente, por el hecho de estar dividido el año en doce meses. En Israel, era considerada como cifra que designaba una totalidad y que sintetizaba, en un solo número, a todo el pueblo de Dios. Doce fueron los hijos de Jacob, los patriarcas que dieron nombre a las doce tribus que poblaron la Tierra Prometida. Una tradición muy antigua dentro de los evangelios recuerda en varias ocasiones que Jesús eligió a doce discípulos, como núcleo de sus muchos seguidores. Cuando en los textos del Nuevo Testamento se habla de "los doce", se está haciendo referencia a doce personas individuales -de los que tenemos la lista de nombres- y a la vez, "los doce" es un símbolo de la nueva comunidad, heredera del pueblo de las doce tribus. El número doce es particularmente preferido en el libro del Apocalipsis: aparece en las medidas de la nueva Jerusalén y en el número de los elegidos, que serán 144 mil ( $12 \times 12 \times \text{mil} = \text{totalidad de totalidades}$ ).

#### 49- EN LA CIUDAD DEL REY DAVID

Era muy temprano cuando nos pusimos en marcha. A nuestra espalda, el sol comenzaba a acariciar el azul y redondo lago de Galilea y le arrancaba los primeros brillos. Junto a él, perezosamente, Cafarnaum se sacudía el sueño. Pero no volvimos la cabeza para decir adiós a nuestra ciudad. Sólo teníamos ojos para Jerusalén. La alegría de la Pascua nos llenaba el corazón y nos hacía andar de prisa.(1)

*Pedro* - ¡Ea, compañeros, amárrense bien las sandalias y afinquen los bastones, que tenemos tres días de camino por delante!

La primera noche acampamos en Jenín. Después, tomamos el camino de las montañas hasta Guilgal. Luego enfilamos a través de las tierras secas y amarillas de Judea. Nuestras miradas saltaban de colina en colina buscando un atisbo de la ciudad santa a la que íbamos subiendo. De pronto, todos lanzamos un grito de alegría.

*Juan* - ¡Corran, corran, ya se ve la ciudad!

En un recodo del camino, a la altura de Anatot, apareció resplandeciente ante nosotros. Sobre el monte Sión brillaban las murallas de Jerusalén, sus blancos palacios, sus puertas reforzadas, sus torres compactas.(2) Y en el centro, como la joya mejor, el templo santo del Dios de Israel.

*Pedro* - ¡Que viva Jerusalén y todos los que van a visitarla!

Jerusalén, ciudad de la paz, era la novia de todos los israelitas: capital de nuestro pueblo, conquistada por el brazo astuto de Joab mil años atrás, en donde el rey David entró bailando con el arca de la alianza y en donde el rey Salomón construyó más tarde el templo de cedro, oro y mármol que fue la admiración del mundo. Las últimas millas de camino las anduvimos en caravana con muchos cientos de peregrinos que venían del norte, de Perea y la Decápolis, a comer el cordero pascual en Jerusalén. Entramos por la Puerta del Pescado. Junto a ella, se levantaba la Torre Antonia, el edificio más odiado por todos nosotros: era el cuartel general de la guarnición romana y el palacio del gobernador Poncio Pilato cuando venía a la ciudad.(3)

*Pedro* - ¡Escupan y vámonos de aquí! ¡Se me revuelven las tripas sólo de ver el águila de Roma!

*Juan* - ¡Puercos invasores, los estrangularía de dos en dos para acabar más pronto!

*Jesús* - No estrangules a nadie ahora, Juan, y vamos a buscar un lugar donde meternos. ¡Con tanta gente, acabaremos durmiendo al raso!

*Pedro* - ¡Sígueme a mí, compañeros! Tengo un amigo cerca de la Puerta del Valle, que es como mi hermano. Se llama Marcos.(4)

Y enfilamos todos hacia la casa del tal Marcos...

*Pedro* - ¡Caramba, Marcos, al fin te encuentro! ¡Amigo, amiguísimo, choca esas dos manos!

*Marcos* - ¿Pedro? ¡Pedro tirapiedras, el granuja más grande de toda Galilea! Pero, ¿qué haces tú aquí, condenado? ¿Te anda persiguiendo la policía de Herodes? ¡Ajajá!

*Pedro* - ¡Hemos venido a celebrar la Pascua en Jerusalén como fieles cumplidores de la ley de Moisés, ajajá!

*Marcos* - ¡Déjate de cuentos conmigo, Pedro, algún contrabando habrás traído desde Cafarnaum!

*Pedro* - Pues sí, me traje una docena de amigos de contrabando. Camaradas: éste es Marcos. ¡Lo quiero más que a mi barca Clotilde, que ya es decir! Marcos: ¡todos éstos son de confianza! Hemos formado un grupo. Estamos organizándonos para hacer algo. Mira, este moreno es Jesús, el que más bulla hace de todos nosotros. Este de las pecas es Simón.

*Marcos* - Bueno, bueno, deja las presentaciones y vamos adentro. ¡Tengo medio barril de vino, suplicando que una docena de galileos se lo beba!

*Pedro* - ¿A beber ahora? ¿Estás loco? ¡Si acabamos de llegar!

*Mateo* - ¿Y qué importa eso? Estamos cansados del viaje. Podemos... podemos brindar porque los ladrones de Samaria no nos han roto el espinazo!

*Juan*  
beber!

*Pedro* - Mejor será que nos digas dónde podemos encontrar un rincón para pasar la noche.

*Marcos* - ¡Pues vamos a la posada de Siloé! ¡Allí pueden meterse durante estos días! ¡Es un sitio grande y huele bien a roña, como les gusta a los galileos! ¡Vamos allá! Pero no se separen. Hay demasiada gente. Cualquiera se pierde en este embrollo.

En los días de Pascua, Jerusalén parecía una caldera enorme donde bullían los 40 mil vecinos de la ciudad, los 400 mil peregrinos que venían desde todos los rincones del país y los inmensos rebaños de corderos que se amontonaban en los atrios del Templo esperando ser sacrificados sobre la

piedra del altar.(5)

*Tomás* - ¡Un momento, un momento! Antes de buscar po-po-posada, tenemos que visitar el templo. Lo pri-pri-primero es lo de Dios. Al que no sube al templo cuando llega a Jerusalén, se le seca la ma-ma-mano derecha y se le pe-pe-pega la lengua al paladar.

*Juan* - Tomás habla por experiencia...

*Pedro* - ¡Sí, compañeros, vamos al templo a dar un saludo a los querubines!

*Juan* - ¡Y a dar gracias porque hemos llegado sanos y salvos!

*Jesús* - ¡Y que el Dios de Israel nos eche la bendición a todos los que hemos venido este año a celebrar la Pascua!

Miles de peregrinos se atropellaban para pasar bajo los arcos del famoso templo de Salomón. En el aire resonaban los gritos, los rezos y los juramentos, mezclados con el olor penetrante a grasa quemada de los sacrificios. Junto a los muros, se apostaban los cambistas de monedas y toda clase de baratilleros vociferando sus mercancías... Aquello parecía la torre de Babel.

*Marcos* - ¡Maldita sea con estos vendedores! ¡Te revientan las orejas! ¡Eh, ustedes, vamos al atrio de los israelitas! Seguramente ya están subiendo la escalinata.

*Juan* - ¿Quiénes son los que están, Marcos?

*Marcos* - Los penitentes. Vienen a cumplir las promesas que hicieron durante el año. ¡Míralos allá!

Un grupo de hombres, vestidos de saco y arrojándose puñados de ceniza en la cabeza, subían a gatas los escalones del atrio. De su cuello y sus brazos colgaban gruesos rosarios de amuletos. Sus rodillas se habían vuelto rugosas como las de los camellos, después de tanto hincarse sobre las piedras.

*Pedro* - ¿Y para qué hacen esto, Marcos?

*Marcos* - Ayunan siete días antes de la fiesta y ahora se presentan a los sacerdotes.

*Jesús* - ¿Y esos sacerdotes no les habrán explicado que Dios prefiere el amor a los sacrificios?

*Marcos* - Eso mismo digo yo. ¿Que quieren ayunar? Pues que se laven la cara y se peinen bien para que nadie se entere de lo que están haciendo, ¿no es verdad, Jesús? Vamos, vamos arriba.

Subimos la escalinata. Allá, en una esquina, frente al

atrio de los sacerdotes, un coro de hombres, cubierta la cabeza con el manto negro de las oraciones, rezaba sin tomar aliento los salmos de la congregación de los piadosos. Eran los mejores fariseos de Jerusalén.

*Pedro* - Mira a éstos... Parecen cotorras, repitiendo lo mismo sin parar. No sé cómo no se les traba la lengua.

*Marcos* - Dicen que están rezando a Dios, pero con el rabo del ojo están curioseándolo todo.

*Jesús* - Eso es lo que buscan: que la gente se fije en ellos. Si buscaran a Dios, rezarían en secreto, con la puerta cerrada.

*Marcos* - ¡Oigan, miren quién viene por ahí!

Al salir, cuando íbamos a atravesar la Puerta Hermosa, se oyó el sonido de las trompetas y la multitud se hizo a un lado. Enseguida se formó una hilera de mendigos junto al arco de la puerta. Entonces, aparecieron cuatro levitas, cargando una silla de manos. Se detuvieron junto a los mendigos y descansaron la silla en el suelo. Abrieron las cortinas y José Caifás, el sumo sacerdote de aquel año, descendió lentamente, vestido con una túnica blanca. Con sus ojos de lechuza, miraba inquieto a uno y otro lado. Quería que el pueblo lo viera dando limosna.(6) Pero no quería correr ningún riesgo. El año pasado, durante la fiesta, un fanático le había arrojado un puñal...

*Mateo* - ¡Con buen sinvergüenza nos hemos topado!

*Tomás* - No digas eso, Ma-ma-mateo. Es el sumo sacerdote de-de-de Dios.

*Mateo* - ¡Qué sumo sacerdote! ¡Ese tipo sólo busca que hablen de él! Mira lo que está haciendo...

Caifás se acercó a los mendigos y les repartió denarios como el que reparte dulces a los niños. Con una mano daba la limosna y con la otra mostraba un cordón de oro, símbolo de su rango, que los mendigos besaban con gratitud.

*Jesús* - Si fuera sumo sacerdote de Dios, no dejaría que su mano izquierda se enterara de lo que hace la derecha. Ése no es más que un hipócrita.

*Pedro* - ¡Natanael, Jesús, Andrés, vámonos ya! ¡Se nos hace tarde y todavía no tenemos donde dormir!

*Marcos* - No se preocupen tanto por la posada. Si no hay lugar en Siloé, se van a Betania. Allá está el campamento de los galileos. Pero ahora, ¡a beber el medio barril que les ofrecí, o si no, los denuncio a la policía romana!

Por fin, después de zapatear las callejuelas de Jerusalén,



regresamos a casa  
de Marcos a beber el medio barril prometido...

*Marcos* - ¡Brindo por estos trece compatriotas que han viajado desde Galilea para visitar la casa de este humilde comerciante de aceitunas!

*Pedro* - Oye, oye, Marcos, que no vinimos por verte a ti, granuja. Vinimos por Jerusalén. ¡Brindo por la ciudad santa de Jerusalén!

*Marcos* - Pedro, desengáñate. A esta ciudad no le queda ni la "s" de santa. "¡El Templo de Jerusalén, el Templo de Jerusalén!"... ¿Saben lo que decimos los que vivimos aquí? Que en el Templo de Jerusalén se guarda el tesoro de fe más grande del mundo. ¿Y saben por qué? ¡Porque todo el que viene a visitarlo, pierde la fe y la deja allí! ¡Y si sólo fuera el templo! Mira, ¿ven aquellas luces?... Esos son los palacios de los del barrio alto. Vete después a las barracas del Ofel y a las casuchas de adobe junto a la Puerta de la Basura. Un hormiguero de campesinos que vinieron a buscar trabajo en la capital. Y lo que encuentran es miseria y fiebres negras. Esta ciudad está podrida, te lo digo yo, que la conozco.

*Jesús* - Sí, Marcos. Está construida sobre arena. Acabará derrumbándose.

*Tomás* - Dicen que los cimientos de Jerusalén son de roca pu-pu-pura.

*Jesús* - La justicia es la única roca firme, Tomás. Y esta ciudad está levantada sobre la ambición y las desigualdades.

*Marcos* - Bueno, muchachos, ahora sí tenemos que ir caminando hacia Betania. ¡Vámonos!

Las calles estaban abarrotadas de gente y animales. Ya olían los ázimos en los hornos de pan. Olían también los perfumes de las célebres prostitutas de Jerusalén que, sin esperar la noche, se exhibían muy pintadas junto al muro de los asmoneos. En todas las esquinas del barrio bajo se apostaba a los dados y se jugaba al reyecito. Las tabernas estaban repletas de borrachos y los niños salían a robarse las sobras de las mesas. Salimos por la muralla de Oriente. Atravesamos el torrente Cedrón, que en primavera llevaba mucha agua. Subimos el Monte de los Olivos y llegamos a Betania, donde los galileos siempre encontrábamos albergue para pasar los días de Pascua. Atrás quedaba Jerusalén, llena de luces y ruidos. El hambre, la injusticia y la mentira, guardaban, soñolientas y satisfechas, las puertas amuralladas de la ciudad del rey David.

---

1. El viaje a Jerusalén, con ocasión de las grandes peregrinaciones de **Pascua**, se hacía a pie. Como Cafarnaum está separada de Jerusalén por unos 200 kilómetros, Jesús y sus compañeros de caravana harían el trayecto en cuatro o cinco jornadas de camino. Cuando ya se acercaban a la ciudad santa, los peregrinos tenían la costumbre de cantar los llamados "salmos de las subidas" (Salmos 120 al 134). Entre los más populares estaba el que dice: "Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén" (Salmo 121).

2. **Jerusalén** significa "ciudad de paz". Es una de las ciudades más antiguas del mundo. Está construida sobre una meseta rocosa, flanqueada por dos profundos valles, el del Cedrón y el de la Gehenna. Mil años antes de nacer Jesús, Jerusalén fue conquistada por el rey David a los jebuseos y se convirtió en la capital del reino. A lo largo de su historia, Jerusalén ha sido destruida total o parcialmente en más de 20 ocasiones. Una de las destrucciones más terribles la sufrió 586 años antes de Jesús, cuando los babilonios la arrasaron hasta los cimientos. Otra, la definitiva, 70 años después de la muerte de Jesús. En este caso, a manos de las tropas romanas, que sofocaron así la insurrección de los zelotes.

Jerusalén es una ciudad rodeada de murallas, a la que se entra por una docena de puertas. Las numerosas guerras y destrucciones soportadas por la ciudad hacen que en la actual Jerusalén se superpongan zonas y construcciones más o menos antiguas con otras más recientes. Son innumerables los recuerdos auténticos del tiempo de Jesús.

Jerusalén fue, desde el tiempo de los profetas hasta los escritos del Nuevo Testamento, el símbolo de la ciudad mesiánica, de la ciudad donde vive Dios, el lugar donde al final de los tiempos se congregarán todos los pueblos para la fiesta del Mesías (Isaías 60; 1-22; 1-12; Miqueas 1, 1-5; Apocalipsis 21, 1-27). A Jerusalén también se le da el nombre de Sión, por estar construida sobre un montículo que lleva ese antiguo nombre.

Jerusalén era capital del país y centro de la vida política y religiosa de Israel. Se calcula que en tiempos de Jesús vivirían dentro de sus murallas unas 20 mil personas y fuera de ellas, en la ciudad que se iba

extendiendo por los alrededores, entre 5 mil y 10 mil habitantes. La población total de Palestina era de 500 mil ó 600 mil habitantes. En las fiestas de Pascua llegaban a Jerusalén unos 125 mil peregrinos, con lo que la ciudad desbordaba de gente. Las muchedumbres de visitantes -nacionales y extranjeros- multiplicaban los negocios y sus beneficios, favorecían todo tipo de revueltas y tumultos y convertían la ciudad en una auténtica marejada humana, en la que la gente del campo o de pueblos pequeños debía encontrarse sorprendida y confusa.

3. Adosada a la parte norte del Templo de Jerusalén, estaba la **Torre Antonia**, fortificación amurallada, que servía como cuartel de una guarnición romana. La Antonia fue una de las grandes obras arquitectónicas de Herodes el Grande, que remodeló para ello la fortaleza Bira, dándole el nombre de Marco Antonio, su aliado en Roma. Herodes hizo en la Antonia un pequeño palacio y la incorporó al edificio del Templo. La fortaleza tenía 20 metros de altura con cuatro torres, de 25 metros de alto cada una, a excepción de la que dominaba el Templo, que era aún más alta: 35 metros. Desde la Torre Antonia, los soldados romanos vigilaban continuamente la explanada del Templo. Esta vigilancia se extremaba en la fiesta de Pascua, cuando el gentío era superior al acostumbrado.

4. **Marcos** es mencionado por primera vez en el libro de los Hechos de los Apóstoles (12, 25), acompañando a Pablo en su viaje de Jerusalén a Antioquía. Era primo de Bernabé, otro compañero de Pablo en sus viajes. En distintas ocasiones Marcos -su nombre entero era Juan Marcos- aparece también junto a Pablo y junto a Pedro, quien en una carta le llama "su hijo" (1 Pedro 2, 13). De Marcos se sabe, por varios datos del Nuevo Testamento, que era de Jerusalén, donde vivía su madre, que Pedro tuvo amistad con él y su familia y que los primeros cristianos se reunían habitualmente en su casa (Hechos 12, 12). Desde el siglo II se le considera autor del segundo evangelio.

5. Dentro de las murallas de Jerusalén, entre las grandes construcciones de la ciudad, destacaba el **Templo**, descomunal y lujoso edificio que equivalía por su superficie a la quinta parte de la extensión de toda la ciudad amurallada. Esto puede dar una idea de tan impresionante construcción, centro religioso y financiero del país.

6. En torno al Templo de Jerusalén abundaban siempre, y especialmente en los días de Pascua, hombres y mujeres que cumplían promesas religiosas, mendigos que pedían **limosna**, multitudes que oraban o hacían penitencias. Era costumbre

que la hora de la oración de la tarde fuera anunciada desde el Templo con el resonar de las trompetas. Algunos fariseos lo preparaban todo para que en el instante en que se oyera esta llamada se encontraran ellos, como por casualidad, en medio de la calle para así tener que rezar ante todo el mundo y la gente los tuviera por muy piadosos. Para estas oraciones, los fariseos se cubrían con mantos blancos y se amarraban a la frente las filacterias, unas cajitas negras de cuero en las que introducían papelitos con versículos de las Escrituras.

## 50- LA TABERNA DE BETANIA

A poca distancia de Jerusalén, al otro lado del Monte de los Olivos, está Betania, un pueblo pequeño y blanco, rodeado de datileras. Eso quiere decir su nombre: tierra de dátiles. Cuando los galileos íbamos a Jerusalén, terminábamos siempre buscando posada allá,(1) en alguna de las fondas de Betania.(2)

*Lázaro* - ¡Marta, mira a ver ese pan que pusiste en el horno! ¡Huele a quemado! ¡Y tú, María, deja de hablar y prepara otras seis esteras! La, la, rá, la, rí... ¡Este es el mejor tiempo del año, sí señor! ¡Jerusalén revienta de peregrinos!

*María* - ¡Y yo me voy a reventar los riñones! No hago más que agacharme y levantarme preparando esteras. Oye, hermano, esto ya está muy lleno. No cabe ni una aguja. Si alguien viene pidiendo posada, di que no, que ya no hay sitio.

*Lázaro* - Pero, muchacha, ¿tú no sabes que al que dice no a un galileo se le seca la lengua y le empiezan a salir gusanos por las orejas? Trae mala suerte decirle no a un galileo. ¡Aquí hay sitio para veinte más, si lo sabré yo, que me conozco esta taberna mejor que la palma de mi mano! ¡Epa, Marta, ayúdame con esta sopa, que los clientes están esperando!

*Marta* - ¡Ya voy, hombre, ya voy! ¡No tengo siete manos!

La Palmera Bonita se llamaba la taberna de Lázaro en Betania.(3) En ella se amontonaban mulos, hombres y camellos en las grandes fiestas que vivía Jerusalén, tres veces al año. Y, sobre todo, en la Pascua. Entonces, cuando la taberna estaba rebosando de gente y de animales y el aire se espesaba con el olor a vino, a sudor y a boñiga, era cuando Lázaro se sentía completamente feliz.

*Lázaro* - ¿Qué me dicen de esta sopa, eh? ¡Sírvanse, sírvanse más, que aún tengo otro caldero! ¡No quiero que nadie pase hambre en mi casa! ¡Aquí se duerme bien y se come mejor! ¡Para que lo cuenten después por todo el norte!

Lázaro era un hombre gordo y grande, con una tamaña barba que terminaba donde empezaba su abultada barriga.(4) Había nacido en Galilea y fue de muy joven a Judea. Desde entonces, se encargó de levantar aquel negocio. No había tenido mujer. Cuando le preguntaban, contestaba siempre que él estaba casado con su taberna y se relamía de gusto sus bigotes negros.

Lázaro - ¡Marta, ve preparando cuatro cabezas de cordero! ¡Estos paisanos quieren probar la especialidad de la casa!

Marta - Te advierto que tardarán un poco en hacerse. No puedo estar en todas partes a la vez.

Lázaro - No hay prisa, mujer, no te apures...

Marta - Tú no tendrás prisa, pero éstos sí tienen hambre. Y no me gusta hacer esperar a la gente.

Lázaro - Prepara las cabezas de cordero y calla. ¡Si no las quieren ellos, nos las zamparemos nosotros!

Marta - ¡Pero si acabas de comer, Lázaro! ¡Pareces un saco sin fondo!

Marta, la hermana mayor de Lázaro, era una mujer fuerte, de brazos robustos y piernas ágiles. Trabajaba en la fonda desde hacía unos años cuando quedó viuda. Y trabajaba mucho. Lázaro la quería y confiaba en ella. Desde que Marta lo ayudaba en la taberna, el negocio había subido como la espuma del vino al fermentar. María, la otra hermana de Lázaro, era muy distinta.

María - ¡Ay, Lázaro, ay!

Lázaro - ¿Qué pasa, María?

María - No sabes lo que me ha estado contando ese Salim, el camellero que acaba de llegar. Dice que por Samaria se encontró con una docena de ladrones. ¡Llevaban un cuchillo en la boca y salían de debajo de las piedras, como los alacranes!

Lázaro - Cuentos, cuentos...

María - Pero, Lázaro, ¡imagínate que alguno de los que han llegado ayer del norte sea uno de éstos! Hay un manco que no me gusta nada.

Lázaro - Si es manco, ¿cómo va a ser ladrón, María?

María - ¡Le queda una mano, Lázaro! Ese hombre está raro, te lo digo yo. Estuve registrando en el saco y allá en el fondo brillaba una cosa... ¿No será de esa pandilla? Este camellero que te digo me contaba que esos ladrones lo que buscan son joyas.

Lázaro - Bueno, pues si es eso lo que buscan, se van a ir con las manos limpias. ¡Aquí lo único que encuentran son calderos de sopa y ratas!

María - Lázaro...

Lázaro - ¿Qué pasa, María? No me asustan tus cuentos de ladrones.

María - No, si no es eso. Mira, ese camellero que te digo... yo creo que sería un buen marido para Marta, ¿no crees? Parece muy honrado. Y tiene unas manos grandes y fuertes. La sabría defender.

Lázaro - ¿Defenderla de quién? ¡Marta se sabe defender

solita! Anda, no enredes más. ¿Ya preparaste las esteras que te dije?

*María* - ¡Uy, se me había olvidado! Hablando con el camellero...

*Lázaro* - ¡Diablos, todo se te olvida! ¡Corre a prepararlas! ¡Anda, corre!

María era la otra hermana de Lázaro. Tenía los ojos grandes y algo bizcos, como dos pájaros sueltos que se iban detrás de todo lo que veían. Era fea, pero tan alegre, que al poco rato de estar hablando con ella, uno no se fijaba más que en su boca, que sonreía siempre. Su marido la había abandonado hacía unos meses. Y desde entonces, también trabajaba con Lázaro en la taberna.

*Lázaro* - ¡María, ve preparando más esteras de las que te dije! ¡Ahí vienen otros galileos!

Pasado el mediodía, llegamos a la Palmera Bonita. En Jerusalén nos dijeron que allá podríamos encontrar posada. Veníamos cansados del camino, llenos de polvo y con las tripas vacías. Cuando nos acercábamos a la taberna, Lázaro salió a recibirnos a la puerta.

*Lázaro* - Eh, ustedes, ¿cuántos son?

*Juan* - Cuenta, cuenta... todos los que ves aquí.

*Lázaro* - Seis, ocho, doce... trece. Trece: dicen que ese número trae mala suerte.

*Tomás* - Ya lo de-de-decía yo.

*Lázaro* - ¡Pero a mí nunca un galileo me ha traído mala suerte! ¡Al contrario! ¿Son de por allá, no?

*Pedro* - Casi todos. Bueno, éste del pañuelo amarillo, no. Y el de las pecas, tampoco.

*Tomás* - Yo soy de Judea tam-tam-también.

*Jesús* - Bueno, amigo, ¿hay sitio para nosotros o no?

*Lázaro* - ¡Pues claro que sí, galileos, claro que lo hay! Donde caben siete ovejas, cabe el rebaño entero, ¿no es así? Además, llegan ustedes a tiempo de hincarle el diente a unas cabezas de cordero que se están haciendo. ¿Qué? ¿No les llega el aroma? Se las iban a comer otros clientes, pero no tuvieron paciencia de esperar a que los sesos se pusieran bien blanditos! Estaba escrito en el libro de los cielos que esas cabezas irían a parar a la panza de ustedes. ¡Ea, vengan adentro!

Cuando entramos en la taberna de Lázaro, Marta estaba recogiendo las sobras de la comida que había servido un poco antes a más de cuatro docenas de paisanos. En los rincones del amplio patio todavía quedaban algunos bebiendo y jugando a los dados. Los chivos mordisqueaban en el suelo

pedazos de pan y un camello paseaba lentamente sus jorobas ante nuestros ojos.

*Lázaro* - ¡Eh, Marta, prepara también una olla de garbanzos! ¡Y saca vino! ¡Aquí hay más clientes y tienen hambre! ¡Y tú, María, ven acá corriendo! Siéntense por ahí, camaradas, que podrán comer enseguida. Bueno, y cuéntenme, ¿qué noticias hay por Galilea? ¿Cuándo le cortan el pescuezo a Herodes? ¿De dónde vienen ahora?

*Juan* - De Cafarnaum. Nos juntamos allá para venir a celebrar la Pascua.

*Pedro* - Y cuéntenos tú qué hay por Jerusalén. Hemos visto muchos soldados.

*Lázaro* - Todos los años es lo mismo. Pero este año hay más guardias que ratas. Y cada uno tiene cuatro ojos delante y otros cuatro detrás. ¡Hay que andarse con mucho cuidado!

*María* - ¿Qué, Lázaro? ¿Cuántos han venido?

*Lázaro* - Son trece, María. Vete a preparar trece esteras.

*María* - Pero, Lázaro, ¿no sabes cómo está eso? Se pisan unos a otros.

*Lázaro* - Busca trece agujeros donde Dios te dé a entender, María. Pero antes atiéndeme a estos compatriotas mientras yo voy recogiendo por ahí... Y ustedes, no le hagan mucho caso a esta hermana mía. Si se descuidan, los enreda en su madeja y de ahí no salen.

*María* - ¿De dónde eres tú? ¿Galileo, verdad?

*Juan* - Sí. Vivo en Cafarnaum.

*María* - ¡Ay, mira, de Cafarnaum! De ahí conocí yo a un tal Pánfilo... ¡me contaba cada cosa! Decía que Cafarnaum es una ciudad muy bonita y con más jardines que Babilonia, y tan grande que hacen falta dos pares de sandalias para recorrerla de una punta a otra. Y me decía también que en el lago hay unos peces así de grandes, de cuatro colores, bendito sea Dios, y unas palmeras así de altas, que tapan el sol con los penachos... ¡Ay, caramba, lo que me gustaría a mí viajar allá al norte y conocer todo aquello! Pero, imagínense, paisanos, una aquí, amarrada a esta taberna para sacarla adelante. Ah, pero eso sí, cuando sea vieja, ya verán, entonces le voy a dar la vuelta al país entero, aunque sea montada en ese camello. Así que de Cafarnaum, de donde Pánfilo. Y tú, ¿qué? ¿También eres de allá?

*Pedro* - No, yo soy de más arriba. De Betsaida.

*María* - ¿De la grande o de la chica? Por aquí vino un tipo de Betsaida que andaba enamorado de mí. Pero



era bizco, así como yo. Bueno, peor que yo. No nos entendíamos. Cuando yo miraba para un lado, él miraba para el otro... ¡era un lío! ¡Dos bizcos no se pueden casar! Oye, ¿y de dónde eres tú?

*Jesús* - De Nazaret.

*María* - ¿De Nazaret? ¡Uy, en mi vida había oído hablar de ese pueblo!

*Jesús* - Ni yo tampoco, María, hasta que nací en él.

*María* - ¿Y dónde queda eso, tú?

*Jesús* - Lejos, muy lejos. Donde el diablo dio las tres voces, y nadie lo oyó.

*María* - ¡Ay, qué risa!

*Jesús* - Aquello es muy pequeño, ¿sabes? No es como Cafarnaum. Pero también las cosas pequeñas son importantes, no creas. Fíjate en ésta: Pequeña como un ratón y guarda la casa como un león. ¡Una, dos y tres: dime qué cosa es!

*María* - Pequeña como un ratón y... ¡la llave! ¡Adiviné, adiviné!

*Jesús* - Escucha ésta entonces: Pequeño como una nuez, sube al monte y no tiene pies.

*María* - Espérate... una nuez sube al monte... ¡el caracol! ¡Otra, otra!

*Jesús* - Ésta sí que la pierdes. Escucha bien: No tiene hueso, nunca está quieta, y con más filo que una tijera.

*María* - No tiene hueso... Ésa no la sé...

*Jesús* - ¡La lengua tuya, María, la lengua tuya que no se cansa de hablar!

*María* - Ah, no, eso no se vale, no... ¡ay, qué risa!... Oye, ¿y tú cómo te llamas?

*Jesús* - Jesús.

*Tomás* - Le di-di-dicen el mo-mo-moreno.

*María* - ¿Tienes mal la garganta? Mira, si quieres, te doy una receta: dos medidas de agua y dos de yerbalinda que haya estado en remojo durante tres días. Haces gárgaras y la lengua se te suelta a hablar que da gusto.

*Juan* - Ésta debe haber tornado mucho de ese jarabe, ¿no?

Al fondo de la taberna, Marta comenzó a impacientarse...

*Marta* - ¡Lázaro, Lázaro! Pero, ¿es que no te enteras que María no para de darle a la lengua y me ha dejado sola con todo el trabajo que hay en la cocina? ¡Dile que me ayude!

*Lázaro* - ¡Al diablo con estas mujeres! ¡Arréglenselas ustedes como puedan!

Entonces Marta se acercó a donde estábamos sentados. Sobre su vestido de rayas llevaba un delantal grande, lleno de grasa, que olía a cebolla y a ajo.

*Marta* - Miren, ustedes me perdonarán, pero si hay que preparar comida para trece y esta hermana mía no hace más que parlotear, no vamos a acabar nunca. No le hablen más, a ver si viene a echarme una mano.

*María* - Marta, oye esto: "pequeña como un ratón y guarda la casa como un león"... ¿Eh?... ¡La llave!

*Marta* - Vamos, María, por Dios, que no acabamos nunca.

*Jesús* - Pero, Marta, no te preocupes tanto. Tenemos hambre y a buen hambre no hay pan duro. Con cualquier cosa nos arreglamos. No te apures, no es necesario. Verás, María, oye ésta otra: Pequeña como un pepino y va dando voces por el camino...

María se quedó todavía un buen rato conversando. Se reía con nosotros y nosotros nos reíamos con ella. La alegría que contagiaba era más necesaria que el pan y que la sal. De todas formas, cuando Marta nos trajo aquellas cabezas de cordero que tanto habla elogiado Lázaro, nos las zampamos en un momento. Recuerdo que no dejamos ni los huesos.

Lucas 10,38-42

---

1. En los días de fiesta era difícil encontrar **posada** o alojamiento en Jerusalén, por la aglomeración de peregrinos. Tantos llegaban a reunirse, que un dicho de la época afirmaba que uno de los diez milagros que Dios realizaba desde el Templo era que todos cupieran en la ciudad. Era imposible que todos se alojaran en albergues situados dentro de las murallas y los que no cabían tenían que irse a los pueblos vecinos. Es improbable que los peregrinos acamparan al raso, pues en tiempo de Pascua las noches en Jerusalén, rodeada por el desierto, son muy frías. Así como los distintos sectores de la población tenían sus barrios fijos en la capital, así también los distintos grupos de peregrinos tenían sus lugares habituales de hospedaje. Todo hace suponer que el campamento de los que llegaban de Galilea estaba situado hacia la parte occidental de la ciudad, por donde está Betania.

2. **Betania** es un pequeño pueblo situado a unos seis

kilómetros al este de Jerusalén, más allá del Monte de los Olivos, en el camino que va a Jericó. Actualmente, se le llama también El-Azariye, en recuerdo de Lázaro. En los sótanos de una iglesia dedicada a Marta, María y Lázaro se conserva una gran prensa de aceitunas y un pozo de la época de Jesús.

3. En toda ciudad israelita relativamente grande había albergues o **tabernas** para alojar a los peregrinos que iban de paso o a las caravanas de comerciantes. Estas hospederías consistían en un gran patio cercado, con pequeños cuartos alrededor, donde encontraban cobijo tanto los hombres como las cabalgaduras y otros animales. En la actualidad, en los países orientales hay aún hospederías de este tipo, a las que se llama "kans" (caravasares). En Israel hay una muy antigua en la ciudad de San Juan de Acre, puerto estratégico en tiempo de las Cruzadas.

4. Aunque de **Lázaro** y de sus hermanas Marta y María, nos dan poco datos los evangelios, una tradición cristiana bastante extendida los ha presentado como una familia de clase media o alta, que en una casa cómoda y tranquila recibían como huésped a Jesús, que iría allí como consejero espiritual cuando estaba cansado de andar mezclado con la gente. Esta imagen no tiene ninguna base. Los datos históricos acerca de las hospederías que había en la zona de Betania, cercana a Jerusalén dan pie para imaginarlos en otro marco: gente del pueblo, que vivía de su trabajo, nada refinados seguramente. Su amistad con Jesús sería fruto del frecuente contacto que tuvieron con él y sus amigos cuando viajaban a la capital.

## 51- DOS MONEDITAS DE COBRE

Aquella mañana, bien temprano, subimos al templo a rezar las oraciones de Pascua, según la costumbre de nuestros padres. Atravesamos el atrio de los gentiles y llegamos a la Puerta que llaman la Hermosa. Junto a ella, como siempre, una hilera de mendigos y de enfermos, levantaban sus manos suplicando una limosna.(1)

*Mendigo* - ¡Por el amor de Dios, una ayuda para este pobre ciego! ¡Dios se lo pagará, paisano, Dios se lo pagará!

*Mendiga* - ¡Forasteros, miren estas llagas y sientan lástima de mí!

Judas, el de Kariot, fue el primero en sacar un par de monedas y dárselas a aquella mujer que nos enseñaba sus piernas llenas de úlceras.

*Mendiga* - ¡Que Dios le dé larga vida y salud!

*Judas* - Vamos, Natanael, no seas tacaño. Dale algo tú también a esta infeliz.

*Natanael* - Si no es por no dárselo, Judas. Si a mí se me arruga el corazón como una pasa cuando veo esta miseria. Pero...

*Felipe* - Pero, ¿qué? Vamos, Nata, afloja el bolsillo. Nosotros estamos mal, pero estos infelices están peor.

*Natanael* - Ya lo sé, Felipe. Pero ése no es el problema.

*Felipe* - ¿Y cuál es el problema?

*Natanael* - ¿Qué se resuelve con un par de monedas, dime?

*Felipe* - Menos se resuelve con nada.

*Natanael* - ¿Y a quién le doy la limosna, Felipe? ¿A ésta de las piernas podridas o a aquel otro que está hinchado como un sapo o al ciego de allá o...?

*Mendiga* - ¡Por el amor de Dios, miren estas llagas y sientan lástima!

*Felipe* - Tú piensas mucho, Nata. Saca un denario y dáselo a esta pobre mujer. Hoy podrá echarse algo caliente en la tripa.

*Natanael* - Hoy, Felipe, hoy. Pero, ¿y mañana, eh?

*Felipe* - Mañana pasará otro por esta puerta y ya le dará otro denario.

*Natanael* - ¿Y si no se lo da?

*Felipe* - Bueno, Nata, ¿qué le vamos a hacer? Uno no puede echarse el mundo encima.

*Natanael* - Nosotros estaremos durmiendo tan tranquilos y esta infeliz aquí muriéndose de hambre.

*Felipe* - Está bien, me convenciste. Dale entonces dos denarios.

*Natanael* - ¿Y pasado mañana, Felipe?

*Felipe* - ¡Al cuerno contigo, Natanael! ¡Tú no sueltas un cobre y a mí me tienes atosigado! ¡Yo no soy el tesorero de los cielos!

*Judas* - Eh, ustedes, ¿qué les pasa? ¡Dense prisa!

*Natanael* - Ya vamos, Judas, ya vamos...

Pasamos la Puerta Hermosa y entramos en el atrio de las mujeres, donde está el Tesoro del Templo.(2) Allí, bajo un pequeño pórtico, se encontraban las cajas de bronce donde los israelitas entregábamos los diezmos. En aquellas alcancías también se recogían las ofrendas voluntarias de la gente. Durante los días de Pascua, eran muchos los peregrinos que venían a dar sus limosnas para el culto y el mantenimiento del Templo. Cuando nosotros llegamos, un rico comerciante, con turbante rojo y sandalias de seda, iba dejando caer en la alcancía, uno a uno, un puñado de siclos.

*Rico* - ¡Para que nuestro Templo brille siempre como brillan estas monedas de plata, amén!

*Mujer* - ¡Psst, vecina! ¿Sabes quién es ése? ¡Uno de los sobrinos del viejo Anás! Vive en la costa y le lleva el negocio del ganado por allá. ¡Mira qué anillo tiene! Con el precio de ese anillo le podría dar de comer a todos los infelices que están ahí junto a la puerta.

*Vecina* - Pues fíjate en aquel otro que está a su lado, el que va vestido de griego...

*Hombre* - ¿Ése no es el hijo del mercader Antonino?

*Mujer* - El mismito. Un buen hombre ése, sí señor.

*Hombre* - ¿Un qué? ¡Ja! ¡Que bien se ve que no lo conoces! ¡Ése trata mejor a sus caballos que a sus sirvientes! ¡Menudo señorito!

*Mercader* - ¡Para que nunca falte incienso en el altar de Dios, amén!

*Mujer* - ¡Oye a ése! ¡Aquí lo que falta es pan en la barriga de los pobres!

*Vecino* - ¡Cállate la boca, muchacha! ¿Cómo dices eso? Yo creo que tú estás perdiendo la fe. A mí me parece que ese novio tuyo te está metiendo unas ideas muy raras en la cabeza.

Nosotros también nos acercamos para echar nuestras limosnas en el Tesoro del Templo.

*Felipe* - ¡Vaya cola, compañeros! ¡Ni la del Leviatán!

*Judas* - Esto va para largo. Me parece que de aquí no salimos ni a la hora de nona.

*Felipe* - ¡Y con este sol! ¡Ea, Natanael, ponte un trapo en la cabeza, que ya te está brillando la calva! ¡Capaz de agarrar un tabardillo! Oye, pero,

¿quién me está metiendo la mano? ¿Qué pasa aquí?  
¡No empujen, caramba, que no hay para donde moverse!  
¡Tengo el cogote de este paisano metido en la boca y encima!  
Pero, ¿quién rayos me está haciendo cosquillas?

*Natanael* - Mírala, Felipe, es esta doña que se quiere colar por cualquier entresijo...

*Viuda* - A ver, mi'jo, déjame pasar... anda, sí, déjame pasar...

*Felipe* - Oiga, vieja, póngase en la fila como todos y no empuje.

*Hombre creído?* - ¡Pero, mira a esta carraca! ¿Qué se habrá creído?

*Viuda* - Sé bueno, mi'jo, anda, déjame pasar, sí... que mis nietecitos me están esperando en casa.

Una vieja flaquísima se fue abriendo paso entre todos. Seguramente era viuda, porque iba vestida de negro y llevaba la cara cubierta con un velo también negro. Sin hacer caso de las protestas, la mujer se adelantó y logró ponerse frente a la caja de las ofrendas.

*Hombre* - ¡Caramba con esta vieja! ¡Llega la última y quiere ser la primera!

*Mujer* - ¡Bueno, si ya se salió con la suya, por lo menos dese prisa!

La viuda comenzó a buscar el pañuelo donde guardaba sus monedas...

*Viuda* - Espérate, mi'jo... ¿Dónde he puesto yo el dinero?

Y se registraba en los bolsillos de la falda, en el cinturón, en el escote, pero no encontraba su pañuelo. La gente comenzó a impacientarse.

*Hombre* - Pero, bueno, abuela, ¿usted vino a echar limosna o a rezar delante de la alcancía para que le den a usted?

*Mujer* - ¡Oye tú, saquen a esa vieja de ahí! ¿Qué se piensa? ¿Que nos va a tener esperando toda la mañana?

*Viuda* - Pero, ¿dónde puse yo mi dinero, mi'jo? ¿O será que me lo han robado, eh? ¡Ahora hay mucha gente mala en la ciudad, muchos ladrones!

*Hombre* - ¿Quién te va a robar nada a ti, saco de huesos? ¡Ni el diablo carga ya contigo!

*Mercader* - ¡Si no sabes dónde demonios guardaste el dinero, vete a tomar fresco y vuelve cuando lo encuentres!

*Mujer* - ¡Saquen a esa bruja de ahí!

Las protestas fueron subiendo de tono. Pero la viuda no perdió la calma por eso. Siguió buscando y rebuscando su pañuelo hasta que por fin lo encontró en una de las mangas del vestido.

*Viuda* - Aquí está, aquí está. Por eso decía mi padre que dinero bien guardado, es dinero asegurado.

*Hombre* - ¡Vamos, vieja, acabe de una vez y lárguese...!

La viuda desató con cuidado el pañuelo y dentro de él aparecieron los dos céntimos de cobre que venía a ofrecer.

*Mercader* - ¡Tanta historia para dos miserables céntimos! ¡Vete de aquí, roñosa, y no ensucies el Tesoro del Templo con tus cochinas monedas!

*Viuda* - ¿Cómo dices, mi'jo? Habla más alto que yo estoy un poco sorda.

*Mercader* - ¡Que mejor te tragas esas asquerosas monedas! ¡Aquí no hacen falta!

*Viuda* - ¿Que me trague las monedas? Pero, ¿qué estás diciendo tú, mi'jo? Un nietecito mío se tragó un día un céntimo y se le tupió esto de aquí y...

*Mercader* - ¡Al diablo contigo, maldita vieja! ¡Ya me acabaste la paciencia! ¡Vete, vete!

*Viuda* - Pero, mi'jo, yo...

*Mercader* - ¡Que te largues te digo!

EL hombre agarró a la viuda por un brazo y la empujó fuera del pórtico. Los dos céntimos rodaron sobre las baldosas del piso.

*Mercader* - ¡Ponte allá junto a la puerta con los otros mendigos, que ése es tu sitio!

Pero la viuda, agachada en el suelo, buscaba la dos moneditas que se le habían caído.

*Jesús* - ¡Aquí hay una, abuela! Tome usted.

*Viuda* - Ay, mi'jo, gracias, porque yo estoy ya más cegata que un topo... ¡Estos ojos míos!

*Judas* - ¡Aquí está la otra!

*Viuda* - ¡Ay, pero cuántas gracias les tengo que dar a ustedes!... ¡Qué muchachos tan educados!

*Jesús* - Guárdese las gracias, abuela, que le van a quitar el turno. Vamos, ustedes, córranse un poco...

La viuda se acercó nuevamente a la caja de las ofrendas, acompañada por Judas y Jesús, que le habían devuelto sus

dos monedas de cobre.

*Viuda* - A ver, mi'jo, déjame pasar, anda, dame un lugarcito...

*Mercader* - ¿Otra vez? ¡Te dije que te fueras de aquí, vieja atravesada!

*Jesús* - ¿Y por qué se tiene que ir, si se puede saber?

*Mercader* - Porque ya me llenó la copa.

*Jesús* - Ella viene a dar su limosna al Templo como tú y como todos.

*Mercader* - Ella viene a dar dos céntimos sobados que no sirven ni para comprar la mecha de una de las velas del candelabro, ¿me oyes?

*Jesús* - Pues mira, esta vieja atravesada, como dices, va a echar en la alcancía más limosna que tú.

*Mercader* - ¿Ah, sí? ¿No me digas? ¿Y cómo sabes tú lo que voy a echar yo?

*Jesús* - No lo sé. Pero estoy seguro que tú echas de lo que te sobra. Y esta pobre viuda da lo poco que tiene para vivir. La limosna de ella vale más a los ojos de Dios.

*Mercader* - ¡Qué gracioso este galileo! ¡A los ojos de Dios, a los ojos de Dios! Pero ocurre que las cortinas y las copas del altar y los ornamentos de los sacerdotes no se pagan con centavitos de viuda sino con mucha plata y mucho oro.

*Judas* - ¿Y no te parece a ti que algo anda al revés en todo esto?

Judas, el de Kariot, se acercó al comerciante...

*Judas* - El templo de Dios tiene las paredes cubiertas de oro y mármol, mientras los hijos de Dios se mueren de hambre ahí fuera. ¿No te parece que algo anda mal?

*Mercader* - Lo que me parece es que ustedes se están metiendo en lo que no les importa. El templo es un lugar santo y todo lo que se haga por embellecer el templo es poco, porque Dios se merece eso y mucho más.

*Jesús* - El verdadero templo de Dios es el corazón de la gente. Dios no vive entre piedras, sino en la carne de todos éstos que están gritando de hambre junto a la puerta.

*Mercader* - ¡Lo que me faltaba por oír! ¡Ya no hay respeto para las cosas sagradas ni para la religión!

*Hombre* - Maldita sea, pero, ¿qué está pasando hoy aquí? ¡Primero la vieja y ahora ustedes! ¡Ea, llamen a un levita y que venga a poner un poco de orden!

En ese momento, pasó un sacerdote cerca de las cajas de las



ofrendas.

**Sacerdote** - A ver, ¿qué chachareo se traen ustedes, eh? Si no van a dar limosna, ¡váyanse a otra parte y no molesten!

**Jesús** - Vamos, abuela, eche las moneditas y vuelva a su casa.

**Viuda** - ¿Cómo dices, mi'jo?

**Jesús** - ¡Que eche sus monedas y vuelva a su casa!

**Viuda** - Ah, sí, claro... las monedas... vaya por Dios, ¿Y dónde las habré metido yo ahora? Ustedes me las dieron, ¿verdad? Espérate, mi'jo, deja ver dónde las puse...

**Jesús** - Mire, si quiere, no las eche aquí. Déselas a aquellos mendigos de la puerta.

**Viuda** - Habla más duro, mi'jo, que yo estoy sorda y no me entero de nada.

**Jesús** - No, qué va, usted no es la sorda, abuela. Los sordos somos nosotros que no queremos oír el grito de tantos que se mueren de hambre mientras la casa de Dios tiene las arcas llenas.

**Sacerdote** - ¡Vamos, vamos, no se demoren, que hay muchos esperando! ¡Bendito sea Dios que siempre encuentra almas generosas para sostener el culto y el esplendor de su santuario!

Y la viuda acabó encontrando sus dos moneditas de cobre y las echó en el Tesoro del Templo. Después, se alejó por la calle de los tejedores, despacio, hacia la casucha destartalada donde vivía, allá en el barrio de Ofel.

Marcos 12,41-44; Lucas 21,1-4.

---

1. En tiempos de Jesús, Jerusalén era un centro de mendicidad. Como se consideraba especialmente grato a Dios dar **limosna** en Jerusalén, esto fomentaba aún más el número de mendigos. Los limosneros se concentraban especialmente cerca del Templo, donde muchos de ellos no podían entrar si padecían alguna de las enfermedades que se consideraban impedimento para estar en presencia de Dios: leprosos, tullidos, enfermos mentales.

2. En el Templo de Jerusalén, junto al atrio de las mujeres, estaba el llamado **Tesoro del Templo**, en el que los israelitas entregaban ofrendas para el culto. En la fachada exterior del atrio había trece alcancías de madera en forma de trompetas, para recoger las ofrendas

obligatorias y las voluntarias. Entre las obligatorias estaba el diezmo que pagaba anualmente al Templo todo israelita varón mayor de 20 años. En tiempos de Jesús eran dos dracmas o dos denarios, equivalentes al jornal de dos días. Había otros dineros también obligatorios que debían ofrendarse para el culto: para incienso, oro, plata, tórtolas. Las limosnas voluntarias eran de muy diversa clase: por expiación de una falta, por purificaciones. En las fiestas había mayores aglomeraciones en el Tesoro, pues gentes de todo el país acudían a cumplir su deber religioso de sostener el culto.

El Tesoro del Templo tuvo siempre fama de lujoso y opulento. Los poderosos del país dejaban allí riquezas de valor incalculable en objetos preciosos y también en dinero. El Tesoro hacía también para ellos las funciones de un banco. Muchas familias depositaban allí sus bienes, sobre todo las de la aristocracia y las de los sacerdotes. Esto hacía del Templo la institución financiera más importante del país.

## 52- LAS DIEZ DRACMAS

- Pedro* - ¡Arriba, muchachos, que ya es de día! Hummm...  
¡Eh, Felipe, Tomás, Judas! ¡Vamos, Natanael, no te escondas debajo de la estera! ¡Y tú, Jesús, deja de hacerte el dormido, que ya te conozco el truco! ¡Ea, arriba, espabilense!
- Santiago* - ¡Caramba contigo, Pedro, no dejas dormir a nadie! Por la noche roncas más que un cerdo y ahora te levantas antes que los gallos!
- Pedro* - ¡No refunfuñes más, pelirrojo, y levántate de una vez!

Pedro nos despertó cuando aún brillaban algunas estrellas en el cielo. A regañadientes, todos nos fuimos desperezando y nos acercamos a la fuente que había en una esquina del patio para echarnos agua fresca en la cara. Aunque temprano, la taberna de Lázaro en Betania bullía ya con el centenar de peregrinos que la llenábamos. Al salir del patio, pasamos por el fogón de la taberna. Allí estaba Marta, la hermana de Lázaro.

- Marta* - ¡Buenos días, muchachos! ¿Qué? ¿Han dormido ustedes bien?
- Pedro* - ¡Muy bien, sí, señora! Ahora lo que tenemos es un poco de hambre. Bueno, mejor dicho, mucha hambre...
- Marta* - Pues metan mano y saquen un puñado de dátiles de ese barril. Para eso están, para entretener la barriga.
- Lázaro* - Uff... Esta Dorotea tiene más leche que la difunta Engracia que crió a todos los muchachos de Betania. ¡Toma, Marta! ¿Qué, amigos? ¿Quieren probarla? ¡Está bien caliente y con espuma! No hay mejor leche que la de esta chiva, ¡que Dios le bendiga las ubres!
- Pedro* - ¡Y a nosotros la panza! Sí, danos un poco a ver qué tal está.
- Marta* - Sírvales tú, Lázaro, que tengo que preparar el pan. Ya está aclarando y aún no he amasado la harina.

Lázaro llenó un caldero y nos ofreció. La leche recién ordeñada de la chiva Dorotea fue pasando de boca en boca entre admiraciones. Mientras tanto, Marta, con su vestido de rayas arremangado, amasaba el pan hundiendo sus ágiles dedos en la harina... Cuando el último de los trece alzaba el caldero de leche relamiéndose de gusto, apareció por el fogón María, la otra hermana de Lázaro con las lágrimas saltándole en los ojos.

*María* - ¡Lázaro! ¡Marta! ¡Ay, ay, ay, ay!... ¡Ay, lo que me ha pasado!

*Lázaro* - Pero, ¿éstas son horas de levantarse, condenada? ¡Dios de los cielos, qué hermana me diste! ¿Te has quedado dormida como siempre, no?

*María* - Que no, Lázaro, que no, que me he despertado con el primer canto del gallo y me he puesto enseguida a trabajar. Pero... pero ya ves cómo trabajar tanto trae mala suerte... ¡ay!

*Marta* - A ver, ¿qué te ha pasado, María? ¡Dilo de una vez!

*María* - Marta, ayúdame tú a buscarla. Yo no la veo por ninguna parte... ¡ay!

*Lázaro* - Pero, ¿qué diablos es lo que se te ha perdido?

*María* - Una de las dracmas, una de mis diez monedas.(1) Estuve llevando troncos del patio al fogón y cuando me di cuenta... ¡sólo tengo nueve! ¡Me falta una!

En nuestro pueblo, las mujeres se colgaban de las orejas o en los bordes del pañuelo, sobre la frente, diez monedas. Eran un recuerdo de la dote que por ellas habían pagado sus padres el día de la boda, cuando las entregaron en matrimonio. Para todas las mujeres de Israel aquellas moneditas tenían un gran valor. Algunas, como María, la de Betania, no se las quitaban ni para dormir.

*Lázaro* - Bueno, no llores más, mujer, que ya aparecerá.

*María* - Pero es que se debe haber caído en la leñera y allí está muy oscuro. No se ve nada. ¡Ay, qué pena más grande! ¡Ay, qué desgracia, qué desgracia!

*Lázaro* - ¡Pero qué mujer más escandalosa ésta! Cuando está contenta es un torbellino y cuando está triste es un terremoto. No sé qué es peor.

*Marta* - No llores más, María. Después barreremos bien ese rincón y ya verás que aparece. Pero déjame acabar primero de amasar la harina. Ya le he puesto la levadura.

*María* - ¡Ay, mi moneda! ¡Ay, mi moneda!

Cuando salimos de la posada de Lázaro, dejamos a María llorando sin consuelo por su dracma perdida y a Marta amasando el pan. Atravesamos el Monte de los Olivos y entramos en la gran ciudad de Jerusalén que, como siempre, reventaba de gente.

*Pedro* - ¡Se acabaron las aceitunas, compañeros! ¡Aquí va la última!

*Santiago* - ¡Pero todavía hay vino para un rato! ¡Bueno, a

no ser que este caneco de Mateo se lo acabe en dos tragos!

*Mateo* - ¡Métete tú en lo tuyo y a mí déjame en paz!

*Natanael* - Podemos comprar más aceitunas o algo de queso, si quieren.

*Pedro* - Claro que queremos, Nata. Ea, aflojen los bolsillos... ¡a partes iguales!

A mediodía, entramos en una taberna de la calle de los bataneros para comer algo. Los días en Jerusalén iban pasando y ya nos quedaban pocos antes de regresar a Cafarnaum. También nos quedaba poco dinero.

*Pedro* - ¿Tú, Felipe?

*Felipe* - ¿Yo, qué, Pedro?

*Pedro* - Que sueltes un par de ases. Vamos, no mires para otro lado. ¿O es que no tienes hambre?

*Felipe* - Hambre sí, pero...

*Mateo* - Pero, como siempre, no tienes un cobre encima, ¿es eso, verdad?

*Felipe* - Bueno, lo que pasó fue que ayer un rufián me asaltó por la calle y me robó la poquita plata que me quedaba. ¡Ay, caramba, si lo llego a agarrar!

*Jesús* - ¿Un rufián, verdad? ¿A qué número apostaste, Felipe, vamos, confiésalo?

*Santiago* - Peor que eso, Jesús. ¿Sabes lo que le pasó a este cabezón? ¡Que le vieron cara de bobo y lo engancharon en ese concurso de pichones que tienen ahí en la plaza!

*Natanael* - Pero, Felipe, ¿será posible? ¡Si hasta los niños de teta saben que eso es una tomadura de pelo!

*Felipe* - Bueno, Nata, ¿y qué querías? Me dijeron que iba a ganarme una fortuna.

*Santiago* - ¡Y te dejaron más limpio que a la casta Susana cuando salió del baño!

*Natanael* - Pues a mí no me vengas a pedir ni un céntimo, ¿me oyes? ¡Yo no alimento babiecas!

*Felipe* - ¿Y qué hago entonces, Nata?

*Mateo* - ¡Como no te pongas a buscar la monedita que perdió María! ¡Con ésa al menos tendrías para el desayuno de mañana!

*Felipe* - Bah, no me hablen ahora de esa loca. Ayer fue el alboroto por el ratón y hoy por la dichosa moneda. Yo no sé cómo se las arregla esa bizca saltimbanquí, pero siempre se trae un lío entre manos.

*Jesús* - Pues si les cuento lo que me dijo anoche no se lo creen.

*Pedro* - ¿Quién? ¿María?

*Jesús* - Sí, me estuvo preguntando mucho por nosotros y hasta me dejó caer que a ella le gustaría hacer algo por el Reino de Dios.

*Santiago* - Y tú le dijiste que fuera a tocar la flauta a otro rincón.

*Jesús* - No, yo le dije que no lo habíamos pensado, pero que no era mala idea.

*Pedro* - ¿Que no habíamos pensado qué, Jesús?

*Jesús* - Eso, que María viniera con nosotros.

*Pedro* - Pero, ¿estás loco, moreno? ¿Meter mujeres en el grupo?(2)

*Jesús* - ¿Y por qué no, Pedro? ¿Tiene algo de malo?

*Pedro* - ¡No, no, no, hasta ahí podíamos llegar! Pero, ¿cuándo se ha visto que una mujer tenga parte en un asunto de hombres?

*Jesús* - Una no. Serían dos, porque Marta también está muy animada. Y el gordo Lázaro, ni se diga. Ellos tres nos podrían ayudar bastante por acá por el sur.

*Pedro* - Con Lázaro, lo que quieras. Pero mujeres no. Las mujeres en el fogón, caramba, que ése es su sitio.

*Jesús* - Y tú, pelirrojo, ¿qué dices?

*Santiago* - Yo lo que digo es que en mala hora Adán se echó a dormir la siesta. Tendríamos una costilla más y unos cuantos líos menos. De mujeres no quiero saber nada. A ver, ¿qué tienen que venir a buscar esas dos fregonas entre nosotros, dime?

*Jesús* - A buscar, nada. A dar su trabajo, a dar su opinión. En el Reino de Dios todo el mundo hace falta.

*Santiago* - ¡Su opinión! Pero, ven acá, Jesús, esa loca de María, ¿qué tiene que decir que nosotros no sepamos? Y Marta, la mofletuda, ¿va a enseñarnos algo? No, no, moreno, échate agua fría en el coco y olvídate de eso.

*Jesús* - Y a ti, Mateo, ¿qué te parece? ¿Tampoco abres la mano?

*Mateo* - Yo digo que, con mujeres o sin mujeres, este grupo va al fracaso. Sí, y no lo digo porque esté ahora bebido. Abran el ojo, señores: somos un puñadito de nada en medio de un montón de gente y de problemas. ¿Qué diablos podemos hacer nosotros, eh? Eso es lo que yo quiero que me digan.

*Jesús* - Pues mira tú, eso te lo podría responder Marta. ¿No la vieron esta mañana? ¿No vieron cómo preparaba el pan?

*Felipe* - ¿Cómo lo va a preparar, Jesús? Como todas las mujeres: con agua, con harina, aceite y...

*Jesús* - Y una pizca de levadura. Y Marta sabe que con

esa pizca se puede levantar toda la masa. Eso nos lo podría enseñar ella muy bien.

*Santiago* - Pero, ¿a qué viene ahora el cuento del pan, Jesús?

*Jesús* - Que nosotros somos como esa levadura, Santiago. (3) Y Dios, como la mujer que amasa.

*Felipe* - ¿Así que Dios es panadero? ¡Eso sí que no lo había oído nunca!

*Jesús* - No, panadero no. Panadera. Las mujeres tienen mejores manos para la cocina.

*Santiago* - Ten cuidado con lo que dices, moreno. ¡Que yo sepa, Dios es macho!

*Jesús* - ¿Ah, sí? ¿Y cuándo lo has visto tú para saber si es macho o hembra?

*Natanael* - Al menos, las Escrituras dicen que Dios es varón, ¿no?

*Jesús* - Lo que yo recuerdo que dicen las Escrituras es que Dios nos creó a su imagen. Y que nos creó varón y hembra. Si el hombre es imagen de Dios, la mujer también lo será.

*Pedro* - ¡Bueno, bueno, una cosa son las palabras de la Escritura y otra las pantorrillas de Marta!

*Felipe* - ¡Y otra peor la lengua de María! ¡No me digas que Dios también se parece a esa atolondrada!

*Jesús* - Pues mira que... ¡pues mira que sí! Escucha, Felipe: ¿no te fijaste cómo estaba María hoy, desesperada por la monedita que perdió?

*Felipe* - Eso es lo que te digo, Jesús, que esa mujer nunca se está quieta.

*Jesús* - Ni Dios tampoco. En eso se le parece mucho. Porque Dios también se desespera cuando un hijo se le pierde. Y se pone a buscarlo por todas partes. Le pasa lo mismo que a la mujer: no le basta con tener nueve dracmas. Si le falta una, es como si le faltaran todas. No quiere perder ni una sola de sus monedas.

*Pedro* - Oye, moreno, ¿a ti no se te habrá subido el vino a la cabeza?

Cuando el vino, el pan y las aceitunas se acabaron, salimos de la taberna. Dimos cuatro vueltas por la ciudad y luego, al ponerse el sol, regresamos a Betania. Ya cerca de la posada de Lázaro empezamos a oír la voz inconfundible de su hermana María. Al entrar, nos salió a recibir, bailando.

*María* - ¡Eh, los de Cafarnaum! ¡Miren! ¡Encontré mi moneda! ¡Miren mi dracma, la que me faltaba!

*Jesús* - ¿Y dónde estaba, María?

*María* - Allí, donde la leña. Tuve que encender lamparitas y barrerlo todo bien. ¡Pero la encontré! ¡A todo el que entra por esa puerta le

doy la noticia!

*Pedro* - No, si no hace falta entrar por ninguna puerta. ¡Desde Betfagé se oyen tus gritos!

*Jesús* - ¿Te das cuenta, Pedro? ¡Mírala qué contenta está! Dios también salta de alegría por la vida de cada uno de sus hijos, baila por nosotros con gritos de fiesta. Igual que María.

Nos fuimos a acostar muy tarde, cuando en el patio de la Palmera Bonita ya sólo se oían los cantos de los grillos. La luna llena de la pascua se colaba con su luz lechosa por las rendijas del tejado. Yo creo que aquella noche pensamos, por primera vez, que dormíamos en el regazo inmenso de nuestra madre Dios.(4)

Mateo 13,33; Lucas 13,21 y 15,8-10.

---

1. *En tiempos de Jesús, las mujeres se adornaban con monedas. Las cosían en los velos con que se cubrían la cara o el pelo, las incrustaban en distintos adornos de cabeza o se las colgaban como collares o aretes. Estas monedas eran en muchas ocasiones la dote que por ellas habían entregado sus padres al casarlas. Por tanto, eran su tesoro máspreciado, hasta el punto que había mujeres que no se separaban de ellas ni para dormir. Que el adorno -la dote- de una mujer fueran sólo diez dracmas era señal de pobreza.*

2. *Las mujeres en Israel estaban excluidas de la vida pública en cuanto a participación, decisión y responsabilidades. En la casa ocupaban también un puesto de segundo orden. Su formación se limitaba a prepararlas para los oficios domésticos. Aprendían a coser, a hilar, a cocinar. Generalmente, no les enseñaban a leer. En el campo y en ambientes populares, las mujeres trabajaban junto a los hombres en la recogida de los frutos y en su venta. Pero frente al marido, al padre o al hermano su categoría venía a ser la de una sirvienta. Decía un historiador judío de tiempos de Jesús: "La mujer es, en todos los aspectos, de menor valor que el hombre".*

*La discriminación de la mujer y el machismo de la sociedad israelita tenía varias justificaciones. Una de ellas era moral. Se pensaba que la mujer era débil y a la vez peligrosa y por eso debía estar al margen de la vida pública, donde podía tentar a los hombres o donde el hombre podía abusar de ella, dominado por sus pasiones.*



Tanto con sus palabras como con su actitud ante mujeres de muy distinta clase y en ocasiones muy diversas, Jesús rompió radicalmente con estas ideas. Incluso llegó a aceptar mujeres en su grupo. Desde su visión de la vida, el varón puede tener sobre sus instintos un dominio nacido de una nueva escala de valores, que purifica hasta la mirada (Mateo 5, 28). En ningún aspecto de la cultura de su tiempo Jesús se mostró tan revolucionario como en el trato que tuvo con las mujeres.

3. En las parábolas de la dracma perdida y de la **levadura**, Jesús hizo protagonistas de sus comparaciones a dos mujeres. Tuvo que resultar sorprendente. En la parábola de la levadura habló de lo que sucede en el reino de Dios: una pizca de levadura fermenta toda la masa y quien pone en marcha ese proceso es una mujer. La parábola de la dracma perdida expresa cómo es Dios, cómo se preocupa y cómo se alegra. Jesús comparó los sentimientos de Dios con los de una mujer. Fue una forma de decir que Dios no tiene sexo, que lo mismo un hombre que una mujer lo revelan.

4. Del mensaje de Jesús se puede deducir que Dios es nuestro Padre y también **nuestra Madre**. Llamar Madre a Dios tiene base en varios textos del Antiguo Testamento, que comparan el amor de Dios con el de una madre. (Isaías 49, 14-15; 66, 13). En muchos países del mundo existe, a la par que un acentuado machismo cultural que se refleja en el maltrato y en las escasas oportunidades sociales que se dan a la mujer, un profundo amor a la madre. Para millones de hombres y mujeres decir que Dios es Padre es, o no decir nada o hacer una comparación negativa, por el abandono y la violencia que representa para ellos la figura paterna. Decir que Dios es Madre evocará para todos ellos un amor incondicional.

### 53- JUNTO A LA PUERTA DE LAS OVEJAS

Antes de salir el sol, dejamos la taberna de Lázaro en Betania, camino a Jerusalén. Atravesamos el torrente Cedrón y nos acercamos a las murallas que rodeaban el templo. A aquella hora, por una de las puertas del norte, la que se llama Puerta de las Ovejas, entraban los rebaños para los sacrificios de Pascua.

*Pedro* - Oigan, pero ¿qué alboroto es éste? ¡Ésos berrean más que las ovejas!

*Felipe* - Es allí, por la piscina.

*Pedro* - Vamos a ver qué pasa.

Muy cerca de la Puerta de las Ovejas estaba el estanque de Betesda, que quiere decir Casa de la Misericordia.(1) Tenía dos piscinas grandes rodeadas de columnas blancas y cinco portales de entrada.

*Rezadora* - ¡Ay, Altísimo, haz el milagro! ¡Haz el milagro! ¡Señor de los cielos, manda tu ángel! ¡Mándalo pronto, Señor!

*Pedro* - Oye, Santiago, ¿y qué le pasará a esta vieja? ¿Estará loca? Mira, mira cómo pone los ojos en blanco, fíjate...

*Santiago* - No seas pollino, Pedro. La vieja es ciega, ¿no te das cuenta?

*Felipe* - ¡Cuánta gente y todos enfermos! ¡Aquí se juntaron las diez plagas de Egipto!

*Enferma* - ¡Oye, tú, asqueroso, escupe por otro lado, que me pegas tus porquerías!

*Enfermo* - ¡Yo escupo donde se me antoja, tullida del demonio!

*Vieja* - ¡Piedad de mí, Dios santo, piedad de mí, Dios santo, piedad de mí!

*Pedro* - ¡Eh, Jesús, Santiago, Felipe... vamos a entrar, vamos!

Al cruzar por uno de los portales vimos el estanque de Betesda. Lo rodeaban decenas de hombres y mujeres enfermos. Tullidos, ciegos y cojos se arremolinaban junto al brocal de la piscina, empujándose unos a otros y mirando con ansiedad el agua. El aire olía intensamente a orines, a pus y a sudor. Y las moscas, borrachas de toda aquella suciedad, formaban una nube negra sobre los enfermos.

*Santiago* - Pero, ¿qué rayos pasa aquí? Todos enfermos, todos mirando la piscina... ¿esperando qué?

*Jesús* - Oye tú, muchacho, ven acá, dinos, ¿por qué hay tanta? Nada, ni caso. Mire usted, paisano, ¿me

puede decir qué...? ¡Uff!

*Felipe* - No se puede, Jesús. En este guirigay no hay quien se entere de nada.

*Pedro* - Ni quien aguante la peste. ¡Ea, vamos a separarnos un poco, que en uno de estos empellones nos zumban de cabeza al agua!

Entonces regresamos al portal. La vieja seguía allí, con los ojos vueltos al cielo, llamando a un ángel misterioso.

*Rezadora* - ¡Ay, Altísimo, haz el milagro! ¡Pronto, pronto el milagro!

*Felipe* - Muchachos, ¿por qué no le preguntamos a ésta?

*Santiago* - Ya te dije que era ciega, Felipe. Ésa no sabe ni lo que tiene delante.

*Felipe* - No verá, pero oye. Y huele. Por el hocico se debe enterar de todo.

*Rezadora* - ¡Milagro, milagro, milagro! ¡Santo Dios, santo Fuerte, haz el milagro! ¡Que se mueva, aunque sea un meneíto! ¡Que se mueva, que se mueva!

*Felipe* - ¡Oiga, vieja, pare la música un rato! A ver, dígame, ¿quién tiene que moverse aquí?

*Rezadora* - ¿Y quiénes son ustedes que me han cortado la inspiración?

*Felipe* - Dígame, vieja, ¿qué milagro es ése por el que está gritando usted?

*Rezadora* - Échate para acá, mi'jo, déjame que te tiente la cara. Tú no debes ser de aquí, ¿verdad?

*Pedro* - No, ni éstos tampoco. Ninguno somos de aquí.

*Rezadora* - Claro, por eso preguntan. Por eso no saben. ¡Es el gran milagro del ángel de Dios! Dicen que ahora va a bajar...

*Felipe* - ¿Quién va a bajar?

*Rezadora* - El ángel, te digo.

*Pedro* - ¿Y para qué baja el ángel, vieja?

*Rezadora* - ¡Para qué va a ser! ¡Para mover el agua de la piscina! Y entonces, el primer enfermo que se tira en esa agua bendita, se cura, se sana, se limpia de toda enfermedad por los siglos de los siglos, amén.

*Jesús* - Y usted, vieja, ¿por qué se queda aquí entonces, junto a la puerta? ¿No quiere meterse en el agua para curarse de los ojos?

*Rezadora* - ¡Ay, muchacho, es que tú no sabes los arrempujones que hay ahí dentro para tirarse a la piscina! Se muerden, se arrancan los pelos, les da como un frenesí a todos para poder ser los primeros. Yo, pobre de mí, como no veo ni mi nariz, me estoy aquí quietecita, llamando al ángel, a ver si me oye y baja pronto.

*Felipe* - Pero entonces, así no va a curarse nunca...

*Rezadora* - Sí, es verdad. Pero al menos tengo mi negocio. Mira, cuando alguno se cura, como yo he sido la que he estado aquí reza que reza, ya tengo apalabrado con la gente para que me suelten una propinita, ¿tú entiendes?

*Jesús* - ¿Y ya le han dado muchas propinas, vieja?

*Rezadora* - Algo siempre cae, mi'jo, pero... Dios y el ángel me perdonen, pero para mí que en ese agua sucia no se cura nadie. Al revés, lo que hacen es pegarse todos las enfermedades. Así, tan revueltos, lo que uno escupe, el otro se lo traga. Pero yo, a lo mío, paisanos, que más vale creerlo que averiguarlo. ¡Milagro, milagro, milagro! ¡Ay, Altísimo, haz el milagro! ¡Señor de los cielos, envía tu ángel pronto, pronto! Perdonen ustedes, muchachos, pero yo tengo que seguir mi rezo a ver si a Dios se le destupen sus santas orejas y me hace caso. ¡Que se mueva, que se mueva el agua, Señor!

Volvimos a entrar en el estanque. Los enfermos seguían allí, peleando entre ellos, mirándose unos a otros con ojos envidiosos. A veces, alguno se tiraba a la piscina, imaginando que las aguas se habían movido, pero volvía a salir igual que antes, empapado y triste a colocarse otra vez en el borde.

*Felipe* - ¿Qué les parece a ustedes, compañeros? ¿Será verdad eso del ángel meneando el agua?

*Santiago* - Haz la prueba, Felipe. Métete ahí en esa barahúnda y date un chapuzón.

*Pedro* - Yo lo que digo es que la gente es tonta. Mira que creerse este cuento del angelito...

*Santiago* - Y si te inventas otro con un arcángel o con todo el batallón de los serafines del cielo, también se lo creen. Demonios, es que tienen unas tragaderas así de grandes: les pasa una rueda de molino y sobra sitio... ¡tontos de remate!

*Jesús* - No, Santiago, la gente no es tonta. La gente sufre, que es distinto. Y cuando uno sufre, se agarra hasta de un clavo ardiendo... o de la pluma de un ángel.

*Enferma* - ¡Oye tú, so puerco, yo estaba aquí primero! ¡Vete para atrás!

*Enfermo* - ¡Maldita sea, desgraciada, que lo único que haces es chillar! ¡Ojalá te quedaras coja de las dos piernas!

*Enferma* - ¡Mira quién echa la maldición! ¡Tú que andas arrastrándote por ahí como una culebra!

*Enfermo* - ¡Vete al cuerno, mala bruja!

Algo alejado del avispero de enfermos, vimos a un viejo tendido en su camilla. Tenía la piel pegada a los huesos, el pelo más blanco que la harina y unos ojos pequeños de ratón que miraban a todos lados sin descanso. Cuando pasamos junto a él, agarró a Pedro por la túnica y lo hizo detenerse.

*Pedro* - Eh, ¿qué pasa, viejo?

*Sifo* - Nada, que les veo dando vueltas por aquí como unos trompos y me pregunto qué diablos andan buscando. Porque ustedes no están enfermos.

*Santiago* - Si nos quedamos más tiempo, vamos a estarlo pronto.

*Sifo* - No les gusta esto, ¿verdad? ¡Pues a mí tampoco, qué caramba! ¡Aquí cada uno sólo piensa en su pellejo!

*Felipe* - Y si no le gusta, ¿por qué viene?

*Sifo* - ¡Qué gracioso, muchacho! ¡Porque yo también pienso en mi pellejo! ¡Qué remedio me queda!

*Pedro* - Oye, mira a aquel la patada que le dio al jorobado...

*Sifo* - ¡Ay, muchachos, cuando anuncian que viene el ángel esto es el acabóse! Mordidas, patadas, apeñuscones... Pero, ¿qué vamos a hacer? Si hay un sólo hueso para tantos perros, tenemos que pelear a ver quién se lo come. Ese dichoso angelito es nuestra única esperanza. Porque miren, yo no creo ya en los médicos. Para mí, ésos no saben ni dónde tienen puesta la cabeza.

*Jesús* - ¿Cuanto tiempo hace que está enfermo, viejo?

*Sifo* - Echa una cuenta, muchacho, que te vas a quedar corto.

*Jesús* - No sé... ¿diez años?

*Sifo* - A diez le sumas diez y todavía otros diez, y aún te faltan años. ¡Hace treinta y ocho que estoy así como ves, aplastado. Me he hecho viejo esperando que llegara el día de estar sano. Se me han caído todos los dientes. Pero la esperanza no, ésa sí que no se me ha caído.

*Jesús* - Entonces, abuelo, tiene usted una esperanza casi tan grande como la de nuestro padre Abraham.

*Sifo* - ¡Qué va a hacer uno, hijo mío, más que esperar! Aunque uno se desengaña de todo, hasta del angelito ése, que lo que hace es echarnos a pelear. Porque, mira, aquí nadie ayuda a nadie. Aquí no hay caridad. Si uno se descuida, te rompen la cabeza para que haya uno menos en la cola.

*Enferma* - ¡Mal nacido! ¡Vete de aquí o te parto la crisma en pedacitos!

*Enfermo* - ¡A ti es que te voy a partir cuatro costillas

por entrometida! ¡Toma, para que aprendas!

*Sifo* - Esa es una mujer muy peleona. Bueno, y él no se queda atrás. ¡Ja! Nos pasamos el día gritando contra los de arriba, porque nos aplastan el gañote, pero, ¿sabes lo que te digo?, que nosotros que somos todos unos muertos de hambre, hacemos lo mismito. Uno se desengaña, ¿sabes? Aquí no hay caridad. Yo que soy viejo, ya he visto muchas cosas con estos ojos.

*Jesús* - Pero, usted, cuando estaba más joven, también daría sus empujones, ¿verdad?

*Sifo* - ¿Yo? Sí, claro. ¿Y qué iba a hacer? Pero ahora que estoy así, ¿tú crees que alguno de esos más jovencitos me ayuda a acercarme al agua? Ninguno, mi hijo. Ninguno. Aquí no hay caridad. Y yo que sólo sé andar brincando como los sapos, no llego nunca el primero. Como ese ángel no venga donde estoy yo, no sé lo que voy a hacer.

*Jesús* - ¿Quiere que le ayude a acercarse al agua?

*Sifo* - No, mi hijo, mira, si me quieren ayudar, sáquenme de aquí. Yo creo que a ese angelito hoy no le vemos las alas. Dicen que los ángeles madrugan mucho y ya ves por dónde anda ya el sol... Mejor me voy y le echo algo a las tripas. El tufo que hay aquí me abre siempre el apetito, ¡mira tú qué cosas!

Entonces, Jesús se acercó al viejo y lo agarró por los brazos...

*Sifo* - Con cuidadito, muchacho, ¡que a mí cada hueso se me va por su lado!

*Jesús* - No va a hacer falta, viejo. Salga usted mismo. Vamos, levántese...

*Sifo* - ¿Cómo dices, mi'jo?

*Jesús* - Que se levante. No, no, usted solo... Vamos...

El viejo miró a Jesús extrañado. Después, se enderezó sobre las piernas y comprobó que se sostenía de pie. Mientras tanto, los enfermos seguían peleando y gritando junto al estanque. El viejo volvió a mirar a Jesús, agarró su camilla y, sin decir palabra, salió corriendo.

*Sifo* - ¡Vieja, vieja, me he curado! ¡Estoy curado!

*Rezadora* - ¿Qué dices tú? A ver... deja que te toque las piernas... ¿Tú no eres Sifo, el tullido del barrio de los frutereros?

*Sifo* - ¡Ése mismo, vieja, soy yo, yo!

*Rezadora* - ¡El ángel ha bajado! ¡El ángel del Señor ha bajado a la tierra, Dios santo! ¡Milagro, milagro, milagro!

*Sifo* - ¡Te prometo que mañana te pagaré la propina!

*Rezadora* - Espérate, Sifo, no te vayas. Dime, ¿cómo era el ángel? ¿Lo viste?

*Sifo* - Claro que lo vi. Era un ángel muy raro. Tenía barbas y era muy moreno. ¡Pero mañana te cuento! ¡Mañana regreso, vieja, y te traigo dos denarios! ¡0 cuatro! ¡Estoy curado! ¡Estoy curado!

Después de aquello, salimos enseguida de la piscina de Betesda y nos perdimos entre la multitud que abarrotaba las estrechas calles de Jerusalén. Sifo, aquel viejo, pobre y enfermo, que llevaba treinta y ocho años esperando en el estanque, corrió por la ciudad la noticia de que el ángel lo había curado. Y toda Jerusalén supo que algo extraño había ocurrido aquella mañana junto a la Puerta de las Ovejas.

Juan 5,1-18

---

1. La Puerta de las Ovejas estaba situada en la muralla norte de Jerusalén. Por ella entraban en el Templo las ovejas que iban a servir para los sacrificios. Cerca de esta puerta se encontraba un estanque de agua. Se le llamaba con dos nombres: **Betesda** (Casa de Misericordia) o **Bezata** (El Foso). En tiempos de Jesús, Jerusalén era una ciudad que padecía una aguda escasez de agua. El agua era un artículo que se vendía y se compraba. En la mayoría de las casas existían cisternas para recoger el agua de lluvia y aprovecharla. En la ciudad había dos grandes piscinas o estanques: Siloé, fuera de las murallas, y esta Betesda, llamada también, en griego, Piscina Probática.

La piscina tenía cinco pórticos de entrada y estaba dividida en dos por una hilera de columnas. En torno al estanque se reunían los enfermos para pedir a Dios su curación. Muchos de ellos tenían prohibida la entrada al Templo precisamente por sus enfermedades y en las aguas esperaban encontrar la misericordia de Dios que las leyes religiosas les negaban al apartarlos del lugar sagrado. 70 años después de Jesús aún se hallaron ex-votos en las excavaciones hechas en el lugar donde estuvo la piscina. Las ruinas de lo que fue el estanque de Betesda se han encontrado cerca de una iglesia dedicada a Santa Ana, la madre de María. En la actualidad no hay apenas agua en este lugar.

## 54- LA CABEZA DEL PROFETA

Desde hacía muchos meses, el profeta Juan veía pasar lentamente los días y las noches en el oscuro y húmedo calabozo de la fortaleza de Maqueronte donde el rey Herodes lo tenía preso.(1) La voz del que gritaba en el desierto preparando los caminos del liberador de Israel, se iba apagando entre las sucias paredes de aquella celda. Un día, la puerta del calabozo se abrió y entró Matías, uno de los amigos del profeta. Venía de Galilea, de ver a Jesús.

*Matías* - ¡Juan, Juan, ya estoy aquí de vuelta! ¿Cómo estás?

*Bautista* - Te dije que no me moriría antes de que regresaras. Y lo he cumplido. Y Tomás, ¿dónde está?

*Matías* - En Jerusalén. Ha ido a celebrar allí la Pascua con ese Jesús, el de Nazaret, y un grupo de sus amigos. Cuando acaben las fiestas vendrá por aquí.

*Bautista* - Háblame de Jesús. ¿Pudieron verlo? ¿Le dieron mi mensaje?

*Matías* - Sí, Juan. Para eso he venido. Para decirte que...

*Bautista* - ¿Que puedo morir tranquilo?

*Matías* - No digas eso, Juan. Tú no vas a morir. Mira, te he traído estas medicinas.

*Bautista* - Cuéntame lo que dijo Jesús. Es lo que más me interesa.

*Matías* - Jesús te dice que allí en Galilea la gente va abriendo los ojos. Que el pueblo se está poniendo de pie y echa a andar. Que a los pobres se les abren las orejas para escuchar la Buena Noticia. Que Dios está con nosotros y... y que él espera que todo esto te alegre, Juan.

*Bautista* - Claro que me alegra, Matías. En una boda, el novio es quien se queda con la novia. Pero el amigo del novio, que está allí, también se pone muy contento. Ahora le toca a Jesús. Él tiene que crecer mientras yo voy desapareciendo.

*Carcelero* - ¡Eh, tú, basta ya de palabrerías! ¡Se acabó el tiempo!

*Matías* - Tengo que irme, Juan. Pero volveré pronto. En cuanto pueda.

*Bautista* - Te estaré esperando. Si vuelves a ver a Jesús, dile que agarre bien el arado y no mire hacia atrás. Y que si alguna vez salgo yo de este infierno, que... que cuente conmigo.

*Matías* - Se lo diré, Juan, se lo diré.

*Carcelero* - ¡Vamos, que bastante hago dejándote entrar aquí a ver a tu profeta! ¡Andando!



Matías y el carcelero se alejaron por los estrechos escalones que salían al patio. Juan se dejó caer sobre el sucio jergón, mirando fijamente el techo atravesado de goteras. Y se quedó dormido, recordando el rostro moreno de Jesús, aquel campesino de Nazaret que él habla bautizado hacía sólo unos meses en las aguas del Jordán.

Por aquellos días, se celebró en el palacio de Maqueronte el cumpleaños de Herodes.(2) Los lujosos salones del rey se llenaron de invitados: funcionarios y capitanes romanos, comerciantes venidos de Jerusalén, reyezuelos de las tribus beduinas del desierto. Todos querían felicitar al tetrarca de Galilea.

*Hombre* - ¡Viva el rey Herodes durante cien años más!

*Mujer* - ¡Salud, soberano de Galilea!

*Herodes* - ¡Bienvenidos todos a mi casa! ¡Que empiece la fiesta!

*Mujer* - ¿Te has fijado? Este Herodes tiene unas ojeras que asustan.

*Amiga* - Dicen que desde que metió preso al profeta Juan sufre unas pesadillas terribles...

*Mujer* - Pues cuando se despierte será peor. He oído que el tal Juan ni en la cárcel se está quieto. Tiene revolucionados a los demás presos. Y hasta agita a los carceleros.

*Amiga* - ¿De veras? No puedo creerlo.

*Mujer* - Pues créetelo, mi amiga. Y te digo que si el rey se descuida, ese melenudo nos va a hacer pasar un mal rato a todos. En fin, querida, esperemos que el rey le tape la boca a tiempo.

*Amiga* - ¡Y si el rey no se decide, que la reina le dé un empujoncito! ¡Je, je!

*Herodías* - ¿Qué te pasa, Herodes, mi amor? Esta mañana no haces más que mirarte el ombligo. ¿Te aburres?

*Herodes* - Déjame en paz...

*Herodías* - Humm... ¿Qué te pasa? Ven, ven... ¡Ja, ja! ¿Quieres un poquito de este licor? Te animará. Ven...

*Herodes* - Herodías, ¿Tú crees que esta bulla se oirá allá abajo?

*Herodías* - ¿Dónde abajo? ¿De qué estás hablando?

*Herodes* - ¡En los calabozos! ¿Dónde va a ser?

*Herodías* - ¡Otra vez lo mismo! ¡Sí, pues claro que se oye! ¿Y qué importa? ¿A qué le tienes miedo? ¿A un profeta sarnoso? ¡Pues sí, lo oye, lo oye todo! ¡Y se muere de envidia! ¡Profeta! ¿No quiso meterse en líos? ¡Pues ahora que las pague todas juntas! ¡Que se pudra! ¡Que reviente!

*Herodes* - No hables así, Herodías. Puede... puede traer

mala suerte.

*Herodías* - La única suerte sería que ese maldito profeta se muriera de una vez. ¡Estoy harta de verte pensando en él continuamente! ¡No seas estúpido, Herodes, olvídate de esa carroña o córtale el pescuezo, decídetelo!

*Herodes* - No puedo, Herodías, no puedo... ¡no puedo!

Herodías, la amante de Herodes, la que era mujer de Filipo, el hermano del rey, odiaba a Juan.(3) Lo odiaba porque el profeta le echaba en cara a Herodes todos sus crímenes y hasta su adulterio con ella.

*Herodías* - ¡Salomé! ¡Salomé! ¡Ven acá, preciosa!

*Herodes* - ¿Para qué llamas ahora a esa hija tuya?

*Herodías* - Espérate, no seas impaciente...

*Salomé* - Sí, mamá...

*Herodías* - Salomé, hija, el rey está preocupado. Y yo he pensado que sólo tú puedes espantar los negros pensamientos que tiene en la cabeza.

*Salomé* - ¿Qué quieres que haga, mamá?

*Herodías* - Baila. Baila para él la danza de los siete velos. Ya sabes, uno a uno...

La música de la fiesta llegaba hasta los calabozos del palacio...

*Carcelero* - Tú, desdichado, ¿no oyes el jolgorio que se traen allá arriba? ¡Es la fiesta de nuestro rey!

*Bautista* - De tu rey, dirás. Yo no tengo nada con él.

*Carcelero* - Hay mucha comida, vino del más caro, música... ¡Una francachela por todo lo alto!

*Bautista* - Déjalos. Están engordando como los cerdos para el día de la matanza.

*Carcelero* - Ya te lo he dicho, lengua larga. Por eso estás aquí trancado. Si cerraras el pico de una vez, a lo mejor el rey te soltaba.

*Bautista* - Que me suelte y gritaré más duro que antes.

*Carcelero* - Ay, amigo, tú no tienes remedio. Escucha, yo soy un soldado bruto, pero la gente como tú... Si supieras, yo admiro a los tipos valientes como tú.

*Bautista* - No me sirve para nada esa admiración. Son palabras. Tú que puedes, ve y haz algo. Háblales a tus compañeros, díles que ustedes son hermanos nuestros, que no levanten la espada contra sus propios hermanos.

*Carcelero* - ¿Que diga yo eso? ¡Ja! Pero, ¿qué quieres? ¿Que me corten la lengua?

*Bautista* - No te atreves, ¿verdad? Pues mira, haz una cosa más fácil. Abre ese cerrojo y déjame escapar a mí

y yo les hablaré.

*Carcelero* - ¡Ja! Peor me lo pones. Si te suelto, me cortan no la lengua sino la cabeza. No, no, no me embarulles. Yo soy un soldado. Cumplo órdenes. Y la orden que me ha dado mi jefe es vigilarte y tenerte a raya a ti.

*Bautista* - Las órdenes de un hombre injusto no tienes por qué cumplirlas. Rebélate, compañero.

*Carcelero* - Pero, ¿qué dices? ¿Estás loco? Yo soy un soldado. Y para eso estamos nosotros, para obedecer lo que nos manden. La ley es la ley.

*Bautista* - La ley de Herodes es el crimen y el atropello. La ley de Dios es la libertad.(4) Abre las rejas, deja salir a los presos. ¡Rebélate, compañero!

Mientras tanto, arriba, en el gran salón del palacio, Salomé terminaba de bailar, encandilando a todos los comensales. Y especialmente, al rey Herodes...

*Herodes* - ¡Muy bien, Salomé, muchacha! ¡Qué bien meneas las piernas, pollita! ¡Ja, ja! Me has hecho babear de gusto... Te mereces un buen regalo. ¡Ea, pídemelo que quieras! Brazaletes, sedas, oro, plata, perfumes... Te prometo que cualquier cosa que me pidas, te la daré. ¡Te mereces la mitad de mi reino!

Entonces Herodías, que estaba reclinada junto al rey, miró a Salomé y le guiñó un ojo. Todo estaba planeado antes del baile.

*Salomé* - Mi señor: falta un plato en esta mesa.

*Herodes* - ¿Cómo dices? ¿Es que quieres comer más? No me gustaría que engordaras, muchacha. ¡Estás muy bien así como estás! ¡Ja, ja! ¿No lo creen ustedes? A ver, ¿qué quieres? ¿Más salsa, pollos, una cabeza de cordero?

*Salomé* - No. Quiero la cabeza del profeta Juan.

*Herodes* - ¿Cómo has dicho?

*Salomé* - Que me regales la cabeza del profeta. ¡Que me la traigan ahora mismo en un plato!

*Herodes* - Pero... pero, ¿qué estás diciendo, Salomé?

*Herodías* - Lo que has oído, Herodes.

*Herodes* - Esto es una trampa. ¡Maldita! Yo no puedo hacer eso.

*Herodías* - Has jurado delante de mucha gente, Herodes. Hay muchos testigos. ¿Es que el tetrarca de Galilea tiene palabras que se lleva el viento?

En el salón se hizo un gran silencio. Sólo lo rompía el tintinear de algunos vasos. Los borrachos no se enteraban

de lo que estaba pasando allí. A Herodes le temblaban los labios cuando dio la orden.

*Herodes* - Aquiles, ve abajo, al calabozo y... haz lo que ha pedido esta muchacha.

Aquiles, uno de los guardaespaldas del rey, cumplió la orden recibida. Juan no dijo una palabra. Sus ojos quedaron abiertos, como cuando allá en el río miraban al horizonte esperando ver llegar al Mesías.

Cuando Matías y sus amigos lo supieron, recogieron su cuerpo, curtido por el sol del desierto y por los tormentos de la cárcel, y lo llevaron a enterrar. Todo Israel lloró al profeta Juan, el que preparó los caminos del liberador de Israel.

Mateo 14,3-12; Marcos 6,17-29.

---

1. *En la época de los reyes, unos mil años antes de Jesús, surgió en Israel la cárcel como institución. En general, servían como **calabozos** dependencias que estaban dentro de los mismos palacios de los reyes o jefes de la ciudad. En tiempos de Jesús se podían hacer visitas a los presos. Éstos estaban generalmente encadenados y como castigo se les aplicaba, entre otras medidas, el cepo en los pies. Juan el Bautista sufrió la cárcel durante algunos meses en las mazmorras del palacio que Herodes tenía en Maqueronte, cerca del Mar Muerto.*

2. **Herodes** el Grande, padre de Herodes Antipas, no tenía sangre judía. Era hijo de un idumeo y de una mujer descendiente de un jeque árabe. Las costumbres de su corte estaban influenciadas, más que por la estricta moral judía, por costumbres extranjeras y helenísticas. Herodes el Grande se casó diez veces y llegó a tener nueve esposas a la vez. Celebraba orgías donde el lujo de los vestidos y el derroche en las comidas eran famosos en los países vecinos. Era aficionado a luchas de fieras, teatro y juegos de gimnasia. La corte de su hijo Herodes Antipas, el rey de Galilea en tiempos de Jesús, cultivó también este estilo de vida. En Maqueronte, fortaleza y palacio a la vez, se celebraban a menudo grandes francachelas. El cumpleaños de Herodes era ocasión anual para ellas.

3. *Herodes Antipas fue un hombre políticamente corrupto. Sus costumbres personales no fueron tampoco ejemplares.*

Por ambición de poder se casó con una hija de Aretas IV, rey árabe. Después, en un viaje que hizo a Roma, se hizo amante de **Herodías**, casada con Filipo, uno de sus hermanastros, y repudió a la hija de Aretas. Esto provocó una guerra entre el rey árabe y el rey galileo, en la que parece que Antipas resultó vencedor. Desde entonces, Herodes vivió con Herodías, que se trajo con ella a su hija Salomé. La oposición que Juan manifestó ante la unión adúltera de Herodes y la denuncia que hizo siempre de los crímenes y abusos del rey, le enemistaron con esta mujer, que fue la que en último término decidió la muerte del gran profeta del Jordán.

4. La más antigua tradición cristiana abre espacio a la desobediencia civil cuando se trata de elegir entre la **ley de Dios** y una ley injusta (Hechos 5, 27-29). Hasta nuestros días ha llegado este clamor profético de rebelión en las últimas palabras que pronunció en su catedral el arzobispo mártir de San Salvador, Oscar Romero: "Ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: ¡No matar! Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios".

## 55- OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE

Toda Jerusalén se estremeció al saber la muerte de Juan, el profeta del desierto, degollado como un cordero de pascua en la cárcel de Maqueronte. Muchos lo lloraban como el que llora a un padre, como si hubieran quedado huérfanos. La noticia corrió de puerta en puerta. Poncio Pilato, el gobernador romano, ordenó redoblar la vigilancia en las calles de la ciudad para impedir cualquier revuelta popular. Pero los zelotes no se acobardaron por esto.(1)

*Zelote* - Compañeros, la sangre del hijo de Zacarías tiene que ser vengada. Herodes le cortó la cabeza a Juan. ¡Que caigan las cabezas de los herodianos!

Los revolucionarios zelotes escondieron los puñales bajo las túnicas. Y fueron de noche al barrio de los plateros, cerca de la torre del Ángulo, donde Herodes Antipas tenía su palacio y donde vivían los herodianos, partidarios del rey de Galilea.

*Herodiano* - ¡Agghhh!

*Zelote* - Uno menos. Vamos, de prisa.

Al día siguiente, amanecieron las cabezas de cuatro herodianos balanceándose entre los arcos del acueducto.

*Mujer* - ¡Maldición! ¡Ahora degollarán a nuestros hijos!

*Vieja* - Que Dios ampare a mi comadre Rut. Tiene a su muchacho preso en la Torre Antonia.

La represalia de los romanos, instigados por los cortesanos del rey Herodes, no se hizo esperar. A primera hora de la tarde, cuando el sol hacía hervir la tierra y ondeaban las banderas amarillas y negras en la Torre Antonia, diez jóvenes israelitas simpatizantes de los zelotes fueron llevados a crucificar a la Calavera, la macabra colina donde se ajusticiaba a los presos políticos.

*Hombre* - ¡Malditos romanos! ¡Algún día las pagarán todas juntas!

*Vecino* - Cállate, imbécil, si no quieres que te claven las manos como a esos desdichados...

Delante de los diez condenados a muerte, un pregonero gritaba ahuecando las manos junto a la boca para que todos oyeran y escarmentaran.

*Soldado* - ¡Así terminan todos los que se rebelan contra Roma! ¡Así terminarán sus hijos si siguen

conspirando contra el águila imperial! ¡Viva el César y mueran los rebeldes!

*Hombre* - ¡Algún día las pagarán, hijos de perra, algún día!

Los diez crucificados quedaron agonizando toda aquella noche. Sus gritos desesperados y sus maldiciones se oían desde los muros de la ciudad. Las madres de los ajusticiados se arrancaban los pelos y se arañaban la cara junto a las cruces, pidiendo clemencia para sus hijos, sin poder hacer nada por ellos. Jerusalén no pudo dormir aquella noche.

*Zelote* - Escucha, Simón. Nos reuniremos en casa de Marcos cuando oscurezca. ¿De acuerdo? Avísale a Jesús, el de Nazaret, y a los de su grupo. Que no lleguen todos juntos para no despertar sospechas. Date prisa.

Judas, el de Kariot, y Simón, el pecoso, que tenían contactos con los zelotes de la capital, nos trajeron el mensaje. El grupo de Barrabás tenía un plan y querían saber si contaban con nosotros.(2)

*Jesús* - ¿Qué te pasa, Felipe? ¿Tienes miedo?

*Felipe* - Miedo no. Tengo terror... Uff... ¿Quién me habrá mandado a mí venir a esta ciudad?

*Jesús* - El que no se arriesga, nunca hace nada, cabezón. Ea, compañeros, vamos allá a ver qué quieren de nosotros.

Cuando el sol se escondió detrás del monte Sión, salimos de dos en dos y fuimos llegando, por distintas callejas, a la casa de Marcos, el amigo de Pedro, también simpatizante del movimiento, que vivía cerca de la Puerta del Valle. Todas las lámparas estaban apagadas para no llamar la atención de los soldados que patrullaban sin descanso hasta el último rincón de la ciudad. Los saludos fueron en silencio. Después, nos sentamos sobre el suelo de tierra y así, entre sombras, Barrabás, el dirigente zelote, empezó a hablar.

*Barrabás* - Cabeza por cabeza, compañeros. Herodes degolló al profeta Juan en Maqueronte y nosotros vengamos su sangre con las cabezas de cuatro traidores. Todavía no hemos limpiado los puñales y ya tenemos que volverlos a usar. Han crucificado a diez de nuestros mejores hombres.

*Zelote* - ¡Que su sangre caiga sobre la cabeza de Poncio Pilato! ¡La maldición de Dios para él y para Herodes Antipas!

*Barrabás* - Pilato piensa que va a asustarnos con eso.

¡Pues tendrá que cortar toda la madera de los bosques de Fenicia para prepararles cruces a todos los hombres de Israel! ¡A todos nosotros, cuando llegue el momento!

Barrabás tenía experiencia de cárcel. Dos veces lo habían atrapado los romanos y dos veces había logrado escapar, cuando estaba a punto de perder el pellejo. Todavía lo andaban buscando por Perea.

*Barrabás* - Entonces, ¿qué, galileos? ¿Podemos contar con ustedes?

*Felipe* - ¿Contar para qué?

*Barrabás* - ¡Para qué va a ser! Para quitar de en medio a una docena de romanos y a otros tantos judíos traidores. No podemos permitir que esos esbirros nos saquen ventaja. Bueno, ¿qué dicen? ¿Contamos con ustedes, sí o no?

*Jesús* - Y luego, ¿qué?

*Barrabás* - ¿Cómo dices, nazareno?

*Jesús* - Digo que ¿y luego qué?

La pregunta de Jesús nos extrañó un poco a todos...

*Jesús* - No sé, Barrabás... Te oigo hablar y me acuerdo del pastor cuando está arriba en la montaña, y tira una piedra, y esa piedra rueda y empuja a otra piedra, y las dos empujan a otras dos, y a cuatro, y a diez... y, al final, no hay quien pueda detener la avalancha. La violencia de la que hablas es peligrosa, es como una piedra arrojada en la cumbre de una montaña.

*Barrabás* - No vengas ahora con historias, Jesús. La violencia la están haciendo ellos, ¿no lo comprendes?

*Jesús* - Claro que lo comprendo. Sí, ellos son los que golpean, los que destruyen, los que siembran la muerte. Pero nosotros no podemos contagiarnos de su fiebre de sangre. El colmo sería que también lograran hacernos a su imagen, gente que sólo sabe de venganza.

*Zelote* - Está bien, pero, ¿qué quieres entonces? ¿Que nos crucemos de brazos?

*Jesús* - El que se cruza de brazos también le hace el juego a ellos. No, Moisés no se cruzó de brazos ante el faraón.

*Barrabás* - Moisés dijo: ojo por ojo, diente por diente.(3)

*Jesús* - Sí, Barrabás... pero ¿qué ojos y qué dientes? ¿Los de los cuatro herodianos que ustedes degollaron ayer? ¿Quiénes eran esos hombres,



dime? ¿Fueron ellos los que asesinaron al profeta Juan? ¿Eran ellos los culpables de toda esta injusticia en que vivimos? ¿O a lo mejor eran unos pobres diablos, igual que tú y que yo, de esos que los grandes llevan y traen y echan a pelear contra nosotros?

*Barrabás* - Maldita sea, pero ¿cómo puedes hablar así? Tú, precisamente tú. ¿Es que ya no te acuerdas cómo murió tu padre, José?

*Jesús* - Por eso mismo hablo, Barrabás, porque sufrí en carne propia el dolor de ver a mi padre apaleado como un perro por haber escondido a unos paisanos cuando el lío de Séforis. He sentido también en mi carne el deseo de la venganza. Pero no. Ahora pienso que ese camino no lleva a ninguna parte.

*Zelote* - ¿Y qué otro camino hay, nazareno? Nuestro país necesita encontrar una salida. Y la única salida pasa por el filo del puñal.

*Jesús* - ¿Estás seguro? No sé, ustedes los del movimiento quieren la rebelión del pueblo. Pero yo lo que veo es que la gente todavía está demasiado resignada. Aún tenemos muchas vendas sobre los ojos. ¿No será necesario trabajar primero para que los ciegos puedan ver y los sordos escuchen? ¿Qué ganamos con revanchas de sangre si el pueblo no entiende lo que está pasando?

*Barrabás* - Nosotros somos los guías del pueblo. La gente va a donde la llevan.

*Jesús* - ¿Y no te parece que eso no sería más que cambiar de yugo? Es el pueblo el que tiene que levantarse sobre sus pies y aprender a andar su propio camino. La salida habrá que hallarla entre todos, la salida verdadera, la única que nos hará libres.

*Barrabás* - Tus palabras son las de un soñador. Pero Dios no sueña tanto como tú. Es Dios el que pide venganza. En el nombre de Dios acabaremos con nuestros enemigos.

*Jesús* - Tú degüellas a los herodianos en el nombre de Dios. Y los herodianos nos crucifican a nosotros en el nombre de ese mismo Dios. ¿Cuántos dioses hay entonces, dime?

*Barrabás* - Hay uno solo, Jesús. El Dios de los pobres. Si estás con Dios, estás con los pobres. Si estás con los pobres, estás con Dios.

*Jesús* - Tienes razón, Barrabás. Yo también creo en el Dios de los pobres. El que liberó a nuestros antepasados de la esclavitud en Egipto. Es el único Dios que existe. Los demás son ídolos que se inventan los faraones para seguir abusando de

sus esclavos. Pero...

*Barrabás* - Pero, ¿qué?

La luz mortecina de la luna se colaba por las rendijas de la casa y dejaba ver, en penumbras, los rostros severos de los dirigentes zelotes.

*Barrabás* - Pero, ¿qué?

*Jesús* - Que hay que amarlos a ellos también.

*Zelote* - ¿Amarlos?... ¿A quién?

*Jesús* - A los romanos. A los herodianos. A nuestros enemigos.

*Barrabás* - ¿Es un chiste o... o no te hemos entendido bien?

*Jesús* - Escúchenme. Y perdonenme si no me sé explicar. Pero yo pienso que Dios hace salir todos los días el mismo sol sobre los buenos y sobre los malos. Nosotros, los que creemos en el Dios de los pobres, tenemos que parecemos un poco a él. No podemos caer en la trampa del odio.

*Barrabás* - En esta oscuridad apenas te veo la cara, nazareno. No sé si eres tú mismo el que me habla, ése que dicen que es el profeta de la justicia, o si es un loco que se está haciendo pasar por él.

*Jesús* - Mira, Barrabás. Si luchamos por la justicia tendremos enemigos, eso ya se sabe. Y habrá que combatirlos, despojarlos de sus riquezas y de su poder como hicieron nuestros abuelos al salir de Egipto. Sí, tendremos enemigos, pero no podemos hacer como ellos, no podemos dejarnos llevar por el afán de revancha.

*Barrabás* - Acabemos de una vez. Todo eso son cuentos para dormir a los niños. Dime si estás dispuesto a matar.

*Jesús* - ¿A matar? Yo no, Barrabás.

*Zelote* - Entonces te matarán a ti, imbécil. Y lo habrás perdido todo.

*Jesús* - ¿Cuándo se gana? ¿Cuándo se pierde? ¿Lo sabes tú?

*Barrabás* - Al diablo contigo, Jesús de Nazaret.(4) Estás loco, completamente loco. O a lo mejor eres un vulgar cobarde, no lo sé. Y ustedes, ¿qué? ¿Piensan igual que él, están tan locos como él?

Pedro iba a tomar la palabra para responder, pero en ese momento se nos heló la sangre a todos.

*Zelote* - ¡Los soldados! ¡Vienen los soldados!

*Barrabás* - ¡Los guardias de Pilato! Nos han descubierto.

*Zelote* - Maldición. Estamos perdidos.

*Barrabás* - De prisa. Huyan por el patio...

*Jesús* - Pedro, váyanse ustedes por aquella puerta.  
*Pedro* - ¿Y tú, Jesús?  
*Jesús* - Déjame a mí. Yo aguantaré a los soldados hasta que ustedes estén lejos de aquí.  
*Pedro* - Estás loco, Jesús, te matarán.  
*Jesús* - Vete, vete pronto...  
*Pedro* - Pero, ¿qué vas a hacer?  
*Jesús* - Lo mismo que hizo David con los filisteos...

Los soldados aporreaban ya la puerta...

*Soldado* - Eh, ¿quién anda ahí? ¡Abran!

Los de Barrabás saltaron con agilidad las tapias que daban a la otra calle. Nosotros nos escurrimos por el patio de la casa de Marcos y desaparecimos entre las sombras. Jesús se quedó solo. Cuando abrió la puerta, temblaba de miedo.

*Soldado* - ¿Qué pasa aquí que se oye tanto ruido?  
*Jesús* - ¡Agu, agu, agu! ¡Ja, ja, ja... je, je!  
*Soldado* - ¿Quién es este tipo? Oye, ¿qué haces tú aquí?  
*Jesús* - ¡Abajo los soldados, arriba los capitanes, abajo los centuriones, arriba los generales! ¡Ja, ja, ja!

Jesús tamborileaba con los dedos sobre el marco de la puerta y miraba a los soldados con una sonrisa estúpida, dejando caer la saliva sobre la barba y palmoteando...

*Soldado* - ¿No te da vergüenza? ¡Tan grande y tan imbécil! ¡Toma, para que aprendas!  
*Jesús* - ¡Dame, dame en la otra mejilla que si no me caigo! ¡Ja, ja!  
*Soldado* - Este hombre es un loco, un seso hueco. ¡Como si no tuviéramos ya bastantes en Jerusalén! ¡Ea, vámonos de aquí!

Los soldados dieron media vuelta. Jesús respiró aliviado y cerró la puerta...

*Jesús* - ¡Ja, ja, je, je! Uff... De la que nos libramos...

Aún era noche cerrada cuando nos volvimos a encontrar todos los del grupo en la taberna de Lázaro, allá en Betania. Y cuando los gallos cantaron, todavía estábamos conversando, quitándonos la palabra unos a otros. El rey David se hizo el tonto para salvar el pellejo.(5) Y el moreno, con el mismo truco, nos lo salvó a todos aquel día. Sí, a veces la astucia sirve más que el filo del puñal.

---

Mateo 5,38-48; Lucas 6,27-36.

---

1. Aunque los **zelotes** tenían su centro de actividad en tierras galileas, región donde había nacido el movimiento, actuaban también en Jerusalén. Las peregrinaciones durante las fiestas les servían para establecer enlaces en la capital y tenían allí grupos de simpatizantes que seguían sus consignas. Entre los revolucionarios influidos por el zelotismo era muy conocido el grupo de los sicarios, que iban siempre armados de puñales, y que veían facilitados sus atentados en los tumultos propios de las fiestas. Zelotes y sicarios practicaban secuestros de personajes importantes, asaltaban las haciendas y las casas de los ricos y saqueaban arsenales romanos. Entendían su lucha como una auténtica "guerra santa". El Dios celoso que no tolera otros dioses -el dinero, el emperador, la ley injusta- les daba su nombre: celosos, zelotes. El castigo para todos estos delitos de tipo político contra el imperio romano era la muerte en cruz.

2. **Barrabás**, nombre arameo que significa "hijo de padre", aparece en los evangelios únicamente en los relatos de la pasión, como un delincuente político que durante una revuelta había matado a un soldado romano. Pudo ser uno de los líderes zelotes de mayor importancia en Jerusalén. Siendo el movimiento zelote un movimiento popular, nada de extraño tiene que Barrabás buscara relacionarse con Jesús y con su grupo.

3. La llamada "ley del talión" (Éxodo 21, 23-25), que establecía el "ojo por ojo y diente por diente", no era una ley de venganza. El mundo de hace cuatro mil años era un mundo sanguinario, con pueblos que se imponían unos sobre otros nunca por el derecho, siempre por la fuerza. Al establecer un castigo exactamente igual a la ofensa, el objetivo de esta ley era poner límite a la venganza y frenar la escalada de violencia.

4. **Jesús de Nazaret** no fue un zelote. Los zelotes eran intolerantemente nacionalistas. Querían la liberación de Israel del yugo romano, pero no iban más allá. Jesús fue un patriota, pero su proyecto no admitía fronteras ni discriminaciones. Los zelotes eran profundamente religiosos, pero su Dios era un Dios exclusivo de Israel, "el pueblo elegido". Según ellos, al inaugurar su reino Dios tomaría venganza de las naciones paganas. Jesús nunca habló de un Dios excluyente o revanchista. Los zelotes eran ardientes defensores del cumplimiento estricto de la ley, punto en el que Jesús se diferenció de ellos por su

total libertad ante leyes y autoridades, aunque éstas fueran judías. Sin embargo, Jesús se relacionó con los zelotes y algunos de sus discípulos fueron con toda probabilidad zelotes. Muchas de las reivindicaciones sociales de este grupo las compartió Jesús y en el común y ardiente deseo de que llegara el reino de la justicia, usaron incluso expresiones parecidas.

En cuanto a las tácticas violentas de los zelotes, Jesús también se diferenció de ellos, aunque resulta simplista afirmar que Jesús fue un no violento o que el evangelio condena la violencia venga de donde venga. Las palabras de Jesús al enfrentarse con las autoridades fueron violentas. Jesús usó la violencia en algunos momentos, especialmente en el acto masivo que protagonizó en la explanada del Templo de Jerusalén pocos días antes de ser asesinado. Sin embargo, él no mató sino que fue matado. No instigó nunca a los suyos a la violencia ni usó la resistencia armada para salvar su vida, cuando seguramente pudo hacerlo. Y uno de sus mensajes más originales fue el del amor a los enemigos, que no significa no tenerlos, sino ser capaz de perdonarlos, de no responder con odio al odio, con violencia a la violencia.

En la época de Jesús y en aquella coyuntura histórica concreta de Israel, la violencia propugnada por el zelotismo no tenía ninguna salida, estaba llamada al fracaso y era continuo pretexto para que los romanos desencadenaran su poderosísimo aparato de represión contra el pueblo, tal como ocurrió en el año 70 después de Jesús, cuando Roma arrasó Jerusalén en la guerra contra la insurrección de los zelotes.

5. Al poner la otra mejilla, Jesús actuó como el **rey David** en tierra de filisteos, cuando escapó de los que le perseguían (1 Samuel 21, 11-16). La actitud no violenta no es pasividad o resignación, sino una forma de astucia en busca de resultados más eficaces.

## 56- EL GEMIDO DEL VIENTO

*Santiago* - ¡A acostarse pronto, muchachos, que mañana hay que madrugar!

*Pedro* - ¡Ay, mis pies! ¡Esas tres jornadas de camino no se las deseo ni a mi suegra!

*María* - Pues quédense un par de días más. En la taberna hay sitio. Y más ahora que la gente comienza a regresar a sus pueblos.

*Pedro* - Que no, María, que ya tenemos que volver a Galilea. ¿Y sabes por qué? Porque se nos acabó el dinero. No tenemos ni un cobre.

*María* - Bah, si es por eso, no se preocupen. Mi hermano Lázaro se ha encariñado con ustedes. Si no pueden pagar ahora, se lo apunta para cuando vuelvan por acá. Porque ustedes volverán, ¿verdad que sí?

Estábamos recogiendo las cuatro baratijas que compramos durante la fiesta de Pascua en Jerusalén y despidiéndonos de Marta y María. Era ya de noche cuando Lázaro, el tabernero, llegó corriendo.

*Lázaro* - ¡Psst! ¿Alguno de ustedes lleva contrabando al norte?

*Pedro* - ¿Contrabando? ¿Estás loco? Las aduanas están muy vigiladas en estas fechas. ¿Por qué lo preguntas?

*Lázaro* - Porque tienen visita. Un pez gordo. Uno de los setenta magistrados del Sanedrín.(1) Está ahí fuera, con un par de guardaespaldas, preguntando por ustedes. Yo pensé que llevaban contrabando.

*María* - ¡Si lo llevan, disimulen bien, que para eso son galileos!

*Lázaro* - ¡Arriba, muchachos, alguno tiene que salir y dar la cara!

*Santiago* - Bueno, iré yo, a ver qué quiere. ¿Me acompañas, Juan?

Mi hermano Santiago y yo salimos a ver quién nos buscaba. En la puerta de la Palmera Bonita estaba esperándonos un hombre alto, con una larga barba canosa y envuelto en un manto de púrpura muy elegante. Lo acompañaban dos etíopes, con la cabeza rapada y una daga en la cintura.

*Santiago* - Vamos a ver, ¿en qué podemos servirle, señor?

*Nicodemo* - Quiero hablar con el jefe de ustedes.

*Santiago* - ¿Con el jefe? Aquí nadie es jefe de nadie. Somos un grupo de amigos.

*Nicodemo* - Me refiero a ese tal Jesús, el de Nazaret. El

que hace las "cosas".

*Santiago* - ¿El que hace qué "cosas"? Explíquese mejor.

*Nicodemo* - No vine a hablar con ustedes sino con él. Vayan y llámenlo.

Santiago y yo entramos nuevamente en la taberna...

*Jesús* - ¿Que quiere hablar conmigo? ¿Y qué buscará ese tipo?

*Santiago* - No me huele bien esto, Jesús. Es un fariseo importante, ¿sabes? Y me resulta muy raro que haya venido hasta aquí y a estas horas... Algo debe traerse entre manos...

*Jesús* - Bueno, vamos a ver de qué se trata.

*María* - No te demores mucho, Jesús. ¡Tienes la historia de los tres camellos por la mitad!

Jesús salió al patio donde lo esperaba el misterioso visitante.

*Nicodemo* - ¡Caramba, al fin te encuentro, nazareno! Quiero hablar unos minutos contigo, a solas.

*Jesús* - Sí, está bien. Pero si viene buscando contrabando, creo que perdió su tiempo. Lo único que me llevo de Jerusalén es un pañuelo para mi madre, que aquí los hay muy baratos.

*Nicodemo* - No, no se trata de eso, muchacho. Ahora te explicaré. Ustedes dos, espérenme allá.

Los dos etíopes se alejaron como a un tiro de piedra...

*Nicodemo* - Algún rincón habrá por aquí para conversar, digo yo.

*Jesús* - Debajo de aquella palmera estaremos bien. ¡Vamos!

Desde el fogón vimos a Jesús alejarse hasta una esquina del patio. Las nubes corrían rápidas en el cielo, empujadas por el viento de la noche que gemía entre los árboles.

*Jesús* - Usted dirá...

*Nicodemo* - Me llamo Nicodemo, Jesús.(2) Soy magistrado en el Tribunal Supremo de Justicia. Mi padre fue el ilustre Jeconías, tesorero mayor del templo.

*Jesús* - ¿Y qué quiere de mí un hombre tan importante?

*Nicodemo* - Comprendo que te extrañe mi visita. Aunque ya te habrás imaginado a lo que vengo.

*Jesús* - Debo tener poca imaginación porque, francamente, no tengo ni idea de lo que usted quiere de mí.

*Nicodemo* - No quiero nada de ti. En realidad, vengo a

ayudarte.

*Jesús* - ¿A ayudarme?

*Nicodemo* - Digamos que será una ayuda mutua. Un beneficio mutuo, ¿comprendes?

*Jesús* - Como no hable más claro, no me entero de nada.

*Nicodemo* - Jesús, sé muchas cosas de ti. Mira, lo que hiciste en la piscina de Betesda ha corrido ya por toda la ciudad. Sí, no pongas esa cara. Lo del paralítico que echó a andar, así por las buenas. Sé también que has hecho otras cosas parecidas por allá, por Galilea: un loco, un leproso... hasta dicen que levantaste una niña muerta en mitad del velorio. También al Sanedrín han llegado estos rumores.

*Jesús* - Uf, qué pronto corren las noticias en este país, ¿eh?

*Nicodemo* - Como ves, te he seguido bien la pista. Y te felicito, Jesús.

*Jesús* - Sigo sin entender de dónde viene usted y a dónde quiere ir a parar.

*Nicodemo* - Vamos, vamos, no disimules. Reconozco que para ser trucos están muy bien hechos. No me dirás que son milagros... tú no tienes cara de santo. Está bien, está bien. Comprendo que desconfíes de mí. Pero vamos al grano. A fin de cuentas, a mí me da lo mismo que sean trucos tuyos o milagros de Dios o si es la cola del diablo la que está metida en esto. Para el caso es igual. El pueblo no distingue una cosa de otra. La gente sufre demasiado y necesita ilusionarse con algo. Y en eso tú eres un maestro, en el arte de entusiasmar al pueblo. En fin, te propongo un negocio, Jesús de Nazaret. Podemos asociarnos y las ganancias irían a medias. O también, si prefieres, puedo darte una cantidad fija, por ejemplo... cincuenta denarios. ¿Te parece poco? Sí, no es demasiado, pero... Digamos setenta y cinco... ¿Más todavía? Me parece exagerado tanto dinero para un campesino porque después se lo beben en las tabernas, pero, en fin, porque me has caído simpático, podría subir hasta cien denarios. Trato hecho. Ahora te explicaré lo que quiero que hagas... Oye, ¿de qué te ríes?

*Jesús* - De nada. Es que me hace gracia...

*Nicodemo* - Sí, ya sé, ustedes los galileos tienen el colmillo retorcido como el jabalí. Está bien. A mí parece que cien denarios es un buen salario para un mago, pero... está bien, pon tú mismo el precio. ¿Cuánto quieres? Créeme, muchacho, tu asunto me interesa más que ninguno.

*Jesús* - Sí, sí, ya veo, pero... pero no me sirves para



este asunto, Nicodemo.

*Nicodemo* - ¿Cómo? ¿Por qué? Te digo que te puedo dar mucho dinero y no miento.

*Jesús* - No, no es por eso.

*Nicodemo* - Entonces, ¿qué?

*Jesús* - Bueno, que... que eres muy viejo.

*Nicodemo* - Por eso mismo, muchacho. Dicen que hasta el diablo sabe más por viejo que por diablo. Con mi experiencia y tu habilidad podremos llegar muy lejos.

*Jesús* - No, Nicodemo. Te digo que necesito gente joven.

*Nicodemo* - Bueno, yo tengo ya unos cuantos años en las costillas, ésa es la verdad, pero... de salud no estoy tan mal. Todavía me defiendo.

*Jesús* - Nicodemo: necesito niños.

*Nicodemo* - ¿Niños? Vamos, vamos, Jesús, deja los niños en la escuela y hablemos de cosas serias.

*Jesús* - Te estoy hablando en serio, Nicodemo. Me hacen falta niños. Si quieres meterte en este asunto tendrías que... que nacer otra vez. Eso, volver a ser niño.

*Nicodemo* - Ya me habían dicho que eras muy chistoso, nazareno. Bueno, como tú te sabes tantos trucos, a lo mejor puedes hacerme entrar otra vez en el vientre de mi madre para que me vuelva a parir. En fin, volvamos a nuestro negocio. Como te iba diciendo, se trata...

*Jesús* - Te has hecho viejo amasando dinero, Nicodemo. Y te ha salido un callo en el corazón y otro en las orejas. Por eso no comprendes. Por eso no oyes el viento.

*Nicodemo* - Oye, yo estoy viejo, pero no sordo. El viento si lo oigo. Pero a ti no te entiendo ni una palabra. ¿Qué es lo que me quieres decir? ¿Que el dinero no te interesa? ¿Es eso? Ah, ustedes los jóvenes no tienen arreglo. Todos dicen lo mismo. Claro, cuando tienen a papá detrás: "el dinero, ¿para qué?, el dinero es lo de menos"... Después, cuando madura la fruta, se dan cuenta de que con el dinero se consigue casi-casi todo en esta vida... Pero, en fin, si eres tan poco ambicioso, me guardo mis denarios. Peor para ti.

*Jesús* - No, no, no te los guardes, no dije eso.

*Nicodemo* - Ah, pícaro, ya sabía yo que acabarías mordiendo el anzuelo. Estaba seguro que este negocio te interesaría. Verás, podríamos comenzar con una presentación en el teatro... o en el hipódromo, que cabe más gente... o también... Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Estás alelado, o qué?

*Jesús* - Nicodemo, ¿no oyes el viento? Él trae la queja de todos los que sufren, de todos los que mueren

llamando a Dios para que haga justicia en la tierra. ¿Cómo puedes guardar tu dinero y hacerte sordo al quejido que trae el viento? Escucha... Es como el grito de una mujer que da a luz... Está naciendo un hombre nuevo, un hombre que no vive para el dinero sino para los demás, que prefiere dar a recibir.

*Nicodemo* - Ahora sí que no entiendo un comino.

*Jesús* - Claro, para entender tendrías que elegir.

*Nicodemo* - ¿Elegir? ¿Elegir qué?

*Jesús* - No se puede servir a dos señores a la vez. Elige entre Dios y el dinero. Si escoges a Dios, entenderás el quejido del viento y el viento te llevará hasta donde ahora no puedes imaginarte. Si escoges el dinero, te quedarás solo.

*Nicodemo* - De verdad, no sé de qué me hablas.

*Jesús* - Tú deberías saberlo. Tú que tienes tantos títulos, ¿no entiendes lo que está pasando? El pueblo está reclamando su derecho. Queremos ser libres como el viento. Queremos ser felices. Queremos vivir.

*Nicodemo* - Jesús de Nazaret, ya sé lo que eres: ¡un soñador! Pero ese mundo con que sueñas nunca llegará.

*Jesús* - Ya ha llegado, Nicodemo. Dios quiere tanto al mundo que ha puesto manos a la obra. ¡El Reino de Dios ha comenzado ya!

*Nicodemo* - Bájate de las nubes, muchacho, sé realista, muchacho. Te lo digo yo, que ya tengo los dientes amarillos. Piensa en primer lugar en ti y en segundo lugar también. Después de ti, el diluvio. Las cosas son como son. Y seguirán siendo así.

*Jesús* - No, Nicodemo. Las cosas pueden ser distintas. Ya lo están siendo. Allá en Galilea hemos visto a gente muy pobre compartiendo lo poco que tenía con los demás. ¿Tú no querías ver milagros? Pues baja de tu cátedra de maestro y ve allá a nuestro barrio. Te aseguro, Nicodemo, que aprenderás a hacer el milagro más grande de todos, el de compartir lo que uno tiene.

*Nicodemo* - Sí, desde luego, estás chiflado. No me cabe duda. Pero reconozco que oyéndote hablar...

*Jesús* - Mira arriba, Nicodemo... ¿no la ves?

La luna llena del mes de Nisán, redonda como una moneda, esparcía su luz blanquísima sobre el patio de la taberna.

*Jesús* - Mírala... Brilla como tu dinero. Pero, ¿sabes lo que hizo Moisés, allá en el desierto? Tomó el bronce de las monedas y con él fabricó una serpiente y la levantó en mitad del campamento. Y

los que la miraban quedaban curados de la mordedura de las culebras. La culebra del dinero te ha picado, Nicodemo. Tienes el veneno dentro. Si tú quisieras curarte...

Nicodemo se quedó en silencio, mirando aquella luna de bronce. El puñado de monedas que llevaba en el bolsillo le pesaba ahora como un fardo. Se sentía más viejo y más cansado que nunca, como si toda su vida no hubiera sido más que un poco de agua que se les escurría entre las manos.

*Nicodemo* - ¿Tú crees que para un hombre viejo como yo... todavía... todavía hay esperanza?

*Jesús* - Sí, siempre hay esperanza. El agua limpia y el espíritu renueva...(3) Si tú quisieras...

El viento siguió soplando entre los árboles. Venía de muy lejos y arrastraba las palabras de Jesús muy lejos también, hasta más allá de las montañas. Cuando Nicodemo dejó la taberna y se puso en camino hacia Jerusalén, el viento lo acompañó en su regreso.

Juan 3,1-21

---

1. El **Sanedrín** era el órgano supremo del gobierno judío. Funcionaba también como Corte de Justicia. Interpretaba el significado de la Ley. Estaba compuesto por 71 miembros, que debían tener un conocimiento profundo de las Escrituras para dar las sentencias. Los sanedritas del grupo fariseo habían copado los puestos administrativos del organismo y tenían dentro de él una gran influencia. También la tenían los saduceos. Los sanedritas eran personas privilegiadas dentro de la sociedad como dueños del saber y de todo el poder que les daba el interpretar las leyes. Eran generalmente muy ricos. Cuando en el evangelio de Juan se habla de "los jefes de los judíos", se hace referencia a hombres que ocupaban cargos político-religiosos en el Sanedrín. En tiempos de Jesús, el Sanedrín era un órgano de poder político, social y económico muy corrompido.

2. **Nicodemo** es nombrado únicamente en el evangelio de Juan. Es una de las pocas personas integrantes de la institución religiosa que estableció una relación amistosa con Jesús. Pertenecía a la clase adinerada de la capital y al grupo fariseo del Sanedrín, del que actuaba como consejero.

3. En el diálogo entre Jesús y el influyente fariseo Nicodemo, que solamente recoge el cuarto evangelio, Juan emplea varios temas teológicos: **agua** y Espíritu, lo que viene de arriba y lo que es de la tierra, luz y tinieblas. También emplea símbolos: la serpiente de Moisés, el viento. Esto indica que, más que de una conversación real, se trata de un esquema teológico. A Nicodemo, Jesús le habla de renacer, de transformarse en un "hombre nuevo". En el bautismo cristiano se ha empleado tradicionalmente la fórmula que Jesús empleó con Nicodemo: renacer por el agua y el Espíritu. El agua, símbolo de la vida, y el espíritu -en hebreo, espíritu y viento se dicen con la misma palabra: "ruaj"-, símbolo de libertad, hacen nuevos al hombre y a la mujer. El tema del hombre nuevo es frecuente en las cartas de Pablo (Colosenses 3, 9-11; Efesios 8, 2-10 y 4, 20-24).

## 57- CINCO PANES Y DOS PECES

Cuando el rey Herodes mató al profeta Juan en Maqueronte, la gente se llenó de miedo y de rabia. Nosotros estábamos entonces en Jerusalén. Al saber lo que había pasado, regresamos de prisa a Galilea por el camino de las montañas.

*Natanael* - ¡Ay, Felipe, ya no puedo más... tengo los pies así de hinchados!

*Felipe* - No te quejes tanto, Nata, que ya falta poco.

*Natanael* - ¿Cómo que poco, si todavía no hemos llegado a Magdala?

*Felipe* - No, hombre, digo que falta poco para que nos corten el pescuezo como a Juan el bautizador. ¡Entonces, ya no te dolerán más los callos!

*Natanael* - Si es un chiste, no le encuentro la gracia.

Al fin, después de muchas horas de camino...

*Juan* - ¡Eh, compañeros, ya se ve Cafarnaum! ¡Miren allá!

*Pedro* - ¡Que viva nuestro lago de Galilea!

*Felipe* - ¡Y que vivan estos trece chiflados que vuelven a mojarse las patas en él!

Después de tres días de camino, regresábamos a casa. A pesar del cansancio, íbamos contentos. Como siempre, Pedro y yo echamos a correr en la última milla, a ver quién llegaba antes.

*Juan* - ¡Condenado tirapiedras, no vas a ser el primero esta vez!

*Pedro* - Eso te crees tú... ¡Ya estamos aquí, ya estamos aquí!

Cuando llegamos a Cafarnaum, la familia de Pedro, la nuestra y la mitad del barrio salió a darnos la bienvenida y a enterarse de cómo estaban las cosas por allá, por Jerusalén.

*Vecino* - Oye, Pedro, ¿y es verdad lo que dicen que Poncio Pilato se robó otra vez dinero del templo para su maldito acueducto?

*Pedro* - ¡Si fuera eso solamente! Las cárceles están llenas. Desde el atrio del templo se oyen los gritos de los que están torturando en la Torre Antonia.

*Mujer* - ¡Canallas!

*Juan* - Antes de salir nosotros, crucificaron a diez zelotes más. ¡Diez muchachones llenos de vida y con ganas

de luchar!

*Zebedeo* - Pues por acá las cosas tampoco andan mejor.

*Pedro* - ¿Qué? ¿Ha habido problemas?

*Zebedeo* - Sí. Se llevaron presos a Lino y a Manasés. Y al hijo del viejo Sixto.

*Salomé* - Al marido de tu comadre Cloe lo andaban buscando y ha tenido que esconderse por las cuevas de los leprosos. Fue Gedeón, el saduceo, el que lo denunció.

*Juan* - ¡Ese traidor!

*Vecino* - Un grupo de herreros protestó por el último impuesto del bronce y, ¡zas!, todos al cuartel.

*Salomé* - ¡Y todos golpeados!

*Zebedeo* - De eso hace ya seis días y todavía no los sueltan.

*Salomé* - Bueno, yo creo que hay más gente en la cárcel que en la calle.

*Jesús* - ¿Y las familias de los presos?

*Zebedeo* - Ya te puedes imaginar, Jesús. Pasando hambre. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Entre los mendigos y los campesinos que perdieron la cosecha y ahora los hijos de los presos, Cafarnaum está que da lástima.

*Juan* - Tenemos que hacer algo, Jesús. No podemos cruzarnos de brazos.

*Felipe* - Eso digo yo. Fuimos a Jerusalén, volvimos de Jerusalén. ¿Y ahora qué?

*Pedro* - Ahora estamos los trece juntos. Podemos pensar un plan entre todos.

*Salomé* - No te pongas a alborotar mucho, Pedro, si no quieres que te cuelguen de un palo. La policía de Herodes ve a cuatro en la taberna y ya dice que están conspirando y se los llevan.

*Jesús* - Pues vámonos fuera de la ciudad para no levantar sospechas. Sí, eso, mañana podemos salir a dar una vuelta y buscamos un lugar tranquilo y hablamos de todo esto. ¿De acuerdo?

*Natanael* - Mañana, sí, mañana por la mañana. Y si es por la tarde, mejor. Que yo estoy que no doy un paso más. ¡Ay, mi abuela, tengo los riñones hechos polvo!

Al día siguiente, por la tarde, Santiago le pidió al viejo Gaspar su barcaza grande. En ella cabíamos los trece. Remamos en dirección a Betsaida. Con la primavera, la orilla del lago estaba cubierta de flores y la hierba era muy verde.

*Juan* - Eh, tú, Pedro, ¿no trajiste algunas aceitunas para engañar la tripa?

*Pedro* - ¡Aceitunas y pan! ¡Agarra!

*Felipe* - Oigan, ¿y esa gente que está allá en la costa?  
¿Qué pasará?

*Juan* - Seguramente algún ahogado. El mar se pica mucho en estos recodos.

*Hombre* - ¡Eh, ustedes, los de la barca, vengan acá!  
¡Vengan!

*Natanael* - Me parece que los ahogados vamos a ser nosotros. Mira, Pedro, éstos que están haciendo señas no son los mellizos de la casa grande?

*Pedro* - Sí, ellos mismos... ¿Y cómo están aquí?

*Juan* - Habrán venido a pie desde Cafarnaum. Seguramente el viejo Gaspar les dijo que salíamos hacia acá. Y han llegado primero que nosotros.

*Mujer* - ¡Pedro! ¿No viene con ustedes Jesús?

*Pedro* - ¡Sí! ¿Qué pasa con él?

*Hombre* - ¡Con él y con ustedes! Las cosas andan mal en Cafarnaum. ¿No les han contado ya?

*Mujer* - ¡Estamos pasando hambre! ¡Nuestros maridos presos y nosotros sin un pan que dar a los muchachos!

*Hombre* - ¡Y los que andamos sueltos no hallamos dónde ganarnos un cochino denario! ¡No hay trabajo ni para Dios que se siente en la plaza!

*Pedro* - ¿Y qué podemos hacer nosotros, si estamos punto menos que ustedes?

*Hombre* - ¡Vengan, vengan, amarren la barca aquí!  
¡Vengan!

*Juan* - Oye, Jesús, ¿no sería mejor enfilar para otro lado?  
¡Hay demasiada gente!

*Jesús* - Es que el pueblo está desesperado, Juan. La gente no sabe ni qué hacer ni para dónde tirar, como cuando un rebaño se queda sin pastor.

Eran muchos esperándonos en la orilla. Algunos vinieron de Betsaida. Otros, del caserío de Dalmanuta. Y también llegaron bastantes desde Cafarnaum.

*Hombre* - Ustedes siempre dicen que las cosas van a mejorar, que vamos a levantar por fin la cabeza... ¡y, mira tú, cuando la levantó el profeta Juan, se la cortaron!

*Mujer* - Ya no tenemos a nadie que responda por nosotros. ¿Qué esperanza nos queda, eh? ¡Estamos perdidos!

*Jesús* - No, doña Ana, no diga eso. Dios no va a dejarnos desamparados. Si le pedimos, él nos dará. Si buscamos una salida, la encontraremos. ¿No supieron lo que hizo Bartolo el otro día, cuando le llegaron unos parientes suyos a medianoche?

*Hombre* - ¿Bartolo? ¿Qué Bartolo?

*Jesús* - Bartolo, hombre, el que antes daba aquellos gritos en la sinagoga, ¿no se acuerdan?  
*Mujer* - Ah, sí, ¿y qué le pasó a ese bandido?  
*Jesús* - Que para no perder la costumbre, siguió gritando. Pero el pobre, ¿qué otra cosa podía hacer?

Jesús, como siempre, acababa haciendo historias para darse a entender mejor. Poco a poco, todos nos fuimos sentando. Había mucha hierba en aquel lugar.

*Jesús* - Pues miren, resulta que la otra noche vinieron sus parientes de visita y Bartolo no tenía nada en la cazuela para ofrecerles. Entonces va donde el vecino: Vecino, ábreme, ¡tun, tun, tun! Vecino, ¿no te sobró algún pan de la cena?... Pero el otro ya estaba roncando. ¡Tun, tun, tun! ¡Vecino, por favor!... Dice el otro desde la cama: ¡Déjame en paz! ¿No ves que estoy acostado con mis hijos y mi mujer?... Pero Bartolo seguía dale que dale, llamando a la puerta. Y el uno que no me molestes, y el otro que préstame tres panes. En fin, que primero se cansó el vecino que Bartolo. Y se levantó y le dio los panes que pedía para quitárselo de encima.

*Mujer* - Bueno, ¿y con eso qué?

*Jesús* - Que así pasa con Dios. Si llamamos, él acabará abriéndonos la puerta. Y nos ayudará a salir adelante a pesar de todas las dificultades que tenemos ahora. ¿No creen ustedes?

Cuando Jesús acabó de contar aquella historia, una mujer flaca, con una cesta de higos en la cabeza y un delantal muy sucio, se acercó a nosotros.

*Melania* - Ustedes perdonen, yo soy una mujer bruta, pero... no sé, yo pienso que la cosa también pasa al revés. Muchas veces, el que toca a la puerta es Dios. Y nosotros somos los que estamos acostados, durmiendo a pierna suelta. Y viene Dios y nos aporrea la puerta para que le demos el pan que nos sobra a los que no lo tienen.

Las palabras de Melania, la vendedora de higos, nos sorprendieron a todos.

*Melania* - ¿No es verdad lo que digo, paisanos? Pedirle a Dios, sí, eso es bueno. Pero del cielo, que yo sepa, ya no llueve pan. Eso dicen que era antes, cuando nuestros abuelos iban caminando por aquel desierto. Pero ahora ya no pasan esos milagros.



*Jesús* - Esta mujer tiene razón. Escuchen, amigos: la situación está mala. Hay muchas familias pasando hambre en Cafarnaum y en Betsaida y en toda Galilea. Pero, si nos uniéramos, si pusiéramos lo poco que tenemos en común, las cosas irían mejor, ¿no les parece?

*Juan* - A mí lo que me parece, Jesús, es que ya es muy tarde. Ve cortando el hilo y vámonos ya. Eh, amigos, ya es un poco tarde, ¿no? Nosotros volvemos a Cafarnaum...

*Hombre* - No, no, ahora no pueden irse. Tenemos que discutir lo de las mujeres de los presos y qué van a comer los que andan sin trabajo.

*Pedro* - Deja eso para otro día, mellizo. Se está haciendo oscuro y, a la verdad... ustedes deben tener la tripa pegada al espinazo.

*Mujer* - ¡Y ustedes también, qué caray! ¡Si nos vamos ahora, nos desmayamos por el camino!

*Jesús* - Oye, Felipe, ¿no hay ningún sitio por aquí para comprar algo?

*Felipe* - Un poco de pan se podría comprar en Dalmanuta, pero yo creo que para tanta gente harían falta doscientos denarios.(1)

*Jesús* - Lo que son las cosas, amigos. Ustedes tienen hambre. Nosotros también. Nosotros trajimos algunas aceitunas, pero no hemos querido sacarlas porque no alcanzan para todos. A lo mejor algunos de ustedes también trajeron su pan bajo la túnica, pero tampoco se atreven a morderlo para que el de al lado no les pida un trozo.

*Juan* - Así mismo es, Jesús, y sin ir más lejos, aquí hay un niño que trajo alguna comida.

*Jesús* - ¿Qué tienes tú, muchacho?

*Niño* - Cinco panes de cebada y dos pescados.

*Jesús* - Oigan, vecinos, ¿y por qué no hacemos lo que dijo Melania hace un momento? ¿Por qué no nos sentimos como una gran familia y compartimos entre todos lo que tenemos? A lo mejor alcanza...

*Hombre* - ¡Sí, eso, hagamos eso! ¡Eh, tú, muchacho, trae acá esos cinco panes que tienes! ¡Yo tengo aquí dos o tres más!

*Jesús* - Tú, Pedro, saca las aceitunas y ponlas en el medio, para todos. ¿Alguno tiene algo más?

*Hombre* - ¡Por acá hay unos cuantos dorados! Con los dos del muchacho y otros más que aparezcan...

*Melania* - Aquí está mi cesto de higos, paisanos. El que tenga hambre, que vaya comiendo sin pagar.

Todo fue muy sencillo. Los que llevaban un pan lo pusieron para todos. Los que tenían queso o dátiles, lo repartieron entre todos. Las mujeres improvisaron algunas hogueras y

asaron los pescados. Y así, a la orilla del lago de Tiberíades, todos pudimos comer aquella noche.(2)

*Mujer* - Oigan, si alguno quiere más pan o más pescado... Aquí hay todavía. ¿Quieres tú, Pedro?

*Pedro* - ¿Yo? No, yo estoy más atiborrado que un hipopótamo. ¡He comido muchísimo!

*Mujer* - ¡Tú, muchacho, recoge los trozos de pan que hayan sobrado! ¡Siempre se aprovechan!

*Juan* - ¡Ahora sí, compañeros, a la barca! ¡Hay que volver a casa!

*Hombre* - Esperen, esperen, no se vayan todavía. No acabamos de discutir lo de las mujeres de los presos y... sí, claro, ya entiendo. Lo que hay que hacer es...

*Melania* - Lo que hay que hacer es compartir.

*Jesús* - Sí. Compartir hoy y mañana también. Y así, el pan alcanzará para todos.

Los trece nos montamos en la barca de Gaspar y comenzamos rema que rema en medio de la noche rumbo a Cafarnaum. Yo iba pensando mientras cruzábamos el lago que un milagro, un gran milagro había ocurrido aquella tarde ante nuestros ojos.

Mateo 14,13-21; y 15,32-39; Marcos 6,30-44 y 8,1-10; Lucas 9,10-17; Juan 6,1-14.

---

1. El **pan** era el alimento básico en tiempos de Jesús. Los ricos lo comían de trigo, los pobres de cebada. Las mujeres hacían el pan en las casas en pequeños hornos. Por escritos de la época, podemos saber con mucha aproximación el precio del pan en aquel tiempo. Lo que una persona comía diariamente equivalía a 1/12 de un denario, es decir, a 1/12 del jornal, pues lo más frecuente era que al día, en la mayoría de los oficios, se ganara un denario. El pan se comía en forma de tortas planas, poco gruesas, como las que aún hoy se usan en los países orientales. Para su comida diaria, un adulto empleaba al menos tres de esas tortas.

2. A unos tres kilómetros de Cafarnaum, muy cerca del **lago de Tiberíades**, está Tabgha, donde la tradición fijó desde muy antiguo el lugar en que Jesús comió panes y peces con una multitud de sus paisanos. Tabgha es la contracción en árabe del nombre griego "Heptapegon", que quiere decir "Siete Fuentes". La iglesia que hoy se visita en Tabgha está edificada sobre la que ya existía allí hace mil 400

años. Los mosaicos que hay en el suelo de esta iglesia, llamada "iglesia de la multiplicación", son los del antiguo templo y tienen un gran valor artístico y arqueológico. En uno de esos mosaicos se representa un cesto con cinco panes y dos peces a sus lados.

## 58- FRENTE A LA SINAGOGA DE CAFARNAUM

Aquel día era sábado. Y como todos los sábados, nos reunimos en la sinagoga de Cafarnaum.(1) Allí, en la asamblea, estaban muchos de los que habían comido con nosotros en Betsaida, cuando compartimos los panes y los peces. Allí estaban también los familiares de los presos y algunos mendigos. Después de las oraciones rituales, Fanuel, uno de los propietarios más ricos de la ciudad, se levantó a hacer la lectura.(2)

*Fanuel* - "Entonces, apareció en el desierto una cosa pequeña, como granos, semejante a la escarcha. Y Moisés dijo a los hijos de Israel: Este es el maná, el pan que Dios nos da por alimento. Y esto es lo que manda Dios: que cada uno recoja lo que necesite para comer él y su familia. Así lo hicieron los hijos de Israel. Pero unos recogieron mucho y otros recogieron poco. Entonces lo midieron para que no les sobrara a los que tenían de más ni les faltara a los que tenían de menos. Y así todos tuvieran lo necesario para el sustento. Moisés también dijo: que nadie guarde maná para el día siguiente.(3) Pero algunos no obedecieron a Moisés y comenzaron a guardar y a acaparar el alimento. Pero se les llenó de gusanos y se les pudrió. Porque Moisés había mandado que cada uno recogiera lo que necesitaba para el sustento." ¡Esta es la palabra de Dios en el libro santo de la Ley!

*Todos* - ¡Amén! ¡Amén!

Entonces, el rabino Eliab, con su voz chillona de siempre, se dirigió a todos los que estábamos en la sinagoga...

*Rabino* - Hermanos, ¿quién quiere venir a explicar esta lectura? Vamos, vamos, no tengan vergüenza de hacer un comentario sobre estas palabras santas que acabamos de escuchar.

*Amós* - ¡El que debía sentir vergüenza fue ése que la leyó!

Amós, uno de los tantos asalariados que trabajaban en la finca de Fanuel, rompió el silencio.

*Amós* - ¡Yo no quiero comentar nada! ¡Yo lo que quiero es gritarle a ese tacaño: cumple tú mismo lo que acabas de leer! Óiganlo todos ustedes y juzguen si no tengo razón: Fanuel no me ha pagado un céntimo desde hace cuatro lunas. Me mato trabajando en su finca y después no me paga... ¡Ladrón!

*Rabino* - ¡Cállate y ve a protestar a otro lado! ¡Esto no es el tribunal sino la Casa de Dios!

*Amós* - Y si no me hacen caso en el tribunal, ¿a dónde voy, eh?

*Rabino* - ¡Que te calles te digo! Repito: ¿algún hermano quiere comentar la palabra de Dios que acabamos de escuchar?

*Simeón* - ¡Sí, sí, yo quiero comentarla, rabino!

Todos los ojos los volvimos esta vez hacia el jorobado Simeón, un pobre hombre que vivía junto al mercado.

*Rabino* - ¿Qué tienes tú que decir?

*Simeón* - Bueno, en realidad, yo no digo nada. Moisés se me adelantó. ¿No lo oyeron ustedes? Que nadie tenga más, que nadie tenga menos. Que a ninguno le sobre el pan, que a ninguno le falte el pan. Esa es la ley de Moisés. Y yo soy hijo de Moisés, ¿verdad? Y aquél que está allá, don Eliazín, también. ¿Y por qué él tiene los graneros llenos, reventando de trigo y de cebada, y yo me estoy muriendo de hambre, eh?

*Rabino* - ¡Cállate tú también, impertinente! Eso que dices no tiene nada que ver con la palabra de Dios. Si quieres hablar de política, vete a la taberna.

*Simeón* - Yo no estoy hablando de política, rabino. Yo estoy diciendo que mis hijos no tienen un bocado de pan para comer.

*Rabino* - ¡Comer, comer! Ustedes sólo piensan en comer. Hermanos, estamos en la casa de Dios. Olvidemos por un momento las preocupaciones materiales y hablemos de las cosas del espíritu.

*Mujer* - ¡Claro, porque tú comes caliente todos los días! ¡Si tuvieras hambre, venderías tu espíritu por un plato de lentejas!

*Rabino* - ¡Saquen a esa gritona de la sinagoga! ¡No voy a permitir ninguna falta de respeto en este lugar santo! Ejem... Hablemos de las cosas santas, del pan divino, del maná. Como nos dijo la lectura, el maná caía del cielo sobre los israelitas...

*Mujer* - ¡Pues a nosotros lo que nos está cayendo encima son los garrotazos de los guardias! ¡Mis dos hijos están presos desde hace una semana y los han golpeado como si fueran perros! ¿Y saben por qué? ¡Por ese canalla saduceo que está ahí, que los denunció! ¡Sí, sí, Gedeón, fuiste tú! ¡No voltees la cara, que aquí todo se sabe, traidor!

*Rabino* - Pero, ¿qué está pasando hoy aquí, eh? ¿A qué han venido ustedes? ¿A rezar o a molestar a algunos hermanos de la comunidad?

*Amós* - ¿Hermanos? ¿Cómo va a ser hermano mío el usurero que ayer mismo me agarró por el gañote para que pagara sus malditos intereses? ¡Tú mismo, Rubén, no disimules, tú mismo!

*Rabino* - ¡Basta ya! ¡Basta ya! ¡Esta es la casa de Dios! ¡Y a la casa de Dios se viene a rezar!

*Simeón* - Pero, rabino, ¿no comprendes lo que te estamos diciendo? ¿Cómo pueden rezar juntos el león y la oveja? ¡El león pide a Dios que la oveja se duerma para comérsela. Y la oveja también pide a Dios que el león se duerma pero para que le corten la melena!

*Amós* - ¡Bien dicho, Simeón! ¿Cómo voy a rezar junto a don Eliazín, yo que no tengo ni siete palmos de tierra para morirme? ¡Uno de los dos sobra!

*Hombre* - ¡El viejo Berequías te roba veinte y luego soborna a los jueces, y los jueces te roban veinte más! ¿Y voy a estar rezando con él bajo el mismo techo? ¡Yo digo lo mismo que aquel paisano: uno de los dos sobra!

*Hombre* - ¡Sí, sí, hay que decirlo claro y pelado para que se enteren de una vez! Mira, mira a aquél con su carita de muy piadoso... ¡con el trigo que tienes amontonado podrían comer cuarenta familias aquí en el pueblo! ¡Y con los collares de tu señora se arreglaban las casas de todo el barrio! ¡Digo lo que dijeron: o ellos, o nosotros!

El alboroto subió como la marea. Los dedos se levantaban acusadores y abríamos la boca sin miedo para denunciar los abusos que cometían los grandes de Cafarnaum. Entonces, el rabino Eliab, rojo de ira, subió a la tarima de las lecturas y empezó a gritar...

*Rabino* - ¡Ustedes son los únicos que sobran, malditos! ¡Ustedes que no respetan la palabra de Dios y sólo quieren hacer política! ¡Sí, sí, yo sé lo que está pasando! Lo mismo que pasó la otra vez, cuando las espigas. Un agitador les ha llenado la cabeza de sueños. Yo conozco bien a ese hombre. Está aquí, entre nosotros. Pero, óiganme bien, no lo voy a repetir más: ¡o se callan de una vez o los mando fuera!

*Jesús* - No hace falta, rabino. Nos vamos nosotros. Uno de los dos sobra.

Jesús se levantó, dio media vuelta y salió de la sinagoga.

*Rabino* - ¡Tú, maldito, tú! ¡Tú eres el culpable de todo esto! ¡Tú has dividido a la comunidad! ¡Pero las pagarás todas juntas, rebelde!

Detrás de Jesús, salimos también nosotros, los del grupo. Y los campesinos, los asalariados de Eliazín, los desempleados de Fanuel, las mujeres de los presos y muchos otros más, abandonaron en silencio la casa de Dios. Al poco rato, dentro de la sinagoga, sólo quedó el rabino Eliab, paseándose de un lado a otro de la tarima, con los dientes y los puños apretados. Quedaron también los amigos del terrateniente y los usureros. Y algunos otros que, por miedo a la maldición del rabino, no se atrevieron a salir. Afuera, en una esquina de la plaza, todos rodeamos a Jesús.

*Vieja* - Oye, tú, el de Nazaret, ¿no habremos hecho algo malo saliendo así de la sinagoga?

*Jesús* - No, abuela, no se preocupe. Que el profeta Jeremías también tuvo que ponerse ante las puertas del Templo para denunciar que la Casa de Dios se había convertido en una cueva de ladrones.

*Hombre* - ¿Y ahora qué, Jesús? ¿Qué va a pasar ahora?

*Jesús* - Lo que siempre pasa, vecino. Ellos tiran la piedra y esconden la mano. Y luego, cuando nosotros protestamos de la pedrada, dicen que estamos agitando y sembrando discordia en la comunidad. Mientras tanto, ellos se las dan de corderos mansos. Pero no hay que dejarse engañar. Eso es sólo un disfraz. Por dentro son los lobos con colmillos afilados. Lo que quieren es arrebatarse y acaparar y quedarse con todo.

*Mujer* - Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer entonces, Jesús?

*Jesús* - Lo contrario a lo que ellos hacen: compartir. Dios nos pide eso: compartir. Lo que escribió Moisés: nadie con más, nadie con menos. Esa es la señal de que el Reino de Dios ha comenzado entre nosotros. Escuchen, amigos: ¿por qué ayer el pan alcanzó para todos? Porque compartimos lo que teníamos entre todos. Esa es la voluntad de Dios. Si compartimos el pan en esta vida, Dios compartirá con nosotros la vida eterna. Si compartimos el pan de la tierra, Dios nos dará un pan todavía mejor, un pan del cielo, como aquel maná que caía en el desierto.

*Hombre* - Oye, ¿dónde se consigue ese pan del cielo?

*Jesús* - Deja eso ahora, Simeón. Primero hay que compartir el pan de la tierra, ¿no te parece?

Mientras Jesús hablaba fuera, el terrateniente Eliazín salió de la sinagoga y se acercó a nuestro grupo amenazándonos con el puño.

*Eliazín* - ¡Óiganlo bien ustedes! ¡Esto no lo vamos a tolerar! El rabino ya ha dado su aprobación. Ahora mismo voy al cuartel a denunciarlos a todos. ¡Y a ti el primero, nazareno, que eres el cabecilla de toda esta agitación!

*Mujer* - ¡Si se rasca tanto, es que mucho le ha picado!

*Eliazín* - ¡Ríanse ahora, imbéciles! Cuando vengan los soldados, cuando los metan presos, cuando agarren a sus hijos y los azoten en la columna y los claven en la cruz romana, entonces no tendrán ganas de reírse. ¡Después, no digan que no se lo advertí!

Hubo un silencio cargado de malos presagios. Las amenazas de Eliazín nos helaron la risa en la boca. Porque eran verdad. Los romanos no perdonaban. Cada día se levantaban nuevas cruces en todo el país para ahogar el grito de protesta de los pobres de Israel.

*Hombre* - Bueno, vecinos, vamos a dejar la conversación para otro momento, ¿no?

*Mujer* - Sí, ya es un poco tarde y... ¡en fin, adiós a todos!

*Amós* - Yo también tengo que irme... Otro día nos vemos...

Uno a uno, igual que habían salido antes de la sinagoga, se fueron yendo ahora a sus casas.

*Santiago* - ¡Cobardes, eso es lo que son todos, unos cobardes!

*Jesús* - Claro que sí, Santiago. A la hora de la verdad, todos sentimos miedo. A nadie le gusta arriesgar el pellejo. Pero hay que hacerlo. Tenemos que compartir el pan.(4) Pero tenemos que compartir también nuestro cuerpo y nuestra sangre. A muchos de nosotros nos romperán la carne como el que rompe un pan. Derramarán nuestra sangre como el que derrama vino. Y entonces, cuando hayamos dado la vida por nuestro pueblo, seremos dignos del Reino de Dios.

*Juan* - Bueno, Jesús, esas palabras se dicen fácil, pero... pero son muy duras de tragar.

*Niño* - ¡Los soldados, ya vienen los soldados! ¡Corran, corran, traen lanzas y garrotes!

Muchos echaron a correr cuando oyeron que venían los soldados. Nosotros también comenzamos a mirarnos con inquietud.

*Pedro* - Bueno, Jesús, ... entonces... entonces...

*Jesús* - ¿Qué pasa, Pedro? ¿Quieres irte? Vete. ¿Ustedes



también quieren irse?

*Pedro* - Bueno, por querer-querer... Uff... Está bien, moreno, nos quedamos contigo. Lo que dijiste es la verdad. Lo que pasa es que esa verdad se le atraganta a uno aquí, como una espina de pescado.

*Jesús* - Ahora somos trece. Cualquiera de nosotros puede fallar. Por eso, tenemos que apoyarnos unos en otros... ¡Y que Dios nos dé fuerza para compartirlo todo... hasta el mismo miedo!

*Pedro* - ¡Ya están ahí los soldados, Jesús!

*Soldado* - ¡Eh, ustedes, disuélvanse, disuélvanse! No queremos ningún desorden. Vamos, vamos, andando... Y tú, forastero, sí, tú mismo, ten cuidado con lo que haces. Estamos al tanto de todo, ¿me oyes? Tú y tu grupo están fichados. Vamos, vamos, regresen a sus casas.

Por suerte, los soldados no hicieron mucho caso a la denuncia de Eliazín. Y nos dejaron ir aquella vez sin mayores problemas. Todo esto ocurrió un sábado, el día de descanso, frente a la sinagoga de Cafarnaum.

Juan 6,22-71

---

1. *Hasta finales del siglo pasado no se descubrieron las ruinas de la **sinagoga de Cafarnaum**. Unos 400 años después de la muerte de Jesús, Cafarnaum fue destruida y poco a poco todos los escenarios del tiempo de Jesús quedaron deshabitados y fueron reducidos a escombros. Una de las labores llevadas a cabo con mayor cuidado después del descubrimiento de las ruinas fue la restauración de la sinagoga. No era la que Jesús conoció, pero sí estaba construida sobre la de aquellos tiempos. El actual edificio es del siglo IV, muy espacioso, con gruesas columnas y hermosos adornos en las paredes. Está muy cerca de la casa de Pedro.*

2. *En el culto que se celebraba cada sábado en la sinagoga, y al que Jesús asistía habitualmente con sus paisanos, se hacía la **lectura** de un fragmento de las Escrituras y los mismos asistentes lo comentaban. Ni la lectura ni el comentario eran tareas específicas del rabino. A las mujeres no se les permitía hablar en la sinagoga.*

3. *El **maná** o "pan del cielo" fue el alimento que los israelitas hallaron en el desierto en su larga marcha hacia la Tierra Prometida. Las normas dadas por Dios para*

la recogida del maná trataban de evitar la acumulación y la desigualdad en el reparto de la comida para que alcanzara para todos (Éxodo 16).

4. **Compartir** fue una consigna constante en el mensaje de Jesús y por eso, la relación entre la celebración de la eucaristía y la práctica de la justicia ha sido una cuestión tan antiguo como el cristianismo. Pablo afirmaba que donde existe la desigualdad y ésta es ostentosa, no se está celebrando la eucaristía, sino un acto que el Señor condena. Su denuncia de estos casos fue ardiente (1 Corintios 11, 17-34).

En los primeros siglos de cristianismo existió una gran sensibilidad para captar la relación eucaristía-justicia y sólo celebraban la eucaristía y compartían el pan los que ponían antes sus bienes en común con todos los hermanos. El obispo tenía la obligación de vigilar quiénes llevaban ofrendas a las misas. Si se trataba de personas que oprimían a los pobres, estaba prohibido recibir nada de ellos. (Constitución Apostólica II, 17, 1-5 y III, 8 y IV, 5-9). Esto se llevaba con tanto rigor que en el siglo III la Didascalia dispuso que si para alimentar a los pobres no existía otro medio que recibir dinero de los ricos que cometían injusticias, era preferible que la comunidad muriera de hambre (Didascalia IV 8, 2). A lo largo de siglos, disposiciones de este tipo se multiplicaron en los escritos de los Santos Padres y entre las comunidades cristianas de muy distintos lugares. Fue a partir del siglo IX que todo esto se fue olvidando y comenzó a ponerse el énfasis únicamente en la presencia real de Cristo en el pan eucarístico y en cómo explicar tan sublime misterio, perdiéndose de vista la relación del rito de la eucaristía con la práctica de la justicia social.

Los profetas de Israel inauguraron la tradición de vincular el culto a Dios con la práctica de la justicia. En las mismas puertas del Templo de Jerusalén, el profeta Jeremías "escandalizó" a los hombres religiosos de su tiempo y al propio rey denunciando la falsa seguridad de los que se amparaban en el culto, olvidando sus deberes de justicia (Jeremías 7, 1-15; 26, 1-24). Con esta libertad, característica de los grandes profetas, Jesús antepuso la justicia al culto y en el lugar santo habló de lo que es más sagrado para Dios: la vida de los seres humanos, la igualdad entre ellos. Así, dijo que nadie llevara ofrendas al altar si alguien tenía alguna deuda pendiente con algún hermano, pues primero es la reconciliación entre los seres humanos que el culto a Dios (Mateo 5, 23-24).



## 59- EL FANTASMA DEL LAGO

Era noche cerrada sobre el gran lago de Galilea. La luna, como una raja de naranja colgada en el cielo, apenas nos iluminaba las caras. Con Pedro, en su vieja barca pintada de verde, íbamos seis. En la otra barca que dirigía Andrés, iban los otros del grupo. Jesús no estaba con nosotros aquella noche. Cuando los doce subimos a las barcas, dijo que no quería venir y se alejó en silencio por una de las callejas oscuras que salían del embarcadero.

*Pedro* - Compañeros... esto está rarísimo... ¿Por qué se ha quedado en la ciudad, eh? ¿Por qué?

*Tomás* - Jesús le ti-ti-tiene miedo al agua de no-noche. ¿No será por eso?

*Santiago* - ¡Pamplinas, Tomás! Aquí hay algo más serio. Miedo al agua, no. Eso es una idiotez. Pero miedo, sí. Jesús tiene miedo. Se le ve en los ojos.

*Pedro* - Pero, ¿miedo a qué, Santiago? ¿Por qué va a tener miedo?

*Santiago* - Las cosas se están poniendo feas, Pedro. Cada día el moreno está más fichado. Los fariseos lo odian y lo buscan. Este queso se está pudriendo.

*Pedro* - Pero, ¿qué están diciendo? Eso no puede ser. Jesús es valiente. Lo ha demostrado. ¿Por qué están tan seguros?

*Santiago* - Nadie está seguro de nada, Pedro, de nada. Estamos hablando solamente. Pero no me negarás que es muy raro que hoy nos haya dejado solos.

*Tomás* - ¿Y no-no-no será que se ha quedado a rezar? Jesús es muy rezador.

*Pedro* - Pero, ¿a santo de qué se va a quedar a rezar ahí? No, Tomás, eso no explica lo de esta noche.

*Santiago* - ¿Nos habrá traicionado? ¿Se irá a pasar al otro bando y no se atreve a decirlo?

*Pedro* - Pero, ¿cómo va a hacer eso él, pelirrojo? ¡Jesús es derecho como un remo! Tú estás loco. ¡No, eso no puede ser!

*Felipe* - A mí la idea que me anda dando vueltas por la cabeza es otra. Escuchen, compañeros, yo creo que Jesús está cansado de todo esto. Que está harto de decir que el Reino de Dios ya está cerca, que ya viene... pero no llega nunca. El ha hecho de profeta, se ha quedado sin saliva en la boca diciendo que las cosas van a cambiar. ¡Y ya ven, todo sigue igual! Y entonces...

*Pedro* - Y entonces, ¿qué? ¿Qué quieres decir con eso, Felipe?

*Felipe* - Quiero decir que un día de éstos, hoy por ejemplo, Jesús va a decir: ¡mundo amargo, ahí te

pudras! ¡Y al diablo con el grupo, con la justicia, con el Reino de Dios y con todo! Se irá por un camino oscuro como ha hecho esta noche y no le volveremos a ver nunca más la barba.

*Pedro* - Pero, ¿qué estás diciendo? ¿De dónde has sacado esa idea, cabezón del demonio? ¡Jesús no puede hacernos eso! ¡Él no es así! ¡Él no es así!

*Santiago* - Está bien, Pedro, él no es así. Pero, ¿por qué no ha venido hoy con nosotros, eh?

Todas las palabras de aquella conversación se nos fueron colando dentro del pecho como el viento frío de la noche que hinchaba las velas y comenzaba a revolver las tranquilas aguas del lago. En la otra barca, Andrés, Judas, Simón y los demás, hablaban de lo mismo, con las mismas palabras, con las mismas preguntas. Después de un rato, todos nos quedamos en silencio. Sólo se oía el rumor del viento cada vez más fuerte.

*Pedro* - ¡Por los mil demonios del sheol, digan algo! ¡Prefiero una tormenta que esto de ir todos con la boca cerrada como muertos!

Entonces, como si hubiera oído el grito airado de Pedro, el viento empezó a zarandear con furia las dos barcas y las nubes comenzaron a descargar sobre el lago los rayos y truenos que guardaban escondidos en sus negras panzas.

*Santiago* - ¡Maldición! ¡Ya me decían mis narices que iba a haber tormenta! ¡Agarra bien la vela, Juan!

*Tomás* - ¿Qué-que-que es esto?

*Pedro* - ¡Qué va a ser, Tomás! ¿No creerás que es una fiesta, verdad?

*Tomás* - ¿Nos ahoga-ga-garemos?

*Santiago* - ¡Sí, caramba, nos ahogaremos! ¡Y tú el primero, si no cierras el pico!

*Andrés* - ¡Eh, Pedro, suelta un poco la vela! ¡Pedro!

*Pedro* - ¡Aléjate un poco, flaco! ¡Vamos a chocar!

Las olas, gigantescas como montañas, saltaban por encima de nuestras cabezas, empapándonos una y otra vez hasta los huesos. La barca que dirigía Andrés, envuelta en un remolino de viento, comenzó a acercarse demasiado a la nuestra, girando locamente como un trompo.

*Pedro* - ¡Maldita sea, Santiago! ¡Suelta más esa vela! ¡Nos vamos a estrellar!

*Santiago* - ¡Quítate de ahí, Tomás! ¡Agarra bien, Juan! ¡Más duro, más duro!

La quilla chirriaba como un alma en pena. Las olas

levantaban las barcas dejándolas caer con estrépito sobre la superficie. Mientras Felipe y Natanael sacaban a toda prisa el agua que entraba sin cesar por los costados, Tomás, dando un grito espantoso, abrió los brazos y se desmayó, cayendo sobre las cuerdas de popa...

*Tomás* - ¡Ayyy!

*Santiago* - ¡Uno menos! ¡Agarra bien, Juan! ¡Eh, cuidado, cuidado!

Santiago y yo tratábamos de controlar la vela, pero entonces el viento hizo crujir el mástil partiéndolo por la mitad.

*Pedro* - ¡Estamos perdidos! ¡Nos vamos a ir todos al fondo del lago! ¡Jesús lo sabía y por eso nos dejó solos! ¡Nos dejó solos! ¡Estamos perdidos!

Cuando nuestra barca empezaba a hacer agua por los cuatro costados, Andrés chilló con más fuerza que los mismos truenos...

*Andrés* - ¡Eh, miren allá! ¡Miren allá! ¡Allá, hacia la orilla!

*Felipe* - ¡Es un fantasma! ¡El fantasma del lago! ¡Viene a buscarnos!

*Pedro* - ¿Qué es eso, Santiago? ¿Tú lo ves también? ¿Y tú, Juan?

*Santiago* - ¡Claro que lo veo! ¡Y viene hacia acá!

*Felipe* - ¡Vete, fantasma, vete! Espérense, yo me sé una oración contra los fantasmas... Ay, cómo era que empezaba... Ah, sí... "¡Fantasma, te digo, que Dios está conmigo! ¡Fantasma, te digo, que Dios está conmigo!"

*Santiago* - ¡No seas baboso, Felipe!

Caminando sobre las revueltas aguas del lago, una figura blanca y luminosa avanzaba muy despacio hacia nuestras maltrechas barcas. La luna había apagado de repente su débil luz. Y el mar parecía una inmensa boca negra dispuesta a tragarnos. Tomás, que se había despertado ya, temblaba agarrado al pedazo de mástil que quedaba en pie. Estábamos aterrados y no teníamos ojos más que para aquella misteriosa figura. De repente, el fantasma habló...

*Jesús* - No tengan miedo. ¡Soy yo! ¡Soy yo!

*Tomás* - ¿Y qui-qui-quién es yo?

*Felipe* - "¡Fantasma, aleja, que Dios no me deja! ¡Fantasma, aleja, que Dios no me deja! ¡Fantasma, aleja, que Dios no me deja!"

*Jesús* - ¡Muchachos, soy yo! ¡No tengan miedo!

*Santiago* - Pedro, esa es la voz de Jesús. ¡Es él, es él!

Cuando reconocimos a Jesús, las aguas del lago se tranquilizaron y el viento dejó de soplar. Nuestras barcas volvieron a mecerse suavemente sobre las olas.

*Pedro* - ¡Jesús, si eres tú, dime que vaya hasta donde estás!

*Jesús* - ¡Ven, Pedro, ven!

Al oír la orden, Pedro saltó de la barca y comenzó a andar sobre el lago al encuentro de Jesús.

*Pedro* - ¡Miren! ¡Puedo andar sobre el agua! ¡Miren! Con un pie... con el otro... ¡Yupí! ¡Soy el tipo más listo de todo Cafarnaum y de toda Galilea! ¡Yupiiii! ¡Miren esto, señores!

Pedro hacía piruetas sobre las olas acercándose a Jesús, cuando, de repente, un trueno abrió de lado a lado la bóveda del cielo y el viento empezó a batir las aguas en un loco torbellino. Pedro, aterrado, comenzó a hundirse.

*Pedro* - ¡Échame una mano, moreno! ¡Jesús, sálvame, que me ahogo! ¡Ahggg!

Jesús, caminando tranquilamente sobre las olas se acercó a Pedro y lo agarró por una mano.

*Jesús* - ¡Qué poca fe tienes, Pedro! A ver, ¿Por qué has tenido miedo? ¿Por qué has tenido miedo?

*Pedro* - ¡Tuve miedo porque me ahogaba! ¡Me ahogaba! ¡Me ahoga... me ahoga... me aho...!

*Rufina* - ¡Pedro, Pedro ¿qué te pasa?! ¡Vas a despertar a los muchachos! Pero, mira cómo te has enrollado en la estera, como un caracol... ¡Despiértate, hombre!

*Pedro* - Ah... es que el mástil... era horrible. Ay, Rufi, si estás aquí... Uff, ¡qué descanso! ¡Él nos salvó, Rufi, él nos salvó!

*Rufina* - Pero, hombre, tranquilízate, Pedro. Y no grites más que la abuela Rufa tiene el sueño más ligero que una mosca.

*Pedro* - Ay, Rufi, ay, qué descanso. ¡Estamos a salvo! Rufina, esta noche lo he entendido todo. Él es el hombre.

*Rufina* - Pero, ¿qué estás diciendo?

*Pedro* - Rufi, mira, íbamos en la barca. Vino una tormenta espantosa. Teníamos miedo. Estábamos solos. Se nos rompió la vela, se nos rompió el

mástil. Se nos rompió también la confianza. Todo estaba perdido. Entonces vino él...

- Rufina* - Pero, ¿de quién demonios me estás hablando?
- Pedro* - De Jesús, Rufi. Cuando me ahogaba, él me agarró de la mano y me salvó. La tormenta se acabó. Y también se acabó el miedo. Estábamos salvados.
- Rufina* - Muy bonito, muy bonito... Parrandeando toda la noche ¿no? ¿Se puede saber, buen sinvergüenza, a qué hora te viniste a acostar tú, que yo no te sentí?
- Pedro* - Pero, Rufi, ¿es que no entiendes? ¡Esto ha sido una señal! ¡Jesús es el hombre!
- Rufina* - ¿Qué hombre, Pedro? ¿Qué quieres decir con tanto misterio?
- Pedro* - Oye lo que te digo, Rufi. Abre las orejas y guárdate bien adentro esto que te voy a decir, bajo siete llaves, sólo para ti. Yo creo que Jesús es el Mesías.
- Rufina* - Pero, ¿qué estás diciendo, demonio de hombre? A ver... ¿tienes fiebre?
- Pedro* - ¡No! ¡Nunca estuve más contento! ¡Se acabaron las tormentas, Rufi! ¡Se acabó el miedo!
- Rufina* - ¡No grites más, condenado! Mira, olvídate de eso, desenrolla esa estera y duérmete. Mañana tendrás otra vez la cabeza en su sitio.

Pedro se echó sobre la estera. Pero al recostarse, se sentó de nuevo, como empujado por un resorte.

- Pedro* - ¡Rufina! ¿Y si esto no fuera sólo un sueño?(1)  
¿Si fuera algo más?
- Rufina* - Claro que es algo más. Es una pesadilla.
- Pedro* - No, Rufi. En mi vida había visto una tormenta tan espantosa, ni un mar más alborotado.(2) En mi vida tuve tanto miedo y en mi vida tampoco me sentí más seguro que cuando él me agarró de la mano. ¿Y si no fuera un sueño? Oye, Rufi, ¿tú estás aquí, no? ¿Estás a mi lado?
- Rufina* - Pues claro que estoy aquí. Y con los ojos que se me cierran...
- Pedro* - Pero, ¿estás segura? ¿No será que ahora es cuando estamos soñando?
- Rufina* - Oye, Pedro, el primer gallo. Déjate de enredos. Anda, acuéstate de una vez y échate otra cabezada hasta que vuelvan a cantar. Y deja que yo me la eche también. Estoy molida.
- Pedro* - Bueno, pero mañana te seguiré contando. Y no se lo digas a nadie. Yo creo que esto no fue un sueño... yo creo...
- Rufina* - Hummm... Sí, eso, mañana me lo contarás... mañana...



Pedro cerró los ojos y se quedó nuevamente dormido. Más tarde, muchos años después, me contó todo esto. Entonces aún no sabía decirme lo que había pasado aquella noche. Pero lo recordaba como algo vivo y caliente, tan vivo y tan caliente como la mano de Jesús en la que se había apoyado para no hundirse en las aguas revueltas del lago.

Mateo 14,24-33; Marcos 6,45-52; Juan 6,15-21.

---

1. A lo largo de toda la Biblia, el **sueño** aparece como un momento en el que Dios se revela al hombre. Al contar los sueños de los que Dios se valió para dar a conocer sus proyectos, las páginas de la Biblia reflejan un punto de vista sobre la vida, habitual en Israel y en la mayoría de los pueblos antiguos, que creyeron que por el camino de los sueños Dios llegaba al hombre y el hombre a Dios. En el Antiguo Testamento abundan los ejemplos de sueños que revelan al hombre lo que Dios quiere de ellos (Génesis 28, 10-22 y 37, 5-11; Números 12, 6-8). Los sabios de Israel aconsejaban discernir el sentido de los sueños (Eclesiástico 34, 1-8).

2. Al escribir, los evangelistas utilizaron distintos estilos y en las páginas de los evangelios se encuentran narraciones históricas, esquemas de catequesis, textos basados en historias del Antiguo Testamento, relatos simbólicos. El relato de Jesús caminando sobre las aguas contiene un mensaje simbólico. El **mar** para la mentalidad israelita era como la cárcel en donde habían ido a parar, derrotados por Dios al comienzo del mundo, los demonios y los espíritus malignos. Entre ellos destacaba el poderoso Leviatán, monstruo terriblemente peligroso. La idea negativa sobre el mar atraviesa toda la Biblia. Cuando el Apocalipsis, el último libro de la Biblia, describe cómo será el mundo futuro dice que allí no habrá mar (Apocalipsis 21, 1). Para la mentalidad israelita, Dios tiene poder sobre todos los espíritus del mar y Leviatán es para él como un juguete (Job 40, 25-32). Los evangelios quisieron expresar que Jesús también tenía ese poder porque Dios se lo había dado.

## 60- DE DOS EN DOS

*Pedro* - ¡Pues entonces, dicho y hecho: a desparramarnos por toda Galilea como las hormigas después del aguacero!

Fue en aquellos primeros días del verano, cuando decidimos salir de Cafarnaum y viajar a las otras ciudades de nuestra provincia para anunciar en ellas el Reino de Dios. Entonces, éramos un puñadito de nada, pero Jesús decía siempre que basta un poco de sal para dar sabor a todo el guiso. Y que una lamparita puesta sobre la mesa, puede iluminar toda la casa.

*Felipe* - Un momento, aventureros. Dejen el jolgorio y díganme lo que yo tengo que decir. Que yo sé pregonar peines y escobas, pero esto de echar un discurso divino... bueno, la verdad...

*Jesús* - Escucha, Felipe: la cosa es muy sencilla. Además, no hay que hablar mucho. Lo que tenemos que hacer es reunir a la gente y enseñarles a poner en común lo que tienen, como hicimos cuando los panes y los peces, ¿te acuerdas?

*Felipe* - Sí, pero... ¿y si no quieren meterse en el asunto?

*Pedro* - Pues sacudes el polvo de las sandalias y te vas con la música a otra parte. A la gente no se le puede forzar a compartir si no quieren.

*Tomás* - Eso digo yo, que en el Reino de-de Dios nadie entra a empu-pu-pujones.

*Felipe* - No, si los empujones nos los van a dar los guardias cuando nos vean juntando paisanos y revolucionando.

*Mateo* - No te preocupes por eso, Felipe. Ya te llevaremos la sopa a la cárcel.

*Santiago* - Y si un viejo usurero nos corta el gañote, ¡derechitos al seno de Abraham!

*Jesús* - Bueno, ya estamos listos. Santiago y Andrés irán a Betsaida. Tomás y Mateo a Corozaim. Felipe y Natanael, a Magdala.

*Felipe* - ¡A morir juntos!

*Jesús* - Juan y Pedro a Tiberíades. Simón y Judas a Séforis. Jacobo y Tadeo a Naím.

*Santiago* - Entonces, ¿cuándo salimos?

*Jesús* - ¡El primer día de la semana, que cada chivo tire para su monte!

*Mateo* - ¿Y cuándo nos volvemos a encontrar?

*Jesús* - Pues... dentro de una luna, todos aquí en Cafarnaum. ¿De acuerdo?

Y fuimos de dos en dos por los pueblos de los alrededores. (1) La verdad es que en aquellos tiempos cada uno de nosotros se imaginaba el Reino de Dios a su manera. Ninguno teníamos las ideas claras y a todos nos temblaban un poco las rodillas. Pero unos a otros nos dimos ánimo para ir a anunciar la buena noticia entre nuestros paisanos.

Cuando pasó una luna, tal como habíamos acordado, regresamos todos a Cafarnaum y nos reunimos, como siempre, en casa de Pedro y Rufina.

*Pedro* - ¡Ea, camaradas, sírvanse vino, que gracias a Dios todos hemos vuelto y todos tenemos todavía los huesos en su sitio!

*Santiago* - ¡Y bien que lo digas, tirapiedras! Después de estas escaramuzas, ya nos conocen las barbas a todos los del grupo. Por lo menos, al flaco y a mí nos tienen más fichados que David a Betsabé. Ha sido un milagro poder escapar de por allá.

*Pedro* - ¡Pues arriba las jarras, que esto hay que celebrarlo! Eh, Mateo... ¿y a ti, qué te pasa?

*Mateo* - No me pasa nada.

*Pedro* - ¿Y por qué no brindas con todos? ¿No quieres vino?

*Mateo* - Si me echo un trago, no paro hasta beberme el barril entero. Me conozco bien.

*Santiago* - ¿Y eso, Mateo? ¿Después del viaje, nuevo traje? ¿Qué te ha pasado?

*Tomás* - Ha sido que-que un día está-ta-tabamos...

*Mateo* - Basta, Tomás. Ha sido que me ha dado la gana de no beber más. Antes me daba la gana de beber y ahora me pasa lo contrario. Eso es.

*Tomás* - No, lo que-que pasó fue que le dijeron: zapa-patero, remienda pri-primero tus zapa-patos. Imagínense, que un día estábamos en Tiberíades, en la esquina de la plaza. Y este Mate-te-teo hablando de que-que-que tenemos que-que-que unirnos y con-convertirnos.

*Hombre* - ¡Tú no sabes lo que dices! ¡Estás más borracho que Noé junto a la parra!

*Viejo* - ¡Cuando eches todo el vino que tienes en la tripa, entonces te escucharemos, condenado! ¡Vámonos, compañeros, que éste no sabe ni dónde tiene puesto el bigote!

*Mateo* - Eso fue un día. Y otro. ¡Vaya entrometidos! Me hartaron, ¿saben?

*Tomás* - Pe-pe-pero tenían razón, Mateo. Pa-pa-para que

las cosas cambien, hay que empezar por barrer la propia casa.

*Jesús* - Así que ya no bebes, Mateo.

*Mateo* - Bueno, la verdad es que muchos días no me aguanto y... Pero, otros días me agarro bien las dos manos cuando se me van detrás del vino, qué caramba. Pocos días todavía, pero... algo es algo. ¿O no?

*Pedro* - ¡Pues este otro trago por Mateo, que ya dejó los tragos!

*Mateo* - ¡Bah, al diablo con todos!

*Jesús* - Bueno, ¿y cuál fue el lío en que se metieron el flaco y tú, Santiago? Vamos, cuéntanos lo que pasó.

*Santiago* - ¡Ja! Di mejor, lo que no pasó. Ustedes conocen Betsaida. Allí está Onésimo, que se cree el faraón de Egipto, porque es el dueño de las barcas. Pero los pescadores no son bobos y abren los ojos enseguida.

*Santiago* - Escuchen, paisanos. Mi abuelo siempre me repetía aquel dicho de los sabios: la cuerda de tres hilos es más dura de romper.

*Pescador* - Explícate mejor, compañero.

*Santiago* - Eso quiere decir que cuando un infeliz reclama su derecho, si va solo, lo parten como un pelo de cabra. Pero si en vez de ser uno son tres, ya es más difícil. Y si son treinta, pues mejor. ¿Comprenden? Lo que hay que hacer es trenzar una cuerda gruesa, entre todos.

*Pescador* - Este pelirrojo tiene razón. Los de arriba nos sacan ventaja en todo. Pero nosotros somos más que ellos. Y ahí está nuestra fuerza.

*Vecino* - Lo que pasa es que estamos deshilachados, cada uno mirando para lo suyo.

*Santiago* - Pues Dios lo que quiere es que miremos todos para el mismo lado. Donde hay un grupo que empuja unido, Dios también arrima el hombro. Eso es lo que hemos hecho nosotros en Cafarnaum.

*Pescador* - Pero por allá las cosas son más fáciles. Ustedes se han organizado bien y se defienden unos a otros. Aquí es el viejo Onésimo el que lo controla todo.

*Vecino* - Las barcas son de Onésimo, las redes son de Onésimo, toda la ganancia es de

Onésimo. Y nosotros, nada. Nuestros brazos, eso es lo único que tenemos.

*Santiago* - Bueno, ¿y qué? ¿Qué más necesitan? Abran bien las entendederas, amigos: si no fuera por los brazos de ustedes, las barcas no se moverían ni las redes se podrían echar al agua, ¿no es cierto? Y Onésimo no ganaría ni un céntimo.

*Pescador* - Sí, claro, pero... pero ¿qué podemos hacer con nuestros brazos?

*Santiago* - Cruzarlos. Eso. Cruzarlos y decirle a ese chupasangre que aquí no se moverá un remo ni se tirará la red grande ni el anzuelo hasta que los jornales no suban a dos denarios.

*Santiago* - Y así fue. Al día siguiente, el embarcadero de Betsaida parecía un velatorio de muerto: todos en silencio con los brazos cruzados. Onésimo, el patrón, echaba espuma por la boca...

*Patrón* - ¡Dos denarios! ¡Dos denarios! ¿Están locos? ¿Quién les está calentando la cabeza a ustedes, eh? Sí, ya lo sé, ese pelirrojo de Cafarnaum y el otro flaco. Y es un tal Jesús el que anda detrás de todo esto. ¡Malditos agitadores! ¡Les voy a cortar la lengua a los dos! ¡Se la voy a cortar!

*Santiago* - Y miren, compañeros... Aaaaah... ¡Enterita! Pero, ¿saben lo mejor? ¡Que ganamos la batalla! ¡El sinvergüenza de Onésimo ha tenido que subir los jornales! Y la cosa prendió como chispa en hierba seca. Nos dijeron que los pescadores de Genesaret están en lo mismo, ¡con los brazos cruzados y pidiendo dos denarios!

*Jesús* - ¡Pues otro brindis por Santiago y por Andrés que han sabido trabajar por la justicia y ya tienen sus nombres escritos en el cielo!

*Mateo* - ¡Y también escritos en el cuartel de policía de Betsaida!

*Pedro* - Bueno, Felipe, cuenta tú ahora. A ver, ¿qué hicieron Natanael y tú por Magdala? ¿Qué tal les fue por allá?

*Felipe* - Mal. Sí, mal y tan mal, porque el enemigo de ustedes fue ese granuja de Onésimo. Pero el de nosotros fue el mismísimo Dios. ¿Y quién puede contra él?

*Jesús* - ¿Cómo que el enemigo fue Dios?

*Felipe* - Bueno, Dios no, sino esas ideas raras que la gente se hace de Dios y que son más difíciles de

raspar que la sarna. Verán, resulta que cuando llegamos a la ciudad...

*Felipe* - ¡Aquí todos, aquí! ¡Paisanos, escuchen! Hoy no vengo a vender nada. Fíjense, hasta el carretón lo he dejado en casa. Verán, sucede que este calvo y yo les traemos una buena noticia.

*Mujer* - ¡Pues suéltala pronto a ver si sale mejor que los coloretos que te compré la otra semana!

*Felipe* - ¡Amigos, atiendan bien! Destúpanse las orejas. Bueno, una sola, para que lo que voy a decir no se les salga por la otra... ¡Hoy ha llegado a esta ciudad de Magdala el Reino de Dios! ¡Sí, sí, como suena, el Reino de Dios!

*Vieja* - ¡Mira, cabezón, déjate de historias, que aquí lo único que ha llegado es el reino de los gusanos!

*Felipe* - ¿Cómo fue que dijiste?

*Mujer* - Lo mismito que oíste. Que todas las huertas de Magdala están llenas de gusanos. Los tomates, las berenjenas... todo repleto de gusanos. ¡Un castigo de Dios, su santa cólera! ¡Y lo peor es que si a Dios no se le enfría la sangre, hasta mis melones se van a dañar porque los gusanos ya van caminando hacia allá!

*Felipe* - Pero, ¿de qué me estás hablando, mujer ignorante? ¿Qué tiene que ver Dios con tus melones?

*Mujer* - ¿Cómo que qué tiene que ver? ¡Anda y pregúntale al rabino a ver lo que te dice! ¡Este gusanaje es un castigo del cielo por los muchos pecados de esta ciudad pervertida!

*Vieja* - ¡Y dígallo alto, vecina, que Dios debe andar más furioso que cuando lo de Sodoma! Porque aquí el demonio anda suelto. Aquí sólo hay tabernas y borracheras y prójimas que te guiñan el ojo en todas las esquinas. Por eso es que Dios se ha tomado su venganza.

*Mujer* - Y bien merecida que la tenemos, ¿no te parece, forastero?

*Felipe* - Ejem... Bueno, yo creo que... que Dios no es tan terrible como lo pintan ustedes.

*Mujer* - Dios nos ha mandado esta desgracia y

ya debe estar preparando otras peores.

*Felipe* - No, mujer, no digas eso. Dios es una buena persona y no le gusta andar molestando a la gente.

*Mujer* - ¿No lo dije yo? ¡Primero gusanos... y ahora charlatanes!

*Felipe* - Ni la corneta valió para calmarlos. Ahí estaban todos, empecinados con ese Dios castigador. Uff... Mira, ¿sabes lo que te digo, Jesús? Que si muchas cosas tienen que cambiar, una de las primeritas es esa idea estrafalaria que la gente se hace de Dios.

*Pedro* - La misma idea que teníamos nosotros antes, Felipe. ¿O ya no te acuerdas? Hace unos meses tú y yo también veíamos a Dios así, como un verdugo con el hacha levantada. Y ahora, ya se acabó esa historia. Ahora lo vemos como... como un padre.

*Felipe* - Pero, Pedro, es que tú no conoces a esos magdalenos. Tienen la cabeza más dura que un pedrusco. Por más que les explicamos...

*Mateo* - Bueno, pero dicen que tanto da la gota de agua en la piedra hasta que le hace un agujero. Yo hablo por experiencia.

*Jesús* - Bien dicho, Mateo. Todos nosotros empezamos así y, poco a poco, Dios nos fue ablandando el seso.

*Felipe* - Ojalá, moreno, pero la verdad es que son muy bellacos.

*Jesús* - Pero tienen a Dios de su parte, ¡qué caramba! Y eso es lo que más importa. ¡Yo brindo por Dios nuestro Padre que ha querido darse a conocer a los humildes y esconderse a los orgullosos!(2) Sí, Felipe, fíjate en nosotros trece: tampoco entre nosotros hay ninguno que sea un sabio ni un gran señor. No. Y es que el Reino de Dios crece desde abajo, como los árboles.

*Felipe* - Bueno, Nata, entonces, prepárate, habrá que volver a visitar a los paisanos de Magdala. ¡Y a sus gusanitos!

*Jesús* - Así mismo, Felipe. Que esto no es cosa de un día. Mira, ¿por qué fuimos de dos en dos, como los bueyes cuando tiran del arado? Porque el yugo no se puede llevar solo, sino con otro. Uno solo se cansa y se desanima. Pero con un compañero, la carga va más ligera. Todavía tenemos mucho terreno por delante.

*Santiago* - Pero ahora es el buen tiempo y hay que aprovecharlo. Trabajo no falta. Por todas partes los pobres están levantando la cabeza y afincando las rodillas. ¡Y es que se huelen que el día de la liberación ha llegado ya!

*Jesús* - Muchos profetas quisieron ver ese día y no lo alcanzaron a ver. Y muchos quisieron oír estas cosas y no las oyeron.

*Pedro* - ¡Y muchos quisieron probar la sopa de Rufina y no pudieron porque ella se la tenía guardada para ustedes! ¡Sí, señor, una sopa con dos dedos de manteca que le devuelve la vida a un muerto! ¡Eh, Rufi, mujer, saca ya el caldero que vamos a celebrar el regreso de este grupo de chiflados!

Aquel verano fuimos de pueblo en pueblo por toda Galilea, y el Reino de Dios que habíamos recibido de gratis, también de gratis lo anunciábamos a nuestros hermanos.

Mateo 10,5-15 y 11,25-27; Marcos 6,7-13; Lucas 9,1-6 y 10,17-24.

---

1. La costumbre de enviar **de dos en dos** a los mensajeros estaba muy extendida en Israel. Los mensajeros portadores de una noticia o los que llevaban una misión de ayuda o de investigación viajaban generalmente en pareja. Por dos razones: la protección, pues los viajes eran largos y podían surgir muchos peligros; y el cumplimiento de lo establecido en el libro del Deuteronomio, que en un principio sólo se aplicó a procesos judiciales, pero que después se extendió a otros campos (Deuteronomio 17, 6 y 19, 15). Según esta ley, sólo se consideraba digna de crédito la declaración de dos testigos y aunque de ellos sólo hablara uno, el otro debía estar presente, a su lado, para confirmar su testimonio y así darle validez.

2. Jesús **brindó por Dios**. La acción de gracias ocupó un puesto muy importante dentro de la oración de Jesús. Los sabios de Israel decían que en el mundo futuro sólo quedaría la acción de gracias. Ya no sería necesario pedir perdón ni suplicar favores ni confesar pecados y delante de Dios sólo tendríamos una oración de gratitud.



## 61- UN DENARIO PARA CADA UNO

- Capataz* - ¡Un herrero! ¡Un herrero para herrar cinco mulos! ¡Un herrero!
- Mujer* - Oye tú, tuerto, ¿por cuánto me arreglas la puerta del granero, eh?
- Tuerto* - Primero se la arreglo y después hablamos del precio.
- Mujer* - No, dime primero cuánto me cobras.
- Tuerto* - Mire, doña Frisia, con tal de trabajar, hasta de balde se lo hago. ¡Vamos!

En la plaza de Cafarnaum, frente a la sinagoga, se reunían cada mañana los hombres buscando trabajo. Antes que el sol se levantara, ya estaban allí unos cuantos, sentados en los escalones o arrimados al muro, esperando, cada uno con su herramienta: los albañiles, con su paleta y su nivel, los carpinteros con sus martillos, los campesinos con sus manos llenas de callos.

- Daniel* - ¡Ea, muchachos, vengan a trabajar a mi viña!(1)  
¡Hay mucha uva esperando! ¡Sí, todos ustedes! ¡Un denario cuando se ponga el sol! ¡Vengan, vamos pronto, para que rinda el día!

Un grupo de hombres se levantó del suelo y echó a andar detrás de Daniel. A la plaza también iba Jesús todos los días, con sus clavos y su paleta, esperando que lo contrataran.

- Vecino* - ¡Eh, moreno, tienes cara de sueño!
- Jesús* - Ayer vine tarde y no me salió ningún trabajo. A ver qué pasa hoy.
- Vecino* - Si no madrugas no consigues nada. Mira, ahora mismo, antes de llegar tú, vino ese Daniel, a contratar a unos cuantos para su viña. Está recogiendo la uva y parece que tiene mucha.
- Jesús* - ¿Y cuánto les paga?
- Vecino* - Un denario, como siempre. Un denario a cada uno. Pero, eso sí, si te dice que te lo paga, te lo paga. Daniel es un buen tipo. Con él se puede trabajar.
- Capataz* - ¡Un albañil para dos días, un albañil para dos días! ¡Techo y muro! ¡Techo y muro!
- Jesús* - ¡Oiga, no busque más, aquí está ese albañil!(2)  
¿Vamos?
- Capataz* - ¡Vamos! Un denario hoy y otro mañana. ¿De acuerdo?
- Jesús* - De acuerdo. ¡Adiós, Simeón!

*Vecino* - ¡Adiós, Jesús! Ya ves que al que madruga, Dios lo ayuda! Tuvo suerte el moreno. Bien pronto se engancho.

*Ñato* - Y dilo. Yo hace tres días que estoy viniendo aquí y nada de nada. En este tiempo nadie esquila las ovejas, ¡maldita sea! Todos los días afilo la navaja y no sé para qué... Un día me cortaré con ella el pescuezo.

*Vecino* - ¿Y eso, Ñato? ¿Estás preocupado?

*Ñato* - Estoy harto. Todos los días lo mismo: volver a casa con las manos vacías y ver que los muchachos tienen hambre... No, mi hijo, no hay más que ese poquito de pan. Mañana, mañana habrá más... ¡Y diablos, mañana es igual que hoy!

*Vecino* - La cosa está difícil, Ñato, muy difícil.

*Ñato* - Si hoy no consigo un denario, te juro que no vuelvo a casa.(3) No aguanto ver a mis hijos muriéndose de hambre. ¡No aguanto!

A las nueve de la mañana, cuando el sol ya había calentado las piedras de la plaza, volvió por allí Daniel.

*Daniel* - ¡Eh, muchachos! Necesito más brazos para trabajar en mi viña. ¿Quién quiere venir?

*Vecino* - Vámonos con éste, Ñato. Es trabajo seguro. Con el denario que nos den, comerán hoy tus muchachos.

*Ñato* - ¡Sí, vámonos, Simeón!

Simeón, el Ñato y algunos más se fueron a la viña de Daniel. Al poco rato, la plaza volvió a llenarse de hombres que buscaban trabajo. A esa hora, los niños ya jugaban por allí, corriendo y alborotando...

*Niño* - ¡Un herrero! ¡Un herrero para poner herraduras a cinco mulos!

*Niña* - ¡Yo soy el mulo!

*Jornalero* - Y yo también, muchacho, yo también soy el mulo...

*Tito* - ¿Por qué dices eso, tú?

*Jornalero* - Porque eso es lo que soy: un mulo de carga. Ni más ni menos. Y tú también, Tito. Tú lo mismo. Y ése y aquél otro. Todos aquí no somos más que eso: ¡mulos! Sólo nos falta el rabo.

*Tito* - Vamos, vamos, ya empiezas con tus cosas.

*Jornalero* - Es la verdad. Si es que parece que no hemos nacido más que para eso, para doblar el lomo. Desde la mañana a la noche. ¡Y todos los días, vuelta a empezar! ¿Es que a ti no te da rabia, Tito, eh, no te da rabia?

*Tito* - ¿Y qué vamos a hacer, hombre, qué quieres que

hagamos?

*Jornalero* - ¡Nada, qué voy a querer! Eso debe de estar escrito en algún lado, que los pobres venimos a este mundo a doblar el lomo y a echar hijos para que sigan haciendo lo mismo que nosotros: seguir doblando el lomo y tener las tripas vacías. Míralos... Cuando sean mayores, estarán aquí en nuestro lugar, esperando que les den trabajo para seguir viviendo... ¡como mulos!

A mediodía, la plaza bullía de gente por sus cuatro esquinas.(4) Los balidos de las ovejas que se acercaban a la fuente redonda, se confundían con los gritos de los niños, los pregones de los vendedores y los lamentos de los mendigos. A esa hora, todavía quedaban hombres esperando para conseguir algún trabajo.

*Mujer* - ¿Nada, Samuel?

*Samuel* - Nada, mujer. Todavía nada.

*Mujer* - ¿Y qué vamos a comer hoy?

*Samuel* - ¡Hierve una piedra, a ver si sale algo!

*Vieja* - ¡Una limosnita para esta pobre ciega, que no puede ver la luz del sol! ¡Una limosnita por piedad!

*Mujer* - Vieja, pero ¿cuánto tiempo sin venir por la plaza? ¿Qué le pasaba?

*Vieja* - Ay, muchacha, mírame el pellejo. ¡Si los que tienen bien sus ojos dicen que estoy más amarilla que los huevos de las gallinas!

*Mujer* - Pero... ¿qué ha sido?

*Vieja* - Muriéndome, hija. Con una enfermedad que me chupó la poquita vida que me quedaba. Ya ves, ciega, coja... ¡Y ahora esto!

*Mujer* - Ay, abuela, ¿y qué le voy a decir?

*Vieja* - Ay, hija, si la que tengo que decir soy yo... Te digo que si yo fuera escribiente y contara todos mis males, me salía un libro más largo que el de Moisés.

*Mujer* - Pues dele gracias a Dios de estar ciega, que más vale eso. Abre uno los ojos y sólo ve cosas tristes. Bueno, para qué hablar... Yo creo que si el lago de Galilea se secara, ¡lo volveríamos a llenar con lágrimas en un momento!

*Daniel* - Eh, muchachos, ¿qué les pasa a ustedes? ¡No pierdan el tiempo! ¡Vengan a mi viña, que ningún brazo sobra! ¡Vamos!

Y un grupo de hombres se levantó y fue con Daniel a su viña. A las tres de la tarde, cuando el sol reverberaba sobre el empedrado de la plaza, varios hombres esperaban todavía, en cuclillas sobre las escalinatas, una

oportunidad para trabajar.

*Samuel* - Me han dicho que Daniel está contratando hoy a medio Cafarnaum. A ver si vuelve otra vez por aquí.

*Jornalero* - Es que tiene todas las matas paridas. Si no recoge pronto las uvas, se las estropean las lluvias.

*Samuel* - ¡Qué bonito! Primero recogerlas, después ir a pisarlas en el lagar, después que se fermente el mosto y... y al final, ¿para qué?

*Jornalero* - ¿Cómo que para qué? Pues para que tengamos un buen trago de vino que pasarnos por el gaznate, ¡qué caray! ¿Eso no es bastante?

*Samuel* - Bastante para olvidar. Pero después, cuando el vino baja de la cabeza, todo sigue lo mismo que antes... ¡bah!

*Jornalero* - ¿Y qué quieres tú, Timoteo?

*Samuel* - ¿Que qué quiero yo?

*Jornalero* - Sí, sí, ¿qué quieres tú?

*Samuel* - Yo quiero... ser feliz. Eso solamente.

Y a las tres de la tarde, volvió Daniel a buscar más trabajadores para su viña. Y todavía encontró a algunos con los brazos cruzados y la cabeza baja, mirando al suelo, esperando siempre...

*Daniel* - Pero, ¿qué hacen ustedes aquí, bostezando y perdiendo el tiempo? ¡Y yo en mi viña necesitando gente! Eh, ¿quién viene conmigo? ¡Aún le quedan un puñado de horas al día! ¡Vamos, vamos!

A las cinco de la tarde, Daniel volvió una vez más por la plaza...

*Daniel* - ¡Caramba, si todavía aquí hay algunos mirando las nubes!

*Samuel* - Nadie nos ha contratado. Ya ves, esperando a ver si cae algo.

*Daniel* - Bueno, en esta plaza lo único que cae es la basura de las palomas. ¡Ea, todavía el sol no se acuesta, vengan a mi viña!

Cuando la luna ya dibujaba su silueta sobre la viña de Daniel y empezaba a oscurecer...

*Daniel* - ¡Muchachos, ya está bien de partirse el lomo! ¡Ya es hora de cobrar! ¡Vengan todos para pagarles!

Y Daniel llamó al capataz de su viña...

*Daniel* - Ciro, págalos un denario a cada uno. ¡Y hasta otro día, compañeros!

*Tuerto* - Un momento, Daniel. ¿Cuánto dijiste que nos ibas a pagar?

*Daniel* - A cada uno, un denario. ¿Qué pasa?

*Ñato* - Es que... estos cuatro acaban de llegar hace una hora. Y aquí hay algunos que llevamos todo el día trabajando y aguantando el sol y...

*Daniel* - Bueno, ¿y qué? ¿No los contraté a todos por un denario?

*Tuerto* - Sí, pero no es justo pagar a los que vinieron al final lo mismo que a nosotros.

*Daniel* - ¿Ah, no? ¿Y por qué no es justo?

*Ñato* - Bueno, porque... porque...

*Daniel* - Tú tienes hijos, ¿verdad? Y necesitas el denario para darles de comer. Por eso te doy a ti tu denario. Y éste que llegó último, también tiene hijos y necesita un denario para darles de comer. ¿Dónde está la injusticia? Cada uno hizo lo que pudo.

*Tuerto* - ¡Pero nosotros trabajamos más tiempo en la viña!

*Daniel* - Di mejor que ustedes esperaron menos tiempo en la plaza. No, amigo, no te quejes. Mañana, cuando seas tú el último en llegar, te alegrarás de recibir un denario completo. Porque todos necesitamos un denario para vivir.

A la noche, en casa, y alrededor de un caldero de sopa, mi madre Salomé comentaba las novedades del día...

*Salomé* - Pues me contó mi comadre Lía que hoy su marido y otros hombres estuvieron en la viña de Daniel trabajando. Pero, ¿sabes una cosa, Jesús? A unos fue y los contrató de mañanita.

*Jesús* - Sí, yo acababa de llegar a la plaza cuando Daniel apareció.

*Juan* - ¡Hoy madrugó el moreno, eso sí que es un milagro!

*Salomé* - Pues a las nueve volvió y se llevó más hombres. Y a las doce y a las tres, lo mismo. Dicen que hasta las cinco de la tarde estuvo buscando gente para que le recogieran las uvas. Pero, el muy condenado, a la hora de pagar, les ha dado un denario a cada uno. A todos lo mismo, ¿te das cuenta? Lo mismo a los que fueron tempranito que a los que trabajaron sólo una hora.

*Juan* - El siempre hace así. Dice que todos necesitan para comer. Y a todos les paga por igual.

*Salomé* - ¡Ese Daniel es un patrón loco, eso digo yo!

Jesús - ¿Por qué dice eso, Salomé? Al contrario, es el mejor patrón que hay por aquí por Cafarnaum.(5) ¿Y sabe lo que pienso? Que cuando Dios se pone a contratar peones para que trabajemos en este mundo, hace lo mismo que Daniel.

Juan - No entiendo lo que quieres decir...

Jesús - Lo mismo que dijo Daniel. Que todos necesitamos un denario para vivir. Un denario de pan. Y un denario de esperanza también. Todos estamos sentados en la plaza, esperando ser felices.

Salomé pero... - Sí, claro, eso es lo que todos queremos,

Jesús - Pero se nos ponen los ojos amarillos de envidia cuando vemos que algunos se levantan de la plaza primero que nosotros. Pero, mira, más tarde o más temprano, nos llegará el turno a todos. Y entonces, Dios hará como hizo Daniel: él se las arreglará para darnos a todos un buen salario. A todos por igual, que es la mejor justicia. Sí, yo estoy seguro que, al final, cuando la plaza esté vacía, todos tendremos en la mano el mismo denario, la misma felicidad que tanto tiempo esperamos.

Poco a poco, se fueron apagando las luces. El barrio de los pescadores, las calles y también la plaza, quedaron vacías y oscuras. Los ojos de Cafarnaum, cansados, se cerraron en el sueño, esperando la luz de un nuevo día.

Mateo 20,1-16

---

1. La vid es uno de los cultivos más típicos de Palestina y de todos los países vecinos. La vendimia -recogida de las uvas en la **viña**- comienza hacia mediados del mes de septiembre. Y puede durar hasta mitad de octubre. Hay que terminarla antes de que empiecen las lluvias de otoño, porque las noches entonces son ya muy frías y pueden estropearse las frutas. Cuando ha habido una buena cosecha, se deben recoger pronto los racimos para que no se dañen en las plantas.

2. Jesús fue un artesano y sus manos sabían más de toscas herramientas que de libros. Tuvo que saber de **albañilería**. En varias ocasiones comparó el trabajo de construcción de una casa con la construcción del Reino de Dios (Mateo 7, 24-27; Lucas 14, 28-30). Cuando el evangelio de Marcos se refiere al oficio de Jesús emplea el vocablo griego "tekton", que originalmente significa "constructor" y

"artesano" y se usaba para designar tanto al carpintero como al herrero o al albañil (Marcos 6, 3). Un aldeano como Jesús conocería, por necesidad, tres o más oficios. En Israel, el trabajo manual era considerado algo noble, valioso. En el país no existían apenas esclavos -sólo los poseían las familias adineradas- y todos los oficios manuales los realizaban hombres y mujeres libres. Los oficios se enseñaban de padres a hijos y cada artesano solía llevar un distintivo visible de su oficio: los carpinteros una astilla de madera en la oreja, los sastres una aguja clavada en la túnica, los que se dedicaban a elaborar tintes un trapo de colores.

3. El jornal de un trabajador en tiempos de Jesús era ordinariamente un **denario**. En algunos casos la comida se incluía en el jornal. En pueblos pequeños se pagaba frecuentemente en especie. El denario fue la moneda oficial en Israel en tiempos de la dominación romana. Era de plata y llevaba inscrita el rostro del emperador que gobernaba desde Roma las provincias. Equivalía a la dracma, moneda también de plata, que se había usado oficialmente, en tiempos de la dominación griega, unos 200 años antes de Jesús.

4. En las **plazas** se reunían quienes buscaban trabajo. En los tiempos de Jesús abundaban los trabajadores eventuales, contratados por unas horas, por unos días, para una cosecha. En los pueblos pequeños, en el campo, esto era aún más generalizado que en Jerusalén. No existía ninguna seguridad en el empleo ni tampoco derechos o especialización laboral. La dominación romana había agravado aún más esta situación, típica de un sistema económico primitivo. En tierras galileas los impuestos a que obligaba el imperio habían ido acabando con la propiedad comunal de la tierra y favoreciendo, a la par, la concentración de la tierra cultivable en muy pocas manos. La venta forzosa de la tierra a la que se habían visto obligados los pequeños propietarios les convirtió de repente en asalariados. Gran cantidad de jornaleros no organizados vivía buscando trabajo en donde apareciera. De no encontrarlo en pocos días, quedaban en la miseria más absoluta.

5. La parábola de "los llamados a la viña" se ha interpretado generalmente como un ejemplo para ilustrar la vocación en las distintas etapas de la vida. Pero el sentido profundo de esta historia de Jesús justifica que se la llame, con más propiedad, la parábola "del buen **patrón**". La primera comunidad cristiana puso en práctica el gesto del buen patrón de la historia: se le daba a cada uno según sus necesidades, no según lo que producía

*(Hechos 2, 44-45).*



## 66- LA LEVADURA DE LOS FARISEOS

*Eliazín* - Bueno, ya estoy aquí. Tenía mucho interés en que cambiáramos impresiones.

*Josafat* - Póngase cómodo, don Eliazín. Ese cojín estaba esperando por usted, je, je.

*Eliazín* - ¿Y el maestro Abiel? ¿Aún no ha llegado?

*Josafat* - Estará al llegar. Cuando reza sus oraciones, se olvida hasta del suelo que pisa, je, je...

Unos momentos después, el escriba Abiel llegó a casa de su amigo el fariseo Josafat. Allí se reunieron aquella mañana con don Eliazín, el poderoso terrateniente de Cafarnaum. Querían hablar despacio sobre algo que les preocupaba desde hacía algún tiempo.

*Eliazín* - Esto no se puede consentir. Desde que ese hombre llegó a Cafarnaum, todo anda revuelto. ¡Ya no hay ley, ya no hay religión, ya no hay respeto por nada! ¡Y es por su culpa! Esa gentuza con la que se reúne es capaz de todo. Con ese hombre aquí alborotando a la gente con esas ideas, todos andamos en peligro. Óiganme bien: todos. También ustedes.

*Abiel* - Entonces, don Eliazín, usted propone que...

*Eliazín* - Sí, sin paños calientes. Que se le haga una acusación formal ante las autoridades romanas. ¿No están ellos aquí para poner orden y meter presos a los revoltosos? ¡Pues ninguno mayor que él! Lo que pasó el otro día en la sinagoga colmó la jarra.

*Josafat* - Y ya ve, don Eliazín: los romanos aparecieron por allí, pero no hicieron nada.

*Abiel* - Bah, los romanos no nos toman en serio. Nos desprecian demasiado. Por ellos, que nos tiremos los cacharros a la cabeza. Con tal de que no les toquemos lo suyo.

*Josafat* - Además, si lo acusamos nosotros le pasarán el caso al rey Herodes. Herodes es supersticioso y demorará, por lo menos, un año para cortarle la cabeza, como hizo con Juan el bautizador. Y creo que todos preferiríamos terminar antes con este asunto.

*Eliazín* - Pues empujémoslo y que sea él mismo quien se enfrente directamente a los romanos.

*Abiel* - No lo hará. Permítame que le diga, don Eliazín, que el tipo es astuto como las serpientes.

*Eliazín* - ¿Entonces?

*Abiel* - Se me ocurre otra idea. Dejemos quietos a Herodes y a los romanos. Tal vez no hagan falta. A lo mejor es él mismo quien se nos quita de en

medio...

*Eliazín* - ¿Qué quiere decir, maestro Abiel?

*Abiel* - Quiero decir que todos los hombres tienen un precio. Y Jesús de Nazaret lo tendrá también, ¿no le parece?

*Eliazín* - ¿De qué se trata?

*Abiel* - Se trata de tirar un anzuelo con buena carnada. Y el pez picará... ya lo creo que picará.

Y Abiel y Josafat tiraron el anzuelo...

*Pedro* - Santiago, escúchame: la vieja Salomé fue por el embarcadero hace un rato. Dice que esta mañana ha estado ese fariseo Josafat buscando a Jesús por tu casa.

*Santiago* - ¿Y qué quería ese pájaro?

*Pedro* - Hablar con él. Asunto importante. Salomé fue a buscar al moreno a la casa grande. Allá estaba claveteando una puerta.

*Santiago* - Me da mala espina esto. Donde esos buitres meten el pico, hay carroña por medio.

Jesús llegó a casa del maestro Josafat antes del mediodía...

*Jesús* - Bueno, aquí estoy. Dispuesto a escucharles.

*Abiel* - Has hecho bien en venir, Jesús. Es mejor para ti que hablemos de una vez claramente, sin rodeos.

*Josafat* - Se trata de tu futuro, Jesús. Un hombre como tú, que vale tanto, que es capaz de encandilar a la gente sólo con unas cuantas palabras bien dichas, es un hombre que puede aspirar a llegar muy lejos.

*Abiel* - Sabemos que tu padre murió hace unos cuantos años, que eres hijo único y que tu madre vive ahora sola, allá en Nazaret.

*Jesús* - Veo que saben muchas cosas de mí.

*Abiel* - ¿Qué va a ser de tu madre si tú sigues por el camino que vas? ¿A quién se agarrará si tú le faltas?

*Jesús* - Hemos dicho que íbamos a hablar claro. ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

*Josafat* - Queremos ayudarte, Jesús. Y ayudarla a ella también. Desde que estás aquí en la ciudad consigues trabajo un día sí y dos no. Unas cuantas chapuzas acá y allá y andar perdiendo el tiempo en las tabernas. Para un hombre como tú, eso es realmente penoso.

*Abiel* - Nosotros podríamos conseguirte algo mejor. Un trabajo seguro. No tendrías que salir cada mañana

a esperar en la plaza a ver lo que cae. Un trabajo... sin mucho trabajo, je, je... cómodo, interesante... Tenemos influencias, ya lo sabes.

*Jesús* - ¿Y cuánto cuesta ese favor? Porque me imagino que no querrán hacérmelo de gratis.

*Abiel* - Mira, nazareno, hablemos sin tapujos. Has alborotado mucho por Cafarnaum. Lo saben todos. Lo saben también los romanos. No sería difícil hacerles ver que eres un tipo peligroso para Roma. Y entonces, ya lo sabes, te cortarán la lengua. Pero aún estás a tiempo.

*Josafat* - Deja tranquila esa lengua. Y nosotros te dejaremos tranquilo a ti. Y para que veas que sabemos apreciarte en lo que vales... te daremos a cambio un gran puesto, donde ganarás mucho dinero.

*Abiel* - Sí, ya sabemos que el dinero no lo es todo. Pero en ese trabajo tendrás mucha gente a tus órdenes. Estoy seguro que un plato así abrirá tu apetito. Tú eres ambicioso, no te conformas con poco. Mira, Herodes quiere reorganizar la administración de la Galilea. Necesita gente inteligente, hábil... Gente como tú.

*Josafat* - Piénsalo bien, Jesús. Te conviene decir que sí.

*Jesús* - ¿Y si dijera que no?

*Josafat* - Bueno, en ese caso... estarías en peligro, ¿sabes? Y no sólo tú. también ese grupito de pescadores que va contigo a todos lados, pobres muchachos. Y ellos todavía son jóvenes y se defienden mejor. Pero ella... a tu pobre madre la podrían molestar también, ya sabes cómo se complican las cosas.

*Abiel* - Compréndelo, Jesús. Todos esos sueños que tienes en la cabeza son como las nubes. Se hacen y se deshacen y, en un momento, ya no queda nada de ellas. Pon los pies en la tierra, muchacho, y deja de mirar a las nubes.

*Jesús* - No puedo dejar de mirarlas. Aprendí a hacerlo desde muy pequeño. Los campesinos como yo apenas sabemos leer en los libros y, por eso, aprendemos pronto a leer en el cielo lo que dicen las nubes.

*Abiel* - Deja tu ingenio para otra ocasión. Ahora te toca a ti hablar claro.

*Jesús* - Esto es muy claro. Y ustedes saben igual que yo leer en las nubes. Si por la tarde el cielo se pone rojo como la sangre es que va a hacer buen tiempo, ¿no es así? Y si las nubes se esconden y empieza a soplar el viento del sur, ¿qué dirían ustedes que va a pasar?

*Josafat* - Es señal de que hará calor.

*Jesús* - Y usted, maestro Abiel, si ve que las nubes se

arremolinan por el poniente, ¿qué diría usted?

*Abiel* - Diría que viene tormenta.

*Josafat* - Bueno, basta. ¿A dónde quieres ir a parar con esas historias?

*Jesús* - ¡Hipócritas! ¡Qué bien conocen las señales del cielo y cómo no saben ver las de la tierra! ¡Sí, va a haber tormenta, pero aquí abajo! ¡Hipócritas! ¿No se dan cuenta de lo que está pasando? El pueblo despierta y ustedes siguen dormidos. Y al que no se les vende por dinero, lo llaman loco y soñador. ¡Hipócritas! Cuando vino Juan el profeta, que no comía ni bebía, dijeron que era un endemoniado. De mí, como ando por las tabernas, dirán que soy un borracho y un comilón. Ustedes son como esos niños tontos que hacen todo a destiempo: ni bailan cuando hay boda, ni lloran cuando hay velorio. ¡Y éstos son los sabios y los sacerdotes de Israel! ¡Hipócritas!

*Abiel* - Espera un momento, nazareno, escucha...

Pero Jesús les dio la espalda y salió de la casa.(1)

*Abiel* - Imbécil. Algún día te arrepentirás.

En casa de mi padre Zebedeo, esperábamos a Jesús con tanta curiosidad como impaciencia...

*Pedro* - ¿Qué pasó, moreno? ¿Qué querían esos tipos?

*Jesús* - Lo de siempre, Pedro. Desde lo de la sinagoga, nos andan buscando las cosquillas.

*Santiago* - Hay que andarse con cuidado, Jesús. Esa gente es peligrosa.

*Jesús* - Pues mira, Santiago, ellos dicen que los peligrosos somos nosotros.

*Santiago* - ¿Ah, sí? ¿Con que nos tienen miedo? ¡Eso me gusta, diablos!

*Felipe* - Pues a mí no me gusta nada. Al profeta Juan también le tenían miedo... y mira cómo acabó.

*Jesús* - Juan tenía que acabar así. ¿Qué era él? ¿Una caña a la que el viento zarandea? No, él no se dobló ante nadie.

*Pedro* - Ni ante el mismísimo rey Herodes, que ya es decir.

*Jesús* - Por eso lo cortaron por medio, como a un árbol que crecía derecho, sin torcerse. Era la única forma de acabar con él. También a él le hablaron de lujos y de influencias y de dinero, pero Juan no se inclinó ante nada.

*Santiago* - ¡Porque Juan era un profeta, qué caramba!

*Jesús* - Sí, y mucho más que profeta, es el hombre más grande que hemos tenido entre nosotros.

*Pedro* - Bueno, pero, ¿qué fue lo que pasó, Jesús? ¿Para qué te llamaron esos tipos? ¿Para hablar del profeta Juan? ¿Todavía después de muerto les preocupa el bautizador?

*Jesús* - No, Pedro, ahora les preocupamos nosotros. Les preocupa que la gente abra los ojos y despierte y se dé cuenta de que esa religión que ellos enseñan no es más que una ensarta de leyes humanas y preceptos inventados por ellos mismos. Por eso, quieren taparnos la boca a la fuerza, con astucia, como sea.

*Felipe* - Y... ¿y qué van a hacer?

*Jesús* - Usar la violencia, Felipe. Ellos son violentos. Todos los privilegios que tienen los ganaron así, por violencia, aplastando a los demás. Y ahora también quieren ganar con violencia. Quieren comprar el Reino de Dios, conquistarlo a la fuerza.

*Santiago* - ¿Te ofrecieron dinero, Jesús?

*Jesús* - Dinero, sí. Y un buen trabajo. Y cualquier cosa con tal de que nos callemos. ¿Saben lo que pienso? Que desde hoy tendremos que tener mucho ojo con la levadura de los fariseos. Basta un poco de levadura vieja para corromper toda la masa. Esta gente está podrida y lo que busca es eso, pudrirlo todo.

*Santiago* - Y usarán todas sus artimañas contra nosotros.

*Jesús* - Hoy me tiraron la zancadilla a mí. Mañana se la tirarán a Natanael o a Tomás o a Judas... a cualquiera de nosotros.

*Felipe* - Entonces, por lo que veo, este negocio del Reino de Dios se está poniendo complicado.

*Pedro* - Hay que avisar a la gente que se ande con tiento. Estos tipos tienen espías en cualquier esquina. Con un par de denarios compran un soplón. Pueden estropearlo todo.

*Santiago* - Eso es lo de ellos, trabajar en la oscuridad. ¡Malditas lechuzas!

*Jesús* - Pues lo nuestro será trabajar a la luz del día. Y todos sus planes los sacaremos al aire y todo lo que andan diciendo con las puertas cerradas, lo gritaremos desde las azoteas de las casas. Si creen que nos van a asustar, se equivocaron. No daremos ni un paso atrás.

A esa hora, Abiel y Josafat rendían cuentas al terrateniente Eliazín...

*Eliazín* - ¿Y qué, maestro Josafat? ¿Logró usted meterle miedo?

*Josafat* - ¿Miedo? ¡Ése está tan lleno de orgullo que no

le cabe otra cosa en el cuerpo!

*Eliazín* - ¿Qué dijo?  
*Josafat* - ¡Charlatán! ¡Y se las da de profeta!  
*Abiel* - Lo único que sabe hacer es comer y emborracharse y llevar detrás la chusma de Cafarnaum.

*Eliazín* - Entonces, ¿qué podemos hacer, maestro Josafat?  
*Josafat* - Esperar, don Eliazín. Por la boca muere el pez, ¿no dicen así los de la costa? Pues este pez morirá también por la boca. Es imprudente y altanero. Y no quiere callarse. Peor para él. Ya verá, amigo, que todo será cuestión de tiempo. Dejémosle hacer. El mismo está levantando su propia cruz...

Don Eliazín, el rico terrateniente, y el fariseo Josafat, maestro y fiel cumplidor de la ley de Moisés, siguieron hablando. Mientras tanto, las nubes, arremolinadas por el poniente, anunciaban una fuerte tormenta.

Mateo 11,7-19 y 16,1-12; Marcos 8,11-21; Lucas 7,24-35 y 12,54-56.

---

1. Para los hombres "decentes" de su época, **Jesús** fue un hombre de mala fama y su vida les resultaba un auténtico escándalo. El evangelio ha conservado lo que de él se decía: "comilón, borracho, amigo de rameras". En otra ocasión le llamaron "samaritano" (Juan 8, 48), que era un insulto muy fuerte, equivalente a "bastardo", y también "hijo de prostituta". Todo el evangelio da testimonio de que Jesús no fue un hombre huraño, de que su vida nada tiene que ver con la de los ascetas que castigan el cuerpo para que se libere el espíritu. Tampoco se parecía al profeta solemne y sobrio que fue Juan el Bautista. Jesús fue un hombre del pueblo. Su ambiente natural fue la plaza, la calle y el barrio.

### 63- UNA PIEDRA DE MOLINO

Por aquellos días, el rey Herodes, tetrarca de Galilea, aumentó los impuestos del trigo, del vino y del aceite. Con esto, seguiría manteniendo el lujo de su corte y tendría contentos a los oficiales de su ejército... De nada valieron las protestas del pueblo. Y las cárceles de Tiberíades, donde el rey tenía su mejor palacio, se inundaron de jóvenes inconformes y de rebeldes zelotes.(1)

*Herodes* - ¿Dónde, dónde han puesto a los últimos que atraparon conspirando contra mí?

*Carcelero* - Éstos son, rey Herodes. Ni uno solo ha escapado a la vigilancia de tus guardias.

*Herodes* - Y ni uno solo escapará al hacha de mi verdugo.

*Carcelero* - Este jovencito es el hijo del fariseo Abiatar.

*Herodes* - ¿Y qué me importa eso?

*Carcelero* - El fariseo Abiatar está en la puerta del palacio con dos talentos de plata como rescate por su hijo. Te suplica compasión para él.

*Herodes* - ¿Compasión? ¿Ha dicho compasión? ¡Ja, ja, ja! ¿Qué acusación hay contra el muchacho?

*Carcelero* - Él y un grupo fueron a robar armas en el arsenal de Safed.

*Herodes* - ¿Anjá? ¡No tiene barba todavía y ya está robando espadas para conspirar contra su rey! ¡Ja! Con esa misma espada, córtale la mano derecha. Así se le quitarán las ganas de robar.

*Muchacho* - ¡No, no, piedad de mí, rey, piedad!

*Herodes* - Llévatelo y avísale al verdugo. Y éste, con cara de tonto, ¿qué ha hecho?

*Muchacho* - ¡Yo no hice nada, rey, es una injusticia!

*Carcelero* - ¡Cállate! ¿Así le hablas al rey?

*Herodes* - ¿Qué ha hecho este imbécil?

*Carcelero* - Este nos dio mucho trabajo. Corre como una liebre. Dos veces se ha escapado en las mismas narices de los guardias.

*Herodes* - Pues no se escapará la tercera. ¡Que le corten el pie derecho!

*Muchacho* - ¡No, no, no!

*Carcelero* - Éste es un espía, majestad. Lo atraparon la semana interior registrando en los archivos de compra y venta. Pertenece al movimiento zelote.

*Herodes* - ¿Espionando, verdad? Vacíale los ojos con la punta de un clavo y échaselos a mis perros. Son su comida favorita.

El rey Herodes Antipas era cruel como su padre.(2) Cualquiera prefería la muerte antes de ser llevado a los fosos de su palacio. Allí estaban los calabozos oscuros donde docenas de hombres y mujeres se pudrían en vida. Allí

estaba el cuarto de las ratas, una mazmorra negra y pestilente, cerrada a cal y canto, donde se amontonaban cadáveres y sabandijas, donde echaban a morir a los más rebeldes. Allí estaba también el patio de las torturas y sus cuatro verdugos, encargados de cumplir las sentencias del rey.

*Muchacho* - ¡No, no, no, no me hagas eso! ¡Tú eres un hombre como yo! ¡No puedes hacerme esto!

Agarraron al muchacho, al hijo de Abiatar, y le estiraron el brazo derecho sobre un taco de madera que rezumaba la sangre de otros castigados...

*Muchacho* - ¡Por Dios! ¡No me cortes la mano! ¡¡No, no... no quiero, nooo!

*Carcelero* - ¡Maldita sea, dale un tapabocas y agárralo fuerte!

*Muchacho* - ¡No, no!... ¡Ayy!

Después de los interrogatorios y las torturas, volvieron a sus casas muchos presos que hablan sido mutilados salvajemente en aquellos calabozos de Tiberíades.

*Madre* - ¡Ay, mi hijo, hijo mío! ¿Qué te han hecho? ¡Hijo!

*Abiatar* - ¡Canallas, canallas!

El hijo del fariseo Abiatar trataba de esconder su brazo derecho que terminaba en un muñón infectado y lleno de gusanos. Mientras tanto, en el palacio de Herodes...

*Consejero* - ¿Y su majestad no se ha enterado del nuevo profeta que tenemos en Galilea? Aquí los profetas crecen como los hongos.

*Herodes* - ¿Profeta? ¿De quién me estás hablando, chanchullero?

*Consejero* - De un tal Jesús. Un moreno alto y barbudo, venido del campo. Del caserío de Nazaret, para ser más exactos.

*Herodes* - ¿Por qué me cuentas eso?

*Consejero* - Porque el rey Herodes debe estar informado de lo que pasa en su reino. Ese nazareno se mueve mucho. Es un hombre astuto y organizado. Dicen que quiere cambiarlo todo, ¡hasta la religión! Tiene un grupo con él. Han estado viajando por todos los pueblos del lago, de dos en dos.

*Herodes* - ¿Y qué hacen? Cuéntame.

*Consejero* - Lo que hacen todos. Conspirar contra su excelencia. Decir a la gente que se rebele, que no paguen los impuestos, que...



*Herodes* - ¿Por qué me dijiste entonces que era un profeta? Será un agitador más, como los otros.

*Consejero* - Sí y no. Parece que ese tal Jesús es un buen mago. ¡Hace milagros! Y tiene miel en la boca. La gente corre tras él, se le pegan como moscas. ¡Algunos andan diciendo si no será el Mesías esperado!

*Herodes* - ¡Ja! ¡El Mesías! ¡Un campesino papanatas, el Mesías! Mis cárceles están llenas de mesías... ¡y todavía quieren más!

*Consejero* - ¡He oído decir que este nazareno habla con fuego, como el mismo profeta Elías!

*Herodes* - Ese fuego se apaga echándole arena en la boca, hasta que se le revienten las entrañas.

*Consejero* - También dicen que se parece al rey David porque baila, ríe y anda por las tabernas.

*Herodes* - Cuando esté colgado de los grilletes, no tendrá ganas de reírse más.

*Consejero* - También dicen... Bueno, dicen muchas cosas.

*Herodes* - ¿Qué estás insinuando? Habla claro. ¿Qué más dicen de él?

*Consejero* - Bah, habladurías de la gente, mi rey...

*Herodes* - ¿Qué más dicen de ese maldito?

*Consejero* - Dicen que es el mismo Juan Bautista que ha resucitado.

*Herodes* - ¡Mentira! Juan está muerto. ¡Yo mismo mandé que le cortaran la cabeza!

*Consejero* - Dicen que a Juan se le salió el espíritu por el cuello cuando el verdugo le dio el tajo. Y que luego dio siete vueltas en Maqueronte buscando la puerta. Y cuando la encontró, salió huyendo a todo correr y...

*Herodes* - ¿Y qué? ¡Acaba de una vez!

*Consejero* - Y... y se le ha colado en el pellejo al nazareno. Lo que sí es cierto, majestad, es que ese tipo habla igualito que el hijo de Zacarías.

*Herodes* - ¡Embustero! ¿Por qué me engañas? ¿Tú lo has oído, eh? ¿Tú lo has oído acaso?

*Consejero* - Yo personalmente no, mi rey, pero dicen...

*Herodes* - ¡Mandaré que te azoten por embustero!

*Consejero* - Cállese, su majestad. Fue usted mismo el que me obligó a informarle...

*Herodes* - ¡Que me traigan ahora mismo a ese hombre!

*Consejero* - Sí, mi rey.

*Herodes* - Quiero verle la cara. Yo sabré quién es ese Jesús. Tengo buen olfato, ¿sabes? Si es un charlatán, le arrancaré la lengua. Y si es un profeta, le cortaré la cabeza.

*Consejero* - Y si fuera el mismo Juan que ha resucit...

*Herodes* - ¡Cállate, enredador! ¡Cállate! ¡Me quieres asustar! ¡Maldito seas, Juan Bautista! ¡Ni muerto

me dejas en paz!

Ese mismo día llegaron dos hombres a nuestra casa, preguntando por Jesús. Venían de Tiberíades.

*Fariseo* - ¿Eres tú Jesús, el de Nazaret?

*Jesús* - Sí, yo mismo soy. Pero, ¿por qué hablas tan bajo? ¡No hay ningún enfermo en casa!

*Fariseo* - Enfermo no habrá. Pero un muerto, tal vez sí. Y pronto. El rey Herodes te anda buscando, nazareno.

*Jesús* - ¿Anjá? ¿Y cómo saben eso ustedes?

*Fariseo* - Venimos de Tiberíades. Somos amigos de un consejero del rey.

*Jesús* - ¿Y qué quiere ese zorro de mí?

*Fariseo* - Piensa que eres Juan Bautista que ha resucitado y que quieres vengarte de él. Herodes es muy supersticioso. ¿Quieres un consejo, muchacho? Vete de aquí. Escóndete en algún caserío de las montañas. Y no le digas ni a tu mejor amigo dónde estás.

*Jesús* - Hay una cosa que no entiendo en todo esto. Ustedes son amigos de un consejero de palacio. Y me están ayudando para que huya del rey. ¿Qué pasa, entonces? ¿Herodes no les paga buen salario y andan buscando propinas?

*Fariseo* - No, no es eso, nazareno. La semana pasada, a un sobrino mío, el hijo del fariseo Abiatar, le cortaron la mano derecha. Era un muchacho alto y fuerte como tú. Cuando lo vi con aquella herida, con las dos puntas del hueso saliendo de entre la carne agusanada, me saltaron las lágrimas. Y prometí ayudar a escapar de las garras de ese asesino a cualquier israelita, tenga las ideas que tenga.

*Jesús* - Comprendo... Y tú, ¿por qué no hablas? ¿También viste al muchacho mutilado?

*Abiatar* - Es mi hijo. Soy el fariseo Abiatar.

Jesús apretó los puños con rabia y se le aguaron los ojos.

*Jesús* - ¡Criminal!

*Abiatar* - Vete de aquí, muchacho, vete de aquí si no quieres que te pase lo mismo que a mi hijo. O peor.

*Jesús* - No, no me iré.

*Abiatar* - Créenos, muchacho. Estás en peligro. ¿No lo entiendes?

*Jesús* - Sí, lo entiendo. Y les agradezco que hayan venido a avisarme. Pero no me iré. Y ustedes, cuando vuelvan a Tiberíades, si ven a ese zorro

allá en su madriguera de oro y mármol, díganle esto de mi parte: que voy a seguir haciendo lo mismo que hasta ahora. Hoy y mañana y pasado mañana. Y que no me asustan sus amenazas porque hasta ahora todos los profetas mueren en Jerusalén, no en Galilea.

*Fariseo* - No seas loco, nazareno, haznos caso...

En ese momento, volvíamos mi hermano Santiago y yo del embarcadero. También otros del barrio se asomaron a nuestra casa para ver quiénes eran aquellos dos visitantes.

*Juan* - ¿Qué pasa, moreno? ¿Hay problemas?

*Jesús* - No, no pasa nada. Que a Herodes no le basta con la sangre que ya ha derramado. Quiere más. ¡Quiere beberse toda la sangre de los hijos de Israel!

*Juan* - ¡Sinvergüenza, eso es lo que es! Mira ahora con los impuestos: exprimírnos el bolsillo a nosotros para llenar los joyeros de sus queridas.

*Mujer* - El rey es un adúltero. Sigue viviendo con su cuñada, la mujer de su hermano Filipo. ¡Vicioso!

*Jesús* - Y eso sería lo de menos, paisana. Con su vida, que haga lo que quiera, allá él. Pero con la vida ajena, no tiene derecho. Ese hombre es una piedra de tropiezo. Mientras él siga en el trono, aquí no habrá paz. Mientras él siga robándole al pueblo y torturando a nuestros hijos, aquí no habrá tranquilidad.

La gente del barrio, como siempre, comenzó a juntarse en la calle para escuchar a Jesús.

*Juan* - Jesús, deja eso ahora. Vamos adentro.

*Jesús* - No, Juan. La gente tiene que saber lo que está pasando en nuestro país. Al hijo de este hombre le han cortado la mano derecha, ¿comprendes? Si fuera la mano tuya, ¿te quedarías callado?

*Juan* - Está bien, moreno, está bien, pero hay muchos soplones. Nunca se sabe...

*Jesús* - ¡Eh, ustedes todos, óiganme bien! Si alguno de ustedes es amigo de ese zorro disfrazado de rey, vaya pronto a verlo y dígame esto de mi parte: el que abusa de la fuerza, por la fuerza morirá. Tú le cortaste la mano derecha al hijo de Abiatar. Dios te arrojará a ti con tus dos manos en el fuego. Tú le cortaste un pie al hijo de Manasés. Dios te arrojará a ti con tus dos pies en el fuego. Tú sacaste ojos con un clavo, tú arrancaste uñas con una tenaza, tú castraste a los hombres y violaste a las mujeres en la cárcel

y descuartizaste los miembros de los hijos de Israel. Dios te arrojará a ti, con todos tus miembros, en el infierno y serás pasto de los gusanos. Tú le cortaste la cabeza al profeta Juan. Dios amarrará a tu cuello una piedra grande de molino y te arrojará al fondo del mar.(3) Porque tú, y los criminales como tú, no merecen respirar este aire ni pisar esta tierra. Díganle a Herodes eso de mi parte.(4)

Jesús dio media vuelta y entró en la casa. Estaba muy alterado. Se sentó en el suelo, hundió la cara entre las manos y se quedó un largo rato en silencio.

Mateo 14,1-2 y 18,6-9; Marcos 6,14-16 y 9,42-48; Lucas 9,7-9; 13,31-33 y 17,1-3.

---

1. *Unos 20 años antes de nacer Jesús, el rey Herodes el Grande había fundado la ciudad de **Tiberíades**, en la orilla izquierda del lago de Galilea. Le puso este nombre en honor de Tiberio, emperador romano en aquel tiempo. Y la convirtió en la capital de Galilea, en lugar de Séforis. Tiberíades era lugar de residencia habitual de Herodes Antipas, que tenía allí su palacio. Era una ciudad odiada no solamente por la presencia del rey. Herodes la edificó sobre un cementerio -para los israelitas era, por esto, "impura"- y estaba dedicada al emperador romano, un insulto para los nacionalistas. Hoy Tiberíades es una de las más pobladas y modernas ciudades de Galilea.*

2. *En los sótanos de sus numerosos palacios y fortalezas, Herodes el Grande tenía, como era habitual en la época, las mazmorras que usaba como cárceles para sus enemigos. Aunque en Israel no existía la tortura como medio de castigo para los prisioneros, Herodes la empleó abundantemente durante todo su reinado, despreciando el derecho judío. La mayoría de sus opositores "desaparecieron" en los calabozos de una de sus fortalezas, la Hircania, en el desierto de Judea, que adquirió una reputación siniestra. El hijo de Herodes el Grande, **Herodes Antipas**, contemporáneo de Jesús, tan cruel como su padre, siguió el mismo camino. Su ambición de poder y la debilidad de su reino, dependiente de Roma y asediado por el descontento popular, hicieron de él un gobernante capaz de cualquier crimen para no perder el trono.*

3. *El **molino** antiguo estaba compuesto por dos piedras que*

se hacían girar una sobre otra para obtener harina del trigo y de otros cereales. Los molinos eran una pieza básica en un hogar y tuvieron distintas formas a lo largo de los siglos. En tiempos de Jesús, además de los molinos que eran movidos por un hombre, se empleaban los llamados "molinos de asno". Las piedras eran enormes y sólo un burro lograba mover la que giraba sobre la que permanecía fija en el suelo. Este tipo de molinos lo usaban varias familias. Entre los restos arqueológicos de Cafarnaum se conservan varias de estas pesadísimas piedras.

4. La palabra de Jesús que habla del "escándalo de los pequeños" se ha usado con frecuencia para ilustrar temas morales: la corrupción de menores, la pornografía infantil. Pero "pequeños" en lenguaje bíblico no es equivalente a "niños". Los "pequeños" son los pobres, los desvalidos, los que no tienen poder y son aplastados por el poder. Para estos pequeños, los hombres **criminales** son un "escándalo", entendido según lo que quiere decir literalmente en griego esta palabra: piedra de tropiezo. El "escándalo" era la piedra que hacía esquina en el umbral de las casas. De noche, era muy común tropezarse en ella.

## 64- ÁRBOLES QUE CAMINAN

La plaza de Betsaida estaba sembrada de almendros.(1) A la sombra de uno de ellos, el más frondoso de todos, se recostaba cada mañana Bernabé, un pobre viejo que siempre llevaba sobre los hombros un grueso manto negro, lleno de manchas y de agujeros.

*Bernabé* - Es que, yo creo que tengo hielo metido en los mismísimos huesos, mujer. Y no se me sale con nada. ¡Si no fuera por este manto que tú me cosiste!

*Hombre* - Ah, viejo loco, ¿con quién estás hablando?

*Bernabé* - Te digo que ya no sé ni qué hacer. Si por mí fuera, me iría lejos, muy lejos... Pero, ¿y si después los árboles preguntan y les dicen que yo me fui? Los pobres, se quedan sin compañía. Pero yo creo que voy a tener que irme, sí, acabaré haciéndolo...

Bernabé hablaba solo desde hacía muchos años. Desde hacía muchos años también, sus ojos no podían ver la luz del sol. Unas brasas que saltaron del fogón donde su mujer preparaba la comida le habían dejado ciego.(2) Un año después, murió su mujer, sin haberle dado todavía ningún hijo. Y Bernabé se quedó solo, con el recuerdo de su esposa muerta y pidiendo limosna junto a los árboles de la plaza.

*Bernabé* - ¡Una limosna y Dios se la devolverá en salud!  
¡Una limosna, por el amor de Dios!

*Muchacho* - ¡Ahí está el ciego Bernabé! ¡Vamos a darle una "limosna", ja, ja, ja!

*Amigo* - ¡Pero no te rías, tonto, que se va a dar cuenta! Ven, vamos...

*Bernabé* - El caso es que no puedo ir hasta allá, mujer. Hay muchas piedras por el camino y ni con el bastón me las arreglo. Si tú estuvieras conmigo sería distinto...

*Muchacho* - ¿Ves cómo habla solo? ¡Está rematado! ¡A ver qué cara pone!

*Bernabé* - ¡Una limosnita, por caridad del cielo!

*Muchacho* - Mire, viejo, tenga... Son unos ahorritos... con ellos tendrá para pasar una semana.

Los muchachos, fingiendo la voz, pusieron sobre las manos del ciego Bernabé una bolsita de tela que pesaba mucho.

*Bernabé* - Pero, señora, ¿cómo va a darme usted una limosna tan grande?

*Muchacho* - No se preocupe, viejo. Nosotros tenemos ojos y usted no. Todo eso es para usted, para que no

tenga que venir nunca más aquí a pedir. Ya usted ha sufrido bastante...

*Bernabé* - Gracias, señora, gracias. Ya te decía yo, mujer, que todavía queda gente buena en este mundo...

*Muchacho* - ¡Adiós, viejo, que el Señor lo bendiga!

Los muchachos, aguantando la risa, se alejaron un poco del almendro donde Bernabé estaba arrimado, mientras el ciego desataba contento la bolsita que le acababan de entregar.

*Bernabé* - Pero... pero, ¿qué es esto? ¡Ay, desalmados! ¡Desalmados!

De la bolsa, llena de pequeñas y pulidas piedras de río, salió un buen puñado de cucarachas que le corrieron a Bernabé por los brazos y se le metieron por entre los pliegues del manto. El ciego manoteaba para espantarlas, mientras los muchachos se retorcían de risa viéndolo dar brincos y echar mil maldiciones.

*Muchacho* - ¡Ja, ja, ja! ¡El viejo Bernabé tiene ojos y no ve! ¡El viejo Bernabé, tiene ojos y no ve!

*Mujer* - Pero, ¿qué le pasa ahora a ese viejo loco?

*Muchacho* - Nada, ¡que está enseñando a bailar a las cucarachas!

*Mujer* - ¡Lo último, lo último! ¿Qué no se le ocurrirá? Bueno, al menos nos reímos con él. Porque si no, ¡para lo que sirve ese infeliz!

Casi todos los días pasaba algo parecido en la plaza de los almendros de Betsaida. El ciego Bernabé era el hazmerreír del pueblo. Todos se burlaban de él.

*Muchacho* - ¡Eh, viejo, adivina quién fue ahora! ¡Puah!

*Amigo* - Tú, tú, te toca a ti... Ahora... ¡Puah!

*Muchacho* - ¡Adivina quién fue, adivina Bernabé!

*Bernabé* - ¡Desalmados, malnacidos! ¡Malnacidos!

Cuando aquella mañana llegamos a la plaza de Betsaida, un grupo de muchachos tenía al ciego Bernabé amarrado con cuerdas a uno de los almendros. Se turnaban para escupirlo procurando acertarle con la saliva en los ojos y le pedían después que adivinara quién lo había hecho. Alguna gente se había juntado alrededor.

*Jesús* - Pero, ¿qué es esto, qué pasa aquí?

*Mujer* - No sé, forastero. Este viejo ciego que anda medio loco...

*Juan* - Pero si le están escupiendo... ¿Por qué le hacen eso?

*Mujer* - ¡Déjenlo ya, caramba, pobre hombre! Bueno, juegos de muchachos, ya usted sabe. Con algo se tienen que divertir.

*Jesús* - Claro, y los mayores también se divierten, ¿no?

*Hombre* - Mira tú, forastero, entrometido, ¿tienes algo que decir, eh? ¿Tienes algo que decir? Que yo sepa, cada uno se divierte con lo que le da la gana. ¿O no, eh? ¿O no?

*Muchacho* - ¡Déjame a mí! ¡Déjame! ¡Ahora me toca a mí!

*Todos* - ¡El viejo Bernabé, tiene ojos y no ve! ¡El viejo Bernabé, tiene ojos y no ve!

*Jesús* - Oiga, amigo, si usted fuera ciego, ¿le gustaría que le hicieran eso?

*Hombre* - Yo no soy ciego, ¡a mí qué me cuenta! ¡Y si no le gusta el juego, ahueque el ala!

Cuando a mediodía Jesús y yo volvimos por la plaza, ya había acabado el juego. Pero el viejo Bernabé tenía todavía los brazos atados al almendro. Jadeaba y hablaba solo, con la cara llena de salivazos.

*Bernabé* - Y me montaré en un barco, mujer, en uno de éstos que atraviesan el lago, y me iré. Allá, en la otra orilla, dicen que la gente es distinta, que los niños te dan la mano y que los hombres te ayudan...

*Jesús* - De la otra orilla del lago venimos, viejo.

*Bernabé* - ¿Eh? ¿Quiénes... quiénes son ustedes?

*Juan* - Llegamos esta mañana. Te vimos en la plaza.

*Bernabé* - ¡Malnacidos! ¿Qué... qué vienen a hacerme ahora? ¡Váyanse! ¡Váyanse con ellos y déjenme en paz!

*Jesús* - Venimos a desatarte, viejo. No tengas miedo. No nos gustó nada ese juego que jugaban contigo.

*Bernabé* - ¿De dónde son ustedes?

*Jesús* - Venimos de Cafarnaum.

*Bernabé* - ¿Del otro lado del lago?

*Juan* - Sí, de allá. ¿No has estado nunca en la otra orilla?

*Bernabé* - Cuando aún veía, sí. Pero de esto hace muchos años. Ya ni me acuerdo...

*Jesús* - Ea, Juan, vamos a desatarlo.

*Bernabé* - ¿Qué van a hacerme? ¡Por favor, tengan piedad de mí!

*Jesús* - No tengas miedo, viejo. No te haremos daño. No tengas miedo.

*Bernabé* - ¡Malnacidos! Se ríen de mí todo el día... y yo... yo no puedo hacer nada.

*Juan* - Alegra esa cara, viejo, ya estás suelto.

*Bernabé* - ¿Suelto? Mañana o pasado volverán a amarrarme y a hacerme lo mismo. Siempre es igual.

*Jesús* - ¿Te han hecho esto otras veces?



*Bernabé* - Esto y más. Cuando no me escupen, me pegan con un palo, o me echan cucarachas y tengo que huir... y me lastimo. Bueno, pero ya estoy acostumbrado. Ya no me importa.

*Jesús* - ¿No te importa? Entonces, ¿por qué estás llorando?

*Bernabé* - Porque siempre me duele. No, no estoy acostumbrado. Siempre me duele...

*Jesús* - Vamos, viejo, vámonos de aquí.

*Bernabé* - ¿Que me vaya?

*Juan* - Sí, venga con nosotros.

*Bernabé* - Pero, ¿ustedes están locos? ¿A dónde me quieren llevar ustedes?

*Jesús* - Lejos de aquí, viejo, donde no le hagan daño.

*Bernabé* - Pero... pero es que yo no puedo hacer eso. ¿Cómo me voy a ir y los dejo solos? ¿Ves lo que te decía, mujer? Que yo no sé qué hacer ya... Estos forasteros me dicen que vaya con ellos, pero si me voy, ¿quién les hace compañía a los árboles y...? Bueno, si tú quieres que vaya con ellos, yo voy, mujer, pero después no digas que yo...

*Jesús* - Vamos, viejo, apóyese en mí, así, sujétese bien para que no tropiece. Vamos...

Y nos fuimos alejando de la plaza por un camino estrecho, bordeado de palmeras, que salía fuera de la ciudad. Bernabé se apoyaba en su bastón y en la mano ancha y callosa de Jesús. Cojeaba un poco.

*Juan* - ¿Qué le pasa en el pie, viejo?

*Bernabé* - ¿Qué me va a pasar? Que hace unos días me lo quemaron con un tizón encendido. "Adivina quién te lo hizo"... ¡Si yo pudiera adivinarlo! ¡Malnacidos!

*Jesús* - Ya eso pasó. Ya no volverán a hacerle nada malo.

*Bernabé* - Sí, ellos vuelven, vuelven siempre y me amarran, y yo no les hago nada a ellos. Entonces, ¿por qué se meten conmigo y me pegan, dime?

*Juan* - Olvídense de esa gente, viejo, no le siga dando vueltas a lo mismo.

*Bernabé* - Eso dices tú, muchacho. Y también lo dice mi mujer, que me olvide de ellos. Pero yo no puedo olvidarme, porque... porque yo los odio, ¿sabes? Antes, cuando veía, yo no sabía lo que era eso, el odio. Pero ahora sí. Es como una cosa aquí dentro que no se saca con nada. Sí, mujer, es feo decir esa palabra, pero ¿qué voy a hacer, si lo siento? ¡Claro, porque tú no has pasado las que he pasado yo!

Seguimos caminando, alejándonos cada vez más de la ciudad. El sol del mediodía abrasaba el camino y hacía brillar las hojas de los árboles. El ciego Bernabé no podía ver aquella luz que a nosotros nos deslumbraba.

*Bernabé* - Es lo que yo digo, muchachos, que los hombres son peores que las bestias. Porque las bestias matan para comer, pero los hombres hacen daño sólo por el gusto de hacerlo... ¡y encima se ríen! ¿Sabes lo que me hacen a mí? Me escupen, me escupen en la cara... en los ojos. ¿Te das cuenta?

*Jesús* - Oiga, viejo, espérese un momento...

*Bernabé* - ¿Qué... qué estás haciendo tú? No, no me hagas eso, muchacho... tú no... tú no...

Jesús escupió en sus manos y con los dedos mojados en saliva tocó los ojos del ciego.

*Jesús* - Espérese, viejo... quédese quieto. ¿Sabe una cosa? Que los hombres a veces somos malos. Pero Dios siempre es bueno.

*Bernabé* - Oye, oye, ¿qué me estás restregando tú en los ojos?

*Jesús* - Nada, no se preocupe. Ahora, ábralos...

Jesús quitó los dedos de los ojos de Bernabé.

*Jesús* - ¿Puede ver algo, viejo?

*Bernabé* - Yo... yo... ¡sí, sí! Estoy viendo muchos árboles... Y te veo a ti y a tu compañero. Parecen árboles que caminan...

Jesús se acercó al ciego y le puso otra vez la mano sobre los ojos. Bernabé estaba llorando.

*Jesús* - ¿Qué pasa, viejo? ¿Por qué llora?

*Bernabé* - He vuelto a ver los árboles, muchacho.(3) Allá en la plaza del pueblo, los almendros han sido mis únicos amigos, ¿sabes? Me han dado sombra y, cuando llegaba su tiempo, me han dado sus frutos. Ahora los volveré a ver... A los hombres, no, a éstos no quiero verlos.

*Juan* - Pero nos está viendo a nosotros.

*Bernabé* - Ustedes han sido amigos míos... como los árboles.

A través de sus lágrimas, Bernabé comenzó a distinguir el camino, las piedras, las flores. Y allá, a lo lejos, las siluetas de las casas de Betsaida.

*Bernabé* - No quiero volver allá.  
*Jesús* - No, no vuelva a ese pueblo. Siga mejor por este camino. Al caer la tarde, llegará a Corozaim. Quédese allí. Y no le cuente a nadie lo que ha pasado. Y tampoco haga nunca a nadie lo que no le gustó que le hicieran a usted.

Bernabé nos miró con sus ojos pequeños y arrugados, llenos ahora de luz. Y cojeando, con su largo bastón, se puso en marcha. Como siempre, iba hablando solo...

*Bernabé* - Si lo hubieras visto tú, mujer... Era un hombre, pero parecía un árbol. Podías apoyarte en él y daba sombra. Si lo hubieras visto tú, mujer...

Y el viejo Bernabé se fue alejando hasta perderse en el horizonte, iluminado por el grande y rojo sol de Galilea.

Marcos 8,22-26

---

1. **Betsaida**, que significa "casa del pescado", era una pequeña ciudad situada al norte del lago de Tiberíades, en la orilla oriental del Jordán, que no pertenecía políticamente a Galilea. En ella nacieron Felipe, Pedro y su hermano Andrés. El tetrarca Filipo la llamó Julia, en honor de la familia imperial romana que tenía este apellido. Hoy no quedan restos de esta ciudad. Se supone que los aluviones depositados por el río Jordán al desembocar en el lago sepultaron la antigua aldea pesquera.

2. La **ceguera** era una enfermedad muy corriente en Israel en tiempos de Jesús. El clima seco y el fuerte sol influían en la proliferación de esta dolencia. En general, la ceguera abundó en todo el mundo antiguo, debido a la falta de condiciones higiénicas y al desconocimiento de cuáles eran las causas que originaban esta enfermedad, tenida por incurable y considerada un especial castigo de Dios.

3. Jesús realizó curaciones que resultaron asombrosas para sus contemporáneos. Hizo **ver** a los ciegos y caminar a los paralíticos. Se trató de enfermedades reales, muchas de ellas relacionadas con situaciones psicológicas especiales: "endemoniados", locos, epilépticos. Curó también a leproso, teniendo en cuenta la amplia gama de

enfermedades que esta palabra abarcaba en tiempos de Jesús. Todas estas curaciones estuvieron en la línea de lo que la medicina llama hoy "terapia de superación". Aún aplicando normas muy críticas al leer los milagros que relatan los evangelios -algunos duplicados, otros excesivamente adornados, otros basados en relatos similares de otras culturas-, queda siempre un núcleo histórico por el que llegamos a ver en Jesús a una persona que tuvo influencia y poder, más que sobre la enfermedad, sobre los enfermos.

## 65- LOS PERROS EXTRANJEROS

En aquellos días, subimos al país de Tiro.(1) Atravesamos las fronteras de Israel por el norte, cerca de la laguna de Merón, y entramos en las tierras marineras y llenas de bosques de los sirofenicios.

*Pedro* - ¡Yo, es la primera vez que pongo las dos patas fuera de nuestro país!

*Juan* - Tú sólo no, tirapiedras. A todos nos pasa lo mismo. Porque tú, Jesús, no habrás estado nunca en el extranjero, ¿verdad?

*Jesús* - No, yo nunca. Los del interior viajamos poco.

*Juan* - Bueno, pues si todos somos nuevos en el asunto, andémonos con cuidado. Dicen que aquí la mitad de la gente es ladrona y la otra mitad, usureros. ¡Así que, los ojos bien abiertos!

*Jesús* - Lo que dicen, Juan, es que en el comercio no hay quien les gane a estos cananeos.

*Felipe* - Sí, eso sí es verdad. Porque yo que entiendo de estas cosas, lo sé. Si quieres buenos tejidos, de aquí son. Si quieres vidrio de primera, de aquí.

*Pedro* - ¡Y si quieres tramposos de primera, también de aquí, Felipe! Esta gente lo que te vende con una mano, con la otra te lo quita. Todos nuestros paisanos que han pasado por este país dicen lo mismo.

*Jesús* - Debemos de andar ya muy cerca de Tiro. ¿No será aquello que se ve a lo lejos?

Tiro, uno de los mayores y más importantes puertos del país de los cananeos, era una ciudad blanca, edificada sobre las rocas, junto al mar.(2) En Tiro vivía Salatiel, un israelita amigo del viejo Zebedeo. Él nos había invitado a ir allí.

*Jesús* - ¿Por dónde quedará la casa de Salatiel?

*Juan* - El barrio de los israelitas es aquí, por las afueras. No debemos andar lejos.

*Jesús* - Vamos a preguntarle a alguien...

*Pedro* - Si podemos encontrarlo nosotros solos, mejor.

*Jesús* - ¿Por qué, Pedro?

*Pedro* - No me fío ni un pelo de estos extranjeros. Cada oveja con su pareja. Nosotros a lo nuestro y ellos a lo suyo.

Un rato después, el acento de la gente que conversaba por las calles nos avisó que estábamos en el barrio de nuestros paisanos israelitas. Preguntamos a un viejo de largas barbas grises por la casa de Salatiel y él mismo, cojeando y apoyándose en un grueso bastón de cedro, nos llevó hasta

ella.

*Salatiel* - ¡Sean bienvenidos, compatriotas! Los esperaba mañana y el viejo Joaquín me avisa que han llegado ya, ja, ja! ¡Esto sí que es una sorpresa!

*Pedro* - Salimos un día antes. Las cosas andan bastante mal por Galilea.

*Salatiel* - ¿Qué? ¿Herodes haciendo de las suyas, no es así? Aquí se sabe todo lo que pasa por allá. Pero, bueno, siéntense, que ahora mismo traerán vino, que es lo más importante. ¡Metelia, Metelia! ¡Dos jarras de vino enseguida! Ah, pero no se asusten, es vino de nuestra tierra. ¡El de aquí no sirve para nada! ¡Agua sucia teñida de púrpura! Y bien, Jesús, Pedro, Juan... Tenía muchas ganas de conocerlos. Hasta aquí ha llegado que están ustedes alborotando toda Galilea. Quiero que después hablen con nuestros paisanos. ¡También en este país hay muchas cosas que cambiar, sí señor!

*Felipe* - Es muy grande esto, ¿verdad? Al llegar hemos atravesado la plaza y no se podía dar un paso.

*Salatiel* - Han llegado ustedes en día de mercado. ¡Estos perros extranjeros son los primeros mercachifles del mundo! ¡Hoy salen todos ellos a la calle y todos nosotros nos quedamos en casa, je, je! ¡Juntos pero no revueltos!

*Jesús* - ¿Como cuántos israelitas viven aquí, Salatiel?

*Salatiel* - Bueno, no es difícil saberlo. Todos vivimos en este barrio. Yo creo que seremos unos trescientos sin contar a las mujeres y a los niños. Nos defendemos muy bien, eso sí. Estos extranjeros nos necesitan. Y trabajo no falta. Los cananeos serán muy astutos para los negocios, pero si no fuera por nosotros, poco harían, je, je... ¡Donde uno de los nuestros pone la mano, allí las piedras se convierten en plata, sí señor!

Salatiel nos fue explicando cómo era la vida de nuestros compatriotas en aquel país extranjero. Desde hacía muchos años, él vivía allí con su familia. Era una especie de patriarca entre sus paisanos.

*Salatiel* - Es penoso vivir entre paganos, muchachos. Estos perros extranjeros sabrán mucho del comercio de la púrpura, pero son ignorantes en todo lo demás. Tienen un dios en cada barrio, imagínense ustedes. Ah, cuando uno vive aquí lejos de la patria, es cuando de verdad le agradece a Dios el haber nacido en un pueblo como el nuestro. ¡Dios supo elegir bien cuando escogió a Israel como

nación suya! Bueno, maldita sea, que a la lengua hay que darle también un descanso. ¿No tienen hambre ustedes?

*Pedro* - Sí, Salatíel. La última vez que vimos un trozo de pan fue al pasar la frontera.

*Salatíel* - ¡Pues entonces vamos a comer! Dentro de un rato estarán aquí un buen puñado de paisanos para que ustedes les expliquen lo que están haciendo por Galilea. ¡Eh, Metelia! ¡Metelia!

*Metelia* - ¿Señor?

*Salatíel* - Ve sirviendo la comida. ¡Y de prisa, que tenemos hambre!

*Metelia* - Enseguida, señor.

*Salatíel* - Ah, cuando pienso que una de estas cananeas duerme bajo mi techo, se me revuelven las tripas, je, je, pero me consuela el que al menos esté a mis órdenes.

*Jesús* - ¿Está contigo desde hace mucho tiempo, Salatíel?

*Salatíel* - Bah, el marido la abandonó recién casada y con una niña hace unos... cuatro... cinco años. Entonces, yo la compré como criada. Fue un buen negocio, ¿saben? Me salió muy barata. Ah, una perra de éstas no vale ni el polvo de las sandalias de una de nuestras mujeres. ¿Se han fijado ustedes qué feas son? ¡Por más abalorios que se cuelguen encima!

Al poco rato, Metelia volvió con una gran olla de lentejas y una fuente de berenjenas y las puso en la mesa. En su rostro joven, del color de las aceitunas, como el de los hombres y mujeres sirofenicios, se veían ya esas arrugas que dejan en la cara el llanto y los sufrimientos.

*Salatíel* - ¡Ea, vamos a rezar para que Dios bendiga estos alimentos! "Bendito y alabado seas, Dios de Israel, tú que has puesto a nuestro pueblo por encima de todas las naciones! ¡Acuérdate, Señor, de los que vivimos fuera, en medio de paganos que no conocen tu amor y de extranjeros que no respetan tus leyes, y haz que pronto volvamos a comer el pan en nuestra tierra."

*Todos* - ¡Amén, amén!

*Salatíel* - ¡Al ataque, muchachos, que en la fuente no han de quedar ni los rabos de estas berenjenas!

Cuando ya no quedaba ni una berenjena en la fuente y las jarras de vino empezaban a vaciarse...

*Salatíel* - ¡Ah, con ustedes aquí en mi mesa, me parece que estoy junto a mi querido lago de Galilea! Pero yo

no pierdo la esperanza, no señor: ¡algún día sacudo las sandalias en las narices de estos paganos y regreso allá! "Laralá... Galilea, tierra mía..."

*Todos* - ¡Bien, bien!

*Salatíel* - Ah, caramba, caramba, cuántas nostalgias...

*Metelia* - ¿Usted, señor, no más querrer?

*Felipe* - ¿Cómo dice?

*Metelia* - ¿No más querrer?

*Felipe* - Oye, Salatíel, ¿qué diablos me está preguntando esta mujer? ¡No entiendo nada!

*Salatíel* - ¿Qué te pasa ahora, Metelia?

*Metelia* - ¿No más querrer, señor?

*Salatíel* - Lo que queremos es que te vayas y nos dejes tranquilos. Ea, charlatana, a la cocina, que ése es tu lugar.

*Metelia* - Y el vino, señor... ¿pongo aquílo?

*Salatíel* - ¡Ja, ja! Sí, "ponlo ahílo"... ¡Ja, ja! ¿Han oído ustedes? ¡Si no saben ni hablar! Ja, ja... Ya verán, ya verán. A ver, Metelia, díles a estos amigos qué es lo que le echas a la sopa para que le dé buen sabor.

*Metelia* - Señor, échole perrejilo.

*Salatíel* - ¡Perrejilo! ¡Perrejilo! ¡Cinco años y aún no ha aprendido a decir perejil! ¡Ja, ja, ja! Y, a ver, ¿por qué no les dices también cómo les llamas a las flores que te mandé sembrar ahí fuera en el patio.

*Metelia* - Señor, son lirrios y marjarritas.

*Salatíel* - ¡Ja, ja! ¡Ay, ay, es que reviento de risa! Mira que le he enseñado a decirlo bien, ¡y nada! ¡Ja, ja, ja! Ay, caramba... Mira, Metelia, ¿ves este barbudo que tienes delante? Es un médico famoso, un curandero. Dile que haga algo por tu "higa"... ¡Ja, ja, ja! Sí, mujer, díselo, díselo...

*Metelia* - ¿Tú erres médico, señor?

Metelia, la sirvienta cananea, miró a Jesús con un brillo de esperanza en sus ojos negros y hundidos.

*Salatíel* - Esta infeliz no hace más que llorar por lo de su hija... por su "higa" como dice ella. ¡Ja, ja, ja! Lagrimeando todo el día. ¡Esa niña nació enferma y no la van a curar ni los médicos ni tus lágrimas! ¡Ábrete la cabeza y entiéndelo de una vez, Metelia!

*Metelia* - ¿Tú erres médico, forrastero?

*Salatíel* - ¡Ja, ja, ja! Sí, él es "curranderro". ¡Es que me da una risa oír hablar a estos cananeos!

*Metelia* - ¡Forrastero, tú, ayuda a mi higa!

*Salatíel* - ¡Ya empezamos! Vamos, Metelia, ahora vete, vete



a tus cosas, que ya te llamaré si necesitamos algo.

*Metelia* - ¡Ayúdala, forrastero!

*Salatiel* - Pero, ¡qué pesada eres! Que te vayas te digo. ¡Tú a tu fogón y nosotros a nuestras lentejas!

Pero Metelia no se iba. Restregándose las manos en el sucio delantal y con los ojos llorosos, se acercó aún más a Jesús.

*Metelia* - ¡Mi higa enferma, ayuda tú a mi higa! ¡Cúrrala, tú eres gran profeta!

*Salatiel* - ¿Y qué sabes tú de este hombre? Claro, habrás estado escuchando detrás de la puerta. ¡Como siempre! ¡Chismosear y meter las narices en todo, sólo eso sabes hacer!

*Jesús* - Espérate, Salatiel, déjala que...

*Salatiel* - No, Jesús, ya se acabó mi paciencia. Uff, esto me pasa por darle confianza. Das un dedo y te toman la mano. Pedro, Juan, Felipe... disculpen este mal rato. Anda, lárgate ya, vete a llorar a la cocina.

Entonces Metelia se tiró a los pies de Jesús sollozando...

*Salatiel* - Pero, ¿qué es esto? ¿Habrás visto mayor descaro? ¡Jesús, espanta a esa perra de aquí! No pierdas tu tiempo con ella. Vamos, vamos...

*Metelia* - ¡¡Ayuda a mi higa, ayúdala!

Jesús clavó su mirada en Salatiel, el israelita, y sonrió con ironía...

*Jesús* - Mujer, ¿cómo voy a ayudarte? No puedo perder mi tiempo dándole el pan de los hijos a los perros...(3)

*Metelia* - Está bien, forrastero. Pero, mirra, los perros también comen las migajas de pan que caen de la mesa de los señores.

Metelia, con la cabeza gacha, como un perro apaleado, seguía en el suelo.

*Jesús* - Levántate, mujer. Nadie debe estar a los pies de nadie. Levántate y vete tranquila. Tu hija se pondrá buena, te lo aseguro.

Cuando Metelia salió en busca de su niña, Jesús se volvió a Salatiel, el viejo patriarca del barrio judío de Tiro.

*Jesús* - Naciste en Israel, mamaste allí la historia del

amor de nuestro Dios. Pero no entendiste nada. Para Dios no hay fronteras. Él rompe las fronteras entre los pueblos como paja seca. Para Dios ésta no es tierra de perros, sino tierra de hombres. De hombres y mujeres como todos los demás. Porque en la casa de Dios nadie es extranjero.(4)

Dos días después, regresamos a Israel, nuestra patria, por el camino de los fenicios. Y al cruzar la frontera, casi no nos dimos cuenta, porque la tierra tenía el mismo color, los árboles echaban las mismas hojas y los pájaros, a un lado y a otro, cantaban igual.

Mateo 15,21-28; Marcos 7,24-30.

---

1. **El país de Tiro** era la provincia romana de Siria, territorio extranjero en el que vivía mayor número de israelitas. Entre Siria y Palestina existían muchísimos contactos, principalmente con la provincia norte de Palestina, Galilea, con la que Siria tenía fronteras. Dentro del territorio de Siria estaban Tiro y Sidón, ciudades importantes de los fenicios, grandes navegantes y comerciantes del mundo antiguo. Las ruinas de lo que fueron Tiro y Sidón se encuentran hoy en territorio del Líbano, al norte de Israel.

2. **Tiro** era una ciudad importante en los tiempos de Jesús. Lo había sido durante siglos. Tenía dos puertos de activo comercio con otros países del Mediterráneo y también industrias de metales, cristal, tejidos y colorantes, especialmente la púrpura. Una abundante colonia israelita se había establecido allí. Como los judíos han sido siempre hábiles para el comercio, lograron prosperar rápidamente, pero como pueblo nacionalista -y a veces racista- no se mezclaron con los habitantes de Tiro. En los evangelios, a éstos se les llama sirofenicios o cananeos.

3. **Perro** se usa como insulto, tanto en la lengua aramea como en la árabe. El perro era considerado un animal despreciable e impuro, por andar errante y comer carroña o carnes de animales no puros.

4. Sólo en una ocasión cuentan los evangelios que Jesús saliera de su patria para ir a un país **extranjero**. Y sólo en esa ocasión, con la mujer cananea, como antes con el centurión romano que tenía un criado enfermo, realizó

Jesús un signo en forma de curación en favor de no israelitas. Ciertamente, la actividad de Jesús no trascendió las fronteras geográficas de Israel. Apenas tuvo tiempo para hacerlo. Jesús ni vivió en Egipto ni murió en Cachemira. Pero en su mensaje, rechazó radicalmente el nacionalismo que caracterizaba a sus compatriotas, lo que para ellos resultó una novedad, a la par que un escándalo. Los grupos fariseos, los monjes esenios y el pueblo en general, excluían a los extranjeros del Reino de Dios que esperaban y creían que Dios también los excluiría.

## 66- CON EL PODER DE BELCEBÚ

Después de pasar por las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, dimos un rodeo por varios pueblos de la Decápolis y salimos nuevamente al lago de Galilea. Recuerdo que estábamos llegando a Corozaim cuando nos cruzamos con un tumulto de campesinos que corrían y gritaban furiosos. Delante de todos, a poca distancia ya, iba jadeando y dando tropezones, un hombre bajito y sucio, con la túnica hecha trizas. Tras él, acorralándole como a una bestia, corrían los hombres con rastrillos y piedras en las manos.

*Vecino* - ¡Vete de aquí, Satanás! ¡Vete, vete!  
*Vecina* - ¡Al desierto! ¡Los demonios al desierto! ¡Fuera de aquí!  
*Vecino* - ¡Eres tú, Belcebú! ¡Eres tú, Belcebú! ¡Eres tú, Belcebú!

Una piedra voló sobre nuestras cabezas y dio de lleno en la nuca a aquel infeliz. El hombre cayó revolcándose en el camino. Y ya no se movió.

*Vecino* - ¡Anatema contra Serapio, anatema contra él!  
*Vecina* - ¡No se acerquen mucho, ese hombre tiene el demonio dentro!  
*Vecino* - ¡Anatema contra Serapio!

Jesús y yo nos fuimos abriendo paso entre la multitud enfurecida y logramos ver al tal Serapio que lloriqueaba en el suelo, con la cabeza entre las manos y temblando de miedo.

*Vecino* - ¡Que venga el fariseo! ¡Que venga el fariseo!  
*Fariseo* - ¡Aquí estoy, caramba! ¡Pero déjenme pasar, alborotadores!

Un anciano alto, con el manto de las oraciones sobre los hombros, apareció en medio de todos.

*Vecina* - ¡Reza el exorcismo, fariseo!(1)  
*Vecino* - ¡Un ensalmo especial para este maldito!  
*Jesús* - Oye, tú, ¿qué lío hay aquí? ¿Quién es este hombre?  
*Vecino* - Un endemoniado ¿No lo estás viendo?  
*Jesús* - ¿Y qué le pasó?  
*Vecina* - ¿Qué le va a pasar? ¡Que se le coió el demonio dentro! Como el que se traga una mosca, así se tragó éste al mismísimo Satanás!  
*Vecino* - El muy desgraciado llevaba una semana escondido y no sabíamos de él. Pero el viejo Cleto lo encontró esta mañana, ¡qué caray! ¿Y sabes dónde?

¡Ahí, dentro del pozo, como una rata metida en su agujero, empuercando el agua que bebemos todos!

*Vecina* - ¡Maldita sea, si no fuera por Cleto! ¡Lo sacó de allí con una cuerda!

*Vecino* - ¡Reza la oración, fariseo, de prisa, que este tipo es peligroso! ¡Está endemoniado!

*Jesús* - ¿Y están seguros que está endemoniado?

*Vecina* - Claro que sí. Mira tú, es un demonio tan fuerte que no lo deja oír ni hablar. Le tiene amarrada la lengua y tapadas las dos orejas.

El fariseo ya estaba preparado y nos mandó callar.

*Fariseo* - ¡Silencio todos, para que Dios pueda oír lo que pedimos! Y si alguno ve al demonio salir de este hombre, tírese pronto a tierra para que no se le cuele a él y tengamos un daño sobre otro.

Todos nos pusimos en puntillas para ver mejor al infeliz Serapio que seguía acurrucado en el suelo. Entonces, el fariseo levantó las dos manos y comenzó la oración para expulsar al demonio sordo y mudo.(2)

*Fariseo* - ¡Aléjate de este hombre, Satanás!(3) ¡Vete, vete de aquí, sal del cuerpo de Serapio! ¡Te lo mando yo, por orden de Dios! ¡Satanás, Serpiente sucia, Maligno de pezuñas partidas, Bestia de los siete cuernos, sal fuera! ¡Aléjate, Asqueroso, aléjate Luzbel, sal, sal de este hombre, Diablo impuro, Diablo sordo, Diablo mudo! ¡Belcebú! ¡Dominador del hombre, Tentador de la mujer, vete de aquí, húndete en el mar, quémate en el fuego, vuelve a los infiernos! Este hombre no se mueve... Ni oye ni habla. ¡Tiene el diablo metido en el tuétano! Pero yo se lo sacaré, sí señor, ¡yo le sacaré el demonio como sea!

*Vecina* - Eh, fariseo, ¿por qué no prueba con candela? Dicen que el demonio es como el alacrán, que se clava su propia ponzoña cuando siente el fuego cerca.

*Fariseo* - Sí, vamos a probar con fuego. Ustedes cuatro, agárrenlo bien de pies y manos. Fuerte, que no patalee. Y tráiganme una tea. Le daremos candela en los pies, a ver si habla. El demonio mudo huye con la candela.

El fariseo tomó una tea ardiendo y se la acercó a la planta de los pies de Serapio, que nos miraba aterrorizado...

*Serapio* - ¡Aaaagg! ¡Aaaagg!

En el aire se sintió el olor a carne chamuscada. El sordomudo se retorció sin poder escaparse de los cuatro forzudos que lo sujetaban en el suelo...

*Serapio* - ¡Aaaagg! ¡Aaaagg!

*Fariseo* - Es un demonio muy poderoso. Más poderoso que la candela. Le tiene amarrada la lengua con cuatro nudos. Pero no se preocupen, ahora le destaparemos las orejas. El demonio sordo se ahuyenta con agua hirviendo. ¡Ea, tráiganme el cacharro para destupir los oídos de este desgraciado! ¡Ustedes, agárrenlo bien y voltéenle la cara!

El fariseo derramó el agua hirviendo en los oídos de Serapio que pataleaba enloquecido...

*Serapio* - ¡Aaaaggg! ¡Aaaaggg!

*Fariseo* - ¿Me oyes? ¿Me oyes?... ¿No oyes nada, maldito?

*Vecina* - Digo yo, fariseo, si serán siete demonios en vez de uno y por eso no se le ablandan las orejas.

*Fariseo* - Espérense. Vamos a probar las agujas. ¡Con estas agujas mi padre le sacó no siete sino setenta demonios del cuerpo a una bruja! ¡Estos pinchazos en las ingles no hay demonio que los aguante! ¡Agárrenlo bien!

Jesús, que estaba a mi lado, perdió la paciencia y se abalanzó sobre el fariseo...

*Jesús* - ¡Basta ya, por Dios, basta ya! ¿Qué es lo que quieren? ¿Matarlo?

*Fariseo* - Este hombre está endemoniado. Hay que sacarle el demonio del cuerpo.

*Jesús* - Al paso que vas, le sacarás el alma. ¡Déjenlo ya tranquilo, caramba! ¿No ven que es un pobre infeliz?

*Fariseo* - ¿Un infeliz? ¡Ja! ¡Se ve que no lo conoces! Tiene el demonio sordo y tiene el demonio mudo. ¿Te parece poco? No he podido echarlos fuera ni con candela ni con agua hirviendo.

*Jesús* - No me extraña que no hayas podido.

*Fariseo* - ¿Por qué dices eso?

*Jesús* - ¿No te acuerdas lo que aprendió el profeta Elías allá en la cueva del Sinaí? Que Dios no estaba en el fuego ni en el huracán, sino en la brisa suave.

*Fariseo* - ¿Qué quieres decir con eso?

*Jesús* - Que este hombre no necesita una tea ardiendo sino el calor de una mano que lo ayude. No

necesita agua hirviendo. Basta con un poco de saliva.

*Fariseo* - Oye, tú, forastero, ¿qué vas a hacer? ¡Espérate!

Pero Jesús ya se había inclinado sobre el sordomudo que seguía en el suelo, boca arriba, con la respiración entrecortada y una mueca de terror en la cara.

*Serapio* - Ahh... Ahh... Ay...

*Jesús* - No tengas miedo, no te voy a hacer daño, hermano.

Jesús se mojó los dedos en saliva. Luego tocó la lengua y los oídos de Serapio y sopló sobre su frente con suavidad.

*Jesús* - Ábrete... ¿Ves lo que te decía, fariseo? El Espíritu de Dios es como una brisa ligera. Este hombre ya esta curado.

*Fariseo* - Pero, ¿qué patrañas inventas tú? ¡Qué va a estar curado! El único que sabe de exorcismos soy yo, ¿me entiendes? Y este desgraciado tiene por lo menos siete demonios dentro que le amarran la lengua y le tapan los oídos.

*Serapio* - ¡Tú, tú... los siete demonios tú!

Cuando Serapio, desde el suelo, dijo aquellas palabras, nos arremolinamos más. Unos nos empinábamos sobre los otros y todos queríamos ver de cerca al que había sido sordomudo. Los hombres más fuertes amenazaron con los rastrillos y consiguieron un poco de orden. Entonces, el fariseo tomó la palabra...

*Fariseo* - Vecinos de Corozaim, como ustedes ven, Satanás siempre se sale con la suya. Queríamos liberarnos de este demonio sordomudo y nos ha salido al paso otro demonio mayor. ¡Este forastero que le ha untado saliva está más endemoniado que Serapio!

*Vecina* - ¿Por qué dices eso, fariseo?

*Fariseo* - ¿Que por qué lo digo? Porque sólo un clavo saca a otro clavo. ¡Si él le ha sacado el demonio a este infeliz, sólo puede haberlo hecho con el poder del mismo Belcebú!

*Vecina* - ¿Cómo puede ser eso, fariseo? Si Belcebú echa fuera a Belcebú, entonces el demonio se volvió loco porque está peleando contra sí mismo, ¿no le parece?

*Fariseo* - ¡Cállate, que tú también debes estar endemoniada! Vecinos, este forastero que tienen delante ha sacado al demonio con el poder del mismo demonio. Vamos, vamos, recojan piedras para

tirarle... ¿No me han oído? ¡Este hombre está poseído por el diablo!

Pero los campesinos de Corozaim no se agacharon para recoger las piedras ni empuñaron sus rastrillos contra Jesús...

*Fariseo* - ¡Digo y repito que ha llegado a nuestra ciudad el mismísimo Belcebú! ¡Ustedes lo tienen delante!

*Vecina* - ¡Pues yo no sabía que el demonio fuera tan buen mozo!

*Fariseo* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que no me obedecen? ¡Ahora mismo iré a informar al gran rabino Josafat que todos ustedes han sido contagiados por el demonio de la rebeldía! ¡Todos están en poder de Satanás! ¡Todos están poseídos por el Maligno!

El fariseo, indignado, se sacudió el polvo de la túnica, dio media vuelta y se fue. La gente estaba pendiente de las palabras de Jesús.

*Jesús* - No, amigos, no ha llegado Belcebú. ¡Es el Reino de Dios el que ha llegado! ¡Y cuando llega el Reino de Dios, el demonio está vencido, no puede hacer nada! ¡Ya no hay que tener miedo a ningún demonio!

*Vieja* - ¡Tampoco digas eso, muchacho! ¡Al demonio nunca le ganan porque tiene una cola larga, larguísima, de cuarenta pies de largo! Y dicen que cuando Dios lo encierra en la cárcel, él saca la cola y abre el candado con la punta. ¡El demonio siempre anda suelto!

*Jesús* - Que no, abuela, que no. El demonio está bien amarrado. Dios ya le cortó la cola. El único que tiene poder es Dios. De veras, el demonio ya no se encarama en nadie ni se cuelga en el cuerpo de nadie. No tengan miedo. El Espíritu de Dios es el único que entra en nuestra alma. Entra y sale y tiene las llaves. Y como él es el más fuerte, el demonio no puede hacer nada.

*Vecino* - Mira, forastero, aquí lo que sucede es que el fariseo Isaac se ha pasado la vida cazando brujas y persiguiendo demonios. Yo se lo dije el otro día, cuando comenzó este lío de Serapio. Le dije: tú tienes más fe en el demonio que en Dios. Porque de Dios no hablas nunca, pero siempre estás dale que dale con Satanás y con su infierno.

*Vieja* - Pues muy bien hecho de su parte. ¡Ja! Eso es lo que querría el demonio, mi hijo, que no hablaran



de él para seguir haciendo de las suyas... ¡si lo conoceré yo!

*Jesús* - No me diga, abuela, que usted le ha visto la cola al diablo. ¿Usted lo ha visto?

*Vieja* - Bueno, tanto tanto como verlo, no, pero...

*Vecina* - Y tú, forastero, tú que vienes de lejos, ¿tampoco tú has visto al diablo?

Jesús se quedó un momento pensativo rascándose la barba.

*Jesús* - Pues, a la verdad, no. Todavía no he visto al diablo.(4) Lo que sí he visto son muchas diabluras. Sí, en Corozaim y en todos estos pueblos. Por eso, yo digo que el diablo no debe tener mucho que hacer por aquí. Si anda, andará con los brazos cruzados. Nosotros con nuestras maldades le adelantamos todo el trabajo. ¿No es cierto, Serapio?

*Serapio* - Sí, sí... Ustedes me quemaron... ustedes me tiraron piedras... ¡ustedes, los demonios, ustedes!

Y Serapio, el que había sido sordomudo, señalaba con el dedo a todos sus vecinos que lo habían maltratado tanto. Y con su lengua recién estrenada, seguía repitiendo su acusación...

*Serapio* - ¡Ustedes, los demonios, ustedes!

Mateo 12,22-29; Marcos 3,20-26; Lucas 11,14-23.

---

1. En tiempos de Jesús, todas las enfermedades ante las que la gente se sentía especialmente impotente incrementaban las creencias en el poder de los demonios. Para enfrentarse a estos malos espíritus se hacían **exorcismos**, con oraciones, gestos o invocaciones, tratando de conjurar al diablo y hacerle salir del cuerpo del enfermo. Como se creía que se estaba luchando directamente con el maligno, a menudo se usaban métodos de gran crueldad.

2. Los **sordomudos** debieron ser abundantes en Israel, ya que el libro del Levítico da una ley especial acerca de estos enfermos. Contra ellos era prohibido lanzar una maldición: como no oían, quedarían sin defensa ante a ella (Levítico 19, 14). Como con otras muchas enfermedades, se atribuía ésta al demonio y a espíritus malignos. Y se creía que en los tiempos mesiánicos las orejas cerradas se

abrirían y las lenguas mudas se desatarían (Isaías 32, 1-4).

3. Los evangelios hablan de **Satanás** (el Adversario), uno de los nombres del diablo, al que también se llama Luzbel o Belcebú. Pero lo hacen cuando tienen que dar cuenta de hechos negativos no queridos por Dios y para los que no encuentran explicación.

4. Los evangelios insistieron, usando un lenguaje simbólico, en que Jesús tenía todo poder sobre el **diablo**. En muchas tradiciones religiosas existe la idea de que hay dos grandes divinidades: una buena -Dios- y otra mala -el Diablo-, con poderes parecidos, aunque con intenciones opuestas. Jesús, sin embargo, habló de un único Dios que es Padre y ama a los seres humanos. Y precisamente por la libertad que mostró ante la creencia en el ilimitado poder del diablo, los sacerdotes lo acusaron de estar endemoniado.

La fe en el demonio ha sido nefasta. Ha sembrado el terror, ha hecho creer que los seres humanos son como un juguete que se disputan entre sí ángeles buenos y malos, hasta que gana el más fuerte. Horribles frutos de la fe en el diablo fueron las persecuciones contra endemoniados y brujas organizadas por la Inquisición. Desde el siglo XI hasta el XVI se extendieron como la peste por toda Europa, causando millones de víctimas. La mayoría eran pobres mujeres campesinas que por ser o muy feas o muy bonitas, muy alegres o muy silenciosas, eran acusadas de estar poseídas por el demonio, despojadas de sus bienes, torturadas y quemadas. La caza de brujas es uno de los capítulos más tenebrosos de la historia del cristianismo.

## 67- E1 BASTÓN DEL MESÍAS

Por aquellos días, viajamos al norte, a la región montañosa de Cesarea de Filipo, en las fuentes del Jordán.(1) Los paisanos que vivían por allá querían oír hablar del Reino de Dios que trae justicia y paz a la tierra.

*Jesús* - Y si tu hijo te pide pan, ¿le vas a dar una piedra? ¿Verdad que no? Y si te pide un pescado, ¿le vas a dar una culebra? ¡Claro que no, porque es tu hijo! Pues eso es lo que anunciamos, que Dios es nuestro Padre y nos quiere. Y nosotros, sus hijos y sus hijas, le pedimos que nos eche una mano. ¡Y Dios no va a fallarnos!

Jesús, como siempre, se ganaba enseguida la atención de la gente. Empalmaba una historia con otra y los de Cesarea no se cansaban de escucharlo.

*Jesús* - ¡Amigos, ya llega el Reino de Dios! ¡Ya viene la liberación! El Mesías está a la puerta. Y cuando él venga, traerá en una mano la balanza para hacer justicia y en la otra un bastón para gobernar sin privilegios.

*Hombre* - ¡Bien dicho! ¡Que viva ese Reino de Dios!

*Mujer* - ¡Y que lo veamos pronto!

Entonces, entre los aplausos y los gritos de la gente, apareció un hombre inmenso, con la piel muy quemada por el sol y una barba larga, larguísima, como la de los antiguos patriarcas. Se fue abriendo paso entre todos y se acercó a Jesús. Era un viejo beduino de las estepas de Galaad.

*Melquíades*- No hables más, hermano. Ya es suficiente. Soy Melquíades, pastor de ovejas, nieto de Yonadab, de la tribu de los recabitas, todos pastores de ovejas, como nos mandó Dios.(2) Atravesando el desierto hemos aprendido a leer en el cielo y también en los ojos de los hombres. Tú tienes ojos negros como la noche y brillantes como las estrellas. Sé mirar en ellos.

El viejo beduino se acercó más Jesús y puso una mano sobre su hombro...

*Melquíades*- Escucha, hermano. Nuestras tribus andan dispersas desde hace mucho tiempo, muchos años, muchas generaciones de años. Andamos como ovejas sin pastor. Gracias por haber venido. Tómalo:

esto es para ti.

Melquíades, el recabita, levantó en su mano derecha un largo y nudoso bastón de olivo.

*Melquíades*- Con este bastón he pastoreado mi rebaño desde que era joven. Con él espanté a los lobos y encaminé por la estepa a mis ovejas. Era de mi abuelo. Míralo: es un cayado de pastor, como el que tenía David en sus manos cuando el viejo Samuel lo fue a buscar y lo puso al frente de su pueblo.

*Jesús* - ¿Y qué quieres que haga yo con este bastón?

*Melquíades*- Es tuyo. Pastorea tú al pueblo. Tú eres el hombre que necesitamos para que las cosas cambien.

*Jesús* - Pero, ¿qué estás diciendo, abuelo? Yo...

*Melquíades*- Toma el bastón. Y apriétalo fuerte entre tus manos para que el calor de tu sangre le dé vida a los nervios muertos de la madera.

Y el viejo beduino entregó a Jesús aquel bastón gastado y amarillo como un hueso seco.

*Jesús* - Pero, abuelo, yo...

*Hombre* - ¡Bien hecho, Melquíades! ¡Bien dicho y bien hecho!

*Mujer* - ¡Estamos contigo, Jesús! ¡Cuenta con nosotros!

*Hombre* - ¡Y con nosotros también!

Esa noche, los trece del grupo nos quedamos conversando hasta muy tarde. El cielo se cubrió pronto de estrellas. Al fondo, iluminado por la débil luz de la luna, descansaba el monte Hermón. Sus laderas nevadas ya comenzaban a derretirse con la primavera.

*Jesús* - ¡Ese pastor recabita está chiflado!

*Pedro* - El chiflado eres tú, Jesús, si no aprovechas el momento. ¡El pueblo está entusiasmado contigo!

*Jesús* - Pedro, el pueblo está entusiasmado con el Reino de Dios.

*Santiago* - ¡Y contigo, moreno, contigo!

*Jesús* - Pero, Santiago, escúchame...

*Santiago* - Que no, Jesús, que no quieras tapar el sol con un dedo. Tienes al pueblo en tus manos igual que ese bastón. A una orden tuya, todos se pondrán en marcha.

Jesús hacía rayas en la tierra con el cayado largo y nudoso que le había regalado aquella tarde el viejo Melquíades.

*Andrés* - La gente espera mucho de ti, Jesús. No los defraudes.

*Jesús* - ¿Y qué es lo que espera la gente de mí, Andrés?

*Andrés* - ¿Que qué esperan? Mucho. Que les sigas abriendo los ojos, que te pongas al frente de ellos para que este país se enderece y se acaben de una vez tantos abusos y podamos vivir en paz. Eso es lo que esperan.

*Jesús* - Pero, ¿están locos? ¿Quién se creen ellos que soy yo?

*Judas* - Te tienen como a un profeta, Jesús.

*Felipe* - ¿Sabes lo que me dijo hoy una mujer? Que cuando te miraba así, de medio lado, le recordabas mucho a Juan el bautizador. Que ella apostaba cinco contra uno a que el profeta Juan había resucitado y se te había colado a ti en el pellejo.

*Tomás* - ¡Pues va-va-vaya chiste! ¡Le corta-ta-tarán otra vez la cabe-be-beza!

*Andrés* - No, no. Lo que yo oí fue otra cosa. Dicen que el profeta Elías se bajó del carro y te prestó el látigo con que arrea sus caballos de fuego. ¡Que tu lengua tiene el mismo chasquido que la del profeta del Carmelo!

*Jesús* - Bah, tonterías de la gente.

*Judas* - El otro día me preguntaron si tú tenías mujer. Y yo les dije que no.

*Jesús* - ¿Y para qué querían saber eso?

*Judas* - Bueno, porque el profeta Jeremías tampoco se casó. Dicen que tú te pareces mucho a él.

*Jesús* - Sí, claro. Y también me parezco al profeta Amós porque soy campesino. Y al profeta Oseas, porque soy del norte. Y dentro de poco dirán que una ballena me tragó y me vomitó como al profeta Jonás. Yo no sé de dónde la gente se inventa tantas cosas.

*Santiago* - No es la gente, Jesús, no es la gente...

*Jesús* - ¿Ah, no? Y entonces, ¿quién? ¿No me van a decir que también ustedes?

*Pedro* - Verás, moreno. Llevamos ya un tiempo juntos, muchos meses. Hemos formado un grupo. Podemos hablar con confianza, ¿no es eso?

*Jesús* - Claro que sí, Pedro, para eso somos amigos. ¿Qué es lo que pasa?

*Andrés* - Jesús, tú has hecho cosas delante de nosotros que, a la verdad, Bueno, sin ir más lejos, lo del sordomudo del otro día en Corozaim.

*Santiago* - Y aquella niña, la hija de Jairo, estaba muerta, yo la vi.

*Felipe* - Y el sirviente del capitán romano.

*Andrés* - Y Floro, el paralítico. Y Caleb, el leproso. Y

el loco Trifón. Y la...

*Jesús* - Está bien, está bien. ¿Y qué? Dios es el único que tiene poder para curar. Dios toma mis manos o las tuyas o las de quien sea y hace lo que quiere. Hay mucha gente que hace cosas más grandes aún.

*Judas* - Pero no es eso solamente, Jesús. Es tu manera de hablar. Reconócelo: tus palabras son como las piedras que lanzaba David con su honda.

*Pedro* - Tú hueles a profeta, moreno. Y ni con lejía se te quita ese olor.

*Andrés* - Tú sabes cómo hablar al pueblo. La gente te escucha, te hace caso.

*Jesús* - ¡La gente! La gente dice hoy blanco y mañana negro. Ustedes... ¿qué dicen ustedes? Ahora estamos los trece reunidos. Hablemos claro, entonces. ¿Qué esperan ustedes de mí?

*Pedro* - Lo mismo que esperan todos, Jesús. ¡Que levantes el bastón y te pongas al frente de] pueblo!

*Jesús* - No sabes lo que dices, Pedro. ¿Quién soy yo para hacer eso, eh? ¿Quién soy yo?

*Pedro* - ¿Tú? ¡Tú eres el Liberador que espera Israel!

*Jesús* - Pero, Pedro, ¿te has vuelto loco? ¿Cómo dices eso?

*Pedro* - Lo digo porque lo creo, ¡qué caramba! Y ya me pica la lengua por decirlo. Y ya se lo dije a Rufina y a la suegra. Y las dos mujeres me dijeron que ellas piensan lo mismo.

*Jesús* - Pero, Pedro, por favor...

*Pedro* - Sí, Jesús. ¿Te acuerdas la otra noche? Lo vi clarísimo. Mira, íbamos en la barca, en la mía. De pronto, comenzaron los rayos y el viento del Mar Grande. Una tormenta horrible. Y apareciste tú caminando sobre las olas. Y el viento se calmó. Y tú me diste la mano y yo también caminé sobre el lago, ¿no comprendes?

*Jesús* - Sí, sí, comprendo. Sigue soñando con agua y un día amaneces ahogado.

*Pedro* - ¡Tú eres el Mesías, Jesús!(3) ¡Tú liberarás a nuestro pueblo!

Cuando Pedro dijo aquellas palabras, se hizo un silencio entre todos. Esperábamos la respuesta de Jesús. Teníamos los ojos clavados en él que ahora apretaba nerviosamente el bastón del viejo beduino.

*Tomás* - No te pre-pre-preocupes, mo-moreno... Nosotros te apo-po-poyaremos.

*Judas* - Cuenta con nosotros. Para eso formamos este grupo, ¿no?

*Andrés* - Decídete, Jesús. Si la cosa viene de Dios, no podrás escapar de él.

*Pedro* - No es la gente ni nosotros. Es Dios el que te ha dado el bastón de mando.

Jesús nos fue mirando uno a uno, lentamente, como pidiendo permiso para decir aquellas palabras que le subían a la garganta.

*Jesús* - Sí, es verdad. A los hombres se les puede engañar, pero a Dios no. Llevo días y noches dándole vueltas a esto mismo que ustedes me acaban de decir. Desde que el profeta Juan murió, sentí que algo había cambiado. Como si Dios me dijera: ha llegado tu hora, el camino está preparado.

*Pedro* - ¡Pero dicen que Dios no le echa a un burro más carga que la que puede llevar! ¡Ea, moreno, ten confianza! ¡Dios no te fallará!

*Judas* - ¡Y nosotros tampoco!

*Santiago* - ¿No oíste lo que dijo el viejo Melquíades? ¡Aprieta el bastón y levántalo! ¡Contigo saldremos adelante!

Entonces Jesús levantó el largo y nudoso cayado del recabita, lo agarró con las dos manos... y de un golpe lo partió por medio.

*Felipe* - Eh, moreno, ¿qué te pasa? ¿Por qué has hecho eso?

*Jesús* - Porque a Elías lo persiguieron, a Jeremías lo tiraron a un foso y a Juan le cortaron la cabeza. Mírenlo todos: el bastón de mando está roto. Así acaban los profetas, rotos. Así acabará también el Mesías.

*Pedro* - No hables así, Jesús. Nosotros te defenderemos, ¡qué caramba! ¿No es verdad, compañeros? ¡Por la buena estrella de Jacob, que a ti no te pasará nada malo!

*Jesús* - Primero me empujas hacia adelante, ¿y ahora me quieres tirar la zancadilla? No, Pedro, vamos a hablar claro. A mí me partirán como a este bastón. Y a ustedes, si luchan hasta el final, también. Que cada uno se eche al hombro su cruz ya desde ahora para que luego no nos coja por sorpresa.(4)

*Pedro* - Bueno, Jesús, no hables más de eso. ¡Tú amárrate la correa y sé valiente!

*Jesús* - Y tú también, Pedro. Detrás de mí, vas tú.

*Pedro* - ¿Cómo dijiste, moreno?

*Jesús* - Pedro... Pedro tirapiedras... Ahora te las tirarán

a ti. Pero no te preocupes. Eres una buena piedra de cimiento. No te romperán ni a martillazos.

*Judas* - Bueno, bueno, no hablemos de cosas tristes. ¡Lo importante es que ahora estamos todos y que estamos unidos!

*Santiago* - ¡Y que seguiremos adelante, a las duras y a las maduras!

*Andrés* - ¡Y pase lo que pase, este grupo no se desbaratará!

*Felipe* - ¡Bien dicho, Andrés! Ni el diablo con su tridente podrá contra nosotros, ¿no es cierto?

*Jesús* - Claro que sí, Felipe. La amistad que hemos atado aquí en la tierra, no la vamos a desatar ni en el cielo. ¿De acuerdo?

*Tomás* - ¡De acuerdo! ¡Una buena cerradura y trece llaves, una para cada uno!

*Jesús* - Y tú, Pedro, ¡guarda el llavero para que no se pierdan!

*Pedro* - ¡Entonces, mano con mano, para siempre!

*Santiago* - ¡Mano con mano, compañeros!

Amaneció en Cesarea de Filipo. Se nos había ido la noche conversando y ahora teníamos unas cuantas millas por delante. Estiramos las piernas y nos pusimos en camino hacia el sur, rumbo a Cafarnaum. El monte Hermón brillaba blanco a nuestra espalda.

Mateo 16,13-24; Marcos 8,27-33; Lucas 9,18-22.

---

1. La ciudad de **Cesarea de Filipo** fue fundada por Filipo, hijo de Herodes el Grande y hermanastro del rey Herodes Antipas, unos tres años antes de nacer Jesús. Filipo heredó las dotes de constructor de su padre. A la ciudad le puso por nombre Cesarea en honor de César Augusto, el emperador que entonces gobernaba en Roma. La ciudad estaba situada muy al norte, en la frontera con Siria. En Cesarea nace el río Jordán, que desde allí baja y atraviesa toda la tierra de Israel. Cesarea de Filipo se llama actualmente Banias.

2. Los **recabitas** eran un grupo de israelitas que, desde hacía siglos y por fidelidad a sus principios religiosos, vivían como pastores, rechazando la vida de agricultores sedentarios. No tomaban vino, eran muy celosos de sus tradiciones y sólo entraban en las ciudades de paso y en momentos muy especiales. Representaban la oposición a la civilización urbana y el recuerdo de la vieja tradición religiosa del desierto, cuando Israel era un pueblo



errante (Jeremías 35, 1-19).

3. Los evangelios sitúan en Cesarea de Filipo la aceptación por Jesús de su misión de **Mesías**. Hasta ese momento, Jesús, impulsado por el ejemplo de Juan el Bautista y apoyado por sus discípulos, se había presentado ante sus compatriotas como un profeta. Como profeta hablaba y actuaba, sintiéndose heredero de la tradición de Israel. En Cesarea, Jesús dio un nuevo paso. La libertad con la que interpretaba la Ley y con la que se presentaba como emisario del Reino de Dios que iba a cambiar la historia, le acercaron cada vez más a la conciencia de ser el Mesías. Como es imposible determinar un lugar y un momento concreto para ese salto en la evolución de su conciencia, los evangelistas lo situaron en el relato de Cesarea.

4. Cuando Jesús habla de la **cruz**, de su futura pasión, de su muerte, no se trata de una "profecía" en el sentido más limitado de esta palabra, como si Jesús fuera un adivinador de su propio futuro. Si así se entendiera, el final dramático que tuvo su vida, no sería un hecho histórico. Todo habría estado predeterminado desde fuera y sabido desde un principio. Lo que estas palabras de Jesús indicaron fue que, a partir de un cierto momento de su actividad pública, él empezó a contar con la posibilidad de una muerte violenta. Había violado la ley del sábado -quicio del sistema- y esto era suficiente motivo para ser condenado a muerte. Había sido acusado por los sacerdotes de estar endemoniado, y esto también estaba penado con la muerte. Se había enfrentado a las autoridades, a los terratenientes. Se había relacionado con gente despreciada en la sociedad y les había abierto los ojos sobre su condición de marginados. Se había juntado con quienes eran considerados como subversivos, los zelotes. Estaba poniendo en pie un movimiento popular. Los jefes religiosos y las autoridades políticas lo consideraron, con creciente preocupación, como un elemento peligroso. Por todo esto, Jesús podía imaginar, casi con certeza, que le matarían, como habían matado a los profetas.

## 68- EN LA CUMBRE DEL TABOR

Por aquellos días, íbamos Pedro, Santiago, Jesús y yo camino de Nazaret, por la ruta de las caravanas que bordea el lago de Tiberíades y atraviesa el valle de Esdrelón. El sol del verano, como un globo de oro, hacía brillar los campos de trigo ya maduros para la siega.

*Jesús* - Ustedes no han subido nunca, ¿eh, Pedro?

*Pedro* - ¿A dónde, Jesús?

*Jesús* - Al monte. Yo, de niño, me escapaba a veces de la sinagoga. Nos juntábamos tres o cuatro del caserío y caminábamos hasta acá. Y luego, ¡pa'rrriba! Llegábamos con la lengua afuera, eso sí, y con las sandalias medio rotas, pero... valía la pena.

A nuestra izquierda, redondo como una cúpula, se levantaba el monte Tabor, separando los antiguos territorios de las tribus de Isacar, Zabulón y Neftalí, guardián solitario de la fértil llanura galilea.(1)

*Juan* - Pedro, Santiago... ¡amárrense las sandalias!

*Santiago* - ¿Cómo dices, Juan?

*Juan* - Que a este moreno lo conozco yo como al patio de mi casa. ¿No están viendo que se le van los pies para subir?

Enseguida echamos a andar cuesta arriba, hacia la cumbre del monte, serpenteando entre los pinos y los terebintos que crecen en las laderas.

*Pedro* - ¡Por las melenas de Sansón y las tijeras de Dalila! Estoy sin fuerzas, sin resuello. Espérate, Jesús...

*Jesús* - Debe ser que uno ya va para viejo, Pedro... Uff... Las veces que yo subí de muchacho corriendo hasta... hasta arriba mismo.

*Pedro* - Eh, Juan... Santiago... vengan aquí.

*Juan* - Y esas ovejas, ¿de dónde han salido?

*Santiago* - Si hay rebaño, habrá también pastor, digo yo. Oh, oh, el pastor... ¡el pastor! ¿Dónde se habrá metido?

*Pedro* - ¡Ea, sigamos subiendo!

Allá arriba, sobre una roca, en la cumbre del monte, estaba el viejo Jilel, con su flauta de caña y los ojos perdidos en la línea del horizonte.

*Jesús* - ¡El pastor! ¡El pastor!

*Jilel* - ¡Aquí estoy! ¿Qué me piden o qué me dan?  
*Pedro* - ¡Sólo podemos darte los buenos días, viejo! ¿Y tú?  
*Jilel* - ¡Yo puedo brindarles un poco de queso y toda la leche que quieran! Vengan, vengan, paisanos, que la leche de mis ovejas es más pura que la casta Susana.  
*Jesús* - Oye, tú eres el viejo Jilel, ¿no?  
*Jilel* - Sí, así me llamo. ¿De dónde sabes mi nombre? ¿Te lo dijo algún cuervo por el camino?  
*Jesús* - No, es que cuando era muchacho subí varias veces al monte y ya tú andabas dando vueltas por estos lugares.  
*Jilel* - Claro, porque esta es mi casa. Otros juntan ladrillos y se encierran dentro. Yo no. Yo no tengo cabaña. Prefiero el aire libre. Mi único techo es el cielo. ¡Ea, prueben esta leche de chiva, les refrescará la garganta!  
*Juan* - Gracias, Jilel.  
*Santiago* - ¿Y no te aburres aquí tan solo, viejo?  
*Jilel* - ¿Aburrirme yo? ¡Ja! La música es la amiga más fiel del hombre, no lo olvides. Y mira el valle... Ni Matusalén, con todos sus años, tuvo tiempo para ver toda esta belleza. Ustedes, los que viven abajo, en las ciudades y los caseríos, aprenden a leer y van a la sinagoga y oyen las escrituras santas. Yo no sé nada de letras. Pero tampoco me hace falta, ¿saben? Este es el libro mío, con éste me basta.

El viejo Jilel señalaba con su mano callosa el valle de Esdrelón que se abría inmenso y verde a nuestros pies.(2)

*Jilel* - Miren bien, muchachos... ¡Esta es la tierra que Dios juró dar a nuestros padres, la tierra que mana leche y miel, la más hermosa de todas!  
*Pedro* - Oye, viejo, y por allá, por el fondo, ¿no es que cae el lago?  
*Jilel* - Sí, el lago de Galilea, redondo como un anillo de novia. Dicen que Dios se lo puso en el dedo a Eva cuando se la entregó a Adán como esposa. Pero miren hacia allá, paisanos: ¿no lo ven?  
*Juan* - ¿Dónde, viejo?  
*Jilel* - Allá, detrás de todo... Es el monte Hermón, chorreando nieve, tan blanco como las barbas de Dios.(3) Desde allí el Señor bendice nuestra tierra. Miren ahora hacia la otra punta... Por allá están las tierras de Samaria. Allá, junto a las nubes, el monte Ebal(4) y el monte Garizín... y entre los dos, como un dije entre los pechos de una mujer, la ciudad de Siquem. Allá se reunió

nuestro padre Josué con todas las tribus de Israel y les hizo jurar la alianza con Dios, bendición para el que la cumpla, maldición para el que la rompa.

*Juan  
cerca?  
Jilel*

- Oye, viejo, ¿y esos montes que se ven más

- Ah, ésas son las alturas de Guelboé,(5) donde los filisteos mataron al primer rey de nuestro pueblo, a Saúl, y a su hijo Jonatán, el amigo de David. Y David, que también sabía de música, tomó la flauta y le cantó a su amigo muerto. Miren hacia allá, hacia el poniente... Hay como una espuela verde que sale de la tierra y se hunde en el mar Grande. Es el monte Carmelo,(6) la patria de Elías, el primer profeta que sacó la cara por los pobres de Israel y defendió sus derechos. ¡Ah, Elías!(7) Su lengua fue como un látigo en las manos de Dios. Hizo temblar a los reyes y a todos los que abusaban de los humildes. Y cuando Dios se lo llevó en el carro de fuego, su espíritu se repartió como chispas entre los nuevos profetas. ¿Ven lo que les decía, paisanos? Cada una de estas montañas que se ven desde aquí es como la página de un libro: en ellas está escrita la historia de nuestro pueblo.

*Jesús*

- Pero esa historia comienza en otra montaña, viejo, la más grande de todas, la que no se ve desde aquí...

*Jilel*

- Es verdad, muchacho, el Sinaí(8) queda lejos, muy lejos, por allá por el sur, donde sólo alcanza el ojo del águila. Y fue por aquellas soledades donde a Dios se le antojó llamar a Moisés en el fuego de una zarza.(9) Y desde allí lo envió a Egipto a liberar a sus hermanos. Y Moisés se enfrentó al faraón, y sacó a los esclavos, y atravesó con ellos el Mar Rojo y el desierto, hasta llevarlos al Sinaí, la montaña santa, la que tiene dos puntas en la cumbre, como las rodillas abiertas de una parturienta: allí nació un pueblo libre, nuestro pueblo de Israel.

*Juan -* Caramba, viejo, oyéndote hablar uno se emociona...

*Jilel*

- Ay, muchachos, es que ustedes son jóvenes y no saben. Pero han pasado tantas cosas... ¡Y las que faltan, claro! Porque Dios nunca se está quieto. De seguro que algo estará tramando para estos tiempos. ¿Saben lo que les digo, paisanos? Que Dios se parece a las cabras: le gusta el monte. Unas veces está con Elías en el Carmelo, otras con Moisés en el Sinaí. Pero siempre está peleando por la justicia y defendiendo a los más humildes. ¿No recuerdan ustedes cómo le llamaban

a Dios nuestros abuelos? El Saday, el Dios montañero. Porque cuando a Dios no le gusta cómo van las cosas abajo, en la gran ciudad de los hombres, se sube a las montañas. Y desde allí, se ríe. Sí, Dios se ríe de los reyes y de los faraones. Las grandes naciones hacen guerras y los poderosos abusan de los pobres. Pero no cantarán victoria. Dios pondrá un liberador en el monte Sión. El será mi hijo amado, yo me complaceré en él.

Hasta hoy me represento en los ojos aquella hora: la línea azul del horizonte, el valle inmenso cortado en huertos, como remiendos de un patio de cien colores, el sol a medio guardar detrás de las nubes y la brisa del Hermón anunciando lluvia en el Tabor. A las palabras del pastor Jilel, como un abismo que llama a otro abismo, siguieron las de Jesús...

*Jesús* - Sí, viejo, usted tiene razón.  
Es en la montaña donde los ojos se limpian  
y las orejas se abren para escuchar la voz de  
Dios.(10)  
Es aquí donde el Dios de Israel habló en susurros  
a Elías  
y donde conversó cara a cara con Moisés.  
Sí, Dios vive y se deja sentir.  
Y desde cada una de estas montañas él ha ido  
entretejiendo,  
con dedos de mujer hacendosa,  
los caminos del hombre sobre la tierra.  
Ahora el trabajo está cumplido,  
ahora es el momento de Dios.  
Él viene a poner su casa en un monte alto,  
en la cima de los montes,  
para que a ella subamos los hijos de Israel  
y también los de todas las naciones.  
Porque Dios es Dios de todos,  
de los de cerca y de los de lejos.  
Él no se conforma con reunir a las tribus  
dispersas de Jacob.  
No, hay liberación abundante.  
Sobra perdón y misericordia  
para todos los hijos de los hombres.  
Y el ungido de Dios,  
el Mesías que tanto ha esperado nuestro pueblo,  
será puesto en lo alto del monte,  
como luz de las gentes,  
para que la salvación  
alcance hasta los confines de la tierra.

*Pedro* - ¡Bravo, moreno! Ya decía yo que tú tenías las barbas de Moisés y la lengua de Elías. ¡Sigue hablando, no te calles, que esa liberación del mundo viene pronto, ya no puede demorarse!

*Santiago* - Lo que viene pronto es la tormenta. Ea, camaradas, dejemos la poesía para otro momento, y vamos, bajemos si no queremos empaparnos.

*Pedro* - Pero, ¿qué dices, Santiago? ¡No, nunca! ¿No has oído lo que dijo Jesús? ¡Ahora es que esto se pone bueno!

*Juan* - Pero, Pedro, ¿te has vuelto loco? ¿No ves que viene un diluvio y aquí no hay ni una cabaña para refugio?

*Pedro* - ¡Pues las fabricamos, qué caray! ¡Fabricamos una y tres si hacen falta! ¡Pero de aquí no se mueve nadie!

Pedro, entusiasmado, miraba al cielo. Las nubes grises ya se iban juntando sobre nuestras cabezas. A los pocos segundos, cayeron las primeras gotas.

*Pedro* - ¿Qué importa el agua, compañeros? ¿En el Sinaí no caían rayos y centellas cuando Dios apareció? ¡Y en el Carmelo lo mismo! ¡Es que Dios anda suelto por las montañas! ¡Sí, sí, ahora bajará Elías en su carro de fuego, y también vendrá Moisés con una zarza ardiendo en la mano!

Las nubes descargaron con furia sobre el monte Tabor y nos calamos hasta los huesos. Los rayos cruzaban el cielo como flechas y su resplandor iluminaba las caras del pastor Jilel, de mi hermano Santiago, de Pedro y de Jesús.

*Pedro* - Bueno, y ahora... ¿ahora, qué? ¿Se acabó todo?

*Jesús* - No, al contrario. Ahora es que empieza.

*Pedro* - Pero, ¿qué va a pasar ahora, moreno?

*Jesús* - Nada, Pedro. Si no quieres pescar un buen catarro, ponte en marcha y a seguir nuestro camino. ¿O qué querías tú? ¿Quedarte acá arriba viendo pasar los relámpagos?

*Pedro* - No sé, yo esperaba algo más... Ver a Dios... aunque fuera de medio lado, pero...

*Jesús* - Escucha, Pedro: Dios está en los montes, sí. Pero los hombres y las mujeres están ahí abajo, fíjate...

Y Jesús miraba el valle de Esdrelón, salpicado de caseríos, donde los pobres de Israel amasaban el pan con sudor y con lágrimas.

*Jesús* - Es ahí a donde tenemos que ir, Pedro. Deja

tranquila la zarza ardiendo y el carro de fuego y vamos abajo. Son las brasas de esos fogones apagados los que tenemos que soplar. Eso hizo Moisés y también Elías: ocuparse de sus hermanos, trabajar sin descanso para ayudarlos a salir adelante. ¡Ea, andando! Hay que encender con prisa un fuego en toda la tierra, ¡y que arda!

Pedro, mi hermano Santiago, Jesús y yo bajamos por las laderas del monte Tabor, resbalosas después del aguacero. Allá arriba quedó el viejo Jilel con sus rebaños de ovejas y su flauta de caña. Abajo estaban los campos y las ciudades de Galilea, esperando un cambio, una renovación, una transfiguración.(11)

Mateo 17,1-13; Marcos 9,2-13; Lucas 9,28-36.

---

1. El monte **Tabor** es un monte aislado, en el nordeste de la hermosa y fértil llanura de Esdrelón, en Galilea. Tiene forma redondeada y 560 metros de altura. Desde muy antiguo se le consideró, por su enclave en el límite de los territorios de las tribus de Isacar, Zabulón y Neftalí, y por su belleza, como un monte santo. Aunque los evangelios no dicen el nombre de la montaña a donde Jesús subió con sus discípulos en el relato de la transfiguración, la tradición siempre ha situado este acontecimiento en la cima del Tabor. El monte está a unos 30 kilómetros de Nazaret y tiene una abundante vegetación. En su cumbre fue edificada la iglesia de la Transfiguración, que en su fachada busca recordar la silueta de las tres tiendas a las que se refiere Pedro en el texto evangélico.

2. Desde la cima del monte Tabor se contempla una de las vistas más bellas de la tierra de Israel. A los pies del Tabor se extiende la llanura de **Esdrelón** o de Yizreel, que significa "Dios lo ha sembrado", resaltando la exuberante fertilidad de esta tierra (Oseas 2, 23-25). Yizreel es un extenso valle en forma de triángulo, que flanquean el monte Carmelo, los montes de Guelboé y las montañas de Galilea. Servía para comunicar la Palestina occidental con la oriental y fue por esto escenario frecuente de guerras y batallas de gran trascendencia en la historia de la nación.

3. El monte **Hermón** marca el límite norte de la Tierra prometida por Dios a su pueblo. Era considerado como el guardián de la nación. Está siempre cubierto de nieve (Salmo 133).

4. El monte **Ebal** y el Garizim, en tierras samaritanas, fueron escenario de uno de los momentos más solemnes de la historia del pueblo (Josué 8, 30-35).

5. En los montes de **Guelboé** los israelitas fueron vencidos por los filisteos y fue allí donde murió Saúl, el primer rey de Israel, y su hijo Jonatán (1 Samuel 31, 1-13; 2 Samuel 1, 17-27).

6. El monte **Carmelo** es la patria del profeta Elías. El Carmelo, cuyo nombre significa "jardín de Dios", es una montaña muy fértil, de unos 20 kilómetros de extensión, situada entre el mar Mediterráneo y la llanura de Yizreel. Allí realizó algunos de sus signos más espectaculares el profeta Elías (1 Reyes 18, 16-40). En la actualidad se le llama al Carmelo Yebel-mar-Elyas el "monte de San Elías", y multitud de peregrinos acuden a venerar al primer gran profeta de Israel en una cueva excavada en la base del monte. Allí rezan y se reúnen en romerías festivas, con cantos y comidas simbólicas.

7. **Elías** (su nombre significa "Yavé es Dios") vivió unos 900 años antes de Jesús. Fue el gran profeta del reino del norte de Israel, cuando la nación se dividió en dos monarquías. La popularidad de Elías fue inmensa y el pueblo tejió alrededor de su figura todo tipo de leyendas. Se decía que no había muerto, sino que subió al cielo en un carro de fuego y que volvería de nuevo para abrirle camino al Mesías. Estas ideas estaban vivas en tiempos de Jesús. En el relato lleno de símbolos de la transfiguración de Jesús, Elías no podía dejar de aparecer junto a él, para garantizarle su espíritu profético y sobre todo, como testigo de que Jesús era el Mesías esperado.

8. El **Sinaí** es la montaña de Moisés. También se le llama en la Biblia monte Horeb. Es la montaña más sagrada para Israel. Allí se apareció Dios a Moisés en una zarza ardiendo, allí le reveló su nombre "Yahveh", le entregó los mandamientos e hizo alianza con el pueblo cuando marchaba por el desierto. El Sinaí está situado en territorio que hoy pertenece a Egipto, en la península del Sinaí, en pleno desierto, en una zona habitada únicamente por beduinos.

9. **Moisés** vivió mil 800 años antes de Jesús. Es para Israel padre y liberador del pueblo, el que lo formó y lo guió hasta la Tierra Prometida, el hombre excepcional que habló con Dios cara a cara. Y, sobre todo, el Legislador, el que dio a Israel la Ley Santa. Ninguna figura bíblica



tenía tanto peso ni tanta autoridad como Moisés. Por eso, debía aparecer junto a Jesús en el simbólico relato de la transfiguración, como expresión de que se iniciaba una nueva alianza y como garantía de que Jesús heredaba las mejores tradiciones de su pueblo.

10. Para la mentalidad israelita, la **montaña**, por su mayor proximidad al cielo, era el lugar donde Dios se manifestaba. Otros pueblos vecinos -los asirios, los babilonios, los fenicios- pensaron de la misma manera. El monte era el lugar santo por excelencia. Más adelante, surgió otra idea complementaria: Dios elige algunos montes como especial morada suya. Y así, innumerables veces se habla en el Antiguo Testamento del monte Sión, en Jerusalén, como lugar elegido por Dios para vivir, como sitio del banquete de los tiempos mesiánicos. Además, una antigua tradición de Israel llamó a Dios con el nombre El-Sadday, que significa "Dios de las montañas" (Génesis 17, 1-2).

11. Con varios elementos simbólicos -monte sagrado, Moisés (la Ley), Elías (los profetas), la nube (que también aparece en el Éxodo), la luz resplandeciente-, los evangelistas armaron el cuadro teológico de la **transfiguración** para comunicar a sus lectores que en Jesús se cumplía todo lo anunciado por los antiguos escritos del pueblo de Israel. Presentaron así lo que se llama una "teofanía" (aparición de Dios), al estilo de muchas de las teofanías del Antiguo Testamento: Éxodo 24, 9-11 (Dios se aparece a Moisés y a los ancianos); 1 Reyes 19, 9-14 (Dios se aparece a Elías en el viento); Ezequiel 1, 1-28 (Dios se aparece al profeta Ezequiel en un carro). En estas teofanías una serie de elementos simbólicos culminan en el momento en que se escucha la voz de Dios. En el relato de la transfiguración de Jesús, las palabras de Dios son las del Salmo 2: "Tú eres mi Hijo amado".

## 69- LAS PREGUNTAS DE ISMAEL

Al pie del monte Tabor hay un caserío pequeño y rodeado de palmeras llamado Deboriya, en recuerdo de Débora, aquella mujer valiente que peleó allí por la libertad de su pueblo. (1) En Deboriya vivía Ismael. Tenía un taller de pieles y un único hijo, Alejandro. Aquel día había fiesta en casa de Ismael. Su hijo se había prometido en matrimonio con Rut, una vecina joven y bonita. Y ya pensaban fijar la fecha de la boda.

*Mujer* - Desde luego, esa muchacha tiene suerte. Alejandro es muy buen partido para ella.

*Vecina* - ¡Y dilo! Buen mozo, trabajador y con un padre tan religioso, ¿verdad?

*Mujer* - ¡Que Dios los bendiga y que siempre sean muy felices!

Alejandro bailaba en la rueda de los hombres. Sus compañeros lo empujaron al centro y comenzaron a aplaudir para que le dedicara una copla a su novia. Era un muchacho alto y fuerte, lleno de vida...

*Alejandro* - Las estrellas en el cielo  
no tendrán tanta alegría  
como yo cuando te canto  
adorada... ¡aaay!

Entonces pasó aquello. Alejandro, como fulminado por un rayo, se desplomó en el suelo pataleando y echando espuma por la boca. Sus compañeros se abalanzaron sobre él sin saber cómo ayudarlo.

*Amigo* - ¡Eh, avisen pronto al viejo Ismael! ¡Su hijo tiene un ataque!

*Mujer* - ¡Alejandro se ha puesto malo!

*Amigo* - ¡Pero, por Dios, déjenlo respirar! ¡No empujen!

*Vecina* - Ya está tranquilo. Vamos, Ismael, ayúdeme a llevarlo dentro... ¡Pobre muchacho!

*Ismael* - Le pasó una vez, cuando era niño. Yo pensé que estaba curado y, fíjate, precisamente hoy, cuando iba a anunciar su boda...

*Vecina* - No te preocupes, Ismael. Si Dios quiere, no le volverá a pasar más. Ten confianza.

*Ismael* - Sí, eso espero. Que Dios te oiga, Sara, que Dios te oiga...

Pero a partir de entonces, la enfermedad se agravó. Los ataques se repitieron una y otra vez.(2) Durante la comida, o en el taller de pieles donde trabajaba con su padre, o

caminando por el pueblo, en cualquier momento, el más inesperado, Alejandro se quedaba con los ojos en blanco, saltaba como herido por un látigo y caía en el suelo rechinando los dientes y retorciéndose con tanta fuerza que cuatro hombres no lograban sujetarlo. Después, cuando se levantaba, muy cansado, el muchacho no recordaba nada de lo ocurrido.

*Ismael* - ¡Dios mío, ayúdame! Es mi único hijo, mi única alegría. Cúralo, Señor. Te lo pido, te lo suplico con todas mis fuerzas... ¿Verdad que nunca más le darán esos ataques?

Cada noche la misma oración. Y después, siempre, el mismo desengaño. La enfermedad de Alejandro iba de mal en peor.

*Médico* - Lo siento, Ismael, pero, ¿qué podemos decirle nosotros?

*Ismael* - Ustedes han estudiado, conocerán algún remedio, alguna hierba.

*Médico* - Esta es una enfermedad tan mala que no sabemos ni cómo se llama. Tan mala que debe haberla inventado el mismo demonio.

*Ismael* - Pero ustedes son médicos, caramba.

*Médico* - Ismael, la enfermedad nació mucho antes que la medicina. Corre siempre con ventaja.

*Vecina* - Resígnate, Ismael. Así es la vida.

*Ismael* - ¡Resígnate, resígnate! Qué fácil lo dices tú, ¿verdad? Como no es hijo tuyo...

*Vecina* - Está bien, pero ¿qué vas a hacer? ¿Seguir pateando el aguijón para que te duela más el pinchazo? Tú no eres el único que sufres, Ismael. Mira a mi pobre comadre Lía, con el hijo que le nació bobo. Está peor que tú, ¿no? Y a Rubencito. De la pedrada que le dieron, se quedó ciego. Y a Rebeca, esa pobre infeliz, con más jorobas que un camello.

*Ismael* - Sí, sí, no me hagas la lista de los enfermos del pueblo. Ya me la sé: Rebeca, tullida; el nieto de mi compadre con la cara quemada, el hijo de Anita sin piernas, el otro sin brazos... ¿Y qué? ¿Ése es el consuelo que me das?

*Vecina* - Bueno, dicen que mal de muchos, consuelo de...

*Ismael* - De tontos, sí. ¡De tontos! ¿Qué hay otros peores que mi hijo Alejandro, que sufren más que yo? ¿Y qué me resuelve eso? Ni mi dolor les alivia a ellos ni el de ellos me alivia a mí.

*Vecina* - Pero hay que resignarse, Ismael.

*Ismael* - ¡Pues yo no me resigno! ¡No! No puedo ver a mi hijo con dieciocho años vuelto un guiñapo, amargado. Sus amigos ya no se le acercan. Le

tienen lástima. La novia lo dejó plantado. Le tiene miedo. ¿Resignarme a ver a mi hijo tirado en el suelo como un perro rabioso?

*Vecina* - Resignarse a la voluntad de Dios.

*Ismael* - ¡La voluntad de Dios! ¿Entonces fue Dios el que le mandó esta enfermedad a mi hijo? ¿Y por qué, si se puede saber, por qué?

No faltó un amigo de Ismael que lo visitara y le diera un argumento...

*Amigo* - Porque tú eres un pecador, Ismael. Y Dios te ha castigado en el lado que más te duele. Eso es lo que pasa.

*Ismael* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Ésa es entonces la justicia de Dios? Los padres comen las uvas verdes y a los hijos se les pican los dientes. ¡Que me castigue a mí si quiere! ¡Pero mi hijo no ha hecho nada malo!

*Amigo* - Eso es lo que tú no sabes. Nadie es inocente ante los ojos de Dios.

*Ismael* - Pues si nadie es inocente, que nos castigue a todos juntos. Pero, ¿por qué mi hijo sí y el tuyo no? ¿Por qué, dime, por qué?

*Amigo* - Porque Dios hace lo que quiere. Y lo que hace, está bien hecho. ¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios?

*Ismael* - ¿Y a quién se las pido, si no? ¿Quién tiene la culpa de que mi hijo esté enfermo? A ver, dime, ¿quién?

En su visita, el rabino llegó con nuevos argumentos...

*Rabino* - Dios no tiene la culpa, hijo. ¿Cómo puedes hablar así de Dios? Dios es bueno. Es nuestro padre y busca nuestra felicidad.

*Ismael* - Y si es tan bueno, ¿por qué no cura a Alejandro? Se lo he pedido, se lo he suplicado día y noche. Y él no me oye.

*Rabino* - Sí te oye, Ismael, pero...

*Ismael* - Pero, ¿qué? ¿No es Dios? ¿No lo puede todo? ¿Por qué no cura a mi hijo si puede hacerlo?

*Rabino* - A veces Dios saca, del mal, un bien.

*Ismael* - ¿Y no le sería más fácil quitar el mal? Así acabaría más pronto.

*Rabino* - Muchos males y muchos sufrimientos los causamos nosotros mismos. Mira a ese loco de Saúl, se pudrió las entrañas con tanto beber. ¡Y ahora la viuda viene a echarle la culpa a Dios!

*Ismael* - ¡Mi hijo se llama Alejandro y no Saúl! ¡Y mi hijo no hizo nada malo para estar enfermo!

*Rabino* - ¡Quién sabe lo que Dios estará planeando! Los caminos de Dios son misteriosos.

*Ismael* - Claro, y con tantos misterios quieres taparme la boca. Pues no, me oyes, no me callaré. Porque Dios no tiene derecho a hacerle esto a mi hijo. Tú dices que Dios es Padre. ¿Y no se le aprieta el corazón viendo sufrir a tantos hijos suyos? ¿Qué padre es ése entonces? ¿No sufre él viendo a mi hijo en el suelo, pataleando?

*Rabino* - Dios no puede sufrir, Ismael, porque...porque es Dios.

*Ismael* - ¡Entonces no es padre ni es nada! ¡Al cuerno con él!

*Rabino* - No sabes lo que estás diciendo, Ismael. Tranquilízate...

*Ismael* - No, yo sé muy bien lo que digo. Yo he rezado día y noche y Dios no me responde. Levanté mi cara al cielo y le dije: ¿por qué? ¿Por qué maltratas a mi hijo? ¿Qué te ha hecho él?... Si eres malo, hazme sufrir a mí, pero no a él. Si eres bueno, ¿por qué no lo curas? ¿Qué te costaría ti que todo lo puedes? Pero Dios no me responde nada. Se hace el sordo. Se taponan los oídos.

*Rabino* - Vamos, Ismael, vete a casa. Descansa un poco. Ya se te pasará este mal momento.

*Ismael* - Sí, a mí se me pasará este mal momento. Pero mi hijo Alejandro seguirá enfermo. Tú volverás a tu trabajo y a tu vida. Pero Alejandro seguirá enfermo. Y Dios seguirá oyendo cantar a los ángeles allá arriba. ¡Pero mi hijo, enfermo y amargado aquí abajo!

¿Por qué, por qué, por qué?

*Rabino* - Ten paciencia, Ismael. Sólo eso puedo decirte: paciencia y más paciencia.

*Ismael* - No. Guárdate tu paciencia que no me sirve para nada. No te preocupes. Ya no voy a preguntar más. Ya sé la respuesta. ¿Sabes por qué Dios no cura a mi hijo? ¿Sabes por qué? ¡Porque no existe! Sí, no me mires con esa cara. Esa es la única excusa que él puede darnos a nosotros los hombres, que no existe. Esa es la verdad. El cielo está vacío. Y cuando rezamos, la oración vuelve y nos cae en la cara, como al que escupe hacia arriba.

Aquel día era día de mercado en el caserío de Deboriya. Pedro y Santiago, Jesús y yo, pasamos por allá cuando bajamos del monte. En un puesto, un hombre ya mayor, con unas ojeras muy grandes, como el que ha llorado mucho, nos mostraba unas sandalias de cuero.

*Ismael* - Es buena piel, forasteros, fíjense...

A su lado, un muchacho alto, de ojos asustados, nos hacía señas para mostrarnos otras mercancías.

*Ismael* - Dos denarios y se las llevan puestas. Anímense...

*Alejandro* - ¡Ayyy!

*Ismael* - ¡Alejandro, hijo, hijo!

*Alejandro* - ¡Aggg! ¡Aggg!

El muchacho había dado un brinco cayendo contra el puesto de frutas de al lado. Se retorció entre espasmos. Ismael, el padre, trataba de separarle los dientes y meterle un trapo para que no se mordiera la lengua.

*Amigo* - ¿Para qué lo traes al mercado, caramba? ¡Déjalo en tu casa o enciérralo! ¡Es peligroso, maldita sea!

*Ismael* - No, no me maldigas a mi hijo que no ha hecho nada. ¡Maldice a Dios que tiene la culpa de que esté así!

Entonces Jesús se acercó al padre del muchacho...

*Jesús* - ¿Cuánto tiempo hace que tiene la enfermedad?

*Ismael* - Desde niño. Estuvo unos años bien, pero ahora...

*Mujer* - Ismael, este hombre que te ha preguntado es el nazareno del que tanto se habla. Dicen que es un profeta de Dios y que ha curado a mucha gente.

*Ismael* - ¿Profeta? ¿Tú eres profeta? ¿Tú hablas con Dios? Pues ve y pregúntale esto de mi parte: ¿por qué mi hijo sufre, por qué, por qué?(3) Perdóname, forastero, es que... es que ya no puedo más... Estoy cansado. Cansado de rezar. Pero Dios no me hace caso. Si tú eres un profeta... si tú puedes hacer algo por mi hijo...

*Jesús* - ¿Tú tienes fe? ¿Crees en Dios?

*Ismael* - Yo no sé ya ni en lo que creo...

Jesús se agachó, se puso junto al muchacho que respiraba entrecortadamente y le secó la cara bañada en sudor.

*Jesús* - A pesar de todo, hay esperanza.

*Ismael* - ¿No me dices nada más?

Jesús miró largamente al padre del muchacho. Tenía, como él, los ojos aguados.

*Jesús* - Si te dijera que Dios también sufre por tu

hijo, ¿lo creerías? Y que también a Él se le saltan las lágrimas viendo el dolor de tantos enfermos... No, no estás solo, hermano. Dios va contigo. Él se pone a tu lado y te sostiene. ¿Qué más te puedo decir? Vamos a llevarlo a casa. Y a acostarlo para que descanse. Vamos, ya está más tranquilo.

Ismael - ¿Y le volverá a dar otro ataque?

Jesús - Aunque así fuera, es posible la esperanza.

Jesús ayudó al viejo Ismael a levantar a su hijo del suelo para acompañarlo hasta su casa. Después, le echó un brazo por los hombros a Alejandro y fue caminando en silencio con él y con su padre por el camino polvoriento que atraviesa el pequeño pueblo de Deboriya, junto al monte Tabor.

Mateo 17,14-21; Marcos 9,14-29; Lucas 9,37-43.

---

1. Al pie del monte Tabor estaba situada **Deboriya**, una ciudad perteneciente a los israelitas de la tribu de Zabulón. Llevaba este nombre en recuerdo de Débora, profetisa y «madre de Israel», que actuó como jueza en los primeros tiempos de la historia del pueblo y ganó batallas para su patria. Su cántico de victoria (Jueces 5, 1-31) es una de las obras maestras de la literatura hebrea. Actualmente, Deboriya es una pequeña aldea habitada por árabes.

2. Por la descripción que hacen los evangelios de los síntomas del muchacho enfermo que Jesús encontró al bajar del monte Tabor se puede deducir que la **enfermedad** que padecía era la epilepsia, dolencia totalmente desconocida en aquellos tiempos. Los enfermos que la padecían eran especialmente temidos. Al no conocer de dónde podía venir la enfermedad o qué hacer frente a ella, la situación resultaba angustiada. Lo más frecuente era atribuir al demonio la causa. También se hablaba de un castigo de Dios por algún pecado oculto del enfermo o de algún miembro de su familia.

3. Unos 500 años antes de Jesús, un autor anónimo escribió uno de los libros más hermosos de la Biblia, el Libro de Job. En él se cuenta la historia de un hombre bueno, que sufrió toda clase de calamidades. Las páginas del libro recogen sus **interrogantes** ante el dolor, que considera absurdo, injusto, inmerecido. En su crisis, Job enfrenta a varios amigos que le hacen consideraciones piadosas, buscando que se resigne. Job no lo hace y se enfrenta a Dios,

al que hace responsable último de sus males.

El personaje de Job, rebelde ante el sufrimiento, interpelando a Dios, significó una auténtica revolución en el pensamiento religioso de Israel. Hasta entonces se creía que en la tierra el hombre recibía ya el premio o el castigo de sus actos. Al bueno le iba bien, era feliz, prosperaba. Al malo le tocaban tarde o temprano fracasos y sufrimientos. El Libro de Job vino a contradecir radicalmente estas ideas. Su tema se resume en una sola e inquietante pregunta: ¿por qué sufren los buenos, qué sentido tiene el dolor de los inocentes? A lo largo de 38 capítulos, y de todas las maneras posibles, Job plantea una y otra vez esta misma cuestión. A partir de este libro, la reflexión del pueblo de Israel sobre el dolor, la responsabilidad individual y los proyectos de Dios, varió sustancialmente. El caso de Job abrió el camino teórico para empezar a comprender una posible inmortalidad, la trascendencia de la vida humana más allá de esta tierra.



## 70- CON LAS LÁMPARAS ENCENDIDAS

*Rabino* - Fue el mismo Señor quien lo dijo: No es bueno que el hombre esté solo. Y le dio la mujer por compañera. Rafael, recibe a Lulina. Recíbela, pues se te da como esposa según la ley y la sentencia escrita en el Libro de Moisés. Tómala y llévala con bien a la casa de tu padre. ¡Y que el Dios de lo Alto les guíe siempre por el camino de la paz!

Aquella noche, el barrio de los pescadores de Cafarnaum estaba de fiesta. Se casaba Rafael, uno de los mellizos de la casa grande, con Lulina, la hija de un viejo barquero. Las cítaras y los tamborcitos ya sonaban invitando a todos al baile en honor de los novios.

*Mujeres* - ¡La novia es un lirio  
el novio un clavel  
cuando la novia lo mira  
enrojece como él!

Las mujeres bailaban alrededor de Lulina y los hombres hacíamos rueda con Rafael. Después de un buen rato, empezó la comida que el padre del novio nos ofrecía. Nos sentamos en el suelo, junto a las bandejas llenas de pasteles y jarras de vino. Los músicos seguían tocando. Los rostros de todos, muy sudados, resplandecían de alegría.

*Santiago* - ¡De morirse, morirse en una boda, camaradas!(1)  
¡A mí que me llegue la hora bailando! ¡Y comiendo!

*Juan* - ¡Y bebiendo! ¡Brindo por Rafael y Lulina, que hoy se han casado!

*Pedro* - ¡Pues yo brindo por los que tienen a su media naranja hace ya unos cuantos años!

*Vecino* - ¡Y por los que están en la cola para casarse pero no se deciden!

*Pedro* - ¡Eh, Jesús, esa última piedra te la están tirando a ti! Caramba, moreno, en cuántas bodas habrás estado tú... y no te animas, ¿eh?

*Jesús* - Ya ves, Pedro, todavía no pico en ningún anzuelo.

*Juan* - Yo digo que esta boda está mejor que la del compadre Rubén.

*Santiago* - ¡Y dilo! ¿No fue ahí cuando te quemaron a ti la túnica, Juan?

*Juan* - Sí, hombre, es que se demoraron mucho en venir y luego se armó aquel alboroto con las lámparas de aceite. ¿No te acuerdas, Jesús?

*Jesús* - Claro que me acuerdo, si yo estaba con el novio y los amigos en su casa. Y entonces salimos juntos hacia un emparrado que había cerca de allí hasta que apareciera la novia.

*Amigo* - ¿Temblando, muchacho, no? ¡Esta es la noche más grande de tu vida!

*Rubén* - No, no estoy temblando. Es que... tengo frío y...

*Amigo* - ¡Aquí no se habla de temblores sino de amores, caramba! ¡Y los amores entran mejor con el vino! ¡A tu salud, gran bandido!

*Muchacho* - ¡Arriba el novio!

*Amigo* - ¡Y más arriba la novia!

*Jesús* - Desde donde estábamos reunidos, vimos pasar el grupo de las muchachas, iluminando la noche con sus lamparitas de aceite...

*Muchachas* - Me robaste el corazón, esposo mío, me robaste el corazón, con una mirada tuya, con palabritas de amor...

*Jesús* - Las muchachas acompañaron a la novia hasta la casa del novio. Y volvieron a salir fuera, junto a la puerta, esperando nuestra llegada.

*Rubén* - ¡Cuando todas las estrellas brillen en el cielo, iremos hacia allá!

*Amigo* - ¡Pues aún tenemos tiempo! Sólo ha salido el lucero de la tarde.

*Muchacho* - No hay prisas, compañeros. ¡Las mujeres, que esperen! ¡Que antes tenemos que acabarnos este barril!

*Jesús* - A la puerta de la casa, las diez amigas de la novia esperaban con las lámparas encendidas...

*Muchacha* - Si te sientas en el suelo, te vas a manchar el vestido, Anita. Y acuérdate que es prestado.

*Anita* - Pero es que hasta que se haga oscuro... No vamos a estar de pie todo el rato. A mí me duelen ya las piernas de tanto bailar.

*Amiga* - Pues yo lo que tengo es sueño. Hummm... Hemos tomado mucho vino.

*Muchacha* - ¡Ay, pero qué bobas son ustedes! Una adormilada, otra cansada... ¡Estos panes no tienen sal! ¡Ea, vamos a

cantar, que el que canta, el sueño espanta! ¡Vamos!

*Anita* - Sí, vamos a cantar coplas. Oigan, esta lámpara se me está apagando y yo no he traído más aceite.

*Amiga* - Yo tampoco traje, pero no se preocupen que nos alcanzará con éste.

*Muchacha*- ¡Ea, no discutan más y vamos con las coplas!

*Jesús* - Las amigas de la novia se pusieron a cantar para entretener el tiempo. Hasta nosotros llegaban sus voces jóvenes y alegres.

*Muchachas* - Ya viene mi amor  
por el campo viene  
por el campo viene  
ya siento su voz...

*Jesús* - Cuando el cielo estaba ya salpicado de estrellas, los cantos de las muchachas, cansadas por la espera, se hicieron más lentos. A lo lejos, vimos que algunas lamparitas habían dejado de brillar.

*Muchacha* - Eh, Anita, mira a éstas, se han quedado dormidas y se les han apagado las lámparas.

*Joven* - Y dijeron que no tenían más aceite..

*Muchacha* - Pues allá ellas... ¡Que sigan soñando con los angelitos!

*Anita* - ¡Uy, Miriam, qué sueño tengo ya, se me cierran los ojos! ¡Hummm!

*Jesús* - Mientras, los amigos del novio decidieron ir en busca de la novia..

*Rubén* - ¡Bueno, compañeros, se acabó el barril y se acabó la despedida de soltero!

*Amigo* - ¡Llegó tu momento, Rubén! ¡Afinca bien las rodillas, que ahora eres el rey de la fiesta!

*Muchacho* - ¡Hip! ¡El último brindis por este hombre feliz que al fin va a encontrar la costilla que le falta!

*Jesús* - Entonces, cuando ya era la medianoche, nos pusimos en camino hacia la casa donde se iba a celebrar la fiesta grande, el encuentro de los dos novios. Las muchachas estaban dormidas, junto

a la puerta, recostadas unas sobre otras.

*Amigo* - ¡Eh, ustedes, que ya viene el novio!  
¿No salen a recibirlo?  
*Muchacha* - Ah... ¡ay, que ya viene el novio!  
¡Despiértate, Anita! ¡Tú, Miriam!  
*Anita* - ¡Uy, si se me apagó la lámpara!  
*Muchacha* - Y a mí.  
*Amiga* - Y a mí también. ¿Y ahora qué vamos a hacer? ¡Ay, Dios mío!  
*Muchacha* - ¡Arréglenselas como puedan! ¡Yo no tengo ya ni una gota de aceite!  
*Joven* - ¡Eso les pasa por descuidadas!  
¡Corran, vayan a comprarlo allí en la tienda de don Sabas, a ver si les quiere vender un poco!  
*Muchacha* - ¡Y a ver si llegan a tiempo para entrar en la fiesta!  
*Joven* - ¡Corre, Anita, corre! ¡Ay, Dios santo!

*Jesús* - Las cinco muchachas que no habían llevado bastante aceite salieron a toda carrera a comprarlo en la plaza. Mientras estaban lejos, nosotros llegamos a la casa, festejando y cantando con el novio.

*Muchachas* - ¡Abre la puerta, amada, que el novio te pide entrada!  
*Muchachos* - ¡Abre la puerta, amor, que aquí llega tu señor!  
*Muchachas* - ¡Abre la puerta, doncella, entre todas la más bella!  
*Muchachos* - ¡Abre la puerta, amor mío, que afuera hace mucho frío!

*Jesús* - Las otras cinco muchachas, con sus lámparas encendidas, nos abrieron la puerta y nos acompañaron hasta dentro de la casa, donde la novia esperaba ansiosa, vestida de azul, con una corona de azahares en la frente.

*Hombre* - ¡Y ahora, que empiece la fiesta grande!

*Jesús* - La puerta de la casa se cerró. Y comenzó el baile, la comida y la alegría de todos los invitados. Pocos minutos después, llegaron corriendo las cinco muchachas descuidadas que habían ido a comprar aceite en la tienda.

aquí! *Anita* - ¡Eh, ustedes, ábrannos! ¡Ya estamos

*Muchacha* - ¡Abran la puerta, por favor!  
¡Déjennos entrar!

*Sirviente* - ¿Quién está aporreando la puerta, eh?

*Muchacha* - Son las otras cinco compañeras. ¡No trajeron bastante aceite y ahora han llegado tarde!

*Anita* - ¡Abran la puerta, por favor, queremos entrar!

*Sirviente* - ¡Fuera, fuera, la puerta ya está cerrada!

favor! *Anita* - ¡Por favor, déjennos entrar, por

*Sirviente* - ¡No molesten, caramba! ¡Largo de aquí! Ustedes tienen la culpa. ¿Quién les mandó a dormirse y llegar tarde?

*Pedro* - ¿Y qué pasó entonces, Jesús? Después de tanto esperar tuvieron que quedarse fuera sin entrar en la fiesta?

*Jesús* - Bueno, Pedro, la verdad es que esas muchachas no supieron estar alerta. Y ya dicen que al que no vigila, lo sacan de la fila.

*Santiago* - Y bien merecido que se lo tienen. Por tontas y por dormilonas.

*Pedro* - Sí, está bien, está bien. Las muchachas no cumplieron. Pero, el novio... ¿qué fue lo que hizo el novio, Jesús? ¿No les abrió por fin la puerta?

*Jesús* - El novio hizo lo que hacen todos los novios, Pedro. Cuando se enteró de lo que estaba ocurriendo fuera...

Cuando Jesús estaba terminando la historia, Rafael, el novio, se acercó a donde estábamos comiendo. Venía radiante de alegría.

*Rafael* - Eh, muchachos, ¿qué tal lo están pasando esta noche? ¿Están buenos los pasteles? ¿Y el vino?

*Juan* - Todo está muy bueno, Rafael. ¡Brindamos por ti y por Lulina!

*Rafael* - ¡Y yo brindo por ustedes, mis amigos! ¡Brindo por todos! ¿Y qué? ¿Preparando ya la boda de alguno de ustedes?

*Jesús* - No, todavía no. ¡Haciendo cuentos de bodas, que da menos trabajo! Oye, Rafael, a propósito, suponte tú que esta noche, cinco de las muchachas, de las amigas de Lulina, hubieran llegado tarde a la fiesta porque no tenían aceite. Y cuando volvieran de comprarlo se

encontraran la puerta de la casa cerrada. ¿Qué harías tú, Rafael? ¿Las dejarías entrar o no?

*Rafael* - ¡Pues claro que sí, Jesús! ¿Cómo las voy a dejar ahí fuera, con ese frío? Las puertas de mi casa están abiertas y no se cierran en toda la noche. ¡Hoy es el día más feliz de mi vida y no quiero que nadie se quede fuera! Bueno, sigan divirtiéndose, amigos!

*Santiago* - ¡Hasta otro rato, Rafael!

*Jesús* - ¿Ves, Pedro? Eso mismo fue lo que hizo el otro. Todos los novios hacen lo mismo. Escucha cómo terminó aquella historia. Las muchachas retrasadas siguieron suplicando que las dejaran entrar...

*Anita* - ¡Por favor, déjenos entrar, por favor!

*Sirviente* - ¡No molesten más, caramba! ¡Largo de aquí! Ustedes tienen la culpa. ¿Quién les mandó dormirse y llegar tarde?

*Rubén* - Pero, ¿qué pasa aquí, Teodoro? ¿Con quién estás peleando, con los fantasmas?

*Sirviente* - Con los fantasmas no, mi amo. Con cinco muchachas irresponsables que no llegaron a tiempo. Peor para ellas. Que se aguanten fuera. Porque eso es lo que está mandado: cerrar la puerta.

*Rubén* - Pues ve abriéndola, anda.

*Sirviente* - ¿Cómo dice, mi amo?

*Rubén* - ¡Que abras la puerta de par en par! ¡Y que entren esas cinco muchachas, que deben estar muy cansadas! ¡Han esperado mucho tiempo! ¡Vamos, date prisa, abre la puerta y que entren todos los que quieran entrar! ¡Hoy es un día alegre y quiero que todos estén conmigo! ¡Esto es una boda, sí señor, y la fiesta es para todos!

*Jesús* - Sí, todos los novios hacen lo mismo. Porque la alegría de la boda les pone el corazón así de grande... Y yo pienso que lo mismo hará Dios, al final, a la medianoche, cuando lleguemos a su casa con poco aceite en nuestras lámparas.(2)

Hasta la madrugada siguieron sonando las cítaras y los tamborcitos de la fiesta. Y hasta la madrugada seguimos bailando y celebrando la alegría grande de aquella boda, con las puertas abiertas de par en par.

---

1. En Israel las **bodas** eran fiestas de gran alegría. Duraban ordinariamente siete días y aunque las costumbres variaban en muchos detalles de región a región, había siempre un momento culminante, el encuentro de los novios. En la tarde del primer día de la fiesta llevaban a la novia a la casa de los padres del novio, donde generalmente se celebraba el banquete y donde se preparaba el cuarto a los nuevos esposos. El novio salía al encuentro de la novia con un turbante especial que le había confeccionado su madre: la «corona». Le acompañaban sus amigos y era costumbre que un grupo de muchachas saliera a su encuentro con cánticos y antorchas, para reunirse después todos en la casa donde se celebraría la fiesta. La novia aparecía ante su futuro esposo con el pelo suelto, cubierta con velos y muy adornada. A la mañana siguiente, vestida de blanco y enojada, ocupaba el lugar de honor, pero con el rostro aún velado. A los pies de la pareja se arrojaban semillas y se esparcían perfumes. Los novios salían de la fiesta para consumar el matrimonio. Después regresaban a la fiesta, y sólo entonces la novia aparecía sin velo ante los invitados. Era costumbre que hombres y mujeres bailaran y comieran separados.

2. La llamada «parábola de las diez vírgenes» sólo la recoge el evangelio de Mateo. Con ella, el evangelista quiso hacer una catequesis sobre la vigilancia. Corrían tiempos difíciles y a la hora **final** nadie debía sentirse seguro, todos debían tener aceite de repuesto, estar preparados y no dormirse. En el texto de Mateo, la parábola termina dramáticamente con la puerta cerrada, para marcar la seriedad del tema. Pero el Dios del que habló Jesús es un Dios alegre, que prepara un banquete de bodas para el fin de los tiempos, que abre las puertas y comprende las debilidades humanas, un Dios "más grande que nuestro corazón" (1 Juan 3, 20).

## 71- LO QUE DIOS HA UNIDO

- Santiago* - ¡Dime que no, anda, atrévete a negarlo ahora!
- Ester* - Pero, ¿de dónde sacas ese cuento, Santiago? ¿Quién te llena la cabeza de chismes?
- Santiago* - ¿Chismes, verdad? ¡Me lo dijo mi compadre Zabulón! Y Zabulón no miente.
- Ester* - ¿Y se puede saber qué te dijo tu compadre Zabulón?
- Santiago* - Estuviste en el mercado, ¿verdad?
- Ester* - Sí, claro, como todos los días.
- Santiago* - Fuiste a comprar fruta, ¿verdad?
- Ester* - Sí, fui a comprar fruta. ¿Es algo malo comprar fruta?
- Santiago* - Comprar fruta no. ¡Pero guiñarle el ojo al frutero, sí!
- Ester* - ¡Lo que nos faltaba! ¡Otra vez los celos! Pero, ¡qué marido me diste, Dios santo!
- Santiago* - Tú estabas coqueteando con Rupio, el frutero. Confiésalo.
- Ester* - Rupio, el frutero, tiene más de sesenta años y no le queda un diente en la boca.
- Santiago* - ¡Para eso no hacen falta los dientes!
- Ester* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que tú crees que ese viejo y yo...?
- Santiago* - Yo no creo nada. Yo estoy seguro. Me lo dijo mi compadre Zabulón. Pero, óyelo bien, ¡no vuelves a poner un pie en ese mercado!
- Ester* - ¿Anjá? Pues mejor para mí. Desde hoy tú irás a hacer las compras.
- Santiago* - ¡No vuelves a salir de casa!
- Ester* - ¡Búscate un perro para estar más seguro!
- Santiago* - No estoy dispuesto a ser el hazmerreír de Cafarnaum, ¿me entiendes? ¡Eso no lo aguanta el hijo del Zebedeo!
- Ester* - Claro, pero la hija de mi mamá tiene que aguantar que su marido entre y salga cuando le da la gana...
- Santiago* - ¡Yo soy el hombre, caramba!
- Ester* - ¿Y yo no cuento, entonces?
- Santiago* - ¡Tú te callas, desvergonzada! ¡Y no me levantes la voz!
- Ester* - ¡La levanto si se me antoja!
- Santiago* - No me faltes, Ester... ¡no me faltes porque te sobro! ¡Se acabó, ¿lo oyes?, se acabó! ¡Recoge tus trapos y lárgate a casa de tu madre! ¡No te necesito para nada, ¿lo oyes? ¡Para nada!
- Ester* - ¡Ya despertaste a la niña con tus gritos! ¡Ve a darle tú de mamar, anda, a ver qué tal lo haces!



Mi hermano Santiago estaba casado con Ester, una muchacha de Betsaida, desde hacía cinco años. Durante ese tiempo, habían tenido tres niñas. Habían tenido también muchos pleitos.

*Salomé* - Pero, Santiago, hijo, ¿cómo vas a hacer eso? Ester es una buena muchacha.

*Santiago* - Ester es una buena zorra, eso es lo que es.

*Salomé* - No hables así de la madre de tus hijas. Ester es tu esposa.

*Santiago* - Ya esa cuerda se rompió. Ya no tengo mujer.(1) Le dije que recogiera sus cosas y se largara.

*Zebedeo* - Espérate, espérate, Santiago, vamos por partes. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Te engañó con otro?

*Santiago* - ¡Si me engaña con otro, le doy una tunda de palos que llega el juicio final y todavía tiene los morados!

*Zebedeo* - ¿Qué te ha hecho entonces?

*Santiago* - Que tiene los cascos ligeros, eso. Que le guiña el ojo a todo hombre que ve.

*Salomé* - Pues no serán muchos los que vea, porque tú la tienes encerrada en esa casa como si fuera una leprosa. ¡Pobre infeliz! Ni aquí la traes.

*Santiago* - Pobre infeliz... Mira, mamá, no la defiendas.

*Zebedeo* - Pero, en fin de cuentas, ¿qué fue lo que pasó?

*Santiago* - Mi compadre Zabulón la vio sonriéndole a Rupio, el frutero. Eso.

*Salomé* - Pero, Santiago, por las canas de mi abuela, ¿y qué quieres tú que haga la pobre? ¿Que le escupa en la cara?

*Santiago* - No seas ingenua, mamá. Todas comienzan con la «sonrisita». Das la vuelta y ¡zas!, saltó la liebre.

*Jesús* - ¿Qué liebre saltó por aquí, eh? ¿Cómo estamos, Zebedeo?

*Zebedeo* - ¡Estamos vivos, Jesús, que en este país no es poca cosa!

*Jesús* - ¡Y dígallo! ¿Qué hay, Salomé? Pelirrojo, te veo con cara de vinagre.

*Santiago* - Y con razón, Jesús.

*Jesús* - ¿Anjá? ¿Y qué ha pasado?

*Santiago* - Que me divorcio de mi mujer. Calabaza, calabaza, cada uno para su casa, como dice el canto.

*Jesús* - Pero... ¿y por qué?

*Salomé* - Nada, Jesús, que a este hijo mío le han metido el chisme en la cabeza de que su mujer le guiña un ojo a un frutero.

*Santiago* - No es chisme, mamá. ¡Me lo dijo mi compadre Zabulón!

*Zebedeo* - Y en todo Cafarnaum no hay un chismoso mayor

que él.

*Santiago* - No es sólo eso. Zabulón la ha visto también en la plaza, y en la calle de los curtidores, y la vio el otro día en el embarcadero...

*Jesús* - Oye, ¿y no será que el tal Zabulón es el que anda atrás de tu mujer? Como la sigue a donde quiera que va...

*Santiago* - No me fastidies, moreno.

*Jesús* - Así que por un guiño de ojo, cinco años de matrimonio al traste.

*Santiago* - Sí, al traste. Mejor solo que mal acompañado. Esta cuerda se rompió.

*Ester* - ¡Claro que se rompió!

*Santiago* - ¡Llegó la que faltaba!

*Salomé* - Ester, hija, Santiago nos contó lo de...

*Ester* - Sí, sí, lo del compadre Zabulón. ¡Vete a dormir con él esta noche, ya que lo quieres tanto!

*Santiago* - Mira, mujer del demonio, no empieces otra vez. ¡Ya te dije que recogieras tus trapos y te fueras!

*Ester* - A eso vine... a decirles adiós.

*Zebedeo* - Ester, muchacha, tranquilízate. Ven, siéntate aquí. Vamos a conversar un poco.

*Ester* - ¿Conversar? ¿Conversar de qué? Este hijo suyo sólo sabe gritar y dar órdenes como si fuera un capitán. No, no, yo no aguanto más a este energúmeno. Ya me cansé. Me voy.

*Santiago* - ¿Cómo has dicho? ¿Que te cansaste? ¿Te cansaste de qué, si tú naciste cansada? Yo partiéndome el lomo en la barca y tú sentada en casa, de lo más tranquila? ¡Y ya te cansaste!

*Ester* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Sentada, verdad? Y cuidar las tres niñas, ¿no es trabajo, verdad? Y la cocina, y ve y compra tomates y lavar la ropa y corre que Mila se cayó y barrer la casa y una no acaba nunca... Y eso no es trabajo, ¿verdad?

*Santiago* - ¡Sí, sí, y andar chismorreando con todo el que pasa frente a la puerta!

*Ester* - ¡Y después llega el señor a casa y se sienta y cruza los brazos y hay que servirle la comida como a un gran rey, porque él no se molesta ni en traer un plato!

*Santiago* - ¡Lo que me quedaba por oír! Me paso el día trabajando como un mulo por ti y por mis hijas, ¿y no tengo derecho a un plato de lentejas?

*Ester* - ¡Sí, a un plato de lentejas y a cuatro jarras de vino, que ahí es donde se te va el dinero, en esa dichosa taberna!

*Santiago* - ¡Con mi dinero hago lo que quiero, y tú no tienes que meterte en eso!

*Ester* - Sí, claro, y esta esclava sirviéndote de balde.

¡En cinco años de casados no me has dado ni un céntimo para comprarme un pañuelo!

*Santiago* - ¡Lo que te voy a dar es un pescozón si sigues faltándome al respeto!

*Ester* - Lo que pasa es...

*Santiago* - ¡Lo que pasa es que basta ya! ¡Las mujeres hablan cuando las gallinas mean! Tú la has oído, Jesús. Dime, ¿tengo o no tengo derecho a divorciarme de este basilisco? Responde, no te quedés callado...(2)

*Jesús* - Bueno, Santiago, yo creo que... que ella es la que tiene derecho a mandarte a ti al basurero.

*Santiago* - ¿Cómo has dicho?

*Jesús* - Lo que oíste. Y lo que no entiendo es cómo Ester te ha aguantado tanto tiempo.

*Santiago* - ¿Anjá? ¿Con que te pones en contra mía? Está bien, no me importa. ¡Al diablo contigo y con todos! Y tú la primera, Ester: ¡vamos, vete de aquí, ve a guiñarle el ojo a ese maldito frutero!

*Jesús* - Lo que son las cosas... Los hombres les colamos hasta el último mosquito a las mujeres. Pero ellas tienen que tragarnos a nosotros unos camellos así de grandes...

*Santiago* - ¿Por qué dices eso ahora?

*Jesús* - ¿Que por qué lo digo? Mira, Santiago, que nos conocemos... Mejor es no hablar, ¿verdad?

*Santiago* - Bueno, ¿y qué? Para eso soy hombre, ¿no?

*Jesús* - Sí, claro, claro... Me olvidaba que Dios le dio los mandamientos no a Moisés, sino a su señora.

*Santiago* - ¡Mira, Jesús, no empieces! Que fue Moisés el que nos dio a nosotros los varones el derecho a abandonar la mujer y divorciarnos. Por algo sería, ¿no?

*Jesús* - Sí, claro que por algo. Por la brutalidad y la dureza de los varones. Moisés pensó: mejor que el marido la eche de casa; así por lo menos no la molerá a palos... Pero al principio no era de esa manera, ¿me oyes? Porque Dios quiso que el hombre y la mujer vivieran unidos con los mismos derechos y las mismas obligaciones para los dos. Y lo que Dios ha unido, ni tú ni ningún varón puede separarlo así porque sí, cuando les da la gana.

*Salomé* - Bueno, muchachos, ¿por qué en vez de pelear no conversamos un poco? Hablando se entiende la gente, ¿no es eso? Tú, ¿qué dices, Ester?

*Ester* - ¡Hablar! Con este hijo suyo no se puede hablar, Salomé. Gritar él y bajar yo la cabeza: así es como él sabe hablar.

*Santiago* - Bueno, el marido es el que debe tener la última palabra, ¿no? ¿O tampoco?

*Ester* - Sí, sí, y tú tienes la última, la primera y la del medio también.

*Jesús* - La primera palabra la dijo Dios cuando sacó a la mujer de la costilla de Adán. No la sacó de la planta del pie ni de otro barro distinto, ¿verdad? La sacó de aquí, de junto al corazón. Porque Dios no quería darle a Adán una esclava, sino una compañera.

*Niña* - ¡La bendición, güelita!

*Niñita* - ¡Güelita! ¡Güelita!

En ese momento, entraron en casa las tres hijas de Santiago y Ester. La primera, Mila, de cuatro años, tenía unas trenzas muy largas. Terina, la segunda, llevaba de la mano a Noemí, la más pequeñita, que apenas sabía andar.

*Santiago* - ¿Para qué trajiste a las niñas, Ester?

*Ester* - ¿Cómo que para qué? Me las llevo.

*Santiago* - ¿Que te las qué...?

*Ester* - Que me las llevo a Betsaida. Son mis hijas, ¿no? Las parí yo.

*Santiago* - Ah, claro, y yo no hice nada, ¿verdad? Fue un angelito que vino y entró por la ventana... Mírale los pelos que tienen, rojos como los míos. Las niñas se quedan conmigo. Mi madre, Salomé, las cuidará.

*Ester* - ¡Las niñas son mías y me las llevo yo!

*Santiago* - Las niñas se quedan aquí, ¿me entiendes? ¡Aquí, aquí y aquí!

*Jesús* - ¡Ya está bien, Santiago, basta de gritos! Dices que tienen los pelos rojos como los tuyos. No te fijas en los pelos. Mírales los ojos: míralos... Ven, Mila, ven. Mírale los ojos, Santiago. Te miran con miedo. Porque desde que nacieron sólo te han oído gritar y dar puñetazos. Tú mismo lo dijiste antes: mejor solo que mal acompañado. Y es verdad. Y mejor huérfano que con un padre que lo que parece es un centurión del ejército. Vamos, Ester, llévate a tus hijas. Y que Dios te ayude a hacerles de madre y padre al mismo tiempo.

*Santiago* - Oye, pero, ¿qué estás diciendo tú, Jesús? Eso... eso no puede ser así. Espérate, Ester, espérate...

*Ester* - ¿Qué te pasa ahora?

*Santiago* - Yo... bueno, yo...

*Ester* - Tú, sí, tú, el que se llena la boca protestando contra los abusos de los que gobiernan y del rey Herodes, y eres un tirano peor que ellos con tu familia. ¡Santiago, el hijo del Zebedeo, el que habla de justicia y de compartir las riquezas del

mundo entre todos los hombres! ¡Sí, sí, y con tu mujer no eres capaz de compartir ni siquiera el jornal! Esa es la justicia que hablas tú, ¿verdad? La justicia del embudo: el caño grande para ti y el estrecho para los otros...

**Jesús** - Ester tiene razón, pelirrojo. Estamos diciendo que las cosas tienen que cambiar en nuestro país. Pues vamos a barrer primero la propia casa, ¿no crees?

**Santiago** - Pero, yo... yo... ¿qué tengo que hacer para...? A la verdad, yo... yo...

**Jesús** - ¡Olvidarte del yo-yo-yo! ¡Eso es lo que tienes que hacer, Santiago! ¡Olvidarte de ti y pensar un poco en ella, en hacerla feliz!

**Santiago** - Bueno, Ester... Entonces yo... digo, tú... ¡Uff! Si tú quieres podemos... Caramba, qué difícil le es a uno pedir perdón. O sea que, ya tú me entiendes, que eso es lo que quiero pedirte. Que también el rey David metió la pata y, mira tú, ¡después hasta acabó cantando salmos!

**Salomé** - ¡Bueno, el resto se lo dicen en casa, que estas tres criaturitas tienen hambre y ya es la hora de la sopa!

A Ester se le fue alegrando la cara y enseguida las niñas salieron corriendo hacia la casa, alborotando como siempre. La verdad es que mi hermano Santiago era un hombre difícil y le costaba bastante dar su brazo a torcer. Pero aquel día lo hizo. Y, poco a poco, él y todos nosotros fuimos comprendiendo que hay que tratar a los demás como a uno le gusta que lo traten.

Mateo 19,1-9; Marcos 10,1-12.

---

*1. Las leyes y costumbres israelitas con respecto a la **mujer** eran marcadamente machistas. Hasta los doce años, la niña estaba bajo el poder del padre. A partir de esa edad ya se podía casar -el padre determinaba en muchas ocasiones con quién- y el matrimonio venía a ser el traspaso de la mujer del poder del padre al del esposo. Ya casada, la mujer tenía derecho a ser sostenida por su marido, pero los derechos del esposo eran muy superiores. La mujer estaba obligada a las labores domésticas y a obedecer al esposo con una sumisión entendida como deber religioso. Era prácticamente su sirvienta. El marido tenía, sobre todo, dos derechos que desbalanceaban totalmente la inexistente equidad conyugal: el derecho a tener tantas amantes como quisiera, si podía mantenerlas,*

y el derecho al divorcio, que dependía exclusivamente de su voluntad.

2. En Israel existían leyes y prácticas de **divorcio**. Pero, por depender esta decisión de forma unilateral del hombre, se había llegado a una situación muy injusta para la mujer. La Ley de Moisés permitía repudiar a la esposa (Deuteronomio 24, 1). En tiempos de Jesús lo que estaba en cuestión eran las razones para repudiarla, los motivos legales para el divorcio. Y había dos corrientes en la interpretación de esta antigua ley. Para unos, sólo graves causas -el adulterio principalmente- justificaban que un hombre se divorciara de su mujer. Para otros, bastaban razones nimias: que la mujer hubiera dejado quemar la comida o que pasara demasiado tiempo en la calle hablando con las vecinas. En la práctica, y como la sociedad era tan machista, esta corriente era la que terminó imponiéndose. Para colmo, así como el marido decidía el divorcio, para volverse a casar, la mujer necesitaba de la autorización de su ex-marido. La mujer repudiada quedaba en una grave situación de abandono. Regresaba a la sociedad con pésima fama y escasas oportunidades de sobrevivir sin depender de un hombre.

La frase de Jesús "lo que Dios ha unido no lo separe el hombre" no enuncia un principio abstracto sobre la indisolubilidad del matrimonio. "El hombre" debe leerse como "el varón". Jesús hizo una denuncia muy concreta de la arbitrariedad machista: que no separe "el varón" lo que Dios unió. Es decir, que la familia no quede al capricho del varón, que por la intransigencia del marido no quede desamparada la mujer. Frente a la maraña de interpretaciones legales que existían en Israel sobre el divorcio, y que favorecían siempre al esposo, Jesús volvió a los orígenes, y al recordar la historia de la creación, tal como la cuenta el Génesis, resaltó que Dios hizo tanto al hombre como a la mujer a imagen suya y que por esto, varón y hembra son iguales en dignidad, en derechos y oportunidades.

## 72- POR DISTINTOS CAMINOS

Junto a la plaza grande de Cafarnaum, en el barrio de los pescadores, está el pozo que le dicen "de los murmullos". Cada mañana, cuando el sol se asoma por el horizonte, se reúnen allí las mujeres a sacar agua.

*Vecina* - Pero, comadre, ¿usted ha visto la cara que traía esa muchacha? ¡Qué ojeras más negras! Y la lengua quieta. Ni una palabrita en todo el tiempo que estuvo aquí. ¡Y ella que es tan conversadora otras veces!

*Vieja* - "Mal de amores, comadre, mal de amores"... Esa niña es muy joven para tener ninguna enfermedad. Anda enamorada. ¿No oyó usted cómo suspiraba cuando se iba?

*Salomé* - ¡A los buenos días! ¿Qué tal amanecieron, vecinas?

*Vieja* - Con ganas de trabajar, doña Salomé. Mientras haya salud...

*Vecina* - Y dígallo. Nada, aquí comentando lo de la Raquelita.

*Salomé* - ¿Y qué le pasa a Raquel?

*Vieja* - Pero, Salomé, ¿no le ha visto la cara que tiene desde hace un tiempo? Parece que no tuviera sangre en el cuerpo y se queda abobada mirando a las moscas.

*Vecina* - Le dices algo y ni se entera. Le entra por una oreja y por la otra le sale.

*Salomé* - Tendrá las fiebres.

*Vecina* - Nada de fiebres. Esos son amores. Esa niña anda enamorada. Y usted debía saberlo por lo que le toca.

*Salomé* - Pero, ¿qué dices? ¿Qué me toca a mí de los amores de esa muchacha?

*Vecina* - Doña Salomé, pero ¿cómo no se ha dado cuenta todavía? Raquel anda detrás de Jesús, el de Nazaret. ¿No me diga que no se ha fijado cómo se le queda mirando cuando habla?

*Vieja* - ¿Y no me diga que ha ido esta semana un día sí y otro también por su casa... así porque sí?

*Salomé* - Bueno, la muchacha necesitaba un poco de sal y vino a pedírmela.

*Vieja* - Y al día siguiente quería un tomate.

*Vecina* - Y al otro, un poco de harina.

*Salomé* - Sí, así fue.

*Vecina* - Pero, Salomé, ¿dónde tiene usted los ojos? ¿No se da cuenta que va por allí a ver si se topa con Jesús, a ver si lo encuentra en su casa?

*Vecina* - También anda por el embarcadero como una tonta, para arriba y para abajo, por si lo ve con esos

hijos suyos. Está encandilada con él. No lo puede ocultar.

*Salomé* - Pero, ¿será posible eso que están diciendo?  
*Vecina* - Claro que es posible. Usted haga sus averiguaciones y verá que tenemos razón. Y después nos cuenta, ¿eh?

Un par de horas después, cuando el sol ya calentaba, Raquel llegó una vez más por casa del Zebedeo.

*Raquel* - ¡Buenos días, doña Salomé!  
*Salomé* - Buenos días. Ah, pero si eres tú... Pasa, pasa. ¿Qué hay? ¿Querías algo, Raquel, hija?  
*Raquel* - Doña Salomé, necesito un poco de aceite.  
*Salomé* - ¿Qué? ¿Se te acabó?  
*Raquel* - Bueno, aún me queda un poquito, pero para mañana no sé si me alcanzará. Usted sabe que es mejor precaver que lamentar.  
*Salomé* - Claro, claro... Bueno, pero pasa, no te quedes ahí en la puerta.  
*Raquel* - ¿Está... está usted sola?  
*Salomé* - Sí, hija, los muchachos y el viejo Zebedeo, pescando. Como siempre.  
*Raquel* - Sí, claro, trabajando...  
*Salomé* - Hay que trabajar para comer, muchacha. Así lo dijo Dios desde el principio: el pan hay que ganarlo con sudor.  
*Raquel* - ¿Y... y no hay nadie más por aquí, verdad? Entonces, me voy...  
*Salomé* - Pero, hija, ¿y el aceite que querías?  
*Raquel* - Uy, qué cabeza... Con tanto trabajo que tengo en casa, todo se me olvida. Diez hermanos pequeños dan mucho que hacer.  
*Salomé* - Pero, no tengas tanta prisa, mi hija. ¿Por qué no te sientas un momento y conversamos? Así descansas un poquito.  
*Raquel* - Bueno, pero...  
*Salomé* - Nada, nada. Siéntate ahí. Sí, y yo también me siento. Ay, Raquel, muchacha, lo que me hubiera gustado a mí tener una hija como tú para conversar con ella. Pero los dos fueron varones, ya ves. Cuando tú tengas hijos, muchacha, pídele a Dios que te dé las dos cosas: varones y hembras. Los hombres son los que ganan el pan, pero nosotras, las que lo amasamos.  
*Raquel* - Uy, doña Salomé, de aquí a que yo tenga hijos... Tiene que llover mucho todavía.  
*Salomé* - No, muchacha, ya tú estás en edad de casarte. Y segurito que piensas muchas veces en eso, ¿no es así?



Raquel se puso más roja que el pañuelo que llevaba en la cabeza y se quedó callada. El corazón le saltaba dentro del pecho.

*Salomé* - Mira, mi hija, yo quiero ayudarte. Dímelo todo. Tú no tienes madre y a alguien tienes que contarle lo que llevas dentro.

*Raquel* - Doña Salomé... ay, doña Salomé... hace un mes que no duermo y...

*Salomé* - Y por la noche, cuando no duermes, piensas en él. En Jesús, ¿verdad que sí?

*Raquel* - ¿Y... y cómo lo sabe usted?

*Salomé* - Ay, hija, el amor es como una campana. Hace demasiado ruido para que uno no se dé cuenta.

*Raquel* - ¿Y usted cree, doña Salomé, que esto será algo malo?

*Salomé* - No, Raquelita, ¿malo, por qué? Lo que estás es enamorada.(1) A mí me daría tanta alegría que ese muchacho se fijara en alguna mujer y se casara de una vez. Tanta vida como lleva dentro ese moreno y todavía solo. Eso no está bien, digo yo.

*Raquel* - Entonces, ¿usted cree que se habrá fijado en mí?

*Salomé* - Bueno, hija, este Jesús es algo raro, y eso no te lo sabría decir. Pero, quédate tranquila. Yo te voy a ayudar. Yo sé cómo rascarle a ese moreno el caparazón para saber lo que piensa. Ya lleva viviendo con nosotros una buena temporada y lo voy conociendo. Sí, déjalo en mis manos...

Ese mismo día, Salomé puso el caso en manos del Zebedeo...

*Salomé* - Viejo, tienes que hablarle a Jesús. Bien clarito.

*Zebedeo* - Bueno, sí, le hablaré. Si tú dices que esa muchacha vale la pena...

*Salomé* - Raquel es buena, trabajadora y cariñosa. Y además, es muy bonita. Me parece que lo quiere mucho. ¿Qué más va a pedir ese moreno?

*Zebedeo* - Ah, vieja, como Jesús es como es, uno nunca sabe. Está bien, yo hablaré con él. De hombre a hombre. A ver, ¿por qué no se casa ese granuja? Es una pregunta que me hago todas las mañanas cuando lo veo irse a la plaza a trabajar. Y al llegar la noche, me la vuelvo a hacer y ¡nada! ¡Bah, yo digo que es un chiflado!

Antes del anochecer, Zebedeo buscó a Jesús y lo hizo sentarse frente a él en un viejo taburete...

*Zebedeo* - Al grano, Jesús.

*Jesús* - Al grano, Zebedeo.  
*Zebedeo* - Hace muchos días que estoy buscando un rato para hablarte. Despacio y bien claro.  
*Jesús* - Pero, ¿qué es lo que pasa?  
*Zebedeo* - Jesús, te hablo como un padre, como un amigo. Yo te aprecio mucho, muchacho, y la verdad, de hombre a hombre, no entiendo por qué... por qué no has tenido mujer y por qué sigues sin tenerla, ¡caramba!  
*Jesús* - Ah, ¿era eso?  
*Zebedeo* - Sí, era eso. ¿Qué me respondes?  
*Jesús* - Pues, no sé... Pensaba que me iba a decir que dejara de meterme en tanto lío y me sale usted con esto. No me lo esperaba...  
*Zebedeo* - Óyeme bien, muchacho, la vida se pasa corriendo. Y las energías del hombre se secan más pronto de lo que imaginas. Tú siempre estás hablando de Dios, de lo que Dios quiere. Pues bien, si Dios puso en el hombre la semilla de la vida, fue para que la sembrara en la mujer y no para que la dejara estéril. ¿Es o no es?  
*Jesús* - Sí, es cierto. A Dios le gusta ver los árboles llenos de frutos.  
*Zebedeo* - Entonces, ¿por qué diablos tú sigues solo?  
*Jesús* - Pero si yo nunca estoy solo, Zebedeo. Desde que hemos empezado con el grupo y a trabajar en todo esto del Reino de Dios, lo que me sobra es gente alrededor.  
*Zebedeo* - No, no, no te me vas a escapar como uno de esos peces voladores, condenado. Yo digo "solo". Solo por las noches. Solo sin mujer, sin hijos. Tú andarás siempre rodeado de gente, pero una cosa no quita la otra. No vengas ahora a enredarme. Mira, Jesús, que cuando el hombre no tiene mujer, todo el brío se le sube aquí a los sesos y, tururú, ¡loco! Y cuidado no te esté pasando ya a ti algo parecido.  
*Jesús* - ¿Usted me ve a mí cara de loco?  
*Zebedeo* - No, no lo digo por eso, pero...  
*Jesús* - Mire, Zebedeo, ahora recuerdo algo que oí una vez en la sinagoga: que el solitario no es un árbol seco, que también los solitarios tienen un sitio en la casa de Dios.  
*Zebedeo* - Bah, ya sales con tus cosas. Oye, Jesús, vamos a dejarnos de palabras bonitas y vamos a lo que vamos. Es que... ¿a ti no te gustan las mujeres? ¿Es eso? ¿Es que eres un marica?(2) ¡No, no me digas nada! ¡No me entra en la cabeza que no te quieras casar porque seas una de esas sabandijas asquerosas!  
*Jesús* - No hable así, Zebedeo. Ellos no son sabandijas

asquerosas.

- Zebedeo* - ¿Ah, no? ¿Y qué son entonces?
- Jesús* - Son hombres a los que Dios quiere. Tampoco ellos son árboles secos.
- Zebedeo* - ¡Mira, Jesús, no los defiendas!
- Jesús* - Ni usted tampoco los ataque, Zebedeo. ¿Qué sabe usted de ellos y de sus problemas?
- Zebedeo* - Bien, bien, a lo que vamos. No eres de esos tipos. Entonces, ¿por qué no te casas? No me irás a decir que no encontraste nunca una mujer que te gustara.
- Jesús* - Bueno, yo conocí a una muchacha... ya hace años de eso... Pero no lo veía claro.
- Zebedeo* - ¡Solterón toda la vida! ¿Eso es lo que quieres ser tú, verdad?
- Jesús* - Espérese, Zebedeo. Ser soltero es una cosa. Y ser solterón es otra, digo yo.
- Zebedeo* - Bah, un soltero es una mitad de hombre. Y una soltera también. La hija que se queda virgen es la vergüenza de sus padres.(3)
- Jesús* - Una mitad de hombre es un hombre egoísta. Y egoístas los hay igual casados que solteros.
- Zebedeo* - Jesús, escúchame, hay una muchacha en el barrio que está enamorada de ti.
- Jesús* - Anjá, ahí era donde quería ir a parar, ¿no, Zebedeo?
- Zebedeo* - Si es que tú no tienes ojos para ver que una mujer te quiere, hay que decírtelo, a ver si te sacude uno la sangre, ¡qué caramba!
- Jesús* - ¿Y quién es ella?
- Zebedeo* - Raquel, la hija de la difunta Agar, la que tiene tantos hermanitos.
- Jesús* - Ah, ya sé. Parece muy buena muchacha.
- Zebedeo* - ¡Es muy buena muchacha! ¡Y sería una buena mujer para ti!
- Jesús* - Sí, es posible, Zebedeo, pero...
- Zebedeo* - Pero nada. Hoy la vas a ver, le hablas, y ya pueden ir planeando las cosas.
- Jesús* - Espérese, Zebedeo. No corra tanto.
- Zebedeo* - ¿Qué pasa? ¿Que no la quieres? ¿Que quieres a otra? ¿Es eso, no? Está bien. Dímelo con confianza, muchacho. Queda entre tú y yo.
- Jesús* - Las quiero a todas, Zebedeo.
- Zebedeo* - ¡Cuentos! ¡Cuando se dice que se quiere a todas es que no se quiere a ninguna!
- Jesús* - No, de veras, yo las quiero a todas. Y, por eso, necesito tener las manos libres para poder ayudarlas.
- Zebedeo* - Pero, ¿quién te crees tú que eres? ¿El protector de las mujeres abandonadas?
- Jesús* - No es eso, Zebedeo. Lo que pasa es que yo

quiero trabajar por mi pueblo. Y usted sabe que las cosas están difíciles. Mire al profeta Juan, cómo le cortaron la cabeza. Y entonces, ¿cómo va a tener una mujer y mantenerla en esa zozobra? Y los muchachos, ¿qué? Si se quedan sin padre, ¿quién les busca el pan, eh? De veras, Zebedeo, yo necesito tener las manos libres. Y más en estos tiempos en que Dios anda con prisa y hasta para dormir hay que hacerlo con las sandalias puestas.

*Zebedeo* - Tú pones las cosas demasiado tremebundas, Jesús. Yo no digo que te cruces de brazos. Pero, ¿es que no se puede luchar y estar casado, demonios?

*Jesús* - Bueno, sí, claro que se puede. Mire a Pedro, tiene a su Rutina, cuatro muchachos y ahora uno acabado de nacer. Santiago, lo mismo. Juan está soltero, pero Andrés ya tiene su novia y cualquier día se nos casa. En el Reino de Dios hay sitio para todos y aquí todo el mundo vale lo mismo, los casados, los viudos y los solteros.

*Zebedeo* - Pero tú... ¡tú!

*Jesús* - ¿Yo qué, Zebedeo?

*Zebedeo* - Que tú no has hecho nada por casarte, ¡caramba!

*Jesús* - Tampoco he hecho nada por no casarme, ¡caramba!  
(4)

*Zebedeo* - Entonces, ¿qué?

*Jesús* - Entonces nada, Zebedeo. Que cada uno ande su camino y vea lo que Dios le va pidiendo. Mire usted, Dios llamó a Abraham desde el norte y a Moisés desde el sur, por caminos distintos, pero los dos llegaron a la tierra prometida.

Mateo 19,10-12

---

1. Jesús no se casó. Aunque esto no lo dice expresamente ningún texto del Nuevo Testamento, todo lleva a esta conclusión. Sin embargo, que Jesús no se casara no quiere decir que fuera un ser asexual. Jesús fue varón y tuvo una dimensión sexual masculina. En este sentido, no es descaminado pensar que hubiera mujeres que sintieran atracción por él, que se **enamorarán** de él, lo mismo que él pudo también enamorarse. Nada de esto aparece en los evangelios, entre otras razones porque en la mentalidad de sus contemporáneos era algo tan obvio que no se consideraba tema que debiera quedar por escrito.

2. Sobre la **homosexualidad**, Jesús no dijo nada

explícitamente. Pero en el conjunto de su mensaje, proclamó con tanta fuerza la libertad de la persona, que se deduce su respeto hacia ellos. El profeta Isaías dedica a los homosexuales una sugestiva frase (Isaías 56, 3-5) y la Escritura afirma que son queridos por Dios y herederos de su promesa (Sabiduría 3, 14). El pueblo de Israel esperaba para los tiempos del Mesías que Dios acogiera a eunucos y castrados como ciudadanos de su Reino en pie de igualdad con todos.

3. En Israel, ni la **virginidad** ni la soltería, entendidas como situaciones estables, representaban ningún valor. Más bien, eran una desgracia, algo negativo. La virginidad de la mujer era muy apreciada, pero sólo antes del matrimonio. La virginidad de la muchacha antes de casarse había que defenderla y era un honor que llevaba al matrimonio, tanto ella como su familia. Pero una mujer que no llegara a casarse y a tener hijos resultaba un oprobio, una mancha familiar. Igualmente el hombre. Tener hijos era un deber religioso. Un no casado, por las razones que fuera, era visto como algo raro, incomprensible, preocupante, a no ser que hubiera hecho un voto especial, como lo hacían los monjes esenios en los tiempos de Jesús. Lo positivo era la relación sexual y la fecundidad. Lo demás no entraba en el cuadro de valores de aquel pueblo y, por lo tanto, se entendía como contrario a la voluntad del Dios de la vida. En toda la Biblia se ensalza el matrimonio, la unión sexual del hombre y de la mujer como algo positivo, hermoso, expresión cumbre de la relación humana, imagen la más exacta del amor que Dios siente por el ser humano y por su pueblo. Cualquier desprecio o rechazo de la sexualidad humana no tiene nada que ver con el mensaje bíblico ni con el mensaje de Jesús.

4. Sólo el evangelio de Mateo recoge la frase en la que Jesús habla sobre los que se hacen eunucos "por el reino". Todo parece indicar que Jesús trató de explicar con esta frase su situación personal, su **no casarse**, a quienes le preguntaron sobre esto. Jesús se refirió a tres tipos de "eunucos". Los primeros son "los que nacieron así del vientre de su madre". Siempre ha habido niños varones que, por algún defecto físico -generalmente congénito- no pueden tener relaciones sexuales con una mujer. Dentro de este grupo se incluía en el mundo antiguo a los homosexuales, por no sentir atracción hacia las mujeres.

El segundo grupo del que habló Jesús fue el de aquellos "que fueron hechos eunucos por los hombres". Se estaba refiriendo a niños y hombres castrados. En las cortes orientales los reyes castraban a los guardianes de sus harenes. Así aseguraban que no tendrían relaciones con sus

mujeres. En otros países, se castraba a niños para que conservaran una voz más fina para cantar. O a ciertos profesionales, como por ejemplo los maestros, para que tuvieran una mayor inteligencia. Se consideraba que del varón eran la guerra, el placer y el poder. Y de la mujer -o de los "afeminados", convertidos en no varones- los trabajos delicados, una cierta sabiduría, las artes. En Israel, la ley religiosa prohibía castrar tanto a los hombres como al ganado. El castrado no podía entrar al Templo ni a la sinagoga, ni la res castrada podía ser ofrecida en sacrificio. Sin embargo, los castrados abundaron en las cortes de los reyes de Israel, por influencia de otros países orientales o por haber sido llevados al país como esclavos.

Finalmente, Jesús habló de una tercera clase de hombres: "quienes se hacen eunucos por el Reino de Dios". Este tipo de soltería o de virginidad -el celibato por el Reino- es la nueva categoría que aportó Jesús y después de él, el cristianismo, al panorama de la sexualidad, tal como se había entendido hasta entonces en el Antiguo Testamento. Se trata de un celibato relacional. No lo presentó Jesús como un valor en sí mismo, sino en relación al valor de trabajar por el Reino de Dios. Esta fue la opción de Jesús. No se casó, no porque fuera homosexual ni hubiera sido castrado, no porque fuera impotente ni temiera a la mujer o buscara un refugio en la vida solitaria, sino "por el Reino".

Todo lo que dijo Jesús en este texto de Mateo se refería explícitamente a los varones. La sexualidad femenina, sus características, su problemática, son una conquista muy reciente de la ciencia y la psicología. Como, además, en la cultura de Israel la mujer no decidía casarse, sino que eran sus padres quienes tomaban la decisión por ella, Jesús no podía plantear el problema del celibato femenino.

### 73- LA MUERTE DEL VIEJO AVARO

*Vecina* - ¡Pero, cuánto sufre Manasés, Dios santo!  
*Vieja* - ¡Pobre hombre, tan bueno, tan buenísimo siempre!  
*Vecina* - Así es la vida, mujer, caminar derechito a la muerte... ¡ay, qué desgracia ésta!

Desde hacía dos días, el viejo Manasés, uno de los propietarios más ricos de Cafarnaum, agonizaba sobre su mullido jergón de lana.(1) Y desde hacía dos días, los vecinos habían llenado su casa esperando ver entrar a la muerte cuando viniera a buscarlo.

*Manasés* - ¡Ay, ay, ay, maldita sea!  
*Vecina* - ¿Qué le duele, pobre hombre?  
*Manasés* - ¡Todo! ¡Me duele todo! ¡Ay, ay!  
*Vecina* - ¿Quiere alguna cosita, Manasés? ¿Un poquito de agua? ¿Un caldito?  
*Manasés* - No quiero nada, caramba. Lo que quiero es... levantarme... de esta maldita cama... ¡y espantarlos a todos ustedes de mi casa!  
*Vecina* - ¡Tarda mucho en morir este viejo!  
*Vieja* - La hierba mala es difícil de arrancar, no te olvides.  
*Vecina* - ¡Ay, pobre Manasés, tan bueno, tan buenísimo siempre! La muerte no tiene hora. Llega en cualquier momento. Y ya se siente cerca su olor...  
*Manasés* - ¡Aaay! ¡Maldita sea... mal... di... ta... sea...  
*Vecina* - ¿Se habrá muerto ya?  
*Mujer* - Espérense un momento. A ver... Sí, me parece que sí...  
*Vecino* - ¡Yo creo que ese tipo ya está del otro lado! ¡Se ha quedado más blanco que la leche!  
*Vecina* - ¡Sí, sí, se murió ya!  
*Vieja* - ¡Que descanse en la paz de Dios!  
*Mujer* - ¡Y que los ángeles vengán a llevarlo al seno de Abraham!  
*Vecina* - ¡Y nosotros, a lo nuestro!  
*Vieja* - ¡Yo me llevo las gallinas!  
*Vecina* - Pero, ¿qué te has creído tú? ¡Yo dije antes que las gallinas eran mías!  
*Vecino* - ¡No peleen, que hay para todos! ¡El corral está lleno!  
*Viejo* - Oye, Cleto, mira este baúl... ¡Fíjate lo que hay dentro!  
*Vecino* - Oiga, señora, que ese saco de harina ya tiene dueño.

*Vecina* - ¡Ay, qué gente! Después de que una está esperando desde ayer aquí, y ahora quieren dejarme con las manos vacías. ¡Al diablo contigo! ¡Este saco es mío!

*Vecino* - ¡El saco es mío! ¡Y la harina también!

*Vecina* - Pero, ¿y dónde tendría ese viejo escondido el dinero, eh? Eso es lo más importante.

Los vecinos del viejo Manasés se habían desparramado por la casa y, mientras las plañideras entonaban los cantos de luto, ellos se llenaban las manos con todo lo que encontraban por los rincones. Los niños saltaban las tapias del patio, cada uno con tres o cuatro gallinas, y sus madres rebuscaban hasta el fondo en los baúles.

*Manasés* - ¡Aahhh! Yo... yo no estoy muerto... ¡No estoy muerto y no pienso morirme todavía!

Todos se quedaron tiosos con las manos llenas de cosas. Manasés, sentado a duras penas sobre el jergón, los miraba con ojos desafiantes.

*Vecino* - Pero, ¿quién fue el que dijo que se había muerto, demonios?

*Vecina* - El viejo Manasés tiene cuerda para rato. ¡Paciencia!

*Manasés* - No... no quiero morirme. ¡Váyanse, buitres! ¡Váyanse al infierno! Ustedes lo único que... que quieren... es llenarse el buche con lo mío... ¡y todo esto es mío! ¡Y se queda aquí! Aquí, en mi casa. ¡Ay, ay!

*Vecina* - Vamos, Manasés, estése tranquilito... así... así...

*Vecina* - No se fatigue tanto. Descanse, descanse...

Manasés volvió a recostarse, con los ojos cerrados y la respiración jadeante. Las cosas volvieron a su sitio y las viejas plañideras se estiraron los cabellos y dejaron de lamentarse. Fue entonces, cuando aún las gallinas corrían sueltas por el patio y toda la casa estaba revuelta, cuando aparecieron por la puerta los dos hijos de Manasés. Vivían en Perea, lejos de Cafarnaum, y hasta allí les habían llevado la noticia de que su padre se moría.

*Joel* - Pero, ¿qué diablos es este alboroto?

*Vecina* - ¡Miren quiénes han llegado, Joel y Jasón!

*Jasón* - ¿Qué pasa aquí, eh? ¿Qué están haciendo ustedes?

*Vecina* - Estamos ayudando a tu padre a bien morir.

*Vecina* - Ha tenido una agonía muy larga, el pobrecito.

*Joel* - ¡Y han tenido ustedes las manos también muy largas



para meterlas por todos los rincones!  
*Manasés* - Me querían dejar en cueros... ¡Condenados buitres! ¡Váyanse de mi casa, les digo! ¡Ay, ay, ay!  
*Joel* - Sí, fuera todos, ¡fuera de aquí!  
*Jasón* - Papá, pobre papá...  
*Joel* - ¡Fuera todos, caramba! ¡Las plañideras también! ¡Y las manos vacías, eh! ¡De aquí no se llevan ni una aguja!

Poco a poco, con la cabeza baja, todos los vecinos fueron saliendo de casa de Manasés. Las largas horas de espera habían resultado inútiles: los hijos del rico propietario habían llegado a tiempo y ellos eran los herederos de su fortuna.

*Manasés* - ¿Ya se han ido?  
*Jasón* - Sí, papá, ya se fueron.  
*Manasés* - Querían dejarme en cueros.  
*Joel* - Pero no lo han conseguido. ¡Ay, papá, qué interesada es la gente! ¡Sólo piensan en aprovecharse de lo que tú, con tanto sacrificio, has ahorrado!  
*Jasón* - Ayer supimos que estabas muriéndote. Por eso no vinimos antes.  
*Manasés* - ¡Yo... yo no me estoy muriendo, maldita sea! Estoy enfermo. Sólo eso... ¡Ay, ay, qué mal me siento!  
*Joel* - Descansa, papá. A ver, ponte cómodo... así...  
*Manasés* - Ay, ay, ay...  
*Jasón* - ¿Dónde tendrá el dinero, eh?  
*Joel* - Y qué sé yo.  
*Jasón* - ¡Tú sí lo sabes, Joel! ¡Tú sabes dónde lo tiene, no me lo niegues!  
*Manasés* - Ay, ay, ay...  
*Joel* - ¡No grites, Jasón, que puede oírnos!  
*Jasón* - ¡Puede oírnos, puede oírnos! Pues que nos oiga! ¿Qué me importa? La mitad de ese dinero es mía. ¡Y tú lo sabes tan bien como yo!  
*Joel* - Tú eres el que sabes demasiado bien que todo lo del viejo me pertenece a mí y sólo a mí. Soy el hijo mayor y por la ley me corresponde. La ley es la ley.  
*Jasón* - La ley dice que el hijo menor tiene derecho a parte de la herencia.  
*Joel* - Cuando la herencia no es mucha, no. Entonces el dinero no se reparte. No se toca.  
*Jasón* - ¡Y qué sabes tú cuánto tiene ahorrado papá! Dices que no se toca para quedarte tú con todo. ¡Condenado avaro! ¡Tienes una fortuna y todavía quieres más!  
*Manasés* - ¡Ay, ay, aay!

*Joel* - Sí, papá, aquí estamos a tu lado, tranquilízate. ¡Pobre papá, cuánto estás sufriendo! Mira quién habla de avaro... Tu negocio de lanas no va muy mal que digamos, ¿verdad? ¿Para qué quieres entonces el dinero, eh? ¿Para dar limosna a los mendigos? ¡Ja! A mí no me engañas, Jasón, ¡eres más ambicioso que el rey de los asirios!

*Manasés* - ¡Ay, ay... estos pinchazos!

*Jasón* - ¿Qué pasa, papá?

*Joel* - ¿Quieres algo?

*Manasés* - Lo que quiero... es... no... morirme.

*Jasón* - No hables de la muerte ahora, papá. Tú eres fuerte como un cedro del Líbano. Te curarás. Mañana o pasado te levantarás de la cama, seguro que sí. Y seguirás trabajando en la finca.

*Manasés* - Este año... la cosecha ha sido buena, ¿saben? El trigo ya no me cabe... en los graneros... Ja, ja... Voy a tumbar... los graneros viejos... y voy a construir... unos más grandes junto a la casa... ¡y el dinero entrará a chorros, sí... a chorros! ¡Ay, ay, ay, que me duele!

*Joel* - ¡Para lo que quiere el dinero, para esconderlo en un hoyo en la tierra! Bah, viejo tacaño...

*Jasón* - Y tú, ¿para qué lo quieres? ¿Para gastarlo todo en una noche si te parece bien, no?

*Joel* - Qué interesado eres, Jasón. Papá jadeando como un perro herido y tú pensando sólo en la plata.

*Jasón* - Y tú, ¿en qué piensas, condenado? Desde que llegaste aquí los ojos te brillan como dos monedas.

Al caer la tarde, Jesús salió de la casa de mi padre con cara preocupada...

*Juan* - ¿A dónde vas, Jesús?

*Jesús* - A casa del viejo Manasés, Juan. ¿Sabes que se está muriendo?

*Juan* - Sí, pero me dijo el compadre Cleto que tiene para rato. Ese viejo está agarrado a la vida con las uñas y con los dientes. Ni a patadas quiere irse de este mundo.

Cuando Jesús y yo llegamos a la casa de Manasés, todo estaba en penumbra. En un rincón del cuarto, los dos hijos del viejo cuchicheaban.

*Jesús* - ¿Se puede pasar?

*Joel* - ¿Quiénes son ustedes?

*Jesús* - Conocíamos a Manasés. Nos dijeron que estaba muy grave y hemos venido a verle...

*Jasón* - A verle y a ver qué se llevan, ¿no?

*Jesús* - ¿Por qué dices eso?  
*Jasón* - Porque todos los que vienen a esta casa traen los colmillos afilados. ¡Aprovecharse de nuestro pobre papá!  
*Jesús* - ¿Ustedes son sus hijos, los que viven allá por Perea?  
*Joel* - Sí, llegamos hace unas horas...  
*Jasón* - Así que eran amigos de nuestro padre...  
*Jesús* - Bueno, amigos, no. Manasés nunca tuvo amigos, ésa es la verdad. Vivía solo, comía solo, dormía solo y, al final, hasta hablaba solo.  
*Jasón* - Hablaría solo, pero a nadie le dijo dónde demonios escondió el dinero. ¡Se morirá y tendremos que echar abajo la casa y escarbar la finca entera para encontrarlo!  
*Joel* - Tendremos, tendremos.. Tú no tendrás que hacer nada porque esa herencia es mía, ¿es que no lo entiendes, Jasón?  
*Jasón* - ¡Maldición contigo, Joel, no empieces otra vez! Ya te he dicho mil veces que la mitad de ese dinero me corresponde a mí, a mí! A ver, ustedes, digan si tengo o no tengo razón: nuestro padre ahorró...  
*Jasón* - ¡Díselo tú, forastero, dile que la ley obliga a repartir la herencia conmigo!  
*Joel* - ¡No mezcles a nadie en esto! ¡Es un asunto entre tú y yo!  
*Jesús* - Oye, amigo, ¿pero quién soy yo para meterme en este lío? Yo no soy juez ni abogado.  
*Jasón* - ¡El dinero de papá es mío, Joel!  
*Joel* - ¡El dinero de papá es mío, Jasón!  
*Manasés* - ¡El dinero de papá... es de papá! ¡Es mío, mío, y ni ustedes ni nadie me lo quitarán! ¡Canallas, mis hijos también son unos canallas que quieren robarme lo mío y dejarme en cueros!  
*Jesús* - Vamos, viejo, no se ponga así. Cállese, cálmese. Vamos...  
*Manasés* - ¿Y quién eres tú?  
*Jesús* - Soy Jesús, el que vive ahí donde el Zebedeo. Y aquí está Juan. Vinimos a ver cómo se sentía.  
*Manasés* - Vinieron a ver qué podían rapiñar de mi casa. Pero se irán con las manos vacías. Yo no pienso morirme. Voy a construir graneros nuevos para el trigo de este año... para muchos años... ¡ay, ay!  
*Joel* - ¡Dile que te diga dónde tiene escondido el dinero!  
*Jasón* - ¡Ese dinero es tan mío como tuyo, Joel!  
*Manasés* - ¡Ayy... ay... ay!

*Jesús* se acercó a Manasés y le cerró los ojos con suavidad.

*Jesús* - Ha muerto.

Regresé con el moreno cuando era noche cerrada y empezaba a soplar el viento helado del norte...

Jesús - Qué triste es esto, ¿verdad, Juan? El viejo Manasés no pensó durante su vida más que en amontonar y guardar dinero. No tuvo tiempo para nadie. No lloró por nadie ni con nadie supo alegrarse. ¿Y para qué le sirvieron tantas cosas? Para nada. Para engordar polillas. En cueros vino a este mundo y en cueros se fue de él. ¿De qué le sirve a uno tener tantas cosas si ha perdido así su vida?

Mientras tanto, en la casa del difunto, el pleito continuaba...

Jasón - ¿Dónde diablos habrá escondido el dinero, eh, Joel?

Joel - ¡El dinero del viejo es mío, Jasón, no me fastidies más!

Jasón - ¡Vete al mismísimo infierno, Joel!

Y mientras llegaban los vecinos y las plañideras, los hijos del viejo Manasés revolviéron toda la casa esperando encontrar en algún rincón los ahorros del padre muerto. Parecían dos buitres buscando carroña.(2)

Lucas 12,13-21

---

1. La figura del gran **propietario**, del terrateniente que acumula sin cesar riquezas, que tiene amplios graneros y vive de sus rentas sin trabajar, era muy común en tiempos de Jesús, especialmente en la región galilea. En la fosa superior del Jordán, en las orillas del lago y en gran parte de las montañas de Galilea, las tierras cultivables eran en estos tiempos extensos latifundios. La dominación romana trajo para Israel, entre otras cosas, una transformación radical en la tenencia de la tierra. Hasta entonces, existía ésta en dos formas: el latifundio -que estaba en expansión- y la propiedad comunal, compuesta por lotes y trabajada en cooperativas o familiarmente. Pero el cobro de impuestos ordenado por los romanos contribuyó al progresivo empobrecimiento y endeudamiento de los campesinos, lo que obligó a muchos a la venta forzosa de sus tierras y aceleró aún más el proceso de concentración de la tierra en latifundios. Estos terminaron por imponerse, entre otras cosas porque eran mucho más

rentables.

2. Es posible que los lectores recuerden, al leer este episodio, una escena semejante de la película "Zorba el griego", de Michel Cacoooyanis, basada en la novela del genial Nikos Kazantzakis. No es una casualidad ni un plagio. Quiere ser el homenaje modestísimo de los autores a quien tanto les inspiró mientras escribían los muchos capítulos de este relato. A Nikos, griego universal, apasionado cristiano, compañero durante meses desde sus inolvidables páginas sobre Jesús de Nazaret, nuestra gratitud, seguros de que él lee la historia del Moreno con sonrisa cómplice. ¡Fgaristó, Nikos!

## 74- EL JUEZ Y LAS VIUDAS

*Pedro* - ¡Mira, Jesús, no me jorobes! Hemos gastado ya doce pares de sandalias anunciando que las cosas van a cambiar y que la justicia y que la liberación, ¿y qué hemos conseguido hasta ahora, eh, dime?

*Jesús* - Hay que tener constancia, compañeros.

*Pedro* - Constancia... ¡Hay que tener ojos, moreno! Esto no avanza nada. Esto es como querer mover una montaña.

*Jesús* - Y terminará moviéndose, Pedro. El día en que de veras tengamos fe en Dios y en nosotros mismos, ese día empujaremos las montañas y las echaremos al mar. Eso lo aprendí yo de mi madre. Cuando yo era muchacho, allá en Nazaret, mi madre, que ya era viuda, trabajaba en la finca del terrateniente Ananías.

*Susana* - ¡Pero, qué bandido este Ananías! ¡Ojalá que esa piedra de molino le cayera en los riñones!

*Rebeca* - ¡Tres semanas recogándole aceitunas y ahora no quiere pagarnos! ¡Ah, no, pero esto no se va a quedar así! ¡Por las trompetas de Jericó, que de esta sinvergüenzada se va a enterar todo el mundo y ese viejo tacaño va a tener que pagarnos hasta el último céntimo, o si no...!

*Micaela* - O si no, ¿qué, Rebeca? No, mujer, guárdate las bravatas. ¿Qué podemos hacer nosotras si no nos paga? ¡Nada! Si tuviéramos maridos, nos defenderían. Pero, ¿qué podemos hacer nosotras, viudas?(1) Doblar el espinazo y que nos pongan el yugo como los bueyes.

*Jesús* - Mi madre María y la vecina Susana y otras viudas de Nazaret, después de cosechar los olivos de la finca de Ananías, no habían recibido ninguna paga. Y estaban furiosas. Así pasaba muchas veces: los patronos se aprovechaban de las mujeres solas, las contrataban para la recogida de aceitunas, o de higos, o de tomates, y luego les pagaban muy poco o nada por el trabajo.(2)

*María* - ¡Hay que hacer algo, vecinas! ¡No vamos a quedarnos aquí, espantando moscas, y nuestros hijos con hambre!

*Micaela* - ¿Y qué podemos hacer, comadre María?  
¡Aguantar! ¡Ese es el destino de nosotros los pobres, aguantar!

*María* - ¡Qué destino ni qué cuentos, Micaela! Yo no creo en ningún destino. ¿Sabes lo que decía mi difunto José, que en paz descansa? Que el único destino que hay está aquí, en nuestros brazos.

*Susana* - Sí, María, pero los brazos de las mujeres son débiles, no te olvides.

*María* - Pero, ¿cómo dices eso, Susana? ¿Y no fue el brazo de Judit el que le cortó el pescuezo a aquel grandullón que ni me acuerdo cómo se llamaba? ¿Y quién se puso al frente del pueblo cuando atacaron los cananeos y a los hombres de Israel se les aflojaron los calzones, eh? ¡Fue Débora, una mujer como tú y como yo, pero que tenía sangre en las venas y no agua dulce!(3) Y la reina Ester, ¿no fue una luchadora también?

*Rebeca* - María tiene razón. Lo que pasa es que una, como mujer al fin, se acobarda y acaba metida en la cueva como los ratones.

*María* - Pues vamos a salir de la cueva y a ponerle el cascabel al gato.

*Susana* - ¡Sí, señor, hay que hacer algo por nosotras y por nuestros hijos!

*María* - Ea, vamos a Caná a poner una querrela contra ese viejo estafador. ¿Para qué están los jueces? Para hacer justicia, ¿no?(4) Pues ahora mismo vamos donde el juez y que presente nuestro caso en el tribunal.

*Jesús* - Y mi madre y las otras viudas salieron de Nazaret por el camino del norte, rumbo a Caná, donde vivía el juez Jacinto, un viejo calvo y gordinflón.

*Rebeca* - ¡Don Jacinto, don Jacinto! ¡Don Jacinto!

*Jacinto* - ¿Qué pasa? ¡Maldita sea! ¿Quiénes son ustedes?

*Susana* - ¡Somos unas pobres viudas de Nazaret! ¡Tenemos que decirle algo! ¡Ábranos!

*Jacinto* - Unas pobres viudas, unas pobres viudas... ¿Qué quieren ustedes? ¿Tumbarme a golpes la puerta?

*María* - ¡A nosotras nos tumbaron el jornal de tres semanas trabajando de sol a sol!

*Jacinto* - ¿Y a mí qué me importa eso?

*Rebeca* - Usted es el juez, ¿no? Y los jueces, ¿no están para hacer justicia?

*Jacinto* - Los jueces estamos para meter en la cárcel a las alborotadoras como tú. No me molesten que estoy muy ocupado ahora.

*María* - Don Jacinto, espérese, no se vaya. Escuche, ese viejo sanguijuelo que se llama Ananías, al que usted conoce mejor que nosotras, nos contrató para recoger las aceitunas. Pasó una semana y que no tenía dinero. Pasó la otra, y que esperen que ya les pago. Pasó la tercera y que sigan esperando. ¿Usted cree que hay derecho a eso?

*Jacinto* - ¿Y qué quieren hacer ustedes?

*Susana* - Denunciarlo y poner una querrela y que se nos haga justicia.

*Jacinto* - Bueno, bueno, vamos a estudiar el caso por partes. Comencemos por donde hay que comenzar: si yo las defiendo a ustedes en el tribunal... ¿a cuánto ascenderían mis honorarios?

*Micaela* - ¿Cómo dice, don Jacinto? Hable más claro, que nosotras las del campo...

*Jacinto* - Digo que si me meto en este lío, ¿cuánta plata me van a pagar, caramba?

*María* - Bueno, señor juez, usted sabe que somos viudas... y pobres. Además, ¿con qué vamos a pagarle a usted si don Ananías no nos paga antes?

*Jacinto* - Entiendo. Siendo así... vuelvan otro día. Hoy estoy muy ocupado. Sí, eso, vuelvan la próxima semana a ver si puedo hacer algo por ustedes.

*Jesús* - Y mi madre y sus vecinas recorrieron de nuevo las siete millas que separan Nazaret de Caná y regresaron al caserío. Y cuando pasó la semana...

*Susana* - ¡Háganos justicia, señor juez! ¡Don Jacinto, por favor!

*Rebeca* - ¡Con lo que nos pague Ananías le pagaremos algo a usted por defender nuestra causa!

*Jacinto* - Algo... algo... ¿Cuánto? A ver, cuánto me van a pagar?

*Micaela* - Pues... entre todas podemos reunir



diez denarios. O hasta quince.

*Jacinto* - ¡Maldita sea, quince denarios! ¡Que el diablo se muerda el dedo gordo si ustedes no están locas de atar! ¡Quince denarios! ¡Así que ustedes vienen a pedirme que me enfrente con Ananías, el hombre más poderoso de estos campos, que con una palabra suya puede mandar que me ahorquen, y a cambio de eso... ¡quince asquerosos denarios! ¡Puah!

*Susana* - Pero, señor juez, somos pobres, compréndalo.

*Jacinto* - Sí, sí, por supuesto que lo comprendo. Y ustedes también comprendan que yo tengo ahora mucho trabajo y no puedo atenderlas. Eso es, vuelvan la semana próxima a ver si con un poco más de tiempo...

*Jesús* - Siete millas de regreso a Nazaret. Y cuando pasó la semana, otras siete hacia Caná...

*Susana* - Pero, don Jacinto, ¿hasta cuándo vamos a estar yendo y viniendo?

*Rebeca* - ¡Nuestros hijos están más flacos que las lombrices!

*Micaela* - ¡Mire estos pechos secos, don Jacinto! ¡Estamos desesperadas! ¡No podemos más, nuestros hijos se nos mueren de hambre, se nos enferman!

*Jacinto* - ¿Y a qué viene ahora ese cuento? ¡Yo no parí a esos muchachos! Entonces, ¿qué? ¡Arréglenselas como puedan! ¡Y no me molesten más!

*María* - Está bien, no lo haga por nosotras, si no quiere.

*Jacinto* - ¿Y por quién entonces?

*María* - ¡Hágalo por respeto a Dios, señor juez!

*Jacinto* - ¡Ja, ja, ja! ¿Por Dios? ¿Y a mí qué me importa Dios? Dios está allá arriba, en el cielo, y yo estoy acá abajo, en la tierra. ¿No dicen ustedes que Dios les hace justicia a los pobres? ¡Pues compren una escalera larga y suban allá arriba y pídanle ayuda a él! ¡Pero a mí no me jeringuen más!

*Susana* - Uff... Este Jacinto es más agrio que un limón verde.

*María* - No, Susana, lo que pasa es que el zorro de Ananías le habrá untado

manteca en las manos, ¿comprendes?  
*Micaela* - ¿Y ahora qué, María? Estamos perdidas.  
*María* - ¿Cómo que y ahora qué? ¡Ahora es cuando comienza la pelea!  
*Rebeca* - Pero, María, ¿estás loca? ¿Qué pelea podemos comenzar nosotras que no tenemos ni un palo?  
*María* - Aquí no hacen falta palos ni espadas,  
 Rebeca.  
*Rebeca* - ¿Y qué entonces, María?  
*María* - Lo que hace falta es paciencia.  
*Susana* - ¿Paciencia para qué?  
*María* - Para acabarle la de él. ¿No se acuerdan de Moisés en Egipto? El faraón tenía de todo, ¡hasta carros de guerra! Y Moisés no tenía nada. Bueno, lo único que tenía era una cabeza muy dura. Y Moisés juntó a los israelitas y le acabaron la paciencia al faraón: le tiñeron de rojo el agua, le llenaron de sapos y ranas las casas, le apagaron las luces de la ciudad.  
*Susana* - Pero, María, nosotras somos muy poquitas. Eso lo pudo hacer Moisés porque era hombre y tenía mucha gente detrás.  
*Micaela* - Nosotras somos como un mosquito y ellos como un elefante.  
*María* - Eso mismo, Micaela. Y esa fue una de las diez plagas de Egipto, la de los mosquitos. Porque te aseguro que una banda de mosquitos dispuestos a fastidiar, le quitan el sueño a todos los elefantes que tenía el rey Salomón en su palacio. ¡Ea, vengan conmigo, volvamos a casa del juez Jacinto!  
  
*Jesús* - Y aquellas campesinas testarudas, con María, mi madre, a la cabeza de todas, volvieron frente a la puerta de aquel juez gordinflón.  
  
*Jacinto* - ¡Otra vez aquí! ¡Maldita sea, ya les dije que se largaran y me dejaran en paz! ¿Están sordas? ¿Qué están esperando?  
*María* - ¡Esperamos que los jueces de Israel les hagan justicia a los pobres!  
*Jacinto* - ¡Pues esperen sentadas porque tienen para rato!  
*María* - Eso mismo vamos a hacer. ¡Vecinas,

todas sentadas!

*Jesús* - Cuando mi madre dijo aquello, todas las viudas se sentaron frente a la puerta del juez.

*Jacinto* - ¡Al diablo con ustedes! ¡Está bien, quédense ahí hasta que les salga un callo en el trasero! ¡Malditas campesinas, tienen la cabeza más dura que un yunque de herrero!

*Jesús* - El juez dio un portazo. Y al cabo de un rato...

*Jacinto* - ¿Todavía están ahí sentadas? Por los siete pelos de Lucifer, ¿es que ustedes han perdido el juicio?

*Susana* - ¡No, usted es el que ya está perdiendo la paciencia, señor juez!

*María* - ¡De aquí no nos movernos hasta que nos haga justicia!

*Jesús* - Pero el juez volvió a cerrar la puerta...

*Rebeca* - ¡Se te va a venir la casa abajo con tantos portazos!

*Susana* - Uff... ¿Qué crees tú, María? ¿Conseguiremos algo?

*María* - Nuestros abuelos aguantaron cuatrocientos años en Egipto. Y al final consiguieron la libertad. De aquí no nos movemos.

*Hombre* - Oigan, ¿quiénes son ustedes? ¿Están pidiendo limosna a la puerta del juez?

*Rebeca* - Pedimos justicia, no limosna.

*Susana* - Trabajamos tres semanas recogiendo aceitunas en la finca de Ananías y ahora no nos quiere pagar.

*Hombre* - ¡Viejo ladrón! ¿Y el juez no hace nada?

*María* - Eso estamos esperando. Pero ya usted sabe, paisanos, lo que ocurre. Ananías le unta la mano al juez y el juez se la unta al capitán y así van las cosas.

*Hombre* - Eso sí es verdad. Los de arriba se protegen las espaldas. Y nosotros, tirando cada uno para su lado. ¡Eh, compañeros, vengan acá, vengan todos!

*Jesús* - Aquel hombre comenzó a llamar a sus amigos que mataban el tiempo en la plaza y en la taberna. Y al poco rato, muchos vecinos de Caná se unieron a

las viudas de Nazaret.

*Jacinto* - ¡Que el diablo me corte en cuatro rajadas! ¿Qué quieren ustedes? ¡Yo no soy el gobernador de Galilea ni tampoco reparto caramelos, así que váyanse todos de aquí y déjenme en paz, recuernos!

*Jesús* - Pero se fueron juntando muchos, muchísimos hombres y mujeres delante de la puerta del juez Jacinto. Era como una plaga de mosquitos.

*Jacinto* - ¡Basta ya! ¡Al infierno con ustedes, con las viudas y con todos! ¡Vengan, entren, vamos a resolver de una vez este caso!

*Susana* - ¿Qué? ¿Ya se le conmovieron las entrañas, señor juez?

*Jacinto* - Lo que se me conmovieron son las orejas con esta escandalera. Pero, sépanlo bien, no lo hago por Dios ni por ustedes ni por sus «hambrientos hijitos», sino para que se larguen y no les tenga que ver nunca más las narices.

*Jesús* - Y el juez Jacinto llevó el caso ante el tribunal y el terrateniente Ananías tuvo que pagar los jornales de las viudas de Nazaret. Habían ganado la pelea, ¡sí señor! Y así se ganan todas las batallas, dando y dando hasta salir adelante. Y con Dios hay que hacer lo mismo. Rezarle día y noche, sin desanimarnos. Si le pedimos así, él no nos dará largas, ¡nos hará justicia!

*Rufa* - ¡Que Dios te bendiga la lengua, Jesús, y que viva la madre que te parió!

*Pedro* - ¡Bien dicho, abuela Rufa!

*Jesús* - Sí, que viva ella y que vivan todos los que luchan hasta el final, sin cansarse, ¡cueste lo que cueste!

Lucas 18,1-8

---

1. En la Biblia, **viuda** no es sinónimo de anciana. Como las muchachas se casaban los doce o trece años, muchas mujeres quedaban viudas aún muy jóvenes. Las viudas podían volver

a casarse. Si lo hacían, bastaba un mes de noviazgo, en lugar de un año entero, plazo habitual antes de los esponsales. Si suponemos que cuando Jesús inició su actividad en Galilea, ya habría muerto José, María quedaría viuda a los 30 ó 40 años. Su condición social le hacía dependiente de su hijo, que tenía la obligación de mantenerla. Pero seguramente ella se ganaría también la vida con el trabajo de sus manos.

2. Las **mujeres** campesinas de Israel tenían más libertad que las de la ciudad en muchas cosas. La necesidad de sacar la familia adelante las llevaba a trabajar a la par que el hombre en las faenas agrícolas. Las mujeres participaban en la cosecha, en la siega, en la vendimia, junto con los varones, o trabajaban por su cuenta, contratadas por los terratenientes de la zona.

3. En la historia de Israel hubo mujeres que participaron muy activamente en las luchas del pueblo y que llegaron a tener un gran prestigio. **Débora**, jueza de Israel, vencedora de batallas (Jueces 4 y 5); Ester, heroína popularísima, y Judit, que derrotó por la astucia al tirano Holofernes, son importantes figuras femeninas de la historia de Israel. Tanto Ester como Judit dan nombre a dos libros de la Biblia, que cuentan sus historias.

4. La administración de **justicia** en Israel comienza en los mismos orígenes de la historia del pueblo con los ancianos designados por Moisés, pero no se tienen datos precisos sobre cómo eran exactamente los juicios o cuál la forma de presentar los pleitos en tiempos de Jesús. La institucionalización de la justicia variaba mucho según las regiones. Nazaret era una aldea demasiado pequeña para tener un juez local propio. Los jueces locales decidían en casos de menor importancia, en pequeños conflictos. Los ricos los "compraban" con regalos y no eran justos en sus decisiones. Los profetas de Israel denunciaron la corrupción de los tribunales, las prebendas recibidas por los jueces y los atropellos cometidos contra los pobres (Amós 5, 7-13). Clamaron siempre porque en los tribunales se hiciera justicia e identificaron el derecho de Dios con el derecho del pobre. Entre los pobres, los profetas destacaban, como desamparados por excelencia, al extranjero, al huérfano y a la viuda.

## 75- LA FIESTA DE LAS TIENDAS

Cuando llega el otoño y el trigo llena los graneros y las viñas se cargan de uvas, todo Israel viaja al sur a celebrar la Fiesta de las Tiendas.(1) Son siete días en los que Jerusalén se viste de verde, adornada con las hojas de muchos árboles. Cientos de cabañas hechas de troncos y ramas de palmera rodean las murallas de la ciudad santa, en recuerdo de las tiendas en las que nuestros padres vivieron durante su larga marcha por el desierto. El vino de la nueva cosecha se bebe en abundancia y la alegría corre alocadamente por las estrechas calles de la ciudad del rey David.

- Hombre* - ¡Yo apuesto cinco ases a que viene a la fiesta!  
*Viejo* - ¡Pues yo no entro en esa apuesta! Ese tipo está muy fichado. Sabe que si viene aquí los romanos le pueden dar un susto. ¡Alborota demasiado!
- Hombre* - Tengo ganas de verlo de cerca. ¡Y de oírlo! ¡Es un profeta! ¡Camaradas, a Israel no le falta ni el vino ni los profetas! ¡Brindo por nuestro pueblo, el pueblo más grande de la tierra!
- Muchacho* - Cuidadito con lo que estás diciendo, orejón. De Jesús, el de Galilea, se dicen cosas más gordas. Profeta era Juan. Y por eso le cortaron la cabeza. Éste es más. Dicen que es el mismísimo Mesías.
- Hombre* - Y entonces... ¿qué le cortarán a éste?  
*Vecino* - ¡Él es quien le cortará el pescuezo a los romanos, maldita sea! Si es el Mesías, vendrá con una espada así de larga y, ¡zas! ¡Abajo todas las águilas imperiales! ¡Ah, carambola, ese día sí que será la fiesta grande de Jerusalén! ¡Brindo por el Mesías de Galilea!

El primer día de la fiesta, cuando el lucero de la tarde brillaba en el cielo, se encendían grandes antorchas en el Templo de Jerusalén. Toda la noche las calles estaban atestadas de peregrinos que cantaban y reían. Jerusalén velaba jubilosa durante una larga semana de fiesta, agradeciendo a Dios los frutos de la nueva cosecha. Mientras tanto, en Nazaret...

- María* - Entonces, hijo, ¿no piensas ir a Jerusalén?  
*Jesús* - No sé, mamá, aún no lo sé.  
*María* - Tus primos querían viajar contigo, ya ves.  
*Jesús* - Sí, ya veo. Lo que pasa es que yo no quería viajar con ellos.

Cuando terminó la cosecha de aquel año, Jesús fue a Nazaret a ver a su madre. Con él fuimos algunos del grupo. Los

campos de trigo ya segados descansaban después del largo trabajo. Y las uvas ya habían sido pisadas en el lagar.

- Jesús* - ¿Y tú, mamá? ¿No quieres ir a la fiesta?  
*María* - No, hijo. Bastante fiesta hay aquí con la comadre Susana enferma y la mujer de Neftalí igual. Alguien tiene que cuidarle sus muchachos, ¿no?  
*Simón* - Trabajas demasiado, prima María. Será por eso que te conservas tan joven. ¿Qué, Jesús? ¿Ya lo has pensado? ¿Vienes con nosotros a Jerusalén?

Los primos de Jesús, Simón y Jacobo, entraron en la casucha de María. Llevaban ya en las manos los bastones para el camino.

- Jesús* - No, no voy a ir. Me quedo por Galilea.  
*Simón* - ¿Cómo? ¿No andan diciendo por ahí que haces cosas maravillosas y que hueles a profeta? ¿Entonces? No me digas que los profetas de ahora se esconden bajo la tierra como los topos... Ya que haces cosas tan grandes, ven a hacerlas a la capital y que todos te vean el pelo. Jacobo y yo gritaremos por las calles: «¡Eh, aquí está el profeta! ¡Y es primo nuestro!» Nosotros juntamos a la gente, tú les hablas y te prometo que cuando termines te aplaudiremos, te lo prometo, primo.  
*Jesús* - Muchas gracias, primo Simón. Guárdate los aplausos y ponte en camino de prisa, anda, que la fiesta empezó anoche y vas a llegar tarde. Yo no voy.  
*Simón* - Bah, eres un chiflado y un testarudo, Jesús. Vete a Cafarnaum con esos amigotes que te has echado. ¡Vamos, Jacobo, andando!

Cuando Jacobo y Simón ya se habían perdido en la línea del horizonte...

- Jesús* - Mamá, mañana, al amanecer, me voy.  
*María* - ¿A dónde, hijo? ¿A Cafarnaum?  
*Jesús* - No, a Jerusalén.(2) A la fiesta. Vamos Santiago y Pedro y Juan y algunos más del grupo.  
*María* - Ya sabía yo que irías. Le estabas diciendo a Jacobo y a Simón que no con la boca, pero yo te miraba y a mí tú no me engañas. Jesús, hijo, ten cuidado. Jerusalén no es Galilea. Allí los romanos tienen siete ojos y se enteran de todo.  
*Jesús* - ¿Todavía tienes miedo, mamá?  
*María* - Sí, hijo, ¿cómo no voy a tenerlo? Pero ya no es como al principio. Me parecía entonces que podía regañarte como si fueras un muchacho. Jesús, eso

no se hace, obedece a tu madre... No, ya sé que no puedo poner piedras en tu camino para torcerlo. Le he dado vueltas y vueltas a todo lo que me dijiste allá en Cafarnaum, ¿te acuerdas?

*Jesús* - Claro que me acuerdo. Y la verdad es que me puse un poco peleón contigo ese día.

*María* - No, hijo, era yo la que andaba peleando con Dios como nuestro abuelo Jacob cuando se las dio de muy gallito y se puso a forcejear una noche con aquel ángel y él fue quien acabó cojeando. Así me pasó a mí, ¿sabes? Yo le decía a Dios: Ve y búscate a otro. ¿Por qué tienes que antojarte de mi hijo? Es lo único que yo tengo. ¿Por qué me lo quieres quitar? José murió. Yo voy para vieja. Por lo menos, que pueda verlo casado con una buena muchacha y con un trabajito seguro y, a lo mejor, hasta le ayudo a criar el primer nieto. No pedía más que eso. Tampoco era mucho, ¿verdad? Pero ya ves, Dios se salió, como siempre, con la suya. Te echó mano y te dijo: Tú eres el que ando buscando. Está bien, hijo. Él ganó. Él es el más fuerte.

*Jesús* - Eres valiente, mamá.

*María* - No, hijo, qué va, me estoy muriendo de miedo. Y sigo sin entender bien lo que Dios se trae entre manos contigo. Pero no te preocupes que no me voy a atravesar en tu camino. Al contrario, me gustaría seguirte, me gustaría ayudarte, pero no sé cómo.

*Jesús* - ¡Pero, mamá, si fuiste tú la que me dio el empujón a mí! Tú que andabas siempre con aquella matraquilla: «Dios quiere tumbar a los grandes y levantar a los humildes». Tú me enseñaste eso. Y eso es lo que hemos estado haciendo durante todos estos meses en Cafarnaum y en las ciudades del lago.

*María* - ¿Y en Jerusalén?

*Jesús* - También en Jerusalén hay que anunciar la buena noticia. Y lo haremos, sí, ya es momento de hacerlo.

*María* - Bueno, deja eso ahora y toma un poco más de leche, que con lo flaco que estás no vas a llegar caminando ni a Samaria... Anda, hijo, que está muy buena.

Cuando llegamos a Jerusalén, la fiesta ya iba por la mitad. Al acercarnos al templo vimos salir la procesión. Hombres, mujeres y niños con ramas de palmera y de sauce, cantaban por las calles. En el atrio de los sacerdotes se repetía la misma ceremonia: los ministros de Dios rodeaban una y otra vez el altar entonando los salmos de las tiendas.



*Sacerdote* - ¡Señor, danos la salvación! ¡Señor, danos el éxito!

*Todos* - ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Los atrios del templo estaban llenos de borrachos y de niños que correteaban detrás de las ovejas. Jerusalén olía a frutos maduros y despedía con risas el año que terminaba.

*Hombre* - ¡Paisana, mire quién está allí! ¡Es el profeta de Galilea!

*Mujer* - ¡Tú has bebido tanto, sinvergüenza, que ahora hasta ves profetas por las esquinas!

*Hombre* - Te digo que no, mujer, mira ese del manto lleno de parches... ése mismito, es. ¡Eh, camaradas! ¡Corran! ¡Llegó el profeta! ¡Llegó el profeta!

A los gritos de aquel hombre la gente comenzó a arremolinarse en donde estábamos, junto a la Puerta de Corinto. Un grupo de hombres empujó a Jesús para que se subiera en un quicio de piedra.

*Hombre* - Eh, tú, galileo, ¿qué haces tú por aquí?

*Jesús* - ¡Celebrando la cosecha de este año, amigo, que ha sido buena!

*Viejo* - ¡Habla más alto que aquí no se oye nada! ¡Maldito seboso, no te me pongas delante!

La Puerta de Corinto parecía un gallinero revuelto. Todos querían ver de cerca las barbas al profeta recién llegado.

*Jesús* - ¡Hemos venido a celebrar la cosecha de este año y a contarles lo que está pasando por el norte del país! Los campos han dado trigo y las viñas han dado sus uvas, sí. Pero Dios nos anuncia una cosecha mayor, una fiesta y un banquete que celebrarán todos los pueblos de la tierra. Amigos de Jerusalén: venimos a traerles una buena noticia. ¡El Reino de Dios ha llegado!

*Hombre* - ¡Bien por ese Reino de Dios!

*Mujer* - ¿Y dónde diablos está para que lo veamos?

*Jesús* - No mire para arriba ni para el lado, paisana. ¡Está aquí donde los pobres nos juntamos con esperanza!

*Viejo* - ¡Arriba los de Galilea! ¡En Jerusalén y en todo el país!

*Vieja* - Oye, muchacho, tú que hablas tan bonito, explícanos una cosa: ¿qué hay que hacer para entrar en ese Reino? ¡Porque a ésta que está aquí no la dejan fuera!

*Jesús* - La puerta para entrar es estrecha. Para poder

pasar por ella hay que llevar los bolsillos vacíos. Por esa puerta pasarán solamente los que comparten lo que tienen con los demás. Y los que cierran su mano a los pobres se quedarán fuera. ¡Los que piensen que son los primeros, éstos serán los últimos! ¡Y los que están en la cola, los últimos, éstos irán los primeros!

*Hombre* - ¡Muy bien hablado, galileo!

Nos costó mucho trabajo salir del templo. La gente se apretujaba contra nosotros. Todos querían ver a Jesús. Los soldados romanos vigilaban de cerca para que aquel alboroto no terminara en una revuelta mayor. Algunos galileos nos invitaron a pasar la noche en sus tiendas de palmeras y cañas. Y hacia una de ellas nos fuimos al caer la tarde, mientras los vecinos de la capital seguían discutiendo...

*Vecino* - ¿No oíste la lengua que se gasta? ¡Ese hombre es el Mesías, te lo digo yo!

*Vecina* - Pero, ¿cuándo se ha visto un Mesías con sandalias rotas?(3) ¡Tú estás loco!

*Viejo* - Además el Mesías no puede ser galileo. Tiene que ser de la familia del rey David.

*Vecino* - Y éste, ¿de qué familia será? Eso sí que no lo sabemos.

*Mujer* - ¡Tiene que ser hijo de David! ¡O es de la familia de David o no es el Mesías!

*Maestro* - Pero, amigo, ¿cómo va a ser el hijo de David si hay un salmo en que David lo llama padre en vez de hijo?

*Vecino* - Pero, ¿qué está diciendo usted? ¡Qué salmo ni qué salmo! ¡Ese tipo habla claro y tiene a Dios en la garganta!

*Fariseo* - Y yo digo que cómo puede el Mesías ser hijo de David si el mismo David le llama padre, porque, como dice otro salmo, nadie puede ser hijo de su propio hijo, ¿no le parece?

*Vecino* - Oiga, amigo, yo a usted no le entiendo ni una... y a ese galileo todas. ¡Así que váyase a cantar sus salmos en otra esquina!

*Viejo* - ¡Ese galileo nació en un pueblo de mala muerte que se llama Nazaret! ¿Acaso el Mesías, va a salir de ahí, eh? ¡No sean pazguatos! Cuando venga el Mesías, nadie sabrá de dónde viene. Vendrá de repente. ¡Zas! Se abrirán los cielos y lo veremos. Ese tipo es un engañabobos. Ea, dejemos al Mesías que duerma tranquilo esta noche y nosotros, ¡a la taberna de Aziel! ¡El mejor vino de Jerusalén está metido en los barriles de ese granuja!

Aquella noche, una misma pregunta recorrió el barrio de los alfareros y el barrio de los aguadores, la calle de las prostitutas y el mercado grande. Todos preguntaban por el profeta de Galilea. Y nadie sabía encontrar una buena respuesta. Cuando la luna nueva del mes del otoño, en el punto más alto del cielo, alumbraba débilmente las murallas rodeadas de cabañas de la ciudad santa, Jerusalén, cansada de tanta fiesta, se fue quedando adormilada.

Juan 7,1-13 y 40-43

---

1. Al comienzo del otoño, en el mes de septiembre, el pueblo de Israel celebra la fiesta de los «sukkot» (de las **Tiendas** o de las cabañas). Con ella termina la recolección de los frutos y la vendimia. La ley mandaba peregrinar a Jerusalén. Durante los siete días que duraba la fiesta, el pueblo vivía en chozas o cabañas que se construían en las terrazas o los patios de las casas, en la explanada del Templo, en las plazas públicas o en los alrededores de la capital. Las chozas recordaban las tiendas en las que los hebreos vivieron durante 40 años en su peregrinación por el desierto hacia la Tierra Prometida. En tiempos de Jesús y por influencia de textos de los profetas (Zacarías 14, 16 y 19), el pueblo tenía asociada la fiesta de las Tiendas al triunfo definitivo del Reino de Dios y de su Mesías.

2. Los caminos que llevaban a **Jerusalén** no eran nada seguros. En los tiempos de Jesús reinaba en todo el país el bandolerismo. Para proteger el comercio en las rutas de las caravanas, los romanos habían tomado especial interés en limpiar los caminos de atracadores. Los campesinos agrandaban las historias de salteadores que corrían de boca en boca y, aunque ellos no llevaran mucho en sus viajes, temían especialmente estos peligros y consideraban un favor especial de Dios el llegar sanos y salvos a Jerusalén.

3. En tiempos de Jesús, la espera del **Mesías** liberador era un tema habitual en las conversaciones populares. Para algunas escuelas de rabinos el Mesías acreditaría que lo era por su pertenencia a la familia de David. Sería «su hijo». Otros no daban demasiada importancia a este aspecto y se fijaban no en de dónde vendría el Mesías sino en lo que haría.

## 76- LA PRIMERA PIEDRA

*Marido* - ¡Sal de ahí, descarada! ¡Ya no puedes escaparte!

*Vecino* - ¡Tumben la puerta y sáquenlos fuera!

*Vecina* - ¡Adúltera, adúltera!

Un tropel de hombres y mujeres chillaban rodeando la casa de Cirilo, en el barrio de los aguadores de Jerusalén. Las piedras zumbaban contra la puerta y las maldiciones se oían en todo el Ofel.

*Vecino* - ¡Ahora las vas a pagar todas juntas, buena zorra!

*Vecina* - ¡Sabemos que están ahí los dos, sinvergüenzas!

Por una brecha del patio, como un ratón que sale de los escombros, un hombre medio desnudo saltó y echó a correr calle abajo.

*Marido* - ¡Déjenlo a él, de ése ya me encargaré otro día! ¡Pero a la Juana es a la que quiero ajustarle cuentas!

*Vecino* - ¡Sáquenla de ahí, vamos, no perdamos tiempo!

La tranca de madera que cerraba la puerta se partió con los empujones y un puñado de hombres se coló en la casa. Allá dentro, en un rincón, junto a la sucia estera, una mujer se agazapaba con un gesto de horror en los ojos.

*Marido* - ¡Así te quería agarrar, so asquerosa! ¡Perra, hija de perra, te juro por mi cabeza que hoy será el último día de tu vida!

*Vecino* - ¡A la muerte con ella, es adúltera!(1) ¡Hay que matarla!

*Vecina* - ¡Debe morir, debe morir!

*Vecino* - ¡Atrápenla!

Dos hombres se abalanzaron sobre la mujer, la agarraron por los pelos y la arrastraron fuera de la casa. Entonces, un viejo le arrancó de un tirón la sábana con que intentaba cubrirse.

*Marido* - ¡Sí, déjala así, y que todos vean sus vergüenzas! ¡Si a ella no le importó encuerarse con Cirilo, tampoco le importará estar así, en medio de la calle! ¡Vecinos: esta mujer me engañó con otro! ¡Ayúdenme ustedes a borrar la infamia que ha ensuciado mi apellido!

*Vecina* - ¡A la muerte con ella! ¡A la muerte con ella!

*Vecino* - ¡Al basurero! ¡La basura, al basurero!

Los dos hombres alzaron a la mujer por los brazos y la arrastraron pataleando por la estrecha callejuela. Con los puños en alto, chillando y silbando, se encaminaron hacia el barranco de la Gehenna, que queda al sur de la ciudad, el valle maldito donde las vecinas de Jerusalén quemaban la basura y donde eran apedreadas las mujeres que habían sido descubiertas en delito de adulterio.(2)

*Vecina* - ¡A la muerte con ella, a la gehenna!

*Vecino* - ¡Pero miren quién está aquí! ¡El profeta de Galilea!

Jesús y nosotros estábamos conversando cerca del Templo, cuando vimos acercarse, en medio de una polvareda, aquel tumulto de gente enfurecida.

*Vecino* - ¡Eh, tú, profeta, ven con nosotros a cumplir la ley de Moisés! ¡La mancha del adulterio sólo se limpia con piedras!

*Marido* - ¡Mientras más manos, más pedradas! ¡Ea, ven con nosotros! ¡Y que vengan también todos esos amigos tuyos!

*Vecino* - ¡A esta perra la atrapamos en la misma cama con el aguador Cirilo!

*Vecina* - ¡No tiene excusa: todos somos testigos de su pecado!

Los dos hombres que arrastraban a la mujer, se abrieron paso y la dejaron caer en medio de todos, boca abajo, con las rodillas sangrando y el cuerpo lleno de salivazos y magullones. Uno de ellos, con un gesto de desprecio, le puso el pie derecho sobre la cara apretándosela contra las piedras del suelo.

*Vecino* - ¿Quién es el profeta? ¿Tú? ¡Pues échale pronto la maldición para que el diablo se la trague de un bocado y se vaya derechita a los infiernos! Vamos, ¿qué estás esperando? ¿No dicen que tú eres profeta? Pues habla, responde: ¿por qué no la maldices?

*Vecina* - ¡Que muera, que muera! ¡A la muerte con ella!

Jesús se acercó al grupo de vecinos que chillaban y amenazaban con el puño.

*Jesús* - ¿Dónde está el marido de esta mujer?

*Marido* - ¡Aquí estoy! Yo "era" el marido de esta tipeja. Ya la he repudiado. ¿Qué quieres tú?

*Jesús* - Quiero saber lo que ha pasado. ¿Te había

engañado otras veces?  
*Marido*          - Claro que sí. Ella lo negaba, pero dicen que más pronto descubren al mentiroso que al cojo.  
*Jesús*           - Y dime, ¿cuántas veces crees que te ha engañado?  
*Marido*          - ¿Cuántas? ¡Y qué sé yo! Tres, cuatro, cinco veces... ¡Ésta es peor que una perra en celo!

Entonces Jesús se agachó y escribió con el dedo en la tierra tres, cuatro, cinco rayitas...

*Jesús*           - ¿Qué más tienes contra ella?  
*Marido*          - ¿Que qué mas tengo contra ella? ¡Ja! ¿No te basta con esta desvergüenza a plena luz del día? ¿Quieres juntar más carbones sobre su cabeza? Que voy a visitar a una comadre, que voy a llevarle un remedio... ¡Puah! ¡Y la comadre enferma era el aguador Cirilo y un carnicero de la otra esquina que cuando lo vea lo voy a tasajear con su mismo cuchillo de cortar carne!  
*Vecina*          - Y cuándo le dio por coquetearle a mi marido, ¿eh? Sí, sí, delante de mis narices como si una fuera una mema. ¡Si ustedes la hubieran visto pasando frente a mi casa con todo su contoneo! Sonrisitas van, sonrisitas vienen... ¡Menuda pájara!  
*Mujer*          - ¡Esta se ha acostado con todo el vecindario!  
*Vieja*          - ¿Y cuando la atraparon manoseándose con el hijo de Joaquín, ¿eh? ¡Cuéntaselo al profeta, anda!  
*Vecino*          - ¡Y por algo será también que el rabino le voltea la cara cuando le pasa por el lado! ¡Las cosas que sabrá él!  
*Vecina*          - ¡Tiene la boca más sucia que un camellero, todo lo que dice son palabras asquerosas!  
*Vecino*          - ¡Lo que dice y lo que hace!  
*Vieja*          - ¡Y cómo viste la «niña», con toda la pechuga afuera! ¡Descarada!

Jesús, en cuclillas, iba haciendo rayas con el dedo a cada una de las acusaciones que lanzaban contra la mujer...

*Viejo*          - ¡Primero se te gasta el dedo que llevar la cuenta de las fechorías de esta ramera!  
*Vecina*          - ¡Pero si esto ya se veía venir, vecinos! Hijo de gato caza ratón. ¿Dónde está la madre de ésta? ¡Arrimada al muro, con todas las maturrangas! ¡Del padre no digo nada, porque no se sabe quién sembró esta mala hierba!  
*Marido*          - Ya está bien de palabrerías. ¿Tú qué dices, profeta de Galilea?

*Jesús* - Yo digo que me den una piedra...  
*Todos* - ¡Muy bien, duro con ella!

Un viejo de mirada maliciosa se inclinó, tomó una piedra del suelo y se la dio a Jesús.

*Vecina* - ¡En la cabeza, pégale en la cabeza como a las culebras!

*Vecino* - ¡Machácala, machácala!

Jesús tenía en su mano la piedra y la sopesaba mirando a la mujer que seguía tendida boca abajo, en mitad de la calle.

*Jesús* - Lo siento, paisanos, pero yo no voy a tirarle la piedra. Si alguno de ustedes se considera limpio de pecado, que venga y se la tire.

Entonces otro viejo, de vientre abultado, se acercó a Jesús.

*Viejo* - Dame la piedra. Yo se la tiraré. Hay que cumplir la ley de Moisés. Y la ley condena el adulterio.

*Jesús* - Ojalá no te rebote en la frente, como a Goliat.

*Viejo* - ¿Qué quieres decirme con eso?

*Jesús* - Escucha... Así, entre nosotros, en confianza, ¿a cuánto interés prestas tu dinero: al diez, al veinte... quizás al cuarenta? Eso también está condenado en la ley de Moisés, ¿verdad, amigo?

Jesús clavó su mirada como un cuchillo en los ojos de aquel viejo gordo que ya levantaba su mano para arrojar la piedra sobre el cuerpo desnudo de la mujer.

*Jesús* - Está prohibido estrangular a los desgraciados que no pueden pagarte los préstamos a tiempo, ¿verdad, amigo?

La piedra resbaló de la mano del viejo que dio media vuelta y se escabulló entre la gente.

*Vecina* - ¿Qué le pasó a ése? ¿También se echó para atrás?

Jesús se volvió de nuevo a los vecinos, que esperaban impacientes.

*Jesús* - ¿Quién quiere tirarle la primera piedra a esta mujer?

*Vecino* - Yo, dámela a mí. Si hay algo que me repugna en esta vida es la infidelidad... ¡Asco de tipa!

Un hombre alto y arrogante se acercó a la mujer.

*Jesús* - Oye, amigo, ¿cuál es tu oficio?

*Vecino* - ¿Mi oficio? Comerciante. Tengo una tienda de alimentos junto a la Puerta del Ángulo.

*Jesús* - Y a lo mejor tienes dos balanzas en tu comercio, una para pesar lo que compras y otra para pesar lo que vendes. ¿Cuántas tienes tú...? ¿Una o dos?

El vendedor abrió la boca para responderle a Jesús, pero no dijo una palabra. Luego retrocedió y se disimuló entre la turba.

*Jesús* - Y tú... por la cara debes ser abogado o juez. Juez de los que juzgan en el Gran Consejo. Y dime, amigo, ¿cuántos denarios te ponen bajo el asiento para que digas que el terrateniente tiene la razón y la viuda es la culpable? ¿Quieres tirar tú la primera piedra...? Y tú... tus manos son de médico. Vamos, toma la piedra, tírasela tú. No importa, si esta mujer vive en el Ofel... Tú nunca vas por esas barracas de adobe, ¿verdad? Todos tus clientes son del barrio alto porque ellos sí te pueden pagar, claro...

*Vecino* - ¡Basta ya de tonterías! Esta mujer es una pecadora. Tú mismo anotaste sus delitos con esas rayas en la tierra. ¡Y mira cuántas hay!

*Jesús* - ¿Y por qué te fijas tanto en todas estas pajitas en el ojo de ella y no ves el tronco que hay en tu propio ojo?

*Vecino* - ¡Pajitas! ¡Esta mujer ha cometido el más grande de los pecados, el adulterio!

*Jesús* - Mayor adulterio es ver a los sacerdotes del Templo coqueteando con los gobernantes que oprimen al pueblo, y nadie les tira piedras. Mayor adulterio es ver a los servidores de Dios sirviendo a Mamón, el dios del dinero, y nadie levanta el dedo contra ellos. ¡Hipócritas! Escóndanse en las cuevas de los montes porque el Dios de Israel está al llegar y les va a echar mano y los dejará en cueros igual que ustedes hicieron con esta mujer. Porque con la medida con que midieron a los demás, con esa misma los medirán a ustedes.

Jesús se agachó y no dijo una palabra más. Con la mano extendida alisó la tierra donde había ido marcando las acusaciones contra aquella mujer sorprendida en adulterio.



*Pedro* - ¡Caramba, Jesús, los dejaste sin resuello!  
*Jesús* - Es que parece, Pedro, que el único pecado que existe para ellos es acostarse con una mujer.(3) O con un hombre. Se pasan la vida escudriñando estos pecados y ahí sí cuelan hasta el último mosquito, hasta los malos pensamientos, uno a uno. Y los grandes camellos, los grandes abusos contra los pobres, les pasan por delante y ni se enteran.

Pedro se inclinó sobre la mujer que seguía tirada en la calle..

*Pedro* - De buena te libraste tú, ¿eh? ¿Cómo te llamas?  
*Juana* - Juana... pero yo... yo...  
*Jesús* - Vamos, no llores. Ya todo pasó. Tápate con este manto, anda. Cálmate, mujer. Nadie te va a hacer nada. Abre los ojos, mira... ¿Dónde están los que te acusaban? Ninguno te condenó. Y Dios tampoco te condena ni te tira ninguna piedra. Fíjate, todo está borrado ya. Todo.

Pedro y Jesús levantaron a Juana del suelo y la acompañaron de vuelta a su casa, por la calle del acueducto, la que da al barrio de los aguadores, cerca del Templo santo de Jerusalén.

Juan 8,2-11

---

1. En Israel, el **adulterio** era tenido por delito público. Las antiguas leyes lo castigaban con la muerte (Levítico 20, 1). La tradición y las costumbres dieron a esta ley, como a tantas otras, una interpretación machista. Y así, el adulterio del hombre casado sólo era tal si tenía relaciones con una mujer casada, pero si ésta era soltera, prostituta o esclava, su relación no se consideraba como adúltera. En el caso de la mujer, bastaba que tuviera relaciones con cualquier hombre. La mujer sospechosa de adulterio era sometida a la prueba pública de tomar aguas amargas. Si le hinchaban el vientre era cierto su adulterio. Si no sentía malestares, todo quedaba en falsa sospecha (Números 5, 11-31). Esta prueba la realizaba diariamente un sacerdote en la Puerta de Nicanor en el Templo de Jerusalén. El hombre no podía ser sometido a este rito.

2. Comprobado el adulterio, los pecadores -él o ella- debían ser **apedreados** por la comunidad. Por ser el

adulterio un pecado considerado público, la comunidad debía borrar la mancha también públicamente. El apedreamiento o lapidación debían realizarlo los vecinos del lugar en que el pecador había sido descubierto en falta y, generalmente, el sitio del suplicio estaba fuera de los muros de la ciudad. Los testigos de los hechos eran los que arrojaban las primeras piedras contra el culpable. Otros delitos castigados con el apedreamiento eran la blasfemia, la adivinación y las distintas formas de idolatría, así como la violación de la ley del descanso del sábado. Delitos sexuales de mayor gravedad se castigaban con la hoguera. A estos condenados se les enterraba hasta la cintura en estiércol, se les rodeaba todo el torso con estopa y se les introducía en la boca una antorcha encendida.

3. El relato de Jesús y la adúltera sólo aparece en el evangelio de Juan y no está en todos los antiguos manuscritos que se conservan del texto original de este evangelio. Algunos piensan que este relato, que tiene todas las garantías de ser histórico, pudo ser suprimido del evangelio de Lucas y de los primeros manuscritos del evangelio de Juan porque la indulgencia de Jesús con la mujer **pecadora** resultaba excesiva, y hasta escandalosa, incluso a las primeras comunidades cristianas.

## 77- COMO UN RÍO DE AGUA VIVA

El último día de la Fiesta de las Tiendas era el más importante.(1) La semana de alegría que celebraba el fin del año y la nueva cosecha terminaba ya. Los peregrinos que abarrotaban Jerusalén se despedían ahora de la ciudad santa asistiendo a la solemne ceremonia del agua en el estanque de Siloé, junto a las murallas del sur.

*Abías* - ¿Todo preparado para la procesión, sacerdote Ziraj?

*Ziraj* - Todo preparado. Dentro de unos minutos iremos al templo a buscar el cántaro de plata. ¿Vendrá con nosotros, magistrado Nicodemo?

*Nicodemo* - Sí, por supuesto que iré.

*Abías* - Él también estará por allí. Todos estos días ha andado mariposeando por el templo con sus amigotes galileos.

*Nicodemo* - ¿A quién se refiere?

*Abías* - ¡A quién va a ser! A ese tal Jesús, el de Nazaret. ¡Ya nos tiene a todos hasta el último pelo! No hace otra cosa que armar líos o meterse en los que otros arman.

*Ziraj* - Gracias al Altísimo, los líos se van a acabar. Al perro rabioso hay que quitarlo de en medio para que no muerda a los demás, ¿no es así?

*Nicodemo* - ¿Qué quiere decir con eso, Ziraj?

*Ziraj* - Quiero decir que ya hemos hablado con el sumo sacerdote Caifás y que contamos con su autorización.

*Nicodemo* - ¿Autorización para qué?

*Abías* - Para agarrar a ese alborotador. Hoy termina la fiesta y termina también su charlatanería. ¡Al calabozo durante un tiempo y se le bajarán de una maldita vez los humos!

*Nicodemo* - Pero, ¿cómo es posible? ¿Qué están diciendo ustedes? Según nuestra ley a nadie podemos condenar sin oírlo antes.

*Ziraj* - Nicodemo, ¿no cree que ya son suficientes todas las sandeces que hemos tenido que soportarle a ese individuo? ¡Ha llenado toda la Galilea con su baba y ahora quiere alborotar también la capital! ¿No supo usted lo del otro día con esa mujer adúltera a la que iban a matar a pedradas, como manda la ley de Moisés?

*Nicodemo* - ¡Cómo no voy a saberlo! Toda Jerusalén habla de eso.

*Abías* - ¡Pues vamos a taparles la boca a todos! ¡Se acabó! Quitaremos a ese agitador de en medio.

*Nicodemo* - Mucho cuidado con lo que hacemos, amigos. La

gente dice que Jesús es un profeta.

*Ziraj* - Sí, claro, el vino de la fiesta les ha hecho ver visiones. ¡Un profeta! ¡De Galilea no salen más que granujas y ladrones!

*Nicodemo* - Este hombre es distinto, Ziraj. Yo fui una vez a hablar con él y les confieso que...

*Ziraj* - ¿Que también a usted lo engatusó? ¡Pero, magistrado Nicodemo, por favor, abra los ojos! ¿Acaso ha creído en él alguno de nuestros jefes o de los fariseos? ¡Mire los que le siguen: la chusma, esa gentuza que ni se baña ni cumple la Ley! ¡Malditos!

*Nicodemo* - Óiganlo hablar primero. Sólo les pido que lo oigan hablar.

*Abías* - Primero le echaremos mano. Después, ya veremos lo que hacemos con él... Sacerdote Ziraj, diga a los guardias que vengan. Hemos de darles instrucciones para que hagan un buen trabajo.

Un rato más tarde, las calles cercanas al estanque de Siloé reventaban de gente. Con ramos de palmeras en las manos, esperábamos la procesión de los sacerdotes que llegaban a la fuente con un cántaro de plata para llenarlo del agua bendita y luego derramarlo sobre el altar del Templo. Las antorchas, ya encendidas, iluminaban el atardecer de Jerusalén.

*Ziraj* - ¡Demos gracias al Señor porque es bueno!

*Todos* - ¡Porque su amor no tiene fin!

*Ziraj* - ¡Que lo diga la casa de Israel!

*Todos* - ¡Su amor no tiene fin!

*Ziraj* - ¡Que lo digan los de la casa de Aarón!

*Todos* - ¡Su amor no tiene fin!

*Ziraj* - ¡Que lo digan los amigos del Señor!

*Todos* - ¡Su amor no tiene fin!

La solemne procesión llegó a la piscina de Siloé. Y un sacerdote, con una dalmática bordada con la estrella de seis puntas, bajó los húmedos escalones hasta el manantial que daba de beber a todos los vecinos de la ciudad del rey David. Luego se agachó para llenar de agua el cántaro de plata.

*Ziraj* - ¡Hijos míos, ésta es el agua bendita, el agua que purifica y quita la sed y da la vida!(2) ¡Alaben el nombre de Dios y levanten los ramos en su honor!

Entonces pasó algo inesperado. Jesús se trepó sobre un ángulo de la piscina y gritó con voz muy fuerte para que todos lo oyeran.

*Jesús* - ¡Amigos, escúchenme! ¡Amigos, esa agua está estancada, no beban de ella! ¡El agua viva es otra! ¡El agua viva es el Espíritu de Dios!(3)

*Hombre* - Rediablós, pero, ¿quién es este borracho que está dando gritos?

*Viejo* - ¡Bájenlo de ahí, está distraendo a la gente y estropeando la procesión!

*Jesús* - ¡Amigos, el Espíritu de Dios aletea sobre el agua y hace cosas nuevas como al principio de la creación! ¡Los que tengan sed de justicia, que vengan y se unan a nosotros! ¡Y en su corazón brotará un río de agua viva, como aquel torrente que vio el profeta Ezequiel, que inundó la tierra y que la limpió de todos sus crímenes!

*Hombre* - Pero, ¿qué desorden es éste? ¿Hasta cuándo vamos a aguantar este descaró? ¡Tápenle la boca a ese parlanchín!

*Mujer* - Oye, ¿pero ése no es el que dicen que es profeta y que andaban buscando para matarlo? ¿Y cómo está dando gritos y nadie le echa mano?

*Vieja* - ¡A lo mejor los jefes del Sanedrín se convirtieron y se tragaron también el cuento de que ese buscapleitos es el Mesías!

*Hombre* - ¡Qué estupidez! ¡El Mesías viene del cielo en una nube de incienso! ¡Y éste vino de Galilea apestando a cebolla!

Santiago y yo estábamos a los lados de Jesús. Una avalancha de gente nos rodeaba. Los sacerdotes de la procesión, encolerizados por lo que estaba pasando, dejaron el cántaro de agua y los ramos de palmera, y fueron a buscar a los guardias. Pero Jesús siguió hablando.

*Jesús* - ¡Amigos, paisanas, miren hacia arriba! ¡Miren esas antorchas que iluminan las murallas de la ciudad!(4) ¡Así brillará la nueva Jerusalén! ¡Les traigo una buena noticia que es luz para el mundo! ¡Y la noticia es que Dios, nuestro Padre, nos regala su Reino a nosotros, los de abajo! ¡Dios es luz, y su Espíritu es una antorcha, y el Espíritu viene a dar fuego a la tierra, sí, fuego por las cuatro puntas, y a quemar en su crisol toda la escoria y a dar a luz un mundo sin ricos ni pobres, sin señores ni esclavos, un cielo nuevo y una nueva tierra donde reinará la justicia!

*Mujer* - ¡Vámonos de aquí, Leonora, que esto va a acabar mal!

*Amiga* - ¡Qué fastidio éste, siempre tienen que mezclar

las cosas de Dios con la política!

*Mujer* - Vamos, corre, que dentro de poco comienzan los palos y las pedradas...

*Vecino* - ¡Charlatán, eso es lo que eres tú, un charlatán! ¡Galileo habías de ser!

*Vecina* - ¡Palabras bonitas, mentiras grandes!

*Vecino* - ¡Cállate y muérdete la lengua, pedazo de animal! ¿No sabes que ese hombre es un enviado de Dios?

*Vecina* - ¿Enviado de Dios? Pero, ¿qué dices? ¡Mira qué pelos tiene! ¡Ése es un loco y nos quiere volver locos a todos! Eh, ¿no hay nadie que le dé un empujón y lo baje de ese muro?

*Muchacho* - ¡Ese hombre está endemoniado! ¿No lo estás oyendo? ¡Tienes el demonio de la rebeldía, nazareno!

*Jesús* - No, amigo, yo no tengo ningún demonio. ¡Yo sólo estoy diciendo la verdad! ¡Lo que pasa es que la verdad pica! ¡Y por eso algunos se tapan las orejas!

*Hombre* - ¡No escuchen a ese chiflado! ¡Tiene dos lenguas como la serpiente! ¡Es un enviado de Satanás!

*Viejo* - Y aquellos que vienen por ahí, ¿son enviados de quién, entonces?

*Mujer* - ¡Esos sí que son buenos demonios! ¡Vámonos, comadre, que esto ya se está poniendo feo!

Por la calzada de piedras que baja del monte Sión hasta la piscina de Siloé, venían abriéndose paso cuatro soldados de la guardia del Templo enviados por los sacerdotes, para apresar a Jesús?(5)

*Soldado-* ¡Basta ya, galileo, ya has alborotado bastante! ¡Ustedes, disuélvanse! ¡Vamos, vamos, he dicho que se larguen todos! ¡Y tú, apéate del muro si no quieres que te bajemos nosotros!

*Jesús* - ¿Qué pasa conmigo?

*Soldado* - Estás arrestado. Acompáñanos.

*Jesús* - ¿Arrestado? ¿Y de qué se me acusa?

*Soldado* - Son órdenes del sumo sacerdote.

*Jesús* - Pero, ¿de qué se me acusa?

*Soldado* - Ni lo sé ni me importa. Tenemos orden de detención contra ti firmada por el sumo sacerdote.

*Jesús* - ¿Y quién es el sumo sacerdote?

*Soldado* - ¿Eres tan ignorante que ni siquiera sabes eso? ¡Campesino habías de ser!

*Jesús* - Hasta hace muy poco, soldado, tú también eras un campesino como yo. Tú y tus compañeros. ¿O ya no te acuerdas? Sí, sé quién es el sumo sacerdote del Templo. Es Caifás, un «gran hombre». Y

ustedes están a su servicio, ¿no es eso?

*Soldado* - Basta de palabrería, galileo. Ya te he dicho que estás preso.

*Jesús* - ¡Pues vamos a la cárcel entonces! ¡Qué cosa tan curiosa ésta! Unos presos llevando a otros presos.

*Soldado* - Pero, ¿qué tontería estás diciendo ahora?

*Jesús* - Nada, digo que más presos que yo están ustedes. Ustedes, guardias del templo, que han caído en la trampa de los jefes y de los sacerdotes y no pueden zafarse de ellos. Ustedes que salieron del mismo lado que nosotros y mamaron la misma leche y labraron la misma tierra. Enséñame tus manos, soldado. ¿No tenemos tú y yo los mismos callos? Ustedes eran de los nuestros... y lo siguen siendo todavía. Pero los grandes les echan a pelear contra nosotros. Les han puesto en las manos espadas y lanzas para matar y les han llenado de odio. Ellos no dan la cara. Los usan a ustedes, los tienen presos con un uniforme y unas cuantas monedas que antes nos robaron a nosotros. Esa es la verdad. Si ustedes entendieran esa verdad, serían libres.

El murmullo de la gente se había ido apagando. Delante de Jesús, los cuatro soldados de la guardia del templo lo miraban fijamente. Ya no empuñaban sus lanzas con furia. Las tenían inclinadas hacia el suelo. Después, se miraron entre ellos, dieron media vuelta y se fueron.

Los sacerdotes se pusieron rojos como la grana cuando los soldados regresaron con las manos vacías...

*Ziraj* - ¡Veinte azotes a cada uno de estos cuatro imbéciles! ¡Arresto de un mes! ¡Y una multa de cincuenta denarios! ¡Al diablo con ustedes!

*Abías* - Y bien, sacerdote Ziraj. Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

*Ziraj* - Estos estúpidos soldados... Lo han dejado escapar.

*Abías* - ¿Por qué no lo han traído? ¡Digo que por qué no han agarrado preso a ese tipo!

*Ziraj* - ¡Responde, imbécil! ¡O recibirás veinte azotes más!

*Soldado* - No pudimos... Nunca habíamos oído a un hombre hablar... como él.

*Ziraj* - ¡Ya lo ve, sacerdote Abías! ¡Ese tipo es más peligroso de lo que parece! También a éstos los ha engañado. ¡Maldita sea con ese enredador! ¡Y ustedes cuatro, fuera! ¡Al calabozo! ¡Y quiero oír los azotes desde aquí! ¡Para que aprendan a

cumplir las órdenes que se les dan!

Mientras tanto, en el manantial de Siloé seguía corriendo el agua. Y las antorchas, en aquel último día de fiesta de las Tiendas, seguían iluminando las murallas y las compactas torres de la ciudad del rey David.

Juan 7,37-39 y 43-53; 8, 12-38.

---

1. El último día de la **Fiesta de las Tiendas** era, en Jerusalén, el que tenía mayor riqueza de celebraciones. Eran tradicionales las procesiones con ramilletes hechos de palma, sauce, limón y otros árboles, en las que se cantaban salmos, especialmente el 118. También la liturgia incorporaba a la fiesta el símbolo del agua y los sacerdotes organizaban una procesión en la que traían en un cántaro de plata agua de la fuente de Siloé, situada fuera de las murallas, para derramarla en el altar de los sacrificios del Templo. Durante este rito se pedía a Dios abundante lluvia para la nueva cosecha.

2. Palestina es una tierra pobre en **agua**. Tiene solamente un río importante, el Jordán. La lluvia es un factor decisivo para la economía nacional. La época de lluvias dura desde octubre hasta abril y la cantidad de lluvia depende de las alturas de las tierras. Galilea es la zona más fértil del país y mientras más se baja hacia el sur las tierras se van convirtiendo en desierto. En verano apenas llueve. La lluvia temprana, desde mitad de octubre a mitad de noviembre, prepara para la siembra el terreno endurecido por el calor del verano. La lluvia fría, entre diciembre y enero, es más abundante y arrastra fértiles tierras hacia los valles. Entre una lluvia y otra empieza la época de la siembra, que dura hasta febrero. Para una buena cosecha es imprescindible la lluvia tardía, en marzo y abril. Que las lluvias anuales fueran suficientes era lo que pedía el pueblo a Dios en la Fiesta de las Tiendas. Pedía la fecundidad y el cumplimiento definitivo de las profecías que anunciaban el día del Mesías, día en que se creía que rebosarían las aguas de los manantiales de Jerusalén hasta juntarse con las aguas del mar.

3. Las antiguas tradiciones de Israel comparaban al **Espíritu de Dios** con el agua que fecunda la tierra estéril y saca de ella frutos de justicia y de paz (Isaías 32, 15-18 y 44, 3-5). Era el Espíritu quien convertiría a Israel en un pueblo de profetas y transformaría los corazones de piedra en corazones de carne (Joel 3, 1-2; Ezequiel 36,



26-27). En tiempos de Jesús, la tradición de los rabinos y doctores, más fría y rígida, había abandonado bastante este simbolismo vital para comparar el agua, no con el Espíritu sino con la Ley.

4. Desde el primer día de la Fiesta de las Tiendas se encendían grandes **antorchas** en candelabros de oro en el patio de las mujeres del Templo de Jerusalén. Por allí pasaba la solemne procesión del agua. Cada candelabro sostenía cuatro cuencos de oro con aceite, en los que ardían mechas fabricadas con hilos sacados de las vestiduras sacerdotales. Para subir a los cuencos había que utilizar escaleras, pues se colocaban bien altos y así su luz se veía en toda la ciudad. Hablando del día del Mesías, los profetas habían anunciado una luz que superaría la noche (Zacarías 14, 6-7). Las antorchas tenían un sentido mesiánico. La tradición profética relacionó siempre al Mesías con la luz, e incluso le dio el nombre de "Luz" (Isaías 60, 1).

5. La **guardia del Templo** estaba formada por los levitas, funcionarios al servicio del Templo de Jerusalén, de rango menor que el de los sacerdotes. Entre las tareas de los levitas estaba la de policías. Tenían poder para detener, para reprimir por las armas e incluso para ejecutar las penas. No sólo estaban al servicio de los sacerdotes, sino que las mismas autoridades romanas utilizaban a este cuerpo armado judío para controlar las manifestaciones populares en la región de Judea.

## 78- UN SAMARITANO SIN FE

*Jesús* - Amigos, ¿de qué sirve que tú digas: «yo creo en Dios, yo tengo fe», si no haces nada por los demás? Si un vecino con hambre toca a tu puerta y tú le dices: «Que Dios te bendiga, hermano», pero no le das un pan, ¿de qué le sirve eso, eh? Así pasa con los que dicen que tienen fe, pero se quedan cruzados de brazos. ¡Esa fe está muerta, es como un árbol sin frutos!

*Hombre* - ¡Bien dicho! ¡Arriba el profeta de Galilea!

Estábamos en el Templo de Jerusalén, en el atrio de los extranjeros. Y, como siempre, los vecinos de la ciudad de David nos fueron rodeando para oír a Jesús y aplaudir sus palabras. Era gente del pueblo la que venía a escucharnos: alfareros, buhoneros, mujeres públicas, aguadores. Por eso, todos nos sorprendimos cuando aquel maestro de la Ley, con su manto de lino y un grueso anillo de oro en las manos se acercó a nuestro grupo.

*Maestro* - ¿Puedo hacerte una pregunta, galileo?

*Jesús* - ¿Por qué no? Aquí todos estamos conversando. ¿Qué quieres preguntar?

*Maestro* - Verás, estoy escuchándote desde hace un rato. Y sólo te oigo hablar de compartir lo que uno tiene, de dar de comer al hambriento. Todo eso está muy bien, yo no digo que no. Pero, ¿no te parece que se te está olvidando lo más importante?

*Jesús* - ¿Lo más importante? ¿Y qué es lo más importante?

*Maestro* - Dios. Se te está olvidando Dios. ¿O es que tú eres un agitador político y no un predicador de la fe de Moisés?

*Jesús* - Fue el mismo Dios el que le entregó a Moisés estos mandamientos de justicia.

*Maestro* - Claro que sí, galileo, pero en la ley de Moisés hay muchos, muchísimos mandamientos. Si yo te preguntara cuál es el más importante de todos ellos, ¿qué me dirías tú?

*Jesús* - Tú sabes mejor que yo la respuesta. ¿Qué nos enseñaron en la sinagoga desde niños? «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

*Maestro* - Entonces, según tú, lo primero es amar a Dios sobre todas las cosas, ¿no es eso?

*Jesús* - Claro que sí, amigo. Dios es lo primero. Pero, ¿dónde está Dios? A veces, uno se lo encuentra

donde menos se lo espera. Una vez iba un campesino por el camino solitario y peligroso que baja de Jerusalén a Jericó.(1) Montado en su mulo viejo, aquel hombre iba contento de regreso a su casa. Había vendido a buen precio la cosecha de centeno y ahora volvía reunirse con su mujer y sus hijos.

*Campesino* - ¡Arre, mulo, arre, no te duermas! Que todavía nos queda un buen trecho. ¡Ay, mujer, cuando te cuente! ¡Larará, larará! Con este dinerito podremos salir de todas las deudas. ¡Caramba, qué buena suerte he tenido hoy! ¡Lararí, larararí!

*Jesús* - Pero no, aquel no era su día de suerte. Porque en un recodo del camino, en mitad del desierto, unos bandidos estaban emboscados. Y cuando vieron pasar al hombre montado en su mulo...

*Ladrón* - ¡Suelta el dinero si no quieres perder el pellejo!

*Campesino* - No, no, por favor, no me hagan esto. Es mi trabajo de seis meses, la comida de mis hijos... ¡yo soy un hombre pobre!

*Ladrón* - ¡Toma! ¡Toma!

*Campesino* - ¡Ay, ay, por favor! ¡Ayyyy!

*Jesús* - Los ladrones le dieron con un palo en la nuca, le espantaron el mulo y le robaron todo el dinero de la cosecha.

*Ladrón* - Yo creo que éste ya estiró la pata. Quítale también la ropa.

*Compínche* - Bah, tíralo ahí en esa zanja. ¡Y vámonos antes de que alguien pase y nos vea! ¡De prisa!

*Jesús* - Y lo dejaron así, junto al camino, medio muerto, sin dinero y sin ropa. Al poco rato, cuando el sol caía de lleno sobre el desierto, se oyeron las pisadas de una caravana de camellos. Eran los sacerdotes de Jericó que viajaban a Jerusalén para celebrar allá, en el templo de Dios, el culto solemne de los hijos de Israel.(2)

*Sofar* - Las fiestas de este año quedarán preciosas, sacerdote Elifaz, se lo aseguro.

*Elifaz* - Y dígalo, Sofar. Me han dicho que el sumo sacerdote ha mandado comprar el mejor incienso de Arabia.

*Sofar* - Ha comprado también copas nuevas para el altar, de oro purísimo de Ofir. ¡Esperemos que no falte el vino para llenarlas!

*Elifaz* - Oiga, fíjese en aquello que está en la zanja.

*Sofar* - ¿Dónde? Ah, sí, ya veo... pero no distingo bien. ¿Es un animal muerto? ¿O un hombre?

*Elifaz* - Apuesto a que es un hombre... pero borracho. ¡Ese tipo tiene más vino dentro que un barril! ¿Y no le dará vergüenza emborracharse en estos días sagrados? ¡Ah, sacerdote Sofar, son los vicios los que están acabando con nuestro pueblo!

*Sofar* - Eh, amigo, ¿no te da vergüenza? ¿Es que no tienes respeto a Dios ni a su Ley? Ése ni se entera. A lo mejor está muerto. ¿Le parece que nos acerquemos a ver si podemos hacer algo por él?

*Elifaz* - Mire, sacerdote Sofar, si está vivo, ya sabrá él arreglárselas. Si supo llegar hasta aquí, también sabrá salir. Y si está muerto... ¿ya para qué?

*Sofar* - Tiene usted razón, sacerdote Elifaz, muy sensata su observación. Pero, ¿si estuviera... medio muerto?

*Elifaz* - ¿Sabe lo que pienso, Sofar? Que a esta gentuza se le hace un favor y luego ni te lo agradecen. Un sacerdote amigo mío montó en su camello a un tipo de éstos y no había andado con él un par de millas y ya le estaba sacando el cuchillo y amenazándolo, y le robó todo lo que llevaba encima. Y si se descuida, ¡hasta lo descuartiza! ¡Ah, fue tan triste aquello!

*Sofar* - Sí, creo que tiene usted razón. Y pensándolo bien, me parece que este desgraciado ya está tieso. ¡En fin, Señor, dale el descanso eterno!

*Elifaz* - Amén.

*Sofar* - Bueno, hablar menos y caminar más, que vamos a llegar tarde a la ceremonia. ¡Oh, camello, oohhh!

*Jesús* - Al poco rato, por el mismo camino seco y

polvoriento, pasó otra cabalgadura. Era un levita, uno de éstos que tienen por oficio enseñar al pueblo los mandamientos de Dios.(3) Iba acompañado de su mujer.

*Levita* - Te lo digo, Lidia, no tengo nada preparado. Hablar en un caserío es más fácil, ¡pero todo un sermón en una sinagoga de la capital!

*Lidia* - No te preocupes tanto, Samuel. Háblales de... de eso, del amor a Dios, de que tenemos que ser buenos y... y eso.

*Levita* - Oye, ¿y aquel bulto qué es? Mira...

*Lidia* - No me digas que es un muerto. ¡Les tengo horror!

*Levita* - No, parece un herido, la sangre está fresca aún, fíjate...

*Lidia* - ¡Ay, qué desagradable! Vámonos, Samuel, la sangre me mareo, tú lo sabes. No soporto estas cosas.

*Levita* - Pero, ¿quién será este infeliz? Tiene la cara muy golpeada.

*Lidia* - Seguramente uno de esos revoltosos que conspiran contra el gobernador Pilato. Claro, se meten en líos, se enredan en política y ya ves los resultados. Después que no se quejen.

*Levita* - Este no se queja mucho, la verdad es ésta.

*Lidia* - ¿Te acuerdas del hijo de Daniel? Tan joven, tan buen mozo y le entró la fiebre de revolucionar. ¡Qué lástima! Acabó igual que éste. Yo es que no me explico por qué la gente no puede vivir en paz y tranquilidad sin meterse en problemas, ¿verdad, Samuel?

*Levita* - Es que la gente es muy violenta, Lidia. Claro, no respetan a Dios. Uno les explica los mandamientos y las buenas costumbres y... y nada. Por la oreja derecha entra, por la oreja izquierda sale. Si amaran al Señor no pasarían estas cosas. ¡Bendito sea Dios!

*Lidia* - ¡Y bendito su santo nombre!

*Levita* - ¡Y este bendito burro que se dé prisa, que a este paso no llegamos ni el día del juicio! ¡Ea, burro, arre!

*Jesús* - Y sucedió que, al poco rato, cruzó por aquel

recodo un campesino montado en un mulo viejo y flaco.

*Samaritano-* ¡Al diablo con este calor! ¿Quién habrá inventado el desierto? Si no llevo los higos al mercado, nadie me los compra. Y si los llevo, se me pudren por el camino. ¡Y después dicen que Dios hace bien las cosas! ¡Pues yo digo que Dios le da barba al que no tiene quijada y le da moscas al que no tiene rabo para espantarlas! ¡Maldita sea, cuando llegue a Jerusalén no me quedará ni un higo para reventarlo en la panza del sumo sacerdote Caifás!

*Jesús* - Aquel campesino era un samaritano, de los que no creen en Dios ni ponen nunca un pie en el Templo.(4) Cuando vio a aquel hombre malherido...

*Samaritano-* Eh, tú, paisano, ¿qué te ha pasado? Caramba, si yo estoy mal, éste está peor. Estás casi muerto, compadre. ¡Epa! ¡Los buitres ya estarán afilándose el pico para el banquete!

*Jesús* - Y el samaritano se desmontó del mulo. Y se acercó al que estaba tirado en la zanja.(5) Y le limpió primero la sangre de la cara.

*Samaritano-* Ea, con este vino se te curarán las heridas. A ver... Y aceite para que duela menos. Así, así...

*Jesús* - Y luego se desgarró la túnica para vendarlo. Y lo cubrió con su manto y lo levantó del suelo.

*Samaritano-* ¡Y después dicen que Dios cuida del mundo y de los hombres! ¡Pues mira lo que cuidó de este infeliz! ¡Bah, tonterías, si alguno le ha visto la oreja a Dios, que me avise! ¡A otro bobo con esos cuentos!

*Jesús* - Y aquel samaritano sin fe cargó al hombre en su mulo viejo, junto al saco de higos que llevaba para vender en el mercado y, aunque él iba de camino hacia Jericó, regresó al albergue que está en Anatot y allá lo cuidó y pasó la noche en vela junto a él, porque el herido ardía de fiebre. Y cuando amaneció, el samaritano habló con el

posadero...

*Samaritano*- Eh, amigo, yo tengo que irme. Mira, te pago por adelantado. Gasta lo que haga falta en medicinas y, si no alcanza con estos denarios, yo te daré el resto cuando regrese por aquí.

*Posadero* - Oye, tú, y si este hombre me pregunta quién lo trajo aquí, ¿qué le digo?

*Samaritano*- Dile que otro hombre... un hombre como él y como tú. Adiós, buena suerte y... ¡cuídamelo bien!

*Jesús* - Y aquel samaritano, que no creía en Dios ni pisaba nunca el Templo, volvió a emprender el camino, ese camino solitario y peligroso que va de Jerusalén a Jericó. Y ahora, tú, que eres maestro de la Ley, dime, ¿quién de todos éstos fue el que amó a Dios?

*Maestro* - Pues no sé, a la verdad. Claro, el que se acercó al herido no tenía fe, pero...

*Jesús* - Pero se acercó al herido que lo necesitaba. Tú también, si alguna vez vas de camino al templo, a llevar tu ofrenda ante el altar, y te acuerdas que tu hermano o tu hermana te necesita, deja tu ofrenda, regresa, y busca primero a tus hermanos.

El maestro de la Ley se quedó todavía un buen rato escuchando a Jesús. Después le vimos alejarse con paso indeciso, hasta que atravesó la Puerta de los Tres Arcos, fuera del Templo de Jerusalén.

Lucas 10,25-37

---

1. **Jerusalén**, como capital del país, era el centro del comercio. A pesar de esto, las comunicaciones con otras ciudades no eran nada buenas. De Jericó estaba separada por 27 kilómetros de camino de bajada, a lo largo del desierto de Judea. La ruta de Jerusalén a Jericó era muy usada por los galileos, que la empleaban cuando querían evitar el paso por tierras de Samaria. En este camino, y en todas las peladas montañas de Judea, había muchas cuevas y escondrijos, lugares propicios para la actividad de los salteadores. El bandolerismo era en tiempos de Jesús muy frecuente. Las autoridades trataban de controlarlo, pero no era fácil. A veces, los romanos se vengaban de los ataques de los ladrones a sus caravanas,

saqueando las aldeas vecinas. En Jerusalén existía un tribunal especial para juzgar los casos de pillaje y para organizar medidas policiales contra los asaltantes de caminos. Actualmente, el camino que va de Jerusalén a Jericó es, como era entonces, impresionante por su desnudez. Está flanqueado por montañas grises y áridas. En uno de los recodos de la ruta, una pequeña capilla, llamada del Buen Samaritano, recuerda la parábola de Jesús.

2. Los **sacerdotes** debían acudir por turnos al Templo de Jerusalén para ofrecer allí el sacrificio, que consistía en sangre de animales, incienso y oraciones. La clase sacerdotal era una casta poderosa, con muchos privilegios, dinero y prestigio social.

3. Por debajo de los sacerdotes en el servicio del Templo de Jerusalén se encontraban los **levitas**. No eran sacerdotes ni podían ofrecer sacrificios, ya que, como a los laicos, se les prohibía acercarse al altar. Se encargaban de la música del Templo. Cantaban en el coro y tocaban los instrumentos en los actos de culto. Otros actuaban como sacristanes: ayudaban a los sacerdotes a revestirse para las ceremonias, llevaban los libros santos, limpiaban el Templo. Algunos, con formación en las Escrituras, actuaban como catequistas. Otros trabajaban como policías del Templo. En tiempos de Jesús había unos 10 mil levitas. Para sacerdotes y levitas, el Templo, su servicio, su esplendor, era el valor primero, la principal obligación religiosa. Las leyes de la pureza ritual les prohibían acercarse a los cadáveres.

4. Al emplear a un **samaritano** como tercer personaje de la parábola "del buen samaritano", Jesús sorprendió a todos e irritó al teólogo que le había preguntado. Los samaritanos eran muy mal vistos por los judíos, que sentían por ellos un profundo desprecio, mezcla de nacionalismo y de racismo. Llamar a alguien samaritano era un grave insulto. Para colmo, el samaritano del que habló Jesús no era un hombre religioso, sino un ateo.

5. La palabra original que empleó Jesús en la parábola del buen samaritano no es «prójimo» sino «plesión» (en griego), equivalente a «rea» (en arameo) y a nuestra palabra «compañero». En tiempos de Jesús se entendía que para agradar a Dios era necesario hacer bien a los demás, pero estaba en discusión quiénes eran los «compañeros» que debían ser objeto de esta caridad. Los fariseos excluían de su amor a los no fariseos, a la chusma. Los esenios sacaban fuera a «los hijos de las tinieblas», que eran los pecadores. Muchos israelitas excluían a los extranjeros.



Otros, a sus propios enemigos personales. El «compañero» -dice Jesús en su parábola- es cualquier hombre o mujer que se encuentre en necesidad. Al final de la parábola se descubre quién fue realmente «prójimo» del herido en el camino: quien **se aproximó** a él. Aproximándose, lo convirtió en su "prójimo", en su prójimo. Jesús enseñó que prójimo no es sólo aquel que uno encuentra en su camino, sino aquel en cuyo camino uno se pone.

## 79- EL CIEGO DE NACIMIENTO

*Ezequías* - Y así, hermanos, nuestros primeros padres, él Adán y ella Eva, quisieron escudriñar el secreto del Altísimo y saber del bien y del mal. Y pecaron. Porque sólo a Dios pertenece esta sabiduría. Sólo él es juez de lo que es bueno y lo que es malo. Sólo él. Y con él, nosotros, sus ministros aquí en la tierra, que hemos recibido del mismo Dios la facultad de discernir cuál es la fruta buena y madura y cuál la que está podrida y llena de gusanos.

*Mujer* - Maestro Ezequías, ya que usted sabe bien de eso de los pecados, dígame: ¿quién cree usted que pecó, Adán o Eva?

*Ezequías* - Verás, hija, el pecado de Eva fue mayor porque ella, además de comer la fruta, indujo a su esposo a pecar y, por este motivo, fue más grave su pecado, mucho más grave. Más aún: ¡gravísimo!

Cuando aquella mañana de sábado pasamos cerca de la Puerta del Agua para entrar en la ciudad, el maestro Ezequías, conocedor de la Ley y de las tradiciones de Israel, enseñaba a los peregrinos que le rodeaban.(1) Movía mucho los ojos, como una lechuza alerta a la caza de su presa. Como él, otros fariseos enseñaban la Ley de Moisés por las calles de Jerusalén durante aquellos días de fiesta.

*Ezequías* - Y entonces, cuando, comida la manzana, el pecado de nuestros primeros padres se hubo consumado, los dos sintieron vergüenza al verse desnudos. Y en ese instante nació otro pecado, el pecado de la concupiscencia lujuriosa y también el pecado del deseo desordenado y además el pecado del placer carnal y el pecado...

*Chispa* - Oiga, maestro-como-se-llame, usted agarra un pecado y le vienen otros siete colgando detrás como las cerezas. ¡Ja, ja, ja!

*Ezequías* - ¿Qué dice este desdichado?

*Chispa* - Digo lo que digo: que si el viejo Noé llena el arca con todos los pecados que usted ha estado mentando desde que abrió la boca, se le hunde el barco de una vez.

*Ezequías* - Pero, ¿quién es este atrevido?

*Hombre* - Es un ciego, maestro Ezequías.

*Mujer* - Es el Chispa. Le llaman así por la lengua que se gasta. No la deja quieta ni durmiendo.

*Chispa* - ¡No, pero usted siga, siga, maestro-como-se-llame, que esa historia de la señora Eva desnuda se estaba poniendo interesante! ¡Je! No crea, que uno es ciego, pero no manco. ¡Y con las manos

- también se aprende mucho! ¡Ja, ja, ja!
- Ezequías* - ¡Indecente mendigo, haz silencio y márchate de aquí y déjanos gozar de las dulzuras de meditar en la ley del Altísimo!
- Chispa* - ¡Bueno, bueno, ustedes a sus dulzuras y yo a mi vino, que está mejor! ¡Ahhh!
- Ezequías* - ¡Deslenguado! ¡Deslenguado y borrachín! Bueno, prosigamos nuestra enseñanza. ¿Alguna pregunta más?
- Mujer* - Maestro, si usted sabe de lo bueno y de lo malo, díganos, ¿por qué este pobre hombre nació ciego?(2) ¿Sería por el pecado de sus padres o por el pecado de él mismo?
- Chispa* - ¡Eh, eh, que mi papá y mi mamá son buena gente, no se metan con ellos! ¡Su abuela será la pecadora! ¡Mira esta señora!
- Ezequías* - Acertada pregunta y clarísima respuesta. Mire usted, según nos da a entender el espíritu de rebeldía que posee este individuo y la burla constante con la que se enfrenta a los ministros de Dios, podemos determinar con certeza que este hombre pecó y que por su pecado ha nacido ciego...
- Chispa* - ¡Eh, usted, pero si yo nací ciego, ¿a dónde iba a pecar yo? ¿Dentro de la barriga de mi madre?
- Ezequías* - Este hombre pecó y sigue pecando. Su lengua es su propio juez. Y en su lengua hay pecado.
- Chispa* - ¡Y en la suya, maestro-como-se-llame, lo que no debe haber ya es saliva! Ea, ¿quiere un trago? ¡Con tanto dale que dale al pecado se le debe haber quedado el gaznate más seco que una teja! ¡Ja, ja, ja!
- Ezequías* - Hijos míos, vámonos de aquí a donde haya más paz. Con este sujeto no se puede reflexionar serenamente sobre la palabra de Dios.

El grupo de peregrinos se alejó por la estrecha calle siguiendo al maestro Ezequías. El ciego Chispa se quedó en el suelo, sonriendo, con su grueso bastón entre las manos. Era muy moreno y el vino hacía brillar sus ojos sin luz. Nos acercamos a él y Jesús se sentó a su lado.

- Jesús* - Eh, amigo, todos se fueron ya. Te han dejado beber en paz.
- Chispa* - Bueno, la verdad es que yo me estaba divirtiendo mucho con todos ellos. ¡Uy, qué tipo ése! Yo no sé lo que pensarás tú, paisano, pero él sí que es un atrevido: que si éste pecó, que si esto es bueno, que si aquello es malo... ¡Uff!
- Jesús* - Ése lo que quiere es encerrar a Dios en una jaula como si fuera un pájaro.

*Chispa* - ¿Sabes lo que dijo? Que yo nací ciego porque hice pecados. Pero, ¿cómo voy a pecar si no veo? ¡Ja! ¡Si voy a pellizcar a una mujer y lo que agarro es un melón! Bah, si yo lo que soy es un pobre diablo. ¡Y ahora, encima, pecador! ¡Eso faltaba! Mira, paisano, yo creo que Dios, si tiene saliva, no la gasta en estar hablando de tanta tontería como ese maestro, ¿no te parece?

Entonces, Jesús escupió en el suelo. Y con saliva y tierra hizo un poco de lodo.(3) Después lo untó sobre los ojos ciegos de Chispa.

*Chispa* - Espera, tú, ¿qué me estás haciendo? ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

*Jesús* - Óyeme, Chispa, ve a lavarte ahí, a la piscina de Siloé.(4) Y cuando salgas, vuelve donde ese maestro charlatán y cuéntale lo que pasó...

*Chispa* - Pero... ¡eh, no te vayas! Oye, ¿quién eres tú? ¿Quién eres?

Un rato después, dos comadres vieron pasar a Chispa por la esquina...

*Mujer* - Mire, comadre Lina... ¿Aquel que va por ahí no es Chispa?

*Comadre* - Pero, ¿cómo va a ser él si no lleva bastón y camina como si nada? Ven, vamos a acercarnos. Debe ser uno que se le parece.

*Mujer* - Pero, ¿tú eres el Chispa? ¿Él mismo que está todas las mañanas en la Puerta del Agua?

*Chispa mismo.* - ¡Sí, soy el mismo que mi madre parió! Ése

*Vecina* - ¿Y cómo tienes los ojos sanos? ¿Puedes verme o es que estás de broma como siempre, eh, bandido?

*Chispa* - No, doña Lina, mire lo bien que estoy que hasta le puedo contar los pelos que le están saliendo en el bigote.

*Mujer* - ¡Ah, mala lengua! ¡Eres un atrevido!

*Chispa* - Pero no crea que veo sólo lo feo, doña Lina. También está usted muy hermosa con ese pañuelo de rayitas. ¡Para comérsela! ¡Veo! ¡Lo veo todo! Lo que no veo es a ese maestro, que no sé cómo se llama... El que me curó me dijo que lo buscara. ¿Por dónde andará?

En muy poco tiempo corrió el chisme por todo el barrio...

*Hombre* - ¿Cómo fue, Chispa? ¡Cuenta, cuenta!

*Chispa* - Un tipo que creo que se llama Jesús me embarró los ojos y me mandó al estanque de Siloé a

lavarme. Yo fui, me lavé y... ¡zas! Me curé. Así fue todo.

*Hombre* - ¿Y dónde está ese tipo que te curó?

*Chispa* - No sé dónde se ha metido. Pero ahora a quien yo estoy buscando es a ese maestro de la ley que tiene voz de grillo. ¿Por dónde andará?

Tantas vueltas dio Chispa que terminó encontrando al sabio y sesudo maestro de la ley...

*Ezequías* - ¿Qué pasa contigo, desventurado pecador?

*Chispa* - ¡Que veo! ¡Que veo!

*Ezequías* - ¿Cómo que ves? ¿Qué estás diciendo, desgraciado?

*Chispa* - ¡Que los ojos se me han abierto, eso es lo que digo!

*Ezequías* - ¿Ves? ¿Ves mi mano?

*Chispa* - Claro que la veo. ¡Y por cierto, maestro, la tiene usted bastante sucia! ¡Ja, ja, ja!

*Ezequías* - ¡Suelta, atrevido! Tú no eres Chispa. Eres un impostor, enviado por ese condenado mendigo para confundirnos.

*Chispa* - ¡No! ¡Soy el mismo que estaba antes en la Puerta del Agua cuando usted hacía la historia de Eva desnuda!

*Ezequías* - Y entonces, ¿qué es lo que ha pasado?

*Chispa* - Un hombre me puso saliva y tierra en los ojos y me lavé en la piscina y... ¡zas! ¡Veo!

*Ezequías* - ¿Y quién es ese hombre?

*Chispa* - El que me curó. Yo estaba ciego y no le pude ver la cara.

*Ezequías* - ¡Hoy es día de descanso! ¡Nadie puede curar en sábado!

*Chispa* - Pues éste sí me curó.

*Ezequías* - ¿Y en nombre de quién lo hizo?

*Chispa* - Él mentó a Dios cuando me curó.

*Ezequías* - ¡No puede haber nombrado a Dios, porque el que no cumple el sábado es un pecador!

*Chispa* - Pues yo creo que era un hombre bueno. ¡Y vaya si era bueno: me curó!

*Ezequías* - ¡Ni es un hombre bueno ni te ha curado en nombre de Dios!

*Chispa* - ¡En nombre de Dios o en nombre del diablo, a mí me da lo mismo!

*Ezequías* - ¿Quién era ese hombre?

*Chispa* - Dicen que es un profeta de Dios.

*Ezequías* - ¡Embustero! ¡No puede ser profeta de Dios el que no cumple la ley de Dios!

*Chispa* - Bueno, no será un profeta, qué más me da. Profeta o no, me curó.

*Ezequías* - ¡Basta ya de sandeces! ¡Tú nunca has estado

ciego, sinvergüenza, impostor! ¡Vayan a llamar al padre y a la madre de este hombre! ¡Voy a buscar ahora mismo a los sacerdotes!

Los padres de Chispa, dos ancianos mal vestidos y asustados, se presentaron ante un colérico sacerdote..

*Sacerdote* - ¡Mucho cuidado con las palabras que van a decir! ¡Están en la casa de Dios y delante de los representantes de Dios! ¡Les vamos a tomar declaración en nombre del Altísimo! ¿Están dispuestos a decir la verdad?

*Vieja* - Sí, señor... la diremos.

*Sacerdote*- ¿Es este hombre hijo de ustedes?

*Viejo* - Sí, señor maestro. Es nuestro hijo Roboam. Algunos le dicen Chispa. El mismito es.

*Sacerdote* - ¡Les pido juramento por el trono del Altísimo! ¿Es cierto que este hombre nació ciego?

*Vieja* - Es cierto. Tan cierto como que yo estoy... temblando del susto. Yo misma lo parí y nació con sus ojos muertos. Fue una tristeza, señor maestro.

*Sacerdote* - Entonces, ¿cómo si nació ciego, ahora ve? ¡Declaren la verdad en presencia del Altísimo!

*Viejo* - La verdad es que nosotros no sabemos cómo ha sido.

*Vieja* - Pregúntenselo a él, que ya es mayorcito y se lo explicará todo. ¡Sí, eso, pregúntenselo a él!

Al término de la distancia, Chispa se hizo presente ante aquel tribunal...

*Sacerdote* - ¡Escucha, desgraciado, y escucha por última vez! Estás delante de los libros de la Ley y en la presencia del Tres veces Santo. Nosotros sabemos que ese hombre que dices que te ha curado es un pecador. ¡Si te declaras seguidor suyo, nosotros te declararemos pecador a ti también! ¡No podemos consentir que ese hombre te haya curado en sábado!

*Chispa* - ¿Y... si me hubiera curado en lunes?

*Sacerdote* - ¡Igual sería su pecado! ¡No podemos tolerar que ese hombre diga que hace las cosas que hace en nombre de Dios! ¡Nosotros somos los representantes de Dios y hemos recibido del Altísimo el don de interpretar la santa Ley! ¡Y nosotros declaramos que ese hombre es un pecador!

*Sacerdote* - A ver, habla: ¿qué dices tú de él?

*Chispa* - ¡Y dale con la misma canción! ¡Yo digo que a mí qué me importa lo que sea. Yo estaba ciego y ahora... ¡zas! ¡Ve!

*Sacerdote* - ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está ese hombre?  
*Chispa* - Acabáramos... Ya sé lo que ustedes quieren. ¿Ustedes también quieren ir con él a aprender a hacer cosas maravillosas?  
*Sacerdote* - ¡Vete tú con él, endemoniado, tú que eres de la misma pasta: pecador y malnacido! ¡Síguelo tú! ¡Nosotros seguimos a Moisés! ¡Nosotros sabemos que Dios le habló a Moisés, pero de ese tipo no sabemos más que es un charlatán de Galilea, con las sandalias rotas, que apesta a vino y a prostituta!  
*Chispa* - ¡Ahí mismo está el asunto! Que ese tipo, que es un pobretón, tiene a Dios de su parte, por que yo nunca ví que sin contar con Dios se le pudiera dar la vista a un ciego.  
*Sacerdote* - ¿Ahora nos vas a dar tú lecciones? ¿A nosotros? ¿A los ministros de Dios? ¡Fuera, maldito! ¡No podemos tolerar que un pelagatos como tú venga a decirnos quién está con Dios y quién no! Eso es cosa nuestra. ¡No consentimos que ese hombre haga lo que hace! ¡De Dios nos viene el poder con el que le condenamos a él y con el que te expulsamos a ti de la sinagoga! ¡Anatema contigo! ¡Sal de aquí y no vuelvas a poner un pie en la casa de Dios!

Y los ministros de Dios echaron fuera de la sinagoga a Roboam, al que llamaban Chispa, que había nacido ciego y que desde aquel sábado pudo ver el color de las piedras y las formas de las nubes. Jesús le había devuelto la vista. Él todo lo hizo bien: abrió los ojos de los ciegos y dejó en tinieblas a los que, llenos de orgullo, creían ver.

Juan 9,1-41

---

*1. Los maestros de la Ley, escribas o doctores, ejercían una fuerte influencia en el pueblo. Esto hacía que se consideraran superiores. Por ser los «expertos» en religión, los que «sabían», se sentían inmunizados, a salvo del pecado. La superioridad con la que se presentaban al pueblo era intelectual y moral. Mucha gente los respetaba y seguía sus instrucciones, les consultaba y se dejaba enseñar por ellos. Difícilmente los maestros de la ley, que se habían hecho con el monopolio de Dios y de la religión, iban a renunciar a este privilegio que les proporcionaba tantas ventajas. De ahí su oposición sistemática a Jesús, laico sin especial formación teológica, que hablaba de temas religiosos con toda*

libertad y con una orientación contraria a la establecida por la religión oficial.

2. En tiempos de Jesús se creía que toda desgracia era consecuencia de un pecado cometido por quien la padecía y que Dios castigaba en proporción exacta a la gravedad de la falta. Pero también Dios podía castigar "por amor", para poner a prueba a los seres humanos. Si aceptaban estos castigos con fe, el mal se convertía en una bendición que ayudaba a tener un más profundo conocimiento de la Ley y que facilitaba el perdón de los pecados. Pero era creencia que ningún castigo que viniera como prueba de Dios podía impedirle al ser humano el estudio de la Ley. Por eso, la **ceguera** no podía ser nunca prueba de amor, sino una maldición. Algunos rabinos opinaban que un niño podía ya pecar en el vientre de su madre, pero lo más frecuente era pensar que los defectos corporales de nacimiento se debían a los pecados de los padres, a pesar de que los profetas habían insistido en la responsabilidad individual de cada persona ante Dios (Ezequiel 18, 1-32).

3. En Israel se pensaba que la **saliva** transmitía la propia fuerza, la energía vital y, por esto, se usaba para curar ciertas enfermedades. Era creencia tradicional que la saliva del hijo primogénito curaba las enfermedades de los ojos. Cuando Jesús untó los ojos del ciego de nacimiento con lodo hecho con tierra y su propia saliva estaba reproduciendo la escena del Génesis, cuando Dios creó al hombre del barro, y estaba haciendo un signo de la creación del hombre nuevo.

4. La **piscina de Siloé** estaba situada fuera de las murallas de Jerusalén. Siloé significa «enviada», nombre que hace referencia a la procedencia del agua que se acumulaba en el estanque. El agua llegaba a Siloé desde el manantial del Guijón, situado al oriente de la ciudad. La fuente del Guijón era el único manantial de aguas de Jerusalén que manaba ininterrumpidamente, en cualquier época del año. De ahí el interés de las autoridades en represar esta agua para abastecer a la ciudad en tiempos de sequía y, sobre todo, en tiempos de guerra. Por eso, 700 años antes de Jesús, el rey Ezequías hizo construir un túnel desde las fuentes del Guijón hasta el estanque de Siloé, que en aquel tiempo se hallaba dentro de las murallas. Este túnel, excavado en la roca viva, tiene medio kilómetro de largo, medio metro de ancho y una altura que oscila entre uno y medio y cuatro y medio metros. Es una obra de ingeniería admirable que aún hoy se puede recorrer.



## 80- EL PIADOSO Y EL GRANUJA

En el barrio de Ofel, en el mismo centro de Jerusalén, vive mucha gente y las casas se amontonan unas sobre otras. Queriendo o sin querer, uno se entera de la vida ajena. Aquel lunes, al pasar frente a la casa de Ezequiel, el piadoso.(1)

*Ezequiel* - Pues sí, Rebeca, salimos del templo envueltos en una nube de incienso. El maestro Josafat iba delante, abriendo la procesión, con el libro de la Ley levantado entre las manos.

*Niño* - Buaaaaj...

*Ezequiel* - ¿Qué ha sido ese ruido, hijito?

*Rebeca* - Seguramente la pata de la silla, Ezequiel. Sigue contándome lo de la procesión.

*Ezequiel* - Pues bien, como te iba diciendo, salimos del templo con aquel fervor, con aquel recogimiento...

*Niño* - ¡Buaaaaj...!

*Ezequiel* - Pero, ¿a este niño qué le pasa?

*Rebeca* - Será una mala digestión.

*Ezequiel* - Será una mala educación. Hijito, «el hombre grosero es la vergüenza de la familia». No lo volverás a hacer, ¿verdad, hijito?

*Niño* - Sí, papá.

*Ezequiel* - ¿Cómo que sí?

*Niño* - No, papá.

*Ezequiel* - ¿Sí o no? Responde.

*Niño* - Sí o no, papá.

*Rebeca* - Ay, déjalo ya, Ezequiel. Es un niño, no lo atormentes. ¿No ves que no sabe ni lo que dice?

*Ezequiel* - «La grosería es la que atormenta el espíritu. La buena educación, por el contrario, es como aceite que lo apacigua». Y hablando de aceite, Rebeca, ¿por qué no traes algunas aceitunas para entretener la conversación?

*Rebeca* - Ya voy, Ezequiel.

*Ezequiel* - A ti te gustan mucho las aceitunas negras, ¿verdad, hijito?

*Niño* - No, papá.

*Ezequiel* - ¿Cómo? ¿Qué no te gustan las aceitunas negras? ¿Y por qué, hijito?

*Niño* - Porque saben a mierda.

*Ezequiel* - Pero, ¿qué palabras son ésas? Rebeca, ¿qué modales está aprendiendo nuestro hijo?

*Rebeca* - Son los vecinitos, Ezequiel, que le enseñan.

*Ezequiel* - «Amigos en la plaza, indecencias en la casa». Hijito, esa palabra es un pecado.

*Niño* - ¿Qué palabra, papá?

*Ezequiel* - Esa, ésa que dijiste antes...  
*Niño* - ¿Cuál, papá?  
*Ezequiel* - Así que ya sabes, no quiero oírla nunca más en mi hogar.  
*Niño* - Pero, papá, ¿qué palabra? Dime, ¿qué palabra?

Mientras tanto, en otra casa del barrio donde vivía el granuja Filemón...

*Filemón* - Yo es que me reviento... ¡Ja, ja, ja! Es que... ¡es que me doblo!  
*Martina* - ¡Pero, acaba el cuento, hombre!  
*Filemón* - Imagínate tú, Martina, que viene el mayordomo y le dice al rey: «¡Mi rey, el príncipe está conspirando contra usted!» Dice el rey: «Tonterías, tonterías, el príncipe es todavía un niño inocente». Dice el mayordomo: «Pues ese niño inocente ya tiene puestos los dos ojos sobre el trono». Dice el rey: «¡Bah, mientras no ponga el tercero!» ¡Ja, ja, ja! Yo es que me desternillo...  
*Martina* - ¡Ja, ja, ja! ¡No seas tan puerco, Filemón!  
*Filemón* - No, si la porquería empieza ahora, cuando llega la reina y le dice al rey... ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, ay, yo es que no puedo más... Es que ya me duele aquí en el ombligo de tanto reírme, ay... ¡Ja, ja, ja!

Al día siguiente, martes, en casa del piadoso Ezequiel...

*Ezequiel* - Querida esposa, hoy es martes, día de los ángeles protectores.  
*Rebeca* - ¿Y qué pasa con eso, Ezequiel?  
*Ezequiel* - Que los ángeles son espíritus puros. No comen ni beben. Debemos imitarlos, Rebeca. Hoy corresponde ayunar.(2)  
*Niño* - Pero, papá, yo tengo hambre.  
*Ezequiel* - Usted se calla, mocoso. Y tú, Rebeca, prepara un caldito ligero y un poco de pan.  
*Rebeca* - Y... ¿sólo eso?  
*Ezequiel* - Con eso será suficiente. «Nuestro cuerpo es como un caballo: átale la rienda corta y lo dominarás».  
*Rebeca* - Pero, Ezequiel, nuestro hijo está creciendo, necesita alimentarse bien. Tengo miedo que...  
*Ezequiel* - No tengas ningún miedo, Rebeca. El que cumple con el ayuno, no teme a Dios. El que ayuna, comparecerá con la cabeza bien alta ante el tribunal del Altísimo.  
*Rebeca* - ¡Y bien pronto que iremos a ese tribunal, porque a este paso...!

A esa misma hora, en la casa del granuja Filemón...

*Filemón* - ¡Maldita sea, la pechuga de este pollo está más buena que la tuya, Martina!

*Martina* - Pero, ¿dónde metes tú todo lo que tragas, eh? Pareces un saco sin fondo. Mira, Filemón, no sigas comiendo, que vas a vomitar.

*Filemón* - No, qué va, ¡yo soy como los pelícanos, que nunca sueltan lo que tienen en el buche! ¡Ja! ¡Epa, sírveme más berenjenas y lentejas! ¡Y un buen pedazo de aquel tocino!

*Martina* - Bueno, allá tú, cuando revientes.

*Filemón* - Barriga llena, corazón contento, así dicen.

*Martina* - También dicen que de buenas cenas están las sepulturas llenas.

*Filemón* - Pues mira, si la muerte viene a buscarme hoy, le diré que yo no puedo dar un paso. Y si quiere, ¡que me lleve rodando!

Al día siguiente, miércoles, en casa de Ezequiel, el piadoso...

*Ezequiel* - "Tomarás el diezmo de todo lo que tus campos hayan producido y lo llevarás al santo templo de Dios y allí ofrecerás como sacrificio agradable la décima parte de tu trigo, la décima parte de tu aceite, la décima parte de tu vino." Así lo mandó Moisés, así está escrito en el libro del Deuteronomio y así lo cumpliré yo.

*Rebeca* - Hoy entregaremos nuestros diezmos y limosnas a los sacerdotes de Dios. ¡Todo sea por el Templo, por honrar el nombre del Señor y porque él nos cuente en el número de sus elegidos!

A esa misma hora, Filemón jugaba en la taberna del barrio...

*Filemón* - ¡Ese es el número! ¡Cuenta, cuenta! ¡Con el cuatro van seis, y con el ocho, dieciséis! ¡Gano otra vez!

*Vecino* - Pero, ¡qué maldita suerte tienes esta noche, Filemón! ¡Me has dejado más en cueros que Adán!

*Filemón* - ¡Lo que pasa es que yo tengo un hermano gemelo y comenzamos a jugar a los dados desde la barriga de mi madre!

*Vecino* - No, lo que pasa es que tú me has hecho trampas.

*Filemón* - ¿Trampas? ¿Tramposo yo? Mira, vecino, te voy a dar otra oportunidad. ¡Lo apuesto todo al siete! Todo, todo... ¡los cuarenta denarios que he ganado esta noche y los que te gané ayer!

*Vecino* - ¿Y qué apuesto yo si ya no me queda ni un céntimo?  
*Filemón* - Apuesta la túnica, hombre. No, no, mejor apuesta a tu mujer. Eso, tu mujer contra mis denarios. ¿De acuerdo?  
*Vecino* - De acuerdo. Echa los dados.  
*Filemón* - Arcángel de las siete nubes, querubín de las siete alas, demonio de los siete cuernos... ¡que me salga un siete! Ahí va... ¡Siiiiieete! ¡Por la trompa del elefante de Salomón, he ganado otra vez! ¡Tu mujer es mía, vecino!

Cuando llegó la noche del jueves, en casa del piadoso Ezequiel...

*Ezequiel* - Rebeca, te digo a ti lo mismo que el santo Tobías le dijo a Sara, la hija de Ragüel: no subiré al lecho matrimonial sin antes invocar el nombre del Altísimo.  
*Rebeca* - ¡Huuuummm! Pues invócalo y acuéstate de una vez, porque yo no puedo ya ni con mi alma.  
*Ezequiel* - «Señor, tú sabes que no voy a tomar a esta hermana mía con deseo impuro ni me acerco a ella sin recta intención. Por el único motivo que me uniré a ella es para procrear un hijo. Un hijo, Señor, que no será fruto del deseo carnal, sino de la esperanza de engendrar al Mesías». Esposa mía: ¡procreemos! Esposa mía...  
*Rebeca* - ¡Ahuuummm! Esposo mío... con tanta monserga el Mesías se quedó dormido.

Mientras tanto, en casa del granuja Filemón...

*Filemón* - Psst... ven acá, gordita mía. No seas mala.  
*Mujer* - Pero, Filemón, ¿tú estás loco? ¿Qué diría mi marido si llega y nos encuentra juntos?  
*Filemón* - No diría nada. Del susto se traga la lengua.  
*Mujer* - ¿Y qué le digo yo a él, eh?  
*Filemón* - Le dices que eres sonámbula y que, caminando, llegaste hasta mis brazos.  
*Mujer* - ¿Y tu mujer, si se entera?  
*Filemón* - ¿Quién? ¿Mi mujer? ¡No, que va! Esa no se entera de nada. Es ciega y sorda.  
*Mujer* - ¿Y por qué te casaste con ella entonces?  
*Filemón* - ¡Por eso mismo!  
*Mujer* - Filemón, ¡tú eres un sinvergüenza!  
*Filemón* - Yo seré un sinvergüenza, pero tú estás más buena que un queso.  
*Mujer* - ¡Saca la mano, atrevido!  
*Filemón* - Es que tengo frío, gordita...

Y llegó el viernes, en casa del piadoso Ezequiel...

*Niño* - Papá, papá, yo quiero salir, ¡vamos a la plaza, papá!

*Ezequiel* - No, hijito. En la plaza hay muchachos maleducados. Ahí es donde aprendes a decir groserías.

*Rebeca* - Podríamos ir a saludar a mi prima Rosita, la pobre, está tan sola...

*Ezequiel* - No está sola. Está divorciada. Y no pondré un pie en la casa de una mujer divorciada. Cuando pase por la calle, voltearé el rostro.

*Niño* - ¡Papá, vamos a la escalinata! ¡Allí van todos los niños a jugar al caballito!

*Ezequiel* - Pero el hijo de buena familia no debe mezclarse con los hijos de la calle. La sabiduría consiste en guardar siempre la distancia conveniente. No te olvides de eso, hijito.

*Rebeca* - Por Dios, Ezequiel, vamos aunque sea a estirar las piernas y dar una vuelta por el barrio.

*Ezequiel* - No, Rebeca. Después se nos hace tarde y recuerda que mañana es sábado. Debemos madrugar para ir al templo y dar culto a nuestro Dios. Vamos, vamos, a la cama, hijito. A descansar, esposa mía.

También en casa de Filemón era hora de acostarse...

*Martina* - Vamos, Filemón, métete ya en la cama, acuéstate.

*Filemón* - ¡Hip! ¿Por qué tanta prisa si no hay fuego? La noche es larga como el rabo de un mono... ¡Hip! ¡Viva el mono y viva la mona!

*Martina* - Estás borracho, Filemón.

*Filemón* - ¿Borracho yo? ¡Hip!... ¿Borracho yo?

*Martina* - Sí, borracho tú. A ver, ¿cuántos dedos tengo en esta mano? Mira bien.

*Filemón* - ¿Cuántos dedos en esta mano? Deja contarlos: dos... cuatro... seis... ocho... dieciséis... veinticuatro... cuarenta y cuatro... ¡Hip!

*Martina* - Estás borracho. Vamos, acuéstate.

*Filemón* - Más borracho estaba Salomón y no lo metieron en la cama. ¡Hip! ¡Yo soy el rey Salomón! ¡Hip! Yo soy el rey Salomón... ¡Hiip!

Y llegó el sábado, el día del descanso, cuando los hijos de Israel subíamos al templo a rezar...

*Ezequiel* - Oh, Dios, te doy gracias porque me has permitido vivir otra semana sin faltar a ninguno de tus mandamientos. Mi familia y yo no somos como

otras familias de la ciudad. Cumplimos con el ayuno, cumplimos con la limosna y el diezmo, cumplimos con todas las normas prescritas en tu santa Ley.

El piadoso Ezequiel, junto a su esposa y a su hijo, rezaba en voz alta, de pie frente al altar de Dios. Y mientras él rezaba, un hombre entró en el templo y se quedó atrás, en el fondo. Y se arrodilló y pegó la frente contra el suelo y con el puño cerrado se golpeaba el pecho. Era el granuja Filemón.

*Filemón* - Señor, échame un mano. Yo soy un desgraciado... ¡Señor!

*Ezequiel* - Te doy gracias, Dios mío, porque mi familia y yo no somos como éstos otros que están manchados por dentro y por fuera, ladrones, adúlteros, borrachos, viciosos. Ejem... Como ése que tengo a mis espaldas.

*Filemón* - Señor, mírame. Yo no soy el rey Salomón. Yo no soy nadie. Menos que eso... Yo soy... yo soy una mierda. Échame una mano, Señor. Yo quiero cambiar de vida. Yo quisiera...

*Jesús* - Y sucedió, amigos, que aquel día, el granuja volvió a su casa reconciliado con Dios. Y el piadoso no. Porque Dios pone delante a los que se quedan detrás. Y echa atrás a los que se ponen delante.

Lucas 18,9-14

---

1. El movimiento **fariseo**, compuesto por laicos varones, tenía mucha importancia en tiempos de Jesús. Se calcula que contaba con más de 6 mil miembros por entonces. Aunque los jefes del movimiento eran personas instruidas y de clase social elevada, tenían muchos adeptos entre las clases populares. Sus comunidades eran cerradas, como sectas. Se consideraban los buenos, los salvados, los predilectos de Dios. Para entrar a formar parte del grupo de los fariseos se seleccionaba mucho a los candidatos y había un período de formación de uno o dos años. El centro de la práctica farisea era el cumplimiento escrupuloso de la Ley, según la interpretación que ellos mismos hacían de la Escritura. En tiempos de Jesús, los fariseos habían establecido en la Ley 613 preceptos. De ellos, 248 mandamientos eran positivos y 365 eran prohibiciones. Convertían así la voluntad de Dios -la Ley- en un yugo

*pesado y agobiante. Los que no cumplían todas estas normas puntualmente eran considerados malditos.*

*Los fariseos despreciaban a la masa del pueblo y estaban convencidos de que era gente incapaz de conseguir la salvación. A pesar de eso, habían logrado captar a algunas capas populares, sobre todo, porque eran anticlericales. Estaban en contra de la jerarquía sacerdotal y proclamaban que la santidad no era solamente cosa de sacerdotes, sino que cualquier fiel laico podía llegar a ella. Sin embargo, esta verdad la desvirtuaron al interpretar en la práctica en qué consistía ser santo. Reducían la santidad a cumplir escrupulosamente una serie de actos piadosos: ayuno, limosna, rezos.*

*2. Los fariseos eran formalistas y vivían de ritos. Salvarse era para ellos una cuestión de acumular más y más méritos. **Ayunaban** los lunes y los jueves aunque la Ley sólo ordenaba un día de ayuno al año. Pagaban impuestos al Templo -los diezmos- hasta por yerbas insignificantes y marcaban fanáticamente la distancia con «los pecadores».*

---

## **81- JUNTO AL POZO DE JACOB**

Cuando terminó la Fiesta de las Tiendas, Jerusalén despidió con tristeza a los peregrinos que habíamos llenado sus calles durante aquella larga semana. Para nosotros los galileos, era hora de regresar al norte. Después de dos jornadas de camino divisamos el monte Garizim. La llanura negruzca de Samaria se abrió ante nuestros ojos.(1)

*Santiago* - ¡Los ojos alerta! Por estos parajes hay ladrones hasta debajo de las piedras.

*Juan* - Ya han pasado todas las caravanas. ¿Qué nos van a robar a nosotros?

*Jesús* - ¡Como no sea los piojos que agarramos en Jerusalén! ¡No llevamos nada más encima!

*Santiago* - Dirán lo que quieran, pero esta tierra parece maldita.

*Juan* - Sí es negra... como la panza del demonio.

*Santiago* - Y está vacía, como el esqueleto de una vaca muerta.

*Felipe* - Caramba, Santiago, no hables así, que ya bastante miedo tengo yo encima.

Desde hacía cientos de años, los galileos del norte y los judíos del sur temíamos y odiábamos a los samaritanos, aquellos compatriotas nuestros que vivían en las tierras centrales del país. Por todos los caminos de Israel corrían

leyendas que agrandaban aquellos temores. Un samaritano era para nosotros un rebelde a las tradiciones de nuestro pueblo y no merecía ni el saludo. Los samaritanos, claro está, también nos despreciaban a nosotros.

*Juan* - ¿Qué dicen esos callos, Jesús?

*Jesús* - Dicen que quieren tomarse un descanso, Juan... ¡Uff!

*Felipe* - Pues yo vendería mi bastón y mis sandalias por un vaso de agua. ¡Me muero de sed!

*Santiago* - El sol de Samaria es tan traidor como su gente, Felipe.

*Juan* - Paciencia, camaradas. Cuando ese traidor haya corrido dos palmos más, estaremos en Sicar. Allí podremos comer y beber.

*Santiago* - Hasta entonces, confórmate tragando saliva, Felipe.

Cuando el sol señalaba la mitad del día, llegamos a Sicar, una pequeña aldea construida entre dos montes, el Ebal y el Garizim, la montaña sagrada de los samaritanos.(2)

*Juan* - ¡De prisa! ¡A ver quién llega primero al pozo!

A la entrada de la aldea, está el pozo que nuestro padre Jacob compró dos mil años atrás a los cananeos para regalárselo al morir a su hijo José. Es un pozo grande y muy profundo. El agua que corre en abundancia bajo la tierra reseca hace crecer, junto a él, datileras de hojas brillantes.

*Santiago* - ¡Vamos primero a comprar aceitunas y pan! ¡Las tripas ya me están cantando las lamentaciones de Jeremías!

*Juan* - ¡Vamos, Pedro! ¡Corriendo! ¿Vienes, Judas? ¿Y tú, Felipe?

*Felipe* - ¡Sí, vamos todos! ¿Tú, Jesús?

*Jesús* - No, yo me quedo aquí en el pozo. Estoy muy cansado. Y hasta creo que me está cayendo un poco de fiebre. Yo los espero aquí.

*Felipe* - Está bien. Échate un sueño, moreno. ¡Y cuando despiertes, tendrás delante una buena jarra de vino! ¡Ea, vamos!

Echamos a correr hacia Sicar.(3) Cuando nos alejamos, Jesús se recostó en una piedra, entre las cañas, y cerró los ojos. Pasó un buen rato...

*Abigaíl* - Eh... ¿quién anda ahí?

*Jesús* - Humm... Me quedé dormido.

*Abigaíl* - ¡Al diablo contigo, barbudo! Me has dado un



buen susto, ¿sabes? Pensé que era una rata.  
*Jesús* - Pues ya ves, no tengo cola. Soy un galileo.  
Peor que una rata, ¿no?

Junto al pozo de Jacob, una mujer samaritana, de rostro hermoso y tostado por el sol, miraba fijamente a Jesús, extendiendo hacia él su brazo moreno, lleno de pulseras.(4)

*Abigaíl* - Eso lo dices tú. Yo no he dicho nada. Mira, yo no me meto con nadie. Vengo a buscar agua y me voy por donde vine. No me gustan los líos. Así que no quiero nada contigo, ¿sabes?

*Jesús* - Pues yo sí quiero algo contigo.

*Abigaíl* - ¿Ah, sí? ¿Un galileo con una samaritana? ¡Vaya! Eso sí que es divertido. Pues te equivocaste de pozo, amigo. El agua de «esta fuente» ya tiene dueño.

*Jesús* - No, tú eres la que te estás equivocando, mujer.

*Abigaíl* - Mmmmm... mmmmm... mmm...

*Jesús* - ¿Cómo?

*Abigaíl* - Mmmmm... ¡Que yo no hablo con galileos, caramba! ¡No quiero nada con ellos!

*Jesús* - Pues yo sí me hablo con samaritanas. Y ya te he dicho que quiero algo de ti...

*Abigaíl* - Mmmm... mmm... mmm...

*Jesús* - Mira, déjate de ronroneos y dame un poco de agua. Me muero de sed. No me hables si no quieres, pero dame de beber, anda.

*Abigaíl* - Ah, ¿con que era eso? Mira, no es que una sea mal pensada, pero... ¿así que sólo agua, no?

*Jesús* - ¿No es bastante? Cuesta poco y no emborracha.

*Abigaíl* - Sí, sí... Pero yo prefiero el vino.

*Jesús* - Entonces eres como el mosquito.

*Abigaíl* - ¿Cómo el qué?

*Jesús* - Como el mosquito. ¿No sabes tú lo que le dijo el mosquito a la rana cuando se tiró en el barril...? «¡Más vale morir en el vino que vivir en el agua!»... y plash, ¡se zambulló de cabeza y se ahogó contentísimo en el vino!

*Abigaíl* - ¡Ja, ja, ja! Mmmm... mmm...

*Jesús* - ¿Qué te pasó? ¿Se te trabó otra vez la lengua?

*Abigaíl* - Mira, paisano, ponte claro de una vez. ¿Qué andas buscando tú? A mí no me engatusas. ¿Quién eres tú, eh?

*Jesús* - ¿Quién crees tú que soy yo?

*Abigaíl* - Apuesto todas mis pulseras a que eres uno de esos bandoleros que andan sueltos por el monte robando a los hombres y violando a las mujeres.

*Jesús* - ¿De veras tengo cara de eso?

*Abigaíl* - No, lo que tienes es cara de cuentista. Y de enredador. Porque yo soy una mujer decente y ya

me enredaste a hablar contigo. ¡Con un galileo!

*Jesús* - Y dale con lo de galileo. Pero, ven acá, mujer, ¿qué te han hecho a ti los galileos, dime?

*Abigaíl* - A mí, nada. Pero a los míos, mucho. Ustedes los galileos se creen los amos del mundo y nos desprecian y hablan mal de nosotros.

*Jesús* - Y ustedes los samaritanos se creen los amos del mundo y nos desprecian y hablan mal de nosotros. Así que, acaba de darme el agua, que tengo la campanilla pegada aquí atrás.

*Abigaíl* - Toma el agua, pues, y no me embarulles más.

*Jesús* - Ahhh... ¡Qué buena!

*Abigaíl* - Galileo tenías que ser. Ustedes sólo sirven para pedir. ¿No oíste lo que te dije? ¡Que ustedes sólo sirven para pedir y después ni dan las gracias!

*Jesús* - No grites tanto que ya te oí. Y te voy a dar algo a cambio. ¿Sabes qué?

*Abigaíl* - ¿Qué?

*Jesús* - Agua.

*Abigaíl* - ¿Cómo que agua?

*Jesús* - Lo mismo que te pido, lo mismo te doy. ¿Quieres agua?

*Abigaíl* - El sol te debe haber derretido el seso. El cubo y la cuerda los tengo yo. ¿Cómo vas tú a sacar agua?

*Jesús* - Es que yo conozco otro pozo que tiene un agua más fresca.

*Abigaíl* - ¿Otro pozo? Que yo sepa, el único pozo que hay por aquí es éste. Por eso fue que lo compró nuestro tatarabuelo Jacob para beber él y sus hijos y sus rebaños.

*Jesús* - Pues yo conozco un pozo que tiene un agua mejor. Tú bebes este agua y en un par de horas vuelves a tener sed. Pero, si conocieras el otro pozo que te digo, si bebieras una vez de él, te quitaría la sed para siempre.

*Abigaíl* - Oye, ¿y dónde está ese pozo tan maravilloso, pues?

*Jesús* - Ah, es un secreto.

*Abigaíl* - Anda, dímelo a mí, y así no tengo que estar yendo y viniendo a sacar agua.

*Jesús* - No, no, es un secreto.

*Abigaíl* - ¿Un secreto? ¡Un cuento de camino! Ya sé yo quién eres tú, ¡un charlatán y un embustero! ¡Un pozo maravilloso, ja!

*Jesús* - Está bien, está bien, te voy a decir dónde está. Pero llama primero a tu marido.

*Abigaíl* - ¿A mi marido? ¿Y qué tiene que ver mi marido en esto, pues?

*Jesús* - Bueno, para que él también se entere de lo del

pozo.

*Abigaíl* - Pues lo siento, paisano, pero tengo que confesarte que no tengo marido. Aquí donde me ves, estoy soltera y sin compromiso.

*Jesús* - Vamos, vamos, mujer, que eso no te lo crees ni tú misma. ¿No me dijiste antes que «la fuente» ya tenía dueño?

*Abigaíl* - Bueno, claro, una se defiende como puede.

*Jesús* - ¿Cuántos?

*Abigaíl* - ¿Cuántos qué?

*Jesús* - ¿Que cuántos maridos has tenido?

*Abigaíl* - Oye, ¿y a ti qué te importa eso, entrometido? ¡Caramba con el tipo! ¿Y tú cuántas, eh? ¿Te he preguntado yo si estuviste en la cárcel o si se te cayeron los dientes?

*Jesús* - Está bien, no te pongas así. Anda, déjame ver tu mano.

*Abigaíl* - ¿Tú sabes leer las rayas de la mano?

*Jesús* - Espérate... Deja ver... Aquí veo... veo cinco.

*Abigaíl* - ¿Y cómo lo sabes? ¡Sí, es verdad, he tenido cinco maridos!

*Jesús* - No, yo decía que veo cinco dedos en tu mano.

*Abigaíl* - ¡Ya sé quién eres tú! ¡Un adivino! ¡Un profeta! ¿Eres un profeta, verdad?

*Jesús* - Bueno, yo soy un galileo, como tú dijiste antes.

*Abigaíl* - No, ¡tú eres un profeta! ¡Y yo no le había visto nunca la barba a un profeta! ¡Pues ahora no te me escapas! A ver qué te pregunto yo a ti... Sí, sí, ya lo tengo. Tú me vas a resolver este lío: Mira, ustedes los galileos y los judíos dicen que Dios tiene puesto su trono en el monte de Jerusalén. Y nosotros los samaritanos decimos que no, que es aquí en el monte Garizim donde vive Dios. ¿Qué te parece a ti, eh?

*Jesús* - Bueno, pues a mí lo que me parece es que Dios ya se levantó del trono y se bajó del monte y puso su tienda aquí abajo, entre la gente, entre los pobres.

*Abigaíl* - ¡Tú eres un profeta, estoy segura! Y si me descuido, ¡terminas siendo el mismísimo Mesías!

Cuando la mujer samaritana dijo aquello, Jesús se agachó, tomó una piedrecita blanca del suelo y se puso a jugar con ella entre las manos.

*Jesús* - ¿Y... y si lo fuera?

*Abigaíl* - ¿Cómo dices?

*Jesús* - Que si yo fuera el Mesías, ¿qué harías tú?

*Abigaíl* - Eso te pregunto yo a ti. ¿Qué harías tú?

*Jesús* - Pues mira, lo primero que haría yo sería

comprar un cepillo así de grande para borrar las fronteras entre Samaria y Galilea, entre Galilea y Judea, entre Israel y todos los países. Y después, buscaría una llave maestra para abrir las cerraduras de todos los graneros y así el trigo alcanzaría para todos. Y con un martillo grande rompería las cadenas de los esclavos y los grilletes de los presos. Y después, llamaría a todos los albañiles de la tierra y les diría: Ea, compañeros, desmonten piedra a piedra el Templo de Jerusalén y el templo del Garizim y todos los templos. Porque Dios ya no está en los templos sino en las calles y en las plazas. Y los que de veras buscan a Dios, lo encontrarán ahí, entre la gente. Y también compraría la mejor lejía de batanero para borrar todas esas leyes y todas esas normas que durante años nos han cargado sobre las espaldas... y escribiría una sola ley adentro, en el corazón: la libertad. Sí, todo eso haría.

*Abigaíl* - ¡Ahora estoy segura! ¡Tú eres el Mesías que esperamos! ¡Ven, ven a mi casa y a mi pueblo y que todos te oigan! ¡Ven, anda!

*Jesús* - Sí, mujer, pero espérate, mis amigos fueron a comprar algo de comida y ya deben estar al llegar.

Al poco rato, llegamos nosotros. Cuando vimos a Jesús hablando con aquella samaritana, nos extrañamos mucho. No era costumbre que los hombres hablaran con las mujeres a solas. Ni estaba bien visto que un judío conversara con un samaritano de igual a igual. Pero Jesús nunca se preocupó de lo que dijeran de él. Era un hombre libre, más libre que el agua que brotaba de aquel manantial de Siquem.<sup>(5)</sup> Y nosotros, como ya le íbamos conociendo, no le dijimos nada entonces y nos pusimos a comer. Era mediodía.

Juan 4,1-27

---

1. **Samaria** es la región central de Palestina. En tiempos de Jesús sus colinas estaban cubiertas de viñedos y olivares. Para regresar de Jerusalén a Galilea era frecuente ir por el camino de las montañas atravesando Samaria. Unos 700 años antes de Jesús los sirios habían invadido esta zona del país. Deportaron a los israelitas que allí vivían y poblaron la región de colonos. Con el paso del tiempo, los colonos asirios se cruzaron con los restos de población autóctona que habían quedado en

Samaria. El resultado fueron los samaritanos: una raza de mestizos, un pueblo con una amalgama de creencias religiosas. El desprecio que sentían los israelitas, tanto los galileos del norte como los judíos del sur, por los samaritanos, era una mezcla de nacionalismo y racismo.

2. Unos cuatro siglos antes de Jesús la comunidad samaritana se separó definitivamente de la comunidad judía y construyó su propio templo sobre el monte **Garizim**, rival del Templo de Jerusalén. Con esto se consagró el cisma religioso entre ambos pueblos. A partir de entonces, las tensiones fueron en aumento y en tiempos de Jesús la enemistad era muy profunda. Estaba prohibido expresamente el que judíos y samaritanos se casaran, porque éstos eran impuros en grado extremo. Tampoco podían entrar en el Templo de Jerusalén ni ofrecer sacrificios. Se les llamaba "el pueblo estúpido que habita en Siquem". Los samaritanos se sentían honrados de descender de los antiguos patriarcas de Israel y, aunque realmente tenían sangre hebrea, el resto de los israelitas terminó considerándolos como paganos y extranjeros.

Los samaritanos guardaban escrupulosamente la Ley mosaica, pero se les tenía como idólatras por rendir culto a Dios en el monte Garizim. El Garizim, la montaña sagrada de los samaritanos fue el lugar donde se pronunciaron las bendiciones sobre el pueblo que entraba en la Tierra Prometida con Josué al frente (Josué 8, 30-35). El templo samaritano allí erigido estaba destruido en tiempos de Jesús, pero la cima del monte siguió siendo lugar de culto y allí subían los samaritanos a rezar y a hacer sus sacrificios.

Los samaritanos de hoy siguen guardando celosamente sus tradiciones, suben por Pascua al Garizim a sacrificar un cordero según su rito, distinto del judío, y conservan en la sinagoga del barrio de Nablus un rollo de la Ley, que dicen fue escrito por un nieto de Aarón, el hermano de Moisés, aunque esto no tiene ningún fundamento histórico.

3. **Sicar** era una pequeña aldea, entre el Ebal y el Garizim, montes guardianes de la región de Samaria. Allí estaba el terreno que el patriarca Jacob compró, en el que abrió un pozo, y después regaló a su hijo (Génesis 33, 18-20 y 48, 21-22). La Siquem o Sicar de tiempos de Jesús corresponde a la actual Nablus, una de las ciudades más árabes en territorio de Israel. En Nablus está el barrio de los samaritanos, donde viven los descendientes de esta raza rebelde y singular. En la actualidad quedan muy pocos, sólo se casan entre ellos, conservan un dialecto propio, tienen sus escuelas y su literatura. Los jefes de

la comunidad samaritana usan turbantes rojos, como señal de su jerarquía.

4. En los terrenos de Sicar, en Samaria, hay un pozo que, después de casi dos mil años, se sigue llamando como en los tiempos de Jesús: **pozo de Jacob**. Aún hoy es posible, después de cuatro mil años, beber agua fresca de este pozo, que los cristianos llaman Pozo de la Samaritana. Muy cerca del pozo, la tradición árabe conserva un túmulo funerario que venera como la tumba de José, el hijo del patriarca Jacob, heredero de las tierras de Siquem. Los pozos siempre han tenido gran importancia en Palestina, por la escasez de agua. Las fuentes subterráneas, por ser tan poco abundantes, son fácilmente localizables con exactitud aún después de siglos. Para los pastores y nómadas, los pozos -que llegaban a tener hasta 20 metros de profundidad- eran vitales, pues de sus aguas dependía la vida del ganado, su única fuente de riqueza

5. Sólo el evangelio de Juan recoge el diálogo de Jesús con la samaritana en una densa elaboración teológica cargada de símbolos. El elemento sustancial del diálogo se resume en la palabra **libertad**. Al hablar con la mujer samaritana a solas, Jesús rompió a la vez dos arraigados prejuicios de su tiempo: el de género, que prohibía a todo varón hablar a solas con cualquier mujer, y el nacional-racista, que enemistaba a muerte a israelitas y samaritanos.

## 82- EN UNA ALDEA DE SAMARIA

Abigaíl, la mujer samaritana que había hablado con Jesús el día que llegamos a Sicar, nos insistió mucho para que entráramos en el pueblo. Ella fue por delante, anunciándoles a todos sus vecinos que había encontrado un profeta junto al pozo de Jacob.

*Abigaíl* - ¡Eh, comadre Nora! ¡Y usted, Simeón! ¡Vengan a ver a un hombre que me leyó la mano y me adivinó todas las que hice! ¿Y si fuera el Mesías, eh? ¡Vecinos, no se pierdan esto, corran!

Abigaíl tocaba en todas las puertas invitando a todos a su casa. Nosotros íbamos detrás de ella, sin mucho entusiasmo. Y, como siempre, mi hermano Santiago y yo éramos los que más protestábamos.

*Santiago* - Pero, Jesús, ¿a quién se le ocurre? ¿Tienes fiebre o es que un ratón te está royendo el seso?

*Juan* - ¡Primero me cocinan vivo atado a un palo que poner las patas en la casa de unos samaritanos!(1)

*Santiago* - ¡Dicen que al que entra y se sienta en una casa samaritana se le secan los ojos antes de un año!

*Jesús* - Pues entonces quédate fuera y voltea la cara.

*Juan* - Si haces eso, te conviertes en sal, como la mujer de Lot.

*Jesús* - Está bien, Santiago, está bien, Juan, no sigan ustedes si no quieren. Pero yo voy a entrar en casa de Abigaíl y voy a saludar a su marido.

*Santiago* - ¡Abigaíl! ¡Vaya nombrecito que se gasta la «niña»!

*Juan* - Te vendiste barato, Jesús. Por un jarro de agua te amarraron los samaritanos.

*Jesús* - ¡Qué va, ustedes son los que están amarrados por cuatro ideas viejas, que si los galileos no nos hablamos con los samaritanos, que si los samaritanos son esto y lo otro. Yo bebo el agua de cualquier pozo y entro y salgo por todas las puertas. Ustedes, hagan lo que quieran.

Íbamos entrando en Sicar, la aldea donde vivía Abigaíl. Junto al camino había una pequeña plaza. Y junto a la plaza, un grupo de samaritanos, con turbantes rojos y túnicas grises, nos miraban con odio.

*Samaritano*- ¿Qué vienen a buscar ustedes aquí, eh?

*Samaritana*- ¡Galileos roñosos, váyanse a lavar los sobacos en el lago de Tiberíades! ¡Ja, ja, ja!

Jesús - Déjalos, Juan, ¿no ves que nos están provocando?

Samaritano- ¡Galilea! ¡Ja, ja, ja!

Samaritana- ¡Ay, galileos, qué esmirriaditos me los encuentro! ¿Qué? ¿Es que mamita no les da de comer? Y tú, el de los pelos rojos, ¿qué pasa contigo, preciosón? ¡Ven, ven acá, no tengas miedo, que lo que te voy a poner colorado es otra cosa! ¡Ja, ja!

Jesús - No les hagas caso, Santiago, están buscándonos las cosquillas.

Santiago - ¡Pues a mí ya me las encontraron, maldita sea! ¡Yo no aguanto que estos desgraciados se rían de nosotros! Oigan bien, samaritanos del diablo, sobrinos de Lucifer, ¡ojalá ahora mismo caiga un rayo y los parta por la mitad a todos ustedes!

Samaritano- ¡Y ojalá que a ti se te caigan todos los dientes menos uno pa'que te duela!

Juan - ¡Ojalá que te tragues un buen puñado de garrapatas y te chupen desde dentro!

Samaritano- ¡Y ojalá que tú y todos los tuyos crezcan como la cebolla, con la cabeza en la tierra!

Santiago - ¡Y ojalá que ahora mismo llueva fuego y azufre desde el cielo como cuando Elías y les queme la coronilla a todos ustedes, hijos de perra!

Jesús - Ya está bien, Santiago, no te metas más con ellos. Y tú, Juan... ¡Caramba con la lengua de ustedes, tiene más veneno que una víbora!

Santiago - ¿Tú oíste, Jesús? ¡Está tronando!

Juan - ¡Dios nos escuchó y va a mandar fuego del cielo contra estos samaritanos del demonio!

Jesús - Está bien. ¡Quédense ustedes esperando los truenos y los rayos que yo no quiero atrapar otro catarro!

Jesús echó a correr hacia la casa de Abigaíl.(2) Nosotros a regañadientes, corrimos también hacia allá. La lluvia nos enfrió los ánimos a todos. Nos olvidamos de las maldiciones y atravesamos corriendo la pequeña plaza del pueblo. Al poco rato, chapoteando bajo el agua, llegamos a la casucha de cañas y adobe donde vivían Abigaíl y su marido Jeroboam.

Abigaíl - ¡Entren, entren! Esta es mi casa, Jesús. Muy pequeña para tanta familia, pero... Todos éstos son mis hijos. Y éste es mi marido.

Jeroboam - ¡Bienvenidos, galileos! Mi casa es como el arca de Noé, que abre sus puertas a todos los animales!

Abigaíl - No seas grosero, Jeroboam.

Santiago - Y tu mujer y tú fueron la primera pareja que se coló en ella, ¿no?

Jesús - Cállate, Santiago...



*Jeroboam* - Ya Abigaíl me habló que uno de ustedes es un brujo que sabe leer la mano. ¿Dónde está ése?

*Juan* - ¡Aquí la única bruja es tu mujer, que en mala hora se acercó al pozo a buscar agua!

*Jesús* - Por Dios, dejen ya los insultos y vamos primero a saludarnos, ¿no les parece?

*Abigaíl* - Eso mismo digo yo. Ea, Jesús, explícale a este marido mío, que es más bruto que un algarrobo, lo que tú me dijiste allá en el pozo, que ya se acabó lo de samaritano y galileo y judío y todo eso. Anda, pues, explícaselo.

Y nos sentamos a conversar. Después de un rato, la lluvia fue amainando y los vecinos samaritanos comenzaron a llegar. Pronto se llenó la pequeña casa de Abigaíl. Los que podían se sentaban sobre la tierra mojada. Los más viejos se quedaban de pie, apoyando la barbilla en los bastones.

*Samaritano*- ¿Quién dijo que se acabó ya lo de samaritano y galileo, eh? ¿Quién dijo esa tontería?

*Jesús* - La dijo este tonto que está aquí.

*Samaritano*- ¿Anjá? ¿Y quién eres tú?

*Jesús* - Un hermano tuyo. Y tú también eres hermano mío. Todos los hombres somos hermanos. Estamos amasados con la misma pasta y tenemos el mismo aliento de Dios en las narices. ¿No es verdad esto que digo?

Un viejo encorvado y con una barba larga como un río, asintió con la cabeza.

*Viejo* - Sí, eso mismito dice Baruc, el justiciero...

*Samaritana*- ¡Pues mi tía Loida dice que cada oveja debe andar con su pareja! Tenemos el pellejo distinto, forastero, no te olvides de eso.

*Jesús* - Pero tu sangre es roja como la mía, paisana. ¿No ves que tenemos la misma sangre ustedes y nosotros? Lo que vale de un árbol no es la corteza, sino la madera. La madera y el fruto. ¿No es verdad?

*Viejo* - Sí, eso mismito dice Baruc, el justiciero...

*Samaritano*- ¡Un momento, que eso no es tan fácil! ¡Ustedes los galileos han abusado mucho de nosotros y nos han arruinado el comercio con Damasco!

*Juan* - ¿Ah, sí? ¿Y quién estropeó la venta de trigo a la capital? ¿No fueron ustedes, los samaritanos?

*Samaritana*- ¡Ustedes le pegaron fuego a los bosques del Ebal!

*Vieja* - ¡Y fue un galileo el que se robó el rollo de la Ley del nieto de Aarón!

*Santiago* - ¿Y quién hizo la asquerosidad de echar aquellos

malditos huesos de muerto en el Templo de Jerusalén, eh, quién fue?

*Jesús* - ¡Dejen eso ya, caramba! Fíjense, la lluvia ya pasó. Cuando acaba el diluvio, comienza la paz. ¿Qué ganamos restregándonos el odio antiguo de nuestros abuelos? Yo digo que todos somos hermanos y que todos tenemos un solo Padre, el que está allá arriba. Eso es más importante que todo lo demás.

*Viejo* - Sí, sí, eso mismito dice Baruc, el justiciero...

*Samaritana*- Seremos hermanos, pero hablamos palabras distintas. Cuando un galileo dice negro, el samaritano piensa blanco. Cuando un samaritano habla del monte Garizim, ustedes hablan del monte Sión.

*Jesús* - Pero cuando un galileo dice: «tengo hambre», y la siente, al samaritano le pica la tripa igual que a él. Y cuando una samaritana grita justicia, la galilea dice lo mismo: ¡justicia! Amigos de Samaria: los hombres estamos divididos desde hace muchos años, yo creo que desde la torre de Babel, cuando aquellos locos quisieron trepar al cielo para robarle el sitio a Dios. ¡Ahora tenemos que levantar otra torre, pero no con ladrillos sino uniendo todas nuestras manos, juntando los brazos de todos, los de Samaria y los de Galilea, porque todos somos necesarios para construir una tierra diferente, de hermanos y hermanas!

*Viejo* - ¡Eso mismito dice Baruc, el justiciero!

Cuando aquel viejo samaritano repitió por cuarta vez lo de Baruc, el justiciero, mi hermano Santiago perdió la paciencia.

*Santiago* - ¿Se puede saber quién diablos es ese Baruc que tanto mete la cuchara en esta sopa? ¡Aquí está hablando Jesús y no ningún Baruc!

*Abigaíl* - Es que Baruc, el justiciero, es un gran profeta de nosotros los samaritanos... ¡Si no fuera por él! Le abre los ojos a la gente y defiende el derecho de nosotros, los infelices.

*Viejo* - Baruc, el justiciero, siempre dice que...

*Santiago* - ¡Me importa un pepino lo que diga ese tal Baruc, caramba! ¡Este es Jesús, el que tiene el bastón de mando, el hombre fuerte de Israel!

*Vieja* - Pero, nuestro Baruc...

*Santiago* - ¡Con Baruc me limpio yo los mocos y luego tiro el pañuelo!

*Samaritano*- ¡Trágate ahora mismo esas palabras, pelirrojo del infierno, o si no...!

Mi hermano Santiago y un samaritano gordo se entraron a puñetazos. Simón y Judas también se enzarzaron a golpes con otros vecinos mientras las mujeres chillaban amenazándonos. La estrecha casa de Abigaíl retumbaba y creo que se hubiera venido abajo de no ser por Pedro y Jesús que, después de muchos gritos, consiguieron un poco de calma.

*Jesús* - Pero, ¿no estamos diciendo que somos hermanos, que tenemos que unirnos en vez de darnos puñetazos? Si ese Baruc está con la justicia, está con nosotros y nosotros con él. ¡Lo importante es cambiar las cosas, no quién las cambie! ¡Díganle de nuestra parte a Baruc, el justiciero, que nos gustaría saludarlo y hablar con él!

Ya estaba oscureciendo sobre la aldea de Sicar, cuando un hombre alto y fuerte entró en la abarrotada casa de Abigaíl. Vestía una túnica del color de la ceniza y en la cabeza el turbante rojo de los jefes samaritanos.

*Baruc* - ¿Quién pregunta por mí? Soy Baruc.

*Jesús* - Y nosotros somos un puñado de galileos. Estamos trabajando en el norte, empujando por allá el Reino de Dios. Nos dijeron que tú y tu grupo hacen lo mismo por estas tierras de Samaria. ¿Podemos ayudarte en algo?

*Baruc* - Por supuesto que sí. Mira el campo: los sembrados ya están maduros para la cosecha. Todos los brazos hacen falta. Y nosotros, ¿podemos ayudarles a ustedes?

*Jesús* - Claro que sí, Baruc. ¿No dicen que uno es el que siembra y otro el que siega? Lo importante es hacer las cosas, no quien las haga. Al final, sembradores y segadores nos alegraremos todos juntos, ¿no es así?

*Baruc* - Hablemos claro, galileo. ¿Con quién están ustedes? ¿Con los zelotes? ¿Con los rebeldes del desierto? ¿Con los sicarios de Judea?

*Jesús* - Estamos con la justicia, Baruc. Estamos con los pobres que gritan día y noche pidiendo un respiro, reclamando libertad. Lo demás... ¿tiene tanta importancia?

*Baruc* - Me gustan tus palabras. Puedes contar conmigo. Nosotros también peleamos por la justicia de nuestro pueblo.

*Jesús* - Si ustedes no están contra nosotros, ¡están con nosotros!

*Baruc* - ¡Entonces, venga un abrazo, galileo!

Jesús se acercó a Baruc, el jefe samaritano. Y los dos se apretaron las manos y se besaron con emoción y respeto, igual que los hermanos Esaú y Jacob, cuando se encontraron después de muchos años, junto al río Yaboc, cerca de Penuel.

Dos días más estuvimos en la aldea de Sicar, anunciando el Reino de Dios entre los samaritanos.

Lucas 9,51-56; Juan 4,28-43.

---

1. La enemistad entre los **samaritanos** y los galileos y judíos estaba alimentada por varias circunstancias históricas. 129 años antes de Jesús, el rey judío Juan Hircano había destruido el sagrado templo samaritano del Garizim. Esto aumentó el odio entre los dos pueblos. Cuando Jesús tenía unos diez años ocurrió un hecho que horrorizó a los judíos: con ocasión de las fiestas de Pascua, los samaritanos que habían ido a Jerusalén echaron huesos de muerto por todo el Templo. Aquella profanación del lugar santo fue un hecho que los judíos no olvidaron. A partir de entonces, las tensiones fueron siempre en aumento.

2. El pueblo israelita tenía a gala, como virtud nacional, la hospitalidad. Pero esto no se cumplía entre samaritanos y judíos. Se negaban el saludo y se cerraban las puertas de sus **casas** como signo de rechazo total. Cuando los judíos atravesaban territorio samaritano, no era extraño que ocurrieran graves incidentes, que a veces terminaban en matanzas.

### 83- LOS INVITADOS AL BANQUETE

Cuando regresamos de la Fiesta de las Tiendas, Galilea estaba alborotada. Los rumores de lo que Jesús había hecho en la capital llegaron a Cafarnaum antes que nosotros. Por todas partes se hablaba del nuevo profeta. Jacobo y Simón, los primos de Jesús, volvieron de Jerusalén en la misma caravana y pasaron aquella noche en casa de mi padre Zebedeo.

*Simón* - Hay que reconocer que te estás haciendo famoso, primo. Pero, si me permites, te diré algo. Sí, tienes buena lengua para hablar y buena mano para dirigir. Lo que te hace falta es gente. De eso veníamos hablando Jacobo y yo. No tienes gente que te apoye.

*Jesús* - Y todos los que había esta tarde en el embarcadero, ¿qué son entonces, primo Simón?

*Simón* - Bah, andrajosos y pelagatos. ¿A dónde diablos piensas ir con una tropa de mendigos?(1)

*Jacobo* - ¡Y si fueran mendigos! ¿De quién te has rodeado, Jesús? De un puñado de pescadores que no saben ni dónde tienen la mano derecha.

*Simón* - Mateo, ese asqueroso publicano...

*Jacobo* - Aquella fulana, la María ésa, que le sale el perfume de ramera por todos los poros.

*Simón* - Y la otra, Selenia, igual que ella.

*Jacobo* - Y campesinos brutos y granujas.

*Simón* - ¿En qué cabeza cabe, Jesús? ¡Harnos caso, primo, y búscate otra gente, gente con más preparación, caramba! Y también con más... ¿cómo te diré? Con más «influencias». Esos son los que mueven el mundo. ¿Es que no lo has comprendido todavía? ¡Abre los ojos, Jesús, y despiértate!

Fue la ocasión para que Jesús nos contara otra de sus historias...

*Gerasia* - ¡Abra los ojos, Eliseo, despiértese! ¡Feliz cumpleaños! ¿Cómo ha amanecido?

*Eliseo* - ¡Ahuuumm! ¡Muy bien Gerasia, mejor que nunca! ¡Tralará, tralarí!

*Moquillo* - ¡Feliz aniversario, patrón! ¡Que el Dios de Israel me lo bendiga desde los pelos de la coronilla hasta las uñas de los pies!

*Eliseo* - ¡Y a ti también, Moquillo! Ah, caramba, hoy me siento tan feliz, tan contento, que quisiera... quisiera...

*Gerasia* - ¿Qué cosa, Eliseo?

*Eliseo* - «¡Quisiera tenerte en mis brazos, amada mía!» Tralará, tralarí... ¡Ja, ja, jay!

*Gerasia* - ¡Usted se ha levantado con buen pie, sí señor! ¡La alegría es la mejor compañera del hombre!

*Eliseo* - ¡Quisiera que hoy todos los vecinos se alegraran conmigo!

*Moquillo* - ¿Y por qué no lo hace patrón? ¡Hace mucho tiempo que no tenemos una fiestecita en casa!

*Eliseo* - Tienes razón, Moquillo. Pero nada de fiestecitas. ¡Un fiestón! ¡Vamos a preparar un gran banquete, caramba! ¡Que ya durante el año pasa uno bastantes sofocos para no tomarse ni un día de respiro! *Gerasia* y *Moquillo*: ¡vamos a darle una sorpresa a todo el vecindario! ¡Una fiesta con buena comida, con buena bebida...

*Moquillo* - ¡Y con buena música para menear los pies! ¡Yupi!

*Eliseo* - Moquillo, ve ahora mismo al redil y mata los cinco mejores corderos del rebaño.

*Moquillo* - Cinco corderitos bien gordos. ¿Y qué más?

*Eliseo* - *Gerasia*, compra un par de cajas de aceitunas.

*Gerasia* - ¿De las verdes o de las negras, patrón?

*Eliseo* - Dos de las verdes y otras dos de las negras. ¡Y no te olvides de los higos!

*Gerasia* - ¡Y una buena olla de garbanzos!

*Moquillo* - Y berenjenas y pepinos.

*Eliseo* - ¡Y salsa de almendras!

*Gerasia* - ¡Y muchas nueces!

*Eliseo* - Moquillo, ¡ve a ordeñar las chivas y que hoy corra la leche por las barbas de todos mis amigos!

*Gerasia* - ¡La leche y la miel, que chorreen hasta el ruedo del vestido!

*Moquillo* - ¡Y el vino! ¿Cuántos barriles traigo, patrón?

*Eliseo* - Dos barriles. No, dos no, compra cuatro, ¡cuatro barriles del mejor vino del Carmelo! ¡Quiero que todos salgan alegres de mi casa!

*Gerasia* - ¡Saldrán alegres y en cuatro patas, Eliseo, porque con tanto vino!

*Eliseo* - ¡Tralará, tralarí!

*Moquillo* - Pero falta lo más importante, patrón.

*Eliseo* - ¿Cómo que lo más importante?

*Moquillo* - Los invitados. ¿A quiénes va a invitar usted?

*Eliseo* - ¡A todos mis vecinos! ¡A todos, sí señor! Mándale recado a don Apolonio, y al doctor Onésimo. Ah, y a Absalón y su querida esposa doña Eurídice. ¡A todos, Moquillo, díles que los espero a todos con los brazos abiertos! ¡Que esta noche vengan todos al banquete! ¡Quiero que hoy mi casa esté repleta de amigos y de alegría!

*Jesús* - Cuando todos los manjares, las mesas, los manteles y los toneles de vino estuvieron listos..

*Eliseo* - ¿Todo preparado, Moquillo?

*Moquillo* - Sí, patrón, no se me ponga usted nervioso.

*Eliseo* - No son los nervios, Moquillo. Es la alegría que tengo. Gerasia, Gerasia, ¿ya están asados los corderos?

*Gerasia* - ¡Requeteasados, Eliseo! ¡Ya me lo ha preguntado usted diez veces!

*Eliseo* - ¿Y no te habrás olvidado de los dátiles, verdad?

*Gerasia* - No, patrón. Todo está listo. Estése tranquilo.

*Eliseo* - ¡Es que estoy tan contento! ¡Tralará, tralarí! Moquillo, ¿dejaste el recado a todos los vecinos?

*Moquillo* - A todos, patrón. Mire las ampollas que tengo en los pies de andar de arriba a abajo. Fui a la casa de don Apolonio, a la del doctor Onésimo, donde Absalón y...

*Gerasia* - ... y «su querida esposa doña Eurídice» ¡Ja!

*Eliseo* - ¿Oyeron? La primera vigilia de la noche.

*Moquillo* - Pues ya estarán al llegar los invitados.

*Gerasia* - Bueno, Eliseo, ya usted sabe cómo es la gente. Las mujeres haciéndose las trenzas, los hombres untándose aceite en el bigote. En fin, que siempre llegan tarde.

*Jesús* - A esa hora, don Apolonio envió a un mensajero a casa de Eliseo..

*Apolonio* - ¡Pero, ¿en qué mollera cabe invitarme a mí, a un hombre con tantas ocupaciones como yo, a chupar huesos de cordero en su casa! Uff, ese Eliseo está chiflado. Además, él es un hombre sin fortuna y sin negocios. ¿De qué voy a hablar con él, dime, de los pajaritos del cielo? ¡Un chiflado y un botarate, por eso está como está, sin un céntimo en el bolsillo!

*Mensajero* - Bueno, don Apolonio, pero yo, ¿qué le digo?

*Apolonio* - Lo que se te ocurra. Dile que yo no estoy en casa, que tú no sabes a dónde fui... Eso, que compré unas tierras y tuve que ir a medirlas, que me disculpe.

*Jesús* - Al rato, llamaron a la puerta de Eliseo...

*Eliseo* - ¡Ya llegan, ya llegan! ¡Gerasia, corre, ve a abrir la puerta! ¡Tralará, tralarí!

*Gerasia* - Es un mensajero, patrón.

*Mensajero* - Mi amo don Apolonio dice que les diga que él no podrá venir porque está de viaje... Que lo disculpen.

*Eliseo* - Pero, ¿cómo te dijo eso si estaba de viaje?

*Mensajero* - Que compró una tierra y fue a medirla y... ¡y que les aproveche la comida a todos! ¡Adiós!

*Eliseo* - ¡Qué lástima!, me hubiera gustado saludar a don Apolonio.

*Gerasia* - Es que don Apolonio tiene muchas ocupaciones y mucho dinero.

*Moquillo* - Ya están anunciando la segunda vigilia, patrón.

*Gerasia* - Y todavía no ha venido nadie. Se nos van a enfriar los corderos y los garbanzos.

*Eliseo* - Bueno, mujer, no te impacientes. Estarán al llegar. ¡Tralará, tralarí!

*Jesús* - A esa hora, el doctor Onésimo envió a un mensajero a casa de Eliseo...

*Mensajero* - ¿Y qué le digo, doctor Onésimo?

*Onésimo* - Cualquier cosa, muchacho. Ese Eliseo es tan bruto que ni se enterará. ¡Ah,



ya decía mi maestro Jeconías: «un hombre sin cultura es como una bola de excrementos, el que la toca, sacude la mano». Le hablas de los misterios de la ciencia, no los entiende. Le explicas las sutilezas del arte, se queda dormido. Le dices: ¿conoces la Filosofía?, y te responde: ¿En qué calle vive esa mujer? ¡Ah, pobres ignorantes!

*Mensajero* - Bueno, doctor Onésimo, pero yo, ¿qué le digo?

*Onésimo* - Dile a ese don Nadie, que no puedo ir, que... ¡que acabo de comprar unas yuntas de bueyes y tengo que probarlas. Que me disculpe.

*Jesús* - De nuevo tocaron a la puerta de Eliseo...

*Eliseo* - ¡Ya llegan, al fin vienen los invitados! ¡Gerasia, date prisa!

*Mensajero* - Mensaje de mi amo el doctor Onésimo: el doctor Onésimo me manda decir a don Nadie... perdón, a don Eliseo... que no puede venir al banquete, que compró unas yuntas de bueyes... que... que les aproveche a todos la cena. ¡Adiós!

*Eliseo* - Adiós.

*Moquillo* - Qué mala suerte, patrón...

*Gerasia* - Es que el doctor Onésimo tiene mucha cultura.

*Eliseo* - Sí, sí, y mucha cara dura, eso es lo que tiene. Oye, Gerasia, ya suena la tercera vigilia... y mi casa está vacía.

*Gerasia* - No se ponga triste, Eliseo. Digo yo que estarán al llegar.

*Eliseo* - Seguramente. Vamos a esperar un poco más.

*Jesús* - A esa hora, doña Eurídice envió un mensajero a casa de Eliseo...

*Eurídice* - ¿A casa de un hombre tan vulgar? Ay, no, querido, lo siento, lo siento muchísimo, pero ese tal Eliseo no tiene clase, no tiene modales, ¡ay!

*Esposo* - Pero, ¿qué le decimos, querida esposa Eurídice?

*Eurídice* - Para el puerco cualquier algarroba es buena. Dile que... que nos acabamos de

casar y todavía estamos celebrando la boda, ¡ay!

*Jesús* - De nuevo, tocaron a la puerta de Eliseo...

*Mensajero* - Que se acaban de casar y que todavía están celebrando la boda, ¡ay!

*Eliseo* - ¿Qué hay?

*Mensajero* - No, no hay nada. Que no vienen.

*Gerasia* - Pero si esos dos se casaron hace más de un mes.

*Mensajero* - Es que tienen mucho amor y...

*Eliseo* - ¡Mucho amor y poca vergüenza! Uff, ¡qué fracaso! Dentro de un rato cantan los gallos y no ha venido ni uno solo de los invitados.

*Gerasia* - Y los corderos ya están más fríos que un muerto.

*Moquillo* - Y los barriles de vino también descansan en paz.

*Gerasia* - Patrón Eliseo, ¿no se habrán confundido de casa y es por eso que no vienen?

*Eliseo* - No, Gerasia, no. Fui yo el que me confundí de invitados. ¡Moquillo!

*Moquillo* - Mande, patrón.

*Eliseo* - Moquillo, cálzate las sandalias y sal ahora mismo por los callejones y las barracas y tráeme acá a los mendigos, a los cojos, a los ciegos, a todas las andrajosas que veas. Diles que vengan a mi casa, que tengo un banquete preparado para ellos.

*Gerasia* - ¿Usted se ha vuelto loco, Eliseo?

*Eliseo* - No, qué va, ahora es cuando estoy cuerdo. Ahora he comprendido. ¡Corre, Moquillo, avísales pronto, antes de que amanezca!

*Jesús* - Y al cabo de un rato...

*Moquillo* - ¡Patrón, todo el barrio está alborotado! ¡Vienen muchos hacia acá! ¿Les digo que ya no caben más?

*Eliseo* - ¡Al contrario, Moquillo, vuelve a salir y di a todos los que tengan hambre que vengan, que todavía hay sitio en mi casa, que hay cordero y aceitunas y vino para todos ellos!

*Moquillo* - Sí, patrón, voy enseguida. Oiga, patrón, en la calle me encontré con una

de esas tipitas, usted sabe... y me dijo que el negocio le va mal, que si ella también pudiera venir a comer algo.

*Eliseo* - Claro, Moquillo, dile que venga, que venga ella y todas sus compañeras.

*Moquillo* - Y los que viven al otro lado del río me dijeron que...

*Eliseo* - ¡Que vengan también! ¡Que vengan todos los harapientos, los pelagatos, los que huelen a roña y las que huelen a perfume de jazmín! ¡Para éstos es mi casa y mi banquete, para éstas tengo las puertas abiertas de par en par!

*Jesús* - Y aquella noche, la casa de Eliseo se llenó de gente hasta rebosar. Y hubo baile y comida y alegría. Era una gran fiesta. La fiesta de Dios.

*Simón* - ¿Cómo dijiste, Jesús? ¿La fiesta de Dios?

*Jesús* - Sí, primo Simón, el Reino de Dios es así, como el banquete de Eliseo.(2) La verdadera casa de Dios no huele a incienso sino a sudor y a perfume de prostituta. Dios es de los nuestros, no te olvides. Dios está con nosotros, los de abajo.

Mateo 22,1-10; Lucas 14,15-24.

---

1. Los **mendigos** seguidores de Jesús son designados en los evangelios con varias palabras similares. Se habla de «los pequeños», o de «los más pequeños» o de «los sencillos». Otra palabra usada es «nepios» (en griego), equivalente a «pāti» en hebreo y a «sabra» en arameo, un vocablo que indica: gente inculta, sin ninguna formación y a la vez nada piadosa. Jesús estuvo rodeado de "amhaares" -como les llamaban los fariseos-, hombres y mujeres de mala reputación, difamados, a quienes, por su ignorancia religiosa y su mal comportamiento moral, consideraban los decentes que se les cerrarían las puertas de la salvación. A ellos Jesús les llamó simplemente "los pobres". Los evangelios se refieren a ellos como "los que están agobiados y fatigados", "los que andan como ovejas sin pastor".

2. El pueblo de Israel apreciaba mucho los **banquetes**, que duraban hasta seis horas y se acompañaban con música. Se valoraba mucho la música, único arte que se podía practicar sin restricciones religiosas, ya que la pintura y la escultura estaban prohibidas. Desde los textos de los profetas, Israel describía la alegría de los tiempos

mesiánicos con la imagen de un banquete, con buenas comidas y sobre todo, con bebida en abundancia (Isaías 25, 6-8). En la mentalidad del tiempo de Jesús, la diferencia básica entre una comida corriente y un banquete estaba en la cantidad de bebida que se consumía. El vino era sinónimo de celebración y alegría. También lo era el baile. Decir fiesta era decir danza. La palabra hebrea equivalente a "fiesta" significaba primitivamente "baile". La fiesta del Mesías se comparó también con un banquete de bodas. Hasta el Apocalipsis, el último de los libros del Nuevo Testamento, se emplea la imagen de las bodas mesiánicas (Apocalipsis 19, 7-8). Al interior de estas alegorías solemnes y brillantes, al contar la parábola del banquete Jesús puso el énfasis en quiénes son los invitados: los andrajosos, los mendigos, los últimos, la chusma.

## 84- LA ASTUCIA DE UN CAPATAZ

Cuando amarrábamos nuestras barcas en el pequeño muelle de Cafarnaum, después de un cansado día de trabajo, batallando con las redes y las olas, los pescadores nos reuníamos en la destartalada taberna del tuerto Joaquín. Allí podíamos tomarnos una jarra de vino, protestar de los nuevos impuestos del rey Herodes y reírnos con las ocurrencias Pipo, el capataz de Fanuel.

*Pipo* - ¡Esta jarra la pago yo, camaradas! ¡Hip! Les invito a todos, pero antes tienen que gritar ¡viva Pipo! A ver... Una, dos... ¡y tres!

*Todos* - ¡Que viva Pipo!

*Pipo* - ¡Que viva yo, sí señor! Tuerto, sírveles vino ¡hip! a todos estos admiradores míos. ¡Ja, ja, jay! ¡Ay, caramba, qué buena es la vida cuando las vacas están gordas, hip, así como yo! ¡Ja, ja, jay!

El gordo Pipo era un hombre especial. Amigo de todos, con su barba de tres puntas y los dientes rotos, Pipo iba de taberna en taberna riéndose de sus propios chistes y haciéndonos reír a todos. Por su simpatía y su habilidad con los números, había conseguido un buen trabajo como capataz del viejo Fanuel, uno de los propietarios más ricos de Cafarnaum.(1) Pero Pipo era un botarate. Y todo el dinero que ganaba, y hasta el que no ganaba, se le iba por el agujero de los barriles de vino.

*Pedro* - ¡Vaya, Pipo, qué bien vives, granuja! ¡Tienes más plata en el bolsillo que la que cargaban los camellos de la Reina de Saba!

*Pipo* - Mi amo don Fanuel gana la plata... ¡hip!... y yo se la administro.

*Juan* - Di mejor que tú se la gastas, ¡buen sinvergüenza!

*Pipo* - Y le hago un favor porque, mira, el viejo Fanuel no sabe ni qué hacer con tanto dinero... ¡hip! No sabe divertirse. ¡Bah, a los tacaños hay que ayudarlos para que las polillas no les coman luego todos sus ahorros! ¡Hip! ¿Saben una cosa, camaradas? Que aquí se cumple aquel refrán del sabio Salomón: El vivo vive del bobo, y el bobo de su trabajo. ¡Ja, ja, ja, jay!

*Santiago* - ¿Dónde fue que Salomón dijo eso, Pipo?

*Pipo* - ¡Y qué sé yo! Ni lo sé ni me importa. Pero está muy bien dicho, ¡qué caray! ¡Hip! ¡Ea, muchachos, aquí estoy yo, el hombre más feliz de Cafarnaum! ¡Hip! ¡Invito a todos los que tengan la jarra

vacía y que griten: ¡viva el Pipo! Una, dos...  
¡hip!... y ¡tres!

*Todos* - ¡Viva el Pipo!  
*Fanuel* - Ejem... Que viva el Pipo.

Fue algo inesperado. En la puerta, con su pulido bastón y una cara muy seria, había aparecido Fanuel, el amo de Pipo. Todos nos quedamos tiesos mientras aquel viejo ricachón atravesaba en silencio la taberna. Pipo, inmóvil, con la jarra de vino levantada en una mano, como una estatua, aún no había podido pasar por el gznate el último trago de vino.

*Fanuel* - ¡Pipo!  
*Pipo* - Mande, patrón.  
*Fanuel* - Pasa mañana temprano a recoger todas tus cosas.  
*Pipo* - Pero, patrón...  
*Fanuel* - Ningún patrón. Lo he oído todo desde la puerta. Estás despedido.

Y Fanuel, sin decir una palabra más, apretó la empuñadura de su bastón y salió de la taberna...

*Pipo* - Maldita sea, ¿y este pájaro no encontró otro momento mejor para visitar el nido? ¡Con el susto, hasta se me ha quitado el hipo!

*Pedro* - ¡Se te acabó el tinglado, compañero! ¡Llegaron las vacas flacas!

*Santiago* - ¡Mañana a estas horas estarás por estos caminos con una mano delante y otra atrás!

*Pipo* - Si el viejo Fanuel me hubiera dejado explicarle...

*Pedro* - Pero, ¿qué ibas a explicarle, truchimán? ¡Alégrate de que no haya venido a buscarte con dos guardias y te haya metido de un puntapiés en la cárcel!

*Pipo* - Tienes razón, Pedro. Pero, ¿y ahora qué hago yo, eh?

*Pedro* - ¿Que qué haces tú? Lo que hacemos todos. ¡Ponerte a trabajar!

*Pipo* - No, no, por favor, no me hablen de trabajar que sólo oír esa palabra me dan escalofríos. Yo no nací para eso. Me faltan fuerzas.

*Juan* - Fuerzas no te faltan, pero te sobra tripa. ¡Con esa panza que tienes no puedes doblar el lomo!

*Santiago* - Pero tendrás que doblarlo, compañero, te veo cuidando puercos o recogiendo pepinos.

*Pipo* - No, no, yo no sirvo para trabajos de campo. No hay un solo labrador en toda mi parentela.

*Pedro* - Pues entonces, ven con nosotros a pescar en el lago. ¿Sabes tirar la red?

*Pipo* - Lo que yo sé es que en el agua me mareo como una preñada.

*Juan* - Aprende un oficio, caramba: alfarero, sastre, curtidor...

*Pipo* - ¿A mi edad, Juan? ¿Tú crees que a mi edad se aprende

algo? ¡A los cuarenta, ni oficio ni beneficio!

*Santiago* - ¡Pues entonces, amigo Pipo, no te queda otro remedio que sentarte en la puerta de la sinagoga a pedir limosna!

*Pipo* - ¿Estás loco? ¡Antes me corto las venas! ¿Yo, Pipo, el hijo de mi madre, pidiendo limosna? ¡Nunca jamás, lo oyes, Santiago, lo oyen todos, nunca jamás lo haré!

*Pedro* - ¡Está bien, gritón, está bien! ¿Y qué demonios vas a hacer entonces?

*Pipo* - Tengo una noche para pensarlo. Una noche. Necesito despejarme la cabeza. Tuerto, sírvenme otro trago. Te prometo que mañana a esta misma hora te lo pagaré todo. ¡Lo juro!

Y aquella noche, Pipo daba vueltas y vueltas sobre la estera sin poder pegar un ojo.

*Pipo* - ¿Qué haré? ¿Qué haré? ¡Pitonisa del rey Saúl, ilumíname la mollera! ¡Gran Poder de Dios, envíame un ángel que me sople alguna idea en la oreja! Caracoles, me exprimo el seso como si fuera una naranja y no sale ni gota. Hasta la burra de Balaán razonó cuando hizo falta, ¡caramba! ¿Y por qué a mí no se me ocurre nada? Pipo, piensa algo pronto si no quieres darte por muerto. ¡Por la mujer de Putifar, ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Ay, mamá, qué hijo tan listo trajiste al mundo! De prisa, de prisa, ¡tengo que actuar de prisa!

Y antes de que amaneciera, Pipo empezó a actuar...

*Lucio* - Pero, ¿quién demonios llama a esta hora?

*Pipo* - ¡Soy yo, Lucio, el Pipo! ¡Ábrame!

*Lucio* - Pero, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Tienes pesadillas? ¿O te persigue la policía?

*Pipo* - Preferiría el escuadrón entero detrás de mí y no esto que me pasa.

*Lucio* - ¿Cómo dijiste?

*Pipo* - Nada, buen hombre. Digo que cuántos barriles de aceite le debe usted a mi amo Fanuel.

*Lucio* - Le debo cien. Tú mismo me hiciste firmar el recibo, ¿no te acuerdas? Pero, ¿a qué viene eso ahora?

*Pipo* - No pregunte tanto, viejo. Mire, aquí está su recibo:  
«Yo, Lucio, hijo de Luciano, debo a Fanuel cien barriles de aceite, según la medida galilea».

*Lucio* - Pero... ¿qué estás haciendo majadero?

*Pipo* - Rompiendo el recibo que usted firmó.

*Lucio* - ¿Y entonces?

*Pipo* - Entonces, siéntese, don Lucio. Aquí tengo uno nuevo, en blanco. Escriba: "Yo, Lucio, hijo de Luciano, debo a Fanuel... cincuenta barriles de aceite". Si, sí, escriba eso: cincuenta barriles.

*Lucio* - Pero, Pipo...

*Pipo* - ¡Pssh! No abra la boca para que no le entren moscas.

*Lucio* - Pero, ¿qué dirá tu amo si se entera?

*Pipo* - Ya no me importa lo que diga él. Más me importa lo que digas tú, amigo Lucio.

*Lucio* - ¿Yo?

*Pipo* - Sí, tú, mi querido amigo Lucio. Mírame bien los bigotes. Ahora sólo le debes a Fanuel cincuenta barriles de aceite gracias a mí, a tu amigo Pipo, que te ayuda y te quiere bien. ¡Adiós, viejo, y métase pronto en la cama que va a atrapar un catarro!

Después, Pipo fue a llamar a otra puerta...

*Urías* - Cien sacos de trigo, ésa es mi deuda con tu amo Fanuel.

*Pipo* - ¿Cien? ¿No te parecen demasiados, mi querido amigo Urías?

*Urías* - Eso digo yo, Pipo... Yo soy un hombre pobre. Ni en el valle de Josafat acabaré de pagar a tu amo lo que le debo.

*Pipo* - No digas más, Urías. Me has conmovido. Las lágrimas me suben por la garganta y se me escapan por los ojos. Aquí está tu recibo... ¡roto! Ya no está. Siéntate y escribe uno nuevo. Pon solamente ochenta. «Debo ochenta sacos de trigo al tacaño de Fanuel». Bueno, lo de tacaño no lo pongas. Y acuérdate que esto lo hago por ti, porque eres mi amigo.

*Urías* - ¡Gracias, Pipo, gracias!

Y así pasó Pipo aquella noche, de puerta en puerta, despertando a los deudores de su amo Fanuel, conversando con todos y haciéndoles firmar recibos nuevos. Y cuando el sol se asomó por entre los montes de Basán y los gallos de Cafarnaum se sacudieron las plumas, Pipo, el astuto capataz, terminó su recorrido.

*Pipo* - ¡Uff, qué nohecita! Ahora, que el viejo Fanuel me



dé si quiere el empujón... ¡tengo ya un cojín para el trasero!

A media mañana fue a ver a su patrón...

*Fanuel* - No tenemos nada más que hablar, Pipo. No te creo ninguno de tus cuentos.

*Pipo* - Pero, patrón Fanuel...

*Fanuel* - Acabemos de una vez. Has sido un capataz inmoral. No quiero ver nunca más tu desagradable barba de tres puntas.

*Pipo* - Bueno, patrón, si ésa es su última palabra... Mire, aquí están las llaves de la finca y... éstos son los recibos de todos sus deudores. Ni uno falta ni uno sobra...

*Fanuel* - Está bien, déjalos ahí. Y ahora, lárgate.

Al salir de allí, Pipo fue corriendo a casa de Lucio...

*Pipo* - ¡Ay, Lucio, ay!

*Lucio* - Pero, cuéntame, amigo Pipo, ¿qué te ha pasado?

*Pipo* - Ay, Lucio, algo repentino, como el fuego que quemó a Sodoma. Mi amo Fanuel me echó de la finca.

*Lucio* - ¿Que te echó? ¿Así porque sí?

*Pipo* - Así porque sí.

*Lucio* - ¡Qué injusticia! Pipo. Créeme, comprendo la triste situación en que te encuentras.

*Pipo* - Don Lucio, créame: ¡con buenas palabras no se sazonan las lentejas!

*Lucio* - Pipo: mi casa es tu casa. Si necesitas cobijo, si necesitas un plato caliente, si necesitas algún dinero adelantado, ¡aquí estoy yo, tu amigo!

*Pipo* - ¡No esperaba menos de usted, don Lucio!

Y enseguida, Pipo fue a casa del otro deudor de su antiguo patrón...

*Pipo* - Urías, hoy por ti, mañana por mí.

*Urías* - ¿Qué quieres decir con eso, Pipo?

*Pipo* - Que ayer fue hoy y que hoy es mañana.

*Urías* - ¿Cómo dices?

*Pipo* - Que me echaron del trabajo, hombre, y que estoy más pelado que una rana.

*Urías* - No llores, Pipo. Para estos momentos difíciles estamos los amigos. ¡Choca los cinco y cuenta conmigo!

*Pipo* - Gracias, Urías, gracias...

Y así fue Pipo recorriendo por la mañana el mismo camino

que anduvo a medianoche, tocando otra vez las puertas de los deudores de Fanuel, su antiguo amo.

*Juan* - ¡Caramba con el Pipo, ése se le escapó al diablo por entre las piernas!

*Pedro* - ¿Te acuerdas, Jesús, que te lo dije? ¡Ése sale siempre a flote, como el corcho! ¡Al Pipo se le ocurre cada cosa!

*Jesús* - Mira, Pedro, ¿sabes lo que pienso? Que si nosotros fuéramos listos para luchar por la vida de los demás como el Pipo lucha por su pellejo, ¡ah, caray, entonces las cosas cambiarían! Si nosotros fuéramos tan astutos como él, el Reino de Dios iría adelante, ¿no te parece?

*Pipo* - ¡Qué pasa, camaradas! Seguro que están murmurando de mí, ¿verdad? Pues para que no murmuren a mis espaldas, aquí llegué yo, ¡el Pipo! ¡Y esta noche invito yo! Tuerto, sírveles vino a todos los que tengan la jarra vacía y que griten: ¡Viva el Pipo! ¡Ea, mis amigos, a la una, a las dos, y a las tres!

*Todos* - ¡Viva Pipo!

Jesús también levantó su vaso brindando por Pipo, aquel capataz que no tenía ni un pelo de tonto. Y así, entre el vino y las bromas, nos pasamos un buen rato en la taberna de Joaquín, la que está junto al embarcadero. Cuando salimos, Jesús iba riéndose y decía que para luchar por el Reino de Dios había que ser tan sencillo como las palomas pero tan astuto como las serpientes.

Lucas 16,1-9

---

*1. Los terratenientes galileos no vivían permanentemente en sus fincas y contrataban a un administrador o **capataz** para que atendiera sus tierras, a sus jornaleros y a sus deudores. No entraba en la economía oriental de aquella época una contabilidad estricta, lo que explica que los capataces cometieran habitualmente trampas.*

## 85- EL PATRÓN SE FUE DE VIAJE

Aquella tarde, Rufina había ido al mercado y sus muchachos jugaban en la calle al salto del caballito. Cuando Jesús entró en casa de Pedro, la abuela Rufa estaba sola, cuidando a Tatico, el más pequeño de sus nietos.

*Rufa* - Duerme, mi chiquito, ro, ro, ro, rorrito...

*Jesús* - ¿Qué hay, abuela Rufa?

*Rufa* - ¡Psssh! Bajito, moreno, que se me acaba de dormir. Con tanto alboroto como hay aquí siempre, tiene el sueño como los pájaros, el pobrecito.

*Jesús* - Bueno, abuela, ¿y qué me cuenta de nuevo?

*Rufa* - Sí, ya le di un huevo, pero no se lo quiso comer. Está muy desganado este muchachito.

*Jesús* - No, abuela, le digo que cómo andan las cosas por aquí.

*Rufa* - ¡Ay, mi hijo, habla más alto que no te oigo nada!

*Jesús* - Digo que qué me dice de la...

*Rufa* - Lo que te digo es que esto es una casa de locos, Jesús. Y el más loco de todos es Pedro, ese yerno mío.

*Jesús* - ¿Por qué dice usted eso, abuela Rufa?

*Rufa* - ¿Que por qué? ¿Y me lo preguntas tú? Ay, mi hijo, yo no sé a qué gente te has arrimado. Ahora que estamos solos... Yo creo que entre esos amigos que te has echado hay más de una oveja negra.

*Jesús* - ¿Usted cree, abuela Rufa?

*Rufa* - Mira solamente a ese Mateo, por mentar a alguno. Y no lo digo por lo de publicano, que sería lo de menos, sino que es un cenizo, Jesús, un fracasado. Y Natanael, el calvito ése... No me gusta ni así. Y el otro Tomás, el ta-ta-tartamudo... ¡jum! ¡Tienes cada yerba en ese potaje!

*Jesús* - ¿Usted cree, abuela? Mire que la gente da sus sorpresas.

*Rufa* - No, yo no quiero que se lleven a la gente presa. Tanto como eso, no, pero...

*Jesús* - Digo que la gente da sus sorpresas, abuela Rufa. Y hay mucha gente que necesita que le den una oportunidad para hacer algo que valga la pena. Escuche... Había una vez un hombre muy rico que tenía que irse de viaje...

*Patrón* - Epa, ¿dónde están mis capataces? Vengan los tres a verme cuando caiga el sol. Quiero hablar con ustedes antes de irme.

Jesús - Y los tres capataces se personaron donde su patrón...

Leví - Mande, mi amo.

Patrón - Leví, ya habrás oído que me voy durante un tiempo. Pues bien, aquí tienes: te dejo cinco mil denarios.(1) A ver qué negocio se te ocurre para aprovecharlos bien.

Leví - No es por echarme incienso, mi amo. Pero tenga la seguridad de que los deja usted en buenas manos. ¡Váyase tranquilo, que este capataz suyo es más listo que una zorra con hambre!

Jesús - Y entró el siguiente capataz...

Patrón - Ven acá, Jehú. Tómalas, son para ti.

Jehú - ¿Y eso, patrón?

Patrón - Te dejo dos mil denarios, contantes y sonantes. Trabaja con ellos. Sácales beneficio. Cuando vuelva, ya arreglaremos cuentas. ¿De acuerdo?

Jehú - ¡De acuerdísimo, patrón!

Patrón - Piensa en algún negocio y...

Jehú - ¡Calle, patrón! Que ya tengo entre ceja y ceja una idea que... ¡ajajay! ¡Verá usted todo lo que voy a ganar con este dinero!

Jesús - Llegó el turno al tercer capataz...

Tómalos, Patrón - Aquí tienes, Matatías. Mil denarios. son tuyos.

Matatías - Pero... ¿mil denarios? ¿A mí?

Patrón - Sí, a ti, a ti, ¿a quién va a ser? ¿No eres el tercer capataz de mi finca?

Matatías - Pero, patrón, yo...

Patrón - ¿Te parecen pocos?

Matatías - No, no, al contrario... ¡Uff! ¿Y qué hago yo con tanto dinero?

Patrón - ¡Pues negociar con él! ¡Comprar, vender, sacarle provecho! Mientras estoy fuera quiero que administres una parte de mi dinero, igual que Leví y que Jehú. ¿Está o no está claro?

Matatías - Bueno, claro... Es decir, no tan claro... pero... Trataré de hacerlo lo mejor posible, patrón.

*Jesús* - A los pocos días, Leví, el primer capataz, el que había recibido los cinco mil denarios, que era astuto y gran comerciante...

*Leví* - Yo te compré los caballos por trescientos denarios. Eso es. Entonces tú me devolviste cincuenta de las herraduras que yo te había vendido, pero como yo te adelanté ciento setenta y cinco, ahora sólo tengo que pagarte la mitad de lo que te sobra, es decir...

*Vendedor* - Espérate, espérate, Leví. Tú me diste veinticinco ayer...

*Leví* - Y otros veinticinco hoy, son cincuenta. Más los otros cincuenta de las herraduras y menos las ciento setenta y cinco que se juntaron al pago de cien que tú me habías rebajado cuando yo te di los cinco denarios de los clavos...

*Jesús* - Jehú, el segundo capataz, que había recibido dos mil denarios, estaba colocando un gran letrero en la puerta de su casa.

*Jehú* - «Préstanos al diez». Sí, sí, esto es lo mejor. La gente me conoce bien y se me va a llenar la casa enseguida. Para ser buen prestamista hay que tener el ojo abierto y la mano cerrada. Y a mí no me falta ni una cosa ni otra. Bueno, pensándolo bien, ¿qué me falta a mí para cualquier negocio? ¡Ja, ja!

*Jesús* - Mientras tanto, Matatías, el tercer capataz que había recibido sólo mil denarios, llevaba siete días sin pegar ojo.

*Matatías* - ¿Y si probara en el comercio de don Celio? Sí, pero no le caigo simpático a ese gordo. No, mejor ni preguntarle... ¡Uff! ¿Comprar, entonces? Pero, ¿comprar qué? ¿Aceitunas? Y después, ¿si se me estropean? No, quítatelo de la cabeza, Matatías. El que compra tiene después que vender, y para vender hace falta tener gracia y... y yo soy un desgraciado.

*Jesús* - El tiempo corrió y dio cuatro vueltas alrededor

de aquella tierra. Y cuando habían pasado muchas lunas, el dueño de la finca regresó de su viaje.

*Patrón* - Epa, ¿dónde están mis capataces? ¡Vengan, vengan los tres, quiero verlos ahora mismo!

*Jesús* - Y enseguida se presentó Leví, el primer capataz.

*Leví* - ¡Mi amo! ¿Qué tal ese viaje?

*Patrón* - Muy bien, Leví, muy bien. ¿Y qué tal esos negocios?

*Leví* - ¡Ahí tiene, mi amo! Cuente, cuente... Cinco mil me dio usted, otros cinco mil conseguí yo.

*Patrón* - ¡Buen trabajo, muchacho!

*Leví* - Ya le dije yo que todo iría ¡como miel por el gajnate! Uno sabe lo que se trae entre manos, ¡qué caray! Yo soy como los gatos: ¡no hay tapia que no salte!

*Jesús* - Y después entró Jehú, el segundo capataz.

*Patrón* - Y a ti, ¿cómo te han ido las cosas?

*Jehú* - ¡Mejor de lo que me las pinté en la cabeza, patrón! Yo soy un suertudo, créame. Mire... ¿Fueron dos mil denarios, verdad? Pues han hecho buena cría: ¡ahí tiene usted otros dos mil!

*Patrón* - ¡Buen trabajo, muchacho!

*Jesús* - Y, al final, apareció Matatías, el tercer capataz.

*Matatías* - Ahí está su dinero, patrón.

*Patrón* - Vamos a ver... Ochocientos... novecientos... mil. Pero, ¿cuánto te dejé yo, Matatías?

*Matatías* - Eso mismo, patrón, mil denarios. Ahí está todo, hasta el último céntimo. Ni uno de más ni uno de menos.

*Patrón* - Pero, ¿no quedamos en que te lo daba para que le sacaras provecho y consiguieras más?

*Matatías* - Verá, patrón: quedar, quedamos en eso. Pero yo me dije: Matatías, con lo bruto que eres, si te pones a negociar, vas a perderlo todo en dos semanas. Mejor lo guardas y... y bueno, hice un

agujero en la tierra y ahí lo escondí hasta hoy.

*Jesús* - Matatías tenía las orejas rojas por la vergüenza y temblaba desde la punta del pelo hasta el dedo gordo del pie. Una vez más, como siempre, sentía en la boca el sabor del fracaso.

*Matatías* - Yo no sirvo para nada, patrón. Los muchachos en la escuela se reían de mí porque yo era siempre el último. Mi madre también me lo dijo: naciste torcido, Matatías, y no habrá viento que te enderece. Usted lo sabe mejor que nadie, patrón: yo no sirvo para nada.

*Rufa* - Lo que decía yo. Que ese muchacho no sirve para nada. Y, encima, no quiere poner de su parte. ¡Es un irresponsable, un flojo y un manganzón!

*Jesús* - Está bien, abuela Rufa, está bien. Matatías era muy poquita cosa. Pero el patrón no. El patrón era un tipo generoso, le sobraba corazón. Por eso, la historia no acabó ahí...

*Patrón* - ¡No sirvo para nada! ¡No sirvo para nada! Y mientras más lo repites, más te lo crees y más te hundes! ¡Caramba contigo, Matatías! Pero, óyeme bien: la próxima vez te arranco las orejas si no inventas algo para hacer rendir lo que tienes.

*Matatías* - La próxima vez... Pero, ¿usted me daría otra oportunidad a mí, patrón?

*Patrón* - Sí, te la voy a dar. Porque tú puedes salir adelante. Tú puedes hacer algo que valga la pena, claro que puedes.

*Jesús* - Algún tiempo después, el dueño de la finca tuvo que irse nuevamente de viaje. Y volvió a llamar a sus tres capataces. A Leví, el astuto comerciante, le confió otra vez cinco mil denarios. A Jehú, el hábil prestamista, le dio dos mil. Y al infeliz Matatías, como antes, le entregó mil.

*Patrón* - ¡Negocien con ese dinero hasta que regrese! ¡Trabajen duro y con ánimo! ¡Adiós!

*Jesús* - Esta vez el viaje del amo fue más corto. Y

cuando había pasado un par de lunas, ya estaba de regreso en la finca. Enseguida mandó a llamar a sus tres capataces.

*Patrón* - Pero, ¿qué dices, Leví?

*Leví* - Pues usted verá, mi amo, esta vez he querido tomar las cosas con calma, ¿usted comprende? No hay prisa, me dije, tú eres más listo que el mismísimo diablo y el caso es que...

*Patrón* - ...que no has trabajado nada. Que confiaste demasiado en tu ingenio, ¿no? Parece mentira, Leví, con tantas cosas que podrías haber hecho. Y no has hecho nada.

*Jesús* - Y después entró Jehú, el segundo capataz.

*Jehú* - ¡Ahuuummm! Y ahí está la ganancia.

*Patrón* - ¿Cómo? ¿Tres monedas solamente? ¿Cómo has ganado tan poco?

*Jehú* - Bueno, patrón, la vida se ha complicado, ¿usted sabe? Las cosas ya no son como antes.

*Patrón* - Tú no eres como antes. También te cansaste. También te entró sueño y te dormiste sobre tu fama.

*Jesús* - Y al final, llegó Matatías, corriendo y con todos los pelos alborotados.

*Matatías* - ¡Patrón! Mire, cuente... ¡Usted me dio mil, tengo otras mil! ¡He ganado mil denarios, mire! ¡Lo conseguí, patrón!

*Patrón* - Estaba seguro que saldrías adelante, Matatías. Estaba seguro.

*Matatías* - Y eso fue lo que me empujó, patrón. Que usted puso tanta confianza en mí, que yo sentía como dos alas acá en la espalda. Tenía miedo, sí, pero me acordé de lo que usted me dijo: tú puedes hacerlo, Matatías, tú puedes hacerlo.

*Patrón* - Y lo hiciste.

*Matatías* - Sí, me lancé. Cerré los ojos y me fui a comprar tomates. Y después los cambié por lana. Y con la lana monté un taller y el negocio no fue tan mal, ya usted ve. ¡He ganado mil denarios, patrón!

*Patrón* - Has trabajado muy bien, Matatías. Has



sido valiente con poca cosa. Ahora te daré más dinero y más responsabilidad. Y también saldrás adelante. Porque el que sabe ser fiel con poco, también sabe serlo con mucho.

*Jesús* - Ya usted ve, abuela Rufa, la gente da sus sorpresas. ¿Qué? ¿Le gustó la historia?

*Rufa* - Sí, Jesús, me gustó. Pero, digo yo, que todavía no se habrá acabado, ¿verdad?

*Jesús* - ¿Cómo que no se ha acabado, abuela?

*Rufa* - Claro que no, porque si ese patrón le dio una segunda oportunidad a Matatías, también le dará una tercera a ese par de dormilones que se cansaron antes de tiempo, ¿no te parece?(2)

*Jesús* - Sí, abuela, creo que usted tiene razón. Dios siempre nos da una nueva oportunidad. No dos ni tres veces. Siempre.

Mateo 25,14-30; Lucas 19,11-27.

---

1. *Un talento era una medida de peso que oscilaba entre los 26 y los 36 kilos, de plata o de oro. Equivalía a unos **mil denarios**. Era una gran cantidad de dinero, considernado que el jornal habitual de un campesino o un obrero era sólo de un denario.*

2. *La parábola del **patrón** que da talentos a sus capataces para que negocien con ellos, la de las vírgenes prudentes, la del ladrón que llega de noche y la del amo que regresa inesperadamente, fueron parábolas contadas por Jesús para sacudir las conciencias de los dirigentes religiosos de su tiempo, a quienes Dios pediría rigurosa cuenta de lo que habían hecho y de lo que habían dejado de hacer por el pueblo. Las primeras comunidades cristianas transformaron estas parábolas de Jesús en llamados a la responsabilidad de los cristianos, para que estuvieran alerta y "negociaran" bien con su tiempo, su vida y sus posibilidades, para cuando llegara el juicio de Dios. Así se ha entendido generalmente la parábola de los talentos: como un llamado a la responsabilidad. Pero tomada literalmente podría parecer como si Dios prefiriera a los más listos e intrépidos. Se podría interpretar que los apocados e indecisos no son aceptados por Dios. Pero el Dios del que habló Jesús se compadece de la debilidad humana y siempre da una nueva oportunidad.*

## 86- LA SANGRE DE LOS GALILEOS

Aquel invierno Jerusalén se vistió de blanco, con nieve sobre las murallas y sobre los techos de las casas. Era el mes(1) de Kisleu, cuando nuestro pueblo conmemora, con alegría y con lámparas encendidas, la Dedicación del Templo y la purificación del altar.(2) Jesús y algunos grupos subimos a la capital durante la fiesta. Y, como siempre, nos hospedamos en el pueblo cercano de Betania, en la taberna de nuestro amigo Lázaro.

*Lázaro* - Así como lo oyen, paisanos. Eso pasó ayer mismo, un poco antes de llegar ustedes. Eran dos muchachos galileos. Estaban en el Templo, ofreciendo una oveja en sacrificio. Entonces entran los soldados romanos, ahí mismo los atrapan y, ¡zas!, de un puntapiés a la Torre Antonia.(3)

*Marta* - Se hospedaban aquí con nosotros, los pobres. Todavía tienen su ropa y sus trastes en el patio.

*Lázaro* - Uno es hijo de un tal Rubén, de Betsaida. Y al otro le dicen Nino. Su madre es de Corozaim.

*Jesús* - ¿Y que harán con ellos, Lázaro?

*Lázaro* - ¡Quién sabe, Jesús! La vida de los presos cuelga de un hilo de araña. Depende del capricho de Poncio Pilato.(4) Ya ven ustedes, el muy canalla no respetó el Templo ni el sacrificio que estaban ofreciendo.

*Judas* - La historia se repite. Los romanos se ríen ahora de nosotros igual que antes se rieron los griegos.

Durante la dominación griega, en tiempos del cruel Antíoco Epifanes, doscientos años atrás, los extranjeros habían saqueado el Templo de Jerusalén y profanado el altar de los sacrificios. Después de las primeras victorias de los hermanos Macabeos, nuestros antepasados hicieron grandes ceremonias de expiación. Y, desde entonces, todos los años, al llegar el invierno, celebrábamos aquella fiesta de la Dedicación.

*María* - ¡Eh, Lázaro, Marta, ustedes!

*Lázaro* - ¿Qué pasa, María? ¿Alguna noticia?

*María* - Sí, me ha dicho el cojo Saúl que van a juzgar a los dos muchachos galileos en la Torre Antonia. Que Pilato los va a sacar al Enlosado, delante de todo el mundo.

*Judas* - ¿Cuándo va a ser eso, María?

*María* - Ahora por la mañana, Judas. Si nos damos prisa, llegamos a tiempo.

*Lázaro* - ¡Ea, compañeros, vamos allá!

Lázaro, sus dos hermanas y nosotros, salimos juntos de la taberna. En pocos minutos, ganamos el caserío de Betfagé, subimos la ladera del Monte de los Olivos, atravesamos el torrente Cedrón, resbaladizo por la nieve que había caído y entramos en la ciudad de Jerusalén.(5) Mucha gente se arremolinaba en las calles. Poco a poco, a codazos y empujones, nos fuimos abriendo paso hasta llegar frente a la Torre Antonia.(6) En las almenas ondeaban las banderas amarillas y negras de Roma. Sobre la escalinata, una gigantesca águila de bronce nos recordaba que nuestra patria estaba bajo el dominio de una nación extranjera.

*Hombre* - ¡Allí es el juicio! ¡Corran, que ya sale el gobernador!

En los bajos de la Torre había un pequeño patio enlosado, donde Poncio Pilato, el gobernador romano, juzgaba públicamente a los presos y pronunciaba las sentencias.

*Pilato* - ¿Es que ustedes no escarmentarán nunca? ¿Cómo quieren que lo diga? ¡Están prohibidas las reuniones clandestinas!

*Mujer* - ¡Mi hijo no estaba haciendo nada, gobernador, mi hijo no estaba reunido con nadie!

*Pilato* - Ese hijo tuyo y su amiguito estaban conspirando contra Roma. ¡Y a los conspiradores los aplasto yo como chinches! ¿Me oyeron todos? ¡Como chinches y pulgas!

Poncio Pilato, el gobernador de Jerusalén y de toda la región sur de nuestro país, era un hombre alto y robusto. Llevaba una toga de lino blanco y sandalias trenzadas. Tenía el pelo recortado al estilo romano y en la boca una eterna mueca de desprecio hacia nosotros los judíos.

*Mujer* - ¡Gobernador, mi hijo es inocente! ¡Estaba en el Templo!

*Hombre* - ¡Y el Templo es un lugar sagrado!

*Pilato* - El Templo es una ratonera. Y mis soldados se encargan de sacar los ratones que quieren esconderse en ese agujero.

*Mujer* - ¡Gobernador, ellos no estaban conspirando! ¡Ellos estaban ofreciendo un sacrificio, derramando la sangre de una oveja sobre el altar de Dios!

*Pilato* - ¿Ah, sí? ¿Con que eso estaban haciendo? ¡Pues la sangre de tu hijo y la del otro galileo se van a mezclar pronto con la de esa oveja!... ¡Soldados, tráiganme a ese par de rebeldes ahora

mismo!

*Soldado* - Enseguida, gobernador.

Hubo un silencio tenso mientras los guardias romanos salieron del Enlosado y se dirigieron a los fosos de la Torre Antonia donde los presos esperaban la sentencia. Al poco rato, regresaron empujando con lanzas a los dos jóvenes galileos atrapados el día anterior dentro del Templo. El primero era muy moreno. Tenía el pelo revuelto y la túnica hecha jirones. El otro, más bajo, escondía la cara entre sus manos amarradas. Temblaba como si tuviera fiebre y se le podía ver la espalda destrozada por los azotes.

*Mujer* - ¡Ten un poco de piedad, Poncio Pilato, perdónalos! ¿Es que no tienes entrañas? ¿No te duele ver a una madre llorando? ¡Perdona a mi hijo, perdónalo!

*Hombre* - ¡Clemencia también para el otro muchacho!

*Pilato* - Para los rebeldes no hay perdón. Roma es un águila y nadie escapa a sus garras. Y ustedes, judíos tercos, cuando vuelvan a sus caseríos después de la fiesta, cuenten a los demás lo que ahora van a ver con sus propios ojos.

Poncio Pilato nos miró a todos con un gesto burlón y levantó su mano ensortijada para dar la orden fatal...

*Pilato* - ¡Degüéllenlos!

Dos soldados de la guardia del gobernador agarraron a los jóvenes galileos y los tumbaron sobre el húmedo enlosado. Otros dos se acercaron, desenvainando sus espadas. De un tajo hicieron rodar las cabezas todavía sin barba de los muchachos. Un alarido de espanto salió de todas nuestras bocas. La madre de uno de los ajusticiados gritaba enloquecida y el pelotón de soldados tuvo que acordonarse para contener la avalancha de la multitud. Pero Poncio Pilato permanecía indiferente.

*Pilato* - Traíganme una medida de sangre.

Entonces, un soldado tomó un cacharro, lo acercó a los cuerpos de las víctimas y lo llenó con la sangre que salía a borbotones de los cuellos cercenados. Luego se lo entregó al gobernador romano que esperaba de pie.

*Pilato* - Este será mi sacrificio. Iré a derramar la sangre de este par de tercos sobre el altar de ese Dios más terco aún que tienen ustedes, los judíos. Escuchen bien, rebeldes: el único dios

que tiene poder está sentado en Roma. El emperador Tiberio es el único Dios verdadero. Reina sobre todos ustedes y mezcla la sangre de los hijos de Israel con la sangre de ovejas y perros. ¡Viva el César!

*Hombre* - ¡Maldito seas, Poncio Pilato! ¡Que algún día esa sangre caiga sobre tu cabeza!

El desconcierto fue muy grande. Muchos nos tapamos los ojos con horror mientras el gobernador, fuertemente custodiado, atravesó por el pasadizo que unía la fortaleza romana con el Templo. Pilato se presentó sin ningún respeto ante el altar de los holocaustos y derramó allí, entre las risas de sus soldados, la sangre todavía caliente de aquellos dos jóvenes galileos.

*Hombre* - ¡Profanación!(7) ¡Poncio Pilato ha profanado el altar! ¡Rásguense la túnica, hermanos!

*Mujer* - ¡El gobernador se burla de nosotros! ¡Hace poco metió las banderas del César en los atrios del Templo! ¡Y ahora, esto!

*Viejo* - ¡Si los macabeos levantaran la cabeza, empuñarían otra vez la espada de la venganza!

*Hombre* - ¡Venganza, sí, venganza! ¡Juro por mi pueblo que habrá venganza!

A partir de ese día, se multiplicaron en Jerusalén las protestas, los disturbios populares y los asesinatos. Un grupo de zelotes intentó hacer un túnel hasta la torre de Siloé, un pequeño arsenal junto a la fuente de agua de Ezequías, donde los romanos guardaban espadas y garrotes. Pero los cimientos de la torre estaban podridos y la construcción se vino abajo inesperadamente. En el derrumbe murieron varias familias galileas que tenían sus chozas junto a la torre.

*Lázaro* - La situación está muy mala, Jesús.

*Jesús* - Y se pondrá peor, Lázaro. Dicen que Pilato va a aumentar la vigilancia.

*Judas* - Entonces, es seguro que aumentarán los presos y los crucificados.

*María* - Y si lo saben, ¿por qué se siguen metiendo en líos, digo yo, por qué?

*Judas* - Porque esto no hay quien lo aguante ya, María. No hay derecho a pisotearnos como lo están haciendo estos malditos extranjeros.

*María* - Pero, Judas, tampoco hay derecho a tumbar una torre en la cabeza de esos dieciocho inocentes, ¡caramba! ¡Que le rompan los huesos a Pilato si quieren y pueden, pero, ¿qué ganan haciendo esas cosas? ¿No ven que han muerto esos pobres

infelices que no tienen la culpa de nada, eh?  
*Lázaro* - Lo hacen para provocar a Pilato.  
*María* - Sí, y Pilato sigue matando para provocarlos a ellos. Y así estamos como estamos, que ya no se puede andar por la ciudad de puro miedo a que te claven un cuchillo en cualquier esquina. No, no, no, yo no quiero saber nada ni de unos ni de otros.  
*Jesús* - Sí, María, tienes razón. Pilato es un sanguinario. Y algunos de los que luchan contra él se vuelven tan sanguinarios como él. Pero, ¿quién los enseñó a ser así? ¿Quién echó a rodar la piedra de la violencia? Ahí está el asunto, ¿no te parece? Los de arriba sembraron vientos. Ahora están recogiendo tempestades de los de abajo. Y si esto sigue así, si todos no cambiamos, pronto nos ahogaremos en un diluvio de sangre.

La fiesta de aquel invierno se volvió amarga por los crímenes, el miedo y la vigilancia romana. Fue durante aquella semana de la Dedicación cuando un grupo de judíos rodearon a Jesús en uno de los arcos del Pórtico de Salomón.

*Hombre* - Eh, tú, nazareno, ¿qué pasa contigo? ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo, caramba?  
*Mujer* - ¡Si eres el Mesías que esperamos dílo claramente y no perdamos más tiempo!  
*Viejo* - ¡Aquí hace falta un tipo con agallas que dé la cara por el pueblo!  
*Todos* - ¡Sí, eso, eso!  
*Jesús* - No, amigo, no. ¡Lo que aquí hace falta es un pueblo que aprenda a dar la cara por sí mismo! Cuando el niño es pequeño, la madre le da la mano para que no tropiece. El niño creció, se hizo un hombre, y tiene que caminar por sus propios pies.  
*Judas* - ¿De qué niño estás hablando, Jesús?  
*Jesús* - De nosotros mismos. Ya es hora de fortalecer las rodillas y levantar la cabeza. ¡La liberación está en nuestras manos! ¡No tenemos que esperar a nadie! ¡El Mesías ya está aquí, entre todos nosotros!(8) ¡Donde dos o tres luchan por la justicia, ahí está luchando el Mesías! ¡Sí, Dios sopló sobre los huesos secos y los huesos se unieron y el pueblo revivió y se puso en pie! ¡El Mesías es como un gran cuerpo! En un cuerpo hay cabeza y manos y pies. Pero todos los miembros tienen un mismo espíritu y todos son necesarios. ¡Y entre todas tenemos que romper el yugo que nos oprime y alzar juntos el bastón de mando! ¡Y

entre todas construir una nueva Jerusalén y escribir un nombre nuevo en sus murallas: Casa de Dios, Ciudad de Mujeres y Hombres Libres! ¡Y en ella no habrá más violencia, ni la violencia del lobo que mata a la oveja, ni la violencia de la oveja que se defiende del lobo! ¡Las espadas las convertiremos en azadones, y las rejas de las cárceles en rejas de arado!

*Hombre* - ¡Así se habla! ¡Que viva el Mesías de Dios!  
*Todos* - ¡Que viva, que viva!  
*Soldado* - ¡Eh, ustedes, galileos, disuélvanse! ¿No saben que está prohibido reunirse? ¡Vamos, vamos, lárguense de aquí si no quieren amanecer con la cabeza cortada como los otros dos!

Los soldados romanos intentaron llevarse preso a Jesús. Pero entre todos logramos esconderlo. Y nos dispersamos entre la gente que llenaba el Pórtico de Salomón. Y aquel mismo día emprendimos viaje hacia Jericó, porque la situación en Jerusalén, se nos estaba poniendo cada vez más difícil.

Lucas 13,1-5; Juan 10,22-40.

---

1. El calendario judío tenía sus **meses** ordenados según el ciclo lunar. Por eso, el año sólo tenía 354 días y había que estarlo corrigiendo continuamente, pues las estaciones y las lluvias tienen relación con el ciclo solar. Lo expresaba así un dicho de la época de Jesús: "Como el trigo aún no está maduro, este año tendremos que añadir otro mes". Por necesitar un calendario más exacto, los agricultores se guiaban por las estrellas para medir las estaciones y planificar la siembra y la cosecha.

2. La fiesta de la **Dedicación del Templo** caía en diciembre y duraba ocho días. Esta fiesta recordaba la consagración del Templo en los tiempos del rey Salomón y se había renovado en la época de los Macabeos, unos 160 años antes de Jesús. En los tiempos de Jesús, el pueblo de Israel conmemoraba en esta fiesta la victoria de los Macabeos, guerrilleros nacionalistas, sobre los griegos seléucidas, invasores del país; la purificación del Templo y la construcción de un nuevo altar después de las profanaciones que había hecho en el lugar santo el cruel rey seléucida, Antíoco Epifanes. Se celebraba también como fiesta de la luz, recordando que al dedicar el Templo se había vuelto a encender el santo candelabro de los siete brazos. En Jerusalén, para esta fiesta, se encendían de

nuevo las antorchas usadas ya en la Fiesta de las Tiendas. Por eso, la Dedicación se llamaba popularmente la fiesta de las Tiendas de Invierno. Las celebraciones tenían un sabor mesiánico, como las de la cosecha. En la actualidad, los judíos encienden solemnemente en estas fiestas la «hanuká», candelabro con ocho luces, una por cada día de la fiesta.

3. **Roma** dominaba sobre sus colonias a través de funcionarios enviados en representación del César a las provincias del imperio. Las provincias romanas eran de tres clases: las senatoriales (gobernadas por procónsules romanos, que se cambiaban anualmente), las imperiales (tenían al frente gobernadores, legados o procuradores, siempre romanos) y otros territorios gobernados por nativos, que servían a los intereses económicos y políticos del imperio, que era el caso de la Galilea gobernada por Herodes. Judea, con su capital Jerusalén, fue provincia imperial de forma definitiva desde el año 6 después de Jesús. Tenía al frente a un gobernador, la ocupaban militarmente tropas romanas y la administración estaba en manos de funcionarios también romanos.

4. **Poncio Pilato** fue el gobernador romano de Judea desde el año 26 hasta el 36. Los gobernadores romanos mandaban en las provincias imperiales. Podían ocupar el cargo de gobernador senadores con título de legado o no senadores con título de prefectos, que fue el caso de Pilato. Dentro de su provincia, el gobernador podía arrestar, torturar y ejecutar según las leyes romanas, aunque nunca a ciudadanos romanos. Pilato vivía habitualmente en la ciudad costera de Cesarea -residencia oficial de gobernadores- y se trasladaba con sus tropas especiales a Jerusalén para las fiestas, pues éstos eran días más propicios para los disturbios y movilizaciones populares. Los miembros de la clase sacerdotal de Jerusalén, máximas autoridades religioso-políticas de Israel, estaban en total connivencia con el poder imperial romano representado por Poncio Pilato.

No corresponde a la realidad histórica la imagen que a veces se da de Pilato como un hombre intelectual, de una cierta altura humana, aunque cobarde. Todos los datos de los historiadores de aquel tiempo -Filón, Flavio Josefo y Tácito, tanto judíos como romanos- confirman la crueldad de Pilato, odiado por los israelitas por sus continuas provocaciones y situado en tan alto cargo por su estrecha amistad con Sejano, militar favorito del emperador Tiberio y uno de los personajes más influyentes en Roma durante aquellos años.



Conociendo la aversión religiosa que los judíos sentían por las imágenes, Pilato hizo desfilar por las calles de Jerusalén imágenes del César Tiberio y las colocó en el antiguo palacio de Herodes el Grande. La presión del pueblo se las hizo retirar. También profanó Pilato el santuario en varias ocasiones y robó dinero del Tesoro del Templo para sus construcciones. Por ser Galilea el foco principal de las corrientes antiromanas del país, Pilato perseguía con más saña a los galileos, siempre sospechosos de zelotismo.

5. En Palestina hay solamente dos estaciones en el año, verano e invierno. Se expresa también como calor y frío, sementera y siega. El mes de Kisleu corresponde al noveno mes del año, equivalente a mediados de noviembre-miados de diciembre. Como Jerusalén es una ciudad situada en el desierto, en invierno llega a bajar mucho la temperatura y no es raro que **nieve**.

6. En la **Torre Antonia**, situada junto al Templo y comunicada con los lugares más sagrados del santuario por escaleras interiores, estaba el tribunal o pretorio en donde Pilato juzgaba a los acusados de rebeldía contra Roma y sus leyes. Los juicios no tenían nada que ver con los actuales tribunales, por poca justicia que haya en ellos. Las sentencias, que en caso de oposición al imperio siempre podían ser de muerte, dependían únicamente de la voluntad arbitraria del gobernador.

7. Las **profanaciones** contra la religión de los judíos y la crueldad de Poncio Pilato desencadenaron movilizaciones populares de rechazo y acciones violentas por parte de los zelotes, más organizados para ellas. La dominación romana generó continuos movimientos de resistencia en Israel, la provincia del imperio que más airadamente se rebeló contra el poder romano. El último alzamiento, a finales de los años 60 después de Jesús, terminó con la destrucción de Jerusalén y dio inicio al largo exilio judío, que ha durado hasta nuestros días.

8. Varios textos proféticos y las cartas de Pablo se refieren a la idea del «**Mesías** colectivo». (Ezequiel 37, 1-14; Isaías 2, 3-5; 9, 2-4; 11,6; 1 Corintios 12, 1-29 y 13-11). Desde el profeta Miqueas (Miqueas 2, 12-13) comienza a abrirse paso en la mentalidad israelita la idea de un mesianismo de los pobres, en el que un «resto» del pueblo de Israel, cautivo en Babilonia, es el portador de las promesas mesiánicas del Reino (Sofonías 3, 11-13). Jesús, fiel a esta tradición, no pretendió nunca el monopolio de la acción mesiánica. Se reconoció en ese

*mesianismo pobre y no en el mesianismo triunfalista que esperaban otros sectores de la sociedad de su tiempo.*

## 87- EN LA RAMA DE UN SICÓMORO

De Jerusalén viajamos a Jericó, la ciudad de las rosas, la que Josué conquistó con el clamor de las trompetas.(1) Ya en aquel invierno Jesús era muy conocido en todo el país, desde las tierras de la tribu de Dan, hasta el desierto de Idumea, desde el mar de los fenicios hasta las secas montañas de Moab. Cuando llegamos a Jericó, los vecinos se alborotaron y salieron a recibirnos.

*Mujer* - ¡Ahí viene! ¡Ahí viene el profeta!  
*Hombre* - ¡Arriba el nazareno y abajo los romanos!

La gente nos apretujaba por todos lados. A duras penas pudimos avanzar por el camino bordeado de árboles que unía las viejas murallas de la ciudad con la plaza cuadrada. Allí, en la plaza, estaba la sinagoga, el cuartel de la guardia romana y la oficina de aduanas y de impuestos.

*Zaqueo* - Maldita sea, pero, ¿qué bulla es ésta? ¡Aquí no hay quien trabaje ni saque bien una cuenta! ¡Eh, tú, muchacho, ¿qué demonios pasa en la calle? ¿Un fuego, una boda o un entierro?

*Muchacho* - ¡Un profeta! ¡Llegó el profeta de los galileos, un tal Jesús de Nazaret!

*Zaqueo* - ¡Lo que nos faltaba en Jericó! ¡Como si no hubiéramos tenido ya bastante con Juan, el melenudo aquel que ahogaba a la gente en el río!

*Muchacho* - ¡Pues éste también tiene melena, señor Zaqueo!

*Zaqueo* - ¡Y también se la cortarán, muchacho! ¡Israel fabrica a los profetas con una mano y con la otra los clava en la cruz!

*Muchacho* - Asíme a ver esto, señor Zaqueo, ¡parece un hormiguero desbordado! ¡Mire!

*Zaqueo* - Bueno, bueno, a reírte de tu abuela, ¿eh?

Zaqueo hubiera necesitado un taburete para asomarse por aquella ventana. Era un hombrecito regordete y lampiño. Apenas levantaba seis palmos del suelo. Desde joven se había dedicado al despreciable oficio de cobrar los impuestos que teníamos que pagar al gobierno romano.(2) Su habilidad para los números y las cosas de dinero le habían convertido muy pronto en el jefe de todos los publicanos de la zona. Jericó entera odiaba a Zaqueo y se vengaba de sus abusos burlándose de su pequeña estatura.

*Hombre* - ¡Enano, enano vendepatrias! ¡Tu negocio se acaba! ¡El nuevo profeta va a sacar a los romanos del país y a todos los que les lamen el trasero como tú!

Toda la ciudad estaba en la calle. Cuando Zaqueo salió de la oficina de impuestos, los insultos llovieron sobre él.

*Hombre* - El profeta de Galilea le va a retorcer el pescuezo al águila de Roma, ¿lo oyes bien, enano? Mira, así...

*Zaqueo* - ¡Pues procura que se lo retuerza antes del sábado! Me debes cincuenta denarios, y si no me pagas pronto, irás a la cárcel de cabeza.

*Hombre* - ¡Tú eres el que las vas a pagar todas juntas, sanguijuela del pueblo! ¡Aunque te escondas en una letrina no escaparás! ¡El nazareno te sacará de allí y te arrastrará por la plaza!

*Zaqueo* - Sigán, sigán durmiendo boca arriba y la gallina les pondrá el huevo en la boca... ¡imbéciles!

Los vecinos seguían amontonados en la plaza, gritando y aplaudiendo a Jesús, que apenas se distinguía entre aquel mar de cabezas. Zaqueo se fue abriendo paso entre la gente. Bajo el brazo llevaba el rollo de piel donde guardaba los recibos, anotaba las deudas y controlaba los pagos aduaneros. Poco a poco, logró alejarse de allí, cortó camino por entre unas barracas y se dirigió a la cómoda casa donde vivía, en la otra punta del pueblo.

*Zaqueo* - El profeta de Galilea... Vaya, vaya... Es lo que digo yo, que este país se muere de hambre pero tiene indigestión de profetas. Mucho bla-bla-blá, pero todo sigue igual. Muchas palabras, sí, pero las cosas no cambian con palabras. Palabras bonitas, pero cada uno sigue arrimando el fuego a su sardina.

Antes de entrar en su casa, Zaqueo se miró en el canal de agua que atravesaba la ciudad. Y se vio pequeño, ridículamente pequeño. Y una vez más, se llenó de amargura.

*Zaqueo* - ¡Nada cambia, maldita sea, nada cambia! ¡Asco de vida!

Zaqueo entró en su casa, le dio el beso rutinario a su mujer y se sentó a la mesa a comer solo, como siempre. Después, se recostó para dormir un rato. Pero el alboroto seguía y su sueño duró muy poco.

*Zaqueo* - Pero, ¿qué rayos pasa ahora? ¿Es que ni en mi casa puedo estar tranquilo?

*Sara* - ¡Es el profeta ése que ha venido al pueblo y que tiene alborotado a todo el mundo!

*Zaqueo* - ¡Otra vez! Y dale con el dichoso profeta... ¡Cierra la ventana, mujer!

*Sara* - Está cerrada. Zaqueo. Es que e hacen mucho ruido.

*Zaqueo* - ¡Pues ábrela entonces, que aquí no hay quien pegue ojo! ¡Uff! Ahuuuumm... ¡Asco de vida!

Zaqueo se levantó pesadamente de su cama y se asomó a la ventana subiéndose en un taburete.

*Sara* - ¿Lo ves, Zaqueo?

*Zaqueo* - ¿A quién?

*Sara* - ¿A quién va a ser? Al profeta.

*Zaqueo* - ¿Y para qué quiero ver yo al profeta?

*Sara* - No sé, como te asomaste.

*Zaqueo* - ¿Es que lo quieres ir a ver tú? ¡Pues sal a verlo, sal, que yo no necesito fisgarle las patillas a ningún profeta!

La mujer de Zaqueo abrió la puerta, salió a la calle y se perdió entre aquel tumulto de gente que gritaba y aplaudía.

*Zaqueo* - ¡Caramba con el tipo! ¿Qué carnada tendrá en el anzuelo? Hasta Sara picó, quién lo iba a decir. Mi mujer corriendo también detrás de ese galileo. Vaya, vaya... debe ser un fulano especial. Tiene a la chusma en vilo. Ya me está entrando curiosidad a mí también...

En la calle, la bulla y el alboroto crecían.

*Hombre* - Jesús, dinos, ¿cuándo vas a sacar a los romanos del país?

*Mujer* - ¡Cuéntanos lo que pasó en Jerusalén, profeta!

*Vieja* - ¡Oye, niña, mira dónde pones el pie que me has pisado un callo!

*Vecino* - ¡Vecinos, pero miren para allá, no se lo pierdan! ¡Ja, ja!

Cuando aquella mujer de largas trenzas gritó así, todos nos volvimos hacia donde ella señalaba. Subido a uno de los sicómoros del patio de su casa estaba Zaqueo.(3) Sus piernas cortas se balanceaban a un lado a otro.

*Hombre* - Pero, ¿dónde ha venido a subirse el enano? ¡Caramba! ¡El muy maldito, enroscado en el árbol como la serpiente del paraíso!

*Vieja* - ¿Con que tú también quieres ver al profeta, eh?

*Hombre* - ¿No sabes que el nazareno viene a arrancarte la lengua, tapón de barril?

*Mujer* - ¡Bájate de ahí, sinvergüenza! ¡Ea, paisanos, vamos a tumbarlo!

La gente se olvidó de nosotros y corrió hacia el patio de la casa del publicano. Un grupo de hombres rodeó el sicómoro y comenzó a sacudir las ramas con fuerza. Jesús y nosotros echamos a correr también hacia allá.

*Jesús* - Pero, ¿quién es ése del árbol?  
*Mujer* - ¡Es Zaqueo, el jefe de los publicanos de por acá! ¡Un tramposo y un ladrón!  
*Hombre* - ¡Enano vendepatria!  
*Vecino* - ¡Abajo los traidores! ¡Abajo los traidores!  
*Jesús* - Zaqueo, baja pronto, que si no éstos te van a hacer bajar más pronto todavía.

Por fin, los vecinos de Jericó, entre gritos y carcajadas, lograron hacer caer a Zaqueo del sicómoro. El pequeño cuerpo del publicano se desplomó y cayó en medio del patio.

*Hombre* - ¡Fuera, fuera, enano traidor!  
*Zaqueo* - ¡Fuera de mi casa, ustedes! ¡Váyanse todos al infierno!  
*Mujer* - ¡Y tú por delante!

Jesús se abrió paso entre la gente y llegó hasta donde estaba Zaqueo, que, con la cara roja de ira y de vergüenza, cambiaba insultos con sus vecinos.

*Mujer* - ¡Aplástalo como una cucaracha, profeta!  
*Todos* - ¡Sí, sí, aplástalo!  
*Jesús* - Oye, Zaqueo, ¿cuánto nos vas a cobrar?

Cuando Jesús dijo aquello, los vecinos se miraron extrañados. Zaqueo también miró a Jesús con sorpresa.

*Zaqueo* - ¿Qué dijiste?  
*Jesús* - Te digo que cuánto nos vas a cobrar. Vamos a comer aquí en tu casa. Y si nos agarra la noche, a lo mejor también nos quedamos a dormir.

Un rato después, entramos en casa de Zaqueo. Nadie en Jericó entendió aquello y criticaban a Jesús, despechados de que hubiera escogido la casa de aquel hombre a quien todos odiaban. A nosotros también, que despreciábamos a los publicanos y que tanto nos había costado admitir en nuestro grupo a Mateo, el cobrador de impuestos de Cafarnaum, se nos hizo difícil sentarnos a la mesa de un jefe de ellos.

*Zaqueo* - Ustedes son mis huéspedes, ustedes mandan. ¡Pidan lo que quieran, coman lo que les guste, que en mi casa no falta de nada!  
*Santiago* - ¿Cómo va a faltar con todo lo que robas?  
*Zaqueo* - ¿Cómo dices?

*Santiago* - No, nada, hablando de algarrobas... En Galilea hay muchas...

Zaqueo estaba contento. Sentado a la cabecera de la mesa, al lado de Jesús, los ojos le brillaban de satisfacción. Por primera vez, después de muchos años, había invitados en su casa.

*Zaqueo* - Pues sí, lo que menos esperaba yo era esto. ¡Tener al profeta aquí conmigo y partir el pan para todos ustedes, amigos galileos!

*Pedro* - ¡Y a ti que te partieran las piernas, enano!

*Zaqueo* - Perdón, ¿qué dijiste?

*Pedro* - ¡Que la carne está muy tierna, paisano!

*Zaqueo* - Ah, sí, desde luego. Son corderos de los rebaños del otro lado del río. Nosotros negociamos directamente con los pastores moabitas y nos sale a muy buen precio.

*Juan* - ¡Y con los impuestos, te sale todavía mejor, sinvergüenza!

*Zaqueo* - ¿Decías?

*Juan* - Nada, decía que... ¡hoy es lunes! ¡Ja, ja!

*Santiago* - ¡Y mañana martes! ¡Ja, ja, ja!

*Pedro* - ¡Y pasado, miércoles! ¡Ja, ja, ja!

La risa se nos fue contagiando de unos a otros como si una mano invisible nos hiciera cosquillas. Pedro y yo nos desternillábamos sobre el plato de cordero. Zaqueo también estaba colorado de tanto reírse. De repente, se levantó de la mesa.

*Zaqueo* - ¡Ja, ja, ja! Digo yo que... que aunque yo sea un enano no tienen por qué partirme las piernas. Soy enano, pero no sordo. Las algarrobas de Galilea... Sí, estas manos roban. Han robado mucho, ésa es la verdad. Mis vecinos tienen razón: soy una sanguijuela y he chupado ya demasiada sangre.

Todos nos miramos sin saber qué hacer ni qué decir. hasta que Jesús rompió el silencio.

*Jesús* - Te pido disculpas, Zaqueo. No queríamos ofenderte.

*Zaqueo* - Guárdate las palabras bonitas, profeta. Con palabras no se cambian las cosas.

Entonces Zaqueo se acercó al armario donde guardaba el rollo de piel de los recibos y las deudas. Y lo puso sobre la mesa, a la vista de todos.

Zaqueo - Yo no voy a hablar mucho. Prefiero hacer esto: mis deudores están libres. A los vecinos que les haya hecho algún fraude, les devolveré cuatro veces lo robado. Y sacaré la mitad del dinero que tengo en el arca: ¡ya no es mío, es de los demás!

A todos nos sorprendieron las palabras de Zaqueo.(4) A Jesús le llenaron de alegría.

Jesús - ¿Sabes, Zaqueo? Yo creo que tú has sido hoy el profeta en Jericó. Porque, mira, una obra de justicia vale más que mil palabras. Sí, las cosas cambian cuando la gente cambia. Y la verdad es que... ¡la salvación vino hoy a tu casa!

Zaqueo - ¿Cómo has dicho? ¿Que te sirva más vino de la casa? ¡Por supuesto, Jesús! ¡Vamos, arrima esa copa! ¡Y ustedes también!

Zaqueo llenó nuevamente las jarras de vino. Y seguimos comiendo y bebiendo en casa del jefe de los publicanos. Sin saberlo entonces anunciábamos el gran banquete del Reino de Dios, en donde los más despreciados ocuparán los puestos de honor.

Lucas 19,1-10

---

1. **Jericó** es una ciudad-oasis situada en medio del desierto de Judea, en el centro de una fértil llanura de clima tropical. Está a 250 metros bajo el nivel del mar y a unos 7 kilómetros de la orilla del río Jordán. A partir de las excavaciones hechas en 1952, se concluyó que Jericó es la más antigua ciudad conocida en todo el mundo, con unos 11 mil años, conservándose restos de una muralla que se remontan a la Edad de Piedra. Jericó fue la primera ciudad conquistada por los israelitas al entrar en la Tierra Prometida al mando de Josué (Josué 6, 1-27). Las valiosas ruinas de la ciudad están situadas a unos dos kilómetros de la actual Jericó. En tiempos de Jesús, Jericó era una ciudad importante como lugar de paso de las caravanas comerciales que atravesaban el desierto. Por esto había allí una oficina de cierta categoría para el cobro de impuestos, al frente de la cual estaba como jefe de los publicanos o cobradores un tal Zaqueo.

2. Los **impuestos** cobrados en Jericó por el publicano Zaqueo iban a engrosar las arcas romanas, ya que la ciudad estaba en Judea, provincia dominada administrativamente por Roma, así como los impuestos que cobraba el publicano



Mateo en Cafarnaum eran para el rey Herodes. Los puestos de publicanos eran subastados por las autoridades romanas, arrendándolos al mejor postor. Los publicanos tenían que pagar después a Roma por el alquiler y por otros gastos. Era Roma quien fijaba las cantidades a cobrar en concepto de impuestos. Poca ganancia quedaba a los publicanos si eran honrados en el cobro. Por eso, aumentaban las tasas arbitrariamente, quedándose con las diferencias. Sus continuos fraudes y su complicidad con el poder romano hacían de los publicanos personas despreciadas y odiadas por el pueblo.

3. El **sicómoro** es un árbol muy grande procedente de Egipto, de la familia de la higuera, que crece en las costas de Palestina y en toda la llanura del Jordán. Se le llama también «higuera loca». Su tronco da una madera dura e incorruptible, que en Egipto se usó para los ataúdes de las momias. Sus raíces son muy resistentes, sus hojas gruesas y en forma de corazón, y sus frutos, abundantes, se parecen a los higos pequeños.

4. **Zaqueo** es uno de los pocos ricos -con Nicodemo y José de Arimatea- que cambiaron de vida al conocer a Jesús. El cambio de Zaqueo no se quedó sólo en palabras. A los que defraudó les iba a devolver cuatro veces más de lo que les quitó. Y la mitad de lo que le quedara, la entregaría a los pobres. Fue una conversión concreta y hasta «exagerada»: Zaqueo se aplicó a sí mismo -como «penitencia» por sus trampas- la ley romana, que ordenaba restituir el cuádruplo de lo robado, y no la ley judía, que era mucho menos severa.

## 88- A LA SALIDA DE JERICÓ

En medio del desierto de Judea, en el valle del río Jordán, como un tapiz verde y redondo, está Jericó, la ciudad de las palmeras y las rosas, la más antigua de las ciudades de nuestro país.(1)

*Bartimeo* - ¡Gracias, paisana! ¡Dios le pague con alegría este denario!

*Mujer* - ¡Y dígalo! ¡Que alegría nos hace falta a todos! Vuélvase ya a su casa, Bartimeo, que para comer hoy tiene con eso.

*Bartimeo* - No, doña, prefiero quedarme aquí. Mi casa está vacía y muy sola. Por este sitio pasa mucha gente. Yo no les veo las caras, pero... les huelo las penas y las alegrías. ¡Y eso es vivir! Déjeme, déjeme, prefiero quedarme aquí.

A la salida de Jericó, al borde del camino ancho y polvoriento que lleva a Jerusalén, se sentaba a pedir limosna desde hacía muchos años, el ciego Bartimeo.(2) Tenía la barba salpicada de canas, pero aún no era viejo. Sus manos, que nunca reposaban tranquilas, sujetaban un grasiento bastón.

*Mujer* - ¡Bueno, paisano, con Dios!

*Bartimeo* - ¡Y con sus doce ángeles, doña! ¡Que Él se lo pague!

Bartimeo acarició cuidadosamente el denario y lo guardó en el bolsillo. Después, apretó con fuerza sus oscuros ojos sin vista y empezó a revolver en el saco de sus recuerdos...

*Rut* - ¡Uff! Aquí esta el cuero, Bartimeo. Pesa más que las tripas de una ballena.

*Bartimeo* - Pero, ¿qué sabrás tú de ballenas, si ni el mar has visto, sinvergüenza?! ¡Ja, ja! ¡Pero yo sí sé, y tú eres la que te estás poniendo más gorda que la de Jonás! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya ni te puedo cargar en brazos!

*Rut* - ¡Uy, que me haces cosquillas! ¡Ja, ja! Vamos, déjate de juegos ahora, que hay que cortar el cuero. Tienes muchos encargos pendientes.

*Bartimeo* - Está bien, está bien. Ayúdame tú, anda, mujer. Tráeme la navaja.

En la calle larga de Jericó, había tenido Bartimeo su pequeño taller de curtidor. Con él

había vivido Rut, una mujer alegre y decidida, a la que quería hasta en sueños. Los meses y los años pasaban. Y el trabajo, el amor y los amigos llenaban de felicidad los días de Bartimeo.

*Bartimeo* - Rut, mujer, pásame la aguja.

*Rut* - ¿La aguja? No la tengo yo.

*Bartimeo* - Pues yo tampoco.

*Rut* - Vamos a ver, Bartimeo, vamos a ver. Eres un descuidado. ¿Dónde diablos la dejaste? Pero, ¡mírala ahí mismo en la mesita, hombre de Dios! ¡Si llega a ser un perro, te muerde!

*Bartimeo* - ¿Dónde dices que está?

*Rut* - Ahí, tonto, ahí mismo...

Bartimeo extendió su brazo hasta la mesita y, a tientas, encontró la larga y gruesa aguja con la que cosía las piezas de cuero.

*Bartimeo* - Ya, ya... ya la tengo.

*Rut* - ¿No... no la veías, Bartimeo?

*Bartimeo* - No, no la veía, mujer, no la veía.

La enfermedad corrió su carrera sin detenerse un momento. Y en unos meses, los ojos negros de Bartimeo se cerraron a la luz para siempre. No pudo usar la aguja ni cortar con la navaja. No pudo seguir trabajando en el taller. Tampoco pudo escapar de la tristeza y la angustia que se colaron en su casa, como dos visitantes inoportunas, siempre a su lado, de día sentadas en su mesa, de noche acostadas entre él y su mujer.

*Bartimeo* - Rut... ¿Dónde estás? Rut, mujer, ¿dónde te has metido? ¡Eh, Rut, Rut!

*Vecina* - ¿Puedo pasar, mi hijo?

*Bartimeo* - ¿Quién es usted?

*Vecina* - Soy Lidia, la comadre de Rut.

*Bartimeo* - ¿Dónde está ella? Me he despertado y... y no la encontré. ¿Dónde está?

*Vecina* - Está ya lejos, mi hijo.

*Bartimeo* - ¿Cómo que lejos?

*Vecina* - Entiéndelo, Bartimeo, muchacho. Tú, así, sin vista, sin poder trabajar. La muchacha es joven. Tiene derecho a buscar otra vida.

*Bartimeo* - Pero, ¿qué estás diciendo?

*Vecina* - Lo que ella me encargó que te dijera. Que se iba a Betania, a la casa de sus

padres.

*Bartimeo* - ¿Con otro hombre? Con otro hombre, ¿verdad? ¡Con uno que no esté ciego como yo! ¡Dímelo! ¿Verdad que sí? ¡Dímelo!

*Vecina* - Verás, muchacho, como ustedes tampoco han tenido hijos...

*Bartimeo* - ¡Pero nos hemos querido! ¿O es que eso no importa?

*Vecina* - Bartimeo, compréndelo. Contigo así... Esto no era vida para ella.

En muy poco tiempo, Bartimeo tuvo que cerrar su taller de curtidor. La ceguera le había dejado sin la alegría del trabajo y sin el amor de su mujer. Poco a poco, le fue dejando también sin la compañía de sus amigos, que ya nunca se acercaron a él igual que antes, sino sólo para mostrarle una fría compasión.

*Bartimeo* - Esto no era vida para ella... No era vida... ¿Y para mí? Ya se me acaban los pocos ahorros que tenía. ¿Qué voy a hacer sin ojos? ¡Pedir limosna! Pero, yo tengo brazos fuertes para trabajar y soy joven y... ¡Tonto! ¡Los ciegos ya no sirven para nada! Hay que darles la mano. Si se olvidan del bastón, se vuelven como niños. No sirven para nada. ¡Pedir limosna! Como un mendigo... ¡Maldito sea el día en que nací! ¿Para esto salí del vientre de mi madre? ¡Dios! ¿Para qué me hiciste ver la luz si después me ibas a cegar?

Unos días después, Bartimeo, con paso vacilante, guiándose con un bastón, fue a sentarse al borde del camino por donde salían los vecinos de Jericó y entraban los mercaderes de otras ciudades. Y empezó a pedir limosna. Luego, cuando oscurecía, Bartimeo regresaba a su casa fría y solitaria. Y, sin ganas de comer, sin ganas de hablar con nadie, se tumbaba en la estera apretándose los ojos muertos con los puños cerrados.

*Bartimeo* - ¡De noche, de noche siempre! ¡Ya siempre será de noche! ¿Y cómo era la cara de Rut? Me estoy olvidando de sus ojos, de su boca. Ya no volveré a verla nunca más. ¿Para qué quiero vivir entonces? ¡Para nada! Nadie me necesita

y yo... yo no necesito a nadie. Sólo quiero olvidarme de esta pesadilla.

Bartimeo se levantó a rastras de su estera y comenzó a trastear por todos los rincones del vacío taller.

*Bartimeo* - En el sicómoro del patio, sí. Una cuerda... Será difícil, pero será sólo un momento. Más difícil es vivir así un día y otro sin esperar nada... esperando sólo morirse. No tendrá que venir la muerte a buscarme.(3) Yo la iré a buscar a ella. Sí, sí, será sólo un momento... ¡y todo habrá acabado! Pero, maldita sea, ¿dónde está la cuerda, dónde? Todos dirán: se volvió loco. Que digan lo que les dé la gana. No, no me volví loco. Me quedé ciego, que es peor. Estaba por aquí... la cuerda... ¿Dónde está la cuerda, Dios? ¿Dónde? ¡Tú me la escondiste! ¿O fue el diablo? ¡Pues malditos los dos! ¿Es que ni siquiera puedo ahorcarme?

Bartimeo tanteaba a gatas por todo el taller buscando la cuerda gruesa con la que antes ataba las pacas de cuero. Lo revolvía todo, registraba por todos los rincones, pero no la encontraba en ninguna parte.

*Bartimeo* - ¡Maldición! ¿Dónde está, caray? ¿Dónde? ¡Yo quiero morir! ¡Yo quiero morirme! Yo quiero... yo quiero... vivir.

Bartimeo regresó de sus recuerdos y sonrió en paz. Aquella amarga tormenta ya había pasado.

*Bartimeo* - ¿Por qué no me habré matado aquel día? No, no fue el diablo. Ahora estoy seguro de que fue Dios el que me escondió la cuerda y me metió en los huesos las ganas de vivir. No sé como has llegado hasta aquí, Bartimeo, viejo zorro, después de tantos años de andar dándote tropezones. Pero, aquí estás, más firme que el duro sicómoro del patio, con buenas narices para oler las rosas más bonitas del mundo y las orejas abiertas en mitad de este camino. También eso es vivir, digo yo. Y también vale la pena, ¡qué caramba!

*Niño* - ¡Adiós, Bartimeo! ¡Otro día conversamos!

*Bartimeo* - Eh, espera, Pituso. ¿Por qué llevas tanta prisa?

*Niño* - ¡Es que ya se va de Jericó el profeta de Galilea!

*Bartimeo* - ¿Quién? ¿Jesús, el de Nazaret?

*Niño* - ¡Sí! ¡Y viene hacia acá con mucha gente! ¡Voy a avisarle al Mochuelo para que salga a verlo!

Cuando nos íbamos de Jericó, muchos hombres y mujeres de la ciudad salieron a despedimos.

*Mujer* - ¡Que viva el profeta de Galilea!

*Hombre* - ¡Y fuera los romanos y los que abusan del pueblo!

*Bartimeo* - ¡Y fuera ustedes que no me dejan pasar, caramba, que yo todavía no he visto al profeta y quiero verlo!

*Vieja* - Oye, Jesús, ¿cuándo volverás por aquí, por Jericó?

*Hombre* - ¡Te esperamos para la próxima Pascua!

*Bartimeo* - ¡Que yo quiero ver al profeta!

*Hombre* - ¡Deja de gritar, zopenco!

*Bartimeo* - ¡Yo quiero verlo!

*Mujer* - ¡Cállate de una vez, Bartimeo!

*Bartimeo* - ¡Yo quiero verlo, yo quiero verlo!

*Hombre* - Pero, ¿cómo vas a verlo, caramba, si eres ciego?

*Bartimeo* - Entonces, que me vea él a mí. ¡Jesús, profeta! ¡Jesús, profeta!

*Jesús* - ¿Quién está gritando, abuela?

*Vieja* - Ese es un ciego alborotador que siempre está metido en el medio.

*Jesús* - Déjenlo pasar. eh, ustedes, díganle que venga.

*Hombre* - Ya te saliste con la tuya, Bartimeo. Ven, cuélate por entre esta gente, que el profeta preguntó por ti.

El ciego Bartimeo, radiante de alegría, lanzó al aire su manto de mendigo, tiró el bastón y de un salto se puso en pie y se abrió paso entre todos hasta llegar a Jesús.

*Bartimeo* - ¡Jesús, profeta!

*Jesús* - Aquí estoy. ¿Cómo te llamas?

*Bartimeo* - Bartimeo. Soy ciego.

*Jesús* - ¿Por qué gritabas? ¿Quieres algo?

*Bartimeo* - Sí. ¿Me dejas tocarte la cara?

Jesús se detuvo y cerró los ojos por un momento. Bartimeo alargó sus manos hacia él y le tanteó la frente ancha, las mejillas, la nariz, el perfil de los labios, la barba muy llena...

*Bartimeo* - Gracias, profeta. Me habían hablado de ti, pero unos me decían que eras feo, otros que buen mozo, otros que así o asá. Ahora ya me hago una idea.

*Jesús* - ¿Cuánto tiempo hace que estás ciego?

*Bartimeo* - Uy, ha llovido mucho desde entonces. Ya pasa de los diez años.

*Jesús* - Entonces, diez años esperando...

*Bartimeo* - Bueno, esperando y desesperando. Una vez quise ahorcarme. Pero Dios me escondió la cuerda.

*Jesús* - ¿Y ahora?

*Bartimeo* - Ahora ya estoy conforme. Yo digo que la vida es bonita hasta con los ojos cerrados. ¿No te parece a ti? Bueno, entonces...

*Jesús* - Espera, Bartimeo, no te vayas. ¿Me... me dejas tocar la cara?

*Bartimeo* - ¿Tú a mí? Pero tú no estás ciego.

Jesús se acercó y pasó la mano por los ojos de aquel hombre que no dejaba de sonreír.

*Jesús* - La esperanza fue tu bastón durante todos estos años. Tú has sabido ver lo más importante, Bartimeo. Lo viste con los ojos del corazón.

*Bartimeo* - ¡Y... y ahora te estoy viendo a ti! No... no puede ser... ¡Te estoy viendo la cara, profeta! ¡Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te están viendo mis ojos!

Los vecinos de Jericó se apretujaron contra nosotros y comenzaron a gritar llenos de entusiasmo. Y decían que Jesús era el Mesías esperado por nuestro pueblo desde hacía tantos años. Bartimeo lloraba de alegría y nos acompañó un buen trecho cuando emprendimos el regreso a Galilea. A la salida de Jericó, sobre el polvo del camino, quedó tirado el sucio manto de mendigo y el viejo bastón.

Mateo 10,46-52; Lucas 18,35-43.

---

1. En medio del desierto de Judea, **Jericó** aparece como un oasis, verde y fértil. Se le llama también «la ciudad de las palmeras». De estas palmeras se obtenía un vino fuerte y un bálsamo usado como medicina y como perfume. Eran conocidas y famosas las rosas de Jericó (Eclesiástico 24, 14), aunque no se tiene seguridad de que esas rosas sean las flores que hoy se conocen como tales. Algunos creen que eran las adelfas, típicas de los climas cálidos. La

fertilidad de Jericó depende de la Fuente de Eliseo. Según la tradición, el profeta Eliseo, discípulo del gran profeta Elías, había purificado y hecho fecundas las aguas de esta fuente, antiguamente salobres (2 Reyes, 2, 14-22).

2. El texto evangélico apenas aporta datos sobre quién fue **Bartimeo** y sobre el origen de su ceguera, aunque resulta curioso que conserve su nombre, detalle poco frecuente en los relatos de las curaciones hechas por Jesús.

3. La muerte por **suicidio** es un hecho casi ausente en toda la Biblia. Aparece un solo caso en todo el Antiguo Testamento (2 Samuel 17, 23). Otros casos serían los de guerreros que se dieron muerte antes de caer en manos del enemigo, como sucedió con Saúl, primer rey de Israel (1 Samuel 31, 1-6). En el Nuevo Testamento el único caso de suicidio es el de Judas. La escasez de casos de muerte por suicidio puede deberse al gran aprecio a la vida que caracterizaba al pueblo de Israel. Para los israelitas, la vida venía de Dios y a Dios sólo pertenecía. Vivir era el destino del ser humano y siempre era mejor que la muerte. Israel fue un pueblo amante de la vida y sólo algunos libros del Antiguo Testamento, marcados por un cierto pesimismo, llegaron a afirmar que era mejor la muerte que una vida de enfermedad (Eclesiástico 30, 14-17).



## 89- LOS LEPROSOS DE JENÍN

*Leproso* - ¡Señor, Dios mío, mírame de rodillas y con la frente pegada al suelo! ¡Acuérdate de este pobre desgraciado que ya no le caben más ronchas en el pellejo! ¡Pido, suplico y espero! ¡Pido, suplico y espero!

*Leprosa* - Pero, ¿qué estás diciendo tú, lengua larga? ¿Crees que vas a embobar a Dios con tu palabrería? ¡Señor, tú sabes de sobra que yo estoy peor que él! ¡Mira, tengo más llagas en el cuerpo que pelos en la cabeza!

*Leproso* - ¡Cállate, sarnosa, que yo llegué primero! ¡Yo comencé a rezar antes que tú!

*Leprosa* - ¡Pido, suplico y espero! ¡Pido, suplico y espero!

*Leproso* - ¡Señor, piedad, Señor, piedad, piedad!

Allá en las cuevas de Jenín,(1) cerca de los montes de Guelboé, vivían muchos hombres y mujeres que padecían la peor de las enfermedades: la lepra.(2) A los leprosos no se les permitía entrar en ningún pueblo, ni tocar en ninguna puerta, ni poner un pie en la sinagoga. Por eso, cuando llegaba el día de sábado, algunos se reunían en la cueva grande para rezar pidiendo la salud. Gritaban y quemaban hojas de hierbalinda para que la oración le entrara a Dios por la nariz y las orejas.

*Leproso* - ¡Señor, si tú me curas, yo te prometo no cortarme nunca jamás el pelo ni probar una gota de vino en lo que me resta de vida!

*Leprosa* - ¡Iré descalza todos los meses hasta el santuario de Silo!

*Leproso* - ¡Consagraré mi vida a tu servicio! ¡Si tú me curas, Señor, iré al monasterio del Mar Muerto a estudiar día y noche las escrituras santas!

Mientras los demás leprosos rezaban, Demetrio, el samaritano, entró en la cueva. También él padecía la enfermedad.

*Demetrio* - ¡Si algún día te curas, buen granuja, búscate un hermano gemelo para que te cumpla la promesa! ¡Ea, paisanos, dejen ya la oración y escúchenme! En el cielo ya tendrán rotas las orejas con tanta monserga, digo yo. Vamos, dejen descansar a Dios un rato y oigan esto. ¿Saben de lo que me he enterado?

*Leproso* - Si no lo dices, ¿cómo vamos a saberlo?

*Demetrio* - Y si esa loca no se calla, ¿cómo voy a decirlo? Escuchen: ¿no han oído hablar de ese tal Jesús,

el de Nazaret?

*Leprosa* - ¿Y quién es ese tipo?

*Demetrio* - ¡Un profeta! ¡Un enviado de Dios! ¡Dicen que los ángeles suben y bajan sobre su cabeza!

*Leproso Galilea!* - ¡Me río yo de los profetas y más si vienen de Galilea!

*Leprosa* - Y yo también me río, igual que Tolonio. No muevo un dedo por ninguno de ellos.

*Demetrio* - Lo que hay que mover son los pies. Me enteré que él y sus amigos vienen de camino hacia Cafarnaum. Y tienen que pasar por Jenín.

*Leproso* - Pues que pasen por donde encuentren mejor vereda. A nosotros, ¿qué nos importa eso, Demetrio?

*Demetrio* - Dicen que ha curado a muchos enfermos. Los toca y... ¡plim!... se curan.

*Leproso* - Pues por mi parte... ¡plim!... de aquí no me muevo.

*Leprosa* - Ni yo tampoco. Mira, Demetrio, yo sé cómo son esas cosas. Sales de la cueva, caminas cuatro millas, el calor, el cansancio, ampollas en los pies y... y al final, ¿para qué?

*Demetrio* - ¿Cómo que para qué? ¡Para ver al profeta, para hablar con él! A lo mejor nos ayuda.

*Leprosa* - ¡A lo mejor nos ayuda! ¡Ja! Tú eres samaritano y por eso eres tonto y no has entendido que nuestra única medicina es aguantarnos. Nosotros ya estamos perdidos.

*Demetrio* - Pues si ya estamos perdidos... ¡no perdemos nada con probar! ¡Epa, pandilla de aves de mal agüero, déjense de lamentos y salgamos al camino a ver a ese profeta!

*Leproso* - Que no, Demetrio, que no.

*Demetrio* - ¿Que no, qué?

*Leproso* - Que el profeta no va a pasar por el camino de Jenín.

*Demetrio* - ¡No me digas! ¿Y cómo sabes tú eso?

*Leproso* - Porque es así. Porque el que nace para chivo, del cielo le cae la barba. Estoy seguro que se desvían por el camino de Dotán. Vamos y volvemos y perdemos el viaje.

*Leprosa* - Yo pienso lo mismo que Tolonio. Pasarán por Dotán.

*Demetrio* - ¡Pues yo lo que pienso es que con un ejército como ustedes hasta Nabucodonosor se caía del caballo! Está bien. Quédense aquí quemando hierbalinda. Pero yo ahora mismo salgo y monto guardia en el camino de Jenín. ¡Ah! ¡Y después no digan que no les avisé!

*Todos* - No te vayas, Demetrio, espérate... nosotros... espérate...

A pesar de los pesares, y refunfuñando contra Demetrio, el samaritano, los demás leproso se echaron encima los trapos negros y sucios con que se cubrían, se colgaron la campanita reglamentaria para que ninguna persona se les acercara y, después de andar cuatro millas, se apostaron en el camino que viene de Jerusalén, a la entrada de Jenín.

*Leproso* - ¡En mala hora te hicimos caso, Demetrio! ¡Mira el rato que llevamos esperando y... ¿para qué?

*Leprosa* - Para que se desvíen por Dotán, para eso.

*Leproso* - ¡Apuesto nueve contra uno a que ni hoy ni nunca le veremos las narices a ese profeta andariego!

*Demetrio* - ¡Pues ve pagando la apuesta, compañero, porque... juraría que son aquellos que vienen por el recodo! ¿No los ven allá? ¡Sí, son ellos, estoy seguro!

*Leproso* - «Seguro» se llamaba mi abuelo y ya está muerto.

*Demetrio* - Pero, ¿no los ven? ¡Son ellos! ¡Ahí viene el profeta de Galilea!

*Leproso* - Sí, Demetrio, está bien, son ellos... ¿y qué?

*Demetrio* - ¿Cómo que y qué? Que ahora le diremos al profeta lo que nos pasa, a ver si nos ayuda.

*Leproso* - ¿Y tú crees que el profeta va a perder su tiempo con nosotros? Vamos, Demetrio, no subas tan alto que la caída luego es peor. El profeta pasará de largo por aquí sin mirar a derecha ni a izquierda.

*Leprosa* - Yo digo lo mismo que Tolonio. El que nace para chivo...

*Demetrio* - Sí, ya sé, del cielo le cae la barba. Pero a mí la barba que me interesa es la de aquel galileo. ¡Eh, Jesús, ayúdanos, haz algo por nosotros! ¡Eh, Jesús, ven acá un momento!

Demetrio, el samaritano, nos hacía serias con los dos brazos, gritando y saltando para que lo viéramos. Detrás de él, mirándonos con desconfianza, esperaban los otros leproso.

*Demetrio* - ¡Nos han visto! ¡Y vienen hacia acá! ¡Eh, Jesús, profeta! Pero, a ustedes, ¿qué les pasa? ¿Se van a quedar así, como pollos mojados? ¡Vamos, hombre, espabilense, hagan algo!

*Leprosa* - ¿Y qué quieres que hagamos, Demetrio? A ver, dime, ¿qué puede darnos el profeta, eh? ¿Cómo va a ayudarnos? No te hagas ilusiones y no tendrás desengaños.

*Leproso* - Yo creo lo mismo. Convéncete, Demetrio, el que nació para chivo...

*Demetrio* - ¡Sí, sí, ya me lo sé! ¡Y a ti el cielo te dio la barba, el bigote y el rabo! ¡Al diablo con

ustedes! ¡Ni el santo Job los aguanta!

Jesús, Pedro y yo veníamos caminando delante de los demás y, cuando vimos a aquel grupo de leprosos, nos detuvimos como a un tiro de piedra.

*Jesús* - Eh, amigos, ¿quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen?

*Leprosa* - Ahora nos mandará a hacer gárgaras...

*Demetrio* - ¡De las cuevas de Jenín! ¡Estamos leprosos! ¿Puedes hacer algo por nosotros?

*Jesús* - Pues, a la verdad... No traemos nada encima. Ni comida ni dinero!

*Leproso* - ¿No te lo dije? Tiempo perdido y ampollas en los pies.

*Jesús* - ¡Pero vayan donde los sacerdotes y preséntense ante ellos! ¡Quién sabe si tendrán suerte! ¡Adiós!

*Leproso* - Quién sabe, quién sabe... ¡Ese profeta no sabe nada y le tira la pelota a los sacerdotes!

*Leprosa* - Vayan donde los sacerdotes y preséntense ante ellos... ¡Puah!

*Leproso* - Bueno, hombre precavido vale por dos. Yo traje unos dátiles para el camino de vuelta. ¡Así que adiós!

*Demetrio* - Pero, vengan acá, banda de bellacos, si el profeta nos hubiera mandado ir descalzos al santuario de Silo o subir al monasterio del Mar Muerto, ¿no lo hubiéramos hecho?

*Leproso* - Bueno, en ese caso...

*Demetrio* - Pues nos dijo algo más fácil: ir donde los sacerdotes de Jenín. Vamos allá, a ver qué pasa.

*Leproso* - ¡A ver qué pasa! ¡Ya me cansé del a ver qué pasa, y no pasa nada! ¡Pido, suplico y espero... y no pasa nada!

*Demetrio* - ¡Si el profeta dijo eso, por algo será!

*Leprosa* - ¡Claro que por algo! ¡Por burlarse de nosotros! ¿No le viste la cara que tenía? Yo no voy a ninguna parte.

*Leproso* - Ni yo tampoco.

*Leprosa* - Ni yo.

*Leproso* - Pero, Demetrio, ¿tú crees que con esta llaga en la pierna puedo presentarme para que el sacerdote me examine?

Cuando Tolonio, uno de los leprosos, levantó los trapos que le cubrían las piernas, todos los demás se quedaron con la boca abierta.

*Leproso* - Mira... ¡Mira!... ¡Tengo la carne rosada como el trasero de un niño!

*Leprosa* - No es posible... Deja ver...  
*Leproso* - ¡Y tú también, Martina! ¡Y tú Godolías!  
*Leprosa* - ¡Y yo! ¡Y tú también, Demetrio!

Los leprosos de Jenín lloraban y gritaban de alegría cuando se dieron cuenta de que las llagas y las manchas de la piel les habían desaparecido sin dejar rastro.

*Leproso* - ¡Por las benditas barbas de mi chivo, aquí ha pasado algo muy grande!

*Leprosa* - ¡Algo nunca visto! ¡Un milagro en racimo!

*Demetrio* - ¿No se lo decía yo, aguafiestas? ¡El profeta de Galilea nos ha curado sin siquiera ponernos un dedo encima! ¡Arriba, compañeros, vamos de prisa, no se demoren, corran!

*Leproso* - ¿A dónde vamos, Demetrio? ¿A dónde quieres llevarnos ahora?

*Demetrio* - ¡A donde esté el profeta! ¡Si todavía está en Jenín o si ha llegado a Cafarnaum, allá lo iremos a buscar, da lo mismo!

*Leprosa* - Pero, Demetrio, ¿te has vuelto loco? Buscarlo, ¿para qué?

*Demetrio* - ¿Cómo que para qué? ¡Para darle las gracias, qué caray!

*Leproso* - Deja eso ahora, Demetrio, si no lo vamos a encontrar.

*Leprosa* - Claro que no. ¿No ves que es un profeta?

*Demetrio* - ¿Y eso, qué tiene que ver?

*Leproso* - Que los profetas vuelan. Acuérdate de Elías, que se fue por el aire montado en un carro. No lo vamos a encontrar.

*Leprosa* - Yo digo lo mismo. Ese ya desapareció.

*Leproso* - Bueno, ustedes sigan discutiendo... ¡pero éste que está aquí se larga ahora mismo para la taberna de Bartolín, que hace tres años que no me pasa un trago por el gaznate!

*Leproso* - ¡Digo lo mismo que Tolonio! ¡Hoy amanezco yo dentro de un barril de vino!

*Leprosa* - ¡Pues yo voy a saludar a mi familia que vive en Betulia!

*Leproso* - ¡Y a mí que me encuentren en casa de Marta y Filomena, una mala y otra buena! ¡Jajay!

Demetrio no insistió más y echó a correr por los caminos...

*Demetrio* - Eh, ustedes, ¿no han visto por aquí a un moreno barbudo, un tal Jesús, de Nazaret?

*Vecino* - No, amigo, no lo hemos visto. Oye, pero, ¿tú no eres el leproso Demetrio que... espérate...

Corrió para arriba y para abajo, como si tuviera alas en

los pies.

*Demetrio* - Oiga, señora, ¿por aquí no pasó un grupo de galileos? Entre ellos iba uno que le dicen Jesús, el profeta.

*Vieja* - Ay, no, mi hijo, yo no he visto a nadie... si yo también ando atrás de un nietecito mío que se me ha perdido...

A la altura de Jarod, después de mucho preguntar, Demetrio al fin nos encontró.

*Demetrio* - ¡Gracias, Jesús, gracias!

*Jesús* - Oye, ¿y los otros que estaban contigo?

*Demetrio* - Bueno, ellos... ellos sólo se acuerdan de Dios cuando truena, ¿sabes?

Demetrio, el samaritano, se quedó un buen rato con nosotros en una posada de Jarod. Y todos juntos brindamos por él, por sus nueve compañeros que no volvieron, y por Dios, que hace llover sobre buenos y malos, y levanta el sol sobre los agradecidos y también sobre los ingratos.

Lucas 17,11-19

---

1. *Dotán y Jenín son dos pequeñas ciudades separadas por unos ocho kilómetros situadas en el camino que desde Judea sube a Galilea pasando por tierras samaritanas.*

2. *La palabra original hebrea con que se denominaba la enfermedad de la **lepra** es «saraat», derivada de la expresión «ser castigado por Dios». En todos los casos la lepra era considerada como un terrible castigo divino. La «impureza» religiosa que contraía el enfermo, le hacía ser repudiado por el resto de la comunidad. Los leprosos debían vivir en lugares apartados, tenían estrictamente prohibido entrar en las ciudades y cuando iban por los caminos debían avisar para que nadie se les acercara. Como la enfermedad era tenida también por incurable, la única esperanza que les quedaba a estos enfermos era un milagro. Si la curación se producía, un sacerdote tenía que comprobarla y certificar con su palabra que era cierta (Levítico 14, 1-32).*

## 90- EL MILAGRO DE JONÁS

Los rumores de lo que Jesús había hecho en Jerusalén y las ciudades de Judea rodaron como piedras de montaña. Las noticias pasaban de boca en boca, se agrandaban, se mezclaban con leyendas, se discutían en los mercados y en las caravanas. La gente decía muchas cosas de Jesús. Que le brotaban rayos de la cabeza, como a Moisés. Que Elías le había prestado el carro para viajar más rápido de un sitio a otro. Que los milagros salían de sus manos como mariposas.

*Vieja* - ¡Vamos, comadre, de prisa! ¡Me han dicho que los enfermos se curan sólo con la sombra del profeta cuando pasa! ¡Vamos!

La fama de Jesús crecía como pan fermentado. Y también crecían los grupos de gente que salían a los caminos para buscar al nuevo profeta de Israel y pedirle ayuda.

*Hombre* - ¡Baje la cabeza, paisana, que con esos moños, no vemos nada!

*Mujer* - ¡Mira, tú, no empieces otra vez que yo llevo esperando aquí desde el mediodía!

Aquel invierno, cuando regresamos a Cafarnaum, los vecinos nos salieron a esperar a la entrada del pueblo, junto a la Puerta del Consuelo.

*Vieja* - Oye, Jesús, ¿cómo les fue por la capital? ¿Qué hicieron esta vez?

*Jesús* - Lo que siempre hacemos, anunciar el Reino de Dios.

*Vieja* - Sí, sí, pero ¿qué más hiciste tú?

*Jesús* - Eso, abuela, hablarle a la gente, abrir los ojos de los peces chicos para que no se dejen comer por los peces grandes.

*Hombre* - ¡Lo que la vieja quiere saber es si le abriste los ojos a algún ciego!

*Mujer* - ¡Eso, eso, ¿cuántos milagros hiciste en este viaje, Jesús?

Cuando aquella mujer habló de los milagros, la muchedumbre que nos rodeaba se apretujó aún más. Muchos enfermos habían venido arrastrando sus muletas o montados sobre una camilla de ramas trenzadas. Otros escondían sus llagas con trapos amarrados en las piernas y en los brazos.

*Hombre* - Bah, en realidad, lo que importa no es lo que hiciste en Jerusalén, sino lo que vamos a hacer

ahora, ¿verdad? Mira a todos esos infelices. Están esperando que tú hagas algo por ellos.

Los enfermos miraban a Jesús con una súplica en los ojos y alargaban sus manos para poder tocarle la túnica. Entonces Rebeca, la hilandera, se abrió paso entre todos y logró ponerse frente a él. Tenía la pierna derecha delgada y retorcida y se apoyaba en un bastón para no caerse.

*Mujer* - ¡Cúrame! ¡Haz que pueda volver a caminar!  
¡Cúrame, profeta, cúrame!

Jesús miró a la mujer y se quedó callado.

*Mujer* - ¡Cúrame! ¡Tú puedes hacerlo! ¡Sí, sí, ya me siento mejor! Siento un calor por todo el cuerpo.

De pronto, la mujer levantó las manos al cielo, soltó el bastón que le servía de muleta y gritó para que todos la oyéramos...

*Mujer* - ¡Estoy curada, estoy curada!

*Hombre* - ¿Curada tú? ¡Ja! ¡Con este golpe, se te habrán roto las dos piernas!

*Herrero* - ¡A mí, Jesús, cúrame a mí! ¡Yo llevo enfermo más tiempo que ella! ¡Quítense ustedes y déjenme pasar!

El herrero Tulio daba manotazos al aire para poder llegar hasta Jesús y pedirle un milagro. Tenía la espalda jorobada como la de un camello.

*Herrero* - Vamos, haz un milagro, enderézame. Vamos, ¿qué esperas? ¡Cúrame!

Jesús lo miró con pena, pero tampoco dijo una palabra.

*Herrero* - ¿Qué te pasa? ¿Es que ya no tienes los poderes de antes? ¿Por qué no me curas? ¡Te digo que por qué no me curas!

*Mujer* - ¡Tú le abriste los ojos a un tal Bernabé, allá por Betsaida! ¡Yo también estoy ciega! ¡Yo también quiero ver! ¿Es que ese tipo era mejor que yo?

*Hombre* - ¡Tú sabes hacerlo! ¡Tú curaste en Corozaim a Serapio, que no hablaba ni oía!

*Vieja* - ¡Jesús, mira estas llagas y ten lástima!

Los enfermos comenzaron a impacientarse con Jesús, que seguía callado, con los ojos bajos. La algarabía crecía por momentos. Fue entonces cuando apareció el rabino Eliab.



*Eliab* - Otra vez nos encontramos, nazareno. Pero ahora no en la sinagoga, sino aquí, a plena luz del sol.

*Jesús* - ¿También tú estás enfermo, rabino?

*Eliab* - No, el Altísimo me ha concedido la salud. Y me ha concedido también inteligencia para descubrir a los lobos que se cubren con pieles de cordero.

*Jesús* - Mírame entonces las orejas, a ver si son de lobo.

*Eliab* - Sí, eso he venido a hacer, porque ya estoy cansado de oír historias. Todo Israel habla de ti. Unos cuantos locos te llaman profeta. Y otros más atrevidos todavía dicen que eres el mismísimo Mesías que nuestro pueblo ha esperado tantos siglos. Muy bien. ¿Qué dices tú? ¿Eres o no eres? Habla. No te quedes callado. El que calla, da razón.

*Jesús* - El árbol se conoce por el fruto. Mira lo que yo hago y sabrás quién soy.

*Eliab* - Vamos a aclarar las cosas, nazareno. Las escrituras dicen que cuando Dios envía a un profeta, pone en su mano el poder de hacer milagros.

*Hombre* - ¡Y Jesús tiene ese poder, vaya si lo tiene!

*Mujer* - ¡Jesús ha hecho muchos milagros, rabino Eliab! ¿No se acuerda del tullido Floro? Lo tiraron por el techo, y salió caminando con las piernas más derechas que un remo.

*Eliab* - Oí hablar de eso. Pero yo no lo vi. Y si el ojo no ve, el corazón no cree.

*Hombre* - ¿Y el frutero aquel, rabino Eliab, el que tenía la mano seca? Jesús se la estiró delante de usted mismo en la sinagoga.

*Eliab* - El agua pasada no mueve molino. Dejen al frutero y al tullido Floro y a todos los que andan diciendo cosas que ya pasaron. Hoy estamos aquí. Hoy. Yo quiero ver una señal hoy. No es mucho lo que pido, nazareno. Mira a todos éstos. Puedes escoger. Cura al que quieras. Pero danos una prueba clara, que no se pueda dudar. Haz un milagro aquí, delante de nosotros. Y todos creeremos en ti. Yo, el primero.

Jesús seguía con los ojos bajos, clavados en la tierra. De pronto, se agachó y arrancó del suelo unas cuantas hierbas. Las puso en la palma de la mano y sopló. La brisa del lago llevó por el aire las pequeñas hojitas.

*Jesús* - La vida del hombre es como la hierba. Brota en

un día y con un soplo se acaba. Nuestras vidas están en manos de Dios. Sólo Dios tiene poder para curarnos.

- Mujer* - ¡Dios y tú, que eres su profeta!  
*Todos* - ¡Un milagro! ¡Haz un milagro!  
*Hombre* - ¿O es que para los demás sí hay y para nosotros no? A ver, ¿por qué?  
*Vieja* - ¡Después de tanto esperar no vamos a irnos con las manos vacías, caramba!  
*Todos* - ¡Sí, un milagro! ¡Haz un milagro!  
*Jesús* - Escuchen bien. Para ustedes sólo habrá un milagro, uno sólo.  
*Hombre* - ¡Sí, sí, aunque sea uno! ¡Vamos, hazlo!  
*Todos* - ¡A mí! ¡Cúrame a mí!  
*Mujer* - ¡Yo llegué primero! ¡A mí, Jesús, a mí!

Los enfermos se arremolinaron en torno a Jesús. El rabino Eliab consiguió alejarse un poco y quedó esperando, con una mirada llena de desconfianza, el milagro que se iba a producir.

- Jesús* - Un sólo milagro, vecinos. El milagro de Jonás. Solamente ése.  
*Hombre* - ¿Qué pasa ahora con Jonás?  
*Jesús* - Pasa lo mismo que pasó entonces, cuando Dios lo llamó y lo envió a profetizar en la gran ciudad de Nínive...

*Voz de Dios*- Jonás, hijo de Amitay, levántate y ve a Nínive. Los ninivitas son hombres de manos violentas. Pisotean al débil, abusan del huérfano y atropellan a las viudas ante el tribunal. Ve y grita por las calles de Nínive que si las cosas no cambian, yo voy a hacerlas cambiar. Meteré mi mano y defenderé la causa de los pobres. Y seré inflexible contra los que maltratan a mi pueblo.

*Jonás* - ¡Conviértanse! ¡Conviértanse todos! ¡Esta ciudad está edificada sobre la injusticia! ¡Si las cosas no cambian, dentro de cuarenta días Nínive será destruida! ¡Conviértanse!

*Rey* - Mandato del rey de Nínive: todos, desde el primero hasta el último, los hombres y las mujeres, los viejos y los niños, todos tenemos que cambiar. Que cada uno limpie sus manos manchadas de sangre y de violencia. Que cada uno se arrepienta ante Dios y practique la justicia. ¡Quién sabe si Dios también

se arrepentirá del castigo que merecemos, quién sabe!

- Hombre* - ¡Ese Jonás fue un tipo grande, sí señor!
- Mujer* - ¡Y más grande la ballena que se lo tragó!
- Vieja* - ¡Y mayor que Jonás eres tú, moreno!
- Hombre* - ¡Pues si es tan grande, que me cure! ¡Eh, Jesús, deja ahora los cuentos y vamos a lo que vamos: cúrame! ¿Qué te cuesta?
- Mujer* - ¡Haz un milagro y que lo veamos todos!
- Jesús* - Jonás no hizo ningún milagro en la ciudad de Nínive. El milagro lo hicieron los ninivitas que cambiaron y comenzaron a vivir con rectitud. Y la ciudad, que estaba enferma, se curó.
- Vieja* - ¡Mi hijo también está enfermo! ¡Cúrame a mi hijo, como curaste a la hija de Jairo!(1)
- Mujer* - ¡A mí, cúrame a mí! ¿Es que yo no tengo derecho?
- Jesús* - Nadie se cura por derecho, mujer, sino por fe.
- Mujer* - ¡Yo tengo fe, yo creo en Dios!(2) ¿Qué más quieres que tenga, caramba?
- Jesús* - Es Dios el que tiene fe en nosotros y espera que nosotros hagamos el milagro. El milagro de Jonás.
- Eliab* - ¡Basta ya de palabras y de empujones! ¿Vas a hacer un milagro, sí o no? ¿Puedes o no puedes?
- Jesús* - ¿Por qué no lo haces tú mismo, rabino? Tú sí puedes hacerlo. Mira, ¿sabes cómo se enfermó esta infeliz? Doblando la espalda día y noche sobre el telar. Así se le jorobaron los huesos. ¿Y sabes cómo se le torció el cuello a este hombre? Cargando sacos y más sacos de harina en la cabeza para ganarse un miserable denario. ¡Haz tú el milagro, fariseo! El milagro no es abrirle los ojos a un ciego, sino abrir el bolsillo y compartir tu pan con los hambrientos. El milagro no es limpiarle la carne a un leproso, sino limpiar todo el país que se pudre por los atropellos de unos cuantos. Esta mujer cojea de una pierna, pero nuestro país cojea de las dos. ¡No le pidamos a Dios más milagros! El milagro lo tenemos que hacer nosotros: ¡el milagro de la justicia!
- Eliab* - ¡Ya salió la política! ¡Eso es lo único que sabes hacer, nazareno, calentarle la cabeza a la chusma! ¡Charlatán, eso es lo que eres, un charlatán y un agitador! ¡Vete con tu palabrería a otra parte!
- Mujer* - ¡El rabino tiene razón! ¡Este no es más que un hablador! ¡Vámonos de aquí, vámonos!
- Hombre* - ¡Al diablo contigo, Jesús! ¡Tanto cuento y

tanto esperar para nada!

Los enfermos se fueron yendo, cada cual por su camino. Unos iban con sus bastones y sus muletas. Otros, cargados en camillas o apoyándose en el brazo del vecino. Al poco rato, nos quedamos solamente los del grupo. Ya oscurecía sobre Cafarnaum, y las ciudades que adornaban las orillas del lago, como perlas de un collar, comenzaron a encender sus luces blanquecinas. Jesús parecía muy triste y se quedó con la mirada perdida en los reflejos del agua.

*Jesús* - ¡Qué lástima, Corozaim! Tantas palabras como dijimos allá en tu plaza y por tus calles... y todo sigue igual. Sigues siendo una ciudad adúltera, peor que Nínive, peor que Sodoma. Pobre de ti, Betsaida, que te acuestas en un lecho caliente con los grandes comerciantes mientras tus hijos agonizan de hambre y de frío en los portales y sigues pariendo usureros y traficantes de violencia y no escuchas el grito de muerte de los inocentes. Y tú Cafarnaum, que quieres subir al cielo para robarle milagros a Dios, pero no haces nada para que las cosas cambien aquí en la tierra, no quieres hacer tú misma el único milagro que Dios reclama: la justicia.

Mateo 11,20-24 y 12,38-42; Marcos 8,11-13; Lucas 10,13-15 y 11,29-32.

---

*1. Los cuatro evangelios nos han transmitido muchas historias de milagros realizados por Jesús, salpicando todos sus relatos con estos hechos, que buscan explicar quién es Jesús y cómo pasó haciendo el bien, **curando** a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él (Hechos 10, 38). Todos los relatos de milagros no deben ser leídos con los mismos criterios. Si se aplica a ellos una crítica literaria rigurosa, se observa cómo algunos milagros están duplicados (comparar Marcos 10, 46-52 con Mateo 20, 29-34), otros ampliados, otros libremente adornados. Todo esto indica que, aunque hay un núcleo histórico cierto en las curaciones que obró Jesús, no deben interpretarse los evangelios como un catálogo de maravillas realizado por un superman poderoso. El punto de partida es diferenciar entre la palabra «milagro» y la palabra «signo» o «señal».*

*El evangelio de Juan, que reduce a siete el número de milagros que habría hecho Jesús, es el que más claramente establece esta diferencia. Juan utiliza siempre al*

referirse a los hechos milagrosos la palabra griega "semeion", equivalente a "señal". Una señal no tiene valor en sí misma. Apunta en una dirección, indica un camino. No es la meta, es el medio para llegar a ella. Según el evangelio de Juan, los "milagros" de Jesús no fueron hechos aislados y maravillosos que él habría obrado movido por la compasión que le inspiraban casos individuales de sufrimiento. Si así fuera, no serían señales de nada, se agotarían en sí mismos. Juan los presenta como signos o señales que deben conducir a la comprensión de la misión de Jesús.

Que Jesús de Nazaret haya curado a un paralítico en el siglo I de nuestra era, ¿qué puede significar hoy? Los evangelios responden a esta pregunta presentando a Jesús como el mensajero del proyecto de Dios: si Jesús puso en pie a un hombre postrado, fue una señal de que su mensaje es capaz de echar a andar a los seres humanos, sacándolos de la pasividad. Así, en cada uno de los curados por Jesús los evangelistas dibujaron arquetipos de hombres y de mujeres víctimas de distintas problemáticas.

2. **Fe** y religión no son lo mismo. La actitud religiosa «religa» al ser humano con Dios y lo hace dependiente de él. Una mentalidad religiosa espera de Dios lo que puede lograr con su propio esfuerzo o con la organización de los esfuerzos de otros y teme de Dios castigos por malas obras o por descuidos en los ritos religiosos. Una mentalidad religiosa "compra" la benevolencia de Dios haciendo méritos ante él con oraciones, sacrificios, votos, promesas, penitencias. Jesús de Nazaret enfrentó esta mentalidad, arraigada en todas las culturas, con una nueva visión de Dios. Jesús propuso una relación con Dios basada en la responsabilidad de la propia vida y en la solidaridad comunitaria. En las actitudes de libertad, madurez, compromiso histórico, equidad entre los seres humanos, superación de miedos religiosos, está la base humana de la que se nutre la actitud de fe, opuesta a la actitud religiosa.

## 91- LA HORA DE JERUSALÉN

Aquel invierno pasó rápido como una lanzadera. En las ramas del almendro asomaron los primeros brotes. El campo empezaba a cubrirse de flores y el aire limpio de la nueva primavera perfumaba ya la llanura de Esdrelón. Aquel día, mientras comíamos en casa de Pedro...

- Pedro* - ¿Qué pasa, Jesús? ¿No hay apetito?
- Rufina* - El moreno tiene unas ojeras como si no hubiera pegado ojo en toda la noche.
- Jesús* - Y no lo pegué, Rufina. Pero no es nada. Lo que pasa es que necesitaba ver claro. La verdad, llevo varios meses rezando y pidiéndole a Dios que nos marque el camino y...
- Pedro* - ¿Y qué?
- Jesús* - Compañeros, me parece que ha llegado la hora.
- Santiago* - ¿La hora de qué, Jesús?
- Jesús* - De ir a Jerusalén. Ya es hora de que también en la capital, en el corazón de este país, los pobres se junten para compartir lo que tienen, y así hacer frente al mundo viejo que se acaba. Sí, lo que hemos dicho tantas veces por estos rincones de Galilea, vamos a repetirlo sobre los techos de la gran ciudad.
- Pedro* - Eh, Rufi, ¿tú no le habrás puesto mucho picante a esta sopa? ¡Jesús está echando humo!
- Judas* - Bueno, moreno, entonces, ¿cuándo nos ponemos en camino?
- Jesús* - Cuanto antes, Judas. Dios tiene prisa. Hay demasiada miseria en el país. Herodes abusa demasiado en el norte y los romanos abusan demasiado en el sur. Y, mientras tanto, Caifás y los sacerdotes de Israel hablando de paciencia. Compañeros: ¡se acabó la paciencia! ¡Ya es hora de darle candela a los rabos de todas esas zorras, como hizo Sansón aquella vez, y que todo se queme!
- Judas* - ¡Sí, señor! No hay que tenerle miedo al fuego. ¡La ceniza es el mejor abono que existe!
- Rufina* - ¡El abono van a ser ustedes! Pero, ¿están locos? La última vez casi los agarran presos y ¿ya quieren volver a Jerusalén? ¡Eso es como ir a meter la cabeza en la misma boca del león!
- Jesús* - Claro que sí, Rufina. Eso es lo que vamos a hacer. También Sansón metió la cabeza, pero el Señor le dio la fuerza que necesitaba para romperle la quijada al león. ¡Dios no nos fallará a nosotros tampoco cuando estemos en Jerusalén, estoy seguro!

*Tomás* - Pues yo-yo estoy ma-más seguro de los colmillos del león, pe-pe-pero, en fin, si hay que ir, va-vamos.

*Pedro* - ¡Y vamos pronto! ¡Ya está cerca la Pascua!

*Judas* - Hay que aprovechar el momento, compañeros. Durante la fiesta es cuando más gente hay en la ciudad.

*Pedro* - Y es cuando se reúnen todas las zorras en la madriguera. Poncio Pilato viene de Cesarea. Herodes viene de Tiberíades. Todos se juntan en Jerusalén para celebrar la Pascua.

*Jesús* - Pues nosotros también iremos. Pero no sólo para recordar la libertad de nuestros abuelos, cuando salieron de Egipto, sino para empezar una nueva liberación. Porque seguimos siendo esclavos. Porque los faraones siguen ahí, sentados en los palacios de Jerusalén. ¡Allá tenemos que ir y echarles en cara sus abusos, como hizo Moisés!

*Todos* - ¡Así se habla, moreno! ¡Bien dicho!

*Jesús* - Pues ¡avísenles a todos! A los del grupo y a todos los del barrio que quieran venir con nosotros. Que subimos a Jerusalén. ¡Pero que no vamos a echar agua, sino a prender fuego!

En pocos días alborotamos a todo el barrio de los pescadores invitando a los vecinos para ir a Jerusalén. También muchos hombres y mujeres del valle de Séforis y de otros caseríos del interior decían que vendrían con nosotros. La ciudad de Cafarnaum se convirtió en un avispero. Ya no se hablaba de otra cosa que de aquel viaje a la capital en el mes de Nisán.

*Pedro* - ¡Únanse a nosotros, compañeros! ¡Llegó la hora de subir a Jerusalén! Usted, paisano, ¿qué dice? ¿Viene o no viene?

*Hombre* - ¡Claro que voy! ¡Ese lío no me lo pierdo yo ni por todo el oro del becerro de Aarón!

*Pedro* - Y usted, doña Ana, ¿qué está esperando? Vamos, ¡Aclárese!

*Mujer* - Aclárate tú, Pedro tirapiedras, y deja tu palabrería para otro rato. A ver, explícame, ¿qué van a hacer ustedes allá en la capital? ¿A qué demonios van? ¿A pelear, a rezar o a divertirse?

*Pedro* - ¡Ay, doña Ana, todavía no he tenido tiempo de pensar en eso! ¡Pero, no se preocupe, que Jesús sabe lo que se trae entre manos! ¡Vamos con él y allá veremos lo que hacemos! ¡Créame, vecina, ahí donde usted lo ve, ese moreno es el Mesías que nuestros abuelos esperaron tanto tiempo!

*Mujer* - Pero, ¿qué estás diciendo tú, majadero?

*Pedro* - Lo que ya dice todo el mundo, que Jesús

liberará a Israel y le romperá el hocico a todos estos sinvergüenzas que se ríen de nosotros. ¡Con Jesús al frente, conquistaremos la capital y todas las ciudades del país!

- Mujer* - ¿Ah, sí, verdad? Y si ese moreno es el Mesías, ¿dónde tiene la espada?
- Pedro* - ¡Escondida, caramba! Si la saca antes de tiempo, los romanos se la hacen tragar con vaina y todo. ¡Que viva el Mesías!
- Todos* - ¡Que viva, que viva!
- Pedro* - ¿Entonces qué, doña Ana? ¿Sí o sí?
- Mujer* - No y no. No voy. Yo estoy enferma.
- Pedro* - ¡Qué enferma ni qué cuento! ¡Usted tiene buenas pantorrillas para caminar hasta Jerusalén!
- Mujer* - Pero, ¿tú estás loco, Pedro? Si voy a pie hasta allá, luego tienen que traerme cargada como un saco de harina. No, no cuenten conmigo. Yo estoy enferma.
- Pedro* - Ninguna enfermedad. Lo que pasa es que usted tiene miedo, eso es. Doña Ana, piense que de los cobardes no se ha escrito nada en la historia.
- Mujer* - Y de los valientes se escribió mucho, pero ellos no pudieron leerlo porque ya tenían hormigas en la boca.

Por todo Cafarnaum, Jesús buscó nuevos compañeros para aquel viaje...

- Jesús* - Ea, Simeón, ánimo y ven con nosotros. ¡Necesitamos gente como tú, caramba, de pelo en pecho!
- Simeón* - No, si yo por mí iría, Jesús, pero...
- Jesús* - Pero, ¿qué?
- Simeón* - Mi familia. Tú sabes cómo son en casa. Mi madre se preocupa demasiado por mí.
- Jesús* - Y tú te preocupas demasiado por tu madre, y vas a cumplir ya treinta años y no te han cortado todavía el cordón del ombligo.
- Simeón* - Mira, Jesús, vamos a hacer una cosa. Yo voy a ir explicándoles a mis padres este asunto y... y así ellos se van haciendo una idea de qué se trata. Poco a poco, ¿comprendes?
- Jesús* - Mira, Simeón, acaba de decidirte. Porque te va a pasar lo que a un vecino mío de Nazaret que salía a sembrar y agarraba el arado. Pero cuando iba abriendo el surco, volvía la cabeza a un lado y a otro para saludar a todos los que pasaban por el camino... y, claro, al final tenía el cuello torcido y los surcos más torcidos aún.
- Simeón* - Pero, Jesús...
- Jesús* - Simeón, cuando se pone la mano en el arado, hay



que mirar hacia delante. Y nada más.

Enseguida, un grupo de vecinos, dispuestos a acompañarnos a Jerusalén, rodeó a Jesús...

*Jesús* - Escuchen, amigos: si un albañil va a levantar una torre, ¿no cuenta primero los ladrillos que tiene para no quedarse a la mitad del muro? O si un rey le declara la guerra a otro rey, ¿no cuenta primero sus soldados? Y si él tiene diez mil y se entera que su enemigo tiene veinte mil, antes de comenzar la batalla manda un mensajero para hacer las paces, ¿no es así? Nosotros vamos a Jerusalén, sí, pero... ¿con cuántos soldados contamos?

*Vecino* - ¡Aquí hay uno! ¡Sólo necesito el uniforme!

*Jesús* - ¡El uniforme es un bastón y un par de sandalias, mellizo!

*Vecino* - ¡Pues entonces ya estoy listo! ¡Iré con ustedes a Jerusalén!

*Jesús* - ¿Y después?

*Vecino* - ¿Cómo que después?

*Jesús* - Que Jerusalén es sólo el comienzo.

*Vecino* - Yo iré contigo a cualquier parte, descuida.

*Jesús* - ¿Estás dispuesto a dejar el nido?

*Vecino* - ¿Qué nido?

*Jesús* - El tuyo. El que todos nos fabricamos para dormir caliente.

*Vecino* - Por eso, no. ¡Yo saco mi estera y duermo igual al raso!

*Jesús* - ¿Y si no tenemos estera?

*Vecino* - ¡Ya habrá alguna piedra para recostarse, digo yo!

*Jesús* - ¿Y si te quitan la piedra?

*Vecino* - ¡Pues duermo de pie, qué caramba! ¡Los burros también lo hacen y mira qué bien les va!

*Jesús* - ¡Tú eres de los nuestros, sí señor! ¡Podemos contar contigo!

Todos los días, llegaba alguno más a apuntarse para el viaje...

*Nico* - Oye, Jesús, yo también quiero ir con ustedes.

*Jesús* - Pues ven. ¿Quién te dice que no?

*Nico* - Nadie, pero... tengo miedo, ésa es la verdad.

Tú

sabes, a mi padre lo mataron cuando yo era muchacho. Mi madre quedó viuda, con cinco hijos y sin un céntimo. Mi padre fue un valiente, sí, pero... ¿qué consiguió? Hace ya muchos años de eso y, ya ves, las cosas no han cambiado desde

entonces.

*Jesús* - Tu padre perdió la vida, pero tú, por eso, no puedes perder la esperanza. Si la pierdes, estás más muerto que tu padre.

*Nico* - Sí, tal vez sea eso. Pero, te soy sincero: tengo miedo. Yo sé cómo son las cosas. El que se arrima al fuego, acaba quemándose.

*Jesús* - Pero da luz. De veras, Nico, la vida se gana cuando se pierde. También mi padre, José, perdió su vida por ayudar a unos infelices que huían de una matanza injusta. Su vida fue corta, pero valió más que la de otros que se protegen tanto que acaban oliendo a polilla. ¡Sé valiente, hombre!

Pero el miedo fue más fuerte y Julio no se decidió a viajar con nosotros...

*Pedro* - Con ese muchacho no se puede contar, Jesús. No hay más que verle la cara. Tiene miedo.

*Jesús* - ¿Y tú no, Pedro?

*Pedro* - ¿Yo? ¿Miedo yo? ¡Ja! ¡A mí nunca se me ha encogido el ombligo, para que lo sepas! Mira, Jesús, nosotros ya estamos metidos hasta el cuello en esto del Reino de Dios. Por dejar, lo hemos dejado todo, ¡hasta el miedo! Me río yo de estos muchachos que quieren montarse en el barco a última hora. Al principio cuando esto comenzó, nos miraban como a un grupo de chiflados. Y, ya ves, ahora todos quieren venir a Jerusalén.

*Jesús* - Pues mientras más vengan, mejor. ¿No te parece, Pedro?

*Pedro* - Sí, claro, pero... sin romper la fila. Nosotros llevamos mucho tiempo remando en este barco, ¿no? Digo yo, moreno, que cuando conquistemos Jerusalén y cantemos victoria... para nosotros habrá algo especial.

*Jesús* - ¿Algo especial, Pedro?

*Pedro* - Jesús, tú me entiendes, no es que uno sea interesado, pero...

*Jesús* - Ah, ya comprendo. Despreocúpate, Pedro. Te prometo cien por uno.

*Pedro* - Explícate, moreno. ¿Cómo es eso de cien por uno?

*Jesús* - Por cada problema que tenías antes, ahora tendrás cien problemas más. Y cien líos más y cien persecuciones.

*Pedro* - Bueno, moreno, pero, digo yo que habrá duras y también maduras, ¿no? A todo el mundo le gusta sentarse en la cabecera.

*Jesús* - Pero, Pedro, ¿dónde has visto tú que el criado

le quite la silla al patrón?

*Pedro* - No, yo digo que...

*Jesús* - Tú no dices nada. Tú y todos nosotros, cuando acabemos de hacer lo que Dios nos mandó hacer sólo diremos una cosa: la tarea está terminada, cumplí con mi deber. Y nada más.

Durante aquella semana de ir y venir por Cafarnaum para avisar a todos, Jesús no se cansaba de hablarle a la gente...

*Jesús* - Ellos dirán que estamos dividiendo y agitando al pueblo. Pues sí, es verdad, de ahora en adelante, hasta en la familia habrá división: si hay cinco, estarán divididos, tres contra dos y dos contra tres, y el hijo estará contra el padre y la hija contra la madre y la suegra contra la nuera. Porque ya nadie puede cruzarse de brazos. El que no recoge, desparrama. El que no lucha por los pobres, lucha contra los pobres y le hace el juego a los de arriba.

*Todos* - ¡Bien, bien por Jesús! ¡Así se habla, moreno!

*Jesús* - ¡Amigos, Jerusalén nos espera! ¡Dios estará con nosotros en Jerusalén y nos liberará de la esclavitud como liberó a nuestros abuelos del yugo del faraón! ¡También nosotros pasaremos el Mar Rojo y saldremos libres!

Nunca habíamos visto a Jesús tan enardecido como en aquellos días.<sup>(1)</sup> Sus ojos brillaban como los del profeta Juan, cuando gritaba en el desierto. Igual que Juan, hablaba con prisa, como si las palabras se apretaran en su garganta, como si le faltara tiempo para decir las todas y hacerlas llegar hasta los oídos de los humildes de nuestro pueblo.

Mateo 8,18-22; Lucas 9,57-62.

---

1. En la persona de **Jesús**, en su sicología, en sus palabras, en sus actuaciones, se descubre continuamente un elemento dominante: la prisa, la urgencia. Desde un punto de vista puramente histórico, Jesús se presentó como un hombre que creyó en la llegada inminente del Reino de Dios. Vivió convencido de que la intervención definitiva de Dios en favor de los pobres se realizaría inmediatamente, que los tiempos finales estaban a la puerta. Por eso, para él, cada minuto era precioso. Muchas palabras y parábolas de Jesús hay que situarlas en la

*época de crisis en que él vivió históricamente y en la crisis futura y final que él veía como inminente y necesaria para que llegara la hora de la justicia de Dios. Al emprender su último viaje a Jerusalén Jesús contó con la posibilidad de la muerte, pero estaba convencido que la victoria sería de Dios.*

## 92- POR EL OJO DE UNA AGUJA

- Rubén* - Pero, Nivio, ¿estás hablando en serio?
- Nivio* - Claro que sí, amigos. ¿Por qué no me creen?
- Tito* - Pero, ¿qué pasó? ¿Te peleaste con tu novia? ¿O tu padre te quitó la herencia?
- Nivio* - Ni una cosa ni la otra.
- Rubén* - Entonces es que tienes fiebre.
- Nivio* - Nada de eso. Me siento perfectamente. Y me sentiré mejor cuando vaya y le diga: ¡Profeta, cuenta conmigo! Yo también quiero unirme a tu grupo y viajar a Jerusalén y comer la Pascua en la ciudad de David.
- Tito* - ¿A que no te atreves?
- Nivio* - ¿Que no me atrevo a qué?
- Tito* - A decirle eso al profeta.
- Nivio* - ¡Tú no me conoces entonces! Hoy mismo voy y se lo digo.
- Rubén* - ¿Cuánto apostamos, Nivio?
- Nivio* - Lo que ustedes quieran. ¿Veinte denarios?
- Rubén* - Mejor cuarenta.
- Tito* - No, no, no, mejor un barril de vino. Y así, cuando vuelvas con el moco hacia abajo, como los pavos, lo bebemos juntos y ahogas tus sueños revolucionarios en el delicioso jugo de la uva.
- Rubén* - Ja, ja... Vamos, ahora no te echas atrás. Eso, júralo.
- Nivio* - Juro, prometo y determino: y esta apuesta bien vale un barril de vino.
- Tito* - ¡Lo que nos faltaba por ver en Cafarnaum! Nivio, el hijo de don Fanuel, también mordió el queso y cayó en la ratonera del profeta nazareno. ¡Ja!
- Rubén* - ¿Qué dirá tu «papaíto» si se entera que te quieres juntar con esa chusma?
- Nivio* - Por mí, que diga lo que quiera, ¡qué me importa! El hace su vida. Yo hago la mía.
- Rubén* - ¡Quién te ha visto y quién te ve, Nivio! ¡El señorito del pueblo se quiere poner a los pies de un campesino, mitad brujo, mitad agitador!
- Nivio* - Digan lo que quieran, pero ese Jesús es un gran tipo. Tiene agallas, ¡caramba! No hay más que oírlo.
- Tito* - ¡No hay más que «olerlo»! ¡Apesta a cebolla y a perfume de ramera!
- Rubén* - Dime con quien andas...
- Tito* - ¡Así que el nazareno te pegó la sarna!
- Nivio* - Ja, si la envidia fuera sarna, ustedes ya estarían rascándose.
- Rubén* - ¿Envidia? ¿Envidia, nosotros? Ja, ja, ja... ¡No, déjame a mí, yo estoy muy tranquilo en mi casa, con muchos criados y poco trabajo!

*Tito* - Y yo también.  
*Nivio* - Pues yo no. Estoy decidido a cambiar de vida. ¡Quiero hacer algo grande! Esta misma tarde voy donde el profeta y le digo que viajaré con él a la capital y luego a...  
*Rubén* - ¡Luego corre a bañarte y a sacarte los piojos que te haya regalado el profeta de los muertos de hambre! ¡Ja!  
*Tito* - Pero, Nivio, ¿es que no lo comprendes? El aceite no se mezcla con el agua. Ese tipo no es de los nuestros. Y tú no eres de los suyos. ¿Qué vas a buscar entonces donde él?  
*Rubén* - Yo no sé qué irás a buscar, Nivio, pero lo que vas a encontrar sí lo sé: ¡que te suelte una andanada contra tu padre y contra los ricos y adiós, hasta la vista!  
*Nivio* - Eso se creen ustedes. Pero yo les digo que Jesús es un tipo abierto. Estoy seguro que se alegrará de verme. Yo puedo serle útil. Tengo dinero, tengo una buena preparación, tengo...  
*Tito* - ¡Lo que tienes es una apuesta encima, no te olvides!  
*Rubén* - Entonces, lo dicho: ¡un barril de vino! ¿De acuerdo, Nivio?  
*Nivio* - De acuerdo, amigos.

Nivio era el hijo menor de Fanuel, uno de los ricos terratenientes de Cafarnaum. Era un muchacho alto y fuerte, al que nunca le había faltado la buena comida, los buenos vestidos y la mejor escuela. Ayudaba a su padre en la administración de la finca y le sobraba tiempo para perderlo con sus amigos. Aquella tarde, Nivio salió de la lujosa casa donde vivía y se encaminó al barrio de los pescadores, por la callejuela que va junto al mar.

*Simoncito* - ¡Vamos, tonto, salta ya!  
*Canilla* - Tacatán, tacatán, tacatán... ¡arre, caballo!  
*Simoncito* - ¡Mi caballito salta mejor que el tuyo, mira!  
¡Ja, ja, ja!  
*Canilla* - ¡Ahora yo, me toca a mí!  
*Nivio* - Eh, muchachos, ¿por aquí no vive Jesús, el de Nazaret?  
*Simoncito* - ¡Uff! Sí, está ahí dentro, arreglando una puerta. ¡Aquí te buscan, moreno!  
*Jesús* - ¡Pues aquí me encuentran! ¿Quién es?  
*Simoncito* - ¡Un señorito!

Cuando Nivio llegó a casa, Jesús estaba solo. Mi madre remendaba redes en el embarcadero y el viejo Zebedeo, mi hermano Santiago y yo estábamos, como siempre, pescando en mitad del lago.

*Jesús* - Oye, pero ¿tú no eres uno de los hijos de Fanuel, el de la finca?

*Nivio* - El mismo que viste y calza. ¿De qué me conoces?

*Jesús* - Ya sabes, en Cafarnaum uno termina conociéndole las orejas a todo el mundo. Bueno, esta puerta ya está firme. ¡No la echa abajo ni el ángel exterminador! Lo que no sé es tu nombre.

*Nivio* - Nivio. ¡Así me llamo desde hace dieciocho años!

*Jesús* - Eso, Nivio. Dicen por ahí que, aunque tu padre es un bandido, tú eres buena persona.

*Nivio* - ¡Qué va! La única buena persona que tenemos por ahora en la ciudad eres tú mismo, nazareno.

*Jesús* - ¿Yo? ¿Por qué dices eso?

*Nivio* - Porque así es. Tú y tu grupo son los únicos que están haciendo algo para que las cosas cambien en nuestro país.

*Jesús* - Pues a ti no te convendría mucho que cambiaran, la verdad es ésa.

*Nivio* - Nada, nada, que tú eres un gran tipo, Jesús. Yo siempre lo he dicho.

*Jesús* - Y yo siempre he dicho que el único gran tipo es Dios. Los demás clavamos un clavo aquí y otro allá, pegamos un par de ladrillos y vamos haciendo lo que se puede.

*Nivio* - De eso he venido a hablarte. Yo también quiero poner mi ladrillo y ayudar a levantar el muro.

*Jesús* - ¿Tú?

*Nivio* - Sí, yo. Te extraña, ¿verdad? ¡Claro, lo comprendo, el hijo de Fanuel! Pero no te dejes llevar de las apariencias, nazareno. Tú y yo nos entenderemos bien, ya lo verás.

*Jesús* - Eso espero. Vamos, siéntate por ahí y conversamos.

*Jesús* guardó el martillo y los clavos y se sentó en el suelo. El hijo del terrateniente hizo lo mismo.

*Nivio* - Por la ciudad no se habla de otra cosa que del viaje a Jerusalén.

*Jesús* - ¿De qué viaje?

*Nivio* - ¿Cuál va a ser? El de ustedes.

*Jesús* - Ah, sí, claro...

*Nivio* - Lo pensé y lo decidí: puedes contar conmigo, Jesús.

*Jesús* - No me digas que a ti también se te pegó la picazón...

*Nivio* - ¿No puedo ir yo con ustedes?

*Jesús* - ¡Claro que sí, hombre! Eres bien venido. Me alegro, de veras. Y estoy seguro que todos los demás se alegrarán.

*Nivio* - Eso suponía yo también. En fin, Jesús, al

grano. ¿Qué es lo que vamos a hacer exactamente en Jerusalén? ¿Tienes ya algún plan? Explícame.

*Jesús* - Bueno, el plan es tratar de darle la vuelta a la torta.

*Nivio* - ¿A qué torta?

*Jesús* - A todo esto. Vamos a construir un cielo nuevo y una nueva tierra donde todos los hombres nos demos la mano y podamos sonreír y vivir felices. ¿Qué te parece el plan?

*Nivio* - Me gusta, sí. Suena bonito.

*Jesús* - Claro, para lograr eso, hay un pequeño problema. Para que los que tenemos menos tengamos más, los que tienen más tienen que tener menos.

*Nivio* - ¿Cómo has dicho? ¿Es un trabalenguas?

*Jesús* - No, es algo muy sencillo, escucha: ¿por qué hay gente que pasa hambre en Israel? Porque otros comen doble ración. ¿Por qué hay niños que andan por la calle descalzos y medio en cueros? Porque otros tienen siete túnicas y catorce pares de sandalias en un baúl. Unos tenemos un sólo granito de trigo en el bolsillo y otros el granero lleno. ¿Comprendes, Nivio?

*Nivio* - ¿Que comprendo qué?

*Jesús* - Que la única manera de rellenar un barranco es rebajando una colina. El plan de Dios es nivelar, ¿comprendes? ¿Qué te parece a ti?

*Nivio* - Sí, por supuesto. En fin, volviendo a lo del viaje... dime, ¿cuántos vamos a Jerusalén? ¿Muchos? ¿Pocos? ¿A quién has invitado?

*Jesús* - Bah, por invitar, hemos invitado a todos. Pero ya sabes cómo es la gente. Primero «sí, sí» y luego «se me olvidó».

*Nivio* - Ya me imagino. Mucha lengua y nada más, ¿no es eso, Jesús?

*Jesús* - Eso mismo. Y lo que necesitamos es gente que apriete bien el arado y empuje con fuerza el Reino de Dios.

*Nivio* - Pues ahí me tienes a mí arrimando el hombro, sí señor. La verdad, y no es por echarme incienso, desde pequeño me enseñaron los mandamientos de Dios y desde pequeño los cumplí. Yo no he robado nunca.

*Jesús* - Tampoco nunca tuviste hambre.

*Nivio* - Yo no he matado a nadie. Ni siquiera he sentido el deseo de hacerlo.

*Jesús* - Tampoco has sentido en la espalda el látigo del capataz.

*Nivio* - ¿Qué? ¿No me crees? Te hablo en serio, Jesús, te juro que nunca le he hecho mal a nadie.

*Jesús* - No tienes que jurarlo. Te lo creo. Claro, tampoco los zánganos hacen nada malo en la



colmena.

*Nivio* - Ah, ya veo por dónde vienes. Pues si es por eso, sal a la calle y pregunta quién ha dado en Cafarnaum más limosnas que yo.

*Jesús* - ¿Y quién podría darlas si todos los demás andamos con un agujero en el bolsillo?

*Nivio* - Bueno, sí, pero... Volviendo a lo del viaje... ¿Has pensado ya lo que necesitamos para el camino? Alguna cosa habrá que llevar, digo yo.

*Jesús* - Bah, no te preocupes por eso, Nivio.

*Nivio* - Si hace falta comprar algo, dímelo con confianza.

*Jesús* - Comprar, no. Vender.

*Nivio* - ¿Vender? ¿Vender, qué?

*Jesús* - Venderlo todo. Dejarlo todo para tener las manos libres.

Jesús se fijó en las manos del hijo de Fanuel. No tenían un callo ni una grieta. Después, levantó los ojos y lo miró con simpatía.

*Jesús* - Escucha, Nivio, a Moisés también lo criaron en una casa rica. La hija del faraón lo alimentó bien, le dio la mejor ropa y la mejor escuela de Egipto. Pero un día el señorito Moisés bajó a visitar a sus hermanos y vio a un capataz egipcio aporreando a un pobre esclavo hebreo. Y Moisés sintió tanta rabia que mató al capataz. Lo perdió todo, su casa, sus comodidades. Se quedó sin nada y perseguido por la guardia del faraón. Entonces se hizo digno de su pueblo. Entonces pudo acercarse al esclavo, de igual a igual, y llamarlo hermano y ayudarlo a ser libre. Anda, Nivio, comienza por ahí y luego vuelve y seguimos hablando del viaje.

*Nivio* - Lo pensaré, Jesús. Sí, de veras, lo pensaré...

Nivio miró a Jesús sin saber qué decir.(1) Luego se levantó del suelo, se sacudió la túnica nueva que se le había llenado de polvo y salió de la casa. Llevaba la cara muy triste.

*Pedro* - Oye, moreno, ¿y qué vino a buscar aquí el hijo de Fanuel?

*Jesús* - Vino a enseñarme un juego, Pedro.

*Pedro* - ¿Un juego?

*Jesús* - Sí, ya verás. Simoncito, corre, ven acá un momento... ¡Ven!

Jesús se asomó a la puerta y llamó al hijo de Pedro, que seguía jugando en la calle con un grupo de niños.

*Jesús* - Oye, Simoncito, ¿a qué están jugando ustedes?

*Simoncito* - Al salto del caballito. ¡Tacatán, tacatán, tacatán!

*Jesús* - ¿Quieres que te enseñe otro juego, uno que tú no sabes?

*Simoncito* - Sí, sí. ¿Cómo es?

*Jesús* - Atiende. Es el juego del camello. Tú eres el camello. A ver, ponte en cuatro patas... así... Tienes una joroba grande en la espalda. Y esto es una aguja, ¿ves?

Jesús juntó los dedos formando un pequeño círculo con ellos.

*Simoncito* - Y ahora, ¿qué hago yo?

*Jesús* - ¿Ves este agujerito? El camello tiene que tratar de meterse por el ojo de esta aguja. Si pasa, gana. Si no pasa, pierde.

Simoncito se quedó mirando la mano de Jesús. Después se levantó del suelo.

*Simoncito* - Este juego no me gusta, Jesús. Adiós. ¡Tacatán, tacatán!

*Jesús* - Ese era el juego que quería jugar el hijo de Fanuel. Pero el camello no logra pasar por el ojo de la aguja.(2) Hasta los niños lo saben, Pedro.

Mientras tanto, los amigos del joven rico le pedían cuentas a Nivio de su fracasada apuesta...

*Rubén* - ¡Me parece, Nivio, que hoy tendremos que ahogar las penas en jugo de uva!

*Tito* - Juro, prometo y determino...

*Rubén* - ... ¡que tu apuesta bien valió un barril de vino! ¡Ja, ja!

*Tito* - ¡Ea, Nivio, alegre esa cara y vamos a brindar por tu cabeza perdida que se te ha vuelto a colocar sobre los hombros! ¡Ja, ja, ja!

Los amigos de Nivio entraron en su casa, abrieron un barril y comenzaron a beber y a gastarle bromas. Y el hijo del terrateniente, entre las risas y el vino, se fue olvidando del viaje a Jerusalén.

---

1. Una cierta interpretación cristiana ha presentado al **joven rico** del relato del evangelio como un muchacho bueno, puro, honesto, cumplidor de todos los mandamientos, pero «no apto para la vida religiosa», porque no fue valiente para seguir el «consejo» de Jesús: vender todo y darlo a los pobres. Pero Jesús no dio «consejo» a los que buscan la perfección. Planteó a los ricos un único camino para entrar en el Reino de Dios: adoptar la perspectiva de los pobres.

2. Jesús hizo una exageradísima comparación al hablar de la dificultad que tiene el **camello** que quiere pasar por el ojo de una aguja. No se refería Jesús a entrar por una de esas puertas orientales que tiene forma de aguja, como algunos han interpretado, tratando de suavizar el pensamiento de Jesús. Jesús hablaba de una aguja de coser. Y del camello, el mayor animal conocido en Palestina. Con esta desproporcionada comparación, quiso decir que resulta imposible, a no ser que Dios haga un milagro, que un rico entre en el Reino de Dios.

### 93- LOS QUE MATAN EL CUERPO

*Santiago* - ¡Llegó la hora, compañeros, la hora de la victoria!

*Simeón* - ¡En tres días nos pondremos en Jerusalén y en tres horas la capital será nuestra!

*Julio* - ¡Y entonces, que se preparen todos los vendepatrias! ¡Fuera con ellos!

*Simeón* - ¡Los romanos, fuera!

*Julio* - ¡Los herodianos, fuera!

*Santiago* - ¡Los saduceos, fuera también!

*Vecino* - Oye, tú, ¿y quién va a quedar dentro entonces?

*Santiago* - Nosotros, pedazo de idiota, nosotros sentados sobre doce tronos y con el bastón de mando entre las rodillas.

*Vecino* - ¿De veras, Santiago? ¿Tú crees que llegaremos a eso?

*Santiago* - No lo creo. ¡Estoy seguro! ¡Y por eso voy con el nazareno y con esa gente! ¡Anímate, hombre! ¡Va a ser algo grande, el acabóse! ¡Luego te arrancarás los bigotes por no haber venido!

No sólo los hombres, también las comadres de Cafarnaum hablaban de aquel viaje a Jerusalén.

*Ana* - Así como lo oyes, Rufina. Jesús dijo que le iba a pegar candela a Jerusalén por las cuatro puntas. ¡Y que en el Templo no iba a quedar una piedra sobre otra!

*Rufina* - Y después, ¿qué?

*Ana* - ¿Cómo que qué? ¡Después de la batalla, a repartir el botín! ¡Yo le tengo echado el ojo a las cortinas del atrio! ¡Y a los manteles!

*Rufina* - ¡Pues yo me conformaría con un candelabro de esos que tienen siete angelitos de oro!

*Vecina* - ¿Y a mí qué me van a dejar, eh? ¿Las siete velas? ¡Caramba con estas tipas!

Cada día eran más los vecinos y vecinas de Cafarnaum que se animaban a viajar con nosotros a Jerusalén a celebrar la Pascua de aquel año. Yo creo que teníamos ideas bien distintas de lo que pasaría allá, durante las fiestas. Cada uno llevaba dentro una esperanza diferente. Pero todos soñábamos con ver llegar el día grande de la liberación de nuestro pueblo.

*Julio* - Escucha, Cleto: ¡el cielo se abrirá de par en par! Entonces Dios sacará el dedo por entre las nubes y dirá: ¡ese moreno es el Mesías! ¡Vayan

con él a donde él diga! ¿Comprendes, Cleto? ¡Él delante y nosotros detrás!

*Cleto* - Y detrás de nosotros, los guardias con los garrotes, ¿verdad? No, no, a mí déjame tranquilo que yo no voy a ninguna parte.

*Julio*  
*dedo?*

*Cleto* - Si lo saca, que se lo chupe, ¡a mí qué me importa! Pero yo no voy con ustedes ni amarrado.

La noticia de nuestro viaje a Jerusalén salió pronto de Cafarnaum y fue rebotando a través del valle, de caserío en caserío, de puerta en puerta, hasta llegar a Nazaret y colarse en la choza de María, la madre de Jesús.

*Susana* - María, comadre María, ¿no te has enterado? ¿No te han dicho nada tus primos?

*María* - Sí, Susana, ya lo sé. Jacobo vino a decírmelo hace un rato.

*Susana* - ¡Si Jesús no está loco, lo aparenta muy bien! Pero, dime tú, María, ¿es que ese moreno hijo tuyo no puede estar tranquilo? Pero, ¿con qué lo criaste tú, con leche o con salsa picante?

*María* - Dicen que van setecientos, ochocientos, mil hombres con él. Un ejército entero.

*Susana* - ¡Sí, claro, un ejército de hormigas peleando contra un gigante!

*María* - Bueno, Susana, también David salió a pelear contra Goliat y le ganó.

*Susana* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que cambiándote de camión? ¡Solo faltaba eso ahora! Comadre María: en ese viaje hay gato encerrado, te lo digo yo.

*María* - ¿Y cuál es el gato, Susana?

*Susana* - Política, revoluciones... El moreno tiene el agua hasta el cuello.

*María* - Pues si él está en peligro, yo no voy a quedarme aquí tranquila. Hoy mismo salgo para Cafarnaum.

*Susana* - Pero, ¿qué estás diciendo, María? ¿Ya no te acuerdas? La otra vez fuiste a buscarlo y te mandó a paseo. Jesús ya no te hace caso.

*María* - Ahora no voy a pelearle, Susana, sino a estar a su lado. Y a ayudarle en lo que pueda. Y si hace falta, me voy con él a Jerusalén ¡y a donde sea!

*Susana* - Pero, María, espérate, déjame explicarte...

*María* - Me lo explicas por el camino, Susana. Tú vendrás conmigo, ¿no?

*Susana* - ¿Yo? ¡Pero, María!

*María* - Vamos, Susana, date prisa, tenemos que salir cuanto antes para que no nos agarre la noche.

*Susana* - Ay, Dios santo, pero, ¿qué sarampión es éste?

María y Susana hicieron viaje a Cafarnaum. Cuando llegaron, ya brillaba el lucero de la tarde.

*Jesús* - Pero, mamá... y tú, Susana... ¿qué hacen ustedes aquí en Cafarnaum?

*Susana* - Que vamos contigo y con todos esos melenudos que te siguen a celebrar la Pascua en Jerusalén.

*Jesús* - Pero, ¿ustedes se han vuelto locas?

*Susana* - Aquí el único loco eres tú, Jesús, pero eso es otro asunto.

*María* - Jesús, hijo, esto parece una caldera hirviendo. La gente no habla de otra cosa que del viaje a la capital.

*Jesús* - Hablan, hablan... A la hora de la verdad, ¿cuántos quedarán?

*Susana* - Bueno, aquí tienes dos hormiguitas más en el hormiguero.

*Jesús* - Ya lo veo, sí. Pero, mejor es que regresen a Nazaret. Las cosas ya están bastante complicadas y pueden complicarse más. No sabemos cómo terminará todo esto.

*María* - Por eso mismo, hijo. De aquí no nos movemos. Si tú vas a Jerusalén vamos contigo. Si vuelves a Galilea, a Galilea volvemos contigo.

*Jesús* - Pero, mamá, ¿no te das cuenta de que...?

*Marta* - No gastes tu saliva, Jesús. Tú no me hiciste caso cuando te mandé volver a Nazaret, ¿te acuerdas? Pues ahora yo tampoco te hago caso a ti. Iremos a Jerusalén. Ven, Susana, vamos a hablar con Salomé, la mujer del Zebedeo, para que nos meta a ti y a mí en algún rincón de su casa, vamos.

Todavía faltaban dos largas semanas para la fiesta de la Pascua, pero los vecinos de Cafarnaum ya estaban preparando sus alforjas. Todos estaban entusiasmados con el viaje. Aquel día, cuando vi a Jesús hablando con Pedro, me di cuenta que se traía algo entre manos.

*Pedro* - Pero, Jesús, ¿cómo voy a decir eso?

*Jesús* - Hazme caso, Pedro. Es mejor así.

*Pedro* - Pero eso es como espantar el mulo antes de cruzar el río.

*Jesús* - Peor es que se espante en mitad de la corriente y nos pase como a los jinetes del faraón.

*Pedro* - Está bien, si tú lo dices, lo haré. Pero después no te quejes. Yo te lo advertí.

Aquella noche la luna parecía un gran pan redondo partido a la mitad. Y la gente del barrio estaba reunida con nosotros

en el embarcadero, pidiéndole a Jesús que les hablara de lo que haríamos al llegar a Jerusalén.

*Julio* - Bueno, Jesús, ¿por dónde vamos a comenzar, eh? ¿Por la Torre Antonia o por el palacio de Herodes?

*Simeón* - ¡Yo digo que lo primero es darle una patada en el trasero al gordo Caifás!

*Ana* - ¡En la capital van a saber quiénes somos los galileos cuando tiramos todos de la misma cuerda!

*Vecino* - ¡Yo soñé anoche con el momento en que entrábamos en Jerusalén con la bandera del Mesías entre las manos! ¡Que viva Jesús, hosanna!

Cuando estábamos más enardecidos, Jesús le hizo una seña a Pedro...

*Pedro* - Pues yo lo que soñé fue otra cosa, compañeros.

*Ana* - ¿Qué soñaste tú, Pedro? A ver, cuéntanos, que un buen sueño vale más que una buena sopa.

*Pedro* - Mejor no digo nada. En fin, un sueño...

*Compadre* - ¡No, no, cuéntalo! ¡Suelta la lengua, Pedro, vamos!

*Pedro* - Está bien. Voy con el sueño. Verán, soñé que todos nosotros íbamos caminando, caminando por un valle largo, caminando. Y de pronto, cuando levantamos la cabeza, vimos un buitre haciendo círculos en el cielo, sobre nosotros. Y cada vez que terminaba un círculo, venía otro buitre y se ponía junto a él, y volaban juntos, ala con ala. Y luego, otro más, y otro... Y, al final, eran muchísimos los buitres, una bandada de pajarracos negros dando vueltas sobre nuestras cabezas, esperando...

Cuando Pedro dijo aquello, todos tragamos en seco. Las mujeres se miraban con el rabillo del ojo. Algunos nos mordíamos las uñas sin atrevernos a preguntarle nada. Fue Julito, un muchacho un poco tonto, el que rompió el silencio.

*Julito* - Oye, Pedro, y ese sueño... ¿qué quiere decir, eh? Explícalo, anda.

*Pedro* - Explícalo tú, Jesús. Seguramente tú sabes mejor que yo lo que significa.

*Jesús* - Bueno, Pedro, yo creo que aquí todos lo hemos entendido. Amigos, que nadie venga engañado. El Reino de Dios tiene un precio. El precio de la sangre. Y los grandes de Jerusalén nos lo harán pagar. Ellos no nos perdonan lo que hemos dicho

por acá por Galilea. Tampoco nos perdonarán lo que vamos a echarles en cara cuando lleguemos a la capital. Los lobos salen de noche a buscar el rebaño y se esconden y esperan el mejor momento para saltar sobre las ovejas y despedazarlas. Así harán ellos con nosotros. Y después, nos regalarán a los buitres.

*Julio* - ¡Eh, Jesús, no seas aguafiestas, caramba! ¡Primero, Pedro, y ahora tú!

*Jesús* - Es que no vamos a una fiesta, sino a una lucha. Y el enemigo es mucho más fuerte que nosotros. Hoy estamos aquí. Mañana podemos estar en la cárcel. Todos corremos peligro. Y a muchos de nosotros nos perseguirán de pueblo en pueblo, nos arrastrarán ante Herodes y ante Pilato, y los jefes de los sacerdotes nos golpearán en las sinagogas y muchos perderemos la vida.(1)

*Cleto* - No hables así, Jesús. Nosotros seremos los vencedores. ¿No vienes tú al frente de nosotros?

*Jesús* - Por eso mismo, yo seré el primero en caer. Los profetas mueren siempre en Jerusalén.

Todos nos miramos con inquietud y sentimos el aire frío de la noche como un cuchillo que nos traspasaba la carne y los huesos. Ya no sirvieron de nada las palabras que Jesús siguió diciendo.

*Jesús* - Pero no se asusten, amigos. No hay que tenerle miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar nuestro espíritu. Dios está con nosotros. Y Dios tiene contado hasta el último pelo de nuestra cabeza y no permitirá que nuestra lucha sea estéril. A lo mejor caemos en esa lucha. Pero entonces daremos más fruto, como la semilla cuando cae en la tierra.

Yo estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Cuando levanté los ojos, vi a Ismael y a su compañero Neftalí que se alejaban por la calle del embarcadero. Los del barrio, el viejo Simeón, doña Ana y los mellizos también se fueron escabullendo con algún disimulo. Después, de repente, el grupo más numeroso de hombres y mujeres, como si obedecieran a una orden silenciosa, se levantaron y se perdieron en la noche.

*Pedro* - ¡Cobardes! ¡Ojalá que venga el diablo y les meta un tizón en la boca a todos ustedes por charlatanes!

*Santiago* - ¡El ejército salió corriendo antes de ponerse el uniforme!

*Pedro* - ¡Ya te lo advertí, Jesús, que los galileos



tenemos sangre de gallina! Mira los que hemos quedado, nosotros doce, ¡los mismos de siempre!

*Santiago* - Y tu madre María y su vecina Susana.

*Magdalena* - ¡Y yo también, qué caray! ¿O es que las magdalenas no somos gente?

*Santiago* - ¿Qué hace aquí esta tipa?

*Magdalena* - Lo mismo que tú, paisano. Yo le dije a Jesús que iba y aquí estoy. Voy con ustedes a Jerusalén.

*Pedro* - Ya nadie va con nadie, María. Este viaje fracasó.

*Jesús* - ¿Por qué dices eso, Pedro?

*Pedro* - Abre los ojos, Jesús. Todos se han ido. Somos un puñadito de nada.

*Jesús* - ¿Y qué importa, Pedro? ¿No te acuerdas de Gedeón? Salió a la guerra con treinta mil hombres y llegó con trescientos. Los demás se le fueron. Sintieron miedo y doblaron la rodilla. Pero con aquel grupito, el Señor le dio la victoria contra sus enemigos. Sí, somos un rebaño pequeño. Pero Dios levantará el cayado y nos defenderá de los lobos. No tengamos miedo: Dios estará con nosotros en Jerusalén.

*Santiago* - ¿Estás hablando en serio, Jesús?

*Jesús* - Claro que sí, Santiago. Mañana mismo salimos hacia la capital.

*Pedro* - Pero, si todavía faltan dos semanas para la Pascua...

*Jesús* - Hay que andar de prisa. Aquí no podemos quedarnos ya. Hay muchos soplones y mucha vigilancia. ¡Ea, compañeros, levanten ese ánimo! ¡Mañana al amanecer nos pondremos en camino! Dios viajará con nosotros. ¡Jerusalén nos espera!

*Pedro* - ¡Y los buitres también!

Aquella noche todos nos acostamos sobresaltados. A las pocas horas, cuando aún no había salido el sol, nos desperezamos, tomamos los bastones y alguna alforja y echamos a andar por la ruta de las caravanas. Atrás quedaba Cafarnaum. Las barcas de los pescadores se adentraban ya en el lago. Delante de nosotros, a tres días de camino, nos esperaba Jerusalén.

Mateo 10,16-33; Marcos 13,9-13; Lucas 12,4-12 y 21,12-19.

---

1. En los evangelios se lee que **Jesús** "predijo" su pasión en tres oportunidades, con más insistencia a medida que se acercaba el que fue su último viaje a Jerusalén. Son

textos que hay que leer con cautela, para no sacar de ellos la conclusión de un Jesús adivino del curso de su propia vida, que sabía de antemano todo lo que le iba a suceder. Interpretarlo así, deshumaniza a Jesús y convierte su muerte en una obra de teatro. Como todo hombre, Jesús estaba al tanto de los riesgos que corría, pero no conocería las circunstancias ni los desenlaces. Y como todo hombre, se vio sorprendido por los hechos adversos y procuraría modificarlos. Todo parece indicar que Jesús contó con la muerte por apedreamiento (Mateo 23, 37), con que sería enterrado como delincuente en una fosa común (Marcos 14, 8), y con que inmediatamente después de su muerte, sus discípulos serían también violentamente perseguidos y muertos (Lucas 22, 35-38). También creyó que Dios no permitiría su fracaso, que no lo abandonaría. Sin embargo, las cosas no sucedieron como pensaba.

## 94- A LA DERECHA Y A LA IZQUIERDA

Cuando salimos de Cafarnaum, camino de Jerusalén, el sol ya calentaba. Íbamos los doce del grupo con María, la madre de Jesús, su vecina Susana, mi madre Salomé, y María, la de Magdala.(1) Jesús abría la marcha. Caminaba de prisa. La primavera, con sus colores, vestía los campos de Galilea. Cuando ya era oscuro, llegamos a Jenín y decidimos hacer noche en uno de los campos que rodean la pequeña ciudad, en la frontera entre Samaria y Galilea.

*Salomé* - Con estos huesos de pollo que me traje, hago yo una sopa que se van a chupar los dedos. ¿Qué les parece?

*Susana* - Buena idea, Salomé. La noche va a ser fría. Y si les calentamos la tripa a estos sinvergüenzas dormirán mejor. Eh, tú, muchacha, ve y trae un puñado de tomillo. Eso le da sabor a la sopa.

La magdalena fue a buscar el tomillo mientras Susana, Salomé y María, junto al fuego, preparaban la cena de aquella primera noche de viaje.

*Salomé* - Lo que es esa magdalena... se gasta unos andares y unas miradas...

*Susana* - Y tanto, Salomé. Dice Jesús que ha cambiado mucho, pero también mi abuela decía que genio y figura hasta la sepultura.

*Magdalena* - Aquí está el tomillo...

*Salomé* - Trae, trae acá. Pero, ¿qué hierbas son éstas, muchacha? Esto no es tomillo.

*Magdalena* - Que sí, doña Salomé. Huélalas. Es tomillo.

*Salomé* - Bueno, échalas ahí en el caldero. Lo que no mata, engorda.

*María* - Vamos a sacar un poco de queso también, ¿no?

*Salomé* - No, María, con la sopa y esas aceitunas ya tienen bastante.

*Magdalena* - ¡Pues dice Pedro que tiene un hambre!

*Salomé* - Ese siempre la tiene. No se llena con nada. Parece un saco sin fondo.

*Magdalena* - ¡Y así está de fuerte el tipo! Por algo Jesús lo tiene de brazo derecho...

*Salomé* - Brazo derecho, ¿de qué?

*Magdalena* - Bueno, después de Jesús, Pedro.

*Salomé* - Pero, ¿de dónde te sacas tú eso, magdalena, a ver?

*Magdalena* - ¿Que de dónde me lo saco? ¡Si eso lo sabe todo el mundo! ¿No lo sabía usted, doña María, eh, usted que es la madre de Jesús, él no se lo ha

dicho?

*María* - No, yo no sabía nada, pero...

*Salomé* - ¡Eres una enredadora, magdalena, una lengua larga!

*Magdalena* - ¿Yo? ¿Ah, con que soy yo la enredadora? Doña María, ¿no es cierto que Jesús con quien tiene más confianza es con el tirapiedras?

*María* - No sé, yo creo que con todos, magdalena. Yo no me he fijado mucho en eso, la verdad.

*Magdalena* - Pues fíjese, a ver si yo soy la enredadora o esta Salomé es la desconfiada, ¡qué caramba! Que yo oí decir por ahí y fue a sus mismos hijos, sí, sí, a Santiago y a Juan, esas buenas piezas, que si a Jesús le pasaba alguna desgracia, que Dios no lo quiera, al que le tocaba agarrar el timón del barco era a Pedro.

*Susana* - ¡Ay, muchacha, no hables ahora de desgracias!

*Magdalena* - Bueno, pues me callo, pero la verdad es que estamos metidos en un lío gordo con este viaje a Jerusalén. Sí, Jesús ahora saca la cara por todos, pero si a él le pasa algo, al que le toca sacarla es a Pedro.

*Salomé* - ¡Dale con lo mismo! ¿Pero, por qué Pedro, a ver, por qué?

*Magdalena* - Mire, señora, Jesús tiene buen ojo y, entre todos estos bandidos ha sabido escoger al que es un tantico así más decente, caramba. Ese Pedro tiene sus cosas, sí, pero también tiene palabra. No es como «otros».

*Salomé* - ¿Por quién dices «eso»?

*Magdalena* - Por... «nadie».

*María* - Bueno, dejen ya de provocarse. Anda, muchacha, ve a decirle a los hombres que vengan, que la sopa está hirviendo.

*Magdalena* - ¡Eh, Jesús! ¡Eh, todos, vengan a comer! ¡Vengan ya!

*Salomé* - Pero, ¿has visto tú, María, y tú, Susana, cómo esa tipa defiende a Pedro? ¡Descarada! Ramera había de ser... ¡Se le sale por los poros la desvergüenza!

*María* - Olvide eso, Salomé. Yo creo que no lo ha dicho por malo.

*Salomé* - No me la defiendas, María. Esa no pierde ocasión de tirarle zancadillas a mis hijos. ¡Buena zorra! ¡Con todo lo que les ha ido detrás!

*Susana* - Sería para cobrarles...

*María* - Cállate, Susana, no enredes más la cosa.

*Salomé* - Yo no sé, María, pero con esta mujer entre tanto hombre...

Por fin, después de idas y venidas, todos nos reunimos

alrededor del caldero de sopa.

- Felipe* - ¡Esta sopa merece un aplauso, sí señor!  
*Natanael* - ¡Está tan buena que hasta se me ha olvidado el dolor de los callos!  
*Pedro* - Pues yo le encuentro un saborcito un poco raro...  
*Juan* - Ideas tuyas, Pedro.  
*Santiago* - ¡Ahora lo que falta es vino!  
*María* - Mañana lo compraremos en Siquem. Allí lo hay bueno.  
*Santiago* - Puah! El vino samaritano sabe a purgante de ricino.  
*Felipe* - Ya salió Santiago con sus manías. Ea, dejemos a los samaritanos y vamos a echar los dados, compañeros. ¿Juegas, Jesús?  
*Jesús* - Cuando acabe de chuparme este hueso, Felipe. Empiecen ustedes.

Jesús se quedó sentado cerca de las brasas, mientras las mujeres recogían las sobras y guardaban los pedazos de pan para el día siguiente. Nosotros nos alejamos un poco, hasta donde la luna, con su media rueda de luz blanca, nos iluminaba lo suficiente para que nadie hiciera trampas con los dados.

- Jesús* - ¿Qué, mamá, muy cansada?  
*María* - No, qué va, hijo. Hacía tiempo que no caminaba tantas millas de un tirón y, ya ves, he aguantado.  
*Susana* - ¿Sabes una cosa, Jesús? Que tu madre tiene años, pero todavía conserva piernas de jovencita. En cambio, ésta que está aquí, ya se cae de sueño...

En la rueda de los hombres, el juego de dados seguía calentándose...

- Felipe* - Ocho! ¡Esta vuelta la gano yo! ¡Yujuy! ¡Estoy de suerte, camaradas!  
*Santiago* - ¡Al diablo contigo, Felipe! Ea, Pedro, abre tú, que te toca.  
*Pedro* - No, mejor que abra otro. Yo... yo voy a tener que irme...  
*Santiago* - Pero, ¿qué te pasa, hombre?  
*Pedro* - Tantas horas sin comer nada y, ¡zas!, de repente esa sopa que tenía un saborcito tan raro...  
*Felipe* - Pero si estaba muy buena. A mí me calentó las tripas.  
*Pedro* - Pues a mí me las ha revuelto. Uff... Es como

una tormenta en el lago de Tiberíades. Miren, mejor voy a resolver este asunto por ahí porque si no...

*Juan* - ¡Vete lejos, tirapiedras, por tu abuela!

*Felipe* - ¡Y vuelve pronto!

Pedro se alejó hacia un pequeño olivar y se perdió entre los árboles...

*Salomé* - Mira ésas tres... Ya están roncando.

*Jesús* - Sí, Salomé, se les quedó la palabra colgada de la boca.

*Salomé* - Oye, Jesús, ahora que estamos solos, yo quería decirte algo.

*Jesús* - Pues dígalo, Salomé.

*Salomé* - Ven, vamos allá para no despertar a estas dormilonas. Ven.

Mi madre y Jesús fueron hacia el pequeño olivar y se sentaron junto a un árbol.

*Salomé* - Se trata de esa magdalenita, Jesús. ¡Caramba con la «niña»!

*Jesús* - ¿Qué pasó? ¿Han estado discutiendo?

*Salomé* - A mí no me gusta hablar, moreno, pero esa mujer y Pedro... No es que yo quiera ser mal pensada, pero, o Pedro la engatusa a ella, o ella está engatusando a Pedro. Aquí no hay trigo limpio.

*Jesús* - Pero, no me diga una cosa así, doña Salomé.

*Salomé* - ¡Ay, si Rufina hubiera venido! Sí, sí, el asunto es con Pedro. Para Magdalena, Pedro lo tiene todo. Que si fuerte, que si el más valiente de todos, que si es el mejor... Se le nota demasiado, Jesús. No lo sabe esconder. ¡Y cómo va a saber! Tantos años en el oficio... Bueno, no es que yo quiera perjudicarla, pero esa mujer es peligrosa.

*Jesús* - ¿Usted cree, doña Salomé?

*Salomé* - Y lo peor no es eso. Ahora anda regando que tú dijiste que el tirapiedras es tu brazo derecho. Y que, después de ti, Pedro. Pero yo digo que eso no puede ser. Yo no puedo creerlo. Tú y todos conocemos a Pedro: mucho ruido y pocas nueces. Un alocado, eso es. ¡Dice ella que valiente! ¡A ése con un estornudo lo espantan! En fin, ¿para qué hablar?

*Jesús* - No, no, siga hablando.

*Salomé* - Mira, Jesús, dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo. Y yo tengo ya canas, moreno. ¿Quieres un consejo?

*Jesús* - A ver, doña Salomé, venga ese consejo.

*Salomé* - Con un brazo derecho como Pedro... ¡mejor es estar manco! Jesús, tú necesitas un brazo derecho y un brazo izquierdo. Dos buenos brazos dispuestos, firmes, que te ayuden y te defiendan.

*Jesús* - ¿En quién está pensando usted?

*Salomé* - En mis hijos. Y no porque lo sean, sino porque lo valen. Santiago y Juan son capaces de dar hasta la última gota de sangre por ti, si hace falta. Jesús, hazme caso: quítate de encima a ese baboso de Pedro y apóyate en mis hijos. Uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

*Pedro* - ¡Así te quería agarrar, vieja traidora! ¡Maldita sea con esta Salomé! ¡Aquí todos, aquííí!

Los gritos estentóreos de Pedro estremecieron el olivar y nos pusieron a todos en pie, a los que jugábamos a los dados y a las tres mujeres, que ya dormían. Todos echamos a correr hacia donde Pedro, desgañitándose, nos llamaba.

*Jesús* - Pero, Pedro, ¿de dónde sales tú? ¿Dónde estabas metido?(2)

*Pedro* - Allá, detrás de aquel árbol. ¡Y lo he oído todo!

*Salomé* - ¿Y se puede saber qué estabas haciendo tú ahí, condenado?

*Pedro* - Algo más digno que lo que ha estado haciendo usted, para que se entere. ¡Aquí todos! ¡Corran y arránquenle la lengua a esta bruja!

*Santiago* - Pero, ¿qué es lo que pasa, caramba? A qué viene esta gritería, Pedro?

*Pedro* - ¿Que qué pasa? ¡Que tu señora madre es una marrullera y una conspiradora! ¿Sabes lo que dijo? Que la magdalena y yo tenemos «algo».

*Magdalena* - ¿Cómo? ¿A mí me metieron en el lío? Demonios, pero, ¿qué hice yo? A ver, ¿qué hice yo para que usted me tire esa zancadilla, Salomé?

*Santiago* - ¡Cállate tú ahora, María, y no enredes más la cuerda!

*Pedro* - La cuerda la enredó tu señora madre, ¿me oyes? Y fuiste tú, pelirrojo, y tú, Juan, mosquita muerta, ustedes dos, ¡par de sinvergüenzas!

Nos dio mucho trabajo bajarle los humos a Pedro y que nos explicara lo que había oído entre aquellos árboles. Mientras hablaba, mi madre, Salomé, no levantó los ojos del suelo.

*Felipe* - ¿Anjá? ¿Con que todo eso dijo Salomé?

*Pedro* - Sí, señor. Esta vieja merece que la ahorquen.

*Santiago* - Espérate, Pedro, si tú te rascas tanto, es que

mucho te ha picado.

*Pedro* - ¿Qué estás insinuando ahora?

*Santiago* - Tú eres el que estás insinuando cosas muy raras. A ver, ¿quién diablos dijo que tú eras el brazo derecho de nadie?

*Pedro* - ¡Lo dijo Jesús cuando viajamos al norte! ¿Ya no te acuerdas?

*Juan* - ¡Eso no lo dijo el moreno! ¡Eso es lo que tú quisieras, narizón! ¡Pero no lo dijo!

*Pedro* - ¿Lo ven ustedes? ¡Son igualitos que su madre! ¡Conspiradores los dos! ¡Ustedes la mandaron para que hablara mal de mí!

*Santiago* - ¡Como vuelvas a mentar a mi madre, Pedro, te quedas sin barba!

*Pedro* - ¡Atrévete, Santiago, que esta noche no me acuesto sin estrangularte!

*Magdalena* - Bueno, bueno, todo esto empezó por mi culpa, ¿no? ¡Pues me largo! Ahora mismo doy media vuelta y... ¡a Cafarnaum!

*Jesús* - No, María, tú no te vas a ninguna parte.

*Pedro* - Aquí la única que se tiene que ir es esta vieja chismosa. ¡Y sus dos hijitos!

*Jesús* - Aquí no se va nadie, Pedro. Ni Salomé, ni María, ni ustedes dos, ni nadie. ¡Ya está bien, caramba! Es la primera noche que estamos juntos y ya nos estamos picando como los gallos. Vamos a Jerusalén y allí las cosas se nos van a poner difíciles. Tenemos que estar unidos. Si llega el momento del mal trago, todos tendremos que beber la misma copa. Todos. Entre nosotros hay que acabar con eso de brazos derechos y brazos izquierdos. Aquí nadie es más que nadie. Todos estamos montados en la misma barca y todos tenemos que remar para salir adelante. ¡O salimos a flote todos o nos hundimos todos!

*Juan* - ¡Y saldremos a flote, moreno! Es verdad, compañeros, Jesús tiene razón. Y ahora... ¡ahora vámonos a otra parte, que el perfume que hay aquí no hay quien lo aguante!

Aquella noche nos costó dormirnos a todos. Pedro rezongó hasta muy tarde. Y mi madre, Salomé, dio vueltas y vueltas antes de quedar rendida. Estábamos muy cansados. A la mañana siguiente, teníamos que madrugar para continuar nuestro viaje a Jerusalén.

Mateo 20,20-28; Marcos 10,35-45.

---



1. Los evangelios dejan constancia de que varias mujeres formaban parte del **grupo** de Jesús y le seguían cuando iba de pueblo en pueblo anunciando el Reino de Dios (Marcos 15, 40-41; Lucas 8, 1-3). En una sociedad masculina y machista como era Israel en tiempos de Jesús fue totalmente novedoso, y hasta chocante, que Salomé, Susana, María Magdalena -y otras mujeres más que seguramente irían con ellos- acompañaran a los discípulos varones del grupo de Jesús.

2. Lo que hizo **Pedro** detrás del árbol está inspirado en un texto del Antiguo Testamento, en el que David vive una situación similar cuando es perseguido por Saúl (1 Samuel 24, 1-8).

## 95- SETENTA VECES SIETE

Antes de amanecer, cuando los primeros gallos samaritanos rompieron a cantar, nos levantamos y seguimos nuestro viaje al sur, hacia Jerusalén. La mañana era fresca. Por el oriente, las nubes teñidas de rosado anunciaban un día de sol radiante.

*Magdalena* - ¡Ahuuuuummm! ¿Qué pasa, Pedro? ¿Dormiste bien?

*Pedro* - Ni bien ni mal. No dormí. ¿Y a ti eso qué te importa, Magdalena? ¿Quién te manda meterte en mi vida, eh?

*Magdalena* - ¡Caramba con el tipo éste! Pues una, que es como es y se interesa por la gente.

*Pedro* - Mira, no disimules. Esos dos, el Santiaguito y el Juanito, te habrán dicho que me preguntaras... para hacer las paces, ¿no?

*Magdalena* - Pedro, hombre, echa fuera esas malas pulgas.

*Pedro* - Las echo donde me da la gana, ¿me oyes? Y diles de mi parte a esos malditos hijos del Zebedeo que por algo me llaman «piedra». Que a mí no me van a ablandar ellos ni con miel ni con aceite.

Durante toda aquella larga mañana de camino, Pedro no dijo una sola palabra más. Lo que había pasado la noche anterior en Jenín con mi madre, Salomé, le había puesto de un genio de mil diablos. Los demás tampoco hablábamos mucho. A mediodía, llegamos a Siquem para comer.

*Felipe* - Ea, vengan esos dátiles, doña Salomé, que le van a criar gusanos de tanto esconderlos.

*Magdalena* - Aquí lo que va a criar gusanos es la lengua de Pedro. ¿No se han dado cuenta de lo callado que está el narizón?

*Natanael* - No hostigues más, María, muchacha, que aquí va a correr la sangre...

*Magdalena* - Bah, esa sangre no llega al río. ¡Si conoceré yo estas pependencias!

*Santiago* - Pues, oigan, estaba sabroso el pescado, ¿verdad? Lo salaste bien, mamá. ¿Quieres un poco más, Pedro?... Pedro...

*Pedro* - ¡Trágate lo tú, Santiago! ¡Y permita el demonio que se te atraviese una espina en el gaznate!

*Santiago* - Pero, Pedro, ¿es que hay que abrirte la cabeza para que entiendas?

*Pedro* - ¿Y qué es lo que tengo que entender, pelirrojo del infierno, a ver? ¿Qué es lo que tengo que entender?

*Santiago* - Pero, Pedro, si ya te expliqué...

*Magdalena* - No volvamos a empezar, que lo de anoche ya pasó. No vamos a estar todo el viaje dándole vueltas a la misma rueda.

*Simón* - Cierra el pico, Magdalena, que si tú no fueras como eres, este asunto no se habría enmarañado tanto.

*Magdalena* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que voy a ser yo la culpable de las trifulcas de ustedes? ¡Eso sí que no, paisano, a mí que me registren!

*Andrés* - Pero, Simón, ¿es que tú también le vas a hacer caso a los chismes de doña Salomé? ¿No la conoces todavía? ¡A palabras necias, orejas sordas!

*Juan* - ¡Espérate, Andrés, que a mi madre no la llamas tú necia, ¿me oyes?, ni tú ni nadie, ¿me oyes bien?

*Mateo* - Míralo qué valiente ahora... Y después corres como un conejo, Juan. ¡Y ya sabes por qué lo digo! ¡Ja!

*Juan* - ¡No me hagas hablar, Mateo, si no quieres oír lo que no te conviene, chupatintas de Herodes!

*Tomás* - ¡Compa-pa-pañeros, no se ti-ti-tiren pi-piedras que aquí todos te-te-tenemos el te-te-tejado de vidrio!

*Simón* - ¡Trágate la media lengua que te queda, Tomás, y no te metas en esto!

*Judas* - El que me voy a meter soy yo, maldita sea, ¡que ya me tienen hartos con tantas envidias y tantos chismes!

*Juan* - ¿Anjá? ¿Así que yo soy un chismoso, Judas?

*Judas* - ¡Sí, Juan, sí, eso es lo que eres! Y cuando el viaje al norte fue lo mismo. Que si Natanael era un cobarde, que si Felipe era más terco que un camello...

*Felipe* - ¿Tú dijiste eso de mí, Juan? ¿Y tú no tienes joroba, eh? ¡Repítelo, anda, repítelo delante de mí!

*Natanael* - Cállate, Felipe, y deja que Judas suelte todo. Vamos, Judas, desembucha. Esto no se va a quedar así. ¡Las cosas claras!

*Santiago* - Mira, Natanael, no seas estúpido. Aquí lo único claro es que Judas acusa a mi hermano para congraciarse con Pedro. ¿No te das cuenta de la maniobra?

*Judas* - Pero, ¿qué dices tú ahora, zoquete? ¿Para qué necesito yo congraciarme con Pedro? ¿O qué te crees, que todos son como tú, que le pasan la mano a los que están arriba?

*Santiago* - ¡Si yo le paso la mano, tú le pasas la lengua, condenado iscarote!

*Jesús* - ¡Caramba con ustedes, no se puede comer ni un puñado de dátiles en paz! Aquí no hacen falta los soldados de Herodes ni los de Roma. Nos estamos

matando entre nosotros mismos.

*Santiago* - ¡Cállate tú también, Jesús, y no defiendas a Judas!

*Pedro* - ¡Cállate tú, Santiago, y no te defiendas a ti mismo, que aquí el único que tiene la culpa de todo eres tú, fanfarrón, bocagrande!

*Santiago* - ¡La culpa la tienes tú, Pedro, sólo tú, nadie más que tú!

*Pedro* - ¡Ahora sí que la voy a tener, pelirrojo, porque te pienso estrangular!

Pedro, saltando por encima de Mateo y de Tomás, se abalanzó sobre mi hermano Santiago y se le tiró al cuello. Toda la rabia que había guardado en silencio desde la noche anterior, le subió a las manos. Santiago lo recibió a patadas.

*Magdalena* - Que se matan, que se matan!

*Juan* - ¡Por Dios, sepárenlos!

Unos tiramos de Pedro y otros de Santiago, pero como los ánimos estaban ya demasiado calientes, muy pronto todos nos vimos envueltos en la pelea y quien más, quien menos, pescó alguna bofetada en aquel río revuelto. La tormenta duró un buen rato pero, al fin, fuimos entrando en razones. No era la primera vez que peleábamos y, porque nos conocíamos bien, sabíamos que tampoco sería la última. Por fin, continuamos el viaje y a la altura de Silo ya todo estaba olvidado y volvimos a reírnos y a gastar bromas. Sólo Pedro seguía refunfuñando. Sin levantar los ojos del suelo, conversaba con Jesús, apartado de los demás.

*Pedro* - No, no, y no. Yo no le vuelvo a mirar la cara a Santiago. Ese tipo murió. Por mí, que lo entierren.

*Jesús* - Pero, Pedro, por favor, es lo que te digo: que si entre nosotros nos mordemos y nos dividimos, ¿qué vamos a esperar de los que están arriba?

*Pedro* - Es que no es la primera vez, Jesús. ¿No te acuerdas hace un mes en el embarcadero? Siempre el mismo cuento. ¡Pelirrojo, sietemesino! ¡Ya me tiene hasta la coronilla!

*Jesús* - Eso ya pasó, Pedro.

*Pedro* - Pasó, pasó y seguirá pasando. ¿Hasta cuándo voy a aguantarlo, eh? Una vez, bueno. Pero otra vez y otra más y...

*Jesús* - Y otra más y otra y siete veces y hasta setenta veces siete.(1) Siempre.

*Pedro* - ¿Ah, sí? ¿Qué gracioso, no? ¿Y se puede saber por qué motivo tengo yo que soportarle las majaderías a ese bandido?

*Jesús* - Porque un granito de arena no es nada junto a una montaña. Escucha esta historia, Pedro. El reino en que reinaba el rey Saday era extenso como el Mar Grande. Cien jornadas eran necesarias para recorrerlo de un confín al otro. Para administrarlo, el rey había repartido por todas las provincias funcionarios que se encargaban de distribuir los dineros del reino. Pero algunos funcionarios, como Nereo, eran unos buenos bandidos.

*Nereo* - Bizco, bizco... aquí tienes.

*Bizco* - Pero, Nereo, es mucha plata. ¿Si nos descubren?

*Nereo* - ¡Corre, sácalo pronto del país! ¡Que no te vea nadie! ¡Volveré mañana!

*Jesús* - Nereo volvió al día siguiente y al otro y al otro. Siempre salía de su oficina con un abultado saco de monedas bajo la túnica y se las entregaba a su compinche, el bizco.

*Nereo* - ¡Se acabaron las sopas de cebolla y los harapos! ¡Pronto serás millonario, Nereo, tendrás más dinero que el rey!

*Soldado* - ¡Date preso, Nereo!

*Nereo* - ¿Qué... qué pasa?

*Soldado* - ¡Ladrón, contrabandista, maldito! ¡De un puntapié te pondré delante del rey y, cuando sepa lo que le has robado, te cortará la cabeza, granuja! ¡Vamos, andando!

*Jesús* - Y llevaron a Nereo ante el rey...

*Rey* - ¡Cien millones de denarios! ¿Te das cuenta, Nereo? ¡Es una deuda más grande que el monte Ararat! Ni en toda tu vida, trabajando día y noche, podrás pagarme. ¡Llaman al verdugo y que le corten el pescuezo a este sinvergüenza!

*Nereo* - ¡No, no! ¡Ten compasión de mí, rey Saday! ¡Ten compasión y perdóname! ¡Perdón, perdón!

*Rey* - Está bien. No morirás. Pero mañana a primera hora serás vendido como esclavo. Y tu mujer también y tus hijos. ¡Es lo menos que te mereces por ladrón!

*Nereo* - ¡No, no! ¡Ten piedad de mí, rey Saday! Yo no sabía lo que hacía.

*Rey* - ¿Que no sabías lo que hacías?  
*Nereo* - Bueno, sí lo sabía, pero... ¡perdóname de todas maneras!

*Jesús* - Y como el rey Saday era bueno y su corazón era más grande que el inmenso reino que gobernaba y aún más grande que la deuda de su funcionario, lo perdonó.

*Rey* - Está bien, Nereo. Te perdono. Vuelve a tu puesto. La cuenta está borrada. Ya no volveré a acordarme de ella.

*Jesús* - Nereo salió de la presencia del rey y se encontró con su amigo...

*Bizco* - ¡Vaya suerte que tuviste, Nereo! ¡Tú naciste de pie, condenado!

*Nereo* - Sí, bizco, de pie, pero sin dinero. Ahora no tengo ni un céntimo para comprar un dátil.

*Bizco* - Hombre, date por contento. Podías haber perdido el pescuezo. El dinero es lo de menos.

*Nereo* - ¿Ah, sí? ¿Con que lo de menos, verdad? Pues mira, bizco, págame entonces lo que me debes, que si mal no recuerdo yo te presté cien denarios.

*Bizco* - ¡Bah, eso fue hace mucho tiempo! ¡Antes de que se me torcieran los ojos!

*Nereo* - ¡Pues se te van a torcer más si no me pagas lo que me debes!

*Bizco* - Está bien, Nereo. Ya te pagaré cuando cobre el sueldo.

*Nereo* - Nada de eso. ¡Ahora mismo quiero ese dinero, me oyes! ¡Ahora mismo!

*Bizco* - Pero, espérate, hombre, que ahora mismo no... ¡Ahggg!

*Jesús* - Nereo se abalanzó sobre su compañero y lo agarró por el cuello y lo apretaba con fuerza...

*Bizco* - No tengo el dinero... Espérate, por favor, espérate...

*Nereo* - ¡No espero nada, caramba! ¡O me pagas ahora mismo o vas a la cárcel!

*Bizco* - ¡Ten compasión de mí, ten compasión!

*Jesús* - Pero Nereo no tuvo compasión de aquel otro y lo mandó meter preso.

*Soldado* - Así como lo oye, mi rey. Primero arrastró al bizco por la ciudad y luego lo encerró en la cárcel.

*Rey* - ¡Busquen a ese Nereo y tráiganmelo otra vez aquí! ¡Ahora va a saber él quién soy yo! ¡Me debía cien millones y se los perdoné! ¿Y él no podía haber perdonado al que apenas le debía cien denarios?

*Pedro* - ¿Y cómo acabó la cosa, Jesús?

*Jesús* - Nada, que el rey se puso furioso y metió en la cárcel a Nereo.

*Pedro* - Bien hecho. ¡Si hubiera sido yo, agarro a ese hombre ingrato y lo descuartizo!

*Jesús* - ¿Cómo? Si ese hombre eres tú, Pedro. Tú has hecho lo mismo que Nereo.

*Pedro* - ¿Yo? Ah, claro, ya sé por dónde vienes.

*Jesús* - Por donde vino el rey Saday.(2) Tú y Santiago y todos tenemos con Dios una montaña de deudas. Y no perdonamos los granitos de arena que nos deben los demás.

Pedro resopló y apretó el paso. Todavía siguió un rato enfurruñado. Pero luego, antes de que se acostara el sol, se acercó a mi hermano Santiago, se puso a hablar con él y acabaron haciendo las paces. La verdad es que con Jesús aprendimos a pasar por alto las ofensas de los demás para que Dios se olvidara también de las nuestras.(3)

Mateo 18,21-35

---

1. El número **siete** era un número especialmente significativo en Israel. El origen de su importancia estaba en la observación de las cuatro fases de la luna, que duran cada una de ellas siete días. De ahí pasaron los israelitas a asociar el número siete con un período completo, acabado. El siete significaba para Israel la totalidad querida por Dios. El orden del tiempo estaba basado en el siete: el sábado, día sagrado, llegaba cada siete días. El candelabro del Templo tenía siete brazos. El verbo hebreo «jurar» significa literalmente "sietearse": poner por testigos a los siete poderes del cielo y de la tierra. Perdonar "siete" veces indica perdonar completamente. Como un «borrón y cuenta nueva». Para reforzar aún más esta idea, Jesús le dijo a Pedro que perdonara "setenta veces siete". Setenta es una combinación del 7 y del 10. Si el siete era plenitud y

totalidad, el diez -el origen estaba en los diez dedos de la mano-, tenía también el carácter de número pleno, aunque en un sentido menor. "Setenta veces siete" quiere decir siempre, sin excepción, a pesar de todo.

2. La parábola de Jesús sobre el **rey Saday**, conocida como la del "siervo sin entrañas" es típicamente oriental por la exageración usada en las cifras de las deudas. Diez mil talentos equivale a cien millones de denarios, el salario de cien millones de jornadas de trabajo, una irreal y gigantesca suma que no puede ni imaginarse. Esta cantidad contrastaba aún más con la pequeña deuda de cien denarios. En esta parábola, Jesús no habló de un caso sucedido en Palestina. Se refería a un rey extranjero, al estilo de los grandes soberanos de Oriente. Esto se nota en la orden que da el rey de vender a los hijos y a la mujer del deudor, costumbre que no era israelita, o en el hecho de mandar a apresar al deudor como pago por sus deudas, ley que no existía en el derecho judío.

3. En tiempos de Jesús, los escritos de los rabinos que hablaban sobre el juicio final, se referían siempre a las dos medidas que **Dios** usa para gobernar el mundo: una, la medida de la misericordia y otra, la de la justicia. Al final -decían los rabinos- "la misericordia desaparece, la compasión queda lejana y la benevolencia se esfuma". Sólo quedará la pura justicia. Jesús transformó totalmente esta idea religiosa de su tiempo. Enseñó que habrá misericordia a la hora final, añadiendo un dato significativo: el perdón de Dios alcanzará sólo a quienes hayan perdonado.



## 96- LAS PROSTITUTAS VAN DELANTE

Comenzaba el mes de Nisán, el de la primavera. La llanura de Esdrelón amaneció vestida de margaritas amarillas y lirios silvestres. Todo el campo olía a tierra húmeda esperando los nuevos brotes. En dos días dejamos atrás Galilea y Samaria. Íbamos hacia Judea, la tierra seca.

Al tercer día de camino, vimos aparecer allá al fondo la silueta de Jerusalén, la ciudad santa, preparándose ya para la próxima fiesta de Pascua.

*María* - Jesús, hijo, tengo miedo.

*Jesús* - ¿De qué, mamá?

*María* - De Jerusalén. Otras veces, cuando veía de lejos las murallas de la ciudad, me parecía la corona de una reina. No sé, ahora me parecen muchos dientes de piedra, como si fuera una gran boca abierta, amenazando.

*Jesús* - Jerusalén es una reina, sí, pero una reina asesina. Cuando un profeta levanta la cabeza para denunciarla, esa gran boca se cierra y muerde.

*María* - ¡Ay, hijo, por Dios, no hables así, que me asustas más todavía!

Ya estaba oscureciendo cuando, muy cansados y con los pies llenos de ampollas, cruzamos por la Puerta que llaman del Pescado y entramos en Jerusalén. Teníamos que pasar cerca del muro de los asmoneos, donde todas las noches, en hilera y muy pintarrajeadas, se exhibían las prostitutas de Jerusalén.

*Salomé* - ¡Oye a esas mujerzuelas cantando! Pero, ¿es que no tienen vergüenza?

*Felipe* - Bueno, doña Salomé, si la mercancía no se anuncia, no se vende. Cuando yo iba con mi carretón hacía lo mismo.

*Salomé* - No seas indecente, Felipe.

*Felipe* - Además, ahí donde usted las ve, esas mujeres son unas infelices.

*Salomé* - Para ver ya tengo bastante con nuestra "magdalenita". Mírala, fíjate cómo se le van los ojos hacia allá.

*Filomena* - ¡María, María!

Cuando nos dimos cuenta, María, la de Magdala, ya había echado a correr para saludar a aquella amiga suya que le hacía señas desde el muro.

*Salomé* - ¿No te lo dije yo, Felipe? ¡La cabra tira al

monte!

En el muro, Filomena recibió a María con abrazos y besos.

*Filomena* - Caramba, Mariíta, ¿y qué vientos te traen por acá, muchacha?

*Magdalena* - Eso digo yo, Filomena, ¿qué haces tú aquí en Jerusalén? ¿Qué se te perdió en esta ciudad de locos?

*Filomena* - Se me perdió la vergüenza. Pero, aparte de eso, nada más. María, muchacha, tú estás joven todavía, pero yo doblé ya la curva de los treinta. Antes los clientes corrían detrás de mí. Ahora soy yo la que corro detrás de ellos, ¿comprendes?

*Magdalena* - ¡Y tanto corraste que llegaste a Jerusalén!

*Filomena* - Así mismo, compañera. Pero, por lo visto, tú también te mudas a la capital. ¿Qué? ¿Te fueron mal las cosas en Cafarnaum?

*Magdalena* - No, Filomena, lo que pasa es que ya dejé el negocio.

*Filomena* - ¿Cómo? ¿Qué oigo? ¿Nos has traicionado? ¡No te lo creo, María!

*Magdalena* - Pues créemelo, Filo. Desde hace un par de meses no le echo sebo a la lámpara.

*Filomena* - ¿Y qué haces ahora, muchacha, dime?

*Magdalena* - Me metí en otro negocio, Filo.

*Filomena* - ¿Qué? ¿Contrabando de púrpura? ¿Amuletos de cocodrilo?

*Magdalena* - No, nada de eso. Reino de Dios.

*Filomena* - ¿Reino de Dios? ¿Y con qué se come eso?

*Magdalena* - Parece que Dios se cansó de todo esto y sacó la jeta por entre las nubes y dijo: ¡Aprendan a nadar los que no sepan porque ahí les va otro diluvio peor que el primero!

*Filomena* - Pero, María, ¿qué estás diciendo?

*Magdalena* - ¡Pssh! Aquí se va a armar un lío grande, Filomena. ¡Los de arriba para abajo y los de abajo para arriba! Yo, por si acaso, ya me apunté en el Reino de Dios.

*Filomena* - Por el prepucio de Sansón, ¿pero tú te has metido en política, María? ¡Esto es lo último que me faltaba por oír! ¡Ay, qué gracia! Bueno, claro, al fin y al cabo, la política y nuestro negocio tienen mucho parecido. Pero dime, ¿y a quién apoyan ustedes, a los zelotes, a los saduceos o a quién?

*Magdalena* - ¡Y qué sé yo, Filomena! Yo de eso no entiendo nada. Pero yo voy a donde él va.

*Filomena* - Pero, ¿de quién me estás hablando?

*Magdalena* - De Jesús.

*Filomena* - ¿Y quién es ése?  
*Magdalena* - El mejor tipo que he conocido en mi vida.  
*Filomena* - ¡Ah, ya, ahora caigo de la mata! Ese tipo se enamoró de ti. Y te trajo a Jerusalén.  
*Magdalena* - No, Filo, nada de eso.  
*Filomena* - Bueno, te enamoraste tú de él, que para el caso es lo mismo.  
*Magdalena* - Te digo que no. Esto es otra cosa. Jesús es un tipo especial. ¡Está un poco chiflado, eso sí, pero es un profeta! No, un profeta no. ¿Sabes lo que te digo, Filo? ¡Que Jesús es el mismísimo Mesías!  
*Filomena* - No me extraña. Por este muro pasan todas las noches una docena de Mesías con espada y todo.  
*Magdalena* - Este moreno es distinto, Filo. Cuando habla, cuando te mira así de frente...  
*Filomena* - Tú eres la que estás distinta, María.  
*Magdalena* - Y tú también si lo conocieras. Ea, Filo, ven un momento a saludarlo, ¡anda, ven!  
*Filomena* - Espérate, María, que aquí, a donde va una, van todas. ¡Eh, muchachas, escondan un poco la mercancía y vengan a verle la nariz a un profeta! ¡No se pierdan esto, vengan!

Al poco rato, estábamos rodeados de mujeres mal vestidas, con mucha pintura en la cara y oliendo fuertemente a jazmín.

*Magdalena* - Bueno, este moreno es Jesús, el que les dije. Y todos éstos son sus amigos. Esta es Filomena, una colega de allá de Magdala y todas estas, sus amigas y...  
*Filomena* - Y para presentaciones ya está bien, ¿no? Vamos, paisano, desembucha, ¿qué lío es ése del Reino de Dios que se traen ustedes? María ya me estuvo contando algo.  
*Prostituta* - ¡A mí me interesa más el rey que el reino, a ver si le caigo simpática! Dime tú, galileo, ¿quién va a sentarse en el trono cuando canten victoria? ¿Tú mismo?  
*Jesús* - No, qué va. En el Reino de Dios ya no habrá tronos ni reyes ni jefes que opriman a los de abajo. Nadie por encima de nadie. Todos hermanos.  
*Filomena* - ¡Me gusta eso, caramba, a ver si yo también puedo librarme de unos cuantos que vienen a babearme encima! ¡Demonios, éstos también te oprimen, ja, ja, ja!

Mi madre Salomé no pudo contenerse...

*Salomé* - Mira, muchacha, no seas desvergonzada. Para

limpiarte esa baba, no tienes que esperar al Reino de Dios. Deja hoy mismo la mala vida que llevas y arrepiéntete.

*Filomena* - ¿Ah, sí, verdad? Qué facilito lo pinta usted, ¿verdad? Yo no sabía que el arrepentimiento servía para hervir una sopa. A ver, paisana, dígame, ¿cuántos hijos tiene usted?, y perdone el atrevimiento.

*Salomé* - Tengo dos, a Dios gracias.

*Filomena* - Pues yo tengo ocho, al diablo las gracias. Al diablo y a mi marido, que debe ser primo hermano de Satanás, porque me dejó ocho veces preñada y ahora se largó y no me ha dado ni un céntimo para criar a mis ocho hijos. ¿Y qué quiere usted que haga, señora? Usted se cree muy señora porque no enseña el ombligo en la calle, ¿verdad? ¡Tampoco Eva enseñó el ombligo porque no lo tenía y mira lo que hizo!

*Magdalena* - Vamos, Filomena, no te pongas así que se te corre la pintura.

*Filomena* - ¡Es que me da rabia, María! ¡Caramba con la señora!

*Prostituta* - Pues a mí lo que me da es ganas de que venga pronto ese Reino de Dios, a ver si mejora la situación, porque a este paso ni con ombligo ni sin ombligo!

*Muchacha* - ¡Sí, hombre, que sacudan la mata de una vez y tumben a todos los parásitos que están trepados en las ramas!

*Felipe* - ¡Pshh! No grites tanto, greñuda, que por aquí tiene que haber muchos guardias!

*Filomena* - ¡Bah, si es por eso! Escuchen, galileos, y tú, Jesús, que debes ser el de la cabeza más caliente: cuando den el golpe, vengan a esconderse aquí con nosotras. Es el sitio más seguro, de veras te lo digo. ¡Nadie va a buscar al Mesías en el burdel de Filomena!(1)

*Prostituta* - ¿No dicen que fue una colega nuestra la que le salvó la vida a nuestros abuelos cuando pusieron la primera pata en esta tierra? Pues ya saben, cuando empiecen los puñetazos, aquí tienen un buen sitio donde refugiarse.

*Jesús* - Y cuando empiece el Reino de Dios, ustedes también tendrán un buen sitio, Filomena, un sitio seguro para ti y para tus compañeras. Te lo prometo.

*Prostituta* - Bueno, bueno, no hablemos de cosas tristes, que la noche la hizo Dios para descansar y alegrarse. Eh, tú, la de los lunares, tú que sabes entonar, échale alguna copla de bienvenida a estos paisanos, ¡que todavía traen encima tierra

galilea porque ni las pantorrillas se han lavado!

*Muchacha* - Pues ahí va mi copla:  
A ustedes los galileos  
les dedico esta canción  
si alguno es mejor coplero  
que salga de respondón.

*Filomena* - ¡Vamos, ahora les toca a ustedes!

*Jesús* - Arriba, Felipe, tú ahora...

*Felipe* - Eres muchacha bonita  
pero de cabeza loca  
eres como una campana  
que cualquiera llega y toca.

*Filomena* - ¿Ah, sí, verdad? ¿Con que campana, verdad?  
¡Respóndele a ésa, Monga!

*Prostituta* - Dicen que el ají chiquito  
pica más que la pimienta  
más pica tu mala lengua  
que sin permiso me mienta.

*Filomena* - ¡Vamos, vamos, otra! ¡A ver quién gana!

*Pedro* - Bueno, ahí va una para echar aceite en la  
herida...

Si yo fuera cantador  
mi vida yo te cantara  
por ese par de lunares  
que tú tienes en la cara.

*Salomé* - ¡Pedro, no seas fresco, que si se lo cuento a  
Rufina te va a poner un lunar, pero en otro lado!

Aunque estábamos muy cansados después del viaje, la alegría de aquellas mujeres nos contagió y comenzamos a dar palmadas y a responder a sus coplas. En medio de aquella algarabía, no nos dimos cuenta de lo que pasaba a nuestra espalda.

*Fariseo* - ¡Mira quién está ahí! ¡Jesús, el galileo! ¡Así lo quería ver yo, arrimado a las prostitutas!

*Colega* - ¡Parece mentira! ¡Y ése es el que se llama profeta de Dios! ¡Indecente!

*Jesús* - ¡Eh, ustedes! ¿No quieren venir a cantar y bailar con nosotros?

Los ojos de Jesús se habían cruzado con los de aquellos fariseos, cumplidores de la Ley.

*Jesús* - Ya que estamos echando coplas, les voy a dedicar ésta a ustedes. Escuchen:  
Un padre tenía dos hijos  
y a los dos los invitó  
a trabajar en su finca  
desde que saliera el sol.  
El primero dijo no

pero luego le hizo caso  
fue a la finca y trabajó.  
El segundo dijo sí  
pero luego no dio un paso  
y no se movió de allí.

- Felipe* - ¿Y esa copla tan rara, Jesús? Yo no la entendí.  
*Jesús* - Pues aquellos parece que sí la entendieron,  
porque se han ido. Ellos son los que dicen sí y  
luego no hacen nada. ¡Hipócritas! Todas estas  
mujeres valen más que ellos y entrarán primero en  
el Reino de Dios.  
*Felipe* - Olvídate de eso ahora, Jesús.  
*Filomena* - Sí, déjalos que se vayan. ¡Vamos, Magdalena,  
échate otra copla y que se alegre el ambiente!(2)  
*Magdalena* - Pues allá va...  
Escuchen bien, fariseos  
que se creen tan importantes  
en este Reino de Dios  
las putas van por delante.  
*Todos* - ¡Bien dicho! ¡Otra, otra!

Nos quedamos todavía un buen rato cantando junto al muro de los asmoneos. Jesús estaba muy contento, igual que David cuando bailó en presencia del Señor con las criadas de Jerusalén el día que llevó a la ciudad santa el Arca de la Alianza.

Mateo 21,28-32

---

1. Cuando una prostituta de Jerusalén invitó a Jesús a esconderse en su **burdel**, evocaba a Rajab, la prostituta de Jericó que salvó a los dos exploradores israelitas que prepararon el camino del pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida (Josué 2, 1-24). La carta a los Hebreos alabará la fe de esta ramera (Hebreos 11, 31) y Mateo la incluirá, precisamente por este gesto, en la genealogía del mismo Jesús, más que por fidelidad histórica, como un signo de la cercanía que tiene Dios con estas mujeres marginadas.

2. Es pura novela hablar de un romance entre Jesús y María **Magdalena**. No hay que acudir a este argumento para explicar el cambio que experimentó aquella mujer. Al relacionarse con ella de igual a igual, al admitirla en el grupo de sus amigos, al confiar en ella, Jesús devolvió a la Magdalena su dignidad perdida. Esto le hizo comprender que la justicia que Jesús anunciaba cuando hablaba del Reino, llegaría también para las mujeres de su clase. Esto basta para explicar el entusiasmo de María por la causa de

*Jesús y su cariño por él, sin tener que acudir a otros recursos literarios.*

## 97- EL FUEGO DE LA GEHENNA

Junto a la ciudad de Jerusalén, al pie de las murallas del sur, se abre un barranco pedregoso que en nuestro tiempo llamábamos la Gehenna.(1) Desde que el profeta Jeremías maldijo aquel lugar donde se habían ofrecido sacrificios al dios pagano Moloc, la Gehenna se utilizó como basurero público.(2) Las vecinas de Jerusalén salían al atardecer por la Puerta llamada de la Basura con las sobras de comida, con ramas secas o cargando animales muertos y arrojaban todo aquello en la Gehenna. Después, un quemador de inmundicias lo rociaba todo con azufre y prendía fuego.

- Pedro* - ¡Yo lo que me pregunto es de dónde sale tanta basura en esta ciudad! ¡Mira esa llamarada!
- Felipe* - ¡Maldita sea, ojalá que no sople el viento porque si esa candela se vuelve hacia nosotros nos achicharra!
- Susana* - ¡Tápense las narices que esto huele peor que la roña del diablo!

Dejamos atrás el fuego grande de la Gehenna y atravesamos el otro valle, el del Cedrón, camino de Betania. Era ya de noche cuando llegamos a la taberna de nuestro amigo Lázaro, donde nos hospedábamos.

- Lázaro* - ¡Al fin asoman las orejas! ¡Marta, María, aquí están nuestros compatriotas galileos con más hambre que un ejército de langostas! Pero, no se preocupen, la Palmera Bonita les ofrece hoy la especialidad de la casa: ¡cabezas de cordero asadas a fuego lento!
- Pedro* - ¡Mira, Lázaro, no me hables de fuego ni de animales muertos que acabamos de pasar por la Gehenna y allí tenían la misma especialidad de la casa!
- María* - Bueno, bueno, muchachos, a lavarse las pantorrillas y a comer, que la mesa está servida. Vamos, vamos...
- Pedro* - Te lo digo, Lázaro, ¡un poco más y se me quema el hocico! ¡No vuelvo a pasar junto a la muralla cuando quemen la basura!
- Lázaro* - ¿Y qué vas a hacer entonces, Pedro, cuando te quemen a ti en el infierno, cuando venga el diablo y te agarre por los pelos y te deje caer en el Basurero de la Eternidad?
- Pedro* - ¡Ja! ¡A mí no me agarra! ¡Para ese día ya se me habrá caído el pelo como a Natanael! Alguna ventaja tienen los calvos, ¿no?

En el patio de la taberna, alrededor de una mesa



destartalada y grasienta, que olía a vino rancio, estábamos sentados los doce del grupo y Jesús y las mujeres y otros galileos que se hospedaban con Lázaro y sus hermanas. De las cabezas de cordero ya no quedaban ni los ojos. Un par de lamparitas de aceite, colgadas en las paredes, les sacaban sombras misteriosas a las caras de todos los que estábamos allí reunidos.

*Pedro* - Créanme, camaradas, cuando estaba viendo el fuego en la Gehenna me quedé como los cangrejos cuando les pones una brasa delante de los ojos. Así, tieso. Y después, sentí como unos calambres aquí en la espalda.

*Felipe* - Peores calambres sentí yo cuando vi lo que le hicieron a un amigo mío.

*María* - ¿Qué le hicieron, Felipe?

*Felipe* - Fue horrible. Lo amarraron de pies y manos, le metieron un trapo en la boca para que no gritara y lo subieron a lo alto de la muralla, y abajo la candela, y entre cuatro lo balancearon como un saco de harina, a la una, a las dos, y a las tres... ¡plash! Fue horrible.

*Natanael* - No seas embustero, Felipe. Eso es un cuento que te has inventado.

*Felipe* - ¿Un cuento, Nata? Está bien. Cuando se apague la candela, ve a recoger sus costillas tostadas en el basurero.

*Lázaro* - Por lo menos, en la Gehenna la candela se apaga. En el infierno dicen que el fuego quema y quema y quema... y es como si te pegaran un tizón al rojo vivo aquí en la panza y no se apagara nunca.(3)

*Susana* - ¡Que el Altísimo nos proteja, amén, amén!

*María* - ¡Caramba con ustedes, Felipe y Lázaro! ¿No pueden hablar de otra cosa? ¿O es que les cayó mal la comida?

*Lázaro* - A mí me cayó muy bien. ¿Y a ti, Felipe?

*Felipe* - A mí también. Claro, a ellos no tanto.

*María* - ¿A quiénes ellos?

*Felipe* - A los pobres corderos que nos hemos comido. ¡Si ellos pudieran hablar nos dirían lo que es sentirse con un palo atravesado por el espinazo y dando vueltas sobre una hoguera!

*Lázaro* - Pues no es por seguir con lo mismo, pero dicen que el demonio también tiene un tenedor así de grande para enganchar a los condenados y asarlos a fuego lento.

*Felipe* - No, hombre, no, así no acabaría nunca. Lo que tiene es una cacerola de cuarenta pies de largo y ahí, en esas burbujas de aceite hirviendo, va cocinando a sus amigos.

*Natanael* - ¡Váyanse ustedes con el diablo o cállense de una vez! ¡Me han puesto de punta hasta los pelos del sobaco!

*María* - ¡A mí también los dientes me están rechinando!

*Saduceo* - ¡Ja, ja, jaaaa!

Un hombre corpulento y con muchas verrugas en la cara lanzó una ruidosa carcajada.

*María* - Oye, ¿y de qué te ríes tú, si se puede saber?

*Saduceo* - ¡Ja! Me río de todas las tonterías que están diciendo ustedes. Yo no creo en nada de eso.

*Marta* - ¡No me digas! ¿Así que tú no crees en lo del infierno, paisano?

*Saduceo* - No. Yo creo en lo del muerto al hoyo y el vivo al pollo. Lo demás son cuentos para espantar a los niños. Con la muerte se acabó todo.

*Felipe* - Ah, ya sé, tú eres un saduceo.(4)

*Saduceo* - Y eso, ¿qué más da? Yo soy un tipo que discurre, que utilizo la cabeza no para ponerme un turbante sino para pensar.

*María* - ¿Y qué has pensado tú que piensas tanto?

*Saduceo* - Lo que dijo el otro: comamos y bebamos que mañana moriremos. Lo demás son paparruchadas.

*Lázaro* - Pero, ¿cómo puedes hablar así, paisano?

*Saduceo* - Porque tengo pruebas. ¿Quieres una? Escucha: yo conocí a una mujer que se casó y a los pocos días se le murió el marido. Otra vez se casó y otra vez se le murió el marido. Y otra vez y otra vez y otra vez... y aquella mujer fue viuda de siete hombres. Después, ella también murió.

*María* - ¿Y qué quieres decir con eso?

*Saduceo* - Que no puede haber otra vida después de ésta porque si la hay, ¿con cuál de los siete maridos se queda esa mujer? A ver, respondan. ¿No pueden, verdad? Con esto queda demostrado que los muertos no resucitan.

*Pedro* - ¡No, hombre, no, lo que queda demostrado es que esa mujer tuvo muy mala suerte!

*Saduceo* - ¡Pues yo digo que eso es una prueba contundente!

*Pedro* - ¡Y yo digo que eso es una solemne estupidez!

*Saduceo* - No hay nada, compañeros, ni cielo ni infierno. ¡Ya no hay nadie que crea en ese cuento!

*Tobías* - Yo sí. ¿Cómo no voy a creer en el infierno... si vengo ahora mismo de allá?

Todos volvimos la cara hacia Tobías, el viejo camellero, que no había abierto la boca en toda la noche. Era un hombre flaco y musculoso, muy quemado por el sol. Parecía hecho de raíces.

*Tobías* - Sí, amigos, de allá vengo. Estuve cuatro días en el infierno. Y espero no volver nunca más.

*Natanael* - ¿Qué... qué te pasó? Cuéntanos.

*Tobías* - ¿Saben? Yo hago la ruta del desierto, la que va de Bersheba hasta Hebrón...

Aquella noche soplaba el viento helado de Temán. Yo tenía sueño de muchos días y me bajé del camello, me enrollé en mi manta de lana y me quedé dormido sobre la arena. Y mientras yo dormía, el camello se asustó con el silbido del viento, se espantó y se perdió en la noche.

*Tobías* - Eh, ¿dónde diablos te metiste, bestia de las mil rebeldías? ¡Camellooo! ¡Camellooo! ¡Maldita sea, cuando vuelvas te voy a cortar la joroba de un solo tajo!

Pero el camello no volvió. Mi único compañero en aquel interminable camino me había abandonado. Y con él se había ido el cántaro de agua, la comida y la lámpara.

*Tobías* - ¡Camellooo! ¡Camellooo!

Me sentí desamparado en aquella inmensa oscuridad. No alcanzaba a ver ni la palma de mi mano. Entonces eché a andar, a caminar sin saber hacia dónde, a caminar hundiéndome en esas lomas de arena del desierto, donde sólo viven los escorpiones.

*Tobías* - ¡Camellooo! ¡Camellooo!

Tenía sed, hambre, cansancio. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que estaba completamente solo. Amaneció y no había nada ni nadie a mi alrededor. Seguí caminando. Volvió la noche sin luna, cerrada sobre mi cabeza como una losa de sepulcro. Yo corría, gritaba, pero nadie me respondía, nadie. Estaba completamente perdido y completamente solo.

*Tobías* - Y así estuve cuatro días y cuatro noches en aquel infierno.

*Pedro* - ¿Y cómo saliste de allí, paisano?

*Tobías* - Me salvaron las estrellas. Ellas son las amigas más fieles que tiene un camellero. Poco a poco, me fueron orientando hasta que atisbé, a lo

lejos, una pequeña aldea que le dicen Guerar. Les juro, amigos, que cuando vi a una persona, corrí hacia ella y me tiré a sus pies y se los besé y grité de alegría. Ya no estaba solo. Créanme, prefiero que me quemén en la Gehenna si tengo a alguien junto a mí, que volver a sentirme como allá, sin nadie a mi lado. Porque eso es el infierno: quedarse solo.

Cuando Tobías, el camellero, terminó su relato, todos respiramos hondo, como si también nosotros acabáramos de salir del desierto. Las lamparitas de aceite seguían chisporroteando sobre las paredes de la taberna.

*Pedro* - ¡Uff! Oigan, compañeros, ¿por qué no cambiamos de conversación? Tengo los ojos del cordero bailándome aquí en la tripa.

*Susana* - No me extraña, Pedro, con tanto infierno... ¡Ea! ¿Por qué no subimos un rato al cielo? Allá, por lo menos, uno no se sentirá tan solo, digo yo.

*Felipe* - Yo no sé usted, doña Susana, pero aquella de los siete maridos, sí que tendrá donde escoger, ¿no es así, saduceo?

*Saduceo* - ¡Deja lo de saduceo, caramba! Yo lo que dije es que no puede haber cielo porque, si lo hay, ¿cómo se las arregla esa viuda?

*Lázaro* - Y si no lo hay, ¿cómo se las arreglan los ángeles, eh? ¿Dónde se meten todos los angelitos, dime tú?

*Felipe* - Los angelitos... y también las angelitas. Porque habrá de todo, me parece a mí.

*María* - Ya comenzó Felipe con sus cosas. Que no, cabezón, que allá arriba no habrá nada de eso.

*Felipe* - ¿Ah, no? Y entonces, ¿qué hace uno, caramba? ¿Chuparse el dedo?

*Susana* - Lo que uno hace es ponerse de rodillas ante Dios y adorarlo. Eso es lo que hay que hacer en el cielo.

*Felipe* - Y después, ¿qué?

*Susana* - Después, lo sigues adorando porque el Señor es tres veces santo y en el cielo estaremos todos así, con las manos juntas, ante el trono de Dios, repitiendo sin cesar «santo, santo, santo» por los siglos de los siglos.

*Lázaro* - ¡Amén! Perdón, doña Salomé, pero sólo de pensar en tantos siglos y tanto «santo, santo, santo»... me ha entrado un sueño...

*Felipe* - Y pregunto yo, camaradas, ¿no habrá otro sitio mejor a donde ir? Porque, a decir verdad, ese cielo está un poco aburrido.

*María* - No hay otro lugar, Felipe. O al cielo, o al infierno. Escoge tú.  
*Felipe* - Bueno, en ese caso... cuando me entierren, que uno de ustedes me eche los dados en el bolsillo, a ver si encuentro por ahí algún querubín que le guste jugar y, entre un santo y otro, nos echamos una partidita. ¿Eh, qué les parece, compañeros?  
*Jesús* - Yo tengo una idea mejor, Felipe.  
*Felipe* - ¡Caramba, Jesús, ya era hora de que abrieras la boca! ¡A ver, suelta esa idea!  
*Jesús* - Digo yo que por qué no sacas los dados y comenzamos el cielo ahora mismo. ¡No hay que esperar a morirse, hombre!(5)  
*Pedro* - ¡Apoyo al moreno! ¿Dónde están esos dados?  
*Felipe* - ¡Aquí están, muchachos! Ea, ¿quién juega?  
*Lázaro* - ¡Yo!  
*Natanael* - ¡Y yo también!  
*Jesús* - ¡Vamos, Lázaro, corre y trae unas buenas jarras de vino! ¡Y tú, María, échale aceite a las lámparas para que estos granujas no hagan trampa en lo oscuro! ¡Marta, pon alguna leña a quemar para sacarnos el frío de los huesos! ¡Vamos, vamos!

Jesús tiró los dados. Y todos los que estábamos alrededor de la mesa, desde el saduceo hasta el camellero Tobías, entramos en el juego.

*Felipe* - ¡Apuesto cinco a uno a que el cielo será esto mismo: una fiesta de amigos!  
*Jesús* - ¡Pues yo apuesto cincuenta a uno a que será todavía mucho mejor!

Aquella noche en Betania, Jesús nos enseñó que el cielo será una fiesta grande, sin término.(6) Entonces ya no preguntaremos nada y nadie podrá quitarnos la alegría.

Mateo 22,23-33; Marcos 12,18-27; Lucas 20,27-40.

---

1. El valle de la **Gehenna** rodea la ciudad de Jerusalén por el oeste. Por el sur se junta con el valle del Cedrón. «Gehenna» es la forma griega de la palabra hebrea «Ge-Hinnom» (Valle de Hinnom). En este valle se habían ofrecido antiguamente sacrificios humanos al dios pagano Moloc, provocando que los profetas maldijeran el valle (Jeremías 7, 30-33). Unos 200 años antes de Jesús la creencia popular era que en la Gehenna estaría situado un infierno de fuego para los condenados por sus malas

acciones.

2. Por ser un lugar desacreditado y maldito, el valle de la Gehenna se había destinado a **basurero** público de Jerusalén. En el ángulo sureste de las murallas se abría la llamada Puerta de la Basura, que daba al valle. Por ella se sacaban fuera de la ciudad todos los desperdicios, escombros y desechos, que eran quemados allí. En Jerusalén había barreneros y diariamente se barrían las calles de la capital. El oficio de basurero estaba en la lista de los oficios «despreciados», por su carácter repugnante.

3. Durante siglos, el pueblo de Israel no creyó en el **infierno**. Creía que al terminarse la vida en la tierra, los muertos bajaban al «sheol», un lugar situado en las profundidades de la tierra o bajo las aguas, en donde buenos y malos mezclados languidecían sin gozo ni pena. El «sheol» es mencionado 65 veces en el Antiguo Testamento, siempre como un lugar triste, donde no hay esperanza de cambio alguno. Otros pueblos -como los babilonios- creyeron también en un lugar similar (Job 10, 20-22; Salmo 88, 11-13; Eclesiastés 9, 5 y 10). La idea del “sheol” llega hasta el final de la Biblia (Apocalipsis 1, 18). Jesús habló del fuego y del “crujir de dientes” porque era hijo de esta cultura. Pero lo característico de su mensaje fue la esperanza para después de la muerte.

4. Doscientos años antes de Jesús surgieron los **saduceos**, enemigos de los fariseos. Constituyeron un grupo aristocrático, al que se integraron sacerdotes, levitas, terratenientes y mercaderes. Eran gente influyente y poderosa que no creía ni en la llegada del Mesías ni en la vida después de la muerte, por lo bien que les iba en ésta. Ligados al poder romano y a sus beneficios económicos, defendían en su «teología» que la recompensa de Dios sólo se obtenía en esta tierra, precisamente en forma de buena posición, dinero y privilegios. Su falta de «esperanza» estaba, así, muy justificada. Los saduceos eran ardientes defensores del sistema establecido.

5. Sólo al final del Antiguo Testamento apareció en Israel la creencia de que después de la **muerte** habría recompensas y penas para las buenas o malas obras hechas durante la vida. La primera vez que las Escrituras plantean la fe en la resurrección de los muertos y en la inmortalidad individual, es en los libros de los Macabeos (2 Macabeos 12, 41-46; 14, 46). Frente a la muerte de los guerrilleros israelitas que combatieron por la liberación de su pueblo contra tropas extranjeras, el pueblo comenzó a intuir que los mártires de la liberación nacional serían resucitados por Dios. Surgió la convicción de que aquellos héroes no

podían estar definitivamente muertos. El libro de los Macabeos no habla de la resurrección de todos los hombres, sino sólo de los caídos en combate. Así, la creencia en la resurrección surgió en Israel a partir de una historia de insurrección.

6. Jesús habló del cumplimiento pleno del Reino de Dios, pero nunca llamándolo **cielo**. Utilizó varias imágenes para hablar del futuro, del "mundo nuevo": los seres humanos verán a Dios con sus ojos, se repartirá la herencia, se oirán risas de fiesta, la familia de Dios se sentará a la mesa del Padre, se partirá el pan de la vida. Y todo cambiará: los últimos serán los primeros, los pobres dejarán de serlo, los hambrientos serán saciados. Según Jesús, todo lo anunciado comienza ya en la tierra, como un atisbo de lo que será la plenitud. La imagen del banquete de fiesta con la casa a rebosar fue la central en el lenguaje usado por Jesús para hablar sobre el futuro (Mateo 22, 1-14). El "cielo" será una fiesta sin fin.

## 98- CON LAS MANOS SUCIAS

Cuando llevábamos dos días en Jerusalén, el magistrado Nicodemo, al que habíamos conocido en otro de nuestros viajes, se apareció muy temprano en la taberna de Lázaro, en Betania. Quería ver a Jesús.

*Nicodemo* - Un tipo abierto, Jesús, créeme. Más abierto que un libro. Ha oído decir muchas cosas de ti y quiere conocerte. Me pidió que te invitara a comer en su casa.

*Jesús* - Está bien. Dile a tu amigo que, si tantas ganas tiene de conocernos, que nos damos por invitados.

*Nicodemo* - Naturalmente, Manasés invita también a tus amigos, Jesús, pero, no sé... Está ese Mateo, el publicano... y esa mujer...

*Jesús* - ¿Quién? ¿La magdalena?

*Nicodemo* - Sí, ella. Tal vez no se van a sentir cómodos en ese ambiente.

*Jesús* - Mal empezamos con ese tipo tan "abierto". Mira, Nicodemo, tú sabes que nosotros somos como las hormigas: donde va uno, van todos.

*Nicodemo* - Sí, ya, pero... no quisiera que tuvieras problemas, es por eso. Con esta gente hay que ir poco a poco. Compréndelo, Jesús.

*Jesús* - Que ellos también lo comprendan, Nicodemo: o todos o ninguno.

Y fuimos todos. Los trece y también las mujeres. Aquella tarde, salimos de Betania cuando empezaba a oscurecer. Entramos en la ciudad por la Puerta de Siloé y subimos la calle larga, hasta la casa del fariseo Manasés, el amigo de Nicodemo, en el barrio alto de Jerusalén.(1)

*Natanael* - Demonios, Felipe, esas sandalias están llenas de agujeros. Y en esa casa son gente fina.

*Felipe* - ¿Y qué querías, Nata? ¿Que viniera descalzo? Yo sólo tengo un par.

*Natanael* - Le hubieras pedido a Lázaro las suyas. Tiene los pies tan grandes como tú.

*Felipe* - ¡Peor el remedio que la enfermedad! ¡Esas sandalias de Lázaro tienen un perfume que se huele de aquí al monte Sión!

*Magdalena* - Pues yo sí que voy bien, caramba. Me puse el pañuelo nuevo. ¡Para que luego no digan esos señores que una no se arregla como es debido!

*Pedro* - ¡Oye a esta magdalena! ¡Mira, muchacha, tú mejor no hables mucho y espera a que los demás se sirvan para no meter la pata!

En la casa de Manasés nos esperaban los amigos de Nicodemo:



tres fariseos con sus mujeres. Los fariseos se consideraban los más perfectos cumplidores de las leyes de Dios y de las costumbres de nuestros antepasados.(2) Fariseo quiere decir eso: separado. Ellos se sentían los escogidos de Dios, mejores que todo el mundo.

*Manasés* - ¡Bienvenidos a mi casa, amigos! Pasen, pasen...  
A ver, los sirvientes... ¡atiendan a los invitados!

*Natanael* - ¡Prepárate, Felipe, ahora te van a descubrir los agujeros de las sandalias!

*Felipe* - ¡Pssh! Disimula, Nata...

En la puerta, tres criados nos descalzaron y nos lavaron los pies.(3) Era la señal de hospitalidad con que el dueño de la casa recibía siempre a sus invitados. Más adelante, en el salón donde íbamos a comer, estaban colocadas seis grandes tinajas llenas de agua para los primeros lavatorios de manos. Los fariseos eran muy escrupulosos en todos estos ritos de limpieza. Pero, como nosotros no estábamos acostumbrados a ellos, ninguno nos lavamos las manos al entrar.

*Persio* - Bueno, señores, yo creo que hay que hacer las presentaciones. Antes de comer juntos, es de buena educación saludarse.

*Manasés* - Bien, ya Nicodemo te habrá hablado de mí, Jesús. Esta es Sara, mi mujer.

*Sara* - Mucho gusto en conocerlos.

*Nehemías* - Yo soy Nehemías, magistrado del Sanedrín.

*Persio* - También se encarga del comercio de púrpura con el país de Tiro, je, je... Ahí donde lo ven, éste es el quinto hombre de Jerusalén empezando por arriba. ¡Tiene media ciudad en el bolsillo!

*Nehemías* - Esta es Melita, mi mujer.

*Melita* - ¡Ay, yo encantada! ¡Tenía muchos deseos de ver a un profeta así de cerca!

*Manasés* - Y aquí está Persio, doctor de la Ley. Estudió las Escrituras santas desde que tenía doce años y se las sabe de memoria, al derecho y al revés. ¡Ah, qué hombre éste, hasta en sueños recita los preceptos de Moisés!

*Magdalena* - Pues compadezco a su mujer...

*Pedro* - ¡Pshh! ¡Cállate, María!

*Manasés* - Bien, Jesús, nos gustaría ahora conocer a tus amigos.

*Pedro* - A nosotros nos conoce pronto. Yo soy Simón. Me dicen el tirapiedras. Este flaco es mi hermano Andrés. Y aquellos dos, el pelirrojo y el otro, son Santiago y Juan. Somos pescadores los cuatro

y... bueno, eso.  
*Felipe* - Yo, Felipe. Vendo cosas por ahí, con un carretón y una corneta. Aquí donde ustedes me ven, soy el primer hombre de Betsaida... ¡empezando por abajo! Y este calvo es Natanael, mi amigo. Tiene un taller de lana: ¡gana hoy y pierde mañana!  
*Natanael* - ¡Felipe, por Dios!  
*Melita* - Muy ocurrente, sí, muy ocurrente...

Siguieron las presentaciones y, cuando acabaron, mientras los criados preparaban la mesa, las mujeres de los fariseos cuchicheaban entre sí, mirándonos de reojo y con risitas entrecortadas.

*Melita* - Ya se le veía en la cara que era ella... ¡la ramerita! ¡Qué desvergonzada! ¡Y atreverse a venir!

*Sara* - Dicen que se llama María.

*Melita* - No, querida, María se llama la madre del profeta.

*Sara* - Otra ramera será... porque ésta también se llama María. ¡Ten cuidado, si te descuidas, te levanta el marido en un pestañazo!

*Melita* - Qué va, ésa ya tiene bastante con su profeta. Dicen que Jesús la lleva a todas partes. Por algo será, digo yo.

*Persio* - Secretitos en reunión no son de buena educación.

*Sara* - Nada, Persio, hablando del famoso profeta y la ramerita y los melenudos que le acompañan. La fama les vendrá por los piojos que traen encima, ¡ja!

*Persio* - ¡Si fueran sólo piojos! Pero, ¿qué me dicen del publicano ése con cara de borracho? Créanme, estoy francamente decepcionado.

*Manasés* - ¡Eh, amigos! ¡La mesa está servida!

*Persio* - Bueno, pero la costumbre...

*Manasés* - En fin... pueden lavarse allí las manos.

Como teníamos mucha hambre, no oímos a Manasés, el dueño de la casa, cuando nos invitó a lavarnos las manos, según el rito de purificación de los fariseos. Ellos sí se las lavaron y sólo después se sentaron a comer. Al cabo de un rato, el vino y la buena comida nos soltó la lengua a todos y nos hizo olvidar el frío recibimiento de la primera hora. Pedro, muy animado, chupaba una tras otra las costillas del cordero. Felipe, junto a él, rebuscaba en la fuente los trozos de carne que aún quedaban.(4)

*Felipe* - ... y yo le cambié la mecha por el candil. Y

entonces el tipo me dijo: Candil sin mecha, ¿de qué aprovecha? ¡Jo, jo, jo! ¿Qué les parece?

*Natanael* - ¡Eh, tú, María, pásame la salsa, que está muy buena!

*Pedro* - ¡Lo que está bueno es este cordero, carambola! Mi suegra Rufa dice que el que come la carne, ¡que roa los huesos!

*Melita* - Bueno, bueno, todo en la mesa no va a ser hablar del cordero, ¿no creen ustedes? Ya que tenemos al profeta aquí con nosotros, a mí me gustaría oírle algo acerca de... bueno, pasan tantas cosas en esta ciudad que... Esto es Babilonia, Jesús, Babilonia. Sin ir más lejos, tiene usted el caso de la familia de los Tolomeos. ¿Qué le parece a usted lo que le han hecho a la hija de Benisabé?

*Jesús* - No sé, no conozco a esa familia, doña Melita.

*Melita* - Ay, pues si usted la conociera... Pobre muchacha... Bueno, pobre no, una pérdida, ésa es la verdad. De flor en flor, como la abeja. Esto que quede entre ustedes y nosotros, porque a mí no me gusta meterme en la vida ajena... pero me han dicho de buena tinta que está embarazada, y nada menos que de Eulogio, ¡su primo hermano! ¡El padre, como supondrán, está destrozado!

*Sara* - ¿Destrozado? ¿Ése destrozado? ¡Pues vaya ficha que es ése también! ¡Claro, de casta le viene al galgo el tener el rabo largo!

*Melita* - Bueno, Jesús, ya usted sabe, eso es lo que dicen, pero...

*Sara* - Pero no dicen ni la mitad. Si una dijera todo lo que ha visto... Y no es que a mí me guste hablar de nadie, pero hay cosas que ya pasan de la raya...

*Melita* - Yo no sé si usted se enteró de cuando la mujer se le escapó por la ventana. ¡Fue un escándalo en toda Jerusalén! Resulta que...

Después de un rato, los criados aparecieron con la vasija de agua para las purificaciones que son costumbre durante las comidas de los fariseos. Y empezaron por la punta de la mesa donde estaba Felipe.

*Natanael* - ¡Felipe, hombre, que lo derramas!

*Felipe* - ¿Qué? ¡Hip! ¿Más vino? ¡Este sí que está fresco! ¡Epa, ábrete gazzate, que ahí va!

Felipe agarró con las dos manos grasientas la vasija y se bebió de un trago el agua de las purificaciones rituales.

*Persio* - Pero, ¿qué grosería es ésta?

*Sara* - Ese hombre está borracho. ¡Y mira a la ramerita al

lado riéndole la gracia!

*Nehemías* - ¡Esto es el colmo!

Cuando Felipe dejó la vasija y se limpió la cara empapada con la manga de la túnica, Nehemías, el magistrado, se levantó de la mesa y con aire de gran dignidad salió del comedor.

*Magdalena* - Y a ése, ¿qué le pasa ahora?

*Felipe* - ¿Y qué sé yo? La salsa picante, que le habrá revuelto las tripas.

*Natanael* - No, Felipe, la cosa es contigo.

*Felipe* - ¿Conmigo? No, Nata, ése se ha ido a la letrina. Estoy seguro.

Entonces el fariseo Persio se puso en pie...

*Persio* - Lo siento, señores, pero no puedo callar ni un momento más. Me he resistido durante toda la comida. Pero ya no aguanto. Nehemías, mi amigo tampoco ha podido soportarlo. No, él no ha ido a la letrina como he oído insinuar a alguno de ustedes y, por cierto, al más ordinario. El doctor Nehemías se ha retirado de la mesa porque lo que está pasando aquí le resulta intolerable. Y lo es. Ninguno de ustedes ha cumplido con el rito de lavarse las manos al entrar. Ninguno tampoco se las ha lavado mientras comíamos. ¡Y ahora este individuo, el más grosero que jamás haya visto en mi vida, hace lo que todos hemos podido ver!

*Felipe* - ¡No me señale usted con ese dedo! Sí, sí, está bien, yo soy un cerdo. Bueno, pues lo siento, ¡caramba!

*Magdalena* - ¡Ea, paisano, perdónelo usted y sigamos comiendo! Eso, perdonado y en paz. O si usted quiere, le canto una copla para alegrar el ambiente.

*Natanael* - Cállate, María, que se va a enmarañar más la cosa.

*Melita* - ¡Esto es una desvergüenza! Yo también me voy... ¡"El profeta y sus amigos", ja!

Cuando la señora Melita, muy estirada, se fue del comedor, Manasés, el dueño de la casa, miró a Jesús con desprecio.

*Manasés* - Hace un momento me hubiera gustado preguntarte, nazareno, a ti que te llaman profeta de Dios, me hubiera gustado preguntarte, digo, por qué tus acompañantes no se lavaron las manos antes de sentarse a mi mesa. Pero veo que tú tampoco lo

has hecho. Veo que tú, el maestro, el que debe enseñarles a los demás el camino de la Ley, tampoco cumple la Ley.

*Jesús* - Y tú la cumples demasiado, amigo.

Jesús se levantó y se apoyó con las dos manos sobre la mesa.

*Jesús* - Discúlpalos, Manasés. Es la falta de costumbre. Nosotros, los campesinos, no sabemos mucho de buenos modales ni de cosas de éstas. Tenemos las manos sucias...

*Manasés* - Me alegro que lo reconozcas, Jesús.

*Jesús* - Pero, a lo mejor, tenemos la lengua más limpia que tu mujer, que se ha pasado toda la comida murmurando del vecindario entero.

*Manasés* - Perdón. ¿He oído bien o...?

*Jesús* - Sí, has oído bien. Y si quisieras oirías todavía mejor. Escucha, fariseo: lo que ensucia al hombre no es lo que entra por la boca sino lo que sale. Lo que entra, va a la tripa y de la tripa a la letrina. Pero lo que sale viene del corazón: del corazón vienen los chismes, las mentiras, el creerse mejor que los demás. Eso sí que mancha al hombre.

Jesús estaba aún enojado cuando encontró a Nicodemo...

*Jesús* - ¿Con que tu amigo era más abierto que un libro, eh, Nicodemo? ¡Pues ni el de los siete sellos!

*Nicodemo* - Está bien, Jesús, está bien, pero... para la próxima vez ten un poco más de mano.

*Jesús* - ¡Y ellos que tengan un poco menos de lengua, caramba! Que si la lengua creciera como el pelo, ¡vaya tupé que tendrían esas señoras!

Nicodemo nos acompañó hasta Betania, al otro lado del Monte de los Olivos, donde nuestro amigo Lázaro nos esperaba con una sonrisa hospitalaria. Allá, en su taberna, sí podíamos sentarnos a la mesa con las manos sucias.

Mateo 15,1-20; Marcos 7,1-23.

---

*1. En Jerusalén, la clase más adinerada y con mayor influencia social era la de los sacerdotes. Al lado de este poderoso círculo de las familias sacerdotales, estaba una aristocracia laica, formada por terratenientes y*

grandes comerciantes, principalmente de trigo, vino, aceite y maderas. Los ricos vivían en el **barrio alto** y tenían su representación en el Sanedrín, tribunal jurídico y administrativo de Israel.

2. Los **fariseos** acostumbraban a lavarse las manos antes y durante las comidas. No era sólo una medida higiénica. Originalmente, los sacerdotes estaban obligados a estos lavatorios como signo ritual de su «santidad». Más tarde, los fariseos se apropiaron de este rito para marcar así su carácter de predilectos de Dios, pues se creían «los santos». La mayoría de las casas de Jerusalén tenían un espacio destinado a los baños y lavatorios rituales y estaba establecido que parte del agua que se usaba para estos fines debía ser agua de lluvia que hubiera fluido hasta esas instalaciones sin ser transportada. Jesús y sus compañeros no practicaron ninguno de los rituales de limpieza o purificación.

3. En Israel, sólo las familias ricas tenían **criados**, que vivían en régimen de esclavitud y realizaban en las casas todos los oficios domésticos, a excepción del hilado y tejido de las ropas, tarea areserveda a la esposa.

4. Las **fuentes**, ollas y platos solían ser de barro cocido, aunque también se usaban de otros materiales. El metal, la piedra y el vidrio eran muy gustados por los fariseos piadosos porque, por no ser materiales absorbentes, no necesitaban de la limpieza ritual después de ser usados.

## 99- LA VIÑA DEL SEÑOR

Al llegar la primavera, Jerusalén abría sus doce puertas a miles y miles de israelitas venidos desde las cuatro puntas del país. Todos querían cobijarse dentro de sus muros para celebrar la gran fiesta de la Pascua. Con las caravanas de peregrinos venían también los baratilleros empujando sus carretones, las vendedoras de pasteles con sus cestos en la cabeza, los maestros ambulantes, las prostitutas de los pueblos vecinos, los beduinos expertos en comprar y vender ovejas, los mendigos expertos en pedir limosna y los viejos tañedores de cítara que se sentaban en las esquinas de las calles para entonar las canciones antiguas y así ganarse algún denario...(1)

*Citarero* - Es la historia de mi amigo  
la que yo quiero cantar  
permítanme comenzar:  
mi buen amigo tenía  
una viña, (2) y la quería  
con cariño sin igual.  
La limpió, sembró la tierra,  
una torre construyó  
y un lagar edificó  
esperando con sus uvas  
llenar de vino las cubas  
que también se fabricó.

Cuando entramos en la ciudad por la Puerta del Agua, mucha gente reconoció a Jesús y empezó a seguirnos. Por aquellos días, ya el moreno era muy popular en toda Jerusalén.

*Jesús* - Es bonita esa canción, abuelo.

*Citarero* - Bonita y antigua, mi hijo. Es siete veces más vieja que yo. Dicen que la cantaba el profeta Isaías aquí mismo, junto al Templo.

*Hombre* - ¡Ahora Israel ya tiene su profeta y su Mesías!

*Mujer* - ¡Sí, señor! ¡Que viva Jesús de Nazaret!

*Todos* - ¡Que viva! ¡Que viva!

*Citarero* - Pero, ¿es que está por aquí ese gran profeta?  
¿Dónde, dónde?

*Pedro* - No dé vueltas, viejo. Es este barbudo que tiene usted delante piropeándole la canción.

*Citarero* - ¿Cómo? ¿Eres tú? Ay, mi hijo, como yo casi ni veo...

*Hombre* - ¡Que viva el profeta de Galilea!

El griterío de los que nos rodeaban crecía cada vez más. Al poco rato, salieron por uno de los pórticos del Templo, con sus elegantes túnicas y sus tiaras, un grupo de sacerdotes

y magistrados del Sanedrín. Desde las gradas se quedaron observándonos. Despreciaban a Jesús, pero también le tenían miedo. Y, más que a él, a toda aquella masa de gente que se apiñaba en orno a nosotros. Jesús los vio enseguida y alzó la voz.

*Jesús* - Eh, abuelo, ¿por qué no canta más copias de la viña? Aquí tiene mucha gente oyéndole y seguro que conseguirá algún denario.

*Citarero* - Ay, mi hijo, ya ni me acuerdo cómo siguen. ¿Y tú? A lo mejor tú eres un profeta cantor como Isaías o como nuestro rey David.

*Jesús* - Qué va, abuelo, yo canto peor que un sapo ronco. Pero me sé la historia sin música. Y me parece que aquellos de allá atrás quieren oírla. Escuchen, resulta que el dueño de esa viña se llamaba Miguel... Miguel quería mucho a su tierra. Y como era buena para uvas, plantó una viña. Limpió bien la finca, la cercó, fabricó junto a ella un lagar y edificó una torre desde la que podía ver todo el terreno.

*Miguel* - Mira, hijo, mira... ¿Qué te parece? ¿No es la parcela más bonita de todas?

*Jesús* - Miguel tenía un hijo. Lo quería mucho. Lo quería más que a todo, mucho más que a su viña.

*Miguel* - Esta es tu herencia, hijo. Cuídala mucho. La tierra es como una mujer. Hay que atenderla, mimarla, desvelarse por ella. Y ella, a su tiempo, te dará su mejor fruto.

*Jesús* - Pero a Miguel y a su hijo se les presentó un viaje de urgencia. Y decidieron arrendar la finca a una cuadrilla de jornaleros.

*Miguel* - Amigos, confío en ustedes. Quiten la mala hierba, echen buen abono, rieguen los viñedos, poden los sarmientos y luego, cuando llegue el momento de la cosecha, recojan las uvas y písenlas en el lagar. ¡Ah, ese día vamos a hacer una fiesta grande para celebrarlo! Hasta entonces lo dejo todo en manos de ustedes. ¿De acuerdo?

*Jornalero* - De acuerdo, patrón. Váyase tranquilo que nosotros cuidaremos de esta tierra como si fuera la niña de nuestros ojos.

*Miguel* - Gracias, amigos. ¡Y hasta la vista!



¡Ea, caballo, arre!

*Jesús* - Pasó un mes y otro y otro más. Y llegó el tiempo de la vendimia.

*Jornalero* - ¡Miren qué uvas, compañeros! ¡Parecen melones!

*Jornalero* - ¡Ea, a cortar los racimos y luego a pisarlos en el lagar!

*Jornalero* - ¡Y más luego a beber y a divertirnos! ¡Yupi! ¡Esta noche me emborracho yo como el viejo Noé! ¡Y después, que venga el diluvio! ¡Ja, ja, ja!

*Jesús* - La cosecha había sido abundante. Los racimos, cargados de uvas gordas y relucientes, fueron pisados en el lagar y se llenaron las cubas con el mosto dulce y espumoso.

*Jornalero* - ¡Hip! Oye, tú, Acáz, ahí fuera hay un tipo que te busca. Pregunta por el capataz de los viñadores... ¡Hip!

*Jornalero* - ¡El capataz soy yo! ¡Hip! Que entre, que entre y se atiborre de uvas, que aquí hay para todos. ¡Hip!

*Mensajero* - Buenos días. Me envía don Miguel, el dueño. Que los salude a todos de su parte.

*Jornalero* - Pues salúdalo tú de la nuestra.

*Mensajero* - Y me manda decirles que, como ya estará vendida la uva, que cobren ustedes el salario según lo hablado y el resto de la cosecha que se lo hagan llegar conmigo.

*Jornalero* - ¿Cómo has dicho, ¡hip!, que no te oí bien?

*Mensajero* - Que me manda decirles que como ya estará rendida la uva, que...

*Jornalero* - ¿Vendida? ¡Comida y bebida sí está, pero lo que es vendida! ¡Ja, ja, ja!

*Jornalero* - Vamos, vamos, aguafiestas, vete por donde viniste y déjanos en paz.

*Mensajero* - Pero, yo... ¿qué le digo al patrón?

*Jornalero* - ¡Qué patrón ni patrón! Dile al Miguelito ése que no moleste, por favor, que tenemos mucho trabajo, ¡hip!, y mucho sueño también... ¡Ahuuummm!

*Jesús* - Y el mensajero llevó el mensaje al patrón...

*Miguel* - La culpa es mía, que te mandé sin una carta firmada y, claro, los viñadores habrán pensado que eras un cuentista.

*Mensajero* - Me parece, don Miguel, que el cuento lo tienen ellos.

*Miguel* - Bueno, no te preocupes. Ya mandaré yo la próxima semana a otro mensajero para recoger el dinero de la cosecha.

*Jesús* - Y aquel otro mensajero llegó a la viña...

*Mensajero* - Me envía don Miguel, el dueño. Miren su firma en esta tablilla. Que los saluda a todos de su parte.

*Jornalero* - Pues salúdalo tú de la nuestra.

*Mensajero* - Y me manda decirles que, como la cosecha ya estará vendida, que cobren...

*Jornalero* - ¡Y dale con la misma monserga! Uff... ¡Vaya tipo! ¿Es que no puede decir otra cosa?

*Mensajero* - Bueno, claro, como la finca es suya, él quiere...

*Jornalero* - ¿Suya? ¿Has dicho suya? ¡Ja, ja, jajay! ¿Ustedes oyeron, compañeros? ¡Suya! ¡Ja, ja, jajay! Eh, amigo, a ti no te hace mucha gracia, ¿verdad? A ver si te ríes con esto...

*Mensajero* - ¡Ahggg! Esperen, esperen... Miren acá la tablilla con la firma del dueño...

*Jornalero* - Trágate la tablilla... ¡y buen provecho!

*Jesús* - El dueño de la viña no podía creer aquello...

*Miguel* - Pero, eso no puede ser posible.

*Mensajero* - No podrá ser, pero fue. Mire, don Miguel, mire los moretones...

*Miguel* - ¡No lo entiendo! En fin, enviaré otro mensajero a ver si ha sido una confusión. A la tercera, va la vencida, así dicen.

*Jesús* - Y el patrón Miguel envió a otro mensajero...

*Mensajero* - Vengo de parte de don Miguel, el dueño de esta finca, que dice que...

*Jornalero* - ¡Eh, compañeros, aquí hay otro más! ¡Vengan, vamos a calentarle el cuero! ¡Ja, ja, ja!

*Mensajero* - Pero yo...

*Jornalero* - Tú, nada. ¡Toma, por entrometido!  
¡Duro, duro con él!

*Jesús* - El patrón Miguel supo pronto lo ocurrido...

*Miguel* - Pero, ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Qué se han pensado esos viñadores? Hicimos un pacto. Y ellos lo han roto.

*Mensajero* - Lo que han roto son mis costillas, don Miguel. ¡Ay, no me queda un hueso en su sitio!

*Miguel* - Se acabó. Hoy mismo enviaré a mi hijo para poner los puntos sobre las íes.

*Mensajero* - Tenga cuidado, don Miguel, esa gente, además de ladrones, son asesinos.

*Miguel* - No, no te preocupes, a mi hijo lo respetarán. ¡No faltaría más!

*Jesús* - En la línea del horizonte, los jornaleros vieron que alguien se acercaba...

*Jornalero* - Oye, pero, ¿ése que viene por ahí no es el hijo de don Miguel?

*Compinche* - ¡Esto es el colmo! ¡El patrón o es tonto o está chiflado! ¡Ja!

*Jornalero* - Espérense, espérense. Vamos a actuar con cabeza. Este es el heredero de la finca. Si nos ponemos a malas con él, perderemos la comida y el trabajo.

*Compinche* - ¡Qué imbécil eres, rubio! ¿Es que no te das cuenta? ¡Ahora es nuestra oportunidad! Éste es el heredero... Si lo quitamos de en medio, ¿quién se quedará con la finca? ¡Nosotros, pedazo de idiota, nosotros! ¡Seremos los dueños! ¡Ea, compañeros, de prisa y sin mucha sangre!

*Jesús* - Y los viñadores le echaron mano al hijo del dueño y antes de que abriera la boca, lo cubrieron de insultos y de salvazos, lo patearon, lo molieron a palos, lo empujaron fuera de la viña y allí, con un cuchillo afilado, después de haberse ensañado con él, lo degollaron igual que a una oveja.

*Mujer* - Oye, Jesús, ¿y dónde pasó una cosa así? ¿Allá, en el norte?

*Jesús* - En el norte y en el sur. Aquí mismo está pasando. Abuelo, haga memoria: ¿la última copla no decía así?... «Escuchen ahora el final... de

esta mi triste canción»  
*Citarero* - ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Espérate, profeta,  
que ya me está viniendo a la mente...  
Escuchen ahora el final  
De esta mi triste canción  
la viña Dios la confió  
a los jefes de Israel  
justicia esperaba él  
y sólo abusos recogió.  
Por eso les pongo un pleito  
la viña a quitarles voy  
y a los pobres se la doy  
porque los otros han sido  
jornaleros corrompidos  
¡Y ahora sabrán quién soy!

*Jesús* - Muy bien, abuelo, muy bien. Así es como termina  
la historia. Sí, Dios es el dueño de la finca y  
les va a ajustar las cuentas a esa pandilla de  
bandidos, los dirigentes de nuestro pueblo, y nos  
va a entregar la viña a nosotros, los pobres de  
Israel.

*Sacerdote* - ¿Qué estás insinuando, nazareno embaucador?

*Jesús* - No digo nada nuevo, amigo. Las canciones viejas  
de nuestro pueblo lo dicen claro como el agua de  
lluvia. ¿No conoces tú el salmo que cantaremos en  
estos días de fiesta? La piedra que los albañiles  
despreciaron, Dios la escogió para rematar el  
ángulo, en lo más alto del edificio. Los  
albañiles no tuvieron ojos para conocer el valor  
de la piedra. Los viñadores han cerrado sus oídos  
a los mensajes del dueño de la viña.(3) Así son  
ustedes, los jefes de Israel: ciegos y sordos. No  
perdonan al que les echa en cara su ambición.  
Vinieron los profetas: los golpearon, los  
persiguieron, se rieron de ellos. Vino Juan: le  
taparon la boca y, por fin, le cortaron el  
pescuezo. Y ahora...

*Sacerdote* - ¿Y ahora, qué?

*Jesús* - Ahora quieren hacer lo mismo con el hijo:  
quieren matarlo.

Se hizo un silencio. Lo rompió el chillido de uno de los  
sacerdotes.

*Sacerdote* - ¿No lo han oído? ¡Dice que él es el hijo de  
Dios! ¡Todos han oído la blasfemia! ¡Blasfemo,  
blasfemo!

Los sacerdotes se abalanzaron rugiendo hacia donde  
estábamos. Agarraron piedras de la calle y comenzaron a

arrojarlas contra Jesús. Pero la multitud lo encubrió y respondió a los sanedritas. Las piedras llovían de un lado y otro. Fue un momento de gran confusión. Por fin, logramos mezclarnos con el torbellino de forasteros que inundaban las calles y salir fuera de la ciudad. Dentro de sus murallas, en la calle de las palomas, junto al templo, el viejo citarero de barba blanca, quedó cantando...

*Citarero*- Hombres de Jerusalén  
habitantes de Judá  
vengan todos a juzgar:  
¿qué más podía yo hacer  
por la viña que planté?  
¿qué más le pude yo dar?

Mateo 21,33-46; Marcos 12,1-12; Lucas 20,9-19.

---

1. Además de los cantores y músicos oficiales que servían en el Templo de Jerusalén, pertenecientes a la clase clerical de los levitas, expertos en distintos instrumentos -flauta, arpa, tambor, trompeta-, había en Jerusalén cantores callejeros, **tañedores de cítara** o similares.

2. En el Antiguo Testamento, la vid y la **viña** fueron símbolos usados muy frecuentemente para representar a Israel, el pueblo de Dios (Isaías 27, 1-6; Salmo 80, 9-17). «La canción de la viña» (Isaías 5, 1-7) es un poema compuesto por el profeta Isaías al comienzo de su predicación, probablemente con ocasión de la vendimia. Es uno de los textos de mayor altura literaria en el Antiguo Testamento. La uva, cultivo típico de Palestina y de los países vecinos que bordean las costas del mar Mediterráneo, requiere de cuidados especiales. De estas atenciones habló Isaías en su poema.

3. La parábola "de los malos **viñadores**" se puede leer como una alegoría en la que cada elemento tiene un significado. El dueño de la viña es Dios. La viña es Israel. Los mensajeros enviados por el patrón a recoger los frutos de la cosecha son los profetas. El hijo del amo es el Mesías. Los jornaleros que atropellan a los mensajeros son los jefes religiosos de Israel que, en nombre de una falsa fidelidad a la religión, defienden sus intereses, incluso asesinando. En esta parábola, Jesús habló de la paciencia de Dios para advertir que llegaba a su término.

## 100- EL JUICIO DE LAS NACIONES

Aquel día, después de subir y bajar muchas colinas, el mensajero de Dios, con su trompeta bajo el brazo, llegó al valle de Josafat.(1) Con la primavera, el valle estaba todo cubierto de hierba muy verde y un arroyo de agua cristalina corría sin hacer ruido. El mensajero sonrió satisfecho, saludó al sol que acababa de despertarse, y comenzó a trepar por la muralla de grandes piedras que se alza junto al valle. Cuando llegó arriba, al pináculo más alto, se apoyó bien sobre la piedra angular, respiró profundamente e hizo sonar la trompeta. Las orejas del mundo se pararon. Los ojos dormidos se abrieron y todos los habitantes de la tierra, desde los grandes hasta los pequeños, comprendieron que había llegado la hora de rendir cuentas a Dios.

Después de tocar la trompeta, el mensajero ahuecó las manos y gritó a voz en cuello...

*Mensajero* - ¡Aquí todos! ¡Aquí todas! ¡Ea, de prisa! ¡Vengan todos al valle de Josafat! ¡Dios llama a Juicio! ¡Ha llegado el día grande, en que el Señor va a juzgar a todos los pueblos y a todas las gentes que han vivido bajo el sol, desde Adán hasta el último hijo de mujer que haya nacido sobre la tierra!

El mensajero bajó del pináculo de la muralla y se dirigió al centro del valle, donde había una datilera. Allí, bajo sus hojas verdes y brillantes, extendió una piel de cordero que muy bien podría servir como alfombra. Después, con ramas de árbol y la destreza de su cuchillo, fabricó un taburete de madera. Aquello sería el trono donde Dios iba a juzgar a todas las naciones de la tierra.

Cuando el mensajero levantó los ojos, vio las primeras caravanas que ya asomaban por el horizonte. Detrás de ellas, se veían otros grupos de hombres y de mujeres, de viejos con barba blanca y de niños cargados en brazos, muchísimas gentes, rebaños enteros de pueblos que venían hacia el valle de Josafat a participar en el gran juicio de Dios. El mensajero salió a recibirlos.

*Mensajero* - ¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen?

*Egipto* - Venimos de la tierra de los faraones y las pirámides. Somos los egipcios, los hijos de un pueblo grande y numeroso como las arenas de nuestros desiertos.

*Mensajero* - ¿A qué dios adoraron ustedes durante su vida?

*Egipcio* - ¡Al único dios verdadero! ¡A Osiris, el hijo del sol, el juez de vivos y muertos! ¡Osiris, aquí estamos nosotros, tus servidores!

*Mensajero* - Vamos, vamos, pasen y siéntense por ahí, sobre la hierba.

Y los egipcios entraron en el valle de Josafat vestidos con túnicas verdes, tan verdes como la fertilidad de las tierras del Nilo.

*Caldeo* - De Mesopotamia venimos. De la tierra que abrazan los dos ríos y que sirvió de cuna a siete imperios.

*Mensajero* - ¿Cuál es el dios de ustedes?

*Caldeo* - ¡El único dios verdadero, nuestro protector Marduk, dueño y señor de la historia, que renace con el año nuevo! ¡Marduk, aquí estamos tus hijos, los asirios y los babilonios!

Y entraron en el valle los habitantes de Mesopotamia, con sus vestiduras de cáñamo y sus turbantes azules, tan azules como el cielo que quisieron alcanzar levantando la torre de Babel.

*Mensajero* - Y ustedes, ¿de dónde vienen?

*Griego* - Venimos atravesando el mar grande, lleno de islas. Somos los griegos, nacidos a la sombra del Parnaso, en una tierra de sabios y artistas.

*Mensajero* - ¿A quién buscan?

*Griego* - A Zeus, el dios poderoso, el que se sienta en el Olimpo sagrado. Buscamos a Hermes, a Dionisos, a Afrodita, a los mil dioses que adoraron nuestros padres y a un dios desconocido que no sabemos aún cómo se llama.

Y también entraron los griegos, con sus túnicas blancas, tan blancas como las columnas de mármol con que embellecieron sus templos.

*Romano* - Nosotros venimos de Roma, la dueña del mundo. Siete colinas nos vieron nacer y una loba nos amamantó. Somos un pueblo guerrero. Nuestro dios fue Marte, con su casco militar y su lanza. Los otros dioses no nos interesaron mucho, ésa es la verdad.

Y los romanos, como un gran ejército, atravesaron el valle y se sentaron sobre la yerba. Iban cubiertos con capas rojas, rojas como la sangre de tantos inocentes que fue derramada por sus emperadores. Y era un centenar de naciones y un millar de pueblos que acudían desde las

cuatro puntas de la tierra y se apretujaban en el valle de Josafat, cada uno con el color de su religión, cada uno preguntando por su dios. Entonces se presentó otro pueblo, una nación pequeña.

*Mensajero* - Eh, ustedes, ¿quiénes son? ¿De dónde vienen y a dónde van?

*Judío* - ¿Acaso no nos conoces? Somos los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob. Venimos de la Jerusalén de la tierra y vamos de camino hacia la Jerusalén celestial.

*Mensajero* - Pues tienen que esperar. Aquí se va a celebrar el gran juicio.

*Judío* - ¿Esperar qué? Nosotros estamos circuncidados en el nombre del Dios de Israel, el único dios verdadero. ¿Dónde está Yavé, el dios de nuestros padres? ¡Responde!

Pero el mensajero no respondió. Solamente señaló el valle. Y los hijos de Israel, como un rebaño buscando su pastor, también entraron y se colocaron, como todos, alrededor de la datilera. Iban cubiertos con túnicas de rayas negras y blancas, 613 rayas, tantas como los mandamientos que tiene la ley de Moisés.

*Mensajero* - A ver, los del fondo... Vamos, vamos, dense prisa. El juicio va a comenzar. ¿Y quiénes son ustedes, si se puede saber?

*Ateo* - ¿Nosotros? Bueno, nosotros somos... gente.

*Mensajero* - ¿A qué dios adoraron durante la vida?

*Ateo* - A ninguno. Nunca creímos en estas cosas.

*Mensajero* - ¿Y a qué han venido entonces?

*Ateo* - Eso mismo decimos nosotros. Pero, en fin, ¿qué vamos a hacer si nos empujaron hasta aquí?

*Mensajero* - Pues pasen y siéntense. Dios los espera.

*Ateo* - ¿Dios? ¿Qué dios? ¿Cuál de ellos?

Pero el mensajero no dijo nada y señaló hacia el centro del valle, donde muy pronto se sentaría el gran rey para juzgar a todas las naciones de la tierra. Una muchedumbre inmensa abarrotaba el valle de Josafat. Los ojos de todos estaban fijos en el pequeño trono de madera que continuaba vacío.

*Egipcio* - Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Hasta cuándo nos van a hacer esperar?

*Mujer* - ¿Dónde está Osiris, el dios de los egipcios?

*Caldeo* - ¡Qué Osiris ni Osiris! ¡Marduk! ¿Dónde está Marduk, el dios de los mesopotamios?

*Griego* - No entiendo qué puede haberle pasado. Zeus Olímpico nunca llega tarde.

*Muchacha* - ¡Ni Afrodita tampoco!



*Judío* - ¡Yavé, Dios de Israel, abre el cielo y baja pronto! ¿Dónde estás, dónde te escondes?

*Ateo* - Ya lo decíamos nosotros, que no hay dios. El trono se quedará vacío.

*Mensajero* - ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Hagan silencio, por favor!

El mensajero corrió y volvió a treparse en el pináculo de la muralla desde donde se divisaba todo el valle, ahora cubierto por aquel mar de cabezas que esperaban impacientes.

*Mensajero* - ¡Cállense, caramba, que ahí no hay quién juzgue a nadie! ¡Ea, déjenlo pasar! ¿No lo ven por dónde viene? ¡Ábranle camino!

Pero la muchedumbre siguió discutiendo e invocando cada uno a sus dioses. Y no se dieron cuenta de aquel muchacho flaco, con la túnica llena de parches, que se fue abriendo paso entre todos. Llevaba en su mano un bastón de viaje y parecía muy cansado. Al fin, después de muchos empujones, el muchacho logró llegar hasta el centro donde estaba la datilera de hojas brillantes. Se secó el sudor, se acercó al taburete. Y se sentó.

*Romano* - Oye, ¿quién es ese atrevido que se sienta en el trono del Altísimo?

*Mujer* - Eh, tú, mocoso, ¿qué haces tú ahí? ¿Estás mareado por el calor? ¡Pues aguanta de pie como todos nosotros, caramba, que tú no eres mejor que nadie! ¡Mira a ése!

Entonces el mensajero, tocando la trompeta, consiguió un poco de silencio.

*Mensajero* - ¡Va a comenzar el juicio de las naciones! ¡Quítense todos las túnicas, las capas y los turbantes, toda la ropa!

*Judío* - Pero, ¿qué dice ese loco? Si nos quitamos los trajes, ¿quién sabe después quién es quién, eh?

*Vieja* - ¡Eso digo yo, juntos pero no revueltos!

*Mensajero* - ¡Cállense y obedezcan!

A regañadientes, la muchedumbre obedeció aquella orden y, en una esquina del valle se alzó una torre con los trajes amarillos, con las capas rojas y los turbantes azules, con las túnicas de todos los colores. El mensajero roció la torre con azufre y prendió candela. Y en un instante, en un chasquido de dedos, la humareda se elevó hasta el sol y sólo quedaron las cenizas. Y todos los hombres, los grandes y los chicos, todas las mujeres, las pequeñas y las viejas, los que habían viajado desde oriente y desde occidente,

desde el norte y desde el sur, quedaron en cueros ante el trono de Dios. Entonces el muchacho flaco que estaba sentado a la sombra de la datilera, se puso en pie, apoyado en el bastón, y comenzó a hablar.

*Muchacho* - Amigos, amigas, perdonen que les haya hecho esperar. Es que... acabo de salir de la cárcel y estaba un poco cansado. Llevo muchos años preso, de una cárcel a otra. Y muchos años pidiendo trabajo, tocando en una puerta y en otra. Sí, trabajé en el campo, pero la finca no era mía. He sembrado durante siglos sobre tierra ajena. He sudado en tantos talleres, he doblado el lomo en tantos telares, he tragado el humo en muchas cocinas, el polvo en muchas minas... He lavado montañas de ropa... y sólo para ganar un par de monedas y seguir pasando hambre. Y seguir durmiendo al raso, sin cobijo, y temblar de fiebre sin tener un trapo que echarme encima. He caminado mucho por el mundo. He nacido en muchas chozas y he muerto en todas las guerras. He atravesado valles de miseria hasta llegar hoy aquí. He navegado ríos de lágrimas hasta poder estar con ustedes. Se acuerdan de mí, ¿verdad? ¿O es que no saben quién soy? ¿No me reconocen?

Entonces hubo un silencio como de media hora. Todos los habitantes de la tierra, amontonados en el valle de Josafat, intentaron recordar dónde habían visto a aquel muchacho, porque su cara les resultaba muy conocida, muy familiar.

*Egipcio* - Pero, ¿ése no es Martín, el que llegó aquella noche pidiendo un plato de sopa?

*Ateo* - No, hombre, no, ese es Lalo, el tipo aquel que se metió en la huelga de los campesinos y después lo golpearon tanto...

*Mujer* - ¡Qué curioso! ¡Yo conocí a una viuda que era igualita a él!

Mientras todos discutían, se oyó una voz profunda, como la voz de muchas aguas, que venía de arriba, de junto al sol.

*Dios* - Lo que hicieron con él, lo hicieron conmigo. Lo que dejaron de hacer con ella, lo dejaron de hacer conmigo.

Entonces, el muchacho que estaba sentado en el taburete, sobre la piel de cordero, levantó el bastón que tenía en la mano. Era como el cayado de un pastor. Y con aquel cayado separó a la inmensa muchedumbre que tenía delante, unos

hacia un lado y a otros hacia el otro.

*Caldeo* - Oye, tú, espérate, ¿y todos los sacrificios que hice yo en honor de Dios, eh?

*Romana* - ¿Y las oraciones que rezamos día y noche?

*Griego* - ¡Yo quemé incienso, encendí velas, entré en todos los templos y me arrodillé ante todos los altares!

Pero el muchacho, con el cayado en la mano, respondió...

*Muchacho* - Nada de eso cuenta ahora.

*Judío* - ¡Señor, Señor, en tu nombre hablamos, en tu nombre predicamos, en tu nombre hicimos hasta milagros!

*Muchacho* - ¿Quién eres tú? Yo no te conozco.

*Judío* - ¿Que no me conoces? ¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo era el sumo sacerdote del Templo!

*Egipcio* - ¡Y yo fui sabio y desentrañé los más ocultos enigmas!

*Romano* - ¡Y yo fui rey de cuatro imperios!

Pero el muchacho volvió a responder...

*Muchacho* - Nada de eso cuenta ahora.

Entonces volvió a abrirse el cielo y se escuchó nuevamente la voz profunda del Dios escondido, del único Dios verdadero cuyo nombre es Misterio y a quien ningún mortal vio jamás.

*Dios* - Los de este lado, váyanse fuera. A ustedes no les importó el hambre ni el frío ni la miseria de sus hermanos. Váyanse fuera. Ustedes sí, vengan conmigo. Ustedes, los que me vieron con hambre y me dieron de comer. Las que me vieron sediento y me alcanzaron un vaso de agua. Los que me abrieron las puertas de sus casas cuando andaba buscando un techo para pasar la noche. Las que me acompañaron cuando estaba enfermo, cuando estaba preso. Los que lucharon por la justicia, las que amaron a sus hermanos. No importa a qué dios hayan adorado. ¡Vengan conmigo!

Entonces el mensajero corrió, se subió en la muralla y tocó por última vez la trompeta.

*Mensajero* - ¡El Juicio ha terminado! ¡Comienza la Eternidad!

Y, desde lo alto del pináculo, el mensajero de Dios vio

cómo todos los habitantes del mundo formaban ahora dos grupos, sólo dos. Y echaban a andar por dos caminos, sólo dos. Era ya el atardecer y el valle se fue quedando nuevamente vacío, como al principio.

Esta historia se la oímos contar a Jesús en el atrio del Templo de Jerusalén, junto a la Puerta Dorada, la que da al valle del Cedrón, al que nuestros paisanos también llaman el valle de Josafat.

Mateo 25,31-46

---

1. *La tradición de Israel situó en el llamado **valle de Josafat** el lugar donde se celebraría el juicio final (Joel 4, 2 y 12). Josafat significa «Dios juzga». Pero este lugar era sólo un sitio simbólico y no geográfico. Unos 400 años después de Jesús se comenzó a identificar este valle de Josafat con el valle del Cedrón, que separa el Monte de los Olivos de la zona este de Jerusalén. Basados en esta tradición, desde hace generaciones, muchos israelitas deciden enterrarse en el valle del Cedrón. Actualmente, esta zona que rodea las murallas de Jerusalén es un extendido cementerio. Innumerables sepulcros se orientan hacia las puertas de la ciudad santa. Allí los fieles judíos, muertos en esta creencia, esperan ser los primeros en resucitar el día del juicio de las naciones.*

## 101- CON DIOS O CON EL CÉSAR

*Funcionario*- Pero, gobernador Pilato, ¿no le parece un impuesto demasiado alto? Seiscientos talentos de oro son seis millones de denarios. ¡Seis millones de jornadas de trabajo!

*Pilato* - Lo dicho, dicho está: la provincia de Judea pagará a Roma seiscientos talentos de oro, ni uno más ni uno menos.

*Funcionario*- Muy bien, gobernador. Hoy mismo informaré a los recaudadores y al ejército. Pero, si le soy sincero, me temo protestas y disturbios callejeros. Ya usted lo sabe, el pueblo judío es terco como una mula.

*Pilato* - El pescuezo de una mula terca se ablanda con unos buenos garrotazos. Si no quieren pagar el tributo, van a saber quién es Poncio Pilato.

*Funcionario*- ¿Y qué dirá el sumo sacerdote Caifás?

*Pilato* - Bah, por ese gordo no pierdo el sueño. Caifás es como una prostituta: no tiene secretos. Por cierto, dile que quiero verlo urgente, que el gobernador tiene el honor de invitarlo a su palacio para explicarle las nuevas medidas tributarias.

El gobernador romano Poncio Pilato(1) firmó la orden de nuevos impuestos(2): la contribución que tendría que pagar la provincia de Judea se elevaba a la enorme cantidad de seis millones de denarios. También se aumentaban los derechos de aduana y se nos forzaba a todos los israelitas censados al pago de los impuestos personales. Las protestas populares no se hicieron esperar...

*Hombre* - Pero, ¿qué se ha creído Poncio Pilato? ¿Que va a seguir estirando la cuerda sin que se rompa?

*Anciano* - ¡Chupasangres, eso es lo que son los romanos! ¡Pero no les pagaremos ni un solo denario más!

*Mujer* - ¡Si no pagas, no puedes salir ni entrar de la ciudad, bellaco! ¿No sabes que lo tienen todo controlado? ¡Han convertido a Israel en una enorme ratonera!

*Hombre* - Y nosotros los ratones, ¿verdad? ¡Pues que se le seque la mano derecha al israelita que le pague tributo al César romano!

Los grupos zelotes se negaron a pagar. Muchos simpatizantes y otros inconformes se amotinaban a diario en las puertas de la ciudad de David, vociferando contra Roma y echando abajo las mesas de los recaudadores.

Aquella tarde, José Caifás, sumo sacerdote del Templo de Jerusalén y máxima autoridad religiosa de nuestro país, entró apresuradamente en el palacio del gobernador romano Poncio Pilato.(3)

*Pilato* - Ilustre Caifás, en nombre de Roma le presento una vez más mis respetos.

*Caifás* - Y yo los míos, gobernador. Hace un momento recibí su invitación y aquí me tiene. He dejado todos los demás compromisos.

*Pilato* - Supongo que ya sabrá de qué se trata, excelencia. Desde las ventanas de su palacio en el monte Sión se oyen igual que desde aquí las protestas de ese grupito de fanáticos que no respeta la ley ni la autoridad. ¿Ha pensado usted en alguna solución para enfriar esas cabezas calientes?

*Caifás* - Perdone mi atrevimiento, gobernador Pilato, pero... ¿no le parece algo excesiva la suma de seiscientos talentos de oro para una provincia pobre como la nuestra?

*Pilato* - Me extraña que usted, sumo sacerdote Caifás, me haga esa pregunta. Precisamente usted que sabe igual que yo los enormes gastos del imperio, el dinero que hace falta para equipar un ejército como el nuestro, requisito indispensable para asegurar el orden y la paz romana. Usted sabe lo costoso que ha sido la construcción y el mantenimiento del acueducto.(4) ¡Y más costoso aún mantenerlo a usted y a su familia sentados en el Sanedrín!

*Caifás* - Comprendo, gobernador, comprendo y créame que me hago cargo perfectamente de todos los sacrificios que usted ha hecho por nuestro país. Pero, a pesar de eso...

*Pilato* - ¡A pesar de eso, nada! ¡Lo dicho, dicho está! ¡Seiscientos talentos de oro! ¡Si ustedes los jefes de este pueblo de mulas tercas no consiguen recolectar ese dinero, lo pagarán de su propio bolsillo! Y si no quieren, iré yo personalmente al Tesoro del Templo, escupiré en el altar y sacaré de allí lo que haga falta. ¿Está claro, excelencia?

*Caifás* - Claro, claro, gobernador. Perdone si no supe explicarme bien. En fin, no quise ofenderle ni tuve la pretensión de alterar sus nervios...

*Pilato* - Pues lo consiguió sin pretenderlo.

*Caifás* - Daré orden ahora mismo a los magistrados del Sanedrín para que...

*Pilato* - ¡Las órdenes las doy yo! Usted lo que tiene que hacer es tranquilizar al pueblo. Para esa

gentuza, usted, el sumo sacerdote, es la figura de Dios en la tierra. Cuando ellos ven su cogote, es como si estuvieran viendo el de Dios. Pues bien, dígalos a esos tercios que el César manda pagar los impuestos. Y que Dios manda lo mismo porque Dios y el César son amigos, muy amigos... tan amigos como usted y yo, ¿verdad, excelencia?

*Caifás*

- Desde luego, gobernador, no faltaría más.

*Pilato*

- Ah, por cierto, no se olvide de pasar mañana o pasado por la Torre Antonia para recoger sus ornamentos sacerdotales. Ya están cerca las fiestas de la Pascua.

*Caifás*

- Y... ¿y después de las fiestas?

*Pilato*

- Despreocúpese, excelencia. Si usted y su familia me ayudan en esta necesaria tarea de tranquilizar al pueblo, usted también podrá dormir tranquilo. Renovaré su designación como sumo sacerdote para el próximo año. Roma sabe ser agradecida con sus colaboradores...

*Caifás*

- Gracias, gobernador, usted sabe que puede contar conmigo.

*Pilato*

- Informaré a mi colega Sejano, que tan buen amigo es del emperador Tiberio, sobre su conducta ejemplar a lo largo de este año...

*Caifás*

- muchísimas gracias, gobernador. Salude a su digna esposa Claudia Prócula de mi parte.

*Pilato*

- También salude de mi parte a su digno suegro Anás.

El sumo sacerdote Caifás salió del palacio del gobernador romano con paso vacilante. Afuera lo esperaban algunos miembros del Sanedrín y sus guardias, que lo llevarían, bien protegido y en una silla de manos, hasta su lujosa residencia en el barrio alto de la ciudad.

*Caifás*

- Tenemos que ser prudentes, amigos míos. La entrevista, como les digo, resultó muy cordial y llena de respeto por ambas partes. El gobernador Pilato está en la mejor disposición de ayudarnos... si nosotros lo ayudamos a él.

*Escriba*

- ¿Y qué espera él de nosotros, excelencia?

*Caifás*

- Que seamos razonables con las nuevas medidas tributarias. Y que le hagamos razonar al pueblo. El mandamiento dice: «honrarás a tu padre y a tu madre». Dios es nuestro padre en el cielo. Roma es nuestra madre en la tierra. Los dos nos piden obediencia a las leyes. Eso es lo que hay que decirle al pueblo.

A las pocas horas, toda la ciudad sabía que el sumo sacerdote Caifás apoyaba los nuevos impuestos ordenados por

el gobernador Poncio Pilato. En las calles de Jerusalén no se hablaba de otra cosa.

*Hombre* - ¡Si Roma es nuestra madre, mejor quedarse huérfano!

*Anciano* - ¡Maldita sea, ese gordo Caifás no hace otra cosa que lamerle el trasero a Pilato!

*Mujer* - Oye, tú, ¿y aquellos no son los galileos que van siempre con el profeta? ¡Y si no me equivoco, el nazareno está con ellos!

*Hombre* - ¡Eh, ustedes, no se vayan, esperen!

Quisimos disimularnos en medio de la multitud que salía del templo a aquella hora, pero fue imposible. Nos rodearon. Querían escuchar a Jesús. Pero, en ese momento, se abrió paso entre la gente un grupo de sacerdotes, maestros de la Ley y herodianos que también nos andaban buscando.

*Escriba* - No te escondas, Jesús de Nazaret, que aquí todos te conocen las barbas. Es una suerte que hayas venido a la capital, y más en estos días. A ver, ¿qué dices tú?

*Jesús* - ¿Qué digo yo de qué?

*Escriba* - De todo esto que está pasando en Jerusalén.

*Jesús* - Explicáte mejor, amigo. Casi acabamos de llegar del norte y... y no estamos enterados de nada.

*Fariseo* - No te hagas el tonto, nazareno, que de tonto no tienes un pelo.

*Escriba* - Ni tampoco tienes pelos en la lengua. Al menos, así dicen, que no te importa el qué dirán ni el qué no dirán, sino sólo la verdad, la verdad que es clara como el agua. Pues habla claro entonces: ¿se debe pagar el impuesto al César de Roma?(5) ¿Qué dices tú?(6)

Todos los que estábamos junto a Jesús comprendimos la trampa que le estaban poniendo aquellos partidarios de Caifás. Jesús, sin embargo, parecía tranquilo.

*Fariseo* - ¿Qué pasa? ¿El profeta se quedó mudo? ¿O es que tienes miedo a responder? Vamos, habla, ¿hay que pagar el tributo al César?

*Jesús* - Bueno... eso depende.

*Fariseo* - Habla claro: ¿sí o no?

*Jesús* - Te digo que depende.

*Escriba* - ¿Depende de qué?

*Jesús* - De lo que tengas en el bolsillo. ¡Yo, por ejemplo, no puedo pagarlo porque no tengo ni un céntimo!

La gente aplaudió a Jesús mientras los sacerdotes le



miraban con una mueca de desprecio.

*Fariseo* - La ley no depende de nada, galileo. Todos tenemos obligación de cumplir la ley. ¿O no?

*Jesús* - Pero si yo no tengo ni un denario para pagar el impuesto, ¿cómo puedo cumplir la ley, dime tú?

*Escriba* - Pues tienes que pagarlo. Es Roma quien lo manda.

*Jesús* - Pues si tú no me das un denario, yo no puedo pagar nada, aunque lo mande el arcángel Rafael.

*Fariseo* - No te vas a escurrir tan fácil, nazareno. Mira, aquí tienes el denario. Tómallo, es tuyo. Te lo regalo.

Uno de los sacerdotes sacó de su túnica un denario de plata y se lo dio a Jesús. El sol hizo brillar la moneda sobre su mano callosa.(7)

*Fariseo* - Y ahora, ¿qué?

*Jesús* - ¿Cómo que ahora qué?

*Fariseo* - Ya tienes el denario que necesitabas. ¿Qué vas a hacer con él?

*Jesús* - Bueno... estaba pensando comprar un denario de pan con esta limosna que ustedes me han dado.

*Escriba* - Ese denario te lo dimos para que pagues el tributo. Queremos verte frente a la mesa de los impuestos pagando tu contribución al César.

*Jesús* - Pues me verán frente a la panadería. Seguro que el César ya comió, pero yo todavía no he desayunado.

*Fariseo* - Quieres dártelas de chistoso, Jesús de Nazaret. Pero el César de Roma no se ríe. El emperador Tiberio es quien ha ordenado el pago de estos nuevos impuestos.

*Jesús* - ¿Y qué tengo que ver yo con ese emperador Tiberio?

*Escriba* - ¿Que qué tienes que ver? Nuestro país está bajo el dominio de Roma. Todos los israelitas estamos bajo el dominio del César de Roma.

*Jesús* - Estarás tú. Yo no. Yo no doblo la rodilla ante ese tal Tiberio ni ante ningún hombre.

*Fariseo* - Tiberio es el César. Y el César es la autoridad suprema en la tierra.

*Jesús* - Tiberio es un hombre como tú y como yo. Y la única autoridad es la del cielo. El único jefe, el único emperador es Dios. No hay otro. Y nadie en este mundo tiene derecho a llamarse rey ni padre porque hay uno solo, el de arriba, y todos los demás somos hermanos y hermanas y valemos lo mismo.

*Escriba* - ¿Cómo puedes hablar así? Los gobiernos son

puestos por Dios. Los gobernantes hacen las veces de Dios para el pueblo.

*Jesús* - ¿No me digas? ¡Pues mira tú, lo que es los gobernantes de por acá no hacen otra cosa que abusar del pueblo y cargarnos de impuestos y más impuestos para chuparnos el poco dinero que nos queda! ¡Y después todavía tienen el descaro de llamarse bienhechores del país!

*Escriba* - Mide tus palabras, nazareno. El que se rebela contra el César se rebela contra Dios.

*Jesús* - Al contrario, paisano: el que se hace amigo del César se hace enemigo de Dios. No se puede servir a dos señores: ¡o con Dios o con el César!(8)

*Fariseo* - ¡Lo que dices es casi una blasfemia! ¡Caifás, nuestro sumo sacerdote, acaba de declarar que tenemos que obedecer al César!

*Jesús* - ¿Y en nombre de quién ha dicho eso?

*Fariseo* - ¡En el nombre de Dios! Caifás representa a Dios en la tierra.

*Jesús* - Di mejor en el nombre del diablo y de sus intereses.

*Escriba* - ¿Cómo te atreves a hablar así del sumo sacerdote de Dios?

*Jesús* - Díganle de mi parte a ese sumo sacerdote que no se puede servir a dos señores ni se puede usar la religión para adormecer al pueblo.

*Escriba* - Ya me llenaste la copa, campesino charlatán. Te dimos un denario. ¿Vas a entregarlo como impuesto al César, o no?

*Jesús* - A cada uno lo suyo, digo yo. A Dios lo de Dios y al demonio lo del demonio. Mira la moneda. ¿De quién es esta cara? Mírala bien... De él, de un hombre igual que tú y que yo que quiso subir al cielo y robarle el sitio a Dios. El demonio también hizo lo mismo y cayó como un rayo hacia abajo. Y así caerán todos éstos que ponen su cara y su nombre en las monedas que primero le han robado al pueblo. ¡Ahí está el denario: devuélvanselo ustedes mismos!

Jesús tiró la moneda a los pies de los sacerdotes y de los maestros de la Ley, dio media vuelta y se fue.

*Mujer* - ¡Así se habla, qué caray! ¡Que viva el nazareno!

*Fariseo* - ¡Atrapen a ese hombre, no lo dejen escapar!

Los partidarios de Caifás quisieron prender a Jesús, pero también aquella vez se quedaron con las ganas. Pasamos la noche en casa de Marcos y, al día siguiente, muy temprano, cuando aún las calles de Jerusalén estaban medio desiertas,

salimos a escondidas hacia Perea, al otro lado del río Jordán, donde antes el profeta Juan había estado bautizando.

Mateo 22,15-22; Marcos 12,13-17; Lucas 20,20-26.

---

1. **Poncio Pilato**, gobernador de la provincia romana de Judea, era en Palestina el más alto representante del César Tiberio, emperador en Roma. Su función principal era la de ser agente de finanzas del imperio, supervigilando la recaudación de los impuestos. Debía también mantener a raya al pueblo, que periódicamente se insubordinaba a causa de la extorsión que suponía el sistema fiscal romano.

2. Desde los tiempos del rey Salomón, unos mil años antes de Jesús, el reino de Israel cobraba **impuestos** a sus ciudadanos, aunque con una organización no plenamente desarrollada. Los persas y los griegos, que ocuparon el país -500 y 150 años antes de Jesús-, también establecieron un sistema tributario. Con la dominación romana de Palestina, que comenzó a ser definitiva a partir del año 6 después de Jesús, se impuso de forma rigurosa el cobro de los tributos a los israelitas. Roma retuvo todo el excedente de la producción del país en la amplia red de aduanas que estableció para el cobro de los diversos impuestos. A través de ellas controlaba todo el movimiento comercial de la provincia.

La provincia de Judea, colonia del imperio romano, debía de pagar anualmente a Roma en concepto de impuestos 600 talentos, el equivalente a seis millones de denarios. El jornal de un trabajador era de un denario. Los impuestos que Roma cobraba en Palestina eran de tres clases: impuestos territoriales, que se pagaban parte en productos y parte en dinero; impuestos personales, que eran de varias clases según las riquezas o rentas, aunque había uno que era general y lo pagaban todos, excepto niños y ancianos, el llamado «tributum capitis» (por cabeza), y es al que se refiere el relato evangélico en el que le preguntan a Jesús si se deben pagar los impuestos; impuestos comerciales, que se pagaban sobre todos los artículos de importación y exportación.

3. Los **sumos sacerdotes** -máximas autoridades religiosas de Israel- «pactaron» con los romanos con el fin de mantener su poder, y sobre todo, su privilegiada situación económica. En tiempos de Jesús fueron sumos sacerdotes

Anás (años 6-15 después de Jesús), algunos de sus hijos, y desde el año 18 al 37, su yerno José Caifás, que pertenecía, como Anás, a la aristocracia sacerdotal y a la familia de Beto, una de las más ricas de Jerusalén.

El gobierno local de Judea, que era el Sanedrín o Consejo o Tribunal de Israel, cuya máxima autoridad era el sumo sacerdote, carecía completamente de autoridad en cuanto a los impuestos, las relaciones con otros países y la defensa. Su única misión era mantener el culto y vigilar para que la Ley religiosa se cumpliera estrictamente.

Un medio usado por el gobernador Pilato para controlar al sumo sacerdote Caifás fue retener en la Torre Antonia, cuartel romano vecino al Templo de Jerusalén, los sagrados ornamentos con que se revestía el sumo sacerdote para las grandes fiestas religiosas. El gobernador se los entregaba únicamente para las ceremonias y después volvía a guardarlos. Este método también fue usado por Herodes el Grande y por Arquelao. Era una expresión de la dependencia de la máxima autoridad religiosa respecto del poder imperial. Las vestiduras del sumo sacerdote eran suntuosas: sobre la túnica de lino blanco de los sacerdotes ordinarios llevaba una túnica azul rematada con campanillas doradas. Sobre la túnica, una especie de chaleco, el efod, recamado en oro, y sobre el pecho y colgando de los hombros una pieza cuadrada de oro con doce piedras preciosas incrustadas. En la cabeza, una cofia de color azul.

4. Poncio Pilato fue el ejecutor, en tiempos de Jesús, del **acueducto** de Jerusalén, una gran obra de ingeniería, de la que se conservan aún algunos restos. Pilato, que despreciaba profundamente a los judíos y que ofendió en numerosas ocasiones sus sentimientos religiosos, tomó para esta construcción del llamado Tesoro del Templo, dinero que los israelitas piadosos consideraban sagrado. Este hecho provocó ardientes revueltas populares contra el poder romano, que fueron reprimidas a garrotazos por los soldados y de las que los historiadores de la época han dejado narraciones.

5. En los evangelios se habla de dos emperadores romanos. **César** Augusto y Tiberio César. Augusto dominó desde el año 30 antes de Jesús hasta el 14 después de su nacimiento. Con él se inició la dinastía imperial romana de la familia Claudia. Tiberio, hijo de la segunda esposa de Augusto, gobernó desde el año 14 hasta el 37 y bajo su mandato fue asesinado Jesús. Después de Tiberio siguieron gobernando en Roma otros Césares: Calígula, Claudio, Nerón. Tiberio hizo de Augusto, su padre adoptivo, un «dios». Poco a

poco, la ambición de poder determinó que los Césares reclamaran de sus súbditos un culto personal. En tiempos de Jesús, la tendencia a divinizar al emperador se estaba acentuando. Después quedó definitivamente establecida, hasta la caída del imperio. Calígula se hizo adorar en vida. Los Césares se hicieron imágenes que debían ser veneradas y ordenaron postrarse en su presencia. Israel se resistió tenazmente a esta blasfemia. Los dirigentes religiosos, aunque no aceptaban teóricamente que el César fuera dios, en la práctica hicieron la vista gorda y callaron, en complicidad con el poder establecido.

6. Uno de los motivos más frecuentes de las revueltas populares en Israel eran los impuestos. Fue precisamente la negativa a pagar impuestos a Roma la chispa que desencadenó la guerra judía del año 70 después de Jesús, en la que Jerusalén fue destruida hasta sus cimientos y la sociedad judía definitivamente desmantelada. En este contexto, la **pregunta** que le dirigieron a Jesús sobre el pago de impuestos era especialmente sensible. Los zelotes se negaban a pagarlos como una forma de resistencia activa a Roma. Las clases colaboracionistas, saduceos y sacerdotes, recomendaban el pago. Los fariseos dudaban. Teóricamente, estaban en contra, pues eran muy nacionalistas, pero en la práctica terminaban pagando. Jesús no legitimó la ocupación romana mostrándose partidario del pago de impuestos. Tampoco hizo del no pago una forma de rebeldía directa contra el poder. Su respuesta se sitúa en otro plano: una total libertad ante la autoridad.

7. El rey Herodes acuñó **monedas** de bronce, pero tenía prohibido acuñarlas de oro y plata. Para no ofender los sentimientos religiosos del pueblo, Herodes nunca grabó en estas monedas figuras humanas ni de animales. Los gobernadores romanos continuaron haciéndolo así, hasta que Poncio Pilato rompió la tradición y mandó a grabar símbolos religiosos de Roma en las monedas.

8. **Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios** es una de las frases de Jesús más malinterpretadas. Se usa habitualmente para separar la religión de la política. Pero las palabras de Jesús, desmitificando la figura del emperador romano, máxima autoridad política de su tiempo y afirmando que el César no era Dios, buscaron lo contrario: separar la política de la religión. Estaban orientadas a impedir que la autoridad política manipule la religión a su favor.

## 102- EL AMIGO MUERTO

Mientras Jerusalén abría sus doce puertas para recibir a los peregrinos que llegaban a celebrar la Pascua, nosotros estuvimos viviendo escondidos en Perea, al otro lado del Jordán. Las cosas en la capital se nos habían puesto muy difíciles y pensamos que durante algunos días resultaba peligroso enseñar las orejas por allá.

*Mensajero* - ¡Psst! Amigo, me dijeron que aquí encontraría a Jesús, el profeta.

*Pedro* - Te dijeron bien. ¿Qué es lo que quieres?

*Mensajero* - Verlo. Tengo que darle un recado.

*Pedro* - ¿De dónde vienes?

*Mensajero* - De Betania.

*Pedro* - ¿Santo y seña?

*Mensajero* - ¡Qué santo ni qué seña! ¿Qué misterio se traen ustedes? Tengo que ver a Jesús y lo veré. Es urgente.

Jesús estaba enfermo. Las aguas salobres de Perea le habían dado fiebres.(1) Cuando aquel mensajero de Betania entró en la casa en donde nos habían dado albergue, lo halló echado sobre una estera, pálido y ojeroso.

*Mensajero* - Por fin doy contigo, nazareno. Te escondes mejor que los topos en sus cuevas. Aunque, la verdad, no pensaba encontrarte así.

*Jesús* - Yo tampoco pensaba encontrarme así y, ya ves... Hace unos días que estoy enfermo.

*Mensajero* - Pues de otro enfermo vengo a hablarte. Marta y María, las de Betania, me mandan decirte que Lázaro está muy mal.

*Jesús* - ¿Así que también está en la cama ese granuja? ¿Y qué es lo que tiene?

*Mensajero* - Una enfermedad mala. Desde hace tres días ni una sola maldición le sale de la boca. Ni ríe ni come. Se va a morir.

*Pedro* - Bah, hierba mala nunca muere. Lo que pasa es que esa María es muy alarmista. Seguro que fue ella la que te metió prisa para que vinieras.

*Mensajero* - No, qué va... También Marta. Lo de Lázaro es serio. Las dos están muy preocupadas. Y no saben qué hacer.

Y cuando el mensajero de Betania se fue...

*Pedro* - Pero, Jesús, moreno, ¿no te das cuenta de que es peligroso?

*Santiago* - La otra semana quisieron agarrarte, caramba. Si volvemos ahora nos jugamos el pescuezo.

*Pedro* - Espera a que esté más cerca la Pascua. Con Jerusalén abarrotada de gente es otra cosa. Cuando el río esté bien revuelto, entonces sí podremos echar los anzuelos.

A los dos días de haber recibido al mensajero de Betania, Jesús ya se sentía mejor y nos habló de volver a Judea. A algunos del grupo aquello nos pareció una idea descabellada.

*Jesús* - Ea, compañeros, olvídense del miedo y amárrense las sandalias, que la luz del sol brilla sólo doce horas y hay que aprovecharla bien. Saldremos mañana en cuanto amanezca. Lázaro nos está esperando. Los amigos son los amigos.

*Santiago* - Y los enemigos son los enemigos, Jesús. Ellos también nos están esperando.

*Jesús* - Pues andemos con los ojos y las orejas bien abiertas, Santiago, para que no nos tiren la zancadilla.

*Tomás* - Y si nos ma-ma-matan, que nos ma-ma-maten. ¡Algún día hay que mo-mo-morir!

*Pedro* - ¡Por una vez estoy con Tomás! Vamos a Judea, camaradas, ¡y que salga el sol por donde salga!

Al día siguiente salimos de Perea. Atravesamos el Jordán a la altura de Jericó. Después de largas horas de camino, vimos las murallas de Jerusalén. Pero pasamos junto a ellas sin entrar en la ciudad. Queríamos llegar cuanto antes a la taberna de Lázaro. Dejamos atrás el Monte de los Olivos y, cuando ya veíamos muy cercanas las blancas casitas de Betania, Marta, levantando el polvo del sendero, salió a recibirnos.(2)

*Marta* - Jesús, ¡al fin has llegado!

*Jesús* - ¿Cómo sigue Lázaro, Marta?

*Marta* - Pero, ¿es que no lo sabes? Ha muerto, Jesús, ha muerto... Hace ya cuatro días. ¿Por qué no viniste antes? Mandamos que te avisaran. Lázaro preguntaba por ti. Sufrió mucho... ¡Ay, Jesús, qué pena más grande!

Marta, con los pelos revueltos y la túnica de duelo, se abrazó a Jesús llorando. Los sollozos sacudían su cuerpo robusto como el viento de la mañana, allá a lo lejos, sacudía las hojas de las datileras. La madre de Jesús y las mujeres se unieron enseguida a su llanto. Los ojos de Felipe y Natanael fueron los primeros en humedecerse. Por el rostro de Jesús también corrían las lágrimas. Todos

queríamos mucho a Lázaro.

*Marta* - ¿Por qué Dios se lo llevó, Jesús, por qué? María y yo lo necesitábamos.

*Jesús* - ¿Dónde está María?

*Marta* - Allá en casa. No hace más que llorar. Desde hace cuatro días ni come ni duerme. Voy a buscarla... Se alegrará de verlos.

Con la energía que su cuerpo conservaba, a pesar de la tristeza, Marta echó a correr hacia la taberna. Todos, acongojados, sin saber qué decirnos, la seguimos despacio por aquel camino polvoriento que tantas veces habíamos recorrido con alegría en nuestros viajes a la capital. Cuando cruzamos el portón de la taberna, María salió a nuestro encuentro y, con ella, muchos de los vecinos que estaban con las hermanas consolándolas después del entierro de Lázaro.

*María* - Jesús, ¿por qué no viniste antes? ¿Por qué?

María, en el suelo, se tiraba de los pelos y se golpeaba la frente contra la tierra.

*María* - ¡Maldita sea la vida y más maldita la muerte!

*Vieja* - ¡Y Dios tenga misericordia de todos nosotros, que también vamos a terminar en el hoyo!

*Mensajero* - Pobres mujeres, se quedan solas. Ahora, ¿quién va a sacar la cara por ellas?

*Vecina* - Y tú, profeta, ¿por qué no viniste cuando estaba enfermo? ¿No dicen que has curado a tantos? ¡Pues también podías haber sanado a éste!

*Vieja* - El gordo Lázaro era un buen hombre. ¡Nuestro padre Abraham lo tenga en su seno!

La taberna de Betania no olía como otras veces a cordero, a vino y a cebolla. Estaba de luto. Y el perfume del incienso quemado durante aquellos días llenaba aún las habitaciones. Ya se habían apagado los lamentos de las plañideras y la música de las flautas. Un grupo de vecinos y algunos huéspedes acompañaban a Marta y María llorando con ellas. Cuando nos lavamos los pies y nos sentamos en el cuarto grande, cerca de la cocina, nos parecía que Lázaro, con su sonrisa de siempre, iba a aparecer por cualquier rincón de su taberna, a darnos la bienvenida.

*Hombre* - ¡La panza más grande de Betania y también el corazón más grande!

*Vecina* - ¡Y dígallo, Serapio! Si hubo un hombre honrado en este pueblo ése era el hermano de ustedes, muchachas. Más derecho que un ciprés y más bueno



que la miel, sí señor.

*María* - No tenía que haber muerto, no. Era joven, era fuerte...

*Vieja* - Paciencia, mi hija, paciencia.

*Pedro* - ¿Y qué demonios de enfermedad fue ésa?

*Marta* - De repente. Se cayó ahí en la cocina, con el caldero en la mano, como si lo hubiera quemado un rayo. Unos días en la cama, sin moverse, y se acabó.

*Pedro* - Qué desgracia... Y ahora, ¿qué van a hacer ustedes?

*María* - ¿Qué vamos a hacer, Pedro? Mi hermano era el corazón de esta taberna. Ahora ya se acabó todo.

*Jesús* - No, María. A Lázaro le gustará ver que ustedes siguen trabajando, que su negocio va para adelante.

*Vieja* - ¿Y cómo va a ver eso, si a los muertos los gusanos les comen los ojos?

*Jesús* - Abuela, los muertos siguen viéndonos y queriéndonos porque... siguen vivos.

*María* - Tú dices eso para consolarnos, Jesús, pero... eso no es verdad.

*Jesús* - Sí, es verdad, María. La muerte es una despedida corta, no es más que eso. Un poco de tiempo y no nos vemos. Otro poco y nos volveremos a ver. Ahora lloramos, pero llegará el día en que nos encontremos todos juntos en la casa de Dios y allí se acabarán las lágrimas. Créeme, María: los muertos no están muertos; siguen vivos con Dios.

*María* - ¿Mi hermano también?

*Jesús* - Tu hermano también. Lázaro no está muerto. Está dormido. Y Dios se encargará de despertarlo. ¡Él está vivo, María!

*María* - ¡Vivo! ¡Pero yo no lo oigo reír ni lo veo entrar ni salir por esa puerta, con el delantal lleno de grasa! Hace sólo cuatro días y me parece que hace cuatro años que se fue.

*Jesús* - Lo volverás a ver, María.

*María* - No, Jesús, no me engañes. Con la muerte se terminó todo.

*Jesús* - Al contrario, comenzó todo. Mira, María, si un niño, cuando va a nacer, pudiera hablar, diría que no, que él no quiere salir. Pensaría que ya se acabó todo para él. Sí, se le acabó el calor y la tranquilidad junto al corazón de su madre. Pero, cuando sale fuera, empieza una nueva vida, viendo la luz del sol, viendo los colores del mundo. Cuando nos morimos pasa lo mismo: nos da miedo, lloramos... La verdad es que estamos naciendo por segunda vez, naciendo a una vida mucho mejor que ahora no podemos ni soñar.

*María* - Eso suena bonito, Jesús. Pero yo sólo he visto que cuando uno muere lo echan en la tierra y se pudre.

*Jesús* - También se pudre la semilla y de ella nace un árbol nuevo que da flores y frutos.

Jesús se volvió hacia Marta, la otra hermana de Lázaro, que permanecía silenciosa, junto a la grasienta mesa de la taberna, con los ojos rojos de tanto llorar.

*Jesús* - ¿Dónde lo enterraron, Marta?

*Marta* - Ahí, Jesús, en el jardín del herrero, detrás del patio. ¿Quieres ir?

*Jesús* - Sí, vamos.

Todos salimos fuera. Era mediodía y el sol nos hirió los ojos. Al llegar al jardín y acercarnos a la roca donde estaba excavada la sepultura, Marta y María, en tierra, lloraron sin consuelo. Jesús, al verlas, se llevó las manos a la cara y se echó también a llorar.

*Vieja* - Se ve que el profeta lo quería mucho.

*Jesús* - Lázaro, ¿cómo no nos esperaste para celebrar juntos esta Pascua? ¿Por qué tuviste tanta prisa, compañero?

Jesús, con los ojos llenos de lágrimas, se quedó mirando fijamente la blanca y redonda piedra del sepulcro.(3) Estaba rezando. También nosotros rezábamos entre susurros ante la tumba de nuestro amigo.

*Jesús* - Padre, yo te doy gracias porque no has querido que la tierra se trague a los muertos. Es tu mano la que los pasa de la muerte a la vida, como pasaste a nuestros padres a través del Mar Rojo. Tú eres la resurrección y la vida y todo el que cree en ti, aunque haya muerto, vivirá. Sí, Padre, los huesos secos se levantarán.(4) ¡Que venga tu Espíritu desde los cuatro vientos y que sople sobre los muertos para que vivan!

No se movía ni una hoja. Jesús temblaba.

*Jesús* - Por favor, ayúdenme a rodar la piedra de la tumba.

*Marta* - Pero, Jesús...

*Jesús* - Sí, Marta, para que pueda entrar el viento.

*Marta* - Jesús, pero, ¿qué dices? Ya hace cuatro días... y olerá mal.(5)

*Jesús* - Hazme caso, Marta. Por favor ayúdenme a rodar la piedra.

Estábamos desconcertados. Pero Santiago, Judas, Simón y el herrero se acercaron al sepulcro y empezaron a hacer esfuerzos para rodar la piedra. Todos nos estremecimos como si estuviéramos al borde mismo de un precipicio. Ya nadie lloraba. Teníamos los pelos de punta. Y no podíamos apartar la mirada de aquel agujero negro que empezaba a recortarse ante nuestros ojos. Cuando estuvo abierto, sentimos en la cara una bocanada de aire frío mezclado con el olor penetrante de la mirra.

Jesús - ¡Lázaro, hermano, ven! ¡Vuelve a la vida!(6)

Betania queda a un par de millas de Jerusalén, muy cerca del valle de Josafat, donde, según la tradición de mis paisanos, Dios levantará a los muertos en la última hora del mundo. Aquella mañana de primavera, en un jardín de Betania, Jesús nos adelantó algo de lo que será la alegría y la sorpresa del gran Día de Dios.

Juan 11,1-44

---

1. *En la última etapa de su vida Jesús conoció la clandestinidad. Tuvo que esconderse como medida de precaución ante el creciente odio de las autoridades (Juan 10, 39-40; 11, 54). Pudo hacerlo en **Perea**, al otro lado del Jordán.*

2. **Betania** está situada a unos seis kilómetros al este de Jerusalén. Actualmente se puede visitar allí una tumba que la tradición venera como la de Lázaro. Por unas escaleras profundas y estrechas se baja a un reducido espacio en donde hay una mesa de piedra. En ella habría estado el cadáver del hermano de Marta y María. En una de las húmedas paredes están escritas las palabras de Jesús en el evangelio de Juan: «Yo soy la resurrección y la vida».

3. *En tiempos de Jesús las tumbas se construían excavándolas en rocas naturales, en forma de cuevas. A la entrada, para taparlas, se colocaba generalmente una **piedra redonda** que podía girar como una enorme rueda.*

4. *Ante la tumba de su amigo Lázaro, Jesús invocó al Dios de la vida con las palabras del profeta Ezequiel (Ezequiel 37, 1-14), que anunciaban para los tiempos mesiánicos la superación de todos los dolores y también de la muerte. El profeta del Antiguo Testamento proclamó la solemne resurrección de los **huesos secos** del pueblo oprimido de Israel.*

5. Los israelitas pensaban que la muerte era definitiva a partir del tercer día, cuando la descomposición empezaba a borrar los rasgos personales del difunto. Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba muerto «**cuatro días**». Es decir, estaba definitivamente muerto.

6. El relato de la **resurrección** de Lázaro sólo aparece en el evangelio de Juan y es una elaboración teológica en forma de narración. Juan quiso decir que la muerte no es la última frontera, que para quien cree en Jesús no será el final definitivo. La "resurrección" de Lázaro, pocos días antes de la muerte de Jesús, es presentada como un anticipo de la resurrección de Jesús y de quienes creen en él. Así, pocos días antes de ser asesinado, Jesús habría revelado en Betania la mayor de sus utopías: Dios también liberará a los seres humanos de la muerte.

### 103- CON PERFUME DE NARDO

- Pedro* - ¡Camaradas, la primera copa por este granuja de Lázaro! ¡Tuvo las narices llenas de gusanos y Dios nos lo ha devuelto tan gordo como siempre! ¡Alabado sea Dios!
- Viejo* - ¡Alabado y bendito sea, que nos ha dado ojos para ver lo que hemos visto! ¡Y que viva el profeta de Nazaret!
- Todos* - ¡Que viva! ¡Que viva!

La Palmera Bonita, en Betania, rebosaba de gente. Marta y María habían preparado una gran fiesta en la taberna para celebrar la vuelta de Lázaro a la vida. A todos nos parecía que estábamos soñando cuando veíamos a aquel hombre, con su panza y sus carcajadas de siempre, gastando bromas y comiendo hasta hartarse. De vez en cuando, Pedro y yo nos pellizcábamos para comprobar que todo era cierto. Y, como lo era, seguíamos riendo y brindando por la vida que Dios le había devuelto a nuestro amigo.

- Pedro* - Ni mi Rufi, que ya es decir, ha cocinado nunca un cordero tan sabroso como éste.
- Felipe* - Los corderos del Reino de Dios sabrán así, ¿no, Jesús?
- Marta* - Te sirvo más, Felipe. ¡Y a ti, Pedro! ¡Ea, paisanos, por comida que no falte! ¡Y por bebida tampoco! ¡Si es necesario abrimos otro barril!
- María* - ¡Otro barril! ¡Diez barriles! ¡0 cien! ¡0 cien mil! ¡Que la alegría pide vino y el vino trae alegría! ¡Y hoy es el día más alegre en la historia de la Palmera Bonita! ¡Amigos, hoy invita la casa!
- Lázaro* - ¡Y mañana cierra la casa! ¡Ja, ja! Porque a este paso entre Marta y tú me van a matar otra vez, pero no de enfermedad, sino de deudas. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué hermanas más locas, cielo santo! Dime, Jesús, ¿será que Dios me ha sacado de la tumba para ver cómo mis hermanas me arruinan en un solo día? Un disparate, un disparate, ¡ja, ja, ja! ¡Ea, echa más vino en la jarra y tráeme otra pata de cordero que tengo hambre de cuatro días!

Lázaro reía con gusto y comía con más gusto aún. Marta y María habían mandado matar los diez corderos más gordos del redil y habían gastado todos los ahorros de los últimos meses en comprar vino, dátiles, higos y pasteles. Después, corrieron de casa en casa invitando a todos los vecinos de la aldea para que vinieran a la fiesta.

*Viejo* - Pues yo, Lázaro, ¿qué quieres que te diga? Les agradezco a tus hermanas estas locuras que han hecho y esto de tirar la casa por la ventana. Ya se me estaba olvidando a mí lo que era comer caliente. ¡Y, la verdad es que tener la panza repleta es una bendición del cielo!

*Pedro* - ¡Tiene razón el viejo Teclo! ¡Barriga llena, corazón contento!

*María* - ¡Y mayor la contentura, si comienza el baile! ¡Vamos, vecinos, vamos al patio, a bailar todo el mundo! ¡Después ya habrá tiempo para seguir chupando huesos! ¡Ea, muchachos, ¿quién de ustedes sabe tocar la Danza de las Cabrillas?

*Viejo* - ¡Eso es cosa mía! A mí me enseñó mi abuelo. ¡Traigan esa flauta!

*María* - Y tú, Felipe, ¿no sabes tocar los tamborcitos?

*Felipe* - Bueno, yo sólo sé tocar la corneta de mi carretón! ¡Ja, ja!

*María* - ¿Y tú, Pedro?

*Pedro* - ¡Yo sólo toco la puerta de mi casa!

*Marta* - ¡Los tamborcitos los toco yo, qué caray! ¡Que con vino dentro la música sale sola!

Salimos todos al patio y empezó la música y los cantos. Los hombres en una rueda y las mujeres en otra bailábamos con entusiasmo, dando vueltas y palmadas. María reía sin parar, bailaba, iba de un lado a otro, enrojecida y sudorosa, saludándonos a todos y abrazando a cada momento a su hermano Lázaro. Marta también estaba radiante. Las dos hermanas nos contagiaban a todos su inmensa alegría.

Comenzaba a oscurecer y Jerusalén, allá a lo lejos, encendía sus primeras luces, cuando entramos otra vez en la taberna. En la mesa quedaban higos, dátiles y pasteles. Marta encendió las lamparillas que colgaban de las paredes y volvió a llenar las jarras de vino.

*Pedro* - ¡La vida da vueltas como una rueda! ¡Ayer llorando a moco tendido! ¡Y hoy riéndonos a carcajadas! ¡Otro brindis, compañeros!

*Felipe* - ¡Eso! ¡Para que no amanezca!

Entonces vimos a María, la hermana de Lázaro, dejar, la mesa y salir corriendo hacia el patio.

*Lázaro* - Bueno, y esa hermana mía, bizca y loca, ¿a dónde habrá ido ahora? ¿Se irá a disfrazar de reina de Saba? ¿Qué creen ustedes? Porque ésa es capaz de todo, ¡ja, ja, ja!

Al momento, María apareció de nuevo. Bajo su túnica de rayas verdes escondía algo.

*María* - ¡Óyeme lo que te digo, lengua larga, si tuviera dinero para comprar los elefantes y los camellos de la reina de Saba, también lo hubiera hecho! Pero, ¡sólo me alcanzó para esto!

María sacó de entre los pliegues de su túnica un frasco de alabastro del tamaño de una calabaza.

*Lázaro* - Y eso, ¿qué cosa es, mujer?

*María* - ¡Vecinos, ha habido baile y cordero! ¡Pero ahí no se va a acabar todo! En las fiestas grandes, que yo sepa, corre el vino y también los perfumes. ¡Pues aquí está el perfume!(1) ¡Era lo que faltaba!

Con los ojos llenos de lágrimas y loca de contenta, María se acercó a donde estaba Jesús...

*María* - ¡Jesús! ¡Que Dios vaya contigo a todas partes, que siempre tengas salud, que vivas novecientos años como Matusalén, que tu madre lo vea con sus ojos y que la muerte no te toque ni la punta del pelo ni la uña de tu pie!

*Lázaro* - Pero, María, ¿qué estás diciendo? Estás borracha.

*Marta* - Borracha, sí, borracha de alegría. Y Jesús es el culpable. ¡Bendita sea la hora, moreno, en que entraste por esa puerta! ¡Antes te lavé los pies con agua, pero ahora te los voy a lavar con perfume, como a un gran señor!

María rompió el cuello del frasco y derramó sobre los pies de Jesús el aceite de nardo.(2) Creo que era como medio litro. Enseguida el perfume llenó toda la taberna.

*Pedro* - ¡Recuernos! ¡Parece como si uno tuviera un jardín entero metido en el hocico!

*Lázaro* - Pero, ¿cuántos denarios te ha costado esa ocurrencia, cabeza loca?

*María* - No te lo digo, porque me vas a regañar, Lázaro. ¡Pero un día es un día, qué caramba!

*Felipe* - ¡Esto huele a gloria, sí señor!

*Pedro* - ¡Si corrió el perfume, que siga corriendo el vino! ¡Vamos, compañeros! ¡Un brindis ahora por la cabeza loca de María!

La fiesta duró hasta pasada la medianoche. Los vecinos

volvieron felices a sus casas. Las mujeres y algunos del grupo se acostaron, rendidos de cansancio. Lázaro, Marta y María los siguieron pronto. Mi hermano Santiago y yo, Judas, Pedro y Felipe nos quedamos todavía un rato más en el patio, conversando con Jesús. La luz de la luna llena había borrado del cielo las estrellas y nos iluminaba las caras.

*Felipe* - Eh, moreno, ¿qué pasa? Has estado muy callado durante la comida.

*Pedro* - ¿Callado? ¡Tragando! ¡La lengua no puede andar en dos faenas a la vez! ¡Este Jesús no había terminado con una costilla cuando ya le estaba metiendo mano a la otra!

*Felipe* - ¡Y tú también, Pedro, que te vi yo! ¡Yo no le he contado nunca las costillas a un cordero, pero caramba, Jesús y tú tenían en el plato las de un rebaño entero! ¡Ja, ja, jay!

*Santiago* - ¡Qué tonto eres, Felipe! ¡Y tú, Pedro! Ya estamos en confianza, Jesús. Dilo sin rodeos.

*Jesús* - ¿Que diga qué, Santiago?

*Judas* - Vamos, moreno, ahora no tienes que andar disimulando. Sabemos de sobra por qué has estado tan callado durante la fiesta. Santiago y yo lo hablamos hace un momento. Y pensamos lo mismo que tú.

*Jesús* - Pero, ¿de qué se trata, Judas? De veras, no entiendo.

*Judas* - Que esto ha sido un despilfarro, caramba. Saca la cuenta de los gastos. ¡Sólo con el perfume que ha comprado esa loca de María hubieran comido diez familias!

*Santiago* - ¡O más todavía! ¡Maldita sea, hemos hecho lo mismo que esos ricachones egoístas que tanto criticamos: banqueteadonos mientras otros pasan hambre!

*Felipe* - ¡Y tú el primero, Santiago!

*Santiago* - ¡Y yo el primero, Felipe, sí, y eso es lo que me da más rabia!

*Judas* - Mucha gente se habrá acostado hoy en Jerusalén con la tripa pegada al espinazo. Y nosotros, los que hablamos de justicia, aquí, atiborrados. Y, encima, ese perfume carísimo... Esa fue la gota que me llenó la jarra. A ti también, ¿verdad, Jesús?

*Santiago* - Vamos, moreno, desembúchalo. No, no te preocupes, que no se lo diremos a Lázaro para no ofenderlo. Pero reconoce que lo de esta tarde te puso la sangre hirviendo.

*Jesús* - Pues no, Santiago, a mí no.

*Judas* - ¿No nos vas a decir que estás de acuerdo con las



comilonas y las mesas chorreando vino?

*Felipe* - ¡Y las patas de Jesús chorreando perfume!  
¡Jajay!

*Santiago* - Yo no le encuentro la gracia, Felipe.

*Judas* - Ni yo tampoco. Es más, que me avergüenzo de haber estado en esta francachela.

*Pedro* - ¡Pues yo me apunto para la próxima, qué caray, que hacía tiempo que no me reía tanto ni bailaba con tantas ganas!

*Felipe* - ¡La próxima la van a preparar para Pentecostés, así que ya saben, compañeros, todos aquí como un solo hombre!

*Santiago* - Vindrás tú, ¡revolucionario de mantequilla! ¡Pero a mí no me vuelven a ver el pelo en esta taberna de manirroto!

*Jesús* - Pero, Santiago, por favor, ¿a qué viene todo esto? ¿Qué fue lo que comieron Judas y tú que se les atravesó allá dentro? María ya lo dijo: un día es un día.

*Felipe* - ¡Y un día al año no hace daño, como dicen en mi pueblo!

*Judas* - Pues que lo digan en todo el país, si quieren. Pero eso mismo es lo que dicen los ricos. Y en un día se gastan los jornales de todo un mes de trabajo de un campesino y se quedan tan tranquilos.

*Pedro* - Mira, Judas, no le busques cinco pies al gato, que sólo tiene cuatro. Marta y María invitaron a todos los vecinos de Betania. La fiesta fue para todos. Nadie se quedó fuera. ¿Qué hay de malo en eso? ¿0 es que los pobres, por no tener, no tenemos derecho a divertirnos? ¡Caramba contigo!

*Santiago* - A divertirnos sí, Pedro. Pero no a derrochar, que una cosa es una cosa y otra es otra. Di que no, Jesús, anda, di que no.

*Jesús* - Yo no sé, Santiago, pero a mí me parece que más cerca del Reino de Dios están los botarates que los tacaños. Sí, de veras, no pongas esa cara. Yo pienso que Dios también está un poco chiflado como María. Dios no saca muchas cuentas ni usa balanzas ni medidas. Lo que tiene, lo da, lo regala, así, sin más.

*Judas* - Pero, Jesús, ¿cómo puedes salir ahora con esto, tú que has gastado toda tu saliva hablando de justicia y de luchar por los miles de hombres y mujeres que no tienen ni un pedazo de pan que llevarse a la boca?

*Jesús* - Precisamente por eso, Judas, porque son miles y la lucha es larga y hay que sacar un tiempo para todo. Hay un tiempo para guardar y otro para gastar.

- Felipe* - Eso mismo le digo yo a Natanael: tómallo con calma, Nata, que no por mucho madrugar se amanece más temprano. Pero él no: del taller a la casa, de la casa al taller... ¡Así se le cayó el pelo tan pronto! ¡Jajay! Y lo mismo les va a pasar a ustedes dos, Santiago y Judas, que se pasan el día dale que dale con lo mismo y no saben descansar.
- Jesús* - ¡Y yo digo que hasta el mejor vino, si se pasa un poco, se vuelve vinagre!
- Pedro* - Eso, Jesús. No hay que darle tantas vueltas a las cosas, compañeros. A cada día le basta lo suyo, ¿no es eso? Pues entonces hay que abrir la mano y tomar lo que traiga cada día. Hoy trajo fiesta, pues fiesta. Si mañana trae llanto, pues llanto.
- Felipe* - ¡Y cuando traiga perfume de nardo, pues perfume de nardo, qué caray, que tampoco uno va a estar oliendo siempre a cebolla y pescado!

Un rato después nos fuimos a acostar, cansados y contentos. Al cerrar los ojos, recordé a María, la hermana de Lázaro, bailando feliz, riéndose, derrochando alegría por todos los poros de su cuerpo. Creo que nadie mejor que ella entendió que el Reino de Dios es una fiesta.

Mateo 26,6-13; Marcos 14,3-9; Juan 12,1-8.

---

1. En Jerusalén existía una industria de elaboración de **perfumes** y ungüentos aromáticos. Los perfumes se usaban en el Templo para quemarlos y así dar agradable olor durante las ceremonias religiosas. También se vendían al público. Eran considerados generalmente un artículo de lujo y la mayoría eran importados de países orientales. Se importaban también los vasos de alabastro donde solían guardarse las esencias. Los recipientes venían de Egipto y algunos artesanos locales habían logrado hacer buenas imitaciones de ellos. El oficio de vendedor de perfumes no era muy bien visto.

2. El **nardo** es una planta originaria de la India. De la base de su tallo y de sus raíces se saca el aceite de nardo. Como la mayoría de los perfumes orientales, tiene un olor intensísimo y muy agradable.

## 104- EL PASTOR Y EL LOBO

*Lázaro* - Pasó un par de semanas antes de que llegaran ustedes. Los pastores de Tékoa se lo contaron a los de Belén y los de Belén a los nuestros.(1) Yo creo que en unos días la historia dio siete vueltas por Jerusalén y llegó hasta los montes de Efraín. A estas horas los pastores galileos ya la deben conocer.

Aquella noche Marta no había tenido que encender ninguna lamparita. Bastaba la luz de la luna llena, que iluminaba el patio de la taberna como si fuera de día. Más allá, las pequeñas casas de Betania parecían recién blanqueadas. Lázaro agarró un buen puñado de dátiles y se dispuso a contarnos la historia.

*Lázaro* - Se llamaba David, sí, como aquel otro pastor, que después fue nuestro gran rey. Y vivía aquí cerquita, en Tékoa, la aldea ésa que cae al sur. Allá dicen que nació aquel famoso profeta Amós que soltaba tantas verdades. Pero este David ni fue rey ni tampoco profeta. Era sólo un pastor. Un pastor que tenía un rebaño de cuarenta ovejas. (2)

*David* - ¡Andandooo! ¡Andandooo! ¡Ya oscurece, tunantas! ¡Y hay que volver a casa! ¡Andandoo! No se me quede ninguna atrás. ¡Derechitas! ¡Andandooo!

Todos los días, al caer la tarde, el pastor llevaba las ovejas de vuelta al redil. Que no es cosa fácil, caramba. Pero dicen que cada sendero tiene su atolladero. Por eso, cuando era oscuro y tenían que atravesar el gran barranco, David iba dando golpes en las piedras con su cayado. Los animalitos, como ya conocían aquel ruido, iban tan tranquilos: sabían que el pastor iba delante y que las llevaba por el mejor camino.

*David* - Lucerito... Pintada... Estrellita... Lananegra... Borregona... ¡Orejita! ¡Ea, ya están todas! ¡Con cuarenta salí y con cuarenta regreso!

Al llegar al redil, David se ponía pegado a la puerta y contaba sus ovejas. A cada una le tenía puesto un nombre y dicen que nunca se confundía. Ah, ese David conocía a sus ovejas como si él las hubiera parido. Y las ovejas, lo mismo: lo conocían a él a siete leguas de distancia. Pues bien, en el aprisco aquel donde dormían las cuarenta ovejas de David, también guardaban sus rebaños otros dos pastores.

*Sirio* - ¿Cómo fue la cosa hoy, David? ¿Hubo suerte?  
*David* - La hubo, Sirio, la hubo. Pasé la cañada del águila y nos encontramos con un banquete. Vienen con la panza llena, las tunantas. Dormirán mejor que tú y que yo, pero se lo merecen, qué caray. Ellas trabajan para nosotros: que si leche, que si queso, que si lana. Es justo que nosotros trabajemos para ellas subiendo y bajando lomas. Así estamos en paz. Ah, las tunantas, tendrían que haberlas visto delante de todo aquel valle verde. Como muchachos comiendo pasteles.

*Ñato* - No, si no tengo que verlas. ¡Si los animales tienen más suerte que nosotros! Es justo, es justo... Dime tú si es justo que ellas vengan atiborradas y nosotros no tengamos más que cuatro dátiles y un trozo de queso. ¡Yo no pensé que el oficio de pastor fuera tan malo, caramba!

*Sirio* - ¿Y quién te mandó meterte en esto, Ñato?  
*Ñato* - Nadie, pero ¿qué quieres? No encontré nada mejor. Ahora, eso sí: te juro por ese lunar que tienes en la calva, Sirio, que enseguida que pueda, ¡adiosito, compañeros! Yo me cansé ya de andar para arriba y para abajo y de ordeñar animales.

*Sirio* - ¡Y encima, para ganar cuatro céntimos! ¡Yo también estoy hasta la coronilla de todo esto! ¡Al diablo con las ovejas!

*Ñato* - ¡Y al requetediablo con el patrón!  
*David* - Ustedes hablan así porque las ovejas no son suyas. Si las ovejas fueran de ustedes, les tendrían cariño.

Claro, el Sirio y el Ñato eran pastores de éstos que son asalariados. Los rebaños que cuidaban eran de dos grandes comerciantes de Tékoa. Y ahí está la cosa, que como las ovejas no eran suyas y la faena de pastor es dura, este par no trabajaba bien: uno lo hacía a desgana y el otro con muy mala sangre. David, al revés: aquellas cuarenta ovejas eran su tesoro y él ponía en ellas su corazón.

*David* - Ea, amigos, sigan maldiciendo a los animalitos mientras se comen su queso, que yo me voy a dormir. Me caigo de sueño y mañana tengo que madrugar. Quiero llevar a las tunantas hasta Belén. Los pastos de por allá son los mejores.

*Ñato* - ¡Y las culebras de por allá son las más listas!  
*David* - Bah, con la vara a punto y el ojo abierto, no hay culebra que se te escape. ¡Bueno, que sueñen con el banquete del Mesías para que se consuelen!

El sol no había aparecido todavía y sus compañeros no se habían sacudido el sueño y David ya estaba en pie. Todos los días igual. Madrugaba como los gallos, se llenaba el zurrón con pan y queso, metía vino en la cantimplora, se amarraba su vara a la espalda y guardaba en el bolsillo la honda. Después, apretaba fuerte el cayado, ¡y a caminar!

*David* - ¡Andandooo! ¡Andandooo! ¡Que hoy habrá buen pasto y mucha agua para todas! ¡Margarita, no te separes! Blanquita! ¡Andandooo!

Una noche, los aullidos de los lobos se oyeron en la aldea de Tékoa.(3) Y a las ovejas de todos los rebaños se les pusieron las lanas de punta, porque olían el peligro.

*Pastor* - ¡Maldición! ¡Tenían los colmillos afilados como espadas y los ojos como brasas!

*David* - ¿Cuántas?

*Pastor* - Diez. Agarraron a diez.

A la noche siguiente, volvieron los lobos...

*Pastor* - Y yo, ¿qué iba a hacer? Eché a correr monte arriba, y las ovejas que pudieron escaparse, detrás de mí... Como son tan tontas, no sabían ni por dónde escapar.

*David* - ¿Cuántas?

*Pastor* - ¡Y yo qué sé! Unas catorce. A varias las dejaron malheridas, sangrando, con el cuerpo lleno de agujeros. Las tuve que rematar yo a palos, qué remedio.

Y así un día y otro día...

*Pastor* - Era casi de noche. Vinieron de repente y se lanzaron sobre el rebaño y...

*David* - ¿Cuántas?

*Pastor* - Ni las conté. ¡Muchas! ¡Fueron muchas!

Por las noches, los lobos aullaban allá arriba, en los montes. Luego bajaban y organizaban la carnicería. Mataron muchas ovejas. Los pastores de Tékoa estaban muy alarmados, imagínense. Y David, más que todos ellos.

*David* - Tenemos que hacer algo, camaradas, ¿no les parece?

*Sirio* - Ni algo ni nada. ¿O es que tú no sabes que los lobos son los amos? ¡Vienen del mismísimo infierno! No hay quien pueda con ellos.

*David* - ¡Cuentos! Si le cortáramos el pescuezo al lobo jefe de la manada, los demás se irían de aquí y

no seguirían matándonos las ovejas. Lo que pasa es que somos unos cobardes.

*Ñato* - ¿Cobardes? Bueno, sí, cobardes, ¿y qué? Mira, yo no arriesgo mi pellejo por ninguno de estos animales. Hazlo tú que, de tanto quererlos, ya se te está poniendo hasta cara de borrego.

Aquella noche David no se metió en el jergón donde dormía. Se quedó fuera, recostado junto a uno de los tablones del redil. Algo presentía el muchacho.

*David* - Que vengan, que vengan... ¡Van a saber quién soy yo!

Pasada la primera vela de la noche, los lobos dejaron de aullar.

*David* - Vaya, vaya, deben haberse quedado roncós con tanta canción.

Al cabo de un rato, a David se le cerraron los ojos. Fue cosa de un pestañeo. Dos lobos grandes y negros saltaron las tapias del redil y cayeron como un rayo sobre las ovejas.

*Sirio* - ¡El lobo! ¡El lobo! ¡Huyan, el lobo!

*David* - ¡Quédense aquí, cobardes, y den la cara! ¡Entre los tres podremos con ellos!

*Ñato* - ¡Podrás tú, imbécil! ¡Lo que es yo, me largo!

A los dos compañeros de David les faltó tiempo para echarse a correr a campo traviesa. Y David se quedó solo con los lobos y con todas las ovejas que se arremolinaban espantadas, corriendo de aquí para allá, tratando de escaparse de las dentelladas de aquellas dos fieras. Pero no podían. Enseguida cayeron algunas, chorreando sangre, destripadas. David no esperó más. Sacó del zurrón el cuchillo afilado, lo apretó con rabia en su mano y, cuando uno de los lobos saltaba sobre una de sus ovejas, él saltó sobre el lobo y le clavó el acero hasta el mango. Le tocó el corazón, sí, porque el animal se revolvió y cayó rematado a los pies del pastor.

*David* - ¡Maldita bestia, ya pagaste tus fechorías!

El otro lobo, cuando olió la sangre del compañero, dejó a las ovejas y se abalanzó, echando candela por los ojos, sobre David. Los dos se enristraron en una pelea a muerte, revolcándose sobre la tierra. Pegadas a las tapias del redil, las ovejas, pobrecitas, seguían corriendo para todos lados.

*David* - ¡Tranquilas! No tengan miedo, tunantas, que éste tampoco saldrá con vida de aquí. ¡Te sacaré las entrañas, maldito!

El segundo lobo rugía con los colmillos hundidos en el brazo del pastor. David, jadeando, clavaba el puñal una y otra vez en el lomo negro de la fiera, pero, mientras más lo hería, más enfurecido se ponía el animal. En una de aquellas volteretas, David, ya casi sin resuello, consiguió meterle el cuchillo en mitad del pecho. El animal, echando espumarajos, sacó el resto de sus fuerzas y se tiró al cuello del muchacho, mordiéndolo con saña. Fue triste aquello. La sangre del pastor y la sangre del lobo se mezclaron sobre la tierra y la empaparon. Así acabó la pelea.

*Sirio* - ¡Caramba con el David! ¡Mira que atreverse con esas fieras!

*Ñato* - ¡Y tamaños animales! Te digo que ese muchacho tuvo que haber peleado como un bravo.

*Sirio* - Pero dime tú, Ñato, ¿a quién se le ocurre lanzarse contra dos lobos a la vez?

*Ñato* - Contra dos y contra doscientos que hubieran saltado la tapia. Ese David tenía coraje de sobra. Y por defender a su rebaño hacía cualquier cosa. ¡Fíjate cómo dejó tiasas a esas malas bestias!

*Sirio* - Sí, pero también lo dejaron tieso a él. ¡Un loco, eso es lo que fue!

*Ñato* - Lo que quieras, pero gracias a él se salvaron las ovejas, Sirio, no te olvides, gracias a él.

*Lázaro* - La historia corrió de boca en boca, de pastor en pastor, y ya ustedes la saben también. Un loco, caramba, pero un valiente. Dio la vida por sus ovejas, por sus tunantas, como él las llamaba. ¿No creen ustedes que la vida de un hombre así vale la pena contarla?

Muchos años después, cuando Pedro y Andrés, mi hermano Santiago y los demás anunciábamos a nuestros paisanos la buena noticia de Jesús, que dio la vida por defender a su pueblo, nos acordábamos de esta historia del buen pastor que Lázaro nos contó en la taberna de Betania, cuando ya estaba cerca la gran fiesta de la Pascua.

1. En Israel, los pequeños propietarios de ganado eran **pastores** de sus propios rebaños. Cuando los rebaños estaban compuestos por muchos animales, los dueños contrataban a pastores asalariados, que cobraban en dinero y en productos del rebaño. La tarea principal de un pastor era buscar pastos y abrevaderos para sus animales y defenderlos de los ataques de los ladrones de ganado o de las fieras. Los instrumentos de trabajo del pastor eran la vara, el cayado y la honda. La honda servía como arma contra las alimañas y también para congregar a las ovejas en un sitio determinado. Los cuidados del pastor con su rebaño fueron un símbolo bíblico del cuidado que Dios tiene de la humanidad (Salmo 23).

2. Las **ovejas** de Palestina tienen la cola ancha, son macizas, y su carne es abundante en grasa. El vellón es rizado y da muy buena lana. En general, tienen la lana blanca y su leche es muy buena. Las hembras no tienen cuernos y los machos eran los más apreciados para la matanza y para los sacrificios religiosos en el Templo.

3. Los **lobos** de Palestina son de color algo más claro que los de otros países mediterráneos. Durante el día permanecen escondidos en cuevas o en zonas desoladas y por la noche bajan a atacar a los rebaños, siendo el terror de los pastores. En el Nuevo Testamento, los falsos profetas son comparados a los lobos (Mateo 7, 15). También son lobos los enemigos de la justicia (Mateo 10, 16). Para simbolizar la paz de los tiempos mesiánicos, los profetas usaron imágenes en las que hablaron de que el lobo dejaría de ser un peligro (Isaías 11, 6 y 65, 25).



## 105- UN CIELO NUEVO Y UNA NUEVA TIERRA

- María* - ¡Marta, Marta, ven, corre! ¡Marta, despiértate!
- Marta* - Humm... ¿Qué pasa, María?
- María* - ¡Que le llegó la hora a la vecina Susa!
- Marta* - ¿Tan pronto?
- María* - ¿No la oyes? Está dando más gritos que Raquel en Rama. ¡Vamos, Marta, espabílate!
- Marta* - Está bien, María, pero cálmate, que no eres tú la que vas a dar a luz, ¡caramba!
- Felipe* - Ahummm... ¿Qué pasa aquí, si se puede saber? ¿A qué viene tanto alboroto?
- María* - ¡Una vecina que ya tiene los dolores y en toda Betania no hay mejor partera que mi hermana Marta!
- Felipe* - Bueno, no es que yo quiera dármelas, pero a más de un becerro ya le he cortado la tripa del ombligo. Así que, si hay que ayudar en algo...
- María* - La ayuda tuya es quedarte aquí tranquilo en la taberna. ¡Vamos, Marta, de prisa! Anda, Felipe, vete a dormir con los demás.
- Felipe* - ¿Y quién va a dormir con esos chillidos? ¿Por qué las mujeres no aprenden a parir de día, eh?

Marta y María, las hermanas de Lázaro, salieron de la taberna y entraron en el portal vecino. Pasaba ya de la medianoche. Era una casucha pobre y desvencijada, como la de todos los campesinos de Betania. Las paredes de adobe estaban ahumadas por las lamparitas de aceite. En un rincón, junto a los cacharros de la cocina y un lío de ropa, estaba preparado un cántaro de agua, un cuchillo limpio y una toalla. En el otro rincón, lamentándose sobre una estera de paja, estaba recostada la pobre Susa, con las dos manos sujetándose el vientre. A su lado, y sin saber qué hacer, el marido esperaba.

- María* - ¡Yo digo que van a ser mellizos porque esa barriga parece el monte Tabor!
- Lucio* - ¡Uff! ¡Que Dios no la oiga, vecina! Si ya paso trabajo para alimentarla a ella, ¿qué será con dos bocas más?
- Marta* - No se preocupe, buen hombre. Dicen que todos los niños vienen con un pan bajo el brazo.
- Lucio* - ¡Entonces el mío nacerá manco, estoy seguro!
- Marta* - Vamos, Lucio, usted espere fuera. Cuando el niño nazca, ya le avisaremos.

Mientras Marta se arremangaba la túnica para asistir a su vecina, el marido de Susa vino buscando compañía a la taberna.

*Felipe* - ¡Caramba con tu mujer, Lucio, chilla como si la estuvieran despellejando viva!

*Lucio* - ¿Y qué quieres que haga, Felipe? ¡El niño es más cabezón que tú, y no puede salir! Lleva cuatro horas pujando por dar a luz... ¡y nada!

*Pedro* - Y nosotros, cuatro horas pujando por dormir... ¡y nada tampoco! ¡Ea, Lázaro, alégranos la noche con un par de jarras de vino, no seas tacaño!

*Lázaro* - Bien dicho, Pedro. ¡Al mal tiempo, buena cara!

*Felipe* - Pues mira las otras caras que se asoman por ahí. ¿Qué, Santiago, tampoco tú puedes pegar ojo? ¿Ni tú, Natanael?

*Natanael* - ¿Y quién va a poder con esa gritería?

*Felipe* - ¡Lázaro, cuatro jarras en vez de dos!

Uno tras otro, fuimos dejando las esteras y reuniéndonos en el patio. Los gritos de Susa llegaban hasta la taberna y nos despertaron a todos.

*Lázaro* - ¡Aquí está el vino y aquí tienen semillas de calabaza para mascar! Ea, compañeros, ¿qué prefieren? ¿Jugar a los dados, contar chistes o rezar para que el niño de este vecino nazca bueno y sano?

*Natanael* - ¡Aunque nazca con seis dedos, pero que nazca pronto, caramba!

*Felipe* - No hables así, Nata, que ya bastante desgracia tiene el pobrecito. ¡Yo no querría verme en el pellejo de ese infeliz!

*Lucio* - ¿Por qué dices eso, Felipe? ¿Qué pasa con mi hijo?

*Felipe* - Con tu hijo no pasa nada, Lucio, pero...

*Lucio* - Pero, ¿qué? ¡Habla claro!

*Felipe* - Que esto ya se acaba, amigo. ¡Pobre hijo tuyo, llegó tarde al mundo! ¡Antes que lo desteten, ya habrá sonado la trompeta del juicio final!

*Pedro* - A ti es al que hay que quitarte la teta, Felipe. A ver, ¿de dónde te has sacado eso?

*Felipe* - Eso lo dijo Jesús el otro día cuando pasamos junto a la muralla de Jerusalén. ¿Ya no se acuerdan? Lo oí yo con mis dos orejas.

*Pedro* - Pues ve y lávatelas, a ver si oyes mejor.

*Felipe* - Jesús dijo que el mundo se acaba ya y que esto va a ser peor que el diluvio de Noé. ¡El cielo va a temblar y las estrellas nos caerán en la cabeza! Se acabó todo. Se acabó el mundo. Tu pobre hijito sólo podrá ver polvo, y ceniza.

*Natanael* - ¡Embustero, Felipe! Jesús nunca dijo eso.

*Felipe* - Que sí lo dijo. ¡Y también dijo que él sabía la fecha del fin del mundo!

*Pedro* - ¡No me digas!  
*Felipe* - ¡Sí te digo!

Mientras discutíamos, Jesús apareció por la puerta del patio, estirando los brazos y bostezando. Tampoco él podía dormir.

*Lázaro* - ¡Ahí está el hombre! ¡Eh, moreno, ven acá!  
¿Cuánto falta, dílo claramente?  
*Jesús* - ¿Cuánto falta para qué?  
*Felipe* - ¡Para que se acabe el mundo!  
*Jesús* - Yo pensé que ya se había acabado. Entre los gritos de la mujer y los de ustedes...

Jesús se sentó con nosotros en la destartalada mesa de la taberna, mientras Lázaro llegaba con otra jarra de vino.

*Lázaro* - ¡Camaradas, este parto va para largo! Ea, Jesús, bebe un trago, límpiarte las legañas y dílo sin rodeos: ¿cuándo demonios se va a acabar el mundo, eh?

*Jesús* - Pero, ¿qué pulga les picó a ustedes para estar discutiendo de eso a estas horas?

*Felipe* - Porque hay que ser precavidos, ¡qué caray! ¡Hay que ir comprando la madera y la brea para fabricar el arca! ¿Tú no dijiste que viene un diluvio peor que el primero? ¿O ya no te acuerdas?

*Jesús* - ¿Yo dije eso, Felipe?

*Felipe* - Bueno, y si no lo dijiste tú, da lo mismo. Porque está escrito. Lo dicen todos los profetas en las escrituras santas.

*Jesús* - Lo que está escrito es que ya no habrá ningún diluvio. Dios se lo prometió a Noé.

*Felipe* - Está bien, con agua o sin agua, eso me es igual. Pero lo que sí habrá es terremotos y cosas espantosas en el cielo y en la tierra cuando llegue el último día. ¿Es o no es así?

*Jesús* - Yo no sé, Felipe, eso era lo que pensaba el profeta Elías, y luego, mira la sorpresa que se llevó.

*Elías* - No puedo más, no llegaré nunca. Basta ya, Señor.

*Jesús* - Elías iba atravesando el inmenso desierto del Neguev, de camino hacia el Sinaí, la montaña de Dios. Iba tan cansado, que se tiró bajo una mata de retama, se deseó la muerte y se durmió. Pero un mensajero de Dios vino a despertarlo.

*Mensajero* - ¡Elías, Elías! ¡Vamos, levántate y come algo. Tienes un largo camino por delante.

*Elías* - ¿Cuánto falta para llegar? Dímelo, por favor.

*Mensajero* - No preguntes cuánto falta. Ponte en camino. A cada paso tuyo, Dios da otro paso hacia ti. Vas hacia Aquel que viene.

*Jesús* - Elías se levantó, comió, y echó a andar a través del desierto, con el sol hirviéndole sobre la cabeza. Caminó cuarenta días y cuarenta noches y, al fin, llegó al monte Sinaí.

*Elías* - ¡Uff! Ahora veré a Dios. Ahora sabré cómo es él. He llegado al final del camino. ¿Dónde estás, Señor, cómo eres tú?

*Jesús* - Elías subió al monte para ver a Dios. Y lo primero que vio fue un huracán que pasaba. Soplaban tan fuerte y levantaban tanta arena que el sol se oscureció, la luna perdió su brillo y todas las lámparas del cielo, las estrellas grandes y las pequeñas, se apagaron con la furia del viento.

*Elías* - ¡Dios mío, Dios mío, al fin te conozco! ¡Tú eres el estampido de la tormenta y la violencia del huracán!

*Jesús* - Pero nadie respondió a su voz, porque Dios no estaba en los truenos ni en las ráfagas del viento. Después, comenzó la tierra a temblar. Y el terremoto era tan fuerte que las columnas del mundo se tambalearon, las montañas se rajaron de arriba a abajo y las rocas se quebraron en mil pedazos.

*Elías* - ¡Dios mío, al fin te conozco! ¡Tú eres la sacudida del terremoto!

*Jesús* - Pero nadie respondió a su voz, porque Dios tampoco estaba en el rugido de la tierra ni en la avalancha de las piedras. Después, se levantó un fuego grande. Una hoguera crepitante surgió de las entrañas del mundo y arrasó con todo, y no dejó más que polvo y ceniza.

*Elías* - ¡Al fin, Señor, al fin sé cómo eres,

un fuego abrasador!

*Jesús* - Pero el fuego guardó silencio, porque Dios tampoco estaba en la terrible llamarada. Y, al final, se oyó como el susurro de una brisa suave. Era como un soplo que refresca, como el aliento de un padre en la frente de su hijo o como el beso de una madre en la mejilla. Y Elías, el hombre que ardía en celo por Yavé, el profeta del rayo, del fuego y del terremoto, comprendió que Dios estaba allí, en aquella brisa ligera... Así fue el encuentro de Elías con Dios. Y yo pienso que así será también nuestro encuentro con él al fin del mundo.(1)

*Lázaro* - Bueno, bueno, está bien, Jesús, con huracán o con brisa suave, pero yo vuelvo a lo de antes: ¿cuándo demonios se acaba esto?

*Felipe* - Digo lo mismo que Lázaro: ¿cuándo va a sonar la trompeta, eh?

*Jesús* - Y qué sé yo, Felipe. Eso es asunto de Dios. El asunto nuestro es vigilar y estar preparados como los buenos siervos que esperan despiertos hasta que llegue el patrón. Lo demás, es cosa de Dios.

*Pedro* - Vamos, moreno, que entre amigos no debe haber secretos. A lo mejor Dios te guiñó un ojo a ti y te dijo ya la fecha.

*Jesús* - O a lo mejor no hay fecha, Pedro. Porque el Reino de Dios no cae de arriba como el maná. El Reino de Dios hay que amasarlo entre todos, como el pan.

*Pedro* - Pues nosotros ya llevamos tres años amasándolo, ¡caramba! ¿Cuándo va a meter la mano Dios y a sacar el pan del horno, digo yo?

*Jesús* - Todavía falta un poco, Pedro. Todavía hay que caminar un buen trecho como Elías hasta llegar al Sinaí.

*Lázaro* - Pero, dime, Jesús, ¿veremos algún día el final?

*Jesús* - Antes habrá que ver guerras y desastres porque todavía hay mucho egoísmo en el mundo. Los de arriba no quieren aflojar la cuerda y nosotros no podemos echarnos a dormir bajo una retama. No, habrá que pelear, y duro. La lucha será larga, sí. Nos perseguirán y gritaremos más que tu mujer, Lucio. Y eso no será más que el comienzo de los dolores, hasta que estalle el huracán de los pobres reclamando justicia y la lucha se haga tan encarnizada que las naciones de la tierra y los poderosos de este mundo tiemblen por lo que se les viene encima. Todo esto tendrá que pasar primero. Son los gritos del mundo que está dando a luz.

*Lázaro* - ¿Y... y después, Jesús?  
*Jesús* - Después, cuando este mundo viejo haya pasado, vendrá la brisa suave: un cielo nuevo y una nueva tierra donde ya no habrá llantos, ni guerras, ni hambre, ni dolor. Y aparecerá sobre las nubes del cielo, la señal de Dios, el arco iris de la paz. Y los hijos y las hijas de Dios, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, heredaremos la tierra y podremos vivir en paz y ser libres.  
*Felipe* - Pero, nosotros... ¿nosotros veremos ese día, Jesús?  
*Jesús* - No lo sé, Felipe. A lo mejor sí. O a lo mejor lo verán nuestros nietos, o las nietas de nuestros nietos. No importa. Pero ese día llegará. Tarde o temprano, los pobres cantaremos victoria. Dios lo prometió y su palabra no falla. El cielo y la tierra pasarán, pero esta promesa de Dios no fallará.

En ese momento, entró María por la puerta de la taberna gritando y alborotando.

*María* - ¡Eh, ustedes, charlatanes, corran, que ya nació! ¡Un varoncito más salado que el agua del mar!

Y todos fuimos corriendo a casa de Susa, aquella vecina de Betania, que después de tantas horas de esfuerzo, ahora descansaba tranquila mientras Marta lavaba al muchachito recién nacido.(2)

*Marta* - ¡Mira qué preciosidad, Lucio! ¡Se parece a ti!  
*María* - Qué va, se parece a la madre, ¡mírale los ojitos y la naricita!  
*Felipe* - ¡Ea, Lázaro, trae vino de la taberna y vamos a brindar por el nuevo israelita que ha puesto sus patas en este mundo!  
*Pedro* - ¡Y por el papá, que está más contento que si hubiera cantado el Cantar de los Cantares!  
*Lázaro* - ¡Y por la madre, que ha hecho el mayor trabajo!

Lázaro nos trajo el mejor vino de su taberna y nos quedamos conversando en el patio de la casa de Lucio hasta que los gallos anunciaron el nuevo día. Susa, que había pasado tantos dolores durante aquella noche, ya no se acordaba del aprieto por la alegría de tener un hijo en su regazo.

Mateo 24,3-51; Marcos 13,3-37; Lucas 12,41-48; 17,26-37, 21,7-36.

---

---

1. En los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, aparecen una serie de discursos de Jesús acerca de la catástrofe que se avecina sobre el mundo. Son los llamados discursos «escatológicos» (del fin) o «apocalípticos» (de la revelación del fin). Tradicionalmente, han sido leídos como una descripción detallada de todo lo que sucederá el día del **fin del mundo** y han sido usados para sembrar el terror en personas ingenuas o hacer simplistas interpretaciones de las catástrofes que actualmente ocurren en el mundo.

Jesús no dio detalles sobre la vida del más allá, sobre el cielo, los ángeles o los demonios, como era habitual en el lenguaje apocalíptico de su tiempo. Tampoco hizo cálculos sobre el día del fin del mundo y evitó hacer una descripción de las diferentes etapas del drama apocalíptico. Cuando en los evangelios se habla de estos temas, lo que se está leyendo es el pensamiento de las primitivas comunidades cristianas.

Saber cuándo será el fin del mundo ha preocupado a muchas generaciones de seres humanos. Jesús creyó que el fin del mundo injusto y la llegada del Reino de Dios eran inminentes. Su forma de proclamar el evangelio y de desafiar a las autoridades, la prisa que demuestran sus palabras, indican que él creyó que esa hora estaba cercana y que él mismo llegaría a verla. Esa urgencia de Jesús la heredaron los primeros cristianos, que vivieron durante el primer siglo de nuestra era pendientes del día del fin del mundo. Pablo tuvo que llamarles la atención en varias ocasiones (2 Tesalonicenses 2, 1-7 y 3, 6-12), aunque también él estaba convencido de que el día final estaba ya cercano (1 Tesalonicenses 4, 13-18). Eran tiempos de duras persecuciones contra los cristianos, en las que miles fueron asesinados y las comunidades esperaban ansiosas el día de la liberación definitiva. En este contexto se escribió el Apocalipsis, último libro de la Biblia, una hermosa simbología sobre el fin de los tiempos destinada a consolar a los cristianos que sufrían la persecución del poder imperial de Roma.

Con muy variadas imágenes, los profetas hablaron de la cólera de Dios contra los injustos en el día final del mundo. Hablaron de guerras, desastres, dificultades sin cuento. Unos 200 años antes de Jesús comenzaron a emplear imágenes cósmicas -estrellas que caen, tierra que tiembla-, símbolos que también usó Jesús porque eran los habituales en su tiempo para describir la tremenda

conmoción de los tiempos finales (Isaías 63, 1-6; Jeremías 6, 11-19; Daniel 9, 66-27; 12, 1-13; Joel 2, 1-11; Amós, 5, 14-20; Apocalipsis 19, 11-21).

Abundan también en la Biblia imágenes positivas que expresan que todo lo bueno del mundo conocido quedará y será transformado en "el cielo nuevo y la tierra nueva donde habitará la justicia" (2 Pedro 13). Son innumerables los textos proféticos que describen el futuro con símbolos de alegría y de fiesta. (Isaías 60, 1-22; 62 1-12; Amós 9, 11-15; Miqueas 4, 1-5; Sofonías 3, 14-20; Apocalipsis 21, 1-8; 22, 1-21).

2. El fin del mundo fue también comparado en la Biblia a un **parto**. Para que un nuevo ser nazca son necesarios tiempo, amor, paciencia, esperanza y en el momento decisivo, en las horas finales, esfuerzo y dolores tremendos. La imagen del parto la usaron los profetas (Isaías 66, 5-16) advirtiendo que el nacimiento de un nuevo pueblo no era cosa de un día y estaba lleno de dolores. La usó también Jesús (Juan 16, 19-23) y después de él Pablo (Romanos 8, 18-27), comparando toda la historia humana con el largo y penoso alumbramiento de una nueva sociedad. Según Pablo, en este parto ya ha asomado el niño, ya ha nacido la cabeza del hombre nuevo, que es Jesús. La humanidad, que es el cuerpo, nacerá tras él (Efesios 1, 22; 1 Corintios 12, 12 y 27).



## 106- ¡VIVA EL HIJO DE DAVID!

Era el día nueve del mes de Nisán. Jerusalén,(1) en vísperas de fiesta, estaba abarrotada con más de cien mil peregrinos venidos desde todas las ciudades de Judea, desde Galilea y la Decápolis, desde las colonias judías dispersas a lo largo y ancho del imperio romano. Como todos los años al despuntar la primavera, los hijos de Israel acudíamos en masa a celebrar la Pascua dentro de las murallas de la ciudad de David.(2)

Aquella mañana, mientras nos desperezábamos en la taberna de nuestro amigo Lázaro, en la aldea vecina de Betania, llegaron Judas, el de Kariot, y Simón, el pecoso. Venían de Jerusalén y traían prisa en los ojos.

- Judas* - ¡Ea, compañeros, la paz con todos!
- Todos* - ¡Salud, Judas! ¡Paz, Simón!
- Judas* - Caracoles, pero ¿qué hacen ustedes aquí bebiendo leche? ¿A qué esperan? ¡La ciudad está reventando de peregrinos!
- Simón* - ¡Ahora es el momento, Jesús! La gente pregunta por ti. Todos están esperando.
- Judas* - El pueblo está contigo, moreno. ¡Ahora o nunca! ¿Qué dices tú?
- Jesús* - Yo digo lo mismo que dije cuando salimos de Cafarnaum. Hoy comienza la semana de preparación de la Pascua. ¡Hoy comenzaremos a despertar a Jerusalén de su letargo y a anunciarle que Dios viene a cumplir el Año de Gracia!
- Todos* - ¡Eso, eso! ¡Todos iguales, todo para todos! ¡Como al principio!
- Judas* - Los grupos de la capital están avisados, Jesús. Ayer Simón y yo estuvimos hablando con algunos dirigentes, Barrabás y otros del movimiento. Nos apoyan. Tienen confianza en ti.
- Jesús* - Sí, Judas. Pero confían más en sus puñales. Y para lo que vamos a hacer hoy no hace falta otro filo que el de la Palabra de Dios. Escuchen, compañeros, nuestro plan debe ser el mismo que Dios le ordenó a Moisés: ir delante del faraón y decirle que ya no soportamos el yugo de ningún tirano.(3)
- Todos* - ¡Así se habla, moreno!
- Jesús* - Nuestros abuelos pedían que los dejaran salir de Egipto para ir a la tierra prometida. Nosotros pedimos que se vayan ellos, que nos dejen vivir en paz en la tierra que el Dios de Israel nos regaló. El faraón era antes aquel egipcio de corazón duro. Ahora los faraones son gente que

lleva nuestra misma sangre, pero que han traicionado al pueblo.

*Pedro* - ¡Sí, señor! ¡Y éstos son los que se hacen llamar representantes de Dios! ¡Mira a ese Caifás, el sumo sacerdote, vendido como una ramera al gobernador romano! ¡Y su suegro, el viejo Anás, el mayor ladrón de toda Jerusalén!

*Felipe* - ¡Y el gordo Herodes, el rey más corrompido que haya puesto el trasero en el trono de Galilea!

*Jesús* - ¡Pues nosotros iremos a tocar en las puertas de sus palacios y también en las cancelas de bronce de la Torre Antonia, donde se esconde ese romano sanguinario que se llama Poncio Pilato, y a todos ellos les echaremos en cara sus crímenes, uno por uno, tal como Dios los tiene anotados en su libro! Porque Dios ha visto el sufrimiento de su pueblo: ha escuchado el clamor que nos arranca el látigo de los capataces. Y Él viene a liberarnos de la mano de los que nos oprimen. Les diremos: Dios nos envía ante ustedes con el mismo nombre de su alianza con Moisés. Y ese nombre es: "Yo Soy. ¡Ahora sabrán quién Soy!"(4) A ustedes, los que nunca contaron con nosotros, los pobres de la tierra, venimos a decirles nuestro nombre: "Aquí estamos Nosotros. ¡Ahora sabrán quiénes Somos!"

*Todos* - ¡Bien, bien!

*Jesús* - Compañeros: ése es el plan. ¿Qué dicen ustedes?

*Susana* - Yo digo que es la cosa más descabellada que he oído en toda mi vida. Pero, moreno, ¿qué malas pulgas te han picado? ¿En qué cabeza cabe ir delante de esos señorones a cantarles la verdad así, a bocajarro?

*María* - ¡Jesús, hijo, por favor, no seas loco! ¿Tú crees que los jefes de este país te van a hacer caso a ti, un campesino con las sandalias rotas, eh, dime?

*Simón* - Por eso no, doña María, que a Moisés tampoco le hizo caso el faraón la primera vez. Pero tanto da la gota de agua en la piedra hasta que le hace un agujero. Moisés fue un día y otro y otro más, y primero se cansó el faraón de Moisés que Moisés del faraón.

*Jesús* - Y eso es lo que nosotros haremos: ponernos más tercos que la burra de Balaán. Ir de palacio en palacio y de faraón en faraón una y otra y otra vez, hasta que las piedras se rompan. ¿Están de acuerdo?

*Natanael* - No, yo no estoy de acuerdo. Lo siento, pero no estoy de acuerdo.

*Felipe* - Ya salió el Nata con sus miedos...

*Natanael* - No es miedo, Felipe. Es que ese plan es un

desvarío. No habrá segunda ni tercera vez. Nos aplastarán como cucarachas en cuanto salgamos.

*Jesús* - Si vamos solos sí, Natanael. Pero iremos con todos los vecinos de Betania, con los de Betfagé...

*Judas* - La gente de la capital se unirá a nosotros, ténganlo por seguro. ¡En cuanto oigan la bulla, irán al Cedrón a esperarnos!

*Simón* - ¡Cuando tú, Jesús, levantes el brazo, se levantarán mil brazos contigo!

*Felipe* - ¡Formaremos un ejército, Nata, un ejército inmenso!

*Natanael* - Sí, Felipe, ¡un ejército de andrajosos! ¡El batallón de los muertos de hambre!

*Jesús* - El mismo ejército y el mismo batallón que tenía Moisés cuando cruzó el mar Rojo. El mismo que tenía Débora cuando reunió a los israelitas al pie del Tabor. El mismo que tuvieron los hermanos Macabeos.

*Simón* - Pero los Macabeos iban con armas, Jesús. Y nosotros no tenemos ni dos espadas viejas.

*Pedro* - ¿Y qué tenía David cuando salió al encuentro del gigante Goliat, eh?

*Simón* - ¡Por lo menos tenía piedras, caramba! ¡Y nosotros, ni eso!

*Jesús* - La piedra que vamos a poner nosotros en la honda, la pedrada que vamos a sacudirles en la frente, es nuestra palabra. Y todos unidos, codo con codo, levantaremos una muralla más compacta que las de Jerusalén. ¡Formaremos un cuerpo inmenso, el cuerpo del Mesías, más grande que Goliat, tan grande y tan fuerte como la esperanza de los pobres de Israel!

*Felipe* - ¡Yo estoy con Jesús! Ea, compañeros, ya está todo dicho. El que tenga miedo, que se quede. ¡Pero este cabezón se pondrá en primera fila, junto a la bandera!

*Natanael* - ¡Qué bandera ni bandera, Felipe! ¡Si por tener, no tenemos ni eso!

*Felipe* - ¡Pues llevamos el pañuelo de Judas, que era de un nieto de los macabeos! ¡Y cortamos una rama de palmera, lo amarramos en la punta, y listo!

*Pedro-*  
*Jesús* - Jesús, moreno, ¿por dónde vamos a comenzar?  
- Por el hueso más duro de roer. Por el Templo. La familia del sacerdote Anás lo ha ensuciado con sus negocios y sus trampas. Vamos allá. ¡Por ahí comenzaremos a limpiar el país!

*María* - Hijo, por el amor de Dios, ¿quién te ha calentado la cabeza? ¿Quién te ha metido esta fiebre en el cuerpo?

*Jesús* - ¡Dios, mamá! Esto es asunto de Dios. ¡Iremos al

Templo en el nombre del Dios de Israel!

*Judas*

- ¿Cuándo salimos, Jesús?

*Jesús*

- Ahora mismo, Judas. ¿A qué esperar más? Lo que hay que hacer, se hace pronto. Ea, compañeros, vamos todos. Lázaro, cierra la taberna. Mamá, Susana, María... vengan ustedes también, mujeres y hombres, todos hacen falta. ¡Hasta los niños gritarán con nosotros y romperán las piedras con sus gritos!

Estábamos enardecidos. A pesar del miedo y del riesgo, salimos fuera de la taberna. Eramos una docena de hombres, seis mujeres y Jesús. En dos zancadas llegamos a la pequeña plaza de Betania donde estaba el pozo de agua. Jesús se trepó en el brocal y desde allí llamó a los vecinos.

*Jesús*

- ¡Amigos de Betania! ¡Vengan todos, vengan todas, y escuchen nuestras palabras! ¡Les anunciamos una buena noticia para todo el pueblo! ¡Ha llegado el Reino de Dios y la justicia de su Mesías! ¡Dios viene a reunir a los que estábamos dispersos! ¡Él nos abre un camino y sube delante de nosotros! ¡Dios va en cabeza y nos regalará la victoria!

*Simón*

- ¡Así se habla! ¡Que viva el Mesías!

*Todos*

- ¡Que viva!

*Susana*

- ¡Que viva el Hijo de David!

*Todos*

- ¡Que viva!

*Jesús*

- ¡Amigos de Betania, Dios está con nosotros! ¡Los que tengan fe, síganlos! ¡Los pobres, los que lloran, los que pasan hambre, los humildes de la tierra, vengan con nosotros!

*Todos*

- ¡Libertad, libertad, libertad, libertad!

La aldea de Betania se puso en movimiento. La gente aplaudía y vociferaba y, en pocos minutos, todos los vecinos se apiñaron en torno a nosotros y echaron a andar por el atajo de las datileras, rumbo a Betfagé.

*Pedro*

- ¡Arriba el que viene en el nombre del Señor!

*Todos*

- ¡Arriba! ¡Hosanna!

Los peregrinos galileos que acampaban en las posadas del camino, cuando oyeron aquel alboroto, dejaron las jarras de vino y los dados y se unieron al grupo. Las mujeres se asomaban a las ventanas y nos saludaban con los pañuelos y las escobas en alto. Varios muchachos cortaron ramas de laurel y hojas de palmera y las agitaban en el aire como si fueran espadas. El griterío era ensordecedor.

*Felipe*

- ¡Eh, Jesús, aquí nadie oye nada! ¡Habla más

fuerte!

*Jesús* - ¿Y qué hago, Felipe? ¡Tendría que subirme en una datilera para poder hablarle a tanta gente!

*Felipe* - ¡En una datilera no, pero en un caballo sí! Eh, paisano, ¿nadie tiene un caballo por acá?

*Susana* - ¡Los caballos los tienen los soldados y los centuriones!

*Felipe* - ¡Pues un burro entonces, caramba! ¡El Mesías de los pobres irá montado en un burro!

*Pedro* - ¡Tú, muchacho, corre a la aldea y desata el primer burro que encuentres y tráelo acá! ¡Ve, anda, que Jesús lo necesita!

Cada vez nos seguía más gente. Nosotros, los doce, íbamos con Jesús, abriendo la marcha. María, su madre y las otras mujeres habían olvidado ya el miedo del primer momento y ahora gritaban a voz en cuello, mezcladas con todas las vecinas de Betania y de las posadas. Un campesino le prestó su burra a Jesús y él se montó en ella para hablarle mejor a la gente.

*Jesús* - ¡Amigos, ha llegado el día grande del Señor! ¡Queremos justicia hoy, no mañana! ¡Queremos libertad hoy, no mañana!

*Todos* - ¡Hosanna, hosanna, justicia hoy, no mañana! (5)  
¡Hosanna, hosanna, justicia hoy, no mañana!

Cuando llegamos a Betfagé, todo el pueblo estaba en la calle. Algunos, en un entusiasmo desbordado, tiraban los mantos sobre las piedras del camino por donde Jesús iba a pasar. Otros levantaban ramas de olivo vitoreando al Mesías.

*Judas* - ¡Arriba el profeta de Galilea, hosanna!

*Todos* - ¡Hosanna, hosanna! ¡Justicia hoy, no mañana!

Íbamos subiendo la ladera del Monte de los Olivos.(6) Era cerca del mediodía y el sol caía de lleno sobre nuestras cabezas, abrasándonos. Fue entonces, en un recodo, cuando apareció extendida a nuestros pies, como una enorme colmena, apretada de casas, rebosando gente, la ciudad de Jerusalén, encerrada en sus cuatro murallas que brillaban como el oro. Y, en medio de ella, sobre la Colina baja del Moria, el Templo con sus escalinatas repletas de vendedores y comerciantes.

*Pedro* - ¡Que viva Jerusalén y que se larguen de ella todos los sinvergüenzas!

Jesús se detuvo y, sin desmontarse de la burra, se quedó mirando la ciudad. Recuerdo que, en aquel momento, los ojos

se le llenaron de lágrimas.

*Jesús* - Jerusalén, ciudad de la paz, si por lo menos hoy comprendieras cómo se consigue la paz, ¡la verdadera! ¡Padre, ayúdanos! ¡Vamos a hablar en tu nombre! ¡Ábrele los oídos a los sordos que no quieren oír el grito de justicia de los pobres de Israel! ¡Llévanos en alas de águila como llevaste en otro tiempo a tu pueblo cuando lo liberaste de la esclavitud de Egipto!

*Pedro* - ¡Mira, moreno, la gente está saliendo de la ciudad y vienen a juntarse con nosotros! ¡La victoria es nuestra! ¡Nadie podrá detenernos!

*Judas* - ¡Levanta una rama, Jesús, y que todos te vean! ¡El pueblo está esperando esa señal!

Entonces, Jesús tomó una rama de olivo, la agarró con las dos manos y la alzó como un estandarte en medio de todos.

*Jesús* - ¡Hermanos, Jerusalén nos espera! ¡Dios está con nosotros! ¡Adelante, en el nombre de Dios!

Como una roca que se desprende y lo arrastra todo, así nos lanzamos por la cuesta de los Olivos, levantando una polvareda inmensa y batiendo las ramas. Atravesamos el torrente Cedrón y enfilamos hacia la Puerta Dorada, la que da a la explanada del Templo. Los soldados romanos, apostados sobre la muralla, nos miraban con desprecio. Uno de los centuriones, cuando vio aquel tumulto, dio orden de cerrar la puerta, y ya dos guardias estaban maniobrando los cerrojos. Pero los que íbamos delante avanzamos precipitadamente y nos lanzamos como un solo hombre contra los batientes de madera de la puerta a medio cerrar. El griterío de la multitud enardecida se desbordó bajo el doble arco de la Puerta Dorada y, arrastrados por la avalancha, entramos en la gran explanada del Templo de Jerusalén.(7)

Mateo 21,1-11 y 23,37-39; Marcos 11,1-11; Lucas 13, 34-35 y 19,29-38; Juan 12,12-18.

---

1. *Para las fiestas de Pascua, en primavera, se congregaban en **Jerusalén** miles de peregrinos, israelitas venidos del resto del país y judíos de las colonias del extranjero, triplicándose la población de la capital. Como la ciudad no podía absorber tal cantidad de personas, éstas se hospedaban, según sus lugares de origen, en las*

aldeas vecinas, que en los días de Pascua formaban lo que se llamaba el «Gran Jerusalén». Betania y Betfagé, aldeas situadas al este de la capital, acogían a miles de peregrinos. El ambiente de Jerusalén en estos días de fiesta multitudinaria era de llamativa alegría. Durante todo el año, los peregrinos ahorraban para los gastos extraordinarios de aquellos días. Se comía mejor, se bebía mucho, se compraban regalos. Para el pueblo, eran días de respiro y de expansión en medio de una vida de continuas privaciones.

2. Los días de **Pascua** ponían al rojo vivo las expectativas políticas del pueblo, su esperanza mesiánica. La Pascua conmemoraba anualmente la liberación del pueblo de Israel. Esclavos en Egipto durante siglos, los israelitas, conducidos por Moisés, habían alcanzado una tierra propia. Eso era lo que celebraban en aquellos días. La dominación imperial romana, que Israel soportaba desde hacía más de veinticinco años, exaltaba los sentimientos nacionalistas del pueblo. La Pascua era una ocasión para movilizaciones populares de todo tipo.

3. Para ocupar el Templo de Jerusalén, Jesús se inspiró en las palabras y gestos de **Moisés**, el Liberador de Israel. Así como Moisés fue enviado por Dios al palacio del faraón para exigir que dejara en libertad al pueblo (Éxodo 3, 16-20), Jesús quiso repetir ese mismo gesto profético ante los palacios de los «faraones» de su tiempo. Y así como Dios le dijo a Moisés cuál era su nombre para que lo llevara como bandera ante el opresor, Jesús proyectó ir también ante ellos con ese nombre.

4. Yahveh es el nombre de Dios en la Biblia. Significa literalmente: «Él es». Yahveh es la forma en tercera persona del nombre que en primera persona se traduce por «**Yo soy el que soy**». Este enigmático nombre del Dios de Israel puede traducirse también como «Yo soy el que hace ser» (el Dios creador) o «Yo soy el que verán que soy» (el Dios liberador, el que actúa en la historia haciendo cosas nuevas).

5. La palabra **Hosanna** con la que Jesús fue aclamado unos días antes de su muerte significa literalmente: «¡Sálvanos, por favor!» Con ella se pedía a Dios ayuda para la victoria (Salmo 118, 25). Poco a poco, el pueblo la fue usando como señal de aclamación, tanto a Dios como al Rey. El empleo del Hosanna fue una confesión popular y masiva de que Jesús era el Mesías anhelado por el pueblo de Israel.

6. Al llegar a la altura del **Monte de los Olivos**, por el

camino de Betania, se contemplan las murallas orientales de Jerusalén. En la hondonada, el torrente Cedrón. Enfrente, la Puerta Dorada que daba acceso directo al soberbio edificio del Templo. Esta puerta, una de las más hermosas de las que se abrían en las murallas, está hoy tapiada. Las viejas tradiciones judías dicen que volverá a abrirse solemnemente cuando llegue el Mesías y entre por ella a Jerusalén. Sectores del pueblo judío continúan todavía esperando la llegada del Mesías. En lo alto del Monte de los Olivos, y frente a esta hermosa panorámica de Jerusalén, se construyó una pequeña capilla llamada «Dominus Flevit» (el Señor lloró), en recuerdo de las lágrimas derramadas por Jesús días antes de ser asesinado al contemplar desde allí la capital de su patria.

7. El llamado tradicionalmente "domingo de Ramos", con el que se iniciaron los últimos días de la vida de Jesús fue un acontecimiento en nada parecido a una procesión ordenada, con palmas que se agitan pacíficamente al ritmo de cánticos religiosos. Los hechos ocurridos ese día fueron una auténtica manifestación popular en la que una **multitud** enardecida expresó sus más profundos sentimientos patrióticos y religiosos.



## 107- CON EL LÁTIGO EN LA MANO

Desde muy temprano, la gran explanada del Templo de Jerusalén(1) se había inundado de vendedores de vacas, corderos y palomas. Junto a las columnas del pórtico de Salomón, los buhoneros pusieron sus carretones con amuletos y mil baratijas. Sobre la escalinata que daba a los atrios interiores, se apostaron los cambistas de monedas. Resonaban las maldiciones y los regateos y, en el aire, como una nube espesa, flotaba el olor a sangre de los animales degollados, mezclado con el hedor del estiércol y el sudor rancio de los miles de peregrinos que abarrotaban la explanada.

En medio de aquella barahúnda de gente y animales, entramos nosotros, forzando la Puerta Dorada: una avalancha de campesinos de Betania, de forasteros galileos, de hombres y mujeres agitando con entusiasmo ramas de laurel y de palmera, enronquecidos ya de tanto gritar vitoreando al Mesías, al Hijo de David.

*Todos* - ¡Hosanna, hosanna, justicia hoy, no mañana!  
¡Hosanna, hosanna, justicia, hoy, no mañana!  
*Hombre* - ¡Arriba el profeta de Nazaret!  
*Todos* - ¡Arriba!  
*Mujer* - ¡Abajo Caifás y toda su pandilla!  
*Todos* - ¡Abajo!

Jesús iba delante, montado en una burra, apretujado por la enorme multitud que llenaba el atrio de los gentiles.(2)

*Jesús* - ¡Amigos de Jerusalén! ¡Ha llegado el Reino de Dios! ¡El mundo viejo se acaba! ¡Dios ha visto la opresión de nuestro pueblo y ha escuchado nuestro clamor! ¡Dios quiere liberarnos de todo yugo para que podamos servirle con libertad, con la frente bien alta, sobre una tierra nueva! ¡Que la justicia corra como un río y la paz como un torrente desbordado!  
*Hombre* - ¡Que viva Jesús, el Mesías de Dios!  
*Todos* - ¡Que viva!  
*Mujer* - ¡El Mesías ya está aquí, es el Hijo de David!  
*Todos* - ¡El Mesías ya está aquí, es el Hijo de David!

El sol ardiendo sacaba humo de los mosaicos que cubrían la gran explanada del Templo. Desde los muros de la Torre Antonia, los soldados romanos, con sus corazas de metal y sus lanzas, nos miraban con desprecio y esperaban órdenes para disolver el tumulto.

*Todos* - ¡El Mesías ya está aquí, es el Hijo de David!

Cuando apenas habíamos llegado a la primera terraza, un grupo de levitas y guardianes del Templo nos cortaron el paso amenazándonos con el puño.

*Levita* - ¡Al diablo con ustedes! ¿Se puede saber quién ha organizado este desorden?

*Jesús* - ¡El desorden lo han organizado ustedes, que han convertido la Casa de Dios en un mercado!

*Todos* - ¡Bien dicho! ¡Bien!

*Todos* - ¡El Mesías ya está aquí, es el Hijo de David!

*Levita* - Galileo rebelde, ¿es que no oyes lo que está gritando esta chusma? ¿No estás oyendo la insolencia?

*Hombre* - ¡Jesús es el Mesías! ¡Que viva Jesús!

*Todos* - ¡Que viva!

*Levita* - ¡Tápenle la boca a todos estos blasfemos!

*Jesús* - ¡Ni ustedes ni nadie nos callarán porque venimos en nombre de Dios! ¡Y si nos cierran la boca, gritarán las piedras!

*Levita* - ¿Nos estás amenazando, maldito?

*Jesús* - ¡Es Dios el que levanta el dedo contra ustedes, es Dios el que se tapa la cara cuando ve la abominación que ustedes han hecho en el lugar más santo!

*Mujer* - ¡Así se habla, caramba! ¡Duro con ellos, Jesús, bien duro!

*Hombre* - ¡Arriba el que viene en nombre del Señor!

*Todos* - ¡Arriba!

Los levitas tuvieron que echarse a un lado y dejarnos pasar. A Jesús le saltaban chispas por los ojos, como si llevara un horno dentro. Avanzó con prisa, por entre los corrales de vacas y de corderos, hasta ganar las primeras gradas, ya cerca de la gran escalinata repleta de pequeñas mesas donde se cambiaban las monedas griegas y romanas para pagar los impuestos del Templo en beneficio de Caifás y los sacerdotes.(3) Jesús se subió en el quicio de la terraza y con el brazo extendido, como Moisés cuando partió en dos el Mar Rojo, señaló al fastuoso templo de oro y mármol que tenía frente a él.

*Jesús* - ¡Amigos de Jerusalén! ¡Ahí dentro están los sacerdotes y los fariseos y los maestros de la Ley! ¡Están sentados en la cátedra de Moisés! ¡Y si Moisés levantara la cabeza, los sacaba a todos ellos a bastonazos! ¡Porque ellos se llaman representantes de Dios y a quien representan es a Mamón, el dios del dinero! ¡Porque con la boca hablan de la Ley de Moisés, pero las manos se les

van detrás del becerro de oro!

*Todos*  
*Jesús*

- ¡Bien, bien! ¡Duro con ellos, Jesús!  
- ¡Ahí están los hipócritas! ¡Ahí están los que dicen y no hacen! ¡A nosotros nos echan encima una carga de leyes, nos ahogan con impuestos, con ayunos, con penitencias que ellos mismos no cumplen, con mil normas que ellos mismos se inventan! ¡Y nosotros con el yugo sobre la nuca y ellos no mueven ni el dedo meñique para aligerarnos la carga!

*Todos*  
*Jesús*

- ¡Así es, así es! ¡Dales duro, Jesús!  
- ¡Ahí están los hipócritas! ¡Dicen que todos somos hermanos, pero ellos corren detrás de los primeros puestos y se ponen ropas de lujo y quieren que les besemos la mano y que los llamemos padres y maestros! ¿Maestros de qué? ¡De la mentira, porque eso es lo que enseñan! ¿Padres de qué? ¡De la avaricia, porque eso es lo que hacen, robar y comerciar con las cosas de Dios!

*Todos*  
*Jesús*

- ¡Bien, bien!  
- ¡Nosotros a nadie llamaremos padre ni maestro porque hay uno solo, el que está arriba, el Dios que levanta a los humildes y echa abajo los tronos de los poderosos! ¡Que viva el Dios de Israel!

*Todos*

- ¡Que viva, que viva!

En ese momento, rojos de ira, bajaron por las escalinatas un grupo de sacerdotes con el comandante de la guardia del Templo al frente de ellos. Venían vestidos con sus túnicas negras y altas tiaras sobre la cabeza.

*Sacerdote*

- ¡Cállate, maldito! ¿Con qué derecho insultas a los ministros de Dios, tú que eres un laico ignorante, un campesino cargado de mugre, que apesta más que la basura de la gehenna?

*Jesús*

- ¡La peste y la basura la trajeron ustedes, traficantes de Satán, que llenaron la casa de Dios con vacas y ovejas para engordar los bolsillos de ese viejo ladrón que se llama Anás!

*Sacerdote*

- Pero, ¿cómo te atreves a hablar así, hijo de ramera? ¿No sabes dónde estás? ¡Este es el Templo del Altísimo de Israel! ¡Estás a dos palmos del Santo de los Santos donde vive el Dios Bendito!

*Jesús*

- No, qué va, ahí no está el Bendito. ¡El Dios de Israel dio media vuelta y se fue de aquí, porque ustedes convirtieron su casa en un mercado y su religión en un negocio! ¡Y yo les digo que de este Templo no quedará una piedra sobre otra! ¡Todo esto se vendrá abajo como la estatua que vio el profeta Daniel, una estatua enorme y

lujosa pero tenía los pies de barro! ¡Y con una piedra se derrumbó entera! ¡Nosotros somos esa piedra y Dios nos lanzó hoy contra este Templo que tiene los cimientos de barro!

*Sacerdote* - ¡Las piedras te las vamos a lanzar a ti, agitador, blasfemo de la mayor blasfemia, porque has hablado contra el santo Templo del Altísimo!

*Jesús* - Te equivocas, amigo. Esto no es un Templo. ¡Es una tumba! ¡Un sepulcro cubierto de mármoles! Pero por dentro está todo podrido. ¡Y ustedes también huelen a muerto! ¡Sepulcros pintados con cal, eso es lo que son ustedes! Por fuera bonitos, por dentro llenos de gusanos. ¡Hipócritas! Atropellan a las viudas, venden a los huérfanos por un par de sandalias y luego vienen aquí a dar limosna. Primero le arrancan el pan de la boca a los pobres y luego ayunan en honor de Dios. Primero amenazan con el puño a los infelices y luego vienen muy piadosos a rezar en el Templo, como si Dios no se diera cuenta de toda la mentira de ustedes, fariseos y farsantes, que se tragan los camellos enteros y luego cuelan el mosquito.

*Todos* - ¡Hosanna, hosanna, justicia hoy, no mañana!  
¡Hosanna, hosanna, justicia hoy, no mañana!

*Sacerdote* - ¡Este hombre está endemoniado! ¡Es un peligro para todos! ¡Háganlo callar! ¡Háganlo callar!

*Jesús* - Claro, porque no les conviene que digamos la verdad. Porque la verdad hace libres a los hombres y ustedes quieren que sigamos con la venda sobre los ojos para seguir aprovechándose de nosotros. ¡Los demonios son ustedes, raza de víboras, hijos de la serpiente que engañó a nuestros primeros padres!

*Todos* - ¡Bien, Jesús, bien! ¡Así se habla!

Entonces aparecieron en el umbral de la Puerta de Corinto, la que llaman la Hermosa, cuatro ancianos del Sanedrín, con túnicas de lino puro y las manos muy enjoradas. Eran los magistrados más temidos y más poderosos de nuestro pueblo, parientes del sumo sacerdote Caifás, de la más alta aristocracia de Jerusalén. Cuando los vimos salir, retrocedimos un poco. Hasta los cambistas de monedas y los vendedores que se apiñaban en la escalinata, dejaron sus negocios para ver cómo terminaba aquello. Los magistrados se quedaron arriba, junto a la Puerta. Rezumaban odio contra Jesús, pero se contuvieron para no amotinar más al pueblo.

*Magistrado*- ¡Basta ya de tonterías, galileo embaucador!  
Pero, ¿quién te has creído que eres? ¿Piensas que

vamos a soportar que, en nuestras narices, vengas tú, un campesino con las sandalias rotas, a vomitar tus resentimientos? ¡Vamos, largo de aquí! ¡Váyanse todos por las buenas, si no quieren que los echemos por las malas! ¡Hemos dicho que se vayan!

*Jesús* - Son ustedes los que tienen que irse de este lugar y dejarnos vivir en paz. ¡Ustedes son los embaucadores del pueblo, ustedes que tienen más crímenes que años sobre sus espaldas!

*Magistrado*- ¡Este rebelde debe morir! ¡Debe ser apedreado ahora mismo!

*Jesús* - ¡Háganlo, sí, ésa es la costumbre de ustedes! ¡Primero matan a los profetas y luego, cuando pasó el peligro, les levantan monumentos y les adornan las tumbas! ¡Asesinos! ¡Tienen las manos manchadas de sangre inocente! ¡Pero Dios les pedirá cuenta de toda esa sangre derramada por ustedes, desde la sangre del justo Abel hasta la de Zacarías, el hijo de Berequías, que ustedes mataron aquí mismo, junto al altar de Dios!

Uno de los ancianos, con los ojos inyectados de cólera, levantó el puño para maldecir.

*Magistrado*- ¡Anatema contra ti, perro rabioso! ¡Anatema contra todos ustedes, rebeldes! ¡El castigo de Dios será terrible!

*Jesús* - No nos asustan sus palabras, magistrado del Sanedrín. Dios está de nuestra parte. ¡Y es Dios el que lanza el anatema contra ustedes, que han convertido su Casa de oración en una cueva de bandoleros!

Jesús se agachó y tomó del suelo unas cuerdas que habían servido para amarrar el ganado. Les dio una vuelta en la mano y se abalanzó por la escalinata subiendo las gradas de dos en dos. Nosotros fuimos detrás, atropelladamente. Jesús blandía el látigo con tanta furia que los cuatro ancianos entraron huyendo por la puerta por donde habían aparecido. Cuando llegó arriba, gritó con autoridad.

*Jesús* - ¡Fuera de aquí, mercaderes de Satán, fuera de aquí!

La algarabía fue espantosa. Jesús volcó las mesas repletas de monedas y las echó escaleras abajo. La gente se tiraba sobre el dinero y los cambistas, enfurecidos, se tiraban sobre la gente. Una y otra vez Jesús descargó el látigo sobre las balanzas de los impuestos. Las vacas y ovejas se espantaron con aquel griterío y echaron a correr por la

explanada. La gente chillaba y los vendedores se desgañitaban maldiciendo. Volaban las palomas y también los puñetazos. Como el tumulto iba en aumento, los soldados de la Torre Antonia comenzaron a movilizarse. Pero Jesús seguía hablando enardecido.

*Jesús* - ¡Díganle a Caifás que mañana iremos frente a su palacio, y pasado mañana iremos donde Herodes a acusarlo en su madriguera, y luego iremos donde Poncio Pilato delante de la Torre Antonia! ¡Y al tercer día Dios vencerá! ¡Ha llegado el Día grande del Señor, el Día de la liberación!

*Todos* - ¡Libertad, libertad, libertad, libertad!

*Levita* - ¡Metan preso a ese rebelde! ¡Que no se escape!

*Sacerdote* - ¡Metan presa a toda la ciudad si hace falta!

*Mujer* - ¡Ay, Dios santo, van a matarnos a todos! ¡Corran, muchachos!

En medio de aquel torbellino humano, logramos sacar a Jesús por los pórticos hacia el barrio de Ofel. De allí, fuimos escondiéndonos, hasta la Puerta de Sión, a la casa de Marcos, el amigo de Pedro. Cuando se hizo de noche, escapamos hacia Betania.

Aquel día la colina del Templo de Jerusalén tembló desde sus cimientos, como cuando Elías, allá en el Carmelo, empuñó el látigo de Dios contra los sacerdotes de Baal.

Mateo 21,12-17 y 23,1-36; Marcos 11,15-19 y 12,38-40; Lucas 11,37-52 y 19,45-48; Juan 2,13-22.

---

*1. El **Templo** designa un amplísimo recinto que dominaba por completo Jerusalén. Comprendía el santuario -especie de capilla donde la religión judía localizaba la presencia de Dios-, el atrio de los sacerdotes y otros tres atrios o patios rodeados por amplios pórticos con columnas. Los tres atrios donde podían entrar los laicos eran: el de los paganos (único lugar del templo al que podían pasar los extranjeros no judíos), el de las mujeres (sólo podían llegar las mujeres hasta esta zona) y el de los israelitas (donde entraban los judíos varones). En el santuario sólo podían entrar los sacerdotes. La estructura del templo, sus divisiones, eran un reflejo del sistema jerárquico y discriminatorio de la sociedad.*

*Desde cualquier punto de vista, religioso, político, social y económico, el Templo de Jerusalén era la*

institución más importante de Israel en tiempos de Jesús. Lo era para las autoridades religiosas (sacerdotes, sanedritas, levitas, fariseos, escribas). Cada uno de estos grupos, a su modo, vivían del Templo y usaban su significación religiosa para su propio provecho. Lo era para el pueblo, que vivía anonadado ante la magnificencia de aquel suntuoso y descomunal edificio. La trascendencia de aquel lugar no pasó desapercibida para el imperio romano. Tras difíciles negociaciones, los gobernadores romanos consiguieron que se ofreciera diariamente en el Templo un sacrificio por el emperador. Con esto, los israelitas quedaban dispensados de cualquier otra forma de culto al soberano de Roma.

En el Templo se daba culto a Dios. Un culto en forma de oraciones, cánticos, perfumes que se quemaban, procesiones de alabanza. Y un culto en forma de sacrificios sangrientos de animales o de otros productos del campo (trigo, vino, panes, aceite). Los sacrificios son expresión de un profundo sentimiento religioso del ser humano. En todas las culturas primitivas el hombre ofreció a Dios algo suyo -destruyéndolo, matándolo, quemándolo- como un símbolo de sumisión, como forma de pedir ayuda o perdón. En tiempos de Jesús, la mayoría de los animales que se sacrificaban en el Templo se vendían allí mismo o en tiendas cercanas que pertenecían también al Templo. Se entregaban después a los sacerdotes, que los quemaban totalmente o los degollaban dentro del santuario esparciendo sobre el altar la sangre como ofrenda agradable a Dios. El resto del animal se lo solían comer los sacerdotes y el que lo había ofrecido. Todos los días del año había sacrificios en el Templo, pero en la semana de Pascua se multiplicaban. Cada día se sacrificaban dos toros, un carnero, siete corderos y un macho cabrío en nombre de todo el pueblo. Además había multitud de otros sacrificios privados por las más variadas razones: pecados, impurezas, promesas, votos. Las víctimas pascuales propiamente dichas (corderos machos y jóvenes, según lo prescrito por la Ley) llegaban en los días de la fiesta de Pascua a decenas de miles. Algún historiador da la cifra de más de 250 mil corderos sacrificados en la Pascua.

El culto del Templo representaba la fuente de ingresos más importante de Jerusalén. Del Templo vivía la aristocracia sacerdotal, los simples sacerdotes y multitud de empleados de distinta categoría (policías, músicos, albañiles, orfebres, pintores). Enormes cantidades de dinero afluían hacia el Templo. Venían de donaciones de personas piadosas, del comercio de ganado, de los tributos que los israelitas habían de pagar, de promesas. Administrar el

fabuloso Tesoro del Templo era estar colocado en el puesto de máximo poder económico de todo el país. La familia de los sumos sacerdotes ejercía este cargo a través de un cuerpo de tres tesoreros afines, a veces de su propia parentela. En tiempos de Jesús, el negocio de los animales para los sacrificios pertenecía a Anás y a su familia.

A tan fabuloso poderío económico estaba ligado el poder político. El Sanedrín, máximo órgano religioso-político-jurídico de Israel, tenía sus sesiones en el Templo y lo presidía el sumo sacerdote. Ninguna institución de nuestro tiempo es comparable a lo que fue para Israel el Templo de Jerusalén ni ningún edificio-símbolo de poder actual puede ponerse en paralelo con esta institución.

En el año 70 después de Jesús, el Templo fue incendiado y arrasado por los romanos, que sofocaron así una revuelta nacionalista judía. No quedó del Templo, una de las grandes maravillas del mundo antiguo, piedra sobre piedra. Hoy sólo se conserva de él un trozo de uno de los muros que le servían de muralla: el llamado «muro de las lamentaciones». Junto a este muro, los judíos lloran todavía por la destrucción del Templo, ocurrida hace casi dos mil años. Allí celebran sus fiestas, rezan y alaban al Dios de sus antepasados. El lugar que ocupaba aquel grandioso edificio es hoy una inmensa explanada (491 x 310 metros), en el barrio árabe de Jerusalén. En el centro de esta explanada se alza la bellísima mezquita de Omar o mezquita de la Roca. Fue construida allí en el siglo VII por los árabes, cuando se hicieron dueños de Jerusalén. En el interior de la mezquita hay una enorme roca que los judíos veneraron como el monte Moria en el que Abraham iba a sacrificar a Isaac, y en donde se realizaban los sacrificios de animales en el Templo.

2. **El atrio de los gentiles** (de los paganos), el más exterior de los atrios del Templo de Jerusalén, era la llamada «explanada del Templo». Tenía siete puertas de entrada y allí se instalaba el mercado de animales para los sacrificios (toros, terneros, ovejas, cabras, palomas) y las mesas para el cambio de moneda. El atrio tenía una superficie de 480 x 300 metros y estaba rodeado por columnatas y un muro de 5 metros de espesor, construido con piedras de 10 metros y de hasta 100 toneladas de peso. El atrio de los gentiles terminaba en un muro bajo, en el que letreros en latín y griego advertían los no judíos que si lo traspasaban serían ejecutados.

3. Los cambistas de monedas, a los que Jesús volcó sus **mesas** en el Templo de Jerusalén, tenían como función cambiar el dinero extranjero (griego o romano), que traían



los peregrinos al Templo para pagar sus impuestos, por la moneda propia del santuario. Las monedas extranjeras llevaban grabada la imagen del emperador, un hombre divinizado, y por lo tanto, eran para los judíos blasfemas e impuras. Por eso, este dinero no podía entrar en lugar sagrado y era necesario cambiarlo. Todos los israelitas estaban obligados a pagar anualmente al Templo varios tributos: dos dracmas, las primicias de la cosecha o de los productos de su trabajo, y el llamado «segundo diezmo». Este último tributo no se entregaba en el Templo, pero todos estaban obligados a gastarlo en Jerusalén en comida, objetos u hospedaje. En Pascua, la afluencia de dinero en la capital era enorme. Los cambistas no sólo cambiaban moneda, sino que actuaban como auténticos banqueros. Volcar las mesas de los mercaderes del Templo no fue un acto exclusivamente religioso. Los sacerdotes vivían del negocio de los cambistas. En el Templo de Jerusalén lo político, lo religioso y lo económico estaban tan estrechamente ligados que era imposible hacer una denuncia religiosa que no fuera a la vez un ataque al poder económico y al político.

## 108- UN HOMBRE POR EL PUEBLO

*Pregonero* - ¡Vecinos de Jerusalén y forasteros llegados para la fiesta! ¡Las autoridades de esta ciudad andan buscando a un tal Jesús, un campesino de rostro moreno, de unos treinta años, alto, con barba, procedente de Galilea, que se hace llamar profeta y mesías! ¡Cualquier persona que sepa el paradero de este peligroso rebelde, que lo informe a los magistrados del Sanedrín y será recompensado con sesenta siclos de plata!

Después de lo ocurrido el domingo en el Templo, cuando invadimos con gritos y ramas de palmera la explanada de los gentiles, los jefes religiosos de la capital hicieron pregonar este aviso en las doce puertas de la ciudad de David, por el mercado y por los barrios.

Mientras tanto, el viejo Anás, el sacerdote más rico y más influyente de toda Jerusalén, que controlaba desde su palacio la venta de los animales que se sacrificaban en el Templo, conversaba con su yerno José Caifás, el sumo sacerdote de aquel año.

*Caifás* - Si usted hubiera estado allí, si hubiera presenciado el motín, no hablaría ahora con tanta tranquilidad.

*Anás* - Me alegro de no haber visto nada. A mi edad, querido yerno, esos disgustos son peligrosos.

*Caifás* - No podemos consentir otro escándalo como ése. Créame, Anás, lo que pasó el domingo en el Templo fue algo muy lamentable.

*Anás* - Bueno, lo que más lamenté yo fueron mis vacas. Como siempre en estos casos, la chusma se aprovecha de la confusión. Han desaparecido cinco vacas con sus becerros. Ovejas perdidas, por lo menos cuatro docenas. Las palomas no las cuento.

*Caifás* - Ni yo tampoco cuento las monedas desparramadas por la escalinata. Los cambistas dicen que no pudieron defenderse de la turba. ¡Imbéciles! Precisamente a la hora de sexta, cuando más dinero tenían recogido, es cuando ese agitador entró y armó el tumulto ¡Maldito nazareno!

*Anás* - En fin, mi querido yerno Caifás, no hay por qué preocuparse tanto. El aviso ya está puesto. Lo han pregonado por todos los rincones.

*Caifás* - ¿Y qué adelantamos con eso? Toda la ciudad está con él. Lo esconden. Lo protegen.

*Anás* - Pero siempre hay uno que canta. Sesenta siclos de plata son una buena carnada para cualquier muerto

de hambre. Tranquilízate, Caifás. No le des tanta importancia a un campesino chiflado. Mañana o a más tardar el jueves, este asunto estará resuelto. Aunque ese tal Jesús se esconda en el mismísimo sheol, daremos con él. Y ahora, en vez de morderte las uñas, ve y reúne al Sanedrín y explícale la «delicada situación» que ha provocado el nazareno. Todos los magistrados te darán su voto de confianza. Después, mi querido yerno, ya sabes tú lo que tienes que hacer...

Era el 11 de Nisán, martes. Desde el domingo estábamos escondidos con Jesús en Betania, en la planta alta de la taberna de Lázaro. Judas, el de Kariot, que conocía bien la ciudad, iba y venía para contarnos cómo andaban las cosas. Pero aquella mañana tardó en regresar.

*Barrabás* - ¿Qué demonios está esperando el jefe de ustedes, Judas? ¿En qué está pensando? Sí, lo del domingo en el Templo fue un buen golpe de efecto, pero nada más. Con ramas de palmera no se gana una guerra.

*Judas* - Eso mismo le dijimos algunos de nosotros, Barrabás. Pero, ¿qué quieres? El jefe es el jefe, caramba. Nosotros estamos con Jesús y vamos donde él diga.

*Barrabás* - ¡La causa es la causa, Judas! ¡Y nuestra causa está por encima de todos los jefes!

En una de las casuchas del barrio de Ofel, con las puertas y las ventanas cerradas, Barrabás, uno de los líderes del movimiento zelote, discutía con Judas, el de Kariot.(1)

*Barrabás* - Judas, escúchame. Tú fuiste durante un tiempo de los nuestros. Puedo hablarte con confianza. Los del movimiento nos hemos pasado toda la noche discutiendo y... y tenemos un plan.

*Judas* - ¿Y cuál es ese plan?

*Barrabás* - Atiende, compañero. Hay una cosa clara. De todos los cabecillas que tenemos ahora en nuestro país, el único que es capaz de movilizar al pueblo es el de ustedes, el nazareno. Sí, hay que reconocerlo. A los dirigentes del movimiento les costó trabajo aceptar esto, pero yo se lo hice ver. Pilato ha crucificado a nuestros mejores hombres. Los sicarios se han vuelto antipáticos a la gente por su afán de sangre. Los jefes de Perea y de Judea están muy quemados ya. ¿Con quién podemos contar entonces? Jesús es el único que puede levantar en armas al pueblo, ¿comprendes?

*Judas* - Sí, comprendo, pero, ¿qué me dices con eso?

*Barrabás* - Escucha, Judas. Nosotros sabemos dónde conseguir una buena cantidad de espadas y garrotes. Tenemos gente preparada para asaltar el arsenal de Siloé y el de la Antonia. Es cuestión de distribuirnos el trabajo. Y de planear bien el golpe. Ya tú sabes cómo son estos líos, una vez que estallan, no hay quién los pare. Sólo hace falta una cosa.

*Judas* - Que Jesús empuñe la espada y dé el primer tajo, ¿no es eso?

*Barrabás* - Eso mismo, Judas. Respóndeme, entonces: ¿Jesús se decidirá, sí o no?

*Judas* - Creo que no, Barrabás. El moreno es... es un idealista. Dice que nuestra fuerza no está en las armas sino en protestar todos juntos hasta reventarle la paciencia al faraón, como hizo Moisés en Egipto.

*Barrabás* - Un idealista no. Un imbécil. Ya se lo dije yo cuando asesinaron a Juan el bautizador. Si no cambias de táctica, nazareno, correrás la misma suerte que el hijo de Zacarías.

*Judas* - Jesús no va a cambiar. Al menos, por ahora.

*Barrabás* - ¡Es que ahora es la oportunidad, Judas! ¡Ahora o nunca! ¡La ciudad está en ascuas esperando la señal para lanzarse contra el cuartel romano!

*Judas* - Si quieres, podemos hablar con Jesús a ver si...

*Barrabás* - No, iscariote. No es momento de hablar sino de actuar. Y pronto. Si Jesús no se decide, lo decidiremos nosotros.

*Judas* - ¿Qué han pensado los del movimiento?

*Barrabás* - Matarlo.

*Judas* - ¿Cómo has dicho?

*Barrabás* - Dije matarlo. Eliminar a Jesús. Lo degollaremos. Luego diremos que los romanos lo asesinaron.

*Judas* - Pero, ¿están locos? ¿Cómo se les ocurre?

*Barrabás* - No entiendes nada de política, Judas. Un líder muerto puede ser a veces mucho más útil que vivo. Con la sangre derramada se pintan las banderas, ¿comprendes?

*Judas* - Pero, ¿qué ganarían ustedes con eso?

*Barrabás* - ¡Que el pueblo se levante en armas, caramba! ¡En dos minutos correrá la noticia por toda Jerusalén y en otros dos estallará la revuelta! Será la chispa necesaria para el gran incendio.

*Judas* - No puedo creer que el movimiento sea capaz de una cosa así... ¿Tú, Barrabás, tú harías una cosa tan baja?

*Barrabás* - Eres tú quien va a hacerlo, Judas. Contamos

contigo. Tú sabes dónde se esconde el nazareno. Eres de los suyos.

*Judas* - Pero, ¿estoy oyendo bien o...? ¿Qué estás insinuando, Barrabás?

*Barrabás* - No estoy insinuando nada, iscariote. Estoy diciendo a las claras que, tal como están las cosas, Jesús es más útil muerto que vivo. Y tú eres el más indicado para llevar a cabo este plan.

*Judas* - ¡Maldita sea! ¡Me repugna oírte hablar, Barrabás! Adiós. No cuentas conmigo para matar a un compañero. Y menos a Jesús.

*Barrabás* - Espérate, Judas, espérate. Tranquilízate. Trata de comprender al movimiento.

*Judas* - Lo siento, Barrabás. Yo no traiciono a los míos.

*Barrabás* - ¿Por qué usas esa palabra?

*Judas* - Porque no hay otra.

*Barrabás* - Sí, hay otra. No es traición, sino estrategia. Es necesario que muera un hombre por el pueblo. ¡Compréndelo, Judas!

Aquel martes, por la tarde, el sumo sacerdote José Caifás había convocado una reunión de urgencia con los principales magistrados de Jerusalén.

*Caifás* - Compréndanlo, ilustres del Sanedrín. Es un asunto delicado sobre el que debemos llegar a una pronta decisión. Se trata de ese fanático llamado Jesús, del que muchos de ustedes ya habrán oído hablar. Un hombre de la peor calaña, rebelde contra Roma, blasfemo contra el Templo, agitador, conspirador y además, imbécil. Porque sólo un imbécil se pone a tirar huevos para romper un muro.

*Magistrado* - Mi opinión, excelencia, es cortar por lo sano. Al leproso, al impuro y al rebelde se les aparta cuanto antes de la comunidad.

*Jeconías* - Lo siento, pero no estoy de acuerdo. La ciudad está repleta de peregrinos. El pueblo está muy excitado con los nuevos impuestos. Esperemos que pasen estos días de fiesta. Entonces todo será más fácil y menos ruidoso.

*Magistrado* - ¡Apoyo a mi colega Jeconías! Además, no debemos ser nosotros los que detengamos a ese revoltoso. Sería mal visto por el pueblo, Mejor que sea el gobernador Pilato quien se ocupe de él.

*Magistrado* - ¡El gobernador Pilato dice que está harto de levantar cruces para crucificar a nuestros mesías! ¡Que no quiere ningún lío más!

*Jeconías* - ¡Al contrario, lo que Pilato quiere es tener una nueva excusa contra nosotros para seguir robando el Tesoro del Templo!

*Caifás* - Ilustres, no hablen así del gobernador. Poncio Pilato tiene sus pequeñas manías, es verdad, pero es un hombre prudente y siempre nos ha apoyado al buen gobierno de la provincia. Personalmente, considero que si dejamos correr este asunto del rebelde nazareno, el gobernador Pilato puede ponerse nervioso y avisar al César. Su amigo Sejano allá en Roma, no tiene ninguna simpatía por nuestro pueblo. Y puede dar órdenes de invadir Jerusalén y saquear el Templo. ¿No les parece más sencillo eliminar a un hombre que poner en peligro la paz y el orden de nuestra nación?

*Todos* - ¡Sí, sí, usted tiene razón, excelencia! ¡Ese rebelde debe morir!

*Caifás* - Me alegro que hayamos llegado a este acuerdo. Conviene que muera un solo hombre para salvar a todo el pueblo.

A esa misma hora, en la casucha del Ofel...

*Zelote* - Está bien, Judas. Comprendo tus razones y tus sentimientos. Lleguemos a un acuerdo. No hará falta derramar la sangre del nazareno, como te había propuesto el compañero Barrabás.

*Judas* - ¿De qué se trata entonces?

*Zelote* - Bastará con que lo agarren preso. Jesús tiene mucha popularidad. Cuando la gente se entere de que lo han detenido, se lanzará a la calle.

*Judas* - ¿Qué quiere el movimiento de mí?

*Zelote* - ¿No has oído el anuncio que han puesto los magistrados del Sanedrín? Andan buscando a Jesús.

*Judas* - No lo encontrarán nunca. Lo tenemos bien escondido.

*Zelote* - Sí, Judas. Más tarde o más temprano lo encontrarán. Lo meterán preso cuando ya los peregrinos se hayan ido de la ciudad y ya no será lo mismo. Tienes que comprender, Judas. Ahora es el momento. Jerusalén está abarrotada de gente. No podemos perder esta oportunidad.

*Judas* - Y ustedes quieren que yo vaya con el soplo, ¿no es eso?

*Zelote* - Escucha, Judas. Deja los sentimentalismos a un lado y trata de razonar. Es necesario que apresen a Jesús durante estos días de fiesta. Pero no tengas miedo. Antes de que le pongan la cruz sobre los hombros habrá estallado la revuelta. Lo primero que haremos será liberar a los presos que

se pudren en las mazmorras de la Torre Antonia. Confía en nosotros, compañero. Te devolveremos a tu querido jefe sano y salvo. El movimiento te lo promete.

- Judas* - Si digo que sí, ¿qué tendría que hacer yo?  
*Zelote* - Una misión un poco desagradable, pero necesaria. Ir con el comandante de la guardia del Templo y decirle dónde se esconde Jesús.
- Judas* - O sea, ser un vulgar soplón.  
*Zelote* - No, Judas, ser un verdadero luchador que llega hasta las últimas consecuencias. Vamos, decídetelo. Ve donde esos hijos de perra y diles que tú sabes dónde está el nazareno. Si te ofrecen dinero, acéptalo. Hay que hacer bien la comedia.
- Judas* - Es precio de traición.  
*Zelote* - No, Judas, es precio de revolución. Entonces, ¿qué? ¿Podemos contar contigo? ¿Sí o no?

Judas no dijo una palabra más. Dejó atrás el barrio de Ofel y se dirigió a donde estaba acantonada la guardia del Templo.

- Comandante*- ¿Cómo te llamas tú?  
*Judas* - Judas... Judas de Kariot.  
*Comandante*- ¿Qué quieres?  
*Judas* - Yo sé... yo sé dónde está el hombre.  
*Comandante*- ¡No me digas! Mira que ya han pasado muchos por acá dando falsas alarmas y no estoy dispuesto a movilizar tropas para cazar fantasmas.
- Judas* - Puedes confiar en mí. Yo soy... yo era de los suyos.  
*Comandante*- ¿Anjá? Eso está mejor. ¿Y dónde está tu jefe?  
*Judas* - Ahora no pueden agarrarlo. Hay mucha gente con él. Yo les avisaré cuando sea el mejor momento.  
*Comandante*- Descuida, tú también vendrás con nosotros. Si mientes, la pagarás con tu pescuezo. ¿De acuerdo?  
*Judas* - De acuerdo.  
*Comandante*- Toma, lorito. Te daré la mitad por delante. Treinta siclos de plata. La otra mitad, cuando el hombre esté en nuestras manos. ¡Y ahora, lárgate! ¡Puah! Así son estos desgraciados. Venden a su propio jefe por unas monedas.

Y Judas, el de Kariot, salió del palacio del sumo sacerdote Caifás y se perdió por una de las estrechas y oscuras callejuelas de la ciudad de Jerusalén.(2)

- Judas* - ¡Viejo imbécil, cuando el pueblo se levante en armas, te acordarás de mí!
-

Mateo 26,14-16; Marcos 14,1-2, Lucas 22,1-6; Juan 11,45-57.

---

1. Los **zelotes** no eran revolucionarios sanguinarios. Tampoco se les puede identificar con un partido político, tal como hoy entendemos este término. Su ideología arraiga en una tradición religiosa profunda por la que Israel entendía que su país era tierra santa y no podía ser oprimido por extranjeros. Les caracterizaba un apasionado nacionalismo y una espiritualidad muy honda con base en los mensajes de los profetas. En cuanto a su práctica, les distinguía la voluntad de liberar de manera inmediata a Israel de la dominación romana. Su opción eran las armas. Ideológicamente, era quizá el grupo que más claramente representaba la sed de libertad que Israel había experimentado en los últimos siglos de su historia. Todo esto explica que coincidieran con Jesús en muchas cosas, que tuvieran en él muchas esperanzas y que se fascinaran por el poder de convocatoria popular del profeta galileo. Los zelotes pudieron entender los hechos ocurridos en el Templo de Jerusalén unos días antes de que Jesús fuera asesinado como el prelude de la ansiada y definitiva insurrección que desembocaría en la liberación nacional.

2. La pasión de Jesús fue un hecho histórico en el que confluyeron multitud de circunstancias. La traición de **Judas** debe ser recuperada del fatalismo con que tradicionalmente ha sido interpretada. A la distancia de dos mil años, nunca se sabrán con exactitud las razones de Judas. Pero hacer de él un ser que nació «sólo para traicionar», el arquetipo de la maldad, distorsiona los hechos que sucedieron aquellos días en Jerusalén. Judas fue un hombre de carne y hueso y no una marioneta cuyos hilos manejó desde la altura un Dios terrible que lo predestinó a la traición para así poder matar a su propio hijo. La traición de Judas y la responsabilidad que pudieron tener los grupos zelotes en la muerte de Jesús no borran el hecho de que la culpa por el asesinato de Jesús recae históricamente sobre las autoridades religiosas de Jerusalén, aliadas con el poder imperial romano. Caifás, sumo pontífice, y como sombra suya, Anás, el hombre más rico e influyente de Jerusalén, fueron los máximos responsables.



## 109- CORDERO Y PANES ÁZIMOS

Desde el domingo, después de lo del templo, no habíamos vuelto a asomar las orejas por Jerusalén. A Jesús lo buscaban por la ciudad y todos estábamos en peligro. Nuestro amigo Lázaro nos escondió a los doce y a las mujeres en un sótano de su taberna en Betania.

*Lázaro* - ¿Qué tal se vive en esta ratonera, eh, muchachos?

*Juan* - No está mal, Lázaro. ¿Qué más queremos? Techo, comida y amigos para conversar.

*Lázaro* - ¡Uff! Me quedo un rato con ustedes. Ah, caramba, ¿y qué extravagancia estará pensando esta pandilla de galileos? A ver, cuéntenme...

*Pedro* - Lo que estamos pensando es qué diablos vamos a hacer mañana, Lázaro, porque...

*Santiago* - ¡Psst! ¡Calla la boca, Pedro! ¡Si sigues gritando, lo que haremos será jugar a los dados en el calabozo!

*Pedro* - Bueno, pues lo digo bajito. ¿Qué es lo que vamos a hacer mañana?

*Juan* - Pues comer la Pascua, digo yo, como todos los buenos israelitas. Celebraremos la fiesta escondidos en una cueva si hace falta, pero la celebraremos, ¡qué caray!

*María* - Mañana ya la cena de la Pascua... Qué pronto han pasado los días, ¿verdad, muchachos?

*Magdalena* - Y dígallo, doña María.

*Pedro* - Miren, camaradas, si nos descuidamos nos vamos a quedar sin cordero. Nuestros paisanos son los primeros en comprarlos, se llevan los más gordos y luego vas tú y te quieren vender unos borregos que parecen un saco de huesos.

Comenzaba a oscurecer, pero no encendimos ninguna luz para no llamar la atención. Era miércoles 12 de Nisán. Al día siguiente, los galileos que habíamos ido a Jerusalén para la fiesta comeríamos la gran cena de Pascua.(1)

*Lázaro* - Amigos, perdonen que les eche arena sobre el fuego, pero yo pienso que ustedes no deberían celebrar aquí la cena.

*Santiago* - Yo estoy con Lázaro. Cada día que pasa esta taberna es un lugar más peligroso. Betania está repleta de peregrinos. Y donde hay mucha gente, hay muchas lenguas.

*Lázaro* - Con soplones o sin soplones, tarde o temprano vendrán a buscar aquí a Jesús. Y la noche de Pascua es buena ocasión para esos tipos. Saben que pueden encontrar a todas las palomas en el

palomar. ¿Quieren mi consejo? Váyanse a otro sitio. Yo lo siento por Marta y María, que tenían muchas ganas de prepararles el cordero, pero no, éste no va a ser lugar seguro mañana jueves.(2)

*Susana* - Pues si no es aquí, ¿a dónde rayos nos vamos a meter, eh?

*Pedro* - ¡Yo tengo una idea!

*Juan* - ¡Psst! ¡No grites más, Pedro!

*Santiago* - ¿Qué has pensado, tirapiedras?

*Pedro* - Hablar con mi amigo Marcos. Él nos prestará su casa. No es muy grande, pero cabremos todos.

*Juan* - Eso es una locura, narizón. La casa de Marcos está muy cerca del palacio de Caifás.(3)

*Pedro* - Por eso mismo, Juan. ¿A quién se le va a ocurrir que nos tienen tan cerca? Es el último lugar en donde nos buscarán.

*Santiago* - Es verdad. Además, si el viernes vamos a juntarnos delante del palacio de Caifás, podemos ir viendo el terreno y hablando con los vecinos.

*Susana* - Pero, ¿ustedes no escarmientan? ¿O es que se les aflojaron los sesos? ¿Ustedes piensan armar otro alboroto como el del domingo?

*Jesús* - Claro, Susana. El viernes iremos donde Caifás y luego donde los otros grandes de Jerusalén y les diremos lo que hay que decirles. Ahora que hemos comenzado no podemos echarnos atrás.

*Juan* - Sí, Jesús, pero un lío como el del domingo no se puede repetir. Te juegas la cabeza, moreno.

*Jesús* - Nos la jugamos todos, Juan. Pero hay que ir adelante. El que no arriesga no pierde, pero tampoco gana.

*Lázaro* - Adelante sí, Jesús, pero entrando por aquí y saliendo por allá, como hace la culebra cuando camina. Ahora hay que ir con mucha astucia.

*María* - Ay, hijo, por Dios, ¿tú crees que pase algo malo? Cuando los oigo hablar así se me pone el corazón en la boca.

*Jesús* - No tengas miedo, mamá. Ya verás cómo todo va a salir bien. Dios meterá su mano por nosotros. Dios no va a fallarnos, estoy seguro. El guardián de Israel no duerme y no dejará que resbalen nuestros pies.

*Pedro* - Bueno, pues dicho y hecho. Mañana, antes de que amanezca, Juan, estamos tú y yo hablando con Marcos y comprando el cordero. Las mujeres, que madruguen también para ir a preparar la comida.

*Lázaro* - Y los que se queden aquí, ¡como muertos! ¡Con la boca cerrada hasta la hora de la cena!

El sol de aquel jueves empezaba a dorar las murallas de Jerusalén cuando Pedro y yo llegamos al templo. A pesar de

la hora, había ya cientos de personas en la gran explanada de mosaicos blancos y tuvimos que abrirnos paso a empujones.

*Juan* - Ea, tirapiedras, tú entiendes más de animales. Elige tú el cordero.

*Pedro* - ¡Mira aquél, Juan! Parece una buena pieza. ¡Ven! ¡Eh, tú paisana!

*Vendedora* - ¿Qué pasa?

*Pedro* - Paisana, ¿cuánto me pides por el animalito éste?

*Vendedora* - ¡Catorce denarios y te lo llevas!

*Pedro* - ¿Catorce qué? ¡Mira tú, con ese dinero compro yo todo el rebaño! ¡No, no, no, toma, aquí tienes seis denarios y no hablemos más!

*Vendedora* - ¿Seis denarios? ¡Jamás de los jamases! ¡Dame doce y en paz!

*Pedro* - ¡Pero, qué dices! ¡De siete no paso!

*Vendedora* - ¡Escucha, narizón, porque me caíste bien, lo dejamos en nueve y se acabó!

Al fin, compramos nuestro cordero. De un año, macho, sin ningún defecto, como mandaba la ley de Moisés. Con él a cuestas, subimos las gradas de mármol, atravesamos la Puerta Hermosa y nos fuimos acercando a codazo limpio hasta llegar al atrio de los israelitas. Cientos de galileos se agolpaban allí, esperando turno. Junto a la piedra de los holocaustos, los sacerdotes, con sus túnicas empapadas en sangre, degollaban uno tras otro los corderos que el pueblo presentaba como sacrificio de Pascua.

*Pedro* - ¡No empuje, paisano, que los cuchillos no van a perder el filo!

*Viejo* - Oye, tú, galileo, ¿tú no eres uno de los que estaban el domingo con el profeta de Nazaret?

*Pedro* - ¿Yo? Bueno, yo... la verdad...

*Viejo* - Sí tú mismo. Y tú también. A mí no se me despintan las caras. Soy de confianza, descuida. Yo me quedé ronco aquí en el Templo gritando hosannas con todos ustedes. ¡El día más grande de mi vida, sí señor! Bueno, si ustedes ven al profeta, díganle de parte de este viejo que en mi barrio todos andamos esperando la próxima. Si el domingo éramos mil, cuando vuelva a alzar la voz seremos cien mil. ¡Ah, caramba, quién me iba a decir a mí que antes de morir le vería las barbas al Mesías!

La mañana del jueves, mientras Pedro y yo estábamos comprando el cordero, las mujeres fueron a donde vivía Marcos en el barrio de Sión para preparar la comida de la

noche. La casa de Marcos tenía dos plantas. En el piso de arriba, en un cuarto pequeño de paredes encaladas y suelo de madera, íbamos a celebrar la cena de la Pascua.

*Susana* - ¡Tú, Magdalena, a barrer bien la casa! Mete la escoba por todos los rincones, muchacha. Mira que está mandado que no quede ni una pizca de levadura por ningún lado.

*Magdalena* - ¡Uff! Yo digo que tanto barrer y barrer segurito que se le ocurrió a Moisés porque no era él el que tenía que darle a la escoba, sino su mujer, claro.

*Susana* - Esta masa ya está, María, mira.

*María* - Yo creo que te salió muy gorda, Susana. Échale un poquito más de agua, que después, sin la levadura, los panes quedan muy duros.

*Susana* - No serán más duros que la cabeza de tu hijo, María. No hago más que decirme: pero, ¿cómo va a ser cierto que ese moreno que yo he visto nacer sea... sea... el Mesías, como gritaba la gente el domingo? ¿No será que en este país todo el mundo se ha vuelto loco, María? ¿Tú qué crees?

*María* - No sé, Susana, yo no sé ni qué pensar. Pero, mira, también parecía que nuestro pueblo se había vuelto loco allá en Egipto, cuando Moisés. Y la locura que tenían era que querían ser libres.

*Susana* - Ahí sí llevas razón. Cuando la gente busca la libertad es que Dios anda por medio. ¡Ay, hija, yo creo que a mí lo que me está flaqueando es la fe, Dios santo!

María, la madre de Jesús, y Susana, en cuclillas en el suelo amasaban la harina y el agua de los panes ázimos.(4) Según la tradición de nuestros padres, los panes que se comían en la cena pascual se preparaban sin levadura, en recuerdo del pan que las mujeres de Israel habían amasado con prisa, sin tiempo de esperar a que fermentara, la noche que salieron de Egipto.

*Pedro* - ¡Eh, mujeres, aquí está el rey de la fiesta!

*María* - ¡No armes tanto alboroto, Pedro! Nadie tiene que enterarse de que estamos aquí!

*Pedro* - Bueno, bueno, es que uno viene de esa gritería de la calle y se le olvida. Eh, ¿qué les parece el cordero? Salió barato y, ya ven, pura carne.

*Susana* - Magdalena, muchacha, si ya acabaste de barrer, ayuda a Salomé a lavarlo, anda.

*Pedro* - ¡No le toques ni una tripa, María, que hoy hay que comérselo todo, hasta las pezuñas!

Mi madre y la Magdalena comenzaron a preparar el cordero.

En la noche de la Pascua se asaba al fuego, sin partirle ni un solo hueso. Había que comérselo entero, con entrañas y todo. Y lo que sobraba no se guardaba para el día siguiente, sino que se quemaba al amanecer.

*Susana* - ¿Se acordaron de traer la sangre para las puertas, Pedro?

*Pedro* - Aquí está. Vamos, Juan, ayúdame, y enseguida volvemos a Betania. Tengo ganas de ver a Jesús para contarle.

*Magdalena* - Antes cuéntenos a nosotras, caramba.

*María* - ¿Qué hay por la ciudad, Pedro?

*Pedro* - ¿Qué hay? Que no se habla de otra cosa que de tu hijo, María. Todo el mundo se pregunta dónde diablos estará escondido. En el momento en que asome las orejas, toda Jerusalén se pondrá en pie como un solo hombre.

*Juan* - Dicen que ayer estuvieron dando pregones por las esquinas, para ver si salta algún soplón. Pero, qué va, el pueblo está con él. No hay por qué preocuparse.

*Susana* - ¡Basta ya de conversaciones, y a trabajar! ¡Ea, Pedro, a las puertas!

En la fiesta de la Pascua, pintábamos las hojas y el dintel de las puertas de las casas con la sangre del cordero sacrificado, igual que nuestros padres habían hecho en Egipto.(5) Aquella era la sangre de la alianza que Yavé, nuestro Dios, había sellado con su pueblo, al pasarlo aquella noche de la esclavitud a la libertad.

*Magdalena* - ¡Uff! ¡Cómo pica! A ver, un poco más de cebolla... ¡Está buenísima! El cordero va agradecer esta salsa más que la lluvia de primavera. ¡La verdad es que esta ensalada le quita el hipo al que lo tenga!

La tarde de aquel jueves, la casa de Marcos olía a panes recién hechos y a cordero asado. La Magdalena había preparado las hierbas que, según la tradición debían comerse aquella noche. Era una ensalada amarga en recuerdo de las lágrimas y los sufrimientos de nuestros padres en Egipto.(6) La madre de Jesús y Susana hicieron la salsa picante en la que se mojaba el pan. Una salsa roja, del mismo color de los ladrillos que los israelitas habían fabricado en tierras egipcias cuando eran esclavos del faraón.(7)

*Marcos* - ¡Bueno, a ver qué han hecho estas mujeres tanto tiempo juntas además de darle a la lengua!

*Susana* - ¡Ya está todo listo, Marcos!

*Marcos* - ¡Sí, sí, ya está todo listo, hasta los guardias! Maldita sea, pero, ¿cómo me habré dejado yo convencer por ese narizón de Pedro? ¡Mira que venir a meterse esta pandilla de agitadores en mi casa! Bueno, ustedes récenle alguna oración al arcángel Miguel para que nos preste su espada cuando vengan a llevarnos presos a todos, ¡ajajay!

*María* - ¡Psst, Marcos, no hagas bulla! Digo yo que cuándo acabarán de llegar los muchachos. Ya deberían estar aquí.

*Susana* - Esperarán a que sea un poco más oscuro. Tienen que tener cuidado. Las puertas de la ciudad están muy vigiladas.

*Marcos* - Bueno, bueno, ¿se ha acordado alguna de ustedes de lo más importante?

*Magdalena* - ¿Lo más importante? ¿Es que no tienes hocico? ¡El cordero estará listo dentro de un momento!

*Marcos* - Esta noche tan importante es el cordero como el vino. ¿A que se les olvidó?

*Magdalena* - ¡El vino! ¡Es verdad! ¡No tenemos vino! Y ahora, ¿a dónde vamos a ir a comprarlo?

*Marcos* - Tranquila, mujer, tranquila. ¡Abajo tengo una tinaja así de grande llena hasta el tope! ¡Nos podemos emborrachar todos y aún sobra para brindarle al profeta Elías cuando venga! ¡Esta noche hay que levantar las jarras bien alto y brindar por la liberación de nuestro pueblo!

*Susana* - Levantar la jarra y bajar la voz, Marcos, ¡caramba contigo, muchacho, qué escandaloso eres!

A pesar del miedo y del peligro, aquella tarde todos estábamos contentos, dispuestos a celebrar la fiesta más grande del año.(8) Esperábamos contra toda esperanza que Dios metiera su mano por nosotros y que, en aquella Pascua, rompiera de una vez las cadenas que hacían esclavo a nuestro pueblo.

Mateo 26,17-19; Marcos 14,12-16; Lucas 22,7-13.

---

1. La fiesta de la **Pascua** era la más solemne de las fiestas de Israel. Se celebraba en el primer mes del año judío, el mes de Nisán, correspondiente a una fecha situada entre mediados de marzo y mediados de abril. La fiesta duraba siete días, pero se consideraba día de Pascua el 14-15 de Nisán, cuando se comía la cena pascual. Las indicaciones para celebrar la fiesta se transmitieron de generación en generación y quedaron fijadas en el libro

del Éxodo (12, 1-28). Desde varios siglos antes de Jesús, la fiesta de la Pascua quedó unida a la fiesta de los ázimos (Éxodo 13, 3-10). En su origen, antes de Moisés, la Pascua fue una fiesta de pastores, en la que se comía cordero, y la de los ázimos, una fiesta de agricultores, en la que se comía el pan de la nueva cosecha. Después de Moisés, ambas fiestas se relacionaron con la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto. Y esto fue lo que Israel conmemoró durante siglos hasta los tiempos de Jesús. La Pascua era la fiesta de la independencia nacional. Una celebración patriótica y religiosa.

2. El centro de la fiesta de Pascua era la cena. Y en el centro de la cena estaba el **cordero**. En tiempos de Jesús, el cordero se compraba generalmente en los atrios del Templo y se sacrificaba allí mismo. Los sacerdotes, descalzos, con las vestiduras propias del culto, degollaban ante el altar, uno tras otro, los corderos que los israelitas varones llevaban hasta el atrio. Después de que la sangre hubiera corrido ante el altar, como sacrificio agradable a Dios, devolvían las víctimas a sus dueños, que las llevaban a su casa o a hornos colectivos que había en las calles para asarlos.

3. Como el libro de los Hechos de los Apóstoles dice que las primeras comunidades cristianas se reunían a orar en **casa de Marcos**, una antigua tradición fijó allí el lugar donde Jesús habría celebrado la cena pascual en las vísperas de su muerte. Como ha sido imposible localizar este lugar en la Jerusalén de hoy, otra tradición más reciente sitúa el «cenáculo» en una amplia habitación de un segundo piso de un templo levantado en el monte Sión, al suroeste de la ciudad. En los bajos de este edificio los judíos veneran la tumba del rey David. Ni un lugar ni otro tienen autenticidad histórica.

4. El pan que se comía durante los siete días de las fiestas de Pascua debía amasarse sin levadura. Eran los «massot» o **panes ázimos**. Estaba también prescrito que se barrieran todos los rincones de las casas, para que no quedara ni un polvillo de levadura dentro. La mentalidad primitiva veía en el proceso de fermentación del pan un símbolo de descomposición y muerte. Por eso, la costumbre de comer panes más «puros» en la fiesta. Los panes ázimos se hacían en forma de torta, algo gruesa. Recordaban los panes que los israelitas se habían llevado de Egipto en su huida, sin tener tiempo de esperar a que la masa creciera y fermentara.

5. En la noche de la cena de Pascua, algunos israelitas conservaban la antigua costumbre de señalar con la **sangre**

del cordero sacrificado las puertas del lugar en donde se reunían para cenar. En la noche en que Israel había salido de Egipto, la sangre en los dinteles de las puertas fue la señal para distinguir las casas de los opresores de las de los oprimidos, para que Dios liberara a éstos y castigara a aquellos (Éxodo 12, 2-13).

6. En los días pascuales, los mercados de Jerusalén rebosaban de los productos típicos para la cena central de la fiesta. La verdura que estaba prescrita para la **ensalada** era la lechuga. Pero podía hacerse también con achicoria, berros, cardos u otras hierbas amargas. La amargura era un recuerdo del dolor y las lágrimas del pueblo cuando fue esclavo en Egipto.

7. La **salsa** o mermelada ritual de la cena pascual se llamaba «haroset». Se hacía con distintas frutas -higos, dátiles, pasas, manzanas, almendras-, varios condimentos -canela, sobre todo- y vinagre. Servía como aperitivo, untándola en pan. Su consistencia y su color recordaban a los israelitas la arcilla con la que sus antepasados esclavos en Egipto habían amasado ladrillos para las construcciones del faraón.

8. Los judíos continúan celebrando anualmente, hasta el día de hoy, la **fiesta** de la Pascua, con un rito bastante similar al que conoció Jesús, en cuanto a la comida, oraciones y cantos. Pascua, en hebreo «pésaj», significa «paso». Yavé pasó por Egipto en la noche de la liberación del pueblo. Pasó de largo por las casas de los hebreos señaladas con sangre y castigó a los egipcios y el pueblo liberado pudo así pasar por las aguas del Mar Rojo, del color de la sangre, hacia una nueva tierra.



## 110- LA CENA DE PASCUA

Atardecía sobre Jerusalén. El sol, terminada su carrera, se escondía ahora entre los montes secos y amarillentos de Judea. Pronto apareció en el cielo, redonda y silenciosa, la luna de Pascua.(1) Era el día 13 del mes de Nisán, jueves, víspera de la gran fiesta.

*Pedro* - ¡Ea, compañeros, ya es la hora! Mi suegra Rufa dice que el cordero pascual hay que comerlo entre dos luces, entre el sol y la luna, para que haga buena digestión. ¡De prisa, Natanael! ¡Vamos, Tomás!

*Juan* - Sí, que en casa de Marcos, las mujeres ya estarán desesperadas pensando que nos ha pasado algo malo.

*Felipe* - ¡Las mujeres desesperadas y mis tripas también! ¡Andando!

*Santiago* - Espérense... ¡espérense!

*Pedro* - ¿Qué pasa, Santiago?

*Santiago* - No pasa nada, Pedro. Pero no vayamos todos juntos. Es peligroso, la ciudad está muy vigilada.

*Pedro* - El pelirrojo tiene razón. Mejor salir unos por un lado y otros por otro. Y tú, Jesús, enfúndate en el manto y no hables con nadie. ¡Dan sesenta siclos por tu pescuezo, así que, ya sabes, desconfía hasta de tu sombra! ¡Ea, vámonos ya!

Las calles de Jerusalén, a pesar de la hora, estaban repletas de peregrinos que iban y venían buscando un albergue para dormir o una taberna para beber. Nosotros, en grupos de a dos y de a tres, atravesamos las casuchas del Ofel, bordeamos la fuente de Siloé y tomamos la calle Larga, la que sube hacia el barrio de Sión, donde vivía Marcos, el amigo de Pedro. Jesús y yo íbamos juntos.(2)

*Juan* - Oye, moreno, tengo que hablarte de un asunto.

*Jesús* - Dime, Juan.

*Juan* - Moreno, aquí está pasando algo raro. Y la cosa es con Judas. No sé, pero el iscariote no está jugando limpio. El martes lo vieron hablando con Barrabás y otros del movimiento. Lo han visto salir también de casa del jefe de la guardia del Templo.

*Jesús* - ¿Cómo sabes tú eso, Juan?

*Juan* - Me lo dijo ese amigo mío que trabaja de criado en el palacio de Caifás.

*Jesús* - ¿Desconfías de Judas?

*Juan* - Sí.

*Jesús* - Yo también, Juan. Pero no estoy seguro. No puedo creer que el iscariote nos haga una mala pasada.

*Juan* - Ni yo, Jesús. Pero todo puede ser.

*Jesús* - ¿Los demás, están sobre aviso?

*Juan* - Creo que no. Pedro no se ha dado cuenta de nada. Santiago tampoco.

*Jesús* - ¿Y qué hacemos, Juan?

*Juan* - Hazme caso, moreno. Fíjate en Judas. No lo pierdas de vista. ¡Si el iscariote se trae algo entre manos, se va a acordar de mí!

Al poco rato, llegamos a casa de Marcos. Las mujeres habían señalado la puerta, según la antigua tradición, con la sangre del cordero pascual. Cruzamos el pequeño patio lleno de barriles de aceite y subimos por la escalera de piedra hasta la planta alta donde íbamos a cenar aquella noche.

*Marcos* - ¡Bueno, al fin asoman las orejas estos tunantes! ¡Ya ves, María, tu hijo y todos han llegado a mi casa sanos y salvos!

*Magdalena* - ¡Y saldrán de tu casa más sanos y más salvos cuando le hayan hincado el diente al corderito!

*María* - Jesús, hijo, ¿tú crees que estamos seguros aquí?

*Jesús* - Sí, mamá, no te preocupes. Nadie nos ha visto entrar.

*María* - Tú eres el que tienes la preocupación en los ojos, Jesús. Te conozco como a la palma de mi mano. No me engañes, hijo.

*Jesús* - Tranquilízate, mamá. No va a pasar nada malo.

*Pedro* - ¡Vamos, doña María, deje ahora el miedo y alegre esa cara, que esto es una fiesta, caramba!

*Santiago* - ¡Sí, señor, hoy es la Pascua, la fiesta que han celebrado nuestros abuelos durante setenta generaciones! ¡Hay que estar alegres!

*Magdalena* - ¡Y hay que preparar la mesa! ¡Vamos, haraganes, muévanse y échennos una mano!

Mi madre Salomé y la Magdalena extendieron sobre el piso de madera varias esteras de pajilla trenzada.(3) Como ya estaba oscuro, Marcos encendió las siete mechas del candelabro ritual y lo puso en el centro de la habitación. (4) Nosotros ayudamos a las mujeres trayendo de la cocina las jarras de vino, las tortas redondas de pan ázimo, los cuencos con la salsa picante y las fuentes grandes de ensalada repletos de apios, berros y otras hierbas sazonadas con vinagre y sal.

*Marcos* - ¿Algo más, compañeros?

*Jesús* - Los bastones, Marcos.(5) Que cada uno agarre el

suyo. Nuestros abuelos comieron así la primera pascua, de prisa, porque iban de camino hacia la libertad. Nosotros haremos lo mismo, aunque sea sólo un momento.

Formamos un círculo alrededor de las esteras. Los hombres empuñamos nuestros bastones y levantamos el pie derecho, como si estuviéramos prontos a partir para un largo viaje. Las mujeres se apoyaban en el brazo de los hombres.

*Marcos* - Vamos, Jesús, bendice la comida.

*Jesús* - No, Marcos, tú eres el dueño de la casa, el padre de la familia.

*Marcos* - Ni dueño ni padre. ¿No dices tú siempre que entre nosotros todo eso se acabó? Ea, bendice tú.

*Jesús* - No, hombre, te toca a ti.

*Felipe* - Bueno, bueno, decídanse, porque yo no soy grulla y acabaré en el suelo.

Jesús bendijo la comida con las palabras antiguas que durante tantas generaciones nuestros abuelos habían repetido, las palabras que le había enseñado José, su padre, cuando él era un muchacho, allá en Nazaret.

*Jesús* - ¡Bendito seas, Señor Dios nuestro, rey del mundo, que das a Israel esta fiesta para alegría y memorial!

*Todos* - ¡Amén! ¡Amén!

Después del primer salmo con que se iniciaba la comida pascual, todos dejamos en un rincón los bastones, nos quitamos las sandalias y nos sentamos en el suelo, sobre los mantos, alrededor de las esteras de paja. Estábamos los trece, las mujeres y la familia de Marcos formando un grupo apretado. Las pequeñas llamitas del candelabro, movidas por la brisa de la noche, nos iluminaban las caras.

*Marcos* - ¡Y ahora, para comenzar, un primer brindis, compañeros! ¡Vamos, llenen esas jarras hasta los bordes, que el vino corre hoy por mi cuenta!(6) ¡Arriba la copa de la libertad! ¡Que viva Yavé, el Dios de Israel!

*Todos* - ¡Que viva! ¡Que viva!

*Santiago* - ¡Y que vivan nuestros abuelos que lucharon contra la esclavitud y salieron libres en una noche como la de hoy!

*Todos* - ¡Que vivan, que vivan!

*Magdalena* - ¡Y nuestras abuelas, caramba, que también ellas pelearon duro contra ese faraón tan sinvergüenza!

*Marcos* - Mucho vino y mucho brindis, pero se nos está olvidando algo muy importante. ¡Eh, ustedes,

córranse y déjenle un sitio a Elías, por si viene esta noche a nuestra casa!

Según la tradición de nuestros paisanos, el profeta del Carmelo vendría de noche, durante una cena pascual, a avisarnos de la llegada del Mesías. Por eso, las puertas de las casas quedaban ese día entornadas y había un puesto reservado en todas las mesas de los hijos de Israel por si acaso llegaba el profeta Elías, cansado y con hambre, anunciando la gran noticia.(7)

*Felipe* - ¡Que venga Elías cuando quiera, pero que vaya viniendo también el cordero, porque a este paso me van a salir telarañas en la barriga!

María y Susana bajaron la escalera y, al poco rato, estaban de nuevo con nosotros, en la planta alta, trayendo una gran fuente con el cordero recién asado.

*Pedro* - ¡Que viva el cordero pascual!

*Juan* - ¡Y las manos que lo cocinaron!

*Magdalena* - ¡Fíjense bien, para que después no digan, que no tiene ni un hueso roto!

*Pedro* - ¡Vamos, muchachos, al ataque! ¡No dejen ni las pezuñas!

*Marcos* - ¡Un momento, un momento! Todas las manos fuera del plato. Primero a lavárselas, como está mandado.

*Felipe* - Deja eso ahora, Marcos, y empecemos a comer, que tengo más hambre que la ballena de Jonás.

*Marcos* - De ninguna manera. Un día es un día. ¡Por lo menos que una vez al año esta pandilla de piojosos comamos limpios, caramba!

*Felipe* - Está bien, vamos entonces con los lavatorios. (8) A ver, ustedes, las mujeres, ¿dónde están los cuencos de agua?

*Magdalena* - Que yo sepa, tú no estás tullido, Felipe. También puedes ir tú a buscarlo.

*María* - Y tú también, Santiago, que estás ahí de lo más repantingado, y tu madre subiendo y bajando la escalera.

*Jesús* - Ya voy yo, espérense.

Fue Jesús el primero que se levantó, bajó a la cocina y trajo el cuenco lleno de agua y una toalla.

*Magdalena* - Moreno, dame eso a mí y ve tú a sentarte.

*Jesús* - No, María, déjame ayudar.

*María* - Pero, hijo, por Dios, deja eso. Susana y yo les lavaremos las manos.

*Felipe* - Aquí, doña María, más que las manos, habrá que

lavar las patas, ¡porque hay un tufo!  
*Juan* - ¡Y viene del lado tuyo, Felipe!

Entonces Jesús se acercó a Felipe, se amarró la toalla en la cintura y se agachó.

*Jesús* - Vamos, cabezón, echa esos pies sucios para acá.  
*Felipe* - Pero, Jesús, si era una broma.

Cuando vimos a Jesús lavando los pies de Felipe, nos echamos a reír. Poco a poco, nuestra risa se fue cambiando en asombro. Aquel oficio sólo lo hacían las mujeres o los esclavos.

*Jesús* - ¡Vamos, Pedro, que tus pantorrillas tampoco huelen a rosa!

*Pedro* - Pero, ¿estás loco, moreno? ¿Tú me vas a lavar los pies a mí?

*Jesús* - Sí, Pedro. ¿Qué tiene eso de malo?

*Pedro* - Jesús, tú eres el jefe. Y un jefe se tiene que dar a respetar.

*Jesús* - ¿Ah, sí? ¿Quién dijo eso, Pedro?

*Pedro* - Lo dijo... ¡Lo digo yo, caramba! Vamos, levántate de ahí y deja ese cacharro.

*Jesús* - No, tirapiedras, aquí no hay jefes ni señores. Nadie está por encima de nadie. Y el que quiera ser el primero, que se ponga el último de la cola. Así que, echa los pies para acá.

*Pedro* - No, no y no. He dicho que no.

*Jesús* - Está bien, Pedro. Entonces, por lo que veo, tú no sirves para este asunto del Reino.

*Pedro* - ¿Cómo dijiste, moreno?

*Jesús* - Que si tú no te metes en la mollera que aquí todos somos iguales, no sirves para nuestro grupo. Mejor te vas.

*Pedro* - Espérate, espérate, Jesús. Si la cosa es así... Bueno, entonces, échame el cacharro entero por la cabeza a ver si se me ablandan los sesos.

Cuando Jesús acabó de lavarnos los pies a todos, nos apretujamos más sobre las esteras para poder alcanzar la comida con las manos. Por el tragaluz de la pequeña habitación entraba ahora el resplandor de la luna de Nisán.

*Marcos* - ¡Compañeros, buen provecho para todos!

Y empezamos a comer el cordero, a mojar el pan ázimo y las verduras en la salsa roja y a levantar las jarras llenas de vino en el nombre de Yavé, el Dios de Israel.

*Pedro* - ¿Qué te pasa, Jesús, no tienes hambre?

*Jesús* - Sí, Pedro, tengo hambre. Y también prisa. Créanme, compañeros, tenía muchas ganas de comer esta Pascua con todos ustedes porque... ¡porque será la última!

Jesús, con las piernas cruzadas sobre la estera, nos miró a todos, uno por uno.

*Jesús* - Sí, de veras lo digo, alégrense. Este año todavía somos esclavos. ¡El año próximo seremos libres! Amigos: antes de que volvamos a juntarnos así, como esta noche, Dios habrá metido su mano por nosotros. Sí, hoy estoy seguro. ¡El Reino de Dios está cerca, muy cerca, no se demora ya!

Jesús tomó su jarra de vino y la levantó en medio de todos.

*Jesús* - ¡Brindo por el Reino de Dios! Compañeros: hasta aquí hemos sembrado con lágrimas. ¡Ahora cosecharemos con alegría!

Jesús bebió primero y nos pasó la jarra a nosotros. Todos tomamos un poco de ella. Después, se levantó, agarró entre las manos la jarra vacía y la rompió contra el suelo.

*Jesús* - Ustedes son testigos: ¡no vuelvo a probar una gota de vino hasta que llegue el Reino de Dios, hasta que el Señor cambie nuestra suerte como cambia el desierto con las lluvias, hasta que la tierra se abra y germine la Justicia!

*María* - ¡Que Dios te oiga, hijo!

Mil doscientos años atrás, en una noche de prisa y de esperanza, el Dios de Israel había cambiado la suerte de nuestro pueblo. Noche de guardia fue aquella para Yavé, cuando sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto. Las abuelas se lo contaron a los nietos y los nietos a los hijos y a las hijas, y de generación en generación volvía a ser la Pascua noche de guardia para todos nosotros en honor de Yavé, el Dios de la libertad.

Lucas 22,14-18; Juan 13,1-17.

---

1. En la solemne cena de **Pascua**, el cordero debía comerse, según las prescripciones judías, dentro de los muros de Jerusalén, la ciudad santa. A la puesta de sol, que era la hora en que comenzaba un nuevo día para los israelitas, las familias, los grupos, los vecinos, se congregaban para la solemne cena. Por ser las casas pequeñas y tener que reunirse por lo menos diez personas por cada cordero, se comía también la Pascua en los patios, las terrazas y hasta en los tejados. Jerusalén, atestada de peregrinos, presentaba un ambiente festivo impresionante. Era la noche más solemne de todo el año. Primitivamente, se cenaba en la explanada del Templo, pero unos cien años antes de Jesús se suprimió esa costumbre debido a las multitudes que se congregaban en la capital. Como un símbolo, las puertas del Templo permanecían abiertas de par en par durante toda la noche de Pascua.

---

2. La **calle Larga** era una amplia calzada romana que atravesaba Jerusalén comunicando el barrio donde se amontonaban las casuchas de los pobres con el barrio alto, en el monte Sión, en donde las construcciones eran mejores y donde muchos de los ricos tenían sus palacios. Entre ellos estaban el de Anás y el de Caifás. No hay certeza histórica del lugar donde Jesús celebró la última cena en la noche de la Pascua. Pero para entrar en Jerusalén aquel atardecer o para salir esa noche de la ciudad, terminada la cena, pasó probablemente por esta calzada. Y no sólo aquel día, sino seguramente docenas de veces en sus varias visitas a Jerusalén. Un tramo de esta calle se conserva perfectamente hasta hoy, con varios de sus anchos peldaños cercanos a donde la tradición fijó el lugar de la última cena. Este tramo de calle es uno de los pocos sitios que se conservan en Jerusalén exactamente como en los tiempos de Jesús.

3. Muchos cuadros y estampas nos han hecho imaginar la última cena de Jesús de una forma que no se corresponde con las costumbres del tiempo evangélico. Se pinta a Jesús comiendo sólo con los doce apóstoles, cuando la tradición de Israel reunía aquella noche a hombres y mujeres por igual. Jesús se reuniría con los doce y con las **mujeres** que ordinariamente iban en el grupo: Salomé, Susana, Magdalena, su madre y otras.

4. En la época de Jesús los judíos contaban el tiempo diario haciendo coincidir el comienzo del día no con la medianoche o el amanecer, sino con la puesta del sol. O más exactamente, con la aparición en el cielo, ya **oscuro**, de la primera estrella. A esa hora, al iniciarse el nuevo día, comenzaba la cena de la Pascua, que debía prolongarse hasta muy entrada la noche. Existían escritos en los que

se recomendaban a los padres distintas distracciones para mantener despiertos a los niños, que debían permanecer en vela junto con los adultos en aquella noche, la más solemne de todo el año. Permanecer en vigilia aquella noche era un importante gesto de fidelidad religiosa (Éxodo 12, 42).

5. Antes de empezar la cena pascual, los israelitas se ponían en pie, signo de la esclavitud en Egipto, con **bastones** en las manos y las sandalias puestas, en recuerdo de las prescripciones rituales para cuando el pueblo salió del país del faraón (Éxodo 12, 11). Este gesto es un símbolo de la prisa de aquella noche y del camino que iban a emprender y les llevaría, por el desierto, hacia la Tierra Prometida. Las imágenes tradicionales de la "última cena" presentan a los apóstoles y a Jesús sentados a la mesa según se come actualmente. Lo más probable es que los que participaron de aquella cena comieran semirecostados, en el suelo, sobre esteras o cojines. En los tiempos más primitivos, los israelitas comían en cuclillas. Más tarde, se fue imponiendo la costumbre de sentarse a la mesa o de sentarse en el suelo -cuando eran muchos a comer- en torno a los alimentos. Pero en la noche de Pascua, en vez de sentarse, el ritual obligaba a recostarse. Estar reclinado era un símbolo de libertad. «Mientras los esclavos tienen la costumbre de comer de pie, en la Pascua es preciso que comamos recostados para manifestar que hemos pasado del estado de esclavitud al de libertad», decía una disposición ritual de la época. Incluso se especificaba que hasta «los más pobres de Israel» debían hacer la comida reclinados, porque Israel era un pueblo de hombres libres.

6. El **vino** era un elemento básico en la cena pascual. Ordinariamente, en Palestina no se comía con vino. Y menos los pobres. Pero en las ocasiones solemnes, y especialmente en la Pascua, era esencial la abundancia del vino. Según el ritual debían beberse como mínimo cuatro copas.

7. Una de las costumbres de la noche de Pascua era recordar a **Elías**, mensajero del Mesías. Cada año, el pueblo de Israel esperaba para la noche de la Pascua la llegada del Mesías como liberador del pueblo. Para Elías, que en la tradición popular era el precursor del Mesías, se guardaba en muchas casas un sitio vacío en la mesa del banquete pascual. Un antiguo poema, llamado «Las Cuatro Noches», cantaba que siempre en la noche de Pascua habían ocurrido los hechos más importantes de la historia de Israel: la creación del mundo, la alianza de Dios con Abraham, la liberación de Egipto. Se pensaba que en "la



cuarta noche", una noche pascual, llegaría el Mesías.

8. Para solemnizar la comida pascual una de las prescripciones era la de la purificación por el agua antes de comer el cordero. Como la gente usaba sandalias, los pies eran la parte del cuerpo que más se ensuciaba a diario. Los amigos de Jesús no eran como los fariseos, aficionados a **lavatorios** y a mil y una purificaciones. Pero en la noche de la Pascua hasta los menos cumplidores trataban de respetar los ritos. Era una forma de dar la máxima importancia a lo que se conmemoraba en la cena. Lavar los pies era misión de los criados o esclavos en las casas que los tenían. Cuando no los había, los lavaban las mujeres.

## 111- LA NUEVA ALIANZA

Jerusalén velaba con las lamparillas de sus casas encendidas, bañada por la luz de la luna llena. Era jueves 13 de Nisán. Sentados sobre los mantos, alrededor de las esteras de paja, estábamos ya comiendo el cordero pascual cuando Judas, el de Kariot, que había estado muy callado durante toda la cena, hizo ademán de levantarse.

*Judas* - Oigan, compañeros, como esto va para largo, habrá que comprar un poco más de vino, digo yo.  
*Marcos* - No creo que haga falta, Judas. Tengo media tinaja más en la cocina.  
*Judas* - Pero siempre es mejor que sobre a que falte, ¿no es eso?  
*Jesús* - ¿Qué te pasa, Judas?  
*Judas* - Nada, Jesús. ¿Qué me va a pasar?

Judas estaba muy nervioso. Jesús también, aunque trataba de disimularlo. Ya se lo había advertido yo, que el iscarriote andaba muy raro desde hacía unos días. Por lo que pudiera pasar, me llevé la mano al cuchillo que tenía bajo la túnica y apreté con fuerza el mango.

*Jesús* - Siéntate, Judas. ¿No quieres un poco más de salsa? Está muy buena.

Jesús mojó un pedazo de pan en la salsa roja y se lo alargó a Judas...

*Judas* - Gracias, moreno. Bueno, entonces, yo voy a comprar alguna cosa que...  
*Juan* - ¡Maldita sea, iscarriote, tú no vas a ninguna parte!  
*Judas* - ¿Qué te pasa, Juan? Déjame salir.  
*Jesús* - Sí, Juan, déjalo que vaya.  
*Juan* - Pero, Jesús...  
*Jesús* - Déjalo salir, Juan. Judas, compañero, ve y vuelve pronto.

Judas abrió la puerta, se echó al hombro su manto de rayas y bajó lentamente la escalera de piedra que daba al patio. Jesús se quedó un rato silencioso, con la mirada perdida en el cuadro negro de la puerta. Era de noche.

*Pedro* - Pero, ¿qué diablos está pasando aquí caramba? ¡Hablen claro!  
*Marcos* - Tú, Juan, ¿qué te traes con Judas? ¿Por qué no querías que saliera, eh? Vamos déjate de misterios.

*Mateo* - Hablen de una vez, caramba. ¿Qué es lo que quieren, que el cordero se nos atragante?

Volví a sentarme en el suelo mirando a Jesús, sin atreverme a decir nada.

*Andrés* - ¿Qué es lo que pasa, moreno? Desembucha, hombre.

Jesús alzó los ojos del plato. Nos miraba con tristeza, con preocupación.

*Jesús* - Cuando viene el lobo, cada oveja tira para su lado. Compañeros, las cosas se han puesto difíciles, más difíciles que nunca.

Jesús se quedó un momento callado. Su frente ancha estaba marcada de arrugas y empapada en sudor. Todos estábamos inquietos. La Magdalena comenzó a sollozar apretándose contra María.

*Pedro* - Diablos, Jesús, ¿por qué dices esto ahora?

*Jesús* - Porque cualquiera de nosotros puede fallar.

*Andrés* - ¿Por quién lo dices? ¿Por Judas?

*Jesús* - No. Lo digo por todos.

*Andrés* - ¡No lo dirás por mí, moreno! No, no me mires así...

*Mateo* - Ni por mí, supongo. Yo soy un cobarde, es verdad, pero yo... yo...

*Pedro* - ¡Que se hable claro de una vez, maldita sea! Está bien, está bien, cualquiera puede fallar. ¡Pues que cada cual responda por su pellejo! ¡Yo respondo por el mío, y te digo que aunque todos éstos se fueran ahora mismo y te dejaran solo, yo nunca! Lo juro por la Rufina y por todos mis hijos.

*Jesús* - No jures, Pedro.

*Pedro* - ¡Lo juro porque es verdad lo que digo! ¡Como que me llamo Simón!

*Jesús* - No, Pedro, tú también puedes fallar, igual que cualquiera. No te llenes la boca con juramentos. Sí, tú, tú... Si esta noche las cosas se pusieran feas, antes de cantar los gallos ya te habrías olvidado de que nos conocías.

*Pedro* - ¡Caramba contigo, moreno! ¡Eres tú el que no me conoce entonces! ¡A mí me matan antes de fallarte! ¡Llueve sobre mojado y juro sobre jurado! ¡Y todos ustedes son testigos!

*Juan* - Jesús, no seas aguafiestas, hombre. Claro que las cosas están malas, pero ten por seguro que aquí ninguno se va a echar atrás.

*Magdalena* - Lo que dice Juan, lo decimos nosotros también, ¡qué caray! Y no te pongas tan sombrío, Jesús, que ya la ensalada está bastante amarga.

No se me borra del recuerdo aquella hora. Jesús, con las piernas cruzadas sobre la estera, nos fue mirando a todos, uno a uno, y cuando empezó a hablar sentimos que sus palabras venían de lo más hondo de su corazón.

*Jesús* - Compañeros, quiero darles las gracias por todo lo que hemos podido hacer juntos durante este tiempo. El camino ha sido muy corto, pero muy difícil. Hasta aquí hemos estado unidos. Ustedes han sido mis amigos, han estado a mi lado en los momentos malos y en tantos buenos momentos. De verdad, los he querido con toda mi alma.

Jesús dejó caer las manos sobre las rodillas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

*Jesús* - Tenemos que seguir unidos, hasta el final, pase lo que pase.

*María* - Pero, Jesús, hijo, ¿por qué hablas así? ¿Qué es lo que va a pasar?

*Jesús* - No lo sabemos, mamá. Pero pase lo que pase, tenemos que mantenernos unidos y apretarnos unos contra otros. En grupo, siempre en grupo.

Entonces Jesús, con sus manos grandes y callosas, tomó una de las tortas de pan que había sobre la estera.

*Jesús* - Apretarnos unos contra otros, como se apretaron los granos de trigo para formar este pan. Las espigas estaban dispersas por las colinas y los montes y se unieron para hacer esta masa. Nosotros debemos estar unidos, así, igual que se unieron estos granos.

Jesús miraba el pan dorado y crujiente que las manos de su madre habían amasado, el pan ázimo de la fiesta grande de la Pascua.

*Jesús* - Amigos, nuestros padres comieron en Egipto un pan de aflicción. En una noche como ésta, también ellos sentían angustia y tenían miedo y se reunieron a comerlo de prisa, esperando el paso de Dios por aquella tierra de esclavitud y miseria. Y Dios pasó y aquel pan fue para ellos un pan de libertad. Durante muchos meses hemos anunciado la buena noticia de que Dios está de nuestra parte, de que Dios nos escogió a

nosotros, los pobres de este mundo, para darnos su Reino, a nosotros que hemos amasado con sudor y con lágrimas este pan. Durante muchos meses hemos luchado para que las cosas cambien, para que el pan llegue a todos. Puede que ésta sea la última vez que comemos juntos... Está bien, no importa. ¡Pongo mi suerte en las manos de Dios y pongo mi vida en este pan! Acuérdense de mí cuando se reúnan para compartirlo. Cuando lo hagan, yo siempre estaré con ustedes.

Jesús partió la torta de pan ázimo en muchos pedazos y todos comimos un trozo.(1) Después agarró con mano firme una garrafa y llenó con ella la jarra que tenía delante. En el vino, rojo y fresco, se reflejaban las luces de las lamparitas.

*Jesús* - ¿Cómo podremos pagar al Señor todo lo bueno que nos ha hecho? ¡Alzaremos esta copa de liberación y nos alegraremos en su nombre! Amigos, cuando Dios sacó a nuestros padres de la esclavitud de Egipto, los llevó a la montaña del Sinaí y allí hizo una alianza con ellos. Un pacto de sangre. Con la sangre de muchos animales, Moisés roció al pueblo. Ya no hace falta la sangre de más animales. Este vino está hecho con el jugo de muchas uvas pisadas y aplastadas en el lagar. Es la sangre de todos los inocentes que han muerto, volviendo sus ojos al cielo, sin saber por qué morían. Es la sangre de todos los que han caído luchando por la libertad de sus hermanos. Yo también pongo mi sangre en este vino. Con esta sangre Dios hace una nueva alianza para liberar al pueblo de todas las esclavitudes.(2)

Jesús me pasó la jarra llena hasta los bordes y yo la pasé a Pedro y Pedro a María... Todos bebimos un trago de aquel vino fuerte y oloroso.

*Jesús* - Sí, de verdad, yo siempre estaré con ustedes y ustedes siempre estarán conmigo, como estamos esta noche comiendo del mismo pan y bebiendo de la misma jarra.(3) Tenemos que queremos mucho unos a otros, estar dispuestos a jugarnos la vida por los demás. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por su pueblo. Sí, tenemos que estar dispuestos a que partan nuestro cuerpo como se parte el pan y a que derramen nuestra sangre, como se derrama el vino. Hoy celebramos la fiesta de la liberación de nuestro pueblo. No podemos perder la esperanza en Dios. También nosotros, un

día, alcanzaremos la libertad.  
*María* - Ay, hijo, no sé, pero has estado hablando como si te despidieras.  
*Jesús* - Mamá, ya les dicho que las cosas están mal.  
*Juan* - Jesús, por Dios, no des más rodeos y dilo de una vez.  
*Pedro* - ¡Dale con lo mismo! Pero, ¿qué es lo que pasa, hombre?

Todos teníamos los ojos clavados en Jesús.

*Jesús* - Compañeros... ha habido traición.  
*Pedro* - Pero, ¿qué dices? ¿De quién estás hablando? De Judas, ¿verdad?  
*Juan* - Sí, sospechamos de él. El iscarote anda muy extraño estos días. ¿O es que ustedes no tienen ojos?  
*Pedro* - Y, ¿a dónde ha ido ese condenado, eh? ¿Dónde ha ido?  
*Jesús* - No lo sabemos, Pedro. No sabemos qué planes tiene.  
*Mateo* - Si hubiera sido yo... Yo que tan buenos amigos he tenido siempre entre los de arriba. Pero, Judas, ¿por qué él?

Todos miramos a Mateo, el cobrador de impuestos. Con los ojos brillantes, parecía pedirnos perdón a todos por una traición que había tenido siempre al alcance de la mano, mucho más que ninguno de nosotros.

*Marcos* - Ahora no importa por qué lo ha hecho. Ahora lo que importa es irnos de esta casa enseguida.  
*Pedro* - ¡Es verdad! Si Judas ha ido a dar el soplo, vendrán a buscarnos aquí.  
*Marcos* - ¡Arriba, no hay tiempo que perder!  
*Andrés* - Al diablo contigo, moreno, ¿por que no lo dijiste antes ¡A estas horas ya estarán siguiéndonos la pista!  
*Marcos* - ¡Pronto, agarren los mantos y vámonos!  
*María* - Pero, ¿a dónde... a dónde se van a ir?  
*Magdalena* - ¡Ay, Dios bendito, ampáranos!  
*Marcos* - La mujeres que se queden. Con ustedes no va a meterse nadie. Aquí estarán más seguras. ¡Nosotros al monte, al huerto ése que tengo yo por el Cedrón! Allí hay grutas para escondernos.  
*Pedro* - Es buena idea, Marcos.  
*Marcos* - No se hable más. Esta noche hay que pasarla fuera de esta casa. Y les digo una cosa: mañana, antes de que amanezca, se van para Galilea. Yo me encargo de sacarlos de la ciudad. Aquí en Jerusalén no pueden quedarse ni un día más.  
*Magdalena* - ¡Sí, a Galilea! ¡Esta ciudad está maldita por

las cuatro puntas!

Jesús - Yo no voy a volver a Galilea. Aún nos quedan muchas cosas por hacer en Jerusalén.

Andrés - ¡Oye, moreno, no seas loco!

Marcos - Jesús, si sacas la cabeza te agarrarán y si Judas se ha ido de la lengua, te buscarán hasta encontrarte.

María - Pero, Dios mío, ¿cómo va a ser posible que ese muchacho haya hecho una cosa así?

Marcos - No le des más vueltas, María. Sea lo que sea, lo que hace falta es largarse de aquí ¡Ea, vámonos ya!

Juan - ¡Pedro, agarra esas dos espadas por lo que pueda pasar!

Pedro - ¡Maldición con Judas! ¡Lo haría pedazos!

Marcos - Iremos por el camino más corto. Ustedes tranquilas, mujeres, que a ustedes no les pasará nada. ¡Y no se les ocurra decirle a nadie dónde estamos! ¡Ni al mismísimo ángel del cielo que venga! ¡Andando, compañeros! ¡Y separados, sin formar grupo! ¡Vamos, pronto!

Salimos de prisa, sin mirar atrás, como lo habían hecho nuestros padres la noche en que Dios pasó por Egipto, con mano fuerte y brazo extendido, para sacarlos de la esclavitud del faraón.

Mateo 26,26-35; Marcos 14,22-31; Lucas 22,19-23 y 31-38; Juan 13,21-38 y 15,4-15.

---

*1. Era habitual en todas las comidas que quien presidía la mesa, generalmente el padre de familia, **partiera** el pan y diera un trozo a cada comensal. Lo mismo con el vino. Se usaba una copa común, que pasaba de mano en mano durante la comida y de la que todos bebían. Estos gestos no eran ni especiales ni «misteriosos». Eran algo totalmente cotidiano y todos los que cenaron con Jesús en la noche de la Pascua lo habían visto hacer desde la infancia. Además de ser gestos familiares a todos, se entendía que al comer el pan y al beber el vino todos participaban de la bendición pronunciada antes de distribuirlos.*

*Era costumbre en la cena de Pascua que quien presidía la celebración -el padre de familia, o si no estaba, la madre o el de más edad en el grupo-, explicara paso a paso el rito de la cena pascual a los demás. El más joven preguntaba al mayor el significado simbólico de las oraciones, del cordero, de los panes. Y el de más edad*

explicaba el sentido de cada cosa. Las palabras de Jesús en la cena, dando al pan y al vino el sentido de ser su cuerpo y su sangre, hay que encuadrarlas en esta costumbre de siglos. No estuvieron aisladas del resto del rito pascual. Era coherente con las tradiciones de la cena que quien presidía explicara qué significado tenía el pan y el vino que estaban comiendo reunidos aquella noche.

2. De los textos que se conservan sobre la última cena de Jesús y de las palabras dichas por él aquella noche, a partir de las cuales los cristianos empezaron a celebrar la fracción del pan, que después llamaron eucaristía, el más antiguo de todos es el que recoge Pablo (1 Corintios 11, 23-25). En la fórmula que conservó Pablo se habla de la **nueva alianza**. En un momento fundacional en la historia de Israel, Moisés roció al pueblo con la sangre del sacrificio de novillos inmolados en el monte Sinaí y consagró a los israelitas como pueblo de Dios (Éxodo 24, 1-8). En la teología cristiana, Jesús, con su vida entregada hasta el derramamiento de la sangre, inauguró una nueva alianza entre Dios y los hombres. Alianza porque la fe de los cristianos debe ser un compromiso. Nueva porque con Jesús todos los cultos y sacrificios de la religión antigua han quedado superados.

3. Israel y otros pueblos orientales creían que **comer juntos** unía a los comensales en comunidad. Comer juntos vinculaba a unos con otros y era signo de una fraternidad que permanecía más allá del momento de la comida. Cuando el que presidía la mesa bendecía el pan, para dar inicio a la comida, quedaba constituida la comunidad.



## 112- EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ

Aquella noche del jueves 13 de Nisán, la madre de Jesús y las mujeres se quedaron en la casa de Marcos, con las ventanas bien cerradas. Nuestra cena de Pascua había terminado precipitadamente. En los platos, sobre las esteras de paja, quedaban aún trozos de cordero y en las jarras brillaba el vino que no tuvimos tiempo de beber. Al enterarnos de lo que había hecho Judas, salimos de allí con prisa, ocultándonos en las sombras.

*Andrés* - ¿Y ustedes creen que esos bandidos se van a acordar de nosotros? ¡Hip!

*Pedro* - ¡Diablos!, Andrés ha bebido demasiado.

*Juan* - Pues creo que Tomás le ganó...

*Pedro* - ¡Ciérrales el pico, Santiago! ¡Nos jugamos el pescuezo!

*Marcos* - ¡No corran, compañeros! ¡Sin formar grupo! ¡Péguense a las paredes!

Las calles estaban oscuras. Marcos, que iba delante con Jesús y Pedro, nos guiaba por el mejor camino, para no levantar sospechas. Dejamos atrás el barrio de Sión. Las casas en donde vivían galileos estaban aún encendidas y hasta la calle llegaba el canto de los salmos de la Pascua. Salimos de Jerusalén por la Puerta del Valle y bordeamos las murallas hacia el torrente Cedrón.(1) No había una nube. La luna llena, inmóvil, guardaba la noche en el centro del cielo.

*Natanael* - ¿No nos vendrán siguiendo, Felipe? Tengo miedo.

*Felipe* - Y yo también, Nata. Me parece que ésta no la contamos.

*Natanael* - Jesús dijo que ahora es cuando Dios meterá su mano por nosotros.

*Felipe* - Dios o los guardias, no sé quién llegará primero.

Con pasos sigilosos atravesamos el pequeño puente sobre el Cedrón. Casi al pie de la ladera del Monte de los Olivos, estaba el huerto de Getsemaní.(2) Allí tenía Marcos un pedazo de tierra que había sido de sus abuelos. Entre aquellos viejos y retorcidos árboles, cobijados en algunas grutas, pasaríamos escondidos la noche de Pascua.

*Marcos* - Compañeros, creo que aquí estaremos a salvo. Y antes de que canten los gallos nos pondremos en camino hacia el norte.

*Jesús* - Marcos, ya lo he dicho: yo no pienso volver a Galilea.

*Juan* - Pues si tú te quedas, Jesús, yo también.  
*Pedro* - Vamos, Juan, no seas loco.  
*Juan* - Vete al diablo, tirapiedras, yo creo que tenemos que...  
*Marcos* - Basta. Ahora no es momento de discutir eso. Mira, moreno, tienes unas horas para pensarte bien lo que vas a hacer.  
*Juan* - Bueno, yo me quedaré de guardia. Tengo una espada. ¿Quién se queda conmigo? ¿Tú, Pedro?  
*Pedro* - Yo, Juan. Aquí está la otra espada. Y tú, Santiago, quédate a vigilar también.  
*Marcos* - Eso, ustedes tres, de centinelas. No creo que pase nada, pero por si acaso. Los demás, a dormir por ahí entre las rocas, con un ojo cerrado y otro abierto.  
*Andrés* - No, no, no... ¡hip!... Yo no me duermo sin que me digan dónde se ha metido Judas. ¡Eso es lo que quiero saber yo!  
*Pedro* - ¡Demonios, flaco! ¡Cállate de una vez y échate a dormir a ver si se baja el vino! Maldita sea, ¿dónde estará el iscarote? Eso es lo que quisiéramos saber todos.

A esas horas, Judas estaba en una destartalada casucha del barrio de Ofel, hablando con uno de los líderes zelotes.

*Zelote* - ¿A qué esperas, hombre? Barrabás ya está en acción, organizando el asalto para mañana. Ahora te toca a ti. Ve donde el Sanedrín y haz bien la comedia. Por aquí hay que empezar. Lo demás, vendrá solo.  
*Judas* - Me repugna hacer esto.  
*Zelote* - Lo sabemos. Lo has dicho setenta veces. Y te lo creemos, hombre. Pero es el precio que tienes que pagar tú para que la revuelta estalle. Cada uno tiene su parte. Ya verás cuando mañana Jerusalén despierte y sepa que agarraron al nazareno. ¡Será un día grande! No pararemos hasta echar de aquí a los romanos.  
*Judas* - Y mientras tanto, delante de todos, yo seré el traidor.  
*Zelote* - ¿El traidor? Cuando seamos libres, todos te agradecerán lo que hiciste. Anda, Judas, ve de una vez con el jefe de la guardia del Templo y diles que están en casa de ese Marcos.

Pedro, Santiago y yo montábamos guardia, con las espadas desenvainadas. La noche era fresca. Muy cerca de nosotros, escondidos entre las rocas, los demás habían conseguido atrapar el sueño. Arrebujados en sus mantos, roncaban ya. Sin túnica y envuelto en una sábana vieja, Marcos dormía

junto a la caseta donde se guardaba la prensa de aceite. Jesús estaba sentado sobre una piedra, con la cabeza entre las manos. No había querido acostarse. Los grillos eran las únicas voces de la noche.

*Jesús* - ¿Por qué Judas nos habrá hecho esto? No lo entiendo. No me cabe en la cabeza. Tanto tiempo juntos... Desde aquel día en Nazaret cuando nos conocimos... El trabajo de tantos meses empujando el Reino de Dios ¡y ahora esto! Pero, ¿qué te ha pasado, Judas? ¿Te hice algo malo yo? ¿Te defraudó nuestro grupo? Nosotros confiamos en ti. ¿Por qué no confiaste tú en nosotros? ¿Por qué nos fallaste, compañero? ¿Y por qué te dejé salir de la casa de Marcos? ¿Por qué no me puse en medio? ¿Por qué no te impedí ir a denunciarnos? Maldita sea, ¿por qué?

*Comandante*- Adelante, amigo, te estábamos esperando. Nos dijiste que esta noche...

*Judas* - Y lo he cumplido. Sé dónde está.

*Comandante*- ¿Anda solo?

*Judas* - Con un puñado de amigos.

*Comandante*- ¿Armados?

*Judas* - Un par de espadas viejas.

*Comandante*- ¿Cuál es la señal para que mis hombres no se equivoquen?

*Judas* - Yo me acercaré a él y lo saludaré con un beso.

*Comandante*- De acuerdo. Entonces, lo convenido. Cuando el nazareno esté en nuestras manos, ve a cobrar los treinta siclos que te faltan. Y si es una falsa alarma, prepara tu pescuezo, lorito.

*Judas* - Yo no miento. Vamos de una vez.

*Comandante*- Tú delante, iscariote. ¡Ea, la guardia lista!

Y Judas, el de Kariot, salió del patio del palacio de Caifás al lado del comandante de la guardia del Templo. Les seguían un pelotón de soldados con espadas y garrotes. Las antorchas iluminaban las calles ya solitarias del barrio de Sión. Allá, en Getsemaní, Santiago, Pedro y yo estábamos recostados contra el tronco de un olivo viejo. La tierra olía, cargada de la humedad de la noche. Jesús se acercó a nosotros y nos miró con ojos asustados.

*Jesús* - ¿No oyeron ese ruido?

*Juan* - ¿Qué ruido, moreno?

*Jesús* - Me parecieron pasos. Por allá...

*Pedro* - Los pasos de alguna zorra buscando su madriguera. ¡Descuida, hombre, que en este huerto estamos más seguros que bajo las alas de los querubines!

*Juan* - ¿Te sientes mal, Jesús? Estás pálido. Vamos, échate una cabezada. Nosotros vigilamos.

*Jesús* - Tengo miedo, Juan. Siento una angustia... Es como si una mano me apretara aquí y no me dejara respirar.

*Pedro* - Vamos, moreno, siéntate y conversa. Hablando se echa el miedo.

Jesús se puso en cuclillas junto a nosotros. Nos miraba con tristeza, no sé, como pidiendo ayuda. Pero a los tres ya nos pesaban los ojos por el sueño.

*Jesús* - ¿Se acuerdan de aquella noche allá en el norte, en Cesarea? Era una noche como ésta. Yo tenía miedo. Sentía que no iba a poder con todo el peso. Ustedes me animaron mucho. Me dijeron que no me dejarían solo, que pelearíamos juntos, siempre en grupo. De veras, compañeros, me animaron mucho. Esta noche necesito, no sé... necesito que me digan que todo valió la pena... que vale la pena seguir luchando.

*Juan* - Jesús, aquella noche tú nos dijiste que... que...

Santiago, Pedro y yo nos habíamos quedado dormidos. Las palabras del moreno se alejaban de nosotros en la oscuridad y se perdían en la pesadez del sueño. Entonces Jesús se apartó como a un tiro de piedra y se sentó sobre una roca. Más allá del Cedrón, Jerusalén brillaba, vestida de luna, completamente blanca.

*Jesús* - ¡En mala hora me metí en esto! Me hubiera quedado en Nazaret, habría hecho mi vida a mi manera. Una casa, unos hijos, una mujer... Así, como todos. El trabajo de cada día, la pequeña felicidad de cada día. Mi madre estaría tranquila, cuidando sus nietos. ¡En mala hora fui al Jordán y conocí a Juan, el profeta, y me dejé bautizar por él! No, no fue Juan. Fuiste tú, Señor. Tú eres el que está detrás de todo esto. Tú me empujaste. Tú me agarraste y fuiste más fuerte. Me sedujiste... y yo me dejé seducir. Pusiste palabras en mi boca que ardían como carbones y yo quería apagarlas, pero no podía. Se colaban dentro de mí como fuego, me quemaban hasta los huesos. ¡En mala hora puse la mano en el arado! Ya es demasiado tarde para mirar hacia atrás. No, todavía estoy a tiempo. Tengo que escapar, huir, irme de aquí. Pedro y los demás se irán mañana mismo a Galilea. Si, es lo mejor. Yo también iré con ellos. ¿Por qué tengo que quedarme yo? Regresaré al norte, y me esconderé

en la aldea, o en el monte, o bajo las piedras, si hace falta. Que se olviden de mí y yo me olvidaré de todo lo que ha pasado. ¡Sí, eso voy a hacer!

A esas horas, Judas, al frente de la guardia, llegó a casa de Marcos.

*Judas* - ¡Maldita sea, no están aquí! ¿A dónde diablos se han ido?

*María* - Judas, Judas, espera, no te vayas! ¡Judas!

Al salir a la calle...

*Judas* - ¿Hacia dónde iban, vieja?

*Vieja* - Hacia allá, mi hijo, hacia el Cedrón, pero yo...

*Judas* - ¡Eh, ustedes, los soldados, por aquí, vengan por aquí!

Los olivos retorcidos recortaban sus sombras sobre la tierra. Por el oriente, aparecieron unas nubes que atravesaron con prisa el cielo y ocultaron pronto la luz lechosa de la luna. Las tinieblas cubrieron el huerto, la vieja prensa de aceite, los cuerpos dormidos. A lo lejos, los chillidos de los pájaros de la noche rasgaron el aire como avisos de centinela. No hacía frío, pero Jesús comenzó a tiritar. Se levantó de la piedra en la que estaba sentado y vino otra vez hacia nosotros. Más allá del sueño, sentí sus pasos vacilantes.

*Jesús* - ¡Pedro! ¡Juan!

Nuestros ojos se abrieron, pero volvieron a cerrarse. Estábamos tendidos de cansancio. Jesús se alejó y se perdió entre los olivos.

*Jesús* - ¡Padre! Si hubiera llegado mi hora, dame fuerzas. Dame valor para no responder con violencia a la violencia de ellos. Si me llevan a juicio, que tenga palabras para denunciarlos en el tribunal. Si me torturan, que sepa callar para no delatar a mis compañeros. Ellos quieren matarme, Padre... pero yo no quiero morir. ¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡No quiero morir, no quiero, no quiero! ¡Dame tiempo, Señor! ¡Necesito tiempo para terminar la obra comenzada! Hay que seguir abriéndole los ojos al pueblo, seguir anunciando tu buena noticia a los pobres. Nuestro grupo está apenas empezando a andar... ¡No, no, yo

no puedo faltar ahora, no puedo! Padre, ellos quieren taparnos la boca, quieren ahogar la voz de los que reclamamos justicia. ¡Que no se haga la voluntad de ellos, sino la tuya! ¡Que no ganen ellos, los poderosos, los hombres sanguinarios, sino que ganes tú, el Dios de los pobres, nuestro Defensor! ¡Mete tu mano ya, Padre! Saca la cara por nosotros, los humillados de este mundo, las siempre derrotadas... ¡y si no, bórrame a mí de tu libro! Sí, yo sé que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto. Yo mismo lo he dicho y el espíritu lo entiende, pero luego, cuando llega la hora, la carne tiembla. Tengo miedo, Padre, tengo miedo. Si por lo menos tú me dieras una señal... Sí, dame una señal, una prueba de que tú no me has engañado, de que esta lucha no ha sido en vano. A Gedeón le diste una señal antes de salir a la batalla. A Jeremías le enseñaste una rama de almendro. Mira esa rama, Señor, la rama de ese árbol... si floreciera, si de pronto se abriera la flor blanca del olivo como una señal de paz. ¡Respóndeme, Señor! ¿Por qué te callas? ¿Es pedir demasiado? ¡Tú me pediste más a mí! Me pediste que dejara mi tierra y la casa de mis padres. Por ti hablé, por ti me llené de rabia contra los grandes de este mundo y grité en la plaza y en las calles y no me senté a comer en la mesa de los mentirosos. Por ti me he quedado solo. Lo he perdido todo por hacerte caso a ti. ¿Y Tú no puedes darme la señal que te pido? ¿Ni siquiera eso? ¡Habla, responde! ¿O es que todo será un espejismo, como las aguas falsas que se ven en el desierto?

Jesús se dobló y pegó la cara contra la tierra y arañó las piedras con las manos, con las uñas, desesperadamente.(3) A esa misma hora, Judas, el de Kariot, seguido de una tropa de guardias, atravesó el Cedrón. Los soldados se internaron en la oscuridad y fueron tomando posiciones en la ladera del Monte de los Olivos.

Mateo 26,36-44; Marcos 14,32-40; Lucas 22,39-46.

---

*1. El torrente Cedrón, formado por los cauces de diversos arroyos, es una hondonada o valle estrecho que rodea Jerusalén por la parte oriental. Ordinariamente estaba seco y sólo en invierno llevaba agua. Las tierras cercanas*

al Cedrón eran particularmente fecundas pues por el torrente corría la sangre de las víctimas que se sacrificaban en el Templo, que servía de abono a la tierra. El canal de desagüe de esta sangre comenzaba junto al altar y por debajo de la tierra llegaba hasta el Cedrón.

2. **Getsemaní** era un huerto de los muchos que se extendían por las fértiles laderas del Monte de los Olivos, separado de Jerusalén por el Cedrón. Getsemaní significa en arameo «prensa de aceite». Seguramente habría por esta zona prensas para las aceitunas que producían los olivos sembrados por todo el Monte. En la actualidad, una iglesia construida al pie del Monte de los Olivos recuerda el lugar de la oración de Jesús en la noche en la que fue sentenciado a muerte. En el centro del templo se conserva la llamada «roca de la agonía», donde la tradición venera el lugar en que Jesús rezó aquella noche. En el jardín de la iglesia aún hay varios olivos milenarios, que podrían ser hijos de los que estaban sembrados en el Monte en tiempos de Jesús. De las semillas de los frutos que aún dan estos viejísimos árboles se hacen recuerdos piadosos para los visitantes. Rosarios, principalmente.

3. En la oración de Getsemaní no se enfrentaron la voluntad de **Jesús**, que quería vivir, con la de Dios, que quería matarlo. Si hubiera sido así, el Dios de quien habló Jesús sería un verdugo, sólo aplacable con la sangre de su hijo y además cómplice de quienes controlaban el poder en Israel. Dios no mató a Jesús, tampoco lo envió a la muerte. Dios no quiso esa muerte. Admitir la imagen de un dios así liberaría de culpa a los verdaderos asesinos. Pablo escribió sobre las lágrimas con las que Jesús suplicó ser salvado de la muerte (Hebreos 5, 5-10). En su oración, Jesús recogió las palabras angustiosas del profeta Jeremías (Jeremías 15, 15-18 y 20, 7-9) y el clamor de Moisés, que habló con Dios cara a cara y le reclamó a gritos la liberación para Israel (Éxodo 32, 32; Números 11, 11-15).

### 113- COMO SI FUERA UN LADRÓN

Era la madrugada del viernes 14 de Nisán. Jerusalén dormía, oliendo a sangre de cordero, borracha de vino y de fiesta. Nosotros también dormíamos, desparramados entre los olivos de Getsemaní, soñando con viajar lo antes posible a Galilea y escondernos allá, en nuestra provincia. Sólo Jesús se mantenía despierto. Con la cabeza baja, hundida entre sus manos callosas, veía pasar las horas y rezaba.

*Jesús* - Que no se haga la voluntad de ellos, sino la tuya, Padre. No la de ellos, sino la tuya. Que no ganen ellos, los poderosos, sino tú, el Dios de los pobres.

Fue entonces cuando una voz muy conocida por nosotros, resonó en mitad de la noche.

*Judas* - ¡Jesús! Jesús, ¿estás por aquí? ¡Jesús!

Jesús se levantó de un salto y vino hacia nosotros.

*Jesús* - ¡Despiértense! ¿No oyen? Viene gente. ¡Pedro! ¡Juan!

*Pedro* - ¿Qué pasa... qué?

*Jesús* - ¡Psst! No hagan ruido.

Jesús estaba frente a mí, muy pálido, con un brillo de miedo en los ojos.

*Judas* - ¡Jesús! ¿Dónde estás?

*Pedro* - ¡Maldita sea, Juan, esa voz es la de Judas! ¿Qué anda buscando por aquí el iscarote?

*Juan* - ¡Psst! Calla y prepárate. Avisa a los demás.

Pedro llamó a Felipe y Felipe despertó a Natanael. Tomás y Andrés se despezaron enseguida a pesar del vino que habían tomado durante la cena. Cada uno zarandó al compañero que tenía al lado y, en pocos segundos, los once y Jesús teníamos los ojos bien abiertos y nos agazapábamos entre los peñascos del huerto.

*Judas* - ¡Jesús! ¿Qué pasa, no están ustedes por acá?

La voz de Judas se nos acercaba cada vez más. Santiago y Simón se llevaron las manos a los cuchillos que guardaban bajo la túnica. Pedro y yo desenvainamos silenciosamente las dos espadas que habíamos traído de casa de Marcos. Aguantamos la respiración y esperamos.



*Judas* - ¡Jesús! Soy Judas. Tengo que decirte algo.  
¿Dónde estás?

Judas hablaba en la oscuridad. De pronto, unas ramas de olivo se movieron y el iscariote salió a un pequeño descampado, a poca distancia de donde nos escondíamos. Su figura, alta y fuerte, con el pañuelo de siempre atado al cuello, se destacaba en medio de aquella gran mancha de luz de luna.

*Judas* - ¡Jesús! ¿No estás por aquí? ¡Ven un momento! Necesito hablarte.

Jesús, a mi lado, respiró profundamente, como tomando impulso antes de emprender una larga y difícil carrera.

*Jesús* - Voy a salir, Juan.

*Juan* - ¿Qué dices? ¿Estás loco? Es una emboscada, moreno, estoy seguro.

*Jesús* - No importa, Juan. Saldré.

*Juan* - No, no lo hagas.

Pero Jesús se desprendió de nosotros y avanzó lentamente hasta el claro donde Judas esperaba.

*Judas* - Al fin te asomas. Me imaginé que estabas aquí y vine a buscarte.

Judas y Jesús, uno frente al otro, se quedaron unos segundos en silencio. La luna de Pascua, redonda, muy blanca, vigilaba la noche como el ojo de un centinela. Jesús se acercó un poco más.

*Jesús* - Judas, compañero, ¿por qué nos fallaste?

*Judas* - Todo va a salir bien, Jesús. Ahora no puedo explicártelo, pero todo va a salir bien. Confía en mí, moreno.

Judas dio un paso hacia Jesús y lo besó. Era la señal convenida con el comandante de la guardia del Templo. De repente, por entre los arbustos, aparecieron dos soldados. (1) Traían sogas y cadenas.

*Soldado* - ¿Usted es ese tal Jesús, verdad?

*Jesús* - Sí, yo soy. ¿Qué pasa conmigo?

*Soldado* - Está detenido.

*Jesús* - ¿Se puede saber por qué?

*Soldado* - Son órdenes superiores. Acompáñenos.

Los soldados se acercaron a Jesús y ya le estaban amarrando las manos...

*Pedro* - Maldita sea, Juan, ¿pero nos vamos a quedar así?

Pedro apretó la espada, apretó los dientes y se lanzó como una flecha sobre los guardias. Fue cosa de unos segundos. Pedro descargó el acero sobre la cabeza de uno de los soldados, pero falló el golpe y sólo le alcanzó la oreja. Santiago y yo saltamos sobre el otro, lo empujamos contra el suelo y le pegamos el filo del cuchillo en la garganta. Los demás, cuando vieron aquello, salieron enseguida de sus escondites para ayudar también.

*Todos* - ¡Buen trabajo, Pedro! ¡Bien hecho!  
*Comandante*- ¡No se mueva nadie! ¡Están rodeados!

La orden del comandante de la guardia del Templo nos heló la sangre a todos. Habíamos caído en la trampa. Entonces vimos salir de entre las sombras a muchos soldados armados con espadas y garrotes. Algunos encendieron antorchas para vernos mejor las caras. La tropa iba cerrando el círculo en torno a nosotros.

*Comandante*- ¡He dicho que no se mueva nadie!

*Pedro* - ¡Ni ustedes tampoco! ¡Si dan un paso más, este guardia está muerto!

*Santiago* - ¡Y éste otro también!

Pedro tenía a uno de los soldados, al que chorreaba sangre por la oreja, agarrado como un escudo, hincándole la espada en los riñones. Santiago y yo manteníamos al otro en el suelo, boca arriba, amenazándolo también a punta de cuchillo.

*Pedro* - ¡No se acerquen! ¡Jesús, corre, escapa por detrás de la caseta! ¡Al diablo contigo moreno, te digo que corras! ¡Vete! ¡Nosotros los aguantaremos hasta que estés lejos!

*Jesús* - Pero, ¿qué estás diciendo, Pedro? ¿Cómo me voy a ir yo y se van a quedar ustedes?

*Pedro* - Es a ti a quien buscan, moreno, ¿no lo entiendes?

*Jesús* - Nos buscan a todos, Pedro. Y alguien tiene que dar la cara. Vamos, de prisa, envainen las espadas y váyanse. Ahora tenemos que ganar tiempo.

*Pedro* - Pero, ¿y tú, Jesús, cómo?

*Jesús* - No te preocupes por mí, Pedro. Ya Dios me ayudará a encontrar una salida. Váyanse ustedes y traten de hacer algo. ¡Vamos, lárguense!

Jesús le arrancó a Pedro la espada de las manos y la arrojó lejos, sobre la tierra. El acero brillaba ensangrentado a la luz de la luna.

*Jesús* - Y ustedes, ¿a quién han venido a buscar?

*Comandante*- A ése que se llama Jesús de Nazaret. Traigo una orden de arresto contra él.

*Jesús* - Yo soy. Estoy desarmado. No haré resistencia.

Jesús avanzó hacia el jefe de la guardia con las manos sobre la cabeza. Luego se detuvo.

*Jesús* - Si vienen por mí, dejen libres a todos éstos. No tienen nada que ver en el asunto. Pedro, Santiago, Juan... váyanse de aquí. ¡Pronto! ¡Váyanse todos! Ya nos veremos luego.

*Pedro* - Pero, moreno...

*Jesús* - ¡Váyanse les digo! Avísenle a mi madre y a las mujeres. Pedro, por favor, habla con Judas a ver qué ha pasado.

Judas ya no estaba en el huerto. Se había escabullido entre los olivos. Nosotros salimos corriendo por detrás de la caseta donde Marcos guardaba la prensa de aceite. Jesús se quedó solo frente a los soldados.

*Jesús* - Como si yo fuera un ladrón vinieron a buscarme con espadas y garrotes. Se equivocaron. Los ladrones son otros. Los ladrones son los jefes de ustedes. Ellos trabajan en la oscuridad porque le tienen miedo a la luz.

*Comandante*- No pierdan tiempo. Amarren a este tipo, ¡y andando!

Le amarraron las manos a la espalda y, con otra cuerda, atada a la cintura, tiraron de él.

*Comandante*- Misión cumplida. ¡Ea, mis hombres, en marcha! ¡Al palacio de Caifás!

Y fueron empujando a Jesús hasta el pie del monte. Marcos, el amigo de Pedro, que había visto todo aquello desde la caseta donde dormía, echó a andar tras los soldados. Iba cubierto solamente con una sábana.

*Soldado* - Eh, tú, amigo, ¿qué pasa contigo?

*Comandante*- Ese tipo es sospechoso. ¡Agárrenlo!

Marcos, lleno de miedo, tiró la sábana y echó a correr desnudo por entre los olivares.

*Andrés* - ¡María! ¡María!  
*María* - ¡Ay, muchacho, por Dios!, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?  
*Andrés* - Lo agarraron, María.  
*María* - ¿A quién?  
*Andrés* - A Jesús. Está preso.  
*María* - ¡Ay, no, ay, mi hijo! ¡No puede ser! ¡Ay, no!  
*Magdalena* - ¿Qué ha pasado, maldita sea? ¡Habla tú!  
*Santiago* - ¡Cállense, caramba, tranquilícense!  
*Andrés* - Que hable uno solo. Explica tú, Santiago.  
*Santiago* - Nos sorprendieron en el huerto. Una emboscada. El soplón fue Judas.  
*Magdalena* - Claro, por eso pasó antes por aquí. ¡Ay, iscarote, cuando te agarre!  
*Santiago* - Vino un pelotón de soldados, nos rodearon y le echaron mano a Jesús.  
*Magdalena* - ¡Y ustedes son tan cobardísimos que no lo defendieron!  
*Andrés* - ¡Lo defendimos, magdalena! ¡Pedro hasta le cortó la oreja a un guardia, pero...  
*Magdalena* - ¡Qué oreja ni oreja! Habla, ¿dónde está Jesús? ¿A dónde lo llevaron? ¡Dime dónde está que voy a ir yo y le saco los ojos al ejército entero si hace falta, pero al moreno no le tocan un pelo, porque se las van a ver conmigo, por los huesos de mi madre que esos desgraciados van a tener que oírme, qué caray! ¡Y ustedes, pandilla de cobardes, basura de gente, y después dicen que las mujeres, si yo hubiera estado allá!  
*Santiago* - ¡Cállate ya, magdalena, caramba contigo! Fue Jesús el que no quiso huir.  
*Andrés* - Es verdad. Nosotros hicimos lo que pudimos, pero...  
*María* - Ay, Santiago, mi hijo, ¿y qué le harán a Jesús, dime?  
*Santiago* - No pueden hacerle nada, María. Lo que ellos quieren es meternos miedo. Cuando pasen las fiestas, lo soltarán, estoy seguro.  
*Andrés* - Jesús sabrá defenderse en el tribunal, ¡qué caray!  
*Magdalena* - Me limpio la nariz con el tribunal. En este país los jueces son como las colegas de mi oficio: dinero y nada más.  
*Santiago* - Lo que quieras, magdalena, pero en estos días no pueden hacerle nada. Hay mucha gente en Jerusalén. ¡Si le ponen la mano encima a Jesús, la ciudad entera se levantará para protestar!  
*Magdalena* - Ya se la pusieron y ustedes, «sus hombres de confianza», ¡salieron corriendo como gallinas! Maldita sea, ¿a dónde lo han llevado? ¡Eso es lo

que yo quiero saber!

*Andrés* - Seguramente a donde Caifás.

*Magdalena* - ¡Pues vamos allá, caramba! ¿Qué estamos haciendo aquí? ¡Vamos!

Mientras las mujeres y los otros del grupo echaron a correr por las callejuelas oscuras y solitarias de Jerusalén hacia el palacio del sumo sacerdote, Pedro y yo, después de dar muchas vueltas, después de hablar con el criado amigo mío que trabajaba allí, donde Caifás, encontramos a Judas en una casucha del barrio de Ofel.

*Pedro* - ¡Maldito iscarote, así te queríamos atrapar!

*Judas* - Pero, ¿qué les pasa a ustedes? ¿No se han dado cuenta todavía?

*Juan* - Sí, ya nos dimos cuenta de que eres un perro traidor.

*Judas* - Ellos me pidieron secreto y yo no les pude decir a ustedes nada antes, compañeros. Pero ahora sí. Todo ha sido un plan del movimiento, ¿comprenden? ¡Con Jesús preso, el pueblo se lanzará a la calle! Barrabás está organizando el levantamiento. Dentro de unas horas, Jerusalén será un avispero revuelto. ¡Liberaremos a Jesús! ¡Y liberaremos a Israel!

*Juan* - Pero... ¿qué estás diciendo, Judas?

*Judas* - Que todo está preparado. Que Barrabás y los de Perea

van a asaltar el arsenal de...

*Juan* - ¡Imbécil!

*Judas* - Sí, Juan, es verdad. De acuerdo, podía haberlo dicho antes pero, como te digo...

*Juan* - ¡Imbécil! Barrabás también está preso.

*Judas* - ¿Cómo has dicho?

*Juan* - Han hecho una redada. Lo han atrapado a él, a Dimas y a varios más del movimiento. Todo está controlado. Nadie hará nada, Judas, nadie.

*Judas* - Mentira, eso es mentira... No puede ser.

*Juan* - Es verdad, Judas. Me lo acaba de decir mi amigo que trabaja donde Caifás.

*Judas* - ¡No! No, no puede ser... ¡no puede ser! ¡Nooo!

Y Judas, el de Kariot, se desplomó sobre el suelo de tierra de la casucha llorando y golpeándose la cara con los puños.

Mateo 26,45-46; Marcos 14,41-52; Lucas 22,47-53; Juan 18,1-11.

---

1. Los levitas -clérigos de rango inferior a los sacerdotes- desempeñaban distintas funciones en el Templo de Jerusalén. Entre ellas, la de **soldados** y policías. Patrullaban en el Templo para que nadie pasara más allá del lugar que le correspondía por su categoría. De noche, montaban guardia en 21 puestos situados en las puertas y en la explanada. Estaban a disposición del Sanedrín -aristocracia sacerdotal-, que les podía encargar misiones especiales, como fue la de detener a Jesús. Toda la seguridad pública de la provincia de Judea recaía sobre las autoridades de Jerusalén y sobre esta policía que estaba a sus órdenes. Al frente de la tropa de policías del Templo estaba un comandante o guardia superior.

## 114- ANTES DE CANTAR LOS GALLOS

Era la madrugada del viernes cuando apresaron a Jesús en el huerto de Getsemaní. Jerusalén dormía aún, sin saber lo que había ocurrido. Por mayor precaución, los soldados, con las espadas desenvainadas y algunas antorchas encendidas, rodearon las murallas de la ciudad por el valle de la Gehenna y entraron por la Puerta de los Esenios. Muy cerca de allí tenía su palacio el sumo sacerdote Caifás.

*Comandante* - Encierren al prisionero, vigilen las dos entradas y que ningún desconocido ponga un pie en el patio sin mi permiso. ¿Entendido?

María, la madre de Jesús, Magdalena, Santiago y algunos más del grupo, habían salido corriendo de casa de Marcos y se acercaron por las callejas oscuras y vacías hasta el palacio de Caifás para enterarse de lo que estaba pasando. (1) Aún faltaban algunas horas para que amaneciera.

*Magdalena* - Miren, hay muchas luces encendidas.

*Santiago* - Los muy condenados, no se han acostado en toda la noche.

*María* - Ay, Santiago, por Dios santo, ¿qué estarán planeando esos canallas?

*Santiago* - No te angusties, María. No pueden hacerle nada a tu hijo. Jesús es inocente.

*Magdalena* - Pero ellos no, esa es la cosa. Los jueces de Israel están más podridos que un pescado de cuatro días.

Al poco rato, Pedro y yo nos reunimos con ellos...

*Juan* - ¡Eh, compañeros, aquí estamos!

*Santiago* - ¡Pshh! No griten... ¿Qué hay? ¿Han visto a Judas?

*Pedro* - Claro que lo vimos. El iscariote está loco, que si un plan del movimiento, que si iban a levantar a toda la ciudad y, ya ves, ni los gallos se levantan esta noche. Lo usaron como a un imbécil.

*Magdalena* - ¿Imbécil? ¡Soplón! ¡A mí que no se me ponga delante porque le arranco la lengua!

*Santiago* - ¡Pshh! No hagas tanta bulla, Magdalena. No podemos llamar la atención. Todo está muy vigilado.

Unos altos y gruesos muros rodeaban el palacio de Caifás. Era un edificio lujoso de varias cúpulas y un amplio patio interior sembrado de palmeras. Por fuera, a lo largo del muro, muchos soldados, con lanzas y garrotes, montaban guardia. Mientras los magistrados del Sanedrín, avisados de urgencia, iban llegando a la sala del tribunal, habían

llevado a Jesús al vecino palacio de Anás, suegro del sumo sacerdote.

Anás - ¡Así que este campesino, con olor a pocilga, es el famoso Jesús de Nazaret! ¡Con el tufo que tiene, era imposible que escapara de nuestros sabuesos!

El viejo y poderoso Anás estaba de pie, con una media sonrisa llena de seguridad.(2) Lo rodeaba un grupo de sacerdotes de las altas jerarquías de Jerusalén. Algunos se taparon burlescamente la nariz cuando los soldados empujaron a Jesús hasta el centro de aquel lujoso salón.

Anás - Buen trabajo, muchachos. Y ahora, váyanse y esperen fuera. Déjenlo aquí. Tenemos que preguntarle algunas cosas al nazareno antes del juicio.

Los soldados de la escolta salieron al patio. Jesús, con las manos atadas a la espalda, miraba fijamente a aquel viejo sacerdote que vestía como un príncipe con túnica de paño negro y doble anillo de oro.

Anás - Bueno, bueno, lo primero que quiero que nos cuentes es lo del domingo pasado en el Templo. A ver, explícanos. ¿Qué fue lo que hiciste en la explanada? ¿Qué dijiste de nosotros, los jefes de Israel?

Jesús - Nada que tú no sepas ya. Yo no hablé a escondidas ni en secreto. Ve y pregúntale a los que estaban allá ese día.

Aziel - ¡Perro sarnoso! Pero, ¿cómo te atreves a contestarle así a su excelencia? ¡Toma!

Uno de los sirvientes de Anás le dio a Jesús una bofetada. Sin volver la otra mejilla, Jesús le respondió..

Jesús - Que yo sepa, no he dicho nada malo. Y si no he dicho nada malo, ¿con qué derecho me pegas?

Aziel - ¡Maldito insolente! ¿Qué quieres, otra más?

Anás - Déjalo, Aziel, déjalo. Resulta divertido oír a este campesino respondón.

Anás comenzó a pasearse de un lado a otro mesándose la barba. Una de las lámparas que iluminaba el salón alargaba su sombra sobre el suelo de mármoles relucientes.

Anás - ¿Sabes? Con tu alboroto en el Templo, perdí algunas vacas y muchas, muchas ovejas. Pobres animalitos, da dónde habrán ido a parar? Pero la jugada te ha salido cara. Ahora tú vas a perder más que yo. Dicen que el que ríe último, ríe mejor.



*Jesús* - Y tiene razón el que lo dice.  
*Anás* - ¿Ah, sí? ¡Qué pronto te das por vencido, nazareno! Me sorprendes.  
*Jesús* - A mí lo que me sorprende es que tú hayas sido sumo sacerdote durante diez años y no sepas que el último en reírse es siempre Dios. Las escrituras lo dicen.  
*Anás* - ¡Hablas de escrituras y no sabrás escribir ni cuatro letras! ¡Ah, estos embaucadores del pueblo! Por suerte, todavía hay jueces en Israel. Sí, amiguito, te vamos a juzgar. ¿Qué? ¿No tienes miedo...? Tú que te las das de profeta, ¿te sospechas cuál será la sentencia?  
*Jesús* - La sentencia ya está dada.  
*Anás* - ¿No me digas? ¿Y cuál te imaginas que será? ¿Culpable o inocente?  
*Jesús* - Culpable.  
*Anás* - ¿Tan mal te quieres, profeta?  
*Jesús* - Tan bien te conozco, Anás. A ti y a los tuyos. Pero no importa: ser culpable delante de ti es ser inocente en el juicio de Dios.  
*Anás* - ¿Y qué sabes tú del juicio de Dios, charlatán?  
*Jesús* - Lo que tú nunca has querido saber: que Dios siente náuseas ante los sacerdotes como tú que comercian con la religión y se llenan los bolsillos aprovechándose de la buena fe del pueblo.  
*Aziel* - Pero, ¿cómo te atreves? ¡Excelencia, córtele la lengua a este impertinente!  
*Anás* - Déjalo, Aziel. Son los pataleos del que se sabe acorralado. Bah, las palabras son como las plumas: el viento se las lleva.  
*Jesús* - Te equivocas, Anás. Es el viento de Dios el que va a soplar pronto y arrasará contigo y con tu casa y con todos ustedes que se llaman servidores del Dios del cielo y a quien sirven es a los reyes y a los señores de este mundo. Ustedes, pastores que se apacientan a sí mismos, que guardan silencio cuando los lobos entran y hacen presa en el rebaño y despedazan y matan. Y luego, van a sus guaridas a comer y a beber con los asesinos de las ovejas. ¡Y hasta se abrazan con ellos y salen delante de todos, a plena luz, sin ningún pudor! ¡Pastores mercenarios, se han cebado a costa de las ovejas, sí, pero no han hecho más que engordar para el día de la matanza!  
*Anás* - ¡Basta ya, maldito! ¡Cállate ya! ¡Con razón dicen que tienes siete demonios dentro!

Anás se acercó a Jesús con un gesto iracundo y le escupió en la cara.

Anás - ¡Que te trague el infierno, hijo de ramera!

Detrás de él, sus colaboradores, ya sin ningún freno, se abalanzaron sobre Jesús y comenzaron a golpearlo y a insultarlo.(3) Mientras tanto, en la calle, las mujeres y nosotros estábamos ya impacientes, sin saber lo que estaba ocurriendo dentro del palacio.

Pedro - Pero, ¿es que vamos a quedarnos aquí de mirones, con los brazos cruzados? ¡Tenemos que hacer algo, caramba!

Magdalena- Eso es lo que yo estoy diciendo hace rato, Pedro. Pero aquí hay más miedo que vergüenza.

María - ¿Y qué podemos hacer, Magdalena?

Pedro - Oye, Juan, ¿no estará por ahí dentro ese criado amigo tuyo? Pues vamos a engancharnos con él y nos colamos en el patio.

Santiago - ¿Para qué, Pedro?

Pedro - ¿Cómo que para qué? ¡Para averiguar lo que está pasando! ¡Y si hay que armar un escándalo, se arma! ¡Esto no se puede quedar así! ¡Si al moreno no lo sueltan por las buenas, lo tendrán que soltar por las malas!

Magdalena - Así se habla, tirapiedras. Yo estoy contigo.

Pedro - Vamos, Juan.

Juan - Está bien, Pedro, vamos. Pero ten cuidado con lo que dices. Ahí dentro todo son orejas y...

Pedro - Pues mejor. Que me oigan. Eso es lo que quiero: ¡que me oigan! ¡Vamos!

Juan - Psst... Oye, amigo, éste y yo conocemos a un tal Bruno. Trabaja aquí de criado. Nos está esperando, ¿sabes?, y...

Soldado - Pues que espere sentado. Hay orden de que no pase nadie. ¿O te crees que soy tonto y no sé que tú eres de los que andaban con ese galileo? ¡Y tú también!

Pedro - Bah, no te pongas así, compañero. No es para tanto. Alegra esa cara, hombre. Mira, con este denario te tomas una garrafa de vino a nuestra salud, ¿eh?

Pedro deslizó la moneda en las manos del soldado y éste se apartó de la puerta y nos dejó pasar.

Pedro - Así es como hay que tratar a esta gente, Juan. Si te achicas ante ellos, te sacan con un puntapié. Ven, vamos a enterarnos dónde tienen a Jesús.

La tropa del palacio del sumo sacerdote había encendido varias hogueras en mitad del patio y jugaban a los dados cerca del fuego buscando matar el frío y el aburrimiento de la larga noche de guardia.

*Soldado* - ¡Cinco y tres! ¡Todo es mío! ¡Ea, saquen las monedas!

*Soldado* - ¡Tú estás haciendo trampas, calvo!

*Soldado* - ¿Trampas? ¡Di mejor que el nazareno me ha traído suerte! ¿No dicen que el tipo hace milagros? ¡Pues ahí tienen la prueba, cinco y tres!

*Soldado* - ¡El milagro es que pueda salir vivo del salón de Anás! ¡Lo están madurando a golpes! ¡No quisiera verme en el pellejo de ese profeta!

*Soldado* - ¡Ni en el de sus compinches! ¿Sabes lo que me han dicho? Que van a hacer una redada. Andan detrás de un grupito de Cafarnaum que vino con el nazareno. ¡Pobre gente, la que les espera! Ea, ea, menos lengua y más monedas... ¡Tira los dados!

Pedro y yo, envueltos en nuestros mantos, estábamos junto a la hoguera oyendo todo aquello.

*Mujer* - Eh, ustedes dos, ¿quiénes son ustedes? ¿Qué andan buscando por aquí, eh? Oye tú, narizón, que te estoy hablando.

*Pedro* - ¿Qué pasa conmigo, mujer?

*Mujer* - Ya decía yo que tú eras galileo. Se les conoce a  
siete millas.

*Pedro* - Bueno, ¿y qué? ¿Es un pecado ser del norte?

*Mujer* - Seguramente tú eres de los del nazareno. Di que no.

*Pedro* - ¿De qué me estás hablando tú? Anda, anda, sigue tu camino y déjame en paz.

*Mujer* - Sí, sí, tu cara me suena. Yo te he visto a ti con el profeta.

*Pedro* - Pero, ¿qué dices tú? ¡Si yo en mi vida le he visto las barbas a ése!

*Mujer* - ¡Eh, muchachos, vengan un momento!

Pedro y yo nos quedamos en cuclillas, sin movernos. Pero aquella mujer siguió llamando a los soldados.

*Mujer* - ¡Aquí, aquí, vengan aquí, muchachos!

*Pedro* - ¡Cállate la boca, caramba! Yo no me metí contigo... ¿entonces?

*Mujer* - Tú eres un espía de los de ese hombre.

*Pedro* - Ya te dije que no sé de qué demonios me estás hablando.

*Mujer* - ¡A otra boba con ese cuento! A ver, ustedes, muchachos, mírenle bien la cara a este tipo, que es sospechoso.

Y le acercaron una tea encendida a Pedro, para verlo mejor.

*Soldado* - ¡Maldita sea, pero si éste fue el que le cortó la oreja a mi primo Malco! ¡Agárrenlo!

Pedro intentó levantarse y escapar, pero un grupo de soldados lo rodeó enseguida.

*Soldado* - ¿Así que éste fue el que hirió a Malco? ¡Ja! A ver si ahora es tan macho como en el huerto.

Uno de los soldados desenvainó la espada y se acercó a Pedro...

*Pedro* - Espérate, compañero... yo no soy el que tú te crees... es una equivocación... ¡aggg!

A punta de espada, el soldado fue arrinconando a Pedro hasta pegarlo contra la pared del patio. Los demás, cerraron el cerco para divertirse.

*Soldado* - ¡Oreja por oreja, como dicen! Pero a ti te voy a cortar las dos, para que quedes más parejo.

*Pedro* - Por favor, yo... yo no sé nada de esto... yo...

El soldado le fue pasando el filo de la espada por la frente, por la cara, por las orejas...

*Soldado* - ¿No tienes cosquillas, amiguito? ¿Y así?

Y le incrustó la punta de la espada debajo de la barbilla. Pedro se puso blanco como la harina.

*Todos* - ¡¡Sangre, sangre!!

*Pedro* - No... no... yo no sé nada... yo no conozco a ese hombre ni estaba con él... yo no...

*Soldado* - Míralo qué valiente ahora... Tóquenle los calzones a ver si están mojados. Maldito galileo, ¿qué andabas haciendo aquí? ¡Habla!

*Pedro* - Yo... yo...

*Soldado* - ¡Déjalo, hombre, no te ensucies las manos con sangre de gallina!

*Soldado* - ¡Sí, trae mala suerte degollar a una mujer!

Entonces el soldado envainó la espada, agarró a Pedro por el cogote, lo arrastró hasta la puerta del palacio y lo

arrojó fuera de un puntapié.

**Soldado** - ¡Lárgate de aquí y que nunca más te vea las narices, basura de hombre!

Yo logré escabullirme y salir por otra puerta. Corrí, doblé la esquina y me encontré a Pedro tirado sobre las piedras de la calle, boca abajo, tapándose la cara con las manos. Cuando la magdalena y los demás fueron a preguntarle qué había pasado, Pedro lloraba amargamente.(4) Todavía era oscuro, pero los primeros gallos anunciaban ya el amanecer.

Mateo 26,69-75; Marcos14,66-72; Lucas 22,54-65; Juan 18,12-27.

---

1. El **palacio** del ex-sumo sacerdote Anás y de quien lo era el año de la muerte de Jesús, José Caifás, estaban muy cercanos, en el barrio alto de la ciudad. Eran edificios lujosísimos, exterior e interiormente. En ellos servía una multitud de esclavos, criados y funcionarios. En el palacio de Caifás había salones suficientemente amplios como para celebrar allí sesiones extraordinarias del Sanedrín, sin tener que trasladarse a las dependencias del Templo de Jerusalén.

2. **Anás** había sido sumo sacerdote durante nueve años (del 6 al 15 antes de Jesús). Le nombró para este cargo Quirino, gobernador romano de la provincia de Siria. Anás llegó a tener tanta influencia que después de él fueron sumos sacerdotes cinco de sus hijos y, tras ellos, su yerno José Caifás. Su ambición de poder, su codicia y sus fabulosas riquezas eran conocidas por todos. El negocio de la venta de animales para los sacrificios del Templo de Jerusalén dependía prácticamente de él y su familia. Como jefe de un poderoso linaje sacerdotal, era la personalidad judía de mayor poder en tiempos de Jesús y aunque hubiera cesado en su cargo, conservaba, según las costumbres de Israel, su rango y todos los privilegios correspondientes. Como el juicio de Jesús no fue en la realidad un proceso legal, la decisión de Anás era la de mayor peso en la farsa jurídica con la que se le condenó a muerte.

3. **Jesús** no fue «humilde» ante el tribunal del ex-sumo sacerdote Anás. Rechazó el ser interrogado como reo y no presentó «la otra mejilla» al criado que lo golpeó, sino que le reclamó por ese golpe. Jesús habló a Anás con las palabras del profeta Ezequiel, que había denunciado unos 600 años antes a los malos pastores de Israel. (Ezequiel 34, 1-10).

4. El relato de las tres negaciones de **Pedro** es, ante todo una narración arquetípica. Es característico de las narraciones arameas dar a la historia tres momentos para hacer ver que se trata de un acontecimiento terminado, completo, definitivo, que ha llegado al final. El incluir en este relato el canto del gallo tiene también un sentido simbólico. Los orientales consideraban que el gallo era una representación del poder de las tinieblas porque actuaba siempre en la oscuridad y cantaba cuando aún no había luz. Cuando Pedro se acobardó y negó a Jesús, el canto del gallo simbolizaba el drama que se estaba desarrollando en Jerusalén: el triunfo del mal, de las tinieblas.

## 115- LA SENTENCIA DEL SANEDRÍN

El palacio del sumo sacerdote José Caifás, rodeado de guardias con lanzas, no había apagado sus luces en toda la noche. A Jesús lo tenían detenido en la residencia vecina del viejo Anás, esperando que los magistrados del Sanedrín se reunieran para comenzar un juicio sumarísimo contra él. (1) Los criados de Caifás iban y venían por el barrio de Sión avisándoles a los setenta miembros del Tribunal Supremo que había sesión extraordinaria en la madrugada de aquel viernes.

*Tano* - ¡Maestro José! ¡Maestro José!  
*Arimatea* - ¿Quién es?  
*Tano* - Soy yo, Tano, servidor del sumo sacerdote.  
*Arimatea* - ¿Qué demonios quieres a estas horas?  
*Tano* - El ilustre Caifás me manda decirle que vaya usted ahora mismo a su palacio. El Sanedrín se reúne de urgencia.  
*Arimatea* - ¿De qué se trata, si se puede saber?  
*Tano* - Creo que el lío es con el galileo ése, el tal Jesús, que ha hecho tanta bulla. Lo agarraron y van a juzgarlo.  
*Arimatea* - ¿De noche? No se puede celebrar juicio de noche. Es ilegal.  
*Tano* - Yo no sé de eso, maestro José. A mí me dijeron que se lo dijera. ¡Adiós!

Y José de Arimatea,(2) uno de los setenta miembros del Tribunal Supremo, se vistió de prisa y salió hacia el palacio del sumo sacerdote. A pesar de la hora, los magistrados acudieron a la sala de reuniones: una habitación amplia con las paredes recubiertas del mejor cedro del Líbano. En los frisos estaban grabadas las palabras de la sagrada Ley de Moisés. Sobre el verde mármol del piso, los bancos se disponían en forma de herradura. Allí se fueron sentando los grandes señores de Israel. Los ancianos, jefes de las familias más adineradas y aristocráticas de la capital. Los sacerdotes con sus altas tiaras sobre la cabeza. Los escribas y doctores de la Ley, con sus viejos pergaminos y sus dedos manchados de tinta. Los saduceos, vestidos y peinados a la moda romana. Los maestros fariseos, con ojos inquisidores.

*Arimatea* - ¿Dónde está Caifás, Nicodemo?  
*Nicodemo* - ¡Y qué sé yo, José! Seguramente estará firmando la sentencia de muerte en casa de su suegro Anás. Para ganar tiempo, ¿comprendes?  
*Arimatea* - Lo único que comprendo es que todo esto es

ilegal. No se puede juzgar a nadie de noche.

*Nicodemo* - ¿Qué te parece, José? ¿Podemos hacer algo?

*Arimatea* - ¿Y qué vamos a hacer, Nicodemo? Ellos son mayoría.

Del techo colgaban tres grandes lámparas, en forma de anillo, que iluminaban el salón. Al fin, dos criados abrieron las puertas del fondo y entró José Caifás, hijo de Beto, sumo sacerdote de aquel año. Compareció a la reunión con los ornamentos sagrados que el gobernador romano guardaba en la Torre Antonia y sólo le entregaba durante las fiestas: la túnica de hilo puro, sin costura, el pectoral con las doce piedras preciosas y, en la cabeza, la blanca tiara con la placa de oro donde estaba escrito: «Consagrado a Yavé». Al entrar, los sanedritas se pusieron en pie y le saludaron con una profunda reverencia. Caifás, con las manos levantadas, los bendijo, atravesó el Tribunal y se sentó en el sillón de la presidencia.

*Caifás* - Somos más de veinticuatro. El juicio puede comenzar.(3)

El escriba designado abrió la causa.

*Escriba* - Ilustre Tribunal, Excelencias, nos hemos reunido para enjuiciar la doctrina y la actividad de un israelita por nombre Jesús, hijo de un tal José y de una tal María, oriundo de Nazaret, provincia de Galilea. Sin profesión conocida y sin estudios. Este individuo acaba de ser arrestado por el comandante de la guardia del Templo, con orden de prisión debidamente autorizada por los miembros del Consejo Permanente del Sanedrín. La gravedad de las acusaciones que pesan sobre el detenido nos obligan a reunirnos en sesión extraordinaria, a petición de nuestro sumo sacerdote su excelencia José Caifás. ¡Que pase el acusado!

Dos guardias lo hicieron entrar. Con las manos atadas a la espalda y todo el pelo revuelto, Jesús avanzó hasta el centro de la sala. Tenía la cara hinchada por los golpes recibidos en casa de Anás y la barba llena de salivazos.

*Escriba* - Este es el acusado. El acusador tiene la palabra.

Un doctor de la Ley gordo y con los ojos abultados, se levantó del banco y se acercó a Jesús.

*Acusador* - Señores jueces de este Tribunal Supremo: este



hombre que ustedes tienen delante es uno de los individuos más peligrosos con quien hemos tenido que enfrentarnos desde hace muchos años. Este hombre se ha burlado repetidas veces de las instituciones más sagradas que son los pilares de nuestra nación: la Ley de Moisés y las tradiciones de nuestros antepasados. No sólo se ha rebelado contra el poder civil, sino también contra las autoridades religiosas, agitando al pueblo sencillo para que siga su perverso ejemplo. Y para que pueda confirmarse lo dicho, le pido a su Ilustrísima la entrada de los que han venido, libre y voluntariamente, a dar testimonio en contra suya.

*Escriba* - ¡Que pase el primer testigo!

Entró un muchacho alto, con la cara picada de viruelas.

*Escriba* - Recuerda que has de decir la verdad. Si no, la sangre inocente caerá sobre tu cabeza.

*Acusador* - ¿Cómo te llamas?

*Tano* - Tano.

*Acusador* - ¿Estuviste el domingo en la explanada del Templo cuando este rebelde entró, montado en un burro, con una turba de gritones?

*Tano* - Sí.

*Acusador* - ¿Oíste lo que dijo?

*Tano* - Sí.

*Acusador* - ¿Y qué fue lo que dijo?

*Tano* - Bueno, él dijo que la casa de Dios parece una cueva de bandoleros y que los sacerdotes hacen negocio con la religión. y que si Moisés levantara la cabeza los sacaba a todos ustedes a bastonazos.

*Acusador* - ¿Anjá? ¿Y qué más dijo el acusado?

*Tano* - Bueno, también dijo que ustedes eran unos hipócritas, hijos de culebra, sepulcros pintados con cal, farsantes, traficantes de Satanás.

*Caifás* - ¡Basta ya, caramba! No creo que sea necesario repetir todas las impertinencias que haya dicho este charlatán.

*Escriba* - Disculpe, excelencia. El siguiente testigo, ¡que pase!

Y, uno a uno, los testigos fueron pasando a declarar.

*Vieja* - Lo dijo, sí, lo dijo, que lo oí yo. Dijo que él quería tumbar el Templo a pedrada limpia.

*Hombre* - No, magistrado, lo que Jesús dijo fue que del Templo no quedaría piedra sobre piedra, que se iba a destruir desde los cimientos.

*Acusador* - Perdón... ¿El acusado dijo que se iba a destruir... o que él lo iba a destruir? Aclare bien ese punto.

*Hombre* - Pues, a la verdad... ya no me acuerdo.

Y uno tras otro, fueron pasando los testigos...

*Hombre* - ¡Es un brujo! ¡Un hechicero! ¡Cura a la gente con el poder de Belcebú! ¡Dijo que se iba a trepar en el pináculo del Templo y se iba a tirar desde ahí y llegar abajo sin un rasguño porque tiene un arreglo con el diablo!

*Mujer* - Este barbudo y la banda de forajidos que van con él a todas partes cometen muchas atrocidades: cuando llegan a un pueblo, les roban la cosecha a los campesinos, les violan a sus mujeres, van armados hasta los dientes y matan a las personas decentes así porque sí, por hacer la maldad.

*Viejo* - Ese tipo es peligroso ¡Si lo conoceré yo! Tiene veneno en el buche como la serpiente. Atiza a los pobres contra los ricos, habla de liberación, que si la tierra es para todos, que si el año de gracia, que suelten a los presos, que mejor salario y nadie esclavo de nadie, que rompan los títulos de propiedad y no paguen los impuestos, que abajo los patronos y arriba los peones, cambiarlo todo, ¿comprenden? Darle la vuelta a la tortilla, eso es lo que él quiere.

*Fariseo* - No cumple el ayuno ni respeta el sábado. Nunca se le vio pagando el diezmo a los sacerdotes. Poco o nunca se le vio rezando en el Templo. Ataca al clero siendo él un laico. Habla de las escrituras santas sin haberlas estudiado y sin que nosotros le hayamos dado permiso para enseñar. ¿Qué más decirles? Se sienta a la mesa con publicanos y se trata con ramerías.

*Sacerdote* - ¡Y eso no es lo peor, ilustrísimos! ¡Este embaucador que ustedes tienen ante sus ojos, se dejó llamar Mesías por el populacho. Óiganlo bien: «Mesías de Israel» y también «Hijo de David».

*Acusador* - ¿Eso dijo el detenido?

*Sacerdote* - ¡Sí que lo dijo! Y si ustedes dudan de mi testimonio, pregúntenselo a él directamente.

*Caifás* - ¡Podríamos haber comenzado por ahí y ahorrarnos tanta palabrería inútil!

El sumo sacerdote se levantó bruscamente. Después, alzó las manos pidiendo silencio.

*Caifás* - Ilustres del Tribunal, ya hemos recogido

suficientes datos sobre las malas ideas y las peores actuaciones de este rebelde. Por otra parte, no podemos demorarnos más dada la urgencia del caso. Permítanme completar personalmente el interrogatorio...

Caifás clavó sus ojos de lechuza sobre Jesús, que permanecía en el centro de la sala, de pie.

*Caifás* - Tú, el nazareno, ya has oído todo lo que dicen contra ti. ¿Qué te parecen todas estas acusaciones? ¿Te reconoces culpable? ¿O todavía te cabe la pretensión de la inocencia? ¿Qué te pasa ahora? ¿Te has quedado mudo ante tantos cargos? Yo quiero hacer solamente una pregunta, ilustrísimos del Tribunal. Uno de los testigos habló del Mesías y que este facineroso se dejaba llamar así por el populacho. Es el punto más interesante, ¿no les parece a ustedes? Responde, nazareno: ¿te consideras el Mesías, el Liberador de nuestro pueblo?

Pero Jesús seguía callado, sin levantar los ojos del suelo.

*Caifás* - ¡Te estoy hablando yo, el sumo sacerdote de Israel, la voz de Dios en la tierra! ¡Responde! ¿Quién te crees que eres? ¿El Mesías?

Jesús alzó lentamente la cabeza. A pesar de los pelos revueltos, de la cara llena de moretones y los labios desfigurados por los puñetazos, logró sonreír con ironía.

*Jesús* - ¿Para qué me lo preguntas? Si te digo que sí, no me vas a creer. Y si te digo que no, no me vas a soltar. ¿Entonces?

A Caifás le temblaban de indignación las gruesas mejillas. Con la mano derecha se tocó la diadema que llevaba sobre la frente donde estaba escrito, en letras de oro, el sagrado nombre de Dios que solamente él, el sumo sacerdote, podía mencionar. Iba a hablar con la autoridad de su cargo.

*Caifás* - Pongo a Yavé por testigo.

Cuando Caifás pronunció el nombre de Dios, todos los sanedritas bajaron la cabeza y cerraron los ojos.

*Caifás* - Yo te conjuro por el nombre del Bendito a que declares si tú eres el Mesías, Hijo de David, Hijo de Dios.

Hubo un profundo silencio. Los ancianos, los sacerdotes, los maestros de la Ley, los fariseos y los saduceos, y hasta los guardias del palacio tenían los ojos fijos en los labios de Jesús.

*Jesús* - Tú lo has dicho. Lo soy. Y yo también pongo a Yavé por testigo. Él sabe que no miento.

Caifás se llevó las manos al cuello, rojo de ira, como si le faltara la respiración.

*Caifás* - ¡Blasfemia!(4)

Y se rasgó la túnica de arriba a abajo. Todos los magistrados se levantaron como empujados por un resorte y se oyó un rugido, como un eco a las palabras del sumo sacerdote.

*Todos* - ¡Blasfemia! ¡Blasfemia!

Y uno tras otro se rasgaron también las túnicas ratificando la acusación de Caifás.

*Caifás* - ¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Ustedes lo han oído, ilustrísimos! ¿Qué sentencia piden para este hombre?(5)

*Todos* - ¡La muerte! ¡La muerte!

Los sanedritas vociferaban con los puños en alto. Caifás, con una mueca de satisfacción, mandó hacer silencio.

*Caifás* - Ilustres, la Ley de Moisés lo dice claramente: «Saca al blasfemo fuera de la ciudad y que la comunidad lo mate a pedradas».

*Sacerdote* - ¿A qué esperamos entonces, excelencia? ¡Este galileo debe ser lapidado ahora mismo!

*Todos* - ¡Sí, sí, a la gehenna! ¡A la gehenna!

Fue el viejo sacerdote Anás quien se levantó para apaciguar a los magistrados.

*Anás* - Colegas, por favor, no perdamos la calma, que es la primera virtud de un buen juez. Sí, mi yerno tiene razón. Según nuestra ley, el castigo que este hombre merece es ser apedreado. Pero si el pueblo sospecha de nosotros, se alborotará. ¿No sería más prudente entregar el caso al gobernador Pilato y que Roma lo juzgue?

*Sacerdote* - Pero... ¿y si el gobernador no se decide a condenarlo?

Anás - Descuide, colega. La habilidad es la segunda virtud de todo buen juez.

Sacaron a Jesús a empujones y a patadas del Tribunal. Los sanedritas le escupían cuando pasaban a su lado. Otros, quitándose la sandalia, le golpeaban con ella en la cara. El sumo sacerdote dio orden para que en las cuatrocientas sinagogas de Jerusalén se leyera este aviso: «Jesús de Nazaret, juzgado por el Sanedrín, ha sido excomulgado de nuestra fe: ciérrenle las puertas al blasfemo».(6) Eran las 6 de la mañana. Jerusalén se despertaba mojada por las finas gotas de lluvia que no cesaban desde las primeras horas de la madrugada. La luz grisácea del amanecer anunciaba un día triste.

Mateo 26,57-68; Marcos 14,53-65; Lucas 22,66-71.

---

1. Durante la dominación griega, unos 200 años antes de Jesús, se constituyó definitivamente en Jerusalén el **Sanedrín**, creado un par de siglos antes. En tiempos de Jesús, bajo la dominación romana, el Sanedrín era la primera representación política y religiosa del país ante el gobernador romano Poncio Pilato. En el sur, en Judea, era donde este Gran Consejo tenía mayor influencia. El Sanedrín era también la suprema corte de justicia y la máxima instancia para resolver los asuntos municipales de Jerusalén. Funcionaba también como asamblea financiera en la toma de decisiones económicas a nivel nacional. Componían el Sanedrín 70 miembros y el sumo sacerdote, que lo presidía.

En tiempos de Jesús había tres categorías de sanedritas: los sacerdotes, los escribas y los ancianos. En el grupo sacerdotal estaban todos los que habían ejercido el cargo de sumo sacerdote y los miembros más destacados de las cuatro grandes familias de Jerusalén. Constituían una especie de comisión permanente que decidía en todos los asuntos ordinarios. El grupo de los escribas estaba compuesto por teólogos y juristas importantes del grupo fariseo, asociación laica. Los ancianos eran los jefes de las familias más influyentes y ricas de Jerusalén. En el Sanedrín se reunían las personas más poderosas religiosa, política, ideológica y económicamente de la capital del país. El lugar ordinario de las reuniones del Sanedrín estaba en el Templo de Jerusalén, en la lujosa y solemne «sala de las piedras talladas». Como todos los edificios estaban cerrados durante la noche en que Jesús fue

apresado, éste fue llevado al palacio de Caifás, que tenía salones especiales para reuniones de urgencia.

2. **José de Arimatea** había nacido en una ciudad de Judea que llevaba ese nombre, forma griega del hebreo Ramá. Los escritos de la época indican que era un rico hacendado con terrenos comprados recientemente en las afueras de Jerusalén. Pertenecía al grupo de los «ancianos» del Sanedrín. Junto a Nicodemo, magistrado del grupo de los fariseos, apoyó sin mucho éxito que el juicio de Jesús se celebrara de una forma justa y legal.

3. El **juicio** al que fue sometido Jesús antes de ser sentenciado a muerte fue un teatro. Ni la hora intempestiva ni el día -en la solemnidad de la Pascua- ni el procedimiento de urgencia tenían excusa jurídica válida. Antes de comenzar, la sentencia ya estaba dada. Pero las autoridades quisieron revestirlo todo de legalidad como justificación ante el pueblo y ante los pocos de entre ellos que tenían alguna simpatía por Jesús.

4. La **blasfemia** era en Israel un pecado gravísimo, que no se reducía a decir groserías contra Dios, tal como actualmente se entiende. La blasfemia comprendía el menosprecio de Dios o de sus representantes, el usurpar los derechos divinos y el trato con pecadores a los que se consideraban malditos por Dios. En el exceso de escrupulosidad de los fariseos, blasfemaba quien pronunciaba el nombre de Dios: Yahveh. La blasfemia de la que se acusó a Jesús para condenarlo a muerte fue la de afirmar que era Hijo de Dios. Pero la afirmación de Jesús ante el tribunal del Sanedrín no fue la revelación de un dogma sobre sí mismo. Se trató de una afirmación mesiánica. «Hijo de Dios» era un título bastante frecuente entonces para designar a alguien cercano a la voluntad de Dios y era también uno de los nombres con los que se designaba al Mesías. Para el Sanedrín, encargado de velar por la pureza de la religión, era blasfemia que un laico tuviera la pretensión de ser el Mesías, el Liberador de Israel. La pena de muerte impuesta en el código sanedrítico por la blasfemia era la lapidación: muerte por apedreamiento fuera de las murallas de la ciudad.

5. Aun bajo la dominación romana, el Sanedrín había conservado su derecho a **sentenciar** a muerte, aunque el poder romano tenía que ratificar la condena que dieran las autoridades judías. La competencia para la pena de muerte que podían decretar los sanedritas se limitaba sólo a materia religiosa. Varios de los cargos que pesaban contra Jesús -estar endemoniado y obrar curaciones con poderes diabólicos, blasfemar contra Dios, rebelarse contra la Ley

y las autoridades religiosas- estaban penados por las leyes del Sanedrín con la muerte por apedreamiento. Por estrangulamiento, según las leyes judías, debían morir los falsos profetas.

6. En tiempos de Jesús, las autoridades religiosas se hablan arrogado el poder de **excomulgar** a cualquier israelita, separándolo transitoria o definitivamente de la sinagoga, lugar de reunión religiosa de la comunidad. Era lo que se llamaba el «anatema sinagogal». El hombre o mujer así excomulgado no podía entrar en la sinagoga ni rezar con la comunidad. En dos ocasiones el evangelio de Juan deja constancia que a los simpatizantes de Jesús se les amenazaba con este castigo (Juan 9, 22 y 12, 42). Jesús mismo avisó a sus compañeros que se les tendría por herejes, se les excomulgaría e incluso se les asesinaría, usando como justificación al mismo Dios (Juan 16, 2).

## 116- EL INTERROGATORIO DEL GOBERNADOR

Era el viernes 14 de Nisán. Un cielo de plomo cubría la ciudad de David y una llovizna, molesta y continua, lo iba mojando todo: las agujas de los palacios, las torres de las murallas, las pequeñas cúpulas encaladas de las casas de los pobres, los mármoles del Templo y las callejas estrechas y escalonadas por donde corrían nerviosamente riachuelos de agua sucia. Cuando los gallos anunciaron el nuevo día, triste y gris, Jerusalén se despertó sobresaltada.

*Mujer* - ¡Vecina, vecina! ¿Ya se enteró? ¡Le echaron mano al profeta de Galilea!

*Vecina* - ¿A Jesús?

*Mujer* - ¡Sí! Está preso.

*Vecina* - Pero, eso no puede ser. ¿Cómo es posible?

*Mujer* - Pues así como lo oye. Yo le digo, vecina, que en este país todo anda al revés: los buenos en la cárcel y los ladrones en el palacio. ¡Ea, vístase pronto y vamos a ver qué está pasando!

La mala noticia corrió de boca en boca. En pocas horas, toda Jerusalén lo sabía.

*Hombre* - Han hecho una redada. Barrabás y Dimas están presos. Gestas, preso también. Y ahora me dicen que a Jesús, el nazareno, lo agarraron esta noche por ahí, entre los olivos del monte.

*Vecina* - Maldita sea, pero, ¿qué quieren los romanos? ¿Encerrarnos a todos?

*Hombre* - Pues prepárate, compañero. Poncio Pilato los torturará para que canten. Y si cantan, ya sabes tú, ¡media ciudad irá de cabeza a los fosos de la Torre Antonia!

En las calles, gentes de todos los barrios de Jerusalén se fueron juntando para protestar. Nosotros nos acercamos al lugar en donde sabíamos que habían llevado a Jesús.

*Juan* - No te desesperes, María. Al moreno lo tienen que dejar en libertad. No tienen ninguna prueba contra él.

*María* - Ay, Juan, no sé, pero tengo tanto miedo...

*Santiago* - Si le tratan de hacer algo malo, te digo que hasta los gatos afilan las uñas para defenderlo, ya verás.

*Juan* - Mira, Santiago, ya están saliendo los del Sanedrín. ¡Ven, corre!



Se abrieron las puertas del palacio y comenzaron a salir los magistrados del Tribunal Supremo, muy encopetados, con sus altas tiaras y sus lujosos turbantes. Ya habían cumplido su misión y se dispersaron por las calles del barrio alto. Detrás de todos, apareció el sumo sacerdote José Caifás. Iba acompañado de cuatro sanedritas y caminaba con mucha solemnidad. De allí se fue derecho a la fortaleza romana. A Jesús lo llevaban amarrado y rodeado de guardias, que se abrían paso entre la gente a fuerza de gritos y bastonazos. La comitiva atravesó la ciudad y entró por la puerta occidental del Templo. Las mujeres y los del grupo íbamos detrás, empujando y dando codazos. Ante nosotros se alzaba ya la torre maldita que protegía entre sus muros al gobernador Poncio Pilato. Las banderas amarillas y negras de Roma estaban empapadas por la lluvia.

*Soldado* - ¡Alto ahí! ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

Una hilera de soldados romanos, inmóviles, acorazados, detuvieron a los sanedritas. El sumo sacerdote Caifás se adelantó a responder.

*Caifás* - Necesitamos ver inmediatamente al gobernador. Es un asunto grave.

*Soldado* - Pase usted, excelencia. Y ustedes, los magistrados. Pero toda esta chusma, fuera.

*Caifás* - Ellos no vienen con nosotros. De todas maneras, tampoco nosotros podemos entrar hoy en la fortaleza. Es víspera del gran Sábado de Pascua. Lo prohíbe nuestra Ley. Ve y dile al gobernador que se digne salir un momento y atendemos.

Al rato, se abrió una ventana, la que daba sobre la explanada de los gentiles, y apareció Poncio Pilato, con los brazos cruzados sobre la toga romana, la cara todavía sin afeitarse y una mueca de disgusto en los labios.

*Pilato* - ¿Qué demonios ocurre? ¿No acaba de salir el sol y ya están alborotando?

*Caifás* - Ilustre gobernador, disculpe que lo hayamos molestado tan temprano, pero créanos, es un asunto urgente.

*Pilato* - ¿De qué se trata?

*Caifás* - De este hombre.

Los soldados empujaron a Jesús para que Pilato pudiera verlo desde la ventana.

*Pilato* - ¿Qué pasa con ese hombre?

*Caifás* - Que es un delincuente.

- Pilato* - ¿Y quién no tiene delitos en este país de bandidos y rameras? ¡Júzguenlo ustedes, que para eso el Sanedrín les paga un buen salario como magistrados!
- Caifás* - Gobernador, se lo hemos traído a usted, porque es asunto político. Este galileo se ha rebelado contra Roma. Y a Roma le corresponde juzgarlo. Nosotros no podemos firmar la pena de muerte, que es el castigo que se merece.
- Pilato* - No pueden firmarla, pero, por lo que veo, casi la ejecutan. Ese hombre está muy golpeado. ¿Con qué autorización han maltratado a un prisionero político que me pertenece a mí?
- Caifás* - Gobernador, mil perdones... El detenido fue capturado en las afueras de la ciudad, en un lugar llamado Getsemaní. Opuso resistencia a nuestros guardias y ellos tuvieron lógicamente que defenderse. También se le encontraron muchas armas.
- Todos* - ¡Mentira, mentira! ¡Eso es mentira! ¡Ese hombre es inocente! ¡Suelten a Jesús!
- Soldado* - ¡Cállense, perros!

La voz estentórea del centurión romano y las lanzas de los soldados que nos amenazaban, nos hicieron callar. Poncio Pilato, desde la ventana, y Caifás desde la explanada siguieron hablando.

- Pilato* - ¿Y qué hacía este individuo en Getsemaní?
- Caifás* - Él y unos cuantos galileos conspiraban contra usted, gobernador. Forman un grupo bastante organizado y peligroso. Él es el cabecilla. Comenzó a agitar en el norte y ahora vino a hacer lo mismo en Judea. También instiga al pueblo para que no pague impuestos a Roma. Se burla del César y dice que él se va a coronar como Rey de Israel.
- Pilato* - Muy bien. Centurión, haga entrar al detenido. Voy a interrogarlo.

Poncio Pilato(1) cerró la ventana y bajó al Enlosado donde celebraba los juicios y las audiencias.(2) Era un pequeño patio interior, rodeado de columnas grises, donde también se acuartelaba la tropa. Como llovía, el Enlosado estaba vacío. Bajo un saliente de piedra, que servía de techo, el gobernador tenía un estrado y un sillón de alto respaldo con la figura del águila romana encima. Pilato atravesó el patio y se sentó. Entretenía sus manos con la fusta que usaba para montar a caballo. Después llamó a su lado a un escriba para tomar la declaración del detenido. Dos guardias de escolta hicieron entrar a Jesús y cerraron las

puertas tras él. La muchedumbre quedó fuera. Maniatado, con la túnica hecha jirones, Jesús se quedó de pie, bajo la lluvia, entre los dos soldados, frente al gobernador. Parecía muy cansado.

*Pilato* - Nombre, familia y lugar de origen... ¿No has oído? He dicho que de dónde eres y cómo te llamas. ¿Qué te pasa, amiguito? ¿Tanto miedo tienes que se te traba la lengua? ¡Así son ustedes, los judíos, cobardes y fanfarrones! Mucha boca primero y, luego, cuando llega la hora de la verdad, tiemblan como conejos. ¡Habla, te digo! ¿No has oído todas las acusaciones que traen contra ti? ¡Vamos, responde! ¿Qué has hecho?

*Jesús* - Todos en Jerusalén saben lo que yo he hecho. Pregúntaselo a ellos.

*Pilato* - ¡Te lo pregunto a ti! Los jefes de tu pueblo te han puesto en mis manos. Si quiero puedo condenarte y, si quiero, puedo dejarte libre.

*Jesús* - Ni tú me quitas la libertad ni tampoco me la das. No tienes ninguna autoridad sobre mí.

*Pilato* - ¿Anjá? ¿Con que nuestro amiguito tiene agallas? ¿No sabes que ahora mismo puedo dictar sentencia de muerte contra ti?

*Jesús* - Sería un crimen más en tu larga lista.

*Pilato* - ¿No tienes miedo a morir?

*Jesús* - Tú eres el que debe sentir miedo. Tus manos están manchadas de sangre inocente. Las mías no.

*Pilato* - ¡Claro que no, las tuyas están amarradas! Y el único que puede desatarlas soy yo, ¿entiendes? Así que trata de hablar claro y decir la verdad si estimas en algo tu pellejo. A ver, confiesa: ¿Quieres coronarte como rey de los judíos? ¿Aspiras al trono de Israel?

*Jesús* - ¿Esa pregunta se te ocurrió a ti o te la dijeron otros para que me la hicieras?

*Pilato* - ¡Maldita sea! ¿Pero ante quién te crees que estás? ¡Yo no recibo órdenes de nadie! Y a nadie le doy cuentas de lo que hago. Solamente al emperador.

*Jesús* - Yo tampoco. Solamente a Dios.

*Pilato* - A ver, amiguito, dime la verdad: ¿a qué grupo perteneces tú? Eres de los zelotes, ¿no es cierto?

*Jesús* - No, no soy de los zelotes.

*Pilato* - ¿De los sicarios entonces?

*Jesús* - Tampoco.

*Pilato* - ¿A qué partido perteneces? ¡Confiesa! ¿Para quién trabajas?

*Jesús* - Para el Reino de Dios.  
*Pilato* - ¿Para el qué...? ¿No me digas? ¿Y dónde está ese Reino de Dios? ¿En el cielo? Eso me gusta más. Ocúpense ustedes de Dios y del cielo y déjenos la tierra a nosotros.  
*Jesús* - El Reino de Dios está aquí en la tierra. Está en el mundo, pero no se deja atrapar por los jefes de este mundo.  
*Pilato* - ¿Ah, sí? ¿Y dónde está?  
*Jesús* - Escondido.  
*Pilato* - Me río yo del trabajo clandestino que hagan ustedes.  
*Jesús* - Escondido como la carcoma, que no se ve, pero va comiendo por dentro la madera.  
*Pilato* - Pero, ¿qué dices, imbécil? ¿De qué madera estás hablando?  
*Jesús* - De la de tu trono. Todo el poder de ustedes se vendrá abajo, carcomido.  
*Pilato* - O sea, que tú confieras descaradamente estar conspirando contra el poder.  
*Jesús* - Contra los que como tú abusan del poder.  
*Pilato* - Tome nota, escriba: conspiración, rebeldía, subversión. Y tú eres el cabecilla del grupo, ¿verdad que sí? ¿Reconoces haber agitado al pueblo?  
*Jesús* - El pueblo hace mil años que está agitado. Es el hambre la que nos agita. El hambre y la violencia de ustedes.  
*Pilato* - ¡La violencia es la de ustedes, rebeldes, que le calientan la cabeza al populacho y quieren cambiar las cosas que no se pueden cambiar! Ustedes son los que provocan la guerra. Roma quiere la paz.  
*Jesús* - Sí, la paz... la de los sepulcros.

Cuando Jesús dijo aquello, el gobernador levantó la fusta y se la restalló en la cara.

*Pilato* - ¡Basta ya, maldito!  
*Jesús* - La paz de los latigazos.  
*Pilato* - ¡Te dije que basta ya!

Jesús se tambaleó con el segundo latigazo, que le dejó una señal morada en el cuello. Seguía lloviznando. Los mosaicos blancos del enlosado brillaban con el agua. Empapado, con la túnica pegada al cuerpo y chorreándole los pelos y la barba, Jesús no bajó los ojos frente al gobernador.

*Pilato* - Perro galileo, te arrancaré esa lengua rabiosa. Pero antes me vas a explicar tus planes. Vamos, habla: ¿qué estabas haciendo en ese huerto de

Getsemaní?

- Jesús* - Nada malo. Estaba rezando.
- Pilato* - ¿Rezando, verdad? ¿Y piensas que te voy a creer esa estupidez?
- Jesús* - Rezando para que ustedes no ganen. Para que no se haga la voluntad de ustedes sino la de Dios.
- Pilato* - Rezando y escondiendo armas. Vamos, confiésalo: ¿dónde tienen guardadas las armas? ¡Responde, te digo!
- Jesús* - Aquí. Esta es nuestra única arma, la lengua. Tiene más filo que todas tus lanzas de acero. Es la espada de la verdad.
- Pilato* - ¡La verdad! ¡Me río yo de la verdad! ¡Te cortaré la lengua de un tajo y se acabará tu verdad!
- Jesús* - Tendrás que cortar mil lenguas que hacen cola para gritarte en la cara tus crímenes, Poncio Pilato.
- Pilato* - ¡Cállate ya, insolente! ¡Ahora vas a saber tú lo que es la verdad! ¡Escriba, tráigame la tablilla! ¡Voy a firmar la sentencia de muerte contra este charlatán!

En ese momento, se abrió una de las puertas de hierro que daba al Enlosado. Una mujer romana, alta y vestida con una lujosa túnica de seda azul, apareció en el umbral y le hizo señas al gobernador. Era su esposa Claudia Prócula.(3)

- Claudia* - ¡Poncio, por favor, ven un momento! Tengo algo que decirte.
- Pilato* - No me interrumpas, Claudia. Ahora no puedo. Vete.
- Claudia* - Es muy importante. Te lo ruego.

El gobernador se levantó del sillón y atravesó de prisa el patio para no mojarse.

- Pilato* - ¿Qué demonios quieres? ¿No ves que estoy ocupado con este maldito judío?
- Claudia* - Se trata de él precisamente. Poncio, por favor, no firmes nada contra ese hombre. Es un enviado de los dioses.
- Pilato* - Es un charlatán de los infiernos. Y un rebelde contra Roma.
- Claudia* - Dicen que hace milagros y que el cielo lo protege.
- Pilato* - Tonterías.
- Claudia* - Ayer soñé con él. Fue una pesadilla horrible.
- Pilato* - Lo siento, Claudia. Pero es mi deber condenarlo a la pena máxima. Es culpable de conspiración. Y eso es un delito grave contra el Estado romano.

*Claudia* - No, Poncio, no lo hagas. Hazme caso, quítatelo de encima.

*Pilato* - No puedo quitármelo de encima, *Claudia*. Compréndelo.

*Claudia* - Sí puedes. ¿No dicen que es galileo? Pues mándaselo a Herodes. Que Herodes haga lo que quiera. Pero no te manches tú las manos con la sangre de ese hombre. Nos traería mala suerte, estoy segura.

Y el gobernador Pilato, que también era supersticioso, dejó sin firmar la tablilla y envió a Jesús al palacio de Herodes Antipas, tetrarca de la provincia de Galilea, que había llegado a Jerusalén para las fiestas. Era cerca de la hora tercia.

Mateo 27,1-2 y 11-14; Marcos 15,1-5, Lucas 23,1-5; Juan 18,28-38.

---

1. **Poncio Pilato** fue un hombre cruel y ambicioso. De su gestión como gobernador de Judea (año 26 al 36) han dejado constancia los historiadores. Agripa I le describe como «inflexible, de carácter arbitrario y despiadado». Filón le acusa de «banalidad, robos, ultrajes, amenazas, acumulación de ejecuciones sin previo juicio, de crueldad salvaje e incesante». También ha quedado constancia del profundo desprecio que sentía por el pueblo israelita. Sejano, favorito del emperador Tiberio y padrino en Roma de Pilato, era también un hombre sanguinario y cabecilla del movimiento antijudío en el imperio romano. La destitución de Pilato se debió, en el año 36, a la masacre que ordenó contra los samaritanos, acto de barbarie que le costó el puesto. Se cree que Pilato puso fin a su vida suicidándose.

2. El **Enlosado** («Litóstrotos» en griego, «Gabbatá» en hebreo) era un amplio patio situado en el interior de la Torre Antonia, donde estaban los cuarteles de la guarnición romana responsable del orden de Jerusalén. Su nombre viene de las grandes losas que cubrían su superficie, calculada en unos 2 mil 500 metros cuadrados. En el evangelio, en vez de hablarse de la Torre Antonia, se hace referencia al Pretorio como lugar de residencia del gobernador romano Poncio Pilato cuando estaba en Jerusalén. Algunas investigaciones sitúan este pretorio no en la Antonia, sino en uno de los palacios que Herodes tenía en la capital y que prestaba a Pilato durante las fiestas.

Desde hace muchos siglos la tradición ha localizado el Enlosado en el lugar donde estuvo edificada la Torre Antonia. En los sótanos de un convento católico situado en la llamada «vía dolorosa» de Jerusalén se conserva un fragmento del Enlosado. Se trata de losas enormes, desgastadas por el tiempo, con inscripciones de caracteres romanos grabadas a cuchillo. En los juicios romanos no había fiscal y las acusaciones las presentaban varios individuos -en el caso de Jesús, los sacerdotes-. El juicio era público y era habitual que los espectadores que seguían el juicio expresaran en voz alta sus opiniones.

3. Sólo el evangelio de Mateo menciona las presiones de **Claudia Prócula**, la mujer de Pilato, para que su marido dejara libre a Jesús (Mateo 27, 19). Reflejan estas presiones el sentimiento religioso del pueblo romano, muy supersticioso y dado a temores sagrados, a la interpretación de los sueños y a los oráculos, sentimientos que contagiaron a Pilato, que también era supersticioso (Juan 19, 8) y que por eso, se lavó las manos después de decidir la sentencia de muerte de Jesús.

## 117- LIBERTAD PARA LOS PRESOS

*Hombre* - ¡Eh, comadre Ana! ¡Jasón! Jasón! ¡Todos fuera!  
¡A la calle, compañeros, a la calle!

La noticia de que Jesús había sido arrestado y de que estaba en manos del odiado gobernador romano Poncio Pilato atravesó muy pronto todos los barrios de Jerusalén. Y los pobres de la capital, los galileos venidos para las fiestas, los hombres y mujeres de nuestro pueblo, que tantas esperanzas habían puesto en Jesús, se lanzaron a las calles para reclamar la libertad de su profeta. No dejaba de llover. El sol, muy pálido, no conseguía abrirse paso en el cielo gris y cerrado de aquel viernes 14 de Nisán.

*Hombre* - ¡Vecinos, que nadie se quede en casa! ¡Todos a la calle! ¡No pueden quitarnos a Jesús!

*Mujer* - Pero, ¿a dónde hay que ir, Samuel?

*Hombre* - Dicen que lo llevan ahora al palacio de Herodes.(1) ¡Como es galileo, le toca vérselas con ese canalla!

*Vieja* - ¡Mira, mira cuánta gente viene!

*Muchacho* - ¡Jesús es nuestro! ¡Suelten a Jesús!

Las estrechas calles del barrio de Ofel, como los ríos cuando bajan crecidos, se llenaron muy pronto de gente que corría, dando gritos, con los puños en alto, hacia la Puerta del Valle, junto a las murallas, donde Herodes tenía su residencia.

*Hombre* - ¡Libertad para Jesús! ¡Libertad para los presos!

*Mujer* - ¡Dejen libre al Mesías!

*Hombre* - ¡Jesús es nuestro! ¡Suelten al profeta! ¡Jesús es nuestro!

Pedro, Santiago, yo y los demás del grupo, que no habíamos dormido en toda aquella larga noche, nos unimos enseguida a la revuelta. Las calles estaban resbaladizas por la lluvia y nos apoyábamos unos en otros para no caer. Cada vez se juntaba más gente.

*Magdalena* - ¡Dejaremos sordo a ese maldito Herodes y tendrá que soltarlo! ¡Y si hace falta, le tumbamos los muros del palacio!

*Santiago* - ¡Así se habla, magdalena! ¡Jesús es nuestro y lo queremos libre!

María, la madre de Jesús, iba del brazo de Susana. También gritaba, uniendo su voz a la de docenas de paisanos que con



sus túnicas y sus mantos empapados, avanzaban por las calles llenas de fango del barrio de los alfareros. A lo largo de las murallas bajas que rodean el Ofel, la guardia romana había redoblado la vigilancia.

*Hombre* - ¡Suelten a Jesús, suéltelo!

*Mujer* - ¡Ni Roma ni nadie nos quitará al profeta!

*Anciano* - ¡Israel con su Mesías! ¡Libertad para Jesús!

*Soldado* - ¿Sacamos las espadas, Tito?

*Soldado* - Espera órdenes, que no tardarán en llegar. ¡Maldita chusma!

Mientras tanto, a Jesús lo habían llevado fuertemente custodiado desde la Torre Antonia hasta la residencia de Herodes. Cuando los vecinos del barrio de Efraín lo vieron pasar, echaron también a correr detrás de la tropa que lo rodeaba y se juntaron con nosotros frente al palacio del cruel rey de Galilea.

*Herodes* - ¡Por fin te veo las barbas, Jesús de Nazaret! Tú, tanto tiempo por Cafarnaum y yo en Tiberíades. Hemos sido vecinos y aún no nos conocíamos.

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea, iba a Jerusalén sólo para las fiestas.(2) En la capital residía en un gran palacio defendido por tres enormes torres que se levantaba junto a las murallas occidentales. A una de las lujosas salas de aquel edificio, que olía a perfumes árabes, llevaron a Jesús. En el centro, sobre un triclinio de seda, estaba recostado el rey. A su lado, como siempre, la reina Herodías.

*Herodías* - Y tú, «profeta», ¿no tenías curiosidad por conocer la cara de tu rey? ¡Parece mentira, Herodes, qué súbditos tan ingratos tienes!

*Herodes* - Sí, galileo, yo soy tu rey y mando sobre ti. ¿No lo sabías?

Jesús, con las manos atadas a la espalda y la cara muy hinchada por los golpes, sostenía la mirada asustadiza de Herodes.

*Herodes* - Pobre muchacho... Ya veo que te han dado una buena tunda en casa de Caifás. Ah, estos señorones de Judea abusan de nosotros los del norte. ¿O fue Poncio Pilato? ¿Te hicieron mucho daño los soldaditos extranjeros? Bueno, pero tú eres fuerte y aguantarás eso y mucho más, ¿no es verdad? ¿Qué te parece a ti, Herodías?

*Herodías* - Claro que sí, mi rey. Estos campesinos son como

los bueyes: fuertes, brutos... ¡y castrados!

*Herodes* - No le hables así al muchacho, Herodías. Al fin y al cabo, es nuestro visitante. A ver, profeta, alégranos la mañana. Ya te vi el pelo. Ahora quiero oírte la voz. Me han dicho que tienes muy buena lengua para hacer cuentos y entretener a la gente. Aquí, en confianza, esto de ser rey resulta a veces aburrido. Es como tirar los dados una y otra vez y ganar siempre. Vamos, ámate un poco y cuéntanos algo. Estoy casi seguro de que si a Herodías le gusta tu historia conseguirás un indulto.

Jesús, en silencio, continuaba con los ojos fijos en el rey galileo.

*Herodes* - ¿Qué te pasa? ¿No se te ocurre nada?

*Herodías* - Siempre lo mismo. Muchas bravatas en la taberna y luego se vuelven modositos como una doncella cuando entran en palacio.

*Herodes* - Es natural, Herodías. Los campesinos son tímidos. Suponte tú venir del interior y así, por sorpresa, estar delante de tantas autoridades ¡y hasta del rey! Pero no te asustes, muchacho, que no soy tan malo como me pintan. No tiembles, «que no voy a comerte». Prefiero otra carne, ¿verdad, Herodías? Por cierto, he oído que también sabes hacer milagros. ¿Es verdad eso, profeta? ¿O también son cuentos? ¿No sabes hacer nada? ¿Ni siquiera el truco de la serpiente?

*Herodías* - Tiene las manos amarradas, Herodes. Las manos necesita moverlas con libertad.

*Herodes* - Tienes razón, preciosa. ¡Graco, ven acá! Suéltale las manos a ése.

*Soldado* - Enseguida, majestad.

Uno de los guardias de Herodes se acercó a Jesús y con la espada cortó la soga que le ataba las manos a la espalda.

*Herodes* - ¿Ya estás listo? ¿O necesitas algo más? Ea, muchacho, toma esta manzana.

Herodes alargó la mano, tomó una manzana de la mesa y se la arrojó a Jesús. La fruta le rebotó en el cuerpo y cayó al suelo.

*Herodes* - Tómala, te digo. Si la haces desaparecer sin que yo me dé cuenta, te daré un buen premio. ¡Vamos, caramba, no es tan difícil hacer eso! ¿O será que la belleza de mi mujer te tiene trastornado? ¡Pues esa manzana sí que no te la

regalo, amiguito! ¡Es sólo mía! ¡Ja, ja, ja!

Jesús seguía inmóvil como una estatua. Desde fuera, llegaba el rumor creciente de nuestras voces de protesta pidiendo libertad para los presos.

*Herodías* - Ya me estoy aburriendo, Herodes. Este mentecato no sirve ni para hacernos reír.

*Herodes* - Vamos, ¿qué es lo que te pasa? Habla, di algo. ¿O es que ya te cortaron la lengua? ¡Me alegro mucho! Pero eso no basta. A los profetas no se les puede cortar sólo la lengua. Hay que cortarles la cabeza entera. ¡Yo se la corté a Juan el bautizador! ¡Melenudo impertinente! ¡Víbora venenosa!

Herodes se estremeció al pronunciar el nombre del profeta Juan, a quien él había asesinado en los calabozos de la fortaleza de Maqueronte hacía apenas un año.

*Herodes* - Y tú, ¿por qué me miras así, maldito nazareno? ¿Por qué me miras así? ¿Quieres hacerme creer que no tienes miedo? ¡Pues te equivocas, amigo, yo no trago tus cuentos! ¡No soy tan imbécil como esa chusma que te aclama! ¡Embaucador! ¡Charlatán!

*Herodías* - Cálmate, Herodes. No te hagas mala sangre por un estúpido como éste.

*Herodes* - Es la bulla de ahí fuera, que ya me tiene hasta la coronilla. ¡Graco! ¡Que avisen inmediatamente al gobernador Pilato! Que dé orden a sus soldados para que disuelvan a esos escandalosos ahora mismo. Que los aplasten como chinches. Si no lo hace él, lo haré yo con mis soldados y será peor.

*Soldado* - Enseguida, majestad.

Mientras tanto, en la calle...

*Santiago* - ¡Libertad para Jesús! ¡Libertad para los presos!

*Magdalena* - ¡Jesús es nuestro, suéltelo ya!

*Soldado* - Plaga de gritones. ¡Se les va a secar la lengua!

*Soldado* - Déjalos. Los guardias de Pilato ya están ahí...

*Hombre* - ¡Suelten al profeta de Galilea!

*Mujer* - ¡Libertad para el Mesías de Israel!

*Magdalena* - Doña María, ¿ve usted cómo no se atreven a hacernos nada? ¡Somos muchos! ¡Tendrán que soltarlo! ¡Libertad para Jesús!

La bulla crecía como una marejada incontenible. Enardecidos, con las túnicas chorreando agua y los ojos

fijos en las puertas del palacio, no nos dimos cuenta de que la tropa romana nos tenía rodeados.

*Hombre* - ¡Jesús es nuestro! ¡Déjenlo libre!

*Mujer* - ¡Eh, tú, mira para allá! ¡Hay guardias por las cuatro esquinas!

*Hombre* - ¡Pues por mí que los haya! ¡De aquí no nos moverán!

Estábamos acorralados. Pero siendo tantos, nos sentíamos fuertes. Nos apiñamos unos contra otros y seguimos gritando.

*Mujer* - ¡Libertad para los presos! ¡Dejen libre al profeta!

*Hombre* - ¡Presos a la calle! ¡Presos a la calle!

Los soldados no tardaron en desenvainar sus cortas y relucientes espadas. Las gotas de lluvia repiqueteaban sobre el metal de sus cascos.

*Centurión* - ¡Disuélvanse enseguida! ¡Orden de Poncio Pilato! ¿No lo han oído? ¡Lárguense de aquí por orden del gobernador!

Nadie se movió. La esperanza de conseguir la libertad de Jesús nos clavó aún más sobre las piedras de la explanada que rodeaba el palacio. Entonces, los soldados levantaron amenazantes las espadas y apretaron contra el cuerpo los escudos.

*Centurión* - ¡Es Roma quien lo manda! ¡Disuélvanse o los disolveremos, malditos!

*Hombre* - ¡Aquí no se disuelve nadie hasta que no suelten a Jesús!

*Mujer* - ¡Aunque lo mande el mismísimo César!

*Hombre* - ¡Abajo Roma y abajo Poncio Pilato!

Los gritos de aquellos galileos desataron la furia de los soldados que cayeron sobre nosotros a una orden del centurión. La confusión fue espantosa. Muy pronto rodaron por el suelo algunas mujeres de las que estaban en primera fila. La gente corría aterrorizada, resbalando en la plaza y esquivando las espadas romanas. Los más atrevidos sacaron cuchillos de debajo de las túnicas y se enzarzaron con los soldados cuerpo a cuerpo. Pero las armas eran muy desiguales. Corriendo y tropezando tuvimos que dispersarnos por las empinadas calles que llevaban al muro de los asmoneos.

*Mujer* - ¡Sara, el muchachito, que te lo matan!

*Hombre* - ¡Pilato, asesino, algún día te disolverán a ti!  
*Magdalena* - ¡Santiago! ¡Pedro! ¡Esperen! ¡Corra, doña María, corra!  
*Santiago* - ¡Juan, no te quedes atrás, huye! ¡Felipe, Andrés!

Para no alborotar más al pueblo, los soldados tenían órdenes de que no hubiera muertos, y herían por las piernas. Desesperados, con miedo, corrimos a refugiarnos de nuevo en los callejones del barrio de Ofel, a donde los guardias no llegaron ya. A los heridos los escondieron en las casas cercanas. En unos momentos la revuelta había terminado. Y, desde aquella hora, Pilato mandó redoblar la vigilancia en los puntos claves de la ciudad.

*Herodes* - ¡Ve y dile al gobernador Pilato que Herodes, el tetrarca de Galilea y de Perea, le devuelve a su prisionero y que ratifica todo lo que él decida sobre este imbécil! ¡Que lo mate! ¡Que lo cuelgue de una cruz y que le saque los ojos! ¡Y que después venga por mi palacio a celebrarlo! ¡Tomaremos el mejor vino de Arabia cuando te estén comiendo los gusanos, óyelo bien, maldito nazareno!

*Herodías* - Espérate, Herodes. No lo despidas así. Que no se vaya como vino. ¿No dicen que es el Mesías rey? Pues que se le note. Ustedes, pónganle ese trapo encima. ¡Que esa chusma que tanto lo quiere lo vea por las calles disfrazado de rey!

Los servidores de Herodes sacaron a Jesús a empujones de la sala y le echaron sobre los hombros un lienzo blanco, de seda vieja y deshilachada que le llegaba hasta el suelo.

*Soldado* - ¡Salud, rey de Israel!  
*Soldado* - ¡Vengan, señores, vengan y vean al Mesías de los muertos de hambre!

Reían a carcajadas cuando lo entregaron a los soldados romanos que aguardaban a la puerta del palacio con sus lanzas en alto. Nosotros ya no estábamos allí para verle salir. Jesús, con paso cansado y arrastrando su manto de burla, atravesó de nuevo las calles de Jerusalén en dirección a la Torre Antonia. La sangre de los que habían sido heridos minutos antes por los soldados teñía de rojo los charcos de lluvia de la plaza.

1. El **palacio de Herodes Antipas** sobresalía entre todos los edificios de Jerusalén, cerca de la muralla occidental. A él iba Herodes Antipas durante las fiestas que se celebraban en la capital. El interior del palacio era de un lujo impresionante. Estaba abarrotado de obras de arte y servido por numerosos esclavos. Tenía tres inmensas torres que dominaban la ciudad. La más alta (45 metros) era la de Fasael, dedicada a un hermano de Herodes, otra de 40 metros llevaba el nombre de Hipicus, un amigo del monarca, y la más pequeña y de forma más artística (27 metros), era la de Mariamme, una de las diez esposas de Herodes el Grande, la que llevó en exclusiva el título de «reina» y a quien el propio rey asesinó. Las bases de estas tres grandes torres del palacio de Herodes se conservan todavía.

El palacio fue una de las grandes construcciones de su padre, Herodes el Grande, en Jerusalén, cuya más importante obra arquitectónica en la capital fue la restauración del Templo. Construyó también la Torre Antonia, un gigantesco teatro, un acueducto, un enorme hipódromo -para carreras de caballos y juegos de circo-, y un gran sepulcro para él y su familia.

2. **Herodes Antipas**, de unos 50 años en tiempos de Jesús, era el menor de los hijos de Herodes el Grande. Que su padre no tuviera sangre judía supuso para el poderoso rey un serio complejo a lo largo de toda su vida, pues le restaba autoridad ante sus súbditos. Herodes el Grande, que murió cuatro años después de nacer Jesús, tuvo diez mujeres. Algunas de ellas sí fueron de familia judía, como Maltaké, la madre de Herodes Antipas. Esto permitió al joven Herodes mostrarse ante el pueblo como todo un judío, esmerándose en aparecer como fiel cumplidor de las leyes religiosas. Cada año, por la Pascua, se trasladaba a Jerusalén para participar con sus compatriotas en las fiestas. En las monedas de su reino galileo no hizo imprimir nunca su propia imagen, pues esto indignaba a los israelitas piadosos. También procuraba interceder ante Pilato en defensa de algunos compatriotas buscando ganar así simpatías entre sus súbditos.

En los días en que Jesús fue condenado a muerte, Herodes Antipas estaba enemistado con el gobernador romano Poncio Pilato porque, para herir los sentimientos religiosos de los judíos, Pilato había hecho desfilar por Jerusalén estandartes imperiales con la imagen del César Tiberio. Y había colocado en el palacio de Herodes el Grande, a la vista de todos los ciudadanos, los escudos del emperador. Aquello fue una grave ofensa contra los judíos, que no

toleraban representaciones del César, a quien los romanos veneraban como a un dios. Tan grande fue el escándalo que, además de las revueltas populares, los principales judíos del país enviaron al César de Roma un escrito de protesta pidiendo la destitución de Pilato. Herodes Antipas fue uno de los firmantes de aquel escrito y esto hizo que Pilato lo considerara desde entonces como enemigo.

La costosa construcción del acueducto que Pilato levantó en Jerusalén, utilizando para ello dinero del Templo, también fue motivo de enemistad con Herodes, que como hombre que luchaba por la apariencia «religiosa», no podía tolerar este sacrilegio. Todas estas rencillas se disolvieron con ocasión del juicio contra Jesús, en cuya sentencia coincidieron ambos gobernantes. Para los dos, Jesús constituía un peligro y a los dos convenía que fuera liquidado cuanto antes. Herodes Antipas fue destituido de su cargo por el emperador romano Calígula seis años después de la muerte de Jesús.

## 118- BAJÓ A LOS INFIERNOS

*Centurión* - El rey Herodes le devuelve al prisionero, gobernador Pilato, y me ha mandado a decirle que le confirma cualquier decisión que usted tome.

*Pilato* - ¿Anjá? Con que tampoco Herodes quiere hacerse cargo de su súbdito...

*Centurión* - También me ha mandado a decirle que ha recibido un cargamento del mejor vino de Arabia. Y que hoy, al atardecer, víspera del gran Sábado, querría probarlo con usted.

*Pilato* - Vaya, vaya, eso me gusta más.

*Centurión* - Buen vino y buenas mujeres. Ya usted sabe cómo son las fiestas en el palacio del tetrarca.

*Pilato* - Claro que lo sé. No hay en todo el país un sinvergüenza mayor que él. ¡Pero hay que reconocer que nadie organiza mejores francachelas! Envía un mensajero y dile a Herodes que seremos muy puntuales en llegar a la fiesta. ¡Y muy impuntuales en salir de ella!

*Centurión* - Entendido, gobernador.

*Pilato* - Bien, centurión, puede retirarse.

*Centurión* - Con perdón, gobernador. Tengo al prisionero abajo. ¿Qué hago con él?

*Pilato* - Ah, sí, se me estaba olvidando el nazareno. Hazlo hablar. Quiero más datos sobre ese grupo con el que trabaja.

*Centurión* - ¿Azotes?

*Pilato* - Azotes y lo que haga falta. Hasta que hable. Averigua qué planes tiene, dónde se reúnen y, sobre todo, quiénes más están en la conspiración. Quiero nombres, ¿entiendes? Que desembuche quiénes son los otros rebeldes que andan con él y los enlaces que tengan en las provincias.

*Centurión* - Déjelo de mi cuenta, gobernador.

*Pilato* - Prepárate. El nazareno en un gallito bravo.

*Centurión* - ¡Pues le arrancaremos las plumas para que cante mejor!

Desde el palacio de Herodes, en el barrio alto de Jerusalén, los soldados habían regresado a la Torre Antonia trayendo a Jesús muy custodiado. Sin importarnos los golpes recibidos frente al palacio del rey galileo, volvimos a juntarnos al pie de la fortaleza romana, pidiendo a gritos la libertad de Jesús y de los que habían sido también detenidos durante aquellos días de fiesta.

*Hombre* - ¡Suelten a Jesús! ¡Ese hombre es inocente!

*Mujer* - ¡Libertad para Jesús! ¡Libertad para los presos!



Aquel viernes, a pesar de la lluvia, la explanada del Templo rebosaba de peregrinos que compraban animales y los llevaban a sacrificar en el atrio de los sacerdotes. Los corderos, en fila, sin rechistar, eran degollados uno tras otro sobre la piedra del altar que ya estaba empapada en sangre. Pero muchos peregrinos, cuando oyeron el alboroto frente al cuartel romano, dejaron el Templo y se unieron a nosotros para protestar.

*Todos* - ¡Libertad, libertad, libertad!

En medio de aquella algarabía, vimos que el sumo sacerdote José Caifás entraba en la Torre Antonia por el pasadizo particular que comunicaba el Templo con el cuartel romano.

*Pilato* - ¿Una amnistía? ¿Eso es lo que usted ha venido a sugerirme, excelencia? ¡Más bien había pensado en ahorcarlos a todos para que les sirva de escarmiento!

*Caifás* - Lo uno no quita lo otro, gobernador. Nuestros sabios dicen: "Con una mano se corrige, con la otra se echa aceite".

*Pilato* - Me admira su sensatez, ilustre Caifás. Acabaré nombrándole consejero de Estado. Hable, hable, le escucho.

*Caifás* - El pueblo pide libertad para los presos, gobernador. Muy bien. Conceda algún indulto. Así se tranquilizarán. Y levante también algunas cruces. Así escarmentarán.

*Pilato* - ¿A qué preso quiere usted dejar en libertad?

*Caifás* - ¿Y por qué no permite que sea el mismo pueblo quien elija?

*Pilato* - Si les doy a escoger, pedirán al nazareno, estoy seguro.

*Caifás* - A no ser que mis hombres se ocupen del asunto. Deje eso en mis manos, gobernador. Pedirán, por ejemplo... a Barrabás. Sí, eso, suelte a Barrabás. ¿Le parece bien?

*Pilato* - No. Barrabás es un elemento peligroso. ¡Y ya bastante trabajo nos dio enjaularlo!

*Caifás* - Se abrirá la jaula, pero el pájaro tendrá las alas recortadas. No podrá volar muy lejos.

*Pilato* - Entiendo, entiendo, excelencia. Y no es mala idea. Por cierto, ¿vendrá esta noche a probar el vino árabe del tetrarca Herodes?

*Caifás* - Sí, claro que sí. Espero que para entonces se haya resuelto el caso del nazareno. ¿Ya habrá sido condenado a muerte, verdad?

*Pilato* - Antes quiero tirarle un poco de la lengua para saber quiénes colaboran con él y los que están en

la conspiración. Lo tengo abajo, en el Infierno.  
El centurión Aníbal se está ocupando de él.

El centurión llamó a uno de los verdugos y entre los dos empujaron a Jesús hacia los fosos de la Torre Antonia. Los soldados romanos llamaban a aquel lugar el Infierno.(1) Era un sótano húmedo y oscuro, que olía a sangre y excrementos, donde se torturaba a los detenidos. Sobre los muros de piedra se podían ver las argollas, los grilletes, los pinchos para arrancar uñas y vaciar ojos, las cuchillas para castrar. En un rincón, amontonados, los palos de las cruces y los torniquetes. En el centro, el potro para descoyuntar los miembros y las columnas bajas para flagelar a los detenidos.(2) En los días de fiesta, el Infierno estaba lleno. Una hilera de patriotas judíos esperaban turno para ser azotados y torturados. Muchos zelotes y jóvenes simpatizantes del movimiento habían muerto en aquella mazmorra después de los treinta y nueve latigazos.

*Centurión* - A ver tú, amiguito, a ver cuántos aguantas.

Llevaron a Jesús hasta una de aquellas columnas truncadas que servían para el tormento de los azotes. La piedra estaba empapada en la sangre de los que habían pasado antes.

*Centurión* - Vas a hablar, ¿sí o no? Quiero los nombres de los que conspiran contigo.

*Jesús* - No voy a decir nada.

*Centurión* - Entonces vamos a aflojarte un poco la lengua. Vamos, la túnica fuera. Amárralo.

El verdugo dejó a Jesús casi desnudo y lo empujó sobre la columna. Le amarró las manos y los pies en una argolla clavada en la base, de manera que todo el cuerpo, con la cabeza hacia abajo, quedaba formando un arco sobre la piedra. Después, descolgó el flagelo de la pared. Era un látigo con 8 correas de cuero, cada una terminada en una bolita de hierro del tamaño de una almendra. Las bolitas tenían pequeños ganchos para desgarrar la carne de la espalda.

*Centurión* - ¡Habla! ¿Dónde están ésos que vinieron de Galilea para agitar durante la fiesta? ¿Quiénes te apoyan aquí en la capital? ¡Habla, desgraciado!

El verdugo apretó el mango de madera y se puso a balancear las correas esperando la orden del centurión.

*Centurión* - Comienza.

Levantó el látigo en el aire y lo descargó con violencia sobre la espalda desnuda de Jesús.

*Centurión* - ¿Ya te acuerdas cómo se llaman? ¿Todavía no? ¿Para quién trabajas tú? ¿Quién te paga? ¡Vamos, habla! ¡Que hables te digo!

La sangre comenzó a correr por su espalda. Las bolitas de hierro se agarraban en la carne arrancando tiras de piel y rompiendo los músculos.

*Centurión* - ¡Confiesa! ¿Quiénes están contigo? ¿Dónde se esconden tus compañeros?

El brazo del verdugo iba y venía descargando el flagelo sobre el cuerpo doblado de Jesús. El centurión, frente a él, lo agarró por los pelos de la cabeza y le alzó la cara.

*Centurión* - ¡Perro judío, habla! ¡Que hables te digo! ¿Quiénes son los demás? ¿Dónde se reúnen? Vamos, ¡ahora dale por las piernas!

El verdugo se colocó de lado y restalló el látigo sobre el dorso de los muslos, sobre las pantorrillas, sobre los tendones de los pies. El cuerpo de Jesús, arqueado, se derrumbó sobre la columna comenzando a ahogarse.

*Centurión* - ¡Confiesa! ¿Quiénes más están contigo? ¡Maldita sea, pégale más duro, hasta que hable!

El gobernador romano bajó al Enlosado y mandó abrir los portones que daban al patio, para que todos los que nos apretujábamos frente a la fortaleza pudiéramos oírle. Entonces nos dimos cuenta de que en las primeras filas se había colado un grupo de familiares y sirvientes de los sacerdotes del Templo y de los magistrados del Sanedrín. Poncio Pilato, sentado en el sillón del tribunal, mandó hacer silencio.

*Pilato* - Ciudadanos, estamos en fiestas. Roma es magnánima y escucha la voz del pueblo. Ustedes piden libertad para los presos. Pues bien, ¡la tendrán!

Cuando el gobernador dijo aquello, todos nos miramos aliviados. María, la madre de Jesús, que estaba a mi lado, sonrió como atontada, como si no acabara de creerse lo que había oído. Poncio Pilato, muy afeitado y envuelto en su toga color púrpura, continuó hablando...

*Pilato* - Doy amnistía para un preso, el que ustedes mismos elijan. Ya lo han oído: ¿a quién quieren que suelte?

*Varios* - ¡A Barrabás! ¡A Barrabás!

*Pueblo* - ¡A Jesús! ¡A Jesús!

Todo fue muy rápido y muy confuso. Los de las primeras filas chillaban frenéticamente pidiendo a Barrabás.(3) Nosotros, detrás, la inmensa mayoría, pedíamos a gritos a Jesús. El gobernador levantó las manos ordenando silencio.

*Pilato* - ¡Cállense! No puedo oír con tanto alboroto. Ustedes, soldados, ¡controlen a la chusma! Repito: ¿a quién quieren que suelte?

Los soldados nos empujaban a nosotros hacia atrás con sus escudos y nos amenazaban, mientras una barra de sacerdotes y magistrados gritaba protegida por la tropa romana.

*Pilato* - Muy bien. Si el pueblo pide a Barrabás, Barrabás queda en libertad.

Dos soldados subieron al dirigente zelote desde la mazmorra y lo soltaron en medio de la multitud. Barrabás se frotó las muñecas despellejadas y, sin detenerse a hablar con nadie, se escabulló por entre las calles del barrio de Efraín, Detrás de él, disimuladamente iban algunos guardias que tenían por misión detenerle cuando pasaran las fiestas. Mientras tanto, en el Infierno...

*Centurión* - ¿Quiénes trabajan contigo? ¿Cómo se llaman?

Las correas del flagelo salpicaban de sangre las paredes de la celda. Las pequeñas bolas de hierro se hundían cada vez más en los tejidos machacados, incrustándose entre las costillas. La espalda de Jesús era un amasijo de carne sanguinolenta.

*Centurión* - ¡Habla, maldito! ¡Te digo que hables!

*Verdugo* - Este hombre no puede hablar, centurión. Está casi muerto.

*Centurión* - ¿Cuántos le has dado?

*Verdugo* - Ya van cerca de los treinta y nueve.

*Centurión* - Complétalos, entonces.

*Verdugo* - ¿Y si se nos muere?

*Centurión* - Bah, para lo que sirve ya. Por última vez: ¡confiesa! ¡Dime los nombres de tus compañeros!

Pero Jesús no dijo nada. Cuando el centurión le levantó la cara, tenía los ojos en blanco. Se había desmayado.

*Centurión* - Desata esta piltrafa y tirla en cualquier rincón. ¡Maldita sea con estos tipos, no se les saca una palabra! Parecen mudos.

Tan destrozado quedó que no parecía un hombre.  
Fue azotado, herido, humillado, pero no abrió la boca.  
Fue maltratado por gente sin piedad,  
molido a golpes por los injustos,  
pero él soportó el dolor por nosotros.  
Como un cordero llevado a degüello sin rechistar,  
como una oveja muda ante los que le trasquilan el lomo,  
tampoco él abrió la boca ni dijo una palabra.

Mateo 27,26; Marcos 15,15; Juan 19,1.

---

1. En el Credo cristiano aparece esta fórmula sobre la pasión de Jesús: «Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos». **Bajar a los infiernos** es una expresión que significa que Jesús murió realmente, que como todos los seres humanos se hundió en la limitación y angustia de la muerte. «Los infiernos» en el lenguaje tradicional de Israel era el «sheol», el abismo a donde iban a parar todos los humanos, tanto los buenos como los malos, al término de su vida. Era un lugar de silencio, de tristeza, donde no existía ninguna esperanza. «El infierno» fue también la cámara de torturas de la Torre Antonia. Jesús bajó también a este infierno antes de descender al infierno de la muerte.

2. Las leyes judías permitían **flagelar** a los acusados. Para esta tortura se usaban varas y en los tiempos de Jesús era habitual azotar en la misma sinagoga. Todos los doctores y magistrados tenían autorización para decretar esta pena. La violación, la calumnia, la transgresión de la Ley, eran motivo suficiente para sufrirla. Posteriormente, las varas se sustituyeron por un azote de tres correas. Los golpes no podían pasar de 40 y por esto, se daban ordinariamente 39. La tradición indicaba que debía azotarse 13 veces sobre el pecho desnudo y otras 13 veces sobre cada lado de la espalda. Los romanos emplearon aún más esta tortura. La utilizaban por varios motivos: para castigar la rebeldía de los esclavos, por faltas graves cometidas por los soldados en servicio militar, como tormento para arrancar confesiones a sus prisioneros y como preludeo del tormento de la cruz.

Entre los romanos se usaban tres tipos de flagelos. Uno

*llevaba tres cuerdas en las que se ensartaban pedacitos de hueso. Los otros dos tenían las cuerdas anudadas de tramo en tramo y de ellas colgaban en los extremos bolitas de plomo. Uno de estos flagelos, el de correas más numerosas y largas, fue el que se empleó con Jesús. Aunque los golpes eran sólo 39, esta tortura causaba con mucha frecuencia la muerte. En la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén se conserva una columna de las que se usaban en tiempos de Jesús para azotar a los prisioneros, similar a aquella en la que Jesús fue torturado. Es de piedra negra, gruesa y baja, con argollas a las que se amarraba el cuerpo desnudo y arqueado del prisionero.*

*3. Durante el proceso de condena a muerte de Jesús no fue el pueblo quien sugirió ni pidió la liberación de **Barrabás**, dirigente zelote a quien las autoridades buscaban por su participación en revueltas populares violentas. Queda bien claro en los evangelios que quienes pidieron a Barrabás fueron los sacerdotes y su camarilla (Marcos 15, 11; Juan 19, 6).*

## 119- UNA CORONA DE ESPINAS

*Centurión* - Gobernador Pilato, le hemos dado al nazareno los treinta y nueve azotes que manda la ley.

*Pilato* - ¿Y qué han sacado en limpio?

*Centurión* - Nada. Ni una palabra. Es como ordeñar una piedra.

*Pilato* - ¡Judío había de ser! ¡Raza de mulas tercas! Estoy harto de esta gente y de todos sus líos, ¡maldita sea!

*Centurión* - Pues la verdad es que a esta mula ya le queda muy poco que resoplar, gobernador. El prisionero está destrozado.

*Pilato* - Entonces suéltalo ya. Y que Caifás y su pandilla no vengán otra vez a fastidiarme.

*Centurión* - Caifás y su pandilla esperan fuera a su excelencia.

*Pilato* - ¡Que se los lleve el dios Plutón a los infiernos! ¿Y ¿dónde tienen a ese hombre?

*Centurión* - ¿Al nazareno?

*Pilato* - Sí.

*Centurión* - Está aún en los fosos, gobernador. Con los soldados.(1)

Para matar el aburrimiento de las largas horas sin hacer nada, los soldados romanos solían jugar a los dados en los calabozos húmedos y malolientes de la Torre Antonia.

*Soldado* - ¡Te toca a ti, Tato!

*Tato* - ¡Demonios! Aquí cualquiera se queda dormido. ¡Qué calor!

*Gordo* - Vamos, hombre, ¡tira de una vez!

*Soldado* - ¡Tres y dos! ¡Perdiste, Tato! ¡Tú serás el reyecito! ¡Ja, ja!

*Gordo* - ¡Ea, una venda para los ojos de este granuja!

El juego del reyecito era muy popular en nuestro país.(2) Se pintaba una ruleta en el suelo, con números y dibujos, y sobre ella se echaban los dados. El que perdía tenía que hacer de rey y adivinar con los ojos vendados qué compañero le pegaba.

*Tato* - ¡No me aprietes tanto el pañuelo, caramba, que yo no hago trampas!

*Soldado* - ¡Ea, compañeros, miren lo que les traigo aquí!

*Tato* - Déjame ver... ¡Vaya! ¡Cómo ha dejado Celso al profeta judío! ¡Madurito!

*Soldado* - Como lo tenía que dejar. Es un pájaro de mucho cuidado.

Un soldado gordo y fuerte arrastró a Jesús hasta uno de los rincones del calabozo y lo dejó allí tirado. Su cuerpo, casi desnudo, se dobló sobre sí mismo, respirando agitadamente. De su espalda, arada por los azotes corrían hilos de sangre que iban formando pequeños charcos sobre el suelo húmedo.

*Gordo* - Pero, ¿para qué traes a este elemento acá?  
*Soldado* - ¿Tú sabes cómo está el Infierno? ¡Una jaula llena de pájaros como éste! En las fiestas es cuando más trabajo tenemos allí para hacerlos cantar. El tipo estorbaba y me dijeron que lo llevara a otro sitio. ¡Se lo regalo!  
*Tato* - Así que éste es el famoso «profeta»... ¡Ja!

El soldado se inclinó y agarró a Jesús por los pelos para verle la cara.

*Tato* - ¡Bah! ¡Este «fue» el profeta! Ahora ya no es más que basura. Está rematado. Lo mejor sería echarlo al estercolero para que se lo coman los buitres.

*Soldado* - Pues, no creas, el tipito es fuerte. Aguantó bien los treinta y nueve latigazos. Esta mañana se quedaron dos a mitad de camino.

*Gordo* - ¡Agitadores! Merecido se lo tienen. ¡Eso y más! ¡Por meterse donde nadie les llama!

*Tato* - Conocí yo hace unos meses a uno de estos revolucionarios. ¡Tendrían que haberlo oído! Pero le duró poco la bravuconada, ¿saben?

*Gordo* - Vamos, hombre, déjate de historias y juega. Ya echamos los dados y le tocó a Tato hacer de reyecito.

*Soldado* - Oigan ustedes, ¿pero a este tal Jesús no lo agarraron porque decía que era el rey de los judíos? ¡Pues que él sea el reyecito! ¿Qué les parece?

*Tato* - ¡Ja, ja, ja! ¡Buena idea! Epa, vamos a sentarlo aquí. Trae algo tú para taparle los ojos.

*Gordo* - Esto mismo puede servir.

*Tato* - No, mi pañuelo no, caramba. Búscate un trapo viejo de los que hay al lado. ¡Corre!

*Gordo* - ¿Vamos, su Majestad Mesías? ¡Ja!

Entre dos de los soldados levantaron a Jesús del suelo y lo arrastraron hasta un banco de piedra en el centro del calabozo que servía para las torturas de los prisioneros. Allí lo sentaron.

*Tato* - ¡Ja! ¡Mira qué trono! ¿Qué te parece?

*Soldado* - ¡Tápale sus «vergüenzas», Tato! Un rey en



cueros no impone mucho respeto. ¡Ja, ja, ja!  
*Tato* - Tienes razón. ¿Desea su Majestad alguna caricia?... ¡Toma!

El soldado le dio una patada en los testículos. La cara de Jesús se contrajo de dolor.

*Tato* - Con Roma hay que andarse con cuidado, amigo. ¿Quieres otra?

*Gordo* - Mejor vendarle la cara, hombre. Si no, el juego no tiene gracia.

*Tato* - Bueno, pues ponle ese trapo de una vez. ¿No dicen tus paisanos judíos que los profetas lo adivinan todo? ¡Pues a ver si adivinas de qué mano vienen las bofetadas!

Le vendaron a Jesús los ojos. Como a duras penas se mantenía derecho, uno de los soldados, por detrás, le agarró los hombros para sostenerlo.

*Tato* - Adivina, reyecito, ¿quién te dio este golpecito?

Cayó sobre su rostro hinchado la primera bofetada y todo el cuerpo de Jesús se sacudió.

*Tato* - ¿Qué dices, eh? ¿No eres profeta? ¡Pues cumple bien con tu oficio, amigo! Los romanos ya cumplimos con el nuestro: tenerlos a raya a todos ustedes. ¡Ea, valiente, habla, que te escuchamos!

*Gordo* - ¡Somos todo orejas, rey de Israel!

*Soldado* - Quítate, hombre, déjame a mí ahora. ¡Toma! ¡Adivina, profeta!

Jesús hubiera caído al suelo si el soldado no lo hubiese aguantado por detrás. Las manos, como dos tenazas, se le clavaban en la espalda empapada en sangre.

*Soldado* - No sirves para este juego, amigo: ¡ni cacareas ni pones huevos! ¡Ja, ja!

*Gordo* - Bah, esto está muy aburrido.

*Soldado* - Déjenlo ya... A éste lo vendrán a buscar pronto. Parece que lo van a soltar. El gobernador no debe querer muchos líos con él. La gente está muy alborotada ahí fuera.

*Gordo* - ¡Ja! ¡Claro, si dicen que es el Mesías!

*Tato* - ¡El Mesías! ¡Pues no siempre se tiene a mano un Mesías, caramba! ¡Hay que aprovechar la oportunidad! ¡Ja, ja, ja!

*Soldado* - Oigan, ¿y por qué no le vestimos de rey? Si es el Mesías... Así, cuando lo suelten, toda esa

chusma podrá aclamarlo como se merece.

- Tato* - ¡Eso mismo! ¡Vaya, ¡yo me encargo de la corona!  
*Gordo* - ¡Pero vuelve pronto, que su Majestad tiene prisa!  
*Soldado* - Mientras ése trae la corona, ¡un manto para el rey, camaradas!  
*Gordo* - ¡Aquello sirve! ¡Trae acá! ¡Ja, ja!

Un soldado joven, con la cara llena de granos, recogió del suelo un trapo rojo, que en su tiempo habría sido el manto de alguno de la tropa y ahora estaba grasiento y lleno de polvo, tirado en un rincón.

- Soldado* - ¡Eso mismo! ¡Mesías Rey, el pueblo echa sobre tus hombros los cuidados del reino!

Pusieron el trapo rojo sobre las espaldas desgarradas y sangrantes, apretándolo contra las heridas. Jesús aulló, cegado por aquél dolor insoportable.

- Soldado* - ¡Esto te pasa por meterte a salvador! ¡Déjanos en paz, amiguito! ¡Aquí cada cual salva su propio pellejo!  
*Gordo* - ¡Quítale ya la venda de los ojos! ¡Que él también pueda ver su realeza!  
*Tato* - ¡Aquí está la corona, camaradas! ¿Qué les parece?  
*Soldado* - ¡Ni ese rey David que estos judíos tanto mientan la tuvo mejor!

Era un casquete de espinos de zarza, casi secos, que el soldado había arrancado del patio de la guardia. Entre él y otro habían trenzado de prisa aquel macabro sombrero.

- Soldado* - ¡Demonios! ¡Esto pincha, caramba! ¡Ja!  
*Tato* - ¡Pónsela, que ya se la ajustaremos!  
*Soldado* - ¡Por haber tenido la cabeza tan dura, te mereces esta corona, reyecito rebelde!

El soldado dejó caer el casquete de espinas sobre el pelo revuelto de Jesús.

- Tato* - ¡Pero esta corona no ha tocado aún la cabeza real!  
*Soldado* - ¡Busca un cetro para que le entre mejor!

Entonces trajeron una vara de olivo, nudosa y retorcida, con la que se apaleaba a los presos.

- Tato* - ¡Vamos, adentro! ¡Toma! ¡Cada uno que empuñe el cetro y le prometa obediencia al reyecito, vamos!

Con el palo golpeaban el casquete, encajándolo hasta el fondo. Las espinas, duras y afiladas como agujas, atravesaron la piel de la cabeza y de la frente. El rostro de Jesús se fue cubriendo de gruesos hilos de sangre.

*Soldado* - ¡A sus órdenes, Majestad! ¡Toma!

Una de las espinas se clavó en el ojo derecho de Jesús. A la sangre se mezcló un líquido blancuzco que corrió por las mejillas.

*Tato* - ¡Hombre, no seas así! ¡No dejes ciego a nuestro rey! ¡No podrá ver las reverencias de sus súbditos!

Cuando se cansaron de golpearlo, los soldados pusieron la vara de olivo en las manos sin fuerzas de Jesús y comenzaron a girar en torno a él haciéndole muecas y doblando la rodilla.

*Soldado* - ¡Salud, rey de los judíos!

*Tato* - ¡Salud, Majestad Mesías!

*Soldado* - Oigan, ¿pero nadie se ha dado cuenta de que nuestro rey es barbudo? ¡Eso no puede ser! ¿Me oyes, amiguito? ¡Te vamos a afeitar! Son las costumbres romanas y hay que cumplirlas. ¿Qué te parece, eh?

Jesús se estremeció. El soldado que capitaneaba el grupo le agarró con sus dos manos la barba abundante y rizada, empapada en sangre. Y comenzó a tirar fuertemente de ella. Con los pelos, arrancados a raíz, se levantaba también la piel y enseguida las mejillas, brutalmente despellejadas, comenzaron a manar sangre.

*Soldado* - ¡Ahora sí, majestad! ¡Ahora sí te reconocemos como nuestro César! ¡Ja, ja!

*Tato* - ¡Salud, rey de los judíos!

*Soldado* - Míralo, míralo cómo tiembla. ¡Así son estos tipos, muy bravucones primero y cuando les echan mano, se mean del susto!

*Gordo* - ¡Ya decía yo que aquí faltaba algo! ¡Los perfumes para ungir al reyecito! ¡Anda tú, vete a buscar los orinales del cuarto pequeño!

Los soldados, entrenados por sus jefes para el escarnio de los prisioneros, reían a carcajadas. Uno de ellos vino muy pronto con un cacharro de metal que la tropa usaba en el calabozo para hacer sus necesidades.

Tato - ¡Trae, trae, que lo voy a ungir yo mismo! ¡Que viva el rey de los orines!

Los excrementos y los orines cayeron sobre la cabeza de Jesús, resbalando por el manto rojo y por el pecho. El aire se llenó de un olor nauseabundo.

Gordo - ¡Qué tufo tiene el rey de los judíos, camaradas!

Jesús sentía en todo el cuerpo los latidos violentos de su cabeza atravesada por las espinas. Tenía el rostro bañado en sangre, que iba cayendo lentamente por el pecho desnudo. Aquellas crueles carcajadas de los soldados le golpeaban en las sienes como piedras arrojadas desde un pozo oscuro y sin fondo en el que se hundía, completamente solo. El hedor de los excrementos sobre su cuerpo le resultaba insoportable. Abrió el ojo que le había quedado sano para mirar a los soldados que continuaban haciéndole burla. Y lloró. Sus lágrimas, más saladas que su sangre, rodaron hasta las mejillas que estaban en carne viva. Sintió que se iba a desmayar y, con las últimas fuerzas que le quedaban, se deseó la muerte.

Mateo 27,27-30; Marcos 15,16-20; Juan 19,2-3.

---

1. La cohorte de **soldados** romanos de la Torre Antonia, cercana al Templo de Jerusalén, estaba formada por 600 hombres que pertenecían a las tropas auxiliares reclutadas por Roma en las provincias bajo su dominio. Estas tropas eran distintas de los legionarios, que participaban en las guerras y estaban compuestas en su totalidad por ciudadanos romanos. En la provincia de Judea, integraban las tropas auxiliares extranjeros de distintas zonas de Palestina. Los que servían en la Antonia eran mayoritariamente sebastenos, de las tierras centrales de Samaria. Los judíos estaban exentos de prestar servicio militar al invasor.

2. En tiempos de Jesús, eran muy populares los juegos de dados sobre tableros. En las baldosas del Patio Enlosado de la Torre Antonia que se han conservado hay algunas inscripciones de gran interés para entender el **juego** al que los soldados sometieron a Jesús mientras estuvo prisionero. En una de ellas está señalado a cuchillo una especie de tablero con casillas, como un pequeño parchís. Según las investigaciones, este juego consistía básica-

mente en ir haciendo avanzar fichas sobre las casillas hasta llegar a una meta y tenía al final un premio para el vencedor: hacer de rey y poner pruebas a los perdedores. Se llamaba el juego «del escorpión» o «del reyecito».

## 120- ESTE ES EL HOMBRE

Era cerca del mediodía. Con una multitud de peregrinos galileos y de vecinos de Jerusalén, apiñados frente a la Torre Antonia, seguíamos pidiendo a gritos la libertad para Jesús.

*Centurión* - ¡Si no se callan, daré orden a mis lanceros de atravesarlos a todos como a perros!

Las amenazas del centurión no lograban calmar los ánimos. Tampoco la lluvia que seguía cayendo, fina y persistente, sobre la ciudad de David, mojándolo todo y calándonos hasta los huesos. El cielo estaba completamente cerrado, tanto como las ventanas y las puertas de la fortaleza romana, donde se protegía el gobernador Poncio Pilato.

*Centurión* - Gobernador: el pueblo sigue muy excitado.

*Pilato* - No hace falta que venga a decírmelo, centurión. Desde aquí, oigo perfectamente la bulla.

*Centurión* - ¿Los disuelvo, gobernador?

*Pilato* - ¡Los disuelves y volverán a juntarse! ¡Son como una plaga de mosquitos: matas uno y vienen cien, matas cien y vienen mil! ¡Tercos! Estoy hasta el último pelo de esta gente. Hace siete años que levanto cruces y los clavo en ellas y les tapo la boca con piedras y tierra, y ahí tienes los resultados: ¡nada! ¡No se consigue nada! ¡Maldito pueblo!

Un grupo de soldados arremetió contra la muchedumbre enardecida. Pero enseguida se congregó una multitud mayor.

*Centurión* - ¿Los disuelvo, gobernador?

*Pilato* - ¿Qué diablos pasa ahora? Ya les solté un preso, el que ellos pidieron. ¿Qué más quieren?

*Centurión* - Siguen con lo mismo, gobernador. Los de atrás pidiendo la libertad para ese fulano de Nazaret. Los de delante, pidiendo la muerte.

*Pilato* - Pues que se las entiendan ellos entonces y a mí que me dejen en paz. Entrégales el prisionero. Y que hagan con él lo que quieran.

A esa misma hora, en una casucha del barrio de Ofel, Judas, el de Kariot, discutía con uno de los líderes zelotes.

*Judas* - ¡Ustedes me lo prometieron y ahora no pueden echarse atrás!

*Zelote* - Pero, Judas, compañero, compréndelo. Ha habido como cincuenta heridos frente al palacio de

Herodes. Hasta a un niño le cortaron las manos de un tajo. Yo lo vi.

*Judas* - No me importa lo que viste, sino lo que ustedes me prometieron antes.

*Zelote* - Pero antes no estaba la ciudad como está ahora. Jerusalén parece un cuartel. Hay más soldados que nunca. Ni cuando lo de la torre de Siloé salieron tantos a la calle. Al que se mueva...

*Judas* - Frente a la Torre Antonia hay miles de personas gritando. Sólo necesitan armas. ¿Dónde están? ¡Ahora es el momento de hacer algo!

*Zelote* - Ahora es el momento de estarse quietos, Judas, y esperar a que pasen las fiestas.

*Judas* - Maldita sea, pero ¿no decían ustedes mismos que había que aprovechar esta oportunidad?

*Zelote* - Sí, es verdad, pero, ya ves, los planes han cambiado. Compañero: hay que ser realistas.

*Judas* - ¿Realistas? ¡Cobardes! Eso es lo que son ustedes, cobardes y traidores. Ustedes me han traicionado. Yo entregué a mi jefe porque era necesario para levantar al pueblo. ¿Qué hago yo ahora, eh? ¿Qué hago yo ahora?

*Zelote* - Tranquilízate, Judas. Sí, tú hiciste lo que pudiste. Nosotros también. Pero la política es así, como un juego. A veces se gana, a veces se pierde.

*Judas* - Ese juego le ha costado la vida a un hombre, ¿me oyes?

*Zelote* - Créeme que lo siento, compañero. Lo siento de veras. Jesús era un buen tipo, sí, pero ahora... ahora ya no podemos hacer nada por él.

*Judas* - ¡Maldita sea, si ustedes no hacen nada, yo sí que voy a hacer, ahora verás lo que voy a hacer!

*Zelote* - ¡Espérate, compañero, espérate!

El gobernador Pilato dio un portazo y bajó rápidamente las escaleras de la fortaleza hasta llegar al patio Enlosado donde una masa de hombres y mujeres gritábamos furiosamente desde hacía un buen rato. También el gobernador estaba encolerizado. Cuando lo vimos entrar, creció el alboroto.

*Hombre* - ¡Libertad para Jesús! ¡Libertad para los presos!

*Juan* - ¡Pilato tendrá que dar su brazo a torcer!

*Magdalena* - ¡Y si no lo tuerce, se le van a reventar las orejas, caramba, porque al moreno tienen que soltarlo! ¡Y tú, María, deja ya de lloriquear y ponte a gritar con todos, vamos!

*Juan* - No te desesperes, María, que a Jesús no pueden hacerle nada... ¡para eso estamos nosotros aquí!

Cada vez se juntaba más gente frente a los portones de la Torre Antonia. María, la madre de Jesús, y la otra María, la magdalena, estaban conmigo, una a cada lado. Tratamos de avanzar entre aquel mar de cabezas, pero la camarilla de los sacerdotes y la barrera de los soldados no nos dejaban llegar adelante.

*Magdalena* - Demonios, ¿cuánto le habrán pagado a estos babosos?

*Juan* - Déjalos que chillen, magdalena. ¡Nosotros somos mayoría! ¡Pilato tendrá que hacernos caso a nosotros!

*Hombre* - ¡Eh, amigo, andan diciendo que el gobernador ha dado orden de soltar al nazareno!

*Magdalena* - ¿De veras, paisano?

*Hombre* - ¡Sí, sí, parece que lo van a sacar fuera!

*Magdalena* - Ya ves, María, ¿no te lo dijimos? ¡Tanto da la gota de agua en la piedra!

*Juan* - ¡Mira, mira, ya están abriendo la puerta!

Nosotros no sabíamos aún que Jesús había sido mandado a azotar ni torturado. Por eso, cuando se abrió la puerta pequeña que daba a los fosos de la torre, y lo vimos aparecer, todos nos tapamos la cara horrorizados. Nunca olvidaré aquel momento. María, a mi lado, se puso lívida y se agarró fuertemente de mi brazo para no caer. No, aquel guiñapo no podía ser Jesús. Lo arrastraban dos soldados, sujetándolo por debajo de los brazos y lo dejaron en medio del patio. Todos callamos ante aquella figura encorvada, con un casquete de espinas en la cabeza y un manto rojo sobre el cuerpo desnudo y empapado en sangre. Jesús, que apenas podía mantenerse en pie, trató de alzar la vista, pero no pudo. Fue Poncio Pilato quien se acercó a él y con la punta de la espada pegada en la barbilla, le levantó la cabeza para que todos pudiéramos reconocer al prisionero.

*Pilato* - ¡Este es el hombre! ¡Aquí lo tienen, se lo regalo! ¡Hagan con esta piltrafa lo que les dé la gana y no me molesten más!

Entonces empujó brutalmente a Jesús hacia la turba que se agolpaba junto a los portones de hierro. Se levantó un griterío ensordecedor. Nosotros, los de atrás, intentamos saltar la barrera de los soldados, vociferando y manoteando para abrirnos paso y rescatar a Jesús. Pero no podíamos llegar hasta allí. Entonces la barra de las primeras filas, como las fieras cuando huelen la sangre, se abalanzaron sobre él y lo empujaron nuevamente hacia el Enlosado.

*Varios* - ¡Crucifícalo, crucifícalo!



Jesús resbaló sobre las piedras mojadas del patio, cayó al suelo, y quedó como un perro apaleado, dejando ver la espalda, un amasijo de carne destrozada, donde afloraban algunas costillas.

*Varios* - ¡Crucifícalo, crucifícalo!

Como el alboroto crecía, la tropa romana apretó los escudos y levantó las lanzas, esperando la orden del gobernador. Mientras tanto, en el barrio de Ofel...

*Judas* - A Jesús lo matarán, ¡pero antes yo degollaré a una docena de estos canallas!

Poco después de abandonar la barraca del líder zelote, Judas, temblando de rabia, salió corriendo hacia el palacio del sumo sacerdote Caifás, buscando al comandante de la guardia del Templo.

*Comandante*- Te esperábamos, lorito. ¿Qué? ¿Vienes a buscar las otras treinta monedas?

*Judas* - No, vengo a devolver éstas...

Judas arrojó en el suelo los siclos de plata y sacó un cuchillo de debajo de la túnica.

*Judas* - ¡Y también a matarlos!

Se lanzó contra el comandante de la guardia. Estaba enloquecido y no sabía ni lo que hacía. Después de forcejear unos momentos, el comandante le arrancó el cuchillo y lo sacó a patadas por la puerta.

*Comandante*- ¡Lárgate de aquí, imbécil! ¿Ahora vienes con remordimientos? El pájaro ya está en la jaula. Lo demás, ¡es problema tuyo!

Los soldados romanos, con las lanzas y los garrotes, lograron contener la avalancha de gente que empujábamos desde atrás, luchando por entrar al patio Enlosado. Poncio Pilato iba de una punta a otra del tribunal, cada vez más irritado con aquella situación. Los de delante, el grupito comprado por los sacerdotes y los magistrados, se encararon con el gobernador.

*Hombre* - ¡Ese hombre es un blasfemo, debe morir!

*Varios* - ¡Crucifícalo, crucifícalo!

*Mujer* - ¡Se ha burlado del Templo!

*Anciano* - ¡Se hace llamar rey de los judíos!

*Pilato* - Pues si es el rey de ustedes, ¡llévenselo y déjenme en paz!

*Mujer* - ¡Nuestro rey es el César de Roma! ¡Si sueltas a ése, te puedes buscar un lío con Roma!  
*Varios* - ¡Crucifícalo, crucifícalo!  
*Pilato* - ¡Basta ya, hijos de perra, basta ya!

El gobernador Pilato dobló con violencia la fusta que tenía entre las manos y miró coléricamente a la turba.

*Pilato* - ¡Irá a la cruz, sí, irá a la cruz y que los infiernos se lo traguen de una vez a él y a todos ustedes!

En medio de aquella turba de gritos y maldiciones, Poncio Pilato subió al estrado y se sentó en el sillón del tribunal. Sobre el alto respaldo, la figura del águila romana, brillante y dorada, extendía sus alas.

*Pilato* - ¡Escriba, tráigame inmediatamente la tablilla!

El escriba se la acercó. El gobernador la marcó con el sello de su anillo y se la devolvió. Entonces el escriba le hizo señas al pregonero y el pregonero, subido en una columnata de piedra, leyó en voz alta la sentencia.

*Pregonero* - «El gobernador de Judea, representante en esta provincia del emperador Tiberio, condena a muerte a este rebelde llamado Jesús, por grave delito de conspiración contra la autoridad romana. Lo firmo yo, Poncio Pilato, en esta ciudad de Jerusalén, hoy, viernes 14 del mes de Nisán».

Cuando iba corriendo hacia la Torre Antonia, Judas, el de Kariot, se enteró de la sentencia. También le dijeron que a Jesús lo habían destrozado con los azotes. Sintió que la tierra se abría bajo sus pies. No se atrevió a llegar hasta la fortaleza. Echó a correr por las calles mojadas y salió fuera de la ciudad. Cruzó el puente del Cedrón, llegó jadeando al huerto donde unas horas antes había visto por última vez a Jesús, donde lo había entregado a los guardias del Templo.

*Judas* - ¿Por qué todo salió al revés? ¿Por qué? Jesús, compañero, perdóname. Perdóname y déjame a mí ir por delante...

Nadie oyó el llanto de Judas. Nadie estuvo con él cuando se arrancó de la cintura la cuerda con que se ceñía la túnica, se trepó a un olivo, la amarró en una de sus ramas retorcidas y haciendo un nudo se lo pasó por el cuello.

*Judas* - ¡Dios! ¡Si tú eres Padre, como decía Jesús, tú

sabrás comprenderme!

No dijo más. Saltó y se ahorcó.(1) Todavía llevaba atado al cuello el pañuelo amarillo que le había regalado un nieto de los macabeos.

Mientras tanto, en la Torre Antonia...

*Claudia* - Pero, Poncio, por todos los dioses, ¿qué has hecho?

*Pilato* - Lo que tenía que hacer. Condenarlo a muerte.

*Claudia* - Te dije que no te mancharas las manos con la sangre de ese hombre.

*Pilato* - No me lo digas a mí. Ve y díselo a los que están ahí afuera gritando.

*Claudia* - ¿Has firmado otras sentencias?

*Pilato* - Sí, dos más. Un tal Gestas, conspirador. Y otro llamado Dimas, también metido en política. Con la del nazareno, han sido tres.

*Claudia* - No debiste hacer lo del nazareno. Espérate ahí, Poncio, por favor, no te muevas.

*Claudia* Prócula, la esposa del gobernador romano, fue a buscar de prisa un jarro con agua y un cuenco.

*Pilato* - ¿Para qué traes eso?

*Claudia* - Para conjurar la sangre. Ven, lávate las manos... ¡y que los dioses nos protejan!(2)

*Pilato* - ¡Al diablo con los dioses y con tus miedos!

*Claudia* - La sangre trae mala suerte, Poncio.

*Pilato* - No, *Claudia*. La sangre trae sangre... y más sangre. Sólo eso.

Abajo, en el patio, un cordón de soldados empujaba hacia atrás a los que seguíamos protestando y lanzando maldiciones contra el gobernador Pilato. El centurión dio la orden y subieron desde los fosos a los otros sentenciados, Dimas y Gestas, dos jóvenes zelotes que también iban a ser crucificados aquella mañana. Los verdugos ya tenían listos los tres gruesos maderos que servirían para el último tormento.

Mateo 27,3-5 y 15-26; Marcos 15,6-15; Lucas 23,13-25; Juan 18,39-40 y 19,4-16.

---

1. El **suicidio** de Judas es el único suicidio que se relata en el Nuevo Testamento y prácticamente en toda la Biblia. Hay otro único caso en el Antiguo Testamento. Judas ha

sido hasta tal punto presentado como el Malo por excelencia, que en cierta tradición cristiana se afirma que si de alguien se puede afirmar con certeza que está en el infierno, es de él. Se apoyan en una frase de Jesús sobre Judas en la última cena: "Más le valiera no haber nacido" (Mateo 26, 24). Pero esta frase no es sino un añadido en forma de dramática advertencia a las primeras comunidades cristianas para que no traicionaran a sus compañeros. Mateo y Marcos la incorporaron a sus evangelios, poniéndola en boca de Jesús -para darle más autoridad- y relacionándola con Judas para que tuviera un marco histórico. Eran tiempos de clandestinidad y de durísimas persecuciones contra los cristianos dentro del imperio romano. A veces, se producían delaciones y cualquier descuido podía ser causa de muerte para alguno de la comunidad. La frase enuncia un principio general que se leería, no como un «infierno» para el individuo Judas, sino como una norma esencial para la colectividad: más vale no haber nacido a la comunidad cristiana si al final se traiciona a los hermanos.

2. Aunque se **lavó las manos**, Pilato fue el último responsable de la muerte de Jesús, ya que sin su aprobación la sentencia del Sanedrín no hubiera tenido validez. Así consta en la historia y así quedó fijado en la fórmula del Credo de los cristianos: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato». Máximos responsables fueron también las autoridades religiosas de Jerusalén. No fue el pueblo judío el que mató a Jesús. No pudo el pueblo ser el responsable de la muerte de quien consideraba su profeta. Todo antisemitismo basado en la idea de que el pueblo judío «mató a Dios», no sólo es injusto, sino también expresión de ignorancia histórica. Sin embargo, esta errada idea ha calado durante siglos en la mente de los cristianos, se ha hecho casi un dogma y desgraciadamente ha traído horribles consecuencias para los judíos de todos los tiempos: discriminaciones, odios, persecuciones.

## 121- EL CAMINO DEL GÓLGOTA

*Soldado* - ¡Fuera, sarnosos, fuera! ¡Maldita chusma!  
¡Detrás de ellos van a ir todos ustedes a la  
cruz! ¡Dejen el paso libre, desgraciados!

Varios soldados romanos, a caballo, empuñaban sus látigos tratando de dispersar a la multitud que se apretujaba junto a los portones de la Torre Antonia. La sentencia de muerte de Jesús ya estaba firmada. Llenos de ira y de decepción, no nos resignamos fácilmente y continuamos protestando delante de la fortaleza romana.

*María* - ¡Ya no podemos hacer nada, Juan, nada!  
*Juan* - ¡Canallas, canallas!  
*Magdalena* - ¡Las pagarán todas juntas, sinvergüenzas,  
romanos de mala madre!

La magdalena, enfurecida, no dejaba de gritar. Yo estaba con ella y con las otras mujeres muy cerca de la puerta principal del Enlosado. María, la madre de Jesús, con los ojos enrojecidos, se arañaba la cara, llorando sin consuelo. Susana y Salomé la sostenían. Había llegado la hora mala de acompañar a los condenados hasta el lugar del último suplicio. Los soldados luchaban a empujones y a latigazos contra la multitud enardecida.

*Hombre* - ¡Pilato asesino!  
*Juan* - ¡Abajo Caifás y toda su pandilla!  
*Soldado* - ¡Acaba de una vez con esa chusma! ¡Échales  
encima los caballos! ¡Fuera de aquí, malditos!  
¡Despejen la calle!

Descargados con furia por los soldados, los látigos restallaban sobre las piedras mojadas y hacían huir entre alaridos a la gente. Pero cuando los caballos se alejaban un poco, la multitud volvía a agolparse. Roncos de gritar, empapados por aquella lluvia terca que no cesaba de caer sobre la ciudad, desafiamos a los soldados hasta el último momento.

*Hombre* - ¡Asesinos! ¡La sangre del profeta caerá sobre  
sus cabezas!  
*Juan* - ¡Algún día le cortaremos las alas al águila  
romana!  
*Mujer* - ¡Y derribaremos la Torre Antonia!  
*Magdalena* - ¡Desde los cimientos!

En el Enlosado, la tropa, con sus corazas de metal y sus

mantos rojos, rodeaba a Jesús y a los dos zelotes para impedir que la avalancha rompiera el cerco y se lanzara sobre ellos. Ya iba a ponerse en marcha el piquete.

*Soldado* - ¡Tengan su trofeo, malditos! ¡Ustedes se la buscaron, pues a cargar con ella! ¡Arriba los brazos! ¡Vamos, tú!

Entre la nuca y los brazos, como si fuera un yugo, los soldados les amarraron los palos transversales de las cruces a los tres condenados a muerte.(1)

*Soldado* - ¡Ahora tú, desgraciado!

Dimas y Gestas eran dos muchachos tan jóvenes como Jesús. (2) Habían estado pocas horas en los calabozos de la fortaleza romana y, aunque torturados, no habían pasado por el terrible suplicio de los azotes.

*Soldado* - ¡Te toca el turno, nazareno!

Los dos sostuvieron bien el madero, pero Jesús no pudo con él. Se tambaleó. El peso de aquel palo negro, manchado con la sangre de otros crucificados, fue demasiado para él y cayó de bruces sobre las piedras del patio.

*Soldado* - Pero, ¿de qué pasta está hecho este «profeta»? ¡A ver, levántate! Trae una cuerda, tú.

Entre dos soldados pusieron a Jesús en pie, sin desenyugarle los brazos del madero. El centurión le pasó entonces una gruesa cuerda por la cintura para tirar de él y la amarró a la silla de uno de los caballos.

*Soldado* - ¡Sooo! ¡Caballoo!

*Soldado* - ¡Andando! ¡Al Gólgota!

Cuatro soldados, a caballo, chasqueando sus látigos a un lado y a otro, abrían la marcha. Entre ellos, el pregonero, haciendo sonar una matraca, anunciaba a toda la ciudad el delito de los reos. Detrás, Dimas, Gestas y Jesús, con los palos de las cruces sobre los hombros, custodiados por una doble fila de guardias.

*Mujer* - ¡Arriba el profeta de Galilea!

Cuando Jesús atravesó el portón del Enlosado y salió a la calle, la gente comenzó a aplaudir y los aplausos crecieron incontenibles entre la multitud. El pueblo, que lo quería y que sólo unos días antes lo había aclamado en el templo, tan cerca de aquella odiada fortaleza romana, trataba de

alentarlo y darle fuerzas en su camino a la muerte.

*Hombre* - ¡Has sido un valiente, nazareno!

*Mujer* - ¡Que el Señor te sostenga hasta el final y que se apiade de nuestro pueblo!

*Juan* - ¡Desgracia de país! Todos los que dicen la verdad terminan mal!

La tropa que acordonaba a los sentenciados, temerosa de una revuelta, nos empujaba con los escudos. Muchos, resbalando, caían al suelo. Apretados por una masa incontenible, sin importarnos las armas romanas, echamos a andar detrás de los condenados. Cuando el piquete enfiló la calle del mercado, Poncio Pilato, que lo había presenciado todo desde uno de los balcones, cerró con desgana la ventana del pretorio.

*Pilato* - ¡Uff! ¡Por fin!

*Soldado* - Gobernador, ahí fuera hay un grupo de magistrados que desean hablar con usted.

*Pilato* - ¿Y qué es lo que quieren ahora?

*Soldado* - Es en relación con lo que usted mandó escribir en la tablilla de cargos del prisionero.

Al salir del Enlosado, Jesús, como todos los condenados a muerte, llevaba al cuello una tablilla de madera con la causa de su sentencia.(3) En aquel letrero se podía leer esta frase: «El rey de los judíos», escrita en latín, en griego y en hebreo.

*Magistrado*- Nos parece de capital importancia aclarar este punto.

*Pilato* - ¿Qué punto, maldita sea?

*Magistrado*- No es correcto que su excelencia haya mandado escribir: «El rey de los judíos».

*Pilato* - ¿Y se puede saber por qué no es correcto?

*Magistrado*- Todos nosotros creemos que hubiera sido mejor escribir: «Este ha dicho: yo soy el rey de los judíos». Usted lo comprenderá, gobernador: ¿cómo va a ser rey ese piojoso? Precisamente su delito es «haberse declarado» rey. ¿Me he explicado, excelencia?

*Pilato* - Usted se ha explicado muy bien. ¡Pero yo estoy harto de ese galileo y de todos ustedes! ¡Así que, váyanse al infierno todos! ¡Lo escrito, escrito está, y no pienso cambiar ni una sola letra!

*Pregonero* - ¡Así terminan todos los que se rebelan contra Roma! ¡Así terminarán sus hijos si siguen conspirando contra el águila imperial! ¡Viva el

César y mueran los rebeldes!

El pregonero, un hombre bajito y calvo, ahuecaba las manos junto a la boca, anunciando a todos el delito de los prisioneros. Su voz gangosa se perdía en el griterío de la multitud agolpada a lo largo del camino que los condenados a muerte tenían que recorrer. En una esquina descubrí a Pedro y a Santiago. Me miraron con ojos de espanto, derrotados. Más adelante vi también a otros del grupo, perdidos entre la gente.

*Hombre* - Ahora sí que se le acabó el cuento a este «Mesías».

*Magistrado*- ¡Bendito sea Dios que hemos podido cortar por lo sano!

*Hombre* - Mire la chusma, magistrado. Si esto hubiera seguido así, no sé a dónde hubiéramos ido a parar.

El cortejo había avanzado muy poco trecho cuando Jesús, que iba el último, agotado hasta el extremo, cayó sobre el lodo resbaladizo de la calle.

*Mujer* - Pero, ¿no les da lástima de ese hombre?

*Soldado* - ¡En pie, nazareno, que tenemos prisa! ¡Vamos!

*Soldado* - Este no puede dar un paso más. ¡Está reventado!

*Soldado* - Ya verás que sí. ¡Toma!

Dos soldados le entraron a puntapiés a Jesús para que se levantara. El que sostenía la cuerda tiró de ella, intentando izarlo. La gente se arremolinó a su alrededor. Entonces nos acercamos un poco más. A través de la túnica hecha jirones, pudimos verle el cuerpo machacado, hecho una llaga.

*Soldado* - Quítale el leño de encima, a ver si se levanta de una vez.

*Soldado* - Este hombre está muriéndose...

El centurión mandó quitarle el madero de los hombros. Jesús, en el suelo, jadeaba ahogándose.

*Soldado* - Así no va a llegar al Gólgota. Se nos muere en el camino.

*Soldado* - ¡Nada de eso! ¡A éste hay que colgarlo de la cruz! ¡Son las órdenes! Eh, tú, tú... sí, tú mismo, el grandote ése... ¡Ven acá!

*Cireneo* - ¿Qué pasa conmigo?

*Soldado* - Ya puedes ir quitándote el manto.

*Cireneo* - Pero, si yo no he abierto la boca. Yo no he hecho nada.



*Soldado* - ¡Lo vas a hacer ahora, imbécil! ¡Vamos, a cargar con este palo! Esta piltrafa tiene que llegar viva allá afuera.

*Cireneo* - Oiga usted, soldado, yo vengo de arar mi campo. ¡Le juro que en mi vida me he metido en política!

*Soldado* - ¡Al diablo con este tipo! ¡Guardias, tráiganlo acá!

Simón, un campesino ancho y fuerte de la región de Cirene, con la piel curtida por el sol, quiso escabullirse entre la gente, pero dos soldados lo agarraron enseguida y lo trajeron a empujones.(4) El centurión lo obligó a cargar con el leño que Jesús había llevado hasta allí.

*Cireneo* - ¡Maldita sea! ¿Pero que habré hecho yo para que me metan en esto?

El piquete de ejecución siguió su camino bajo la lluvia. Simón, con el palo de la cruz a cuestas, iba detrás de Jesús, que andaba casi arrastrándose. Sus pies, descalzos y heridos, resbalaban continuamente en la calle mojada. Al llegar al barrio de Efraín, ya cerca de las murallas de la ciudad, en la esquina que llaman de la Higuera, vimos a un grupo de mujeres de la Cofradía de la Misericordia, con sus mantos negros empapados en agua, llorando y dándose fuertes golpes de pecho.(5)

*Mujeres* - ¡Ten compasión de ellos, Dios de Israel! ¡Ten piedad de los reos! ¡No te acuerdes de sus muchos pecados!

El piquete se detuvo. Era la costumbre. Aquellas mujeres, de las clases más ricas de la capital, salían a la calle, por caridad, a llorar por los condenados con grandes gritos y lamentos. Jesús alzó la cabeza. Con sus ojos hundidos, cubiertos de sangre, intentó mirarlas...

*Mujeres* - ¡No te acuerdes de sus pecados, Dios de Israel! ¡Perdona sus rebeldías!

*Jesús* - ¡Mejor sería que lloraran por ustedes mismas y por sus maridos, que son los culpables de que esto pase! ¡Y prepárense, señoras, que si así le han hecho a los árboles verdes, a los que son árboles secos les pasará mil veces peor!

*Soldado* - ¡Cállate la boca! ¡Mira con lo que sale éste ahora! ¡Vamos! ¡Caminen, caminen! ¡En marcha!

Cuando llegamos a la Puerta de Efraín, la multitud se apretujó para poder salir de la ciudad detrás de los condenados.(6) Pero los soldados se metieron por medio y con sus lanzas atravesadas no nos dejaban pasar.

*Soldado* - ¡Por aquí no se puede! ¡Está prohibido!  
¡Ordenes del gobernador!

*Soldado* - ¡Dense la vuelta y lárguense a sus casas! ¡Se acabó la fiesta!

Pero la gente empujó con fuerza y en el primer momento los soldados, desconcertados, tuvieron que apartarse. La magdalena, María y yo, logramos atravesar el cerco y pasar al otro lado de la muralla con un puñado de hombres y mujeres. María echó a correr hacia Jesús, que había caído nuevamente al suelo. Se inclinó y trató de levantarlo.

*María* - Jesús, hijo...

*Soldado* - Déjalo, mujer, no puedes acercarte.

*María* - Soy su madre. Jesús...

Jesús, haciendo un gran esfuerzo, se irguió lentamente para mirar a su madre. Luego se desplomó sin fuerzas sobre la tierra mojada. Dos soldados apartaron a María de un empujón. En la cima pelada del Gólgota, sólo cubierta de hierbajos secos, ya estaban levantados los palos de las cruces.

Mateo 27,31-32; Marcos 15,20-21; Lucas 23,26-32; Juan 19,17.

---

1. Era costumbre de los romanos que el reo que iba a ser ajusticiado llevara hasta el lugar del suplicio no la **cruz** entera, como suele aparecer en las imágenes, sino sólo el palo transversal, al que se llamaba «patibulum». Este leño, a menudo de madera de olivo, era colocado tras la nuca, sobre los hombros, y debía ser sostenido con los brazos, que eran amarrados a él, como si fuera un yugo. Para un hombre que había sido torturado, aquella postura resultaba dolorosísima. Esto explica la enorme fatiga que sufrió Jesús y que llevó a los soldados a pedir la ayuda de Simón de Cirene.

2. Con Jesús fueron llevados a crucificar dos zelotes. No eran simples ladrones, eran reos políticos. La palabra griega empleada en el evangelio es «lestai», la misma que se usaba para designar a los militantes de este grupo guerrillero. Los nombres de **Dimas** y **Gestas** no son históricos. Los maderos que llevaron sobre sus hombros los tres condenados a muerte de aquel día rezumarían la sangre de otros muchos condenados. Jesús no fue el único crucificado de la historia. Ni siquiera aquel día su caso

fue excepcional.

3. Sobre una **tablilla**, llamada el "título", se escribía la razón por la que el reo era condenado. La llevaba un pregonero delante del reo o se colgaba al cuello de éste. Atravesar las calles de la ciudad con el patíbulo en los hombros y el título al cuello era la última humillación a la que se sometía al reo antes de su muerte. Se hacía así para que sirviera de escarmiento y advertencia a posibles futuros alborotadores. La tablilla que llevó Jesús, escrita por Pilato, señalaba con esta fórmula la razón de la condena: "Jesús el Nazareno, el rey de los judíos". Así, la acusación última contra Jesús fue de tipo político. La tablilla indicaba que era ajusticiado por pretender ser el representante del pueblo de Israel. En "rey de los judíos" los contemporáneos de Jesús leían el "Mesías". Políticamente, el «rey» de los judíos era entonces el César de Roma y pretender cualquier liderazgo al margen de esta realidad, era atentar contra el imperio.

El título de Jesús fue escrito en tres lenguas: hebreo, latín y griego. En la lengua de Israel, en la lengua del imperio y en la lengua de los griegos, extranjeros presentes durante las fiestas. Era importante para Roma que esta tablilla fuera bien comprendida por los miles de visitantes que había en Jerusalén. Debía quedar bien claro para todos el poder con que Roma castigaba a los agitadores. El INRI que aparece en la tablilla de casi todos los crucifijos es la abreviatura de la condena escrita en latín: «Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum».

4. El evangelio de Marcos precisa que **Simón de Cirene** era padre de Alejandro y Rufo (Marcos 15, 21). Seguramente estos dos muchachos formaban parte de las comunidades cristianas para las que se escribió este evangelio. En una de sus cartas, Pablo menciona a un tal Rufo, que podría ser el hijo de este Simón (Romanos 16, 13). Cirene, su lugar de origen, era una zona de África, situada donde hoy está Libia. En aquella colonia extranjera, que había sido griega y que después fue provincia romana, habitaban muchos judíos. Algunos venían a las fiestas de Pascua y otros, nacidos allí, residían en Jerusalén habitualmente.

5. Las damas de Jerusalén formaban una especie de **cofradía** benéfica. Además de dar limosna, tenían la obligación de rezar por la conversión de los condenados a muerte y de llevarles al patíbulo vino mezclado con incienso, que actuaba como narcótico, para atenuar sus dolores.

6. El camino que Jesús recorrió hasta el Calvario, el

viacrucis, iba desde la salida de la Torre Antonia, al lado del Templo y, atravesando la ciudad por los barrios del norte, llegaba hasta la **Puerta de Efraín**, por la que se salía fuera de las murallas, donde estaba la colina del Gólgota. Actualmente, una larga y retorcida calle de Jerusalén, empinada como todas las de la vieja ciudad, lleva el nombre de Vía Dolorosa. Termina en la Basílica del Santo Sepulcro. Resulta difícil asegurar que el trazado de esta calle corresponda al recorrido exacto que hizo Jesús hace dos mil años. A lo largo de la Vía Dolorosa, distintas iglesias y lugares recuerdan las 14 estaciones que la tradición, desde hace siglos, fijó como pasos en el camino de Jesús a la cruz. Algunas de estas estaciones tienen base en los textos del evangelio y otras -la Verónica, el encuentro con María y las tres caídas- tienen su origen en la tradición cristiana.

## 122- HASTA LA MUERTE DE CRUZ

A pesar de la prohibición del gobernador Poncio Pilato, una avalancha de gente logró atravesar la Puerta de Efraín detrás del piquete de soldados. Allí, entre el camino que va a Jaffa y la muralla de la ciudad, estaba el Gólgota, una colina redonda y pelada como una calavera.(1) En ella, en vez de árboles, había sembrados postes de madera, muchos palos negros donde habían agonizado centenares de hombres en el tormento de la cruz.(2) El aire olía a podrido. La llovizna no cesaba de caer y nos hacía resbalar sobre los hierbajos y las piedras ensangrentadas de aquel macabro lugar.

*Centurión* - ¡Todos fuera! ¡Que nadie se acerque! ¡Orden del gobernador! ¡Atrás, atrás todos! ¡Solamente los condenados a muerte! ¡Todos los demás, fuera!

Los soldados nos empujaron y formaron un cordón con las lanzas atravesadas para que nadie se acercara a los prisioneros. El centurión, a caballo, les hizo señas a los verdugos.

*Centurión* - Eh, ¿a qué esperan? Desnúdenlos. La ropa será para ustedes, cuando hayan terminado. ¡Vamos, de prisa!

Los crucificadores le echaron mano a Jesús y a los otros dos jóvenes zelotes que iban a ser ajusticiados con él. Les quitaron la túnica y el calzón. Los tres quedaron completamente desnudos, solamente con la tablilla de cargos colgada al cuello, frente a la multitud que se agolpaba en la ladera del Gólgota. Jesús tenía el cuerpo destrozado por los azotes y las torturas y apenas se sostenía en pie. Temblaba de fiebre.

*Centurión* - ¡Silencio! ¡He dicho silencio!

El centurión nos miró a todos con un gesto de desprecio.

*Centurión* - Vecinos de Jerusalén, forasteros de otras provincias: estos hombres que ustedes tienen delante se atrevieron a desafiar el poder de Roma. Pero nadie escapa a las garras del águila imperial. Mírenlos ahora: desnudos y avergonzados. Lean sus delitos: conspirador, agitador del pueblo, rey de los judíos. Escarmienten todos: así acaban los que se rebelan contra Roma, ¡porque el imperio del César es inmortal! ¡Viva el César de Roma! ¡He dicho que

viva el César de Roma!

Pero nadie contestó. Solamente apretamos los puños con rabia. Bajo la lluvia obstinada, estábamos allí los de siempre: los pobres de Israel, los campesinos galileos, los que vivían en las barracas de Jerusalén, los que tantas esperanzas habían puesto en Jesús.

*Hombre* - No llore, paisano. Que ellos no nos vean llorar. No le dé usted ese gusto a los verdugos ni esa pena a los que van a morir.

El cordón de soldados se abrió para darle paso a un sacerdote del Templo que, como era costumbre, invitaba a los condenados a muerte a arrepentirse de sus pecados antes del último suplicio.

*Sacerdote* - ¡Pidan el perdón de Dios, rebeldes!(3) ¡Acaso el Señor tenga misericordia de sus almas! Tú, el que te hiciste llamar profeta y Mesías, reconoce tu culpa antes de morir. Vamos, di: «Señor perdona mis muchos pecados». Dilo.

*Jesús* - Señor... perdónalos a ellos... porque no saben lo que hacen.

*Sacerdote* - ¡Charlatán hasta el final!

El sacerdote, alzando los hombros con indiferencia, se puso a un lado. Mientras tanto, un guardia ofreció a los tres sentenciados un poco de vino mezclado con mirra para que soportaran mejor el dolor. Pero Jesús no quiso beberlo. Entonces el centurión indicó los tres palos donde iban a ser colgados los prisioneros y dio la orden para comenzar la ejecución.

*Centurión* - ¡Clávenlos!

Cuatro soldados se ocupaban de cada reo. A Jesús lo tumbaron sobre el madero áspero y mojado. La espalda, en carne viva, se contrajo. Lo agarraron fuerte, estirándole el cuerpo. Un soldado se sentó sobre el brazo derecho de Jesús para que no resbalara y agarró el primer clavo, grande y mohoso.

*Soldado* - ¡Aguanta, muchacho, muérdete la lengua y aguanta!

Puso el clavo entre los huesos de las muñecas, levantó el mazo y descargó el primer golpe, seco y bárbaro. Un gemido profundo se escapó de la boca de Jesús, un aullido salvaje que parecía salir de las entrañas de la tierra y no de las de un hombre. La sangre comenzó a manar a borbotones. Los

dedos de la mano se agarrotaron, todos los músculos del cuerpo se crisparon por el dolor espantoso. Pero el soldado continuó clavando como si nada hasta que el hueso estuvo bien sujeto a la madera.

*Soldado* - ¡Ea, sigan ustedes!

Le pasó el mazo a los otros soldados que estiraban el brazo izquierdo de Jesús. Y le hundieron en la carne el segundo clavo.

*Santiago* - Pedro, ven, vamos a acercarnos.

*Pedro* - No puedo, pelirrojo... No lo resisto.

*Santiago* - Por lo menos, que nos vea la cara cuando lo levanten, que sepa que estamos aquí con él.

*Pedro* - Eso es lo que no puedo, Santiago, no me atrevo a mirarlo. He sido un cobarde.

*Santiago* - Todos hemos sido cobardes, Pedro. Tú y Judas y yo... Todos.

Cuando los brazos estuvieron clavados al madero, los soldados lo amarraron con sogas y comenzaron a tirar de él apoyándolo sobre el palo vertical, negro y tambaleante, que con la lluvia rezumaba sangre vieja de otros ajusticiados.

*Centurión* - ¡Epa, mis hombres, tiren duro! ¡Otra vez!

El madero, con el cuerpo de Jesús colgado de él, se fue elevando lentamente hasta que al fin encontró su enganche en la punta del otro palo, formando la «t» de la cruz.(4) Le pusieron una cuña de madera entre las piernas para aguantar el cuerpo. El verdugo buscó otra vez las herramientas, le dobló las piernas por las rodillas en ángulo, le cruzó un pie sobre otro y con pesados golpes de maza le atravesó un clavo más largo entre los huesos de los tobillos.

*Centurión* - ¡Ahora sí estás en tu trono, rey de los judíos!

Los soldados, riéndose, clavetearon por último la tablilla de cargos sobre la cabeza de Jesús. Habían terminado su trabajo. Ya podían ir a repartirse la ropa de los prisioneros y jugarse la túnica a los dados. Muy cerca de Jesús habían clavado a Dimas, el zelote. Y al otro lado, a un tal Gestas, también del movimiento.

*Gestas* - Yo no quiero morir... ¡no quiero! ¡Maldición, maldición! Y tú, nazareno... ¿no decían que tú eras el Mesías, el que nos iba a liberar? ¡Maldición también contigo!

*Dimas* - ¡Cállate, Gestas, no lo maldigas! Él luchó por

lo mismo que nosotros. Oye, tú, Jesús, ¿qué pasó, compañero? ¿Qué pasó con tu Reino de Dios? ¿No dijiste que iba a llegar pronto?

- Jesús* - Sí... hoy... hoy mismo.(5)  
*Gestas* - ¿Cómo ha dicho éste? ¿Hoy? ¡Ja!  
*Jesús* - Ten confianza. Todavía estamos vivos. Dios no puede fallarnos. Hoy llegará su Reino... Hoy.  
*Hombre* - ¿Qué ha dicho el profeta?  
*Mujer* - Que el Reino de Dios llega hoy...  
*Hombre* - Que el Reino de Dios llega hoy...

Corrió de boca en boca lo que Jesús había dicho. Y todos, con los restos de esperanza que aún nos quedaban, levantamos la cara al cielo esperando que se abriera de un momento a otro, esperando contra toda esperanza que el Dios de Israel, hiciera algo para impedir aquella injusticia. Pero el cielo lluvioso seguía cerrado sobre nuestras cabezas como una inmensa losa de sepulcro.

- María* - Juan, por favor, diles a esos soldados que nos dejen pasar. Quiero estar junto a él.  
*Juan* - Ven, María, vamos.

Mientras nosotros tratamos de acercarnos al cordón de soldados que cerraba el paso hacia las cruces, el grupo de familiares y sirvientes de los sacerdotes y magistrados del Sanedrín, los mismos que habían chillado en la Torre Antonia pidiendo la condena de Jesús, llegaron al Gólgota.

- Hombre* - ¡Mírenlo ahí! ¿Así que hoy llega el Reino de Dios? ¿Y ése es el rey? ¡Pues vaya trono que se ha buscado!  
*Viejo* - ¿No dicen que curó a tanta gente? ¡Anda, médico, cúrate ahora a ti mismo! ¡Bájate de ahí, vamos!

Se burlaban de Jesús y se reían de nosotros. Uno de ellos tomó una piedra y la arrojó contra la cruz.

- Hombre* - ¡Toma, por embustero!  
*Viejo* - ¡Profeta de piojosos! ¡Impostor!

Otro tuvo más puntería y le rebotó la piedra en la misma cara de Jesús. La gente, indignada, se agachó a recoger piedras también y enseguida volaron de una parte y otra.

- Centurión* - ¡Maldita sea, largo de aquí todos! ¡Soldados, disuelvan el populacho! ¡Fuera de aquí todos, fuera!

El centurión romano, temiendo nuevos disturbios, ordenó



desalojar la ladera del Gólgota donde nos apretujábamos los amigos y también los enemigos de Jesús.

*Soldado* - ¡Ya lo oyeron! ¡Todos fuera!

*María* - Por favor...

*Soldado* - No se puede pasar, señora. Es una orden.

*María* - Por favor...

*Juan* - Ten un poco de lástima, soldado. Es su madre.

María y Susana, y mi madre Salomé, y la magdalena y también Marta y María, las de Betania, llegaron hasta los soldados. Yo también iba con ellas.

*Soldado* - Bueno, pasen, pero no alboroten. Si no, las saco a patadas.

María, mordiéndose los labios para no llorar, echó a correr hasta el pie de la cruz. Sobre los dos palos Jesús forcejeaba tratando de hallar un alivio imposible. El cuerpo, totalmente crispado, se retorció de dolor. Pero no podía escapar de allí.

*María* - Hijo... hijo...

María no pudo contenerse. Se abrazó al palo negro que chorreaba sangre y pegó la frente contra los pies de Jesús destrozados por aquel clavo de hierro. Jesús reconoció aquella voz y, haciendo un enorme esfuerzo, inclinó la cara hacia ella.

*María* - Hijo... hijo mío...

Jesús miró a su madre. Quiso sonreírle, pero sólo consiguió una mueca.

*Jesús* - Ma... Mamá...

Luego sentí su mirada vidriosa, casi perdida en la agonía, fijándose sobre mí.

*Jesús* - Juan... cuida tú... a mi madre... cuídamela.

*Juan* - Sí, moreno, claro.

No tuve valor para decir nada más. Las mujeres, a mi lado, comenzaron a rezar bajito, pidiéndole a Dios una muerte rápida para ahorrarle sufrimientos.

*Mujeres* - Ayúdalo, Señor, dale ya el descanso de todas sus fatigas. Dios de los humildes, Dios de pobres, dale ya el descanso de todas sus fatigas.

*Jesús* - ¡Dios! ¡Dios!(6) ¿Por qué me has dejado solo?

¿Por qué me fallaste? ¿Por qué fracasó todo, por qué?

Se hizo un silencio de muerte. La cara de Jesús estaba amoratada, las venas del cuello se le hincharon hasta reventar y comenzó a resollar en agonía. Se ahogaba.

*Jesús* - Agua... agua... tengo sed.(7)

Un soldado tomó un trapo, lo mojó en el vino mezclado con mirra, lo hincó en la punta de su lanza y se lo acercó a los labios. Jesús apenas pudo probarlo.

*Jesús* - Se acabó... todo se acabó.

La última enemiga ya rondaba cerca. Las mujeres, presintiendo el final cercano, comenzaron a arañarse la cara y tirarse de los pelos y golpearse la frente contra la tierra empapada en sangre y agua. Sólo María se aferraba al palo negro de la cruz con la cara pegada a los pies ensangrentados de su hijo.

Jesús levantó la cabeza. Jadeaba. Tenía los ojos abiertos y fijos en un cielo gris y silencioso. No había ninguna señal. Sintió un dolor atroz que le recorría todo el cuerpo. Se revolvió en un último espasmo apretando los dientes. No podía soportar aquello ni un instante más. Colgado entre el cielo y la tierra, reunió las últimas fuerzas que le quedaban...

*Jesús* - Padre... pongo mi suerte en tus manos... ¡Padre!

Fue un grito desgarrador.(8) Después, inclinó la cabeza. Todo el cuerpo se desplomó pesadamente sobre el madero. Eran como las tres de la tarde del viernes 14 de Nisán.

Mateo 27,33-50; Marcos 15,22-38; Lucas 23,33-46; Juan 19,18-30.

---

*1. El **Gólgota** -palabra aramea que significa «cráneo»- o Calvario -lugar de la calavera-, era una pequeña colina situada fuera de las murallas de Jerusalén. Era costumbre realizar allí las crucifixiones. Los alrededores del lugar se dedicaban a cementerio. Había varias tumbas particulares -en una de ellas enterraron a Jesús- y otras eran fosas comunes para los cuerpos de los ajusticiados. La Puerta de Efraín, abierta en la parte noroeste de las*

murallas, daba al Gólgota. Como el lugar era algo elevado, desde la ciudad se podían ver las cruces con los crucificados colgando de ellas. Las ejecuciones eran públicas para que sirvieran como escarmiento a los ciudadanos.

La basílica del Santo Sepulcro, en Jerusalén, es un enorme edificio que abarca el espacio donde estuvo la colina del Gólgota y la sepultura de Jesús, muy cercana a ella. En el interior de la basílica, con muchos altares, imágenes y diferentes capillas, se conserva parte de lo que fue la roca del Gólgota. El lugar es de plena autenticidad histórica.

2. La **muerte en cruz** la usaron los persas, los cartagineses y en menor medida los griegos. La emplearon en gran escala los romanos, que la consideraban el suplicio más cruel y denigrante que existía. La reservaban para los extranjeros y sólo en escasas ocasiones se crucificaba a ciudadanos romanos. Era la pena de muerte que sufrían los esclavos. A los hombres libres se les podía crucificar por delitos de homicidio, robo, traición y, sobre todo, por subversión política. Roma crucificó a millares de judíos durante su dominación en esta rebelde provincia oriental. Era costumbre desnudar a los crucificados para así aumentar su humillación. Siglos de historia, de cultura y arte han hecho del crucificado una joya, un adorno, un motivo decorativo. Pero la cruz no era más que un horrendo patíbulo. Y el crucificado, un maldito (Deuteronomio 21, 23). La muerte en cruz significaba la exclusión de la comunidad de Israel y de la comunidad romana. Jesús fue asesinado fuera de las murallas de Jerusalén, maldito por la ley de su pueblo, expulsado y marginado del sistema del imperio. Las instituciones políticas, religiosas y económicas lo arrojaron fuera de su seno. Es en ese excomulgado en quien creen los cristianos. Ver en Jesús, un guiñapo ensangrentado colgado de un palo, la revelación de Dios resultó un escándalo en la historia de las religiones.

3. La primera de las «siete palabras» de Jesús en la cruz respondió a una costumbre religiosa de Israel. Por entender que la muerte tenía un valor de expiación, de **perdón**, aun a los delincuentes se les exhortaba antes de morir a que pronunciaran el llamado "voto expiatorio" con una fórmula que decía: «Que mi muerte sirva de expiación de todos mis pecados», equivalente a decir "Que Dios me perdone". Jesús no dijo esto, reivindicó hasta el último momento su inocencia y pidió a Dios que perdonara a los asesinos, porque ellos eran los que estaban en pecado.

4. En el suelo, se les clavaba a los ajusticiados los brazos al palo transversal de la **cruz** que ellos mismos habían llevado hasta el lugar del suplicio. Los clavos se introducían en las muñecas, entre los dos huesos del antebrazo. De clavarlos en las palmas de las manos, el cuerpo se desgarraba por falta de sostén. Cuando los brazos estaban clavados, se izaba a los reos con sogas para colocar el palo horizontal sobre el vertical, que estaba ya hundido en la tierra. Se clavaban entonces los pies, introduciendo el clavo entre los huesos del tobillo. El dolor era indescriptible. Finalmente, se clavaba la tablilla de acusaciones en lo alto de la cruz para que fuera leída por todos.

La cruz no era esbelta, como algunas que se ven en las imágenes. Era más bien corta. Los pies del ajusticiado quedaban a muy poca distancia del suelo. Entre las piernas tenía el madero una especie de saliente para sostener el cuerpo, que quedaba medio sentado. Se trataba así de evitar que el reo se desplomara, pero no por piedad, sino para prolongar lo más posible su tormento. Muchos crucificados permanecían días enteros agonizando en la cruz a la vista de los curiosos, rodeados de aves de rapiña. Si Jesús murió tan pronto, fue porque estaba ya deshecho por las torturas. La tensa e insoportable posición de todo el cuerpo iba dificultando cada vez más la respiración y la circulación de la sangre. Generalmente, la muerte de los crucificados sobrevinía por asfixia.

5. Jesús mantuvo hasta el último momento la esperanza de que Dios iba a intervenir para liberarlo de la muerte. Esperó una irrupción del Reino de Dios, sin admitir que Dios pudiera fallarle. El **hoy** del que habló a sus compañeros de tormento indica que él esperaba un rescate inminente.

6. La "cuarta palabra" de Jesús en la cruz la conservaron los evangelistas en griego, dando su traducción, para causar así un mayor impacto en el lector. Al final, Jesús se sintió abandonado por **Dios**, dejó de esperar y experimentó su vida como un fracaso. Por eso dijo: "Elí, Elí lemá sabaktaní". Marcos encabezó esta frase con la forma aramea: "Eloí Eloí". Al final, Jesús no llamó a Dios como lo hacía habitualmente: "papá" (abba). Le llamó Dios. Con las mismas palabras comienza el salmo 22, un impresionante grito de angustia y abandono.

7. Los crucificados sufrían una **sed** espantosa, uno de los mayores tormentos del suplicio de la cruz. La continua hemorragia producida por los clavos deshidratava al reo.

Cuando Jesús se quejó, le acercaron una droga para aliviar el dolor.

8. Jesús no perdió el conocimiento en la cruz. Aunque extenuado por las torturas, vio llegar la muerte con plena lucidez. Al **grito** inarticulado y desgarrador que dio al expirar (Marcos 15, 37) el evangelio de Lucas le dio después la forma de una oración confiada: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23, 46; Salmo 31, 6).

## 123- EN UN SEPULCRO NUEVO

*Pilato* - Está bien. Diles a esos condenados sacerdotes que pasen, ¡caramba! ¡Ni la siesta le dejan a uno dormir en paz!

*Sacerdote* - Gobernador Pilato, es casi la hora de nona. Dentro de muy poco, la estrella de la tarde anunciará que entramos en el Gran Sábado.

*Pilato* - ¡Ja! ¡Qué estrella ni estrella! Desde que amaneció no para de llover. El cielo está más cerrado que una tumba ¡y ustedes esperan ver una estrella!

*Sacerdote* - Tiene razón su excelencia. Aun así, faltan sólo unas horas para el Gran Sábado de la Pascua.

*Pilato* - Eso ya me lo dijeron. ¿Qué es lo que quieren?

*Sacerdote* - Se trata de los tres rebeldes crucificados en el Gólgota, gobernador. No pueden seguir ahí cuando haya comenzado la fiesta. La costumbre lo prohíbe. Sería una grave impureza.

*Pilato* - Entonces, ¿dónde quieren que estén?

*Sacerdote* - En la fosa, excelencia. Bajo tierra. Bien muertos y bien enterrados.

*Pilato* - No se me ha comunicado aún que hayan muerto.

*Sacerdote* - No, claro que no, pero, ¿por qué no les ahorra a esos malditos una agonía larga? En fin, ya han purgado todas sus rebeldías.

Jesús había muerto ya, cerca de las tres de la tarde. Dimas y Gestas, los dos rebeldes zelotes que habían sido crucificados con él, se retorcían aún de dolor clavados sobre las cruces. Sus cuerpos, menos torturados que el de Jesús, resistieron por más tiempo el tormento. Cerca de ellos, las madres de los dos revolucionarios aguardaban a la muerte con ojos enrojecidos. Junto al madero donde colgaba el cadáver aún caliente de Jesús, las mujeres y yo, sentados sobre la tierra mojada de la colina, nos apoyábamos unos contra otros y llorábamos.

*María* - Juan, hijo, ¿qué irán a hacer ahora con Jesús?

*Juan* - No sé, María, no sé... no sé nada.

*Magdalena* - Mira, María. como que soy Magdalena, te digo que al moreno no lo van a echar en esa fosa. ¡Lo enterraremos nosotros como a un gran señor!

*María* - Pero, muchacha, si nosotros aquí no tenemos ni un pedazo de tierra para una sepultura ni unos denarios para una sábana decente. No sé lo que vamos a hacer.

La colina del Gólgota estaba sembrada de palos de cruces empapados en sangre. Alrededor, excavadas en las rocas

peladas, había varias fosas profundas donde se echaban los cuerpos de los ajusticiados.

*Juan* - No sé... Quizás si habláramos con ese Nicodemo. Era amigo de Jesús. Lo vimos aquí en Jerusalén antes de lo del Templo. Es un tipo con mucha influencia. Si ese maldito Pilato le diera el cuerpo para enterrarlo en otro lugar...

*Magdalena* - ¡Sí, Juan, eso, eso! ¡Que no lo echen en la fosa, por Dios!

Pegados a las murallas, sin atreverse a dar un paso para acercarse, estaban Pedro, Andrés y algunos más del grupo. Después de la muerte de Jesús había quedado muy poca gente en los alrededores del Gólgota. Faltaban sólo unas horas para que comenzara el Gran Sábado de la Pascua y muchos, cansados, después de un día de lluvia tan largo y tan triste, volvieron a la ciudad a encerrarse en sus casas.

*Tulio* - Eh, tú, ¿ya han muerto éstos?

*Soldado* - El nazareno sí. Los otros dos, todavía no. ¡Míralos!

Por la Puerta de Efraín aparecieron tres soldados con garrotes y lanzas. A grandes pasos subieron por las rocas peladas de la colina.

*Tulio* - Hay que acabar rápido. Ordenes del gobernador. La fiesta de los judíos empieza cuando el sol se ponga y éstos no pueden quedarse aquí.

*Soldado* - ¿Qué hacemos?

*Tulio* - Vamos a partirles las piernas a esos dos para que se mueran de una vez.

*Soldado* - ¡Bien pensado, caramba! ¡Estoy hasta la coronilla de tanta lluvia y tanta lágrima! ¡Para que después te paguen lo que te pagan!

*Tulio* - ¡Ea, fuera de ahí, mujeres, sepárense de las cruces!

*Mujeres* - ¡Asesinos, asesinos!

*Tulio* - ¡Que se vayan de aquí les digo, vamos!

Dos soldados se acercaron a las cruces donde Dimas y Gestas luchaban con la muerte y alzando unos gruesos garrotes los descargaron una y otra vez con violencia sobre las rodillas y las piernas, machacándoles los huesos.(1)

*Mujer* - ¡Que se acabe este infierno, Dios mío! ¡Que se acabe pronto!

La muerte no tardó en llegar. Los cuerpos de aquellos dos

muchachos, al perder el apoyo que tenían en las piernas, se desplomaron ahogándose muy pronto. Sus caras quedaron contraídas por el horrible dolor del último momento.

*Tulio* - Y este otro, ¿qué? ¿Seguro que está muerto?

*Soldado* - Sí, dio un grito y se quedó tieso hace un rato.

*Tulio* - Es raro. Murió muy rápido entonces.

*Soldado* - Para como llegó aquí duró bastante. Venía hecho una piltrafa.

*María* - Por favor, no le hagan nada más... De verdad que está muerto.

*Tulio* - Apártate de ahí, mujer. Esta muerte hay que comprobarla. Son las órdenes.

*Magdalena* - ¡Maldita sea, déjenlo descansar en paz de una vez!

*Tulio* - ¡Vamos, ramera, he dicho que se larguen!

Uno de los soldados agarró fuertemente la lanza que había traído y la dirigió contra el cadáver de Jesús. De un golpe certero le atravesó el corazón. La última sangre que aún quedaba en aquel cuerpo destrozado, corrió lentamente por el pecho.

*Tulio* - Ahora sí. Trabajo concluido. ¡Vaya día el de hoy!

El soldado sacó la lanza y con una esquina de su viejo manto rojo limpió la sangre de la punta.

*Soldado* - ¿Sabes lo que te digo, Tulio? Este tipo, no sé... Yo he dicho siempre que es en la muerte donde de veras se conoce a la gente. Este era un hombre bueno. Para mí que era inocente.

*Tulio* - Pues a ver si se te pega algo. ¿No te quedaste tú con su ropa? Ea, déjate de sensiblerías. Que los desclaven pronto y los echen más pronto a la fosa. Nosotros tenemos que volver al cuartel a dar cuenta al gobernador. ¡Nos veremos allí! ¡Dicen que esta noche hay buen vino para cenar!

*Soldado* - ¡Oye tú, vamos a bajar a éstos!

*María* - Juan, hijo, corre a buscar a ese señor Nicodemo. A ver si consigues algo.

*Magdalena* - ¡Yo voy contigo, Juan!

*Juan* - ¡No, magdalena, quédense ustedes aquí! ¡Volveré pronto!

Juan fue a buscar al magistrado Nicodemo en su lujosa casa del barrio alto...

*Juan* - Por fin lo encuentro, Nicodemo.

*Nicodemo* - Ya sé que ha muerto, ya lo sé. Lo vi desde la



muralla. Hace un rato que estoy dando vueltas como un imbécil. ¡Maldita sea! ¿Por qué no conseguimos impedirlo?

*Juan* - Ahora necesitamos su ayuda, Nicodemo. Se trata del cuerpo de Jesús.

Y Nicodemo, con prisa, buscó a su colega José de Arimatea...

*Nicodemo* - José, los amigos del nazareno nos necesitan. Tú tienes buena entrada con el gobernador. Conoce mucho a tu mujer, ¿no? Pues ve y dile que te dé el cuerpo para enterrarlo como es debido.

*Arimatea* - Descuida, Nicodemo, iré a ver a Pilato ahora mismo.

José de Arimatea llegó a la Torre Antonia a la par que los soldados...

*Pilato* - Pero, ¿cómo? ¿Ya ha muerto ese hombre?

*Soldado* - Sí, gobernador. Está tan muerto como que yo estoy de pie ahora. Le atravesé el corazón con la lanza.

*Pilato* - Está bien, puedes irte.

*Soldado* - A la orden, gobernador.

*Pilato* - Y tú, José de Arimatea, ¿desde cuándo eres de los que iban detrás de ese profeta loco?

*Arimatea* - Locos hemos sido los que no supimos defenderlo.

*Pilato* - ¿Qué? ¿Remordimientos? Bueno, tranquilízate, hombre, que no es para tanto. ¿Qué quieres? ¿El cuerpo? Pues quédate con él. Si ése es tu capricho, tienes mi permiso.

*Arimatea* - Deme la autorización por escrito, gobernador.

Por las calles de Jerusalén no se oía hablar de otra cosa que de lo ocurrido en el Gólgota. A aquellas horas de la tarde, la lluvia comenzaba a amainar y el sol calentaba tímidamente las azoteas de las casas. La gente, con el corazón triste, tratando de sepultar todo en el olvido, hacía ya los preparativos de fiesta para el gran descanso sabático.

*Nicodemo* - ¡No faltaría más! Por dinero no te preocupes, Juan. Ni por el lugar. Ya hablé con mi colega José y pueden enterrarlo en un sepulcro nuevo que tiene él para su familia y está cerca de allí. Anda, vuelve con las mujeres, no las dejes solas. Yo iré enseguida con todo lo que haga falta. Van a cerrar pronto las tiendas y tenemos que darnos prisa.

Cuando regresé a la colina del Gólgota, ya habían

desclavado a Jesús y a uno de los zelotes y estaban bajando al otro. El cuerpo de Jesús, con los brazos estirados, conservaba aún la forma de la cruz y descansaba en el suelo, sobre el manto de María, que lo contemplaba en silencio, en cuclillas junto a él. Las mujeres, de pie, lloraban mordiéndose los labios. Mateo y otros más se habían acercado, venciendo el miedo. Ninguno reconocía en aquel rostro completamente desfigurado, cubierto de costras de sangre, los rasgos tan queridos de nuestro compañero.

*Pedro* - Esto es un mal sueño, Juan, un mal sueño.  
*Juan* - Ven, Pedro, vamos a hablar con los soldados. Tenemos la autorización para enterrarlo aquí cerca.

Mientras Pedro y yo hablábamos con el centurión, mostrándole el permiso, María recostó la cabeza herida de Jesús sobre su regazo y, con el pañuelo empapado por la lluvia, comenzó a limpiarlo...

*María* - Pareces otro, Jesús. Cómo te han puesto, mi hijo... Ya ves, yo tenía miedo. Cuando te fuiste a Cafarnaum, te lo dije: No te metas en líos, hijo. No me hiciste caso y hasta me arrastraste detrás de ti. Me decías: Mamá, tú siempre fuiste luchadora y valiente. No, hijo, qué va. Tú sí que has sido un valiente. Hasta el final, Jesús, hasta el final... Como tu padre... Si José te hubiera visto... Me parece oírlo: Mujer, que el muchacho nos salga bien derecho para que saque siempre la cara por los demás. Eso es lo que tenemos que enseñarle, eso es lo que Dios quiere de él. Lo aprendiste, hijo, lo aprendiste bien. Ahora habrá que volver a Nazaret, a trabajar la tierra, a buscar agua en el pozo, a sacarle más callos a las manos... ¡Comadre María, que ahí viene el moreno a verla! Ya no volverás, hijo... Ya no volverás nunca más. ¿Y qué voy a hacer yo sola sin José y sin ti? ¿Por qué no me hiciste caso, hijo? Jerusalén es mala, no vayas a Jerusalén. Yo tenía mucho miedo, ya ves. Pero estoy orgullosa de ti, de todo lo que has hecho. Le daba vueltas y vueltas en mi corazón a todo lo que decías cuando estabas lejos, en Cafarnaum. Sí, hijo, yo también creo que Dios le regala su reino a los pobres, a los que lloran. No puedo, hijo, no puedo... Hijo mío...

*Juan* - Vamos, María, que se hace tarde.

Sin tiempo para lavar bien el cuerpo de Jesús, lo ungimos apresuradamente con una mezcla de perfumes de mirra y áloe

que trajo Nicodemo, según la costumbre que tienen mis paisanos para enterrar a sus muertos.(2) Luego lo envolvimos en una sábana. grande y fina que había comprado José de Arimatea. Nadie decía una palabra. Teníamos mucha prisa y mucha tristeza. La lluvia había cesado y un viento fresco ahuecaba nuestras túnicas mojadas. Entre Pedro y yo cargamos el cuerpo de Jesús. Muy cerca de la colina del Gólgota había un huerto y allí tenía José de Arimatea un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía.(3) Dentro de aquella cueva profunda, excavada en la roca, colocamos el cadáver de Jesús. Cerramos la entrada con una piedra redonda y gruesa como una rueda.

Juan - Vámonos, María. Ya empieza el Sábado.

María apoyó durante unos momentos su frente contra aquella losa húmeda. Después buscó mi brazo para no resbalar y se puso en camino. Con ella regresamos a Jerusalén. La tarde se moría sobre las murallas y las trompetas del Templo anunciaban que entrábamos en el descanso del Gran Sábado.  
(4)

Mateo 27,51-61, Marcos 15,38-47; Lucas 23,47-56; Juan 19,31-42.

---

1. Algunos crucificados permanecían colgados del madero días enteros, en una agonía inacabable. Las leyes romanas tenían previsto acelerar la muerte fracturando los **huesos** de las piernas a golpes. El desgarramiento que se producía en todo el cuerpo provocaba la asfixia final. A los zelotes crucificados con Jesús les fue aplicado este brutal método. En el caso de Jesús, no fue necesario romper ningún hueso porque murió muy pronto. La lanza con que el soldado romano le atravesó el corazón buscaba asegurar que estuviera realmente muerto. Como un tiro de gracia.

2. Para los israelitas un **entierro** digno era la mayor muestra de cariño por el difunto. El de Jesús -por las circunstancias- tuvo que hacerse con los mínimos requisitos tradicionales. Los cadáveres eran lavados, se les ungía con aceite y se les vestía con sus mejores ropas. En tiempos de Jesús, los rabinos habían ordenado vestirlos de blanco. El evangelio dice que el cadáver de Jesús fue ungido con una mezcla de mirra y áloe. La mirra era una resina aromática de mucho valor, que se usaba también para ungir a los esposos el día de su boda, y el áloe, una esencia olorosa sacada de la savia de ciertos

árboles de la India. Se empleaba para dar olor a las ropas de cama, vestidos y sudarios. Como mortaja se usaba una sábana o lienzos en forma de bandas, aunque no se sabe con exactitud cómo se colocaban sobre el cuerpo del difunto. Algunos dicen que la cara se cubría con una tela y que se vendaban las manos y los pies.

3. Desde tiempos muy antiguos, Israel enterró a sus muertos en cuevas naturales para no desperdiciar terreno cultivable. Los pobres de Jerusalén eran enterrados en fosas comunes en el torrente Cedrón. Jesús fue colocado en una tumba privada, en un **sepulcro nuevo**, comprado por José de Arimatea para su familia y en la que nadie había sido enterrado antes. Aprovechando la excavación natural de la roca, se acondicionaba el lugar en forma de habitación, con una o varias mesas de piedra para colocar los cadáveres. A veces, se excavaban nichos a lo largo de las paredes. En muchos casos -como en la sepultura de Jesús- esta habitación o cámara sepulcral estaba precedida por una antesala o pasillo. Algunas veces, los cadáveres eran introducidos en las cámaras mortuorias en un ataúd, aunque no era lo habitual. La entrada de la tumba se cerraba con una pesada piedra redonda, que giraba como una rueda y a la que se untaba cal como señal de impureza por la presencia de un cadáver.

Después de dos mil años se conserva el banco de piedra donde fue depositado el cadáver de Jesús, en el sitio exacto del jardín cercano al Gólgota donde fue enterrado. Dentro de la Basílica del Santo Sepulcro, en el barrio árabe de Jerusalén, está este lugar, trascendental para la fe cristiana. A pesar del abundante decorado acumulado durante siglos, todavía puede distinguirse perfectamente la estructura de la cueva: la antesala, el pasillo y la cámara mortuoria, muy estrecha, donde está la mesa de piedra, recubierta hoy por un mármol blanco. A la entrada, un letrero dice: «No está aquí. Resucitó».

Santa Elena, madre del emperador romano Constantino, ordenó excavar la zona de Jerusalén donde estuvo el Calvario y descubrió su localización exacta. Los llamados "Santos Lugares" se convirtieron desde entonces en centro de peregrinación para los cristianos de muchos países cercanos. Esto ocurrió unos 300 años después de la muerte de Jesús. Los "Santos Lugares" también fueron motivo de crueles guerras. Unos mil cien años después de la muerte de Jesús estaban en poder de los musulmanes. Hombres de toda la Europa cristiana se enrolaron en guerras llamadas Cruzadas para recuperar los "Santos Lugares". Las Cruzadas duraron, con intervalos, 200 años y tuvieron más motivos económicos y políticos que religiosos. No consiguieron su

objetivo de rescatar el Santo Sepulcro. Lo más grave fue que en nombre de la cruz de Jesús se cometieron saqueos y crímenes de todo tipo contra los árabes, que también usaron de enorme violencia contra los cristianos.

4. Jesús murió el viernes de la semana de Pascua, que era para los judíos «día de preparación», ya que al día siguiente, sábado, no se podía trabajar. Era el día de descanso impuesto por la Ley. Por tratarse del **Gran Sábado** de Pascua, era aún más solemne que los otros sábados del año. El Gran Sábado comenzaba al caer la tarde y aparecer en el cielo las primeras estrellas. Los cadáveres de los ajusticiados eran «impuros» y, según la ley, no debían manchar con su presencia la fiesta de aquel día. Esto explica la urgencia con que terminó la ejecución de Jesús y la prisa con que tuvo que efectuarse su entierro.

## 124- EL GRAN SÁBADO

Las primeras luces de la mañana, que se colaban por una estrecha ventana, nos desperezaron lentamente. Aquel sábado, al día siguiente de la muerte de Jesús, era día de descanso y de fiesta grande en Jerusalén y en todo el país. Desde la tarde del día anterior, los once y las mujeres estábamos escondidos en el sótano de la casa de Marcos, el amigo de Pedro, esperando regresar pronto a Galilea. Los ojos de todos, cansados por la mala noche y el llanto, se acostumbraron pronto a la penumbra de aquel escondrijo, donde se guardaban viejas prensas y algunos barriles de aceite.

*Pedro* - Parece que ya es de día, compañeros...  
*Juan* - ¿Pudiste dormir algo, María?  
*María* - Un poquito sí, pero...  
*Magdalena* - Vamos, recuéstate otro poco y descansas. Susana y Salomé ya han ido a preparar algo caliente. Hay aceitunas y pan. Tú no te muevas.

Enseguida mi madre y Susana trajeron un jarro de caldo y un puñado de aceitunas. Nos sentamos a comer en silencio, con desgana. La tristeza de todo lo vivido el día anterior pesaba sobre nosotros como un fardo insoportable.

*Juan* - Marcos estuvo aquí hace un rato, cuando todavía estaba oscuro. Se volvió a ir. Dice que vendrá a mediodía con algo para comer.  
*Susana* - Pues para el hambre que tenemos... Anda, María, un poquito de pan.  
*María* - No, Susana, no puedo.  
*Santiago* - ¿Y qué hay de nuevo por la ciudad?  
*Juan* - Han encontrado a Judas... ahorcado.  
*Pedro* - Pero, ¿qué dices, Juan? ¿Dónde?  
*Juan* - En Getsemaní. Donde estuvimos la noche del jueves. Colgado de un olivo.  
*Magdalena* - ¡Pero, Dios mío, ¿qué ha sido esto?! ¿Una pesadilla? ¡Maldita ciudad! ¡Juro por todos mis muertos que en lo que me queda de vida no vuelvo a poner las patas en esta ciudad del demonio!  
*Juan* - Vamos, Magdalena, tranquilízate. No conviene hacer bulla.  
*Andrés* - Lástima con Judas... Era un buen compañero.  
*Santiago* - No vengas ahora con lástimas, Andrés. El fue el culpable de todo.  
*Andrés* - ¿Él, Santiago, él? Él fue un loco que se dejó engatusar, Dios sabrá por qué, pero él no fue el único culpable.  
*Juan* - Los culpables ya sabemos quiénes fueron. ¡Que

Dios los confunda a todos, canallas!

*Pedro* - Es verdad, pelirrojo. Con Judas hubiéramos terminado entendiéndonos. Era de los nuestros. Pero con esa pandilla del Sanedrín y esos perros romanos... Pero, ¿por qué no hicimos algo, por qué nos quedamos así, como imbéciles, con los brazos cruzados? Yo el primero, sí, sí, no me miren, yo el primero... ¡Maldita sea, no valemos ni cuatro ases, somos la basura de las basuras!

*Natanael* - No le des más vueltas, Pedro. ¿Para qué? Ya se acabó todo.

La lluvia incesante que había caído sobre Jerusalén el viernes inundó la pequeña azotea que daba sobre nuestro escondite. Desde por la noche, las goteras formaban charcos en el suelo.

*Susana* - ¿Por qué no rezamos, eh? En los momentos malos consuela mucho. Vamos a pedirle a Dios que vengan días mejores. ¿Eh, qué les parece? María, ¿quieres empezar?

María levantó del suelo el rostro, avejentado por el dolor, y miró a Susana con ojos cansados.

*María* - No, mejor empieza tú. Nosotros ya te seguiremos.

*Susana* - Bueno, entonces... Dios nuestro, de día te pedimos auxilio y de noche te invocamos. Ven en nuestra ayuda...

*Todos* - Ven en nuestra ayuda porque te estamos llamando...

*Susana* - Te estoy esperando, Señor, respóndeme...

*Todos* - Respóndeme porque confío en ti...

*Susana* - Tú eres mi Dios, yo te busco, atiéndeme, porque mis enemigos... me han tendido una trampa...

Nos costaba rezar. Las palabras se nos morían en la boca antes de nacer, inútiles, carentes de sentido. Sobre el suelo, las jarras habían quedado medio llenas y apenas habíamos comido unos pedazos de pan.

*Juan* - Dice Marcos que mañana al amanecer nos sacará para Galilea por el camino de la costa. El lo conoce bien y por esa ruta tendremos menos problemas. Además, como muchos peregrinos ya regresan el domingo al norte podremos disimularnos mejor.

*Mateo* - ¿Y no habrá peligro? Quizá es mejor esperar a que pasen unos días más.

*Juan* - No, Mateo, el peligro lo corremos aquí. A esta

hora seguro que andan buscándonos.

*Felipe* - Bah, ¿para qué van a querer encontrar a un hatajo de miedosos como nosotros?

*Juan* - Querrán acabar con el grupo, Felipe.

*Santiago* - No tienen que acabar con nada, Juan. El grupo ya se acabó.

*Pedro* - ¿Ah, sí, pelirrojo? ¿Y de dónde te sacas tú eso? ¿O es que no podemos seguir haciendo cosas juntos?

*Santiago* - ¿Qué cosas, Pedro, a ver, qué cosas? Cada uno se irá para su lado y ya... ¡Qué más!

*Pedro* - Eso no puede ser... Si Jesús empezó fue para que siguiéramos detrás.

*Santiago* - Pues vete tú detrás tirando piedras como siempre y fanfarroneando. A ver si eso sirve para nada.

*Pedro* - ¿Y tú, qué, eh? ¿Y tú, qué?

*Santiago* - Bah, Pedro, eres perro que ladra mucho y no muerde nunca.

*Pedro* - ¿Yo, verdad? Como si tú hubieras hecho algo para salvar a Jesús. Escondido por las esquinas...

*Santiago* - Sí, está bien, pero... por lo menos...

*Pedro* - ¿Por lo menos, qué? Dilo, dilo de una vez. ¡Maldita sea contigo, Santiago! Siempre es lo mismo. ¡Sí, está bien, yo fui un cobarde! ¡Yo dije que no lo conocía! Pero, ¿qué hubieras hecho tú si te ponen una espada y...?

*Susana* - Por Dios, por Dios, cállense de una vez. ¿También tienen que pelear hoy? ¿Es que ni por respeto a Jesús, que en paz descansa, se pueden ustedes callar?

María, con la mirada perdida más allá de aquellas cuatro sucias paredes, nos oía hablar y seguía llorando, en silencio, inconsolable. Estaba destrozada. Al verla así, todas las lágrimas que había contenido durante el día anterior me vinieron a los ojos.

*Felipe* - Vamos, Juan, hombre, no llores. Piensa que dentro de unos días estaremos otra vez en el lago, lejos de todo esto.

*Juan* - Por eso lloro, Felipe, por eso.

*Susana* - Déjalo, hijo, que se desahogue.

*Juan* - No puedo creer que vamos a volver a echar las redes, a pescar, a ir a la taberna... y que Jesús... como si nada hubiera pasado... como si todo hubiera sido un sueño.

*Felipe* - Y lo fue, por mi vida, que lo fue. ¿No me digan que no fue un sueño creer que el Reino de Dios llegaba ya y que nosotros, una partida de muertos



de hambre, lo estábamos empujando? Primera y última vez que me agarran a mí para una cosa de éstas.

*Susana* - La vida es así, es así mismo. Más amarga que una almendra antes de madurar

*Tomás* - ¿Por qué será qu-que los bu-bu-buenos siempre ter-ter-minan mal?

*Andrés* - No, esto no terminó, Tomás. No puede terminar. Va a ser difícil que el pueblo olvide al moreno.

*Susana* - Ay, mi hijo, con el tiempo todo se olvida. El tiempo se encarga de borrarlo todo.

*Pedro* - No, Susana, con Jesús no va a ser igual. Él era distinto... un tipo grande, María, tu hijo. El mejor amigo que yo he tenido en mi vida.

*Santiago* - ¿Te acuerdas, tirapiedras, cuando lo conocimos allá en el Jordán, cuando lo de Juan el bautizador?

*Andrés* - Claro, Santiago, cómo no...

*Felipe* - ¿Y tú, Nata? Hicimos el camino con él desde Magdala hasta el río. Era un gran conversador. Siempre haciendo historias y chistes. Por eso la gente lo entendía tan bien. Por todos los ángeles, ¿quién me iba a decir que esto iba a acabar así?

*Mateo* - Pero Jesús sí lo olía. Aquella noche que estábamos en Cesarea, al norte. Él ya tenía su preocupación. Y cuando vinimos a Jerusalén...

*Susana* - No teníamos que haber venido nunca.

*Juan* - El moreno se ha portado como un valiente. Ayer se lo oí a uno de los soldados. Lo molieron a golpes en la cárcel, ya vieron cómo quedó, pero no le sacaron ni una palabra, ni una.

*Pedro* - Y al ladrón de Anás parece que le cantó las verdades. Dice tu amigo, Juan, que ese viejo tramposo estaba después que se lo llevaban los demonios.

*Andrés* - Y con Pilato y con Caifás lo mismo. Les dijo todo lo que había que decirles. Era el plan que habíamos pensado, ¿se acuerdan? Después de lo del templo, ir delante de los señorones de Jerusalén para echarles en cara sus crímenes. Jesús cumplió el plan, él solo.

*Juan* - Hasta el final el moreno. No lo doblaron, no... Lo partieron pero no lo doblaron.

*María* - ¿Por qué, Dios mío, por qué? ¿Por qué no lo salvaste de la muerte, por qué?

María, que hasta aquel momento nos oía como ausente, tragándose las lágrimas, rompió a llorar como un río que se desborda. Se inclinaba hasta tocar el suelo con la frente,

con las manos cubriéndole el rostro. Susana y mi madre la sostenían.

*María* - ¿Por qué, Dios mío? Él era bueno. No tenía que haber muerto. Yo lo necesitaba. Los pobres de este país lo necesitaban. ¿Por qué, por qué? No merecía una muerte tan horrible. ¿Por qué tenía que terminar así? Tanta muerte, Dios mío, tanto abuso, tanto crimen de esta gente. ¿Por qué ganaron ellos? Ahora estarán banqueteadose y mi hijo muerto, muerto... ¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo vas a permitir que los injustos se salgan con la suya? ¿Hasta cuándo?

*Susana* - Vamos, María, vamos. Tráele un poquito de agua, magdalena.

María, extenuada, recostó su cabeza sobre mi espalda, cerró los ojos y su recuerdo volvió otra vez al día anterior, al rostro muerto y ensangrentado de Jesús que ya no volvería a ver nunca más.

*Santiago* - ¿Y ya sabrán por Cafarnaum lo que ha pasado?

*Juan* - No hay tiempo todavía, Santiago.

*Mateo* - No creas, las noticias vuelan más ligeras que las águilas.

*Tomás* - Ti-tienes razón.

*Pedro* - Cuando en Cafarnaum sepan que al moreno...

*Felipe* - No pasará nada, Pedro, nada. La gente no va a hacer nada. Los pobres estamos acostumbrados a tragarnos las lágrimas.

*Magdalena* - ¡Pues eso es lo que tenemos que hacer, caramba, dejar ya de llorar y echar para adelante. Y no lo digo por ti, María; que tú tienes más derecho que nadie para llorar lo que quieras. Pero yo creo que si Jesús estuviera vivo no querría vernos así, mirando al suelo, jermiquiando. ¡Hay que hacer algo, hay que seguir luchando!

*Santiago* - ¡No grites tanto, magdalena! ¿Qué quieres tú? ¿Que te vengan a buscar?

*Magdalena* - ¡Que me busquen y que me maten a mí también! ¡A mí qué me importa! ¡Él murió por algo que valía la pena! ¡Así que, si es por eso, que me maten a mí también! ¡A mí qué me importa ya nada!

*Susana* - Pero, hija, ¿qué vamos a hacer ya? Ya todo se acabó. Mañana, lavar bien el cuerpo como Dios manda y perfumarlo como él se lo merecía. Y después, volvernos a Galilea. ¡Y que Dios nos asista! Ya no hay nada más que hacer, muchacha, no hay nada más que hacer.

Fueron horas tan largas como años las que vivimos aquel Gran Sábado de fiesta, encerrados en el sótano de la casa de Marcos. Las pasamos todos juntos, a ratos callados, a ratos llorando, recordando cada palabra y cada gesto de Jesús, reunido ya con su pueblo, en el silencioso reino de los muertos.(1)

Lucas 24,1

---

1. **Jesús** murió realmente. Los hechos que ocurrieron después, la afirmación de que Jesús había resucitado, no entraban en el marco de creencias de sus amigos ni de Jesús mismo, que no podían ni imaginar una resurrección individual e inmediata. Una interpretación de estos hechos afirma que Jesús había ya anunciado a sus discípulos que iba a resucitar, pero que ellos no le creyeron (Mateo 16, 21; 17, 22-23; 20, 17-19). En los textos de los evangelios que recogen tres predicciones de su muerte hechas por Jesús, se habla de un plazo de «tres días», después del cual Jesús «resucitará». En arameo «tres días» significa «pronto», «en breve tiempo» porque no existe ninguna palabra equivalente a «varios», «algunos». La frase «al tercer día resucitará» que los evangelistas pusieron en boca de Jesús debe leerse así: «en muy poco tiempo llegará el Reino». Jesús consideró siempre que la llegada del Reino, del final de los tiempos, era algo inminente.

## 125- EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

*Magdalena* - ¡Ea, Susana, arriba!

*Susana* - Ya voy, ya voy.

*Magdalena* - ¡Salomé!

*Salomé* - ¡Psst! No hagas bulla, magdalena, vas a despertar a los hombres.

*Magdalena* - Bah, no se preocupe, éstos no se mueven ni con un terremoto. Mírelos cómo están, durmiendo tan tranquilos.

*Marcos* - ¿Quién dijo que los hombres duermen?

*Salomé* - Marcos, ¿qué haces tú levantado tan temprano?

*Marcos* - Eso les pregunto yo a ustedes. Las estrellas todavía están fuera. Tienen tiempo de echarse otra cabezada.

*Salomé* - Lo que tenemos que hacer es ir al sepulcro a lavar el cuerpo y terminar de amortajarlo.

*Marcos* - Pero ¿Pedro no me dijo que regresaban hoy mismo a Galilea y que querían salir a primera hora?

*Magdalena* - Por eso hemos madrugado tanto.

*Salomé* - Escucha, Marcos, cuando se despierten, díles que vayan recogiendo los trastos para ponernos enseguida de camino. Que nosotras volvemos pronto. ¿Tenemos todo?

*Susana* - Aquí está la mirra y los perfumes. Toallas, sábanas limpias...

*Magdalena* - Oiga, Susana, ¿y dónde está doña María?

*Marcos* - Ésa se levantó antes que ustedes. La vi salir hace un rato.

*Salomé* - ¿Y a dónde fue?

*Marcos* - Pues, la verdad, yo no le pregunté.

*Susana* - ¿A dónde va ir María si no es al sepulcro a llorar? ¡Ay, Dios mío, cuánto está sufriendo, la pobre!

*Salomé* - Vamos, Susana, que se nos va a hacer tarde. No perdamos tiempo.

El primer día de la semana, cuando todavía estaba oscuro, mi madre Salomé, Susana y la magdalena, salieron con prisa llevando los perfumes que se usan para ungir a los muertos. Querían terminar de lavar y embalsamar el cuerpo de Jesús. El viernes no habían tenido tiempo de hacerlo y el sábado, como era día de descanso, estaba prohibido.

*Susana* - Le hubiéramos dicho a Marcos que nos acompañara. O haber despertado a alguno de los hombres...

*Salomé* - ¿Para qué, Susana?

*Susana* - Para que nos rueden la piedra. Nosotras no tenemos fuerzas para empujarla.

Las callejas de Jerusalén estaban desiertas. Aún no asomaba el sol y los vecinos de la ciudad de David, después de la fiesta grande del sábado, dormían a pierna suelta. Las mujeres atravesaron el barrio de Sión, salieron fuera de las murallas por la Puerta del Ángulo, echaron a andar por el camino de arena que lleva al Gólgota.

*Susana* - Parece mentira todo esto.

*Salomé* - Todo se acabó, Susana. Todo se acabó. Resignación y nada más.

*Magdalena* - Yo nunca me resignaré. ¡Nunca! Él era lo que más quería en esta vida. ¿Cómo me voy a resignar a que se lo coman los gusanos, cómo?

*Salomé* - Vamos, magdalena, muchacha, tranquilízate. Claro que te resignarás. ¿Qué otro remedio queda?

Bordearon el Gólgota, sembrado de palos negros y ensangrentados, donde un par de días antes habían derramado tantas lágrimas. Detrás de la macabra colina, junto a las fosas comunes, había algunas cuevas. Entre ellas, la de José de Arimatea, que había servido como sepulcro para enterrar a Jesús.

*Susana* - ¿No era ésta, Salomé?

*Salomé* - No, aquella de más allá. Vengan... ¡Caramba!

*Magdalena* - ¿Qué pasa?

*Salomé* - O yo estoy viendo mal o la piedra está rodada.

*Susana* - ¿No se lo dije? Que María se nos había adelantado.

*Magdalena* - Pero, ¿quién le habrá ayudado a correr la piedra, entonces?

Las tres mujeres se acercaron a la entrada de la cueva. La piedra, redonda y fría, estaba corrida hacia un lado.

*Susana* - ¡María! Eh, María, estás ahí abajo, ¿verdad? ¡María!

*Magdalena* - No responde nadie...

*Salomé* - Estará llorando junto al cuerpo. La pobre, quedó tan destrozada.

*Susana* - Es natural. Su único hijo y acabar así... Yo es que cuando lo pienso... ¡Ay, qué desgracia tan grande ha sido ésta, qué desgracia!

*Salomé* - Susana, por Dios, no comiences otra vez. Ni tú tampoco, magdalena. Lo que pasó, pasó, y no hay que darle más vueltas. Vengan, vamos a bajar y consolamos un poco a María y nos ponemos a trabajar.

*Magdalena* - No, no, yo no puedo entrar, yo no puedo volver a verlo.

*Salomé* - Magdalena, muchacha, hay que ser fuerte. Tenemos que cumplir este último deber. Jesús hizo tanto por nosotros... Se merece que, por lo menos, lo entierremos bien. Vamos, prende la lámpara y entremos.

Encendieron una lámpara de aceite. Con las túnicas arremangadas y agachándose para no tropezar, fueron bajando por los estrechos y húmedos peldaños hasta el fondo de la gruta.

*Susana* - ¡María! Oigan, aquí no está María..

*Salomé* - ¿Cómo que no?

*Magdalena* - ¡Ay! ¡Ay, por Dios bendito, miren!

La magdalena acercó la lámpara a la tarima de piedra donde el viernes, antes de ponerse el sol, ellas mismas habían dejado el cadáver de Jesús envuelto apresuradamente en unas sábanas.

*Salomé* - Pero, ¿dónde está el...? ¡Alumbra bien, magdalena!

*Magdalena* - ¡No está aquí! ¡Miren! ¡Se lo han robado! ¡Maldita sea, se lo han robado!

*Susana* - Pero, ¿será posible que en este país ni a los muertos los dejen descansar?

*Magdalena* - ¡Ay, caramba, ay Dios mío, ay gran poder de Dios y gran desgracia del hombre, ay!

*Salomé* - ¡Tranquilízate, magdalena, muchacha!

*Magdalena* - Pero, ¿cómo me voy a tranquilizar? ¡Se lo han llevado y no sé dónde lo han puesto!

*Susana* - ¿Quién habrá hecho esta maldad? ¿Quién puede querer hacernos este daño?

*Salomé* - ¡Seguramente los soldados de Pilato profanaron la tumba, lo sacaron y lo tiraron en la fosa común, como a un perro! Eso es lo que ha pasado.

*Susana* - No puede ser, Salomé. ¡Fue el mismo Pilato el que dio el permiso para enterrarlo aquí!

*Salomé* - Pues entonces el Caifás ése y su pandilla que querrán clavarlo otra vez en la cruz como escarmiento a los peregrinos, para que lo vean colgado cuando salgan de la ciudad. No es la primera vez que lo hacen.

*Susana* - ¡Ay, qué cosa tan horrible, no sigas hablando! Me siento mareada.

*Salomé* - Y yo siento unos escalofríos por atrás... ¡Ea, vámonos de aquí!

Las tres mujeres salieron a todo correr de la cueva del sepulcro. Estaban pálidas, blancas como las sábanas que llevaban en las manos.

*Susana* - ¡Uff! Y ahora, ¿qué hacemos?  
*Salomé* - Ir corriendo a decírselo a los hombres. Tienen que saberlo.  
*Magdalena* - ¡Ay, que me va a dar, ay que me da, ay que yo no puedo, ay Dios, ay que tengo una tenaza aquí en el pecho, ay!  
*Susana* - Magdalena, deja ahora los lamentos y vamos corriendo a avisarle a Pedro y a los demás.  
*Salomé* - Déjala, Susana, déjala que lllore. Ven, vamos nosotras. Y tú, Magdalena, quédate aquí con la mirra y los perfumes. Volveremos enseguida.

Susana y Salomé regresaron corriendo a la casa de Marcos, donde todos los del grupo nos escondíamos desde el viernes. María, la de Magdala, con la frente pegada a la piedra redonda del sepulcro, se quedó llorando sin consuelo.

*Susana* - ¡Marcos! ¡Pedro! ¡Despiértense!  
*Salomé* - ¡Se han llevado el cuerpo de Jesús y no sabemos dónde está!  
*Pedro* - ¿Que lo han qué?  
*Susana* - ¿Estás sordo, tirapiedras? ¡Que lo han robado!  
*Pedro* - ¡Pero eso no puede ser!  
*Salomé* - ¡Pues sí es! ¡La cueva está vacía y la piedra corrida!  
*Santiago* - ¡Juan, Felipe, Natanael, tranquen las puertas enseguida y cierren las ventanas! ¡Estamos en peligro!  
*Marcos* - Y ustedes, par de gritonas, ¿alguien las vio llegar hasta aquí?  
*Susana* - ¡Ay, mi hijo, Marcos, yo no sé, no me angustien más!  
*Santiago* - ¡Tenemos que irnos cuanto antes a Galilea! ¡Si nos atrapan, nos colgarán a todos de un palo!

En ese momento, tocaron a la puerta...

*Pedro* - ¡Maldición! Nos han descubierto. ¡Estamos perdidos!  
*Magdalena* - ¡Abran, abran, abran!  
*Susana* - ¡No seas cobarde, Pedro! Es la Magdalena, ¿no la oyes? ¡Corre y ábrele la puerta!

María, la de Magdala, entró en el sótano donde nos escondíamos con las manos en la cabeza y los ojos desorbitados.

*Magdalena* - ¡Ay! ¡Ay!  
*Pedro* - Pero, ¿qué diablos le pasa a ésta ahora?  
*Santiago* - ¡Cierren esa puerta, caramba!

*Magdalena* - ¡Ay! ¡Ay!  
*Susana* - Pero, muchacha, por los ángeles del cielo, habla pronto que ya tengo el corazón en la boca.  
*Santiago* - ¡Habla de una vez, aspavientosa! ¿Qué pasa? ¿Te vienen siguiendo?  
*Magdalena* - ¡Sí!  
*Santiago* - ¿Que te vienen siguiendo? ¿Viste a los soldados? ¿A los de Pilato? ¿La policía de Herodes? ¡Maldita sea, habla! ¿Quién te viene siguiendo?  
*Salomé* - Déjala que tome resuello, Santiago. ¿No ves que se le traba la lengua?  
*Santiago* - Pues que se le destrabe pronto. Habla, condenada, ¿a quién demonios viste?  
*Magdalena* - ¡A él!  
*Pedro* - ¿Quién es él?  
*Magdalena* - ¡Él!  
*Pedro* - ¡Por la rabadilla de Moisés, ¿a quién has visto?  
*Magdalena* - ¡A Jesús!  
*Marcos* - ¿Cómo? ¿Encontraron ya el cadáver?  
*Magdalena* - ¡No! ¡Lo he visto vivo!  
*Todos* - ¿A quién?  
*Magdalena* - ¡A Jesús! ¡Al moreno! ¡Acabo de verlo!  
*Santiago* - Pero, ¿qué disparate estás diciendo?  
*Magdalena* - Acabo de hablar con Jesús. Era él, estoy segura.  
*Salomé* - Ya lo dije yo, esta muchacha no ha comido nada desde el viernes y...  
*Magdalena* - ¡Lo he visto con este par de ojos igual que los estoy viendo a ustedes!  
*Susana* - Claro que sí, mi hija, claro que sí. Ven, anda, tómate un caldito. Serénate un poco.  
*Magdalena* - ¡Era él! ¡Era Jesús! Hablé con él hace un momento...  
*Pedro* - Échale fresco, Susana.  
*Salomé* - La pobre, ha llorado mucho.  
*Susana* - Así le pasó a tía Domitila cuando murió el tío. Le dio como un frenesí y hablaba hasta de noche. Ven, magdalena, recuéstate un poco y descansa.  
*Magdalena* - No, no, voy a acostarme. Déjenme contarles lo que me ha pasado, ¡caramba!  
*Marcos* - Eso, que hable, que hable, que así se desahoga. Después dormirá mejor.  
*Susana* - A ver, mi hija, cuéntanos lo que pasó.  
*Magdalena* - Yo estaba allí, junto al hoyo de la tumba cuando ustedes se fueron, y lloraba, y lloraba, y ya tenía los ojos como un tomate de tanto llorar, y de pronto siento unos pasos detrás de mi, y levanto la cabeza y me doy la vuelta... Yo tenía tantas lágrimas que lo veía todo borroso. Y pensé que era el tipo ése que cuida el lugar y le digo:



Oiga, paisano, si usted se lo llevó, dígame dónde diablos lo tiene escondido y yo voy a buscarlo. Y entonces... ¡entonces!

*Susana* - ¿Qué pasó entonces, mi hija?

*Magdalena* - Que él me dijo: ¡María! Me llamó por mi nombre, ¿entienden? Y yo me quedé espantada. ¡Era él! ¡Estoy segura! ¿Quién podía ser si hablaba como él, si se reía igual que él?

*Marcos* - Vamos, Susana, dale el caldo o prepárale un emplasto para enfriarle la mollera.

*Magdalena* - ¡No, no, tienen que creerme! Él me dijo: ¡María!(1) Y yo le dije: ¡Moreno! ¡Y me tiré a sus pies!

*Marcos* - Y él te habrá dicho: Suéltame, que me estás haciendo cosquillas. ¿No es eso?

*Magdalena* - Él me dijo: Corre, corre y avísales a mis hermanos, ¡a ustedes, caramba! ¡Diles que si van a Galilea, los espero allá! ¡Y si se quedan aquí, también! Que me verán pronto.

*Santiago* - ¡En fin, que el guardián del cementerio le ha pegado un susto de muerte a la ramerita!

*Magdalena* - No, no. Yo lo he visto.(2) He hablado con Jesús antes de venir acá. Susana, Salomé, ustedes fueron conmigo, ustedes vieron aquello vacío, tienen que creerme. ¡Ay, miren, ahí está!

Una sombra pasó rápidamente por el tragaluz del sótano. Todos nos sobresaltamos y la magdalena se lanzó a abrir la puerta. Pero quien entró fue María, la madre de Jesús.

*Susana* - María, al fin llegas, caramba. ¿Dónde estabas metida?

María no dijo una palabra. Se quedó mirándonos con los ojos radiantes de alegría. Creo que nunca en toda mi vida he visto una mirada tan feliz como aquella.

*Susana* - Comadre María, ¿qué te pasa? ¿De dónde vienes? ¡María!

Con la boca abierta, sin movernos, todos estábamos pendientes de los labios de aquella campesina, morena y bajita, que era la madre de Jesús. Entonces la magdalena se acercó a ella, la miró mucho, se hundió en sus ojos negros, tan negros como el pañuelo de luto que le cubría la cabeza.

*Magdalena* - Doña María, usted también lo vio, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

*María* - ¡Sí, sí, sí! ¡Lo he visto! ¡He visto a mi hijo! ¡Lo he visto!

Todavía había estrellas en el cielo. Todavía Jerusalén dormía custodiada por el ojo redondo y blanco de la luna de Nisán. Todavía era de noche, pero muy pronto iba a amanecer.

¡Despierta, despierta, levántate, Jerusalén!  
Tú que bebiste la copa del dolor.  
Mira: Dios te quita esa copa de las manos,  
y ya no volverás a beberla. ¡Despierta, despierta!  
¡Vístete ropas de fiesta, Jerusalén, Ciudad Santa!  
¡Sacúdete el polvo, levántate, rompe las cadenas de tu  
cuello!  
¡Levántate, Jerusalén,  
resplandece,  
que está llegando tu luz  
y la gloria del Señor amanece sobre ti!

Mateo 28,1-10; Marcos 16,1-11; Lucas 24,1-11; Juan 20,1-2 y 11-18.

---

1. *El más primitivo de los relatos de la resurrección de Jesús es el de la "aparición a las mujeres". En el evangelio de Juan, esas mujeres son una sola, la **Magdalena**. Coherente con el resto del evangelio, también en la hora de la resurrección, «los últimos son los primeros». Y fue una prostituta la primera en experimentar que Jesús estaba vivo, y la primera en testificar esta experiencia. En Israel las mujeres no servían para testigas en los juicios, pues se las tenía, sin más, por mentirosas y enredadoras. Los evangelios son audaces al presentar a una mujer, que además era una ramera, como la primera en atestiguar la resurrección. Así, la subversión de valores que caracterizó la vida y el mensaje de Jesús se prolonga después de su muerte.*

2. *Toda la fe cristiana se apoya en un hecho que ha sido transmitido desde hace dos mil años, inicialmente por el primer grupo de amigos de Jesús. Ellos dijeron **haber visto** a Jesús resucitado. A partir de aquel grupo de pescadores y gente pobre y sencilla fue pasando de generación en generación la noticia de que a Jesús de Nazaret, que fue asesinado, Dios lo levantó de entre los muertos, para así dar sentido a la historia de la humanidad. En el primer siglo cristiano Pablo dijo a las comunidades de Corinto que si Cristo no hubiera resucitado toda la fe cristiana era hueca (1 Corintios 15, 12-24). A la fe en la resurrección de Jesús se llegó por la palabra de sus primeros discípulos, conservada en el texto de los*

evangelios.

Según el testimonio de los primeros cristianos, Jesús no se levantó a sí mismo de la muerte, no se resucitó a sí mismo. La resurrección no fue anunciada como un milagro que Jesús habría hecho sobre su propio cuerpo para devolverse la vida. Las primeras fórmulas cristianas sintetizan cómo entendieron la nueva fe los discípulos: Dios resucitó a Jesús y hay testigos de este acontecimiento (Hechos 3, 15). En la muerte de Jesús, asesinado injustamente, los primeros cristianos vieron el triunfo definitivo de la justicia que ya había anunciado Jesús. Y entendieron que, por la resurrección, Dios había acreditado a Jesús como Señor y Mesías y había revelado que la vida era el destino final de la historia humana.

Los primeros discípulos hablaron de la resurrección de Jesús como de un hecho histórico. No de una alucinación en las mentes de algunos o de una imaginación fruto del loco deseo de que Jesús siguiera vivo. Hablaron de un acontecimiento ocurrido realmente en la historia. Pero la historia no puede dar cuenta del hecho directamente, sino únicamente de la experiencia que comunicaron aquellos hombres y mujeres. A partir de aquel domingo, ellos dijeron haber experimentado que Jesús estaba vivo de una forma definitiva, que no se trataba de un simple revivir para volver a morir después (Romanos 6, 9). Esta experiencia, difícil de comprender exactamente, la defendieron no sólo con su palabra sino con su vida y con las actitudes que a partir de entonces fueron tomando las primeras comunidades cristianas: pusieron los bienes de todos en común, continuaron la obra de Jesús, dieron la vida por esa fe.

## 126- UNA RISA CONOCIDA

*Santiago* - Pero, María, por Dios santo, ¿cómo vamos a creer semejante cosa?

*María* - ¡Que sí, que era él, estoy segura! ¿Cómo no voy a reconocer a mi hijo, a Jesús?

*Magdalena* - ¡Y yo también lo vi, caramba!

*Marcos* - ¡Y yo lo que veo es que ustedes dos están más locas que el rey Saúl!

El sol de aquel primer día de la semana comenzaba a calentar los tejados de la ciudad de David y a pintar de oro las murallas orientales. Jerusalén todavía dormía, cansada de fiesta y de vino, después del gran sábado de Pascua. A nosotros, escondidos en casa de Marcos, en aquel sótano oscuro, nos habían sobresaltado las mujeres diciendo que el sepulcro de Jesús estaba abierto y vacío. Para colmo, después llegó María, la de Magdala, y también María, la madre de Jesús, diciendo que lo habían visto vivo, que habían hablado con él.

*Santiago* - ¡Bueno, bueno, basta ya! Se acabaron las historias. Tenemos que salir cuanto antes hacia Galilea y no hay tiempo que perder.

*Felipe* - Apoyo a Santiago. ¡Que cada uno agarre su bastón y su alforja, y andando!

*Pedro* - Pues yo digo que no podemos irnos así, compañeros, sin saber lo que ha pasado.

*Santiago* - Es que no ha pasado nada, Pedro, ¿no lo entiendes? ¿No me vas a decir que tú te has tragado el cuento de este par de chifladas?

*Magdalena* - ¡Era Jesús, no podía ser otro! ¡Yo lo vi y hablé con él!

*Marcos* - ¡Cállate ya, muchacha! ¡Caramba contigo, pareces una cotorra, repitiendo siempre lo mismo!

*Pedro* - Escuchen, compañeros, sea lo que sea, tenemos que averiguar. Juan, acompáñame. Vamos un momento al sepulcro a ver qué demonios ocurre. Ustedes, espérennos aquí. ¡No se mueva nadie y no le abran la puerta ni al profeta Elías que venga! ¡Juan, échate un trapo por la cabeza para que nadie nos conozca!

*Juan* - Déjate de cobardías, Pedro, si no debe haber nadie en la calle...

*Pedro* - No importa. Después de lo que ha pasado, no me fío yo ni de mi sombra. ¡Vamos, de prisa!

Pedro y yo atravesamos el patio y salimos a las calles todavía solitarias del barrio de Sión. Al fondo, detrás del acueducto, brillaban los mármoles blancos del templo. A su

alrededor, un hormiguero de casas donde miles de peregrinos, pasadas ya las fiestas, comenzarían dentro de pocas horas a ponerse en movimiento para regresar a sus aldeas del interior.

*Juan* - Oye, Pedro...

*Pedro* - Dime, Juan...

*Juan* - Pedro, ¿tú crees que... que...?

*Pedro* - Tonterías, Juan. ¿Quién va a creer en cuentos de mujeres?

*Juan* - Pero... ¿y si fuera verdad?

*Pedro* - ¡Si fuera verdad, si fuera verdad! ¡Ja! ¡También si mi suegra tuviera mecha, sería un candil! No, Juan, el que se murió, se murió. Esa es la única verdad. ¡Ea, vamos corriendo, no perdamos tiempo!

Echamos a correr calle abajo. Pasamos la pequeña plaza de los fruteros y el mercado, dejamos atrás el palacio de Herodes y atravesamos la primera muralla.

*Pedro* - ¡Demonios, Juan, no corras tanto! ¡Espérame!

Yo siempre le sacaba ventaja a Pedro. Sin volver la cara, crucé la Puerta del Ángulo y salí al Gólgota. Detrás de aquella colina, redonda y pelada como una calavera, estaba el sepulcro de José de Arimatea, donde el viernes, al atardecer, habíamos puesto el cuerpo destrozado de Jesús. La piedra redonda de la entrada, que yo mismo había empujado, estaba ahora corrida, como habían dicho las mujeres. Yo me asomé, pero no me atreví a entrar solo por la boca negra y húmeda de la gruta. A los pocos segundos, llegó Pedro, jadeando.

*Pedro* - ¡Al diablo contigo, Juan, corres más que un conejo!

*Juan* - ¡Psst! No grites... Mira, tirapiedras, las mujeres tenían razón. Han abierto la tumba.

*Pedro* - Es verdad. ¿Y quién pudo haberlo hecho?

*Juan* - No se ve un alma por estos lados, ni siquiera los guardias.

*Pedro* - Bah, éstos estarán durmiendo la borrachera de ayer.

*Juan* - ¿Qué te parece, Pedro? ¿Bajamos?

*Pedro* - ¡Uff! No sé...

*Juan* - ¿Le tienes miedo a los muertos?

*Pedro* - A los muertos no. A los vivos. ¡Eh! ¿Hay alguien abajo? ¿Quién anda ahí? ¿Oyes algo, Juan?

*Juan* - Nada.

*Pedro* - Bueno, pues... Ve bajando tú, Juan y... y yo te espero aquí.

*Juan* - No, hombre, Pedro, entra tú primero. Yo... yo te cubro la retaguardia.

*Pedro* - ¿La retaguardia, verdad? Está bien. Yo iré delante. Pero no te separes de mí. Y aprieta bien el puñal por si acaso. ¡Vamos!

Bajamos a tientas los húmedos escalones del sepulcro. Con los primeros rayos del sol que se colaban tímidamente hasta el fondo vimos que la gruta estaba vacía.

*Juan* - Fíjate, Pedro, el sudario y las sábanas están aquí, pero han robado el cuerpo.(1) Mira...

*Pedro* - Aquí hay gato encerrado. ¡Imbécil de mí! ¿Cómo no me di cuenta antes?

*Juan* - Pero, Pedro, ¿qué te pasa?, ¿qué te pasa?

*Pedro* - ¡Juan, vámonos fuera, pronto!

*Juan* - Sí, lo mejor será avisarles a los demás para que vengan y...

*Pedro* - ¡No, Juan! Eso es lo que ellos quieren! ¡Al ratón le ponen queso y a nosotros nos dejan vacía la tumba! Óyeme lo que te digo: ¡esto es una trampa! Lo que les interesa a ellos no es el muerto, sino nosotros que estamos vivos. ¿No te das cuenta?

*Juan* - ¿Tú crees, Pedro?

*Pedro* - ¡Estoy seguro! ¡Esto es una emboscada! ¡Y si no salimos rápido de aquí, a lo mejor esa gente rueda la piedra y nos entierran vivos! ¡Huye, Juan, vámonos!

Llenos de miedo, subimos a gatas los peldaños resbalosos y salimos a toda prisa de la cueva.

*Pedro* - ¡Espérate, Juan, no me dejes solo!

*Juan* - ¡Te espero en casa de Marcos, tirapiedras! ¡Adiós!

*Pedro* - ¡Al diablo contigo!

Yo eché a correr sin mirar atrás y me perdí entre las callejuelas de Jerusalén. Pedro, a mis espaldas, trató de alcanzarme, pero no pudo. Al poco rato, dejé de correr. Estaba cansado. Seguí caminando despacio, esperando a Pedro. Ya cerca de la casa de Marcos lo sentí detrás de mí. Venía como una flecha y ni se dio cuenta cuando me pasó por el lado.

*Juan* - Oye, pero, ¿de dónde sales tú, tirapiedras? Pero, ¿qué le habrá pasado al narizón? ¿Qué avispa le habrá picado? ¡Eh, tú, Pedro, espérame!

Apreté el paso y en un par de minutos llegué a la casa.

Pedro, que me había sacado ventaja a última hora, estaba sentado en el suelo del sótano, jadeando y rodeado por todos los del grupo. Susana y Salomé le echaban aire con un trapo.

*Santiago* - A ver tú, Juan, cuéntanos algo. ¿Qué ha pasado?

*Juan* - ¡Y qué sé yo, Santiago! ¡Yo no sé nada!

*Susana* - Pero, ¿tú no estabas con él, muchacho?

*Juan* - Bueno... Pedro se retrasó y luego tomó un impulso que ni los que salieron de Egipto iban tan de prisa. ¿Qué es lo que le pasa? Yo no sé nada.

*Felipe* - Pues si tú no sabes, menos nosotros, porque éste desde que llegó no para de reírse como si le estuvieran haciendo cosquillas.

*Santiago* - ¡Caramba contigo, Pedro, ya está bueno! ¿Cuál es el chiste, si puede saberse? ¿Qué rayos ha pasado?

*Pedro* - Compañeros... escuchen, yo... yo pensé que era una emboscada. Entonces salimos corriendo. Juan se me fue por delante. Yo iba atrás, dale que dale, pero este condenado siempre me gana. Entonces, yo me apoyé contra el muro de una casa para tomar aliento. Y cuando estoy ahí, con la lengua fuera, vuelvo la cabeza y veo a un tipo en la otra calle. Un tipo raro, mirándome.

*Felipe* - ¿Y quién era, Pedro?

*Pedro* - ¿Y cómo iba a saberlo yo, Felipe? Yo lo que hice fue que eché a caminar, como si nada, pero con la oreja bien atenta. Y, de pronto, siento los pasos del tipo detrás de mí. Caminé más de prisa, él también apretó el paso. Más despacio y él hizo lo mismo... ¡Maldita sea, me venía siguiendo!

*Susana* - ¿Y qué hiciste entonces, Pedro?

*Pedro* - ¿Que qué hice? Que cuando llegué a la esquina de la calle, doblé enseguida, eché a correr y me colé en el primer patio que vi. ¡Psst! Entonces me agacho junto a unos barriles y espero. El tipo pasó de largo. Yo pensé que ya lo había despistado. Entonces, salgo en puntillas, salto la tapia sin hacer ruido y voy caminando en dirección contraria, hasta la calle de los alfareros. Miro a un lado y a otro... Nadie a la vista. Sigo caminando, llego a la esquina, voy a cruzar... ¡cuando en eso siento una mano en el hombro! ¡Santo Dios, se me erizaron todos los pelos, hasta los sobacos! ¡Ahí estaba otra vez el tipo delante de mí!

*Marcos* - ¿Y tú, qué hiciste, Pedro?

*Pedro* - ¿Qué iba a hacer? Di un brinco, pero me tenía acorralado. Me eché hacia atrás, me incrusté contra el muro como una babosa. Pero el tipo se me fue acercando. Yo tragué en seco y le dije: ¿quién... quién es usted? ¿Qué quiere de mí? Yo tenía la lengua pegada aquí atrás, a la campanilla. Es que ahora me río... ¡Ja, ja, jay!

Pedro seguía en el suelo, riéndose, recostado contra la pared del sótano. Todos nosotros, mordiéndonos las uñas, lo rodeábamos, pendientes de cada palabra que decía.

*Susana* - Sepárense un poco, caramba. Van a ahogarlo.

*Felipe* - Sigue, Pedro, sigue..

*Pedro* - Pues imagínense ustedes, resulta que el tipo se me acerca más y me dice: Y tú, ¿quién eres tú? ¿qué haces por aquí? Entonces me di cuenta de que hablaba como nosotros, los del norte. Era un galileo. Yo pensé que era un policía de los de Herodes, de éstos que van disimulados.

*Santiago* - ¿Tenía espada?

*Pedro* - Espada no, lo que tenía era una voz que yo había oído en alguna parte.

*Susana* - ¡Acaba ya, Pedro que nos tienes a todos en vilo!

*Pedro* - Así mismo estaba yo, compañeros: ¡en vilo! Esperando que pasara alguien por la calle para gritar auxilio, pero no pasaban ni los perros. Y el tipo vuelve a decirme: ¿quién eres tú, cómo te llamas? Y él cada vez más cerca, y yo cada vez más contra el muro... Y él con los ojos clavados en mí y con una sonrisita que me tenía ya espantado... Y me dice entonces: ¿tú no eres Pedro, el que le dicen tirapiedras, que eres pescador en el lago de Tiberíades? Cuando dijo eso, me quedé seco, se me fue la sangre a los pies, compañeros, como la mujer de Lot. Me habían descubierto.

*Santiago* - ¿Y qué le dijiste?

*Pedro* - Le dije: No, no, yo no soy ése que usted dice. Que sí, que tú mismo eres. Y yo que no y él que sí. Le digo: Mire, paisano, usted se equivoca, yo soy Julián, el alfarero, y ni siquiera conozco el mar.

*Marcos* - ¡Qué cobarde eres, Pedro!

*Pedro* - Eso mismo me dijo él: ¡qué cobarde eres, Pedro! ¡Y se echó a reír! ¡Y mientras él más se reía, yo más me horrorizaba!

*Susana* - ¿Y entonces?

*Pedro* - Entonces cerré los ojos y me di por muerto. Pero el tipo reía y reía y seguía riendo. Y toda



la calle se llenó de aquella risa. Maldita sea, ¿dónde la había oído yo antes, dónde? Y fue entonces cuando se me iluminó la mollera. ¿Saben quién era el tipo que tenía delante?

*Varios* - ¿Quién, Pedro, quién?

*Pedro* - ¡Jesús! ¡Era Jesús! ¡Ja, ja, jay!

*Santiago* - ¿Cómo has dicho?

*Pedro* - ¡Que era Jesús! ¡Aquella risa era la del moreno, no podía ser de otra persona!

*Marcos* - Pedro, por favor...

*Pedro* - Sí, era la risa de él. Y yo le dije: ¿Eres tú, moreno? Y él me dijo: Claro que soy yo, Pedro. ¿No ves? Dios siempre acaba ganando, siempre ríe el último. Y cuando dijo eso, yo me restregué los ojos para ver si estaba soñando, pero no, estaba más despierto que Jeremías cuando le pisaron el callo. Así fue, compañeros. ¡Y salí corriendo y vine hasta aquí a contárselo a ustedes!

*Santiago* - Abre la boca, Pedro... ¡que abras la boca, te digo! Tú estás borracho, Pedro.

*Pedro* - ¡Ja! ¿Borracho yo? ¿Yo que no he probado una gota de vino desde el jueves? No, no es eso. ¡María tenía razón! ¡Y Magdalena también! ¡Ja, ja, jay!

*Magdalena* - ¿Con que cuentos de mujeres, verdad?

*Felipe* - Pero, ¿qué sarpullido es éste, que se rasca uno y se rascan ciento?

*Pedro* - ¿No me creen, verdad? ¿Piensan que estoy loco, verdad? ¡Pues no estoy loco ni se me aflojó el seso ni he visto visiones! ¡A quien he visto es a Jesús con este par de ojos que tengo en la cara!

*Felipe* - Pero, Pedro, ¿cómo quieres que te creamos esa chifladura?

*Pedro* - Está bien, ¡a mí qué me importa! No lo crean si no quieren, ¡pero yo lo vi!

*Susana* - ¡Métenlo en agua fría a ver si reacciona!

*Pedro* - ¡Fría o caliente, me da lo mismo! ¡Pero yo lo vi! ¡Era Jesús! ¡Era él! ¡Jajajay!

*Santiago* - Cállate, Pedro, vas a llamar a toda la ciudad.

*Pedro* - ¡Pues que vengan y se enteren! ¡Pero yo lo vi! ¡Era Jesús! ¡Era él!

Pedro estaba como loco.(2) Había atravesado corriendo las calles de Jerusalén para traernos la buena noticia de que Jesús estaba vivo. Y ahora, reía sin parar, mirándonos a todos con los ojos más alegres que nunca le habíamos visto.

¡Qué hermosos son sobre los montes  
los pies del mensajero que anuncia la paz,  
que trae la buena noticia,  
que pregona la salvación,

que nos dice: ¡Ha llegado el Reino de Dios!  
¡Rompan a reír y a cantar con alegría,  
ruinas de Jerusalén,  
porque el Señor ha consolado a su pueblo,  
lo ha liberado de su esclavitud!

Lucas 24,12; Juan 20,3-10.

---

1. La idea de que los dirigentes judíos habían **robado** el cadáver de Jesús -primera interpretación que dieron los amigos de Jesús a la noticia que trajeron las mujeres de que el sepulcro estaba vacío- era perfectamente lógica. Que Pilato hubiera entregado el cadáver de un ajusticiado político para que recibiera un enterramiento digno sorprendió a las autoridades judías. No era habitual. Por esto, no era raro pensar que algunos quisieran llevar a cabo su última venganza echando el cadáver de Jesús en una fosa común, a donde las leyes del Sanedrín ordenaban que fueran a parar los delincuentes.

2. En los relatos de la resurrección de Jesús, la aparición a **Pedro** está anclada en la más antigua tradición cristiana, aunque los evangelios no cuentan cómo habría ocurrido este encuentro. La confesión de fe conservada por Pablo (1 Corintios 15, 1-5) lo menciona especialmente y entre los primeros cristianos era un saludo pascual decir: "¡El Señor resucitó y se le apareció a Simón!" (Lucas 24, 34). Según la teología cristiana, las apariciones que se narran en el evangelio no fueron las únicas y las pocas que se cuentan tratan de resumir una experiencia de fe que se habría prolongado a lo largo de un tiempo entre los primeros cristianos.

## 127- POR EL CAMINO DE EMAÚS

Aquel primer día de la semana, los vecinos de Jerusalén, a pesar de la fiesta del Sábado, se despertaron tristes, perplejos, sin terminar de creerse lo que había ocurrido el viernes en la colina del Gólgota. En casi todas las casas de la ciudad se hablaba aún de aquello y de la suerte mala de Jesús, el profeta de Nazaret, asesinado por los gobernantes de la capital. Nosotros estábamos escondidos por miedo a los guardias que seguían vigilando las calles. Desde la primera hora, nuestro sobresalto fue mayor cuando Pedro y las mujeres llegaron diciendo que el sepulcro estaba vacío y que habían visto a Jesús.

*Marcos* - Bueno, acabemos de una vez. ¿Ustedes piensan regresar a Galilea o se van a quedar aquí?

*Santiago* - No sabemos, Marcos.

*Pedro* - ¡Sí sabemos, Santiago! Nos quedamos. Aquí están pasando cosas muy raras. ¡Hasta que no se aclaren, de aquí no se mueve nadie!

*Marcos* - Pedro, óyeme bien lo que te digo: ¡tranquilízate!

*Pedro* - Te oigo, Marcos, y estoy tranquilo. Digo lo que he visto. ¡Y aunque me arranques la lengua, los dientes y el galillo lo seguiré diciendo: ¡Jesús está vivo! Pero, ¿es que no comprenden lo que ha pasado, cabezas de alcoroquo? ¡Los de arriba no se salieron con la suya! ¡Dios ya le dio la vuelta a la torta! Era lo prometido: los pobres, que éramos siempre los últimos, somos los primeros, ¡y los muertos están vivos! ¡Ya llegó el Reino de Dios! ¡Yo lo he visto!

*Marcos* - Bueno, bueno, bueno. Siento lo que te pasa, tirapiedras, de veras. Parece que no hay remedio.

*Magdalena* - Y doña María y yo tampoco tenemos remedio, ¿eh? ¡Vamos, ábranse el coco de una vez! ¡No estamos diciendo mentiras!

*Santiago* - ¡No! ¡Están diciendo locuras, que es peor! ¡Y si seguimos así, todos acabaremos viendo angelitos!

*Marcos* - Está bien, no se vayan a Galilea. Hagan lo que quieran, pero aquí ya queda poco que comer. Voy a comprarles algo. A ver si con un buen plato de garbanzos la cabeza se les pone otra vez sobre los hombros. ¡Vuelvo pronto! ¡Tranquen bien la puerta y no le abran a nadie!

Cerca del acueducto, junto al mercado chico, Marcos se encontró con Cleofás, un viejo amigo suyo. Cleofás era médico.(1) Su nariz ganchuda se doblaba sobre el bigote y un turbante de muchos colores le cubría la calva. En el

barrio de Ofel eran muy famosas sus hábiles manos de curandero.

*Cleofás* - ¿Qué es de tu vida, Marcos, granuja? ¡Cuánto tiempo sin verte el pelo!

*Marcos* - ¡Caramba, Cleofás, matasanos, digo yo lo mismo! Pero, con lo de estos días... Supiste, ¿no?

*Cleofás* - Querrás decir lo de Jesús.

*Marcos* - ¿Y qué más? Ya sabes que soy un buen amigo de los que andaban con él. Esto ha sido muy duro, la verdad.

*Cleofás* - Parece como si Dios se hubiera olvidado de nosotros. Por acá, la gente está que no levanta cabeza, no hablan de otra cosa.

*Marcos* - Pues si vieras a los amigos de Jesús...

*Cleofás* - Destrozados, ¿verdad?

*Marcos* - No. Locos. Tres de ellos, de remate. La madre, una muchacha de Magdala y Pedro, el que yo más conozco. Trastornados Imagínate, dicen que lo han visto esta mañana y que han hablado con él.

*Cleofás* - Pobre gente. Con un golpe así...

*Marcos* - Deberías venir a casa, Cleofás. Tú sabes de yerbas y de emplastos. Están muy mal, créeme. Eso, ¿por qué no vienes hoy a comer con nosotros?

*Cleofás* aceptó enseguida la invitación. A media mañana, Marcos se apareció con su amigo, el médico, que se sentó a la mesa con nosotros.

*Cleofás* - Muy sabrosos estos garbanzos... ¡Hum!

*Magdalena* - Las cocineras estamos aquí, doctor Cleofás. Doña María y yo los preparamos. Los demás lloriqueando y nosotros ¡tralará, tralarí! ¡Y ya ve qué buenos quedaron!

*Marcos* - ¿Te das cuenta? Las dos más animadas que un par de cascabeles. ¿Qué te parece? ¿Completamente locas, verdad?

*Cleofás* - Un poco exaltadas, sí. Creo que lo mejor sería un cocimiento de belladona en ayunas y después dormir mucho.

*Marcos* - Y a Pedro, ¿lo mismo?

*Pedro* - ¡Yo no necesito nada, Marcos! ¡Te estoy oyendo! Trajiste a Cleofás para que nos curara, pero ninguno de nosotros tres está loco. ¡Tengo la cabeza en su sitio! ¡Y los ojos y las orejas también! ¡Hemos visto a Jesús! Hablamos con él. Sí, sí, yo no sé cómo Dios habrá hecho una cosa así, ¡pero la hizo! ¿Por qué no lo quieren creer?

*Magdalena* - Déjalos, narizón. Ya tendrán que limpiarse los mocos y tragarse las lágrimas cuando ellos mismos lo vean. Déjalos, déjalos...

*Cleofás* - Bueno, amigos, me alegro de haberlos conocido. Pero, ahora, se hace tarde y tengo que irme.

*Marcos* - Pero, ¿cómo? ¿Tan pronto? ¿A dónde diablos vas tú ahora?

*Cleofás* - Aquí cerquita, a la aldea de Emaús.(2) Tengo que resolver un asunto.

*Marcos* - Pues no te vayas solo y resuelves dos. ¿No está en Emaús la fuente esa de las aguas que hierven? Dicen que esa agua lo mismo te cura los granos que las fiebres negras. ¿Por qué no te llevas contigo a Pedro? A ver si se le pasa este empecinamiento.

*Pedro* - ¡Déjame en paz, Marcos! Yo he dicho que no pongo un pie fuera de esta casa. Vete tú y échate de cabeza a la fuente, a ver si se te ablanda, ¡descreído!

*Marcos* - Pues mira, que no es mala idea. Si, sí, me voy. Te acompaño, Cleofás. Tanta penumbra y tanta historia me tienen ya mareado. Por el camino me despejaré un poco. Anda, vámonos.

Cuando Marcos y su amigo Cleofás salieron, cerramos la puerta con tres cerrojos. Terminando de comer, Pedro y las mujeres volvieron a contarnos lo que habían visto, lo que habían oído. Nosotros, aburridos del mismo cuento, no nos creíamos nada de aquello.

Pasaron varias horas. Era ya oscuro y habíamos encendido un par de lamparitas cuando la puerta del sótano se vino abajo por los golpes.

*Cleofás* - ¡Eh, eh, ábrannos! ¡Ábrannos!

*Marcos* - ¡Pedro! ¡Juan! ¡Abran la puerta!

*Santiago* - ¡Recuernos, quién viene a estas horas!

*Magdalena* - Parece la voz de Marcos, ¿no oyes?

*Pedro* - Abre tú, Santiago. Con cuidado. Puede ser una trampa.

Cuando mi hermano abrió la puerta, Marcos y Cleofás, empujándola, entraron como un torbellino. Venían empapados en sudor y saltando de alegría.

*Marcos* - ¡Tenían razón ustedes! ¡Lo hemos visto! ¡Lo hemos visto éste y yo!

*Pedro* - ¡Ajajá! Ahora, ¿verdad? ¡Tráeles la belladona a estos dos, María!

*Santiago* - Pero, ¿qué cosa es esto? ¿Una jaula de locos? ¿Cómo es posible que un doctor como usted...?

*Magdalena* - Cállate la boca, Santiago, que hablen ellos. A ver, ¿cómo fue? ¿Dónde fue? ¡Digan!

*Cleofás* - ¡Escuchen! Nosotros salimos para Emaús por el

camino de Jaffa. Íbamos conversando. Como no teníamos prisa...

*Cleofás* - Es terrible, Marcos. Pobre gente, pero no es para menos. En toda mi vida he visto yo una injusticia mayor que el juicio que le hicieron al nazareno. Es para volverse locos y más.

*Marcos* - ¿Sabes? Yo conocía a Jesús hacía ya más de un año. Qué tipo, Cleofás. De ésos que los catas a la primera. Un hombre de una pieza. Yo le decía a Pedro: si no es el Mesías, está muy cerca.(3) Dios estaba con él, Cleofás. Y los pobres de este país también. Era de los nuestros.

*Cleofás* - No tenía que haber muerto. Ya ves, lo que son las cosas: la yerba mala no se muere y a los que sirven, nos los quitan enseguida.

*Marcos* - Este pueblo está dejado de la mano de Dios. No se puede esperarar uno con nada, caramba.

*Marcos* - Y así, conversando y conversando, llegamos a la altura de Gabaón. Y en una de las vueltas del sendero, vemos a un paisano que también iba con su bastón de camino.

*Cleofás* - Se nos arrimó y enseguida se metió en la conversación. Dice el paisano: Van ustedes con cara tristoná. ¿Qué? ¿Les pasa algo? Yo me dije para mí: Maldita sea, ¿y este curioso de dónde sale ahora? ¿Quién le manda meterse donde no lo llaman?.

*Marcos* - Le dije que íbamos hablando de Jesús. Y el paisano, así como lo oyen, que no sabía nada de lo que había pasado aquí el viernes.

*Marcos* - Pues serás tú el único peregrino que ha estado en Jerusalén y no se ha enterado.

*Cleofás* - Sí, hombre, lo de Jesús. ¿Cómo no vas a saberlo? Si desde el día del alboroto en el templo no se ha hablado de otra cosa en la ciudad.

*Marcos* - Era un profeta. O más que profeta, uno ya no sabe bien ni lo que era. Hizo cosas grandes y habló bien duro. Sin pelos en la lengua, ¿comprendes? El galileo se enfrentaba lo mismo con Pilato que con el gordo Caifás. ¡Y les

cantaba hasta los catorce improperios! Nosotros creíamos que Dios iba a hacer justicia por su mano, esperábamos que él iba a liberar a Israel de todos estos pillos que nos gobiernan.

*Cleofás* - Pero las cosas salieron al revés. Ni llegó el Reino de Dios ni pasó nada. Lo mataron como a todos los que dicen la verdad. Y ahora, a seguir tirando con el yugo en la nuca. ¡Siempre es lo mismo!

*Marcos* - Y el paisano aquel callado, escuchándonos con interés. Parecía buena persona. El caso es que por contar, le contamos hasta lo del zipizape de ustedes las mujeres esta mañana y lo de Pedro, todo eso... Y que nosotros no nos creíamos nada, como es natural.

*Cleofás* - Y entonces fue cuando nos dijo que éramos unos idiotas, con la cabeza más dura que un callo. La verdad, yo me molesté bastante. Me dije: Pero, ¡qué tipo más atrevido! ¡Que vaya a meterse con su suegra si quiere!

*Marcos* - Y ahí mismo el paisano se destapó y toda la saliva que había guardado escuchándonos, se la gastó hablando de una ensarta de cosas de las Escrituras. Se las sabía al derecho y al revés.

*Cleofás* - Amigos, nos dijo cosas grandes, de ésas que no se olvidan. Nos dijo que los que luchan por la justicia mueren, pero que su muerte Dios no la echa en saco roto, que ellos son como semillas que se hunden en la tierra y nacen de nuevo, llenas de frutos. Nos repetía que no estuviéramos tristes porque jamás ni nunca la muerte tiene la última palabra.

*Marcos* - Y decía también que todo esto había sido como la Pascua en Egipto, cuando Moisés. Que el Mesías había tenido que atravesar el Mar Rojo de la sangre para poder entrar en la tierra prometida. Que nos secáramos las lágrimas, que el Reino de Dios ya había empezado. Bueno, yo no sé repetírselas, pero aquel paisano decía las cosas de una manera que te ponía la carne de gallina.

*Cleofás* - Eran palabras que te entraban para adentro como brasas.

*Marcos* - Pero lo mejor viene ahora. Resulta que cuando llegamos a Emaús...

*Cleofás* - Oye, tú, ¿te vas ya?

*Marcos* - Podías quedarte con nosotros. Fíjate, ya se está haciendo tarde, es casi de

noche. Quédate aquí, hombre, hay sitio para los tres.

*Cleofás* - ¡Qué ganas teníamos de que se quedara! Y se quedó. Y nos sentamos a cenar allá, en la taberna de Samuel. Nosotros cada vez más entusiasmados con la conversación...

*Marcos* - Y entonces, cuando estamos comiendo, el paisano agarra un pan, hace la bendición, lo parte y nos da un pedazo a cada uno.(4) Compañeros, igualito que el jueves por la noche, cuando cenamos la Pascua juntos aquí mismo, igualito, igualito. ¡Era él! ¡Era Jesús! ¡Estoy seguro, compañeros!

*Magdalena* - ¿Lo ven? Es lo que yo digo, ¡que el moreno está vivo! ¡Que no se lo tragó la tierra!

*Cleofás* - ¡Sí, amigos, parece mentira, pero es la purísima verdad, la purísima! ¡Jesús está vivo! ¡Sí, lo hemos visto! ¡Y esto hay que gritarlo a los cuatro vientos! ¡Que lo sepan todos! ¡Que se entere todo el mundo! ¡Que Jesús está vivo!

¡Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión!  
¡Grita con voz fuerte, alegre mensajero para Jerusalén!  
¡Grita sin miedo,  
di a las ciudades de Judá: ¡Ahí está nuestro Dios!  
¡Ya viene para consolar a todos los que lloran,  
para cambiar nuestra ceniza en corona,  
el traje de luto en vestido de fiesta,  
nuestro desaliento en cantos de victoria!

Marcos 15,12-13; Lucas 24,13-35.

---

1. En Jerusalén, como en todas las ciudades y aldeas de Israel, había **médicos**. Eran considerados artesanos. Se ocupaban sobre todo de medicina externa: vendajes, emplastos, ungüentos. Los conocimientos sobre el funcionamiento del cuerpo eran mínimos. Como la medicina tenía aún mucho que ver con remedios mágicos, a veces se tenía cierta prevención contra los médicos, considerándolos charlatanes o gente interesada en aprovecharse de los demás.

2. **Emaús** era un aldea a unos 30 kilómetros de Jerusalén, en la Sefelá, extensión amplia de terreno llano, situada entre los montes de Judá y las llanuras costeras. Durante la guerrilla de Judas Macabeo fue lugar de acampada de los israelitas (1 Macabeos 3, 57). Actualmente no se sabe con exactitud dónde estuvo la Emaús del evangelio. En una



pequeña aldea árabe, El-Qubeibeh, hay una iglesia que recuerda el relato de Emaús. En la aldea se conservan restos de una calzada romana del tiempo de Jesús.

3. La esperanza del **Mesías** que durante siglos había alentado al pueblo de Israel fue concretándose de distintas maneras con el tiempo. Después de la resurrección de Jesús, los discípulos reconocieron en él al Mesías esperado. La vida y la muerte de Jesús les mostró que él se identificaba con el Siervo de la Justicia del que ya había hablado el profeta Isaías (Isaías 42, 1-4; 49, 1-6; 50, 4-9; 53, 1-12), más que con el rey triunfador, el personaje celestial misterioso o el profeta vengativo que otros habían imaginado. Cuando las primeras comunidades cristianas reconocieron en Jesús al Mesías, comenzaron a llamarlo también "Cristo", es decir, el Ungido de Dios, su Enviado, su Bendito. De los cuatro evangelios, es el de Mateo el que más marca el carácter mesiánico de Jesús, por ser un texto dirigido especialmente a los lectores judíos.

4. En varias ocasiones los discípulos reconocieron a Jesús al **partir el pan**. En Israel nunca se partía el pan con cuchillo. Y todas las comidas se iniciaban con el gesto de partir el pan, que hacía el que presidía la mesa. Jesús debió haber tenido una forma particular de hacerlo cuando comía con sus compañeros, por la que ellos lo identificaban y reconocían.

## 128- LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO

Amaneció y atardeció aquel primer día de la semana. Los vecinos de Jerusalén dormían después de una bulliciosa jornada de despedida. Por las doce puertas de la ciudad de David, salieron las caravanas llevando de vuelta a miles de peregrinos. Las fiestas de la Pascua habían terminado. Todo volvía a la normalidad. Todos regresaban a sus casas. Todos, menos nosotros.

*Pedro* - ¡Yo lo vi! ¡Tienen que creerlo!

*Magdalena* - ¡Y yo también lo vi! ¡Igualito a como los estoy viendo ahora a ustedes!

*Felipe* - Júralo, anda, atrévete a jurarlo.

*Magdalena* - ¡Juro que he visto a Jesús! ¡Lo he visto vivo y coleando! ¿No me creen, verdad?

*Santiago* - No, Magdalena, por supuesto que no.

Escondidos en el sótano de la casa de Marcos, con las puertas cerradas, sentados en el suelo alrededor de una vieja lámpara de aceite, seguíamos discutiendo lo mismo.

*Magdalena* - ¡Lo juro por mi madre, por mi abuela y por mi bisabuela!

*Felipe* - Sigue, sigue subiendo, llega si quieres hasta Adán y Eva. Pero ese cuento no hay quien se lo trague, ¿me oyes?

*Natanael* - El juramento de una mujer no vale nada y menos el tuyo, que todavía tienes los dientes de leche. A ver, cuántos años tienes tú, Mariíta de Magdala, cuántos?

*Magdalena* - Pues a decir verdad, no me acuerdo, pero más de quince y menos de veinte también.

*Felipe* - ¡Ja! ¿Ya una mocosa como tú voy yo a creerle que un muerto se le apareció vivo?

*Magdalena* - Y doña María también es una mocosa, ¿verdad, Felipe? ¡Doña María, venga acá un momento!

*Santiago* - Déjala, Magdalena. María es la madre. Y las madres cuando lloran mucho ven visiones. Así pasa siempre.

*Magdalena* - Que yo sepa, Pedro no ha parido a nadie. ¡Y también lo vio!

*Pedro* - Y ya tengo buenos colmillos, ¿me oyes, pelirrojo descreído? ¡Que cuando tú estabas todavía gateando, yo le tiraba piedras a los perros de Betsaida! ¡Y yo te digo que Jesús está vivo! ¡Yo lo vi!

*Marcos* - ¡Y nosotros también! Este matasanos y yo comimos con él en Emaús!

*Felipe* - ¡En Emaús! ¿No es allá en Emaús donde dicen que

los espíritus de los muertos suben y bajan en la fuente de agua hirviendo?

*Marcos* - Está bien, está bien, no lo crean si no quieren. Me río yo de todos ustedes, ¡hombres sin fe!

*Felipe* - Y yo me río más de ustedes, ¡pandilla de chiflados!

*Natanael* - Pues yo no le encuentro ninguna gracia a esto. ¿Saben lo que andan diciendo por la ciudad, eh? Que somos nosotros los que hemos robado el cuerpo de Jesús.

*Santiago* - ¿Quién dijo eso, a ver, quién lo dijo?

*Natanael* - Los jefes. Los del Sanedrín. Nicodemo vino a contar el chisme.

*Felipe* - Pues yo digo que son ellos mismos los que lo han robado para hacernos caer en el anzuelo y echarnos mano a todos.

*Magdalena* - ¡Y yo digo que nadie robó a nadie porque Jesús está vivo!

*Santiago* - ¡Tú te callas, Magdalena, y no chilles tanto!

*Tomás* - Bueno, bueno... Uste-te-des sigan pe-peleando, que yo me voy.

Tomás, que escuchaba en un rincón del sótano, se puso en pie y se sacudió la túnica.

*Tomás* - Me-me voy.

*Felipe* - ¿A dónde diablos te vas tú ahora, pedazo de tartamudo?

*Tomás* - A ca-casa de Matías.

*Santiago* - ¿Y qué le pasa a Matías?

*Tomás* - No le pa-pasa nada. Vi-vino a celebrar la pa-pascua y ya regresa a Jericó. Yo me-me voy con él.

*Natanael* - Bien hecho. Eso es lo que deberíamos hacer todos, largarnos de una vez de esta maldita ciudad de locos.

*Felipe* - Los peregrinos ya se han ido, la mayoría. ¿Por qué no recogemos los cachivaches y mañana temprano nos ponemos en camino hacia Galilea, eh?

*Magdalena* - ¡No, yo no me voy de Jerusalén!

*Pedro* - ¡Ni yo tampoco hasta que se aclaren las cosas!

*Tomás* - A Ga-galilea o a Je-jerusalén, me da lo mismo. Yo me-me voy a casa de Ma-matías.

*Pedro* - Espérate, Tomás, no te vayas. ¿Es que no lo comprendes? ¡Jesús está vivo!

*Tomás* - ¡Y ustedes están bo-bobos! ¡Adiós!

Tomás salió a la calle, dobló la esquina de los curtidores y echó a andar por la calzada que baja hacia Siloé. Allí, cerca del estanque, se hospedaba su viejo amigo Matías.

*Matías* - ¡Ah, Tomás, tú por aquí! ¡Ya me estaba preguntando yo dónde te habías metido, compañero!

*Tomás* - ¿Dónde voy a me-meterme? Desde lo del viernes, estamos escondidos en un sótano co-como los ratones.

*Matías* - Me lo imagino. Tantas esperanzas, caramba, y todo se vino abajo como una casa sobre arena. ¡Ay! Mi abuela decía que al que nace barrigón, no le vale faja. Y eso es lo que nos pasa a nosotros los pobres, Tomás. Que nada nos vale.

*Tomás* - Y dilo, Ma-matías. No se puede creer en nada, ni ilusionarse con nada.

*Matías* - Viene Juan el bautizador reclamando justicia y, ¡zas!, degollado. Atrás viene Jesús anunciando que las cosas iban a cambiar, y ya ves lo que pasó.

*Tomás* - ¿Por qué será que a nosotros los de aba-bajo todo nos sale al revés, Matías?

*Matías* - Será que tenemos mala suerte, compañero.

*Tomás* - Ma-mala suerte nosotros y ma-mala madre ellos.

*Matías* - Bah, este país no tiene arreglo. Esto va de mal en peor. Pero, en fin, ¿para qué seguir lamentándose si ya todo se acabó? Dime, Tomás, ¿cómo están sus familiares, los amigos del nazareno?

*Tomás* - De allá vengo.

*Matías* - ¿Y cómo están ellos? Cuéntame.

*Tomás* - También de mal en peor. Algunos han per-perdido el juicio.

*Matías* - Claro, lo comprendo. Tanto sufrimiento... Al principio siempre es así. Luego las aguas volverán a su cauce.

*Tomás* - Yo a donde quiero volver es a mi-mi casa. ¿Cuándo te-te vas tú, Matías?

*Matías* - Mañana a primera hora. Si quieres, viajamos juntos.

*Tomás* - Sí, voy con-contigo. Y co-colorín co-colorao, el cuento éste del Reino de Dios se ha acabaao. Así que voy a buscar mis cosas, me-me despido del grupo y ven-vengo enseguida.

*Matías* - No hables mucho para que vuelvas pronto... ¡Ea, te estaré esperando!

Tomás regresó a casa de Marcos. Iba triste, con las manos metidas en los bolsillos de la túnica y la cabeza baja. Se agachó, tomó una piedra del suelo y la arrojó con rabia contra el muro.

*Tomás* - Todo se acabó, ma-maldita sea... ¡Todo se

acabó!

Siguió adelante a través de las callejas oscuras y solitarias de Jerusalén. El cielo, negro y brillante, se venía abajo, cargado de tantas estrellas. Tomás entró en el barrio de Sión y dobló la esquina de los curtidores.

*Tomás* - ¿Pe-pero qué estará pa-pasando? Ya casi es me-me-dianoche.

A pesar de la hora, nadie dormía en casa de Marcos. La bulla que salía del sótano, se escuchaba desde la calle. Cuando Tomás abrió la puerta, nos encontró a todos riendo, brincando, dando gritos de alegría.

*Santiago* - ¡Tomás! ¡Al fin llegas!

*Natanael* - ¿Lo viste, Tomás, lo viste?

*Tomás* - Sí, lo-lo vi.

*Felipe* - ¡Nosotros también! ¡Todos, todos lo vimos!

*Tomás* - Pe-pero, ¿cómo? Ma-matías no ha salido de su ca-ca-casa.

*Magdalena* - ¡Qué Matías ni Matías! ¡Jesús! ¡Ha estado aquí con nosotros!

*Pedro* - ¿Por qué te fuiste, Tomás? ¡Si te hubieras quedado, lo hubieras visto también!

*Tomás* - Pe-pero, ¿es po-posible que sigan con la misma canción?

*Santiago* - Tomás, siéntate ahí y escúchame. Tú me oíste antes, ¿verdad? Tú sabes que yo estaba cerrado, más cerrado que esas ventanas. No me creía un pelo de lo que decía la magdalena, ni Pedro, ni María. ¡pero ahora lo he visto! ¡Todos lo hemos visto, Tomás! ¡Jesús está vivo!

*Tomás* - Ya decía mi tío que la lo-locura se pe-pegaba como las chinches.

*Felipe* - No, Tomás, esto es otra cosa. ¡Esto es lo más grande que ha pasado en el mundo! ¡Y Dios nos ha dado ojos para verlo!

*Tomás* - Lo que ustedes han visto es un fan-fantasma.

*Magdalena* - ¿Anjá? ¡Yo no sabía que los fantasmas de ahora eran morenos y con barba! ¡Ja!

*Santiago* - No, Tomás, era él, ¡era Jesús! Estaba ahí mismo donde estás tú ahora. Llegó, nos saludó a todos y nosotros nos quedamos sin aliento, y él se echó a reír porque nos veía con aquel susto.

*Tomás* - Lo que di-digo, un fan-fantasma.

*Magdalena* - Ningún fantasma, caramba, que los fantasmas no comen y éste se zampó una cola de pescado y el panal de miel que habíamos dejado para ti. ¡Mira, mira el plato donde te habíamos guardado la cena! ¡Y se la comió Jesús! ¡Y tomó vino y se sonó la

nariz! ¿También los fantasmas hacen eso, eh?

*Tomás* - Jesús se mu-murió. ¿Cómo va a estar vi-vivo si yo lo vi muerto?

*Felipe* - Eso decimos nosotros: ¿cómo va a estar muerto si lo hemos visto vivo?

*Tomás* - Habrán visto su espí-ritu. Dicen que las almas de los di-difuntos dan siete vueltas por los alrededores antes de descansar en pa-paz.

*Magdalena* - ¡No! ¡Era Jesús de carne y hueso! El mismo de siempre, con la misma risa y las mismas cosas, pero más alegre, más... qué sé yo, no sé ni cómo decirte... ¡pero era él, el moreno!

*Tomás* - Pues yo no lo-lo creo.

*Santiago* - Escucha, Tomás: cuando tú te fuiste a la calle, nosotros nos quedamos peleando, ¿te acuerdas? Que si nos vamos a Galilea, que si nos quedamos aquí en Jerusalén. Y de pronto, llegó él, Jesús. Y nos dice: tienen que salir, tienen que ir por todo el mundo anunciando la victoria de Dios.

*Natanael* - Nos miró a cada uno y nos dijo: ¡cuento con ustedes! Hay que seguir luchando por la justicia, aunque los maten, como a mí. Pero no tengan miedo. La muerte no tiene la última palabra. La tiene Dios.

*Pedro* - ¿Comprendes, Tomás, comprendes lo que ha pasado? ¡Jesús fue el primero en levantar la cabeza! ¡Detrás de él, iremos todos!

*Santiago* - Jesús confió en Dios y ahora es Dios el que confía en nosotros.

*Felipe* - ¡El Reino de Dios no lo para nadie, ni los gobernantes, ni los ejércitos, ni el diablo, ni la muerte ni nadie!

*Tomás* - Eso suena muy bo-bonito. Tan bo-bonito que no puede ser verdad.

*Pedro* - Pero, Tomás...

*Tomás* - No. No me creo nada de eso. Cuentos, cuentos y vi-visiones. Como los camelleros en el desierto que tienen tanta sed que ven agua donde hay arena. No, no lo creo. ¡No lo creo, caramba!. La única verdad es que esta-tamos tristes. Perdimos al mejor amigo que te-teníamos y con él se nos fue también la esperanza. Todo se acabó ya, todo.

*Pedro* - No, Tomás, óyeme bien: el viernes, allá en el Gólgota, parecía como si el cielo se hubiera cerrado para siempre. Pero Dios nos guardaba esta sorpresa. ¡El primero en llevarse la sorpresa fue Jesús, cuando Dios lo levantó de la muerte, imagínate! Esos bandidos pensaron que habían ganado ellos. Pero Dios se la tenía preparada y metió su mano por Jesús! ¿Por qué no lo crees, Tomás?

*Tomás* - Porque no. Porque pa-para creerme yo que Dios metió su mano tendría que me-meter yo la mía en los agujeros de los clavos. No, por favor, no me me engañen más, que no quiero volver a ilusionarme. No, yo tengo la lengua ma-mala, pe-pero la cabeza la ten-tengo bien puesta. Y ma-mañana mis-mismo me-me iré con Ma-matías.

Pero en las horas que faltaban para irse, sucedió lo que Tomás no creía, lo que Tomás menos esperaba...

*Tomás* - ¡Matías! ¡Matías! ¡Abre, ábreme!

*Matías* - Pero, ¿qué pasa, Tomás, qué pasa?

Tomás entró como una tromba en casa de su amigo...

*Tomás* - ¡Matías! ¡Era verdad, Jesús está vivo, más vivo que tú y que yo!(1) Y yo decía que si no lo veía no lo creía, pero era verdad. Estábamos en el sótano, con las puertas cerradas, y yo que no, y ellos que sí, y yo que no, y ellos que sí, y en eso llega Jesús, y se pone ahí, como uno más del grupo, como siempre, y viene y me mira a mí, ay caramba, yo me pellizqué en Un brazo y en el otro y él me dice: ¡No soy ningún fantasma, Tomás, no seas tan cabeza dura!. Y Jesús delante de mí, así mismito como estamos tú y yo ahora, Matías, y dijo: ¡Venga un abrazo, Tomás! Y yo casi me caigo redondo y le digo: ¡Moreno, tú eres el Mesías! Y él me dice: A mí me pasó igual que a ti, Tomás, por un momento pensé que Dios me había abandonado. Pero no. Puse mi suerte en sus manos y, ya ves, **él** no me falló. Haz tú lo mismo, Tomás. Ten confianza, aunque no veas, aunque no entiendas. Y ahora, corre, corre y diles a todos que esto no se acabó, que ahora es que comienza. ¡Y yo vine a decírtelo, Matías, ¡tenía que decírtelo!

La lengua de Tomás se soltó para contarle a su amigo lo que había visto y oído. Y Matías creyó y empezó a pregonarlo por todo el barrio de Siloé, y unos a otros se pasaban la noticia. Y nosotros también se lo anunciamos a ustedes para que compartan nuestra alegría sabiendo lo que nosotros sabemos, ¡que Jesús, el de Nazaret, está vivo para siempre!

Marcos 16,14-18; Lucas 24,36-49; Juan 20,19-29.

---

1. El relato del evangelio sobre la incredulidad y el acto de fe de Tomás está lleno de datos «materiales»: se especifica que Jesús comió miel y pescado, que Tomás le tocó los agujeros hechos por los clavos en las manos y por la lanza en el costado. Los evangelistas marcan estos aspectos para indicar que, según su experiencia, Jesús resucitado, Jesús **vuelto a la vida**, no es un fantasma, un espíritu etéreo, alguien «no material». Cuando los cristianos hablan de la resurrección «de la carne», de la resurrección «de los cuerpos», proclaman la unidad del ser humano, de todo el ser humano. También de su cuerpo, de la materia por la que su espíritu se expresa.

La mentalidad de Israel entendió siempre al ser humano como una unidad. Nunca consideró separadamente alma y cuerpo, como hicieron los griegos. No hay en la tradición de Israel desprecio por el cuerpo, por lo material. Para el israelita el ser humano es «basar» («carne» en cuanto debilidad física, limitación intelectual o pecado) y es a la vez «nefesh» («alma» en cuanto a su apertura a todos los valores espirituales y a Dios). En su unidad, el ser humano está inspirado por el «ruaj», el Espíritu de Dios. No se separa lo material de lo espiritual, el alma del cuerpo, sino que se considera al ser humano íntegramente, a veces débil y a veces lleno de posibilidades.



## 129- CIENTO CINCUENTA Y TRES PECES GRANDES

Poco después de aquel primer día de la semana, lleno de sorpresas y de alegría, dejamos Jerusalén y nos pusimos en camino rumbo al norte. Para entonces apenas quedaban peregrinos en la capital. Tomamos precauciones para no llamar la atención de los soldados que montaban guardia en las puertas de la ciudad, pasadas las fiestas. En aquellos palacios que dejábamos atrás, los jefes de Israel creían que Jesús no era ya más que un recuerdo enterrado que no tardaría en esfumarse. Nosotros, que sabíamos que Dios lo había levantado del sepulcro, caminábamos de prisa rumbo a la Galilea de los gentiles, para llevar a nuestros paisanos aquella buena noticia.

*Pedro* - ¡En Cafarnaum pensarán que nos tragó la tierra o que Pilato nos mandó degollar a todos!

*Felipe* - Hace ya casi un mes que le dijimos adiós al lago ¡y cuántas cosas!

*Santiago* - ¡Si han sabido lo de Jesús estarán con el corazón en un puño!

*Pedro* - Pues se lo vamos a hinchar como una esponja cuando les contemos cómo Dios acabó este asunto. ¡Ya tengo ganas de ver las caras que ponen cuando sepan lo que sabemos!

En tres jornadas de camino nos pusimos en Galilea. Y en tres horas conversando con nuestros vecinos de Cafarnaum, que se reunieron como moscas alrededor de la miel, les contamos con pelos y señales todo lo que había sucedido aquellos días en Jerusalén. Nos quitábamos la palabra unos a otros: Todos queríamos hablar a la vez. La casa de mi padre, Zebedeo, resultó muy pequeña para acoger a todo el barrio que vino en busca de noticias.

*Juan* - Pero no me llore así, abuela Rufa, que usted volverá a ver al moreno. ¡Y más vivo que todos nosotros juntos!

*Rufa* - Pero si lo entiendo, mi hijo, lo entiendo. Ya veo que a ustedes se les aguaron los sesos con la pena.

*Santiago* - ¡Que no, vieja, que no! ¡Todos hemos sido testigos de esto! Las mujeres las primeras y los hombres después. Ande, hable con la madre de Jesús. ¡Que ella le cuente!

*Zebedeo* - ¡Pero que mala estrella me alumbra! ¡Mi Salomé loca, mis dos hijos todavía peor! ¡Y Jesús bajo la tierra! ¡Qué viaje éste del demonio!

*Felipe* - ¡Pero si ya no hay demonio ni nada que se le parezca! ¡Dios echó los dados y le ganó la

partida a todos los demonios juntos! ¡Ellos mataron a Jesús, pero Dios mató a la muerte y lo sacó vivo de la tumba! ¡Está vivo, Zebedeo, el moreno está vivo!

*Zebedeo* - ¡Calla, Felipe, calla y no loquees más! ¡Pero, qué fiebres serán éstas, Dios santo!

Nos quedamos sin saliva contándoles una y otra vez las mismas cosas. Pero no terminaban de creernos. Y es que a nosotros los pobres, acostumbrados desde siempre a perder, con tanto callo de dolor en el alma desde hacía siglos, aquello nos parecía demasiado hermoso para ser verdad.

Hacía ya tres días que habíamos regresado a Galilea. Era mediodía y al volver al lago los reunimos a todos. Teníamos que contarles lo que nos había pasado aquella misma mañana. La vieja Rufa, Rufina y los muchachos de Pedro, Jonás, mi padre, Zebedeo, la mujer de mi hermano Santiago y algunos vecinos más, en cuclillas sobre el suelo de tierra de la casita de Pedro, nos miraban ansiosos, pendientes de nuestras palabras.

*Pedro* - ¿No se lo decíamos? ¡Pues ahí lo tienen! ¡Ha estado aquí! ¡Y lo hemos visto! ¡Lo mismo que en Jerusalén, aquí en Cafarnaum!

*Rufa* - Pedro, mi hijo, ¿no habrá sido un sueño? Mira que tú sueñas las cosas muy a lo vivo.

*Pedro* - Pero, ¿qué sueño, abuela Rufa? ¿Cómo es la cosa entonces? ¿Es que soñamos todos a la vez? Porque estábamos en la barca suya, Zebedeo, ¡y los siete lo vimos! ¡Lo vimos!

*Zebedeo* - Bueno, bueno, está bien. No fue un sueño ni una pesadilla. ¿Qué fue lo que pasó entonces? Clarito y por partes. Explícalo tú, Pedro.

*Simoncito* - Clarito y por partes. Explícalo tú, papá.

*Rufa* - ¡Cállese la boca, muchacho!

*Pedro* - ¡Y prepare bien esas orejas sucias, Simoncito! ¡Que un día usted le contará esto mismo a sus hijos!

Pedro se sentó en medio de todos y empezó a contar lo que nos había pasado...

*Pedro* - ¡Compañeros, con este viento y estas nubes me huelo que habrá buena pesca!

*Juan* - ¿Tú crees, tirapiedras?

*Pedro* - Estoy seguro, Juan. Mis narices no se engañan. ¡Ea, vamos a probar suerte! ¡Será buena, ya verán!

*Pedro* - El flaco Andrés, Juan, el pelirrojo, Felipe y

el Nata, y Tomás, que se mareó como siempre, se montaron conmigo en la barca. Era bien de madrugada. Las estrellas brillaban sobre nuestras cabezas que parecía que se iban a desprender del cielo y caer encima.

*Pedro* - ¡Oye, Andrés, vamos a echar las redes allá! Me da que ahí hay un buen banco de peces. ¡Condenados, los vamos a agarrar mansitos! ¡Seguro! ¡Rema, Santiago, rema!

*Santiago* - ¡Uff! ¡Nada, Pedro, nada! Ni aquí ni allá ni acá... ¡Me parece a mí que tus narices!

*Tomás* - ¡Esta no-noche no pe-pescamos ni para el de-desayuno!

*Pedro* - No seas desconfiado, Tomás. Ea, vamos a enfilear para arriba, hacia Betsaida. ¡Allí habrá buenos dorados! ¡Seguro que ahora acertamos!

*Juan* - ¿Seguro, Pedro?

*Pedro* - ¡Palabra del hijo de Jonás! Si lo digo, lo digo. Compañeros, háganme caso! ¡Vamos!

*Pedro* - Pero, qué va... Nos pasamos la noche entera echando una y otra vez las redes y siempre las sacábamos vacías. Caramba con la mala suerte, decía yo, pero seguía dale que dale probando, de puro terco. Pero qué va, ni uno. ¡No pescamos nada en toda la noche!

*Juan* - ¡Por la almohada de Jacob, qué sueño tengo!

*Santiago* - Pues Felipe y Natanael están roncando desde hace rato.

*Juan* - ¡Ya va a amanecer! ¡Última vez en la vida que te hacemos caso, narizón!

*Pedro* - Bueno, está bien, está bien. Vamos a casa ya. A ver si nos echamos algo caliente en la tripa.

*Pedro* - Empezamos a remar hacia Cafarnaum y cuando estábamos llegando, como a doscientos codos del embarcadero ése de las Siete Fuentes, vemos allá a lo lejos, en la orilla, a un tipo haciéndonos señas. Al principio, no entendíamos lo que decía, pero después ya lo oímos bien. Quería saber si habíamos pescado algo. Bah, qué gracioso, ¿no? Yo le grité con rabia: Nada, hombre, nada, ¡ni falta que nos hace! Pero entonces, va y nos dice que

echemos la red por la derecha que allí encontraríamos. A mí aquello me calentó la sangre, pero después me dio un palpito.. Y bueno, echamos las redes. ¡Al momento estaba repleta de pescados!

*Juan* - Bueno, ya se sospecharán quién era aquel hombre, ¿no?

*Rufa* - Ay, mi hijo, sería ese Serafino, que es tan madrugador.

*Juan* - ¡Qué Serafino! ¡Era el moreno! ¡Sí, sí, Jesús en persona! Yo se lo dije a Pedro y Pedro se echó la túnica encima, porque andaba medio en cueros, y se tiró de cabeza al agua.

*Pedro* - La verdad es que nadé más rápido que una anguila y llegué a la orilla el primero. Detrás vinieron éstos, con la barca cargada de pescados. En el muelle, Jesús tenía preparada una fogata y estaba asando allí un dorado.(1) También había conseguido pan, yo no sé de dónde. Nos dijo que trajéramos algunos pescados para hacernos un buen desayuno.

*Felipe* - ¡Eh, compañeros, fíjense qué pesca! Ciento cincuenta y tres... ¡y de los grandes!

*Pedro* - Era Jesús: Hemos estado con él esta mañana mientras todos ustedes roncaban.

*Zebedeo* - Pero, ¿quién te va a creer a ti eso, embustero?

*Pedro* - ¿Cómo que quién me cree? ¡Que lo digan estos seis embusteros que estaban allí igual que yo!

*Zebedeo* - Estarían soñando. Después de toda la noche sin dormir...

*Pedro* - Váyase al muelle, Zebedeo, y mire las redes. Sanitas. Con tanta pesca, ¡y ni un agujero! Vaya y cuente los pescados si quiere. Ahí están los ciento cincuenta y tres, menos ocho que nos comimos.(2)

*Tomás* - Lo que de-decimos es verdad. ¡Jesús está vivo!

*Zebedeo* - ¡Sí, si, y yo soy el rey de Babilonia! No me creo nada de eso. ¡O ustedes están locos o se han propuesto tomarnos el pelo a todos!

*Rufa* - Ay, viejo, no hable así. Uno nunca sabe... Los muchachos dicen las cosas con un aplomo que a mí se me engurruña el pellejo. Mire, Zebedeo, que Dios puede hacer esa maravilla y cuarenta más grandes que ésta. ¡Para algo es Dios, digo yo! Pedro, mi hijo, ¿y qué más pasó? Cuenta. Desayunaron con Jesús ¿y qué? ¿Qué les dijo?

*Pedro* - Lo que nos dijo... Bueno, digamos mejor, lo que «me» dijo. Cuando acabamos de desayunar habló

claro y me dijo que de ahora en adelante yo era el jefe y que dispusiera de todo.

*Santiago* - ¡Eso no fue así, Pedro! ¡No revuelvas el agua para salir ganando!

*Pedro* - ¿Anjá? ¿Con que no fue así? ¿Y cómo fue entonces, pelirrojo?

*Juan* - Yo lo oí bien: Jesús te preguntó si podía contar contigo.

*Pedro* - Pues eso mismo, Juan. Y yo le dije: Pero, ¿cómo me preguntas eso? Tú sabes que sí. Claro que puedes contar conmigo. ¡Hasta la muerte, moreno! Y Jesús se puso contento, se le veía, porque él sabe que yo...

*Juan* - Claro que sabe que tú... Y por eso te lo volvió a preguntar otra vez. Lo mismo otra vez. Y otra vez. ¡Tres veces! Tres veces, ¿saben? Por algo sería...

*Pedro* - Bueno, está bien, tres veces, ¿y qué? No hay por qué andar sacando ahora los trapos sucios. Tres veces me preguntó y otras tres yo le dije que contara conmigo.

*Rufa* - ¿Y entonces, Pedro?

*Pedro* - Entonces, Jesús, que me conoce como si me hubiera parido, que sabe cómo soy yo por dentro y por fuera, me dijo: Tirapiedras, cuídame las ovejas, diles por dónde tienen que ir y venir, enséñales lo que tienen que hacer.(3) En fin, ya ustedes saben...

*Juan* - Maldita sea, pero, ¿de qué entresijo te has sacado tú esos disparates, Pedro?

*Pedro* - ¡Me lo dijo Jesús! Me dijo que la voz de mando la tengo yo ahora.

*Juan* - ¡No! 'Te dijo que contaba contigo, que lo siguieras, pero no que nosotros te siguiéramos a ti.

*Pedro* - Para el caso es lo mismo. Yo delante y ustedes detrás.

*Felipe* - ¿Cómo que tú delante y nosotros detrás? Pero, ¿habrase visto un descaró más grande?

*Pedro* - Ningún descaró. Jesús me dejó el bastón de mando.

*Tomás* - Lo que te-te dejó fue una toalla de la-lavar pies.

*Juan* - Óyeme bien, narizón engreído: ¡Y Jesús dejó dicho bien claro que en el Reino de Dios todos íbamos juntos y éramos iguales!

*Pedro* - ¡Juntos pero no revueltos!

*Santiago* - Y revueltos también, Pedro, que aquí nadie vale más que nadie, mujeres y hombres, niños y viejos, casados, solteros o viudos. Todos lo mismo. ¡Nadie delante, nadie detrás!

*Pedro* - Pero sí alguien arriba. Si no, ¿quién organiza esto, eh?

*Felipe* - Caramba con el tirapiedras, se quiere colar por cualquier lado...

*Pedro* - ¿Qué culpa tengo yo que Jesús se haya fijado en mí para este cargo? Jesús necesita un hombre de confianza, vamos a decir, un jefe. ¡Y ése soy yo!

*Santiago* - ¡El único jefe es Dios, Pedro, y todos los demás somos hermanos, y aquí no es cuestión de mandar, sino de empujar todos juntos! ¡Ábrete la sesera y entiéndelo de una vez!

*Pedro* - Pues yo no lo entendí así...

*Juan* - Pues entonces lo entendiste mal. Te equivocaste, Pedro.

*Pedro* - ¡No me equivoqué! ¡Yo no me equivoco!

*Santiago* - ¿Anjá? ¿Con que tampoco te puedes equivocar? ¡Al cuerno contigo, Pedro! ¡Esto es lo último que nos faltaba por oír!

*Rufina* - Pues yo que soy su mujer, he oído cosas peores, ¿saben? ¡Sí, eso es lo que le gusta a él, mandar y mandar y abrir la boca y que todos se callen!

*Pedro* - ¡Y tú la primera, Rufina!

*Rufina* - ¿Ven? ¿Ven lo que les digo? ¡Mucho bla-bla con la justicia, pero luego, en casa, peor que el rey Nabuco!

*Pedro* - ¡Que se calle le digo!

*Rufa* - ¡Pedro, mi hijo, baja esos humos, que así no hay Dios que te aguante!

*Pedro* - ¡Usted también se calla, suegra!

*Simoncito* - ¡Y usted también se calla, papá!

*Pedro* - ¡Mocoso del demonio! Pero, ¿qué está pasando aquí hoy? ¿Se han conchabado todos contra mí? ¿Qué quieren? ¿Bajarme de la silla para sentarse ustedes? ¿Eso, verdad, eso?

*Juan* - No, Pedro, no. Lo que queremos es que no haya silla. Ni silla ni trono ni primer puesto. Queremos sentarnos en el suelo, todos juntos, como Jesús nos enseñó, y poder conversar sin que nadie mande callar a nadie, ¿comprendes?

El tirapiedras se quedó enfurruñado un largo rato. Pero luego, como tenía tan buen corazón, hizo las paces con Rufina, su mujer, y con la suegra, y con nosotros. A Pedro, como a todos los que conocimos a Jesús, se nos hizo muy difícil comprender lo que él tantas y tantas veces nos repitió: que el enviado no vale más que el que lo envía, que el más grande entre nosotros tenía que hacerse como el más pequeño, y el primero como el último. Se nos hizo muy difícil, pero de Jesús mismo lo fuimos aprendiendo. Porque, ¿quién es más grande, el amo que está a la mesa o el criado

que le sirve? El que está a la mesa, ¿verdad? Pues Jesús, que era el Maestro y el Señor, estuvo en medio de nosotros como el que sirve.

Juan 21,1-19

---

1. En las orillas del lago de Galilea, en la zona de Tabgha, hay un **muelle** donde fue construida una iglesia con ladrillos de basalto negro, que conserva en su interior una piedra muy grande, a la que la tradición llama «*mesa del Señor*». La iglesia recuerda el encuentro de Jesús resucitado con sus compañeros, la comida que habrían tomado sobre esta «*mesa*» natural y la conversación con Pedro, en la que Jesús le confió el cuidado de la primera comunidad cristiana. Junto a la iglesia quedan aún unas escaleras de piedra que fueron parte del embarcadero que hubo en esta zona del lago en tiempos de Jesús.

2. **Ciento cincuenta y tres** es una cifra formada por tres grupos de cincuenta, a los que se le añade el tres. Para Israel, el número 50 era sinónimo de madurez, de término (Pentecostés = 50 días después de Pascua). Y el 3 el número de la divinidad (Dios es el tres veces santo, a Abraham Dios se le aparece en forma de tres caminantes). En el relato pascual de la pesca, el fruto del trabajo de los apóstoles, representado por los 153 peces que capturaron, simboliza las primeras comunidades cristianas (cada grupo de 50), multiplicadas por la presencia de Dios en Jesús (el 3).

3. Si el pastor simbolizaba en Israel al rey, al Mesías, al mismo Dios, el verbo «pastorear», **cuidar a las ovejas**, se usaba también en el sentido de «gobernar» (Salmo 78, 70-72), evocando al oficio de David antes de ser ungido rey. Jesús, tanto con su actitud como con sus palabras, cambió el significado del pastoreo como cambió el del señorío o el de la realeza. Ser pastor, ser rey, ser señor significó una sola cosa para Jesús: servir a Dios y al pueblo hasta dar la vida (Juan 15, 14-15).

El relato con el que se cierra el evangelio de Juan, en el que Jesús confía a Pedro el cuidado de la comunidad, es una «lección» sobre el espíritu de equidad y de **servicio** que debe reinar en la comunidad cristiana si quiere ser fiel a Jesús, que con tanta insistencia proclamó la igualdad radical de todos los seres humanos ante Dios, única autoridad y único Padre (Mateo 20, 25-28; 23, 8-12).

### 130- SOBRE LAS NUBES DEL CIELO

- Muchacha* - ¡Pero no me lo diga, vecina!
- Vecina* - Sí, sí, como lo estás oyendo: mañana por la mañana, Jesús, el de Nazaret, se presentará en esa loma. ¡Ahí mismito será el prodigio! ¡Lo nunca visto: un muerto vivo! Dicen que lleva cuarenta días apareciéndose por aquí y por allá, ¡y que ahora es cuando va a subir al cielo!(1)
- Muchacha* - Ay, Dios mío, ¿y qué voy a hacer yo con la comida? ¿Y quién me cuida la casa?
- Vecina* - ¡Olvídate de eso, muchacha! ¡A mí, que me roben o que se me quemen las lentejas, me da lo mismo! ¡Pero yo no me pierdo una cosa así ni por el tesoro de Salomón! ¡Ea, corre y avísale a la cheposa y al viejo Nemesio y a mi comadre Tilita. ¡A todo el mundo! ¡Que no falte nadie!
- Muchacha* - ¡Descuide, vecina, todo el barrio estará mañana allí! ¡Hasta al loco Martín se lo voy a decir!

No hizo falta avisar mucho. La voz de que Jesús se iba a aparecer junto al lago de Tiberíades, en la colina de las Siete Fuentes, corrió más rápida que una liebre y, antes de ponerse el sol, ya todos estaban enterados. Aquella noche nadie durmió en Cafarnaum. Y cuando los gallos anunciaron el nuevo día, hombres y mujeres, viejos y niños, todos salieron por la Puerta del Consuelo y echaron a andar hacia la colina donde ocurriría el prodigio.

- Muchacha* - ¡Es una emoción la que siento! Mire, póngame la mano aquí... ¿Se da cuenta?
- Vecina* - ¡Caramba, muchacha, tienes el corazón dándote brincos!
- Muchacha* - Es que yo nunca he visto una cosa de éstas, vecina.
- Vecina* - Ni yo tampoco, mi hija. Imagínate, ya voy para vieja, y el milagro más grande que vi yo, fue cuando a mi marido se le quitaron aquellos retortijones así de repente, pero fuera de eso...
- Muchacha* - Antes sí pasaban muchas cosas: el mar se partía en dos tajadas, el sol se paraba en mitad del cielo, las ballenas se tragaban a la gente, pero ahora como que Dios se ha vuelto más tacaño.
- Vieja* - ¡No diga eso, mujer sin fe! ¡Dios es grande! ¡Y hoy vamos a ver cosas maravillosas! ¡En Jerusalén lo mataron y en Galilea aparece vivo! ¡Bendito sea Dios!
- Vecina* - ¡Y bendito el que lo vea! ¡Límpiate las legañas, muchacha, que hoy vas a ser testiga de algo increíble! ¡Ven, vamos más arriba para estar



más cerca!

Como hormigas detrás del dulce, así se fueron juntando los vecinos de Cafarnaum en las laderas verdes de aquella colina donde Jesús, muchos meses antes, había anunciado que Dios nos regalaba su Reino a nosotros, los pobres y los hambrientos. El lago de Tiberíades, como un gran ojo azul, comenzó a despertarse con los primeros rayos del sol. Pero hoy no se veían las velas blancas de los pescadores cruzando el agua. Las barcas estaban amarradas en el muelle y las redes colgaban entre las palmeras. Hoy nadie trabajaba en la ciudad.

*Bartolo* - ¿Y por dónde va a venir, digo yo? ¿Por oriente o por occidente?

*Vecino* - ¡Por arriba, compadre! ¡Como un higo maduro!

*Bartolo* - ¡Pues vaya trastazo que se va a llevar cuando caiga!

*Vecino* - No seas zoquete, Bartolo. ¿Tú no oíste que los ángeles subían y bajaban sobre la cabeza de Jacob y no les pasaba nada?

*Viejo* - ¡Pero ellos tenían una escalera, amigo, y así la cosa cambia!

*Vecino* - ¡Pues Jesús ya se conseguirá también alguna para bajar! ¿No le parece?

*Vecina* - ¡Jesús no tiene que conseguir nada! ¿O es que ustedes no saben que los santos y los ángeles vuelan como los pájaros?

*Viejo* - ¿Ah, sí? ¡Pues Elías era santo y si no le mandan el carro, no sube!

*Vieja* - ¡Hermano! ¡Ni carro ni escalera! ¿Saben cómo aparecerá Jesús? ¡Sobre las nubes del cielo! La profecía dice: Todo ojo lo verá y toda oreja lo oirá.

*Todos* - ¡Amén, amén!

*Vieja* - ¡En una nube viene y en otra se va!

*Todos* - ¡Amén, amén!

*Vieja* - Oiga, abuela, ¿y dónde está esa nube, porque hoy el cielo está más limpio que el bolsillo de un pobre?

No había una sola nube en el horizonte. Azul como un zafiro, el cielo galileo se confundía con el agua del lago. El sol, subiendo desde las estepas de Galaad, brillaba radiante.

*Cleto* - Dime una cosa, Bartolo, ¿tú de veras te crees ese lío de que a Jesús el nazareno lo colgaron en una cruz y luego salió otra vez vivo de la tumba?

*Bartolo* - Mire, compadre, de que lo mataron, lo mataron, eso sí que lo sé yo porque mi tío Miqueas estaba

en la capital cuando las fiestas y lo vio todo con sus propios ojos. Pero de lo otro ya no estoy tan seguro.

*Cleto* - A las lagartijas les cortan el rabo y siguen coleando. Pero al que le cortan la cabeza o lo clavan en una cruz, no se mueve más.

*Vecina* - Pues Pedro y Andrés y los hijos del Zebedeo, dicen que lo han visto vivo. Que fue que Dios se puso furioso con la sentencia de Poncio Pilato y dijo: ¡De ninguna manera! Y entonces, metió la mano y lo volvió a sacar vivo de la tumba, para darles en la cabeza a todos los sinvergüenzas que lo mataron, ¿comprendes?

*Cleto*  
*vecina?* - ¿Y eso no será un cuento de Pedro y los demás,

*Vecina* - Bueno, yo no sé, eso es lo que ellos dicen, pero... Oye, por cierto, ¿y dónde están metidos esos pillos? ¿No han venido?

*Bartolo* - Sí, yo vi a Felipe, y al pelirrojo Santiago. Por ahí andarán...

Por ahí andábamos, mezclados con todos. Nunca supimos quién echó a rodar la voz de que Jesús se iba a aparecer en el monte. Pero, por si acaso, allá fuimos los once del grupo y también las mujeres.

*Juan* - ¿Qué crees tú de todo este lío, Pedro?

*Pedro* - No sé ni qué decirte, Juan. Aquí hay algo raro.

*Juan* - La gente anda diciendo que Jesús viene esta vez pero para despedirse, que ya no lo volveremos a ver nunca más. ¿Que te parece? ¿Será verdad eso?

*Pedro* - Lo que te digo es que en todo esto hay algo raro. Porque mira, cuando nosotros vimos al moreno las otras veces, cómo te diré, era distinto.

*Vendedor* - ¡Pastelitos, pastelitos! ¡A los ricos pasteles de miel con queso! ¿Quiere probar uno, paisano?

*Juan* - Ahora no, viejo, más tarde.

*Pedro* - No sé, Juan, era distinto. Por lo pronto, no había pastelitos.

Los vendedores, con sus cestas en la cabeza o empujando sus carretones, pregonaban mil mercancías entre la multitud cada vez más numerosa. En eso, una nubecita, blanca y pequeña, se formó en mitad del cielo.

*Vieja* - ¡Arriba, arriba, miren arriba! ¡Ahí viene!

*Todos* - ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

*Niño* - ¿Quién viene, mamá?

*Vecina* - ¡Cállese, mocoso, y mire hacia arriba!

*Vecino* - ¡Oye, niña, no empujes, que yo llegué primero!

Todos levantamos las cabezas sin perder de vista la pequeña nubecita que iba avanzando lentamente a través del cielo azul.

*Bartolo* - ¡Ahora sí comenzará el Reino de Israel!  
*Vecina* - ¡Ya era hora, qué caray! ¡Desde que Abraham puso las patas en esta tierra, los pobres estamos esperando a que se nos haga justicia, y nada!  
*Cleto* - ¡Ya se les acabó el cuento a los de arriba, porque Jesús está más alto que todos ellos! ¡Míralo cómo viene, trepado en una nube!  
*Muchacha*- ¡Ahora se sentará en el trono, y a reinar se ha dicho!  
*Vecino* - Y nosotros a su lado, no te olvides.

La nubecita, empujada por una débil brisa del lago, se fue acercando al sol... y se disolvió como la espuma.

*Todos* - ¡Ooooh!  
*Cleto* - ¿Y ahora qué, vieja?  
*Vieja* - ¡No sean impacientes, caramba! ¡Esa era la nube mensajera! ¡En la de atrás viene el rey!

Pasó una hora y otra y otra más. El sol, colgado en mitad del cielo, nos achicharraba las cabezas. Pero seguíamos allí, sin movernos, esperando. De pronto...

*Vieja* - ¡Arriba, arriba, miren arriba! ¡Ahí viene!

La vieja Tilita volvió a levantar su brazo largo y nudoso como una rama de olivo señalando a otra nube que cruzaba el cielo en dirección a nosotros.

*Vecino* - ¡Amárrense los calzones, compañeros, que ahora sí que va en serio lo del Reino de Dios!

Algunos viejos comenzaron a rezar. Las mujeres apretaban a sus hijos contra el pecho emocionadas, esperando el gran momento. Mirado hacia arriba, con la boca abierta, aquel mar de cabezas se fue inclinando a uno y otro lado según la nube avanzaba empujada por el viento.

*Todos* - ¡Ooooh!

Pero la segunda nube tuvo la misma suerte que la primera. El ardiente sol galileo la abrasó y el tapete azul del cielo quedó otra vez completamente despejado.

*Vieja* - ¡No se desanimen, muchachos, que más tuvo que esperar Noé dentro del arca hasta que pasara el

diluvio!

*Cleto* - ¡Pues mire, que un poquito de agua no nos vendría mal! ¡Qué calor! Mire, mire, ya se me está poniendo la carne fofa, ¡como cera blanda!

*Bartolo* - Yo voy un momento a remojarme en el lago. ¡Vuelvo enseguida!

*Vieja* - ¡No te alejes demasiado! ¡Tengan fe, vecinos, no se desesperen! ¡Que Jesús viene pronto, ya no tarda!

*Martín* - ¡Arriba, arriba, miren arriba! ¡Jo, jo, jo!

*Vecino* - ¿Y a éste qué mosca le picó?

*Muchacha* - Es el loco Martín.

*Vecino* - Eh, tú, so bobo, ¿qué andas buscando aquí? ¡Lárgate, lárgate, que esto es para gente seria! ¡Mira que venir a burlarse de Jesús el Mesías!

*Martín* - ¡Yo soy Jesús, yo!

*Vieja* - ¡Cállese, atrevido! Me dan rabia estos tipos, siempre metidos por medio.

Pasó otro largo rato. Los hombres, sudando a chorros, comenzaron a contar chistes para matar el tiempo. Las mujeres se cubrían la cabeza con hojas de palmera y se abanicaban con los pañuelos.

*Cleto* - ¡Maldita sea, estos calores no hay quien los aguante! ¡Uff!

*Vendedor* - ¡Pastelitos, pastelitos! ¡Al rico pastel! ¡Miel y queso, queso y miel!

*Niño* - ¡Mamá, tengo hambre, dame un pastelito!

*Muchacha* - ¡Un pescozón es lo que te voy a dar, muchacho del demonio!

*Niño* - ¡Yo quiero un pastelito!

*Muchacha* - ¡Estése quieto, caramba!

*Vecina* - ¡No amenace a su niño, señora! Óigame bien, ¿quiere que le diga una cosa? Los niños como él serán los primeros en entrar en el Reino del Cielo porque Jesús lo dijo bien claro que... ¡Ayy!

*Bartolo* - Oye, ¿y a ésta qué le pasó ahora?

*Viejo* - ¿Qué le va a pasar? ¡Que le dio un sopitipando!

*Vecino* - ¿Un qué?

*Muchacha* - ¡Agárrenla, agárrenla!

*Cleto* - Estaba echando un discurso sobre el Mesías y, ¡cataplún, al suelo! La pobre, está embarazada.

*Muchacha* - Échenle fresco.

*Vecino* - Y si está preñada, ¿cómo se le ocurre meterse en un tumulto como éste? Es una imprudencia.

*Vieja* - ¡Ninguna imprudencia! ¡Ella hizo bien, porque hasta las criaturas en el seno de su madre piden a gritos venir a ver el prodigio!

*Cleto* - ¡Aquí el único prodigio es que todavía no se

nos hayan derretido los sesos! A mí ya me está saliendo humo de la cabeza.

*Vecino* - ¡Y ni un dátíl para echarse en la tripa!

*Viejo* - Y dígalo, paisano, que yo vine aquí sin desayunar y de pura hambre me está entrando un tembleque en las piernas que ni David cuando bailaba ante el arca.

*Bartolo* - ¡Ea, compañeros, vámonos! ¡Aquí ni sube ni baja nadie!

*Vieja* - ¡No, no se vayan! ¡Las cosas buenas cuestan sacrificio, caramba! ¡Además, si Jesús dijo que venía, vendrá!

*Bartolo* - ¡Y si yo dije que me iba, me voy!

*Vieja* - ¡Ahí está! ¡Mírenlo dónde viene!

La vieja levantó otra vez el brazo para señalar una nube redonda y espesa, como si fuera de algodón, que apareció de repente sobre nuestras cabezas.

*Vecino* - ¡Ahora sí! ¡A la tercera va la vencida!

*Vecina* - ¡Un aplauso, compañeros! ¡Un aplauso para el Mesías que viene a gobernar el mundo!

*Todos* - ¡Viva! ¡Vivaaa!

Y la tercera nube pasó de largo, aún más ligera que las anteriores...

*Bartolo* - Ésta tampoco...

*Viejo* - Bueno, a tomarle el pelo a otro que a mí me quedan tres mechones.

*Vecino* - ¡Y yo tengo ya el cuello jorobado como los gansos con tanto arriba y abajo! ¡Adiós a todos!

*Vieja* - No entiendo cómo se ha demorado tanto.

*Martín* - ¡Ni sube ni baja ni nadie trabaja!

*Muchacha* - ¡Denle un tapaboca a ese maldito bobo!

*Cleto* - Déjalo, que está diciendo la verdad. Bah, el día perdido mirando al cielo y, al final, para nada.

*Bartolo* - Y mira ya la hora que es. El sol ya va de retirada. Ea, vámonos.

Y la gente, cansada y con la cabeza gacha, comenzó a bajar de la colina de las Siete Fuentes y a desperdigarse por el barrio de los pescadores, y por el mercado, y a llenar las calles de Cafarnaum y a regresar a sus casas, mientras el sol se hundía nuevamente en el Mar Grande, allá junto a la punta del Carmelo.

¡Cuánto tiempo nos costó comprender y hacerles comprender a nuestros paisanos que no había que andar mirando hacia arriba, sino hacia el hermano y hacia la hermana que

teníamos a nuestro lado! ¡Cuánto tiempo escudriñando el cielo para ver llegar a Jesús sobre las nubes, sin darnos cuenta que, desde que Dios lo levantó de entre los muertos, su Espíritu llena la tierra, que donde dos o tres hombres y mujeres luchan, sufren y esperan, ahí está él presente! ¡Cuánto tiempo hasta comprender que aquel Jesús, con quien nosotros habíamos comido y bebido, había sido puesto por Dios como Señor del cielo y de la tierra y, elevado ahora por encima de todos los señores de este mundo, no se había ido! Al contrario, se quedaba para siempre con nosotros, con el pueblo, todos los días hasta el final de los tiempos.

Mateo 28,16-20; Marcos 16,19-20; Lucas 24,50-52; Hechos 1,3-11.

---

*1 El número **cuarenta** es un número simbólico a lo largo de toda la Biblia. Cuarenta años equivalen a una generación. Por eso se dice que el pueblo de Israel anduvo cuarenta años por el desierto hasta llegar a la Tierra Prometida. Quiere decir que la peregrinación duró «una generación». El 40 indica también un período largo y con características especiales. Se dice de un reinado que duró cuarenta años para indicar que fue un reinado que dejó huella, que marcó una etapa (2 Samuel 5, 4). Se dice que un período de paz duró ese tiempo para indicar que fue una época de plenitud. Las “apariciones” de Jesús resucitado a los primeros cristianos ocurrieron durante un largo espacio de tiempo, probablemente varios años (1 Corintios 15, 8). El libro de los Hechos habla de que sucedieron durante cuarenta días, y que después de este plazo Jesús «subió al cielo». Decir que Jesús resucitado se manifestó a sus discípulos durante cuarenta días expresa que aquel fue un período suficiente, completo, e irrepetible.*

### 131- UN NIÑO VA A NACER

Siete semanas después de la Pascua se celebra en nuestro país la fiesta de las primicias, la del inicio de la cosecha. Y a Jerusalén fuimos a celebrarla los once y las mujeres. Llegamos a la ciudad de David un par de días antes, cuando las calles ya empezaban a llenarse de peregrinos tostados por el sol de la siega, adornados con coronas de espigas y flores. Como otras veces, nos hospedamos en casa de Marcos. Recuerdo que en aquellos tiempos, después que Dios había levantado a Jesús de entre los muertos, nació en todos nosotros un gran deseo por saber más cosas de su vida. Fue en una de aquellas noches anteriores a la fiesta de Pentecostés cuando María rebuscó en los recuerdos que guardaba en su corazón para contarnos los primeros años de la historia de su hijo.(1)

*María* - ¿Lo que me acuerde? Pero, qué curiosos son ustedes, ¡caramba! Qué sé yo, tanto tiempo, tantas cosas. Se me confunden en la cabeza y... Bueno, está bien, está bien, habrá que empezar por José. Sí, por él hay que empezar.

*José* - ¡A los buenos días, María! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Y más dichosos si esos ojos son los míos!

*María* - Ya salió éste con sus cosas... ¡Ay, José, tú no tienes arreglo!

*José* - ¿Y cómo voy a tenerlo, si eres tú la que me tienes estropeado? Mira, muchacha, si yo fuera de cera me derretiría con una mirada tuya. Pero es que si fuera de piedra, me pasaría lo mismo. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

*María* - Pero, si me lo has dicho ya sepetecientas veces y todavía no te derrites. Anda, sigue, sigue tu camino, cuentista.

*José* - ¡Pues claro que voy a seguir! Voy a seguir diciéndote que eres el lucero de mis noches y la cataplasma de mis heridas, sandalia de mi camino, fuente de mi desierto, harina de mi pan, agua de mi gaznate...

*María* - Pero, ¿qué te pasa a ti hoy, José? ¿Te has vuelto loco?

*José* - ¡De remate! ¡Y la culpa la tiene la nazarena más linda de este país!

Nazaret era un pueblito de nada. Más pequeño que una nuez. Jóvenes casamenteros había en aquel tiempo cuatro, que yo recuerde. Y muchachas, éramos tres. A mí me gustaba mucho José, aquel muchachote que lo mismo pegaba una puerta que

pisaba uvas en el lagar que le ponía herraduras a un mulo. Desde niños habíamos jugado juntos. Luego, cuando fuimos creciendo, nos empezamos a querer. Me acuerdo que, al principio, nos poníamos colorados cuando nos encontrábamos en el campo y entonces a él se le soltaba la lengua y empezaba a decirme cosas y se reía mucho. Y yo me reía todavía más. A mi padre, Joaquín, también le gustaba José, porque era muy trabajador. Por eso, se fue un día a ver a su padre. Iban a hacer el trato para la boda.(2)

*Compadre* - Bueno, compadre Joaquín, con dos ojos que uno tenga en la cara ve que estos muchachos nuestros están por lo que están. ¿No le parece a usted?

*Joaquín* - Me parece, compadre. Yo digo que es tiempo de que los dátiles entren en sabor y los muchachos en amor, como decía el difunto Rubén.

*Compadre* - No es por nada, compadre, pero mi José será lo que sea, un poco alocado como toda la gente joven de hoy, pero honrado lo es. Su muchacha se lleva un hombre de una pieza.

*Joaquín* - Pues mire, compadre, que yo no me quedo atrás. Mi hija tendrá lo suyo, que no hay mujer que no lo tenga, pero más derecha y más alegre que una flauta, así es ella. ¡Y llena de gracia mis que ninguna!

*Compadre* - Entonces, compadre Joaquín, por mí ya está todo dicho.

*Joaquín* - Y por mí no hay nada más que decir. ¿Trato hecho?

*Compadre* - ¡Trato hecho! ¡Y que Dios le arranque los bigotes al que no lo cumpla!

*Joaquín* - Ahora lo que hace falta es que ese par de tórtolos tengan muchos hijos y nos llenen la casa de nietos, ¿no cree usted?

*Compadre* - ¡Claro que sí! Y, por cierto, hablando de hijos, ¿sus ovejas ya le parieron, compadre? Porque las mías ya están a punto...

A los pocos días nos hicimos novios.(3) Yo tenía quince años y José, dieciocho.

*José* - ¡Ahora sí que no te me escapabas, María! ¡Estoy más contento que un arco iris!

Después de la fiesta del compromiso, la vida siguió más o menos lo mismo. José buscaba trabajo hasta debajo de las piedras, en la finca de don Ananías o más lejos, en Caná o en Séforis. Dios le echaba una mano y, a veces, tenía suerte. Quería ahorrar algunos denarios para cuando nos casáramos. Yo seguía haciendo lo de siempre: ayudar con mis dos hermanas mayores a mi madre, Ana, que estaba medio



enferma por entonces. En casa había que hacer para dar y tomar, porque éramos muchos. Todo seguía igual, pero para mí todo había cambiado. Ya no era una niña. Tenía novio, me iría pronto de casa. Estaba muy contenta por aquel tiempo.

*Vecina* - María, muchacha, has tenido suerte. Ese José te quiere más que a la niña de sus ojos. No hace más que decir cosas bonitas de ti.

*María* - Es un cuentista, eso es lo que pasa.

*Vecina* - Un poco feúcho sí es, pero lo que tiene de feo lo tiene de honrado.

*Muchacha* - ¡Mira tú ésta por dónde sale ahora! ¿José feo? Con esas espaldotas como una muralla y esos ojos tan así que tiene...

*Vecina* - Cuidadito, María, ¡que ésta te va a levantar el novio! ¡Óigame, Tina, no empuje, que el pozo no se va a secar!(4) Pasa tú, muchacha, que te toca a ti y tu madre te estará esperando.

Me acerqué al brocal del pozo y empecé a tirar de la cuerda para sacar el agua. Ya ni me acuerdo cómo pasó. Vi estrellitas en los ojos y después todo se me borró de delante.

*Vecina* - ¡Eh, que esta niña se ha desmayado!

*Muchacha* - ¡Agarra su cántaro, Sara, y ayúdame a llevarla a casa!

*Comadre* - Échenle fresco. Eso es un mareo. ¡Con este calor, cualquiera!

Pasaron las semanas y me siguieron dando mareos. No me sentía bien. Se me aflojaban las piernas por cualquier cosa. Mi madre me ponía emplastos de albahaca en la frente y me daba cocimientos de todas las yerbas. Pero seguía igual. Un día ya me di cuenta de lo que me estaba pasando. Ay, caramba, por las noches daba vueltas y vueltas en la estera y me amanecía sin haber pegado un ojo. Le rezaba fuerte a Dios para que me ayudara. Me acuerdo que lloraba mucho. Quería hablar con mi madre, pero no me atrevía. No sabía ni por dónde empezar. ¡Dios mío, qué asustada estaba! ¡Qué angustia! Un día tragué en seco, hice de tripas corazón, y me fui a ver al abuelo Isaías. Creo que mi abuelo era el hombre más viejo de Nazaret. Vivía en una casita muy pequeña, a la salida del pueblo. A pesar de los años, estaba más fuerte que un olivo y tenía muy pocas canas en aquella barba tan larga. Nunca usaba sandalias. Trabajaba en el campo durante todo el día y al caer el sol se sentaba a la puerta de su choza, a mascar dátiles y a tomar el fresco. Así lo encontré yo aquella tarde...

*Isaías* - ¡Miren quién viene por aquí! ¡Saludos, María!

Oye, muchacha, me ha dicho tu madre que andas con malestares, ¿no? ¿Cómo es eso, tan joven? Ana está preocupada contigo.

*María* - Sí, un poco.

*Isaías* - ¿Un poco? Un mucho. A ver, saca la lengua.

*María* - Ahhh...

*Isaías* - Pues la tienes limpia. ¿Y esos ojos? Vamos a ver... Colorados como una manzana. Ya le dije yo a Ana que te diera cáscaras de algarrobos. Son buenas. Tengo por aquí. ¿Quieres algunas?

*María* - Bueno.

Pero el abuelo no se levantó de la piedra en la que estaba sentado. Escupió una semilla y me sonrió.

*Isaías* - Te conozco, muchacha, te vi nacer. A ver, ¿qué es lo que me quieres contar? Porque tú has venido a decirme algo medio importante, ¿no es así?

*María* - Sí, abuelo, pero...

*Isaías* - Dime lo que te pasa. Ya sabes que la lengua la hizo Dios para moverla.

*María* - Abuelo Isaías, yo creo que no estoy enferma, sino...

*Isaías* - Claro, te pones a pensar en la boda, ¿no? Eso es natural, mi hija. Todas las muchachas se asustan cuando les llega la hora. Pero ya verás que todo sale bien.

*María* - No, abuelo, no es eso... Bueno, sí, sí es eso, pero...

¡Madre mía, cómo me costaba decírselo! El abuelo me miraba con sus ojos grises y húmedos, como un cielo en día de lluvia, y seguía sonriéndome.

*Isaías* - ¿Qué pasa entonces, María? ¿Te da vergüenza decírmelo, verdad?

*María* - Sí, abuelo.

*Isaías* - Pues entonces, suéltalo rápido y sin pensarlo.

*María* - Abuelo... yo... ¡yo lo que estoy es preñada!

*Isaías* - ¿Cómo has dicho, hija?

*María* - Lo que usted oyó, abuelo.

*Isaías* - ¡María, muchacha! Pero, ¿es que ese granuja de José no sabe tener paciencia? ¡Estos jóvenes de ahora! ¿Por qué no le dijiste que se esperara a la boda?

*María* - No, abuelo, no. Yo no he estado con José. No, no es cosa de él.

*Isaías* - Entonces, ¿de quién, hija? ¿Qué te ha pasado?

*María* - No sé, no sé... no entiendo.

*Isaías* - Pero, ¿quién ha sido? ¿Timoteo, el de Ezequías? ¿Benjamín? ¡Esos dos son buenos pillos!

*María* - No, abuelo, ellos no. No ha sido nadie. Yo no... No ha sido nadie. ¡De verdad que yo no he estado con ningún hombre! ¡Lo juro!

*Isaías* - Bueno, muchacha, no llores. Será entonces que te has hecho la idea y no estarás preñada.

*María* - Lo estoy, abuelo, lo estoy. Ya siento al niño dentro. Estoy segura.

*Isaías* - ¿Estás segura, María?

*María* - Sí, estoy segura.

*Isaías* - ¿Y qué te ha dicho tu madre?

*María* - No se lo he contado, no me atrevo.

*Isaías* - ¿Y a tus hermanas?

*María* - Tampoco, tampoco. A usted es al primero al que se lo digo. ¡Ayúdeme, abuelo, ayúdeme!

El abuelo me pasó una mano por los hombros y me acercó a él.

*Isaías* - Vamos a ver, María... Esos camelleros que estuvieron parando en casa de ustedes, de camino a Séforis. ¿No será que...? Fue hace unos meses, ¿no? Te lo digo porque esos hombres usan unas yerbas raras, que traen de no sé dónde. Duermen a la gente con ellas. ¿No será que alguno...?

*María* - No, no, yo no tomé nada. Yo no lo recuerdo. Bueno, yo creo que no... ¡Ay, abuelo, yo no sé ya ni lo que creo! ¡Ayúdeme, abuelo! ¿Qué va a pensar José de mí? No querrá casarse conmigo. Me dejará. Nadie querrá casarse conmigo cuando lo sepan. Yo no entiendo esto, abuelo, no entiendo. Se lo juro, le juro que yo no he hecho nada malo, ¡se lo juro!

*Isaías* - Y yo te creo, Mariíta, yo te creo. Vamos, tranquilízate.

*María* - Pero nadie me lo va a creer. Dirán que soy una tal y una cual... Yo quiero a José y él me va a dejar. No me volverá a mirar la cara. ¡Y yo entonces me voy a volver loca! ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué, abuelo? Cuando lo sepan mis amigas... Me dirán que me saque al niño, que lo mate, para que nadie se entere... ¿Y yo qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer, abuelo?

Lloraba sin consuelo, agobiada por el peso de aquel niño que llevaba dentro. A través de mis lágrimas, alcé la cara, buscando en el abuelo una respuesta. No decía nada, pero me miraba sereno, contento, con una sonrisa que yo nunca olvidé en tantos años... Era la misma cara con la que yo pienso que Dios nos mira cuando estamos solos, cuando no sabemos... Después me levantó del suelo, me agarró por los hombros y me puso en pie. Yo sentí su fuerza y su

esperanza.

*Isaías* - ¡Alégrate, María! ¡Alégrate, no me llores así, que Dios está contigo! Nadie se ha muerto, muchacha. Al contrario, un niño te va a nacer, se te va a dar un hijo. No hay alegría mayor que ésa, María. Con cada niño que viene a esta tierra es como si Dios empezara el mundo otra vez. ¡Alégrate, María, no tengas miedo!

Era como si aquellas palabras vinieran de lejos, de muy lejos, atravesando los montes y las colinas que abrazan a Nazaret. Habían esperado mucho tiempo para ser dichas.

*María* - Pero... pero, ¿cómo es posible esto si yo no he estado con ningún hombre?

*Isaías* - Para Dios todo es posible, muchacha. Y él siempre se trae cosas grandes entre manos. Ve tú a saber lo que querrá hacer contigo y con ese niño que te ha dado. Acuérdate de Sara. Con las entrañas secas, con la esperanza muerta, con tantos años encima. Y Dios la hizo reír y le regaló a Isaac. Acuérdate de la madre de Samuel y de la de Sansón. Eran tierra que no daba fruto. Y Dios se acordó de ellas y les puso un niño en los brazos. Dios es grande, María, y hace cosas maravillosas. Y no sólo en los tiempos antiguos, sino también ahora. ¿No has sabido que tu tía Isabel, con lo vieja que está ya, anda esperando un hijo?

*María* - Entonces, abuelo, ¿usted cree que Dios anda por medio?

*Isaías* - ¡Claro que sí, muchacha! Anda, dile que sí a ese niño, María. Tráelo a la vida. Dile que sí a Dios. Sea lo que sea, todo será para bien.

Y temblando, le dije que sí.(5) Y el aliento de Dios, la fuerza de su espíritu, aleteó sobre mi cuerpo, como al principio del mundo. El abuelo Isaías tenía los ojos aguados cuando me despidió.(6) Yo volví a casa repitiendo una a una sus palabras. Aquel día florecieron en Nazaret los primeros almendros.

¡Alégrate, hija de Sión!

¡Alégrate y lanza gritos de júbilo, hija de Jerusalén!

Porque el Señor tu Dios está en ti,  
el Rey de Israel, un poderoso Salvador.

---

1. Contar los hechos de **la infancia de Jesús** al final de su vida permite entender mejor el origen que tuvieron estos relatos en los evangelios de Mateo y Lucas. Ni Marcos ni Juan cuentan absolutamente nada de la infancia de Jesús.

Los evangelios no fueron escritos en el orden de capítulos en el que se leen hoy. El relato de la pasión y muerte de Jesús fue lo primero en ponerse por escrito. Después se fueron añadiendo los relatos de las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos -cada evangelista eligió algunos-. Se consideraba que los hechos de la muerte y resurrección de Jesús constituían la esencia de la fe cristiana. Eran, además, los que habían quedado más vivos en la memoria de mayor número de gente. Posteriormente, se fue estructurando una vida de Jesús basada en las distintas etapas de su actividad profética: en Galilea, en Jerusalén, frases, discursos, curaciones. Esta estructura no es la misma en los cuatro evangelios. Sólo al final de la redacción, tanto Mateo como Lucas añadieron a esta historia de Jesús adulto algunos relatos para ilustrar su infancia. Y así, lo que se lee primero en estos dos evangelios fue lo último en escribirse.

Es muy posible que de los primeros años de la vida de Jesús, de cómo fue o de lo que hacía, casi nadie supiera nada cuando los evangelios se escribieron. Ninguno de los discípulos de Jesús o de los primeros cristianos había estado cerca de él en aquellos años. Hasta que fue al Jordán a ver a Juan el Bautista, la vida de Jesús no tuvo ningún relieve especial, nada que la distinguiera de la vida de muchos de sus paisanos. Pero después que comenzó a anunciar el Reino de Dios y sobre todo, después de su muerte y de la experiencia que de su resurrección tuvieron los discípulos, éstos comenzaron a interesarse por conocer más cosas sobre su vida.

Pudo ser María, la madre de Jesús, quien narrara a los evangelistas la infancia de su hijo. Pero, tanto Lucas como Mateo no quisieron reflejar en los acontecimientos de la infancia hechos históricos exactos. Ya de entrada, buscaron orientar al lector sobre cuál iba a ser el destino de aquel niño. Por eso, al escribir, utilizaron recursos literarios típicamente orientales y bíblicos: ángeles, señales, sueños, profecías del Antiguo Testamento que se van cumpliendo, estrellas, revelaciones, magos. Dibujaron un escenario "maravilloso" para que los lectores comprendieran quién había sido Jesús.

2. En los tiempos de Jesús y en la mayoría de los países de Oriente era el padre quien decidía con quién habían de **casarse** sus hijas. En Israel esto sólo era válido antes de que la muchacha cumpliera doce años. A partir de esta edad, era necesario el consentimiento de la hija para concertar el compromiso. En cualquier caso, la dote del matrimonio, era siempre responsabilidad del padre de la muchacha. La cantidad variaba mucho de unos pueblos a otros y dependía de las posibilidades de la familia.

3. El matrimonio era precedido siempre por los esponsales o desposorio, que no era como el **noviazgo** actual. Estar desposados era prácticamente estar casados. Los desposados se llamaban «esposo» y «esposa». Y la infidelidad de la mujer durante el tiempo de esponsales era considerada ya como adulterio, aunque la unión entre los desposados no se hubiera consumado. Los esponsales eran algo más que una palabra dada. Creaban una relación jurídica y familiar muy fuerte. No se sabe con exactitud el tiempo que mediaba entre los esponsales y el matrimonio. Lo más ordinario era un año, pero dependía de los lugares, de las costumbres familiares y de la época del año.

Los esponsales preparaban el paso de la muchacha del poder de su padre al de su esposo. A veces, se celebraban cuando la novia era aún una niña de seis u ocho años. La edad más normal era a los doce o doce años y medio. A esa edad la muchacha era considerada ya una mujer adulta. En Israel las mujeres se casaban muy jovencitas. Los trece o catorce años eran edades muy frecuentes. Los hombres lo hacían con algunos años más: diecisiete o dieciocho. En las ciudades se daban muchos casos de matrimonios con parientes, pues como las mujeres vivían muy encerradas era difícil que conocieran con cierta libertad a otros muchachos en edad de casarse. En el campo era diferente. Mujeres y hombres trabajaban juntos desde pequeños en la recolección, en la siembra, y podían trabar amistad con más normalidad.

4. En el actual Nazaret brota aún agua del **pozo** que había en la aldea en tiempos de María, a donde ella tuvo que ir cientos de veces con sus amigas y vecinas. Está en el interior de una pequeña y hermosa iglesia ortodoxa griega, dedicada al arcángel Gabriel. Parte del agua de esta fuente se ha canalizado a otra, construida más recientemente en plena calle, en donde los nazarenos beben y llenan sus cubos de agua. Todos lo llaman «el pozo de María».

5. El texto de la anunciación y del **sí de María** elaborado por Lucas está inspirado literariamente en varias profecías: Sofonías 3, 14-18; Isaías 7, 14 y 9, 6. A lo

largo de todo el Antiguo Testamento aparecen niños que nacen de forma sorprendente, como un regalo de Dios para sus madres, que eran estériles o viejas, sin esperanzas ya de engendrar. Es el caso de Isaac, patriarca del pueblo, hijo de la anciana Sara y de Abraham (Génesis 18, 9-14). El de Sansón, el gran juez de Israel, hijo de una mujer estéril (Jueces 13, 1-7). El de Samuel, primer rey de Israel, hijo de Ana, otra mujer estéril que pedía a Dios continuamente el regalo de un niño (1 Samuel 1, 1-18). Ya en el Nuevo Testamento, será el caso de Juan el Bautista, hijo de Isabel, una mujer anciana. Ante la gran personalidad de hombres como Isaac o Sansón o Samuel, los relatores de sus vidas quieren indicar, desde que cuentan su origen, que fueron un don de Dios para el pueblo, más que fruto del acto por el que sus padres los engendraron. Cuando Lucas escribió su evangelio tuvo presentes todas estas historias del Antiguo Testamento y elaboró un relato que las evocara. María no conoce varón, es virgen, y a pesar de eso va a tener un hijo, que viene de Dios y que será el mayor don de Dios a la historia humana.

6. En el nombre del abuelo **Isaías** hay un símbolo, igual que Lucas creó un símbolo en el ángel Gabriel. Isaías fue el profeta que anunció 800 años antes de Jesús a un niño que traería a Israel la paz y la justicia, un niño que se llamaría Emmanuel, que significa «Dios con nosotros» (Isaías 7, 13-14; 9, 5-6).

## 132- DE VISITA EN AIN KAREM

Reunidos en casa de Marcos, durante aquellos días anteriores a la fiesta de Pentecostés, le hacíamos muchas preguntas a María, la madre de Jesús, y ella nos iba contando los recuerdos antiguos de cuando era muchacha, de cuando Dios comenzó a cumplir las promesas hechas a Abraham.

*María* - Cuando mi madre Ana se enteró de que yo estaba en estado, ay, caramba, se llevó las manos a la cabeza, gritó, lloró, me dijo mil cosas y una más. Ahora me río, pero en aquellos días..

*Ana* - ¡Ay, qué vergüenza! ¡Ay, María, mi hija, qué humillación! ¡En una familia como la nuestra! ¡Desde los tatarabuelos, que se sepa, no hubo nunca ninguna mancha! ¡Y ahora tú!

*María* - Pero, mamá, ya te dije que esto es cosa de Dios.

*Ana* - De Dios, sí. ¡Primero metemos la pata y luego le endilgamos a Dios el resbalón!

*María* - Mamá, por Dios, tienes que creerme.

*Ana* - ¡No, no, no! ¡No empecemos otra vez ni me digas más! Parece mentira que una niña como tú, decente, bien criada...

*María* - Mamá, tengo quince años, ya no soy una niña.

*Ana* - Ya lo veo, ya lo veo. ¡Lo que eres es una desvergonzada!

*María* - Mamá, yo... yo...

*Ana* - Bueno, bueno, no llores más, mi hija. ¡Ay, Señor, cómo saldremos de este lío, Dios santo! Mira, María, sea lo que sea, tienes que irte de Nazaret. Esta aldea es muy pequeña y los vecinos tienen una lengua que se la pisan. Te irás a casa de unos parientes que tenemos en el sur. Después, cuando nazca la criatura, vuelves con ella y ya veremos lo que decimos, que te lo encontraste en un canasto como Moisés o cualquier cosa.

*María* - Yo no puedo irme de aquí, mamá. José y yo vamos a casarnos. Yo quiero estar a su lado. Es mi novio.

*Ana* - Y si se entera de esto, dejará de serlo. Y es capaz de matarte a pedradas. ¡Y razón tendría!

*María* - Ayúdame, mamá, ayúdame.

*Ana* - Ay, hija mía, las cosas se piensan antes de hacerse. Ahora ya no hay remedio. Así que, a lo hecho, pecho.

*María* - Pero es que yo no he hecho nada, yo no...

*Ana* - Escucha, Mariíta, tu hermano Yayo tiene que



viajar a Jerusalén la semana próxima, en una caravana de ésas que van a vender trigo. Te irás con él. Yo le diré a Yayo que te acompañe hasta la casa de Isabel y Zacarías.(1) ¿No te acuerdas de ellos? Sí, muchacha, son unos primos lejanos que tenemos nosotros. Hace muchos años que se fueron a vivir en ese pueblito que le dicen Ain Karem, cerca de la capital. Allí estarás bien cuidada. Y, además, como la Isabel también está esperando un hijo y ya le deben faltar pocos meses, pues mira, tú le puedes ayudar en algo y así no le comes el pan de balde, ¿me oyes?

*María* - Sí, mamá.

A la semana siguiente, pasó la caravana del trigo. Yayo, que era el mayor de mis hermanos varones, me aparejó un mulo y nos pusimos en camino con ellos, rumbo al sur. Yo iba muy asustada, ésa es la verdad. Llevaba puesta una túnica de rayas verdes, la única que tenía, y un pañuelo nuevo que me había prestado Susana.

*Yayo* - ¡Uff! ¡Qué calor! ¡Qué calor y qué hambre! Oye, ¿qué llevas tú ahí en esa cesta, María?

*María* - Son unas rosquillas de miel que mamá preparó.

*Yayo* - ¿Anjá? Pues dame una, que así se hace más corto el camino.

*María* - Que no, que son para tía Isabel.

*Yayo* - Pero dame una, caramba, una no hace nada.

*María* - Yo te conozco, Yayo. Después quieres otra y te las comes todas.

*Yayo* - Está bien, está bien. ¡Ja! ¿Con que rosquillas para doña Isabel? La rosquilla te la hicieron a ti, ¿verdad?

*María* - ¿Cómo dijiste?

*Yayo* - Vamos, vamos, no te pongas colorada. Dime... ¿Fue José, verdad? Fue él, ¿no es cierto?

*María* - No sé de qué me estás hablando, Yayo.

*Yayo* - No disimules, hermanita. Lo sé todo, ¿me oyes? Todo. Pero, no te preocupes, que cuando vuelva de Jerusalén, ¡ese mequetrefe va a saber quién soy yo!

*María loco?* - Pero, ¿qué estás diciendo, Yayo? ¿Te has vuelto loco?

*Yayo* - ¡Estoy diciendo que a una hermana mía no la deshonra un pata de puerco como él! ¡Habrase visto un sinvergüenza!

*María* - Yayo, por Dios, no grites, ¡te lo suplico! José no tiene la culpa de nada. El no me ha puesto un dedo encima.

*Yayo* - ¿Ah, no? ¿Y quién fue entonces? ¡Vamos, habla!

*María* - Yo no lo sé, Yayo. De veras, yo...

*Yayo* - No vas a decirme que fue una avispa que vino y se te hinchó la barriga. ¡Vamos, dime la verdad!

*María* - ¿No quieres una rosquilla, Yayo? Mira, toma una...

Seguíamos la ruta de las montañas. Yo nunca había salido de casa y todo me parecía nuevo y extraño. Los árboles, los pueblos, la gente. Después de tres jornadas de camino, muy cansados, llegamos a las tierras secas y amarillas de Judea. Vimos Jerusalén a lo lejos, pero nos separamos de la caravana y entramos por una vereda que sale a la aldeíta de Ain Karem.(2) Le dicen así, porque hay un manantial de agua muy fresca en medio de un inmenso viñedo. Allí, en una casita pequeña, vivían nuestros parientes.

*Yayo* - Bueno, hermana, ya tú te las arreglas. Yo sigo rumbo a la capital, que se me va a hacer tarde.

*María* - No, Yayo, por Dios, no me dejes sola. Me da vergüenza presentarme así, sin conocer a nadie.

*Yayo* - La vergüenza te debió haber dado antes y no ahora. ¡Adiós, María, que te vaya bien!

Por un caminito de tierra roja, me acerqué a la casa de tía Isabel. No tuve que tocar a la puerta. Ella salió a la recibirme con tanta sorpresa como alegría...

*Isabel* - ¿Que tú eres María, la hija de Joaquín y Ana? ¡No me digas una cosa así! ¡Ay, pero qué bonita estás, muchacha! ¡Y cuánto has crecido! Pero, ¿qué haces aquí, cómo viniste, quién te trajo?

*María* - Vine con mi hermano Yayo que venía a la capital.

*Isabel* - ¡Ay, María, qué alegría me has dado! ¡Ay, qué sorpresa! ¡Ay, qué buena idea ha tenido tu madre! ¡Ay, espérate, que el niño me está dando patadas! Mira, tócame, ponme la mano, ¿no lo sientes? ¿Sabes, Mariíta? ¡Estoy esperando un hijo! ¡A la vejez, viruelas, como dicen! Pero, ven, entra para que conozcas a tu tío... ¡Zacarías, viejo, mira quién ha venido a visitarnos! El pobre, cuando se enteró que iba a ser papá, se quedó mudo del susto. ¡Zacarías! Y cuéntame, ¿cómo está tu madre, cómo están todos por allá?

Tía Isabel fue muy cariñosa conmigo. Me trató como a una hija. Me enseñó muchas cosas que yo no sabía: a usar el telar y a tejer con hilo fino, que eso no se conocía en Nazaret. También me enseñó unos guisos de lentejas rojas. Ella decía que eran los que Rebeca le hacía a Isaac y que con eso las muchachas aseguraban a sus novios. No me pude quejar, ésta es la verdad. Tía Isabel me ayudó mucho y me

dio mucha confianza. Sobre todo aquel día que yo esta lavando ropa en el patio y me caí.

*Isabel* - Un mareo hoy y otro ayer y otro el sábado. Son muchos mareos para una sola semana, ¿no?

*María* - Es el calor, tía.

*Isabel* - ¿Y no será otra cosa? Mira, mi hija, que ya una es vieja y conoce al ciego durmiendo y al cojo sentado.

*María* - Tía Isabel, yo... yo tengo que decirle una cosa...

*Isabel* - Que estás preñada, ¿no es eso? Ven, muchacha, ven, vamos a conversar en aquella sombrita. Desahógate conmigo. Mira que el alma es como la tripa, cuando tiene muchas cosas dentro, se indigesta.

Empecé a hablar y a hablar y se lo conté todo...

*Isabel* - Así que vas a tener un hijo... Bueno, pues estamos empatadas. Tú me ayudas primero con el mío y luego yo te ayudo con el tuyo, ¿qué te parece, Mariíta?

*María* - Pero, tía, ¿usted me cree lo que yo le he contado?

*Isabel* - Claro que sí, mi hija. ¿Por qué no? Dios es grande y hace cosas grandes. ¡Si lo sabré yo! Mírame a mí. Yo estaba como la mujer de Abraham, con la fuente seca, ¿entiendes? Y Zacarías ya viejo. ¿Qué esperanza teníamos? Ninguna. ¡Ay, mi hija, cuántas noches pidiéndole a Dios que se apiadara de mí, que me dejara tener un hijo! ¡Sólo Dios sabe cuánto he llorado durante estos años! Y Zacarías, que siempre fue cascarrabias, se ponía cada vez peor y me echaba la culpa a mí, y yo, tragando lágrimas. Pero, ¿qué podía hacer yo, dime? Hasta que llegó el día de Dios. Sí, mi hija, sí, Dios tiene su hora y su momento. Y aquella mañana Zacarías(3) fue como siempre al templo con los otros sacerdotes de su grupo para quemar incienso.(4) Y se quedó rezando mucho tiempo, mucho. Y por la tarde, cuando volvió a casa, con aquellas ojeras tan tristes, yo le dije: Alégrate, viejo, y ve haciendo sitio en la estera que pronto tenemos visita. Y me dice él: ¿Quién demonios viene a casa?. Y le digo yo: ¡Un angelito, un hijo tuyo! ¡Estoy preñada, viejo! Ay, María, decirle aquello y quedarse mudo fue todo uno. Y es que él no se lo creía, qué va, porque él ya había perdido la esperanza. Pero mira tú cómo sería el alegrón que ya van siete

meses y sigue con la lengua amarrada. ¡Las cosas de Dios!

*María* - ¡Qué historia tan linda, tía Isabel!

*Isabel* - Pues la tuya será más bonita aún, María, ya lo verás, ya verás que sí.

*María* - Dios tuvo misericordia contigo.

*Isabel* - ¡Y dilo, mi hija, y dilo, que si él no mete su mano, lo que es por Zacarías! Oye, ¿sabes una cosa? Eso que has dicho me gusta: misericordia. Es un nombre muy bonito. Pues, mira, si me sale varón, lo llamaremos "Juan", por lo de la "misericordia".

Cuando se le cumplieron los meses, Isabel tuvo un niño grande y fuerte. Todos los vecinos de Ain Karem, al saber la alegre noticia, vinieron a felicitar a tía. Y le regalaron gallinas y dulces y tarros de miel, que hay muy buena por esos montes.

*Vecina* - ¡Caramba, Isabel, es verdad lo que dicen que nunca es tarde si la dicha es buena! ¡Mira, qué varón! ¡Alabado sea Dios! ¡Qué muchacho más hermosote!

Y a los ocho días, como era la costumbre, llamaron al rabino para que circuncidara al recién nacido. La casita de Zacarías reventaba de gente y de cantos y de festejos.

*Vecina* - ¡Ea, Isabel, felicidades, y que Dios le bendiga la criatura! ¡Qué muchachón, caramba, dan ganas de comérselo!

*Isabel* - Pues no me lo coma, vecina, que sólo tengo éste ¡y ya bastante trabajo me costó conseguirlo! Pero, al final, Dios tuvo misericordia de mí.

*Vecina* - Oiga, doña Isabel, ¿y cómo se va a llamar?

*Isabel* - Así mismo. Juan será su nombre.

*Vecino* - ¿Juan? Pero, ¿cómo? En tu familia no hay nadie que se llame Juan.

*Isabel* - Tampoco en mi familia hubo ninguna que pasara tanto trabajo para parir. ¡Se llamará Juan!

*Vecina* - Claro, ésta se aprovecha, como el viejo Zaca no puede hablar. Míralo, míralo por dónde viene... Oiga, Zacarías, venga acá, ¿qué le parece a usted? ¿Cómo se va a llamar el niño?

*Zacarías* - Mmmmmmmmm...

*Vecina* - Espérese, que ni el sabio Salomón lo entiende a usted...

*Zacarías* - Mmmmmmmmm...

*Isabel* - Una tablilla. Dice que le traigan una tablilla.

*Vecina* - Pero, ¿tú le entiendes esa jerigonza, Isabel?

*Isabel* - ¡Ay, mi hija, ya vamos para treinta y cinco

años juntos, imagínate.

Y le trajeron la tablilla y el cálamo y tío Zacarías escribió las letras del nombre que tía y él querían ponerle al muchachito.

*Vecina* - ¿Qué dice ahí, viejo Zaca, deje ver?

*Vecino* - ¿Juan? ¡No, Juan no! ¡De ninguna manera!

*Zacarías* - Mmmmmmm... ¡Juan, sí! ¡Juan es su nombre, caramba!

*Vecina* - ¡Óigalo, Isabel, a su marido se le soltó la lengua!

Al tío Zacarías se le iluminó la cara y se le aguaron los ojos, aquellos ojos gastados de tanto esperar, pero ahora radiantes por la alegría de ser padre, por el gozo de haber traído un hijo al mundo.

*Zacarías* - ¡Bendito sea Dios!

*Isabel* - ¿Ya puedes hablar, viejo?

*Zacarías* - ¡Bendito sea Dios que tiene entrañas de misericordia y que hizo fecundas las tuyas, mujer! ¡Bendito sea nuestro pueblo! ¡Su liberación se acerca! ¡El Señor lo prometió a nuestro padre Abraham, lo anunció por boca de los profetas, y lo cumplirá pronto, muy pronto, para que podamos servirle sin miedo en una patria libre! ¡Y bendito seas tú, hijo mío, hijo de la misericordia! Irás por delante, abriéndole caminos al Señor, preparándole un pueblo nuevo, bien dispuesto, hasta que la Luz del Altísimo brille en medio de nuestras tinieblas y podamos caminar todos por los senderos de la paz.

*Vecina* - ¡Bien, Zacarías, bien, hasta poeta nos ha salido usted, caramba!

Nunca se me olvidará aquella fiesta. Los vecinos de Ain Karem brindaron a la salud de Juan, el hijito de Isabel y Zacarías, y le echaron coplas de buena suerte y bailaron en el patio hasta el amanecer.

*Isabel* - ¿Ves, María? ¿Ves como Dios hace las cosas bien? No tengas miedo, muchacha. Si Dios se fijó en ti, si bendijo el fruto de tus entrañas, él se las arreglará para sacarte adelante y un día muchos te felicitarán como hoy a mí. Muchos, muchísimos más te felicitarán a ti, María.

*María* - Sí, Dios fue grande(5) con tía Isabel, y ha sido grande conmigo, muy grande, ésa es la verdad, y yo no me canso de darle gracias, porque

miren ustedes en quién se vino a fijar. Así son las cosas de Dios. A los poderosos los derriba del trono y a los humildes nos levanta del polvo. A los ricos los deja vacíos y a los hambrientos nos da de comer. A Isabel, que era estéril, le regaló un hijo, y conmigo hizo una maravilla más grande, porque con mis propios ojos he visto al mío, a Jesús, levantado de entre los muertos. Y yo a veces pienso que todo esto que ha pasado ahora es lo que Dios le había prometido a Abraham y a nuestros padres, lo que nosotros hemos estado esperando de generación en generación.

Lucas 1,39-79

---

1. El parentesco que tradicionalmente se ha establecido entre **Isabel**, la mujer de Zacarías, y María, la madre de Jesús, no es un dato histórico comprobable. En todo caso, fueran o no parientes, el evangelista Lucas las hubiera hecho aparecer relacionadas por vínculos familiares. Con ello, más que hablar de lazos de sangre está indicando los lazos espirituales que unieron al hijo de Isabel -Juan el Bautista- con Jesús, el hijo de María. Los dos pertenecieron a la tradición de los grandes profetas de Israel, hombres de Dios y de su pueblo.

2. Según una antigua tradición de unos 500 años después de Jesús, Juan el Bautista habría nacido en **Ain Karem**, una aldea situada en las montañas de Judea, a unos 7 kilómetros y medio al oeste de Jerusalén. En esta zona crecen en abundancia los viñedos y los olivos. Ain Karem quiere decir «la fuente del viñedo». El paisaje es muy hermoso por la fertilidad de la tierra, que contrasta con el desierto de los alrededores. Entre las muchas iglesias y conventos que se han edificado allí en recuerdo del Bautista, destacan la de San Juan, en la que estaría el lugar donde nació el profeta, y la de la Visitación, grande y rodeada de jardines, donde estaría la casa de Isabel y Zacarías. A todo lo largo del claustro de esta iglesia se pueden ver mosaicos con el texto del Canto de María, el Magnificat, escrito en varios idiomas.

3. **Zacarías**, esposo de Isabel y padre de Juan el Bautista, era sacerdote. Además de la aristocracia sacerdotal de Jerusalén, había en Israel una gran masa de simples clérigos. Se calculan más de 7 mil en todo el país, aunque en Galilea había muy pocos. Para ser sacerdote no se podía tener ningún defecto físico y era necesario estar

entroncado con la familia de Aarón, el hermano de Moisés. Los simples sacerdotes eran hombres de familias pobres, con tan pocos recursos que casi todos ejercían un trabajo manual en sus pueblos para subsistir: carpinteros, picapedreros, comerciantes, carniceros. Tenían su mujer, sus hijos, su casa. Su vida sencilla estaba en contraste con la de los sacerdotes jefes, privilegiados y ricos, que acaparaban los impuestos que pagaba el pueblo. Por eso, el bajo clero hizo causa común con el pueblo al estallar la revuelta antiromana del año 66 después de Jesús, que terminó con la destrucción del Templo de Jerusalén.

4. En tiempos de Jesús, los **sacerdotes** estaban divididos en 24 clases o secciones. Cada uno de estos grupos realizaba por turno una semana de servicio en el Templo de Jerusalén, de sábado a sábado. Los que vivían fuera de la capital viajaban a Jerusalén y se quedaban allí durante este tiempo. El Sumo Sacerdote sólo oficiaba en el Templo los sábados, los días de luna nueva y en las grandes festividades. Se calcula que cada sección de sacerdotes ordinarios estaría compuesta por 300 miembros. Durante la semana de servicio se echaba a suertes el trabajo que a cada uno correspondía diariamente. Por la mañana, después de un baño ritual, los sacerdotes hacían el sacrificio de los perfumes, el holocausto de un carnero, las libaciones. Por la tarde, se purificaba el altar, se quemaban perfumes. También había que llevar leña para los holocaustos, atender los sacrificios privados de los fieles y mantener siempre encendido el fuego del altar.

Los sacerdotes usaban vestiduras de lino blanco y encima una túnica blanca que ceñían con un largo cordón. Cubrían su cabeza con una cofia de lino blanco. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, pertenecía al grupo o familia de Abías y estaba ofreciendo perfume de incienso a la hora del sacrificio de la tarde, cuando supo que Isabel, su mujer, le iba a dar un hijo.

5. El canto de María, el **Magnificat**, está inspirado en el canto de Ana, madre de Samuel, el último juez de Israel (1 Samuel 2, 1-10) y en otras expresiones de los salmos, de los profetas y del libro del Génesis. Para escribir el relato del nacimiento de Juan el Bautista, el evangelista Lucas también se inspiró literalmente en el nacimiento «milagroso» de Samuel (1 Samuel 1, 1-28). Isabel y Ana, la madre de este profeta, eran estériles cuando quedaron embarazadas.

### 133- UNA NOCHE DE DUDAS

Abarrotada de peregrinos, Jerusalén esperaba con alegría la fiesta de la cosecha, ya próxima. Los once del grupo y las mujeres, reunidos por aquellos días en casa de Marcos, escuchábamos a María, la madre de Jesús, que iba sacando recuerdos de su memoria, como el que saca de su arcón cosas nuevas y antiguas.

*María* - Pueblo chico, infierno grande, así dicen. Y es verdad. Porque en Nazaret no se podía estornudar sin que todo el mundo se enterara del catarro. Claro, ya ustedes se pueden imaginar, éramos apenas unas veinte familias. Y aunque mi madre me había mandado a la otra punta del país para evitar habladurías, la lengua de los vecinos no se quedó quieta.

*Vecina* - ¿Que tú no sabes nada? ¡Ay, muchacha, pero tú estás en las nubes! ¡La hija de Joaquín! Sí, sí, la Mariíta ésa que parecía tan mosquita muerta.

*Comadre* - ¿Y qué pasa con ella, dime, cuéntame?

*Vecina* - ¿Qué pasa? ¡Que está como el pan! ¡Le echaron levadura y está creciendo la masa!

*Comadre* - ¡Bendito Señor, qué escándalo, qué poca vergüenza! Y mira que también el Joseíto ése no perdió tiempo, ¿eh?

*Vecina* - No, muchacha, qué va, a ése mejor tenerla lástima. "Si te ponen los cuernos, lararó, lararí..."

Murmuraban las mujeres y murmuraban también los hombres...

*Vecino* - Ya decía yo que esa morenita era demasiado alegre. Mucha risa, mucho baile, mucho juego y claro, ¡después viene el otro juego! ¡Ay, compadre, la juventud de ahora está perdida, se lo digo yo!

*Compadre* - ¡Y yo le digo a usted que si fuera hija mía le daba una tunda de palos que le dejaba el trasero más colorado que el Mar Rojo! ¡Es que esto es un relajo ya, compadre! En nuestros tiempos, una muchacha decente no se asomaba por la ventana ni se quitaba el pañuelo de la cara. Y usted ve ahora a estas mocosas que le enseñan a uno hasta el tobillo. ¡Y después no quieren que pase lo que pasa!

*Vecino* - ¡Así mismo es! Y yo pregunto, compadre, ¿qué ha dicho el novio? Porque tengo entendido que esa barriga no es suya. ¿Qué piensa hacer José? ¿Ya estará recogiendo piedras, ¿no es eso?



*Vecino* - Bueno, lo primero es que se entere. El pobre muchacho está en ayunas. Sí, sí, como lo oye. El José no sabe nada todavía...

Como siempre pasa, José fue el último en enterarse...

*José* - Pero, ¿qué está pasando aquí? ¿Tengo yo la lepra para que nadie se me arrime? Voy caminando y todos vuelven la cara. Voy al trabajo y una riéndose y la otra cuchicheando. ¡Maldita sea, ¿qué demonios pasa conmigo?

*Vecino* - Contigo no pasa nada, muchacho. La cosa es con ella, con tu novia.

*José* - ¿Con María? ¿Qué le pasa a María? Habla, di.

*Vecino* - Lo siento, José, pero tengo que decírtelo. El asunto apesta más que un queso rancio y mientras más tiempo pase, será peor.

*José* - Sin rodeos. Habla claro.

*Vecino* - Bueno, pues... que está esperando un hijo.

*José* - ¿Cómo has dicho?

*Vecino* - Que está preñada. Sí, así como suena. Y como todos sospechamos que tú no sembraste esa mata...

*José* - Pero no es posible, no es posible... Yo no puedo creer que María me haya hecho una cosa así.

*Vecino* - Pues créelo, muchacho. ¡Que si Noé no hubiera creído lo del diluvio, se lo hubieran comido los peces!

*Boliche* - ¡Al buen tiempo, José! ¿Y qué, compañero? ¿Ya te contaron el traspie de tu querida noviecita? ¡Ah, caramba, todas son iguales! ¡La que no cojea de una pata, cojea de las dos! ¡Ja, ja, ja!

*José* - ¡Cállate ya, Boliche!

*Boliche* - Pero no te preocupes, hombre, que también se la jugaron al pobre Oseas y, mira tú, ¡llegó hasta profeta! ¡Jajajay!

*José* - ¡Si no te largas ahora mismo, te rompo las narices!

*Boliche* - Está bien, hombre, está bien. «Si te ponen los cuernos... »

*José* - ¡Vete al diablo, desgraciado!

*Boliche* - ¡Que él te acompañe! ¡Jajajay!

¡Qué mal lo tuvo que pasar José! ¡Cada vez que me acuerdo de aquello me da como un remordimiento! Él me contó después que ese día se encerró en la casa y no quiso comer ni hablar con nadie.

*Madre* - José, hijo, ¿no vas a comer nada? José...

*José* - ¡No quiero nada! ¡Váyanse todos al infierno y déjenme en paz!

Estaba desesperado. Se tiró sobre la estera, cerró los ojos y trató de dormir.

*José* - ¡Descarada, ahora vas a saber quién soy yo! Muchas palabras bonitas y muchos arrumacos, ¡y ahora esto! Pero, prepárate, porque te voy a agarrar por los moños y te traigo aquí y te arrastro por la aldea. ¿O qué te crees tú? ¿Que por tu culpa voy a ser el hazmerreír del pueblo? Maldita sea, te voy a repudiar,(1) te voy a llevar en cueros frente a la casa de tu padre y le diré al viejo Joaquín: quédese con ella, se la devuelvo, ¡no quiero basura en mi casa! ¡Para que aprendas a respetar, que cuando uno da una palabra, la da. Y yo te dije que me quería casar contigo y tú me dijiste que también y ahora... ahora...

José se mordía la lengua para que sus hermanos no lo oyeran llorar. Se apretó los ojos con los puños, pero las lágrimas le subían a la garganta como un río salado.

*José* - Me has roto el corazón, María, me lo has partido como un jarro de alfarero, que ya no tiene arreglo. ¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué si yo te quería, si yo te quiero desde cuando jugábamos en la colina, si tú eres lo único que me da ganas de vivir, si yo no me he fijado nunca en ninguna muchacha. Sólo en ti, María. ¿Y qué voy a hacer ahora? Me largaré de aquí, donde nadie sepa quién diablos soy y... y ya encontraré otra mujer. ¿O qué te crees tú? ¿Que eres la única? Pues mira, hay muchas muchachas más bonitas que tú, ¿me oyes? Y que saben cocinar mejor, para que te vayas enterando...

José dio media vuelta en la estera, se arrebujó en la manta y trató de dormir. Pero el sueño se le escapaba como agua entre las manos.(2)

*José* - No, yo no puedo irme sin verte antes. Tengo que verte, aunque sea para que me digas lo que ya sé. Anda, sé valiente y dímelo tú, mirándome a la cara. ¡Sí, sí, tengo que verte!

José se sentó en la estera. A pesar de la brisa de la noche, tenía la frente bañada en sudor.

*Madre* - ¿Te pasa algo, José, hijo?

*José* - No, mamá, nada, que no tengo sueño...

Se ahogaba. No cabía en la casa. A tientas se levantó, se echó encima la túnica y, sin despedirse de su madre, abrió la puerta y se fue. No llevaba alforja ni bastón y el camino era muy largo. Pero no le importaba. Tenía que llegar cuanto antes a Ain Karem, donde yo estaba viviendo aquellos meses. Después de dos días de camino, llegó a los montes de Judá y vio a lo lejos la aldea. Se detuvo. El corazón le traqueteaba en el pecho. Respiró hondo y apuró el paso hasta la casita de mis tíos. Yo lo vi llegar...

*José* - ¿No es aquí donde vive...?

*María* - ¡José!

*José* - ¡María!

José se quedó pasmado en el marco de la puerta, frente a mí, con los ojos clavados en mi vientre ya crecido.

*María* - José, ¿qué haces tú aquí?

*José* - Vine a verte.

*María* - Pues... ya me estás viendo.

*José* - Sí, ya veo... ya veo...

*María* - Estoy esperando un hijo, José.

*José* - Y yo estoy esperando una palabra tuya, María. Después... después me iré y nunca más sabrás de mí.

Tía Isabel apareció enseguida. También ella había visto llegar a José...

*Isabel* - ¡Tú no te vas a ningún lado! ¡Y antes de ponerse tan sombrío, salude a la gente! ¡Caramba con estos jóvenes de ahora! Llegan a tu casa y como si una fuera un saco de harina. Tú eres José, ¿verdad? Estoy segura, se te ve en la cara. ¿Y qué? ¿De visita por aquí?

*José* - Bueno, sí, señora, yo... yo vine a hablar algo con María...

*Isabel* - Algo y mucho. Pero para hablar tendrán tiempo después. Ahora ven, para que te laves los pies y comas algo.

*José* - No, señora, yo no quiero molestar, yo...

*Isabel* - Vamos, muchacho, no disimules, que tienes unas ojeras más grande que los pliegues de mi túnica. Y no debes haber comido nada caliente desde que saliste de Nazaret, ¿verdad? Vamos, entra. Ahora llamo al viejo. ¡Zacarías, ven para que conozcas al novio de Mariíta! Vamos, muñeco, tranquilo... Juanito... ¿Es mi hijo, sabes? Ayer cumplió un mes. Y no es porque sea mío, pero dímelo tú, José, ¿no es más bonito que un querubín?

¡Qué bien se portó tía Isabel con José! Lo hizo entrar en la casa, le preparó un guiso, lo puso a descansar en el cuartito del fondo. Después, tío Zacarías le enseñó la huerta y una crianza de gallinas que tenía junto al pozo. Entre los dos le ensancharon el corazón. Y luego, cuando el sol ya iba bajando, en esa hora de la tarde en que todo vuelve a la calma, en que todo se ve con más serenidad, José y yo nos sentamos a conversar, junto a un olivo verde del patio.

María - Pues... no sé por dónde empezar.

José - Pues... yo tampoco.

María - ¿Qué han dicho de mí en la aldea?

José - Bah, tonterías. Sólo saben darle a la sin hueso.

María - ¿A la qué?

José - A la lengua, María. Por eso se mueve tanto.

María - Dime, José... ¿tienes más confianza en lo que yo te diga que en lo que te hayan dicho tus amigos?

José - ¿De... de quién es el niño?

María - No lo sé.

José - ¿Cómo que no lo sabes?

María - No lo sé, de veras. Mira este árbol... Yo no sé quién lo ha sembrado, pero a cuánta gente no le habrá dado sombra, ¿verdad?

José - Si no te explicas mejor...

María - José, tampoco a una flecha le pregunta uno de qué arco salió sino a dónde se dirige en su vuelo. Escucha, antes de venir aquí, yo fui a hablar con el abuelo Isaías...

Le conté todo a José, desde el principio. Y él me escuchó en silencio, sin pestañear. Después, puso sus ojos sobre los míos, me agarró fuerte las manos y se quedó un buen rato así, callado.

José - ¿Por qué no me lo dijiste antes, María?

María - Porque... porque tenía miedo. He pasado mucho miedo, José.

José - Y yo, mucha rabia, ¿sabes?

María - Tía Isabel me ha ayudado mucho, me aconsejó.

José - Pues yo me comí lo mío solito.

María - Dime, José, ¿tú crees lo que yo te he dicho? ¿Me crees, José?

José - Te quiero, María. Te quiero y... y si tú dices que en este asunto está la mano de Dios, pues ya veremos a dónde nos va llevando. Mira, María, sea lo que sea, tú eres mi novia y me casaré contigo y ¡que salga el sol por donde salga! Y ese niño, pues... ¡como si fuera mío, caramba!

*María* - ¡José, qué bueno eres!  
*Isabel* - ¡Y dilo, muchacha, que gente tan buena ya no se ve por estos rincones!  
*María* - Tía, ¿qué hace usted ahí?  
*Isabel* - Bueno, al fin y al cabo, ésta es mi casa. ¿Con que pronto tendremos boda, no?  
*José* - Pues sí, doña Isabel. María y yo nos vamos a casar pronto. Así que, a recoger las cosas, que mañana mismo nos ponemos en camino al norte.  
*María* - ¿A Nazaret? ¿Y qué dirán allá cuando nos vean llegar y...?  
*José* - Que digan lo que quieran, a nosotros qué más nos da, ¿verdad, doña Isabel?  
*Isabel* - Claro que sí, muchacho. ¡Que gasten saliva! Lo que importa son ustedes dos y la criatura. Oye, y a propósito, ¿qué nombre le van a poner, Mariíta?  
*María* - Pues no sé, tía, a la verdad no lo hemos pensado aún.  
*José* - ¡Bueno, ya que otra cosa no, por lo menos que me dejen a mí ponerle el nombre! Mira, si sale niña, le pondremos como tú, María. Y si sale varoncito, pues le pondremos... Jacob. Eso, que fue un gran valiente. No, mejor Jesús, como el que entró al frente del pueblo en la tierra prometida. ¡Eso, Jesús, un nombre de libertad!

Y al día siguiente, tempranito, nos pusimos en camino hacia Galilea. Los vecinos de Nazaret, cuando nos vieron llegar juntos, se reían. Se reían de mí y, sobre todo, de José. Pero José no se dejó achicar por eso y comenzó a preparar la boda como si nada hubiera pasado. A los pocos días...

*Rabino* - José, recibe a María como esposa tuya, según la ley de Moisés.<sup>(3)</sup> Ámala, cuídala, sé fiel a la palabra que hoy has dado delante de todos nosotros, y que el Señor nuestro Dios te bendiga con muchos hijos y que alguno de ellos llegue a ser el Mesías que tanto necesitamos.  
*Todos* - ¡Amén, amén!  
*Vecino* - ¡Que vivan los recién casados!  
*Vecina* - ¡Para que sean felices y tengan muchos hijos!  
*Boliche* - ¡Y para que otra vez no se den tanta prisa!  
*Vecino* - ¡Vamos, que empiece la música, que empiece el baile, y que la fiesta dure hasta el amanecer!

Mateo 1,18-24

---

1. En los desposorios o esponsales quedaba formalizado el

matrimonio, aunque éste no se hubiera consumado ni existiera aún el contrato matrimonial, que sólo se establecía con la boda propiamente dicha. Pero el muchacho y la muchacha desposados -y fue el caso de José y María- se consideraban ya esposo y esposa. Hasta el punto, que si moría el joven, se consideraba viuda a la mujer a efectos legales. Y si era descubierta en adulterio, se la condenaba a muerte por apedreamiento. También si el hombre quería podía **repudiarla** presentando contra ella el libelo de divorcio. Todo, como si estuvieran ya ligados por el compromiso matrimonial. Al tener noticia del embarazo de María, a José se le presentaban varios caminos. El de repudiarla -divorciarse de ella, rompiendo los desposorios- alegando cualquiera de las razones que la ley le ofrecía -por ejemplo, algún defecto que hubiera descubierto en María, físico o moral-. El de denunciarla como adúltera, infiel a la palabra dada, con lo que María podía ser matada a pedradas por los vecinos de Nazaret. O el de huir de la aldea, quedando ante sus vecinos como un cobarde que no cumple con su esposa y más tarde, por el estado de María, convertirse en el hazmerreír de todos sus paisanos.

2. Para resolver las terribles dudas que tuvo que experimentar José antes de aceptar a María como esposa, sabiéndola ya embarazada, el evangelista Mateo hizo intervenir en su relato a un ángel que habla a José en **sueños** y le da fuerza para decidir. En la Biblia, el ángel es siempre un mensajero de Dios, que trae a los seres humanos un mensaje positivo. En su relato, Mateo buscó especialmente que sus lectores judíos relacionaran a José de Nazaret con el patriarca José, uno de los doce hijos de Jacob. En Egipto, mil años antes, José había tenido sueños en los que Dios le revelaba lo que le iba a ocurrir a él, a sus hermanos y a su pueblo, en los momentos en que comenzaba la esclavitud de Israel en Egipto. También interpretó José los sueños del faraón (Génesis 37, 5-11; 40, 1-15, 41, 1-36).

3. Pasados los siete días que solían durar las bodas, lo más ordinario era que la **esposa** fuera a vivir con su esposo a la casa de la familia de éste. Sobre lo que hicieran José y María no existe ningún dato. Sí se conserva en Nazaret la pared trasera de una cueva de piedra, que desde el siglo II se venera como la «casa de María», en donde quizá viviría la familia durante todos aquellos años. Este trozo de cueva está hoy en el interior de la Basílica de la Anunciación, amplísimo templo edificado en la ciudad. Es un recuerdo de probada autenticidad histórica.

### 134- EN MEDIO DEL CAMPAMENTO

Fue en Jerusalén y en casa de Marcos, unos días antes de la fiesta grande de Pentecostés, cuando María volvió con sus recuerdos a Belén, el pueblo en donde había nacido Jesús.

*María* - Yo estaba casi para dar a luz cuando los romanos salieron con lo de hacer un censo en todo el país.(1) ¡Qué lío aquellos días, Dios mío! La noticia de esa ley, que todos los israelitas teníamos que cumplir, por las buenas o por las malas, llegó a Nazaret cuando ya empezaba a hacer frío.

*Vecina* - ¡Desgraciados! ¡Si los hermanos Macabeos levantaran la cabeza! ¡Se la iban a cortar a esta recua de bandidos!

*Viejo* - Pero, ¿qué es lo que querrán estos romanos? ¡Se creen los amos!

*Vecino* - ¡Y es que lo son, compadre! ¿O usted se cae ahora de la mata? Desde hace cuarenta años nos tienen agarrados por el gañote! ¡Como en Egipto cuando Moisés! ¡Lo mismito!

*Vecina* - ¡Ahora, el censo! ¡Lo que quieren es tenernos bien contados a todos, uno a uno, como borregos, para chuparnos mejor los denarios!

La ley del censo mandaba que cada cabeza de familia se trasladara cuanto antes al lugar en donde habían nacido sus antepasados para empadronarse allí. Mis paisanos de Nazaret eran de distintas tribus, así que cada familia recogió sus cosas, cargó sus mulos, y se puso en camino de mala gana. Unos iban más cerca, otros más lejos. En unos días, Galilea se llenó de caravanas que cruzaban el país maldiciendo a los romanos. Como José era de la tribu de Judá, de la familia de David, nosotros teníamos que hacer un viaje muy largo, al sur.

*José* - ¡A Belén, María, a la otra punta del país nada menos! ¡Qué calamidad ahora! Tú, con esa barriga, los caminos llenos de lodo con las lluvias... ¡Todo se junta a veces!

*María* - ¡Pues nos quedamos aquí, José, y no vamos a ningún lado!

*José* - ¡Sí, eso es lo que tenemos que hacer y no andar con tanto cuento!

*María* - ¡No nos van a llevar a retortero porque se les antoja, caramba! ¿Entonces, José?

*José* - ¡Uff! Entonces... ve aparejando el mulo, María. Si no nos inscribimos vamos a tener más líos

después. Estos tipos lo controlan todo.

*María* - Pero, José, es un viaje muy largo. El niño está al nacer...

*José* - ¿Qué prefieres? ¿Que nos metan presos y que nazca en la cárcel?

Y nos fuimos a Belén.(2) Yo, montada en un mulo viejo, más muerta que viva. La verdad es que no me sentía tan mal ni el niño me daba mucha fatiga, pero tenía mi buen susto de que el parto me llegara lejos de mi madre, en un sitio extraño. A la altura de Naím, los que salimos de Nazaret para el sur nos juntamos con una gran caravana que venía de más lejos y que iba también para allá. Varias mujeres estaban como yo, en estado. Y aunque dicen que mal de muchos es consuelo de tontos, a mí aquello me dio ánimos.

*Hombre* - ¿Y hasta dónde va usted, paisano?

*José* - Hasta Belén, ¡imagínese! ¿Y usted?

*Hombre* - Nosotros nos quedamos más cerca, en Silo. ¡Ya veo que su mujer va madurita, como la mía!

*José* - Así mismo es. Bueno, con tal de que al muchacho no le dé por nacer nos en mitad del camino...

*María* - ¡Ay, José, por Dios, no digas eso!

*Hombre* - Y, dígame una cosa, ¿usted qué quiere, niño o niña?

*José* - Yo lo que quiero es que sea un valiente, ¡eso es lo que yo quiero! Si es niña, como Débora, aquella luchadora con más agallas que un hombre. Y si es niño, que salga con algo de lo que tenía Moisés.

*Hombre* - ¡Que tenía lo que hay que tener, qué caramba!

*José* - Porque, digo yo que... ¿mellizos no serán, eh, María? Con ese barrigón... ¡Ni se te ocurra! Mira que la vida ya está bastante difícil para apechugar con dos bocas más, así de golpe.

Después de tres jornadas de camino, llegamos a Belén, la que llaman "la casa del pan".

*Vieja* - ¡Atención, paisanos, Belén a la vista!

*Hombre* - ¡Quítense las sandalias, compañeros, que esta tierra es bendita! ¡De aquí salió el gran David!

*Mujer* - ¡Y también su gran abuela, que si Rut no llega a enamorar a Booz, otro gallo nos hubiera cantado! ¡Ea, andando y a buscar sitio!

Cuando entramos en Belén, la aldea estaba abarrotada de gente y comenzaba a llover.

*María* - ¿Dónde vamos a meternos, José? Han venido muchos para el censo. Parece que David tuvo más



nietos que conejos...

*José* - No te preocupes, María... Me dijeron que los galileos tienen un sitio allá en un descampado. En las posadas de aquí sólo entran los ricos.(3) Estos paisanos tienen fama de careros. Te cobran hasta por respirar.

Atravesamos como pudimos el pueblo, por las calles estrechas y retorcidas, empantanadas por el barro. Junto a ellas, se amontonaban las casitas blancas, de techo redondo. Los camellos y los animales de las caravanas temblaban de frío, con los pelos enmarañados, empapados por la lluvia. Yo me apoyaba en José para no caerme. Y José se apoyaba en su largo bastón tirando de la cuerda a nuestro mulo. El testarudo andaba a trompicones.

*José* - ¿Te sientes bien, María?

*María* - Estoy cansada. Mira, me da el corazón que la cosa ya está cerca. Este niño se está moviendo demasiado. Parece que tiene prisa.

*José* - O será que nos va a salir bailador, como el rey David. ¡Algo tendrá que sacar de él si nace en su pueblo!

No duró mucho la lluvia. Detrás de ella, un viento fresco barrió las nubes y, al llegar la noche, el cielo quedó limpio, lleno de estrellas. Los galileos teníamos nuestro campamento en las afueras, en un llano sembrado de palmeras desde donde se veían las luces de Belén.

*Galileo* - ¡El que quiera más aceitunas, ahí tiene! ¡O dátiles! ¡Esta noche todo es de todos, paisanos!

*Viejo* - ¡Hasta los piojos, caramba!

Recuerdo que hicimos una fogata grande y nos juntamos alrededor para comer algo. Algunos hombres se pusieron a cantar viejas canciones de aquella tierra, que sus abuelos les enseñaron. Los niños que habían venido en la caravana jugaban cerca del fuego. Estábamos alegres. Nos apretábamos unos contra otros para olvidar el frío, descansando del largo viaje.

*Galileo* - Mira que hacernos atravesar el país entero sólo para anotarnos el nombre en un papiro de ésos. ¡Romanos sinvergüenzas! ¡Ya las pagarán todas juntas cuando llegue el Mesías! Ése les va a hacer tragar tanto papel y tanta ley y tanto César Augusto...

*Vieja* - Ése sí que va a ser un día de alegría gorda, sí señor, ¡como cuando la cosecha sale buena! ¡Un día de fiesta!

*Muchacho* - ¡Y nosotros que lo veamos, vieja! Dicen que los profetas tienen anunciadas grandes cosas para entonces. ¿Saben lo que contaba mi abuelo? Que ese día el lobo y el cordero serán vecinos y no pelearán, la vaca y la osa serán compañeras y acostarán juntas a sus crías. ¿Ustedes se imaginan? ¡Ah, caramba, eso sí que será vivir con tranquilidad, sin sobresalto!

*Viejo* - Bueno, bueno, muchachos, sigan hablando, que la noche está bonita y las palabras de ustedes también. Pero, ¿saben lo que yo creo? Que o Dios se quedó dormido o el Mesías se equivocó de camino. Porque yo tengo ya los dientes amarillos y todavía no he visto nada.

*Galilea* - Vamos, viejo, no se desespere. Mire que Dios tiene su hora. Si él prometió, él cumplirá.

*María* - ¡Ay, José, ay... ay, ay, que me da, José que me da!

*José* - Pero, ¿qué te pasa, María, por Dios?

*Mujer* - ¿Qué le va a pasar, hombre? ¡Que el niño ya quiere sacar la cabeza!

Yo no me acuerdo de cómo fue todo. Entre José y otros hombres me cargaron.

*Hombre* - ¿Dónde la metemos, Simón?

*Simón* - ¡Allá, en esa cueva!

*Hombre* - ¡Pero, si está llena de animales!

*Simón* - ¡Los sacamos fuera, hombre! ¡Anda, corre tú a espantarlos!

*José* - Oiga, doña Noemí, ¡venga con nosotros! ¿Usted no es comadrona?

*Noemí* - ¡Pero mira a éste ahora con comadronas! ¡Hijo, aquí el que no ha parteado una vaca ha parteado una chiva! ¡Vamos todas!

El campamento entero se alborotó. Cerca del claro donde estábamos, en la ladera de la colina, había algunas cuevas donde los pastores guardaban sus ovejas. Las mujeres echaron a correr hacia allá. Todas querían ayudar. Los hombres tampoco se quedaron cortos. ¡Madre mía, qué carreras!

*Hombre* - ¡Uhooo! ¡Fueraaa! ¡Fueraaa! ¡A dormir al raso, ovejitas, que esta galilea necesita el cobijo! ¡Fueraaa!

Me metieron en una de las cuevas y me acostaron sobre un montón de paja seca.

*Vieja* - Vamos, muchacha, es el primero y cuesta más, pero ya verás que todo sale bien.

Galilea - ¡Ea, los hombres fuera! ¡Esto es cosa de mujeres!

Viejo - ¡Diablos, hay una peste del demonio aquí dentro!

Mujer - ¡Pues vete, entonces, que falta no haces! ¡Prende bien esa mecha, tú, y aléjala de la paja, no vayamos a tener una candelada! ¡Ea, he dicho que los hombres fuera!

Hombre - Que yo recuerde... ¡hip!... dijimos que esta noche todo era de todos. Pues entonces ese niño que va a nacer también es nuestro, ¡sí señor! ¡Hip!

Vieja - ¿Ah, sí? ¡Pues a ver si lo pares tú, zoquete! ¡Fuera, fuera!

José - Déjame quedarme a mí. ¡Soy el padre, caramba!

Mujer - Pues si eres el padre, haz algo útil. ¡Ve trayendo agua caliente en un cántaro y un par de paños limpios!

La noche entró en su primera guardia. Yo seguía allí, sobre las pajas, bañada en sudor, en la tremenda lucha de dar a luz apretando con ansiedad la mano de una de aquellas mujeres que tanto me ayudaron.(4)

Mujer - Vamos, María, que todo va muy bien. Ayúdalo a nacer. Anda, respira fuerte. Así, así...

María - ¡Ay!... ¡Ay!

Vieja - ¡Qué cosas! Ayer el de la Rebeca y hoy el de la María. ¡Dos días, dos partos! ¡Lo que es los galileos vamos a llenar el país!

¡Qué largas se me hacían las horas! Los dolores iban y venían como las olas del Mar Grande. La cueva seguía en penumbra, llena de mujeres. Los hombres, fuera, conversaban y cantaban, esperando la llegada del niño. Nadie durmió aquella noche.

Mujer - ¿Todo va bien?

Vieja - Claro que sí. Lo que pasa es que debe ser muy grande este niño.

Vieja - Vamos, María, un último esfuerzo, muchacha.

Mujer - Ponle un trapo con agua en la cabeza, Anita, refréscala.

Vieja - ¡Vamos, vamos, que ya viene! Sujétale bien las piernas, Noemí.

María - Ahh... ¡Ay! ¡Ay!

Mujer - Empuja más fuerte, María... ¡que ya está ahí la cabeza!

Vieja - ¡Ya está aquí! ¡Bendito sea Dios!

Mujer - ¡Es niño! ¡Has tenido un varón!

Mujer - ¡Corre, Chichí, avísale al padre!

José vino corriendo...

*José* - ¡María!

*María* - ¿Es bonito, José... es bonito?

*José* - Es precioso... ¡y se parece a mí! ¡Ja! Digo, por decir algo... Te quiero mucho, María.

*Vieja* - ¡El marido déjese ahora de besuqueos, que la mujer parida tiene que descansar!

*Mujer* - ¡Estos hombres! ¡Como ellos no pasan los dolores!

Las mujeres me lavaron al niño, lo envolvieron en pañales y me lo pusieron al lado, sobre las pajas. Y acercaron una lamparita para que lo viera bien.

*Mujer* - ¡Cuidado, muchacha, que el humo le molesta!

*Vieja* - ¿Tienes ya leche, hija?

*María* - Sí, creo que sí...

*Vieja* - Entonces dale la teta. Así se callará el pobrecito. Debe tener hambre.

*Mujer* - Mira, hija, hazlo así...

*Vieja* - ¡Y ahora, ya pueden entrar todos a ver al niño de la nazarena!

*Hombre* - ¡Eh, vengan a ver a un muchacho como Dios manda!

Nació en medio de su pueblo, de aquel pueblo que desde hacía mil años lo esperaba con hambre y sed de justicia.(5) Lo recibieron en este mundo las manos callosas y sufridas de las mujeres de Galilea. Nació en mitad de la noche y, en silencio, las estrellas repiquetearon como campanas para anunciar la alegre noticia de que él ya estaba en medio del campamento, entre nosotros, como uno más.

El pueblo que andaba en tinieblas  
vio una gran luz.

Y tú, Belén, tierra de Judá,  
no has sido la más pequeña  
entre las aldeas de Israel,  
porque en ti ha nacido

Aquel que ha de liberar al pueblo  
y le traerá la paz prometida.

Sobre él reposará el Espíritu del Señor,  
aleteando como en los comienzos del mundo,  
y la envergadura de sus alas  
abarcará la anchura de tu tierra, Emmanuel.

---

1. El año en que nació Jesús no se conoce exactamente, pero la referencia que hace el evangelio de Lucas a un **censo** ordenado por Roma nos aproxima a ella. Todo parece indicar que Jesús vino al mundo en los años inmediatamente anteriores a la anexión definitiva de Palestina al imperio romano o muy poco después. Durante aquellos años fue cuando Roma ordenó hacer un censo en Palestina, aunque no se sabe con certeza el tiempo que duró ni las fechas exactas.

El censo era un instrumento de control que empleaba Roma en sus dominios. El realizado en Israel, según Lucas, fue ordenado por Publio Sulpicio Quirino, legado de Roma en la provincia de Siria. El censo comprendía dos etapas: el registro y la recaudación. La primera etapa consistía en levantar un inventario o catastro de personas y propiedades en todo el país. En la segunda etapa, se asignaba a cada uno los impuestos correspondientes y se comenzaba a cobrarlos. La segunda etapa, la que algunos investigadores llaman simplemente «censo», parece haber tenido lugar hacia el año 6 después de Jesús. Si admitimos estos datos, el nacimiento de Jesús habría ocurrido durante la primera etapa, la del registro.

Al escribir su evangelio, Lucas se interesó particularmente por este hecho histórico y político, ya que los viajes de una región a otra que el censo provocó en todo el país, justificaban el traslado de José y María a Belén. Haciendo nacer a Jesús en Belén, la ciudad de David, Lucas podía establecer entre él y el gran rey de Israel una relación no sólo simbólica, sino además familiar. El viaje de Nazaret a Belén duraba unas cinco jornadas de camino.

El censo fue acogido por los hombres y mujeres de todo el país con verdadera indignación. Aquella ley consagraba formalmente la sumisión del pueblo y de la nación al imperio romano. A partir del censo, Palestina fue constituida en provincia de Roma. Según la organización imperialista, desde aquel momento se reconocía únicamente a los israelitas el derecho de usufructo de la tierra, para trabajarla y administrarla, reservándose Roma la propiedad sobre ella. Para el pueblo, el censo no fue sólo una medida de dominación política y económica, sino una auténtica blasfemia. Para Israel la tierra era santa, Dios era su único dueño y era su voluntad el que nadie se adueñara permanentemente de ella. Las leyes sociales de Israel orientaban en este sentido.

2. **Belén** era una ciudad importante cuando Jesús nació. Está situada a unos 10 kilómetros de Jerusalén, hacia el sur de la capital, en tierras de la familia Efrat. Por eso se llama también «Belén de Efratá». El nombre de Belén significa «casa del pan». En Belén había nacido David, el rey más amado de los israelitas. Era pastor y en los campos de aquella ciudad cuidaba sus ovejas cuando fue ungido como rey de su pueblo (1 Samuel 16, 1-13). También el profeta Miqueas había anunciado que de Belén saldría el futuro rey de Israel, el nuevo David que pastorearía al pueblo (Miqueas 5, 1-5). Tanto Lucas como Mateo presentan en sus evangelios a Jesús como heredero del linaje de David y afirman que en él se cumplió la profecía de Miqueas, que anunció el lugar de origen del Mesías esperado. Con esto, más que historia, hacían catequesis, y desde el comienzo del evangelio explicaban quién era Jesús y cuál iba a ser su misión.

Belén es hoy una hermosa ciudad árabe, con casas pequeñas y blancas que se amontonan sobre una colina. Entre todas ellas destaca la Basílica de la Natividad, construida hace mil 500 años y todavía en pie. Es una de los templos cristianos más antiguos del mundo. Muy grande, no tiene más que una estrecha y bajísima puerta de entrada, pues cuando se edificó eran tiempos de guerra. No haciéndole más puerta que ésta, se evitaba que jinetes armados entraran en el templo. En su interior, gastado por el tiempo, por el humo de las velas, por las pisadas de miles de peregrinos, existe una pequeña gruta que evoca el lugar donde nació Jesús. En el suelo una estrella señala, más piadosa que históricamente, el sitio del nacimiento. Tiene grabada una inscripción: «Aquí nació Jesús de María Virgen».

3. En Belén, como en toda ciudad de relativa importancia de Palestina, existían **posadas** para los que iban de paso a Jerusalén o a otras ciudades. El que «no hubiera lugar» para José y María en una de aquellas hospederías -lugar para acoger a las caravanas, donde se alojaban tanto personas como animales: caballos, camellos, burros- no sería por «maldad» de los posaderos que rechazaban al Hijo de Dios aún antes de nacer, como han hecho creer algunas tradiciones. No hubo lugar porque aquellos sitios estarían atestados o porque los precios estarían tan altos que José y María no podrían pagarlos. Los comerciantes, con toda seguridad, se aprovecharon del censo para cobrar más por el hospedaje. En todo caso, cuando los galileos iban a Judea procuraban alojarse juntos y mantenerse unidos. No es extraño que hicieran campamentos colectivos, más aún en circunstancias tan especiales como las del forzado viaje

con ocasión del censo.

4. María **parió** a Jesús. Su hijo no apareció «milagrosamente» sobre las pajas de la cueva de Belén. Jesús nació como todos los seres humanos, fruto del esfuerzo y los dolores de su madre. En Israel, cuando los niños nacían les cortaban el cordón del ombligo, los lavaban y los fajaban. También había costumbre de frotarlos con sal (Ezequiel 16, 4). Lo primero que se hacía era avisar al padre para que la comunidad le felicitara.

5. No sabemos si Jesús **nació** en los meses de invierno o en los del verano, ni mucho menos si su nacimiento ocurrió un 25 de diciembre. Esta fecha, que ha sido la fecha de Navidad desde hace más de mil 500 años, tiene su origen en la gran Fiesta del Sol Invencible que se celebraba en Roma y en todo el imperio romano con gran alegría popular. Los primeros cristianos cambiaron el sentido original de esta fiesta y comenzaron a celebrar ese mismo día el nacimiento de Jesús.

### 135- FIESTA CON LOS PASTORES

Jerusalén, como una mujer presumida, se adornaba para la próxima fiesta de Pentecostés. En las calles se ponían ramas y flores, en las murallas se encendían antorchas, y los hijos de Israel separaban sus primicias para ofrecerlas en el Templo, agradeciéndole a Dios la nueva cosecha. Ha pasado mucho tiempo y ninguno de nosotros ha olvidado todo lo que María nos contó en aquellos días.

*María* - Cuando Jesús nació, la noche todavía era cerrada, que yo me acuerde. Faltaba como un par de horas para que el sol subiera por las montañas y limpiara de estrellas aquel cielo frío y negro de Belén.(1) Enseguida que di a luz, la cueva se llenó de todos los galileos que había en el campamento. Entraban y salían para ver al niño y darnos la enhorabuena a mí y a José.

*Mujer* - ¡Bendito sea Dios, vaya muchachote hermoso!  
¡Para ser el primero!

*Hombre* - Ya sabes, José, quien hace un cesto hace ciento. ¡Es cosa tuya que los que vengan detrás te salgan tan bien hechos como éste!

*Muchacha* - Cosa suya, ¿no? Y la madre, ¿qué? ¡Estos hombres! ¡Siempre barren para su rincón, caramba!

*Vieja* - Lo que yo creo es que este galileíto va a dar mucha guerra. ¡Como siga igual que para nacer!

*Hombre* - Pero la madre ya se siente bien, ¿no?

*Vieja* - Deje a la madre reposar. No la haga hablar ahora. Anita, mójale los labios. Ha sudado mucho la pobre...

*Mujer* - ¡Pues lo que es el padre, estaba más espantado que la burra de Balaán!

*Muchacha* - ¡Mira este chiquirritico cómo mama ya, angelito!

*Hombre* - Muchacho, no sea glotón, que la fuente no se seca!

*Viejo* - Compañeros, todas las noches no nace un niño. Así que si hoy nació uno, esto hay que festejarlo. ¡Que empiece la música y corra el vino! ¡Hip!

*Mujer* - Pues como no seas tú el que corra a buscarlo, poco queda ya.

*Hombre* - Con poco o con mucho, esta noche se festeja por lo grande. ¡Hip! ¡Aquí no se acuesta nadie!

*Viejo* - No importa, ya falta poco para que canten los gallos. De una vez, pasamos la noche en claro.

*Mujer* - Pues yo tengo un sueño que me caigo en



pedazos...

*Vieja* - Aparta las cagarrutas y te echas una cabezada ahí sobre esa paja.

*Hombre* - Pero, ¿quién habla de sueño ahora, paisano? ¡Ea, suelta una copla, Titina, y que empiece la alegría!

*Mujer* - Bueno, bueno, vamos a ver qué me sale. Ahí va eso...

¡Que viva la más bonita!  
como la flor del romero  
que viva quien con dolores  
pare a su hijo primero.

*Hombre* - Ahora yo, que tengo una mejor...  
Limoncito, limoncito  
acabado de florecer  
no llores más muchachito  
que nadie te va a querer.

Cerca de la cueva, al otro lado del palmeral, había unos pastores que pasaban la noche por ahí, al sereno, cuidando sus ovejas.(2) Para defenderse del frío y de los lobos prendían fogatas al descampado y se turnaban montando guardia.

*Chepe* - Por los ángeles del cielo, ¿qué bulla es esa? Y diría yo que viene de allá, de donde la cueva. Cosa rara a estas horas. Afina bien las orejas, Chepe... Sí, esto parece música de fiesta. ¡Eh, tú, Samuel, eh, Baboso, despiértense, hijos!

*Baboso* - Pero, ¿qué es lo que pasa, caramba? Estaba soñando yo con un plato de lentejas rojas y...

*Samuel* - ¿Qué fue? ¿Los lobos?

*Chepe* - No, muchacho, es cosa buena. ¿No oyen ustedes lo que yo oigo?

*Samuel* - Sí, pero... ¿Qué fiesta se celebra esta noche?

*Chepe* - No lo sé, pero para una que nos cae tan cerca... ¡Epa, vamos a meter las narices!

*Baboso* - ¡Si hay muchachas bonitas todavía llegaremos a tiempo de pellizcar a alguna!

*Samuel* - ¡Pues vamos antes de que amanezca!

*Chepe* - ¡Y antes de que se acabe el vino!

*Baboso* - ¡Trae a las bestias! ¡Ovejas! ¡Ovejaaas!  
¡Andandooo!

Yo estaba muy cansada, los ojos se me cerraban. En aquel medio sueño veía por los rincones de la cueva a los que se habían quedado dormidos. Se arrebujaron en sus mantos y se echaron sobre la paja húmeda del suelo. Fuera, mis paisanos bailaban y cantaban. Ya saben ustedes que con los galileos cualquier ocasión es buena para alborotarse. De vez en

cuando José, que también cantaba a todo cantar, asomaba la cabeza y me guiñaba un ojo. Los pastores llegaron con su rebaño cuando ya casi amanecía.

- Mujer* - Bendito sea Dios arriba  
bendito sea Dios abajo  
y en la tierra que haya paz  
pa'l que cumple su trabajo.
- Hombre* - Y al que cumple su trabajo  
que también tenga alegría  
porque Dios quiere a los hombres  
por la noche y por el día.
- Chepe* - Eh, tú muchacho, ¿qué celebran ustedes con tanta bulla? ¡Nos han cortado el sueño por la mitad!
- Hombre* - Pero, ¿no se han enterado? ¡Una buena noticia, amigo! ¡Una paisana parió esta noche!
- Baboso* - Bah, entonces no es para tanto. Todos los días las mujeres de Belén dan a luz y no armamos tanto jolgorio.
- Hombre* - Pero esto es distinto. A un galileo que nace fuera de su tierra hay que recibirlo con más aprecio. Además, después de tanto viaje ya teníamos ganas de fiesta, ¡hombre!
- Chepe* - Y, a ver, ¿dónde está la criatura?
- Hombre* - Allá, en la cueva ésa, detrás del palmeral.
- Chepe* - Querrás decir en «mi» cueva. Porque ese lugar es mío y de mis ovejas.
- Hombre* - ¡Ea, viejo, no sea cascarrabias! Vamos, vengan también ustedes a verlo y a brindar. Aún habrá dátiles y un poco de vino.
- Chepe* - Dejen las ovejas ahí, en ese claro, muchachos.
- Hombre* - ¡Compañeros, oigan, estos pastores vienen a festejar con nosotros! ¡Oyeron la música y corrieron hacia acá!
- Chepe* - Así fue. ¿Y dónde está el padre de la criatura?
- José* - Soy yo, viejo.
- Chepe* - ¿Es el primero, hijo?
- José* - Sí, el primero.
- Chepe* - Pues que vengan muchos detrás. Anda, enséñame a tu muchacho.

Cuando entraron los pastores, la cueva se volvió a llenar de gente.

- Chepe* - A ver, ¿dónde está la buena moza que se ha colado a parir en mi cueva?
- María* - Aquí estoy, abuelo. Échemele una bendición al niño.
- Chepe* - ¡Que Dios te bendiga, muchacho! Está bien formado, sí. Ninguna oveja me ha parido un cordero tan hermoso como tu hijo, mujer.

El viejo pastor de barba gris se acercó a Jesús y le acarició la cabeza. Los otros dos, jóvenes y fuertes, tostados por el sol de Judea, hicieron lo mismo. Debían de ser sus hijos. Uno de ellos se acercó a José.

*Baboso* - Toma. Te lo regalo.

*José* - Y esto, ¿para qué es?

*Baboso* - Un cascabel de buena suerte. Nosotros, cuando nos nace una oveja, se lo colgamos del pescuezo. Sirve contra el mal de ojo y así el animal crece fuerte y se cría bien. Pónselo a tu niño.

*José* - Bueno, yo...

*Baboso* - Pónselo, hombre, que daño no le va a hacer.

*Chepe* - Óiganme, los forasteros: estoy pensando yo ahora que si este muchacho les ha nacido en sitio de pastores es que pastor habrá de ser.

*Vieja* - Eso mismito es lo que estaba yo diciendo ahí fuera, que si nació donde el ovejo, de pastor será el pellejo.

*José* - Por mí que sea pastor o albañil o vendedor de frutas, lo que él quiera ser, o lo que yo le pueda enseñar. A mí lo que me importa es que el muchacho salga valiente y pelee duro por nuestro pueblo. ¿Saben qué nombre le vamos a poner? Jesús, nombre de luchador.

*Chepe* - ¡Así me gusta oír hablar, muchacho! Hacen falta luchadores, porque este pueblo nuestro está como un rebaño dispersado. Los gobernantes que tenemos no es que sean malos pastores, ¡es que son malísimos! Ellos se apacientan a sí mismos. Y a nosotros, nos ordeñan, nos trasquilan, nos tienen puesta la bota en la nuca, y al final... ¡al degüello!. Pero ya dicen que no hay mal que cien años dure.

*Samuel* - ¡Como Dios no meta su bastón y nos lleve por sendero bueno!

*Baboso* - Sí, paisano, que Dios quiera que su muchachito sea de los que van delante del rebaño y lo hacen andar hasta donde hay buen pasto. ¡Ojalá!

*Mujer* - Bueno, bueno, están aquí ustedes hablando de si el niño va a ser esto o va a ser lo otro, y a ninguno se le ha ocurrido echarle la suerte. ¿A que no?

*Vieja* - Pues no, tienes razón. A ver, que la vieja Ciriaca deje el baile y venga para acá dentro, que ella sabe mucho de esas cosas.

*Chepe* - ¿Y cómo es que echan ustedes la suerte, mujer?

*Vieja* - Nosotros los del norte la leemos en la palma de la mano de la madre.

*Samuel* - Pues los pastores lo hacemos en la tripa del

ombligo de la criatura.

- Vieja* - ¿En el cordón del ombligo? ¡Uy, Dios santo, qué cosas hay que ver!
- Hombre* - En la mano o en el ombligo, ¿qué más da? ¡Pero, échense de una vez la suerte al niño!
- Mujer* - ¡A ver qué nos va a salir este nazareno!

Una mujer vieja, llena de arrugas, con aros de plata colgados de la nariz, y envuelta en un manto oscuro, se acercó despacio a las pajas donde yo estaba recostada.

*Ciriaca* - A ver, María, dame tu mano. La derecha, eso es... "Si no crecieras, mi niño, si te quedaras pequeño, pero el tiempo pasará, más pronto que pasa el sueño"... A ver, hija, acércame esa lamparita para que yo vea... Esta es la raya de los pies... Sí, aquí dice que este muchacho cruzará el país para arriba y para abajo... y después para abajo y para arriba.

*Hombre* - ¡Pues va a gastar muchas sandalias!

*Mujer* - ¡Psst! ¡Cállese, hombre, esto es cosa seria!

*Ciriaca* - Esta es la raya de las entrañas... Veo muchos, muchos hijos. El niño de María va a tener muchos hijos. Tantos como granos hay en la espiga cuando madura.

*Mujer* - ¡Ea, María, no te va a caber en la casa tanto nieto!

*Ciriaca* - Vamos a ver ahora la raya del dinero... ¡jumm! ¡Lo que está es rayado! Me parece a mí que este muchachito, si no se gana la rifa, va a andar siempre con una mano delante y otra atrás.

*Hombre* - Por eso no, vieja, que así andamos todos en este país, ¡hip!, ¡como Adán antes del pecado!

*Mujer* - ¡Ea, Ciriaca, échese otro augurio!

*Ciriaca* - ¿Todavía quieren más? No, no, que venga otro, ¡que para ser de balde, ya le he dicho bastante!

*Hombre* - Yo lo que quiero ver es el asunto ese del ombligo que dijo acá el pastor... ¿Cómo es que se echa esa suerte, viejo?

*Chepe* - ¿Dónde está la tripa?

*José* - Por ahí andará...

*Chepe* - ¡Pues, a buscarla! ¡Sin tripa no hay suerte!

*Mujer* - ¡Mírenla! ¡Aquí está!

*Chepe* - ¡Vamos fuera, que esto tiene que ser en campo abierto!

*Chepe* - ¿Ven? Se tira el cordón del ombligo para arriba y todo el mundo abajo preparado.

*Mujer* - ¿Y entonces, abuelo?

*Chepe* - ¡Para el que lo agarre, salud, fortuna y amor!

¡Ahí va!

*Hombre* - ¡La tengo! ¡La tengo!

Mujer - ¡Otra vez! ¡Otra vez!  
Chepe - ¡Ja! Trae acá, muchacho. ¡Para el que lo agarre esta vez, cien años de felicidad! ¡Ahí va!

Desde la cueva, recostada sobre las pajas, oí las risas, los aplausos y la algarabía de la fiesta que habían organizado los galileos y los pastores. Decían que mi hijo les iba a traer buena suerte, y yo en mi corazón le pedía a Dios lo mismo. Ya amanecía cuando cerré los ojos y me fui quedando dormida, apretando a Jesús contra mi pecho.

Vieja - La noche se volvió loca  
porque parió la paisana  
y en la fiesta que le hicimos  
nos agarró la mañana.(3)

Lucas 2,8-20

---

1. Los alrededores de **Belén** eran lugar apropiado para el pastoreo. En aquellos mismos campos David había apacentado sus ovejas antes de ser ungido como rey de Israel. Todavía hoy los pastores árabes conducen sus rebaños por los terrenos que rodean Belén. Fuera de la ciudad, en el llamado «campo de los pastores», una iglesia en forma de tienda beduina recuerda a los belemitas que saludaron al niño galileo recién nacido en sus tierras.

2. Los **pastores** de Belén, como los de cualquier otro lugar de Israel, no eran «tiernos, encantadores y dulces», como generalmente los pintan las postales y cantos de la Navidad. No sólo eran hombres de la más baja clase social, sino que se consideraban elementos «peligrosos». Los pastores eran marginados en la sociedad del tiempo de Jesús. Se los veía como ladrones y tramposos. Aunque no hubiera pruebas, eran siempre sospechosos de llevar sus animales a propiedades ajenas y de robar parte del producto de los rebaños. Algunas comunidades de personas «religiosas» tenían prohibido comprarles lana, leche o cabritos. La literatura de los tiempos de Jesús estaba llena de juicios muy críticos contra los pastores. Si el evangelio de Lucas presentó como primeros conocedores del nacimiento de Jesús a los pastores, más que dar con ello un dato histórico, buscaba hacer teología: dejar bien claro, desde el comienzo del evangelio, quiénes iban a ser los destinatarios del mensaje de Jesús.

3. Como en el texto de la anunciación a María, el

evangelista Lucas incluyó en este relato de alegría y **fiesta**, a ángeles que cantan en los cielos y anuncian paz en la tierra con ocasión del nacimiento de Jesús. Mateo, el otro relator de la infancia de Jesús, quiso resaltar la universalidad de su mensaje. Por eso, escribió que llegaron a Belén unos orientales que eran "magos", que tenían otra religión, expresando así que Jesús no vino a liberar sólo a Israel sino a todos los pueblos de la tierra. Se inspiró para ello en varias profecías del Antiguo Testamento (Isaías 49, 12 y 22-23; 60, 3-6) y hasta tomó prestada la estrella premonitoria con que Balaam, un extranjero, anunció la llegada de un gran rey (Números 24, 15-19) para completar el cuadro de la Navidad. Todos estos símbolos son el pórtico maravilloso de lo que Mateo y Lucas quieren dar a conocer sobre Jesús.

### 136- UN NOMBRE DE LIBERTAD

*María* - Pues sí, la verdad es que los salmos antiguos tienen razón cuando dicen que al ir se va triste, y al volver, se viene cantando. Porque miren, cuando viajamos a Belén, José y yo íbamos protestando y quejándonos por el lío aquel del censo que les conté. Y luego, cuando emprendimos el camino de regreso a Nazaret, ¡veníamos tan alegres por el recién nacido que traíamos en brazos!

Faltaban pocos días para Pentecostés, la fiesta grande de la cosecha. Sentados en el suelo, en el piso alto de la casa de Marcos, escuchábamos a María, la madre de Jesús, mientras ella rebuscaba en su memoria y nos contaba los primeros recuerdos de la vida de su hijo.

*María* - Uy, si hubieran visto el alboroto que se armó cuando llegamos con Jesús a la aldea. Bueno, con el niño, porque aún no tenía nombre, que todavía no lo habían circuncidado.

*Ana* - ¡Ay, qué cosita linda, señores, qué pimpollo de rosa, tan gordito!

*Joaquín* - Pues yo lo encuentro un poco flacucho, Ana, ¿no te parece?

*Ana* - Pero, ¿qué quieres tú, Joaquín? ¿Qué a una semana de nacido tenga los molletes de Sansón? Ahora hay que criarlo. María, mi hija, mucha teta primero, muchos garbanzos después.

*Joaquín* - ¡Y ponerle al sol, que el calor le hace bien a los muchachos!

*Ana* - ¿De dónde te sacas eso tú, Joaquín? ¡Ay, qué hombre tan bruto éste! ¿Cómo vas a poner al sol a una criaturita tan tierna? Además, dime, ¿para que quiere más si está morenito como un pan sacado del horno? ¡Así me gustan a mí los muchachos, caramba, y no esos otros que nacen blancuzcos como las ranas! ¡Ay, mi morenito lindo, dale un besito a tu abuela!

Mis padres estaban contentísimos y llenos de orgullo con el nieto. Y a los vecinos les faltó tiempo para venir a felicitarnos y también a fisgarle las narices al niño y averiguar a quién se parecía, ya ustedes se imaginan por qué.

*Boliche* - ¡Epa, déjeme echarle un vistazo al paisanito, a ver si está bien fabricado!

*Susana* - ¡Caramba contigo, Boliche, que me estás apeñuscando!

*Boliche* - Bueno, compadres, yo lo que quiero saber es por qué nombre va a responder este angelito. Ustedes, los abuelos, ¿qué dicen? ¿Cómo se va a llamar el niño?

*Ana* - El abuelo no sé qué dirá, pero la abuela se soñó anoche con una paloma blanca y bellísima, una paloma que venía bajando del cielo...

*Boliche* - Y que traía una ramita de olivo en el piquito, como dice la historia.

*Ana* - Bueno, yo no sé si traía olivo o mejorana, pero sí sé que vino volando la paloma y se posó en la cabeza del niño.

*Vecino* - ¿Y qué quiere decir ese sueño, doña Ana?

*Ana* - Pues mira tú, si este niño hubiera sido hembrita, como era mi deseo, le pondríamos por nombre Paloma.

*Boliche* - Pero nació macho. Entonces... ¡Palomino!

*Joaquín* - ¡Qué Paloma ni Palomino! Yo digo que los hijos deben seguir el buen sendero de los padres... o de los abuelos.

*Susana* - Es decir, que don Joaquín quiere que se llame como él.

*Boliche* - Sí, hombre, a ver si se le pega algo de su tacañez... ¡digo, de su honradez!

*Vecino* - Pues yo, con el perdón de ustedes, y viendo cómo están los tiempos, que están malos, yo le pondría un nombre romano. Algo como Julio... o Aurelio. Sí, ustedes dirán lo que quieran, pero así, cuando empiece la escabechina contra nosotros a lo mejor a éste lo confunden y se salva.

*Boliche* - ¡Bah, cállate la boca, cobarde vendepatria! Y olvídate de eso, que cuando se desenvainen las espadas, aquí no se va a salvar ni Dios. No, no, nada de nombres romanos. Yo tengo una idea mejor. Que se llame... Casi-miro.

*Susana* - ¿Cómo dijiste?

*Boliche* - Casimiro.

*Joaquín* - ¿Y se puede saber, Boliche, por qué quieres ponerle un nombre tan extrañísimo?

*Boliche* - Bueno, pues... Ca-si-mi-ro. Porque yo he estado haciendo mis averiguaciones y «casi-miro», ¡pero no acabo de «ver» quién es el papá de esta criatura!

Cuando Boliche dijo aquella impertinencia, José le saltó encima como un gato furioso.

*José* - ¡Te rompo la cara! ¡Te destripo!



*Hombre* - ¡Sepárenlos, sepárenlos!

*Ana* - ¡Demonio de muchachos, no respetan ni a las mujeres recién paridas! ¡Ea, largo de aquí todos! ¡Fuera, fuera! Las visitas en otro momento, que esta hija mía viene muy cansada del viaje. ¡Hace solamente una semana que dio a luz!

*Joaquín* - En eso, en eso mismo estaba yo cavilando, mujer, que ya mañana se cumplen los ocho días y todavía no hay nada preparado. Eh, José, ¿qué dices tú? Vamos, hombre, olvídate de esa zanganada de Boliche. A la palabra del necio, el oído del sordo.

*Ana* - Lo que dice Joaquín, que en vez de estar charlataneando, hay que ponerse a trabajar. Vamos, las muchachas, a ayudarme en la cocina. Y tú, Mariíta, recuéstate un rato, hija.

*Joaquín* - Pues yo voy ahora mismo a avisarle al rabino. Que mañana hay que circuncidar a este morenito. Y, llámese como se llame, lo que importa es que ya pronto va a formar parte de los hijos de Abraham.

Con los preparativos de la fiesta, a José se le pasó el disgusto. Y al día siguiente, el octavo, según la costumbre, fue la circuncisión.(1) Todo Nazaret estaba allí, desde luego. Venían a darnos la enhorabuena y también a probar las rosquillas de miel que mi madre había preparado. El patio de casa se llenó de vecinos. José había puesto guirnaldas de flores de una tapia a otra. También mandó llamar a los dos viejos que sabían tocar los tamborcitos.

*Vecino* - ¡Ahí viene el rabino! ¡Ea, la madre que se vaya preparando!

*Susana* - ¡María, María!

*Joaquín* - El que se tiene que preparar es el niño, que el tajo se lo van a dar a él.

En aquel tiempo, el rabino Manasés todavía tenía dientes y buena vista y hablaba bonito de las cosas de Dios. Todos en Nazaret lo queríamos mucho. Él era el que enseñaba a leer a los niños en la pequeña sinagoga de la aldea y el único que recordaba los antepasados de cada familia del pueblo.

*Rabino* - ¡La paz con todos!

*Varios* - ¡Y con usted, rabino!

*Rabino* - ¡Uff! ¡Qué sofoco que traigo!

*Joaquín* - Vamos, Manasés, échese un trago y así se refresca el gaznate antes de hablar.

*Rabino* - Gracias, Joaquín. Ahhh... Bueno, ahora vamos a lo que vamos. A ver, ¿dónde está la criatura?

*Ana* - ¡Un momento, rabino, que le estamos cambiando

la ropita! ¡Vaya por Dios, qué muchacho este tan meón!

Al poco rato, salí yo de la casa llevando al niño en brazos.

*Susana* - ¡Que viva el niño y la madre que lo parió!

Me senté en una esquina del patio, sobre un taburete y le di de mamar a mi chiquito para que no hiciera bulla y dejara hablar al rabino.

*Rabino* - Bueno, vecinos, hoy es un día feliz para todos, ¿verdad? Desde hoy vamos a tener una estrella más en el cielo y un grano de arena más en la playa, que ésa fue la promesa de Dios a Abraham. Porque este niño, hijo de María y de... bueno, dejemos eso ahora. Este niño, digo, va a ser uno más del pueblo elegido por Dios. Como ustedes saben, vecinos, el Dios de Israel hizo con nuestros padres una alianza. Eso fue hace muchos años. Pero desde entonces, sin fallar ni uno, todos los israelitas hemos llevado en nuestra carne la marca de esa alianza. Y ahora vamos a circuncidar a este recién nacido para que también él pueda llamarse hijo de Abraham.

Yo me levanté y le entregué el niño al rabino que lo cargó y lo puso sobre sus rodillas cubiertas con un paño blanco.

*Rabino* - A ver, tráiganme acá el cuchillo... ¡Y usted, sin rechistar, a portarse como un valiente!

José le pasó un cuchillo de pedernal y el rabino con mucho cuidado cortó un poco de la piel que le cubre el miembro a los niños. La sangre empapó la toalla. Entonces el rabino pegó su boca a la herida y chupó en ella con fuerza para contenerla.

*Rabino* - Bueno, ya está.

Con un trapo limpio le vendó la pequeña herida. Jesús lloró mucho.

*Rabino* - Ea, ustedes, las muchachas, guarden el pellejito. ¡Y ya saben, para las estériles no hay mejor medicina!

*María* - Vamos, mi niño, vamos, ya pasó. Vamos... Sana, sana, culito de rana.

*Rabino* - ¡Y a propósito, todavía no me han dicho cómo se va a llamar este pichón de judío!

Ana - Bueno, rabino, yo dije que le pusieran...  
Joaquín - Déjalo ya, Ana, que eso no te toca a ti. Se acabaron las discusiones. Tú, José, tú tienes la última palabra.

José se adelantó con una sonrisa grande y mojó sus dedos en la sangre de la herida del niño.

José - Se llamará Jesús.(2)

Y con la sangre escribió las letras del nombre de Jesús sobre la piedra de ángulo de nuestra casa.(3)

Rabino - ¡Jesús! Sí, es un nombre bonito. Pues así te llamarás: ¡Jesús, que quiere decir Liberador! Vecinos: ya este muchacho está circuncidado como Dios manda y tiene su nombre, ¡un nombre de libertad! Y ahora, hijos, siéntense y escúchenme. Como cada vez que repetimos la señal de la alianza, debemos recordar también la historia de los que la sellaron con esta misma tradición. Y ustedes, los mocosos, abran bien las orejas, que ustedes tendrán luego que contar todo esto a sus hijos y a sus nietos, y decirles de dónde venimos y quiénes somos.(4)

Todos se pusieron en cuclillas rodeando al rabino Manasés que nos miraba con sus ojos perdidos en el recuerdo...

Rabino - Verán, hijos, la cosa empezó en el país de los caldeos, con Abraham, aquel viejo pastor a quien Dios llamó y le prometió un hijo. Sara, su mujer, que también era vieja y ni la regia tenía ya, se rió. Y por eso, le pusieron Isaac al varoncito que les nació. Isaac, que eso quiere decir, «hijo de la risa», que luego se casó con Rebeca y tuvo a Jacob, el padre de los doce hijos que poblaron esta tierra. Uno de ellos, Judá, se enredó con una tal Tamar, medio putica ella, que tampoco todo lo que trae nuestro río es agua limpia. Bueno, de Tamar nació Farés, y de Farés, Esrón. Esrón engendró a Arán, y Arán a Aminadab, que fue el padre de Nasón, que fue a su vez el padre de Salmón. Resulta que Salmón también resbaló con una llamada Rajab. Esta sí, ésta era puta entera. Pero Dios hace sus cosas, porque, vean ustedes, de ella nació Booz que fue el que se compadeció de Rut, la moabita. Ahí tienen ustedes, una extranjera. Eso lo digo para los que se las dan de llevar sangre pura. No, hijos, que aquí todos estamos muy revueltos y el que no tiene lunares

por el padre los tiene por la madre. Bueno, volviendo a Rut, les decía que engendró a Obed. Y este Obed fue el padre de Jesé y el abuelo del gran rey David, ¡bendito sea su nombre!

*Todos*

- ¡Bendito sea!

*Rabino*

- Ay, hijos, los caminos de Dios tienen sus vericuetos, porque, vean ustedes, David fue un gran guerrero, un gran valiente, con una sola debilidad: las mujeres. Pues eso, que se trincó a Betsabé, la mujer de Urías. Y de aquel gran pecado salió nada menos que el gran sabio Salomón. Por eso, no pierdas la esperanza, María, Dios ya se inventará algo grande con tu hijo, sea de quien sea... Ejem... Bueno, sigamos con nuestra historia familiar. Sucede que Salomón tuvo un hijo, Roboam. Y Roboam tuvo a Abiá y Abiá a Asaf. Asaf engendró a Josafat y Josafat a Jorán y Jorán a Ozías. Ozías engendró a Joatán, Joatán a Acáz, Acáz a Ezequías, Ezequías a Manasés, Manasés a Amón, Amón a Josías, Josías a Jeconías... Ahh...

*Vecino*

- Espérese, espérese, rabino, no corra tanto...

*Rabino*

- ... y los hijos de Jeconías fueron a parar a Babilonia.

*Ana*

- Pues, vamos, descanse un rato en Babilonia y tómese un poco de vino para que coja impulso.

*Rabino*

- Gracias, mi hija, gracias... Ahh... Bueno, ¿dónde nos quedamos? En Jeconías, ¿no es eso? Pues resulta que después de que nuestros abuelos lo pasaron tan mal allí junto a los canales de Babilonia, al fin pudieron regresar a esta tierra de nuestras promesas. Y entonces Jeconías engendró a Salatiel. Salatiel a Zorobabel y Zorobabel a Abiud. Este Abiud fue el padre de Eliazín, que tuvo un hijo llamado Azor, que fue el padre de Sadoc. Ya seguramente a los más viejos de la aldea les suena el nombrecito porque el tal Sadoc fue el padre de Oquín, y Oquín el de Eliud, y ustedes saben el resto porque Eliud viene siendo el bisabuelo de acá, de don Jacobo, el padre de José, pasando por Eleazar y Matán, que en paz descansen. Y José, hijo de Jacobo, se casó con Mariíta, la tercera de las hijas de Joaquín, y es la madre que parió a este morenito a quien hoy hemos circuncidado y hemos puesto el nombre de Jesús.

*Susana*

- ¡Caracoles, rabino, qué buena memoria tiene usted! ¡Que Dios se la bendiga!

*Rabino*

- Ay, hija, que Dios nos eche la bendición a todos. Y en especial a este muchachito. Ea, José, cárgalo tú ahora. En nombre de la comunidad yo te

entrego a este nuevo israelita.(5)

José se acercó al rabino, tomó al niño con sus manos fuertes y callosas y lo levantó en medio de todos. Me acuerdo que era mediodía y el sol brillaba mucho.

José - Jesús, hijo, ahora no entiendes lo que te digo porque eres muy chiquito. Bueno, para eso tu madre y yo te hemos puesto un nombre, para llamarte siempre por él y que tú no olvides nunca lo que esperamos de ti. Jesús, que seas un hombre libre ¡y que ayudes a nuestro pueblo a conquistar su libertad!

José me entregó al niño y se volvió a todos los vecinos. Estaba radiante de alegría.

José - ¡Y ahora, a cantar y a bailar todos! ¡Que suenen las flautas y repiquen los tamborcitos!

Ana - Sí, ustedes a su festejo. Y éste, a mamar, que si le quitaron el prepucio, que al menos le den la teta. ¿No es verdad, corazón mío?

Mientras los vecinos comenzaron la fiesta, yo me senté en el taburete con Jesús. Sí, era verdad, del tronco de José había salido un retoño, un brote nuevo de las raíces de nuestro pueblo. Había nacido un niño, un hijo se nos había dado. Y se llamaba: Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Fiel, Príncipe de la Paz.

Mateo 1,1-17; Lucas 2,21 y 3,23-38.

---

1. La **circuncisión** consistía en cortar el prepucio, tejido que cubre el glande del miembro masculino. Se hacía con un cuchillo de piedra afilada. Esta costumbre la han practicado y aún practican muchísimos pueblos, entre ellos el propio pueblo judío. Es posible que Israel la aprendiera de los egipcios. En muchos pueblos se circuncida en la adolescencia, como un rito de iniciación a la vida sexual. En Israel es, sobre todo, un símbolo de la alianza hecha entre Dios y el pueblo y un signo de que el israelita se incorpora a la comunidad, de la que forma parte como hijo de Abraham (Génesis 17, 1-27). En tiempos de Jesús, se circuncidaba al niño a los ocho días de nacido y en ese momento se le imponía el nombre.

2. **Jesús** es la forma griega del nombre hebreo que sonaba Yeshua y que primitivamente tuvo la forma Yehoshua.

Significa "Dios libera". Fue uno de los nombres de persona más populares entre los israelitas durante siglos. Lo llevó Josué, el líder que sustituyó a Moisés al morir éste y que entró con el pueblo de Israel en la Tierra Prometida.

3. Para Israel, como para todos los pueblos orientales y para la mayoría de las antiguas culturas, el **nombre** no es sólo lo que distingue a una persona de otra, sino que indica la más profunda personalidad del individuo. El nombre hace a la persona, indica quién es, cuál es su destino. Imponer un nombre a un niño tenía enorme significado. No era un mero trámite ni un simple gesto social. Este modo de entender qué es el nombre explica la reverencia de los israelitas al pronunciar el nombre de Yahveh, el nombre de Dios. Creían que, de alguna forma, con el nombre se hacía presente a quien lo llevaba. También se entendía que decir a otra persona el nombre propio era una señal de gran confianza. Por esto, no se decía el nombre al principio de establecer una relación, sino cuando ya había un cierto conocimiento y afecto. Se creía también que quien conocía el nombre de otro tenía poder sobre él. Cuando Dios reveló a Moisés su nombre le estaba revelando quién era Dios y cuando en el último libro de la Biblia se promete para el Reino de Dios "un nombre nuevo" (Apocalipsis 2, 17), se promete el ser "hombres nuevos".

Al ser circuncidados, los niños en Israel recibían nombres de tipo profano o religioso. Los profanos eran nombres de animales (Raquel = oveja), (Débora = abeja), de cosas (Rebeca = lazo), que indicaban la alegría de los padres por el niño (Saúl = el deseado), (Noemí = mi delicia), que hacían referencia a alguna cualidad del pequeño (Ajab = semejante a su padre), (Esaú = velludo), (Salomé = sana). Los nombres religiosos combinaban varias palabras para indicar cómo los padres creyentes representaban la relación que Dios iba a tener con el niño o la niña o lo que de Dios esperaban para él o para ella. Son nombres que reconocen la acción de Dios (Jeremías = Dios consuela), indican agradecimiento (Matatías = regalo de Dios), proclaman cómo es Dios (Elí = Dios es grande).

4. Por la genealogía, cada familia israelita indicaba **de dónde venía**, a cuál de las doce tribus pertenecía su linaje. Así demostraba por cuál rama estaba entroncada en el pueblo de Dios. La relación con la tribu de Judá fue la que dio origen al mayor número de árboles genealógicos. Y dentro de la tribu de Judá, la de la familia de David. Es comprensible, porque aquel rey había marcado la historia del pueblo. Hasta unos cien años antes de Jesús se elegía

siempre entre los miembros de esta familia al jefe civil del Senado de Israel. La esperanza mesiánica estaba ligada a los descendientes de la familia de David y quien tuviera sangre de su familia real buscaba demostrar tan destacado origen.

Al escribir el evangelio, tanto Mateo como Lucas elaboraron genealogías con las que quisieron demostrar el origen davídico de Jesús y dar con ello una "prueba" de que era el Mesías. La genealogía se establecía siempre en relación a los antepasados del padre y no a los de la madre. José era quien pertenecía a la familia de David, y no María. Lucas elaboró su genealogía partiendo de Jesús hacia arriba, hasta llegar al mismo Adán. Mateo la elaboró en forma inversa, comenzando con Abraham. Las dos genealogías corren parejas desde el patriarca Abraham al rey David, pero después ya son distintas. Mateo la continúa por Salomón y Lucas por Natán, los dos hijos de David. En algunos puntos vuelven a coincidir. Con los antepasados de Jesús que presentan ambas genealogías no se busca dar datos exactamente históricos. Hay en ellas errores, omisiones. Y también hay teología. Incluso en el número de las generaciones que se cuentan, los evangelistas juegan con símbolos numéricos.

En la genealogía de Mateo aparecen varias mujeres. Ninguna en la de Lucas. Mateo, al incluirlas, como al incluir a otros antepasados, está haciendo a la vez historia y teología. Jesús aparece como miembro de una historia «impura» en cuanto a la raza, la sangre y el origen. Mateo incluye extranjeros y mujeres de moral «dudosa». La ascendencia de Jesús se inicia con Abraham, un idólatra convertido, y pasa por todas las clases y tipos sociales: patriarcas nómadas, esclavos en Egipto, reyes, soldados, gente sin ningún relieve, Tamar -mujer astuta y hábil (Génesis 38, 6-26); Rut, una extranjera emigrante (libro de Rut); Rajab, la prostituta (Josué 2, 1); Betsabé, adúltera con David (2 Samuel 11, 4). Los dos evangelistas, cada uno a su estilo, construyeron una historia llena de baches, de «manchas», de saltos, como es la historia de todos los seres humanos.

5. Desde unos 500 años antes de Jesús, después de la época del exilio, fue cobrando importancia en Israel poder demostrar que uno era **israelita** legítimo. Durante el exilio se habían dado muchos matrimonios entre paganos y a la vuelta a Palestina se consideraba que sólo los de limpios antepasados podían ser el fundamento para reconstruir el país arrasado. Esto fue imponiendo el uso de las genealogías o árboles genealógicos. En general, todo israelita conocía de oídas quiénes eran sus

antepasados varias generaciones hacia atrás. Sin embargo, para efectuar un matrimonio -especialmente con un sacerdote- debía poderse demostrar por escrito que la genealogía era pura, al menos en cinco generaciones. Los candidatos a puestos públicos debían tener también esa prueba de la legitimidad de su origen.



### 137- SANGRE DE INOCENTES

*María* - Jesús estaba casi acabado de nacer cuando el rey Herodes -pero no éste de ahora, sino su padre, que era tan canalla como él- mató a tantos paisanos allá por el sur, ¿se acuerdan?(1)

*Mateo* - Pero ustedes ya estaban en Galilea, ¿verdad, María?

*María* - Ay, sí, gracias a Dios ya habíamos regresado a Nazaret con el niño. Pero, y con todo, Mateo, ¡te digo que pasamos unos miedos!

*Mateo* - Y no era para menos. Aquellos últimos años del viejo Herodes fueron los peores. Parece que él se olía ya su final y se volvió más y más cruel. Pero, cuéntanos cómo lo pasaron por allá por tu aldea, María. Anda, cuéntanos...

Recuerdo muy bien a Mateo, el que había sido cobrador de impuestos, escuchando atentamente aquellos relatos que María, la madre de Jesús, nos hizo a todos los del grupo mientras esperábamos, reunidos en Jerusalén, la fiesta de Pentecostés.

*María* - Tú te acordarás, Mateo, porque el lío comenzó con tus colegas, cuando el bandido de Herodes aumentó los impuestos. Sus recaudadores se regaron por todas partes. Claro, iban bien custodiados por la policía por si acaso. De pueblo en pueblo y de aldea en aldea, llegaban y avisaban la subida. Imagínense, medio siclo de plata por cabeza. ¡Una barbaridad! Ya era demasiado abuso.

*Hombre* - ¡Medio siclo! ¿De dónde rayos vamos a sacar medio siclo si no tenemos ni para un puñado de dátiles? Maldita sea, pero ¿qué se ha creído este hijo de Satanás, que puede seguir tirando y tirando de la cuerda sin que se rompa?

*Mujer* - ¡Una hogaza de pan a tres ases, la leche subió a cuatro y el aceite ni se diga! ¡Y encima, a regalarle plata al rey para que adorne su palacio! ¡Mala peste se lo lleve! Viejo- ¡Pues aquí no pagaremos el impuesto! No, señor. Se acabó y se acabó. Yo no pago ni medio siclo ni medio céntimo.

*Hombre* - Ni yo tampoco. Y si quiere, que venga y nos degüelle a todos. ¡Para ver morir a mis hijos de hambre un día y otro, mejor acabar de un sablazo!

Dicen que Herodes, cuando se enteró de que la gente protestaba, en vez de aflojar, apretó más.

*Herodes* - ¿Cómo? ¿Que se quejan por el nuevo impuesto? ¡Ah, qué lástima! Mis súbditos no comprenden lo necesario que es embellecer este Templo donde habita el Dios del cielo y este palacio donde habito yo, el dios de la tierra. En fin, al que no quiera pagar, métenlo preso.

*Soldado* - Son muchos los rebeldes, majestad. No cabrían en las prisiones.

*Herodes* - Pues entonces, mátenlos. En la fosa sí cabrán ¿verdad? ¡Sí, sí, así es más rápido y mejor! Tampoco conviene que haya tantos campesinos. Si son muchos, se hace más difícil controlarlos.

¡Cuántos habrán muerto por negarse a pagar el impuesto! ¡Y no sólo en aquel año, que mientras ese desalmado estuvo gobernando, todo fue crimen y atropello! ¡Ay, yo no sé, yo a veces me pregunto cómo Dios permite que esos asesinos vivan tanto tiempo y hagan tanto daño sin que nadie les pida cuenta de toda esa sangre inocente!

*Mateo* - ¿Y en Nazaret, María, también tuvieron problemas?

*María* - Bueno, los abusos fueron mayores por el sur. Pero también en Galilea nos sobresaltamos. Y los hombres de la aldea y de los otros rincones de por allá hasta pensaron en salir fuera del país para no vivir con tanta zozobra.

*Viejo* - Pero, compadre, ¿qué puede esperarse de un hombre que estrangula a los suyos? Pues eso hizo Herodes con dos de sus hijos. ¿Y a la tal Mariana, la que dicen que era su esposa más querida, no la mandó matar también?

*José* - Pues si a los que quiere los mata, ¿qué nos queda a nosotros?

*Vecino* - Huir, José, eso es lo que nos queda. Huir, irnos lejos, largarnos de una vez de este desgraciado país.

*José* - Pero, ¿cómo dices eso, Rubén? ¿A dónde diablos vamos a irnos nosotros que ni un carretón tenemos para cargar los trastos?

*Vecino* - A donde sea. A la montaña. O a las ciudades griegas. O a Egipto, si hace falta.(2) Y olvídate del carretón, compañero. Cuando hay que correr, hasta las sandalias sobran.

*José* - ¿Y abandonar uno su casa y dejar sus sembrados?

*Vecino* - ¿Y qué quieres tú, José? Lo primero es el pellejo y nuestros hijos que están en peligro.

Piensa en tu muchachito. Piensa en María, tu mujer. ¿Eh, viejo, tengo o no tengo razón?

*Viejo* - Bueno, muchacho, puede que tengas razón y puede que haya que ponerse en camino. Pero, ¡qué fácil lo pintas tú! Se ve que tú no has estado por ahí, rodando por el mundo. Yo sí, yo pasé unos años del otro lado del río. ¡Y allá no vuelvo ni para recoger el alma que se me hubiera quedado!

*José* - Pues por ahí, por Perea, más allá del Jordán, ¿no anda el compadre Neftalí y su familia?

*Viejo* - Sí. ¡Y mira cómo le va! El otro día con la caravana de los moabitas supe que las están pasando negras. Y tiene que ser. Se imaginan lo que es llegar a otro pueblo, sin vecinos, sin amigos, sin entender un cuerno de lo que hablan los demás porque tienen otra lengua y otras costumbres, y hasta otra comida, caramba, que uno ya está hecho a comer su guiso y a beber su vino aunque le salga agriado. Y luego, vete a mendigar trabajo y no te lo dan porque si no hay sitio para los de dentro, ¿qué va a haber para los que vienen de fuera? Y así un día y otro, y ves a los hijos que no encuentran su acotejo porque los demás niños los miran como apestados y les dicen cosas, y la mujer que no te sale de casa porque no aprende a hablar y no sabe desenvolverse ni en el mercado, y uno se siente como que está de más, como entrometido. Y te va entrando una tristeza... ¡Maldita sea, ésta es una soledad muy sola la de sentirse así, tan lejos de todo lo de uno!

*Vecino* - Bueno, viejo, pero tampoco uno por irse se tiene que dejar morir. Mire a Moisés, que también estuvo en el exilio y luego regresó. Así que el que se va, se lleva la esperanza de volver.

*José* - Pues yo no quiero criar a mi hijo en tierra extraña. Yo no me voy.

*Vecino* - Los hijos, siempre los hijos. Por ellos nos vamos y por ellos nos quedamos. ¿Y sabes lo que yo pienso, José? Que estos tiempos no están para andar preñando mujeres. Sí, sí, te lo digo en serio. ¿Sabes lo que me contó un camellero de Belén? Que en algunas aldeas del sur las mujeres están tomando no sé qué brebaje para no parir.

*Viejo* - ¿Y eso por qué, muchacho?

*Vecino* - Dicen que no quieren tener hijos. Que para qué pasar tanto trabajo para tenerlos y criarlos y luego que venga un guardia y le dé una cuchillada. Es dolor sobre dolor. Así que, mientras ese sanguinario de Herodes esté en el trono, ellas no darán a luz. Y hacen bien, caramba.

*Viejo* - Pues no, yo creo que no hacen nada de bien. Al revés. ¿No comprendes que eso es lo que quieren ellos? Que seamos pocos para tenernos bien ajustado el yugo. Si no engendramos hijos, ¿qué esperanza tenemos de sacudirnos un día la barra que nos han puesto sobre la nuca?

*José* - La esperanza está en el Mesías, así dice el rabino. Pero, al paso que vamos, si no se apura un poco...

*Viejo* - No, hijo, no. El Mesías no se apurará si nosotros mismos no nos damos prisa. La libertad no viene, hay que ir a buscarla. Mírate las manos. ¿No lo ves? Ahí está el Mesías. Cierra el puño. Ahí está la fuerza del Mesías. Nuestra fuerza son nuestros brazos. Nuestro único ejército son nuestros hijos y nuestras hijas. Por eso ellos los matan, porque tienen miedo a que todas esas manos se junten y todos los puños se aprieten, y entre todos zarandeemos el trono donde está sentado el tirano. Tienen miedo y por eso matan. Herodes mata. El emperador de Roma también mata. Todos, todos ellos se creen muy fuertes porque matan, pero en el fondo tiemblan porque saben que, tarde o temprano, el pueblo los echará abajo. Acuérdense, acuérdense de lo que pasó en Egipto hace mil años. Cuando nuestros abuelos bajaron a aquella tierra, allá por los tiempos del viejo Jacob, eran muy pocos, un grupito de nada. Pero, a fuerza de trabajar los hombres y de parir las mujeres, fueron creciendo y llenando el país. Entonces comenzaron los líos con el faraón, que era el mandamás de aquel lugar.

*Faraón* - ¡Maldición! ¿Qué diablos pasa con los hebreos que se multiplican como chinches?

*Criado* - Ya usted sabe, excelencia, que los pobres, como no tienen otra cosa en qué entretenerse, se acuestan temprano... ¡y claro, pasa lo que pasa!

*Faraón* - No le encuentro la gracia.

*Criado* - ¿Por qué no, excelencia? Mientras más sean, mejor. ¡Así usted tendrá más esclavos para trabajar!

*Faraón* - Y también más bocas para protestar.

*Criado* - ¡Tendrá más brazos para levantar pirámides!

*Faraón* - ¡Lo que tendré serán más brazos para hacerme la guerra, imbécil! ¡Hay que aplastarlos!

*Viejo* - Y eso hicieron los capataces de Egipto con nuestros abuelos. Les amargaron la vida obligándoles a fabricar ladrillos, les hicieron doblar el lomo como animales. Pero nuestras abuelas seguían pariendo hijos como si nada.

*Faraón* - ¡Maldición! Aumentan, siguen aumentando, crecen como el pan, los veo por todas partes.

*Criado* - Hablando de pan, excelencia, los esclavos dicen que no pueden trabajar, que tienen mucha hambre.

*Faraón* - ¡Lo que tienen es mucha haraganería! Óyeme bien: si alguno protesta, ¡látigo con él!

*Viejo* - Y con los trabajos forzados comenzaron las amenazas, los malos tratos, la cárcel y... los crímenes. La situación se puso muy dura, cada vez peor. Como ahora, más o menos. Como siempre que a un gobernante se le suben los humos y se cree que es dios en la tierra. Pero el pueblo, como un río desbordado, seguía creciendo y llenando el país.

*Faraón* - ¡Maldición! Estas hebreas paren como conejas. Hay que cortar por lo sano. ¡Llama inmediatamente a las comadronas!

*Comadrona* - A la orden, faraón.

*Faraón* - Óiganme bien, comadronas. Cuando asistan a las mujeres hebreas, si es un varón el que saca la cabeza... ¿Entendido? A las hembras, déjenlas con vida. ¡Dentro de unos años les servirán de diversión a mis soldados! ¡Ja, ja!

*Viejo* - Pero aquellas comadronas tenían buen corazón y dejaban con vida a las niñas y también a los niños...

*Faraón* - ¡Maldición de maldiciones! ¿Es que no hay respeto a la palabra del faraón? ¿Por qué no han cumplido mis órdenes?

*Comadrona* - Lo que pasa, señor faraón, es que las hebreas son mujeres fuertes. Vaya, que no son tan delicadas como las egipcias, ¿usted comprende? Y antes de que llegemos nosotras a partearlas, ya ellas han dado a luz y hasta le han cortado el ombligo.

*Faraón* - ¡Y yo les voy a cortar a ustedes dos

la cabeza por embusteras! ¿Qué quieren? ¿Burlarse de mí? ¡Pues ahora van a saber quién soy yo! ¡Aquí, todos mis soldados, aquí! ¡Doy orden de matanza contra todos los niños hebreos menores de dos años! Ahóguenlos en el río, pásenlos a cuchillo, lo que les sea más fácil, ¡pero que no quede ni uno!

*Comadrona* - Pero, faraón, esos niños son inocentes.

*Faraón* - ¿Inocentes? Ahora son inocentes, pero dentro de muy poco comenzarán a alborotar y se unirán con los otros esclavos y se harán fuertes, ¡y nadie podrá contra ellos! Ahora estamos a tiempo. ¡Mátenlos a todos!

*Viejo* - Y los guardias del faraón de Egipto cumplieron aquella orden tan terrible y derramaron la sangre de muchísimos de nuestros niños. Dicen que hasta en el cielo se oyeron los llantos de aquellas madres. Eran como los gritos de Raquel cuando lloraba por sus hijos sin querer ningún consuelo porque ya estaban muertos.

*Vecino* - ¿Y entonces, viejo?

*Viejo* - Bueno, el faraón pensó que ya todo estaba resuelto, que se había salido con la suya. ¡Qué tonto! No sabía que en su propia casa estaba criando al que luego le iba a dar el bastonazo, a Moisés, el que le echó encima las diez plagas y levantó a todo el pueblo con él.

*Vecino* - En aquellos tiempos fue Moisés...

*Viejo* - Y hoy puede ser cualquiera de nuestros muchachos. Mira a Benjamín, el hijo de Rebeca. Mira a Tino, el hijo de Ana. Mira a Jesús, el hijo de María. Nuestros niños nacen. Hay esperanza. Ellos continuarán el camino que nosotros abrimos. Moisés no llegó a pisar la tierra prometida. Pero los que vinieron detrás, sí. El exilio dura cuarenta años, pero no más...

*María* - Aquella noche, cuando José volvió a casa, estaba muy preocupado. Me contó del compadre Neftalí, que se había ido. De Ismael y su mujer, que también se iban. Me habló de muchos vecinos de la aldea que ya tenían dentro la comezón de escapar, de irse lejos. Eran tiempos malos aquellos, la verdad. Te digo, Mateo, que aquel viejo de Nazaret tenía razón. Lo que estábamos viviendo se parecía mucho a lo que habían vivido nuestros abuelos allá en Egipto.

Mateo, el que había sido publicano, no perdía una sola de las palabras de María, y las iba guardando cuidadosamente en su memoria.(3) Unos años más tarde, cuando cogió la pluma para escribir su evangelio, tomó prestadas aquellas historias antiguas de nuestro pueblo, y habló de Jesús como del nuevo Moisés, el hijo que Dios había llamado de Egipto para liberar a sus hermanos.

Mateo 2,13-18

---

1. Cuando Jesús nació, aunque la influencia romana se dejaba sentir cada vez con más fuerza en Palestina, aún gobernaba en el país el **rey Herodes** el Grande. Su reinado duró 40 años y durante él las clases ricas de Jerusalén y su propia corte vivieron en un ambiente de lujos y derroche hasta entonces desconocidos en el país. Los impuestos daban anualmente a Herodes la suma de mil talentos, unos 10 millones de denarios. Herodes fue un gran constructor. Su obra más importante fue la reconstrucción del Templo de Jerusalén, llamado «el segundo Templo», pues el primero, construido por Salomón, fue arrasado por los babilonios al invadir el país, 587 años antes de Jesús. Otra de sus construcciones deslumbrantes fue la ciudad-puerto de Cesarea. La escandalosa vida privada de Herodes, los enormes impuestos con que cargó al pueblo, su crueldad y falta de escrúpulos, hicieron de él un rey temido y odiado por sus súbditos. A su muerte, con la división del reino en cuatro partes -una de ellas, Galilea, para Herodes Antipas, el que aparece en los evangelios-, se consumó la anexión definitiva de Palestina al imperio romano.

2. Los tiempos de Herodes el Grande fueron tiempos de gran enriquecimiento para los poderosos y de dolor para los pobres en toda la zona de Galilea, la patria de Jesús. El ambiente era de represión, angustia, pobreza e incertidumbres y muchos israelitas contemporáneos de José y María se iban hacia **Egipto** y hacia otros lugares. «Huían» de la miseria y de la persecución. Entre Israel y Egipto hubo desde los siglos anteriores a Jesús unas relaciones muy estrechas. Las ciudades egipcias de Elefantina y Alejandría eran sede de colonias de emigrantes judíos de gran importancia. La «diáspora» -judíos en el exilio- se calcula en más de cuatro millones de personas, frente al escaso medio millón que vivía dentro del territorio de Israel. Esta emigración, tan

abundante, se nutría de israelitas acosados por la necesidad provocada por las periódicas hambrunas que padecía el país o por la explotación a la que se sometía a campesinos y artesanos. También emigraban grandes negociantes, que querían estar situados en las ciudades mediterráneas que eran en aquel tiempo los más importantes centros comerciales.

3. Cuando Mateo escribió el evangelio, al contar los primeros años de la vida de Jesús, hizo responsable a Herodes el Grande, un rey que tuvo reputación de criminal entre sus súbditos, de la matanza de los inocentes, ligando este hecho a la llegada de unos magos orientales a Jerusalén y a la huida a Egipto de José, María y el niño. Estos tres relatos -el de los reyes magos, el de la matanza de los inocentes y el de la huida a Egipto- no son hechos históricos, son esquemas catequéticos. Lo que es histórico es la crueldad de Herodes y el hecho de que en aquella época había en Egipto ciudades con importantes colonias de emigrantes y exiliados judíos.

Con las historias de la matanza de los inocentes y de la huida a Egipto, Mateo quiso vincular a Jesús con **Moisés**, el gran liberador del pueblo. Cuando nació Moisés, el Faraón decretó la muerte de todos los niños israelitas varones (Éxodo 1, 15-22). Ya mayor, Moisés tuvo que huir al sur de Egipto para desde allí volver a liberar a sus hermanos (Éxodo 2, 11-15). Mateo incluyó hechos similares en la vida de Jesús para presentarlo como «el nuevo Moisés».



### 138- UN VIEJO CON ESPERANZA

La explanada del Templo de Jerusalén estaba repleta de vendedores. Desde muy temprano balaban las ovejas, revoloteaban las palomas y los peregrinos, que iban llegando por miles a la capital para celebrar la fiesta de Pentecostés, subían la escalinata para ofrecer sus primicias ante el Señor. Recuerdo que en aquellos días de espera, María, la madre de Jesús, nos contó cuando José y ella también subieron al Templo llevando al recién nacido, según la costumbre de mis paisanos de consagrar a Dios todos los primogénitos.(1)

*María* - Como el niño nació varón, había que cumplir con la ley de ofrecerlo a Dios, que así es que está mandado. En fin, que a los cuarenta días del parto, vuelta a viajar al sur. Ya me sabía yo el camino con los ojos vendados. Después de tres jornadas llegamos a Jerusalén, que entonces no estaba como ahora tan moderna y con tanto barullo.(2) Descansamos en una posada que tenían unos galileos, creo que por Siloé, y después fuimos al Templo.

*Vendedor* - ¡Cambio moneda, cambio moneda! ¡Griega y romana, las cambio!

*Vendedora* - ¡Al rico pastel! ¡Al rico pastel!

*Vendedor* - ¡Agua bendita, para limpiar la llaga grande y la chiquita!

*Vendedor* - ¡Ea, paisana, no se vaya, venga y mire, que por mirar no se cobra!

*María* - Ay, José, fíjate en estos pañuelos, qué bonitos.

*Vendedor* - ¡Y de lana fina! Póntelo, muchacha, ya verás qué bien te cae.

*María* - Aguántame un momento al niño, José.

*Vendedor* - Eso es... Ni mandado hacer para ti.

*María* - ¿Te gusta, José?

*José* - A mí no, pero si a ti te hace gracia... A ver, mercachifle, ¿cuánto cuesta el pañuelo, dime?

*Vendedor* - Barato, barato... Tantéelo, amigo, vea, ¡lana fina de Damasco!

*José* - Que cuánto cuesta te dije.

*Vendedor* - Un denario y se lo lleva puesto la señora.

*José* - ¿Un qué? ¿Un denario por este trapo viejo? Pero, ¿tú nos has visto a nosotros cara de bobos? Vamos, María, ¡quítate eso y vámonos!

*María* - ¡Ay, José, es que es tan bonito!

*Vendedor* - Regáleselo a su amada, que con un pañuelo así

conquistó el rey David a Betsabé.

*José* - Pues la mía ya está conquistada y no me hace falta. Deja eso, anda, y agarra al niño. ¡Caramba con estas mujeres, se les antoja todo lo que ven!

Según la ley de Moisés había que ofrecer todos los primogénitos al Señor. Y ya ustedes saben que el precio del rescate era de una oveja o un ternero si los padres eran ricos. Y si eran pobres, como nosotros, pues dos pichones.

*José* - A ver, viejo, que necesito comprar dos pichones.

*Simeón* - Pues aquí los tienes, muchacho. No busques más.

Era un viejo como de cien años. Me acuerdo que no tenía cejas ni dientes, y estaba muy arrugado ya como la hoja de la higuera en otoño. Junto a una columna tenía amontonadas varias jaulas de paloma.

*José* - Dame aquellas dos... Sí, la negra y la otra. Eso es. ¿Cuánto te debo, viejo?

*Simeón* - Dos pichones, cuatro ases.

*José* - ¿Cuatro qué?

*Simeón* - Dos pichones, cuatro ases.

*José* - ¡Al diablo con ustedes los de la capital! ¿Se creen que porque venimos del norte nos pueden esquilmar así como así?

*María* - ¡Ay, José, por Dios bendito, no empieces otra vez!

*José* - Yo no empiezo, María, son estos tramposos que quieren aprovecharse de que uno es campesino.

*Simeón* - Pero fíjate, muchacho, son unas lindas palomas.

*José* - ¡Lindas palomas! ¡Ja! Esta sin plumas y la otra con moquillo. ¡Anda, viejo zorro, toma un as y me las llevo!

*Simeón* - ¿Cómo has dicho? ¿Un as? De ninguna manera. Dos pichones, cuatro ases.

*José* - ¡Maldita sea, pero que...!

*María* - José, te lo suplico, ¡no pelees tanto! Dale el dinero y vámonos que se nos va a hacer tarde.

*José* - Pero, ¿tú eres tonta, María? ¿Cómo voy a pagarle cuatro ases por estos pajarracos? ¡Como que me llamo José que no subo más de un as!

*Simeón* - ¡Como que me llamo Simeón que no bajo de cuatro ases!

*José* - Pues entonces, adiós, viejo ladrón, y métete tus pichones...

*María* - ¡José, por favor!

*José* - ...que los metas otra vez en la jaula, digo. ¡Adiós!

*Simeón* - Espérate, paisano, no te vayas. ¡Caramba con

estos galileos, qué genio se gastan!

*José* - ¿Qué quieres ahora?

*Simeón* - Tampoco hay que ponerse así, hombre. Mira, porque tienes una linda mujercita, anda, toma, llévate otro más por el mismo precio.

*José* - ¿Cómo has dicho?

*Simeón* - Que te dejo tres pichones por los cuatro ases que me ibas a dar.

*José* - ¡Vaya negocio! ¿Y para qué demonios quiero yo tres pichones? Yo necesito solamente dos para ofrecerlos en el Templo.

*Simeón* - Con el tercero le haces una sopita al niño que es muy sabrosa, ¿verdad, muchacha? Claro que sí, eso es lo que hago yo cuando no los vendo.

*José* - Mira, carcamal, no hablemos más de esto. Toma dos ases y dame los pichones. ¿De acuerdo?

*Simeón* - Ni para ti ni para mí. Lo dejamos en tres ases.

*José* - ¡Al diablo contigo! De dos no subo.

*Simeón* - ¡Y de tres no bajo!

*José* - ¡Dos!

*Simeón* - ¡Tres!

*José* - ¡Dos!

*Simeón* - ¡Tres!

*María* - ¡Ay, ya, por Dios santo, dejen eso ya, que el niño se me va a asustar con tantos gritos! No es nada, cariño mío, no pasa nada.

*José* - Óyeme bien, viejo tacaño, si yo tuviera dinero no estaría aquí comprando palomas, ¿entiendes?

*Simeón* - ¡Vaya chiste! ¡Y si yo tuviera dinero tampoco estaría aquí vendiéndolas!

*José* - ¡Tú lo que eres es una sanguijuela que se aprovecha de la necesidad ajena!

*Simeón* - ¿Yo? ¿Sanguijuela yo, que ni sangre me queda en el pellejo? Mira, mira cómo estoy yo, mi hijo: medio muerto, mira...

*José* - Pues te vas a morir entero cuando venga el Mesías y agarre un látigo y te espante todas tus palomas y te saque de una patada en el trasero, ¿me oyes?

*María* - José, no le faltes al respeto a un anciano.

*Simeón* - ¿A mí? ¿Tú crees que el Mesías me va a hacer eso a mí?

*José* - ¡Sí, a ti mismo, matusalén, a ti y a todos estos bandidos que negocian con las cosas de Dios!

*Simeón* - A mí no, hijo, a mí no. Yo vendo palomas en el templo como si vendiera berenjenas en la plaza o lo que aparezca para poder vivir. Mírame bien: yo soy un infeliz. Y no le tengo miedo al Mesías, ¿sabes? Porque el Mesías tendrá piojos en la cabeza, igual que yo. Y no habrá comido caliente

en siete días, igual que yo. Y no tendrá dónde reclinar la cabeza, como yo. ¿No te parece entonces que el Mesías y yo podemos entendernos bien?

*José* - Bueno, viejo, ahí sí tiene usted razón.

*Simeón* - Y tú y yo también podemos entendernos bien, muchacho. Porque mira, los dos somos unos muertos de hambre, ¿no es eso? Entonces, ¿por qué tenemos que andar peleando, dime?

*María* - Eso era lo que yo quería decir desde hace un rato.

*Simeón* - Guárdate el látigo para los otros, muchacho, para los que están repantingados en los palacios. Esos son los que le harán la guerra al Mesías cuando venga. Mira, ven, ¿ves todas aquellas mesas de monedas, y los corrales de vacas y todo ese ganado? ¡Todo es de la familia de Beto! Los hijos de Beto, tan religiosos, tan piadosos... Con la boca llena de Dios y con los bolsillos llenos de lo que nos roban a nosotros. ¡Ay, mi hijo, si yo te contara! Pero llegará, llegará el día de la candela, ¡ya lo creo que llegará!

*José* - ¡Bien dicho, abuelo, así se habla!

*María* - ¡No alboroten tanto, caramba, que por aquí hay mucha gente que uno no conoce!

*Simeón* - ¡Yo lo grito y no me importa! ¡Mira este templo, muchacho! Hace veinte años que el pillo de Herodes lo está poniendo bonito, pegándole mármoles y forrándolo con oro. Y dime tú, ¿para qué? ¿Para que Dios esté más cómodo? No, Dios no necesita nada de esto. ¡Que cuando el Señor iba con Moisés por el desierto le bastaba con una tienda de campaña! ¡Todo este lujo es para ellos, los que levantan las manos a Dios, pero luego doblan la rodilla ante el becerro de oro!

*María* - Ya me despertaron al niño con tanta algarabía, ¡caramba con ustedes!

*Simeón* - Pobrecito, pobrecito... Es que uno se emociona cuando se topa con jóvenes como ustedes que tienen la mente clara. Ah, caray, en mis tiempos las cosas eran distintas. Los jóvenes hablábamos del Mesías, discutíamos, nos peleábamos por ir a conocer a los hijos de los Macabeos. Ahora no. La juventud de ahora lo que quiere es divertirse y sólo piensan en pasarlo bien. Si ven un pañuelito nuevo, ya se les van los ojos y quieren comprarlo.

*José* - Esa va para ti, María...

*Simeón* - Aquí vienen algunos y me dicen: Olvídelo, viejo, que este mundo no tiene arreglo. Usted se morirá y todo seguirá igual. Y yo digo que eso es

lo que ellos quieren, hacernos tragar el cuento de que las cosas no se pueden cambiar. ¡Claro que se pueden! ¡Con jóvenes como ustedes se puede sacudir la mata!

*José* - Con nosotros y con los que vienen empujando detrás, abuelo. Mire a este morenito... ¿Sabe qué nombre le hemos puesto? Jesús, nombre de valiente. Y lo vamos a criar con leche de camella para que salga terco como Moisés ante el faraón, ¿verdad que sí, mi niño, verdad?

*Simeón* - Jesús... Bonito el nombre y más bonito el muchacho. Se parece a los míos cuando estaban así pequeñitos.

*María* - ¿Usted tiene hijos, abuelo?

*Simeón* - Tuve dos, muchacha. Uno se me murió muy joven. Cogió una fiebre y yo no tenía ni un céntimo para pagarle al médico. Al otro me lo mataron. Cuando tenía tus años se metió con los grupos de Perea. Le echaron mano los guardias de Herodes y... Ah, prepárate, muchacha, que si a este morenito lo crías luchador, un día una espada te partirá el corazón. Como a mí.

*María* - Ay, abuelo, por Dios, no diga esas cosas...

*José* - ¡Vamos, viejo, no se ponga triste ahora, que con el calor que hace, le puede dar un tabardillo!

*Simeón*, aquel viejo vendedor de palomas, con los ojos aguados, me pidió al niño para cargarlo.

*Simeón* - ¡Qué niño tan hermoso has tenido, muchacha! ¡Que el Dios de Israel te lo bendiga desde la coronilla hasta el dedo meñique del pie!

*María* - ¡Ay, sí, que Dios lo oiga!

*Simeón* - Y que lo puedas criar bien, y lo veas crecer y hacerse un hombre!

*José* - Y que usted también lo vea, abuelo.

*Simeón* - Ay, hijo, yo tengo ya un pie en la tumba y el otro a medio entrar. Ya estos ojos míos han visto demasiado. He visto todas las dolencias que se cometen bajo el sol. Tanto llanto de inocentes esperando un consuelo que no llega. Tanta risa de sinvergüenzas sin que nadie les ajuste las cuentas. Llevo cien años esperando la liberación de mi pueblo. Pero, mira, cuando los oigo hablar a ustedes, es como si una lucecita se me encendiera en mitad de la noche. Sí, yo estoy seguro. Dios no faltará a su promesa. Nuestro pueblo será libre algún día.

El viejo Simeón le dio un beso al niño y me lo devolvió.

*Simeón* - Tómallo, muchacha. Ya puedo morirme tranquilo. En este niño y en los que vengan detrás está la salvación de Israel y la esperanza de tantos pueblos que sufren igual que el nuestro. ¡Sí, sí, pronto seremos libres, me lo da el corazón! ¡El Mesías está cerca, muy cerca de nosotros!

*María* - ¡Viejo, por Dios, no grite! Por ahí anda una mujer un poco rara... Yo creo que desde hace un rato nos está acechando.

*Simeón* - ¿Quién? ¿Esa vieja? No, hija, esa es de confianza. ¡Ana, ven acá!

Se llamaba igual que mi madre y era una vieja gorda, toda vestida de negro, con una cara redonda y risueña.

*Ana* - ¿Qué te pasa ahora, Simeón?

*Simeón* - Nada, mujer, aquí dándole a la lengua con este par de galileos que han venido a presentar a su niño.

*Ana* - Deja ver... Ay, qué muñeco tan lindo... Enséñale a rezar, muchacha, que el árbol se endereza desde pequeño.

*Simeón* - Eso es lo único que sabes hacer tú, reza que reza, como si con tanta oración fueras a sonsacar a Dios.

*Ana* - Por lo menos, tengo entretenida la quijada, ¿saben? Y así se olvida una del hambre.

*José* - ¿Y qué le pide usted a Dios, abuela?

*Ana* - ¿Y qué le voy a pedir, mi hijo? Llevo ochenta y cuatro años pidiéndole siempre lo mismo. Desde que me quedé viuda, y de eso hace ya mucho, le digo a Dios: Escoge: o me mandas otro marido o me mandas al Mesías para que me haga justicia, ¡porque así no hay quien aguante! ¡Y les juro que primero se va a cansar Dios de oír mi monserga que yo de echársela!

*Simeón* - Pues, ¿sabes lo que te digo, Ana? Yo creo que Dios ya te está oyendo. Con jóvenes como éstos saldremos adelante. Nosotros ya vamos para atrás, Ana. ¡Pero la antorcha de Israel no se apagará! ¡Ea, muchacho, toma tus dos pichones y ofrécelos por este niño! ¡Y vayan pronto, que les van a cerrar la puerta!

*José* - Espérese, abuelo, mire, tome... los cuatro ases que me pidió antes.

*Simeón* - No, muchacho, te los regalo... Que sí, que son tuyos.

*José* - Que no, abuelo, que usted tiene que comer. Tome los cuatro ases.

*Simeón* - ¡Que no, que te los regalo he dicho!

María - ¡Válgame Dios, ahora el pleito es al revés!

Y subimos por la escalinata que da al atrio de las mujeres para cumplir la ceremonia de la purificación y presentar a nuestro hijo ante el altar del Señor. A la salida del Templo, en la explanada, ya no vimos al viejo Simeón. Al otro día, lo buscamos, pero Ana, la rezadora, nos dijo que no había ido porque estaba enfermo. Al año siguiente, cuando viajamos a Jerusalén, preguntamos por él, pero nadie nos supo decir qué había sido del vendedor de palomas.

Lucas 2,22-38

---

1 Las leyes de Israel relativas a la «pureza» consideraban que el parto dejaba a la madre «impura» ante Dios. Se creía que el parto, como las reglas de la mujer o el derrame de semen del hombre eran una pérdida de la vitalidad y que para recuperarla debían hacerse ciertos ritos y restablecer con ellos la unión con Dios, fuente de vida. Si la mujer había dado a luz un varón era impura durante cuarenta días y si había tenido una niña, durante ochenta. Cuando pasaba ese tiempo debía presentarse en el Templo de Jerusalén para **consagrar a Dios** al recién nacido y purificarse ella ofreciendo un sacrificio de un cordero y una tórtola. Si era pobre -y éste era el caso de María- bastaba con que ofreciera dos tórtolas o pichones (Levítico 12, 1-8).

Las aves se mataban y desplumaban antes de ofrecerlas en el altar. Las mujeres que esperaban ser purificadas por el sacerdote se congregaban en el Templo, en la Puerta de Nicanor. Esta puerta unía el atrio hasta donde podían entrar las mujeres con el atrio de los varones. Allí se purificaba también a los leprosos que hubieran quedado sanos y se hacían las pruebas a las mujeres que fueran sospechosas de haber cometido adulterio.

2. **Jerusalén** era el más importante centro comercial del país. A la capital llegaban productos de todas las regiones y también del extranjero. Había varios mercados: de cereales, frutas, legumbres, ganado, madera. Existía también un lugar para exponer y vender esclavos, que eran siempre extranjeros. Todo se pregonaba a gritos para animar a la clientela. Había que tener especial cuidado en el momento de comprar, pues en la capital se usaba una medida de peso distinta que la del resto del país y también usaban monedas propias. Todo era allí más caro, especialmente la comida, el vino y el ganado. Si en

Jerusalén se compraban tres o cuatro higos por un as, en el campo se conseguían por ese mismo precio diez o hasta veinte higos. Junto a los grandes comerciantes, existían pequeños negocios de tenderos o revendedores minoristas y muchísimos vendedores ambulantes. Los puestos para el comercio de los animales que se vendían para los sacrificios -corderos, cabritos, becerros, palomas- estaban colocados en la enorme explanada del Templo. En aquel atrio podían entrar todos: hombres, mujeres y extranjeros.



### 139- LO DE TODOS LOS DÍAS

*Juan* - ¿Y daba guerra Jesús de muchacho, María?  
*María* - ¿Guerra? ¡Más que todos los caballos del Nabucodonosor ése que mientan! ¡Bendito sea Dios! No se estaba quieto un momento. José decía que estaba hecho de rabos de lagartijas.

En casa de Marcos, una noche, María recordaba en voz alta sus primeros años de casada en Nazaret, aquel pueblito galileo, pobre y pequeño, donde Jesús pasó casi toda su vida.

*María* - Un tomate se parece a otro tomate, ¿no es eso? Pues con los días en Nazaret pasaba lo mismo: que todos se parecían mucho. Cuando los gallos echaban el tercer canto, la casa entera se removía como un jarro de leche hirviendo.

*Abuela* - Bendito sea Dios, empieza otro día...  
*Jesús* - ¡Abuelo, abuelo, abre los ojos que ya se acabó la noche! ¡Que se acabó la noche!  
*Abuela* - ¡Vaya por Dios con esta criatura! ¡Se despierta más fresco que la lluvia!  
*Jesús* - Abuelo, abuelo, vamos.  
*María* - Jesús, mi hijo, deja al abuelito dormir un rato más.  
*Jesús* - No, que me dijo que me iba a enseñar a hacer nudos.  
*Abuela* - ¡Pues a ver si te hace un nudo en la lengua! ¡Caramba con este perro metido en todas partes! ¡Jesús, sáquelo de ahí!  
*Jesús* - Es su lugar de dormir, abuela.

En casa éramos muchos: los padres de José, el tío Lolo, que estaba enfermo y apenas podía moverse.(1) Había que hacérselo todo, pobrecito. Dos sobrinitas de José, que se habían quedado huérfanas muy pequeñas, y nosotros tres. Ah, y Mocho, un cachorro que Jesús se había encontrado por el campo. Era como su hermano con rabo. Dormía con él, comía con él, iba con él a todas partes. Negro con una orejita blanca, aún me acuerdo.

*Sobrino* - ¡Tía, quiero leche!  
*Sobrino* - ¡Yo quiero un huevo!  
*María* - Espérense un poquito. Tengan paciencia, miren que bien le fue a Job con esa señora. Bueno, tan bien no le fue al pobre, pero... Jesús, hijo, tráeme un jarro de agua para lavar al tío Lolo.  
*Jesús* - ¿Está muy malito el tío Lolo, mamá?

*María* - Sí, mi hijo, está muy malito.  
*Jesús* - Ya nunca juega conmigo.  
*María* - Por eso, hijo, porque está malito. Uy, pero mira a tu padre, dormido todavía. ¡José, arriba, hombre, vamos! Yo no sé cómo puedes dormir con esta bulla. ¡Ea, vamos, que ya salió el sol!  
*José* - Ahhh... ¿Sabes lo que estaba soñando, María? Que conseguía trabajo. Y adivina cuánto me pagaban... ¡cinco denarios al día! ¡Sí, sí, como lo oyes! ¿Qué te parece, eh?  
*María* - Pues... me parece eso: un sueño. Qué bien nos vendrían, ¿verdad?  
*José* - Bueno, tú verás cómo hoy aparecerá algo. Ahora mismo me voy a Caná. ¡Adiós, preciosa!  
*María* - Pero, ¿cómo te vas a ir sin tomar nada caliente?  
*José* - Ya tomaré algo por ahí. Con las tripas vacías se camina más ligero. Deséame suerte, María.  
*María* - Que Dios te la dé, José.  
*José* - Volveré por la tarde. ¡Adiós, hijo!  
*Jesús* - Dale un beso también a Mocho, papá, si no, tiene envidia.  
*José* - ¡Ea, adiós, majadero!  
*Sobrino* - ¡Tía, quiero leche!  
*Sobrino* - ¡Yo quiero un huevo!  
*Jesús* - Mamá, qué malcriada es la prima, ¿verdad?  
*María* - Pues se parece a uno que yo conozco bien. Jesús, mi hijo, mira a ver si las gallinas han puesto algún huevo. Tráeme uno para la niña, anda.  
*Jesús* - ¡Voooooy! ¡Vamos, Mocho, anda, vamos!  
*Vecina* - ¿Cómo va esa vida, María?  
*María* - Dios aprieta pero no ahoga.

A mitad de la mañana, las mujeres nos reuníamos en la fuente para lavar la ropa. Todas éramos amigas, unas más chismosas que otras, pero todas siempre dispuestas a echarnos una mano.

*Vecina* - Y José, ¿ya encontró trabajo?  
*María* - Hoy fue a Caná. A ver si vuelve con algo. Eso de estar hoy con no y mañana con todavía...  
*Vecina* - Ya verás cómo todo se arregla, mujer. ¡Eh, Nuna, pásame la piedra!  
*María* - Es que tú no sabes cómo traga Jesús. Ya está echando las muelas y tiene un hambre... Claro, está creciendo.  
*Vecina* - Creciendo y alborotando. Siempre anda en alguna... Te salió travieso ese muchacho.  
*María* - ¡Uff, ni te lo imaginas! ¡Dios sabe dónde andará metido ahora!

Jesús andaba con sus amigos en una lomita detrás del pueblo.

*Jesús* - ¡Ahora tú, a ver quién da más vueltas de carretera seguidas! Sobre ese fango, ¿eh? ¡Primero tú, Neno!

*Niño* - ¡Sólo tres, qué basura! Ahora verás...

*Neno* - ¡Cinco! ¡Eres el rey!

*Jesús* - ¡No, falto yo! ¡Yo voy a hacer siete!

*Niño* - Tú no vas a hacer ni dos, Jesús... ¡ni dos vas a hacer!

*Jesús* - Quédate ahí, Mocho, y mira lo que hago... ¡Verás!

*Neno* - ¡Cinco! ¡Empatados!

*Niño* - ¡Hay que desempatar entre Jesús y yo!

*Neno* - ¿Y cómo desempatamos?

*Jesús* - Pues... ¡a ver quién mea más largo! ¡Ése gana!

*Niño* - ¡Apunta para allá, no me mojes!

*Jesús* - ¡A las tres, a las dos y a la una!... ¡Gané yo, gané yo!

*Niño* - Eh, miren, por ahí vienen las niñas...

*Jesús* - Escóndanse, escóndanse... ¡Vamos a darles un susto!

Jesús regresaba todos los días lleno de tierra de los pies a la cabeza...

*Jesús* - Eh, mamá, ¿qué cosa hay para comer?

*María* - Lo de todos los días. Lentejas y... Pero, por Dios santo, Jesús, ¿de dónde vienes tú así?

*Jesús* - Jugamos y me manché. Mocho también se manchó las patas, pero ya no tiene.

*María* - Ya no tiene. Y tú sí tienes, ¿verdad? Mira cómo estás de embarrado... ¡Pareces Adán en el paraíso!

*Jesús* - ¿Qué Adán, mamá?

*María* - Pregúntaselo al rabino esta tarde. Y anda, anda, quítate esa ropa enseguida.

*Jesús* - ¿Y me quedo en cueros?

*María* - Niño, ¿cómo te vas a quedar en cueros? Ponte aunque sea una túnica de tu padre.

*Jesús* - ¡La arrastro!

*María* - ¡A ti es al que va a haber que arrastrar de las orejas! ¡Anda enseguida!

Nos sentábamos sobre el suelo de tierra, con la olla de lentejas en medio y siempre quedaba corto. Éramos muchas bocas a comer.

*Jesús* - Quiero más, mamá.

*María* - Pues no hay más, hijo.

Abuela - Dale un huevo. Dicen que endurece los huesos. Cuando los niños están creciendo, es lo mejor.

Sobrino - ¡Yo también quiero un huevo!

Jesús - Esta parece una gallina, siempre está cacareando. ¡Toma, gallina!

José - Ya estoy aquí, mujer.

María - Pero, José, ¿no dijiste que venías por la tarde?

José - Pues vine ahora, ya ves.

María - ¿Y qué?

José - Nada.

María - ¿Nada?

José - Nada, nada, ¿qué quieres que te diga? Nada. En toda Galilea no hay trabajo.

Abuela - ¿Y cómo va a haber, si se ha juntado todo en esta casa?

José - Deje las bromas para otro rato, vieja.

María - Ea, José, siéntate y come algo.

José - No tengo hambre. Voy a ver a Boliche. El estuvo por Naím. A ver si encontró algo por allí. ¡Maldita sea, qué vida ésta!

Jesús - Papá está triste, Mocho. ¿Verdad, mamá?

María - Sí, Jesús. Para poder comer huevos y lentejas hay que trabajar. Los ricos no. Ellos no trabajan y tienen siempre la barriga llena, pero nosotros...

Pasábamos temporadas así en que José no encontraba trabajo. Yo me las arreglaba como podía. La sopa se estiraba con agua y las penas se espantaban cantando, ¿qué íbamos a hacer?

María - Ya está esta masa, ¿no, suegra?

Abuela - Sí, hija. Por lo menos, pan que no falte. Oye, ¿y dónde estará metido Jesús ahora?

María - En la sinagoga. Así estará un rato sentado.

Abuela - Y seguro que se habrá ido con Mocho.

María - Pues claro, abuela. ¿Usted no sabe que Mocho también tiene que aprender las Escrituras? ¡Dice Jesús que los perros también le cantan a Dios cuando ladran!

Jesús iba a la sinagoga por las tardes.(2)

Jesús - Rabino, mi mamá me dijo que yo me parecía a Adán.

Rabino - Te lo diría porque tú eres hijo de Dios como el primer hombre que el Señor hizo.

Jesús - No, rabino, me dijo Adán de regaño.

Rabino - Entonces sería por ser desobediente, Jesús.

*Jesús* - Pero yo no desobedecí. Yo estaba sucio.  
*Rabino* - Ya veo, muchacho, por qué tu mamá te lo dijo. Dios sacó a Adán del lodo. Y seguramente tú estabas enlodado, ¿no es eso, Jesús?  
*Niño* - ¡Rabino, este niño me escupió!  
*Rabino* - A ver, a ver... Ahora hay que escuchar, no escupir. Vamos a leer eso mismo de cuando Dios creó al primer hombre del polvo de la tierra.

Cada tarde el rabino Manasés, aquel viejo lleno de paciencia y ya un poco ciego, el mismo que había circuncidado a Jesús, desenrollaba los libros santos y enseñaba a los niños de Nazaret a leer en ellos.

*Rabino* - A ver, hijo, acércame más el libro que las letras me bailan. Más cerca. Eso... Ven, Jesús, lee aquí...

*Jesús* - «Cagamos con hambre».

*Rabino* - ¿Cómo has dicho, hijo?

*Jesús* - Cagamos con hambre. Eso dice ahí.

*Rabino* - Deja ver... ¡Hagamos al hombre! Vamos, sigue.

*Jesús* - «Sigán y bajen»...

*Rabino* - Que sigas te digo.

*Jesús* - «Sigán y bajen»...

*Rabino* - Pero, ¿qué dices? «Según la imagen»... Trae acá. «Según la imagen nuestra»...

*Jesús* - Según la imagen nuestra...

*Rabino* - y...

*Jesús* - y...

*Rabino* - nuestra...

*Jesús* - nuestra...

*Rabino* - se...

*Jesús* - se...

*Rabino* - seme...

*Jesús* - seme... ¡se mea!

*Rabino* - ¿Quién se mea?

*Jesús* - Dice ahí... ¡Yo qué sé!

*Rabino* - ¡Semejanza! ¡Caramba con este niño!

*Niño* - ¡Jesús no sabe leer! ¡Jesús no sabe leer!

*Jesús* - ¡Ni tú tampoco!

*Rabino* - ¡Silencio, muchachos, un poco de silencio!

Las horas de la tarde pasaban más tranquilas. Cuando caía el sol, los campesinos volvían a sus casas, cansados de la faena del día. Se lavaban los pies y se iban a jugar a los dados. Al llegar la noche, el fresco del norte corría por Nazaret y daban ganas de conversar. Como ya todos estaban dormidos, hasta Mocho, y la casita era tan pequeña que no se podía dar un paso, José y yo salíamos a veces fuera y nos sentábamos sobre la tierra seca, recostados contra el muro de nuestra choza.

María - ¡Uff! Estoy molida.  
José - Oye, María, al mediodía estaba yo con muy mal genio porque...  
María - Deja eso, José. Si ya nos conocemos... ¿Cómo no ibas a tener mal genio caminando tantas millas bajo ese sol? Y, cuéntame, ¿qué dijo Boliche del trabajo en Naím?  
José - A lo mejor contratan otra docena de hombres para la finca.  
María - Pues engánchate en ese racimo. Y si no...  
José - Y si no, vamos a tener que comer aire.  
María - No, hombre, no seas tan cenizo. Dios no nos va a soltar de su mano. Mira, ya ves el niño lo sano que nos está creciendo. Y todos vamos saliendo adelante. Y tú y yo nos queremos. ¿Necesita algo más el señor...?  
José - Tienes razón, María. ¡Ay, caramba, tú siempre tienes razón, mujer! Bueno, un beso y a la cama, que mañana hay que madrugar.  
María - Mira quién lo dice: ¡el dormilón más dormilón de todo Nazaret!

Así era nuestra vida. Casi no hay nada que contar de aquellos años. Trabajábamos mucho, nos queríamos todavía más. Y Jesús crecía y cada día se hacía más fuerte y más alto y aprendía más cosas.(3) Dios estaba con él.

Lucas 2,39-40 y 51-52

---

1. La imagen de la «casita de Nazaret», una **casa** pobre, donde María cose en paz y José en un cuarto trasero aserra madera ayudado por el niño Jesús no se corresponde con la realidad de aquel lugar ni de aquel tiempo. Las casas de Nazaret se hacían aprovechando las cuevas naturales de la colina en donde estaba asentada la aldea. Eran pequeñísimas. Prácticamente sólo se usaban para dormir y lo más habitual era que vivieran dentro de cada una muchas personas, pues las familias eran numerosas y las obligaciones de los hijos para con sus padres, sus hermanos, sus primos, eran algo sagrado que todos respetaban. El ambiente era de gran pobreza. Se vivía al día, con el agobio continuo para el padre de familia de conseguir algún trabajo. Las mujeres trabajaban también, no sólo en los oficios de la casa sino en las tareas agrícolas ayudando a sus maridos. Este fue el marco donde Jesús se crió.

2. Desde los cinco años los niños varones debían asistir a la escuela. Las escuelas dependían de la **sinagoga** local. En la sinagoga, donde cada sábado se reunía la comunidad a rezar y a escuchar las Escrituras, aprendían los niños a leer. No se consideraba que las niñas tuvieran necesidad de saber y las dedicaban a ayudar en los oficios domésticos. Sólo las niñas de familias mejor situadas de la capital recibían alguna instrucción. Los niños aprendían a leer en los textos de las Escrituras. La educación general terminaba a los doce años, cuando el muchacho llegaba a la pubertad y se convertía legalmente en adulto. Los más destacados en el aprendizaje continuaban su instrucción. La enseñanza no era sólo un aprendizaje mecánico de unir palabras y frases, sino un modo de familiarizar a los pequeños con la historia del pueblo, la tradición de sus mayores y las leyes de Dios. El ideal era que al terminar su instrucción básica el joven supiera de memoria casi todas las Escrituras.

3. De lo que fue la vida de **Jesús** durante los largos años de su infancia, su adolescencia y su juventud no dice nada el evangelio. Sólo el relato de Jesús a los doce años perdido en el Templo de Jerusalén rompe este silencio. Esto indica que la vida de Jesús no tuvo absolutamente nada de especial durante este prolongado período de tiempo. El evangelista Lucas dice únicamente que «el niño crecía en edad, en sabiduría y en gracia» como cualquier ser humano.

## 140- PERDIDOS EN EL TEMPLO

Aquel verano, esperando la fiesta de Pentecostés y conversando de mil cosas, María nos contó lo que pasó la primera vez que Jesús vino a Jerusalén.(1) Había cumplido ya los doce años y, según las costumbres de Israel, a esa edad los muchachos varones subían a comer la Pascua en la ciudad de David.(2)

*José* - ¡Cómo pasan los años, Dios santo! ¡Pensar que este mocoso ya puede entrar en el Templo y hasta leer las Escrituras!

*María* - ¡Ya eres mayor, Jesús!

*Vieja* - Pues que se note, que se note, que este niño tiene encima más maldades que piojos! ¡A ver si en la capital te sale el juicio por algún lado!

*María* - Salimos de Nazaret con otras familias unos días antes de la Pascua. Después de unas millas, nos unimos a los peregrinos que venían de Caná y de Naím.(3) Entre aquellos paisanos viajaban varios muchachos de la edad de Jesús. Y enseguida se hicieron amigos. Me acuerdo que uno era pelirrojo y larguirucho y el otro un gordito. Como ellos tenían las piernas más ligeras, se nos fueron delante.

*Quino* - Dicen que en Jerusalén hay un sitio grande donde corren caballos y apuestan mucho dinero.

*Tonel* - A mí me contaron que hay una plaza en la que juegan al concurso de pichones. ¡Eso tenemos que verlo, Jesús!

*Jesús* - Yo lo que quiero es llegar de una vez. Óigame, señor, ¿ya estamos cerca de la ciudad?

*Viejo* - En una hora o así la veremos, muchacho, desde un recodo que hace el camino.

*Jesús* - ¿Oyeron? ¡Ea, vamos a echar una carrera para ser los primeros!

*Viejo* - ¡Cuidado con los barrancos, muchachos, el camino es peligroso! ¡Ay, Dios, qué niños éstos más atolondrados!

Cuando llegamos al recodo que llaman de los peregrinos, empezamos a cantar. Jerusalén brillaba ante nuestros ojos. Las torres, las murallas, los palacios y, en medio de todo, el Templo, nos daban la bienvenida.(4) Nosotros, con los cantos antiguos de nuestros abuelos, le deseábamos a la ciudad de David la paz y la felicidad.

*José* - ¿Qué te parece, Jesús?



*Jesús* - ¡Yo nunca pensé que pudiera haber tantas casas juntas, papá!

*María* - ¡Vamos, vamos, que nos dejan atrás!

Fueron unos días muy buenos. Recuerdo que muchos galileos comimos juntos la Pascua en un albergue de Siloé. Jesús curioseó la ciudad de arriba a abajo con sus amigos, se metía por todos los rincones, hablaba con todo el mundo. Yo pensé entonces que, para ser campesino, nos había salido muy espabilado. El día que regresábamos a Galilea pasamos antes por el mercado.

*Vendedor* - ¡Pulseras, pulseritas, pa'las muchachas bonitas! ¡Señoras, llévense al norte un recuerdo del sur!

Nos quedamos un rato mirando los tenderetes de los vendedores. Creo que fue allí donde Jesús y sus dos amigos se separaron del grupo.

*Jesús* - ¡Pshh! ¡Oigan, vengan acá!

*Tonel* - ¿Qué pasa, Jesús, qué pasa?

*Jesús* - ¿Por qué no nos vamos al Templo? ¡Eh, Quino, ven!

*Quino* - Sí, sí, buena idea. ¡Corre, corre!

A aquellas primeras horas de la mañana no había tanta vigilancia en el Templo y, por eso, los muchachos encontraron el campo libre.

*Jesús* - Por ahí se va al altar en donde les cortan el pescuezo a las ovejas.(5) El otro día no dejaban pasar.

*Quino* - Yo creo que hoy tampoco. Mira ese tipo ahí...

*Jesús* - ¡Phss! Vamos a escondemos detrás de esas columnas y cuando el guardia pase para el otro lado, nos colamos.

Casi sin darse cuenta, se habían metido ya en el atrio en donde sólo podían entrar los sacerdotes.

*Jesús* - ¡Pshh! No hagas ruido, Tonel.

*Tonel* - Mira, ahí está el altar. Vamos a verlo de cerca.

*Jesús* - Yo quiero tocar la piedra. ¡Vamos!

*Quino* - ¡Cuidado, Jesús, ahí viene un viejo!

Echaron a correr entre las columnas, pero el sacerdote corrió más que ellos.

*Safed* - ¡Así los quería atrapar yo! Pero, ¿qué

atrevimiento es éste?

*Jesús* - Es que... es que queríamos ver la piedra.

*Safed* - ¿De dónde son ustedes, mequetrefes?

*Tonel* - De Galilea. Vinimos a la fiesta, pero ya nos íbamos.

*Quino* - Queríamos ver esto. Es muy bonito.

*Safed* - Sí, es muy bonito, pero no se puede ver. Está prohibido.

*Jesús* - ¿Y por qué está prohibido?

*Safed* - Porque aquí sólo pueden entrar los sacerdotes.

*Jesús* - Ah... ¿Y por qué?

*Safed* - ¿Cómo que por qué? ¡Qué muchacho más preguntón eres tú! ¿Cómo te llamas?

*Jesús* - Jesús. Y éste, Quino. Y este otro, Samuel, pero como es tan gordo, le decimos Tonel.

*Safed* - Y a ustedes, mocosos de Galilea, ¿nadie les ha enseñado que éste es un lugar santo, un lugar santísimo? Aquí sólo pueden entrar los hombres santos.

*Jesús* - Entonces, ¿usted es un santo?

*Safed* - ¿Yo? No, yo no, yo soy un gran pecador. ¡Dios mío, misericordia para este pobre pecador!

*Jesús* - Entonces, ¿cómo usted está en el lugar santo?

*Safed* - Porque soy sacerdote, hijo.

*Tonel* - ¿Y los sacerdotes son santos?

*Safed* - Miren, muchachos, ¿cómo les diría? Hay que distinguir entre la santidad del oficio y la debilidad del oficiante...

*Jesús* - Ah, ya... Pues yo no distingo.

*Safed* - Pues hay que distinguir. Les tendría que poner un ejemplo. El rabí Aziel dice que si tomamos una fruta de cáscara amarga... No, no, él dice que si a una fruta le quitamos la cáscara... Bueno, yo no recuerdo bien ahora. Y, además, ¡basta ya! No puedo perder mi tiempo con unos chiquillos como ustedes.

En eso llegó otro sacerdote, más encopetado que el primero...

*Sacerdote* - ¿Qué es lo que pasa aquí, maestro Safed? Y estos niños, ¿por dónde han entrado?

*Safed* - Eso es lo que digo yo. No sé por dónde han entrado, pero sí sé por dónde van a salir.

*Sacerdote* - Pasa a menudo, sí, maestro Safed, pasa con frecuencia. Las criaturas quieren contemplar de cerca la belleza inmaculada de la casa de Dios. ¿Verdad que sí, mis hijos?

*Tonel* - Sí, queríamos ver.

*Sacerdote* - Pues miren, hijos, miren. ¡Todo esto es hermoso!

*Jesús* - Maestro, ¿y qué es lo que hay ahí dentro?

Jesús, con los dedos sucios de tierra, señaló hacia el Santo de los Santos, el lugar más sagrado de aquel enorme edificio que era el Templo de Jerusalén.

*Sacerdote* - ¿Ahí dentro? ¡Ahí dentro, hijo mío, está la Presencia de Dios!

*Tonel* - ¡La Presencia de Dios!

*Jesús* - ¿Y usted ha visto a Dios, maestro?

*Sacerdote* - No, yo no lo he visto.

*Jesús* - Entonces, ¿cómo sabe que está ahí?

*Sacerdote* - Porque está. Es un misterio.

*Quino* - No lo pueden ver, Jesús. Mi abuelo decía que el que ve a Dios estira la pata.

*Jesús* - ¿Eso es verdad, maestro?

*Sacerdote* - Es cierto, hijo. El que ve la cara de Dios se cae muerto.

*Jesús* - Pues tiene que ser muy feo entonces.

*Sacerdote* - No, hijo, no digas eso. Dios no es feo ni bonito. Dios no es alto ni bajo, ni fuerte ni enclenque. ¡Dios es espíritu purísimo!

*Tonel* - ¿Y qué es eso del «piríto purísimo»?

*Sacerdote* - ¿Espíritu purísimo? ¿Cómo les diría yo? Quiere decir que Dios es intangible, inalterable, inabarcable, inodoro, incoloro...

*Tonel* - ¡Inodoro!

*Sacerdote* - ...inenarrable, incomprensible, inimaginable, infinito, inconmensurable... ¿Comprendes ahora cómo es Dios?

*Tonel* - Sí, claro, ya...

*Jesús* - Maestro, ¿y todas esas cosas que usted ha dicho caben ahí dentro?

En eso llegó otro sacerdote, más estirado que los otros dos...

*Sifar* - ¿Y esta reunión aquí, qué significa? Se les oye desde la puerta.

*Sacerdote* - Me alegro que llegue, rabí Sifar. Quiero que conozca a estos niños. Son muy inteligentes. Servirían para nuestra escuela.

*Sifar* - ¿Ah, sí? ¿Les gustaría venir con nosotros, hijitos?

*Quino* - ¿Venir a dónde? ¡Nosotros nos vamos a Galilea!

*Sifar* - Digo venir a la escuela de sacerdotes. Muchos jóvenes acuden a ella. Y llegan a ser dignos servidores del Templo.

*Jesús* - ¿Y qué es lo que hacen en esa escuela?

*Sifar* - Meditar de día y de noche las Santas Escrituras.

*Tonel* - ¡De día y de noche!

*Quino* - ¿Y para qué hacen eso, maestro?  
*Sifar* - Para conocer mejor a Dios.  
*Jesús* - ¿Y para qué quieren conocerlo tanto?  
*Sifar* - Para entender más su palabra, hijo.  
*Jesús* - ¿Y después?  
*Sifar* - Seguir, seguir meditando. Nunca se termina de entender la Escritura Santa, hijo. Hay que meditar en ella sin reposo.  
*Sacerdote* - Sin embargo, la misma Escritura habla del reposo del justo, rabí.  
*Safed* - Pero no en este caso, maestro Sifar.  
*Sifar* - Pero sí en un caso parecido. ¡Además, esto no tiene nada que ver con la pregunta del niño!  
*Safed* - ¡Sí tiene que ver, sí tiene que ver!

Ya estábamos saliendo por la Puerta del Pescado cuando nos dimos cuenta de que Jesús no iba en la caravana de los galileos.

*María* - Comadre Elisa, ¿usted ha visto a su muchacho?  
*Elisa* - Ay, no, doña María, yo pensé que andaba con el suyo.  
*María* - Claro que anda con el mío, pero por aquí no está ni uno ni otro.  
*Elisa* - La última vez que yo los vi, estaban también con el hijo de esa señora, ese gordito que le llaman Tonel.  
*María* - ¡Ay, Dios mío, perderse en esta ciudad, con tantos peligros! ¡José! ¡José!  
*José* - Pero, ¿qué bulla te traes tú ahora, María?  
*María* - ¿Jesús va contigo?  
*José* - No, yo pensé que iba contigo.  
*María* - ¡Pues éstos se han quedado en alguna esquina bo-beando y se han perdido! El hijo de la comadre Elisa y el de esta señora están con él.  
*Vecina* - ¡Ay, mi Samuel, ay, mi Samuelito!  
*José* - Tranquilícese, señora, si están perdidos ya los encontraremos. Vamos, vamos a desandar el camino. No pueden haber ido lejos.

Mientras la caravana de nuestros paisanos salió de la ciudad rumbo al norte, José y yo y los padres de los otros dos muchachos nos dimos la vuelta para buscar a los niños entre aquel mar de gente. ¡Qué asustada estaba yo con aquella calamidad! José parecía más tranquilo, pero yo creo que era para no alarmarme. Volvimos al mercado, recorrimos una y otra vez las calles por donde habíamos estado y... nada. Ni rastro de ellos. Mientras, los tres sacerdotes seguían alegando con los tres muchachos en el Templo..

*Safed* - ¡Es la santidad del oficio! ¡Y el niño

preguntaba por la debilidad del oficiante!

*Sacerdote* - ¡Inodoro! ¡Sí! ¡También inodoro! ¡Lo digo y lo repito!

*Sifar* - ¡Los niños hablan del reposo del justo, no del reposo del impío!

A mediodía, se nos ocurrió entrar en el Templo. Estaba abarrotado de gente. ¿Dónde estarían los muchachos entre aquel mar de peregrinos?

*Mujer* - ¡Ay, mi Samuelito, mi Samuelito!

*María* - ¡Lo hemos perdido, José! Esto es como buscar una aguja entre la paja.

*José* - Cálmate, María. Jesús de tonto no tiene un pelo. El sabría volver a Nazaret solo.

*Vieja* - Perdónenme la curiosidad, pero, ¿por qué lloran estas señoras?

*José* - Tres muchachos que son unos demonios, vieja. Los hemos perdido esta mañana cerca de aquí.

*Vieja* - ¿Y cómo eran los niños?

*Mujer* - El mío es gordito, muy bien criado, con una túnica verde.

*Elisa* - Mi Quino tiene el pelo color de la zanahoria.

*José* - Van con otro que tiene cara de pícaro y medio. Un morenito con la túnica muy sucia.

*Vieja* - Esos niños... Yo creo haber visto a esos niños por ahí dentro.

Entramos en el atrio de las mujeres y estábamos preguntando a unos y a otros cuando los vimos salir.

*Safed* - Y no se les ocurra poner otra vez los pies aquí dentro, ¿me oyen? ¡No se les ocurra!

*María* - ¡Jesús! ¡Hijo!

*Mujer* - ¡Mi Samuel! ¡Mi Samuel!

*María* - Pero, Jesús, muchacho, ¿dónde te habías metido? Tu padre y yo buscándote por todas partes.

*Jesús* - Es que nos pusimos a hablar ahí con esos maestros y...

*José* - Hablar, ¿verdad? ¿Hablar de qué, demonio? ¡No sabes el susto que le has dado a tu madre!

*Jesús* - Nos demoramos porque esos maestros no se ponían de acuerdo... Uno que si Dios era así, otro que si era asá.

*Tonel* - Discutían entre ellos y a nosotros no nos dejaban irnos.

*Jesús* - ¿Verdad, Tonel, que esa gente le arma a uno un lío? Ellos se ocupan de las cosas de Dios, pero yo creo que no lo conocen. Dios no puede ser como ellos dicen.

*María* - Pero, Jesús, ¿cómo hablas así de los maestros?

Jesús - Porque así es, mamá. Mira, ellos dicen que...  
José - Vamos, vamos, ya está bueno de gastar saliva.  
¡Ea, corriendo, que si aligeramos el paso,  
todavía alcanzamos a la caravana de los galileos!

Y la alcanzamos. Y a los tres días, estábamos de regreso en Nazaret. La vida siguió dando vueltas como el agua en el molino y, a partir de aquel año, Jesús subió a Jerusalén con nosotros cuando llegaba la fiesta de la Pascua.(6) El tiempo pasaba. Y él iba creciendo y haciéndose un hombre. Yo pienso que también iba descubriendo cada vez con más claridad que Dios es, sobre todo, un Padre. Un Padre que está muy cerca de nosotros y que se ocupa de todas nuestras cosas.

Lucas 2,41-50

---

1. La Ley de Israel obligaba a que en tres de las cinco fiestas principales del año todos «comparecieran ante Dios» en el Templo de Jerusalén. No estaban obligados los sordos, los idiotas, los niños, los homosexuales, las mujeres, y los esclavos no liberados, los tullidos, los ciegos, los enfermos, y los ancianos, norma que deja ver quiénes eran los más «despreciados» en aquella sociedad, indignos hasta de presentarse ante Dios. Las tres fiestas obligatorias eran la Pascua, las Primicias (Pentecostés) y la Cosecha (las Tiendas). La Pascua era la más popular de las tres. Los pobres -que no podían hacer gastos para varias peregrinaciones al año- cumplían sobre todo en la Pascua. Aunque las mujeres no estaban obligadas, en Pascua solían participar en el viaje con sus maridos y sus hijos. Las otras dos fiestas anuales eran la Fiesta de las Trompetas, en la séptima luna nueva del año, y el Día de la Expiación. Había otras fiestas menores y cada semana, el descanso del sábado.

2. Los textos de la época indican que era a partir de los trece años cuando los niños varones debían ya cumplir con la obligación de peregrinar por Pascua a Jerusalén. Pero era costumbre de los israelitas del interior llevarlos desde los **doce años**, para que se habituaran al cumplimiento del precepto que les iba a obligar desde el año siguiente. La participación en las fiestas de Pascua con todo el pueblo era una forma de consagrar la «mayoría de edad» del muchacho. A partir de entonces comenzaba realmente a ser un «israelita», pues se entendía que israelita era sinónimo de «el que va a Jerusalén».

3. Para las **peregrinaciones** se organizaban grandes caravanas formadas entre los vecinos de un mismo pueblo, los amigos, los parientes. Así se defendían de uno de los principales peligros del camino: los bandoleros. Se viajaba a pie y cuando se avistaba ya Jerusalén, los peregrinos cantaban los «salmos de las subidas» (Salmos 120 al 134).

4. Cuando Jesús fue a Jerusalén por primera vez, a los doce años, aún se estaba terminando de reconstruir el **Templo**, obra comenzada por el rey Herodes el Grande unos 20 años antes. Para la reconstrucción del Templo se adiestró en albañilería a mil sacerdotes, para que pudieran ser ellos, los consagrados a Dios, los constructores del sagrado edificio. Los materiales que se emplearon fueron de gran calidad: mármoles amarillos, negros y blancos, piedras talladas artísticamente por grandes escultores, maderas de cedro traídas desde el Líbano con las que se hicieron artesonados maravillosos, metales preciosos -oro, plata y bronce-.

Por cualquier parte que uno entrara en el Templo atravesaba portones recubiertos de oro y plata. En los atrios o patios que rodeaban el edificio había grandes candelabros de oro y en cualquier rincón se veían objetos sagrados de oro o de plata. La mayor suntuosidad estaba, sobre todo, en el santuario, parte central del Templo. La fachada era de mármol blanco y estaba recubierta de placas de oro del grosor de una moneda de un denario. De las vigas del vestíbulo colgaban gruesas cadenas de oro. Había allí dos mesas: una de mármol finísimo y otra de oro macizo. Desde el vestíbulo del edificio hasta el «Santo» se extendía una parra, en la que los sarmientos eran de oro y a la que se le iban añadiendo racimos de uvas de oro puro.

5. El **altar** del Templo de Jerusalén se llamaba también el «Santo». Era un lugar reservado sólo a los sacerdotes que estaban de turno cada día para ofrecer los sacrificios y constituía una falta gravísima entrar allí. En el «Santo» estaba el candelabro de oro macizo de siete brazos, la mesa donde se conservaban los panes sagrados y el altar del incienso. Separado por un doble velo de este lugar, estaba el llamado «Santo de los Santos», espacio totalmente vacío, de forma cúbica, con paredes recubiertas de oro, donde estaba "la presencia de Dios". Era un lugar silencioso y oscuro. En él sólo podía entrar el Sumo Sacerdote a quemar incienso una vez en todo el año, el Día de la Expiación, cuando se rogaba a Dios que perdonara los pecados de todo el pueblo. Para los israelitas era el lugar más sagrado de toda la tierra.

6. Lucas es el único evangelista que nos ha transmitido el relato de **Jesús** perdido en el Templo a los doce años. Lucas escribió su evangelio para los extranjeros, para los no judíos, hombres y mujeres con una mentalidad fuertemente influida por la cultura griega. A estos lectores, la «sabiduría» en la relación maestro-discípulo les inspiraba admiración y respeto. Lucas compuso este relato para expresar a sus lectores que Jesús es la Sabiduría de Dios, que su misión fue enseñar el camino de la justicia, que fue el Maestro por excelencia. Así, en este texto, además de dar el dato histórico del primer viaje de Jesús a Jerusalén a los doce años, elaboró un mensaje teológico e hizo una catequesis para lectores griegos. En las restantes páginas de su evangelio Lucas explicará de diversas formas cómo entender esta «sabiduría», no como la entendían los griegos -acumulación de cultura, alejamiento del mundo- y presentará a Jesús como portador de «otra» sabiduría.



## 141- UN HOMBRE JUSTO

Eran las vísperas de Pentecostés. Jerusalén rebosaba de peregrinos, compatriotas y extranjeros, venidos de las cuatro puntas del imperio romano, para celebrar la fiesta de las primicias. En aquellos calurosos días del verano, allá en la planta alta de la casa de Marcos, donde tantas cosas habíamos vivido juntos, María, la madre de Jesús, nos contó algo de los años revueltos y difíciles que vivió nuestro país a la muerte del rey Herodes.

*María* - Yo digo que salimos de mal para peor. Porque cuando murió el viejo Herodes, sus hijos, que eran tan sinvergüenzas como él, se picotearon el reino en tres pedazos. Cada uno agarró su tajada y le dejaron el campo más libre a los romanos. Fueron años muy malos aquellos. Más impuestos, más protestas de la gente y más crueldades de los gobernantes...

*Vecino* - ¡Como lo están oyendo, paisanos! ¡Dos mil cruces y dos mil crucificados! ¡Algo espantoso!

*Vieja* - ¡Que el cielo nos ampare!

*Vecino* - ¡Todos los buitres del país se han juntado en Jerusalén! ¡La ciudad huele a muerto!

Cada día, con las caravanas, llegaban noticias tristes a nuestra aldea. Fue por entonces cuando un tal Judas,(1) que tenía sangre de los Macabeos en las venas, hizo un robo de armas en Séforis, que en aquel tiempo era la ciudad más importante de nuestra provincia. ¡Ay, madre mía, qué angustia pasamos cuando aquello!

*Hombre* - ¡Abajo Roma, fuera los invasores!

*Mujer* - ¡Herodes vendepatria!

*Muchacho* - ¡Israel para los israelitas!

La venganza del ejército romano fue terrible. ¡Con decirles que mandaron tropas de la capital! Le pegaron candela a muchas casas. Yo creo que metieron presa a media ciudad. Desde Nazaret, que sólo queda a un par de millas de Séforis, veíamos la humareda y oíamos los gritos de los vecinos que salían huyendo. Desde entonces, Galilea se volvió un campo de batalla. Vivíamos con el corazón en la boca. Uno salía de la aldea y veía un muerto aquí y un crucificado allá. Los policías de Herodes y los soldados romanos se nos metían en las casas, nos amenazaban, veían un grupo y a palo limpio.(2) Todo el que protestaba, al cuartel. Y, claro, lo que pasa siempre, mientras más aplastaban al pueblo, más fuerte se hacía la resistencia.

Que yo recuerde, ahí fue cuando comenzó el movimiento de los zelotes.(3)

*Hombre* - ¿Quieres unirme a nosotros, muchacho?  
*Muchacho* - Sí. Voy con ustedes. ¿Qué tengo que llevar?  
*Hombre* - Nada. ¡Solamente afilar el cuchillo y jurar venganza contra los que pisotean a nuestra patria!

Jesús tendría como unos dieciocho años cuando un grupo de zelotes secuestró en Séforis a un capitán romano. Como rescate pedían a varios prisioneros. Pero la cosa salió mal. Bueno, yo no me acuerdo mucho cómo fue el lío, pero aquella noche, en Nazaret, no se oyeron ni los gatos. Todos los vecinos le echamos la tranca a la puerta y nos acostamos muy temprano. Ya estábamos dormidos cuando oímos unas voces.

*Fugitivo* - Hermano... hermano...  
*María* - ¡José! ¿No estás oyendo? Alguien está ahí en la puerta... ¡José!  
*Fugitivo* - ¡Hermanos, déjanos entrar! ¡Ábrenos!  
*José* - ¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes?  
*Fugitivo* - Venimos huyendo de Séforis. Los soldados andan detrás de nosotros.  
*Compañero* - ¡Han matado a muchos compañeros del movimiento! ¡Si nos agarran, nos colgarán de una cruz!  
*Jesús* - ¿Qué pasa, mamá?  
*María* - ¡Psst! Calla, Jesús, espera.  
*José* - ¿Qué... qué quieren de nosotros?  
*Fugitivo* - ¡Déjanos pasar la noche en tu casa, compañero. ¡Escóndenos!  
*María* - Ay, José, por Dios, tengo miedo. Es muy peligroso.  
*José* - Ya sé que es peligroso, mujer. Es un riesgo grande, pero hay que correrlo. Al fin y al cabo, son hermanos nuestros, ¿no?  
*María* - No sabemos ni quiénes son.  
*José* - No importa. Nos necesitan. Tú, Jesús, ¿qué dices tú?  
*Jesús* - Sí, papá, ábreles. ¡Si uno estuviera en el pellejo de ellos!

Y José les abrió la puerta de nuestra casa.(4)

*Fugitivo* - Gracias, compañero, gracias. ¡Uff! Hemos llamado a varias puertas en la aldea, pero nadie quiso abrirnos.  
*José* - A esta hora todos estarán durmiendo.  
*Fugitivo* - Sí, la gente siempre está durmiendo cuando más falta hace.

José - Ea, tírense ahí en el fondo y échense estos trapos encima. María, dales algún pan y... No hay mucho, ¿saben?

Yo no pude pegar ojo. Todos los ruidos, hasta los grillos me espantaban. Cerca de la medianoche, sentimos los caballos romanos que cruzaron la aldea sin detenerse. Iban buscando a los fugitivos por el camino de Caná. Antes de cantar los gallos, los dos hombres se levantaron y, a tientas, se acercaron a José.

*Fugitivo* - Hermano, ya nos vamos.

José - ¿Necesitan algo para el camino?

*Fugitivo* - Deséanos buena suerte, sólo eso.

*Compañero* - Nos has salvado la vida, compañero, Gracias. ¡Adiós!

José - ¡Adiós! ¡Y que el Señor les acompañe!

Abrieron la puerta y se fueron corriendo.

José - Ya ves, María, no hay que achicarse ante los problemas.

Jesús - Eso es lo que quieren ellos, mamá, tenernos divididos a fuerza de miedo.

María - Sí, sí, ustedes digan lo que quieran, pero yo tenía un susto más grande que Daniel en el foso de los leones.

José - Bueno, mujer, tranquilízate. Ya todo pasó.

Sí, pensamos que todo había pasado. Pero a la semana siguiente, una mañana, mientras José y Jesús estaban trabajando en el campo...

*Soldado* - ¡Eh, tú, ven acá!

María - ¿Yo? ¿Qué... qué quieren ustedes?

*Soldado* - Que vengas te digo.

Dos soldados romanos, a caballo, se detuvieron frente a nuestra choza. Yo estaba amasando la harina para el pan.

*Soldado* - ¿Cómo se llama tu marido?

María - José.

*Soldado* - A ese mismo es al que andamos buscando. ¿Dónde está, habla?

María - El no ha hecho nada malo. ¿Por qué?

*Soldado* - ¡Que dónde está te digo!

María - No lo sé... no lo sé.

*Soldado* - ¿No lo sabes, verdad? ¡Ahora vas a saberlo!

Los soldados se desmontaron de los caballos y se me

acercaron con una sonrisa burlona y el látigo de cuero entre las manos. Yo temblaba y tuve que apoyarme contra el muro.

*Soldado* - ¿Dónde está la basura de tu marido, eh?  
*María* - Se fue. Y no viene hasta la noche.  
*Soldado* - ¡Ja! ¿Oyes, Néstor? No vuelve hasta la noche. ¡Ja, ja, ja! Ven, Néstor, ven que estas campesinas apestan un poco porque no se bañan, pero, no creas, están buenas... ¡Ja, ja!  
*María* - Suélteme, suélteme...  
*Soldado* - ¿Dónde está tu marido, muchachita?  
*María* - No lo sé. De veras, no lo sé. ¡Suélteme!  
*Soldado* - ¡Aprovecha, Néstor, que estas oportunidades no se dan todos los días!  
*María* - Suélteme... suélteme...

¡Dios santo, si José no hubiera llegado en ese momento, no sé que habría sido de mí!

*José* - ¡Hijo de perra, suelta a esa mujer! ¡Que la sueltes te digo!  
*Soldado* - ¿Eh? Y éste, ¿de dónde sale?  
*José* - ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera de mi casa he dicho!  
*Soldado* - ¿Así que no venía hasta la noche? Tú eres el que le dicen José, ¿no es eso?  
*José* - Sí. ¿Qué pasa conmigo?  
*Soldado* - Que te andamos buscando, amiguito.  
*José* - Pues ya me encontraron. ¿Qué quieren?  
*Soldado* - ¿Con que escondiendo a rebeldes en esta asquerosa ratonera, ¿verdad? Sí, sí, no pongas esa cara... Aquí todo se sabe. Y tú escondiste a dos de los que salieron huyendo de Séforis cuando lo del secuestro. Pero de Roma no se burla nadie, ¿entiendes?  
*María* - ¡Ay, no, no le peguen! ¡El no hizo nada!

Agarraron a José y lo empujaron. El soldado más fuerte lo pateó como un salvaje en la cara, en la espalda, entre las piernas. El otro me cortaba el paso a mí, que gritaba como una loca. ¡Ay, Dios mío, y no poder hacer nada! En ese momento llegó Jesús del trabajo. Cuando vio lo que estaba pasando, dejó las herramientas y se lanzó contra el soldado que estaba aporreando a José. Pero de un puñetazo en plena cara me lo tiraron al suelo.

*Soldado* - Maldita sea con estos campesinos, ¿cuándo van a aprender a respetar a las autoridades? Déjalo ya, Néstor, ya está bien madurito. ¡Ea, vámonos ya!  
*María* - José, José... ¡Ay, Dios mío! Jesús, corre, avisa a Susana, que venga pronto. ¡Ay, Dios mío!

Mi comadre Susana y Nuna y todas las vecinas de Nazaret vinieron enseguida con bálsamos y cataplasmas.

*María* - ¿Cómo te sientes, José, dime?  
*José* - ¡Ay! Peor que Adán. ¡Ay! ¡A Adán le partieron una costilla y a mí una docena, ay!  
*Susana* - ¡Dale gracias a Dios que salvaste el pellejo!  
*María* - Yo se lo dije, Susana, que era muy peligroso esconder a esos tipos. Los romanos no perdonan.  
*Susana* - Bueno, bueno, ahora a descansar. Y le das algo caliente dentro de un rato, María. Y que no se mueva, ¿eh?

Desde aquel día José ya no se sintió bien. Se levantaba, seguía trabajando, pero por las noches se derrumbaba en la estera como si no pudiera ni con su alma.

*María* - José, así no puedes seguir. ¿No quieres que le avise al médico de Caná, que venga a verte?  
*José* - ¿Y con qué le pagamos, mujer, si no tenemos ni para las lentejas? No te preocupes. De veras, ya no me duele tanto.

Pero los días pasaban y José no se ponía mejor.

*María* - Jesús, hijo, tu padre está malo. Estoy muy angustiada. El dice que son las fiebres..  
*Jesús* - Fueron los golpes, mamá. ¡A papá lo reventaron esos soldados! ¡Pero ya la pagarán, te juro que la pagarán!  
*María* - Busca al médico, hijo. Mira, llévate las dracmas de la boda... Otra cosa no tengo. Véndelas y con eso le pagas. Ve pronto, anda.

El médico vino, pero José no se alivió. Y los días siguieron corriendo uno sobre otro.

*María* - ¿Te sientes mejor, José?  
*José* - Sí, hoy me siento bastante bien. Por lo menos, no tengo ese dolor aquí en los riñones. ¡Y hasta tengo ganas de comer! ¡De comer y de pelear, caramba!  
*Jesús* - Pues yo estoy preparado, papá. Cuando te levantes, ya iremos..  
*José* - ¿Iremos a dónde, Jesús?  
*Jesús* - A vengarnos de lo que te hicieron. Quico y yo averiguamos dónde están esos dos soldados.  
*José* - Pero, ¿qué estás diciendo, muchacho?  
*María* - ¡Jesús, te lo suplico, deja eso, no te metas en ningún lío! ¡Ay, Dios santo!

*Jesús* - ¿Anjá? ¿Y nos vamos a quedar así? Vienen y te patean en tu propia casa, insultan a tu madre, matan a golpes a tu padre, ¿y se va a quedar uno con los brazos cruzados? La ley dice «ojo por ojo y diente por diente». ¿0 no?

José, acostado en la estera, sobre el suelo de tierra de la choza, miró a Jesús con sus ojos negros y ojerosos...

*José* - Escúchame, hijo: la ley dice eso, sí. Pero desde que Moisés escribió esa ley, ¿tú crees que ha habido menos ojos saltados y menos dientes rotos? No, al contrario. Porque el fuego se apaga con arena y no con más fuego.

*Jesús* - Pero, papá, entonces...

*José* - Hay que buscar otro camino, hijo. Y, para eso, lo primero es sacarte la violencia del pecho. No guardes odio, Jesús. El que odia, se hace esclavo de su propio odio. Y yo te quiero ver libre, muchacho. Sí, lucha, pelea, defiende a los tuyos, saca la cara por todos los que lo necesitan, pero no tomes venganza. Y déjalos a ellos, que los violentos acabarán todos como el alacrán, que se clava su propio veneno.

*Susana* - Bueno, lo que hay que dejar ahora son esas conversaciones medio sombrías, que este nazareno ya está bueno y sano. Vamos, María, vete lavando la ropa, que el marido tuyo se levanta mañana o pasado.

Pero no, no se levanto más. Fue un sábado, a media mañana, con un sol brillante sobre la aldea, cuando murió. Jesús y yo, y todos los vecinos de Nazaret estábamos a su lado. Y lo lloramos como se llora a los hombres justos. No, no me pidan que les cuente más porque me pongo muy triste. Yo lo quería tanto... Cuando murió pensé que se me acababa el mundo. Jesús también lloró mucho aquel día. Creo que José le enseñó a él cosas importantes: le enseñó a trabajar la tierra, a levantar los ladrillos... Le enseñó, sobre todo, a luchar. A luchar y a perdonar.(5)

---

*1. Judas el Galileo fue el fundador del movimiento zelote. En los años del nacimiento de Jesús, este revolucionario organizó la oposición al censo ordenado por Roma. Después, durante la juventud de Jesús protagonizó un gran levantamiento contra el poder romano. Conquistó la ciudad de Séforis, a pocos kilómetros de Nazaret, que era entonces la capital de Galilea y el principal centro comercial de telas del país. Allí se hizo fuerte con un*

importante grupo de guerrilleros. Quintilio Varo, legado romano en Siria, aplastó a sangre y fuego aquella revuelta. Séforis fue reducida a cenizas y cientos de zelotes fueron crucificados en la ciudad. Para el movimiento revolucionario, el golpe fue duro y tardaron algunos años en reorganizarse. A pesar de la continua represión contra los zelotes, hasta el año 70 después de Jesús el movimiento no fue definitivamente liquidado por los romanos, pues era muy importante el apoyo que le daban los campesinos galileos y las clases más pobres de la sociedad de Israel. Herodes Antipas reconstruyó Séforis. Los dos hijos de Judas el Galileo fueron crucificados por los romanos.

2. Las **tropas romanas**, junto a las del rey Herodes, mantenían el orden y la «paz» en los revueltos campos de Galilea. Lo hacían con la soberbia propia de los ejércitos ocupantes, que se sienten dueños de la vida de la población sometida. Con esta prepotencia, eran frecuentes las violaciones, los apaleamientos y el saqueo de los bienes de los campesinos.

3. La muerte de Herodes el Grande, tras un reinado tiránico de 40 años, supuso un momento especialmente crítico en Palestina, prácticamente dominada ya por el imperio romano. Por estos años, surgieron en Galilea una serie de movimientos insurreccionales armados que tuvieron un gran arraigo entre el pueblo y que fueron la base de la que se formaron los grupos **zelotes**. El zelotismo tuvo origen campesino. Galilea, más al margen de la burocracia, el orden y la ley que imperaban en Jerusalén, había sido foco tradicional de todos los movimientos antiromanos y mesiánicos. Tenía que serlo del movimiento zelote, que Jesús vio nacer y desarrollarse y cuyos ideales conoció perfectamente. Tanto, que cuando al comenzar su actividad profética anunciaba «¡El reino de Dios está cerca!», coincidía con la proclama de esperanza que los zelotes habían hecho popular por toda Galilea como bandera contra los ocupantes romanos.

4. En Israel, como en la mayoría de los países orientales, la hospitalidad es una de las virtudes más arraigadas en el pueblo. Era una grave falta tanto negarla al que la pedía como rechazarla al que la brindaba. La hospitalidad incluía **abrir la puerta**, el saludo, el servicio, la protección y la compañía al huésped que era acogido en la casa. Todo esto se hacía sin que lo mandara expresamente la ley y sin que se esperara a cambio alguna recompensa. La hospitalidad debía abarcar a toda persona, sin hacer excepciones con extranjeros o desconocidos.

5. De **José**, el esposo de María, los evangelios sólo dan algunos datos: era de la familia de David, era artesano de oficio, acogió a María como esposa y fue «un hombre justo» (Mateo 1, 19). Todo hace suponer que José murió antes de que Jesús comenzara su actividad pública, porque a partir de entonces María aparece siempre en los evangelios sola, como una mujer viuda. La muerte de José no aparece en los evangelios. No tenemos ningún dato histórico sobre ella. Sí es histórico el ambiente de revuelta social en que vivió Galilea durante los años de la infancia y la juventud de Jesús, años en los que probablemente murió José.



## 142- FUEGO EN LA TIERRA

Cuando llegó el día de Pentecostés,(1) Jerusalén se vio inundada de miles de peregrinos que venían con gavillas en los brazos a ofrecer las primicias del trigo y de la cebada en el Templo del Dios de Israel y a celebrar, como todos los veranos, la fiesta de la cosecha nueva. Por las calles de la ciudad de David, se apretujaban hombres y camellos, caravanas enteras de paisanos llegados de Judea y de Galilea, forasteros venidos de todas las provincias del imperio: partos, medos y elamitas, gentes de Mesopotamia y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia, de Panfilia y hasta del lejano Egipto y de las colonias libias que están más allá de Cirene.(2) Griegos y romanos, árabes y cretenses, judíos y paganos, todos subían a Jerusalén y hacían resonar dentro de sus muros las voces y las canciones de mil lenguas diferentes. Aquel día, a primera hora de la mañana, mientras conversábamos en la planta alta de su casa, llegó Marcos, el amigo de Pedro, casi sin resuello.

*Marcos* - ¡Eh, aquí todos! ¡Aquí, de prisa!

*Pedro* - ¿Qué diablos te pasa, Marcos? ¡Vamos, habla!

*Marcos* - Malas noticias, compañeros. El gordo Caifás y la pandilla del Sanedrín están más furiosos que los demonios del sheol! ¡Y la cosa es con nosotros!

*Pedro* - ¡Bah, si es por eso!

*Marcos* - ¡Se enteraron de que están en la ciudad desde hace unos días y que andan corriendo que Jesús resucitó! Y ellos dicen que ustedes lo que quieren es alborotar al pueblo.

*Pedro* - Que digan lo que quieran, Marcos. A nosotros, ¿qué nos importa?

*Marcos* - ¡Y que avisaron a los guardias para meterlos presos!

*Pedro* - Eso no importa.

*Marcos* - ¡Y que vienen ahora mismo hacia acá a echarles mano!

*Pedro* - Bueno... ¡entonces sí que importa! ¡Mateo, Andrés, Natanael! ¡Epa, compañeros, tenemos que irnos de aquí! ¡Nos andan buscando!

*Juan* - ¡Pues que nos encuentren! ¡Aquí los esperaremos, Pedro!

*Pedro* - Los esperarás tú, Juan. Yo me voy.

*Felipe* - ¡Y yo también!

*Juan* - ¡Cobardes! Eso es lo que son ustedes, unos cobardes ratones!

*Pedro* - Está bien, di lo que quieras. Pero yo prefiero ser ratón vivo que león muerto. ¡Vamos, avisenles

a las mujeres y andando!

*María* - Pero, ¿qué bulla se traen ustedes? ¿Qué es lo que está pasando, a ver?

*Pedro* - Ahora no pasa nada, María, pero va a pasar pronto.

*Tomás* - Marcos, ¿estás se-se-guro de eso de-de los guardias?

*Marcos* - Claro que sí, Tomás. Me lo dijo Nicomedes.

*Pedro* - ¿Qué Nicomedes? Nicodemo querrás decir tú.

*Marcos* - Sí, ese mismo, es que con el sofoco se me enreda la lengua. El magistrado ése es de confianza, ¿no?

*Juan* - A lo mejor todo es cuento y lo hacen para meternos miedo.

*Tomás* - Pues ya nos lo me-me-metieron.

*Pedro* - Sea lo que sea, vámonos enseguida, antes de que lleguen y nos atrapen mascando dátiles. Vamos, María, muévete, haz algo. ¡María! ¿En qué estás pensando?

*María* - Estoy pensando en lo que haría Jesús si estuviera aquí con nosotros.

*Felipe* - ¡Yo no sé lo que haría él, pero lo que es yo...!

*Magdalena* - ¡Yo sí sé lo que haría el moreno! Jesús nunca dio un paso atrás. Pero nosotros andamos como los cangrejos, caramba!

*Salomé* - Yo digo lo mismo que la magdalena, porque si nosotros...

*Pedro* - ¡Bueno, bueno, lo que quieran decir, lo dicen por el camino! ¡Ahora no es momento de hablar sino de brincar la tapia y largarnos de aquí! ¡Vamos, Santiago!

*Magdalena* - ¡Váyanse ustedes si quieren! María y yo nos quedamos, ¿verdad, doña María?

*María* - Claro que sí, muchacha, no faltaría más.

*Salomé* - ¡Pues yo también me quedo! ¡Que en la familia de los Zebedeos tenemos sangre en las venas y no agua dulce!

*Felipe* - Pero, vengan acá, mujeres necias, ¿ustedes no han oído que vienen los guardias?

*Magdalena* - Como si viene el rey de Roma, ¿a mí qué? ¡Váyanse, váyanse ustedes! Nosotras nos quedamos.

*Pedro* - Pero, ¿están locas? ¿Quedarse, para hacer qué?

*Magdalena* - ¡Oye a éste ahora! Pero, dime tú, Pedro, ¿para qué vinimos a Jerusalén, entonces? ¿Para bailar en la fiesta? ¿No quedamos en que había que revolucionar la capital y juntar a todos los pobres de por acá? ¿No dijimos que había que señalar con el dedo a todos los sinvergüenzas que nos tienen partido el espinazo?

*Felipe* - ¡Jesús comenzó ese plan y ya ves qué pronto le echaron mano!

*Magdalena* - ¡Pero más fuerte que la de ellos fue la mano de Dios, Felipe! ¿O para qué sacó Dios a Jesús de entre los muertos, a ver, dímelo tú, cabezón? ¿Para ganarse el aplauso? ¿O fue para que siguiéramos luchando como él y no le tuviéramos miedo a la muerte?

*Salomé* - ¡Bien dicho, Magdalena! ¡A ti habría que darte la espada de Judit, muchacha!

*Pedro* - Bueno, bueno, vamos por partes. ¿Qué proponen entonces ustedes, mujeres escandalosas?

*Salomé* - De momento, calmarnos, Pedro, y no dejar que el miedo nos acogote.

*Pedro* - ¿Tú qué dices, María?

Todos volvimos los ojos hacia la madre de Jesús...

*María* - No sé, Pedro, cuando las cosas se ponían difíciles, Jesús decía que rezáramos un poco, ¿se acuerdan? ¿Por qué no le pedimos a Dios que nos ilumine para saber qué hacer o qué no hacer?

*Salomé* - Eso mismo, María: que el que de Dios se agarra, no resbala.

*María* - Vamos a pedirle que nos saque adelante como sacó a nuestros abuelos allá en Egipto, que ellos también sintieron miedo cuando los guardias del faraón les corrieron detrás y los acorralaron junto al mar. Pero, acuérdense que fue entonces cuando Dios sopló y les abrió un camino por en medio del agua.

Estábamos allí los once del grupo. También Matías, el amigo de Tomás, que desde hacía unos días se había unido a nosotros. Estaban también las mujeres: la Magdalena, Susana y mi madre Salomé. Y, en medio de todos, María, la madre de Jesús, en cuclillas como se sientan las campesinas de mi tierra.

*María* - ¡Padre! Ponte delante de nosotros, ábrenos un camino de libertad, como hiciste con nuestros abuelos cuando soplaste un viento fuerte y ellos pudieron pasar el Mar Rojo.(3) Ponte a nuestro lado, como cuando ibas en aquella columna de fuego, abriéndoles la marcha. Ven tú con nosotros, Señor. Si no vienes tú mismo, no nos hagas salir de aquí. Si de veras estás de nuestra parte, danos algo de tu Espíritu, del Espíritu que pusiste en Jesús, ¡y haz que tengamos el valor de los profetas!

Rezamos. Rezamos desde el fondo de nuestra cobardía, con un granito de fe ante una montaña de dificultades. Y el Dios

de nuestros padres, el que rescató a Jesús de la muerte, el que fortalece las manos temblorosas y afianza las rodillas vacilantes, nos llenó de su poderoso aliento. Desde aquella mañana, Dios nos fue arrancando poco a poco el miedo y nos dio, a su tiempo, el valor necesario para la lucha de cada día.

*Pedro* - Bueno, compañeros, ya está bien de cobardías, caramba. No, no lo digo por nadie, lo digo por mí. Sí, ahora comprendo que es bueno que Jesús nos haya dejado porque así tenemos que tomar nosotros las riendas. El moreno nos puso una lámpara en las manos y no la vamos a esconder bajo la mesa. Hay que ponerla arriba, en el candelero, para que todo el mundo la vea. ¿O no?

*Juan* - Claro que sí, Pedro... Y si dejamos el pellejo por el camino, como Jesús, ¡pues mala suerte! Otros vendrán detrás. ¡Y ya Dios se las arreglará para reclamar nuestra sangre!

*Pedro* - Ea, ¿qué esperamos entonces? ¿No dicen que vienen los guardias? ¡Pues que nos encuentren en la calle! ¡Que lo que aquí hemos hablado a media luz, vamos a decirlo a pleno sol! ¡Y lo que hemos estado cuchicheando vamos a gritarlo sobre los tejados!

Lleno de entusiasmo, Pedro abrió la puerta y bajó de dos en dos los escalones de piedra que daban al patio. Detrás de él fuimos todos. La calle estaba abarrotada de peregrinos en aquel caluroso día de fiesta.

*Pedro* - Bueno, Juan, ¿y ahora, qué?

*Juan* - ¡Encomiéndate a Moisés que era tartamudo para que te suelte la lengua! ¡Animo, tirapiedras!

Entonces Pedro se trepó sobre un viejo barril de aceite que había junto a la puerta y desde allí comenzó a manotear haciéndole señas a la gente que iba y venía por la calle.

*Pedro* - ¡Eh, amigos, paisanas, vengan, corran, que tenemos una noticia para ustedes! Oye, Juan, ¿por dónde empiezo? ¿Qué les digo? ¡De repente, se me ha quedado la mente en blanco!

*Juan* - No te asustes, Pedro. ¡Las palabras son como las abejas: sale una y detrás va toda la hilera!

Una multitud comenzó a rodearnos con curiosidad. Pedro, sobre el barril, sudaba a chorros sin saber cómo empezar y mirando a uno y a otro lado, por si asomaban los guardias.

*Hombre* - ¿Qué te pasa a ti, galileo aspavientoso? A ver,

¿qué es lo que rifas?  
*Mujer* - ¡Vamos, desembucha ya!  
*Hombre* - ¡Ese tipo está borracho! ¿No le ven la nariz colorada? ¡Ja, ja, ja!  
*Pedro* - No, amigos, no estamos borrachos. Y no estamos borrachos porque son las nueve de la mañana y a esta hora ni el viejo Noé se emborracha. Lo que pasa... lo que pasa es otra cosa. Lo que pasa es que nosotros tenemos una noticia para ustedes. ¡Y la noticia es que ha llegado el Reino de Dios! Sí, amigos, sí, algunos de ustedes vienen de lejos y no saben lo que pasó en esta ciudad hace sólo unas semanas. Aquí hubo un hombre llamado Jesús. Yo creo que la mayoría de ustedes lo conocieron, ¿verdad? Bueno, resulta que este Jesús, el de Nazaret, pasó entre nosotros haciendo cosas buenas y luchando por la justicia como el que más. Y también curó a muchos enfermos, porque Dios estaba con él. Y a ese hombre, que era más derecho que un remo, y más profeta que todos los profetas juntos, a ése los jefes de aquí de Jerusalén lo llevaron preso y le amañaron un juicio a medianoche y lo condenaron a muerte. Muchos de ustedes lo vieron colgado de la cruz, ¿verdad que sí? Bueno, pues esos canallas pensaron que habían ganado la partida. Pero Dios no se quedó conforme, ni un pelo conforme. Díganme ustedes, ¿cómo Dios iba a permitir tamaña injusticia? ¿Cómo Dios iba a soportar que los gusanos se comieran al mejor tipo que ha pisado esta tierra? ¡No, no lo permitió! Y lo que hizo Dios fue que sacó a Jesús de la tumba, lo sacó vivo, ¡más vivo que antes, caramba!, y lo acreditó delante de todo el mundo. Y esto no lo digo yo porque sí, sino porque lo he visto. ¡Y todos éstos que están aquí conmigo también lo vieron! Nosotros, paisanos, somos testigos de esta victoria de Dios. ¡Y les decimos a todos ustedes, a los compatriotas y a los forasteros, a los de cerca y a los de lejos, les decimos a boca llena que ese Jesús que ellos crucificaron ha sido puesto por Dios como Señor y Mesías por encima de todos los señores de este mundo!

La gente que se apiñaba alrededor nuestro comenzó a aplaudir a Pedro que hablaba enardecido, con tanta firmeza que por un momento me recordó al mismo Jesús, cuando habló allá en la explanada del Templo.

*Hombre* - Oiga, vecina, ¿quién es este narizón que se explica tan bien?

*Mujer* - Pues yo no sé mucho, a la verdad, pero galileo sí que es. ¿No le oye el cantaíto?

*Hombre* - Será de los zelotes, digo yo.

*Vieja* - No, hombre, ése es uno de los que andaba siempre con el profeta, para arriba y para abajo con él, y los que están a su lado lo mismo.

*Mujer* - ¡Cállese, vieja, y deje oír!

*Pedro* - Amigos, escúchenme: los gobernantes y los grandes señores de la capital pensaron que este asunto de Jesús se había terminado. Pues no, no se ha terminado, ¿Y saben por qué? Porque ellos siguen ahí, los mismos que mataron a Jesús, los Herodes, los caifases, los pilatos, siguen ahí muy repantingados en sus palacios de mármol, sentados sobre los calabozos donde dan alaridos tantos compatriotas torturados; ellos banqueteándose y el pueblo pasando hambre. ¡No se ha terminado porque ellos siguen ahí matando y robando y abusando! ¡Pero Jesús también sigue aquí con nosotros plantándoles cara! ¡Ellos están vivos y Jesús está más vivo que ellos! ¡Ellos se ríen de nosotros, los pobres, pero Dios se reirá el último porque este asunto de Jesús no se ha terminado! Al revés, ¡ahora es cuando comienza! ¡Ahora, ahora es que se enredó la cosa, paisanos! ¡Porque ahora no es uno sino una docena! ¡Y pronto seremos doce docenas! ¡Y ya esto no lo para nadie! ¡El Reino de Dios corre como una chispa en el trigo seco! ¡Y nadie nos detendrá, compañeros, nadie!

*Hombre* - ¡Bien, bien, galileo, así se habla!

*Mujer* - ¡Dale duro, Pedro, dale duro!

*Pedro* - ¿Cómo va la cosa, Juan?

*Juan* - Va bien, Pedro, ¡pero no manotees tanto que te vas a caer del barril!

*Marcos* - Oye, tirapiedras, aquí hay muchos extranjeros y yo no sé si se estarán enterando de nada.

*Pedro* - ¡Amigos! Entre ustedes hay muchos forasteros que han venido de otros países y hablan otros idiomas. No importa. Yo sé que todos me están entendiendo. ¡Porque aunque las lenguas son distintas, la tripa de todos habla el mismo idioma del hambre! ¡Y los callos en las manos son los mismos, y el llanto de las madres a quienes les mataron sus hijos es igual en todas partes, y el grito de justicia de los pobres es el mismo en todas las lenguas! ¡No, aquí nadie es extranjero! Venimos de muchos sitios distintos, sí, pero vamos todos hacia una misma tierra. ¡Y eso es lo que importa! ¡Una tierra nueva, sin fronteras, sin desniveles, una tierra donde todos podamos

vivir! ¡Y para llegar a ella necesitamos juntamos, unir nuestros brazos, mano con mano, hombro con hombro, puño con puño, y meter el Espíritu de Dios en la carne del pueblo!(4)

Cada vez se reunía más gente para escuchar a Pedro. La calle resultó estrecha, tanto que los guardias enviados por los sumos sacerdotes y los magistrados del Sanedrín, cuando llegaron y vieron aquella multitud no pudieron hacer nada contra nosotros. Aquella mañana de Pentecostés, las orejas de Jerusalén escucharon la buena noticia que hoy saben ya tantos y tantos hombres y mujeres en todo el mundo: que Jesús sigue vivo, que el asunto del Reino de Dios sigue adelante, que el fuego que Jesús vino a meter en la tierra no se ha apagado porque es Dios el que sopla la candela y quiere que todo se abra.

Hechos 2,1-41

---

1. La Fiesta de **Pentecostés** (penta = 50) se celebra cincuenta días después de la Pascua. Se la llama también la Fiesta de la Recolección o de las Primicias (de los «Shavuot»), pues se ofrecían a Dios los primeros frutos de la cosecha ya comenzada en todo el país. 0 la Fiesta de las Semanas, porque se celebraba siete semanas después de la Pascua. Era una fiesta de gran alegría y de acción de gracias por la nueva cosecha. A su carácter, originariamente agrícola, se le unió la celebración de la Alianza del Sinaí. La tradición cristiana vincula a la fiesta de las Primicias una especial experiencia de los discípulos de Jesús, que sintieron colectivamente la presencia de Jesús vivo en medio de ellos y compartieron esta experiencia con una multitud de peregrinos presentes en Jerusalén para la fiesta. A la experiencia de Pentecostés se estaría refiriendo Pablo cuando habla de una manifestación de Jesús resucitado «ante más de quinientos hermanos reunidos» (1 Corintios 15, 6).

2. **Forasteros** de todas partes llegaban a Jerusalén para las fiestas. Los extranjeros que estaban en Jerusalén en la mañana de la fiesta de Pentecostés, según consta en el libro de los Hechos de los Apóstoles, eran representantes de muchas de las naciones conocidas entonces. Partos: pueblo famoso en la doma de caballos, del reino de Partia, situado en el centro del actual Irán. Medos: del antiguo reino de Media, destruido 500 años antes de Jesús, situado en el norte del actual Irán. Elamitas: habitantes de la región de Elam, en donde se desarrolló una de las primeras

culturas de la tierra, situada en la actual frontera entre Irán e Irak. Gente de las provincias romanas de Mesopotamia, región entre los ríos Tigris y Eufrates, en donde nació la civilización asiria y babilonia, situada en el actual Irak. De Capadocia, región montañosa situada en el centro de la actual Turquía. Del Ponto, región a orillas del Mar Negro, en el norte de la actual Turquía. De Asia Menor, gente de las regiones de Frigia, zona de pastores en donde surgió la leyenda del famoso rey Midas, en el centro de la actual Turquía. De Panfilia, algo más al sur, también en la actual Turquía. Habitantes de Egipto, localizado en el territorio actual de este país. De Libia, también como en la actualidad, en el norte de África. De Cirene, zona occidental de la actual Libia. De Roma, capital del imperio y hoy capital de Italia. Cretenses: de Creta, isla al sur de Grecia. Y árabes, habitantes del antiguo reino nabateo, comprendido en parte de la actual Jordania y del actual Egipto. De todos estos lugares acudían a Jerusalén, tanto los judíos de raza como los llamados prosélitos, que eran los extranjeros convertidos a la religión de Israel.

3. En la Biblia, tanto el **viento** como el fuego son símbolos de la actuación del Espíritu de Dios. Tanto uno como otro manifestaron la acción de Dios en la liberación de Israel de Egipto que narra el Éxodo: el viento que sopló sobre el Mar Rojo y abrió un camino de libertad (Éxodo 14, 21) y la columna de fuego que guió a los israelitas en sus noches por el desierto (Éxodo 13, 21-22). El evangelio de Lucas, al referirse a la intervención del Espíritu de Dios sobre los discípulos de Jesús en la fiesta de Pentecostés usó estos mismos símbolos: un viento recio que resonó en la casa y lenguas de fuego sobre la comunidad reunida.

4. Del **Espíritu de Dios** se habla en las primeras líneas de la Biblia (Génesis 1, 2) y se le presenta aleteando sobre las aguas, de donde nace toda vida. Espíritu en hebreo es «ruaj», una palabra del género femenino que significa literalmente «viento» y también «aliento». Cuando Dios creó al hombre y a la mujer les infundió este aliento en sus narices (Génesis 2, 7). Cuando sacó a su pueblo de Egipto hizo soplar con fuerza este viento sobre los enemigos (Éxodo 10, 13 y 19). El Espíritu aparece siempre en relación con la vida. Es el soplo pacífico o huracanado de Dios que suscita la vida, la pone en movimiento, la defiende, la fecunda. Cuando falta el Espíritu falta la vida (Salmo 104, 27-30).



### 143- TODO EN COMÚN

Desde el día de la fiesta de Pentecostés, cuando Pedro se lanzó abiertamente a hablar del Reino de Dios en el corazón mismo de Jerusalén, la vida cambió para todos los del grupo. En pocas semanas nos repartimos por los barrios de la capital y por otras ciudades de Judea para que la causa de Jesús siguiera adelante. Para que a todos nuestros paisanos llegara la buena noticia de que él seguía vivo entre nosotros, animándonos a los pobres en nuestra lucha por la justicia, dándonos la fuerza de su Espíritu para hacer cosas aún mayores de las que él mismo había hecho.

*Juan* - ¡Bueno, Tomás, a ver si la lengua se te afloja de una vez en Jericó! ¡Suerte, compañero!

*Pedro* - ¡Y tú, Nata, buen viaje hasta Silo! ¡Ven por aquí de vez en cuando para que nos cuentes cómo va el grupo!

*Felipe* - Oigan, oigan, que nos hemos olvidado de los samaritanos. ¿Quién va a trabajar con ellos?

*Juan* - Siempre llegas tarde, Felipe. Mateo y Andrés ya están aparejando el mulo para ir allá.

*Felipe* - Bueno, esto camina. ¡Echaremos las redes al norte y al sur, al oriente y al poniente!

*Pedro* - ¡Y en Jerusalén, como están los peces gordos, nos quedaremos los pescadores más fuertes!(1)

*Juan* - ¡Qué fanfarrón eres, Pedro! ¡Ese vicio no te lo quita a ti ni el Santísimo Espíritu!

Los que nos quedamos en Jerusalén con María, la madre de Jesús, la magdalena y otras mujeres, queríamos reunir a unos cuantos vecinos del barrio y empezar por ahí, como Jesús, cuando formó nuestro grupo en Galilea. Una tarde, Pedro y yo estábamos hablándole a un puñado de gente allá en el Pórtico de Salomón, el que da a la explanada del Templo, cuando llegaron los soldados...

*Soldado* - ¡A ver estos piojosos! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Ya tenemos bastantes alborotadores en Jerusalén! ¡Y encima esta plaga de galileos! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Los guardias del Templo, furiosos, con las espadas desenvainadas, dispersaron el grupo en un momento y nos echaron mano a nosotros. Aquella noche, Pedro y yo la pasamos en el calabozo.

*Pedro* - ¿Tienes miedo, Juan?

*Juan* - ¡Lo tengo, pero guardado en el bolsillo! ¿Y tú,

tirapiedras?

*Pedro* - ¿Yo? Cuando me vea delante de esos tipos, voy... voy a respirar primero tres veces y...

*Juan* - ¿Y después?

*Pedro* - Y después les voy a decir todo lo que se merecen, caramba. Hace muy poco tiempo Jesús estuvo aquí mismo y les supo cantar las verdades, ¿no? Pues tenemos que hacer lo mismo que él, Juan, lo mismo que él.

Al día siguiente nos llevaron delante del viejo Anás y de su yerno Caifás, el sumo sacerdote que había condenado a Jesús. Con ellos estaban un tal Juan y un tal Alejandro, también de la familia de Beto, de la gente más rica de la capital, y otros consejeros del Sanedrín.

*Caifás* - Díganme, embaucadores, ¿con qué autoridad reúnen a la gente para llenarles la cabeza de patrañas, eh?

Caifás trataba de disimular su furia, pero no lo conseguía.

*Caifás* - Agitadores del pueblo, basura de pescadores, chusma de Cafarnaum, les venimos siguiendo los pasos, ¡para que lo sepan! ¡Sabemos de sobra quiénes son ustedes y lo que traman! A ver, respondan: ¿con qué autoridad andan calentándole la cabeza al pueblo ignorante?

*Pedro* - ¿Y tú eres el que nos preguntas? Tendríamos que preguntarte nosotros en nombre de todos los pobres de Israel con qué autoridad sentenciaste tú a Jesús de Nazaret y lo enviaste a la muerte.

*Magistrado* - ¡Maldito galileo! ¿Cómo te atreves a hablarle así al sumo sacerdote?

Pedro se mordió los labios, pero siguió hablando.

*Pedro* - Ustedes crucificaron a Jesús, pero no se salieron con la suya, porque Dios lo levantó de entre los muertos. Él está vivo, ¿me oyen? ¡Está vivo! ¡Y nosotros somos testigos de esto!

*Caifás* - ¡Charlatán! ¡Estás loco de remate! ¡Ja, ja, ja!

*Juan* - No, Pedro no está loco. Ni yo, ni ninguno de los que hemos escuchado la buena noticia de Jesús. ¡Los locos son ustedes, ustedes que lo sacaron a él fuera de la ciudad como a una piedra de desecho! ¡Pero Dios lo escogió como piedra angular, para que se enteren!

*Caifás* - ¡Maldita sea, llévense a estos deslenguados de aquí ahora mismo! ¡Azótenlos! ¡Para que escarmienten en su propio pellejo!

Entre cuatro soldados nos sacaron a empujones de la sala y nos metieron en los calabozos del sótano. Caifás y los magistrados se quedaron cavilando.

*Magistrado*- ¿Qué podemos hacer con esta gentuza, excelencia? Son unos pobres diablos, sí, pero también son testarudos como camellos. ¡Galileos al fin!

*Escriba* - Ya dicen, y dicen bien, que de tal palo tal astilla. Son igual de rebeldes que el maldito nazareno, ¿no cree usted, excelencia?

*Magistrado*- Lo peor es que desde hace un tiempo la chusma los sigue a todas partes, excelencia.

*Caifás* - ¡Excelencia, excelencia! ¿ Es que no saben decir más que sandeces? ¡Imbéciles! ¡No hemos sabido cortar por lo sano! ¡Aquí no ha valido matar al perro, porque sigue la rabia! ¡Los mandaremos a crucificar a todos a la vez! ¡Estoy harto de que Pilato me pida a mí la responsabilidad de los disturbios callejeros!

*Anás* - Vamos, vamos, tranquilízate, querido yerno, no te pongas así por tan poca cosa. Estos tipos se han envalentonado con la engañifa del profeta que vuelve a vivir. Pero son de mala madera. Vamos a asustarlos un poco. Por hoy, caliéntales el cuero y ya verás cómo se les va enfriando la cabeza. y también la lengua.

Después de azotarnos nos llevaron nuevamente a la sala del Gran Consejo.

*Caifás* - Escuchen bien, galileos: este tribunal les prohíbe terminantemente volver a hablar en las calles de ese tal Jesús, que fue al patíbulo, reo de la peor rebeldía. ¿Está claro?

*Pedro* - No, no está claro.

*Caifás* - ¿Qué es lo que no está claro, malditos?! ¡Este tribunal habla en el nombre del Dios vivo!

*Pedro* - No, este tribunal habla en el nombre de los intereses de ustedes. ¡El Dios Vivo no tiene nada que ver con esto!

*Juan* - ¡Prohiban, prohiban, sigan con sus prohibiciones! ¡Nosotros obedeceremos a Dios antes que a los hombres!

Tenían el dinero, tenían el poder, pero también tenían miedo a la verdad, a que el pueblo se levantara contra ellos si nos hacían algo a nosotros. Por eso aquella mañana nos dejaron libres. Fue el Espíritu de Jesús quien nos dio fuerzas ante el tribunal y bajo los látigos de los verdugos.(2) Y el tirapiedras y yo salimos de allí con la

espalda hecha trizas, pero contentos de haber dado la cara por el Reino de Dios.

*María* - ¿Y qué les dijeron esos tipos? Cuenten, cuenten.

En la casa de Marcos, las mujeres y los demás compañeros nos esperaban impacientes.

*Pedro* - ¿Que qué nos dijeron, María? Miren... ¡Así dicen ellos las cosas!

*Susana* - ¡Pobres muchachos! ¡Cómo les han dejado las espaldas, Dios del cielo!

*María* - Con compasión no se cura esto, sino con carne cruda. Ea, Susana, vamos a buscar unos trozos para ponerles en las heridas.

*Felipe* - Y ustedes, ¿qué hicieron?

*Juan* - Lo que había que hacer. Acusarlos. Decirles bien claro que ellos mataron a Jesús, pero que con eso no se acabó el asunto.

*Felipe* - ¿Y qué?

*Juan* - Y nada. Esos engolletados no escuchan nada. Están sordos.

*Susana* - Bueno, al principio Siempre es así. Pero luego ya Dios

les irá abriendo las entendederas...

*Pedro* - ¿A quién? ¿A esos ricachones del Sanedrín? No, Susana, no se haga ilusiones. Yo creo que esa gente tiene tan tupidas las orejas que aunque un muerto resucite y les grite la verdad no le hacen caso. Porque no hay peor sordo que el que no quiere oír.

*Susana* - No hables así, Pedro. Al fin y al cabo, ellos son los que tienen la cazuela por el asa. Si ellos no se convierten y aflojan un poco, estamos perdidos.

*Juan* - Perdidos estarían si nos sentamos a esperar que ellos nos dejen meter la cuchara. No sea tan inocente, Susana. Mire, ¿usted ha visto en alguna casa que levanten primero el tejado y luego pongan los cimientos, ¿no, verdad? ¿Y ha visto algún árbol creciendo de arriba para abajo?

*Susana* - Tampoco.

*Juan* - Pues tampoco va a ver que las cosas cambien desde arriba.

*María* - Entonces menos palabras y al grano. ¿No decimos que a unos les falta lo que a otros les sobra? ¿Y que en el Reino de Dios todos somos iguales? Pues vamos a poner junto todo lo que tengamos, el dinero y todas las cosas. ¡Y a ver qué pasa!

*Pedro* - María tiene razón. Y vamos a comenzar aquí

mismo, en este grupo. Y que los del grupo de Ofel hagan lo mismo que bastantes viudas y huérfanos hay por ese barrio. Y los que están con Santiago y los del grupo de esa muchacha Lidia, lo mismo. Que nada sea de nadie y que todo sea de todos.

Fue en aquellos primeros tiempos cuando entendimos que si todo lo poníamos en común, los problemas podían empezar a solucionarse. Y en los pequeños grupos que se iban formando en Jerusalén la costumbre prendió muy pronto. Y aquello de tenerlo todo en común, (3) de no conservar nada propio, se convirtió en la señal de los que llevábamos adelante la causa de Jesús. Así nacieron las primeras comunidades. Nadie entraba en ellas si no compartía todo lo suyo con los demás.

*Bernabé* - Miren, compañeros, he vendido el terreno que tenía por el camino que sale a Jaffa. Ha sido un buen negocio. Aquí está lo que me han dado.

Era José Bernabé, un levita de la isla de Chipre, que se unió pronto al grupo y que con el tiempo llegó a trabajar tanto por el evangelio.

*Viuda* - Ay, hijos, yo soy viuda y poco tengo, pero mi viejo me dejó unos ahorritos por lo que me pudiera pasar. Y yo me digo, ¿para qué los voy a tener guardados en un agujero cuando hay tantas necesidades que remediar?

Era la Vieja Noemí, arrugada como una pasa, pero con el corazón más nuevo que ninguno.

*Esteban* - ¡Hermanos! ¿Saben una cosa? ¡Por fin conseguí trabajo en el taller de Jasón, el curtidor! El jornal no es mucho, pero, al menos, ya no estoy aquí de zángano. ¡Ya tengo un granito de arena que poner en el grupo, caramba!

Era Esteban, un muchacho joven y bien dispuesto, que empezó dando su jornal y su tiempo para la causa de Jesús y que terminó un día dando hasta su sangre. Cada vez se unían más a la comunidad. Eran hombres y mujeres del pueblo que llevaban sobre las espaldas años y años de sufrimiento y de esperanza y que estaban decididos a luchar y a compartir. Costó, sí, costó mucho eso de acostumbrarse a que las cosas de cada uno fueran de todos, a no decir mío ni tuyo. Era un milagro aquello, pero lo fuimos consiguiendo y éramos felices. El Reino de Dios empezaba a abrirse paso en pequeños grupos en donde no había ningún necesitado, ningún hambriento, porque todo se ponía en común. Y también en

común se hacía la fiesta...

*Pedro* - ¡Padre, como se recogen los granos de trigo dispersos por el campo para formar con ellos un solo pan, reúnenos también a nosotros, los pobres de la tierra, únenos para que seamos fuertes, apriéтанos junto a ti para que podamos levantar entre todos el Reino de justicia que tú nos prometiste por boca de Jesús, tu Hijo, nuestro gran Liberador!

*Todos* - ¡Amén, amén!

El primer día de la semana nos reuníamos en las casas de los compañeros. Rezábamos juntos a Dios, el Padre de Jesús, y comíamos juntos también. En mitad de la comida, partíamos el pan, para dar gracias a Dios por tantas cosas.(4) Y en los barrios y en la calle y en todos los rincones de la ciudad, como la marea cuando sube, como el pan cuando fermenta, crecíamos, Eramos muchos, muchísimos, pero teníamos un sólo corazón y una sola alma.

*Caifás* - ¿Qué es esto? ¿Una plaga, una lepra, una fiebre? ¡Hay que acabar con esos locos de una vez por todas o ellos acabarán con nosotros! ¡Aún estamos a tiempo!

*Gamaliel* - Excelencia y colegas del Sanedrín, tengan cuidado con lo que van a hacer. Hace un tiempo se levantó Teudas, dándose las de ser el Liberador. Y lo siguieron como unos cuatrocientos hombres. Pero cuando lo mataron, los que iban detrás se dispersaron y todo se acabó. Y lo mismo pasó con aquel otro galileo rebelde, ¿no se acuerdan? Dejen quietos a estos hombres que siguen a ese tal Jesús. No se metan con ellos. Si este asunto es cosa de hombres, se acabará. Pero si es de Dios, no lo podremos destruir nosotros.

Y como el asunto de Jesús era cosa de Dios, siguió adelante. Aquel granito de mostaza que el moreno había plantado en Galilea, a las orillas del lago, creció y creció, echó raíces en Jerusalén y extendió sus ramas por toda la tierra de Israel.

Hechos 2,42-47; 4,1-22 y 32-37; 5,28-42.

---

*1. Las primeras comunidades cristianas se formaron en Jerusalén, poco después de los acontecimientos de Pascua. Las formaban los discípulos de Jesús, las mujeres y*

hombres de Galilea o de Judea que le habían conocido y seguido durante su vida y otros israelitas y algunos extranjeros que se iban acercando a aquellos grupos y se integraban en ellos. En aquellos comienzos, lo que llamaba más la atención a «los de fuera» era el espíritu comunitario con que vivía aquella gente. Fieles al evangelio de Jesús, el principal distintivo de las comunidades fue compartir. La influencia que en el cristianismo naciente tuvieron las primeras comunidades de Jerusalén desapareció cuando la ciudad fue destruida unos 40 años después de la muerte de Jesús. Esto contribuyó poderosamente a que el cristianismo se desligara del judaísmo, en el que había tenido su origen, para expandirse por todo el mundo mediterráneo.

2. Desde los mismos orígenes del cristianismo y durante los primeros siglos de expansión de la fe cristiana, hubo persecuciones contra los que acogían el mensaje de Jesús. Al comienzo, los mismos sacerdotes que juzgaron, condenaron y asesinaron a Jesús, persiguieron a sus discípulos y los llevaron ante los **tribunales**. Las primeras comunidades tuvieron serios problemas con la institución religiosa judía y en la medida en que se multiplicaron, las persecuciones fueron en aumento. La mayoría de los discípulos murieron asesinados como Jesús y durante los tres primeros siglos hubo miles de mártires entre los hombres y mujeres de aquellos grupos originales. El primero de estos mártires fue Esteban, un diácono que pertenecía a la comunidad de Jerusalén (Hechos 7, 1-60; 8, 1-3).

3. Lo más original de la práctica de las primeras comunidades cristianas fue poner **todo en común**, compartir sus bienes. Los primeros cristianos ponían su dinero, sus tierras, el producto de sus cosechas, sus casas y el jornal que recibían por su trabajo, al servicio de la comunidad. «Miren cómo se quieren», decían los demás, asombrados por aquel nuevo estilo de vida comunitaria.

4. Los primeros cristianos se reunían para **partir el pan**. Estas celebraciones no se llamaban entonces «eucaristía» ni mucho menos «misa», sino «la fracción del pan». Con esta expresión se indicaba que se congregaban para comer juntos en una mesa común y así hacer presente a Jesús, el que les había enseñado a compartir. Las primeras celebraciones de la «fracción del pan» no eran reuniones rituales en un templo. No había templos entonces. Las comunidades se congregaban en casas de familia. Los textos de los Hechos de los Apóstoles y de algunos documentos antiguos conservan la estructura que tendrían estas reuniones. Las asambleas comenzaban cuando uno de los

discípulos o de quienes recorrían otras ciudades o países llevando el mensaje de Jesús ponía en común con todos lo que había hecho durante aquellos días -problemas que se habían presentado, viajes, proyectos, necesidades de los huérfanos, de las viudas, creación de nuevas comunidades-. Después, seguía un saludo, llamado el «beso de la paz» (1 Pedro 5, 14), con el que comenzaba la comida comunitaria, en mitad de la cual se compartía el pan. Se terminaba con el canto de salmos y oraciones en común. Si había llegado alguna carta de los apóstoles que estaban fuera, se leía también en común. Algunas de estas cartas se conservan en la Biblia: de Juan, de Pedro, de Santiago, de Judas Tadeo y muchas de Pablo.



#### 144- NI EN TODOS LOS LIBROS DEL MUNDO

En poco tiempo, los grupos de los que querían seguir el camino de Jesús se fueron extendiendo por todos los barrios de Jerusalén y por otras ciudades de nuestro país. Y a aquellos que no habían conocido a Jesús, llegaba la buena noticia del Reino de Dios que con él había comenzado. Bueno, ya saben ustedes que al ir de boca en boca la noticia se equivoca.

*Marcos* - ¡Pedro! ¡Pedro!

*Pedro* - ¿Qué te pasa ahora, Marcos?

*Marcos* - Oye, Pedro, ¿es verdad que Jesús dijo: «Felices los que tienen paciencia, aunque no consigan nada»?

*Pedro* - ¿Cómo dijiste?

*Marcos* - Que si Jesús dijo que lo primero es la paciencia y lo segundo también.

*Pedro* - Pero, ¿de dónde te has inventado tú eso, Marcos?

*Marcos* - Yo no, tirapiedras. Son los del grupo del barrio de Ofel. Dicen que el moreno repetía siempre: «¡Paz y paciencia! ¡Paz y paciencia!».

*Pedro* - Pero, ¿están locos? ¿Quién dijo esa tontería?

*Marcos* - Tú.

*Pedro* - ¿Yo?

*Marcos* - Dicen que tú les enseñaste eso.

*Pedro* - Pero, ¿cómo voy a ser yo, zoquete, si hace cuatro meses que no asomo la nariz por ese grupo?

*Marcos* - Pues será por eso mismo. Nadie los orienta, ¡y así van las cosas! ¿Sabes también lo que dicen? Que cuando Jesús estaba colgado en la cruz, te guiñó un ojo a ti y te dijo: «No te preocupes, ¡el domingo nos vemos!».

*Pedro* - Pero, ¿qué disparates son éstos? Ahora mismo voy a hablar con ellos. ¡Uff, yo no puedo más! Ya no tengo saliva en la boca. Me paso el día corre para aquí, corre para allá... ¡Ay, caramba, qué tranquilo vivía uno en Cafarnaum con su barca y sus redes!

Así era nuestra vida en aquellos primeros años. Pedro y Felipe y el flaco Andrés y todos los que habíamos andado con Jesús desde que se bautizó en el Jordán hasta el día en que Dios lo resucitó, nos reuníamos con los grupos y les contábamos todas las cosas que habíamos vivido con él.

*Pedro* - Ea, Marcos, ¿qué haces tú ahí con esas cañas y esos papeles?

*Marcos* - Aprendiendo a escribir, Pedro.

*Pedro* - ¿A escribir? ¿Y para qué quieres tú saber de letras a tus años?

*Marcos* - Porque al paso que vamos... ¿Sabes la última que se les ocurrió a los del barrio de Sión? Que cuando era bebé, Jesús no mamaba del seno izquierdo, ¡para hacer penitencia!

*Pedro* - ¡Habrás visto una cosa igual!

*Marcos* - Pero tú tranquilo, Pedro. Yo tomé ya una decisión. Voy a poner por escrito lo que dijo Jesús y lo que hizo. Por escrito, ¿entiendes? Así nuestros nietos tendrán algo seguro entre las manos. Eh, ¿qué te parece mi idea?

*Pedro* - No sé, Marcos, eso es muy difícil. Hay cosas que no se ven con el ojo ni se oyen con la oreja y que también habría que contarlas. Lo de Jesús fue algo tan grande que no cabe en un libro.

*Marcos* - Menos cabe en la lengua de un puñadito de hombres. Hay que poner remedio. Pedro. Las palabras se las lleva el viento. Lo escrito, escrito se queda.

*Pedro* - Está bien. Comienza entonces a escribir. Yo te iré contando todo con pelos y señales.

*Marcos* - Y tú también sin inflar las cosas, tirapiedras. Mira que nos conocemos, ¿eh?

*Pedro* - ¿Anjá? ¿No tienes confianza en mí?

*Marcos* - Sí, tengo confianza. Pero también confío en Felipe y en Natanael y en la abuela Rufa, que tiene más memoria que Salomón y se acuerda muy bien de lo que pasó.

*Pedro* - Pues vete a Cafarnaum y haz tus averiguaciones y escribe después todo lo que quieras. Bueno, todo no...

*Marcos* - ¿Cómo que todo no?

*Pedro* - Quiero decir que hay cosas que no hay por qué sacarlas fuera. Por ejemplo... ¿qué vas a decir de mí?

*Marcos* - ¿De ti? Pues que fuiste de los primeros en entrar en el grupo y...

*Pedro* - No se te ocurra decir que yo le fallé tres veces al moreno, ¿me oyes?

*Marcos* - Tengo que ponerlo, Pedro.

*Pedro* - ¿Por qué tienes que poner eso, a ver?

*Marcos* - Porque así fue. ¿O no?

*Pedro* - Bueno, bueno, está bien, escríbelo si quieres. (1) Pero, escúchame bien, pedazo de entrometido, si pones eso, pon también que yo... que yo quise a Jesús tanto como a mi Rufina, ¡que ya es decir!

*Marcos* - Despreocúpate, narizón. Eso corre por mi cuenta.

Y Marcos, el amigo de Pedro, comenzó a poner por escrito la

buena noticia del Reino de Dios.(2) Y aquellas primeras páginas iban de grupo en grupo y muchos hermanos que no habían conocido a Jesús en persona, empezaron a conocerlo oyendo los relatos de su vida, de cómo lo mataron y de cómo Dios lo levantó de entre los muertos.

Un tiempo después, Mateo, el que había sido cobrador de impuestos, y que ya tenía experiencia con la tinta y las letras, tuvo una idea parecida a la de Marcos.

*Felipe* - Pero, ¿qué haces aquí encerrado, Ma... ¡atchísss!... teo.

*Mateo* - Estudiando, Felipe, estudiando y escribiendo.

*Felipe* - ¡Maldita sea, qué polvo hay aquí! ¡Atchísss! ¡Te vas a poner amarillo como esos papeles viejos!

*Mateo* - En estos pergaminos, so burro, están las palabras de los profetas y de los sabios de Israel. Escucha, Felipe, oye lo que dice aquí: «Lo veo, pero no para ahora. Lo divisó, pero no de cerca: de Jacob sale una estrella, sobre Israel se posa». ¿Te das cuenta?

*Felipe* - Sí, sí, no me doy cuenta de nada.

*Mateo* - ¡La estrella, Felipe! La estrella que vio el profeta Balaán hace mil años era el Mesías. Y el Mesías era Jesús. ¿Comprendes ahora?

*Felipe* - No mucho, pero...

*Mateo* - Escucha esta otra, oye: «Vendrán a ti los reyes de todas las naciones, una caravana de oro y de incienso». Eh, ¿qué me dices de ésta?

*Felipe* - No sé a dónde quieres llegar.

*Mateo* - A la cueva de Belén. Cuando Jesús nació allá en Belén, una estrella brilló en el cielo y fue guiando a los reyes del oriente que vinieron a rendirle homenaje al Mesías de Israel.

*Felipe* - Que yo recuerde, María dijo que sólo vinieron unos pastores, y no creo que olieran a incienso.

*Mateo* - Te falta poesía, compañero.

*Felipe* - Y a ti te sobra fantasía.

*Mateo* - No, Felipe. Nuestros profetas escribieron de Jesús. Todas las profecías de antes se han cumplido ahora entre nosotros.

*Felipe* - No, no, tú estás haciendo trampas, Mateo. Tú sabes que no vino ningún rey de oriente ni nada de eso.

*Mateo* - No, las trampas las hice antes, cuando cobraba impuestos allá en la aduana de Cafarnaum. Ahora no.

*Felipe* - Ahora también. Porque eso de la estrella no es verdad.

*Mateo* - La verdad es como una escalera. Y tú te quedas

en el primer escalón.

*Felipe*

- ¿Y cuántos escalones has subido tú ya, eh?

*Mateo*

- No sé, Felipe, pero pienso que la verdad más verdadera está detrás de las letras. Y ésa es la que yo quiero escribir. Mira, a lo mejor con estos relatos míos muchos conocerán a Jesús y se animarán a luchar como él y sentirán que una estrella brilla en mitad de su noche. ¿Quieres más verdad que ésa?

Y Mateo siguió encerrado en aquel cuartucho con su caña de escribir y sus dedos manchados de tinta, garrapateando pergaminos, escribiendo para nuestros compatriotas judíos, que tanta importancia le dan a las profecías antiguas, la noticia nueva de Jesús, hijo de David, hijo de Abraham.(3)

Al poco tiempo de comenzar el trabajo en Jerusalén, comenzaron también las persecuciones. Los gobernantes, los grandes señores de Israel, los grandes maestros de la Ley, no querían saber nada de nuestros grupos. Había uno de ellos, un hombre bajito y calvo, que se ensañó contra nosotros. ¡Vaya con el tipo aquel! Nos hizo la guerra, nos arrastraba ante los tribunales, quería acabar con todos los cristianos, que así fue como empezaron a llamarnos en Antioquía, y después la palabrita se pegó en todas partes. Aquel hombre nos hacía la vida imposible. Pero luego, cuando Dios lo tumbó del caballo y le abrió los ojos, el tal Pablo, que así se llamaba el tipo, puso toda su energía al servicio del evangelio de Jesús.

*Pedro*

- Pero, Pablo, compréndelo, tenemos que ir con calma.

*Pablo*

- ¡Qué calma ni calma! ¡El Reino de Dios tiene prisa! ¡Abran los ojos, caramba! Ustedes aquí trabajando con unos grupitos de judíos tercos, y por ahí hay miles de griegos que quieren ver a Jesús, que quieren conocerlo. ¡Se convierten en racimo! ¡Se bautizan, y luego no hay quien les oriente en el Camino! ¿No lo creen? ¡Pues vayan a Éfeso, vayan a Tesalónica, a Chipre, a Filipos, a Corinto, a Atenas! ¡El mundo es grande, compañeros, y Cristo es más grande que el mundo!

*Juan*

- Dime una cosa, Pablo. Esos nuevos cristianos de tus grupos, ¿conocen la ley de Moisés? ¿Están circuncidados?

*Pablo*

- ¡Y dale con el prepucio! ¡No, no están circuncidados, ni falta que hace!

*Pedro*

- Pero, Pablo...

*Pablo*

- ¡Pero nada! ¡Ya es hora de romper el cascarón y salir fuera! ¡Jerusalén no es el ombligo del mundo!

*Juan* - ¡Ni Roma tampoco!  
*Pablo* - ¡Claro que no! ¡El mundo es más grande que todo eso! ¡Y nosotros tenemos que sembrar la semilla de Jesús en todos los surcos! El evangelio es para todos, ¿se enteran? ¡Para los de cerca y para los de lejos, para los judíos y para los griegos!  
*Pedro* - ¡Está bien, Pablo, está bien, pero cálmate, por favor!  
*Pablo* - ¡No, Pedro, no me voy a calmar! Al contrario, ¿saben lo que voy a hacer? Voy a hablar con un amigo mío que entiende mucho de letras y le voy a decir que escriba las palabras de Jesús, pero que las escriba en griego, para que las lean los griegos, que escriba el evangelio para los que no saben un pepino de Moisés, pero que aman a Dios y lo buscan.

Y Lucas, aquel médico joven amigo de Pablo, recién convertido a nuestra fe, después de hablar con todos nosotros y de recoger muchos datos, por aquí y por allá, escribió su libro para que los paganos también pudieran escuchar y leer la Buena Noticia de Jesús.(4)

*Lucas* - «Otros antes de mí han escrito estas cosas, tal como se las oyeron contar a los primeros testigos. Yo también, después de haberlo investigado todo cuidadosamente, me he decidido a escribírtelas a ti, que amas a Dios y lo buscas...»

Pasaron unos cuantos años. Por entonces yo estaba en la ciudad de Éfeso. Allí habíamos formado un grupo de cristianos bastante luchadores. Nos reuníamos para compartir el pan, para compartir el bolsillo y para ir abriéndole los ojos a la gente. A mí me pedían siempre que les contara cosas de Jesús, de cómo era, de cómo hablaba. A mí y María, su madre, que desde hacía unos años vivía allí conmigo. Ya estaba muy viejita María... Tendría como unos ochenta años.

*María* - Juan, hijo, ¿por qué hay tanta bulla ahí fuera?  
*Juan* - Nadie está haciendo bulla, María.  
*María* - Pues a mí me zumban los oídos.  
*Juan* - A ti te pasa como a los caracoles. Aunque los saquen del mar, guardan dentro el ruido de las olas. Tú estás aquí, María, en Grecia, pero tu corazón anda por allá, por el mar de Galilea, por Cafarnaum, por tu aldeíta de Nazaret.  
*María* - ¡Ay, Juan, hijo! ¿Y qué quieres? ¡Son tantos recuerdos!

*Juan* - Pues mira, hablando de recuerdos, ¿sabes lo que me han pedido los de la comunidad? Que escriba. Dicen que si no, las cosas que hizo Jesús acabarían olvidándose.

*María* - Pues yo me acuerdo de todo como si fuera ayer.

*Juan* - Sí, María, tú sí. Y yo también. Pero ellos no. Ellos no conocieron a tu hijo. Y preguntan, y quieren saber. Además, cuando nosotros faltemos, ¿quién les va a decir lo que fue y lo que no fue?

*María* - Ahí sí tienes razón, Juan, porque yo estoy ya con un pie del otro lado. Mira, tengo un dolor clavado aquí en la espalda...

*Juan* - Entonces, ¿qué? ¿Me vas a ayudar?

*María* - ¿Ayudarte a qué, Juan?

*Juan* - A escribir las cosas de Jesús.

*María* - ¡Ay, hijo, pero si yo estoy que no sé ni cómo me llamo! ¡Esta cabeza mía!

*Juan* - Pero, María, ¿no me acabas de decir que te acordabas de todo?

*María* - Los viejos decimos muchas cosas. Anda, comienza tú, Juan, comienza tú a escribir y después me lo cuentas.

Yo me reuní con los de la comunidad, y rezando y pensando entre todos, fuimos poniendo por escrito nuestra fe en Jesús.

*Juan* - ¡Vamos, María, vamos abre bien las orejas y escucha esto, a ver qué te parece! Ya tenemos la primera página.

*María* - Vamos a ver, Juan. Ya estoy curiosa por saber lo que ustedes han escrito.

*Juan* - Oye... Ejem... «En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Y Aquel que es la Palabra estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por él y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho». ¿Eh, qué te parece, dime?

*María* - Repítelo otra vez, Juan. Es que me perdí.

*Juan* - Oye, María: «En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios».

*María* - Pero, ¿de qué palabra me estás hablando tú, muchacho?

*Juan* - María, ¡la Palabra es tu hijo! ¡El Verbo, la Palabra hecha carne, la Plenitud de la Vida! ¿Comprendes?

*María* - Ay, Juan, hijo, ¿no te parece que eso está un poco subido?

*Juan* - ¡Más quisiera subir yo, María! La vida del moreno fue tan grande, tan importante, tan...

¿Sabes lo que me pasa, María? Que no encuentro palabras para decir lo que fue.

María - Pues si no las encuentras, no las pongas.

Juan - ¿Anjá? ¿Y qué pongo entonces? ¿Que Dios es bueno y que tenemos que querernos mucho? ¿Eso voy a poner?

María - Sí, eso. ¿Para qué hace falta más? Cuando tengas mis años, Juan, no te harán falta muchas palabras, ya verás.

Juan - No, no, no. Yo quiero escribir todo lo que pasó, desde aquel primer día allá en el Jordán, cuando el flaco Andrés y yo conocimos al moreno por primera vez y nos pasamos la tarde entera conversando con él y haciendo chistes. Yo quiero escribirlo todo, María, y que todos los hombres del mundo puedan conocer quién fue tu hijo.

María - Si lo escribes todo, Juan, no vas a acabar nunca.(5) Cuando el pozo es profundo, siempre hay agua que beber.

Sí, María tenía razón. Marcos y Mateo y Lucas y yo, escribimos muchas cosas sobre Jesús. ¡Pero si se escribieran todas las que hizo, no cabrían los libros en el mundo!

Juan 21,24-25

---

1. Mientras que del apóstol Pablo tenemos **documentos escritos** por él mismo que han llegado íntegros hasta nosotros, de Jesús no tenemos ni una sola línea escrita por su mano. Habían pasado unos treinta años después de su muerte cuando algunos comenzaron a poner por escrito lo que Jesús había dicho. Durante todo este tiempo sus palabras y sus hechos fueron pasando de boca en boca. Los comentaban las comunidades que lo habían conocido personalmente y éstas a su vez los transmitían a otras gentes, a quienes se interesaban por saber algo de aquel famoso profeta. Fuera de las fronteras de Israel era indispensable traducir al griego las palabras de Jesús, pues era la lengua más común en todo el mundo conocido entonces. Al pasar del arameo al griego, las palabras de Jesús variaron algo. Hay palabras arameas que no se traducen exactamente en griego o al revés. Por eso, no se puede tomar «a la letra» todo lo escrito en los cuatro evangelios como palabras salidas tal cual de la boca de Jesús.

En los primeros años bastó con la tradición oral. De palabra se transmitía cuál había sido la buena noticia

anunciada por Jesús y esto era suficiente. Al no ser los primeros cristianos gente «de letras» no se pensó en escribir nada. Pero cuando las comunidades se fueron extendiendo por otros países o cuando fueron muriendo los discípulos y los hombres y mujeres de la primera generación cristiana, empezó a pensarse que era urgente poder conservar lo que ellos habían visto y oído de Jesús. Por eso nacieron los evangelios. Se escribieron muchos más que los cuatro que aparecen en la Biblia, pero algunos textos estaban llenos de historias «maravillosas» y extrañas, tratando de agigantar con eso la figura de Jesús, y otros no eran fieles a la tradición primera, pues falseaban lo que había pasado, exageraban, cambiaban los hechos. Las primeras comunidades cristianas fueron las que decidieron que de todos aquellos escritos sólo eran válidos los cuatro evangelios que se leen hoy en la Biblia.

«Evangelio» es una palabra griega que en su origen significó la propina que se entregaba al mensajero que le traía a uno una buena noticia. Más adelante pasó a significar la buena noticia misma. Los evangelios -las buenas noticias de Jesús- no son una biografía, pues no pretenden contar simplemente la vida de un hombre importante, sus hechos o su psicología. Si hubiera sido ésa su intención serían muy incompletos. Tampoco son libros «de memorias» para conservar vivo el recuerdo de un gran personaje. Tampoco son panfletos que busquen entusiasmar al público con la doctrina de un maestro, un mago o un filósofo. Para este fin serían demasiado secos y repetitivos. Fundamentalmente, se escribieron para que las comunidades cristianas llegaran a tener fe en Jesús y para que a partir de esa fe se comprometieran en el mismo camino abierto por él.

Los evangelios son básicamente esquemas de catequesis, de «evangelización», basados naturalmente en lo que Jesús dijo e hizo, pero que resaltan lo que pueda ayudar más a la comunidad, silencian lo que no tiene interés para este objetivo y hasta «crean» episodios o completan por su cuenta algunos acontecimientos, basándose más que en la letra en el «espíritu» de Jesús. Esto explica por qué los cuatro evangelios no son iguales, por qué hay historias que sólo aparecen en alguno de ellos, por qué algunos cuentan una escena con lujo de detalles y otros no. Tampoco fue una sola persona -Mateo, Marcos, Lucas o Juan- quien escribió el texto íntegro de cada uno de los evangelios. Atribuir cada uno a un autor indica a qué tradición pertenece cada texto, entre qué comunidades surgió, cuál fue su «escuela», la enseñanza que transmitió a los lectores.



Ninguno de los primeros escritos de los evangelios ha llegado hasta nosotros en los originales de quienes fueron sus autores. Los primerísimos ejemplares de los evangelios fueron escritos en papiro, papel hecho con hojas de plantas acuáticas, que sólo se conserva en climas secos y calientes. Al pasar de mano en mano y de país en país, estos papiros se dañaron y se perdieron definitivamente. Entretanto, se habían sacado más y más copias, con la posibilidad de cometer errores, que son las que han llegado hasta nosotros. Cuando después de 400 años se usó el pergamino, hecho con piel de animales, este problema empezó a tener solución. Hoy en día se conservan más de setenta pedacitos o hasta páginas casi enteras de los primitivos papiros. De los pergaminos hay muchísimos más originales.

2. El evangelio de **Marcos** es el más antiguo de los textos evangélicos. Desde el siglo II se le atribuye a Marcos, el amigo de Pedro. Y por eso se ha entendido que Marcos escribió en su texto las catequesis que daba Pedro y a las que después él hizo de «intérprete». Fue escrito unos 30 ó 50 años después de la muerte de Jesús en lengua griega. Marcos utilizó un griego muy primitivo, menos adornado y más simple que el de los otros. Su texto es el más espontáneo de todos, el menos «pensado». El evangelio de Marcos sirvió de base al de Mateo y al de Lucas, más cuidadosos y elaborados. Se centró en el relato de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, y todo el comienzo del evangelio es una preparación para llegar a este punto esencial. La vida de Jesús no aparece como la de un hombre que lo tenía todo planeado de antemano. Y en esto radica el dramatismo de la historia que cuenta.

3. Desde el año 140 se atribuye el texto del primer evangelio a **Mateo**, el publicano que cobraba impuestos en Cafarnaum. Se calcula que fue escrito 75 ó 90 años después de la muerte de Jesús. Analizando el texto, se descubre la mano de un judío que conocía bien la lengua griega y que tenía formación en letras, un hombre como fue Mateo. El texto se escribió después del de Marcos, y se basó en gran parte en él. Perfeccionó el estilo más burdo literariamente de Marcos y añadió mucho material nuevo. Más de la mitad de lo que cuenta Mateo no aparece en Marcos. Aunque el griego en el que escribió Mateo es mucho más culto y cuidado que el de Marcos, se notan continuamente los giros de la lengua aramea. Aunque escrito en griego, este evangelio se dirigió a comunidades de cultura judía. Por eso Mateo se refiere con frecuencia a textos del Antiguo Testamento y dio tanta importancia a lo que habían anunciado los profetas de Israel. Todo el

evangelio busca convencer a los lectores de que Jesús es el Mesías esperado por el pueblo israelita durante siglos. A Mateo es al que más le interesan los temas «judíos»: polémicas con los fariseos y escribas, crítica al nacionalismo judío, a la ley, a los ritos. Su escrito es combativo contra el racismo y el legalismo de sus paisanos. Es un texto muy catequético. A Mateo le interesó mucho más que contar con exactitud lo que pasó, explicar las enseñanzas que podía sacar la comunidad de cada acontecimiento. Por eso busca siempre la «moraleja» y, con toda libertad, la añade, poniéndola en boca de Jesús para dar aún más autoridad a lo que quiere enseñar a los cristianos que le lean.

4. Hacia finales del siglo II se le atribuía ya el texto del tercer evangelio a **Lucas**, un médico amigo de Pablo (Colosenses 4, 14), que fue el autor también del libro de los Hechos de los Apóstoles. El evangelio de Lucas fue escrito más o menos a la par que el de Mateo. No está dirigido a los judíos. Es una catequesis escrita para los paganos, para extranjeros, para gente con cultura y mentalidad griegas. Por eso Lucas dejó de lado algunos temas del ambiente judío para resaltar muchos otros temas que tenían que ver con lo que vivían las comunidades a las que se dirigió. La riqueza de su vocabulario y la libertad en la construcción de las frases indica que dominaba el griego mucho más que Mateo y Marcos. Es un gran redactor, tiene un plan al escribir, es el único que da «razones» al comenzar su texto (Lucas 1, 1-4 y Hechos 1, 1-2). Aunque siguió a Mateo y a Marcos, usó mucho material que no aparece en estos dos evangelios. Lucas quiso hacer una «historia de la salvación» y es el único que llama a Jesús «salvador». Le interesa resaltar los elementos sociales y humanos que harán posible, a partir de Jesús, una historia y un hombre nuevos. Su evangelio es el más social. Retrata siempre con fuerza y dureza a los poderosos y a los explotadores de los pobres.

5. El evangelio de **Juan** ha sido considerado siempre como un texto totalmente distinto a los otros tres. Fue escrito más o menos en el mismo tiempo que el de Mateo y el de Lucas, 75 ó 90 años después de la muerte de Jesús. Todo parece indicar que su autor fue un testigo muy directo de la vida de Jesús, por la abundancia de pequeños y exactos detalles que sólo él posee. A Juan, el hijo de Zebedeo, pescador de Cafarnaum, se le atribuye con mucha probabilidad ser el redactor de este texto, aunque pudo serlo también un discípulo estrechamente unido a él. La tradición dice que fue escrito en Éfeso, donde Juan habría pasado con María, la madre de Jesús, los últimos años de su vida. En todo caso, el autor de este evangelio «piensa»

en arameo, aunque escribe en griego. Y los lectores a quienes se dirige son tanto los judíos que conocen bien el ambiente de Palestina como los extranjeros a los que hay que explicar con detalle lo que les era totalmente extraño de las costumbres judías. Juan es quien menos cita el Antiguo Testamento, pero quien está más profundamente influido por los textos de las Escrituras, por los profetas y por la historia del Éxodo. En este evangelio no hay como en los otros tres, diversidad de temas. Hay uno solo, desarrollado de distintas maneras: Jesús es la definitiva revelación de Dios a la humanidad.

# INDICE TEMATICO

Acción de gracias: 89

Adulterio: 76

Alma-cuerpo: 35

Amor a los enemigos: 44, 141

Amor al prójimo: 78

Anás: 108, 114

Ancianos: 19, 138

Anunciación a María: 131

Año de Gracia: 22

Ascensión de Jesús: 130

Astucia: 84

Autoridad, servicio, liderazgo: 94, 104, 129

Ayuno: 46, 49, 80

Banquete, fiesta de Dios: 17, 70, 83, 103, 126

Barrabás: 55, 108, 118

Bautismo de Jesús: 7, 8

Belén: 134, 135

Betania: 50, 102

Bienaventuranzas: 28, 29, 30

Cafarnaum: 13

Caifás: 6, 101, 108, 114, 115, 143

Caná: 16, 17

Celibato: 72

Circuncisión de Jesús: 136

Cólera de Dios: 6

Comidas con pecadores: 26, 87

Compartir: 4, 16, 37, 46, 56, 57, 100, 143

Conversión: 4, 34, 56, 87

Culto a Dios: 18, 30, 49, 51, 58, 78, 80

Desierto: 9, 97

Diablo: 9, 66

Dios: 27, 34, 37, 43, 47, 52, 61, 70, 85, 95

Discípulos de Jesús: 2, 5, 8, 13, 14, 15, 16, 48, 60, 67, 91, 94, 124, 128, 142, 143, 144

Divorcio: 71

Elías: 68

Emaús: 127

Enfermedad: 18, 19, 20, 44, 53, 64, 69, 79, 88, 89, 90

Escándalo: 63

Escribas: 30, 79

Esenios: 8

Esperanza: 61, 69, 88, 105, 138

Espíritu de Dios: 7, 56, 77, 142

Eucaristía: 57, 58, 109, 110, 111, 127, 143

Evangelios: 144

Evangelización: 60

Exilio: 137

Extranjeros: 42, 65, 81, 82, 142

Fariseos: 6, 41, 49, 62, 79, 80, 96, 98

Felipe: 15, 48

Fe-obras: 4, 46, 58, 78, 90, 100

Fiestas en Jerusalén: 75, 77, 86, 142

Fin de los tiempos: 37, 70, 97, 100, 105

Genealogía de Jesús: 136

Gerasa: 40

Hambre: 37, 38, 46, 57

Herodes Antipas: 10, 54, 63, 117

Herodes el Grande: 137

Historia de Israel: 68, 136, 137

Hombre nuevo: 56

Homosexualidad: 72

Huida a Egipto: 137

Impuestos: 25, 87, 101

Infancia de Jesús: 131, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140

Infierno: 37, 97, 118

Intolerancia: 26, 42, 43, 82, 87

Jericó: 87, 88

Jerusalén: 49, 51, 53, 75, 77, 86, 96, 99, 106, 107, 142

Jesús: 1, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 22, 32, 33, 45, 62, 67, 68, 72, 77, 91, 93, 99, 106, 107, 111, 112, 115, 140, 141

Jordán: 3, 4, 5, 6, 7, 8

José: 1, 12, 55, 131, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141

Juan: 3, 5, 14, 94, 122, 123, 143, 144

Juan Bautista: 1, 2, 3, 4, 6, 8, 10, 11, 45, 54, 132

Judas Iscariote: 23, 103, 108, 111, 112, 113, 120

Justicia: 4, 22, 24, 28, 29, 37, 58, 60, 61, 74, 90, 92, 100, 106, 107

Lázaro, Marta y María: 50, 52, 102, 103

Leprosos: 20, 89

Levitas: 78

Libertad: 81

Limosna: 49, 51

Lucas: 144

Mar: 39

Marcos: 49, 109, 127, 144

Marginados, excluidos: 18, 20, 21, 25, 26, 40, 44, 53, 64, 65

María: 1, 12, 17, 32, 33, 74, 75, 109, 110, 123, 124, 125, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144

María Magdalena: 11, 21, 96, 125

Mateo: 25, 26, 144

Matrimonio: 71, 72

Mesías: 2, 9, 67, 75, 81, 86, 106, 107, 115, 127, 138

Milagros: 17, 18, 19, 20, 30, 35, 38, 39, 40, 42, 44, 53, 57, 59, 64, 65, 66, 69, 79, 88, 89, 90, 102

Moisés: 68, 137

Muerte: 38, 44, 73, 102, 141

Mujeres: 44, 52, 71, 74, 76, 96

Nacionalismo: 42, 65, 81, 82, 101

Naím: 38

Natanael: 16

Natividad de Jesús: 134, 135

Nazaret : 1, 12, 22, 23, 131, 139

Nicodemo: 56

Niños: 36

Nombres: 136

Oración: 47, 49, 112

Parábolas: 13, 24, 27, 31, 34, 37, 43, 49, 52, 61, 70, 73, 74, 78, 80, 83, 84, 85, 95, 96, 99, 100, 104

Pascua: 109, 110, 111, 140

Pasión de Jesús: 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123

Pastores: 27, 104, 135

Pedro: 3, 14, 19, 36, 59, 67, 94, 114, 126, 129, 142, 143, 144

Pecado, pecadores: 26, 35, 41, 76, 79, 80, 87

Perdón: 95, 141

Persecución por la justicia: 10, 54, 62, 77, 93, 141, 143

Pesca, pescadores: 14, 39, 129

Pobres, pobreza: 28, 29, 30, 37, 53, 83, 100, 103

Poncio Pilato: 86, 101, 116, 118, 120

Presentación de Jesús en el Templo: 138

Prostitutas: 11, 21, 41, 76, 96

Publicanos: 4, 25, 26, 87

Puro-impuro: 18, 44

Reino de Dios: 24, 28, 29, 30, 45, 72

Responsabilidad: 70, 85

Resurrección de Jesús: 125, 126, 127, 128, 129

Ricos, riquezas: 16, 33, 51, 56, 73, 87, 92, 98, 143

Roma, romanos: 42, 86, 101, 134, 141



Sábado: 29, 30

Sacerdotes: 6, 62, 77, 78, 99, 101, 107, 132, 140

Saduceos: 97

Samaritanos: 78, 81, 82

Santiago: 3, 14, 71, 94

Sexualidad: 72, 76

Sinagoga: 18, 22, 30, 58, 139

Soldados: 4, 54, 77

Sueños: 5, 59

Suicidio: 88

Sumo Sacerdote: 6, 101

Tabor: 68

Templo de Jerusalén: 49, 51, 107, 138, 140

Tentaciones de Jesús: 9, 62, 112

Tierra, terratenientes: 29, 30, 37, 73

Tomás: 45, 128

Tortura: 63, 118, 119

Transfiguración de Jesús: 68

Viajes a Jerusalén: 48, 49, 75, 91, 93

Violencia: 55, 63, 86, 141

Vocación: 14, 15, 16, 48, 91, 92

Visitación de María: 132

Zaqueo: 87

Zebedeo: 13, 43, 72,

Zelotes: 3, 14, 23, 55, 86, 108, 120, 141